

JEAN M. AUUEL

LOS HIJOS DE LA TIERRA®



LA TIERRA DE LAS
CUEVAS PINTADAS

Lectulandia

Traducida a 35 idiomas, LOS HIJOS DE LA TIERRA® es una de las series más conocidas y de más éxito de la historia del mundo editorial. Sus ventas suman por el momento más de 45 millones de ejemplares, 3 de ellos sólo en España y América Latina. Jean M. Auel combina sus brillantes dotes narrativas y unos personajes atractivos con una sorprendente recreación de la manera de vivir de hace miles de años, plasmando el terreno y convirtiendo los lugares, los deseos, las creencias, la creatividad y la vida cotidiana de los europeos de la Era Glacial en algo muy real para el lector de hoy en día.

Hace ya muchos años que Ayla, la niña cromañón, fue expulsada del Clan del Oso Cavernario y que inició su largo viaje por todo el continente europeo. Finalmente, en este libro, La tierra de las cuevas pintadas, se ha establecido en la cueva de donde procede su compañero Jondalar, con quien ha tenido una muy deseada hija llamada Jonayla. La joven lucha por encontrar un equilibrio entre sus nuevas obligaciones como madre y su preparación para convertirse en líder espiritual y en curandera. Durante su formación queda muy impactada al contemplar las maravillosas pinturas que se encuentran en algunas cuevas y le ayudan a sentirse especialmente cercana a la Madre Tierra.

Lectulandia

Jean M. Auel

La Tierra de las Cuevas Pintadas

Los hijos de la Tierra VI

ePUB v1.3

dml33 07.05.11

más libros en lectulandia.com

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

EL CLAN DEL OSO CAVERNARIO
EL VALLE DE LOS CABALLOS
LOS CAZADORES DE MAMUTS
LAS LLANURAS DEL TRÁNSITO
LOS REFUGIOS DE PIEDRA
LA TIERRA DE LAS CUEVAS PINTADAS

Título original: *The Land of the Painted Caves*
Edición original: Crown Publishers, Inc. Nueva York, 2011

Diseño de cubierta:

OLIVER ALASDAIR

Fotografía de JEAN M. AUEL:

AARON JOHANSON

© Jean M. Auel, 2011

© de la traducción: Carlos Milla / Isabel Ferrer, 2011

© Maeva Ediciones, 2011

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN Ed. Impresa: 978-84-15120-10-0

Depósito Legal: B-8.590-2011

ISBN eBook: 9788415120216

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L., 2010

Fotomecánica: Gráficas 4, S. A.

Impreso y encuadernación: Industria Gráfica CAYFOSA, S. A.

Printed in Spain / Impreso en España

Para RAEANN

la primera nacida, la última mencionada, siempre amada,

y para FRANK,

que permanece a su lado,

y para AMELIA y BRET, ALECIA y EMORY,

unos jóvenes excelentes,

con amor.

MAPAS

TERRITORIO ZELANDONII





EMPLAZAMIENTOS SAGRADOS

1. Roca de la Cabeza de Caballo: Séptima Caverna de los zelandonii.
2. Nueva pequeña cueva en Vista del Sol: Vigésimo sexta Caverna de los zelandonii.
3. Cueva de los Mamuts.
4. Cueva del Bosque: Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna.
5. Quinta Caverna de los zelandonii.
6. Sitio de las Mujeres.
7. Pequeño Valle: Decimocuarta Caverna de los zelandonii.
8. Novena Caverna de los zelandonii.
9. Corazón de Caballo.
10. Gruta Blanca.
11. Emplazamiento Sagrado de la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur.
12. Emplazamiento Sagrado de la Séptima Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur.
13. Emplazamiento Sagrado Más Antiguo de la Gran Madre Tierra.
14. Profundidad de las Rocas de la Fuente.

NOMBRES ACTUALES DE LOS EMLAZAMIENTOS SAGRADOS

1. Comarque
2. Gabillou
3. Rouffignac
4. La Forêt
5. Castelmerle
6. Combarelles
7. Gorge d'Enfer
8. Laugerie Haute
9. Cap Blanc
10. Lascaux
11. Cognac
12. Pech Merle
13. Chauvet
14. Font-de-Gaume

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

LA EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA ERA GLACIAL

Extensión del hielo y cambios en el perfil costero durante el interestadio, un período templado en la glaciación de Wurm, a finales del Pleistoceno, que se prolongó durante 10.000 años, entre 35.000 y 25.000 años antes del presente.



Capítulo 1

El grupo de viajeros avanzaba por la senda paralela al Río de la Hierba, entre sus aguas cristalinas y chispeantes y la pared de caliza blanca veteada de negro que se alzaba en la orilla derecha. En fila de a uno, doblaban el recodo donde la pared rocosa sobresalía y se acercaba al cauce. Más adelante, un camino menor se desviaba hacia el vado, donde la corriente, más ancha y menos profunda, espumeaba en torno a las piedras que asomaban a la superficie.

Antes de llegar a la bifurcación, una joven situada casi en la cabeza del grupo se paró de pronto y, totalmente inmóvil, fijó la mirada al frente, con los ojos muy abiertos. Señaló con la barbilla, reacia a moverse.

—¡Mirad! ¡Allí! —anunció con un susurro sibilante, trasluciéndose el miedo en su voz—. ¡Leones!

Joharran, el jefe, levantó el brazo para dar el alto. Vieron deslizarse entre la hierba, poco más allá del desvío, varios leones cavernarios de color pardo rojizo. No obstante, la hierba era un camuflaje tan eficaz que ni siquiera hallándose mucho más cerca habrían advertido la presencia de aquellas fieras a no ser por la aguda vista de Thefona. La muchacha de la Tercera Caverna tenía una vista excepcional, y si bien era muy joven, destacaba por su capacidad para ver a lo lejos y a la perfección. Este don innato se había puesto de manifiesto en ella a muy corta edad, y habían empezado a adiestrarla siendo aún muy pequeña; ahora era su mejor vigía.

Casi en la cola del grupo, justo delante de los tres caballos, Ayla y Jondalar alzaron la mirada para ver por qué se habían detenido.

—¿Por qué habremos parado? —preguntó Jondalar, arrugando la frente con su habitual ceño de preocupación.

Ayla, observando con atención al jefe y a quienes se hallaban alrededor, protegió instintivamente con la mano el bulto cálido que llevaba a cuestas en la suave manta de piel amarrada al pecho. Jonayla acababa de mamar y dormía, pero se movió un poco al tocarla su madre. Ayla poseía una extraña habilidad para interpretar el significado del lenguaje corporal, adquirida de joven cuando vivía con el clan. Sabía que Joharran se había alarmado y que Thefona estaba asustada.

Ayla también tenía una vista extraordinaria. Además, era capaz de percibir sonidos por encima de los umbrales auditivos normales, así como los tonos graves más bajos de la escala. Su sentido del olfato y el gusto eran también muy finos, pero ella nunca se había comparado con nadie y no era, pues, consciente de esa capacidad de percepción fuera de lo común. Había nacido con unos sentidos de una agudeza extrema, lo que sin duda la ayudó a sobrevivir cuando, a los cinco años, perdió a sus padres y todo cuanto conocía. Sus notables aptitudes las había adquirido por sí sola. Había desarrollado sus habilidades naturales durante los años que dedicó a estudiar a

los animales, en particular los carnívoros, a la vez que aprendía a cazar.

En el silencio distinguió el murmullo leve de los leones, para ella muy familiar, captó su olor característico en la tenue brisa y advirtió que, en la cabeza del grupo, varias personas miraban al frente. Al fijarse, vio que algo se movía. De repente los felinos ocultos por la hierba parecieron mostrarse más nítidamente. Vio tres o cuatro leones cavernarios adultos y dos crías. Se echó a caminar llevándose una mano al lanzavenablos, prendido del cinturón mediante una lazada, y la otra al carcaj, colgado a la espalda, donde guardaba las lanzas.

—¿Adónde vas? —preguntó Jondalar.

Ayla se detuvo.

—Allí delante hay leones, un poco más allá de donde se desvía la senda —musitó.

Jondalar se volvió para mirar en esa dirección y, al advertir un movimiento, supuso que se trataba de los leones, ahora que sabía que estaban allí. También él echó mano a sus armas.

—Tú quédate aquí con Jonayla. Ya voy yo.

Ayla contempló por un momento a su niña dormida y luego lo miró a él.

—Manejas bien el lanzavenablos, Jondalar, pero hay al menos tres leones adultos y dos crías, puede que más. Si los leones piensan que las crías están en peligro y deciden atacar, necesitarás ayuda, alguien que te cubra la espalda, y sabes que, después de ti, soy la mejor.

Mirándola, Jondalar se detuvo a pensar y volvió a arrugar la frente.

—De acuerdo... pero quédate detrás de mí. —De reojo, percibió un movimiento a sus espaldas y echó un vistazo—. ¿Y qué hacemos con los caballos?

—Saben que hay leones cerca —respondió Ayla—. Míralos.

Jondalar los observó. Los tres caballos, incluida la potranca, miraban hacia delante, conscientes sin duda de la proximidad de los enormes felinos. Jondalar frunció otra vez el entrecejo.

—¿Estarán bien? ¿Sobre todo la pequeña Gris?

—Saben que deben mantenerse alejados de esos leones, pero no veo a Lobo —dijo Ayla—. Voy a llamarlo con un silbido.

—No hace falta —contestó Jondalar, señalando en otra dirección—. También él debe de haber notado algo. Ahí viene.

Al volverse, Ayla vio a un lobo correr hacia ella. El cánido era un ejemplar magnífico, más grande que la mayoría de los animales de su especie, pero a causa de una herida en una pelea con otros lobos le había quedado una oreja algo maltrecha, que le confería cierto aire de golfo. Ayla le dirigió la señal característica que empleaba cuando cazaban juntos. Como el animal sabía, significaba que debía quedarse cerca y prestarle a ella máxima atención. Corrieron hacia la cabeza del

grupo por entre la gente, procurando no provocar un revuelo innecesario y pasar lo más inadvertidos posible.

—Me alegro de que estéis aquí —dijo Joharran en voz baja cuando vio aparecer discretamente a su hermano y Ayla acompañados del lobo y con los lanzavenablos en la mano.

—¿Sabéis cuántos son? —preguntó Ayla.

—Más de los que creía —contestó Thefona, que intentaba aparentar calma y disimular su miedo—. Al verlos, he pensado que quizá eran tres o cuatro, pero se mueven entre la hierba, y ahora me parece que quizá haya diez o más. Es una manada grande.

—Y se sienten muy seguros de sí mismos —añadió Joharran.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Thefona.

—No nos prestan atención.

Jondalar, que sabía que su compañera conocía bien a los grandes felinos, dijo:

—Ayla entiende de leones cavernarios. Quizá debamos pedirle su opinión.

Joharran la señaló con un gesto de la cabeza, formulando la pregunta sin hablar.

—Joharran tiene razón. Saben que estamos aquí. Y saben cuántos son ellos y cuántos somos nosotros —explicó Ayla. Luego añadió—: Puede que nos vean como una manada de caballos o de uros y piensen que podrán separar del grupo a algún miembro débil. Diría que son nuevos en esta zona.

—¿Qué te lleva a pensar eso? —preguntó Joharran. Siempre le sorprendían los grandes conocimientos de Ayla acerca de los cazadores cuadrúpedos, pero por alguna razón era también en momentos como ese cuando más advertía el acento peculiar de la mujer.

—No nos conocen, y por eso se sienten tan seguros de sí mismos —prosiguió Ayla—. Si fuera una manada autóctona, habituada a vivir cerca de los humanos, y hubiese padecido persecuciones o cacerías alguna vez, dudo que estuvieran tan tranquilos.

—Pues quizá debamos darles motivos de preocupación —sugirió Jondalar.

Joharran arrugó la frente, en un gesto muy parecido al de su hermano, más alto que él pese a ser el menor. Al verlo, Ayla sintió deseos de sonreír, pero esa expresión ceñuda solía aparecer en el rostro de Joharran en momentos en que sonreír no era lo más oportuno.

—Quizá sería más sensato eludirlos —afirmó el jefe de pelo oscuro.

—No lo creo —dijo Ayla, agachando la cabeza y bajando la vista. Aún le costaba llevar la contraria a un hombre en público, y más si tenía rango de jefe. Aunque sabía que ese comportamiento en una mujer era del todo aceptable entre los zelandonii (al fin y al cabo, algunos jefes eran mujeres, incluida, en su día, la madre de Joharran y Jondalar), jamás se habría tolerado en el clan, entre quienes ella se había criado.

—¿Por qué no? —preguntó Joharran, a la vez que su expresión ceñuda se transformaba en una mueca de enfado.

—Esos leones han elegido un lugar de descanso demasiado cercano a la Tercera Caverna —explicó Ayla en voz baja—. Siempre habrá leones en los alrededores, pero si se sienten a gusto aquí, puede que lo consideren un sitio al que volver cuando quieran descansar, y que vean a cualquier persona que se acerque como posible presa, en especial a los niños y los ancianos. Podrían ser un peligro para quienes viven en la Roca de los Dos Ríos, y las otras cavernas de las inmediaciones, incluida la Novena.

Joharran respiró hondo y a continuación miró a su hermano de cabello claro.

—Tu compañera tiene razón, y tú también, Jondalar. Quizá sea el momento de dejar claro a estos leones que no son bienvenidos tan cerca de nuestros hogares.

—Esta sería una buena ocasión para cazarlos a una distancia prudencial usando los lanzavenablos. Varios cazadores han estado practicando —observó Jondalar. Era precisamente esa clase de situaciones en las que pensaba cuando, tiempo atrás, se planteaba volver a casa para enseñar a todos el arma inventada por él—. Puede que ni siquiera tengamos que matar a ninguno; quizá baste con herir a un par para enseñarles a guardar las distancias.

—Jondalar —dijo Ayla en voz baja. Estaba armándose de valor para discrepar de él, o al menos para señalar algo que él debía tener en cuenta. Volvió a bajar la vista y, al levantarla, lo miró abiertamente. No temía decirle lo que pensaba, pero quería mostrarse respetuosa—. Es verdad que un lanzavenablos es una buena arma. Con él, puede arrojarse una lanza desde una distancia mucho mayor que con la mano, y gracias a eso es más segura. Pero que sea más segura no quiere decir que sea del todo segura. Un animal herido es imprevisible. Y un animal con la fuerza y la velocidad de un león cavernario, enloquecido por el dolor, sería capaz de cualquier cosa. Si decides usar esta arma contra esos leones, no ha de ser para herirlos, sino para matarlos.

—Tiene razón, Jondalar —terció Joharran.

Jondalar miró a su hermano con el entrecejo fruncido, pero al cabo de un momento sonrió tímidamente.

—Sí, es verdad; pero, por peligrosos que puedan ser, nunca me ha gustado matar a un león cavernario a menos que sea del todo necesario. Son unos animales hermosos, y se mueven con agilidad y gracia. Los leones cavernarios no tienen miedo casi a nada. Su fuerza les da seguridad. —Miró a Ayla con un destello de orgullo y amor—. Siempre he pensado que el tótem del León Cavernario de Ayla es idóneo para ella. —Avergonzado por manifestar sus hondos sentimientos hacia su compañera, un ligero rubor asomó a sus mejillas—. Pero pienso que esta es una ocasión en que los lanzavenablos podrían ser muy útiles.

Joharran advirtió que la mayoría de los viajeros se habían acercado.

—¿Cuántos de nosotros saben usar el lanzavenablos? —preguntó a su hermano.

—Bueno, tú, Ayla y yo, claro —respondió Jondalar, mirando al grupo—. Rushemar ha practicado mucho y se le da cada vez mejor. Solaban ha estado ocupado haciendo empuñaduras de marfil para algunas de nuestras herramientas y no le ha dedicado apenas tiempo, pero sabe lo básico.

—He probado el lanzavenablos unas cuantas veces, Joharran. No tengo uno propio, y no lo domino —intervino Thefona—, pero soy capaz de arrojar una lanza con el brazo.

—Gracias por recordármelo, Thefona —dijo Joharran—. Casi todos saben manejar la lanza sin lanzavenablos, incluidas las mujeres. Eso no deberíamos olvidarlo. —Dirigió entonces sus comentarios al grupo entero—. Tenemos que dejar claro a los leones que este no es buen sitio para su manada. Quien quiera ir a por ellos, con o sin lanzavenablos, que se acerque.

Ayla empezó a desatar la manta con que acarreaba a su bebé.

—Folara, ¿cuidarás de Jonayla por mí? —preguntó, aproximándose a la hermana menor de Jondalar—. A no ser que prefieras quedarte y cazar leones.

—He salido de cacería alguna vez, pero nunca se me ha dado muy bien la lanza, y según parece, no se me da mucho mejor el lanzavenablos —contestó Folara—. Me ocuparé de Jonayla.

La niña había despertado, y cuando la joven tendió los brazos para cogerla, la pequeña se echó gustosamente hacia su tía.

—Yo la ayudo —dijo Proleva a Ayla. La compañera de Joharran también llevaba en una manta de acarreo a una niña recién nacida, sólo unos días mayor que Jonayla, y tenía asimismo un hijo muy activo de unos seis años por quien velar—. Creo que deberíamos alejar de aquí a todos los niños, quizá hasta detrás del saliente de roca, o subirlos a la Tercera Caverna.

—Muy buena idea —convino Joharran—. Que los cazadores se queden aquí y el resto retroceda, pero despacio, sin movimientos bruscos. Queremos que esos leones cavernarios piensen que nos movemos en círculo, como una manada de uros. Y cuando nos separemos, cada grupo debe permanecer unido. Probablemente atacarán a cualquiera que se quede solo.

Ayla se volvió de nuevo hacia los cazadores cuadrúpedos y observó que varios leones los miraban, muy alertas. Los animales se desplazaban de un lado a otro, y empezó a distinguir ciertos rasgos diferenciadores, lo que le permitió contarlos. Vio a una gran hembra volverse con indiferencia; no, era un macho, cayó en la cuenta al reparar en sus genitales desde atrás. Había olvidado por un momento que allí los machos no tenían melena. Los leones cavernarios macho de las inmediaciones de su valle, al este, incluido uno que conocía muy bien, tenían pelo, aunque no mucho, alrededor de la cabeza y el cuello. «Esta es una gran manada, pensó; hay más de dos manos de palabras por contar, posiblemente tres, incluidas las crías.»

Mientras observaba, el enorme macho avanzó por el campo unos cuantos pasos más y se perdió de vista entre la hierba. Era asombroso lo eficazmente que aquellos tallos altos y delgados ocultaban a animales de tal tamaño.

Si bien los huesos y los dientes de los leones cavernarios —unos felinos que vivían en cuevas, donde se han conservado sus huesos tenían la misma forma que los de sus descendientes (los leones que en un futuro lejano vagarían por las lejanas tierras del continente situado al sur), eran en cuanto a tamaño como uno y medio de estos, y a veces casi el doble de grandes. En invierno les crecía un pelaje espeso, tan claro que parecía blanco, un práctico medio de camuflaje en la nieve para unos depredadores que cazaban todo el año. Su pelaje de verano, aunque también muy claro, tenía un matiz pardo rojizo, y algunos de los ejemplares de aquella manada estaban aún mudando el pelo, lo que les daba un aspecto raído y moteado.

Ayla observó al grupo compuesto sobre todo de mujeres y niños separarse de los cazadores y retroceder hacia la pared rocosa, junto con unos cuantos hombres y mujeres jóvenes con las lanzas a punto, asignados por Joharran para protegerlos. Advirtió entonces que los caballos parecían especialmente nerviosos y pensó que debía intentar calmarlos. Hizo una seña a Lobo para que la acompañara.

Dio la impresión de que Whinney se alegraba de verlos a ella y a Lobo cuando se acercaron. La yegua no tenía miedo del gran cánido depredador. Había visto crecer a Lobo desde que era una bolita de pelo revuelto, y había ayudado a criarlo. Pero a Ayla le preocupaba una cuestión. Quería que los caballos se retiraran hasta más allá del recodo en la pared de piedra, junto con las mujeres y los niños. Podía dar muchas órdenes a Whinney con palabras y señales, pero no sabía bien cómo indicarle que acompañara a los otros en lugar de seguirla a ella.

Corredor relinchó cuando Ayla se aproximó; se le veía aún más agitado que a los otros. Tras saludar al corcel zaino afectuosamente, dio unas palmadas y rascó a la potranca gris; por último, abrazó el robusto cuello de la yegua de color pardo amarillento que había sido su única amiga durante los primeros años de soledad después de abandonar el clan.

Whinney colocó la cabeza sobre el hombro de la joven en una postura habitual de apoyo mutuo. Ayla habló a la yegua con una mezcla de signos del clan y palabras, y sonidos animales que sabía imitar: el lenguaje especial que había creado con Whinney cuando era una potranca, antes de que Jondalar le enseñara a hablar su lengua. Ayla indicó a la yegua que se marchara con Folara y Proleva. Ya fuera porque el animal la comprendió, o simplemente porque sabía que eso sería lo más seguro para su cría y para ella, retrocedió hacia la pared de roca junto con las otras madres cuando Ayla señaló en esa dirección.

Pero Corredor estaba tenso y nervioso, y se inquietó más aún cuando la yegua se alejó. Pese a ser ya adulto, el joven corcel estaba acostumbrado a seguir a su madre,

sobre todo cuando Ayla y Jondalar cabalgaban juntos. Pero en esta ocasión no se marchó con ella de inmediato. Brincó y cabeceó y relinchó. Jondalar lo oyó, lanzó una mirada al corcel y a la mujer, y se reunió con ellos. El joven caballo resopló al acercarse el hombre. Jondalar se preguntó si no sería que empezaban a manifestarse los instintos protectores del animal, con dos hembras en su pequeña «manada». Para tranquilizarlo, le habló, le acarició y le rascó en aquellos lugares donde más le gustaba; después le indicó que se marchara con Whinney y le dio una palmada en la grupa. Bastó para que el corcel trotara en la dirección debida.

Ayla y Jondalar regresaron junto a los cazadores. Joharran y sus dos consejeros y más íntimos amigos, Solaban y Rushemar, estaban en el centro del grupo. Ahora parecía mucho más reducido.

—Hablábamos de cuál es la mejor manera de organizar la cacería —explicó Joharran cuando la pareja volvió—. No sé bien qué estrategia emplear. ¿Debemos intentar rodearlos? ¿O es mejor dirigirlos hacia un sitio en particular? Yo sé cazar para conseguir carne: ciervos, bisontes o uros, incluso mamuts. He matado algún que otro león que se ha acercado al campamento, con la ayuda de otros cazadores, pero no acostumbro a cazar leones, y menos una manada entera.

—Como Ayla conoce a los leones —propuso Thefona—, preguntémosle a ella.

Todos se volvieron hacia Ayla. La mayoría de ellos conocía la historia de la cría de león herida que Ayla había acogido y criado hasta la edad adulta. Cuando Jondalar les contó que el león la obedecía igual que el lobo, le creyeron.

—¿Tú qué opinas, Ayla? —preguntó Joharran.

—¿Veis cómo nos observan los leones? Nos miran igual que nosotros a ellos. Se consideran los cazadores. Es posible que les sorprenda verse convertidos en presas para variar —comentó Ayla, y guardó silencio por un momento—. Creo que debemos caminar hacia ellos en grupos, quizá gritando y hablando en voz alta, y ver si así retroceden, pero tened las lanzas a punto, por si acaso uno o varios se echan sobre nosotros antes de que decidamos darles caza.

—¿Acercarnos a ellos a cara descubierta? ¿Eso quieres decir? —preguntó Rushemar, ceñudo.

—Puede que dé resultado —dijo Solaban—. Y si permanecemos juntos, podemos cuidar unos de otros.

—Parece un buen plan, Joharran —confirmó Jondalar.

—Supongo que es tan bueno como el que más, y me gusta la idea de permanecer juntos y cuidar unos de otros —respondió el jefe.

—Yo iré delante —se ofreció Jondalar. Sostenía en alto el lanzavenablos, ya armado y listo—. Con esto puedo arrojar una lanza en un abrir y cerrar de ojos.

—Seguro que sí, pero esperemos a acercarnos más para que todos podamos hacer blanco fácilmente —contestó Joharran.

—Claro —convino Jondalar—, y Ayla me cubrirá la espalda por si surge algún imprevisto.

—Me parece bien —respondió Joharran—. Todos necesitamos un compañero, alguien que cubra la espalda a quien lance primero, por si falla el tiro y los leones atacan en lugar de huir. Cada pareja puede decidir quién lanzará primero, pero será menos confuso si todos esperan una señal antes de lanzar.

—¿Qué señal? —preguntó Rushemar.

Joharran guardó silencio por un momento y por fin dijo:

—Estad atentos a Jondalar. Esperad a que él lance. Esa puede ser nuestra señal.

—Yo seré tu compañero, Joharran —se ofreció Rushemar.

El jefe asintió.

—Yo necesito a alguien que me respalde —dijo Morizan. Era hijo de la compañera de Manvelar, recordó Ayla—. No sé si lo hago muy bien, pero he estado ejercitándome.

—Yo iré contigo. He estado practicando con el lanzavenablos.

Ayla se volvió al oír esa voz femenina y vio que era Galeya, la amiga pelirroja de Folara.

Jondalar se volvió también. «Esa es una manera de acercarse al hijo de la compañera del jefe», pensó, y miró a Ayla, preguntándose si había captado la implicación.

—Yo iré con Thefona, si me acepta —propuso Solaban—, puesto que, como ella, usaré sólo la lanza, sin lanzavenablos.

La joven le sonrió, alegrándose de formar pareja con un cazador más maduro y experimentado.

—Yo he estado practicando con el lanzavenablos —anunció Palidar. Era amigo de Tivonan, el aprendiz de Willamar, el maestro de comercio.

—Podemos ser pareja, Palidar —dijo Tivonan—, pero yo sólo sé usar la lanza.

—La verdad es que yo tampoco me he ejercitado mucho con el lanzavenablos —admitió Palidar.

Ayla sonrió a los jóvenes. Tivonan, como aprendiz de comercio de Willamar, sería sin duda el siguiente maestro de comercio de la Novena Caverna. Su amigo, Palidar, había vuelto con Tivonan cuando este fue a visitar su caverna en una breve misión comercial, y también fue él quien encontró el lugar donde Lobo había librado una atroz pelea con otros lobos y llevó a Ayla hasta allí. Ella lo consideraba un buen amigo.

—No he hecho grandes progresos con el lanzavenablos, pero sé manejar la lanza. —Era Mejera, la acólita de la Zelandoni de la Tercera, se dijo Ayla, recordando que la joven estaba con ellos la primera vez que Ayla se adentró en la Profundidad de la Roca de la Fuente para buscar la fuerza vital del hermano menor de Jondalar cuando

intentaban ayudar a su elán a encontrar el camino hacia el mundo de los espíritus.

—Todos han escogido ya pareja, así que supongo que quedamos únicamente nosotros. No sólo no he practicado con el lanzavenablos, sino que apenas lo he visto usar —afirmó Jalodan, el primo de Morizan, hijo de la hermana de Manvelar, que estaba de visita en la Tercera Caverna. Tenía previsto viajar con ellos a la Reunión de Verano para reunirse con su caverna.

Y eso era todo: doce hombres y mujeres dispuestos a dar caza a un número semejante de leones, animales más rápidos, fuertes y feroces, que vivían de cazar a presas más débiles. Ciertas dudas empezaron a asaltar a Ayla, y un escalofrío de temor recorrió su cuerpo. Se frotó los brazos y sintió el vello erizado. ¿Cómo podía siquiera ocurrírseles a doce frágiles humanos atacar a una manada de leones? Miró al otro carnívoro, el que ya conocía, y le indicó que permaneciera con ella, pensando: «Doce personas... y Lobo».

—Bien, vamos allá —dijo Joharran—, pero todos juntos.

Los doce cazadores de la Tercera y la Novena Caverna de los zelandonii se encaminaron, todos a una, hacia la manada de felinos descomunales. Iban armados con lanzas provistas de afiladas puntas de sílex, hueso o marfil lijado hasta dejar bien aguzado el extremo. Algunos llevaban lanzavenablos capaces de arrojar una lanza a una distancia mucho mayor y con más fuerza y velocidad que arrojándola a mano, pero ya antes habían matado leones simplemente con lanzas. Acaso esa fuese una prueba para el arma de Jondalar, pero sería una prueba aún mayor para el valor de quienes cazaban.

—¡Fuera! —vociferó Ayla cuando se pusieron en marcha—. ¡No os queremos aquí!

Otros imitaron la cantinela, o variaciones de la misma, profiriendo exclamaciones y gritos en dirección a los animales conforme se aproximaban, ordenándoles que se marcharan.

En un primer momento, los felinos, jóvenes y viejos, se limitaron a observarlos. De pronto, algunos comenzaron a moverse: se adentraban en la hierba que tan bien los ocultaba y volvían a salir, como si no supieran qué hacer. Los que se retiraron con sus crías volvieron después sin ellas.

—Parece que no saben qué pensar —comentó Thefona desde el centro de la partida de caza, sintiéndose un poco más segura que al principio, pero cuando de repente el enorme macho les gruñó, todos se sobresaltaron y pararon en seco.

—No es momento para detenerse —exhortó Joharran, siguiendo adelante.

Reanudaron la marcha, al principio en una formación un poco más vacilante, pero volvieron a estrechar filas conforme avanzaban. Los leones se movieron, algunos volviéndoles la espalda y desapareciendo entre la hierba alta, pero el macho gruñó de nuevo y se mantuvo firme en su sitio, empezando a resonar dentro de él el inicio de

un rugido. Otros varios grandes felinos se situaron detrás de él. Ayla percibía el olor del miedo entre los cazadores humanos, y tenía la certeza de que los leones también lo olfateaban. Ella misma sentía miedo, pero el temor era algo que las personas podían vencer.

—Creo que es mejor que nos preparemos —dijo Jondalar—. Ese macho no parece muy contento y tiene refuerzos.

—¿Puedes alcanzarle desde aquí? —preguntó Ayla. Oyó la sucesión de sonidos que solían preceder el rugido de un león.

—Posiblemente —respondió Jondalar—, pero preferiría estar más cerca más para no errar el tiro.

—Y yo no sé si acertaré a esta distancia. Tenemos que acercarnos —instó Joharran, y continuó su avance.

Los demás se apiñaron y lo siguieron, sin dejar de gritar; aun así, Ayla pensó que sus voces sonaban más vacilantes a medida que se aproximaban. Los leones cavernarios quedaron inmóviles y parecieron tensarse mientras observaban a esa extraña manada que no se comportaba como los animales de presa.

De pronto todo se aceleró.

El gran león macho rugió, un sonido ensordecedor y pasmoso, sobre todo desde tan cerca. Se echó a correr hacia ellos, y cuando se disponía a saltar, Jondalar arrojó su lanza.

Ayla había permanecido atenta a la hembra situada a la derecha de Jondalar. Poco más o menos en el momento en que él hacía su lanzamiento, la leona emprendió la carrera, dispuesta a atacar.

Ayla dio un paso atrás y apuntó. Casi sin darse cuenta, levantó el lanzavenablos ya armado y arrojó la lanza. Para ella era un acto tan natural que ni siquiera parecía un movimiento intencionado. Jondalar y ella habían utilizado el arma durante todo un año, en el viaje de vuelta a la caverna de los zelandonii, y ella poseía tal destreza que usarla era casi una acción espontánea.

La leona saltó, pero la lanza de Ayla la alcanzó en pleno vuelo desde abajo, alojándose con firmeza en su garganta y causándole una herida mortal. La sangre manó a borbotones de la leona desplomada en tierra.

Ayla se apresuró a sacar otra lanza del carcaj y la colocó de inmediato en el lanzavenablos, mirando alrededor para ver qué más ocurría. Vio volar la lanza de Joharran, y al cabo de un instante siguió otra. Advirtió que Rushemar, por su postura, acababa de tirar. Vio caer a otra leona enorme. Una segunda lanza hirió a la bestia antes de tocar el suelo. Otra hembra se acercaba. Ayla disparó, y vio que alguien más había lanzado poco antes que ella.

Sacó otra lanza y la colocó, asegurándose que la encajaba bien: la punta, que iba acoplada a un trozo de asta ahusado cuya función era desprenderse del asta principal

de la lanza, quedó afianzada, y el orificio del extremo opuesto del asta estaba bien ajustado al gancho en la base del lanzavenablos. Volvió a mirar alrededor. El enorme macho había caído, pero aún se movía; sangraba pero no había muerto. Su hembra sangraba también, pero permanecía inmóvil.

Los leones desaparecían entre la hierba tan deprisa como podían, y al menos uno de ellos dejó un rastro de sangre. Los cazadores humanos, reagrupándose, echaron una ojeada en torno y empezaron a sonreírse.

—Creo que lo hemos conseguido —dijo Palidar, y en su cara comenzó a dibujarse una amplia sonrisa.

Nada más pronunciar estas palabras, un amenazador gruñido de Lobo captó la atención de Ayla. El lobo se apartó rápidamente de los cazadores humanos, seguido de cerca por Ayla. El macho, sangrando profusamente, se había levantado y avanzaba otra vez hacia ellos. Con un rugido, saltó hacia el grupo. Ayla casi palpó su cólera, y no podía reprochársela.

Justo cuando Lobo llegó ante el león y se dispuso a atacar, manteniéndose entre Ayla y el gran felino, ella arrojó la lanza con todas sus fuerzas. Vio otra disparada al mismo tiempo. Las dos dieron en el blanco casi simultáneamente con un ruido sordo. Tanto el león como el lobo se desplomaron. Ayla ahogó una exclamación al verlos caer bañados en sangre, temiendo que Lobo estuviese herido.

Capítulo 2

Ayla vio moverse la pesada zarpa del león y contuvo la respiración, preguntándose si el enorme macho podía seguir vivo con tantas lanzas clavadas. Reconoció entonces la cabeza ensangrentada de Lobo, que se esforzaba por salir de debajo de la pata descomunal y, sin saber aún si estaba herido, corrió hacia él. Revolviéndose, el lobo se zafó de la pata delantera del león y luego, agarrándola con los dientes, la sacudió con tal vigor que Ayla supo que la sangre sólo podía ser del león, no de él. Al cabo de un instante, Jondalar estaba a su lado, y juntos caminaron hacia el león, con una sonrisa de alivio por las payasadas del lobo.

—Voy a tener que llevar a Lobo al río para lavarlo —anunció Ayla—. Todo eso es sangre del león.

—Lamento que hayamos tenido que matarlo —dijo Jondalar en voz baja—. Era una bestia magnífica y no hacía más que defender a los suyos.

—Yo también lo siento. Me recordaba a Bebé, pero nosotros teníamos que defender a los nuestros. Piensa que nos sentiríamos mucho peor si uno de esos leones hubiese matado a un niño —observó Ayla, mirando al enorme depredador.

Tras un silencio, Jondalar dijo:

—Los dos podemos atribuirnos la pieza: lo han alcanzado sólo nuestras lanzas; y a esa hembra que está a su lado la ha matado una tuya.

—Es posible que haya herido también a otra leona, pero no necesito atribuirme parte de ella —dijo Ayla—. Coge tú lo que quieras del macho. Yo me quedaré la piel y la cola de esta hembra, y las zarpas y los dientes como recuerdo de la cacería.

Los dos permanecieron en silencio durante un rato, hasta que Jondalar dijo:

—Me alegro de que la cacería haya salido bien y de que nadie haya resultado herido.

—Me gustaría honrar de algún modo a estos animales, Jondalar, para presentar mis respetos al espíritu del León Cavernario y mostrar agradecimiento a mi tótem.

—Sí, creo que debemos hacerlo. Es costumbre dar las gracias al espíritu cuando cazamos una presa, y pedirle que exprese nuestra gratitud a la Gran Madre Tierra por el alimento que nos ha permitido coger. Podemos dar las gracias al espíritu del León Cavernario y pedirle que dé las gracias a la Madre por permitirnos eliminar a estos leones para proteger a nuestras familias y nuestras cavernas. —Jondalar se interrumpió por un momento—. Podemos dar a este león un trago de agua para que su espíritu no llegue sediento al otro mundo. Algunos también entierran el corazón, se lo devuelven a la Madre. Creo que deberíamos hacer lo uno y lo otro por este gran león que ha dado la vida por defender a su manada.

—Yo haré lo mismo por la hembra que ha permanecido a su lado, luchando junto a él —convino Ayla—. Creo que mi tótem del León Cavernario me ha protegido, y

quizá también a todos los demás. La Madre habría podido permitir que el espíritu del León Cavernario se llevara a alguien para compensar a la manada por su gran pérdida. Me alegro de que no haya sido así.

—¡Ayla! ¡Tenías razón!

Ayla giró sobre sus talones al oír la voz y sonrió al jefe de la Novena Caverna, que se acercaba desde detrás de ellos.

—Has dicho: «Un animal herido es imprevisible. Y un animal con la fuerza y la velocidad de un león cavernario, enloquecido por el dolor, sería capaz de cualquier cosa». No deberíamos haber dado por supuesto que el león no volvería a atacar porque estaba abatido y sangrando. —Joharran se dirigió a los demás cazadores que se habían acercado a ver a los leones caídos—. Tendríamos que habernos asegurado de que estaba muerto.

—Lo que me ha sorprendido es ese lobo —dijo Palidar, mirando al animal aún cubierto de sangre, sentado tan tranquilo a los pies de Ayla, con la lengua colgando a un lado de la boca—. Ha sido él quien nos ha prevenido, pero jamás habría imaginado que un lobo atacase a un león cavernario, herido de muerte o no.

Jondalar sonrió.

—Lobo protege a Ayla —aclaró—. Da igual quién o qué sea: si representa una amenaza para ella, él ataca.

—¿Incluso a ti, Jondalar? —preguntó Palidar.

—Incluso a mí.

Siguió un incómodo silencio, hasta que por fin Jondalar dijo:

—¿Cuántos leones tenemos?

Había varios grandes felinos abatidos, algunos con más de una lanza clavada.

—Yo he contado cinco —contestó Ayla.

—Los leones con lanzas de más de una persona deberán compartirse —dictaminó Joharran—. Los cazadores pueden decidir qué hacer con ellos.

—Las únicas lanzas en el macho y esta hembra son de Ayla y mías, así que podemos atribuirnoslos —dijo Jondalar—. Nosotros hemos hecho lo necesario, pero ellos estaban defendiendo a su familia, y deseamos honrar sus espíritus. Aquí no tenemos ningún Zelandoni, pero podemos dar un trago de agua a cada uno antes de dejarlos partir de camino al mundo de los espíritus, y enterrar sus corazones para devolvérselos a la Madre.

Los demás cazadores asintieron.

Ayla se acercó a la leona que había matado y sacó su odre de agua. Estaba hecho con el estómago bien lavado de un ciervo. Tenía la abertura inferior cerrada mediante un nudo, y en la superior llevaba encajada una vértebra de ciervo con las proyecciones desbastadas y sujeta con un tendón bien atado. El orificio natural en el centro de esa porción de columna vertebral proporcionaba un pitorro muy útil. El

tapón era una correa de piel fina con varios nudos, unos encima de otros, introducida a presión en el agujero. Retiró el tapón de cuero anudado y se llenó la boca de agua. Se arrodilló junto a la cabeza de la leona, se la levantó y le abrió las fauces. A continuación, echó un chorro de agua de su boca a la del gran felino.

—Te damos gracias, Doni, Gran Madre de Todos, y damos gracias al espíritu del León Cavernario —declamó en voz alta. Empezó a formar con las manos los signos mudos del lenguaje formal del clan, el que empleaban para dirigirse al mundo de los espíritus, pero con voz queda tradujo el significado de los signos que realizaba—. Esta mujer da gracias al espíritu del Gran León Cavernario, el tótem de esta mujer, por permitir que unos cuantos seres vivos de este espíritu hayan caído bajo las lanzas de los humanos. Esta mujer expresa su pesar al gran espíritu del León Cavernario por la pérdida de sus seres vivos. La Gran Madre y el espíritu del León Cavernario saben que ha sido necesario para la seguridad de las personas, pero esta mujer desea manifestar su gratitud.

Se volvió hacia el grupo de cazadores que la observaban. No lo había hecho tal como ellos estaban acostumbrados, pero era fascinante verla, y su pequeña ceremonia había sido del agrado de los cazadores que, superando sus temores, habían conseguido que su territorio fuera un lugar más seguro para ellos y los demás. También comprendieron por qué su Zelandoni, que era la Primera, había tomado a esa mujer como acólita.

—No me atribuiré a otros leones que puedan haber sido alcanzados por alguna de mis lanzas, pero me gustaría recuperar las lanzas —dijo Ayla—. Como esta leona sólo tiene clavada una lanza mía, me la atribuyo. Me quedaré con la piel y el rabo, además de las zarpas y los dientes.

—¿Y la carne? —preguntó Palidar—. ¿Vas a comértela?

—No. Por lo que a mí respecta, pueden quedársela las hienas —contestó Ayla—. No me gusta el sabor de la carne de los devoradores de carne, y menos la de los leones cavernarios.

—Yo no he probado la carne de león —dijo Palidar.

—Yo tampoco —intervino Morizan, de la Tercera Caverna, que había formado pareja con Galeya.

—¿Ninguna de vuestras lanzas ha alcanzado a un león? —preguntó Ayla. Los vio mover la cabeza en un triste gesto de negación—. En cuanto haya enterrado el corazón, podéis quedaros la carne de este, si la queréis, pero yo que vosotros no me comería el hígado.

—¿Por qué no? —preguntó Tivonan.

—Según las personas con quienes me crie, el hígado de los devoradores de carne puede matar, como un veneno —respondió Ayla—. Corrían historias al respecto, en concreto la de una mujer egoísta que se comió el hígado de un felino, un lince, creo, y

murió. Quizá deberíamos enterrar también el hígado, junto con el corazón.

—¿Es malo comer el hígado de animales que comen sólo un poco de carne? —preguntó Galeya.

—Creo que con el hígado del oso no pasa nada. El oso come carne, pero también de todo lo demás. Los osos cavernarios apenas comen carne, y saben bien. Sé de gente que se comía el hígado y no enfermaba —contestó Ayla.

—Hace años que no veo un oso cavernario —observó Solaban, que estaba cerca, escuchando—. Ya no hay muchos por aquí. ¿De verdad has comido carne de oso?

—Sí —respondió Ayla. Les habría explicado que la carne del oso cavernario era sagrada para el clan, y sólo se comía en ciertas fiestas rituales, pero decidió que eso los induciría a hacer más preguntas, y que llevaría demasiado tiempo contestar a todas.

Miró a la leona y respiró hondo. Era grande y le costaría despellejarla. No le vendría mal un poco de ayuda. Observó a los cuatro jóvenes que le habían formulado las preguntas. Ninguno de ellos había utilizado el lanzavenablos, pero supuso que eso cambiaría en adelante, y si bien no habían conseguido dar en el blanco con sus lanzas, habían participado de buena gana en la cacería y se habían expuesto al peligro. Les sonrió.

—Os daré una zarpa a cada uno si me ayudáis a despellejar a esta leona —dijo, y los vio sonreír.

—Por mí, encantado —contestaron Palidar y Tivonan casi simultáneamente.

—Lo mismo digo —añadió Morizan.

—Bien. No me vendrá mal vuestra ayuda. —A continuación dijo a Morizan—: Creo que no nos han presentado formalmente.

Se plantó ante el joven y le tendió las dos manos con las palmas hacia arriba, en el gesto formal de franqueza y amistad.

—Soy Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, acólita de la Zelandoni, la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra, emparejada con Jondalar, maestro tallador de pedernal y hermano de Joharran, jefe de la Novena Caverna de los zelandonii, antes Hija del Hogar del Mamut del Campamento del León de los mamutoi, Elegida por el espíritu del León Cavernario, Protegida por el Oso Cavernario y amiga de los caballos Whinney, Corredor y Gris, y del cazador cuadrúpedo Lobo.

Eso bastaba para una presentación formal, pensó, viendo la expresión del joven. Sabía que la primera parte de la recitación de sus títulos y lazos debía de resultar un tanto abrumadora —sus vínculos se contaban entre los de más alto rango para los zelandonii—, y la última parte debía de ser totalmente desconocida para él.

Él le tendió las manos y empezó con sus títulos y lazos.

—Soy Morizan de la Tercera Caverna de los zelandonii —dijo, nervioso, y

pareció detenerse a pensar qué decir a continuación—. Soy hijo de Manvelar, jefe de la Tercera Caverna, primo de...

Ayla comprendió que era joven y no estaba acostumbrado a conocer a gente nueva y hacer recitaciones formales. Decidió facilitarle la tarea y dio por concluido el ritual de presentación.

—En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, yo te saludo, Morizan de la Tercera Caverna de los zelandonii —dijo, y añadió—: Y agradezco tu ayuda.

—Yo también quiero ayudar —saltó Galeya—. Me gustaría quedarme una zarpa como recuerdo de esta cacería. Aunque no haya alcanzado con mi lanza a ningún león, ha sido emocionante. He tenido un poco de miedo, pero ha sido emocionante.

Ayla asintió con actitud comprensiva.

—Empecemos, pues, pero tened mucho cuidado cuando cortéis las zarpas, o arranquéis los dientes, no vayáis a arañaros. Debéis hervirlos para poder manipularlos sin peligro. Si os arañáis, el rasguño puede convertirse en una herida fea, una de esas que se hinchan y supuran y despiden mal olor.

Alzó la mirada y avistó a lo lejos a varias personas que llegaban por detrás del saliente de roca. Reconoció a unas cuantas de la Tercera Caverna que no formaban parte del primer grupo que se había unido antes a ellos. Manvelar, el hombre fuerte y vigoroso, que era su jefe y mayor que los demás, estaba entre ellos.

—Ahí vienen Manvelar y otros —anunció Thefona, que obviamente también los había visto y reconocido.

Cuando llegaron ante los cazadores, Manvelar se acercó a Joharran.

—Yo te saludo, Joharran, jefe de la Novena Caverna de los zelandonii, en nombre de Doni, la Gran Madre Tierra —dijo, tendiendo las dos manos.

Cogiéndoselas, Joharran devolvió el breve saludo formal de reconocimiento al otro jefe.

—En nombre de la Gran Madre Tierra, Doni, yo te saludo, Manvelar, jefe de la Tercera Caverna de los zelandonii. —Era un acto de cortesía habitual entre jefes.

—Las personas a quienes has ordenado volver nos han informado de lo que sucedía —explicó Manvelar—. Hacía días que veíamos a los leones por aquí, y hemos venido a ayudar. Volvían regularmente y no sabíamos qué hacer con ellos. Según parece, ya habéis resuelto vosotros el problema. Veo a cuatro, no, cinco leones abatidos, incluido el macho. Ahora las hembras tendrán que buscar otro macho; tal vez se separen y encuentren a más de uno. Con eso cambiará toda la estructura de la manada. Imagino que tardarán en volver a molestarnos. Queremos daros las gracias.

—Hemos pensado que no podríamos pasar cerca de ellos sin peligro, y no queríamos que representasen una amenaza para las cavernas de los alrededores, así que hemos decidido darles caza y ahuyentarlos, sobre todo porque nos acompañaban varias personas capaces de manejar el lanzavenablos. Menos mal. Ese macho enorme,

pese a estar malherido, ha vuelto a atacar cuando creíamos que estaba en las últimas —explicó Joharran.

—Es peligroso cazar leones cavernarios. ¿Qué vais a hacer con ellos?

—Me parece que ya se han reclamado las pieles, los dientes y las zarpas, y algunos quieren probar la carne —respondió Joharran.

—Tiene un sabor fuerte —advirtió Manvelar, arrugando la nariz—. Os ayudaremos a despellejarlos, pero nos llevará tiempo. Creo que deberíais plantearos pasar la noche con nosotros. Podemos enviar a un mensajero para informar a la Séptima de vuestro retraso, y del motivo.

—De acuerdo, nos quedaremos. Gracias, Manvelar —dijo Joharran.

La Tercera Caverna dio de comer a los visitantes de la Novena antes de que estos emprendieran camino a la mañana siguiente. Joharran, Proleva, el hijo de Proleva, Jaradal y la hija recién nacida, Sethona, se sentaron con Jondalar, Ayla y su hija, Jonayla, en la soleada entrada de piedra, disfrutando de la vista a la par que de la comida.

—Da la impresión de que Morizan está muy interesado en Galeya, la amiga de Folara —comentó Proleva. Observaban al grupo de jóvenes aún no emparejados con la mirada indulgente de hermanos mayores con familia.

—Sí —convino Jondalar, sonriente—. Ayer ella fue su respaldo durante la cacería de leones. Al cazar juntos y depender el uno del otro de esa manera se crea enseguida un lazo especial, aunque no pudieran atribuirse un león porque no alcanzaron a ninguno con sus lanzas. Pero ayudaron a Ayla a desollar a su leona, y ella regaló una zarpa a cada uno. Acabaron tan pronto que vinieron a ayudarme a mí, y yo también les regalé unas uñas, así que todos tienen recuerdos de la cacería.

—De eso alardeaban anoche ante la cesta de guisar —dijo Proleva.

—¿Me das una zarpa de recuerdo, Ayla? —preguntó Jaradal. Obviamente, el niño había estado escuchando con atención.

—Jaradal, son recuerdos de una cacería —explicó su madre—. Cuando tengas edad para ir de caza, tendrás tus propios recuerdos.

—No importa, Proleva. Yo le daré una —terció Joharran, sonriendo con dulzura al hijo de su compañera—. Yo también maté un león.

—¿En serio? —exclamó el niño de seis años, entusiasmado—. ¿Y puedo quedarme una zarpa? ¡Ya veréis cuando se la enseñe a Robenan!

—Sobre todo hiérvela antes de dársela —aconsejó Ayla.

—Eso era lo que hervían Galeya y los otros anoche —añadió Jondalar—. Ayla insistió en que todos hirvieran las zarpas y los colmillos antes de manipularlos. Dice que un rasguño de una zarpa de león puede ser peligroso si no se hierve antes.

—¿De qué sirve hervirlas? —preguntó Proleva.

—Cuando era pequeña, antes de que me encontrara el clan, me arañó un león cavernario. Las cicatrices que tengo en la pierna son de eso. Apenas recuerdo el momento en que recibí el zarpazo, pero sí recuerdo lo mucho que me dolió la pierna hasta curarse. El clan también tenía la costumbre de quedarse con los dientes y las garras de los animales —contó Ayla—. Cuando me enseñaba a curar, una de las primeras cosas que me explicó Iza fue que debía hervirlos antes de manipularlos. Me dijo que estaban llenos de malos espíritus, y el hervor expulsaba la malevolencia.

—No me extraña que esas zarpas estén llenas de malos espíritus, desde luego, si pensamos en lo que hacen esos animales con ellas —comentó Proleva—. Me aseguraré de que se hierve la zarpa de Jaradal.

—Esa cacería de leones ha sido la prueba definitiva de tu arma, Jondalar —dijo Joharran—. Probablemente los que sólo tenían lanzas habrían sido una buena protección si los leones se hubiesen acercado, pero sólo se han cobrado piezas con lanzavenablos. Creo que eso animará a más gente a ejercitarse.

Vieron aproximarse a Manvelar y lo saludaron cordialmente.

—Podéis dejar las pieles de león aquí y pasar a recogerlas a la vuelta —propuso—. Podemos guardarlas al fondo del refugio inferior. Allí detrás el ambiente es bastante fresco y se pueden guardar durante unos días. Ya las curaréis cuando llegéis a casa.

La gran pared de piedra caliza junto a la que habían pasado poco antes de la cacería, llamada Roca de los Dos Ríos porque allí confluían el Río de la Hierba y el Río, tenía tres repisas muy pronunciadas, una encima de otra, que creaban techos protectores para los espacios situados debajo. La Tercera Caverna aprovechaba todos los refugios de piedra, pero vivían principalmente en el amplio espacio intermedio, desde el cual se disfrutaba de una extensa vista panorámica de los dos ríos y la zona inmediata a la pared rocosa. Los otros se destinaban principalmente al almacenamiento.

—Eso sería una gran ayuda —contestó Joharran—. Ya llevamos carga de sobra, en especial con los niños, y vamos con retraso. Si no hubiésemos tenido planeado este viaje a Roca de la Cabeza de Caballo desde hace tiempo, probablemente no lo habríamos emprendido. Al fin y al cabo, veremos a todo el mundo en la Reunión de Verano, y todavía tenemos muchas cosas que hacer antes de partir. Pero la gente de la Séptima Caverna quería a toda costa que Ayla los visitase, y la Zelandoni quiere enseñarle la Cabeza de Caballo. Y como no está muy lejos de allí, quieren ir también al Hogar del Patriarca y visitar la Segunda Caverna, donde veremos a los antepasados labrados en la pared de su caverna inferior.

—¿Dónde está la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra? —preguntó Manvelar.

—Ella ya está allí desde hace unos días —respondió Joharran—. En

conversaciones con otros miembros de la zelandonia. Es por algo relacionado con la Reunión de Verano.

—Por cierto, ¿cuándo tenéis previsto partir? —preguntó Manvelar—. Quizá podríamos hacer el viaje juntos.

—Yo siempre prefiero partir cuanto antes. Con una caverna tan numerosa, necesitamos más tiempo para encontrar un sitio cómodo. Y ahora tenemos que pensar en los animales. He estado en la Vigésimo sexta Caverna, pero no conozco bien la zona.

—Es una gran llanura al lado del Río Oeste —explicó Manvelar—. Caben muchos refugios de verano, pero dudo que sea un buen sitio para los caballos.

—Me gustó el emplazamiento que encontramos el año pasado, a pesar de que estaba bastante lejos de las actividades, pero no sé qué nos encontraremos este año. Estuve planteándome ir a explorar la zona con antelación, pero llegaron aquellas intensas lluvias de primavera y no quise vérmelas con los barrizales —dijo Joharran.

—Si no te importa acampar un poco a trasmano, puede que haya un lugar más aislado cerca de Vista del Sol, el refugio de la Vigésimo sexta Caverna. Está en una pared cerca de la orilla del antiguo lecho del río, que ahora queda un tanto apartado del río.

—Podemos probar allí —sugirió Joharran—. Enviaré a un mensajero cuando decidamos el momento de la partida. Si la Tercera Caverna quiere viajar entonces, podemos ir juntos. Tú tienes familia allí, ¿no? ¿Has pensado ya en la ruta? Sé que el Río Oeste corre en la misma dirección que el Río, así que no es difícil encontrar el sitio. Basta con que vayamos rumbo al sur, hacia el Río Grande, y luego al oeste, hasta llegar al Río Oeste, y después seguir el cauce hacia el norte, pero si tú conoces un camino más directo, quizá tardemos menos.

—Pues sí, conozco uno —respondió Manvelar—. Sabes que mi compañera era de la Vigésimo sexta Caverna y visitábamos con frecuencia a su familia cuando los niños eran pequeños. No he vuelto desde que ella murió, y espero con ilusión esta Reunión de Verano para encontrarme con algunas personas que no veo desde hace tiempo. Morizan y sus hermanos tienen primos allí.

—Ya seguiremos hablando cuando pasemos por aquí a buscar esas pieles de león en el camino de vuelta. Gracias por la hospitalidad de la Tercera Caverna, Manvelar —dijo Joharran a la vez que se volvía para irse—. Tenemos que ponernos en marcha. La Segunda Caverna nos espera, y la Zelandoni, La Que es la Primera, tiene una sorpresa en una cueva para Ayla.

Con el deshielo, los primeros retoños de la primavera habían teñido la fría tierra marrón de color esmeralda como en una acuarela. Conforme avanzaba la breve estación, los tallos articulados y las finas hojas envolventes alcanzaban su madurez, y

exuberantes prados sustituían a los colores fríos en las llanas tierras de aluvión a orillas de los ríos. Esa hierba de los campos que se extendían ante ellos, agitándose con el viento más cálido de principios del verano, cuyo verdor, propio del crecimiento rápido, adquiriría ya el tono dorado de la madurez, daba nombre al río.

Los viajeros, algunos de la Novena Caverna y otros de la Tercera, desanduvieron el camino del día anterior por la margen del Río de la Hierba. Borearon de uno en uno el saliente de roca por la senda entre el agua cristalina del Río de la Hierba y la pared rocosa. Después, algunos se adelantaron para colocarse en grupos de dos o de tres.

Se desviaron por el camino que bajaba hacia el vado, bautizado ya con el nombre de «Sitio de la Cacería de Leones». Las rocas estaban dispuestas de tal modo que resultaba difícil vadear el río. Saltar por encima de las piedras resbaladizas no era lo mismo para un joven ágil que para una mujer embarazada o cargada con un recién nacido, y quizá también con bultos de comida, ropa o utensilios, ni para mujeres y hombres de cierta edad. Por tanto, habían colocado más piedras cuidadosamente entre las rocas que asomaban a la superficie debido a la escasa profundidad del agua en aquel punto, a fin de reducir el espacio entre unas y otras. Cuando todos llegaron al otro lado del afluente, donde la senda se ensanchaba, volvieron a caminar otra vez en grupos de dos o tres.

Morizan esperó a Jondalar y Ayla, que cerraban la marcha frente a los caballos, y se situó a la par de ellos. Después de un intercambio informal de saludos, Morizan dijo:

—No me había dado cuenta de lo útil que puede ser tu lanzavenablos, Jondalar. He estado practicando con él, pero desde que os he visto usarlo a ti y a Ayla, lo valoro más.

—Haces bien en familiarizarte con el lanzavenablos, Morizan. Es un arma muy eficaz. ¿Te lo sugirió Manvelar o ha sido idea tuya? —preguntó Jondalar.

—Ha sido idea mía, pero en cuanto me puse a ello, él me animó. Dijo que daba buen ejemplo —respondió Morizan—. Si quieres que te diga la verdad, eso a mí me daba igual. Simplemente quería aprender a usar el arma.

Jondalar le sonrió. Había dado por sentado que serían los jóvenes los más predispuestos a probar la nueva arma, y la respuesta de Morizan era justo la que preveía.

—Bien. Cuanto más te ejercites, mejor lo harás. Ayla y yo usamos el lanzavenablos desde hace mucho tiempo; lo empleamos durante el viaje de regreso a casa, todo un año, y antes ya hacía un año que lo usábamos. Como has visto, las mujeres pueden manejar un lanzavenablos con mucha eficacia.

Siguieron el curso del Río de la Hierba aguas arriba a lo largo de un trecho, hasta llegar a un afluente menor que se llamaba Pequeño Río de la Hierba. Mientras

avanzaban junto al cauce menor, Ayla comenzó a percibir un cambio en el aire, un frescor húmedo lleno de aromas intensos. Allí incluso la hierba era de un verde más oscuro, y en algunos puntos el terreno se reblandecía. El camino bordeaba zonas pantanosas con altos juncos y aneas mientras cruzaban el exuberante valle en dirección a una pared de piedra caliza.

Enfrente les esperaban varias personas, entre ellas dos muchachas. Ayla sonrió al verlas. Las tres se habían emparejado en la misma ceremonia matrimonial durante la Reunión de Verano del año anterior y se sentía muy unida a ellas.

—¡Levela! ¡Janida! No sabéis las ganas que tenía de veros —saludó, caminando hacia ellas—. Me he enterado de que habéis decidido trasladaros a la Segunda Caverna.

—¡Ayla! —exclamó Levela—. Bienvenida a Roca de la Cabeza de Caballo. Decidimos venir con Kimeran para encontrarnos contigo y no tener que esperar hasta tu visita a la Segunda Caverna. Me alegro mucho de verte.

—Sí —convino Janida. Era mucho más joven que las otras dos mujeres, y muy tímida, pero tenía una sonrisa afable—. Yo también me alegro de verte, Ayla.

Las tres se abrazaron, aunque con sumo cuidado. Tanto Ayla como Janida cargaban con niños, y Levela estaba embarazada.

—Ya me enteré de que tuviste un hijo, Janida.

—Sí, le puse Jeridan —respondió Janida, mostrándole el bebé.

—Yo tuve una niña. Se llama Jonayla —dijo Ayla. La pequeña estaba ya despierta a causa del revuelo. Ayla la sacó de su manta de acarreo mientras hablaba y luego se volvió para mirar al otro bebé—. Oh, es un niño perfecto. ¿Puedo cogerlo en brazos?

—Sí, claro, y yo quiero coger a tu hija —repuso Janida.

—¿Por qué no me das a mí a tu niña, Ayla? —propuso Levela—. Así, mientras tú coges a Jeridan, yo sujeto a... ¿Jonayla?... —Ayla asintió— hasta que Janida pueda tenerla en brazos.

Las mujeres se intercambiaron los niños y los arrullaron, observándolos y comparándolos cada una con el suyo.

—Ya sabes que Levela está embarazada, ¿verdad? —preguntó Janida.

—Ya lo veo —contestó Ayla—. ¿Ya sabes cuándo llegará, Levela? Me gustaría venir y estar a tu lado, y seguro que a Proleva también.

—No lo sé con seguridad. Faltan unas cuantas lunas todavía. Me encantaría que estuvieras conmigo, tú y desde luego también mi hermana —dijo Levela—. Pero no hace falta que vengáis aquí. Probablemente estaremos todas en la Reunión de Verano.

—Es verdad —convino Ayla—. Para ti será estupendo tener a todo el mundo alrededor. Incluso la Zelandoni, la Primera, estará allí, y es extraordinaria ayudando a las madres en el parto.

—Puede que haya demasiada gente —intervino Janida—. Todo el mundo te

aprecia, Levela, y no permitirán que esté contigo tanta gente. Serían demasiados. Puede que a mí no me quieras allí: yo no tengo mucha experiencia, pero me gustaría estar contigo, como tú estuviste conmigo, Levela. Pero lo entenderé si prefieres tener al lado a alguien a quien conozcas desde hace más tiempo.

—Claro que te querré allí, Janida, y también a Ayla. Al fin y al cabo, compartimos la misma ceremonia matrimonial, y eso es un lazo especial —dijo Levela.

Ayla comprendía los sentimientos que Janida acababa de expresar. También ella se preguntaba si Levela no preferiría tener a su lado a amigas a quienes conocía desde hacía más tiempo. Ayla sintió un arrebato de afecto por la joven, y le sorprendió sentir en los ojos el escozor de las lágrimas, que se esforzó por contener, ante la buena disposición de Levela a aceptarla. En su infancia, Ayla no había tenido muchas amigas. Las muchachas del clan se emparejaban a una edad muy temprana, y Oga, la que podría haber sido su amiga más íntima, se convirtió en compañera de Broud y él no le permitió mantener una relación demasiado estrecha con la muchacha de los Otros, a quien llegó a odiar. Ayla quería mucho asimismo a la hija de Iza, Uba, su hermana en el clan, pero era mucho más joven y parecía una hija más que una amiga, y si bien las otras mujeres habían acabado aceptándola, e incluso apreciándola, en realidad nunca la comprendieron. Sólo cuando se marchó a vivir con los mamutoi y conoció a Deegie entendió lo divertido que era tener una amiga de su edad.

—Hablando de ceremonias matrimoniales y parejas, ¿dónde están Jondecam y Peridal? Creo que Jondalar también se siente unido a ellos por un lazo especial. Me consta que también él tenía muchas ganas de verlos —dijo Ayla.

—También ellos quieren verlo a él —respondió Levela—. Jondecam y Peridal no han hecho más que hablar de Jondalar y su lanzavenablos desde que se enteraron de que veníais.

—¿Sabíais que Tishona y Marsheval viven en la Novena Caverna? —preguntó Ayla, refiriéndose a otra pareja que se había unido al mismo tiempo que ellas—. Intentaron vivir en la Decimocuarta, pero Marsheval iba tan menudo a la Novena Caverna... o debería decir a Río Abajo, donde aprendía a dar forma al marfil de mamut para pasar luego la noche en la Novena... que decidieron trasladarse.

Los tres zelandonia se hallaban a cierta distancia, observando a las jóvenes mientras charlaban. La Primera advirtió la desenvoltura con que Ayla entablaba conversación con ellas, comparando bebés y hablando animadamente de cosas propias de jóvenes que tenían hijos o los esperaban. Había empezado a enseñar a Ayla los rudimentos del saber que necesitaría para convertirse en toda una Zelandoni, y sin duda la joven mostraba interés y aprendía deprisa, pero la Primera empezaba a darse cuenta de que Ayla se distraía con facilidad. Hasta entonces se había abstenido de intervenir, dejando que Ayla disfrutase de su nueva vida como madre y mujer

emparejada. Quizá había llegado la hora de presionarla un poco más, implicarla lo necesario para que ella, por propia iniciativa, dedicara más tiempo a aprender lo que necesitaba saber.

—Tenemos que irnos, Ayla —dijo la Primera—. Me gustaría que vieses la cueva antes de que estemos demasiado ocupadas con las comidas, las visitas y las reuniones.

—Sí, vamos —contestó Ayla—. He dejado a los tres caballos y a Lobo con Jondalar, y aún tenemos que acomodarlos. Seguro que él también quiere ver a mucha gente.

Se encaminaron hacia la escarpada pared de caliza. La iluminaba el sol del atardecer, y la pequeña fogata que habían encendido cerca era casi invisible bajo la luz resplandeciente. Había allí un agujero oscuro apenas visible, y varias antorchas apoyadas contra la pared. Cada Zelandoni prendió una. Ayla entró en el agujero detrás de las otras, estremeciéndose cuando la envolvió la oscuridad. Dentro de la cavidad de la pared de roca, notó de pronto el aire frío y húmedo, pero la causa de su escalofrío no fue sólo el brusco descenso de la temperatura. Ayla no había estado antes allí y sentía siempre cierta aprensión e inquietud cuando entraba en una cueva desconocida.

La abertura no era grande, pero había altura suficiente para que nadie tuviese que agacharse al entrar. Ayla había encendido una antorcha fuera y la sostenía en alto y al frente con la mano izquierda, tendiendo la derecha hacia la áspera pared de piedra para no perder el equilibrio. El bulto cálido que llevaba contra el pecho, sujeto mediante la suave manta de acarreo, seguía despierto, y Ayla apartó la mano de la pared para dar unas palmadas a la niña y tranquilizarla. «Probablemente Jonayla también nota el cambio de temperatura», pensó Ayla, mirando alrededor mientras se adentraba en la cueva. Esta no era grande, pero se distribuía de manera natural en espacios independientes de menor tamaño.

—Es aquí, en la sala de al lado —anunció la Zelandoni de la Segunda Caverna. También era una mujer alta y rubia, aunque un poco mayor que Ayla.

La Zelandoni que era la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra se retiró para que Ayla entrara detrás de la mujer que las guiaba.

—Ve tú delante. Yo ya la he visto —dijo, apartando su considerable humanidad.

Un hombre de mayor edad dio un paso atrás a la vez que ella.

—Yo también la he visto ya —afirmó—, y muchas veces.

Ayla había advertido el gran parecido entre el viejo Zelandoni de la Séptima Caverna y la mujer que los guiaba. También era alto, aunque estaba un poco encorvado, y tenía el pelo más blanco que rubio.

La Zelandoni de la Segunda Caverna sostenía la antorcha en alto para proyectar la luz al frente; Ayla la imitó. Le pareció ver imágenes imprecisas en algunas de las

paredes de la cueva mientras avanzaban, pero como nadie se detuvo para señalárselas, tenía sus dudas. Oyó que alguien empezaba a tararear, un sonido hermoso y vibrante, y reconoció la voz de su mentora, la Zelandoni Que Era la Primera. Su voz reverberó en la pequeña cámara de piedra, pero más aún cuando entraron en otra sala y doblaron un recodo. Allí los zelandonia alzaron sus antorchas para iluminar una pared, y Ayla ahogó una exclamación.

No estaba preparada para lo que cobró forma ante ella. En la pared de piedra caliza de la cueva se veía el perfil de una cabeza de caballo, labrado tan profundamente en la piedra que parecía sobresalir, y tan realista que daba la impresión de ser un animal vivo. Estaba realizado a una escala mayor que el tamaño natural, o bien era un dibujo de un animal mucho mayor de los que ella había visto, pero conocía bien a los caballos, y las proporciones eran perfectas. La forma del hocico, el ojo, la oreja, la nariz con el ollar abierto, la curva de la boca y la quijada, todo era exactamente como en la vida real. Y a la luz vacilante de las antorchas, parecía moverse, respirar.

Ayla dejó escapar el aire en una especie de sollozo; sin darse cuenta, había contenido la respiración.

—Es un caballo perfecto, aunque sea sólo la cabeza —exclamó Ayla.

—Por eso la Séptima Caverna se llama Roca de la Cabeza de Caballo —explicó el anciano, situado justo detrás de ella.

Ayla fijó la mirada en la imagen con una sensación de reverencia y asombro, y alargó el brazo para tocar la piedra, sin plantearse siquiera si debía hacerlo. Se sentía atraída por ella. Rozó la quijada, justo allí donde habría acariciado a un caballo vivo, y al cabo de un momento la fría piedra pareció calentarse como si deseara estar viva y desprenderse de la pared. Ayla apartó la mano y luego volvió a apoyarla. Aunque la superficie de la roca conservaba aún parte del calor, enseguida volvió a enfriarse, y Ayla cayó en la cuenta de que la Primera había seguido tarareando mientras ella tocaba la piedra, pero se había interrumpido en cuanto retiró la mano.

—¿Quién es el autor? —preguntó Ayla.

—Nadie lo sabe —contestó la Primera. Había entrado después del Zelandoni de la Séptima Caverna—. Es de hace tanto tiempo que nadie se acuerda. Algún Antiguo, claro, pero no hay leyenda ni historia que nos lo aclare.

—Quizá el mismo tallista autor de la Madre del Hogar del Patriarca —aventuró la Zelandoni de la Segunda Caverna.

—¿Qué te lleva a pensar eso? —preguntó el anciano—. Son imágenes muy distintas. Una es de una mujer con un cuerno de bisonte en la mano, la otra es la cabeza de un caballo.

—He estudiado los dos dibujos. Se advierten similitudes en la técnica —contestó ella—. Fíjate en el trazo cuidadoso de la nariz y la boca, y la forma de la quijada de

este caballo. Cuando vayas allí, observa las caderas de la Madre, el contorno del vientre. He visto mujeres con ese aspecto, especialmente entre aquellas que han tenido hijos. Como este caballo, el dibujo de la mujer que representa a Doni en la cueva del Hogar del Patriarca es muy fiel a la realidad.

—Eres muy observadora —dijo La Que Era la Primera—. Cuando vayamos al Hogar del Patriarca, haremos lo que propones, y nos fijaremos bien. —Contemplaron el caballo en silencio durante un rato. Por fin la Primera anunció—: Debemos irnos. Aquí dentro hay más cosas, pero ya las veremos en otro momento. Quería que Ayla viera la Cabeza de Caballo antes de empezar con las visitas y demás.

—Me alegro de que me hayas traído —dijo Ayla—. No sabía que los dibujos tallados en piedra podían parecer tan reales.

Capítulo 3

—¡Ya estáis aquí! —exclamó Kimeran, levantándose de un asiento de piedra en la repisa que sobresalía ante el refugio de la Séptima Caverna para saludar a Ayla y Jondalar, que acababan de subir por el sendero. Los seguía Lobo, y Jonayla, despierta, iba apoyada en la cadera de Ayla—. Nos constaba que habíais llegado, pero nadie sabía dónde estabais.

Kimeran, viejo amigo de Jondalar y jefe del Hogar del Patriarca, la Segunda Caverna de los zelandonii, los esperaba. El hombre alto y de pelo claro tenía un ligero parecido con Jondalar, rubio y de un metro noventa y cinco de estatura. Aunque muchos hombres eran altos —por encima del metro ochenta—, tanto Jondalar como Kimeran sobrepasaban a sus compañeros de generación en los ritos de pubertad. Por entonces se sentían ya afines, y pronto entablaron amistad. Kimeran era además hermano de la Zelandoni de la Segunda Caverna, y tío de Jondecam, aunque más bien parecía su hermano. Su hermana era un poco mayor, y lo había criado como a un hijo más tras la muerte de su madre. El compañero de ella también había pasado al otro mundo, y no mucho después ella inició su preparación para incorporarse a la zelandonia.

—La Primera quería que Ayla viese tu Cabeza de Caballo, y después hemos tenido que acomodar a los animales —explicó Jondalar.

—Les encantará vuestro campo. La hierba está muy verde y es abundante —añadió Ayla.

—Lo llamamos Valle Dulce. Lo atraviesa el Pequeño Río de la Hierba, y las tierras de aluvión se han ensanchado hasta formar un extenso campo. En primavera puede empantanarse a causa del deshielo, y también en otoño si llueve, pero en verano, cuando todo lo demás se seca, ese campo permanece fresco y verde —aseguró Kimeran mientras se dirigían al espacio de vivienda por debajo del saliente superior—. Atrae una auténtica procesión de herbívoros durante todo el verano y nos facilita la caza. Siempre hay allí alguien de vigilancia, ya sea de la Segunda o la Séptima Caverna.

Se acercaron a otras personas.

—Recordaréis a Sergenor, el jefe de la Séptima Caverna, ¿verdad? —preguntó Kimeran a la pareja visitante, señalando a un hombre de mediana edad y cabello oscuro que se mantenía a cierta distancia, observando al lobo con cautela y dejando que el jefe de menor edad saludase a sus amigos.

—Sí, claro —respondió Jondalar, advirtiendo la aprensión de Sergenor y pensando que esa visita podía ser un buen momento para ayudar a la gente a sentirse más cómoda en presencia de Lobo—. Me acuerdo de cuando venía a hablar con Marthona, poco después de salir elegido jefe de la Séptima. Ya conoces a Ayla, creo.

—Fui uno de los muchos que le fueron presentados el año pasado cuando llegasteis, pero no he tenido ocasión de saludarla personalmente —contestó Sergenor. Tendió las dos manos, con las palmas hacia arriba—. En nombre de Doni, te doy la bienvenida a la Séptima Caverna de los zelandonii, Ayla de la Novena Caverna. Sé que posees muchos otros títulos y lazos, algunos muy poco comunes, pero admito que no los recuerdo.

Ayla le cogió las dos manos entre las suyas.

—Soy Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii —empezó—. Acólita de la Zelandoni de la Novena Caverna, Primera Entre Quienes Sirven. —En ese punto vaciló, dudando cuántos de los lazos de Jondalar debía mencionar. En la ceremonia matrimonial del verano anterior todos los títulos y lazos de Jondalar se añadieron a los suyos, y eso daba para una larguísima recitación, pero sólo durante las ceremonias más formales se requería la lista completa. Como esa era su presentación oficial ante el jefe de la Séptima Caverna, deseaba que la recitación fuera informal pero no interminable.

Decidió citar los lazos más cercanos de él y proseguir con los suyos, incluidos los anteriores. Concluyó con los apelativos que se le habían añadido de un modo más desenfadado, pero que a ella le gustaba utilizar.

—Amiga de los caballos Whinney, Corredor y Gris, y del cazador cuadrúpedo, Lobo. En nombre de la Gran Madre de todos, yo te saludo, Sergenor, jefe de la Séptima Caverna de los zelandonii, y deseo darte las gracias por invitarnos a Roca de la Cabeza de Caballo.

«Desde luego no es una zelandonii», pensó Sergenor, mientras la oía hablar. Puede que tenga los nombres y los lazos de Jondalar, pero es una forastera con costumbres de forastera, sobre todo en lo que refiere a los animales. En cuanto le soltó las manos, miró al lobo, que se había acercado.

Ayla percibió su inquietud ante la proximidad del gran carnívoro. Se había dado cuenta de que tampoco Kimeran se sentía muy cómodo cerca del animal, pese a que le habían presentado a Lobo el año anterior poco después de llegar ellos de su viaje, y lo había visto varias veces. Ninguno de los jefes tenía por costumbre ver a un cazador devorador de carne moverse tan plácidamente entre las personas. Pensó lo mismo que Jondalar: esa podía ser una buena ocasión para que se habituaran más a la presencia de Lobo.

La gente de la Séptima Caverna empezaba a enterarse de que había llegado la pareja de la Novena de la que todo el mundo hablaba, y más personas se acercaron a ver a la mujer con el lobo. El verano anterior, cuando Jondalar regresó de su viaje de cinco años, todas las cavernas cercanas conocían ya la noticia cuando no había transcurrido siquiera un día desde su llegada, a lomos de un caballo y con una extranjera. Habían conocido en la Novena Caverna a personas de la mayoría de las

cavernas cercanas cuando iban de visita, o en la Reunión de Verano del año anterior, pero esa era la primera vez que iban a la Séptima o la Segunda Caverna.

Ayla y Jondalar tenían previsto ir ya el otoño anterior, pero al final no encontraron el momento. No porque las cavernas estuvieran muy lejos, sino porque siempre parecía surgir algún impedimento, y luego se les echó encima el invierno, y Ayla se hallaba ya en avanzado estado de gestación. Con tanto aplazamiento, la visita se había convertido en una gran ocasión, sobre todo porque simultáneamente la Primera había decidido celebrar allí una reunión con los zelandonia locales.

—Quienquiera que haya dibujado la Cabeza de Caballo en la cueva de abajo debía de conocer bien a los caballos. Es una representación perfecta —comentó Ayla.

—Eso mismo he pensado yo siempre, pero resulta grato oírsele decir a alguien que conoce los caballos tan bien como tú —dijo Sergenor.

Lobo, sentado sobre los cuartos traseros y con la lengua colgando a un lado de la boca, observaba a aquel hombre, y la oreja caída le daba cierto aspecto achulado y alegre. Ayla sabía que esperaba que lo presentaran. Lobo la había visto saludar al jefe de la Séptima Caverna y había aprendido a esperar que le presentasen a todo desconocido a quien ella saludaba de ese modo.

—También quiero darte las gracias por dejarme traer a Lobo. Siempre se queda intranquilo si no puede estar cerca de mí, y ahora siente eso mismo respecto a Jonayla, por lo mucho que quiere a los niños —dijo Ayla.

—¿Ese lobo quiere a los niños? —preguntó Sergenor.

—Lobo no se crio con otros lobos. Creció con los niños mamutoi en el Campamento del León y considera a los humanos su manada, y todos los lobos quieren a las crías de sus manadas —explicó Ayla—. Me ha visto saludarte y ahora espera conocerte. Ha aprendido a aceptar a cualquiera a quien yo le presente.

Sergenor arrugó la frente.

—¿Cómo presentas a un lobo? —Quiso saber él. Miró de soslayo a Kimeran y vio que sonreía.

El hombre de menor edad se acordó de cuando le presentaron a Lobo, y aunque todavía estaba un poco nervioso cerca del carnívoro, se regodeó en el malestar del hombre mayor.

Ayla indicó a Lobo que se acercara y se arrodilló para rodearlo con el brazo. Luego alargó su mano hacia la de Sergenor. Él se apartó, dando un respingo.

—Sólo necesita olértela —aclaró Ayla—, para familiarizarse contigo. Así es como se conocen los lobos.

—¿Tú lo hiciste, Kimeran? —preguntó Sergenor, consciente de que la mayoría de las personas de su caverna y sus visitantes lo miraban.

—Sí, claro. El verano pasado, cuando fueron a cazar a la Tercera Caverna antes de la Reunión de Verano. Después, siempre que veía al lobo en la reunión, tenía la

sensación de que me reconocía, aunque no me hiciera caso —respondió Kimeran.

Si bien no era su deseo, Sergenor, blanco de tantas miradas, se sintió obligado a acceder, no fuera alguien a pensar que temía hacer lo que el jefe de menor edad había hecho antes. Poco a poco, con actitud vacilante, tendió la mano hacia el animal. Ayla se la cogió y la acercó al morro del lobo. Este arrugó el hocico y, sin llegar a abrir la boca, enseñó la dentadura, dejando ver los premolares carnasiales en lo que Jondalar siempre había interpretado como una sonrisa engreída. Pero Sergenor no lo vio así. Ayla notó que temblaba y percibió el olor acre de su miedo. Sabía que Lobo también lo olía.

—Lobo no te hará daño, te lo prometo —dijo Ayla en un susurro.

Sergenor apretó los dientes, obligándose a permanecer inmóvil mientras el lobo acercaba a su mano aquella boca llena de dientes. Lobo olfateó, luego se la lamió.

—¿Qué hace? —preguntó Sergenor—. ¿Quiere saber qué sabor tengo?

—No, creo que intenta tranquilizarte, como haría con un cachorro. Ven, tócale la cabeza. —Ayla le apartó la mano de los dientes afilados y siguió hablando con voz apaciguadora—. ¿Alguna vez has tocado el pelaje de un lobo vivo? ¿Te has fijado en que detrás de las orejas y en el cuello el pelo es un poco más espeso y áspero? Le gusta que le froten detrás de las orejas. —Cuando por fin soltó la mano a Sergenor, este la apartó y se la sujetó con la otra mano.

—A partir de ahora te reconocerá —dijo Ayla. Nunca había visto a nadie tan asustado ante Lobo, ni más valiente a la hora de vencer su temor—. ¿Has tenido alguna experiencia con lobos? —preguntó.

—Una vez, cuando era muy pequeño, me mordió un lobo. La verdad es que no me acuerdo. Me lo contó mi madre. Pero aún tengo las cicatrices —contestó Sergenor.

—Eso significa que el espíritu del Lobo te eligió. El Lobo es tu tótem. Eso decía la gente que me crio a mí. —Ayla sabía que para los zelandonii los tótems no significaban lo mismo que para el clan. No todo el mundo tenía uno, pero quienes sí lo tenían consideraban que traía suerte—. Yo recibí un zarpazo de un león cavernario cuando era niña, no tendría ni cinco años. Aún conservo las cicatrices, y todavía sueño a veces con ello. No es fácil convivir con un tótem poderoso como el del león o el lobo, pero a mí mi tótem me ha ayudado, me ha enseñado muchas cosas.

Sergenor, casi a su pesar, sintió curiosidad.

—¿Qué has aprendido del León Cavernario?

—Para empezar, cómo hacer frente a mis temores —respondió Ayla—. Me parece que tú has aprendido eso mismo. Puede que el tótem del Lobo te haya ayudado sin darte cuenta.

—Es posible, pero ¿cómo sabe uno si ha recibido la ayuda de un tótem? ¿De verdad te ha ayudado un espíritu de un León Cavernario? —preguntó Sergenor.

—Más de una vez. Las cuatro marcas que me dejó en la pierna la zarpa del león, esa es una señal totémica del clan atribuida al León Cavernario. Normalmente sólo se concede a los hombres un tótem así de fuerte, pero eran tan claramente señales del clan que el jefe me aceptó pese a haber nacido yo entre los Otros, que es como llamaban a las personas como nosotros. Yo era muy pequeña cuando perdí a los míos. Si el clan no me hubiese acogido y criado, ahora no estaría viva —explicó Ayla.

—Muy interesante, pero has dicho «más de una vez» —le recordó Sergenor.

—En otra ocasión, cuando ya era mujer y el nuevo jefe me obligó a marcharme, recorrí un largo camino buscando a los Otros como me había indicado mi madre del clan, Iza, antes de morir. Pero como no los encontré, y tenía que buscar un sitio donde vivir antes del invierno, mi tótem envió a una manada de leones para obligarme a cambiar de rumbo, y gracias a eso di con un valle donde pude sobrevivir. Y fue mi León Cavernario el que me guio hasta Jondalar.

Quienes se hallaban alrededor escuchaban el relato fascinados. Ni siquiera Jondalar la había oído nunca hablar así de su tótem. Uno de ellos tomó la palabra.

—Y esas personas que te acogieron, las que tú llamas el clan, ¿son en realidad los cabezas chatas?

—Así es como los llamáis vosotros. Ellos se hacen llamar el clan, el Clan del Oso Cavernario, porque todos veneran el espíritu del Oso Cavernario. Ese es el tótem de todos ellos, el tótem del clan —declaró Ayla.

—Creo que ha llegado el momento de indicar a estos viajeros dónde pueden dejar sus pieles de dormir y acomodarse para poder compartir una comida con nosotros —dijo una mujer que acababa de llegar. Era una mujer atractiva, de una redondez agradable, con un destello de inteligencia y brío en la mirada.

Sergenor sonrió con cálido afecto y se la presentó a Ayla:

—Esta es mi compañera, Jayvena, de la Séptima Caverna de los zelandonii. Jayvena, esta es Ayla, de la Novena Caverna de los zelandonii. Tiene muchos más títulos y lazos, pero ya te los dirá ella.

—Pero no ahora —contestó Jayvena—. En el nombre de la Madre, bienvenida seas, Ayla de la Novena Caverna. Seguro que prefieres acomodarte en lugar de andar recitando títulos y lazos.

Cuando se estaban poniendo en marcha, Sergenor tocó el brazo a Ayla y la miró. En voz baja, dijo:

—A veces sueño con lobos.

Ayla sonrió.

Se acercó entonces una joven voluptuosa de cabello castaño oscuro con dos chiquillos en brazos, un niño de pelo oscuro y una niña rubia. Sonrió a Kimeran, que le rozó la mejilla con la suya, y se volvió hacia los visitantes.

—El verano pasado ya conocisteis a mi compañera, Beladora, ¿verdad? —dijo.

Con la voz llena de orgullo, añadió—: Y a su hijo y su hija, los niños de mi hogar.

Ayla recordó haber coincidido brevemente con la mujer el verano anterior, aunque no había tenido ocasión de conocerla bien. Sabía que Beladora había dado a luz a sus dos hijos, nacidos juntos, en la Reunión de Verano más o menos cuando se celebró la primera ceremonia matrimonial, fecha en que se emparejaron Jondalar y ella. La gente no hablaba de otra cosa. Eso significaba que pronto los dos contarían un año, pensó.

—Sí, por supuesto —respondió Jondalar, dirigiendo una sonrisa a la mujer y sus gemelos, y a continuación, casi sin darse cuenta, se fijó más en la joven y atractiva madre, trasluciéndose en sus ojos de un intenso azul una expresión claramente ponderativa. Ella le devolvió la sonrisa. Kimeran se acercó y le rodeó la cintura con un brazo.

A Ayla se le daba bien interpretar el lenguaje corporal, pero pensó que cualquiera habría adivinado lo que acababa de ocurrir. Jondalar encontró atractiva a Beladora y no pudo evitar exteriorizarlo, como tampoco ella pudo contener su reacción ante él. Jondalar no era consciente de su propio carisma, ni siquiera sabía que lo proyectaba, pero el compañero de Beladora sí lo veía. Sin pronunciar palabra, Kimeran se interpuso entre ambos y reafirmó su derecho.

Ayla observó esta acción en segundo plano, pero le despertó tal curiosidad que, aun siendo Jondalar su compañero, no sintió celos. Sin embargo, empezó a valorar los comentarios que oía sobre él desde la llegada de ambos. A un nivel profundo, sabía que Jondalar no hacía más que admirar la belleza de esa mujer; sólo deseaba mirarla. Él tenía otra faceta, una que incluso a ella le mostraba muy rara vez, y únicamente cuando estaban solos.

Las emociones de Jondalar habían sido siempre muy poderosas, sus pasiones muy intensas. Toda su vida había luchado por controlarlas, y al final lo había logrado, por lo que para él no resultaba fácil revelar la plena intensidad de sus sentimientos. Por eso nunca exteriorizaba en público la profundidad de su amor por ella, pero a veces, cuando estaban solos, era incapaz de controlarlo. De tan grande como era, en ocasiones lo desbordaba.

Cuando Ayla volvió la cabeza, descubrió que la Zelandoni Que Era la Primera la observaba, y comprendió que también ella había percibido aquella interacción tácita e intentaba juzgar la reacción de Ayla. Esta le dirigió una sonrisa de complicidad y, acto seguido, concentró la atención en su hija, que se revolvía en la manta de acarreo, porque quería mamar. Se acercó a la atractiva y joven madre que se hallaba de pie junto a Jayvena.

—Saludos, Beladora. Me alegro de verte, sobre todo con tus hijos —dijo—. Jonayla ha mojado el pañal. He traído otro de repuesto, ¿podrías indicarme dónde puedo cambiárselo?

La mujer con un bebé en cada cadera sonrió.

—Acompáñame —indicó, y las tres se encaminaron hacia el refugio.

Beladora había oído hablar del acento peculiar de Ayla, pero era la primera vez que lo oía. Estaba de parto durante la ceremonia matrimonial en que Jondalar se emparejó con esa mujer extranjera, y después no había tenido ocasión de hablar con ella. Estaba ocupada con sus propios asuntos, pero ahora que la oía, comprendía los comentarios de los demás. Pese a que Ayla hablaba muy bien el zelandonii, no conseguía reproducir correctamente algunos sonidos; aun así, para Beladora fue un placer oírla. Ella procedía de una región situada más al sur, y aunque su deje no era tan característico como el de Ayla, hablaba el zelandonii con su propio acento.

Ayla sonrió al oírla.

—Creo que no eres zelandonii de nacimiento —dijo—. Igual que yo.

—Pertenezco a los gionardonii, vecinos de una caverna de los zelandonii muy al sur de aquí, donde hace mucho más calor. —Beladora sonrió—. Conocí a Kimeran cuando viajó con su hermana en su Gira de la Donier.

Ayla se preguntó qué era una «Gira de la Donier». Obviamente tenía que ver con la función de Zelandoni, ya que «donier» era otra palabra para referirse a Aquella Que Sirve a la Gran Madre, pero Ayla decidió que ya se lo preguntaría más tarde a la Primera.

Las llamas tenues de la fogata proyectaban un reconfortante resplandor rojizo más allá de los límites del hogar alargado que la contenía, y teñían de una cálida luz vacilante las paredes de caliza del refugio. El techo rocoso del saliente reflejaba la luz sobre la escena, confiriendo a los rostros un aspecto de bienestar radiante. Habían disfrutado de una deliciosa comida comunal —a cuya preparación habían dedicado considerable tiempo y esfuerzo muchas personas—, incluidas unas enormes ancas de megaceros asadas en un robusto espetón entre dos grandes horquillas dispuestas a los lados del hoyo rectangular de aquella misma fogata. Ahora los zelandonii de la Séptima Caverna, junto con muchos parientes de la Segunda y sus visitantes de la Novena y la Tercera, se disponían a relajarse.

Se habían ofrecido bebidas: varias clases de infusiones, un vino de frutas fermentadas, y la bebida alcohólica llamada «barma», que se preparaba a base de savia de abedul y granos silvestres, miel o diversas frutas. Todos habían tomado ya un vaso de su bebida favorita, y andaban buscando un sitio donde sentarse cerca del acogedor hogar. Una profunda sensación de expectación y placer se había adueñado del grupo. Los visitantes siempre traían consigo cierta agitación, pero aquella forastera con sus animales y sus relatos exóticos prometía un estímulo mayor que el de costumbre.

Ayla y Jondalar se hallaban en el centro de un corrillo que incluía a Joharran y Proleva, Sergenor y Jayvena, y Kimeran y Beladora, los jefes de las cavernas

Novena, Séptima y Segunda, y varios más, incluidas las jóvenes Levela y Janida y sus compañeros, Jondecam y Peridal. Los jefes hablaban con la gente de la Séptima Caverna acerca de cuándo convenía que los visitantes abandonasen Roca de la Cabeza de Caballo para ir al Hogar del Patriarca, intercalando comentarios jocosos, en una cordial rivalidad con la Segunda Caverna por ver dónde se quedarían más tiempo los visitantes.

—El Hogar del Patriarca es una caverna más antigua y debería por tanto atribuírsele un rango superior y más prestigio —comentó Kimeran con una mueca burlona—. Deberían quedarse allí más tiempo, pues.

—¿Quiere eso decir que como soy mayor que tú, debe concedérseme más prestigio? —contraatacó Sergenor con una sonrisa reveladora—. Lo tendré en cuenta.

Ayla había estado escuchando y sonriendo con los demás, pero hacía rato que deseaba formular una pregunta. Aprovechando una interrupción en la charla, dijo por fin:

—Ahora que mencionáis la antigüedad de las cavernas, hay una cosa que me gustaría saber.

Todos se volvieron a mirarla.

—No tienes más que preguntar —dijo Kimeran con una cordialidad y una cortesía exageradas en las que se adivinaba algo más. Había bebido unos cuantos vasos de barma y caído en la cuenta de lo atractiva que era la compañera de su altísimo amigo.

—El verano pasado Manvelar me habló por encima de los nombres de cada caverna, con sus palabras de contar, pero sigo confusa —empezó Ayla—. Cuando fuimos a la última Reunión de Verano, pasamos una noche en la Vigésimo novena Caverna. Sus miembros viven en tres refugios separados en un gran valle, cada uno con sus propios jefes y zelandonia, pero los llaman a los tres mediante la misma palabra de contar, la Vigésimo novena. La Segunda Caverna está estrechamente emparentada con la Séptima, separadas sólo por un valle, ¿por qué, pues, tenéis cavernas con distintas palabras de contar? ¿Por qué no formáis todos la Segunda Caverna?

—Esa es una pregunta para la que no tengo respuesta. Lo ignoro —contestó Kimeran, y a continuación señaló al hombre de mayor edad—. Tendrás que preguntárselo al jefe más veterano. ¿Sergenor?

Sergenor sonrió, y reflexionó por un momento.

—Para serte sincero, tampoco yo lo sé. Nunca me lo había planteado. Y no conozco ninguna Historia o Leyenda de los Ancianos que lo cuente. En algunas se habla de los habitantes originales de la región, la Primera Caverna de los zelandonii, pero estos desaparecieron hace mucho. Nadie sabe siquiera dónde estaba su refugio.

—¿Sí sabes que la Segunda Caverna de los zelandonii es el emplazamiento más

antiguo de los zelandonii que existe? —preguntó Kimeran, arrastrando un poco las palabras—. Por eso se llama Hogar del Patriarca.

—Sí, eso ya lo sabía —contestó ella, preguntándose si Kimeran necesitaría la bebida de «la mañana siguiente» que ella elaboraba para Talut, el jefe mamutoi del Campamento del León.

—Te diré lo que pienso —intervino Sergenor—. Cuando las familias de las cavernas Primera y Segunda fueron demasiado numerosas para caber en sus refugios, algunos de ellos, descendientes de las dos cavernas, así como personas nuevas que habían llegado a la región, se trasladaron a otras zonas, adoptando las siguientes palabras de contar una vez establecidos en una nueva caverna. Para cuando el grupo de personas de la Segunda Caverna que fundó nuestra caverna decidió irse, la siguiente palabra de contar no utilizada aún era el siete. Casi todas eran familias jóvenes, parejas recientes, hijos de la Segunda Caverna, y como querían permanecer cerca de sus parientes, se trasladaron aquí, justo al otro lado del Valle Dulce, para fundar un nuevo hogar. Pese a que las dos cavernas estaban tan estrechamente emparentadas, siendo casi como una sola caverna, prefirieron usar un nuevo número, creo, porque así era como se hacía. De manera que pasamos a ser dos cavernas independientes: el Hogar del Patriarca, la Segunda Caverna de los zelandonii, y Roca de la Cabeza de Caballo, la Séptima Caverna. Seguimos siendo ramas distintas de la misma familia.

»La Vigésimo novena Caverna es más nueva —prosiguió Sergenor—. Cuando se trasladaron a sus nuevos refugios, querían conservar, imagino, la misma palabra de contar en el nombre, porque cuanto menor es la palabra de contar, más antiguo es el emplazamiento. Conlleva cierto prestigio tener una palabra de contar inferior, y el veintinueve era un número ya bastante alto. Supongo que ninguno de los fundadores de las nuevas cavernas quería un número mayor. Decidieron, pues, llamarse Tres Rocas, la Vigésimo novena Caverna de los zelandonii, y luego usar los nombres que ya habían dado a los lugares para explicar la diferencia.

»El emplazamiento original se llama Roca del Reflejo, porque desde ciertos sitios uno puede ver su imagen abajo en el agua. Es uno de los pocos refugios orientados hacia el norte, y por tanto cuesta más mantenerlo caliente, pero es un lugar especial y tiene otras muchas ventajas. Es la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna, llamada a veces la Heredad Sur de Tres Rocas. Cara Sur se convirtió en la Heredad Norte, y Campamento de Verano en la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna. En mi opinión, su método es más complicado y confuso, pero lo han elegido ellos.

—Si la Segunda Caverna es la más antigua, el siguiente grupo más antiguo que existe debe de ser Roca de los Dos Ríos, la Tercera Caverna de los zelandonii. Ayer pasamos la noche allí —dedujo Ayla, asintiendo en un gesto de comprensión.

—Exacto —corroboró Proleva, sumándose a la conversación.

—Pero no existe una Cuarta Caverna, ¿verdad que no?

—Existió una Cuarta Caverna —contestó Proleva—, pero nadie parece saber qué les pasó. Según las leyendas, una catástrofe afectó a más de una Caverna, y puede que la Cuarta desapareciera por aquel entonces, pero nadie lo sabe. Esa también es una época oscura en las historias. Parece que hubo algún enfrentamiento con los cabezas chatas.

—La Quinta Caverna, llamada Viejo Valle, a orillas del Río aguas arriba, es la que viene después de la Tercera —intervino Jondalar—. Nos proponíamos visitarlos de camino a la Reunión de Verano el año pasado, pero ya se habían marchado. ¿Te acuerdas?

Ayla asintió con la cabeza.

—Tienen varios refugios a ambos lados del valle del Río Corto, algunos los emplean como vivienda, otros como lugar de almacenamiento, pero no les asignan palabras de contar independientes. Todo el Viejo Valle pertenece a la Quinta Caverna.

—La Sexta Caverna también ha desaparecido —prosiguió Sergenor—. Circulan distintas versiones sobre lo ocurrido allí. Muchos piensan que una enfermedad diezmó la población. Según otros, hubo discrepancias entre facciones. En cualquier caso, las historias indican que la gente que en otro tiempo formó parte de la Sexta Caverna se incorporó a otras cavernas, así que nosotros, la Séptima Caverna, somos los siguientes. Tampoco existe una Octava Caverna. Es decir, que la vuestra, la Novena, viene a continuación de la nuestra.

Se produjo un momento de silencio mientras se asimilaba la información. Después, cambiando de tema, Jondecam preguntó a Jondalar si quería examinar el lanzavenablos que había fabricado, y Levela dijo a su hermana mayor, Proleva, que estaba planteándose ir a la Novena Caverna a dar a luz, lo que le arrancó una sonrisa. La gente empezó a entablar conversaciones en privado y pronto se dispersaron para integrarse en otros grupos.

Jondecam no era el único que deseaba informarse acerca del lanzavenablos, y menos después de correr la voz sobre lo sucedido en la cacería de leones del día anterior. Jondalar había creado el arma de caza mientras vivía con Ayla en su valle al este y la había dado a conocer poco después de regresar a su hogar el verano anterior. Llevó a cabo otras demostraciones en la Reunión de Verano.

Esa misma tarde, un rato antes, mientras Ayla visitaba la cueva de la Cabeza de Caballo, varios de ellos, siguiendo las instrucciones y los consejos de Jondalar, se habían ejercitado con los lanzavenablos fabricados por ellos mismos, tomando como modelo el de Jondalar. Ahora, un grupo, compuesto básicamente por hombres, pero que incluía también a alguna mujer, se había congregado en torno a él, y planteaba sus dudas acerca de las técnicas para la confección de los lanzavenablos y las lanzas

ligeras cuya gran eficacia había quedado demostrada.

Al otro lado de la fogata, cerca de la pared que contribuía a contener el calor, varias mujeres con niños recién nacidos, entre ellas Ayla, charlaban mientras amamantaban o mecían a sus hijos, o simplemente vigilaban a los que dormían.

En una zona independiente del refugio, más aislada, la Zelandoni Que Era la Primera había estado hablando con los otros zelandonia y sus acólitos, un poco molesta porque Ayla, que era acólita suya, no se hubiese unido a ellos. Sabía que ella la había presionado para que aceptara el puesto, pero Ayla era ya una curandera consumada al llegar allí, y poseía asimismo otras aptitudes dignas de mención, incluido el control sobre los animales. ¡Su lugar estaba entre los zelandonia!

El Zelandoni de la Séptima había formulado una pregunta a la Primera y esperaba respuesta con expresión paciente. Había reparado en que la Zelandoni de la Novena Caverna parecía alterada y un poco irascible. Venía observándola desde la llegada de los visitantes, y viendo que su irritación iba en aumento, adivinó la razón. Cuando los zelandonia iban de visita con sus acólitos, era una buena ocasión para enseñar a los novicios parte del conocimiento y las tradiciones que debían aprender y memorizar, y la acólita de ella no estaba allí. Pero si la Primera, pensó él, había elegido a una acólita emparejada y con un niño recién nacido, debería haber sabido que no dedicaría toda su atención a la zelandonia.

—Un momento —se disculpó la Primera, y se levantó de una esterilla extendida sobre una repisa de piedra baja para dirigirse hacia el grupo de jóvenes madres en plena charla—. Ayla —dijo con una sonrisa. Se le daba bien ocultar sus sentimientos—, perdona que te interrumpa, pero el Zelandoni de la Séptima Caverna acaba de hacerme una pregunta sobre la recolocación de huesos rotos, y he pensado que tú tendrías algo que aportar.

—Claro, Zelandoni —contestó Ayla—. Permíteme coger a Jonayla, que está aquí mismo.

Ayla se levantó, pero dudó al ver a su niña dormida. Lobo la miró y gimió, azotando el suelo con el rabo. Estaba echado junto a la pequeña, a quien consideraba su responsabilidad específica. Lobo había sido el último de la camada de una loba solitaria a la que Ayla había matado por robar la carnaza de sus trampas antes de saber que tenía crías. Siguió el rastro hasta la lobera, encontró un cachorro vivo y se lo llevó. Se había criado en los reducidos confines de la vivienda de invierno de los mamutoi. Era tan pequeño cuando lo encontró —no debía de tener más de cuatro semanas— que había adquirido la impronta de los humanos, y adoraba a los más pequeños, sobre todo al que había nacido de Ayla.

—Me sabe mal molestarla. Acaba de dormirse. No está acostumbrada a ir de visita y lleva toda la tarde sobreexcitada —dijo Ayla.

—Nosotras la vigilaremos —propuso Levela, y sonrió—. O al menos ayudaremos

a Lobo. Él no la perderá de vista. Si la niña se despierta, te la llevaremos. Pero ahora que por fin se ha calmado, dudo que se mueva durante un rato.

—Gracias, Levela —dijo Ayla, y sonrió a su amiga y a la mujer que estaba a su lado—. Salta a la vista que eres la hermana de Proleva. ¿Sois conscientes de lo mucho que os parecéis?

—Lo que yo sé es lo mucho que la he echado de menos desde que se emparejó con Joharran —contestó Levela, mirando a su hermana—. Siempre hemos estado muy unidas. Proleva fue casi una segunda madre para mí.

Ayla siguió a La Que Era la Primera hasta el grupo de Quienes Sirven a la Madre. Observó que la mayoría de los zelandonia de las cavernas cercanas se hallaban allí. Además de la Primera, que era la Zelandoni de la Novena Caverna, y por supuesto los zelandonia de las cavernas Segunda y Séptima, también estaban los zelandonia de las cavernas Tercera y Undécima. Sonrió a Mejera de la Tercera Caverna y saludó al anciano que era el Zelandoni de la Séptima, y luego a la mujer que era la nieta del hogar de este, la Zelandoni de la Segunda, que además era madre de Jondecam. Ayla deseaba desde hacía tiempo conocer mejor a la Segunda. No muchas zelandonia tenían hijos, pero esta se había emparejado y criado a dos hijos —así como a su hermano Kimeran después de la muerte de su madre—, y ahora era una Zelandoni.

—Ayla ha tenido más experiencia que mucha gente en recolocación de huesos, Zelandoni de la Séptima. Deberías dirigirle a ella tu pregunta —sugirió la Primera mientras se acomodaba otra vez y señalaba una esterilla a su lado para Ayla.

—Yo sé que si colocamos recto un hueso recién fracturado, quedará recto al curarse. Lo he hecho varias veces, pero alguien me ha preguntado si puede hacerse algo cuando un hueso no se colocó recto en su momento y quedó torcido al curarse —preguntó al instante el hombre de mayor edad. No sólo le interesaba la respuesta de Ayla; había oído hablar mucho de sus aptitudes a La Que Era la Primera y quería ver si se ponía nerviosa ante una pregunta directa de alguien de su edad y experiencia.

Ayla acababa de sentarse en la esterilla y se giró hacia él. Al agacharse, sus movimientos fueron de una fluidez y una gracia excepcionales, advirtió él, y la miró de una manera directa, pero no del todo, lo que en cierto modo transmitía respeto. Aunque Ayla esperaba que la presentaran formalmente a los demás acólitos, y le sorprendió que le formularan una pregunta tan de sopetón, respondió sin vacilar.

—Eso depende de la fractura y del tiempo que lleve curándose. Si es una fractura antigua, no puede hacerse gran cosa. El hueso soldado, aunque haya soldado mal, a menudo es más fuerte que el hueso que no ha sufrido ninguna lesión. Si se intenta volver a romperlo para ponerlo bien, es muy probable que acabe rompiéndose la parte del hueso ilesa. Pero si la fractura ha empezado a corregirse recientemente, a veces puede volver a romperse para enderezar el hueso.

—¿Lo has hecho alguna vez? —preguntó el Séptimo, un tanto desconcertado por

la manera de hablar de Ayla. Era extraña, no como la de la hermosa compañera de Kimeran, con una alteración más bien agradable en ciertos sonidos. Cuando hablaba la forastera traída por Jondalar, casi parecía comerse ciertos sonidos.

—Sí —respondió Ayla. Tenía la sensación de que estaba poniéndola a prueba, tal como cuando Iza la interrogaba sobre las prácticas de sanación y la utilidad de las plantas—. En nuestro viaje hacia aquí nos paramos a visitar a unas personas que Jondalar había conocido antes, los sharamudoi. Casi una luna antes de nuestra llegada, una mujer a la que él conocía tuvo una mala caída y se rompió un brazo. Estaba soldando mal, doblado de forma tal que no podía usarlo, y le dolía mucho. Su curandera había muerto ese mismo invierno, y aún no tenían una nueva, y nadie más sabía cómo enmendar un brazo. Conseguí romperle otra vez el brazo y colocar bien el hueso. No quedó perfecto, pero sí mejor. No recuperaría del todo su uso, pero podría utilizarlo, y para cuando nos marchamos, estaba soldando bien y ya no le causaba ningún dolor.

—¿No le dolió cuando le rompiste el brazo? —preguntó un joven.

—No creo que sintiera el dolor. Le di algo para dormirla y relajarle los músculos. Yo lo conozco por el nombre de datura...

—¿Datura? —la interrumpió el anciano. Ayla había pronunciado la palabra con acento especialmente marcado.

—En mamutoi se emplea una palabra que en zelandonii podría significar «manzana espinosa», porque en cierta etapa da una fruta que podría describirse así. Es una gran planta muy olorosa con grandes flores blancas que salen del tallo —explicó Ayla.

—Sí, creo conocerla —dijo el viejo Zelandoni de la Séptima Caverna.

—¿Y cómo supiste qué hacer? —preguntó la joven sentada junto al anciano en un tono de aparente asombro al ver que una simple acólita supiera tanto.

—Sí, es una buena pregunta —convino el Séptimo—. ¿Cómo supiste qué hacer? ¿Dónde adquiriste la experiencia? Pareces poseer muchos conocimientos para ser tan joven.

Ayla lanzó una mirada a la Primera, que parecía muy complacida. No sabía por qué, pero tenía la impresión de que la Zelandoni estaba satisfecha de sus respuestas.

—La mujer que me acogió y crio de pequeña era curandera entre los suyos. Me enseñó su oficio. En sus cacerías, los hombres del clan emplean una lanza distinta de la de los hombres zelandonii. Es más larga y gruesa, y normalmente no la lanzan, sino que la clavan, y por tanto tienen que acercarse a la presa. Es más peligroso y a menudo resultaban heridos. A veces los cazadores del clan recorrían largas distancias. Si alguien se rompía un hueso, no siempre le era posible volver de inmediato, y el hueso empezaba a soldarse antes de reducir la fractura. Yo ayudé a Iza varias veces que se vio obligada a volver a romper un hueso y recolocarlo, y también colaboré con

las curanderas en la Reunión del Clan haciendo eso mismo.

—Esos a quienes llamas el clan, ¿son en realidad los cabezas chatas? —preguntó el joven.

Ya le habían preguntado eso antes, y si no se equivocaba, había sido el mismo joven.

—Así los llamáis vosotros —repitió Ayla.

—Cuesta creer que supieran tanto —observó él.

—Yo no lo veo así. Viví con ellos.

Se produjo un silencio incómodo por un momento, hasta que la Primera cambió de tema.

—Creo que esta es una buena ocasión para que los acólitos aprendan o, en algunos casos, para que repasen las palabras de contar, sus usos y significados. Todos conocéis las palabras de contar, pero ¿qué podemos hacer si debemos contar una cantidad grande? Zelandoni de la Segunda Caverna, ¿serías tan amable de explicarlo?

Eso avivó el interés de Ayla. De pronto, fascinada, se inclinó hacia delante. Sabía que contar podía ser algo más complejo y poderoso que el simple uso de las palabras de contar si uno lo comprendía bien. La Primera reparó complacida en su atención. Sabía que Ayla sentía especial curiosidad por el concepto de contar.

—Podéis usar las manos —dijo la Segunda, y levantó las dos manos—. Empleando la derecha, debéis contar con los dedos a la vez que pronunciáis cada palabra hasta cinco. —Cerró el puño y levantó por turno cada dedo conforme contaba, empezando por el pulgar—. Podéis contra otros cinco con la mano izquierda hasta llegar a diez, pero después ya no se puede seguir contando. Ahora bien, en lugar de usar la mano izquierda para contar los segundos cinco, podéis doblar un dedo, el pulgar, para representar los cinco primeros. —Levantó la mano izquierda con el dorso al frente—. Luego volvéis a contar hasta cinco con la mano derecha y dobláis el segundo dedo de contar de la izquierda para representar esos otros cinco. —Dobló el índice encima del pulgar, de modo que mantenía abiertas las dos manos, salvo por el índice y el pulgar de la mano izquierda—. Eso significa diez —aclaró—. Si encojo el siguiente dedo, significa quince. El siguiente dedo es veinte, y el siguiente, veinticinco.

Ayla estaba atónita. Asimiló la idea de inmediato, pese a que era más compleja que el simple uso de las palabras de contar que le había enseñado Jondalar. Recordó la primera vez que aprendió el concepto de calcular el número de cosas. Fue Creb, el Mog-ur del clan, quien se lo enseñó, pero en esencia él sólo sabía contar hasta diez. La primera vez que le enseñó su manera de contar, cuando ella era todavía pequeña, colocó cada dedo de una mano en cinco piedras distintas y luego, como tenía un brazo amputado por debajo del codo, lo hizo una segunda vez imaginando que era su otra mano. Con gran esfuerzo, lograba forzar la imaginación para contar hasta veinte,

y por eso precisamente le asombró e inquietó ver que ella era capaz de contar hasta veinticinco con facilidad.

A diferencia de Jondalar, ella no usaba palabras. Lo hacía con guijarros, y mostró a Creb el veinticinco colocando sus cinco dedos en distintos grupos de piedras cinco veces. Creb se había esforzado en aprender a contar, pero ella comprendió el concepto sin mayor dificultad. Él le dijo que nunca explicase a nadie lo que había hecho. Sabía que ella era distinta del clan, pero hasta entonces no comprendió cuánto, y sabía que eso causaría inquietud entre los demás, sobre todo a Brun y los otros hombres, quizá tanta como para expulsarla.

En el clan, la mayoría de la gente sólo sabía contar hasta tres, aunque muchos también eran capaces de indicar distintos grados de pluralidad y tenían otras formas de comprender las cantidades. Por ejemplo, carecían de palabras de contar para los años de vida de un niño, pero sabían que un niño, en el año de su nacimiento, era menor que un niño en el año que aprendía a caminar o en el año del destete. También era cierto que Brun no necesitaba contar el número de miembros de su clan. Los conocía a todos por el nombre y le bastaba con echar un vistazo para saber quién estaba presente y quién no. Casi todos ellos compartían esa aptitud en mayor o menor medida. Cuando pasaban cierto período de tiempo con un número limitado de personas, percibían intuitivamente si faltaba alguien.

Ayla se dio cuenta de que si su comprensión del recuento alteró a Creb, que la quería, inquietaría al resto del clan más aún, así que nunca lo mencionó, pero no lo había olvidado. Empleó sus limitados conocimientos del recuento para ella, sobre todo cuando vivió sola en el valle. En esa época registró el paso del tiempo trazando una marca cada día en un palo. Sabía cuántas estaciones y años había vivido en el valle incluso sin tener palabras de contar, pero cuando apareció Jondalar, él fue capaz de calcular las marcas en los palos y decirle cuánto tiempo llevaba allí. Para ella, fue como magia. Ahora que entendía cómo lo había hecho, sentía un vivo deseo de aprender más.

—Hay maneras de contar incluso en cantidades mayores, pero son más complicadas —prosiguió la Segunda, y sonrió—. Como ocurre con la mayoría de las cosas relacionadas con la zelandonia. —Los que la miraban sonrieron también—. Casi todos los signos tienen más de un significado. Las dos manos pueden significar diez o veinticinco, y no es difícil comprender qué significa cuando hablas de ello, porque cuando te refieres a diez, pones las palmas hacia fuera, cuando te refieres a veinticinco, vuelves las palmas hacia dentro. Cuando las tienes hacia dentro, puedes volver a contar, pero esta vez usas la mano izquierda, y te guardas el número con la derecha. —Hizo una demostración y los acólitos la imitaron—. En esa posición, doblar el pulgar significa treinta, pero cuando cuentas y guardas los treinta y cinco, no mantienes el pulgar encogido, sino que simplemente doblas el siguiente dedo. Para

cuarenta, doblas el dedo medio, para cuarenta y cinco, el siguiente, y para cincuenta, se dobla el meñique de la mano derecha. Y todos los demás dedos de las dos manos quedan extendidos. La mano derecha con los dedos doblados se usa a veces sólo para indicar esas palabras de contar mayores. Pueden indicarse palabras de contar incluso mayores doblando más de un dedo.

A Ayla le costaba doblar sólo el meñique y mantenerlo en esa posición. Era evidente que los demás tenían más práctica, pero no le costó comprenderlo. La Primera vio que Ayla sonreía con asombro y satisfacción, y asintió para sí. Así lograría interesarla, pensó.

—Se puede dibujar la huella de una mano en una superficie, como un trozo de madera o la pared de una cueva, o incluso en la orilla de un arroyo —añadió la Primera—. Esa huella de una mano puede significar varias cosas. Puede representar palabras de contar, pero también algo totalmente distinto. Si queréis dejar una huella de una mano, podéis impregnaros la palma de color y plasmar la marca, o podéis poner la mano en la superficie y esparcir el color por encima y alrededor, con lo que se consigue un tipo de huella distinto. Si queréis hacer una señal que represente una palabra de contar, impregnaos la palma de color para las cantidades menores y esparcid color sobre el dorso de la mano para indicar las cantidades mayores. Una caverna al sur y al este de aquí emplea como signo un punto grande poniéndose color sólo en la palma, sin mostrar los dedos.

A Ayla se le aceleraba el pensamiento, abrumada por la idea de contar. Creb, el mayor Mog-ur del clan, podía, con grandes esfuerzos, contar hasta veinte. Ella podía contar hasta veinticinco y representarlo con sólo dos manos de manera que los otros lo entendieran, y luego aumentar ese número. Era posible decirle a alguien cuántos ciervos se habían congregado en el territorio de cría en primavera, cuántos habían nacido: un número pequeño como cinco, o un grupo pequeño, o veinticinco, o muchos más. Sería más difícil contar una manada numerosa, pero todo podría transmitirse. ¿Cuánta carne debía almacenarse para un determinado número de personas a lo largo del invierno? ¿Cuántas sartas de raíces secas? ¿Cuántas cestas de frutos secos? ¿Cuántos días se tardaba en llegar al lugar de la Reunión de Verano? ¿Cuánta gente habría allí? Las posibilidades eran increíbles. Las palabras de contar tenían una importancia tremenda, tanto real como simbólica.

La Que Era la Primera había tomado otra vez la palabra, y Ayla tuvo que obligarse a apartar la mente de sus cavilaciones. La Zelandoni tenía una mano en alto.

—El número de dedos de una mano, cinco, es una palabra de contar importante por sí sola. Representa el número de dedos de cada mano, y los de cada pie, claro, pero eso es sólo su significado superficial. El cinco es también la palabra de contar sagrada de la Madre. Nuestras manos y nuestros pies sólo sirven para recordárnoslo. Otra cosa que nos lo recuerda es la manzana. —Extrajo una pequeña manzana dura,

aún sin madurar, y la sostuvo en alto—. Si sujetáis una manzana de lado y la cortáis por la mitad, como si cortarais el tallo dentro de la fruta —lo mostró mientras hablaba—, veréis que la disposición de las semillas divide la manzana en cinco secciones. Por eso la manzana es la fruta sagrada de la Madre.

Entregó las dos mitades para que los acólitos las examinasen, dando la parte superior a Ayla.

—La palabra de contar cinco tiene también otros aspectos importantes. Como descubriréis, en el cielo se ven cinco estrellas que se mueven siguiendo una trayectoria distinta cada año, y hay cinco estaciones en el año: primavera, verano, otoño y los dos períodos fríos, principios del invierno y finales del invierno. La mayoría de la gente piensa que el año empieza con la primavera cuando crece la vegetación nueva, pero los zelandonia sabemos que el principio del año viene determinado por el día más corto del invierno, que es el que divide el invierno en sus dos partes: principios y finales. El verdadero año empieza a finales del invierno, luego vienen la primavera, el verano, el otoño, y el principio del invierno.

—Los mamutoi también cuentan cinco estaciones —informó Ayla espontáneamente—. En realidad, tres estaciones principales, primavera, verano e invierno, y dos estaciones menores, otoño y medio invierno. Quizá debería llamarse finales del invierno. —A algunos de los otros les sorprendió que ella introdujese un comentario mientras la Primera explicaba un concepto básico, pero la Primera sonrió en sus adentros, complacida al verla participar—. Consideran que el tres es una palabra de contar primaria porque representa a la mujer, como el triángulo de tres lados con la punta hacia abajo representa a la mujer, y a la Gran Madre. Cuando añaden las otras dos estaciones, otoño y medio invierno, períodos que anuncian cambios, suman cinco. Mamut decía que el cinco era la palabra de contar con autoridad oculta de la Gran Madre.

—Eso es muy interesante, Ayla. Para nosotros el cinco es la palabra de contar sagrada de la Madre. Consideramos también que el tres es un concepto importante por razones similares. Me gustaría saber más de ese pueblo al que llamas los mamutoi y de sus costumbres. Quizá en la próxima reunión de los zelandonia —dijo la Primera.

Ayla escuchaba fascinada. La Primera tenía una voz que, cuando ella se lo proponía, captaba la atención, la exigía, pero no era sólo la voz. Los conocimientos y la información que transmitía eran estimulantes y absorbentes. Ayla deseaba saber más.

—Hay también cinco colores sagrados y cinco elementos sagrados, pero se hace tarde y ya hablaremos de eso la próxima vez —concluyó La Que Era la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra.

Ayla se sintió defraudada. Ella habría seguido escuchando toda la noche, pero en

ese momento alzó la vista y vio a Folara acercarse con Jonayla. Su hija había despertado.

Capítulo 4

La expectación por la Reunión de Verano creció tras la visita de la Novena Caverna a las cavernas Séptima y Segunda. Todo el mundo vivía absorto en los frenéticos preparativos previos a la marcha, y el entusiasmo era palpable. Cada familia se ocupaba de lo suyo, pero los diversos jefes tenían además la obligación de planificar y organizar el traslado de toda su caverna. Eran jefes precisamente porque estaban dispuestos a asumir esa responsabilidad y poseían la aptitud para hacerlo.

Antes de una Reunión de Verano, los jefes de todas las cavernas de zelandonii se ponían nerviosos, pero Joharran más que ningún otro. En tanto que la mayoría de las cavernas contaban con una población de entre veinticinco y cincuenta personas, algunas de hasta setenta u ochenta, por lo general emparentadas, su caverna era una excepción. Casi doscientos individuos habitaban en la Novena Caverna de los zelandonii.

Era todo un desafío hallarse al frente de tal número de personas, pero Joharran estaba más que capacitado. Su madre, Marthona, había sido jefa de la Novena Caverna, y además Joconan, el primer hombre con quien ella se emparejó y en cuyo hogar nació Joharran, ocupó el puesto de jefe antes que ella. Su hermano, Jondalar, nacido en el hogar de Dalanar, el hombre con quien Marthona se emparejó tras la muerte de Joconan, se había especializado en un oficio para el que demostraba tanta habilidad como vocación. Al igual que Dalanar, gozaba de gran reconocimiento como tallador experimentado de pedernal, porque era lo que mejor hacía. Joharran, en cambio, se crio inmerso en el ejercicio del liderazgo y demostraba una propensión natural a asumir esa clase de responsabilidades. Era lo que a él se le daba mejor.

Entre los zelandonii no existía un proceso formal para la selección del jefe, pero, como vivían juntos, descubrían quién era el mejor a la hora de resolver un conflicto o un problema. Y tendían a seguir a quienes se responsabilizaban de la organización de una actividad y lo hacían bien.

Por ejemplo, si varias personas planeaban ir de caza, no decidían forzosamente seguir al mejor cazador, sino a aquel capaz de dirigir al grupo de manera tal que el resultado de la cacería fuese el óptimo para todos. A menudo, aunque no siempre, el solucionador de problemas más apto era también el organizador más competente. En ocasiones, dos o tres personas, que destacaban en sus respectivas áreas de experiencia, trabajaban en colaboración. Al cabo de un tiempo, aquel que hacía frente a los conflictos y asumía el control de las actividades de una manera más eficaz obtenía el reconocimiento de jefe, no de una manera estructurada, sino por consenso tácito.

Aquellos que alcanzaban posiciones de liderazgo adquirían prestigio, pero dichos jefes gobernaban mediante la persuasión y la influencia; carecían de poder coercitivo.

No había normas o leyes concretas de cumplimiento obligatorio, ni medio alguno para imponerlas, circunstancia que dificultaba el liderazgo, pero existía una gran presión entre iguales para reconocer y aceptar las propuestas del jefe de la caverna. Los guías espirituales, los zelandonia, tenían aún menos autoridad para hacerse obedecer, pero más dotes de persuasión; eran muy respetados y un poco temidos. Su conocimiento de lo desconocido y su familiaridad con el aterrador mundo de los espíritus, elementos importantes en la vida de la comunidad, imponían respeto.

El entusiasmo de Ayla ante la inminente Reunión de Verano aumentó conforme se acercaba el momento de partir. El año anterior no lo había vivido con la misma intensidad, porque Jondalar y ella llegaron a la Novena Caverna, el hogar de él, no mucho antes del encuentro anual de los zelandonii, después de viajar durante un año, y para ella representó ya emoción y tensión suficiente el mero hecho de conocer a sus moradores y acostumbrarse a sus hábitos. Este año había tomado conciencia de su creciente entusiasmo desde los inicios de la primavera, y a medida que transcurrían los días, iban invadiéndola el desasosiego y la impaciencia como a todos los demás. Prepararse para el verano conllevaba mucho trabajo, sobre todo sabiendo que tendrían que viajar de aquí para allá, sin quedarse en un mismo sitio durante toda la estación.

La Reunión de Verano era la ocasión en que la gente, después de la época del año más larga y fría, se reunía para reafirmar sus lazos, buscar pareja e intercambiar mercancías y noticias. El emplazamiento se convertía en una especie de campamento base desde el que los individuos y grupos de menor tamaño salían en partidas de caza y expediciones de recolecta, explorando a la vez su territorio en busca de posibles alteraciones y visitando otras cavernas para ver a amigos y parientes, así como a vecinos de cavernas más alejadas. El verano era la estación de la itinerancia: en esencia los zelandonii eran sedentarios sólo durante el invierno.

Ayla, después de cambiar y amamantar a Jonayla, la había puesto a dormir. Lobo había salido un rato antes, tal vez a cazar o explorar. Ayla acababa de extender las pieles de dormir que usaban en los viajes para comprobar si necesitaban algún remiendo cuando oyó que llamaban al poste junto a la cortina colgada en la entrada de la vivienda. Su morada estaba casi al fondo del espacio protegido, pero cerca del extremo suroccidental de la zona habitable, río abajo, ya que era una de las construcciones más recientes. Ayla se levantó y apartó la cortina. Complacida, vio allí a La Que Era la Primera.

—Me alegro de verte, Zelandoni —dijo, risueña—. Pasa.

Cuando la mujer entró, Ayla percibió movimiento fuera y miró en dirección a otra construcción que Jondalar y ella habían erigido un poco más allá, en la zona desocupada del refugio, para alojar a los caballos cuando el tiempo fuera

especialmente desapacible. Advirtió que Whinney y Gris acababan de regresar de la orilla herbosa del Río.

—Iba a prepararme una infusión. ¿Te apetece? —ofreció Ayla.

—Sí, gracias —contestó la mujer corpulenta mientras se dirigía hacia un bloque de piedra caliza con un gran almohadón encima colocado allí expresamente para que ella lo usara como asiento. Era resistente y cómodo.

Tras remover las brasas en el hogar, Ayla colocó sobre ellas unas piedras de cocinar y añadió más leña. A continuación vertió agua del odre, hecho con el estómago limpio de un uro y ahora hinchado de tan lleno, en un cesto de trama tupida, y metió en el fondo unos trozos de hueso para proteger el cesto de guisar de las piedras al rojo crepitantes.

—¿Te apetece alguna infusión en particular? —preguntó.

—Me da igual. Elige tú. No estaría de más que fuera algo sedante —contestó la Zelandoni.

El asiento con su almohadón se había incorporado a la vivienda poco después de la Reunión de Verano del año anterior. La Primera no lo había pedido, y no sabía con certeza si la idea había partido de Ayla o de Jondalar, pero sí adivinó que estaba pensado para ella y lo agradeció. La Zelandoni tenía dos asientos de piedra, uno en su propia morada y otro al fondo de la zona de trabajo común, apartada de las viviendas. Por otra parte, Joharran y Proleva le proporcionaron un sitio sólido donde reposar cómodamente en su propia morada. Pese a que la Zelandoni aún era capaz de sentarse en el suelo si era necesario, a medida que pasaba el tiempo y seguía engordando, cada vez le costaba más levantarse. Suponía que como la Gran Madre Tierra la había elegido para ser la Primera, tenía sus razones para darle un aspecto cada año más parecido al de Ella. No todos los zelandonia que habían llegado a ser el Primero o la Primera eran gordos, pero ella sabía que a la mayoría de la gente le gustaba verla así. Su corpulencia parecía conferir mayor presencia y autoridad. La pérdida gradual de la movilidad era un precio pequeño.

Con unas pinzas de madera, Ayla cogió una piedra caliente. Las pinzas se habían hecho a partir de un trozo fino de madera extraído de debajo mismo de la corteza de un árbol vivo. Una vez retirada la larga tira de madera y cortados sus dos extremos, se le daba forma al vapor. La madera reciente mantenía más tiempo su elasticidad, pero para evitar que el árbol muriese, era mejor sacarla sólo de un lado. Golpeteó la piedra de cocinar contra una de las rocas que rodeaban el hoyo destinado al fuego para sacudir las cenizas y luego la sumergió en el agua, provocando una nube de vapor. Con una segunda piedra caliente, el agua entró en ebullición, aunque sólo por un momento. Los fragmentos de hueso impedían que las piedras al rojo abrasaran el fondo del cesto, y así el cazo de fibras duraba más.

Ayla examinó su provisión de hierbas secas y a medio secar. La manzanilla

siempre sedaba, pero era muy corriente, y ella quería algo más. Vio una planta que había cogido recientemente y sonrió para sí. La melisa aún no estaba del todo seca, pero decidió que eso no importaba. Para usarla en infusión ya estaba bien. Si añadía un poco a la manzanilla, junto con algo de tilo para endulzar la mezcla, obtendría una agradable infusión sedante. Echó las hojas de manzanilla, melisa y tilo en el agua y las dejó reposar un rato; finalmente sirvió dos vasos y llevó uno a la donier.

La mujer sopló un poco y tomó un sorbo con cuidado; ladeando la cabeza, intentó identificar el sabor.

—Manzanilla, por descontado, pero... déjame que piense. ¿Es melisa, quizá con unas cuantas flores de tilo? —preguntó.

Ayla sonrió. Cuando le ofrecían algo desconocido, ella hacía exactamente lo mismo: intentaba identificarlo. Y la Zelandoni había adivinado los ingredientes, por supuesto.

—Sí —contestó Ayla—. Tenía manzanilla y flores de tilo secas, pero encontré la melisa hace unos días. Me alegró descubrir que crece cerca de aquí.

—Quizá la próxima vez que traigas melisa para ti, puedas coger un poco para mí. No estaría de más llevar a la Reunión de Verano.

—Con mucho gusto. Puede que vaya hoy mismo. Sé el lugar exacto donde crece. En el llano en lo alto de la pared rocosa, cerca de la Piedra que Cae —contestó. Ayla se refería a una formación única: una antigua sección de basalto, una especie de columna que en un tiempo lejano había llegado al fondo del mar primordial y ahora, por efecto de la erosión, asomaba de la piedra caliza de tal modo que daba la impresión de estar cayendo, pese a hallarse firmemente incrustada en la parte superior de la pared rocosa.

—¿Qué sabes acerca de los usos de estas hierbas? —preguntó la Zelandoni, sosteniendo el vaso en alto.

—La manzanilla es relajante y si se toma por la noche, ayuda a conciliar el sueño. La melisa es sedante, sobre todo si uno está nervioso y tenso. Incluso alivia el malestar de estómago causado a veces por la tensión y ayuda a dormir. Tiene un sabor agradable que combina bien con la manzanilla. El tilo calma el dolor de cabeza, en especial cuando uno está tenso, y a la vez endulza un poco.

Ayla se acordó de Iza, y de cómo la ponía a prueba con preguntas parecidas para verificar qué recordaba de los conocimientos inculcados. Se preguntó si la Zelandoni se proponía también averiguar cuánto sabía.

—Sí, esta infusión, bien cargada, podría emplearse como un sedante suave.

—Si alguien, por el nerviosismo y las preocupaciones, no puede dormir y necesita tomar algo un poco más fuerte, le vendrá bien el líquido resultante de hervir raíces de valeriana —dijo Ayla.

—Sobre todo por la noche, para favorecer el sueño, pero si a eso se une cierto

malestar de estómago, puede convenir más la verbena, una infusión con los tallos de las flores y las hojas —señaló la Primera.

—Yo también he dado verbena a personas convalecientes de largas enfermedades, pero no hay que administrarla a mujeres embarazadas. Puede provocar el parto, e incluso la subida de la leche. —Las dos mujeres callaron, se miraron y rieron. Luego Ayla añadió—: No sabes lo mucho que me alegro de tener a alguien con quien hablar de medicinas y sanación, alguien que sepa tanto.

—Es posible que tú sepas tanto como yo, Ayla, o en cierto modo más, y es un placer hablar y comparar ideas contigo. Espero que tengamos por delante muchos años de conversaciones así de gratificantes —dijo la Zelandoni. Después miró alrededor y señaló las pieles de dormir extendidas en el suelo—. Veo que estás preparándote para el viaje.

—Sólo estaba examinando las pieles de dormir para ver si necesitaban algún remiendo. Hace tiempo que no las usamos —explicó Ayla—. Van muy bien para viajar haga el tiempo que haga.

Las pieles de dormir se componían de varias pieles cosidas entre sí para formar una capa superior y otra inferior muy largas a fin de acomodar a Jondalar cuan largo era. Estaban unidas por los pies, y en los lados tenían dos hileras de ojales por las que se enhebraban sendos cordones de piel que permitían cerrar las pieles más o menos, o podían incluso retirarse del todo si hacía mucho calor. En su exterior, la capa de abajo estaba formada por gruesas pieles, para crear un colchón que aislaba de la dureza y el frío del suelo. Podían utilizarse distintas pieles, pero por lo general se confeccionaban con las de animales cazados en períodos fríos. En esas pieles de dormir en particular, Ayla había utilizado el pelaje de invierno del reno, en extremo denso y muy aislante. La capa superior era más ligera: había empleado las pieles estivales del megaceros, que eran de por sí grandes y por tanto no hacía falta coser apenas retazos. Si refrescaba, podía taparse con otra piel, y si el frío arreciaba, era posible revestirlo por dentro con varias pieles y cerrar bien los costados con los cordones.

—Creo que le sacarás provecho —dijo la Zelandoni, percibiendo claramente la versatilidad de aquellas pieles de dormir—. He venido a hablar contigo de la Reunión de Verano, o más bien de lo que vendrá después de la parte ceremonial. Quería sugerirte que te asegures de llevar el equipo de viaje adecuado y suficientes provisiones. Hay unos cuantos lugares sagrados en esa zona que debes visitar. Más adelante, dentro de unos años, te enseñaré otros lugares sagrados y te llevaré a conocer a algunos zelandonia de tierras más lejanas.

Ayla sonrió. Le gustaba la idea de ver sitios nuevos, siempre y cuando no estuviesen demasiado lejos. Ya había realizado viajes largos de sobra. De pronto se acordó de Whinney y Gris, y se le ocurrió una idea que quizá le facilitara el viaje a la Primera.

—Si usamos los caballos, podríamos viajar mucho más deprisa.

La mujer negó con la cabeza y tomó un sorbo de infusión.

—Me sería imposible subirme al lomo de un caballo, Ayla.

—No sería necesario. ¿Y si montaras en la angarilla, detrás de Whinney? Podemos prepararte un asiento cómodo ahí encima. —Había estado dándole vueltas a cómo transformar la angarilla a fin de utilizarla como medio de transporte de pasajeros, en especial de la Zelandoni.

—¿Cómo se te ocurre pensar que el caballo sería capaz de acarrear a alguien de mi tamaño en ese artefacto de arrastre?

—Whinney ha tirado de cargas mucho más pesadas que tú. Es un animal muy fuerte. Podría llevarte a ti y todos tus fardos de viaje, y las medicinas. De hecho, tenía intención de preguntarte si quieres que lleve tus medicinas junto con las mías a la Reunión de Verano —propuso Ayla—. No llevaremos pasajeros en el viaje hasta allí, ni siquiera montaremos nosotros mismos. Hemos prometido a varias personas que Whinney y Corredor cargarían con ciertas cosas en el traslado a la reunión. Joharran quería que arrastrásemos unos postes y más material de construcción para algunas moradas de verano de la Novena Caverna. Y Proleva quería saber si podíamos llevar algunos de sus grandes cestos de cocinar especiales, y cuencos y utensilios para servir en los banquetes y las comidas en comunidad. Y Jondalar quiere aligerar la carga de Marthona.

—Parece que vas a dar un buen uso a tus caballos —señaló la Primera, y tomó otro sorbo de infusión, trazando ya planes en su cabeza.

La Primera tenía previstos varios viajes para Ayla. Deseaba llevarla a conocer algunas de las cavernas de los zelandonii más alejadas y a visitar sus lugares sagrados, y tal vez incluso a presentarle a algunos de los vecinos de los zelandonii que vivían en las inmediaciones de su territorio. Pero la Zelandoni presentía que la joven, después de un viaje como el que había realizado para llegar hasta allí, quizá no tuviese especial interés en el largo recorrido que ella tenía en mente. En realidad no le había mencionado la Gira de la Donier que se esperaba de los acólitos.

Empezaba a pensar que tal vez debía acceder a dejarse arrastrar por los caballos a bordo de aquel artefacto; quizá eso animara a Ayla a llevar a cabo tal expedición. La corpulenta mujer no tenía el menor interés en ser llevada a rastras por un caballo, y debía admitir, para ser franca consigo misma, que en realidad la idea la asustaba, pero había afrontado temores peores en su vida. Conocía el efecto que ejercía en la gente el control de Ayla sobre los animales; se asustarían un poco y quedarían muy impresionados. Acaso algún día debiera comprobar qué tal se iba sentada en esa angarilla.

—Quizá en algún momento probemos a ver si tu Whinney puede tirar de mí —contestó la Zelandoni, y vio ensancharse una gran sonrisa en el rostro de la joven.

—Este es tan buen momento como cualquier otro —propuso Ayla, pensando que era mejor aprovechar el buen talante de la mujer antes de que cambiara de idea, y vio aparecer una expresión de asombro en el rostro de La Que Era la Primera.

Justo en ese momento se abrió la cortina que cubría la entrada y apareció Jondalar. Este advirtió la cara de asombro de la Zelandoni y se preguntó cuál sería la causa. Ayla se puso en pie, y ambos se saludaron con un ligero abrazo y un roce de mejillas, pero sus profundos sentimientos mutuos saltaban a la vista y no escaparon a la atención de su visitante. Jondalar lanzó un vistazo hacia el espacio del bebé y vio que dormía. A continuación se acercó a la mujer de mayor edad y la saludó de manera parecida, preguntándose aún qué la había desconcertado.

—Y Jondalar puede ayudarnos —añadió Ayla.

—Ayudaros ¿con qué? —quiso saber él.

—La Zelandoni hablaba de hacer algún viaje este verano para visitar otras cavernas, y yo he pensado que sería más fácil y rápido emplear los caballos.

—Probablemente sí. Pero ¿crees que la Zelandoni aprendería a montar? —preguntó Jondalar.

—No sería necesario. Podríamos instalar un asiento cómodo en la angarilla para ella, y Whinney la arrastraría —explicó Ayla.

Jondalar arrugó la frente mientras pensaba en ello y finalmente movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—No veo por qué no —dijo.

—La Zelandoni ha comentado que en algún momento podríamos comprobar si Whinney puede arrastrarla, y yo le he dicho que este es tan buen momento como cualquier otro.

La Zelandoni lanzó una mirada a Jondalar y percibió cierto regodeo en sus ojos; luego se volvió hacia Ayla e intentó buscar un pretexto para zafarse.

—Has dicho que tendríais que hacer un asiento. Todavía no está hecho, pues —adujo.

—Es verdad, pero tú creías que Whinney no podría tirar de ti, y para probar eso, no es necesario el asiento. Yo no tengo la menor duda, pero quizá a ti te tranquilice, y a nosotros nos permita buscar la manera de hacer el asiento —señaló Ayla.

La Zelandoni tuvo la sensación de haber caído en una trampa. En realidad no quería pasar por aquello, y menos en ese momento, pero ya no tenía escapatoria. De pronto se dio cuenta de que la culpable era ella, en su afán por arrastrar a Ayla a la Gira de la Donier. Lanzó un profundo suspiro.

—Pues quitémoslo de encima cuanto antes —dijo.

Cuando vivía en su valle, Ayla encontró una manera de usar su caballo para transportar objetos de tamaño y peso considerables, como por ejemplo un animal recién cazado, o incluso, en una ocasión, a Jondalar, herido e inconsciente. Consistía

en dos varas enganchadas a los hombros de Whinney con una especie de tira hecha de cordones de cuero que pasaba por delante del pecho de la yegua. Los extremos opuestos de las varas descansaban en el suelo por detrás del animal. Como sólo una pequeñísima superficie de los extremos de las varas arrastraba por el suelo, era relativamente fácil tirar de ellas, incluso en terreno escabroso, sobre todo para los robustos caballos. Entre las varas se tendía una plataforma de tablones o pieles o fibras de cestería para sostener la carga, pero Ayla no sabía si la plataforma flexible sostendría a la corpulenta mujer sin combarse hasta el suelo.

—Acábate la infusión —dijo Ayla cuando la mujer hizo ademán de levantarse—. Tengo que ir a buscar a Folara o a alguien que cuide de Jonayla. No quiero despertarla.

Volvió enseguida, pero no con Folara. En su lugar, la acompañaba Lanoga, la hija de Tremeda, llevando en brazos a su hermana menor, Lorala. Ayla había intentado ayudar a Lanoga y los demás niños casi desde su llegada. No recordaba haberse enfadado tanto con alguien como con Tremeda y Laramar por lo mucho que descuidaban a sus hijos, pero no podía hacer nada al respecto —nadie podía hacer nada— salvo ayudar a los pequeños.

—No tardaremos en volver, Lanoga. Yo debería estar aquí antes de que Jonayla despierte. Vamos sólo al refugio de los caballos —explicó Ayla. Luego añadió—: Hay un poco de sopa detrás de la fogata con varios trozos de buena carne y verduras, por si Lorala o tú tenéis hambre.

—Puede que Lorala sí. No ha comido desde que se la he llevado a Stelona para que le diera de mamar esta mañana —contestó.

—Come tú también, Lanoga —dijo Ayla cuando ya se iba. Pensó que quizá Stelona le había dado algo de comer, pero tenía la certeza de que la niña tampoco había comido desde la mañana.

Cuando estuvieron a cierta distancia de las moradas, y Ayla supo que las niñas ya no la oían, expresó por fin su enojo.

—Voy a tener que ir allí a comprobar si hay comida para los niños.

—Llevaste comida hace dos días —señaló Jondalar—. Todavía no se la habrán acabado.

—Debes saber que Tremeda y Laramar también comen —aclaró la Zelandoni—. No se les puede impedir. Y si les das grano o fruta, o cualquier cosa que fermente, Laramar lo añadirá a la savia de abedul para su barma. Cuando me vaya, pasaré por allí a recoger a los niños y me los llevaré. Encontraré a alguien que les dé la comida de la noche. No deberías ser la única que los alimenta, Ayla. En la Novena Caverna hay gente de sobra para que esos niños coman debidamente.

Cuando llegaron al refugio de los caballos, Ayla y Jondalar dedicaron un poco de atención a Whinney y Gris. Luego, Ayla descolgó del extremo de un poste el arnés

especial que usaba para la angarilla y dejó salir a la yegua. Jondalar se preguntó dónde andaría Corredor, y miró más allá de la entrada de piedra en dirección al Río para ver si rondaba por allí, pero no estaba a la vista. Se dispuso a llamarlo con un silbido pero cambió de idea. En ese momento no necesitaba al corcel. Ya lo buscaría más tarde, cuando tuvieran a la Zelandoni en la parihuela.

Ayla echó un vistazo alrededor del refugio de los caballos y vio unos tablones que habían separado de un tronco mediante cuñas y un mazo. Había pensado utilizarlos para hacer más comederos, pero después, con el nacimiento de Jonayla, nunca encontró el momento oportuno y siguieron usando los antiguos. Como los había guardado bajo el saliente de roca, a salvo de lo peor de las inclemencias del tiempo, aún parecían utilizables.

—Jondalar, para la Zelandoni necesitamos una plataforma que no se combe. ¿Crees que podemos sujetar esos tablones a las varas, cruzados, a modo de base para el asiento? —propuso Ayla.

Jondalar observó las varas y los tablones, y luego a la mujer de carnes abundantes. Arrugó la frente en un familiar gesto de preocupación.

—Es una buena idea, Ayla, pero las varas también son flexibles. Podemos intentarlo, pero puede que hagan falta otras más resistentes.

Siempre había cordeles de cuero y cuerdas en el refugio de los caballos. Jondalar y Ayla los emplearon para sujetar los tablones a las varas al través. Cuando acabaron, retrocedieron los tres y contemplaron su obra.

—¿Qué te parece, Zelandoni? Los tablones están inclinados, pero eso ya lo resolveremos —dijo Jondalar—. ¿Crees que podrías sentarte allí?

—Lo intentaré, pero puede que estén un poco altos para mí.

Mientras trabajaban, la donier había ido interesándose por el artilugio que estaban confeccionando, y ella misma sentía curiosidad por ver el resultado. Jondalar había preparado un cabestro para Whinney parecido al que utilizaba con Corredor, aunque Ayla rara vez lo usaba. Normalmente ella montaba a pelo sin nada más que una manta de cuero, guiando al animal con su postura y la presión de las piernas, pero en determinadas circunstancias, sobre todo cuando había por medio otras personas, el cabestro le proporcionaba un mayor control.

Mientras Ayla colocaba el cabestro a la yegua, asegurándose de que estaba tranquila, Jondalar y la Zelandoni se acercaron a la parihuela reforzada, detrás del caballo. Los tablones quedaban un poco altos, pero Jondalar le ofreció su fuerte brazo y la impulsó. Las varas se combaron bajo el peso, lo suficiente para que le llegaran los pies al suelo, pero gracias a eso ella tuvo la sensación de que podría apearse fácilmente. El asiento inclinado resultaba un tanto precario, pero mejor de lo que esperaba.

—¿Estás preparada? —preguntó Ayla.

—Nunca lo estaré tanto —contestó la Zelandoni.

Ayla puso en marcha a Whinney a paso lento en dirección a Río Abajo. Jondalar las siguió, dedicando a la Zelandoni una sonrisa de aliento. A continuación Ayla, conduciendo el caballo bajo el saliente de roca, trazó un amplio giro hasta hallarse en dirección contraria, y se encaminaron hacia el extremo este del refugio de piedra, donde se hallaban las moradas.

—Creo que deberías parar ya, Ayla —dijo la mujer.

Ayla se detuvo de inmediato.

—¿Estás incómoda? —preguntó.

—No, pero ¿no has dicho que querías prepararme un asiento de verdad?

—Sí.

—Pues entonces la primera vez que me pasees así por delante de todo el mundo, más vale que el asiento esté colocado tal como lo quieres, porque ya sabes que la gente mirará y juzgará —dijo la mujer corpulenta.

Ayla y Jondalar quedaron desconcertados por un momento. Por fin Jondalar contestó:

—Sí, seguramente tienes razón.

—¡Eso significa que estás dispuesta a viajar en la angarilla! —exclamó Ayla al instante.

—Sí, creo que podría acostumbrarme. Al fin y al cabo, puedo bajarme siempre que quiera —respondió la gran donier.

Ayla no era la única que preparaba el equipamiento para el viaje. Todo el mundo en la caverna tenía esparcidos dentro de sus moradas o frente a sus lugares de trabajo los objetos más diversos. Necesitaban confeccionar o remendar pieles de dormir, tiendas de viaje y ciertos elementos estructurales de los refugios veraniegos, pese a que la mayor parte de los materiales necesarios para construirlos se recolectarían en los alrededores del campamento. Aquellos que habían realizado objetos para regalo destinados al trueque, sobre todo quienes dominaban ciertos oficios, tenían que tomar decisiones sobre qué llevar y en qué cantidad. Una persona a pie podía acarrear sólo un peso limitado, dado que transportaba también comida —tanto para uso inmediato como para repartir a modo de obsequio y en los banquetes especiales—, así como ropa, pieles de dormir y otros enseres de primera necesidad.

Ayla y Jondalar ya habían decidido construir una angarilla nueva para Whinney y Corredor: los extremos de arrastre de las varas eran la parte que antes se desgastaba, en particular cuando se acarreaban cargas pesadas. A petición de varias personas, habían ofrecido su capacidad de transporte adicional a familiares y amigos cercanos, pero incluso los robustos caballos tenían un límite.

Desde principios de la primavera, la caverna había cazado para acumular carne y

recolectado plantas: bayas, fruta, frutos secos, setas, tallos comestibles, hojas y raíces de verduras, grano silvestre e incluso liquen y la corteza interior de determinados árboles. Aunque llevarían una cantidad pequeña de alimentos frescos recién obtenidos mediante la caza o el forrajeo, cargarían sobre todo comida desecada. Esta duraba más y pesaba menos, lo que les permitía transportar mayor cantidad, tanto para el viaje como para el período posterior a su llegada, hasta el momento en que se determinaban las pautas de caza y recolección en el emplazamiento de la Reunión de Verano de ese año.

El sitio elegido para el encuentro anual cambiaba de año en año conforme a un ciclo regular de lugares idóneos. Sólo ciertas zonas permitían acoger una Reunión de Verano, pero ninguna de ellas podía usarse durante más de una estación; luego el emplazamiento escogido tenía que dejarse descansar durante varios años antes de emplearse de nuevo. Con tanta gente congregada en un solo sitio —entre mil y dos mil personas— al final del verano se habían agotado todos los recursos en un radio determinado, y la tierra necesitaba recuperarse. El año anterior habían seguido el Río hacia el norte a lo largo de unos cuarenta kilómetros. Este año viajarían al oeste hasta llegar a otro curso de agua, el Río Oeste, que discurría en su mayor parte paralelo al Río.

Joharran y Proleva estaban en su morada terminando la comida del mediodía junto con Solaban y Rushemar. Ramara, la compañera de Solaban, y su hijo Robenan, acababan de marcharse con Jaradal, el hijo de Proleva, los dos de seis años. Sethona, su hija recién nacida, se había dormido en brazos de Proleva, y esta se había puesto en pie para acostarla. Cuando oyeron que alguien llamaba al panel de cuero rígido sin curtir colocado junto a la entrada, Proleva pensó que debía de ser Ramara, que se había olvidado algo, y se sorprendió cuando una mujer mucho más joven entró en respuesta a su invitación a pasar.

—¡Galeya! —exclamó Proleva, extrañada. Si bien Galeya era amiga de Folará, la hermana de Joharran, casi desde su nacimiento, y a menudo aparecía en la morada con ella, rara vez se presentaba sola.

Joharran alzó la vista.

—¿Ya has vuelto? —preguntó, y se volvió hacia los demás—. Como Galeya corre tanto, la he enviado esta mañana a la Tercera Caverna para averiguar cuándo tiene previsto salir Manvelar.

—Cuando he llegado, él se disponía a mandar un mensajero hacia aquí —informó Galeya. Tenía la respiración un poco entrecortada y el pelo húmedo de sudor por el esfuerzo—. Manvelar ha dicho que la Tercera Caverna está lista para partir. Quiere ponerse en marcha mañana a primera hora. Si la Novena Caverna está ya a punto, con mucho gusto viajaría con nosotros.

—Eso es un poco antes de lo que yo tenía previsto. Pensaba salir pasado mañana

poco más o menos —dijo Joharran, asomando de nuevo las arrugas a su frente. Miró a los demás—. ¿Creéis que estaremos listos para salir mañana a primera hora?

—Yo sí —contestó Proleva sin vacilar.

—Nosotros probablemente —dijo Rushemar—. Salova ha acabado el último cesto que quería llevar. No hemos preparado los bultos, pero lo tengo todo listo.

—Yo todavía estoy poniendo en orden mis mangos —dijo Solaban—. Marsheval se pasó ayer por casa para consultarme qué debía llevar. También él parece poseer talento para labrar el marfil, y está adquiriendo destreza —añadió con una sonrisa. Solaban se dedicaba a la confección de mangos, en su mayor parte para cuchillos, cinceles y otros utensilios. Aunque hacía también mangos de asta y madera, prefería trabajar el marfil del colmillo de mamut, y había empezado a realizar otros objetos de este material, como cuentas y estatuillas, especialmente desde que Marsheval era su aprendiz.

—¿Podrías estar listo para salir mañana a primera hora? —preguntó Joharran. Sabía que a menudo Solaban se atormentaba hasta el último momento para decidir qué mangos llevar consigo a la Reunión de Verano con la intención de regalar y trocar.

—Supongo que sí —respondió Solaban, y acto seguido tomó una decisión—. Sí, estaré listo, y seguro que Ramara también.

—Estupendo, pero debemos saber qué opina el resto de la caverna antes de mandar otro mensajero a Manvelar. Rushemar, Solaban, tenemos que anunciar a todos que me gustaría celebrar una breve reunión lo antes posible. Podéis decir de qué se trata si alguien os pregunta y dejar claro que quienquiera que venga en representación de cada hogar debe estar en situación de decidir por todos —aclaró. Lanzó al fuego los restos de comida y luego limpió el cuchillo y su cuenco de comer con un trozo de gamuza húmedo antes de guardarlos en una bolsa que llevaba prendida del cinturón. Los enjuagaría en cuanto tuviese ocasión. Mientras se levantaba, dijo a Galeya:

—No creo que sea necesario que vuelvas otra vez allí. Mandaré a otro mensajero. Ella pareció sentir alivio y sonrió.

—Palidar corre mucho. Ayer estuvimos haciendo carreras y casi me ganó.

Joharran tuvo que pararse a pensar un momento: el nombre no acababa de sonarle. De pronto recordó la cacería de leones. Galeya había cazado con un joven de la Tercera Caverna, pero Palidar también los había acompañado en la cacería.

—¿No es amigo de Tivonan, el muchacho que Willamar se lleva en sus misiones comerciales?

—Sí. En el último viaje de Willamar y Tivonan, Palidar vino con ellos, y decidió que bien podía viajar con nosotros a la Reunión de Verano y reunirse allí con su caverna —explicó Galeya.

Joharran asintió. Era referencia más que suficiente. No sabía si enviaría al visitante o a algún miembro de la Novena Caverna, pero advirtió que Galeya, la amiga de Folara, parecía interesada en Palidar, y obviamente el muchacho había encontrado un motivo para quedarse. Por si existía alguna posibilidad de que un día el muchacho llegase a ser miembro de la Novena Caverna, Joharran deseaba conocerlo mejor, y se reservó la idea en un rincón de la cabeza para reflexionar al respecto más adelante. En ese momento tenía cosas más apremiantes en las que pensar.

Joharran sabía que al menos una persona de cada vivienda asistiría a su reunión, pero, conforme la gente empezó a salir de sus moradas, vio que casi todo el mundo quería saber por qué el jefe había convocado una reunión tan repentinamente. Una vez congregados en la zona de trabajo, Joharran subió a la gran piedra plana allí colocada para que los demás viesen mejor al orador, ya fuese él, o quienquiera que tuviese algo que decir.

—Hace poco hablé con Manvelar —empezó Joharran, sin más preámbulos—. Como sabéis, el emplazamiento de la Reunión de Verano de este año es el gran campo cerca del Río Oeste y de un afluente próximo a la Vigésimo sexta Caverna. La compañera de Manvelar nació en esa misma caverna, y cuando sus hijos eran pequeños, con frecuencia iban a visitar a la madre de ella y su familia. Sé una manera de llegar hasta allí: hay que bajar hacia el sur, hasta el Gran Río, y luego continuar hacia el oeste hasta otro río que confluye con el Río Oeste; desde ahí se sigue hacia el norte hasta el lugar previsto para la Reunión de Verano. Pero Manvelar conoce un camino más directo, que parte del Río del Bosque y va hacia el oeste. Así llegaríamos antes, y yo confiaba en poder viajar con la Tercera Caverna. El problema es que ellos salen mañana a primera hora.

Entre los congregados se elevó un murmullo, pero Joharran prosiguió antes de que nadie pudiera hablar.

—Sé que os gusta conocer el momento de la partida con antelación, y normalmente intento avisaros con tiempo, pero me consta que la mayoría estáis casi listos para la marcha. Si podéis tenerlo todo a punto para mañana, podremos viajar con la Tercera Caverna y tardaremos menos en llegar. Cuanto antes estemos allí, más probabilidades tendremos de encontrar un buen sitio donde acampar.

Diversas conversaciones se iniciaron entre la multitud, y Joharran oyó varios comentarios y preguntas. «No sé si podremos estar listos para entonces.» «Tengo que hablar con mi compañero.» «Aún no lo tenemos todo recogido.» «¿No estaría dispuesto a esperar un día más o algo así?» El jefe los dejó hablar un poco y finalmente tomó otra vez la palabra.

—No me parece correcto pedirle a la Tercera Caverna que nos espere. También ellos quieren encontrar un buen sitio. Necesito una respuesta ya para poder enviar a un mensajero —explicó—. Una persona de cada hogar debe tomar la decisión. Si la

mayoría de vosotros considera que es posible estar a punto mañana, saldremos entonces. Los partidarios de eso, que vengan y se coloquen a mi derecha.

Tras una vacilación inicial, Solaban y Rushemar avanzaron y se situaron a la derecha de Joharran. Jondalar miró a Ayla, que sonrió y movió la cabeza en un gesto de asentimiento; luego fue a ponerse junto a ellos a la derecha de su hermano. Marthona hizo lo mismo. Enseguida se unieron a ellos unos cuantos más. Nadie se situó a su izquierda, lo que habría indicado la negativa a marcharse tan pronto, pero varios titubearon.

Ayla empleaba las palabras de contar a medida que las personas se sumaban al grupo, pronunciando la palabra en voz baja y tocándose el muslo con un dedo al mismo tiempo. «Diecinueve, veinte, veintiuno... ¿cuántos hogares hay?», se preguntó. Cuando llegó a treinta, era evidente que casi todos habían decidido que podían estar listos a la mañana siguiente. La idea de llegar antes a su destino y encontrar un lugar más deseable era un incentivo poderoso. Cuando se incorporaron otras cinco personas al grupo, intentó contar los hogares restantes. Había aún unos cuantos indecisos paseándose ante ellos, pero no debían de representar más de siete u ocho hogares, pensó Ayla.

—¿Y qué pasará con quienes no estén listos para entonces? —planteó una voz desde el grupo de indecisos.

—Pueden venir más tarde, por su cuenta —contestó Joharran.

—Pero siempre vamos como una caverna. Yo no quiero ir solo —protestó uno. Joharran sonrió.

—En ese caso procura estar listo mañana. Como ves, la mayoría ha decidido que puede partir entonces. Enviaré a un mensajero a Manvelar avisando de que estaremos listos mañana a primera hora para reunirnos con la Tercera Caverna.

En una caverna del tamaño de la Novena, había siempre unos cuantos miembros incapacitados para hacer el viaje, al menos en el momento de la partida: por ejemplo, los enfermos o heridos. Joharran eligió a unas cuantas personas que permanecerían allí para cazar y ayudar en los cuidados de quienes se quedaban. Serían sustituidos al cabo de media luna, y así no se perderían toda la Reunión de Verano.

La gente de la Novena Caverna se acostó mucho más tarde de lo habitual, y por la mañana, cuando todos empezaron a congregarse, algunos estaban visiblemente cansados y de mal humor. Manvelar y la Tercera Caverna habían llegado muy temprano y aguardaban en el espacio abierto situado poco más allá de las moradas, en la zona más próxima a Río Abajo, no lejos de donde vivían Ayla y Jondalar. Marthona, Willamar y Folara ya estaban listos a primerísima hora y habían ido a la vivienda de ellos para cargar algunos de sus bultos en los caballos y las parihuelas.

También llevaron alimentos para compartir con Manvelar y unos cuantos más en la comida de la mañana. La noche anterior Marthona había comentado a sus hijos que

quizá Jondalar y ella deberían recibir a Manvelar y su familia en la morada de Ayla —así llamada desde que Jondalar la construyó para ella—, lo que permitiría a Joharran y Proleva organizar al resto de la caverna para el viaje hasta Vista del Sol, donde se encontraba la Vigésimo sexta Caverna de los zelandonii, el lugar destinado a la Reunión de Verano.

Capítulo 5

Era un grupo numeroso —unas doscientas cincuenta personas que se puso en marcha un rato después esa mañana: las cavernas Novena y Tercera casi al completo. Manvelar y la Tercera Caverna encabezaron la marcha pendiente abajo desde el extremo este del refugio de piedra. El camino desde el límite nororiental de la entrada de piedra de la Novena Caverna conducía hasta un pequeño afluente del Río llamado Río del Bosque, porque en su resguardado valle se daba una abundancia excepcional de árboles, una vegetación muy distinta de la que poblaba el valle del Río de la Hierba próximo a la Tercera Caverna, donde habían encontrado a los leones.

Las zonas boscosas eran poco comunes durante la Era Glacial. El límite de los glaciares que cubrían una cuarta parte de la superficie terrestre no se hallaba muy al norte, y creaba condiciones de permafrost en las regiones periglaciales. En verano la capa superior del suelo se fundía a distintas profundidades según las condiciones exteriores. En las zonas umbrías y frescas con musgo denso u otra vegetación aislante, la tierra se fundía sólo unos centímetros, pero allí donde el terreno quedaba expuesto a la luz solar directa, se reblandecía a mayor profundidad, lo suficiente para permitir la aparición de un manto abundante de hierba.

En general, las condiciones no propiciaban el crecimiento de árboles con sus sistemas de raíces más profundos, salvo en ciertos lugares. En los sitios resguardados de los vientos más fríos y las peores heladas, el mantillo podía fundirse a más de un metro, y eso bastaba para que los árboles arraigasen. A menudo crecían bosques en galería a orillas de los ríos, saturadas de agua.

El Valle del Río del Bosque era una de esas excepciones. Poseía relativa abundancia de coníferas, caducifolios y arbustos, incluidos diversos árboles frutales. Era una fuente de recursos extraordinariamente rica. Proporcionaba un sinfín de materiales, sobre todo leña, a aquellos que vivían lo bastante cerca para beneficiarse, pero no era un bosque espeso. Parecía más bien un estrecho valle arbolado con praderas abiertas y encantadores claros entre zonas boscosas más densas.

El gran grupo viajó hacia el noroeste por el Valle del Río del Bosque durante unos diez kilómetros de pendiente suave, un inicio agradable para la caminata. Al llegar a un afluente que descendía en cascada por una ladera a la izquierda, Manvelar se detuvo. Era el momento de hacer un alto y permitir que los rezagados los alcanzaran. Casi todos encendieron pequeñas fogatas para preparar infusiones; los padres dieron de comer a los niños y tomaron un tentempié recurriendo a la comida reservada para el viaje: tiras de carne desecada, fruta o frutos secos de la cosecha del año anterior. Algunos comieron las tortas especiales de viaje que llevaban en su mayoría, una mezcla de grasa y carne seca picada, con bayas desecadas o pequeños trozos de cualquier otra fruta, en forma de empanada o torta envuelta en hojas comestibles.

Eran un alimento altamente energético y saciaban, pero como su preparación exigía cierto esfuerzo mucha gente las reservaba para más tarde, cuando tuviera que cubrir grandes distancias en poco tiempo o anduviera al acecho de la caza y no pudiera encender fuego.

—Aquí nos desviamos —anunció Manvelar—. En adelante basta con seguir hacia el oeste, y cuando lleguemos al Río Oeste, deberíamos estar ya cerca de la Vigésimo sexta Caverna y las tierras de aluvi3n, que es donde se celebrará la Reuni3n de Verano. —Estaba sentado con Joharran y unas cuantas personas más. Contemplaban los montes de la orilla occidental y el turbulento afluente que descendía por la ladera.

—¿Acampamos aqu3 para pasar la noche? —preguntó Joharran, y alzó la vista hacia el sol para comprobar el punto que había alcanzado en su trayectoria celeste—. Es un poco temprano, pero esta mañana hemos salido tarde y eso parece una subida empinada. Puede que la afrontemos más fácilmente después de una noche de descanso. —Temía que el esfuerzo fuese excesivo para algunos.

—Sólo hay que ascender unos kilómetros. Luego, a cierta altura, el terreno se nivela más o menos —explicó Manvelar—. Normalmente intento subir a lo alto primero, y allí paro y planto el campamento para la noche.

—Puede que tengas raz3n —convino Joharran—. Es mejor dejar esto atrás y empezar frescos por la mañana, pero para algunos la cuesta puede ser más difícil que para otros.

Miró fijamente a su hermano y luego lanzó una ojeada a su madre, que acababa de llegar y parecía alegrarse de poder tomar asiento y reposar. Joharran había advertido que a Marthona le estaba representando un esfuerzo mayor que de costumbre.

Jondalar captó la señal tácita y se volvió hacia Ayla.

—¿Y si nos quedamos atrás y cerramos la marcha, para guiar a los rezagados? —Señaló a unos cuantos más que seguían llegando.

—Sí, buena idea. Además, los caballos preferirán ir detrás —dijo ella. Cogió a Jonayla y le dio unas palmadas en la espalda. La niña acababa de mamar, pero parecía querer entretenerse en el pecho de su madre. Estaba despierta y muy animada, y se rio al ver a Lobo, que casualmente estaba detrás de ellas. El animal se acercó y le lamió la cara y la leche que le goteaba de la barbilla, con lo que la niña se rio aún más. Ayla también había advertido la señal entre Jondalar y Joharran, y al igual que este, había reparado en que Marthona parecía caminar más despacio conforme avanzaba el día. Había notado asimismo que la Zelandoni, que acababa de llegar, también se rezagaba, pero no sabía con certeza si se debía al cansancio, o si había aflojado el paso para acompañar a Marthona.

—¿Hay agua caliente para preparar una infusi3n? —preguntó la Zelandoni cuando llegó junto a ellos, a la vez que sacaba la bolsa en la que guardaba sus

medicinas—. ¿Has tomado ya algo, Marthona? —Antes de que la mujer negara con la cabeza, la donier prosiguió—: Prepararé una para las dos.

Ayla las observó atentamente y enseguida comprendió que la Zelandoni se había dado cuenta de los apuros de Marthona en la caminata y quería prepararle una infusión medicinal. Marthona lo sabía también. Muchos parecían preocupados por ella, pero se lo reservaban para sí. Sin embargo, por más que trataran de quitarle importancia, Ayla advertía que la inquietud de todos ellos era real. Decidió acercarse a ver qué preparaba la Zelandoni.

—Jondalar, ¿puedes ocuparte de Jonayla? Ya ha comido, y ahora está muy despierta y quiere jugar —dijo Ayla, entregándole a la niña.

Jonayla agitó los brazos y sonrió a Jondalar, que le devolvió la sonrisa al cogerla en brazos. Saltaba a la vista que adoraba a la niña, esa hija de su hogar. Nunca parecía molestarle cuidar de ella. En opinión de Ayla, tenía más paciencia con la pequeña que ella misma. El propio Jondalar estaba un poco sorprendido por la intensidad de su sentimiento hacia la pequeña, y se preguntaba si acaso eso se debía a que durante un tiempo había dudado que llegase a haber un niño en su hogar. Temía haber ofendido a la Gran Madre Tierra cuando, de joven, deseó emparejarse con su mujer-donii, y no sabía si Ella algún día elegiría una porción de su espíritu para mezclarlo con el espíritu de una mujer y crear una vida nueva.

Eso era lo que le habían enseñado. La vida se creaba al mezclarse el espíritu de una mujer y el de un hombre con la ayuda de la Madre, y la mayoría de la gente que conocía, incluidos aquellos con quienes se había tropezado en su viaje, creían en esencia lo mismo... excepto Ayla. Esta tenía una idea muy distinta de cómo se originaba una nueva vida. Estaba convencida de que no se reducía a una mezcla de espíritus. Le había dicho a Jondalar que no era sólo su espíritu lo que se había combinado con el de ella para crear a esa nueva persona, sino también su esencia al compartir los placeres. Sostenía que Jonayla era hija de él tanto como de ella, y él deseaba creerlo. Quería que esa niña fuese tan suya como de Ayla, pero no tenía la certeza total.

Sabía que Ayla había llegado a esa convicción cuando vivía con el clan, pese a que tampoco estos la compartían. Ayla le había contado que, según ellos, eran los espíritus totémicos la causa de que empezara a crecer una vida nueva dentro de una mujer, algo así como que el espíritu del tótem masculino se imponía al del tótem femenino. Entre todas las personas a quienes Jondalar conocía, Ayla era la única que pensaba que no sólo los espíritus daban inicio a una nueva vida. Y Ayla era acólita, en su etapa de adiestramiento para convertirse en Zelandoni, y correspondía a los zelandonia explicar cómo era Doni, la Gran Madre Tierra, a Sus hijos. Jondalar se preguntaba qué pasaría cuando llegara el momento en que Ayla tuviera que explicar a la gente cómo empezaba una nueva vida. ¿Diría que la Madre elegía al espíritu de un

hombre en particular para combinarlo con el espíritu de una mujer, tal como hacían los otros zelandonia? ¿O insistiría en que lo que se combinaba era la esencia del hombre? ¿Y qué opinarían los zelandonia al respecto?

Cuando Ayla se acercó a las dos mujeres, vio a la Zelandoni hurgar en su bolsa de hierbas medicinales, y a Marthona sentada en un tronco a la sombra de un árbol, cerca del Río del Bosque. Ciertamente la madre de Jondalar parecía cansada, aunque Ayla tuvo la impresión de que procuraba llevarlo de manera discreta. Sonreía y charlaba con otras personas, pero se notaba que de buena gana habría cerrado los ojos para descansar.

Después de saludar a Marthona y los demás, Ayla se acercó a La Que Era la Primera.

—¿Tienes todo lo que te hace falta? —preguntó en voz baja.

—Sí, aunque me habría gustado disponer del tiempo necesario para elaborar debidamente una mezcla de dedalera fresca. No me queda más remedio que utilizar el preparado seco que llevo encima —contestó la mujer.

Ayla advirtió que Marthona tenía las piernas un poco hinchadas.

—Necesita descansar, ¿verdad? Y no andar conversando con esa gente que sólo quiere ser amable —dijo Ayla—. Hay que darles a entender que deben dejar a Marthona tranquila un rato, sin avergonzarla, y esas cosas a ti se te dan mejor que a mí. No quiere que los demás sepan lo cansada que está, creo. ¿Por qué no me explicas cómo prepararle la infusión?

La Zelandoni sonrió y, en voz casi inaudible, respondió:

—Muy perspicaz por tu parte, Ayla. Esos son amigos de la Tercera Caverna a quienes ella no veía desde hacía tiempo.

A continuación le indicó rápidamente cómo preparar la infusión y se acercó a los amigos en plena charla.

Ayla se concentró en las instrucciones recibidas, y cuando alzó la vista, vio que la Zelandoni se marchaba con los amigos de Marthona, y esta cerraba los ojos. Ayla movió la cabeza en un gesto de asentimiento y pensó: «Eso disuadirá a los demás de acercarse a hablar». Esperó un rato a que se enfriara la bebida caliente, y justo cuando se la llevaba a Marthona, la Zelandoni regresó. Las dos permanecieron cerca de la antigua jefa de la Novena Caverna, dando la espalda intencionadamente a todos los demás mientras ella tomaba su infusión para impedir que la vieran quienes pasaban por su lado. Fuera cual fuese el contenido del brebaje de la Zelandoni, al cabo de un rato pareció surtir efecto, y Ayla pensó preguntarle a la donier al respecto más tarde.

Cuando Manvelar reanudó la marcha, iniciando el ascenso de la cuesta, la Zelandoni lo siguió, pero Ayla se quedó junto a Marthona. Willamar se había reunido con ellas, y estaba sentado al otro lado de su compañera.

—¿Por qué no esperas con nosotros y dejas que Folara vaya con los demás? —

propuso Ayla—. Jondalar se ha ofrecido a quedarse en la cola, para asegurarse de que todos toman la dirección adecuada. Proleva ha prometido guardarnos algo de comer para cuando lleguemos al campamento.

—De acuerdo —contestó Willamar sin la menor vacilación—. Manvelar ha dicho que a partir de aquí iremos derechos hacia el oeste durante varios días. El número de días dependerá del paso al que vayamos. No hay ninguna prisa. Pero no está de más que alguien se quede atrás por si alguien se hace daño o tiene algún problema y se rezaga.

—O por si tiene que esperar a una vieja lenta —añadió Marthona—. Quizá llegue un día en que no sea capaz de ir a las Reuniones de Verano.

—Nos ocurrirá a todos nosotros —repuso Willamar—. Pero ese día aún no ha llegado, Marthona.

—Willamar tiene razón —convino Jondalar, sosteniendo en un brazo a la niña dormida. Venía de indicar la dirección correcta a una familia con varios niños pequeños. Lo seguía el lobo, que vigilaba a Jonayla—. Si tardamos un poco más en llegar, no importa. No seremos los únicos. —Señaló a la familia que iniciaba el ascenso—. Y cuando lleguemos, la gente seguirá interesada en oír tus opiniones y consejos, madre.

—Jondalar, ¿quieres que ponga ya a Jonayla en la manta de acarreo? —preguntó Ayla—. Parece que somos los últimos.

—No me importa llevarla, y se la ve cómoda. Está profundamente dormida, pero debemos buscar un camino fácil para llegar con los caballos a lo alto de esa cascada —dijo él.

—Eso mismo busco yo: un camino fácil. Quizá debería seguir a vuestros caballos —dijo Marthona, no del todo en broma.

—El problema no es tanto los caballos, que están más que capacitados para subir cuestras, como llegar allí arriba con las pesadas angarillas y la carga en los lomos —señaló Ayla—. Yo diría que tenemos que subir en zigzag, trazando amplios giros para facilitar el arrastre de las varas.

—O sea que quieres un camino fácil con poca pendiente —dedujo Willamar—. Como Marthona ha dicho, eso mismo queremos nosotros. Si no me equivoco, creo haber visto una subida más suave viniendo hacia aquí. Ayla, ¿qué te parece si retrocedemos un poco para ver si la encontramos?

—Como Jondalar está tan a gusto con la niña en brazos, puede quedarse y hacerme compañía —añadió Marthona.

«Y cuidar de ella», pensó Ayla mientras Willamar y ella se ponían en marcha. «No me gusta la idea de que espere sola. Hay muchos animales que podrían acercarse y considerarla una presa: leones, osos, hienas y a saber qué más.» Lobo, que descansaba en el suelo con la cabeza entra las patas, se levantó y pareció inquieto al

ver que Jonayla se quedaba y Ayla se disponía a irse.

—¡Lobo, quédate! —indicó ella, reforzando la orden con un gesto—. Quédate con Jondalar y Jonayla, y con Marthona. —El lobo volvió a tenderse, pero mantuvo la cabeza en alto y las orejas aguzadas, atento a cualquier otra palabra o señal que ella pudiera dirigirle mientras se alejaba con Willamar.

—Si no hubiésemos cargado tanto a los caballos, Marthona podría subir a ese monte en la angarilla —comentó Ayla al cabo de un rato.

—Sólo si ella estuviese dispuesta —observó Willamar—. He notado algo interesante desde que llegaste con tus animales. Marthona no le tiene ningún miedo a ese lobo, que es un cazador poderoso y podría matarla fácilmente si quisiera, pero otra cosa son los caballos. No le gusta acercarse a ellos. Cazó caballos cuando era joven, pero los teme mucho más que al lobo, y eso que sólo comen hierba.

—Quizá sea porque no los conoce tan bien. Son más grandes y tienen un comportamiento asustadizo cuando están nerviosos o si algo los sobresalta —dijo Ayla—. Los caballos no entran en la morada. Quizá si Marthona pasase más tiempo con ellos, no la inquietarían tanto.

—Es posible, pero antes tuvieras que convencerla, y cuando se le mete en la cabeza que no quiere hacer algo, sabe muy bien cómo eludirlo y salirse con la suya sin que se note. Es una mujer muy obstinada.

—De eso no tengo la menor duda —coincidió Ayla.

Aunque no tardaron mucho, para cuando Ayla y Willamar volvieron, Jonayla, ya despierta, estaba en brazos de su abuela. Jondalar comprobaba la carga de los caballos y se cercioraba de que todo seguía bien sujeto.

—Hemos encontrado un sitio mejor por donde subir a ese monte. En algunos lugares es un poco escarpado, pero accesible —informó Willamar.

—Será mejor que coja a Jonayla —dijo la joven, encaminándose hacia Marthona—. Probablemente se ha ensuciado y no huele muy bien. Acostumbra hacerlo por la tarde nada más despertarse.

—Así es —corroboró Marthona, sosteniendo a la niña en su regazo, sentada de cara a ella—. No he olvidado cómo se cuida un bebé, ¿verdad, Jonayla? —Hizo el caballito a la niña con delicadeza y le sonrió, y esta le devolvió la sonrisa con suaves gorgoritos—. Es un encanto de criatura —añadió a la vez que se la entregaba a su madre.

Ayla no pudo evitar sonreír a su hija cuando la cogió y vio su sonrisa. La colocó en la manta y aseguró los nudos. Marthona parecía descansada y más briosa cuando se puso en pie, cosa que complació a Ayla. Retrocedieron bordeando el Río del Bosque hasta más allá del recodo y allí empezaron a ascender por esa otra cuesta más llevadera. Cuando llegaron a lo alto, volvieron a dirigirse hacia el norte hasta el

pequeño arroyo que vertía sus aguas en el río, más abajo, y desde allí doblaron al oeste. El sol, ya casi en el horizonte, los deslumbraba cuando se acercaron al campamento plantado por las cavernas Tercera y Novena. Proleva, esperando impaciente su llegada, sintió alivio al verlos.

—Os he guardado un poco de comida caliente junto al fuego. ¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó, conduciéndolos a la tienda de viaje que compartían. Se mostró especialmente solícita con la madre de Joharran.

—Hemos retrocedido por el Río del Bosque y encontrado una cuesta más fácil para los caballos, y también para mí —explicó Marthona.

—No creí que los caballos fueran a tener dificultades —comentó Proleva—. Ayla dijo que son fuertes y pueden transportar la carga.

—No es por el peso, sino por esas varas que arrastran —aclaró Marthona.

—Así es —confirmó Jondalar—. Los caballos necesitan un camino más ancho y transitable al subir por una pendiente empinada. Cuando tiran de la angarilla, no pueden girar en curvas muy cerradas. Hemos encontrado un camino que les permitía subir en zigzag, pero para tomarlo había que retroceder un trecho del Río del Bosque abajo.

—Bueno, el resto del camino es llano en su mayor parte y discurre por terreno despejado —informó Manvelar. Joharran y él acababan de reunirse con ellos, y habían oído los comentarios de Jondalar.

—Eso nos facilitará las cosas a todos —dijo Jondalar—. Mantén caliente nuestra comida, Proleva. Tenemos que descargar los caballos y encontrarles un buen sitio para pastar.

—Si tienes un hueso con restos de carne para Lobo, seguro que te lo agradecerá —añadió Ayla.

Ya había oscurecido cuando regresaron de acomodar a los caballos y pudieron por fin disfrutar de su comida. Todos los que dormirían en su refugio de viaje familiar estaban reunidos en torno a la hoguera: Marthona y Willamar, y Folara; Joharran y Proleva, y sus dos hijos, Jaradal y Sethona; Jondalar, Ayla y Jonayla, y Lobo; y la Zelandoni. Aunque en rigor no formaba parte de la familia, no tenía parientes en la Novena Caverna y normalmente se alojaba con la familia del jefe cuando viajaban.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a la Reunión de Verano? —preguntó Ayla.

—Depende de la velocidad a la que vayamos, pero según Manvelar no serán más de tres o cuatro días.

Llovió intermitentemente a lo largo de todo el camino y se alegraron cuando, la tarde del tercer día, vieron al frente unas tiendas de campaña. Joharran y Manvelar, y los dos consejeros de Joharran, Rushemar y Solaban, se adelantaron para encontrar un sitio donde plantar el campamento. Manvelar eligió un lugar a la orilla de un

afluente, cerca de su desembocadura en el Río Oeste, y tomó posesión de él dejando allí el petate. Luego se encontró con el jefe de Vista del Sol, e iniciaron una versión abreviada de los saludos formales.

—... en nombre de Doni, yo te saludo, Stevadal, jefe de Vista del Sol, la Vigésimo sexta Caverna de los zelandonii —concluyó Joharran.

—Bienvenido seas al campamento principal de la Reunión de Verano de la Vigésimo sexta Caverna, Joharran, jefe de la Novena Caverna de los zelandonii —saludó Stevadal, y le soltó las manos.

—Nos alegramos de estar aquí, pero te agradecería que nos aconsejaras dónde plantar el campamento. Ya sabes lo numeroso que es nuestro grupo, y ahora que ha regresado mi hermano de su viaje con unos... acompañantes poco comunes, necesitamos un lugar donde estos no molesten a los vecinos, y ellos no se sientan agobiados por gente que aún no conocen.

—Vi al lobo y los dos caballos el año pasado. Ciertamente, son «acompañantes» muy poco comunes —convino Stevadal, sonriendo—. Incluso tienen nombre, ¿no es así?

—La yegua se llama Whinney, y la monta Ayla. Jondalar llama Corredor a su corcel, hijo de la yegua, pero ahora son tres los caballos. La Gran Madre consideró oportuno bendecir a la yegua con otra cría, una hembra. La llaman Gris, por el color de su pelaje.

—¡Acabaréis con una manada de caballos en la caverna! —exclamó Stevadal.

«Espero que no», pensó Joharran, pero se abstuvo de decirlo, limitándose a sonreír.

—¿Qué clase de lugar buscas, Joharran?

—¿Recuerdas que el año pasado encontramos un sitio un poco apartado? Al principio temí que estuviera demasiado lejos de todas las actividades, pero resultó ideal. Los caballos tenían donde pacer y el lobo estaba lejos de la gente de las otras cavernas. Ayla lo controla perfectamente. A veces incluso me hace caso a mí, pero no quiero que asuste a nadie. Y la mayoría agradecemos poder dispersarnos un poco.

—Si la memoria no me engaña, también teníais leña de sobra al final de la temporada —comentó Stevadal—. Incluso nos permitisteis coger un poco los últimos días.

—Sí, fue una suerte. Ni siquiera la buscamos. Manvelar me ha dicho que tal vez haya un sitio un poco más cerca de tu Vista del Sol, un pequeño valle con hierba.

—Sí, a veces celebramos allí reuniones menores con las cavernas cercanas. Hay avellanos y arándanos —informó Stevadal—. En realidad no queda lejos de la Cueva Sagrada. Está a cierta distancia de aquí, pero a vosotros podría venir bien. ¿Por qué no vamos a echar un vistazo?

Joharran hizo una seña a Solaban y Rushemar, que los siguieron a Stevadal y a él.

—Dalantar y sus lanzadonii se alojaron con vosotros el año pasado, ¿no es así? ¿También vendrán este año? —preguntó Stevadal por el camino.

—No hemos tenido noticia de ellos. No nos han enviado ningún mensajero, así que lo dudo —respondió Joharran.

Algunos miembros de la Novena Caverna, que tenían previsto instalarse con otros parientes o amigos, abandonaron el grupo para reunirse con ellos. La Zelandoni fue a buscar el gran alojamiento especial que se reservaba siempre a los zelandonia, en pleno centro del campamento. El resto esperó en la linde del campo donde se habían reunido la mayoría de las cavernas para la Reunión de Verano, saludando a muchos amigos que se acercaban a ellos. Mientras aguardaban, amainó la lluvia.

Cuando Joharran regresó, se aproximó directamente al grupo.

—Con la ayuda de Stevadal, he encontrado, creo, un lugar para nosotros —anunció—. Igual que el año pasado, está un poco lejos del lugar de encuentro principal, pero nos servirá.

—¿A qué distancia está? —preguntó Willamar. Pensaba en Marthona. La caminata hasta la reunión no había sido fácil para ella.

—Se ve desde aquí, si sabes hacia dónde mirar.

—Pues vamos a verlo —propuso Marthona.

Un grupo de más de ciento cincuenta personas siguió a Joharran. Cuando llegaron, había dejado de llover y salido el sol, iluminando un pequeño y agradable valle ciego con cabida suficiente para todos aquellos que se instalaran con la Novena Caverna, al menos al principio de la Reunión de Verano. Después de las ceremonias iniciales que señalaban el comienzo del encuentro, empezaría la itinerante vida veraniega del forrajeo, la exploración y las visitas.

El territorio de los zelandonii no abarcaba sólo la región más inmediata. El número de personas que se identificaban como zelandonii había aumentado tanto que su territorio había tenido que ampliarse para acomodarlas a todas. Se celebraban otras Reuniones de Verano de zelandonii, y algunos individuos o familias o cavernas no iban a las Reuniones de Verano con las mismas personas cada año. En ocasiones acudían a reuniones convocadas a mayor distancia, en particular si querían trocar mercancías o tenían parientes lejanos. Era una manera de mantener el contacto. Y algunas Reuniones de Verano se organizaban conjuntamente entre los zelandonii y los pueblos que vivían cerca de la indefinida frontera de su territorio.

Como eran un pueblo tan numeroso y próspero, en comparación con los otros grupos, el nombre «zelandonii» conllevaba cierto prestigio, una distinción con la que los demás querían verse vinculados. Incluso quienes no se consideraban zelandonii se complacían en atribuirse un nexa con ellos en sus títulos y lazos. Pero si bien su población era numerosa en comparación con la de otros pueblos, de hecho era insignificante en términos relativos respecto al territorio que ocupaban.

Los seres humanos constituían una minoría entre los moradores de esa tierra antigua y fría. Los animales eran mucho más abundantes y diversos; la lista de los distintos tipos de seres vivos era larga. Si bien algunos de ellos, tales como el corzo o el alce, vivían en solitario o formando pequeños grupos familiares en los escasos y dispersos bosques, la mayoría poblaba espacios despejados —estepas, llanuras, praderas, zonas ligeramente arboladas— y se agrupaba en grandes manadas. En algunas épocas del año, en regiones no muy alejadas entre sí, mamuts, megaceros y caballos se reunían a centenares; bisontes, uros y renos a miles. Las aves migratorias podían oscurecer el cielo durante días.

Apenas se producían disputas entre los zelandonii y sus vecinos, en parte porque la tierra era mucha y la población exigua, pero también porque su supervivencia dependía de ello. Si un emplazamiento habitado se poblaba en exceso, podía escindirse un pequeño grupo, pero no iban más allá del lugar deseable y disponible más cercano. Eran pocos los que preferían alejarse mucho de la familia y los amigos, y no sólo por los lazos de afecto, sino también porque en épocas de adversidad querían y necesitaban estar cerca de aquellos con cuya ayuda podían contar. Allí donde la tierra era rica y capaz de mantenerlos, los humanos tendían a agruparse en gran número, pero había zonas extensas totalmente deshabitadas, salvo por alguna que otra cacería o expedición con fines de recolección.

Durante la Era Glacial, con sus resplandecientes glaciares, sus ríos de aguas cristalinas, sus atronadoras cascadas, sus colonias de animales en amplias praderas, el mundo era de una belleza espectacular, pero brutalmente áspero, y los pocos que vivían por aquel entonces reconocían a un nivel muy básico la necesidad de mantener vínculos fuertes. Uno ayudaba al prójimo hoy porque muy probablemente necesitaría su ayuda mañana. Por eso se habían desarrollado costumbres, convenciones y tradiciones encaminadas a reducir la hostilidad interpersonal, apaciguar rencores y mantener las emociones bajo control. La envidia estaba mal vista y la venganza quedaba en manos de la sociedad, siendo la comunidad quien imponía los castigos para dar satisfacción a las partes agraviadas y mitigar su dolor o su cólera, pero tratando a la vez con equidad a todos los implicados. El egoísmo, el engaño y la negación de auxilio a los necesitados se consideraban delitos, y la sociedad encontraba formas de sancionar a los culpables, pero a menudo las penas eran sutiles e imaginarias.

Los miembros de la Novena Caverna no tardaron en elegir las ubicaciones individuales para sus alojamientos de verano, y comenzaron a construir moradas semipermanentes. Ya habían aguantado bastante lluvia y deseaban un sitio donde estar al amparo del agua. Llevaban consigo la mayor parte de los postes y estacas que constituían los principales elementos estructurales, previamente seleccionados con sumo cuidado en el boscoso valle cercano a su caverna, ya talados y desramados.

Muchos los habían usado para las tiendas de viaje. También tenían refugios portátiles más pequeños y ligeros, fáciles de transportar en las cacerías y otras expediciones de un día o dos.

Por lo general todos los alojamientos veraniegos se construían de la misma manera. Eran circulares con un espacio libre en torno al poste central, de modo que varias personas cupieran allí de pie, y una techumbre de paja en pendiente que descansaba sobre las paredes verticales, junto a las cuales se tendían las pieles de dormir. El alto poste central de la tienda de viaje tenía el extremo superior biselado. Se prolongaba acoplando otro poste con un bisel similar en sentido contrario en su extremo inferior. Ambos se mantenían unidos mediante una resistente cuerda atada firmemente alrededor con varias vueltas.

Con otra cuerda marcaban la distancia desde el poste central hasta la pared circular exterior y, utilizándola como guía, erigían un cercado de soportes verticales con los mismos postes usados para la tienda y algunos más.

Luego sujetaban al exterior y el interior de los postes paneles confeccionados con hojas de anea o juncos tejidos, o con cuero sin curtir u otros materiales, parte de ellos acarreados desde la caverna y otros elaborados en el campamento, creando así una doble pared con aire en medio para proporcionar aislamiento térmico. Una tela extendida en el suelo llegaba hasta la pared interior y la cubría sólo un poco, pero lo suficiente para evitar las corrientes de aire. El relente que se condensaba en las noches frescas se acumulaba en la cara interna de la pared exterior, quedando seca la pared interior.

La techumbre del refugio se componía de finas varas de abeto o árboles caducifolios de hoja pequeña, como el sauce o el abedul, que iban desde el poste central hasta la pared exterior. Entre dichas varas se ataban ramas y palos, y encima se añadían haces de hierba y juncos para impermeabilizar el techo. Puesto que sólo tenían que durar una estación, la gente no construía techumbres demasiado gruesas, y normalmente les bastaba con que impidieran la entrada de la lluvia y el viento. Sin embargo, a finales del verano, casi todas las techumbres habían tenido que remendarse más de una vez.

Cuando acabaron la mayoría de las estructuras y lo ordenaron todo en el interior, ya era última hora de la tarde y pronto anochecería, pero eso no los disuadió de encaminarse hacia el campamento principal para ver quién había allí y saludar a amigos y familiares. Ayla y Jondalar aún tenían que preparar un espacio para los caballos. Recordando el año anterior, cercaron una zona a cierta distancia del campamento con postes, algunos transportados desde la caverna y otros encontrados allí. Utilizaron todo lo que podía servir, a veces árboles jóvenes enteros que arrancaban de raíz y replantaban. Como travesaños, usaron ramas, trozos de madera o incluso cuerda, casi todo ello recogido en las inmediaciones. No es que temieran que

los caballos saltaran por encima del cercado o lo rompieran; más bien pretendían delimitar el espacio de animales, tanto por ellos mismos como por los curiosos.

Ayla y Jondalar fueron de los últimos en abandonar el campamento de la Novena Caverna. Cuando por fin se encaminaron hacia el campamento principal, se cruzaron con Lanoga, de once años, y su hermano Bologan, de trece, que se afanaban por construir un pequeño alojamiento veraniego en la periferia del campamento. Como nadie quería compartir vivienda con Laramar, Tremeda y sus hijos, la estructura sólo tenía que albergar a su familia, pero Ayla advirtió que ni la madre ni Laramar estaban allí ayudando a sus hijos.

—Lanoga, ¿dónde está tu madre? ¿O Laramar? —preguntó Ayla.

—No lo sé. En la Reunión de Verano, supongo.

—¿Quieres decir que os han dejado aquí construyendo el alojamiento veraniego a vosotros solos?

Capítulo 6

Ayla se horrorizó. Allí se hallaban también los cuatro niños menores, mirando con los ojos muy abiertos. Ayla tuvo la impresión de que estaban asustados.

—¿Desde cuándo sucede esto? —preguntó Jondalar—. ¿Quién construyó vuestro alojamiento el año pasado?

—Sobre todo Laramar y yo —contestó Bologan—, con la ayuda de un par de amigos suyos, después de prometerles él un poco de barma.

—¿Por qué no está ahora aquí construyéndolo? —quiso saber Jondalar.

Bologan se encogió de hombros. Ayla miró a Lanoga.

—Laramar ha discutido con nuestra madre y ha dicho que se instalaría en uno de los alojamientos alejados con los hombres. Ha cogido sus cosas y se ha marchado. Nuestra madre se ha ido corriendo detrás de él, pero aún no ha regresado —explicó Lanoga.

Ayla y Jondalar cruzaron una mirada y, sin decir palabra, asintieron con la cabeza. Ayla dejó a Jonayla en la manta de acarreo, y ambos empezaron a trabajar con los niños. Jondalar pronto cayó en la cuenta de que los niños estaban utilizando los postes de su tienda de viaje, que no bastarían para construir una vivienda. Pero no podían plantar la tienda porque el cuero mojado estaba desintegrándose, y las esterillas del suelo mojadas se caían a pedazos. Tuvieron que confeccionarlo todo — los paneles, las esterillas y la techumbre— con material de los alrededores.

Jondalar empezó a buscar postes. Encontró un par cerca del alojamiento; luego taló unos cuantos árboles. Lanoga nunca había visto a nadie tejer esterillas y paneles tal como lo hacía Ayla, ni tan rápido, pero la niña aprendió enseguida cuando Ayla le enseñó. La hermana de nueve años, Trelara, y el chico de siete, Lavogan, también intentaron ayudar, tras recibir instrucciones, pero estaban más ocupados ayudando a Lanoga a cuidar de Lorala, de un año y medio, y de su hermano de tres, Ganamar. Aunque no dijo nada, Bologan observó mientras trabajaban que con las técnicas de Jondalar el resultado final era una morada mucho más sólida que la que tenían antes.

Ayla hizo un alto para amamantar a Jonayla, y dio el pecho también a Lorala; a continuación fue a su alojamiento a buscar comida para los niños, ya que al parecer sus padres no habían llevado nada. Tuvieron que encender un par de fogatas para iluminarse mientras acababan el trabajo. Cuando ya casi habían terminado, la gente volvía del campamento principal. Ayla había regresado a su morada en busca de un cobertor para Jonayla porque empezaba a refrescar. Acababa de acostar a su hija en el nuevo alojamiento de verano cuando vio acercarse a unas personas. Proleva, con Sethona apoyada en la cadera, llegaba con Marthona y Willamar, quien llevaba una tea en una mano y a Jaradal cogido con la otra.

—¿Dónde habéis estado, Ayla? No os he visto en el campamento principal —dijo

Proleva.

—No hemos ido —respondió Ayla—. Nos hemos quedado ayudando a Bologan y Lanoga a construir su alojamiento.

—¿A Bologan y Lanoga? —repitió Marthona—. ¿Qué les ha pasado a Laramar y Tremeda?

—Dice Lanoga que han discutido, y Laramar ha decidido irse a un alojamiento alejado. Ha cogido sus cosas y se ha marchado, y Tremeda ha salido corriendo detrás de él y aún no ha vuelto —explicó Ayla. Era evidente que le costaba controlar la ira—. Esos niños intentaban construir un alojamiento ellos solos sin más recursos que los postes de la tienda y esterillas mojadas. Tampoco tenían comida. He dado el pecho a Lorala, pero si te queda leche, Proleva, probablemente le vendría bien tomar un poco más.

—¿Dónde está su alojamiento? —preguntó Willamar.

—En el límite del campamento, cerca de los caballos —respondió Ayla.

—Yo vigilaré a los niños, Proleva —se ofreció Marthona—. ¿Por qué no vais Willamar y tú a ver qué podéis hacer? —Se volvió hacia Ayla—. También me ocuparé de Jonayla, si quieres.

—Está casi dormida —dijo Ayla, señalándosela a Marthona—. Los hijos de Tremeda necesitarían unas cuantas esterillas más, sobre todo porque no tienen suficientes pieles de dormir. Cuando me he marchado, Jondalar y Bologan estaban terminando la techumbre.

Los tres fueron apresuradamente hacia la pequeña vivienda ya casi concluida. Al acercarse, oyeron llorar a Lorala. Proleva identificó el sonido: era el alboroto de un bebé muy cansado y quizá hambriento. Lanoga la acunaba en sus brazos intentando tranquilizarla.

—Déjame, a ver si quiere mamar un poco —dijo Proleva a la niña.

—Acabo de cambiarle el pañal, lo he rellenado con su lana de oveja para la noche —explicó Lanoga, y le entregó la pequeña a Proleva.

Cuando Proleva le ofreció el pecho, la niña se abalanzó sobre él con voracidad. Como su madre se había quedado sin leche hacía más de un año, otras muchas madres la habían amamantado por turnos y estaba acostumbrada a tomar leche de cualquier mujer que se la ofreciese. Comía asimismo distintas clases de alimentos sólidos que Ayla había enseñado a preparar a Lanoga. Teniendo en cuenta sus difíciles inicios, Lorala era una niña considerablemente sana, feliz y sociable, aunque un poco menuda para su edad. Las mujeres que la amamantaban se enorgullecían de su buena salud y buen carácter, conscientes de que ellas habían contribuido a que así fuera. Ayla sabía que habían mantenido a la niña con vida, pero Proleva recordaba que inicialmente la idea fue de Ayla, cuando descubrió que Tremeda se había quedado sin leche.

Ayla, Proleva y Marthona encontraron más pieles y trozos de cuero de los que podían prescindir, y se los dieron a los niños para que se taparan por la noche, junto con más comida. Willamar, Jondalar y Bologan recogieron leña.

La estructura ya casi estaba acabada cuando Jondalar vio acercarse a Laramar. Este se detuvo a cierta distancia y, con expresión ceñuda, observó el pequeño alojamiento de verano.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó a Bologan.

—Lo hemos construido nosotros —contestó el niño.

—No lo habéis construido solos —repuso Laramar.

—No, los hemos ayudado nosotros —terció Jondalar—. Porque tú no estabas aquí, Laramar.

—Nadie te ha pedido que te entrometas —replicó Laramar con desdén.

—¡Esos niños no tenían dónde dormir! —exclamó Ayla.

—¿Dónde está Tremeda? Son sus hijos: ella debería cuidarlos —adujo Laramar.

—Se ha marchado detrás de ti, persiguiéndote —contestó Jondalar.

—En ese caso es ella quien los ha abandonado, no yo —afirmó Laramar.

—Son los hijos de tu hogar, son responsabilidad tuya —reprochó Jondalar con desagrado, esforzándose por contener la ira—, y los has dejado aquí sin refugio.

—Tenían la tienda de viaje —se defendió Laramar.

—El cuero de tu tienda estaba podrido y, al empaparse, se ha roto —explicó Ayla—. Tampoco tenían qué comer, y varios de ellos son muy pequeños.

—He supuesto que Tremeda les conseguiría comida —dijo Laramar.

—Y tú te preguntas por qué eres el de menor rango en la caverna —le espetó Jondalar con desprecio y una mueca de aversión.

Lobo percibió la tensión entre los miembros de su manada y aquel hombre que le disgustaba. Arrugó el hocico y empezó a gruñir a Laramar, que retrocedió de un salto para apartarse de él.

—¿Quién eres tú para decirme qué debo hacer? —preguntó Laramar, poniéndose a la defensiva—. No debería ser yo el de menor rango. Eso es culpa tuya, Jondalar, que un buen día volviste de tu viaje con una forastera y, confabulándote con tu madre, la antepusiste a mí. Yo he nacido aquí, y esa mujer no. Debería ser ella la de menor rango. Algunos dicen que es especial, pero alguien que ha vivido con los cabezas chatas no puede ser muy especial. Es una abominación, y no soy yo el único que lo piensa. No tengo por qué aguantarte, Jondalar, ni a ti ni tus insultos —añadió Laramar, y dándose media vuelta, se marchó airadamente.

Ayla y Jondalar cruzaron una mirada después de irse Laramar.

—¿Es verdad lo que dice? —preguntó Ayla—. ¿Yo debería tener un rango inferior porque soy forastera?

—No —intervino Willamar—. Tú trajiste contigo tu propia dote. Tu túnica

matrimonial por sí sola te situaría ya entre aquellos de mayor rango en cualquier caverna que eligieras, pero además has demostrado ser una persona valiosa y meritoria por derecho propio. Aun cuando hubieses sido una forastera de rango inferior al principio, eso habría durado poco. No permitas que Laramar te cree la menor duda acerca de tu lugar entre nosotros. Todos saben cuál es su posición. Dejar que esos niños se las apañen solos, sin comida ni techo, es prueba de ello.

Cuando los constructores del pequeño alojamiento de verano se disponían a regresar al suyo, Bologan tocó a Jondalar en el brazo, y este se volvió. Bologan bajó la vista y su rostro se tiñó de rojo, circunstancia visible incluso a la luz del fuego.

—Yo... esto... sólo quería decir... esta morada es muy bonita, el mejor alojamiento de verano que hemos tenido —dijo Bologan, y se apresuró a entrar.

Mientras regresaban, Willamar comentó en susurros:

—Me parece que Bologan intentaba darte las gracias, Jondalar. Es muy posible que nunca le haya dado las gracias a nadie. Quizá ni siquiera sepa cómo hacerlo.

—Puede que tengas razón, Willamar. Pero lo ha hecho muy bien.

El día siguiente amaneció soleado. Tras la comida de la mañana y una visita a los caballos para asegurarse de que se sentían a gusto, Ayla y Jondalar estaban impacientes por ir al campamento principal y ver quién había. Ayla envolvió a Jonayla en su manta de acarreo y se la apoyó en la cadera; luego indicó a Lobo con una seña que la acompañara, y se pusieron en camino. Era un buen trecho, pero muy transitable, decidió Ayla. Y le gustaba acampar en un lugar un poco alejado para distanciarse cuando le apeteciera.

La gente empezó a saludarlos con la mano cuando llegaron, y a Ayla le complació reconocer a tantas personas, a diferencia del verano anterior, cuando casi todos eran extraños para ella, y ni siquiera conocía bien a quienes le habían presentado poco antes. Aunque la gente de la mayoría de las cavernas esperaba con ilusión el encuentro anual con determinados amigos y parientes, como el emplazamiento de la Reunión de Verano variaba cada año, y eso mismo hacían otros grupos de zelandonii, normalmente la combinación de cavernas en un sitio concreto difería un poco en cada ocasión.

Ayla vio a algunas personas a quienes sin duda no había visto antes; eran en su mayoría las que miraban con asombro a Lobo, pero muchos, sobre todo los niños, recibían al animal con una sonrisa o un saludo. Aun así, Lobo permanecía cerca de Ayla, que llevaba a cuestas al bebé por quien el animal sentía especial afecto. Los grupos numerosos con demasiados desconocidos le resultaban un poco difíciles de sobrellevar. Su instinto de protección de la manada se había agudizado a medida que maduraba, y varios incidentes en su vida lo habían reforzado más aún. En cierto sentido, la Novena Caverna se había convertido en su manada, y el territorio que

habitaban era la zona que vigilaba, pero no podía proteger a un grupo tan amplio, y menos aún al sinfín de personas que Ayla le había «presentado». Había aprendido a tratarlas sin hostilidad, pero eran demasiadas para abarcarlas con su concepción instintiva de manada. Así pues, decidió que las personas cercanas a Ayla eran su manada, aquellas a quienes debía proteger, en particular la pequeña, a la que adoraba.

Ayla se alegró especialmente de ver a Janida con su bebé y Levela, pese a que los había visitado poco antes de marcharse. Las dos mujeres charlaban con Tishona. Marthona le había dicho que a menudo la gente entablaba estrechas amistades con las personas con quienes había compartido la ceremonia matrimonial, y era cierto. Se alegraba de verlas a las tres, y ellas saludaron a Ayla y Jondalar con abrazos y roces de mejillas. Tishona estaba tan acostumbrada a ver al lobo que apenas le prestaba atención, pero las otras dos, que aún le tenían un poco de miedo, se esforzaron por saludarlo, aunque sin el menor ademán de tocarlo.

Janida y Ayla, con grandes aspasientos ante sus mutuos hijos, comentaron lo mucho que habían crecido y lo maravillosos que estaban. Ayla advirtió que Levela tenía el vientre aún más voluminoso.

—Levela, da la impresión de que tu bebé va a venir al mundo de un momento a otro —observó.

—Eso espero, ya estoy preparada —respondió Levela.

—Como estaremos todas aquí, puedo acompañarte cuando tengas al bebé, si quieres. Y tu hermana Proleva también podrá estar contigo —dijo Ayla.

—Y ha venido nuestra madre. Me he alegrado mucho de verla. Ya conoces a Velima, ¿no? —preguntó Levela.

—Sí —respondió Ayla—, pero no mucho.

—¿Dónde están Jondecam, Peridal y Marsheval? —preguntó Jondalar.

—Marsheval se ha ido con Solaban a ver a una anciana que sabe mucho de la talla del marfil —contestó Tishona.

—Jondecam y Peridal estaban buscándote —añadió Levela—. Anoche no te encontraron.

—Lógicamente. Anoche no vinimos —informó Jondalar.

—¿Ah, no? Pero si vi a mucha gente de la Novena Caverna —repuso Levela.

—Nos quedamos en el campamento —explicó Jondalar.

—Así es —confirmó Ayla—. Estuvimos ayudando a Bologan y Lanoga a construir su alojamiento de verano.

Jondalar consideró un poco indiscreto por parte de Ayla sacar a relucir tan abiertamente lo que, a su modo de ver, era un problema privado de su caverna. Si bien hablar de esas cosas no era malo en sí mismo, él se había criado en el hogar de una jefa y sabía que la mayoría de los jefes se tomaba como algo muy personal las situaciones conflictivas dentro de su caverna que no había sabido resolver. Laramar y

Tremeda eran una vergüenza para la Novena Caverna desde hacía tiempo. Ni Marthona ni Joharran habían conseguido hacer gran cosa respecto a ellos. Vivían allí desde hacía muchos años, y tenían derecho a quedarse. Como Jondalar se temía, las palabras de Ayla suscitaron curiosidad.

—¿Bologan y Lanoga? ¿Son los hijos de Tremeda? —preguntó Levela—. ¿Por qué construisteis su alojamiento de verano? ¿Dónde estaban Laramar y Tremeda? —preguntó Tishona.

—Al parecer discutieron. Laramar decidió trasladarse a un alojamiento alejado, Tremeda fue tras él, y ya no volvieron —explicó Ayla.

—A mí me pareció verla —dijo Janida.

—¿Dónde? —preguntó Ayla.

—Creo que estaba con unos hombres en el límite del campamento, cerca de unos alojamientos alejados. Bebían barma y jugaban —respondió Janida. Habló en voz baja, como avergonzada por esa clase de comentarios. Cambió de posición a su bebé y lo miró por un momento antes de continuar—. Había también otras dos mujeres. Recuerdo que me sorprendió ver a Tremeda, porque sé que tiene hijos pequeños. No creo que esas otras mujeres tengan niños.

—Tremeda tiene seis hijos, y el menor no llega al año y medio. La hermana mayor, Lanoga, se ocupa de ellos, y apenas llega a los once años —dijo Ayla con un esfuerzo visible por contenerse, pero su irritación era evidente—. Creo que su hermano, Bologan, intenta ayudar, pero sólo tiene trece años. Anoche, cuando veníamos hacia aquí, nos los encontramos tratando de plantar una tienda ellos solos. Pero estaba mojada y se caía a pedazos, y ellos no tenían el material necesario para un alojamiento de verano. Así que nos quedamos y les construimos uno.

—¿Les construisteis un alojamiento de verano vosotros solos? ¿Únicamente con material de aquí? —preguntó Tishona, mirándolos con asombro.

—Era pequeño —respondió Jondalar con una sonrisa—. Lo justo para la familia. Nadie lo compartirá con ellos.

—No me extraña —comentó Levela—, pero es una pena. A esas criaturas les iría bien un poco de ayuda.

—La caverna les ayuda —afirmó Tishona, saliendo en defensa de la Novena Caverna, a la que ahora pertenecía—. Las otras madres amamantan a la pequeña por turnos.

—Precisamente eso me he preguntado yo cuando has dicho que Tremeda no volvió y que la pequeña tiene poco más de un año —dijo Levela.

—Tremeda se quedó sin leche hace un año —precisó Ayla.

«Eso pasa cuando se amamanta poco», pensó, pero no lo dijo. Había razones, a veces válidas, por las que una madre se quedaba sin leche. Recordó que cuando murió Iza, su madre en el clan, fue tal su dolor que ella misma descuidó las

necesidades de su propio hijo. Las otras madres en período de lactancia del clan de Brun se prestaron a dar el pecho a Durc, pero Ayla en el fondo nunca lo superó.

Las demás mujeres del clan entendieron mejor que ella que Creb era culpable de aquello tanto como el que más. Cuando Durc lloraba de hambre, en lugar de ponerlo en los brazos de su madre afligida para que la animara, llevaba al bebé a una de las otras mujeres para que lo amamantara. Estas sabían que sus intenciones eran buenas, que no quería molestar a Ayla en su aflicción, y no podían negarse. Pero como Ayla no amamantaba, contrajo la fiebre de la leche, y para cuando se recuperó, ya se le había cortado. Ayla estrechó a su hija entre sus brazos.

—¡Por fin te encuentro, Ayla! —exclamó Proleva, que se acercaba en compañía de otras cuatro mujeres.

Ayla reconoció a Beladora y Jayvena, las compañeras de los jefes de las cavernas Segunda y Séptima, y las saludó con un gesto. Ellas le devolvieron el saludo. Se preguntó si las otras dos mujeres también eran compañeras de jefes. Le pareció reconocer a una de ellas. La otra procuraba mantenerse alejada de Lobo.

—La Zelandoni te buscaba —prosiguió Proleva—, y varios jóvenes han preguntado por ti, Jondalar. Les he dicho que si te veía, te diría que los encontrarás en la vivienda de Manvelar, en el campamento de la Tercera Caverna.

—Proleva, ¿dónde está el alojamiento de los zelandonia? —preguntó Ayla.

—No lejos del campamento de la Tercera Caverna, justo al lado del sitio elegido por la Vigésimo sexta —respondió Proleva, señalando la dirección aproximada.

—No sabía que la Vigésimo sexta hubiese plantado un campamento —comentó Jondalar.

—A Stevadal le gusta estar en el centro de la acción —respondió Proleva—. No se ha instalado en el campamento de la reunión toda su caverna, pero disponen de un par de alojamientos para aquellos que, por una razón u otra se quedan hasta tarde, y necesitan un sitio donde dormir. Estoy segura de que habrá muchas idas y venidas, al menos hasta después de la primera ceremonia matrimonial.

—¿Cuándo será? —preguntó Jondalar.

—No lo sé. Dudo que esté decidido. Ayla podría preguntárselo a la Zelandoni —contestó Proleva, y a continuación ella y las mujeres que la acompañaban siguieron hacia donde se dirigían antes de detenerse para comunicar sus mensajes.

Ayla y Jondalar se despidieron y se encaminaron en dirección a los campamentos que les habían indicado. Cuando se acercaron al de la Tercera Caverna, Ayla reconoció el gran alojamiento de los zelandonia, con sus dependencias. En ese preciso momento, pensó, acordándose de la Reunión de Verano del año anterior, las jóvenes que se preparaban para los Ritos de los Primeros Placeres permanecían recluidas en una de las moradas especiales mientras les seleccionaban hombres adecuados. En el otro alojamiento se hallaban las mujeres que habían decidido lucir

el fleco rojo, para realizar la función de mujeres-donii ese verano. Habían decidido ponerse a disposición de los jóvenes que se ceñían el cinturón de la pubertad para enseñarles a comprender las necesidades de una mujer.

Los placeres eran un don de la Madre, y los zelandonia consideraban que era un deber sagrado asegurarse de que la primera experiencia de los jóvenes adultos era adecuada y educativa. A su juicio, los jóvenes de ambos sexos necesitaban aprender a valorar debidamente el gran don de la Madre, y convenía que personas mayores y más experimentadas se lo explicaran e ilustraran, compartiendo el don con ellos la primera vez bajo la mirada atenta pero discreta de los zelandonia. Era un Rito de Iniciación demasiado importante para dejarlo al albur de encuentros fortuitos.

Las dos dependencias estaban muy vigiladas, porque la mayoría de los hombres las encontraban casi irresistibles. Algunos no podían siquiera posar la vista en ninguna de las dos moradas sin excitarse. Los hombres, sobre todo los jóvenes que ya habían celebrado los ritos de la virilidad pero no estaban aún emparejados, intentaban curiosear en el interior y a veces entrar a hurtadillas en la dependencia de las jóvenes, y a algunos hombres mayores les gustaba merodear con la esperanza de llegar a ver algo. Casi todos los hombres disponibles deseaban ser seleccionados para los Primeros Ritos de una joven, aunque también eso conllevaba cierto grado de desasosiego. Sabían que serían observados y temían no dar la talla, pero a la vez, cuando sí la daban, experimentaban una satisfacción especial. Casi todos ellos guardaban recuerdos excitantes de las mujeres-donii que los iniciaron.

Pero se imponían restricciones a aquellos en quienes recaía la vital misión de compartir y enseñar el don del placer de la Madre. Ni los hombres seleccionados ni las mujeres-donii debían tener trato cercano con los jóvenes durante un año después de la ceremonia. A estos se los consideraba demasiado impresionables, demasiado vulnerables, y no sin razón. No era raro que una joven que había tenido una primera experiencia placentera con un hombre mayor quisiera compartirla de nuevo, pese a que estaba prohibido. Después de los Primeros Ritos, podía acceder a cualquier otro hombre al que deseara —y que también la deseara a ella—, pero debido a eso su primera pareja resultaba aún más atractiva. Jondalar había sido elegido con frecuencia antes de su viaje, y había aprendido a eludir con delicadeza a jóvenes a veces muy persistentes con quienes había compartido una experiencia ceremonial tierna y afectuosa, y luego intentaban sorprenderlo a solas. Pero, en cierto modo, para los hombres era más fácil. En su caso se trataba de un acontecimiento aislado: una noche de placer especial.

Las mujeres-donii debían estar disponibles durante todo el verano, o más, sobre todo si eran acólitas. Los jóvenes tenían impulsos frecuentes, y requerían un tiempo para aprender que las necesidades de las mujeres eran distintas, y su satisfacción más variada. Pero las mujeres-donii debían asegurarse de que los jóvenes no desarrollaban

un apego duradero, cosa que a veces resultaba difícil.

La mujer-donii de Jondalar fue la Primera, cuando aún se la conocía como Zolena, y le había enseñado bien. Más tarde, al volver a la Novena Caverna después de vivir varios años con Dalanar, salió elegido a menudo. Pero en su pubertad se enamoró tanto de Zolena que no quiso a ninguna otra mujer-donii. Es más, deseó que ella fuese su compañera, pese a la diferencia de edad. El problema fue que también ella albergaba hondos sentimientos por aquel joven alto, apuesto y en extremo carismático, de cabello rubio y ojos de un color azul anormalmente intenso, y eso les creó problemas a ambos.

Cuando llegaron al alojamiento de Manvelar, llamaron a un panel de madera colocado cerca de la entrada y, levantando la voz, se anunciaron. Manvelar los invitó a pasar.

—Venimos con Lobo —dijo Ayla.

—Que entre también —contestó Morizan a la vez que apartaba la cortina.

Ayla apenas había visto al hijo de Manvelar desde la cacería de leones, y le sonrió cordialmente. Después de los saludos, Ayla dijo:

—Tengo que ir al alojamiento de los zelandonia, ¿podrías quedarte a Lobo, Jondalar? A veces causa tal distracción que no hay manera de concentrarse. Prefiero no llevarlo sin pedirle antes permiso a la Zelandoni.

—Si nadie tiene inconveniente... —respondió Jondalar, y dirigió una mirada interrogativa a Morizan y Manvelar y los demás presentes en la morada.

—No hay problema. Puede quedarse —dijo Manvelar.

Ayla se agachó y miró al animal.

—Quédate con Jondalar —ordenó, indicándoselo al mismo tiempo con la mano. El lobo acercó el hocico a la pequeña y le arrancó una risa; luego se sentó. Gimiendo de preocupación, observó marcharse a Ayla y el bebé, pero no las siguió.

Cuando Ayla llegó al imponente alojamiento de los zelandonia, llamó al panel y dijo:

—Soy Ayla.

—Pasa —contestó la voz familiar de la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra.

Retiró la cortina de la abertura un acólito, y Ayla entró. Aunque había candiles encendidos, dentro reinaba la oscuridad, y se quedó inmóvil por un momento hasta que se le acostumbró la vista. Cuando por fin vio por dónde iba, distinguió a un grupo de personas sentadas cerca de la enorme silueta de la Primera.

—Ven a sentarte con nosotros, Ayla —dijo la Zelandoni. Había dejado pasar un momento antes de hablar, consciente de que la oscuridad interior cegaba momentáneamente a quienes entraban.

Mientras Ayla se dirigía hacia ellos, Jonayla empezó a alborotar. El cambio de luz había desconcertado a la pequeña. Un par de acólitos le dejaron un hueco, y Ayla se sentó entre ellos, pero antes de fijar la atención en la actividad que se desarrollaba allí dentro, tuvo que apaciguar a la niña. Pensando que tal vez tuviera hambre, sacó el pecho y se lo acercó. Todos esperaron. Allí ella era la única con una criatura y se preguntó si habría interrumpido algo importante, pero acababan de comunicarle que la Zelandoni quería verla.

Cuando Jonayla se tranquilizó, la Primera dijo:

—Me alegro de tenerte aquí, Ayla. Anoche no te vimos.

—Al final no vinimos al campamento de la reunión —respondió.

Algunos de quienes no la conocían se sorprendieron de cómo pronunciaba ciertas palabras. Sintieron curiosidad. Nunca habían oído nada parecido. No les costaba entenderla: Ayla hablaba bien el idioma y tenía una voz grave y agradable, pero su acento era poco común.

—¿No os encontrabais bien la niña o tú? —preguntó la Primera.

—Sí, sí estábamos bien. Jondalar y yo fuimos a acomodar los caballos y de camino hacia aquí vimos a Lanoga y Bologan, que intentaban construir un refugio. No tenían material para un alojamiento, e intentaban plantar los postes de su tienda. Nos quedamos a construirles un alojamiento.

La Primera frunció el entrecejo.

—¿Dónde estaban Tremeda y Laramar?

—Según Lanoga, discutieron. Laramar se marchó diciendo que se instalaría en un alojamiento alejado; Tremeda fue a por él, y ninguno de los dos regresó. Janida acaba de decirme que anoche vio a Tremeda con unos hombres que bebían barba y jugaban. Supongo que se entretuvo —explicó Ayla.

—Eso parece —dijo la Zelandoni de la Novena Caverna. Aunque era la Primera, seguía siendo responsable del bienestar de su caverna—. ¿Ahora tienen dónde estar esos niños?

—¿Les construisteis un alojamiento entero? —preguntó un hombre a quien Ayla no conocía.

—No tan grande como este —respondió Ayla, sonriente, abarcando con un gesto el refugio de los zelandonia, especialmente amplio. Jonayla parecía saciada. Se apartó y Ayla la levantó, la apoyó en el hombro y le dio unas palmadas en la espalda—. Como no van a compartirlo con nadie, les bastaba el espacio necesario para la familia: los niños y Tremeda, y Laramar si decide volver.

—¡Qué amables sois! —comentó alguien. El tono traslucía cierto desdén.

Ayla miró en esa dirección y vio que había hablado la Zelandoni de la Decimocuarta, una mujer mayor, más bien delgada, cuyo pelo ralo siempre parecía escapársele del moño.

Ayla advirtió que Madroman, que estaba sentado cerca de la Decimocuarta, junto al Zelandoni de la Quinta Caverna, se volvió para mirarla con expresión condescendiente. Era el que había perdido los dientes delanteros en una pelea con Jondalar cuando eran jóvenes. Ayla sabía que no le caía bien a Jondalar, y sospechaba que el sentimiento era mutuo. A ella tampoco le inspiraba gran simpatía. Con su aptitud para interpretar todos los matices de las actitudes y las expresiones, intuía cierta doblez en sus modales, cierta falsedad en sus saludos risueños, y poca sinceridad en sus palabras de bienvenida y en su cordialidad, pero siempre había intentado tratarlo con cortesía.

—Ayla tiene un interés especial por los niños de esa familia —explicó la Primera, procurando disimular su exasperación. La Zelandoni de la Decimocuarta había sido un incordio desde que ella era la Primera, y siempre intentaba provocar a alguien, en especial a ella. La mujer se consideraba la siguiente en la línea sucesoria y esperaba llegar a ser la Primera algún día. Nunca había superado el hecho de que la Zelandoni de la Novena, más joven, hubiese sido escogida en su lugar.

—Parece que lo necesitan —dijo el mismo hombre que había hecho el comentario poco antes.

Jonayla se había quedado dormida en su hombro. Ayla cogió la manta de acarreo y la extendió en el suelo. La joven acólita a su derecha se apartó para dejarle sitio, y Ayla acostó a la pequeña en la manta.

—La verdad es que sí —contestó la Primera, cabeceando, y de pronto cayó en la cuenta de que Ayla no conocía a aquel hombre, y aunque él sin duda había oído hablar de ella, tampoco la conocía personalmente—. Creo que no todos los presentes conocen a mi nueva acólita. Quizá no estarían de más unas presentaciones.

—¿Qué ha sido de Jonokol? —preguntó la Zelandoni de la Quinta Caverna.

—Se trasladó a la Decimonovena Caverna —contestó la Primera—. Quedó fascinado por la Gruta Blanca descubierta el año pasado. Siempre fue más artista que acólito, pero ahora se toma en serio la función de Zelandoni. Quiere asegurarse de que en esa gruta nueva se haga algo adecuado. No, más aún: quiere que sea lo correcto. Sintió la llamada de esa cueva blanca, como no lo habría sentido con ninguna clase de adiestramiento.

—¿Dónde están los de la Decimonovena Caverna? ¿No vienen este año?

—Creo que sí, pero todavía no han llegado —respondió La Que Era la Primera—. Me alegraré de ver a Jonokol. Echo de menos su talento, pero por suerte ha llegado Ayla, que posee sus propias aptitudes. Ya es una buena curandera, y aporta conocimientos y técnicas muy interesantes. Me complace que haya iniciado su adiestramiento. Ayla, ¿quieres ponerte de pie para que te presente formalmente?

Ayla se levantó y, dando unos pasos, se colocó junto a la Primera, que esperó a que todos las miraran y dijo:

—Permitidme que os presente a Ayla de los zelandonii, madre de Jonayla, Bendecida por Doni, acólita de la Zelandoni de la Novena Caverna, La Que es la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra; emparejada con Jondalar, hijo de Marthona, antes jefa de la Novena Caverna, y hermano de Joharran, el jefe actual. En otro tiempo fue una mamutoi del Campamento del León, los Cazadores de Mamuts que viven al este, y acólita de Mamut, que la adoptó como Hija del Hogar del Mamut, que equivale a su zelandonia. También fue elegida y marcada físicamente por el espíritu del León Cavernario, su tótem, y la protege el espíritu del Oso Cavernario. Es amiga de los caballos Whinney y Corredor, de la potranca Gris, y del cazador cuadrúpedo al que llama Lobo.

Ayla consideró que era una recitación muy detallada de sus títulos y lazos, junto con las correspondientes explicaciones. No sabía si de verdad había sido acólita de Mamut, pero él la había adoptado en el Hogar del Mamut y la había adiestrado. La donier no había mencionado que también la había adoptado el clan, a quienes llamaban cabezas chatas. La única referencia era que la protegía el espíritu del Oso Cavernario. Ayla dudaba que la Zelandoni comprendiese plenamente que eso significaba que ella pertenecía al clan, que era una más entre ellos, al menos hasta que Broud la repudió, la maldijo y la obligó a marcharse.

El hombre que había hablado antes se dirigió a Ayla y a la Primera.

—Soy el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna y, en el nombre de Doni, te doy la bienvenida a este campamento de la Reunión de Verano de la que somos anfitriones. —Tendió las dos manos.

Ayla se las cogió.

—En el nombre de la Gran Madre de Todos, yo te saludo, Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna —dijo ella.

—Hemos encontrado una nueva gruta, muy profunda. Se oye un eco maravilloso cuando cantamos, pero es muy pequeña —explicó el hombre con entusiasmo visible—. Hay que entrar a rastras como una serpiente, y no conviene que entren más de una o dos personas, aunque caben tres o cuatro. Creo que es demasiado pequeña para la Primera, lamento decir, aunque sin duda la decisión depende de ella. Le prometí a Jonokol que se la enseñaría cuando viniese. Como ahora eres acólita de la Primera, Ayla, quizá también a ti te apetezca verla.

La invitación la cogió desprevenida, pero sonrió y contestó:

—Sí, me encantaría.

Capítulo 7

Sentimientos encontrados asaltaron a la Zelandoni Que Era La Primera al oír hablar de esa nueva gruta. El descubrimiento de cavidades que acaso fueran entradas al Inframundo Sagrado de la Madre era siempre apasionante, pero la idea de verse excluida sólo por razones físicas resultaba decepcionante, si bien la perspectiva de entrar a rastras sobre el vientre en un espacio reducido no le despertaba especial atracción. Sí la complació, no obstante, que Ayla fuese acogida hasta el punto de ofrecérsela esa oportunidad a ella. Esperaba que eso fuera indicio de que habían aceptado su elección de una recién llegada para el puesto de acólita. Sin duda para muchos debía de ser un alivio que una mujer provista de dotes tan insólitas se hallase a buen recaudo bajo la autoridad de los zelandonia. El hecho de que fuera una joven madre atractiva e inherentemente normal facilitaba su aceptación.

—Es una idea excelente, Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna —dijo la Primera donier—. Tenía previsto iniciar la Gira de la Donier de Ayla a finales de este verano, después de la primera ceremonia matrimonial y los Ritos de los Primeros Placeres. Una visita a una nueva gruta sagrada podría ser una primera introducción, y una oportunidad para comprender desde el principio cómo reconocen los zelandonia los lugares sagrados. Y hablando de introducciones y adiestramiento, veo que hay aquí varios de los nuevos acólitos. Quizá este sea un buen momento para revelar algunos de los conocimientos que necesitarán. ¿Quién puede decirme cuántas estaciones hay?

—Yo —respondió un joven—. Son tres.

—No —replicó una joven—. Son cinco.

La Primera sonrió.

—Uno de vosotros dice tres, otra cinco, ¿puede alguien indicarme quién de los dos tiene razón?

Nadie habló durante un rato, hasta que la acólita sentada al lado de Ayla dijo:

—Creo que los dos.

La Primera volvió a sonreír.

—En efecto. Hay tres y cinco estaciones, según cómo las contemos. ¿Puede alguien explicármelo?

Todos guardaron silencio. Ayla recordó algunas de las enseñanzas de Mamut, pero, un tanto cohibida y vacilante, no se atrevió a hablar. Finalmente, cuando el silencio empezó a ser incómodo, dijo:

—Los mamutoi también consideran que hay tres y cinco estaciones. No sé qué piensan los zelandonii, pero puedo decirles lo que me explicó Mamut.

—Eso sería muy interesante —contestó la Primera, mirando alrededor y viendo los gestos de asentimiento de los otros zelandonia.

—El triángulo con la punta hacia abajo es un símbolo muy importante para los mamutoi —empezó a explicar Ayla—. Es el símbolo de la mujer, y se dibuja con tres líneas, así que el tres es el número del poder de... no sé exactamente cómo se dice... maternidad, dar a luz, crear una vida nueva, y es muy sagrado para Mut, la Madre. Mamut también decía que los tres lados de un triángulo representan las tres estaciones principales: primavera, verano e invierno. Pero los mamutoi reconocen otras dos estaciones, las que señalan un cambio, el otoño y medio invierno, con lo que suman cinco estaciones. Mamut decía que el cinco es el número del poder oculto de la Madre.

No sólo mostraron interés y sorpresa los jóvenes acólitos; también los zelandonia de mayor edad estaban fascinados por sus palabras. Su acento resultaba llamativo incluso para quienes la habían conocido el año anterior y ya la habían oído hablar; pero para quienes la veían por primera vez, sobre todo si eran jóvenes y no habían viajado mucho, su voz era de un exotismo absoluto. En cuanto a los zelandonia, Ayla había dado información desconocida para la mayoría de ellos, pero que en esencia coincidía con su concepción de las cosas, lo que tendía a confirmar sus propias creencias. Eso aumentaba su credibilidad y le confería cierto prestigio: era una mujer que había viajado y acumulado conocimientos, pero no resultaba amenazadora.

—Ignoraba que la Madre procediera de manera tan parecida incluso en lugares así de lejanos —comentó el Zelandoni de la Tercera—. Nosotros también hablamos de tres estaciones principales: primavera, verano e invierno, pero en general la gente reconoce cinco: primavera, verano, otoño, principios de invierno y finales de invierno. También creemos que el triángulo invertido representa a la mujer y que el tres es el número del poder generador, pero el cinco es un símbolo más poderoso.

—Es verdad. La Gran Madre Tierra tiene una manera de proceder extraordinaria —convino la Primera, y prosiguió con la instrucción—. Ya hemos hablado antes de la palabra de contar «cinco»... las cinco partes de una manzana, los cinco dedos de cada mano, los cinco dedos de los pies... y de cómo usar las manos y las palabras de contar de forma más poderosa. Hay también cinco colores primarios, o sagrados. Todos los demás colores son aspectos de los colores principales. El primer color es el rojo. Es el color de la sangre, el color de la vida, pero del mismo modo que la vida no perdura, el color rojo rara vez permanece tal cual por mucho tiempo. Cuando la sangre se seca, el rojo se oscurece, pasa a ser marrón, a veces muy oscuro.

»El marrón es un aspecto del rojo, llamado a veces rojo viejo. Es el color de los troncos y las ramas de muchos árboles. Los ocres rojizos de la tierra son la sangre seca de la Madre, y si bien algunos pueden tener un tono muy vivo, de aspecto casi nuevo, a todos se los considera rojo viejo. Algunas flores y frutas presentan el verdadero color rojo, pero las flores son efímeras, como también lo es el color rojo de la fruta. Cuando una fruta roja, por ejemplo la fresa, se seca, pasa a ser de color rojo

viejo. ¿Se os ocurre algo más que sea rojo, o un aspecto de este?

—Algunas personas tienen el pelo marrón —dijo un acólito sentado detrás de Ayla.

—Y algunas tienen los ojos marrones —añadió Ayla.

—Yo nunca he visto a nadie con los ojos marrones —repuso el joven acólito que había hablado antes—. Toda la gente que yo conozco tiene los ojos de color azul o gris, algunos con un poco de verde.

—Entre los miembros del clan, con quienes yo me crie, lo normal eran los ojos marrones —explicó Ayla—. Opinaban que yo tenía los ojos raros, quizá incluso débiles, por lo claros que son.

—Te refieres a los cabezas chatas, ¿no? En realidad esos no son personas. Otros animales tienen los ojos marrones, y muchos también el pelaje —dijo él.

Ayla sintió un asomo de ira.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? Los miembros del clan no son animales. ¡Son personas! —exclamó apretando los dientes—. ¿Tú has visto alguno?

La Primera se levantó de inmediato para atajar el altercado incipiente.

—Acólito del Zelandoni de la Vigésimo novena Caverna, es verdad que algunas personas tienen los ojos marrones. Eres joven y obviamente inexperto. Por eso precisamente antes de ser Zelandoni en el sentido pleno de la palabra, debes realizar la Gira de la Donier. Cuando viajes al sur, conocerás a personas con los ojos marrones. Pero quizá deberías contestar a la pregunta de Ayla. ¿Has visto alguna vez a ese «animal» al que llamas cabeza chata?

—Pues... no, pero todo el mundo coincide en que parecen osos —contestó el joven.

—Cuando Ayla era niña, vivió entre esos que los zelandonii conocen como cabezas chatas, y que ella llama el clan. Le salvaron la vida cuando perdió a sus padres, cuidaron de ella, la criaron. Creo que tiene más experiencia al respecto que tú. Podrías preguntárselo también a Willamar, el maestro de comercio que se ha relacionado más con ellos que la mayoría de nosotros. Según él, puede que tengan un aspecto un poco distinto, pero se comportan como personas, y él cree que lo son. Mientras no entables tú mismo un contacto directo, deberías aceptar la palabra de aquellos que los han conocido personalmente —aconsejó la Primera con tono severo y doctrinal.

La ira asaltó al joven. No le gustaba que lo aleccionaran, y tampoco que se concediera mayor credibilidad a las ideas de una forastera que a las que venía oyendo toda su vida. Pero cuando su Zelandoni le dirigió un gesto de negación con la cabeza, decidió no llevar la contraria a La Que Era la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra.

—Bien, hablábamos de los cinco colores sagrados. Zelandoni de la Decimocuarta

Caverna, ¿por qué no nos explicas el siguiente? —propuso la Primera.

—El segundo color primario es el verde —empezó la Zelandoni de la Decimocuarta—. El verde es el color de las hojas y de la hierba. Es también un color de la vida, claro está, de la vida vegetal. En invierno, veréis que muchos árboles y plantas están marrones, lo que significa que su verdadero color es el rojo viejo, el color de la vida. En invierno las plantas sólo descansan, reuniendo fuerzas para su nuevo crecimiento verde de la primavera. Con sus flores y frutos, las plantas exhiben asimismo casi todos los demás colores.

Ayla tuvo la impresión de que sus explicaciones eran monótonas, y si la información en sí no hubiese sido tan interesante, incluso habría considerado que era una exposición aburrida. No le extrañó que los demás zelandonia no la hubiesen elegido para el puesto de la Primera. Ayla se preguntó de inmediato si no habría pensado eso quizá porque sabía lo mucho que la mujer irritaba a su Zelandoni.

—Tal vez el Zelandoni cuya caverna es anfitriona de la Reunión de Verano desee hablarnos del siguiente color sagrado —atajó la Primera justo cuando la Decimocuarta tomaba aliento para continuar. La Decimocuarta, dadas las circunstancias, poco podía objetar.

—Con mucho gusto —dijo él—. El tercer color primario es el amarillo, el color del sol, Bali, y el color del fuego, aunque los dos contienen también mucho rojo, lo que demuestra que poseen vida propia. En el sol, se ve el rojo sobre todo por la mañana y al atardecer. El sol nos da luz y calor, pero puede ser peligroso. Un exceso de sol puede quemar la piel y secar las plantas y los abrevaderos. Nadie tiene control sobre el sol; ni siquiera Doni, la Madre, podría controlar a su hijo, Bali. Sólo podemos intentar protegernos de él, apartarnos de su camino. Aún más peligroso que el sol puede ser el fuego. Este sí somos capaces de controlarlo, y es muy útil, pero nunca debemos ser descuidados con él, ni quitarle importancia por su presencia cotidiana.

»No todas las cosas amarillas son calientes. La tierra puede ser amarilla, y existe el ocre amarillo además del ocre rojo. Algunas personas tienen el pelo amarillo —prosiguió, mirando a Ayla—, y naturalmente es el verdadero color de muchas flores. Al envejecer, siempre adquieren el color marrón, que es un aspecto del rojo. Por esa razón algunos aducen que el amarillo debería considerarse un aspecto del rojo y no un color sagrado por derecho propio, pero la mayoría coincide en que es un color primario que atrae al rojo, el color de la vida.

Ayla, fascinada con el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna, lo observó más atentamente. Alto y musculoso, tenía el pelo rubio oscuro, casi castaño, con algún que otro mechón más claro, y unas cejas oscuras que se confundían con su tatuaje de Zelandoni, en el lado izquierdo de la frente. El tatuaje no era tan recargado como el de otros, pero sí muy preciso. Su barba era castaña, con un tono rojizo, pero pequeña

y bien definida. Ayla pensó que debía de recortársela con una hoja afilada de sílex para mantenerla así. Probablemente se acercaba a la mediana edad y su rostro reflejaba personalidad, pero ofrecía un aspecto juvenil, vital y serenamente ecuánime.

Imaginó que muchos lo consideraban apuesto. A ella desde luego se lo parecía, si bien no confiaba plenamente en su sentido del gusto respecto a la belleza de su propio pueblo, que entre el clan se conocía como los Otros. Su noción de quién era atractivo y quién no se veía muy influida por el rasero del pueblo que la había criado. Opinaba que las personas del clan eran agraciadas, y sin embargo los Otros por lo general no pensaban lo mismo, aunque muchos nunca habían visto a ninguno, y casi nadie los había visto de cerca. Observó a algunas de las jóvenes acólitas y decidió que el hombre que estaba hablando les resultaba atractivo. Lo mismo ocurría con algunas de las mujeres mayores. En cualquier caso, comunicaba muy bien el saber ancestral. La Primera pareció coincidir. Le pidió que siguiera.

—El cuarto color primario es el transparente —continuó—. El transparente es el color del viento, el color del agua. El transparente puede mostrar todos los colores, como cuando miráis las aguas quietas de un estanque y veis un reflejo, o cuando las gotas de lluvia forman todos los colores al salir el sol. El azul y el blanco son aspectos del transparente. Cuando miramos el viento, es transparente, pero cuando fijamos la mirada en el cielo, vemos el azul. El agua de un lago, o la de las Grandes Aguas del Oeste, suele ser azul, y el agua que se ve en los glaciares es de un azul intenso.

«Como los ojos de Jondalar», pensó Ayla. Se acordó de cuando cruzaron el glaciar: esa fue la única vez que vio un color azul comparable al de sus ojos. Se preguntó si el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna había estado alguna vez en un glaciar.

—Hay fruta azul —decía—, en especial bayas, y ciertas flores, aunque las flores azules son menos comunes. Muchas personas tienen los ojos azules, o de un azul mezclado con gris, que es también un aspecto del transparente. La nieve es blanca, como lo son las nubes del cielo, aunque estas pueden ser grises cuando se mezclan con la oscuridad para producir la lluvia; sin embargo su verdadero color es el transparente. El hielo, aunque parezca blanco, es transparente, pero ya conocéis el verdadero color de la nieve y el hielo en cuanto se funden, y de las nubes cuando llueve. Hay muchas flores blancas, y encontramos tierra blanca en ciertos lugares. Existe un sitio no muy lejos de la Novena Caverna donde hay tierra blanca, caolín —dijo, mirando directamente a Ayla—, pero sigue siendo un aspecto del transparente.

La Zelandoni Que Era la Primera tomó la palabra.

—El quinto color sagrado es el oscuro, llamado a veces negro. Es el color de la noche, el color del carbón cuando el fuego ha consumido la vida de la madera; es el color que invade el color de la vida, el rojo, sobre todo cuando envejece. Algunos

dicen que el negro es la tonalidad más oscura del rojo viejo, pero no es así. Lo oscuro es la ausencia de luz y la ausencia de vida. Es el color de la muerte. Ni siquiera tiene una vida efímera; no hay flores negras. Las cuevas profundas muestran el color primario oscuro en su forma más auténtica.

Cuando concluyó, permaneció en silencio por un momento y miró a los acólitos allí reunidos.

—¿Alguna pregunta? —dijo. Por timidez, todos se quedaron callados. Luego se oyó cierto murmullo producido por el movimiento de manos y pies, pero nadie habló. La Zelandoni sabía que probablemente tenían preguntas, pero nadie quería ser el primero en formular la suya, ni dar la impresión de que no entendía algo si los demás sí lo habían comprendido. No importaba: podían hacer las preguntas más tarde, y las harían. Puesto que había allí muchos acólitos, y la Primera contaba con su atención, se preguntó si debía proseguir con la instrucción. Costaba retener demasiada información de una sola vez, y la gente podía distraerse—. ¿Queréis que os explique más cosas?

Ayla miró a su bebé y comprobó que aún dormía.

—Yo sí —respondió en voz baja. Se oyeron otros susurros y sonidos entre el grupo, en su mayor parte afirmativos.

—¿Alguien desearía hablar de otra razón por la que sabemos que el cinco es un símbolo poderoso? —preguntó La Que Era la Primera.

—En el cielo se ven cinco estrellas errantes —dijo el Zelandoni de la Séptima Caverna.

—Así es —corroboró la Primera, sonriendo al anciano de considerable estatura. Después anunció a los demás—: Y el Zelandoni de la Séptima es quien las descubrió y nos las mostró. Se tarda un rato en verlas, y la mayoría de vosotros no las veréis hasta vuestro Año de las Noches.

—¿Qué es el Año de las Noches? —preguntó Ayla. Varios se alegraron de que lo hiciera.

—Es el año en el que tendréis que quedaros despiertos por la noche y dormir durante el día —contestó la Primera—. Es una de las pruebas que debéis afrontar en vuestro adiestramiento. Pero es más que eso. Hay ciertas cosas que es necesario que veáis y que sólo se ven por la noche, como cuando el sol sale y se pone, sobre todo a mediados del verano y mediados del invierno, cuando el sol se detiene y cambia de dirección, o las fases de la luna. El Zelandoni de la Quinta Caverna es el que más sabe de eso. Hizo anotaciones durante medio año para dejar constancia.

Ayla deseó preguntar qué otras pruebas debería afrontar en su adiestramiento, pero calló. Supuso que no tardaría en averiguarlo.

—¿Qué más nos revela el poder del cinco? —preguntó la Primera.

—Los cinco elementos sagrados —contestó el Zelandoni de la Vigésimo sexta.

—¡Bien! —exclamó la mujer corpulenta Que Era la Primera. Buscó una posición más cómoda en su asiento—. ¿Por qué no empiezas tú mismo?

—Siempre es mejor hablar primero de los colores sagrados y después de los elementos sagrados, ya que el color es una de las propiedades de estos. El Primer Elemento, llamado a veces Principio o Esencial, es la Tierra. La tierra es sólida, tiene sustancia, se forma de roca y mantillo. Podemos coger un poco de tierra con la mano. El color que más se relaciona con la tierra es el rojo viejo. Además de ser un elemento por derecho propio, la tierra es el aspecto material de los demás esenciales, puede contenerlos o verse afectada por ellos de algún modo —explicó, y lanzó una ojeada a la Primera para ver si deseaba que continuase. Ella miraba ya a otra persona.

—Zelandoni de la Segunda Caverna, ¿por qué no sigues tú?

—El Segundo Elemento es el Agua —dijo ella, poniéndose en pie—. A veces el Agua cae del cielo, a veces reposa en la superficie de la tierra o fluye sobre ella, o la traspasa dentro de las cuevas. A veces es absorbida y pasa a ser parte de la tierra. El agua es móvil; el color del agua suele ser transparente o azul, aun cuando parezca lodosa. Cuando el agua es marrón, se debe a que estamos viendo el color de la tierra mezclada con agua. El agua puede verse y palpase, y tragarse, pero no puede retenerse con los dedos, aunque sí cuando ahuecamos la palma de la mano —explicó la mujer, juntando las dos manos para formar un cuenco.

A Ayla le gustaba observarla porque empleaba mucho las manos cuando describía objetos, pese a que, a diferencia de la gente del clan, no lo hacía de una manera intencionada.

—El agua debe estar contenida en algo, un vaso, un odre, vuestro propio cuerpo. Vuestro cuerpo necesita retener agua, como descubriréis al superar la prueba de renunciar a ella por un tiempo. Todos los seres vivos necesitan agua, tanto las plantas como los animales —concluyó la Segunda, y tomó asiento.

—¿Alguien desearía decir algo más sobre el agua? —preguntó la jefa de los zelandonia.

—El agua puede ser peligrosa. La gente puede ahogarse en ella —dijo la joven acólita situada al otro lado de Jonayla. Habló en voz baja y parecía triste. Ayla se preguntó si hablaba por propia experiencia.

—Es verdad —corroboró Ayla—. En nuestro viaje, Jondalar y yo tuvimos que cruzar muchos ríos. El agua puede ser muy peligrosa.

—Sí, yo conocí a alguien que se cayó en un agujero en el hielo de un río y se ahogó —dijo el Zelandoni de Cara Sur, una de las secciones de la Vigésimo novena Caverna. Empezó a explayarse con la historia del ahogamiento, pero la Zelandoni principal de la Vigésimo novena lo interrumpió.

—Sabemos que el agua puede ser muy peligrosa, pero también lo es el Viento, y ese es el Tercer Elemento. —Era una mujer simpática, de sonrisa afable, pero estaba

dotada de una gran fuerza interior, y sabía que ese no era momento para digresiones ni anécdotas. La Primera hablaba de un asunto serio, salpicado de información importante que debía entenderse bien.

La Primera le sonrió, comprendiendo lo que acababa de hacer.

—¿Por qué no sigues hablándonos tú del Tercer Elemento? —propuso.

—Al igual que el agua, el viento tampoco puede cogerse, ni puede retenerse ni verse, aunque sí se ven sus efectos —explicó—. Cuando el viento está quieto, ni siquiera se siente, pero puede ser muy poderoso, capaz incluso de arrancar árboles. Puede soplar con tal fuerza que es imposible avanzar contra él. El viento está en todas partes. No hay lugar en el que no lo haya, ni siquiera en la cueva más profunda, aunque allí normalmente está quieto. Uno nota su presencia porque es posible moverlo agitando algo. El viento se mueve también dentro de un cuerpo vivo. Se siente cuando tomamos aire y cuando soplamos. El viento es esencial para la vida. Las personas y los animales necesitan viento para vivir. Cuando su viento se detiene, sabemos que han muerto —concluyó la Zelandoni de la Vigésimo novena.

Ayla notó que Jonayla había empezado a removerse. Pronto despertaría. La Primera advirtió también la agitación del bebé, y cierta inquietud entre los allí reunidos. Debían acabar la sesión cuanto antes.

—El cuarto elemento es el Frío —prosiguió la Primera—. Al igual que el viento, el frío tampoco puede cogerse ni retenerse, pero sí sentirse. El frío origina cambios, endurece las cosas y las vuelve más lentas. El frío puede endurecer la tierra, y el agua, convertirla en hielo e impedir su flujo, y convertir la lluvia en nieve o hielo. El color del frío es transparente o blanco. Algunos dicen que lo oscuro causa el frío. Es verdad que el frío arrecia cuando llega la oscuridad de la noche. El frío puede ser peligroso. El frío ayuda a lo oscuro a privar de la vida, pero lo oscuro no se ve afectado por el frío. El frío también puede ser beneficioso. Si los alimentos se colocan dentro de un hoyo frío en la tierra, o en agua cubierta de hielo, el frío evita que se estropeen. Cuando el frío se interrumpe, las cosas que eran transparentes suelen volver a su estado anterior, como el hielo vuelve a convertirse en agua. Las cosas o los elementos de color rojo viejo en general pueden recuperarse del frío: la tierra y la corteza de los árboles, por ejemplo, pero las amarillas o verdaderamente rojas, rara vez.

La Primera se planteó hacer algunas preguntas, pero decidió abreviar.

—El quinto elemento es el Calor. El calor no puede cogerse ni retenerse, pero también se siente. Cuando tocamos algo caliente, nos damos cuenta. El calor también puede modificar las cosas, pero mientras que el frío produce cambios lentos, el calor es rápido. Así como el frío consume la vida, el calor y la calidez pueden devolverla. El fuego y el sol producen calor. El calor del sol ablanda la tierra endurecida por el frío y convierte la nieve en lluvia, lo que contribuye a que brote la vida vegetal,

convierte el hielo en agua, y le permite que vuelva a ponerse en movimiento. El calor del fuego puede cocer los alimentos, tanto la carne como las verduras, y calentar el interior de una morada, pero el calor puede ser peligroso. También puede ayudar a lo oscuro. El color primario del calor es el amarillo, a menudo combinado con el rojo, pero a veces se combina con lo oscuro. El calor puede favorecer al rojo verdadero de la vida, pero un exceso de calor puede propiciar lo oscuro, que destruye la vida.

La Primera había calculado el tiempo perfectamente. Justo cuando acabó, Jonayla despertó con un sonoro llanto. Ayla se apresuró a cogerla en brazos y la meció para calmarla, pero sabía que necesitaba ser atendida.

—Quiero que todos penséis en lo que habéis aprendido hoy y que recordéis cualquier pregunta que se os ocurra, para hablar de ello en nuestra próxima reunión. Todos los que deseéis marcharos, podéis iros ahora —concluyó La Que Era la Primera.

—Espero que pronto podamos reunirnos otra vez —dijo Ayla mientras se ponía en pie—. Ha sido muy interesante. Estoy impaciente por aprender más cosas.

—Me alegro, acólita de la Zelandoni de la Novena Caverna —contestó la Primera. Aunque Zelandoni la llamaba Ayla en circunstancias más informales, siempre se dirigía a todos con sus títulos formales cuando se hallaban en el alojamiento de los zelandonia durante la Reunión de Verano.

—Proleva, necesito pedirte un favor —dijo Ayla, incómoda.

—Adelante, Ayla.

Todos los que compartían la morada disfrutaban en ese momento de su comida de la mañana, y se volvieron hacia ella con cara de curiosidad.

—No lejos de la Vigésimo sexta Caverna hay una cueva sagrada, y su Zelandoni me ha pedido que lo acompañara a verla porque soy la acólita de la Primera. Es una gruta muy pequeña, y la Primera quiere que vaya yo en representación de ella.

Jondalar no fue el único cuya atención se avivó. Al echar una ojeada alrededor, advirtió que todos observaban a Ayla, y vio estremecerse a Willamar. Al maestro de comercio le encantaba recorrer grandes distancias, pero no le entusiasmaban los espacios reducidos. Podía obligarse a entrar en una cueva si era necesario, en particular si no era demasiado pequeña, pero prefería estar al aire libre.

—Necesito que alguien se ocupe de Jonayla, y la amamante si hace falta —explicó Ayla—. Le daré el pecho antes de irme, pero no sé cuánto tiempo estaré ausente. Me la llevaría, pero me han dicho que hay que entrar arrastrándose como una serpiente, y me temo que no podré hacerlo con Jonayla. Creo que la Zelandoni se alegra de que me hayan invitado a mí.

Proleva se detuvo a pensar por un momento. En las Reuniones de Verano siempre estaba muy ocupada. La Novena era una caverna populosa e importante, y tenía

muchas cosas planeadas para ese día. No sabía si tendría tiempo para atender a otro bebé además del suyo, pero no le gustaba decir que no.

—La amamantaré encantada, Ayla, pero hoy he quedado con unas personas y me temo que no podré cuidar de ella.

—Se me ocurre una idea —dijo Marthona. Todos se volvieron hacia la antigua jefa—. Quizá encontremos a alguien que pueda acompañar a Proleva y atender a Jonayla y Sethona mientras ella está atareada, y llevarle a los bebés cuando necesiten mamar.

Marthona lanzó una mirada a Folara y, subrepticamente, le dio un codazo, instándola a ofrecerse voluntaria. La muchacha captó el mensaje, y de hecho ya lo había pensado ella misma, pero no sabía hasta qué punto le apetecía pasarse el día entero cuidando bebés. Por otra parte, las quería mucho a las dos, y podía ser interesante ver de qué hablaba Proleva en sus reuniones.

—Las cuidaré yo —se ofreció, y en un momento de inspiración, añadió—: Si me ayuda Lobo. —Con eso acapararía mucha atención.

Ayla se lo pensó por un instante. No tenía la certeza de que Lobo obedeciese a la joven en la zona destinada a la reunión, con tantos desconocidos alrededor, aunque con toda probabilidad se quedaría gustosamente cerca de las pequeñas.

Los lobos adultos dedicaban mucha atención a sus crías y, encantados, se turnaban para vigilarlas mientras el resto de la manada iba de caza, pero una manada no criaba más de una camada. Debían cazar no sólo para ellos, sino para varios lobos jóvenes famélicos en fase de crecimiento. Como complemento a la leche materna y para hacer más llevadero el destete, los animales cazadores masticaban y tragaban carne que luego regurgitaban parcialmente digerida para que los cachorros pudieran comerla con mayor facilidad. Correspondía a la hembra dominante asegurarse de que ninguna otra hembra en celo de la manada se aparease, y a menudo interrumpía su propio apareo para ahuyentar a los machos que se les acercaban, a fin de que sólo naciese su camada y no hubiese que criar a ninguna otra.

Lobo sentía por los bebés humanos la adoración propia del lobo hacia los cachorros de su manada. Ayla había observado y estudiado a los lobos cuando era joven, y por eso entendía tan bien a Lobo. Mientras nadie amenazara a las pequeñas, era improbable que causara problemas, ¿y quién iba a amenazarlas en medio de una Reunión de Verano?

—De acuerdo, Folara —aceptó Ayla—. Lobo puede ayudarte a cuidar de las niñas, pero dime, Jondalar, ¿podrías echar un vistazo a Lobo y Folara de vez en cuando? Creo que la obedecerá, pero podría mostrarse demasiado protector con las pequeñas, y no permitir que nadie se les acerque. A ti siempre te hace caso cuando yo no estoy.

—Esta mañana tenía pensado quedarme cerca de nuestro campamento y

confeccionar unos cuantos utensilios —dijo él—. Todavía debo unas herramientas especiales a varias personas por ayudarme a construir nuestra morada en la Novena Caverna. Hay una zona destinada a trabajar el sílex en la periferia del campamento de la reunión, y está pavimentada con piedra para que el suelo no se embarre. Puedo trabajar allí e ir a ver de vez en cuando cómo les va a Folara y Lobo. Y he quedado con una gente para esta tarde. Desde la cacería de leones, son muchos los que se han interesado por el lanzavenablos. —Al detenerse a pensarlo, arrugó la frente con aquella expresión tan propia de él—. Pero tal vez sea posible reunirse en algún lugar donde yo pueda estar pendiente de ellos.

—Seguramente por la tarde ya habré vuelto, pero no sé cuánto durará la visita a la cueva —contestó Ayla.

No mucho después se encaminaron todos hacia el campamento principal y, al llegar allí, se separaron para irse cada uno por su lado. Ayla y Proleva, con sus dos niñas, Folara, Jondalar y el lobo, fueron primero a la gran morada de los zelandonia. El donier de la Vigésimo sexta Caverna esperaba ya fuera, junto con un acólito a quien Ayla no veía desde hacía tiempo.

—¡Jonokol! —exclamó, y corrió hacia el hombre que había sido acólito de la Primera antes que ella, y a quien se consideraba uno de los mejores artistas entre los zelandonii—. ¿Cuándo has llegado? ¿Ya has visto a la Zelandoni? —preguntó cuando ambos se hubieron abrazado y rozado las mejillas.

—Llegamos ayer justo antes de oscurecer —respondió él—. La Decimonovena Caverna tardó en ponerse en marcha, y luego la lluvia nos retrasó. Y sí, he visto a la Primera Entre Quienes Sirven a la Madre. Tiene un aspecto espléndido.

Los demás miembros de la Novena Caverna saludaron afectuosamente al hombre que había sido, hasta fecha reciente, un valioso miembro de su caverna y buen amigo. Hasta Lobo lo olisqueó en señal de reconocimiento y a cambio el hombre le rascó detrás de las orejas.

—¿Ya eres Zelandoni? —preguntó Proleva.

—Si supero las pruebas, puede que lo sea en esta Reunión de Verano. La Zelandoni de la Decimonovena no se encuentra bien. Este año no ha venido, no podía caminar tanto.

—Lamento oírlo —dijo Ayla—. Me hacía ilusión verla.

—Ha sido una buena maestra y he estado llevando a cabo muchas de sus tareas. Tormaden y la caverna desearían que asumiese yo el resto de las funciones lo antes posible, y creo que a nuestra Zelandoni tampoco le importaría —explicó Jonokol, y a continuación, mirando los bultos que Ayla y Proleva acarreaban en mantas, añadió—: Veo que tenéis ya a vuestras pequeñas. Supe que las dos habíais tenido niñas, las benditas de Doni. Me alegro por vosotras. ¿Puedo verlas?

—Claro —respondió Proleva. Sacó a su hija de la manta de acarreo y la sostuvo

en alto—. Se llama Sethona.

—Y esta es Jonayla —dijo Ayla, y mostró también ella a su niña.

—Nacieron con pocos días de diferencia, y serán buenas amigas —afirmó Folara—. Hoy voy a ocuparme yo de ellas, y Lobo me ayudará.

—¿Ah, sí? —dijo Jonokol, y miró a Ayla—. Según me han dicho, esta mañana vamos a visitar una gruta sagrada nueva.

—¿Tú también nos acompañas? ¡Qué bien! —exclamó Ayla, y miró al Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna—. ¿Tienes una idea de cuánto tardaremos? Me gustaría volver por la tarde.

—Deberíamos estar aquí no muy entrada la tarde —confirmó él. Había estado observando el reencuentro y las interacciones del acólito artista con su antigua caverna. Se había preguntado cómo se las ingeniaría Ayla para visitar una cueva difícil con una niña pequeña y enseguida comprendió que había previsto dejar a su hija en buenas manos, lo cual era lo más prudente. No era el único que se preguntaba cómo se las arreglaría una joven madre para asumir todas las obligaciones de una Zelandoni. Por lo visto, contaba con la ayuda de la familia y los amigos de la Novena Caverna. Había razones sobradas por las que pocos zelandonia decidían emparejarse y formar familia. En un par de años, cuando destetase a la niña, lo tendría más fácil... a menos que fuese bendecida otra vez. Sería interesante ver la evolución de esa acólita joven y atractiva, pensó.

Tras anunciar que enseguida regresaría, Ayla se marchó con los otros de la Novena Caverna para acompañar a Proleva a su reunión. El Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna los siguió parsimoniosamente. Ayla intentó dar de mamar a Jonayla, pero la niña no tenía hambre y sonrió a su madre mientras la leche se le escapaba por la comisura de los labios; luego intentó enderezarse. Ayla entregó la pequeña a Folara y, deteniéndose ante el lobo, se dio a sí misma unas palmadas justo por debajo de los hombros. El animal se irguió sobre las patas traseras y apoyó las grandes zarpas en el lugar donde ella le había indicado a la vez que se afirmaba en el suelo para soportar su peso.

La demostración posterior causó asombro e incredulidad en quienes no la habían visto antes. Ayla levantó la barbilla y ofreció su garganta al enorme lobo. Este, con gran delicadeza, le lamió el cuello; luego le cogió la tierna garganta entre los dientes en un gesto lobuno de reconocimiento al miembro dominante de su manada. Ella, imitando el gesto, cogió entre los dientes un poco de pelo del cuello del animal, cerca de la boca. A continuación, sujetándolo por el collar, lo miró a los ojos. Él bajó las patas al suelo cuando lo soltó, y Ayla se agachó para quedar a su mismo nivel.

—Voy a marcharme un rato —dijo al animal en voz baja, y repitió el mensaje empleando el lenguaje de los signos del clan, que pasaba inadvertido a la mayoría de quienes los observaban. A veces Lobo parecía entender las señales de las manos

incluso mejor que las palabras, pero Ayla por lo general utilizaba los dos lenguajes cuando pretendía comunicarle algo importante—. Folara va a cuidar de Jonayla y Sethona. Tú puedes quedarte aquí con los bebés y vigilarlos también. Pero debes obedecer a Folara. Jondalar estará cerca.

Se irguió, abrazó a su niña y se despidió de los demás. Jondalar la estrechó por un momento a la vez que juntaban las mejillas, y acto seguido ella se marchó. Ni siquiera ella se atrevía a pensar que Lobo entendía realmente todo lo que le decía, pero cuando le hablaba así, el animal le prestaba mucha atención y luego parecía seguir sus instrucciones. Había advertido que el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna los había seguido y que la había visto con Lobo. Su semblante aún manifestaba sorpresa, pese a que esa expresión no era obvia para todos. Ayla estaba acostumbrada a interpretar los matices más sutiles de cualquier gesto, ya que en el lenguaje del clan eso era imprescindible, y había aprendido a aplicar esa habilidad para adivinar los significados inconscientes entre los suyos.

Los dos se colocaron a la par y emprendieron el camino de vuelta al alojamiento de los zelandonia. El hombre guardó silencio, pero había reaccionado con asombro al verla exponer la garganta a los colmillos del lobo. La Vigésimo sexta Caverna había ido a otra Reunión de Verano el verano anterior, y al llegar Ayla al campamento él no la había visto con el animal. En primer lugar, le sorprendió ver a un cazador carnívoro acercarse tranquilamente en compañía de la gente de la Novena Caverna; luego le impresionó el tamaño del animal. Cuando vio a Lobo erguirse sobre las patas traseras, no le cupo duda de que era el animal más grande de su especie que había visto en la vida. Naturalmente, nunca había estado tan cerca de un lobo vivo. Pero el animal era casi tan alto como la mujer.

Había oído decir que la nueva acólita de la Primera sabía tratar a los animales y que la seguía un lobo a todas partes, pero era consciente de lo mucho que exageraba la gente, y si bien no desmentía a los demás, tampoco sabía si creerlos. Tal vez la gente, viendo un lobo cerca de la reunión, pensó erróneamente que cuidaba de ella. Pero aquel no era un animal al acecho en las cercanías del grupo, un lobo que tal vez la vigilara de lejos, como él había supuesto. Existía entre ellos comunicación directa, comprensión y confianza. El Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna nunca había visto nada parecido, y eso avivó su interés por Ayla aún más. Fuera o no una joven madre, quizá su lugar sí estaba entre los zelandonia.

Ya bien entrada la mañana, el pequeño grupo se aproximó a la gruta, una abertura normal y corriente en una pared de piedra caliza. Eran cuatro: el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna; su acólito, un joven callado de nombre Falithan que se hacía llamar Primer Acólito del Zelandoni de la Vigésimo sexta; Jonokol, el talentoso artista que había sido acólito de la Primera el año anterior; y Ayla.

Ayla había disfrutado de la conversación con Jonokol en el camino, aunque a la vez se había percatado de lo mucho que él había cambiado en un año. Cuando lo conoció, era más artista que acólito, y se había incorporado a la zelandonia porque eso le permitía ejercitar su talento libremente. No sentía especial deseo de ser Zelandoni; por entonces se conformaba con ser acólito, pero eso ya no era así. Ahora se le veía más serio, pensó Ayla. Quería pintar la cueva blanca que ella, o más bien Lobo, había encontrado el verano anterior, pero no sólo por el goce del arte. Sabía que era un lugar excepcionalmente sagrado, un refugio creado por la Madre, cuyas paredes blancas de calcita ofrecían una invitación extraordinaria a convertirse en un lugar especial para entrar en comunicación con el mundo de los espíritus. Deseaba conocer ese mundo como Zelandoni para hacer justicia a su carácter sagrado cuando crease las imágenes que, según creía él con plena convicción, le hablarían desde ese otro mundo. Jonokol pronto sería Zelandoni de la Decimonovena Caverna y renunciaría a su nombre personal, supo Ayla.

Daba la impresión de que por la entrada de la pequeña cueva apenas cabía una persona y, mirando hacia el interior, el espacio parecía reducirse aún más. Al verlo, Ayla se preguntó cómo se le había ocurrido a alguien entrar allí. De pronto oyó un sonido, y se le erizó el vello de la nuca y se le puso la carne de gallina en los brazos. Era como un gorjeo, pero muy rápido y agudo, un quejido ululante que parecía llenar la cavidad que se abría ante ellos. Se dio la vuelta y vio que era Falithan quien emitía el sonido. Luego volvió en forma de leve reverberación un extraño eco amortiguado que no se sincronizaba del todo con el sonido original, sino que parecía surgir de las profundidades de la cueva. Cuando Falithan interrumpió su canto, Ayla vio sonreír al Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna.

—Es un sonido increíble, ¿no? —comentó el hombre.

—Sí, desde luego —respondió Ayla—. Pero ¿por qué lo ha hecho?

—Es una manera de poner a prueba la gruta. Cuando una persona canta o toca la flauta o emite un sonido como Falithan en una cavidad, si la cueva responde, si devuelve el canto con un sonido auténtico y propio, es porque la Madre nos dice que nos oye y que podemos entrar en el mundo espiritual desde aquí. Es así como sabemos que es un lugar sagrado —explicó el Vigésimo sexto.

—¿Todas las cuevas sagradas devuelven el canto? —preguntó Ayla.

—No todas, pero sí la mayoría, y algunas sólo en determinados sitios, pero los lugares sagrados siempre tienen algo especial.

—Seguro que la Primera podría poner a prueba una gruta como esta con su voz hermosa y pura —afirmó Ayla, y arrugó la frente—. ¿Y si quisiéramos poner a prueba una gruta y no supiéramos cantar o tocar la flauta o producir un sonido como el de Falithan? Yo no sé hacer nada de eso.

—Sin duda sabrás cantar un poco.

—No, no sabe —intervino Jonokol—. Ayla recita el Canto a la Madre hablando y con un monótono tarareo.

—Tienes que ser capaz de poner a prueba un emplazamiento sagrado con un sonido —insistió el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna—. Esa es una de las funciones importantes del Zelandoni. Y debe ser un sonido auténtico de la clase que sea. Uno no puede limitarse a chillar o gritar. —Parecía muy preocupado, y Ayla se quedó compungida.

—¿Qué pasará si no puedo producir el tipo de sonido adecuado? ¿Un sonido auténtico? —preguntó Ayla, dándose cuenta en ese momento de que realmente quería llegar a ser Zelandoni algún día. Pero ¿y si no lo conseguía sólo porque era incapaz de producir un sonido correcto?

Jonokol parecía tan apenado como Ayla. Apreciaba a la forastera con la que Jondalar había vuelto de su viaje y se sentía en deuda con ella. Ayla, además de encontrar la hermosa gruta nueva, se había asegurado de que él fuera uno de los primeros en verla y, por otra parte, había accedido a convertirse en acólita de la Primera, permitiéndole así a él trasladarse a la Decimonovena Caverna, que estaba cerca de la cueva.

—Pero sí eres capaz de emitir sonidos auténticos, Ayla —recordó Jonokol—. Sabes silbar. Yo te he oído silbar como un pájaro. Y también sabes imitar otros sonidos de animales. Relinchas como un caballo, incluso ruges como un león.

—Eso sí que me gustaría oírlo —dijo el donier.

—Adelante, Ayla. Demuéstraselo —propuso Jonokol.

Ayla cerró los ojos y se concentró. Se retrotrajo a los tiempos en que vivía en su valle y criaba a un león además de un caballo, como si ambos fueran hijos suyos. Evocó la primera vez que Bebé consiguió emitir un rugido en toda regla. Ella decidió practicar también el sonido, y al cabo de unos días le contestó con su propio rugido. No era tan atronador como el del animal, pero este lo reconoció como un rugido aceptable. Al igual que Bebé, empezaba por una serie de característicos gruñidos, que iban en ascenso a cada repetición. Finalmente abrió la boca y lanzó el rugido más sonoro que le fue posible. Llenó la pequeña cueva. Después, tras un breve silencio, el rugido resonó dentro, distante y amortiguado, ante lo cual todos ellos tuvieron la escalofriante sensación de que un león auténtico había contestado desde lejos, en lo más hondo de la cueva o más allá.

—Juraría que ahí dentro hay un león si no supiese que no es así —declaró el joven acólito de la Vigésimo sexta con una sonrisa cuando el eco se apagó—. ¿Es verdad que también sabes relinchar como un caballo?

Eso era fácil. El sonido se asemejaba mucho al nombre de la yegua de Ayla, Whinney, a la que llamó así cuando era potranca, aunque ahora pronunciaba el nombre más como una palabra que como un relincho. Emitía el sonido tal como

saludaba a su amiga la yegua cuando llevaba un tiempo sin verla, con un feliz uiiiiinniii de bienvenida.

Esta vez el donier de la Vigésimo sexta soltó una sonora carcajada.

—E imagino que eres capaz de trinar como un pájaro.

Ayla desplegó una amplia sonrisa de satisfacción y acto seguido, mediante silbidos, imitó diversos reclamos de aves que había aprendido cuando estaba sola en su valle e intentaba atraer a los pájaros para que comieran de su mano. Los trinos y gorjeos y silbidos de los pájaros reverberaron con ese eco curiosamente amortiguado de la cueva.

—Bien, pues, si tenía alguna duda acerca de que esto era una cueva sagrada, ya no la tengo. Y podrás poner a prueba cualquier gruta por medio del sonido sin mayor problema, Ayla, aunque no sepas cantar ni tocar la flauta. Al igual que Falithan, tienes tu propio método —dijo el Zelandoni. A continuación dirigió una seña a su acólito, que se descolgó el morral y sacó cuatro pequeños cuencos con asas de piedra caliza.

El acólito extrajo también un objeto semejante a un pequeño embutido blanco. Era una porción del intestino de algún animal relleno de grasa. Desenrolló un extremo y, apretando, vertió un poco de grasa ligeramente cuajada y la distribuyó en los recipientes de los candiles; después añadió una tira de seta desecada a cada uno. Por último, se dispuso a encender una pequeña fogata. Ayla, observándolo, estuvo a punto de ofrecerse a encenderla ella con una de sus piedras de fuego. Pero la Primera había insistido el año anterior en que se requería una ceremonia para dar a conocer la piedra de fuego, y si bien muchos zelandonii sabían ya cómo usarla, Ayla no tenía muy claro si deseaba enseñársela a aquellos dos hombres, que no la habían visto aún.

Con materiales que llevaba encima, Falithan enseguida tuvo una pequeña fogata ante él. Sacando otra tira de seta desecada, la prendió y, con ella, disolvió un poco la grasa de los candiles para que las mechas la absorbieran mejor y por último las encendió.

Cuando la llama ardía bien en todos los candiles de grasa, el Zelandoni de la Vigésimo sexta dijo:

—Bien, ¿exploramos ya esta pequeña cueva? Pero tendrás que imaginar, Ayla, que eres otro animal: una serpiente. ¿Crees que podrás entrar ahí deslizándote por el suelo?

Ayla movió la cabeza en un gesto de asentimiento, pese a que tenía sus dudas.

Sujetando el asa del pequeño candil en forma de cuenco, el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna introdujo la cabeza en la pequeña abertura, se puso de rodillas, apoyó una mano en el suelo y finalmente se tendió boca abajo. A la vez que empujaba el pequeño candil de aceite ante él, avanzó con un serpenteo por el angosto espacio. Lo siguieron Ayla, Jonokol y Falithan, cada uno con su propio candil. Ayla

entendió por qué el Zelandoni había disuadido a la Primera de intentar entrar allí. Si bien Ayla se había llevado más de una sorpresa al ver las cosas que la corpulenta mujer era capaz de hacer cuando se lo proponía, esa cueva era ciertamente demasiado pequeña para ella.

Las paredes de corta altura eran más o menos perpendiculares al suelo, pero se curvaban en el techo, y parecían roca cubierta de tierra húmeda. El suelo era de barro arcilloso, que se adhería a ellos, pero en realidad los ayudaba a deslizarse en los tramos más estrechos, pero pronto ese lodo pegajoso les caló la ropa. Con el frío, Ayla se dio cuenta de que tenía los pechos llenos de leche e intentó levantar el tronco apoyándose en los codos para no tener que descansar en ellos todo su peso, a pesar de que así le costaba sostener el candil. Si bien los espacios pequeños no inquietaban especialmente a Ayla, le asaltó cierto pánico cuando se quedó atascada en una curva.

—Relájate, Ayla. Lo conseguirás —oyó decir a Jonokol, y sintió que le empujaban los pies desde atrás.

Con su ayuda, Ayla logró pasar.

No toda la cueva era igual de estrecha. Cuando superaron aquella angostura, se ensanchó un poco. De hecho, podían sentarse, y si sostenían los candiles en alto, se veían. Se detuvieron y descansaron por un momento. Poco después Jonokol no pudo resistir la tentación: sacó un fragmento de sílex de una bolsa que llevaba atada a la cintura con una correa y, mediante unos cuantos trazos rápidos, dibujó un caballo en una pared y otro en la pared de enfrente.

A Ayla siempre le había asombrado su destreza. Cuando Jonokol vivía aún en la Novena Caverna, ella lo observaba a menudo mientras él se ejercitaba en la cara exterior de una pared de piedra caliza, o en una placa de piedra desprendida, o en un cuero sin curar con un tizón, o incluso en una porción de tierra alisada. Lo hacía con tal frecuencia y soltura que casi parecía malgastar su talento. Pero sabía que, del mismo modo que ella, para adquirir destreza, se había ejercitado con su honda o con el lanzavenablos de Jondalar, Jonokol había necesitado practicar para desarrollar su pericia. Para ella, la habilidad de pensar en un animal vivo y reproducir su imagen en una superficie era algo tan extraordinario que sólo podía ser un don increíble y asombroso de la Madre. Ayla no era la única que lo veía así.

Después de descansar un rato, el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna siguió adentrándose en la cueva, precediéndolos. Superaron otros varios tramos estrechos hasta llegar a un sitio donde unas placas de roca les impedían el paso: era el final de la cueva. No podían seguir.

—Veo que te has sentido impulsado a dibujar en las paredes de esta cueva —comentó el Zelandoni de la Vigésimo sexta, sonriendo a Jonokol.

Este no sabía hasta qué punto él lo habría expresado así, pero el hecho era que había dibujado dos caballos, así que asintió.

—He pensado que Vista del Sol debería celebrar una ceremonia para este espacio. Ahora estoy más seguro que nunca de que es sagrado, y me gustaría otorgarle ese reconocimiento. Podría ser un lugar para los jóvenes que quieren ponerse a prueba, incluso aquellos que son muy jóvenes.

—Tienes razón —dijo el acólito artista—. Es una cueva difícil pero recta. Aquí dentro sería difícil perderse.

—¿Te gustaría participar en la ceremonia, Jonokol?

El Zelandoni, adivinó Ayla, quería que Jonokol hiciera más dibujos en aquella cueva sagrada tan cercana a su caverna, y se preguntó si sus dibujos darían más prestigio al lugar.

—Creo que aquí convendría indicar que este es el final, poner una señal que muestre que no se puede seguir avanzando en la cueva... al menos en este mundo —sugirió Jonokol, y sonrió—. Yo diría que el león de Ayla ha hablado desde el otro mundo. Avisadme cuando se celebre la ceremonia.

El Zelandoni y su acólito, Falithan, sonrieron complacidos.

—Tú también serás bienvenida, Ayla —dijo el Vigésimo sexto.

—Tendré que ver qué tiene previsto la Primera para mí —contestó ella.

—Claro.

Se dieron la vuelta y se encaminaron hacia la salida, y Ayla sintió alivio. Tenía la ropa húmeda y embarrada, y empezaba a molestarle el frío. El camino de regreso se les hizo más corto, y se alegró de no volver a atascarse. Cuando llegaron a la boca de la cueva, dejó escapar un suspiro. El candil se le había apagado poco antes de ver la luz exterior. Aquella podía ser una auténtica cueva sagrada, pensó, pero no le parecía especialmente agradable, y menos teniendo que recorrerla a rastras la mayor parte del camino.

—¿Te gustaría venir a visitar Vista del Sol, Ayla? No queda muy lejos —ofreció Falithan.

—Lo siento. Con mucho gusto iré de visita en otro momento, pero le he prometido a Proleva que estaría de vuelta por la tarde. Le he dejado a Jonayla, y necesito volver al campamento —respondió Ayla. No añadió que le dolían los pechos; necesitaba dar de mamar y se sentía muy incómoda.

Capítulo 8

Cuando Ayla volvió, Lobo esperaba en el límite del campamento de la Reunión de Verano para saludarla. De algún modo había sabido que llegaba.

—¿Dónde está Jonayla, Lobo? Ve a buscarla.

El animal salió corriendo; luego se volvió para asegurarse de que ella lo seguía.

La llevó directamente a donde estaba Proleva, en el campamento de la Tercera Caverna, dando de mamar a Jonayla.

—¡Ayla! ¡Ya has vuelto! De haber sabido que venías, la habría hecho esperar. Me temo que ya está llena —anunció Proleva.

Ayla cogió a su hija e intentó amamantarla, pero la niña ya no tenía hambre, con lo que Ayla tuvo la sensación de que los pechos le dolían aún más.

—¿Ya le has dado el pecho a Sethona? Yo también estoy llena. Llena de leche.

—Stelona ha estado ayudándome, y ella siempre tiene leche abundante, a pesar de que su bebé ya come algún que otro alimento sólido. Se ofreció a amamantar a Sethona hace un rato cuando yo estaba hablando con la Zelandoni sobre la ceremonia matrimonial. Como sabía que también tendría que dar el pecho a Jonayla, me ha parecido una idea excelente. No tenía la menor idea de cuándo volverías, Ayla.

—Yo tampoco —dijo Ayla—. Veré si encuentro a alguien más que necesite leche, y gracias por ocuparte hoy de Jonayla.

De camino al gran alojamiento de los zelandonia, Ayla vio a Lanoga, que llevaba a Lorala apoyada en la cadera. Ganamar, de tres años, el segundo de menor edad en la familia, la seguía agarrado de su túnica y se chupaba el pulgar con fuerza. Ayla tenía la esperanza de que Lorala quisiera mamar: normalmente siempre estaba dispuesta. Cuando lo mencionó, Lanoga le dijo, para gran alivio suyo, que precisamente buscaba a alguien para amamantar a la niña.

Tomaron asiento en uno de los muchos troncos con cojines dispuestos en torno a los restos ennegrecidos de una hoguera frente a la entrada del gran alojamiento, y Ayla, agradecida, cogió a la otra niña a cambio de la suya. Lobo se sentó junto a Jonayla, y Ganamar se dejó caer junto a él. Todos los niños del hogar de Laramar se sentían cómodos cerca del animal, pero no así el propio Laramar. Él seguía tensándose y retrocediendo cuando se le acercaba el gran lobo.

Ayla tuvo que limpiarse el pecho antes de dar de mamar a la niña, pues el barro húmedo se había filtrado a través de la ropa. Mientras Ayla amamantaba a Lorala, llegó Jondalar, que volvía de pasar la tarde en unas prácticas de tiro con el lanzavenablos. Lo acompañaba Lanidar, que dirigió una sonrisa tímida a Ayla y otra más afectuosa a Lanoga. Ayla lo evaluó con la mirada. El niño tenía doce años, casi trece, y en el último año había dado un estirón. Y había crecido más aún en cuanto a aplomo, observó Ayla. Era más alto y llevaba una funda de lanzavenablos única, una

especie de arnés que, como vio, se acomodaba a su brazo derecho deforme. También portaba un carcaj que contenía varias de las lanzas especiales empleadas con el lanzavenablos, más cortas y ligeras que las usadas habitualmente para lanzar a mano, semejantes a dardos largos con una afilada punta de sílex. Su brazo izquierdo, el normal, parecía casi tan robusto como el de un hombre adulto, y Ayla sospechó que había estado practicando con el arma.

Lanidar lucía asimismo un cinturón de la virilidad con un fleco rojo, una estrecha tira trenzada de diversos colores y fibras. Algunos eran colores vegetales naturales, como el blanco ebúrneo del lino, el beis del cáñamo y el marrón de ciertas ortigas. Entre las fibras había también pelo de animal, en general extraído del pelaje largo y tupido de las presas cobradas en invierno, como el muflón blanco, el íbice gris, el mamut rojo oscuro y la cola de caballo negra. Además, la mayoría de las fibras podían teñirse para alterar o intensificar los colores naturales. El cinturón no sólo anunciaba que su portador había alcanzado la madurez física, que estaba preparado para una mujer-donii y los ritos de la virilidad, sino que, por otro lado, los dibujos indicaban sus vínculos. Ayla identificó los símbolos que proclamaban su pertenencia a la Decimonovena Caverna de los zelandonii, aunque no reconocía aún los títulos y lazos primarios por sus formas características.

La primera vez que Ayla vio un cinturón de la virilidad, le pareció hermoso. Por entonces, sin embargo, le era imposible conocer su significado, y de eso se aprovechó Marona, la mujer que esperaba emparejarse con Jondalar, cuando intentó dejarla en ridículo induciéndola mediante engaños a ponerse uno, junto con la ropa interior de invierno de un muchacho. Seguía pensando que los nudos del cinturón eran hermosos, pese a que le recordaban ese desagradable incidente. Aun así, guardaba las suaves prendas de gamuza que aquella mujer le había dado. Ayla no había nacido entre los zelandonii y por tanto no poseía el arraigado sentido cultural de que esas prendas eran inadecuadas para ella por el uso al que estaban destinadas. Eran de una gamuza cómoda y suave, aterciopelada, y decidió usarlas en ciertas ocasiones, después de realizar algunos ajustes en los calzones y la túnica para adaptarlos a sus formas femeninas.

La gente de la Novena Caverna la miró extrañada la primera vez que se puso la ropa interior de un muchacho como si se tratara de prendas informales para ir de caza durante el buen tiempo, pero al final todos se acostumbraron. Al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que algunas de las mujeres jóvenes empezaban a vestir de manera parecida. Pero Marona se avergonzaba y enfadaba cuando Ayla se las ponía, porque le recordaba que su artimaña no había sido bien recibida por la Novena Caverna. La gente consideraba más bien que los había deshonrado a todos tratando con tal malicia a la forastera que estaba destinada a ser una de ellos. La intención original de Ayla la primera vez que se puso esa ropa interior de muchacho en público no fue molestar a

Marona, pero la reacción de la mujer no le pasó inadvertida.

Cuando Ayla y Lanoga intercambiaron los bebés, se acercaron varios jóvenes risueños, en su mayoría con cinturones de la virilidad y unos cuantos con lanzavenablos. Jondalar atraía a la gente a dondequiera que iba, pero los jóvenes lo admiraban especialmente y tendían a apiñarse en torno a él. A Ayla le complació ver que saludaban a Lanidar en tono amistoso. Como había desarrollado tal aptitud con el arma nueva, su brazo deforme ya no era motivo para que los jóvenes lo eludieran. También advirtió con agrado que Bologan se hallaba entre ellos, aunque sin cinturón de la virilidad ni lanzavenablos propio. Recordaba que Jondalar había hecho varias de esas armas de caza para que la gente practicara.

Ayla sabía que tanto hombres como mujeres asistían a las prácticas con el lanzavenablos que había empezado a impartir Jondalar, pero aunque las personas de ambos sexos estaban muy pendientes unas de otras, los jóvenes varones preferían tratar con muchachos de su misma edad y aguardaban con ilusión los mismos rituales, y las jóvenes tendían a eludir a los «chicos con cinturones». La mayoría de los jóvenes varones miraban de reojo a Lanoga, pero fingían desinterés, excepto Bologan. Él sí miraba a su hermana, y ella lo miraba a él, y si bien no se sonreían ni cruzaban gesto alguno, era una forma de reconocimiento mutuo.

Todos los chicos sonrieron a Ayla a pesar de su ropa embarrada, en su mayoría tímidamente, pero un par de ellos exhibieron mayor atrevimiento al evaluar a la hermosa mujer de mayor edad que Jondalar había traído y con la que se había emparejado. Las mujeres donii siempre eran mayores y sabían manejar a los gallitos que pretendían hacerse pasar por hombres, manteniéndolos a raya sin desanimarlos demasiado. La insolente sonrisa de algunos a quienes Ayla aún no conocía dio paso a una fugaz expresión de miedo cuando Lobo, a una señal de ella, se irguió sobre las patas traseras.

—¿Has hablado con Proleva de los planes para esta noche? —preguntó Jondalar a Ayla cuando esta se disponía a ir al campamento de la Novena Caverna. Sonrió a la niña y le hizo cosquillas; a cambio, recibió un gorgorito de satisfacción.

—No. Vengo de la nueva cueva sagrada que la Primera quería que viese, y nada más llegar he ido a buscar a Jonayla. Se lo preguntaré después de cambiarme —respondió Ayla mientras se rozaban las mejillas. Un par de jóvenes, sobre todo los que estaban nerviosos por la presencia de Lobo, se sorprendieron al oír hablar a Ayla; su acento proclamaba su origen lejano.

—Vas muy manchada de barro, eso desde luego —señaló Jondalar, limpiándose la mano en el pantalón después de tocarla.

—El suelo de la cueva era de arcilla y estaba muy húmedo, y hemos tenido que reptar como serpientes la mayor parte del recorrido. Además, el barro me pesa y está frío. Por eso tengo que cambiarme.

—Te acompañaré —se ofreció Jondalar, que no había visto a Ayla en todo el día, y cogió él a Jonayla en brazos para que no se ensuciara de barro.

Cuando Ayla vio a Proleva, se enteró de que la Novena Caverna, junto con la Tercera, había organizado en el campamento de la Tercera una reunión de jefes de todas las cavernas presentes, incluidos sus consejeros. Todas sus familias los acompañarían en la comida de la noche. Proleva se había encargado de los preparativos, entre otras cosas asignar el cuidado de los niños a unas cuantas personas para que sus madres pudieran ayudar.

Ayla indicó a Lobo que la siguiera. Advirtió que una o dos mujeres observaban con inquietud al carnívoro, pero le alegró ver que otras varias personas reconocían a Lobo y lo saludaban, conscientes de la ayuda que representaba tenerlo como vigilante. Lanoga se quedó para cuidar de los niños, y Ayla volvió para ver qué tarea le encomendaba Proleva.

En el transcurso de la tarde, hizo un alto para amamantar a Jonayla, pero había tanto trabajo en la preparación del gran banquete que apenas tuvo ocasión de coger en brazos a su hija hasta que todos acabaron de comer, y después fue emplazada en el alojamiento de los zelandonia. Se llevó a Jonayla y ordenó a Lobo que la acompañara.

Ya era tarde y había oscurecido cuando se dirigió hacia el gran alojamiento de verano por un camino pavimentado con piedras planas. Llevaba una antorcha, pese a que le bastaba con el resplandor de las numerosas hogueras. La dejó fuera, apoyada en un montón de piedras erigido para sostener las teas calientes. Dentro, una pequeña fogata contigua al círculo ennegrecido de una hoguera mayor apagada y unos cuantos candiles titilantes colocados aquí y allá ardían débilmente, proporcionando una exigua iluminación. No se veía gran cosa más allá de las tenues llamas de la fogata. Le pareció oír un suave ronquido en el otro extremo del refugio, pero sólo vio a Jonokol y la Primera, que se hallaban a la luz del fuego bebiendo una infusión humeante.

Sin interrumpir la conversación, la Primera saludó a Ayla con un gesto y le indicó que se sentara. Alegrándose de poder relajarse por fin en un lugar confortable y tranquilo, se acomodó agradecida en un cojín bien mullido, uno de los varios dispuestos en torno a la fogata, y empezó a amamantar a su niña mientras escuchaba. Lobo se sentó junto a ellas dos. Casi siempre se permitía su entrada en el alojamiento de los zelandonia. Ayla había estado parte del día fuera y él no quería separarse de ella ni de Jonayla.

—¿Qué impresión te ha causado la cueva? —preguntó la mujer corpulenta, dirigiéndose al joven.

—Es muy pequeña, en algunos sitios con el espacio justo para pasar, pero muy

larga. Es una cueva interesante —dictaminó Jonokol.

—¿Crees que es sagrada? —preguntó ella.

—Sí, creo que sí.

La Primera asintió. No había puesto en duda las palabras del Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna, pero no estaba de más verlas corroboradas por otra opinión.

—Y Ayla ha encontrado su Voz —añadió Jonokol, sonriendo a Ayla, que permanecía atenta a la conversación, meciéndose inconscientemente de vez en cuando mientras daba el pecho a la niña.

—¿Ah, sí? —preguntó la mujer de mayor edad.

—Sí —respondió Jonokol con una sonrisa—. El Vigésimo sexto le ha pedido que pusiera a prueba la cueva, y se ha sorprendido cuando ella le ha contestado que no sabía cantar ni tocar la flauta ni hacer nada para ponerla a prueba. Su acólito, Falithan, produce un gemido ululante, potente y agudo muy característico. Y de pronto me han venido a la memoria los reclamos de ave que imita Ayla y le he recordado que sabe silbar como un pájaro, y relinchar como un caballo, e incluso rugir como un león, y eso ha hecho. Las tres cosas. Y ha asombrado al Vigésimo sexto, especialmente con el rugido. Con su prueba, ha confirmado el valor sagrado de la cueva. El eco del rugido era más débil, pero muy nítido, más que audible, aunque parecía venir de muy lejos. Del más allá.

—¿Y a ti qué te ha parecido, Ayla? —preguntó la Primera mientras servía una infusión y le daba el vaso a Jonokol para que se lo entregara a ella. Advirtió que la pequeña había dejado de mamar y se había dormido en brazos de Ayla con un hilillo de leche resbalándole desde la comisura de los labios.

—Es una cueva de acceso difícil, y larga, pero no presenta grandes complicaciones. Podría dar miedo, sobre todo cuando se estrecha demasiado el paso, pero es imposible perderse en ella —respondió Ayla.

—Por vuestra descripción de esa nueva gruta, pienso que podría ser idónea para los jóvenes acólitos que quieren ponerse a prueba, que quieren averiguar si de verdad están hechos para la vida de un Zelandoni. Si les da miedo un lugar oscuro y pequeño donde no hay riesgo real, dudo que puedan afrontar algunas de las otras pruebas en las que hay peligro verdadero —dijo la Mujer Que Era la Primera.

Ayla se preguntó cuáles podrían ser esas otras pruebas. Ella ya había pasado por situaciones de alto riesgo más que suficientes, y no estaba segura de querer superar más, pero tal vez debía esperar a ver qué se le exigía.

El sol aún estaba bajo en el horizonte de levante, pero una resplandeciente franja de color rojo, degradándose hacia el violeta en los bordes, anunciaba la llegada del nuevo día. Por el oeste, una tonalidad rosada realzaba un tenue banco de estratos, reflejando la cara opuesta del luminoso sol naciente. Pese a lo temprano que era, casi

todo el mundo estaba en el campamento principal. Había llovido de manera intermitente durante varios días, pero todo parecía indicar que esa mañana se despejaría. Acampar bajo la lluvia era sólo soportable, nunca placentero.

—En cuanto terminen los Primeros Ritos y las Ceremonias Matrimoniales, la Zelandoni quiere viajar un poco —dijo Ayla, mirando a Jondalar—. Desea que empiece mi Gira de la Donier por algunos de los sitios sagrados más cercanos. Tenemos que construirle el asiento en la angarilla.

Volvían de ver a los caballos antes de ir al Campamento de la Reunión para la comida de la mañana. Lobo había salido con ellos, pero algo lo distrajo y desapareció como una flecha entre los arbustos. Jondalar arrugó la frente.

—Una viaje así podría ser interesante, pero algunos proponen una gran cacería para después de las ceremonias, con la idea de encontrar una manada de verano y empezar a secar la carne de cara al próximo invierno. Joharran ha hablado de lo útiles que son los caballos para conducir a los otros animales en dirección a un cercado. Creo que cuenta con nosotros para que echemos una mano. Habrá que elegir lo uno o lo otro.

—Si la Zelandoni no planea ir muy lejos, quizá sean posibles las dos cosas —dijo Ayla. Deseaba ir con la Primera a visitar sitios sagrados, pero también le encantaba cazar.

—Tal vez —coincidió Jondalar—. Quizá debamos hablar con Joharran y la Zelandoni, y que decidan ellos. En todo caso podríamos ponernos manos a la obra y construir el asiento en la angarilla para la Zelandoni. Cuando levantábamos el refugio de verano para Bologan y Lanoga y el resto de la familia, vi unos árboles que podrían servirnos.

—¿Cuándo te parece un buen momento para hacerlo?

—Quizá esta tarde. Preguntaré por ahí para ver quién puede ayudarnos —contestó Jondalar.

—Saludos, Ayla y Jondalar —dijo una joven voz que les resultó familiar. Era la hermana menor de Lanoga, Trelara, de nueve años.

Al volverse, vieron a los seis niños salir del refugio de verano. Bologan se entretuvo para atar la cortina de la entrada y luego los alcanzó. Ni Tremeda ni Laramar estaban con ellos. Ayla sabía que los adultos usaban a veces el refugio, pero o bien se habían marchado antes o, más probablemente, no habían regresado la noche anterior. Ayla supuso que los niños iban al campamento principal con la esperanza de encontrar algo que comer. La gente solía preparar comida en exceso y por lo general había alguien dispuesto a darles las sobras. Puede que no siempre recibieran lo más selecto, pero rara vez se quedaban con hambre.

—Saludos, niños —contestó Ayla.

Todos sonrieron a excepción de Bologan, que intentaba mostrarse más serio. Al

principio, cuando conoció a la familia, Ayla vio que Bologan, el mayor, se mantenía en la medida de lo posible a distancia de los suyos, prefiriendo relacionarse con otros chicos, sobre todo con los más alborotadores. Pero de un tiempo a esa parte, tenía la impresión de que actuaba de manera más responsable respecto a los niños menores, en particular su hermano, Lavogan, que tenía siete años. Y últimamente lo había visto varias veces con Lanidar, lo que se le antojó buena señal. Bologan se acercó a Jondalar con cierta timidez.

—Saludos, Jondalar —dijo, bajando la vista antes de volver a alzarla para mirarlo a la cara.

—Saludos, Bologan —respondió Jondalar, preguntándose qué lo inducía a dirigirse a él.

—¿Puedo pedirte una cosa? —preguntó Bologan.

—Naturalmente.

El chico metió la mano en un pliegue de la túnica, una especie de bolsillo, y sacó un vistoso cinturón de la virilidad.

—Ayer la Zelandoni habló conmigo y me dio esto. Me enseñó a atármelo, pero no consigo que me quede bien —explicó.

Tenía ya trece años, pensó Ayla a la vez que contenía una sonrisa. No había pedido ayuda a Jondalar explícitamente, pero este entendió qué quería. Por lo común, era el hombre del hogar de un muchacho quien le entregaba su cinturón de la virilidad, confeccionado casi siempre por la madre. Bologan pedía a Jondalar que ocupase el lugar del hombre que debería haber cumplido esa función.

Jondalar enseñó al joven a atarse el cinturón; a continuación, Bologan llamó a su hermano y partieron hacia el campamento principal, seguidos más despacio por los demás. Ayla los observó alejarse: Bologan, de trece años, junto con Lavogan, de siete; Lanoga, de once, con Loralá, de uno y medio, en la cadera; y Trelara, de nueve años, llevando de la mano a Ganamar, de tres. Recordó que le habían contado que uno había muerto a los cinco años. Aunque Jondalar y ella los ayudaban, como también otras varias personas de la Novena Caverna, los niños en esencia se criaban solos. Ni su madre ni el hombre de su hogar les prestaban mucha atención, ni hacían gran cosa para atenderlos. A Ayla le parecía que era Lanoga quien los mantenía unidos, aunque ahora, le alegraba ver, Trelara la ayudaba y Bologan participaba más.

Notó que Jonayla se movía en la manta de acarreo, ya a punto de despertarse. Se la desplazó de la espalda hacia delante y la sacó. Estaba desnuda, sin pañal. Ayla sostuvo a la niña ante sí mientras orinaba en el suelo. Jondalar sonrió. Ninguna otra mujer hacía eso con sus hijos, y cuando él le preguntó, Ayla le explicó que era una práctica habitual entre las madres del clan cuando los bebés tenían sus necesidades. Aunque no lo hacía siempre, desde luego le ahorrraba tiempo con la limpieza y la recolección de materiales absorbentes. Y Jonayla empezaba a acostumbrarse: tendía a

esperar a que la sacara para orinar.

—¿Crees que Lanidar sigue interesado en Lanoga? —preguntó Jondalar, obviamente pensando también en los hijos de Tremeda.

—Desde luego este año la primera vez que la vio le dirigió una sonrisa muy cariñosa —contestó Ayla—. ¿Cómo le va con el lanzavenablos? Tengo la impresión de que ha estado practicando con el brazo izquierdo.

—¡Se le da muy bien! —respondió Jondalar—. De hecho, es increíble verlo. Puede valerse un poco del brazo derecho, y lo emplea para colocar el dardo en el lanzador, pero lo arroja con mucha fuerza y precisión con el brazo izquierdo. Se ha convertido en todo un cazador y se ha ganado el respeto de su caverna, y más prestigio. Incluso el hombre de su hogar, que abandonó a su madre cuando él nació, muestra interés en él. Y su madre y su abuela no le insisten ya en que las acompañe a recoger bayas y otros alimentos continuamente por miedo a que el día de mañana sea incapaz de mantenerse de otra manera. Ellas le confeccionaron ese arnés que lleva, pero fue él quien les dijo cómo lo quería. Te atribuyen a ti el mérito de enseñarle, por cierto.

—Tú también le has enseñado —dijo Ayla, y poco después, añadió—: Puede que se haya convertido en un buen cazador, pero sigo pensando que la mayoría de las madres no lo querrán como compañero de sus hijas —comentó Ayla—. Temerán que el mal espíritu que le deformó el brazo ronde aún cerca de él y pueda transmitir a los hijos de sus hijas el mismo mal. Cuando Lanidar dijo el año pasado que algún día quería emparejarse con Lanoga y ayudarla a criar a sus hermanos, Proleva comentó que, en su opinión, sería una pareja perfecta. Como Laramar y Tremeda tienen el rango más bajo, ninguna madre querrá que su hijo se empareje con ella, pero dudo que nadie plantee muchos reparos al emparejamiento entre Lanidar y Lanoga, y menos si él es buen cazador.

—No. Pero me preocupa que Tremeda y Laramar encuentren la manera de aprovecharse de él —auguró Jondalar—. Me parece que Lanoga no está lista aún para los Primeros Ritos.

—Pero lo estará pronto. Empieza a dar señales. Quizá antes de acabar el verano, para la última ceremonia de los Primeros Ritos de esta temporada. ¿Te han pedido que colabores en los Primeros Ritos de este verano? —preguntó ella, procurando aparentar despreocupación.

—Sí, pero he dicho que aún no estaba preparado para esa responsabilidad —contestó él, sonriéndole—. ¿Por qué? ¿Crees que debería aceptar?

—Sólo si es tu deseo. Algunas jóvenes serían muy felices si aceptaras. Quizá incluso Lanoga —dijo Ayla, volviéndose a mirar a Jonayla para que él no le viese la cara.

—¡Lanoga no! —exclamó él—. ¡Eso sería como compartir los Primeros Ritos

con una niña de mi propio hogar!

Ayla lo miró y le sonrió.

—Probablemente seas ya el hombre de su hogar en mayor medida que el hombre que lo es en realidad —observó Ayla—. Has aportado más a esa familia que Laramar.

Se acercaban al campamento principal y la gente empezaba a saludarlos.

—¿Crees que tardaremos mucho en construir un asiento para la angarilla? —preguntó Ayla.

—Si consigo ayuda y nos ponemos a ello pronto, tal vez esta misma mañana, probablemente hayamos acabado ya por la tarde —contestó él—. ¿Por qué?

—¿Debo, pues, preguntarle a la Zelandoni si tendrá un momento para probarlo esta tarde? Dijo que quería hacerlo antes de emplearlo delante de la gente.

—Pregúntaselo. Pediré ayuda a Joharran y a unos cuantos más. Seguro que para entonces ya lo tendremos. —Jondalar sonrió—. Será interesante ver la reacción de la gente cuando la vean arrastrada por los caballos.

Jondalar talaba un árbol joven de tronco recto y robusto, mucho más grueso que los que normalmente elegían para construir una parihuela. El hacha de piedra que usaba tenía en su parte más ancha una especie de punta, y el extremo de corte había sido rebajado hasta reducirlo a una fina sección transversal con el borde afilado y redondeado. El mango de madera tenía en lo alto un agujero de lado a lado en el que iba encajada la parte puntiaguda del hacha. Estaba acoplada de tal modo que, a cada golpe, el hacha se ajustaba más firmemente en el agujero del mango. Las dos piezas estaban bien atadas entre sí con cuero sin curar mojado que se encogía y se apretaba más al secarse.

Un hacha de piedra no era tan resistente como para cortar un tronco mediante golpes rectos; el pedernal se rompería si se usaba de ese modo. Para talar un árbol con una herramienta así, debía cortarse en ángulo, poco a poco, hasta que el tronco se partía. Al final, el tocón solía quedar como si lo hubiera mordisqueado un castor. Aun así, se desprendían fragmentos de piedra de la hoja del hacha y, por tanto, era necesario afilarla continuamente. Eso se hacía mediante un percutor de piedra manejado con gran dominio, o un cincel de hueso afilado golpeado con un percutor, para extraer las finas láminas de piedra y así volver a aguzar el filo. Como era un diestro tallador de sílex, los demás a menudo pedían a Jondalar que les talara árboles. Sabía usar el hacha debidamente y afilarla de manera eficaz.

Jondalar acababa de talar un segundo árbol de tamaño parecido cuando llegó un grupo de hombres. Joharran, junto con Solaban y Rushemar; Manvelar, el jefe de la Tercera Caverna, y el hijo de su compañera, Morizan; Kimeran, jefe de la Segunda Caverna, y Jondecam, su sobrino de la misma edad; Willamar, el maestro de comercio, y su aprendiz, Tivonan, y su amigo Palidar; y Stevadal, jefe de la Vigésimo

sexta Caverna, en cuyo territorio se celebraba la Reunión de Verano ese año. Once personas habían acudido para hacer una angarilla, doce con Jondalar. Si se contaba también ella, trece. Ayla había construido la primera ella sola.

«Sentían curiosidad, —pensó—, eso los había llevado hasta allí». La mayoría de los recién llegados conocían ya el artefacto que ella llamaba «angarilla» y empleaba para transportar cargas con la ayuda de sus caballos. La construcción empezaba por dos varas de extremos ahusados hechas con árboles jóvenes, previamente desramados. Según la clase de árbol, se retiraba también la corteza, sobre todo si se desprendía con facilidad. Los extremos más estrechos se ataban entre sí con una cuerda o correa resistente, que luego se sujetaba al caballo en la cruz a modo de arnés. Las dos varas, colocadas en ángulo, se separaban gradualmente y sólo los extremos más anchos y pesados arrastraban por el suelo, reduciéndose así al mínimo la fricción, con lo que era fácil tirar de ellas incluso con grandes cargas. Se añadían a las dos varas piezas transversales de madera, tiras de cuero o cuerdas, cualquier cosa capaz de sostener una carga.

Jondalar explicó a quienes se habían presentado para ayudar que quería construir una angarilla con determinadas piezas transversales unidas de cierto modo. Al poco tiempo, tenían talados más árboles, y tras probarse diversas sugerencias alcanzaron un resultado que parecía viable. Ayla llegó a la conclusión de que no la necesitaban a ella, y mientras los hombres trabajaban, decidió ir en busca de la Zelandoni.

Se escabulló con Jonayla camino del campamento principal pensando, por un lado, en esa angarilla con todas sus modificaciones y, por el otro, en la que ellos dos solos habían construido en el largo viaje de regreso al hogar de Jondalar. Cuando llegaron a un gran río que era necesario cruzar, confeccionaron un bote parecido a una vasija como el que empleaban los mamutoi para atravesar cauces: una estructura de madera en forma de vasija recubierta por fuera por una tupida piel de uro bien engrasada. Era sencillo de hacer pero un poco difícil de controlar en el agua. Jondalar le habló de las embarcaciones que realizaban los sharamudoï, vaciando un tronco, ensanchándolo mediante vapor y tallando los extremos para aguzar las puntas. Eran de construcción mucho más compleja, pero resultaba más fácil obligarlos a ir en la dirección deseada, explicó.

La primera vez que cruzaron un río, utilizaron el bote en forma de vasija para cargar sus cosas, y subirse ellos mismos, y lo impulsaron por el agua con unos remos pequeños mientras los caballos los seguían a nado. Una vez atravesado el cauce, volvieron a guardar sus cosas en alforjas de mimbre y cuero, y luego decidieron hacer una angarilla para que Whinney cargara con el bote. Después cayeron en la cuenta de que podían sujetar el bote entre las varas de la parihuela y dejar que los caballos cruzaran el río a nado, tirando de la carga mientras Ayla y Jondalar montaban a lomos de ellos o nadaban a su lado. El bote pesaba poco y, como flotaba, las cosas no se

mojaban. Cuando llegaron a la otra orilla del siguiente río, en lugar de vaciarlo, decidieron dejar sus cosas en el bote. Si bien el bote en forma de vasija acoplado a la angarilla permitía vadear los ríos más fácilmente, y por lo general no creaba ninguna complicación al recorrer llanuras abiertas, cuando tenían que atravesar bosques o terrenos escabrosos que exigían giros bruscos, las largas varas y el bote podían ser un impedimento. Varias veces estuvieron a punto de abandonarlos, pero los conservaron hasta hallarse mucho más cerca, cuando tuvieron mayor razón para desprenderse de ellos.

Ayla ya había explicado a la Zelandoni sus planes, de modo que la mujer estaba lista cuando Ayla fue a buscarla. Al llegar ellas al campamento de la Novena Caverna, los hombres, que se habían desplazado y se hallaban junto al cercado de los caballos, no las vieron. La Primera, cogiendo en brazos el bebé dormido, entró en el alojamiento empleado por la familia de Jondalar mientras Ayla iba a ver en qué fase estaban la angarilla y el asiento. Jondalar no se había equivocado. Con tanta ayuda, la construcción había sido rápida. Se componía de un asiento parecido a un banco con respaldo, instalado entre las dos robustas varas, y un estribo para subir. Jondalar había sacado a Whinney y estaba amarrando el artefacto a la yegua en torno al tronco con un arnés a base de correas.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó Morizan. Por su corta edad, aún podía permitirse plantear preguntas directas.

Se consideraba descortés que los adultos hablaran tan abiertamente, pero eso mismo querían saber todos. Acaso semejante franqueza no estaba del todo bien vista en un zelandonii maduro, pero no era una falta grave, sino que se veía como una conducta ingenua y poco elaborada. Las personas con experiencia sabían recurrir a las sutilezas y las insinuaciones. Ayla, en cambio, estaba acostumbrada a la sinceridad. Entre los mamutoi era habitual y del todo correcto ser franco y directo. Era una diferencia cultural, aunque a su manera también sabían ser sutiles. Y en el clan la gente era capaz de interpretar el lenguaje corporal, además del lenguaje de los signos, y aunque, precisamente por eso, no podían mentir, sí entendían los matices y podían ser discretos en extremo.

—Tengo una idea más o menos clara del uso que voy a darle, pero todavía no sé si servirá. Antes me gustaría probarlo, y si no va bien, será una angarilla sólida y bien construida, y probablemente le encontraré otra utilidad —contestó Ayla.

Si bien eso no respondía a su pregunta, los hombres se conformaron. Dieron por supuesto que Ayla simplemente no quería anunciar un experimento que tal vez no salía bien. A nadie le gustaba hacer públicos sus fracasos. En realidad, Ayla estaba casi segura de que cumpliría su función, pero no sabía si la Primera accedería a usarla.

Jondalar se encaminó lentamente hacia el campamento, consciente de que si él se

movía, los demás lo seguirían. Ayla, despidiéndose de los hombres con un gesto, entró en el cercado para tranquilizar a los caballos después del bullicio provocado por tantas personas alrededor. Dio unas palmadas a Gris y la acarició, pensando que era una potranca hermosa. A continuación habló a Corredor y le rascó allí donde le era más grato. A los caballos, animales muy sociables, les gustaba estar cerca de los de su especie y de aquellos por quienes sentían afecto. Corredor tenía una edad en que si viviera con caballos salvajes, abandonaría a su madre para galopar con una manada de caballos jóvenes. Pero como Gris y Whinney eran sus únicas compañeras equinas, mantenía una relación muy estrecha con la potranca y había adoptado un comportamiento un tanto protector hacia ella.

Ayla salió del cercado y se aproximó a Whinney, que aguardaba pacientemente con la angarilla detrás de ella. Cuando Ayla le abrazó el cuello, la yegua apoyó la cabeza en su hombro, una postura de intimidad habitual entre las dos. Jondalar había puesto un cabestro a la yegua porque así le era más fácil guiarla. Ayla pensó que quizá fuese mejor usarlo mientras la Primera probaba su nuevo medio de transporte. Cogiendo el ronzal prendido del cabestro, se encaminó hacia la morada. Cuando llegó, los hombres regresaban ya al campamento principal y Jondalar, dentro del alojamiento, hablaba con la Zelandoni y tenía en brazos a Jonayla, que estaba muy contenta.

—¿Lo probamos? —propuso Jondalar.

—¿Se han ido todos? —preguntó la mujer corpulenta.

—Sí, los hombres se han ido y no queda nadie en el campamento —contestó Ayla.

—Supongo, pues, que este es un momento tan bueno como cualquier otro —concedió la Primera.

Al salir del alojamiento, miraron alrededor para cerciorarse de que no había nadie. Luego se acercaron a Whinney y, rodeándola, se situaron detrás.

—Un momento —dijo Ayla de pronto, y entró de nuevo en la morada de verano. Regresó enseguida con un cojín y lo colocó en el asiento, compuesto de varios troncos pequeños firmemente amarrados mediante resistentes cuerdas. Un estrecho respaldo construido de la misma manera, perpendicular al asiento, mantenía el cojín en su sitio. Jondalar entregó la niña a Ayla y se volvió para ayudar a la Zelandoni.

Pero cuando la donier pisó los troncos transversales más cercanos al suelo que formaban el estribo, las varas largas y elásticas cedieron un poco, y Whinney, notando el cambio de peso, dio un paso al frente. La Primera retrocedió en el acto.

—¡La yegua se ha movido! —exclamó.

—Yo la sujetaré —dijo Ayla.

Colocándose ante la yegua para calmarla, agarró el ronzal con una mano mientras sostenía a Jonayla con la otra. El caballo olisqueó la barriga a la niña, lo que arrancó

un gorjeo a la pequeña y una sonrisa a la madre. Whinney y Jonayla se conocían bien y se sentían a gusto en su mutua presencia. La niña había montado con frecuencia a lomos de la yegua, en brazos de su madre o colgada de la manta de acarreo a sus espaldas. También había montado en Corredor con Jondalar, y la habían colocado con cuidado en el lomo de Gris mientras su padre la sujetaba con firmeza, sólo para que las dos se acostumbraran la una a la otra.

—Vuelve a intentarlo —dijo Ayla.

Jondalar, con una sonrisa de aliento, tendió la mano a la corpulenta mujer para que se apoyara. La Zelandoni no estaba acostumbrada a que la animaran o instaran a algo. Normalmente era ella quien asumía esa función, y escrutó a Jondalar con la mirada para ver si la trataba con condescendencia. La verdad era que el corazón le latía con fuerza por más que se negara a admitir su miedo. No entendía por qué se había prestado a eso.

Los árboles recién talados cedieron de nuevo cuando la Primera apoyó su peso en los troncos más delgados unidos para formar el estribo, pero Ayla mantuvo en su sitio a la yegua, y la Zelandoni empleó el hombro de Jondalar como sostén. Alargó entonces el otro brazo hacia el asiento, también de troncos amarrados con correas de cuero sin curtir, se dio media vuelta y se sentó en el cojín con un suspiro de alivio.

—¿Lista? —preguntó Ayla.

—¿Lo estás? —preguntó Jondalar a la donier en voz baja.

—Tanto como pueda llegar a estarlo nunca, supongo.

—Adelante —dijo Jondalar, levantando un poco la voz.

—Ve despacio, Whinney —ordenó Ayla a la vez que empezaba a avanzar con el ronzal en la mano.

El caballo arrancó a caminar, tirando de la robusta angarilla y de la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra. La mujer se aferró del borde delantero del asiento al notar que se movía, pero en cuanto Whinney se puso en marcha, la cosa no fue tan mal; aun así, no se soltó del asiento. Ayla miró atrás para ver qué ocurría, y reparó en Lobo, que los observaba sentado. «¿Dónde te habías metido?», pensó Ayla. «Has estado fuera todo el día.»

El paseo no estuvo exento de asperezas. Había baches y hoyos en el camino, y en cierto punto una de las varas se metió en un surco abierto por una torrentera, y la pasajera se ladeó hacia la izquierda, pero Ayla obligó a girar ligeramente a Whinney y el vehículo enseguida se enderezó. Se encaminaron hacia el cercado.

Moverse sin usar los propios pies era una sensación extraña, pensó la Zelandoni. Naturalmente, los niños llevados en brazos por sus padres estaban acostumbrados, como bien sabía, pero hacía años que a ella, con su tamaño, no la llevaba nadie en brazos, y desplazarse en aquel asiento móvil sobre la angarilla no era lo mismo. Para empezar, iba de espaldas, mirando hacia donde había estado antes, no hacia donde

iba.

Antes de llegar al cercado, Ayla inició un amplio giro que los llevó de regreso al campamento de la Novena Caverna. Vio un sendero distinto del que tomaban para ir al campamento principal. Ya lo había visto antes y se había preguntado adónde conducía, pero aún no había encontrado el momento para explorarlo. Esa parecía una buena ocasión. Se dirigió hacia allí, y luego se volvió y cruzó una mirada con Jondalar. Señaló el sendero desconocido con un leve gesto, y él asintió casi imperceptiblemente, temiendo que su pasajera se diese cuenta y pusiese alguna objeción. Ayla siguió andando, y la Zelandoni o bien no se dio cuenta, o bien se abstuvo de poner objeciones. Hasta ese momento Lobo cerraba la marcha trotando junto a Jondalar, pero corrió hacia la parte delantera cuando Ayla cambió de dirección.

Había colgado el ronzal del cuello de Whinney: la yegua obedecería más a las señales de la mujer que al ronzal prendido del cabestro. Luego se echó a la espalda la manta de acarreo para que Jonayla pudiera ver alrededor sin ser una carga constante en el brazo de su madre. El sendero conducía a un cauce de agua conocido en la Novena Caverna como Río Oeste, y lo siguieron durante un breve trecho. Justo cuando Ayla se preguntaba si debía volver, vio al frente a varias personas conocidas. Detuvo a la yegua y retrocedió hasta donde se hallaban Jondalar y la Zelandoni.

—Creo que hemos llegado a Vista del Sol, Zelandoni —anunció—. ¿Quieres seguir adelante y visitarlos? Y si es así, ¿quieres seguir en la angarilla?

—Aprovechemos que estamos aquí para hacerles una visita. Es posible que no vuelva por esta zona en bastante tiempo. Y prefiero apearme ya. No se va mal en el asiento móvil, pero a veces se sacude un poco. —La mujer se irguió y, apoyándose en Jondalar para mantener el equilibrio, se bajó.

—¿Crees que viajarás cómoda ahí cuando vayamos a visitar los lugares sagrados a los que quieres llevar a Ayla? —preguntó Jondalar.

—Creo que podría tener su utilidad, al menos para parte del viaje.

Ayla sonrió.

—¡Jondalar, Ayla, Zelandoni! —exclamó una voz conocida.

Cuando Ayla se dio la vuelta, vio una sonrisa en el rostro de Jondalar. Willamar se acercaba a ellos acompañado de Stevadal, el jefe de la Vigésimo sexta Caverna.

—Me alegro de que hayáis decidido venir —dijo Stevadal—. No sabía si la Primera tendría ocasión de visitar Vista del Sol.

—En las Reuniones de Verano, los zelandonia siempre estamos muy ocupados, pero procuro hacer al menos una visita de cortesía a la caverna que organiza la reunión, Stevadal. Os agradecemos el esfuerzo —dijo.

—Es un honor —contestó el jefe de la Vigésimo sexta.

—Y un placer —añadió una mujer que acababa de llegar y se hallaba junto a

Stevadal.

Ayla tuvo la certeza de que era la compañera de Stevadal, aunque no se la habían presentado ni recordaba haberla visto en el campamento de la reunión. La miró con mayor atención. Era más joven que Stevadal, pero percibió algo más: la túnica colgaba holgadamente de su cuerpo delgado, y se la veía pálida y frágil. Ayla se preguntó si habría estado enferma, o padecido alguna pérdida dolorosa.

—Me alegro de que hayáis venido —continuó Stevadal—. A Danella le hacía ilusión ver a la Primera y conocer a la compañera de Jondalar. Todavía no ha podido ir al campamento de la reunión.

—No me habías dicho que estuviera enferma, o habría venido antes, Stevadal —reprochó la Primera.

—Nuestra Zelandoni ha cuidado de ella —respondió Stevadal—. No quería molestarte. Sé lo ocupada que estás en las Reuniones de Verano.

—No tan ocupada como para no visitar a tu compañera.

—Tal vez te lo habríamos pedido más tarde, cuando ya hubieras visto a todos los demás —dijo Danella a la Primera; luego, volviéndose hacia el hombre alto y rubio, añadió—: pero me gustaría conocer a tu compañera, Jondalar. He oído hablar mucho de ella.

—Pues te la presentaré —respondió él, e hizo una seña a Ayla. Esta se acercó a la mujer con las dos manos extendidas y las palmas hacia arriba, en el tradicional saludo de franqueza, mostrando que no tenía nada que esconder. Acto seguido, Jondalar inició la presentación—: Danella, de la Vigésimo sexta Caverna de los zelandonii, compañera del jefe Stevadal, permíteme que te presente a Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii... —Prosiguió con la habitual recitación de Ayla hasta llegar a «Protegida por el espíritu del Oso Cavernario».

—Te olvidas del final: «Amiga de los caballos y del cazador cuadrúpedo que ella llama Lobo» —intervino Willamar con una sonrisa.

Se había acercado a ellos junto con el resto de los participantes en la construcción de la nueva angarilla. Como estaban en la zona, Willamar propuso pasar a visitar Vista del Sol, hogar de la Vigésimo sexta Caverna de los zelandonii, anfitriona de la Reunión de Verano, y los habían invitado a tomar una infusión.

La mayoría de la gente que vivía allí estaba en el campamento de la Reunión de Verano, pero unos cuantos se habían quedado, entre ellos la compañera del jefe, que aparentemente estaba enferma o lo había estado, concluyó Ayla, y se preguntó cuánto tiempo llevaba así, y qué le pasaba. Lanzó una ojeada a la Zelandoni, que la observaba. Cruzaron una mirada, y si bien no se dijeron nada, Ayla supo que la Primera pensaba lo mismo que ella.

—Mis títulos y lazos no son ni mucho menos tan interesantes, pero en el nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, bienvenida seas, Ayla de la Novena Caverna de los

zelandonii —dijo Danella.

—Y yo te saludo a ti, Danella de la Vigésimo sexta Caverna de los zelandonii —contestó Ayla mientras se cogían las manos.

—Tu manera de hablar es tan interesante como tus nombres y tus lazos —observó Danella—. Te lleva a pensar en lugares lejanos. Debes de tener historias emocionantes que contar. Me gustaría oír alguna, Ayla.

Ayla no pudo contener una sonrisa. Era muy consciente de que no hablaba igual que los zelandonii. La mayoría de la gente disimulaba al reparar en su acento, pero Danella se mostró tan encantadora y sincera que Ayla sintió una inmediata atracción hacia ella. Le recordó a los mamutoi.

Volvió a preguntarse qué enfermedad o complicación había provocado la fragilidad de Danella, tan en contraste con su personalidad afectuosa y agradable. Dirigió una mirada a la Zelandoni y adivinó que la Primera también deseaba saberlo, y lo averiguaría antes de marcharse del campamento. Jonayla se agitaba, y Ayla pensó que probablemente quería ver qué ocurría, y con quién hablaba su madre. Desplazó la manta de acarreo para colocarse a la niña en la cadera.

—Ésta debe de ser tu niña, Jonayla, «Bendita de Doni» —dijo Danella.

—Sí.

—Es un nombre precioso. ¿Por Jondalar y por ti?

Ayla asintió.

—Es tan bonita como su nombre —comentó Danella.

Ayla sabía interpretar los matices del lenguaje corporal, y aunque no era obvio, detectó un asomo de tristeza en las fugaces arrugas de su frente. Y de pronto entendió la razón de la debilidad y la tristeza de Danella. Había abortado en avanzado estado de gestación, o le había nacido un hijo muerto, pensó Ayla, y el embarazo debía de haber sido difícil, y el parto muy complicado, y ahora no tenía nada en compensación. Intentaba recuperarse del esfuerzo que eso había representado para el cuerpo y de la aflicción por la pérdida del niño. Miró a la Primera, que observaba subrepticamente a la joven. Ayla supuso que había llegado a las mismas conclusiones.

Notó que Lobo se apretaba contra su pierna y bajó la vista. El animal la miraba y emitía leves gemidos, que era su manera de indicarle que quería algo. Lanzaba una ojeada a Danella, luego se volvía hacia ella, y gemía de nuevo. ¿Acaso intuía algo acerca de la compañera del jefe?

Los lobos eran capaces de percibir la debilidad de los demás. Cuando vivían en una manada de cazadores, por lo general atacaban a los débiles. Pero Lobo había establecido un lazo muy estrecho con el niño mixto del clan, una criatura muy débil, que Nezzie había adoptado cuando el lobo era muy joven y adquiriría la impronta de su manada mamutoi. Los lobos de una manada adoran a sus crías, pero la manada de

Lobo se componía de humanos. Ayla sabía que lo atraían los bebés y los niños humanos, y aquellos cuya debilidad captaba con su sensibilidad lobuna, no con la intención de cazarlos, sino para tratarlos como los lobos salvajes trataban a las crías.

Ayla advirtió que Danella parecía un poco recelosa.

—Creo que Lobo quiere conocerte, Danella. ¿Has tocado alguna vez un lobo vivo? —preguntó.

—No, claro que no. Nunca había estado tan cerca de uno. ¿Por qué crees que quiere conocerme?

—A veces se siente atraído por ciertas personas. Adora a los bebés. Jonayla se le sube encima e incluso le tira del pelo o le mete el dedo en los ojos y las orejas, y a él parece traerle sin cuidado. Cuando llegamos a la Novena Caverna, se comportó así con la madre de Jondalar. Sencillamente quería conocer a Marthona. —De pronto Ayla se preguntó si en aquel momento Lobo había percibido que la mujer, otrora jefa de la caverna más grande de los zelandonii, tenía ya el corazón débil—. ¿Te gustaría conocerlo?

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Danella.

Alrededor, los visitantes de Vista del Sol las observaban. Los que conocían a Lobo y sus costumbres sonreían; otros se mostraban interesados. Pero Stevadal, el compañero de Danella, parecía preocupado.

—No sé si esto es muy aconsejable —dijo.

—No le hará daño —aseguró Jondalar.

Ayla dejó a Jonayla en brazos de Jondalar y luego se acercó con Lobo a Danella. Cogió la mano de la mujer e inició el proceso de presentación.

—Lobo reconoce a las personas por el olor, y sabe que cuando yo le presento a alguien de esta manera, es amigo.

Lobo olfateó los dedos de Danella y luego los lamió.

Ella sonrió.

—Tiene la lengua suave, lisa.

—Parte de su pelo también lo es —dijo Ayla.

—¡Qué caliente está! —exclamó Danella—. Nunca había tocado un pelaje de animal en un cuerpo caliente. Y aquí mismo se siente un latido.

—Sí, esa es la sensación que tienes al tocar a un animal vivo. —Ayla se volvió hacia el jefe de la Vigésimo sexta Caverna de los zelandonii—. ¿Te gustaría conocerlo, Stevadal?

—¿Y por qué no? —instó Danella.

Ayla repitió el mismo proceso con él, pero Lobo parecía impaciente por volver con Danella, y permaneció a su lado cuando se encaminaron hacia Vista del Sol. Llegaron a un lugar donde sentarse, con troncos y cojines encima de piedras o en el suelo. Los visitantes sacaron sus vasos de bolsas prendidas en los cinturones. Les

servieron las infusiones las pocas personas que no habían ido al campamento de la reunión, entre ellas las madres de Danella y Stevadal, que se habían quedado para ayudar a la compañera del jefe. Cuando Danella tomó asiento, Lobo se sentó junto a ella, pero no sin mirar a Ayla, como pidiéndole permiso. Ella asintió, y el animal apoyó la cabeza en las patas extendidas ante él. Sin darse cuenta, Danella lo acariciaba de vez en cuando.

La Zelandoni se acomodó al lado de Ayla. Después de tomarse la infusión, Ayla amamantó a Jonayla. Varias personas se habían acercado para charlar con la Primera y su acólita, pero cuando por fin las dos se quedaron solas, hablaron de Danella.

—Lobo parece querer consolarla —dijo la Zelandoni.

—Creo que Danella lo necesita —observó Ayla—. Todavía está muy débil. Sospecho que ha tenido un aborto en avanzado estado de gestación o le ha nacido un hijo muerto, y antes debe de haberlo pasado mal.

La Primera la miró con interés.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo delgada y frágil que se la ve, seguro que ha estado enferma o arrastra algún problema desde hace tiempo, y he percibido cierta tristeza cuando miraba a Jonayla. Me ha llevado a pensar que tuvo un embarazo largo y difícil, y luego perdió el bebé —explicó Ayla.

—Una observación muy sagaz por tu parte. Creo que tienes razón. Yo he pensado algo parecido. Quizá deberíamos preguntárselo a su madre. Me gustaría examinarla, para asegurarme de que está restableciéndose bien —dijo la donier—. Existen remedios que podrían ayudarla. —La Primera se volvió hacia Ayla—. ¿Qué propones?

—La alfalfa va bien para la fatiga y alivia el escozor que se siente a veces al orinar —afirmó Ayla, y se detuvo a pensar—. No sé cómo se llama, pero hay una planta con una baya roja muy beneficiosa para las mujeres. Se extiende por el suelo como una parra pequeña y tiene hojas verdes todo el año. Puede usarse para aplacar los retortijones que acompañan la pérdida de sangre en cada luna, y para reducir la propia pérdida de sangre. Sirve también para propiciar y facilitar el parto.

—Ésa la conozco. Crece tan espesa que a veces forma una alfombra en la tierra, y a los pájaros les gustan sus bayas. Algunas personas la llaman «morera de los pájaros» —dijo la Primera—. La infusión de alfalfa puede fortalecer, al igual que la decocción de raíces y corteza de espicanardo... —Se interrumpió al ver la expresión de perplejidad en el rostro de Ayla—. Es un arbusto alto con hojas grandes y bayas violetas... las flores son pequeñas, de un blanco verdoso... Ya te lo enseñaré. Puede servirle a una mujer si se le desprende la bolsa que contiene al bebé en su vientre, o si se desplaza. Por eso me gustaría examinarla, para saber qué puedo darle. El Zelandoni de la Vigésimo sexta es un buen curandero en general, pero es posible que

conozca menos las dolencias de las mujeres. Tendré que hablar con él hoy antes de marcharnos.

Tras dejar pasar un rato, como exigía la cortesía, los hombres que habían ayudado a construir la angarilla y luego habían visitado el refugio de la Vigésimo sexta Caverna apuraron su infusión y se levantaron dispuestos a marcharse. La Primera detuvo a Joharran. Jondalar estaba con él.

—¿Puedes ir a buscar al Zelandoni de la Vigésimo sexta en el campamento de los zelandonia? —preguntó la donier en voz baja—. La compañera de Stevadal ha estado mal de salud y me gustaría saber si puedo hacer algo. Es un buen curandero, y lo más probable es que haya hecho todo lo posible, pero necesito hablar con él. Creo que es un problema de mujeres, y nosotras somos mujeres... —Se abstuvo de concluir la frase—. Pídele que venga. Nos quedaremos aquí un rato.

—¿Me quedo aquí esperando con vosotras? —preguntó Jondalar a las dos mujeres.

—¿No pensabas ir al campo de prácticas de tiro? —preguntó Joharran.

—Sí, pero no es que esté obligado.

—Ve, Jondalar; nosotras ya iremos después —sugirió Ayla, rozándole la mejilla con la suya.

Ambas mujeres se reunieron con Danella, las dos madres y unas cuantas personas más. Cuando Stevadal vio que la Primera y su acólita no se marchaban, se quedó allí también. La jefa de los zelandonia tenía un don especial para averiguar qué le pasaba a la gente, y pronto confirmó que Danella había estado embarazada, y el niño había nacido muerto como sospechaban, pero intuyó que las dos mujeres de mayor edad se callaban algo, sobre todo en presencia de Danella y Stevadal. Había algún detalle en esa historia que se negaban a contar. La donier tendría que esperar al Vigésimo sexto. Mientras tanto, las mujeres conversaban. Jonayla iba de mano en mano entre ellas. Aunque al principio Danella se mostró reacia a cogerla, en cuanto lo hizo, se la quedó en brazos mucho tiempo. Lobo parecía a gusto con las dos juntas.

Ayla retiró la angarilla a Whinney y la dejó pastar, y cuando volvió, tímidamente le hicieron preguntas sobre la yegua y cómo había acabado junto a ella. La Primera animó a Ayla a contárselo. Estaba convirtiéndose en toda una narradora y encandilaba a sus oyentes, sobre todo cuando añadía efectos sonoros como relinchos de caballo y rugidos de león. Justo cuando terminaba, apareció el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna.

—Me ha parecido oír un rugido que me sonaba de algo —les dijo, y las saludó con una amplia sonrisa.

—Ayla nos ha contado cómo adoptó a Whinney —explicó Danella—. Tal como yo suponía, tiene unas cuantas historias cautivadoras que contar. Y ahora que he oído una, quiero más.

La Primera estaba ya impaciente por marcharse, aunque no quería demostrarlo. Era lo propio que la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra visitara al jefe de la caverna que acogía la Reunión de Verano y a su compañera, pero tenía muchas otras tareas pendientes. Los Ritos de los Primeros Placeres tendrían lugar al cabo de dos días y después se celebraría la primera ceremonia matrimonial de la temporada. Aunque habría una segunda ceremonia de emparejamiento a finales del verano para quienes deseaban ultimar sus decisiones antes de volver a sus refugios de invierno, la primera era invariablemente la mayor y más numerosa. Aún quedaban muchas cosas que hacer.

Mientras los demás preparaban otra infusión, porque ya no quedaba, la Primera y su acólita consiguieron llevarse aparte al Vigésimo sexto para hablar con él en privado.

—Hemos sabido que Danella dio a luz a un niño muerto —dijo la Primera—, pero pasó algo más, estoy segura. Me gustaría examinarla para ver si puedo ayudarla en algo.

El Zelandoni dejó escapar un profundo suspiro y frunció el entrecejo.

Capítulo 9

—Sí, es verdad, no nació un único bebé muerto —explicó el Vigésimo sexto—. Fueron gemelos, o lo habrían sido, pero además de nacer juntos, estaban pegados.

Ayla recordó que eso mismo le había sucedido a una mujer del clan: dos bebés pegados, causando un efecto monstruoso. Sintió una profunda tristeza por Danella.

—Uno era de tamaño normal; el otro mucho más pequeño y no del todo formado, unido al primero por algunas partes —prosiguió el Vigésimo sexto—. Me alegro de que nacieran sin respiración, porque de lo contrario yo tendría que habérsela cortado. Habría sido una experiencia demasiado dura para Danella. De hecho, sangró tanto que me sorprendió que sobreviviera. Nosotros... su madre, la madre de Stevadal y yo... decidimos no decírselo a ninguno de los dos. Temíamos que si llegaban a saberlo, un embarazo posterior causase más angustia que el nacimiento de un hijo muerto. Puedes examinarla si lo deseas, pero ocurrió hace ya un tiempo, a finales del invierno. Se ha recuperado bien; sólo necesita reponer fuerzas y superar la pena. Es posible que vuestra visita haya ayudado. La he visto con la hija de Ayla en brazos, y creo que eso es bueno. Parece haberse hecho amiga tuya, Ayla, y también del lobo. Tal vez ahora se anime a ir a la Reunión de Verano.

—¡Jondalar! —exclamó Ayla cuando la Primera y ella llegaron al campamento de la Novena Caverna—. ¿Qué haces aquí? Creía que tenías previsto ir al campamento principal.

—Pienso ir —contestó él—. Sólo quería ver antes cómo estaban Corredor y Gris. No he pasado mucho tiempo con Corredor estos días, y los dos parecen disfrutar con la compañía. ¿Y vosotras qué hacéis aquí?

—Quería que Whinney amantara a Gris mientras yo daba el pecho a Jonayla. Iba a dejar a Whinney aquí, pero hemos pensado que esta puede ser una buena ocasión para que la Zelandoni vaya al campamento en la angarilla —explicó Ayla.

Jondalar sonrió.

—Entonces esperaré —dijo—. ¿Y si os acompaño montado en Corredor?

—Entonces tendremos que llevar también a Gris —contestó Ayla, arrugando un poco la frente, y después sonrió—. Podemos ponerle el pequeño cabestro que le hiciste; empieza a acostumbrarse a llevarlo. Puede que le vaya bien habituarse a estar con gente que no conoce.

—Menudo espectáculo daremos —comentó la Zelandoni—. Pero creo que me gusta la idea. Prefiero formar parte de una atracción mayor a ser yo sola el blanco de todas las miradas.

—También deberíamos llevar a Lobo. La mayoría de la gente ha visto a los

animales, pero no juntos. Todavía hay algunos que no acaban de creerse que Whinney permita a Lobo acercarse a su cría. Si ven que no representa un peligro para Gris, puede que se den cuenta de que tampoco lo es para ellos —adujo Ayla.

—A menos que alguien intente hacerte daño —señaló Jondalar—, a ti o a Jonayla.

Jaradal y Robenan se acercaron corriendo a la morada de verano del jefe de la Séptima Caverna.

—¡Wimar! ¡Thona! ¡Venid a ver! —gritó Jaradal.

—Sí, venid a ver —repitió Robenan. Los dos niños estaban jugando justo enfrente.

—Han traído a todos los caballos, y a Lobo, y hasta la Zelandoni va montada. ¡Venid a verlo! —exclamó Jaradal.

—Tranquilos, niños —dijo Marthona, preguntándose a qué se refería Jaradal. Se le antojaba imposible que la Zelandoni fuese a lomos de un caballo.

—¡Venid a ver! ¡Venid a ver! —vociferaban los niños mientras Jaradal, a tirones, intentaba levantar a su abuela del cojín en el que estaba sentada. Se volvió hacia Willamar—. Ven a ver, Wimar.

Marthona y Willamar estaban de visita en el alojamiento de Sergenor y Jayvena para hablar de sus funciones en la inminente ceremonia en la que intervendrían todos los jefes y, en menor medida, los antiguos jefes. Habían llevado a Jaradal para alejarlo de las faldas de su madre. Proleva, como de costumbre, participaba en la planificación del banquete para el acontecimiento. La compañera embarazada de Solaban, Ramara, y su hijo, Robenan, amigo de Jaradal de la misma edad, los habían acompañado también para que los niños jugaran juntos.

—Ya vamos —dijo Willamar, y ayudó a su compañera a levantarse.

Sorgenor apartó la cortina que cubría la entrada y todos salieron. Los esperaba un espectáculo sorprendente. En dirección al alojamiento de los zelandonia desfilaban Jondalar a lomos de Corredor, tirando de Gris, y Ayla montada en la yegua con Jonayla ante ella en la manta de acarreo. Whinney arrastraba una angarilla en la que iba sentada la Primera, mirando hacia atrás. El lobo caminaba a su lado. A la mayoría de la gente todavía le resultaba extraño ver caballos con personas en el lomo, por no hablar ya del lobo que caminaba tranquilamente a su lado. Pero ver a la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra en un asiento tirado por un caballo era cuanto menos asombroso.

La procesión pasó muy cerca del campamento de la Séptima Caverna, y si bien Marthona y Willamar y el resto de miembros de la Novena Caverna estaban muy familiarizados con los animales, quedaron tan boquiabiertos como cualquiera ante aquella exhibición. La Primera cruzó una mirada con Marthona, y aunque la Zelandoni esbozó una sonrisa recatada, Marthona detectó en sus ojos un amago de

placer y picardía. Aquello era más que un desfile: era un espectáculo, y si algo gustaba a los zelandonia, era dar espectáculo. Cuando llegaron a la entrada del gran alojamiento, Jondalar se detuvo y dejó que Ayla y Whinney se adelantaran; luego desmontó y ofreció una mano a la Primera. Pese a su corpulencia, ella bajó del asiento construido en la parihuela con soltura y, consciente de que todos la observaban, entró en el alojamiento con gran dignidad.

—Así que era eso lo que Jondalar quería construir con nuestra ayuda —dijo Willamar—. Dijo que necesitaba hacer una angarilla sólida, con repisas. No eran repisas lo que él quería. Fue muy astuto por su parte plantearlo así. Ninguno de nosotros habría podido imaginar que era un asiento para la Zelandoni. Tendré que preguntarle qué se siente al ir en un asiento tirado por un caballo.

—La Zelandoni ha sido muy valiente —comentó Jayvena—. No sé si yo me atrevería.

—¡Yo sí! —exclamó Jaradal con una expresión de entusiasmo en los ojos—. Thona, ¿crees que Ayla me dejaría sentarme en el asiento de la angarilla mientras la arrastra Whinney?

—A mí también me gustaría —dijo Robenan.

—Los jóvenes siempre están dispuestos a probar cosas nuevas —observó Ramara.

—Me pregunto cuántas conversaciones parecidas estarán manteniéndose ahora en el campamento —señaló Sergenor—. Pero si Ayla se lo permite a un niño, la mitad de los niños del campamento acabará pidiendo lo mismo a gritos.

—Y unas cuantas niñas también —añadió Marthona.

—Yo que ella esperaría a que volvamos a la Novena Caverna —comentó Ramara—. Entonces no será muy distinto de cuando Ayla deja a un niño o dos montar a lomos de la yegua mientras ella la lleva del ronzal, como hace ahora.

—En cualquier caso, es todo un espectáculo. Recuerdo cómo me sentí cuando vi por primera vez a esos animales. Daban miedo. ¿No nos contó Jondalar que la gente huía de ellos cuando regresaban de su viaje? Ahora que estamos acostumbrados, siguen resultando impresionantes —dijo Willamar.

No todo el mundo quedó tan favorablemente impresionado por el espectáculo. Marona, a quien le gustaba ser el centro de atención, sintió un arrebató de celos. Se volvió hacia su prima, Wylopa, y añadió:

—No entiendo cómo soportan estar cerca de esos animales mugrientos a todas horas. Cuando te acercas a ella, huele a caballo, y me han dicho que duerme con ese lobo. Es asqueroso.

—También duerme con Jondalar —señaló Wylopa—, y me han dicho que él no comparte los placeres con nadie más.

—Eso no durará —dijo Marona, lanzando a Ayla una mirada emponzoñada—. Lo

conozco. Volverá a mi cama. Te lo aseguro.

Viendo hablar a las dos primas, Brukeval reconoció la mirada maliciosa que Marona dirigía a Ayla y sintió dos emociones contrapuestas. Era consciente de que no tenía ninguna posibilidad, pero amaba a Ayla y deseaba protegerla del despecho de la mujer que era también su prima: él mismo había sido blanco de su malevolencia y sabía el daño que podía causar. Pero también le daba miedo que Ayla volviera a insinuar que era un cabeza chata, y eso no lo soportaba, aunque en el fondo sabía que ella no lo había dicho con la misma mala intención con que lo decía la mayoría de la gente. Nunca se miraba en el reflector de madera negra pulida, pero a veces alcanzaba a verse en la superficie del agua inmóvil y detestaba lo que veía. Sabía por qué la gente lo calificaba con ese odioso apelativo, pero no soportaba la idea de que quizá hubiera algo de verdad en ello.

Madroman también miraba a Ayla y Jondalar con el entrecejo fruncido. Le molestaba que Ayla recibiera tanta atención de la Primera. Era su acólita, sí, pero no le parecía bien que la persona que supervisaba a todos los acólitos la favoreciera tanto cuando estaban juntas en la Reunión de Verano. Y Jondalar siempre en medio de todo, cómo no. ¿Por qué había tenido que volver? Las cosas iban mucho mejor cuando ese grandullón no estaba, y más desde que la Zelandoni de la Quinta Caverna lo tomó a él, Madroman, como acólito, aunque él personalmente opinaba que ya deberían haberlo nombrado Zelandoni. Pero ¿qué podía esperarse con aquella gorda al mando? «Ya encontraré yo la manera», pensó.

Laramar dio la espalda a la escena y se alejó, absorto en sus pensamientos. Ya estaba harto de aquellos caballos, y más aún del lobo. A su modo de ver, vivían demasiado cerca de su morada en la Novena Caverna, y los caballos acaparaban tanto espacio que llegaban casi hasta su mismísimo alojamiento. Ahora, cada vez que volvía a casa, tenía que dar un rodeo para evitar al lobo. Las pocas veces que se acercaba más de la cuenta, el animal se erizaba, arrugaba el hocico y enseñaba los dientes, como si fuera el dueño de todo aquello.

Además, la mujer era una entrometida, presentándose en su casa con comida y mantas para hacer ver que era muy buena, cuando en realidad su único propósito era vigilarlo a él. Ahora Laramar ni siquiera tenía un alojamiento adonde ir, al menos no uno que sintiera suyo. Los niños se comportaban como si la morada de verano les perteneciera a ellos. Pero seguía siendo su hogar, y lo que él hacía en su propio hogar no era asunto de nadie.

Afortunadamente quedaban aún los alojamientos alejados. En realidad le gustaba dormir allí, donde no lo despertaban los niños con su llanto, ni su compañera cuando llegaba borracha y provocaba una pelea. En el alojamiento alejado donde pasaba la noche, la mayoría de los hombres eran mayores y no se molestaban mutuamente. No era un lugar bullicioso como los alojamientos alejados de otros hombres más jóvenes,

aunque si Laramar ofrecía un trago de barba a alguno de sus compañeros, bebía con él gustosamente. Era una pena que en la Novena Caverna no hubiera alojamientos alejados.

A lomos de Whinney, Ayla rodeó lentamente el gran alojamiento de la zelandonia tirando de la angarilla y abandonó el campamento de la Reunión de Verano volviendo por donde había llegado. Jondalar la siguió llevando por el ronzal a Corredor y Gris. La zona donde ese año se había instalado la Reunión de Verano, llamada Vista del Sol por el nombre de la caverna más cercana, solía emplearse como campamento siempre que se celebraba una reunión multitudinaria. Cuando llovía, acarreaban hasta allí piedras desde el río y las paredes de roca cercanas para pavimentarla, sobre todo si se embarraba más de lo normal. Cada año se añadían más, y ahora el recinto de acampada quedaba delimitado por la amplia zona empedrada.

Cuando dejaron atrás ese espacio pavimentado y los límites del campamento, ya en medio de una pradera en las tierras llanas de aluvión, Ayla se detuvo.

—Retiremos la angarilla a Whinney y dejemos aquí los caballos un rato para que pasten —propuso—. No creo que se vayan lejos, y si es necesario, podemos llamarlos con un silbido.

—Buena idea —coincidió Jondalar—. La mayoría de la gente sabe ya que no debe molestarlos si nosotros no estamos cerca para vigilarlos. Les quitaré también los arneses.

Mientras atendían a los caballos, vieron acercarse a Lanidar, todavía con su funda especial para el lanzavenablos. Saludó con la mano y luego silbó, y en respuesta recibió un relincho de bienvenida de Whinney y Corredor.

—Venía a ver a los caballos —explicó—. El año pasado disfruté mucho observándolos y conociéndolos mejor, pero este verano he pasado muy poco tiempo con ellos, y ni siquiera conozco a la cría de Whinney. ¿Creéis que se acuerdan de mí?

—Sí. Han contestado a tu silbido, ¿no? —respondió Ayla.

Lanidar llevaba unos trozos de manzana silvestre seca en un pliegue de la túnica y dio de comer de la mano primero al joven corcel y luego a su madre; después se agachó y alargó el brazo para dar un trozo de fruta a la potranca. Esta al principio se quedó cerca de las patas traseras de Whinney. Aunque Gris aún mamaba, había empezado a comer hierba imitando a su madre, y era evidente que sentía curiosidad. Lanidar esperó pacientemente, y al cabo de un momento la potranca se acercó a él poco a poco.

La yegua observaba, pero no animó ni contuvo a la potranca. Al final, Gris sucumbió a la curiosidad y olisqueó la mano abierta de Lanidar para ver qué contenía. Tomó un trozo de manzana con la boca y luego lo soltó. Lanidar lo recogió y volvió a intentarlo. Aunque no tenía tanta experiencia como su madre, consiguió usar los

incisivos y los flexibles labios y lengua para introducirse en la boca y morder. Era una experiencia nueva para ella, y un sabor nuevo, pero le interesaba más Lanidar. Cuando él empezó a acariciarla y a rascarla en sus lugares favoritos, la conquistó. Al erguirse, el muchacho sonreía de oreja a oreja.

—Pensábamos dejar a los caballos un rato en este campo y venir a ver cómo estaban de vez en cuando —explicó Jondalar.

—Yo los vigilaré con mucho gusto, como el año pasado —se ofreció Lanidar—. Si surge algún problema, iré a buscaros, o silbaré.

Ayla y Jondalar se miraron y sonrieron.

—Te estaría muy agradecida —dijo ella—. Quería dejarlos aquí para que la gente vaya acostumbrándose a verlos, y para que ellos se sientan más cómodos con la gente, sobre todo Gris. Si te cansas o tienes que marcharte, avisa con un buen silbido o ven a decírnoslo a uno de nosotros.

—De acuerdo.

Abandonaron el campo quedándose mucho más tranquilos respecto a los caballos. Cuando volvieron al atardecer para invitar a Lanidar a compartir una comida con su caverna, vieron que varios muchachos, así como unas cuantas jóvenes, incluida Lanoga con su hermana menor a cuestas, habían ido a visitarlo. Cuando Lanidar vigilaba a los animales el año anterior, estos se hallaban en el cercado y el prado más próximo al lugar de acampada de la Novena Caverna, a cierta distancia del campamento principal. Poca gente iba allí y en aquel entonces él tenía pocos amigos, pero ahora, como había desarrollado una gran destreza con el lanzavenablos e iba de caza habitualmente, gozaba de mayor prestigio. También había ganado amigos y, por lo visto, unas cuantas admiradoras.

Los jóvenes, a lo suyo, no advirtieron la llegada de Ayla y Jondalar. Este se alegró de ver que Lanidar se comportaba de manera tan responsable, sin permitir que el grupo de jóvenes se apiñara en torno a los caballos, en particular de Gris. Naturalmente había permitido a los visitantes acariciarlos y rascarlos, pero sólo dejaba que se acercaran uno o dos a la vez. Cuando los caballos se cansaban de tanta atención y querían sólo pastar, él parecía darse cuenta y con firmeza notable ordenaba a los otros jóvenes que los dejaran tranquilos. La pareja no sabía que un rato antes había echado de allí a unos muchachos por envalentonarse más de la cuenta, amenazándolos con decírselo a Ayla, que era, les recordó, acólita de la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra.

Los zelandonia eran aquellos a quienes la gente acudía en busca de ayuda y socorro, y aunque respetados, incluso reverenciados, y en muchos casos queridos, suscitaban también cierto miedo. Los zelandonia tenían acceso íntimo al otro mundo, el mundo de los espíritus, el lugar temible al que uno se iba cuando el elán —la fuerza vital— abandonaba su cuerpo. Poseían asimismo otros poderes fuera de lo

común. Los jóvenes solían difundir rumores, y a los chicos en particular les gustaba amedrentar a los otros contándoles historias sobre lo que un zelandoni era capaz de hacerles, sobre todo a sus partes viriles, si lo encolerizaba.

Todos sabían que Ayla era una mujer normal con un compañero y un bebé, pero también era acólita, miembro de la zelandonia, y forastera. Bastaba oír-la hablar para percibir claramente su procedencia foránea y tomar conciencia de que venía de otro sitio, un sitio muy lejano, tanto que nadie se había acercado allí ni remotamente, salvo Jondalar. Pero Ayla también exhibía aptitudes extraordinarias, como el dominio sobre los caballos y un lobo. ¿Quién sabía de qué sería capaz? Algunos incluso miraban con recelo a Jondalar, pese a que él era zelandonii de nacimiento, por las costumbres extrañas que había adquirido mientras estaba fuera.

—Yo os saludo, Ayla y Jondalar, y también a ti, Lobo —dijo Lanidar, y algunos de los jóvenes visitantes a quienes había pasado inadvertida su llegada se volvieron bruscamente. Fue como si aparecieran de pronto. Pero Lanidar sí había percibido que se acercaban. Había notado un cambio en el comportamiento de los caballos. Pese a la débil luz crepuscular, los animales sintieron su presencia y se encaminaron hacia ellos.

—Yo te saludo, Lanidar —respondió Ayla—. Tu madre y tu abuela están en el campamento de la Séptima Caverna, junto con casi toda la Novena. Estás invitado a compartir una comida con ellos.

—¿Quién vigilará a los caballos? —preguntó el muchacho, agachándose para acariciar a Lobo, que se había acercado a él.

—Nosotros ya hemos comido. Los llevaremos a nuestro campamento —contestó Jondalar.

—Gracias por vigilarlos, Lanidar —dijo Ayla—. Te agradezco tu ayuda.

—Me gusta hacerlo. Puedo vigilarlos siempre que queráis —respondió Lanidar. Lo decía en serio. No sólo disfrutaba de la compañía de los animales, sino que además le complacía la atención que recibía gracias a ellos. Cuidando de ellos, había atraído a varios muchachos curiosos, y también a varias jóvenes.

Con la llegada de la Primera Entre Quienes Servían, el campamento de la Reunión de Verano pronto se vio inmerso en la habitual actividad frenética de la temporada. Los Ritos de los Primeros Placeres plantearon las complicaciones de costumbre, pero en ningún caso tantas como en el de Janida el año anterior, que se presentó embarazada antes de sus Primeros Ritos. Para colmo la madre de Peridal se opuso al emparejamiento de su hijo con la muchacha. La reticencia de la madre tenía su lógica, ya que su hijo contaba sólo trece años y medio, y Janida trece.

Pero el problema no era sólo su juventud. Aunque la madre de Peridal se negaba a admitirlo, la Primera estaba convencida de que también se resistía porque una

muchacha que compartía placeres antes de los Primeros Ritos perdía prestigio. Por otro lado, como Janida estaba embarazada, también adquiriría prestigio. Varios hombres mayores se habían mostrado más que dispuestos a ofrecerle su hogar y acoger a su hijo, pero ella sólo había compartido placeres con Peridal, y lo quería a él. Había accedido no sólo porque él se lo había solicitado con gran insistencia, sino también porque lo amaba.

Después de los Primeros Ritos, llegó el momento de organizar la primera ceremonia matrimonial del verano. Pero entonces se divisó no muy lejos de allí una enorme manada de bisontes, y los jefes decidieron que debía llevarse a cabo una gran cacería antes de los Ritos Matrimoniales. Joharran lo consultó con la Primera, y ella accedió a posponer la ceremonia.

Deseaba que Jondalar y Ayla empleasen los caballos para ayudar a conducir los bisontes hasta el cerco construido para acorrallar a la manada. La utilidad de los lanzavenablos se pondría de manifiesto a la hora de capturar a aquellos animales que eludieran el cerco. El jefe de la Novena Caverna seguía animando a la gente a ver cómo podía arrojarse una lanza a una distancia mayor, y con menor riesgo, usando el lanzavenablos. Estos utensilios estaban convirtiéndose ya en el arma preferida de la mayoría de aquellos que habían tenido oportunidad de verlos en acción. La cacería de leones era ya un hecho sabido en la reunión; los cazadores de leones habían contado con entusiasmo la historia del peligroso enfrentamiento.

La nueva arma había recibido una excelente acogida entre los cazadores más jóvenes, pero también entre unos cuantos mayores. Quienes mostraban menos interés eran los que dominaban el lanzamiento a mano. Se sentían cómodos cazando como siempre lo habían hecho y no se morían de ganas por aprender un método nuevo a esas alturas de su vida. Después de la cacería, la carne y las pieles se pusieron en conservación o se apartaron para su procesado posterior, y por entonces eran ya muchos los que opinaban que la primera ceremonia matrimonial se había retrasado demasiado.

El día de la ceremonia de emparejamiento comunal amaneció claro y soleado, y se respiraba un ambiente de expectación en todo el campamento, no sólo entre quienes participarían. Era una celebración que todos aguardaban ilusionados, a la que todos asistirían. La ceremonia incluía la aprobación de las parejas recién unidas, expresada públicamente por todos los presentes en la Reunión de Verano. Los emparejamientos implicaban un cambio en los títulos y los lazos no sólo para las parejas nuevas y sus familias; la posición social de casi todo el mundo se alteraba en mayor o menor medida, en función de la proximidad de las relaciones de parentesco.

La ceremonia matrimonial del año anterior había sido un momento tenso para Ayla, no sólo porque se celebraba la suya, sino porque acababa de llegar y era el centro de atención. Deseaba granjearse el agrado y la aceptación de la gente de

Jondalar y trataba de integrarse. Lo consiguió en la mayoría de los casos, pero no en todos.

Ese año los jefes y los antiguos jefes, así como los zelandonia, estaban sentados estratégicamente para poder contestar cuando la Primera pidiese las respuestas a los presentes, que para ella equivalían a su aprobación. El año anterior la Primera no había visto con buenos ojos los titubeos entre algunos de los asistentes cuando pidió las respuestas de conformidad para Ayla y Jondalar, y no deseaba que eso se convirtiera en algo habitual. Quería que las ceremonias se desarrollasen sin incidentes.

Los festejos posteriores se esperaban con entusiasmo. La gente preparaba sus mejores platos y lucía sus mejores galas, pero la fiesta del emparejamiento no sólo era un momento de júbilo para los contrayentes, sino también la ocasión idónea para organizar una Festividad de la Madre. Era entonces cuando se inducía a todos a honrar a la Gran Madre Tierra compartiendo Su don del placer, con el mayor número posible de apareamientos y uniones, y con quien uno quisiese siempre y cuando el sentimiento fuera mutuo.

Se animaba a la gente a honrar a la Madre, pero no era obligatorio. Ciertas zonas se destinaban a quienes no deseaban participar. Los niños quedaban excluidos, aunque si algunos de ellos empezaban a agitarse imitando a los adultos, solían despertar sonrisas indulgentes. Había adultos a quienes no les apetecía, en particular los enfermos, los heridos, los convalecientes, o aquellos que sencillamente estaban cansados, así como las mujeres que acababan de dar a luz o tenían la luna y sangraban. Unos pocos zelandonia, que sobrellevaban ciertas pruebas por las que se les exigía abstenerse de los placeres durante cierto período, se ofrecían voluntariamente a atender a los niños pequeños y ayudar a los demás.

La Que Era la Primera se hallaba sentada en un taburete en el alojamiento de los zelandonia. Apuró el vaso de infusión de flores de espino y nébeda y declaró:

—Ha llegado el momento.

Entregó el vaso vacío a Ayla, se levantó y se dirigió al fondo del alojamiento, hasta un pequeño acceso, secundario, un poco escondido, camuflado en el exterior por una construcción empleada para guardar leña de reserva.

En un gesto habitual, espontáneo, Ayla olfateó el vaso, y casi inconscientemente identificó los ingredientes y dedujo que la mujer corpulenta debía de tener la luna. La nébeda, planta perenne, de un metro de altura, con hojas sedosas y flores de colores blanco, rosa y violeta dispuestas en verticilos, era un sedante suave que aliviaba la tensión y los retortijones. Sin embargo, en cuanto al espino, Ayla no lo tenía tan claro. Poseía un sabor muy característico, que tal vez le gustaba a la Primera, pero también era uno de los ingredientes empleados por ella en los preparados medicinales que

elaboraba para Marthona. Ayla sabía ya que los remedios administrados por la Zelandoni a la madre de Jondalar eran para el corazón, el músculo del pecho que bombeaba la sangre. Ella había visto músculos del corazón similares en los animales que cazaba y posteriormente descuartizaba. Con el espino, el corazón bombeaba de manera más vigorosa y rítmica. Dejó el vaso y salió por la entrada principal.

Lobo, que esperaba fuera, miró a Ayla con expectación. Esta sonrió, desplazó a un lado a Jonayla, que dormía en su manta de acarreo, y se agachó ante el animal. Cogiendo su cabeza entre las manos, lo miró a los ojos.

—Lobo, me alegro mucho de haberte encontrado. Siempre estás cuando te necesito y es mucho lo que me das —dijo, alborotándole el pelo enmarañado. Luego acercó la frente a la suya—. ¿Vendrás conmigo a la ceremonia matrimonial? —Lobo seguía mirándola—. Ven si quieres, pero creo que te cansarás. ¿Por qué no te vas a cazar? —Se puso en pie—. Puedes irte, Lobo. Vamos, vete a cazar tú solo —indicó, señalando los límites del campamento. Él la miró aún durante un momento y acto seguido se alejó al trote.

Ayla lucía la misma ropa que se puso el día de su emparejamiento con Jondalar, su vestido matrimonial, que había llevado consigo durante todo el año de viaje desde el hogar de los mamutoi, muy al este, hasta el hogar del pueblo de Jondalar, los zelandonii, cuyo territorio se extendía hasta las Grandes Aguas al Oeste. Su traje matrimonial recordó a muchos el gran acontecimiento del año anterior. Varias personas hablaron del peculiar vestido de Ayla cuando volvió a aparecer con él puesto. Pero a la Zelandoni el traje le recordó también las objeciones expresadas por algunos. Aunque en general no abordaban el tema de una manera directa, la Primera sabía que se debía sobre todo a que Ayla era forastera, y una forastera con aptitudes poco comunes.

Esta vez Ayla asistía como espectadora en lugar de participante y le hacía ilusión ver el ritual sin más. Rememorando su propia ceremonia de emparejamiento, recordó que en ese momento los prometidos se hallaban en el alojamiento cercano de menor tamaño, vestidos con sus galas, nerviosos y emocionados. Sus testigos e invitados se colocaban en las primeras filas de la zona reservada al público, delante del resto del campamento.

Se dirigió hacia el amplio espacio donde la gente estaba congregada para los diversos actos en los que participaba el campamento entero. Al llegar, se detuvo a escrutar en la muchedumbre y luego se encaminó hacia los rostros conocidos de la Novena Caverna. Varias personas le sonrieron cuando se acercó, incluidos Jondalar y Joharran.

—Esta noche estás guapísima —dijo Jondalar—. No veía ese vestido desde el año pasado por estas fechas.

Él lucía la sencilla túnica totalmente blanca, decorada sólo con colas de armiño,

que ella le había hecho para la ceremonia de emparejamiento. En él quedaba espectacular.

—Ese traje mamutoi te queda muy bien —comentó su hermano. Lo pensaba realmente, pero el jefe de la Novena Caverna también se daba cuenta de la riqueza que exhibía.

Nezzie, la compañera del jefe del Campamento del León, y la mujer que había convencido a los mamutoi para que la adoptaran, había regalado esas prendas a Ayla, confeccionadas a petición de Mamut, el hombre santo que la había adoptado como hija del Hogar del Mamut. En un principio las habían hecho cuando pensaban que Ayla se emparejaría con Ranec, el hijo de la compañera del hermano de Nezzie, Wymez. Este había viajado muy al sur en su juventud, se había emparejado con una mujer de piel oscura muy exótica y había vuelto al cabo de diez años, desgraciadamente perdiendo a su mujer en el camino.

Regresó con historias fantásticas, nuevas técnicas de talla de pedernal y un niño asombroso de piel oscura y rizos negros apretados, a quien Nezzie crio como a un hijo. Entre sus parientes del norte de piel clara y pelo rubio, Ranec era un niño único que siempre causaba entusiasmo. Con los años, llegó a ser un hombre de delicioso ingenio, risueños ojos negros que las mujeres encontraban irresistibles y un talento notable para la talla.

Como todo el mundo, Ayla sentía fascinación por los colores de la piel y el pelo de Ranec, así como por su encanto, pero la atracción entre él y la hermosa forastera era recíproca, cosa que él no disimulaba, despertando unos celos en Jondalar que a él mismo lo asombraron. El hombre alto y rubio de cautivadores ojos azules siempre había sido irresistible para las mujeres, y no supo manejar una emoción que nunca antes había experimentado. Ayla no comprendió su comportamiento anómalo, y al final prometió emparejarse con Ranec porque creyó que Jondalar ya no la amaba, y el tallador moreno, con su mirada risueña, le gustaba de verdad. El Campamento del León se encariñó con Ayla y Jondalar el invierno que pasaron con los mamutoi, y todos percibieron claramente los conflictos emocionales de los tres jóvenes.

Nezzie, en particular, desarrolló un fuerte vínculo con Ayla por cómo atendía y comprendía a Rydag, el niño poco común que la mujer había adoptado, que era débil, incapaz de hablar y mixto, con sangre del clan. Ayla trató la debilidad de su corazón y le proporcionó una vida más cómoda. También enseñó a Rydag el lenguaje de los signos del clan, y la facilidad y rapidez con que aprendió la llevó a deducir que poseía los recuerdos del clan. Enseñó a todo el Campamento del León una forma simplificada de ese lenguaje sin palabras para que el niño pudiera comunicarse con ellos, lo que lo hizo muy feliz, y a Nezzie la colmó de júbilo. Ayla no tardó en quererlo. En parte, porque Rydag le recordaba a su propio hijo, a quien había tenido que abandonar, pero más por él mismo, aunque al final no fue capaz de salvarlo.

Cuando Ayla decidió regresar a casa con Jondalar en lugar de quedarse para emparejarse con Ranec, Nezzie, pese a que sabía lo mucho que la marcha de Ayla dolía al sobrino criado por ella, regaló a la joven las hermosas prendas que le había confeccionado, y le dijo que se las pusiera en su ceremonia de emparejamiento con Jondalar. Ayla no era entonces plenamente consciente de la riqueza y el prestigio que transmitían esas prendas matrimoniales, pero Nezzie sí, y también Mamut, el perspicaz y anciano jefe espiritual. Habían deducido que Jondalar, por su porte y sus modales, procedía de un grupo de gran prestigio, y Ayla necesitaría algo que le otorgase una buena posición entre ellos.

Aunque Ayla no entendía del todo el prestigio que confería su traje matrimonial, sí percibía la calidad de la factura. Las pieles empleadas para la túnica y los calzones eran de ciervo y antílope saiga, de un color amarillo dorado, terroso, casi como su pelo. Parte del color se debía a las clases de madera empleadas para ahumar las pieles a fin de que conservaran la elasticidad, y parte a las mezclas de ocre amarillo y rojo añadidas. Había requerido un gran esfuerzo raspar las pieles para que quedaran suaves y flexibles, pero en lugar de darles el acabado sedoso parecido al ante de la gamuza, habían bruñido el cuero y le habían restregado los ocre mezclados con grasa mediante una herramienta suavizadora de marfil, lo que daba al cuero un acabado brillante, luminoso, gracias al cual esa piel suave era casi impermeable.

La larga túnica, cosida con finas puntadas, caía por detrás formando un triángulo invertido. Se abría por delante y, por debajo de las caderas, ambas partes se estrechaban de modo que al unirse creaban otro triángulo invertido. Los calzones eran ajustados salvo en torno a los tobillos, donde podían plegarse cuidadosamente o extenderse hasta por debajo del talón, en función del calzado elegido. Pero la calidad de la confección básica no era más que el trabajo de fondo para aquel extraordinario conjunto. El esfuerzo puesto en la ornamentación lo convertía en una exquisita creación de singular belleza y valor.

Adornaban la túnica y la parte inferior de los calzones elaborados dibujos geométricos formados principalmente por cuentas de marfil, con algunas secciones rellenas por entero. Los bordados de colores aportaban definición a las figuras geométricas hechas con cuentas. Empezaban con triángulos invertidos, dispuestos horizontalmente en zigzag y verticalmente en forma de diamantes y galones, y luego pasaban a complejas figuras, tales como espirales rectangulares y romboides concéntricos. Para dar realce a las cuentas de marfil, habían incluido cuentas de ámbar, unas más claras que la piel y otras más oscuras, pero de la misma tonalidad. Las prendas llevaban cosidas más de cinco mil cuentas de marfil hechas de colmillos de mamut, cada una tallada, perforada y abrillantada a mano.

Una faja tejida a dedo con dibujos geométricos similares ceñía la túnica en la cintura. Tanto el bordado como el cinturón eran de hilos cuyos colores naturales no

requerían tinte: pelo rojo de mamut lanudo, lana de muflón color ebúrneo, cordones marrones de piel de almizclero y pelo negro rojizo de rinoceronte lanudo. Las fibras eran valiosas no sólo por sus colores; todas procedían de animales peligrosos y difíciles de cazar.

La factura del traje entero era magnífica hasta el último detalle; entre los zelandonii bien informados, saltaba a la vista que alguien había adquirido los mejores materiales y reunido a los artesanos más diestros y consumados para realizar esas prendas.

Cuando la madre de Jondalar las vio por primera vez el año anterior, supo que la persona que había encargado el traje inspiraba gran respeto y ocupaba una posición muy alta en su comunidad. Era evidente que su confección había requerido un gran esfuerzo y mucho tiempo, y aun así se lo habían obsequiado a Ayla al marcharse. Los beneficios de los recursos y el trabajo invertidos en su elaboración no permanecerían en la comunidad en la que el traje se había confeccionado. Ayla contó que la había adoptado un anciano espiritual a quien llamaba Mamut, un hombre que obviamente poseía tal poder y prestigio —riqueza, de hecho— que podía permitirse regalar el conjunto matrimonial y el valor que representaba. Nadie lo entendió mejor que Marthona.

De hecho, Ayla había llevado su propia dote, lo que le permitía aportar a la relación el prestigio necesario, con lo que emparejarse con ella no implicó una pérdida de posición para Jondalar o los suyos. Marthona tuvo especial interés en mencionárselo a Proleva, quien, como ella sabía, se lo diría a su hijo primogénito. Joharran se alegró de tener una nueva ocasión de ver la preciada posesión, ahora que entendía plenamente su valor. Se daba cuenta de que con los debidos cuidados —y estaba seguro de que los recibiría—, el traje duraría mucho tiempo. Los ocre empleados para bruñir el cuero no sólo añadían color y lo impermeabilizaban, sino que ayudaban a conservar el material y a protegerlo de los insectos y sus huevos. Lo más probable era que lo llevaran también los hijos de Ayla, y posiblemente los hijos de estos, y cuando el cuero por fin se desintegrara, las cuentas de ámbar y marfil podrían reutilizarse durante muchas más generaciones.

Joharran conocía el valor de las cuentas de marfil. Recientemente había tenido ocasión de adquirir unas cuantas mediante un trueque, para él pero sobre todo para su compañera, y al recordar la transacción, contempló las ricas y lujosas prendas de Ayla con admiración renovada. Al mirar alrededor, advirtió que muchos la observaban con disimulo.

El año anterior, cuando Ayla se puso el traje para su ceremonia matrimonial, todo en ella resultaba extraño y poco común, empezando por ella misma. Ahora la gente se había acostumbrado a su presencia, a su manera de hablar y a los animales que tenía bajo su control. Como miembro de la zelandonia, se la veía con respeto y, por

consiguiente, su rareza parecía más normal, si es que podía considerarse normal a un Zelandoni. Pero con el traje volvía a destacar, traía a la memoria de los demás su origen foráneo, pero también la riqueza y el prestigio que la acompañaban.

Entre quienes la observaban se hallaban Marona y Wylopa.

—Mírala, exhibiendo ese traje —comentó Marona a su prima con una expresión rebosante de envidia. De buena gana lo habría lucido ella—. Has de saber, Wylopa, que ese traje de boda debería haber sido mío. Jondalar me lo prometió. Debería haberse emparejado conmigo al volver, y haberme regalado a mí ese traje. —Se interrumpió. Con desprecio, añadió—: Además tiene las caderas demasiado anchas para ese traje.

Mientras Ayla y los demás se abrían paso hacia el lugar que la Novena Caverna había solicitado para presenciar las celebraciones, Jondalar y su hermano vieron a Marona. Esta observaba a Ayla con tal malevolencia que Joharran temió por ella. Se volvió hacia Jondalar, que también había visto el odio en los ojos de Marona, y ambos hermanos cruzaron una mirada elocuente.

Joharran se acercó a Jondalar.

—Sabes que si tiene la oportunidad, le creará problemas a Ayla algún día —dijo el jefe en un susurro.

—Creo que tienes razón, y la culpa es mía, me temo —convino Jondalar—. Marona está convencida de que le prometí emparejarme con ella. No lo hice, pero entiendo qué la llevó a pensarlo.

—La culpa no es tuya, Jondalar. La gente tiene derecho a tomar sus decisiones —respondió Joharran—. Estuviste ausente mucho tiempo. Ella no tenía ningún derecho sobre ti, y no debería haberse formado tantas expectativas. Al fin y al cabo, se emparejó y separó durante tu ausencia. Tú hiciste una elección mejor, y ella lo sabe. Sencillamente no soporta que hayas traído a alguien que tiene más que ofrecer que ella. Por eso intentará crear problemas algún día.

—Quizá estés en lo cierto —dijo Jondalar, pese a que se resistía a aceptarlo. Deseaba conceder a Marona el beneficio de la duda.

Una vez iniciada la ceremonia, los dos hermanos se concentraron en ella y dejaron de pensar en esa mujer celosa. No habían reparado en otro par de ojos puestos en Ayla: los del primo de ambos, Brukeval. Este había admirado la forma en que Ayla afrontó las risas desdeñosas de la caverna cuando Marona, con un engaño, la indujo a vestir un conjunto inapropiado aquel primer día. Cuando se vieron esa noche, Ayla reconoció su apariencia del clan y se sintió a gusto con él. Lo trató con una familiaridad desenvuelta a la que Brukeval no estaba acostumbrado, y menos viniendo de una mujer hermosa.

Luego, cuando Charezal, el desconocido de una lejana caverna de los zelandonii, empezó a burlarse de él, llamándolo despectivamente cabeza chata, Brukeval montó

en cólera. Los niños de la caverna lo habían motejado así desde que guardaba memoria, y obviamente eso había llegado a oídos de Charezal. También se había enterado de que la mejor manera de obligar a reaccionar al extraño primo del jefe era lanzando insinuaciones sobre su madre. Brukeval nunca conoció a su madre, murió poco después de nacer él, pero eso bastó para idealizarla. Ella no era uno de esos animales. No podía serlo, ni él tampoco.

Aunque sabía que Ayla era la mujer de Jondalar, y le era del todo imposible arrebatársela a su primo alto y apuesto, sintió una gran admiración al verla enfrentarse a las risas de todos y no sucumbir al ridículo. Para él, fue amor a primera vista. Pese a que Jondalar siempre lo había tratado bien y nunca había participado en las burlas de los demás, en ese momento lo odió, y odió también a Ayla por no poder tenerla.

Todo el dolor que Brukeval había padecido en su vida, espoleado por los comentarios desagradables del joven que intentaba apartar de él la atención de Ayla, estalló en una ira incontenible. Después advirtió que Ayla se mostraba más distante y ya no le hablaba con la misma desenvoltura.

Jondalar no comentó nada a Brukeval acerca del cambio en los sentimientos de Ayla hacia él después de su estallido, pero Ayla le había explicado que la ira de Brukeval le recordaba demasiado a Broud, el hijo del jefe de su clan. Broud la había odiado desde el principio, y le había causado una pena y una aflicción inimaginables para ella. Había aprendido a aborrecer a Broud tanto como él la detestaba a ella y, con razón, a temerlo. Por ello se vio obligada finalmente a abandonar el clan, y a dejar allí también a su hijo.

Brukeval recordaba el tibio resplandor que había sentido cuando se conocieron y observaba a Ayla de lejos siempre que le era posible. Cuanto más la observaba, mayor era su enamoramiento. Cuando veía cómo interactuaban Jondalar y ella, Brukeval se imaginaba a sí mismo en el lugar de su primo. Incluso los seguía cuando se refugiaban en un lugar aislado para compartir placeres, y cuando Jondalar probaba su leche, él ansiaba hacer lo mismo.

Pero también recelaba de Ayla, por temor a que volviera a llamarlo cabeza chata, o como ella decía, «miembro del clan». El mero nombre, «cabeza chata», le había causado tal sufrimiento de niño que no soportaba oírlo. Sabía que ella no los veía igual que la mayoría de la gente, pero eso empeoraba las cosas. A veces hablaba de ellos afectuosamente, con aprecio e incluso con amor, y él los odiaba. Los sentimientos de Brukeval por Ayla eran contradictorios. Amaba a Ayla, y la odiaba.

La parte ceremonial del rito matrimonial era larga, interminable. Era una de las pocas ocasiones en que se recitaban al completo los títulos y lazos de cada una de las parejas prometidas. En los emparejamientos, los miembros de las cavernas de los contrayentes daban su conformidad de viva voz, y luego lo hacían todos los

zelandonii presentes. Por último, la pareja se unía físicamente mediante una correa o cuerda, envuelta, normalmente, en torno a la muñeca derecha de la mujer y la muñeca izquierda del hombre, aunque podía ser a la inversa, o enlazarse incluso las dos muñecas, la izquierda y la derecha. Una vez anudada la cuerda, quedaba así durante el resto de las celebraciones de la velada.

La gente siempre sonreía ante los inevitables tropezones y encontronazos de los recién emparejados, y si bien podía ser algo divertido de ver, muchos los observaban con atención para comprobar cómo reaccionaban y cuánto tardaban en adaptarse el uno al otro. Era la primera prueba del lazo con el que acababan de comprometerse, y los ancianos comentaban en susurros sus opiniones sobre la calidad y la duración de los diversos emparejamientos basándose en lo bien que se acomodaban a la restricción de hallarse ligados físicamente el uno al otro. La mayoría de los emparejados sonreían o se reían del otro y de sí mismos y procuraban dejar las discusiones para más tarde, cuando estuvieran solos y pudieran desatar —nunca cortar— el nudo.

Por difícil que pudiera ser para las parejas, lo era incluso más para quienes se unían en tríos o, más raramente, en cuartetos, pero en tales casos se consideraba lógico, ya que una relación así exigía más adaptación para salir adelante. Cada persona debía conservar al menos una mano libre, así que normalmente en las uniones múltiples se ataba la mano izquierda. Para ir de un lado al otro, comer, incluso orinar o evacuar de forma más sólida, debían sincronizarse, ya fueran dos o más los enlazados. De vez en cuando, alguien no soportaba esa limitación del movimiento e incurría en arrebatos de frustración y rabia, que no auguraban nada bueno al emparejamiento, y en muy raras ocasiones el nudo se cortaba para romper la relación aun antes de empezar. El nudo cortado era siempre el símbolo del final de un emparejamiento, del mismo modo que atar el nudo simbolizaba el principio.

Capítulo 10

La ceremonia matrimonial solía empezar al final de la mañana, o como mucho a media tarde, a fin de tener tiempo para los festejos antes del anochecer. Los cánticos o recitaciones del Canto a la Madre siempre culminaban la ceremonia formal de emparejamiento y señalaban el comienzo de los banquetes y otras celebraciones.

Ayla y Jondalar se quedaron durante toda la ceremonia formal, y si bien ella empezaba a aburrirse antes del final, jamás lo habría admitido. Había observado las idas y venidas de la gente durante toda la tarde, cayendo en la cuenta de que no era ella la única que se cansaba con la larga recitación de títulos y lazos y la repetición de las palabras rituales, pero sabía lo importante que era la ceremonia para cada pareja o enlace múltiple y sus parientes inmediatos, y la aceptación de todos los zelandonii presentes formaba parte de eso. Además, se esperaba que los miembros de la zelandonia permaneciesen allí hasta el final, y ahora ella, como acólita, también lo era.

Ayla había contado dieciocho ceremonias individuales cuando vio que la Primera reunía a todos los participantes. Le habían dicho que podían ser veinte o más, pero algunos aún tenían dudas. Las razones por las que podía aplazarse la participación en la ceremonia formal de emparejamiento, sobre todo en la primera del verano, eran muchas, desde la incertidumbre de los contrayentes sobre si estaban o no preparados para asumir el compromiso, hasta la circunstancia de que un familiar importante llegase con retraso. Siempre podía esperarse a la ceremonia matrimonial del final de la temporada para ultimar decisiones, aguardar a parientes, completar preparativos o establecer nuevos enlaces durante el verano.

Ayla sonrió para sí al oír la voz vibrante de la Primera entonar los versos iniciales del Canto a la Madre.

*En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.*

A Ayla le fascinó la Leyenda de la Madre desde la primera vez que la oyó, pero le gustaba especialmente la manera en que la cantaba La Que Era la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra. El resto de los zelandonii sumaron sus voces, unos cantando, otros recitando. Quienes tocaban la flauta aportaron también sus melodías, y los zelandonia entonaron una fuga en contrapunto.

Oía cantar a Jondalar, de pie junto a ella. Tenía una voz excelente, pese a que rara

vez cantaba, y cuando lo hacía, solía ser en grupo. Ayla, en cambio, era incapaz de afinar; era algo que nunca había aprendido y, al parecer, no poseía dotes naturales para el canto. Lo más que conseguía era un soniquete monótono, pero había memorizado las palabras y las pronunciaba con sentimiento hondo. Se identificaba muy en especial con la parte en que la Gran Madre Tierra tenía un hijo —«El niño resplandecía. La madre no cabía en sí de alegría»— y lo perdía. Las lágrimas asomaban a sus ojos siempre que oía:

*En el corazón de la Madre anidaba una inmensa pena,
su hijo y Ella por siempre separados, esa era la condena.
Suspiraba por el niño que en otro tiempo fuera su centro,
y una vez más recurrió a la fuerza vital que llevaba dentro.
No podía darse por vencida. Su hijo era su vida.*

A continuación venía la parte en que la Madre daba a luz a todos los animales, también a sus hijos, y en especial cuando alumbraba a la Primera Mujer y después al Primer Hombre.

*A la Mujer y el Hombre había deseado engendrar,
y el mundo entero les obsequió a modo de hogar,
tanto el mar como la tierra, toda su Creación.
Explotar los recursos con prudencia era su obligación.
De su hogar debían hacer uso, sin caer en el abuso.
A los Hijos de la Tierra la Madre concedió*

*los dones precisos para sobrevivir, y luego decidió
otorgarles la alegría de compartir y el don del placer,
por el cual se honra a la Madre con el goce de yacer.
Los dones aprendidos estarán cuando a la Madre honrarán.*

*La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.
Les enseñó a amarse y respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el don del placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.
Tras a los hijos su bendición dar, la Madre pudo reposar.*

Esa era la parte que todos esperaban. Significaba que las formalidades habían concluido: había llegado el momento del banquete y demás celebraciones.

La gente empezó a pulular de aquí para allá en espera del inicio del banquete. Jonayla, que había dormido plácidamente mientras Ayla permanecía sentada en

silencio, empezó a revolverse cuando todos entonaron juntos el Canto a la Madre. Despertó en el momento en que su madre se puso en pie y empezó a moverse. Ayla la sacó de la manta de acarreo y la sostuvo en alto para que orinara en el suelo. La pequeña había aprendido rápidamente que cuanto antes evacuara, antes se sentiría otra vez a resguardo del frío en el estrecho contacto con un cuerpo cálido.

—Ya la cojo yo —se ofreció Jondalar, alargando los brazos hacia la niña. Jonayla le sonrió, y recibió otra sonrisa a cambio.

—Envuélvela en la manta —dijo Ayla a la vez que le entregaba la suave piel de ciervo rojo que empleaba para acarrearla—. Está refrescando, y la niña aún conserva el calor del sueño.

Ayla y Jondalar se encaminaron hacia el campamento de la Tercera Caverna. Habían ampliado su espacio para dar cabida a sus vecinos de la Novena Caverna en la zona principal de la Reunión de Verano. La Novena había levantado allí un par de refugios para su propia utilización, sobre todo durante el día, pero seguían refiriéndose a aquello como campamento de la Tercera Caverna. Tendían asimismo a compartir las comidas y reunirse para los banquetes, pero los banquetes matrimoniales siempre los preparaba y los compartía el grupo completo.

Se reunieron con el resto de la familia y amigos de Jondalar, que llevaban la comida a la gran zona de encuentro en el campamento de la reunión, cerca del alojamiento de los zelandonia. Proleva, como de costumbre, lo organizó todo, asignando tareas y delegando responsabilidades en distintos individuos. Llegaba gente de todas partes con distintos pertrechos para el gran festín. Cada campamento había desarrollado sus propias variantes respecto a las pautas habituales para cocinar la considerable cantidad y diversidad de alimentos disponibles en la región.

Las abundantes praderas y bosques en galería junto a los ríos proporcionaban alimento a las muy diversas clases de pacedores y ramoneadores, incluidos los uros, bisontes, caballos, mamuts, rinocerontes lanudos, megaceros, renos, ciervos rojos y otras variedades de ciervo. Algunos animales que en tiempos posteriores retrocederían a las montañas pasaban por entonces ciertas épocas en las llanuras frías, como la cabra salvaje también llamada íbice, la oveja salvaje o muflón, y una cabra-antílope a la que se conocía por el nombre de gamuza. Una oveja-antílope llamada saiga vivía en las estepas todo el año. En la parte más fría del invierno, aparecían también almizcleros. Había asimismo animales pequeños, por lo general cazados mediante trampas, y aves, a menudo abatidas con piedras o palos arrojados, incluida la predilecta de Ayla, la perdiz blanca.

Tenían acceso a verduras muy variadas, entre ellas ciertas raíces como la zanahoria silvestre, el rizoma de anea, sabrosas cebollas, pequeñas y picantes castañuelas y varias clases distintas de chuferas almidonosas que se recolectaban con palos de cavar y luego se comían crudas, guisadas o secas. Los tallos de cardo,

cogidos por debajo de la flor para poder retirar las espinas afiladas antes de cortarlos, estaban deliciosos cocidos durante no mucho rato; los tallos de bardana no requerían un tratamiento especial pero debían cogerse aún tiernos. Las hojas verdes del cenizo constituían unas excelentes espinacas silvestres; las ortigas eran aún mejores, pero debían manipularse con una hoja grande de otra planta para proteger la mano del efecto urticante, que desaparecía al cocerlas.

Abundaban también los frutos secos y la fruta, en especial las bayas, y diversas hierbas aptas para infusión. Las hojas, los tallos y las flores puestos en agua caliente, o simplemente dejados al sol durante un rato, solían bastar para preparar una infusión con el sabor y las características deseados. Pero la infusión no era un proceso lo bastante riguroso para extraer los sabores y los elementos naturales de las sustancias orgánicas duras; por lo general, las cortezas de árbol, las semillas y las raíces requerían el hervor para elaborar las decocciones adecuadas.

Se disponía también de otras bebidas, por ejemplo los zumos de frutas, así como de algunas fermentadas. La savia de determinados árboles, en especial el abedul, podía hervirse para extraer el azúcar y luego fermentarse. El grano y, por supuesto, la miel podían convertirse también en una bebida alcohólica. Marthona aportó una cantidad limitada de su vino de fruta, Laramar algo de su barma y otros sus propias variedades de bebidas con diverso contenido alcohólico. La mayoría de la gente llevaba sus propios utensilios y cuencos para comer, si bien se ofrecían fuentes de madera o hueso, cuencos labrados o tejidos con la trama muy tupida y vasos para quienes desearan utilizarlos.

Ayla y Jondalar iban de un lado a otro saludando a amigos y probando la comida y bebida que les ofrecían las distintas cavernas. Jonayla solía ser el centro de atención. Algunas personas sentían curiosidad por ver si la forastera que se había criado con los cabezas chatas, a quienes algunos aún consideraban animales, había dado a luz a una niña normal. Los amigos y parientes veían complacidos que era una niña hermosa, saludable y feliz, con el cabello rizado y sedoso, muy fino y casi blanco. Todos sabían también de inmediato que era el espíritu de Jondalar el que la Gran Madre había elegido para combinarlo con el de Ayla y crear a su hija; Jonayla tenía sus mismos ojos, de un azul muy intenso.

Pasaron junto a un grupo de personas que había plantado su campamento en el límite de la amplia zona comunal, y Ayla creyó reconocer a algunas de ellas.

—Jondalar, ¿esos no son los fabuladores ambulantes? —preguntó—. No sabía que vinieran a nuestra Reunión de Verano.

—Yo tampoco lo sabía. Vamos a saludarlos.

Se encaminaron apresuradamente hacia allí.

—¡Galliadal, cuánto me alegro de verte! —exclamó Jondalar cuando se acercaron.

Un hombre se volvió y sonrió.

—¡Jondalar! ¡Ayla! —saludó, aproximándose con las dos manos abiertas hacia ellos. Estrechó las de Jondalar—. En nombre de la Gran Madre Tierra, yo te saludo.

El hombre era casi tan alto como Jondalar, un poco mayor y, a diferencia de este, muy moreno. Jondalar tenía el pelo de un color amarillo claro; el de Galliadal era castaño oscuro, con mechones desteñidos, y un tanto ralo en la coronilla. Sus ojos azules no eran tan llamativos como los de Jondalar, pero con su tez morena ofrecían un contraste inquietante. «No tiene la piel marrón como la de Ranec», pensó Ayla. «Es más bien como si hubiera pasado mucho tiempo al sol, pero no creo que se le aclare mucho en invierno.»

—En nombre de Doni, bienvenido seas a nuestra Reunión de Verano, Galliadal, y bienvenida sea el resto de tu Caverna Ambulante —contestó Jondalar—. No sabía que estabas aquí. ¿Cuándo has llegado?

—Hoy antes del mediodía, pero hemos compartido una comida con la Segunda Caverna antes de plantar el campamento. La compañera del jefe es una pariente lejana mía. Ni siquiera sabía que tenía dos niños nacidos juntos.

—¿Eres familia de Beladora? Kimeran y yo somos de la misma edad: realizamos los ritos de virilidad juntos —explicó Jondalar—. Yo era el más alto y me sentía desplazado, hasta que llegó Kimeran. No sabes cuánto me alegré de verlo.

—Entiendo cómo te sentías, y tú eres aún más alto que yo. —Galliadal dirigió su atención a Ayla—. Yo te saludo —dijo, cogiéndole las manos extendidas.

—En nombre de la Gran Madre de todos, bienvenido seas —contestó Ayla.

—¿Y quién es esta preciosidad? —preguntó el visitante, sonriendo a la pequeña.

—Jonayla —respondió ella.

—¡Jon-Ayla! Tu hija, con los ojos de Jondalar: es un buen nombre —afirmó Galliadal—. Espero que vengáis esta noche. Tengo un relato especial para ti.

—¿Para mí? —exclamó Ayla, sorprendida.

—Sí. Trata de una mujer que posee un don especial con los animales. Ha gustado mucho allí por donde hemos pasado —dijo Galliadal con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te has encontrado con alguien que entiende a los animales? Me gustaría conocerla —comentó Ayla.

—Ya la conoces.

—Pero la única persona así que conozco soy yo —dijo Ayla, y se sonrojó al caer en la cuenta.

—¡Exacto! No podía dejar pasar un relato tan bueno, pero no le he dado tu nombre, y he cambiado también otros detalles. Muchos me preguntan si tú eres la protagonista del relato, pero nunca lo digo. Así es más interesante. Lo contaré cuando hayamos reunido público suficiente. Venid a escucharlo.

—Allí estaremos —afirmó Jondalar. Llevaba un rato observando a Ayla, y

adivinó por su expresión que no le hacía mucha gracia que un fabulador inventara relatos sobre ella y los contara a todas las cavernas. Sabía de más de uno que se sentiría halagado por tal atención, pero dudaba mucho que ese fuera el caso de Ayla. Ya recibía más atención de la que deseaba, pero Galliadal no tenía culpa de nada. Él era un fabulador y la historia de Ayla era interesante.

—También trata de ti, Jondalar. No podía excluirte —añadió el fabulador, guiñándole el ojo—. Tú eres el que se ha ido de viaje durante cinco años y ha vuelto con ella.

Al oírlo, Jondalar sintió rechazo; no era la primera vez que se contaban historias sobre él, y no siempre se habían difundido las que él quería. Pero mejor no quejarse ni concederle mayor importancia: eso sólo serviría para añadir más leña al fuego. A los fabuladores les gustaba contar relatos sobre individuos muy conocidos, y a la gente le complacía oírlos. Unas veces empleaban nombres reales y otras, sobre todo si querían adornar la historia, los inventaban para que la gente tuviera que adivinar quiénes eran los protagonistas. Jondalar se crio oyendo esa clase de relatos, y también a él le encantaban, pero prefería las Historias y Leyendas de los Ancianos sobre los zelandonii. Había oído muchos relatos acerca de su madre cuando era jefa de la Novena Caverna, y la historia sobre el gran amor de Marthona y Dalanar se había contado tantas veces que casi era ya una leyenda.

Ayla y Jondalar se quedaron conversando con él un rato y luego se encaminaron hacia el campamento de la Tercera Caverna, deteniéndose de vez en cuando por el camino para hablar con conocidos. Conforme declinaba la tarde, la oscuridad era cada vez mayor. Ayla se detuvo un momento para mirar el cielo. Había luna nueva, y sin su resplandor para atenuar el brillo de las estrellas, estas llenaban el cielo nocturno en tal cantidad que infundían respeto.

—El cielo está tan... lleno... no sé cuál es la palabra exacta —dijo Ayla, impacientándose un poco consigo misma—. Es hermoso, pero es más que eso. Viéndolo me siento pequeña, pero a la vez, en cierto modo, me produce una sensación agradable. Es más grande que nosotros, más grande que todo.

—Cuando las estrellas brillan así, es un espectáculo prodigioso —observó Jondalar.

Si bien las radiantes estrellas no proporcionaban tanta claridad como una luna llena, sí iluminaban casi lo suficiente para ver por dónde iban. Pero el sinfín de estrellas no era la única fuente de luz. Se habían encendido grandes hogueras en todos los campamentos, y colocado antorchas y candiles en los caminos entre dichos campamentos.

Cuando llegaron al de la Tercera Caverna, Proleva estaba allí con su hermana, Levela, y su madre, Velima. Todos se saludaron.

—No me puedo creer lo mucho que ha crecido Jonayla en sólo unas pocas lunas

—comentó Levela—. Y está preciosa. Tiene los ojos de Jondalar. Pero se parece a ti.

Ayla sonrió al oír el cumplido a su hija, pero desvió el que iba dirigido a ella diciendo:

—Creo que se parece a Marthona, no a mí. Yo no soy preciosa.

—Tú no sabes cómo eres, Ayla —dijo Jondalar—. Nunca te miras en un reflector abrigado, ni en una charca de agua quieta. Sí eres preciosa.

Ayla cambió de tema.

—Ya se te nota, Levela —observó Ayla—. ¿Cómo te encuentras?

—Cuando dejé de tener náuseas por las mañanas, empecé a sentirme bien —respondió Levela—. Fuerte y vigorosa. Aunque de un tiempo a esta parte, me canso con facilidad. Me apetece dormir hasta tarde y hacer siestas durante el día, y a veces si paso mucho rato de pie, me duele la espalda.

—Nada fuera de lo normal, pues —comentó Velima, sonriendo a su hija—. Así es como debes sentirte.

—Estamos preparando una zona para cuidar de los niños con la idea de que las madres y sus compañeros puedan ir a la Festividad de la Madre y relajarse —explicó Proleva—. Puedes dejar a Jonayla, si quieres. Habrá baile y cantos, y algunos ya habían bebido más de la cuenta antes de marcharme yo.

—¿Sabíais que están aquí los fabuladores ambulantes? —preguntó Jondalar.

—Había oído decir que vendrían, pero no sabía que ya hubieran llegado —contestó Proleva.

—Hemos hablado con Galliadal. Quiere que vayamos a escucharlo. Ha dicho que tiene un relato para Ayla —contó Jondalar—. Creo que es una historia apenas camuflada sobre ella. Quizá debamos ir para saber de qué hablará la gente mañana.

—¿Tú irás, Proleva? —preguntó Ayla mientras la mujer acostaba a su niña dormida.

—Ha sido un gran banquete, y llevaba días trabajando en la preparación —dijo Proleva—. Prefiero quedarme aquí y vigilar a los pequeños sin más compañía que unas cuantas mujeres. Será más descansado. Ya he asistido a Festividades de la Madre más que suficientes.

—Tal vez yo también deba quedarme a vigilar a los niños —dijo Ayla.

—No, tú debes ir. Las Festividades de la Madre todavía son una novedad para ti, y debes familiarizarte con ellas, sobre todo si estás preparándote para ser Zelandoni. Trae, dame a esa pequeña tuya. Hace días que no la abrazo —dijo Proleva.

—Déjame darle el pecho antes —respondió Ayla—. En realidad, me noto ya muy llena.

—Levela, tú también deberías ir, y más estando aquí los fabuladores. Y tú, madre —instó Proleva.

—Los fabuladores estarán aquí muchos días. Puedo verlos más adelante, y yo

también he asistido a Festividades de la Madre más que suficientes. Has estado tan ocupada que apenas nos hemos visto. Prefiero quedarme aquí contigo —señaló Velima—. Pero tú debes ir, Levela.

—No sé... Jondecam ya está allí, y le he dicho que me reuniría con él, pero ya estoy cansada. Tal vez sólo vaya un rato, para escuchar a los fabuladores —respondió.

—Joharran también ha ido. Está prácticamente obligado, aunque sea para vigilar a algunos de los jóvenes. Espero que pueda dedicar al menos un rato a divertirse. Dile que han venido los fabuladores, Jondalar. Siempre le han gustado.

—Se lo diré si lo veo —respondió Jondalar.

Se preguntó si Proleva iba a quedarse allí para que su compañero disfrutase de la Festividad de la Madre con entera libertad. Aunque todos podían emparejarse con otras personas, Jondalar sabía que a algunos no tenía por qué gustarles ver a su propio compañero con otro. Ese era su propio caso. A él le costaría mucho ver a Ayla irse con otro hombre. Varios habían mostrado ya interés en ella, sin ir más lejos el Zelandoni de la Vigésimo sexta Caverna, e incluso el fabulador, Galliadal. Era consciente de que los celos estaban mal vistos, pero él no podía evitarlo. Esperaba al menos poder disimularlo.

Cuando regresaron a la gran zona de reunión, Levela enseguida localizó a Jondecam y se adelantó a los demás, pero Ayla se detuvo en el límite sólo para mirar un rato. Casi todos los asistentes a la Reunión de Verano habían llegado ya, y ella aún no se sentía del todo cómoda con tanta gente congregada en el mismo sitio, sobre todo al principio. Jondalar se hizo cargo y esperó con ella.

A primera vista, daba la impresión de que una muchedumbre inmensa y amorfa llenaba el amplio espacio y, como un gran río turbulento, confluía en una masa arremolinada. Pero, al mirar con mayor detenimiento, Ayla empezó a ver que la multitud se había repartido en varios grupos, por lo general en torno a una gran fogata o no muy lejos. En una zona cercana a la periferia, a un paso del campamento de los fabuladores, mucha gente se había reunido alrededor de tres o cuatro personas que hablaban y gesticulaban sobre una construcción de madera y cuero duro sin curtir, una especie de plataforma que los elevaba un poco por encima de los demás para que se los viera mejor. Los que se hallaban más cerca de dicha plataforma estaban sentados en el suelo, o en troncos o rocas que habían arrastrado hasta allí. Casi enfrente, en el extremo opuesto de la zona de reunión, otros bailaban y cantaban al son de flautas, tambores y diversos instrumentos musicales de percusión. Ayla se sentía atraída por lo uno y lo otro e intentaba decidir adónde ir primero.

En otro espacio, la gente jugaba, empleando distintos objetos a modo de fichas y piezas, y no muy lejos, los presentes podían ir a llenarse los vasos con sus bebidas preferidas. Vio que Laramar repartía su barma con una sonrisa falsa.

—Cosechando favores —comentó Jondalar, casi como si le adivinara el pensamiento a Ayla. Ella no era consciente de la expresión de disgusto que había asomado a su semblante al ver a aquel individuo.

Ayla advirtió que Tremeda se hallaba entre quienes aguardaban para servirse más barma, pero Laramar no se lo ofrecía. Se volvió hacia el grupo cercano, que se servía las sobras del festín, juntas y a disposición de quienes quisieran más.

Por todas partes había grupos de personas, charlando y riéndose, yendo de un lado para otro sin razón aparente. En un primer momento Ayla no percibió la actividad secundaria en la oscuridad en torno a la multitud. De pronto alcanzó a ver a una joven de cabello rojo intenso a quien reconoció como Galeya, la amiga de Folara. Se alejaba de la zona destinada a comer en compañía de un joven de la Tercera Caverna, el que había participado en la cacería de leones, recordó Ayla, al formarse parejas para ofrecerse respaldo mutuo.

Ayla observó a los dos jóvenes mientras se dirigían a la periferia oscura y vio que se detenían a abrazarse. Por un instante se abochornó: no había sido su intención observarlos en un momento de intimidad. A continuación reparó en que había más parejas en ciertos lugares apartados de las actividades principales, y todas parecían entregadas también a una relación íntima. Ayla notó que se ruborizaba.

Jondalar sonrió para sí. Había visto hacia dónde dirigía ella la mirada. También los zelandonii evitaban mirar tales actos. No era por una cuestión de vergüenza: la intimidad era una circunstancia corriente y no le daban importancia. Él había viajado hasta muy lejos y sabía que a veces la gente tenía costumbres distintas, pero lo mismo podía decirse de Ayla. Jondalar sabía que ella había visto antes a personas juntas. Vivían en espacios tan reducidos que era inevitable. Ella debía de haber presenciado actos similares en la Reunión de Verano del año anterior. No acababa de entender qué la incomodaba así. Justo cuando se disponía a preguntárselo, vio regresar a Levela y Jondecam y decidió esperar a más tarde.

El malestar de Ayla tenía su origen en sus primeros años de vida con el clan. Le habían inculcado que ciertas cosas, aunque podían observarse, no debían verse. Las piedras que delimitaban cada hogar en la cueva del clan de Brun eran como paredes invisibles. Uno no veía más allá del límite fijado por ellas, no miraba hacia las zonas privadas del hogar de otro hombre. La gente apartaba la vista, o adoptada la expresión distante de quien fija la mirada en el vacío, cualquier cosa con tal de no dar la impresión de que curioseaba dentro del espacio delimitado por las piedras. Y por norma se cuidaban de mirar fijamente de manera involuntaria. Una mirada fija formaba parte del lenguaje corporal del clan y tenía significados concretos. Una mirada intensa de un jefe, por ejemplo, podía ser una reprimenda.

Cuando se dio cuenta de lo que veía, Ayla se apresuró a apartar la vista y vio acercarse a Levela y Jondecam. Sintió una extraña sensación de alivio. Les rozó las

mejillas y los saludó con afecto, como si no los viera desde hacía tiempo.

—Vamos a escuchar a los fabuladores —anunció Levela.

—Ahora mismo estaba yo intentando decidir qué prefiero, los relatos o la música —comentó Ayla—. Si vosotros vais a escuchar a los fabuladores, puede que os acompañe.

—Y yo —se sumó Jondalar.

Cuando llegaron, parecía que la compañía hacía un descanso en la representación. Por lo visto, había concluido una narración y aún no había empezado la siguiente. La gente deambulaba por allí: unos se marchaban, otros llegaban, otros se cambiaban de sitio. Ayla echó una ojeada alrededor para formarse una idea del lugar donde se hallaba. La plataforma baja, aunque en ese momento vacía, podía dar cabida a tres o cuatro personas en movimiento. Delante de la plataforma, pero no justo enfrente, sino hacia los lados, había dos zanjas más o menos rectangulares con fuego en el interior, para dar luz más que calor. En medio y a ambos lados de dichos fuegos, se veían troncos dispuestos poco más o menos en filas y unas cuantas rocas de buen tamaño, todo ello cubierto con almohadillas para que los asientos fueran más cómodos. Ante los troncos se extendía un espacio abierto donde la gente estaba sentada en el suelo, en su mayoría sobre cobertores de un tipo u otro, como esterillas de hierba entretejida o pieles.

Varias personas, sentadas en un tronco cerca de la parte delantera, se levantaron y se fueron. Levela se encaminó resueltamente en esa dirección y tomó asiento en la mullida almohadilla que cubría el tronco. Jondecam se apresuró a acomodarse junto a ella y de inmediato reservaron un sitio a sus amigos, que se habían rezagado para saludar a alguien. Mientras intercambiaban las cortesías de rigor, Galliadal se acercó a ellos.

—Veo que habéis decidido venir —dijo, y se inclinó para saludar a Ayla, rozándole la mejilla con la suya y, pensó Jondalar, prolongando demasiado el gesto. Ayla notó el aliento caliente de Galliadal en el cuello y su agradable olor varonil, distinto del que mejor conocía. Percibió asimismo la tensión en la mandíbula de Jondalar, pese a su sonrisa.

Varias personas se apiñaban en torno a ellos, y Ayla pensó que probablemente deseaban captar la atención del fabulador. Había visto que a muchas personas les gustaba rondar a Galliadal, en particular a las mujeres jóvenes, y algunas miraban en ese momento a Ayla con una especie de expectación, como si esperaran algo. Pensó que aquello no acababa de agradarle.

—Levela y Jondecam nos están guardando el sitio —señaló Jondalar—. Deberíamos ir a ocuparlo.

Ayla sonrió a Jondalar, y fueron a reunirse con sus amigos, pero cuando llegaron, otros se habían sentado también en el tronco, invadiendo parte del espacio que Levela

y Jondecam les tenían reservado. Se apretujaron todos y esperaron.

—No entiendo por qué tardan tanto en empezar —comentó Jondecam, ya un poco impaciente.

Jondalar advirtió que llegaban más espectadores.

—Me parece que están esperando a ver si viene más público. Ya sabéis que a los fabuladores les molesta que la gente ande moviéndose de un lado a otro: interrumpe la narración. No les importa que unos pocos se sumen en silencio, pero en general tampoco a la gente le gusta llegar en medio de un relato. Prefiere oírlo desde el principio. Creo que muchos esperaban a que terminara el relato anterior. Al ver que algunos se iban, esos otros han decidido que era hora de venir.

Galliadal y varias personas más habían subido a la plataforma. Aguardaron hasta que la gente advirtió su presencia. Cuando todo el mundo calló y se hizo el silencio, el hombre alto y de cabello oscuro comenzó:

—En un lugar lejano, allí en la tierra del sol naciente...

—Así empiezan todos los relatos —susurró Jondalar a Ayla, como si le complaciera que este empezara debidamente.

—... vivían una mujer y su compañero con los tres hijos de ella. El mayor era un chico llamado Kimacal. —Cuando el fabulador mencionó al primogénito de la mujer, un joven que se hallaba también en la plataforma dio un paso al frente e hizo una leve reverencia, dando a entender que era él el aludido—. La segunda era una chica, y se llamaba Karella. —Al mencionarse a esta otra hija, una joven ejecutó una pirueta que concluyó en reverencia—. El menor era un muchacho llamado Lobafon. —Otro joven se señaló y sonrió orgullosamente al anunciarse al tercer hijo.

Un murmullo se elevó de entre el público, acompañado de unas cuantas risas, cuando la gente oyó el nombre del hijo menor y captó la relación con el del cazador cuadrúpedo de Ayla.

Ayla advirtió que a pesar de que el fabulador no levantaba la voz, todo el público lo oía muy bien. Tenía una manera especial de hablar, clara, potente y expresiva. Le recordó la visita a la cueva con el Zelandoni de la Vigésimo sexta y su acólito y los sonidos emitidos por los tres frente a la cueva antes de entrar a rastras. Pensó que Galliadal habría podido ser Zelandoni si se lo hubiera propuesto.

—Aunque contaban edad suficiente, ninguno de los hijos se había emparejado aún. Su caverna era pequeña y tenían estrechos lazos de parentesco con la mayoría de la gente de su edad. A la madre empezaba a preocuparle la posibilidad de que tuviesen que marcharse lejos para encontrar pareja, y que acaso ella no volviese a verlos. Había oído hablar de una vieja Zelandoni que vivía sola en una cueva río arriba, al norte, no muy lejos. Corrían rumores de que era capaz de conseguir que ciertas cosas se hicieran realidad, pero a veces exigía a cambio un pago difícil de

satisfacer. La madre decidió ir en su busca.

»Un día, a su regreso —prosiguió el fabulador—, la mujer envió a sus hijos a la orilla del río para recoger raíces de anea. Cuando llegaron, se encontraron con otros tres jóvenes, una chica de la edad de Kimacal, un chico de la edad de Karella y una chica de la edad de Lobafon.

Esta vez el primer joven de la plataforma sonrió coquetamente cuando se mencionó a la muchacha mayor; la joven adoptó una pose gallarda, y el otro chico mostró la actitud de una joven tímida. Se oyeron risas entre el público. Cuando Ayla y Jondalar se miraron, los dos sonreían.

—Los tres eran forasteros recién llegados de las tierras del sur. Los seis se saludaron y presentaron, tal y como les habían enseñado a todos, recitando sus importantes títulos y lazos.

»"Hemos venido en busca de comida", explicó la visitante de mayor edad. —Galliadal cambió el timbre de la voz cuando habló en el papel de la joven—. "Aquí hay mucha anea, podemos compartirla", dijo Karella. —La joven movió los labios como si pronunciara ella las palabras recitadas por Galliadal, quien de nuevo cambió de tono—. Todos empezaron a arrancar raíces de anea del barro blando a orillas del arroyo, Kimacal ayudando a la forastera de mayor edad, Karella enseñando al chico mediano dónde escarbar, y Lobafon arrancando raíces para la muchacha rubia y tímida, que ella no aceptaba. Lobafon veía que sus hermanos disfrutaban de la compañía de sus agradables nuevos amigos y entablaban muy buena relación.

Ahora las risas del público eran muy sonoras. No sólo se entendían claramente las insinuaciones, sino que el joven que representaba al hermano mayor y la muchacha se estrechaban en un exagerado abrazo mientras el hermano menor parecía envidiarlos. Cuando Galliadal narraba, adoptaba una voz distinta para cada personaje, en tanto que los demás en la plataforma elevada representaban sus papeles, a menudo de manera muy expresiva.

—«Estas aneas son muy buenas, ¿por qué no las comes?», preguntó Lobafon a la atractiva forastera. «No puedo comer anea», respondió la joven. «Sólo puedo comer carne.» —Cuando habló en el papel de la mujer, lo hizo con voz muy aguda—. Lobafon no sabía qué hacer. «Tal vez pueda cazarte algo de carne», dijo, pero sabía que no era buen cazador. Solía ir a las cacerías. Tenía buenas intenciones, pero era un poco perezoso y nunca se empleaba a fondo a la hora de cazar. Regresó a la caverna de su madre.

»"Kimacal y Karella han compartido la anea con una mujer y un hombre del sur", contó a su madre. "Han encontrado pareja, pero la mujer que yo quiero no come anea. Sólo puede comer carne, y yo no soy muy buen cazador. ¿Cómo puedo encontrarle comida?" —narró Galliadal.

Ayla se preguntó si la expresión «compartir la anea» tenía un significado oculto

que ella desconocía, como si se tratase de un chiste que no entendía, ya que el fabulador tan pronto hablaba de comer anea como de emparejarse.

—«Hay una vieja Zelandoni que vive sola en una cueva al norte de aquí, cerca del río», respondió la madre. «Es posible que te ayude. Pero ten cuidado con lo que pides. Puede que consigas exactamente lo que quieres.» —Galliadal volvió a cambiar el timbre de voz al hablar en el papel de la madre.

»Lobafon partió en busca de la vieja Zelandoni. Viajó cauce arriba durante muchos días, deteniéndose a mirar en todas las cuevas que veía en el camino. Cuando estaba casi a punto de rendirse, avistó una cueva pequeña en lo alto de una pared rocosa y decidió que esa sería la última que exploraría. Encontró sentada delante a una anciana, que parecía dormida. Se acercó en silencio para no sobresaltarla, pero sentía curiosidad y la observó con detenimiento —prosiguió Galliadal—. Vestía ropa corriente, como la de todo el mundo, aunque sin forma y un poco raída. Pero llevaba muchos collares de distintos materiales: cuentas y conchas, dientes y uñas de animal perforados, tallas de animales en marfil, hueso, asta y madera, algunas de piedra y ámbar, y medallones en forma de disco con animales labrados. Eran tantos los objetos en los collares que Lobafon ni siquiera pudo distinguirlos todos, pero más impresionantes aún eran sus tatuajes faciales, tan intrincados y recargados que apenas se veía la piel bajo todos aquellos recuadros, volutas, florituras y adornos. Sin duda era una Zelandoni de alto nivel, y Lobafon sintió un poco de miedo. No sabía si molestarla con su pequeña petición.

En la plataforma, la mujer se había sentado, y si bien no se había cambiado de indumentaria, se arrebujó de tal manera que daba la impresión de ser la anciana con la ropa sin forma descrita por Galliadal.

—Lobafon decidió marcharse, pero en el momento en que se daba la vuelta, oyó una voz: «¿Qué quieres de mí, muchacho?», preguntó la mujer. —La voz de Galliadal sonó como la de una anciana, aunque no débil y trémula, sino potente y madura—. Lobafon tragó saliva y se volvió. Se presentó debidamente y a continuación explicó: «Me ha dicho mi madre que quizá tú podrías ayudarme».

»"¿Cuál es tu problema?"

»"He conocido a una mujer, que ha venido del sur. Yo quería compartir la anea con ella, pero me ha dicho que no come anea, que sólo puede comer carne. Yo la amo y cazaría para ella, pero no soy muy buen cazador. ¿Puedes ayudarme a ser un buen cazador?"

»"¿Estás seguro de que esa mujer quiere que caces para ella?", preguntó la vieja Zelandoni. "Si no quiere tu anea, es posible que tampoco quiera tu carne. ¿Se lo has preguntado?"

»"Cuando le ofrecí la anea, contestó que no podía comerla, no que no quisiera, y cuando le dije que cazaría para ella, no dijo que no", explicó Lobafon. —En la voz

que empleaba Galliadal para el joven se advertía un tono ilusionado, y la expresión del muchacho en la plataforma se correspondía con dicho tono—. "Ya sabes que para llegar a ser un buen cazador sólo se necesita práctica, mucha práctica", dijo la vieja Zelandoni.

»"Sí, ya lo sé. Debería haber practicado más." —En la plataforma, el joven bajó la vista, como arrepentido—. "Pero no has practicado, ¿verdad que no? Y ahora, como te interesa una muchacha, de pronto quieres ser cazador, ¿no es así? —La voz de Galliadal en el papel de vieja Zelandoni adoptó un tono de reprimenda.

»"Supongo que sí." —El joven se mostró aún más avergonzado—. "Pero la adoro."

»"Debes ganarte siempre todo aquello que consigues. Si no quieres hacer el esfuerzo de practicar, debes pagar por esa habilidad de algún otro modo. O bien entregas el esfuerzo de la práctica, o bien entregas otra cosa. ¿Qué estás dispuesto a entregar?", preguntó la anciana.

»"¡Lo entregaré todo!"

El público ahogó una exclamación, a sabiendas de que el muchacho cometía un error.

—"Aún puedes dedicar tiempo a aprender a cazar", advirtió la vieja Zelandoni.

»"Pero ella no querrá esperar hasta que yo aprenda a cazar bien. La adoro. Sólo deseo llevarle carne para que me quiera. Ojalá hubiese nacido sabiendo cazar."

De pronto el público y aquellos que ocupaban la plataforma percibieron un revuelo.

Capítulo 11

Lobo avanzaba entre la multitud. De vez en cuando rozaba la pierna a alguien, pero desaparecía antes de que tuvieran ocasión de ver qué les había tocado. Aunque la mayoría de la gente estaba acostumbrada a él, su presencia aún causaba asombro entre algunos y arrancaba exclamaciones o sonidos de temor. Sorprendió incluso a Ayla cuando apareció de manera tan imprevista y, sentándose ante ella, la miró a la cara. Tan repentina fue su aparición que Danella se sobresaltó, aunque no tuvo miedo.

—¡Lobo! Has estado por ahí todo el día. Empezaba a preguntarme dónde te habías metido. Has explorado toda la zona, imagino —dijo Ayla mientras le frotaba el collar de pelo en torno al cuello y le rascaba detrás de las orejas. El animal se estiró para lamerle el cuello y la barbilla, y luego apoyó la cabeza en su regazo, agradeciendo al parecer sus caricias. Cuando Ayla paró, Lobo se hizo un ovillo ante ella y descansó la cabeza en las patas, relajado pero vigilante.

Galliadal y los demás en la plataforma lo observaron; a continuación, el fabulador dijo con una sonrisa:

—Nuestro insólito visitante ha llegado en el momento oportuno del relato —dijo. Volviendo a asumir su papel, prosiguió—: "¿Es eso lo que quieres? ¿Ser un cazador nato?", preguntó la vieja Zelandoni.

»"¡Sí! Eso es. Quiero ser un cazador nato", contestó Lobafon.

»"Entra, pues, en mi cueva", ordenó la anciana. —El tono del relato ya no era cómico; era amenazador.

»En cuanto Lobafon entró en la cueva, lo invadió una pesada somnolencia. Se sentó en una pila de pieles de lobo y al instante lo venció el sueño. Cuando por fin despertó, tenía la sensación de haber dormido mucho tiempo, pero no sabía cuánto. En la cueva no había nadie más, ni se percibía señal alguna de que hubiese estado habitada. Se apresuró a salir. —En la plataforma, el joven abandonó rápidamente la cueva imaginaria valiéndose de manos y pies—. Lucía un sol radiante, y Lobafon tenía sed. Cuando se encaminó hacia el río, empezó a notar algo raro. Para empezar, veía las cosas desde un ángulo distinto, como si estuviese más cerca del suelo. Al llegar a la orilla del arroyo, sintió el agua fría en los pies como si los llevara descalzos. Cuando bajó la vista, no vio unos pies; vio unas patas, patas de lobo.

»Al principio, se sintió confuso. Luego comprendió qué había ocurrido. La vieja Zelandoni le había concedido exactamente lo que había pedido. Él quería ser un cazador nato, y ya lo era. Se había convertido en lobo. No se refería a eso al expresar su deseo de ser un buen cazador, pero ya era demasiado tarde.

»Una profunda aflicción asaltó a Lobafon, y quiso echarse a llorar, pero no tenía lágrimas. Aguardó al borde del cauce, y en aquella quietud empezó a tomar conciencia del bosque de una manera nueva. Oía cosas que no había oído nunca

antes, y percibía olores que ni siquiera sabía que existiesen. Le llegaron muchos aromas, en especial de animales, y cuando se concentró en un conejo enorme, una liebre blanca, cayó en la cuenta de que tenía hambre. Pero ahora sabía qué hacer exactamente. Despacio, con sigilo, acechó a aquella criatura. Pese a que la liebre era muy rápida, y podía darse la vuelta en un instante, el lobo se adelantó a sus movimientos y la atrapó.

Ayla sonrió para sí en esta parte del relato. La mayoría de la gente creía que los lobos y otros devoradores de carne sabían cazar y matar a sus presas ya desde su nacimiento, pero eso no era así, como ella había tenido ocasión de comprobar. Después de dominar el manejo de la honda, practicando en secreto, deseó dar el siguiente paso, cazar con ella, pero las mujeres del clan tenían prohibida la caza. A menudo los carnívoros robaban la comida del clan de Brun, en especial los devoradores de carne de menor tamaño como el vencejo, el armiño y otras comadrejas, pequeños gatos salvajes, zorros y cazadores de tamaño medio como los ávidos glotones, los linceos con penacho, los lobos y las hienas. Ayla justificó su decisión de desafiar el tabú del clan diciéndose que cazaría sólo devoradores de carne, animales destructivos para su clan, dejando la caza de animales para la alimentación a los hombres. Como consecuencia, no sólo acabó siendo una excelente cazadora, sino que aprendió mucho sobre las presas elegidas. Pasó los primeros años observándolas antes de conseguir cobrarse una pieza. Sabía que si bien la tendencia a cazar era fuerte en los devoradores de carne, todos debían aprender de sus mayores de una manera u otra. Los lobos no nacían sabiendo cazar. Las crías aprendían de la manada.

El relato de Gallialdal captó de nuevo su atención.

—El sabor de la sangre caliente en la garganta era delicioso, y Lobafon devoró de inmediato la liebre. Regresó al río a beber de nuevo y limpiarse la sangre del pelaje. Después olfateó alrededor buscando un lugar seguro. Cuando lo encontró, se hizo un ovillo y, empleando la cola para taparse la cara, se durmió. Cuando despertó otra vez, había oscurecido, pero ahora veía mejor por la noche que antes. Se desperezó, levantó una pata y orinó en un arbusto. Luego salió a cazar otra vez. —En la plataforma, el joven imitó muy bien los movimientos de un lobo, y cuando levantó la pata, el público prorrumpió en carcajadas.

»Lobafon vivió durante un tiempo en la cueva abandonada por la anciana, cazando y disfrutando de aquello, pero después empezó a sentirse solo. El muchacho se había convertido en lobo, pero a la vez seguía siendo un muchacho, y empezó a pensar en volver a su hogar para ver a su madre, y a la atractiva joven del sur. Se encaminó hacia la caverna de su madre, corriendo con la soltura de un lobo. Cuando vio a una cría de ciervo que se había separado de su madre, recordó que a la chica del sur le gustaba comer carne, y decidió cazarla y llevársela.

»Cuando Lobafon se aproximó, unos humanos lo vieron y se asustaron. Se preguntaron por qué un lobo llevaba a rastras un ciervo hacia su hogar. Vio a la joven atractiva, pero no se fijó en el hombre rubio, alto y apuesto que estaba a su lado con un arma nueva que le permitía arrojar lanzas a gran distancia y con mucha rapidez. Pero cuando se disponía a lanzar, Lobafon arrastró la carne hasta la mujer y la dejó a sus pies. Luego se sentó ante ella y alzó la vista. Quería decirle que la amaba, pero Lobafon ya no podía hablar. Sólo podía demostrarle su amor mediante sus actos y la expresión de sus ojos, y se puso de manifiesto que era un lobo que amaba a una mujer.

Todo el público se volvió a mirar a Ayla y el lobo a sus pies, en su mayoría sonrientes. Algunos empezaron a reír, otros a darse palmadas en las rodillas a modo de aplauso. Si bien no era allí exactamente donde Galliadal se proponía dar por concluido el relato, la reacción de los oyentes lo llevó a pensar que era un buen punto para interrumpirse.

Ayla se abochornó al sentirse centro de tanta atención y miró a Jondalar. También él sonreía, y se daba palmadas en las rodillas.

—Ha sido un buen relato —declaró.

—Pero no hay nada de verdad —contestó ella.

—Hay una parte que sí —rectificó Jondalar, mirando al lobo que ahora estaba de pie, en una postura alerta y protectora ante Ayla—. Existe un lobo que ama a una mujer.

Ayla tendió la mano para acariciar al animal.

—Sí, en eso tienes razón.

—La mayoría de los relatos de los fabuladores no son verdad, pero contienen algo de verdad, o satisfacen el deseo de respuestas. Debes reconocer que es un buen relato. Y si alguien no supiese que encontraste a Lobo cuando aún era una cría, solo en su guarida, sin hermanos, sin manada ni madre, el relato de Galliadal podría colmar su deseo de saber, aun cuando se dieran cuenta de que no debía de ser verdad.

Ayla miró a Jondalar y asintió; a continuación, los dos volvieron la cabeza y sonrieron a Galliadal y los demás en la plataforma. El fabulador les respondió con una profunda reverencia.

El público empezaba a levantarse y marcharse otra vez, y los fabuladores bajaron de la plataforma para dejar el espacio a un nuevo grupo de gente que contaría otra historia. Se sumaron al corrillo formado alrededor de Ayla y Lobo.

—Ha sido increíble cuando ha aparecido el lobo. Ha llegado justo en el momento oportuno —afirmó el joven que había interpretado al muchacho-lobo—. No habría salido mejor ni planeándolo. ¿No querrás traerlo cada noche, supongo?

—Dudo que sea buena idea, Zanacan —dijo Galliadal—. Todo el mundo hablará del relato que hemos contado esta noche. Si ocurriera lo mismo cada vez, perdería el

encanto. Además, estoy seguro de que Ayla tiene otras cosas que hacer. Es madre, y acólita de la Primera.

El joven se ruborizó y se mostró avergonzado.

—Es verdad, sí. Lo siento.

—No te disculpes —terció Ayla—. Galliadal tiene razón. Estoy muy ocupada, y Lobo no siempre estará aquí cuando se le necesite, pero creo que sería divertido aprender algo sobre tu manera de narrar. Si no es molestia para nadie, me gustaría visitaros alguna vez mientras ensayáis.

Zanacan, como los demás, percibió enseguida el peculiar acento de Ayla, más si cabe porque todos conocían el efecto de los distintos timbres y voces, y habían viajado por la región mucho más que la mayoría de la gente.

—¡Me encanta tu voz! —exclamó Zanacan.

—Nunca he oído ese acento —observó la joven.

—Debes de venir de muy lejos —añadió el otro muchacho.

Normalmente Ayla se sentía un poco incómoda cuando la gente mencionaba su acento, pero los tres jóvenes parecían tan entusiasmados y sinceramente complacidos que sólo fue capaz de sonreír.

—Sí. Viene de muy lejos —intervino Jondalar—. Mucho más lejos de lo que imagináis.

—Puedes visitarlos siempre que quieras mientras estemos aquí, será un placer para nosotros. ¿Y te importaría que intentáramos aprender tu manera de hablar? —preguntó la joven. Miró a Galliadal buscando su aprobación.

El fabulador posó la vista en Ayla.

—Gallara sabe que nuestro campamento no está abierto a cualquier visitante que se presente, pero tú sí serás bienvenida en todo momento.

—Podríamos inventar un relato fantástico sobre alguien que viene de muy lejos, quizá incluso de más allá de la tierra del sol naciente —dijo Zanacan, todavía lleno de entusiasmo.

—Es posible, pero por alguna razón dudo que sea tan bueno como la historia real, Zanacan —observó Galliadal. Dirigiéndose a Ayla y Jondalar, añadió—: A veces los hijos de mi hogar se entusiasman ante las ideas nuevas, y vosotros les habéis dado muchas.

—No sabía que Zanacan y Gallara fueran hijos de tu hogar, Galliadal —comentó Jondalar.

—Y Kaleshal también —agregó el hombre—. Es el mayor. Quizá debería hacer las presentaciones como es debido.

Los jóvenes que habían encarnado a los personajes de la historia parecieron complacidos de conocer a los referentes reales de su relato, sobre todo al oír los títulos y lazos de Ayla, recitados por Jondalar.

—Permitidme que os presente a Ayla de los zelandonii —empezó Jondalar. Cuando llegó a su lugar de procedencia, cambió un poco la presentación—. Antes era Ayla del Campamento del León de los mamutoi, los Cazadores de Mamuts que viven al este, en «la tierra del sol naciente», y fue adoptada como Hija del Hogar del Mamut, que era su zelandonia. Elegida por el espíritu del León Cavernario, su tótem, que la marcó físicamente, y protegida por el espíritu del Oso Cavernario, Ayla es amiga de los caballos Whinney y Corredor, y de la nueva potranca, Gris, y amada por el cazador cuadrúpedo, a quien ella llama Lobo.

Los jóvenes entendieron los títulos y lazos que añadió Jondalar a la lista cuando se emparejaron, pero cuando habló del Hogar del Mamut, y del León Cavernario y el Oso Cavernario, por no mencionar los animales vivos que la acompañaban, Zanacan miró con los ojos muy abiertos. Era un gesto propio de él cuando sentía sorpresa.

—¡Podemos utilizar eso en el nuevo relato! —exclamó Zanacan—. Los animales. No exactamente los mismos, claro, pero sí la idea de los hogares con nombre de animal, y quizá también las cavernas, y los animales con quienes viaja.

—Ya os he dicho que probablemente la historia real es mejor que cualquier relato que podamos imaginar —confirmó Gallialdal.

Ayla sonrió a Zanacan.

—¿Queréis conocer a Lobo? Todos vosotros —propuso.

Los tres jóvenes se sorprendieron, y Zanacan volvió a abrir los ojos.

—¿Cómo se conoce a un lobo? Ellos no tienen títulos y lazos, ¿no?

—No exactamente —respondió Ayla—. Pero la razón por la que decimos nuestros títulos y lazos es para saber más los unos de los otros, ¿no? Los lobos saben más de la gente y de muchas cosas de su mundo por el olfato. Si le dejas olerte la mano, te recordará.

—No sé qué decir... ¿Eso es bueno o malo? —preguntó Kaleshal.

—Si te presento, te considerará amigo —contestó Ayla.

—En ese caso, creo que deberíamos hacerlo —afirmó Gallara—. No me gustaría que ese lobo me considerara otra cosa que no sea su amiga.

Cuando Ayla alargó el brazo para coger la mano de Zanacan y acercársela al hocico de Lobo, percibió una leve resistencia, el impulso de retirarla. Pero en cuanto comprendió que no podía ocurrirle nada malo, su curiosidad innata y su interés se avivaron.

—Tiene el hocico frío, y húmedo —observó.

—Eso significa que está sano. ¿Cómo creías que sería el contacto con el hocico de un lobo? —preguntó Ayla—. ¿O con su pelo? ¿Cómo te lo imaginabas? —Ayla le desplazó la mano para que le acariciara la cabeza al lobo y palpara el pelo en el cuello y el lomo. Repitió el proceso con los otros dos jóvenes mientras, alrededor, otros muchos observaban.

—Tiene el pelo liso y áspero, y está caliente —advirtió Zanacan.

—Está vivo. Los animales vivos están calientes, al menos la mayoría. Los pájaros están muy calientes; los peces están fríos, y las serpientes pueden estarlo también —explicó Ayla.

—¿Cómo sabes tanto de animales? —preguntó Gallara.

—Es cazadora, y ha cazado casi todas las clases de animales que existen —respondió Jondalar—. Puede matar una hiena de una pedrada, coger un pez con la mano, y los pájaros acuden a su llamada, pero por lo general luego los suelta. Esta primavera encabezó una cacería de leones, y mató al menos dos con el lanzavenablos.

—Yo no encabezé la cacería —dijo Ayla, frunciendo el entrecejo—. Fue Joharran.

—Pregúntaselo a él —repuso Jondalar—. Él mismo dice que tú la encabezaste. Eras tú quien más sabía de leones, y de cómo enfrentarte a ellos.

—Yo pensaba que era una Zelandoni, no una cazadora —comentó Kaleshal.

—Todavía no es Zelandoni —informó Gallialdal—. Es acólita, está aprendiendo, pero tengo entendido que ya es una excelente curandera.

—¿Cómo puede saber tanto? —preguntó Kaleshal con un tono dubitativo.

—No le ha quedado más remedio —contestó Jondalar—. Perdió a los suyos cuando tenía cinco años, la adoptaron unos desconocidos y tuvo que aprender sus costumbres; luego vivió sola unos años hasta que yo la encontré o, mejor dicho, hasta que me encontró ella a mí. Me había atacado un león. Ella me rescató y me curó las heridas. Cuando uno lo pierde todo a tan corta edad, tiene que adaptarse y aprender deprisa, o no sobrevive. Sigue viva por lo mucho que fue capaz de aprender.

Ayla, concentrada en Lobo, lo acariciaba y le frotaba detrás de las orejas, manteniendo la cabeza gacha para no oír. Siempre la avergonzaba que la gente hablase de ella como si sus acciones fuesen grandes logros. Temía dar la impresión de que se creía importante, y eso la incomodaba. Ella no se consideraba importante, y no le gustaba que la vieran como una persona distinta de las demás. Sólo era una mujer, y una madre, que había encontrado a un hombre a quien amar y a personas como ella, la mayoría de las cuales habían acabado aceptándola como una de los suyos. En otro tiempo había deseado ser una buena mujer del clan; ahora sólo quería ser una buena mujer zelandonii.

Levela se acercó a Ayla y Lobo.

—Me parece que están preparándose para contar el siguiente relato —anunció—. ¿Os quedáis a oírlo?

—Creo que no —contestó Ayla—. A lo mejor Jondalar quiere quedarse. Se lo preguntaré, pero yo volveré en otro momento para escuchar más relatos. ¿Tú te quedas?

—He pensado en ir a ver si aún hay algo bueno para comer. Empiezo a tener un poco de hambre, pero también estoy cansada. Puede que no tarde en volver a nuestro

campamento —respondió Levela.

—Iré contigo a comer algo. Luego tengo que recoger a Jonayla, que está con tu hermana. —Ayla se acercó a donde estaban charlando Jondalar y los demás y esperó a que se produjese una pausa en la conversación—. ¿Vas a quedarte a oír el siguiente relato? —preguntó.

—¿Tú qué quieres hacer?

—Estoy un poco cansada, y Levela también. Hemos pensado en ir a ver si queda algo bueno para comer —dijo Ayla.

—Buena idea. Ya vendremos en otro momento a oír más relatos. ¿Viene Jondecam? —quiso saber Jondalar.

—Sí, yo también voy. —Oyeron su voz que se acercaba a ellos—. Adondequiera que vayáis.

Los cuatro abandonaron el campamento de los fabuladores y se encaminaron hacia la zona donde se había juntado la comida. Estaba todo frío, pero las lonchas de bisonte y venado aún sabían bien. Raíces globulares de ciertos vegetales flotaban en un caldo espeso con una gruesa capa de grasa solidificada que le añadía sabor. La grasa era un ingrediente deseable, relativamente poco común en los animales salvajes, y necesaria para la supervivencia. Oculto detrás de unas fuentes de hueso vacías, encontraron un cuenco tejido en el que quedaban unas cuantas bayas redondas y azuladas de diversas especies, incluidos arándanos, grosellas y gayubas, que compartieron gustosamente. Ayla incluso descubrió un par de huesos para Lobo.

Dio uno al cánido, y este se alejó con él en la boca hasta encontrar un lugar tranquilo para instalarse y roerlo, cerca del sitio donde comía su gente. Ayla envolvió el otro, que conservaba algo más de carne, en grandes hojas, empleadas antes para adornar una bandeja, con la idea de llevárselo al campamento y dárselo más tarde. Guardó el hueso en un morral que usaba para acarrear sobre todo los objetos de Jonayla, como un jirón de cuero duro que a la niña le gustaba mordisquear, un gorro y una pequeña manta de reserva, además de algo de material absorbente, por ejemplo lana de muflón, que colocaba en torno a la pequeña. Prendidos de la cintura, llevaba el yesquero para encender fuego, en una bolsa, y sus platos y su cuchillo para comer. Encontraron unos troncos con almohadillas cerca de donde estaban, obviamente arrastrados hasta allí para sentarse.

—¿Quedará algo del vino de mi madre? —se preguntó Jondalar.

—Vamos a ver —respondió Jondecam.

No quedaba ni una gota, pero Laramar había advertido su presencia y se acercó rápidamente con un odre de barma recién abierto. Llenó los vasos personales de los dos hombres, pero Ayla y Levela dijeron que querían sólo un poco, y tomarían un sorbo de los vasos de ellos. Ayla no deseaba extenderse durante mucho tiempo en una conversación cordial con aquel individuo. Al cabo de unos minutos volvieron a los

troncos cubiertos con almohadillas situados cerca de la comida. Cuando acabaron, regresaron tranquilamente al refugio de Proleva en el campamento de la Tercera Caverna.

—¿Ya estáis aquí? Habéis vuelto pronto —afirmó Proleva después de rozarles las mejillas con las suyas a modo de saludo—. ¿Habéis visto a Joharran?

—No —contestó Levela—. Sólo hemos escuchado un relato, y luego hemos comido algo. Era un relato sobre Ayla, más o menos.

—En realidad, trataba de Lobo. Era una historia sobre un chico que se convertía en un lobo que amaba a una mujer —explicó Jondalar—. De pronto, en pleno relato, se ha presentado Lobo y se ha acercado a Ayla, lo que ha complacido a Gallialdal y los tres jóvenes de su hogar, que lo ayudaban a contar el relato.

—Jonayla todavía duerme. ¿Os apetece una infusión caliente? —ofreció Proleva.

—No, gracias. Nos volvemos a nuestro campamento —contestó Ayla.

—¿No te marcharás tú también? —preguntó Velima a Levela—. Apenas hemos tenido tiempo para vernos. Quiero que me cuentes tu embarazo y cómo te sientes.

—¿Por qué no os quedáis a dormir esta noche? —propuso Proleva—. Hay sitio para los cuatro. Y a Jaradal le encantará ver a Lobo cuando se despierte.

Levela y Jondecam aceptaron de inmediato. El campamento de la Segunda Caverna estaba cerca, y a Levela le apetecía pasar un rato con su madre y su hermana; Jondecam, por su parte, no tenía inconveniente.

Ayla y Jondalar se miraron.

—A mí me gustaría ir a ver cómo están los caballos —contestó Ayla—. Nos hemos marchado temprano, y no sé de nadie que se haya quedado hoy en el campamento. Sólo quiero comprobar que están bien, en especial Gris. Puede ser un bocado tentador para algún cazador cuadrúpedo, aunque me consta que Whinney y Corredor la protegerán. Así me quedaré más tranquila.

—Lo entiendo. También es una criatura como tu niña —dijo Proleva.

Ayla asintió con una sonrisa.

—¿Y dónde está mi niña?

—Allí, durmiendo con Sethona. Sería una lástima molestarla. ¿Seguro que no preferís quedaros?

—Ojalá pudiéramos, pero una de las pegas de tener caballos por amigos es que te sientes responsable de ellos, sobre todo si los dejas en un cercado accesible a los cazadores cuadrúpedos —explicó Jondalar—. Ayla tiene razón. Debemos ir a verlos.

Ayla había envuelto a su hija en la manta de acarreo y se disponía a apoyársela en la cadera. La pequeña despertó por un momento, pero al sentir el calor de su madre enseguida se relajó y volvió a dormirse.

—Te agradezco mucho que hayas cuidado de ella, Proleva. El relato era interesante, y sin la niña ha sido mucho más fácil ver y escuchar sin interrupciones —

dijo Ayla.

—Ha sido un placer. Las dos niñas empiezan a conocerse y a entretenerse juntas. Me parece que acabarán siendo buenas amigas —respondió Proleva.

—Ha sido divertido verlas aquí a las dos —comentó Velima—. Está bien que las primas pasen ratos juntas.

Ayla hizo una seña a Lobo, que cogió su hueso, y se marcharon todos de la vivienda de verano. Jondalar eligió una antorcha, una de las muchas clavadas en tierra que iluminaban el camino frente al refugio, y comprobó cuánto material combustible quedaba para asegurarse de que les alcanzaría hasta llegar al campamento.

Dejaron el cálido resplandor de las fogatas del campamento principal y se adentraron en la negrura aterciopelada de la noche. La oscuridad los envolvió, tan profunda que parecía absorber la luz y sofocar la llama de la antorcha.

—La noche es muy oscura porque no hay luna —afirmó Ayla.

—Además está encapotado —señaló Jondalar—. Y las nubes tapan las estrellas. Apenas se ven.

—¿Cuándo se ha nublado? Yo no me he dado cuenta mientras estábamos en el campamento.

—Eso es porque las fogatas engañan, y los ojos no ven más allá de la luz que despiden. —Caminaron un rato en silencio hasta que Jondalar añadió—: A veces mis ojos no ven más allá de ti, y desearía que no hubiese tanta gente alrededor.

Ayla sonrió y se volvió hacia él.

—En el camino hacia aquí, cuando viajábamos los dos solos con Whinney, Corredor y Lobo, a menudo añoraba a la gente. Ahora me alegro de tener cerca a otras personas, pero a veces recuerdo los tiempos en que estábamos los dos solos y podíamos hacer lo que quisiésemos siempre que nos apetecía. Quizá no siempre, pero casi.

—Yo también pienso en eso —convino Jondalar—. Recuerdo la época en que si te miraba y sentía que tú llenabas mi virilidad, podíamos hacer un alto sin más y compartir placeres. Yo no tenía que acompañar a Joharran para reunirnos con gente y organizar los preparativos de tal o cual actividad, ni hacer esto o aquello para mi madre, ni ver a tantas personas que no nos queda tiempo para relajarnos y pasar el rato como nos apetezca.

—Yo tengo esa misma sensación —dijo Ayla—. Recuerdo cuando podía mirarte y sentir dentro de mí lo que sólo tú me haces sentir, y saber que si te dirigía la señal adecuada, volverías a hacerme sentir así, porque me conoces mejor que yo misma, y yo no tenía que pensar en los cuidados de un recién nacido, y a veces de varios niños al mismo tiempo, o planear un banquete con Proleva, o ayudar a la Zelandoni a atender a un enfermo o un herido, o aprender nuevos tratamientos, o recordar los

cinco colores sagrados, o el uso de las palabras de contar. Aunque todo eso me fascina, a veces te echo de menos, Jondalar, echo de menos estar a solas contigo.

—No me importa tener a Jonayla cerca. Me gusta verte con ella, a veces eso me colma aún más, y puedo esperar hasta que ella está satisfecha. El problema es que luego a menudo viene alguien y nos interrumpe, o yo tengo que ir a algún sitio, o tienes que irte tú. —Se detuvo y la besó tiernamente. Siguieron caminando en silencio.

El trayecto no era largo, pero cuando se acercaban al campamento de la Novena Caverna casi tropezaron con las cenizas frías de una fogata antes de verla. Ya no quedaba ningún fuego encendido, ni rescoldos casi apagados, ni tiendas iluminadas desde dentro, ni el menor trazo de luz en el resquicio entre dos maderos. Olieron los vestigios del fuego extinto, pero no parecía haber nadie; más aún, daba la impresión de que todo el mundo llevaba ya un tiempo ausente. Todos los miembros de la caverna más populosa de la región habían abandonado el campamento.

—Aquí no hay nadie —dijo Ayla, muy sorprendida—. Se han ido todos. Excepto los que quizá hayan salido de caza o de visita, deben de estar en el campamento principal.

—Aquí está nuestra morada, o eso creo —observó Jondalar—. Encendamos un fuego dentro para calentarla y luego iremos a ver a los caballos.

Entraron un poco de leña y bosta seca de uro que tenían apilada fuera y encendieron fuego en un pequeño hogar formado cerca del espacio destinado a dormir. Lobo entró con ellos y depositó el hueso en un pequeño hoyo de un rincón contiguo a la pared que rara vez usaba nadie más que él. Ayla comprobó el gran odre de agua colocado cerca del hogar principal.

—También es necesario traer un poco de agua —anunció—. Aquí no queda mucha. Vamos a ver a los caballos. Luego tengo que darle el pecho a Jonayla, que empieza a agitarse.

—Mejor será que vaya a buscar otra antorcha. Esta no tardará en apagarse —dijo Jondalar—. Mañana tendré que hacer teas nuevas.

Encendió otra antorcha con la llama de la anterior y echó los restos de la primera a la fogata. Cuando abandonaron el refugio, Lobo los siguió. Ayla lo oyó emitir un gruñido gutural al aproximarse a la cerca de los caballos.

—Aquí pasa algo —dijo Ayla, y se echó a correr.

Jondalar sostuvo la antorcha en alto para ampliar el círculo de luz. Se adivinaba un extraño bulto casi en el centro del cercado. Tras avanzar unos pasos, el gruñido de Lobo se intensificó y vieron un pelaje gris pálido, moteado, de aspecto sedoso, con una cola larga, y manchado de sangre.

—Es un leopardo, un leopardo de las nieves joven, creo. Ha muerto pisoteado. ¿Cómo ha llegado hasta aquí un leopardo de las nieves? Les gustan las tierras altas —

dijo Ayla. Corrió hacia un refugio techado que habían construido para que los caballos se resguardaran de la lluvia, pero no estaban allí.

—¡Uiiinnniii! ¡Uiiinnniii! —llamó, emitiendo el sonoro relincho que a oídos de Jondalar parecía exactamente la voz de un caballo.

Era el nombre que ella había dado inicialmente a la yegua. El nombre por el que la conocía la mayoría de la gente, Whinney, era una adaptación de Ayla al lenguaje humano. Repitió el sonido, y luego emitió el penetrante silbido especial que usaba para llamarla. Finalmente, de lejos, llegó el relincho de respuesta.

—Lobo, ve a buscar a Whinney —ordenó al cánido.

El animal se alejó a la carrera en dirección al relincho, y Ayla y Jondalar lo siguieron. Atravesaron la cerca allí donde los caballos la habían derribado para salir, y Ayla entendió cómo habían escapado.

Encontraron a los tres caballos no muy lejos de un arroyo, detrás de la zona donde había acampado la Novena Caverna. Lobo, sentado, los protegía, pero, advirtió Ayla, no se había acercado demasiado. Saltaba a la vista que los caballos se habían llevado un buen susto, y de algún modo el lobo intuyó que incluso él, un carnívoro amigo, les parecía una amenaza en ese momento. Ayla se acercó apresuradamente a Whinney, pero aminoró el paso al darse cuenta de que Whinney la observaba atentamente, con los belfos tensos, las orejas, el hocico y los ojos dirigidos hacia ella, fijos en ella, moviendo la cabeza ligeramente.

—Todavía tienes miedo, ¿verdad? —Ayla empezó a hablar a la yegua en susurros empleando su lenguaje especial—. No me extraña, Whinney. —De nuevo pronunció su nombre tal como haría un caballo, pero en voz más baja—. Siento que hayáis tenido que defenderos de ese leopardo solos, y que no hubiera nadie aquí que os oyera cuando habéis pedido ayuda.

Mientras hablaba, iba acercándose lentamente al caballo, hasta que por fin alargó los brazos y rodeó el robusto cuello. La yegua se relajó, apoyó la cabeza en el hombro de la mujer y se inclinó hacia ella a la vez que Ayla se inclinaba también en la familiar postura de consuelo adoptada ya en sus primeros tiempos en el valle.

Jondalar, siguiendo su ejemplo, llamó con un silbido a Corredor, que también estaba asustado. Tras clavar la antorcha en la tierra, se acercó al joven corcel, lo acarició y le rascó donde más le gustaba. El contacto con sus amigos reconfortó a los animales, y pronto Gris se aproximó también. Primero mamó durante un rato de su madre y luego fue en busca de los mimos de Ayla. Jondalar acarició también a la potranca. Pero sólo después de reunirse los cinco —los seis, incluida Jonayla, que estaba despierta y se revolvía en la manta de acarreo—, Lobo se acercó a ellos.

A pesar de que Whinney y Corredor lo conocían desde que era un cachorro de cuatro semanas y habían ayudado a criarlo, su olor seguía siendo el de un carnívoro, un devorador de carne cuyos parientes salvajes a menudo se alimentaban de caballos.

Lobo había intuido su malestar, probablemente olfateando el miedo en ellos, y había sabido que no debía acercarse hasta que volvieran a tranquilizarse. Fue bien recibido por la manada de humanos y caballos cuya impronta había adquirido, la única manada que conocía.

Jonayla decidió más o menos en ese momento que le tocaba a ella. Lanzó un gemido de hambre. Ayla la sacó de la manta de acarreo y la sostuvo en el aire frente a ella para que orinara. Cuando acabó, la apoyó en el lomo de Gris por un momento, sosteniéndola con una mano mientras se reacomodaba la manta de acarreo y se sacaba un pecho con la otra mano. Pronto la pequeña estaba otra vez envuelta y, pegada a su madre, mamaba felizmente.

En el camino de vuelta dieron un rodeo en torno al cercado, sabiendo que los caballos nunca más volverían a entrar allí. Ayla pensó que ya se desharía más tarde del leopardo muerto y no sabía muy bien qué hacer con el cercado. En ese momento sólo tenía claro que no quería volver a meter a los caballos en un sitio así y de buena gana regalaría los postes y las estacas a quien los quisiera, aunque sólo fuese para usarlos como leña. Cuando llegaron a su alojamiento, condujeron a los caballos a una zona detrás de la morada de verano poco usada, donde aún crecía algo de hierba.

—¿No convendría ponerles el cabestro y amarrarlos a una estaca? —preguntó Jondalar—. Así los tendremos cerca.

—Creo que después del susto Whinney y Corredor se alterarían si no pudieran correr a sus anchas. De momento preferirán quedarse cerca, a no ser que alguien vuelva a asustarlos, y esta vez los oíríamos. Voy a dejar a Lobo aquí con ellos para vigilarlos, al menos por esta noche. —Se acercó al animal y se agachó—. Quédate aquí, Lobo. Quédate aquí y vigila a Corredor y Gris. Quédate y vigila a los caballos.

No estaba muy segura de que el animal la hubiera entendido, pero cuando este se sentó y miró en dirección a los caballos, Ayla pensó que quizá sí comprendía. Sacó el hueso que había guardado para él y se lo dio.

El pequeño fuego que habían encendido en el refugio se había apagado hacía rato, así que prendieron otro y entraron más leña para mantenerlo vivo. Entonces Ayla advirtió que la leche materna había inducido a Jonayla a expulsar algo más que orina. Rápidamente extendió una pequeña capa de fibras de anea suaves y absorbentes y colocó encima el trasero desnudo de la niña.

—Jondalar, ¿puedes traerme el odre grande con lo que quede de agua para limpiar a la niña? Luego ve a llenarlo de agua limpia, y también el odre pequeño —pidió Ayla.

—Es una pequeña maloliente —dijo él, dirigiendo una sonrisa de adoración a la niña que consideraba preciosa.

Buscó el cuenco confeccionado con tallos de sauce, tejido en tupida trama y provisto de una cuerda teñida de ocre rojo ensartada cerca del borde superior; lo

empleaban para limpiar sobre todo las peores formas de suciedad. Lo habían diferenciado con ese color a fin de que nadie, por descuido, usara el agua para beber o cocinar. Lo acercó, junto con el odre casi vacío, al hogar, llenó el cuenco y luego cogió su propio odre, hecho con el estómago de un íbice, el mismo del que extrajeron la piel para la manta de acarreo de Jonayla. Cuando se dirigía a la entrada, se aprovisionó de una de las antorchas apagadas que tenían siempre a mano, la encendió en el hogar y, antes de salir, recogió los odres.

Los estómagos de animal, una vez bien limpios y cosidos o atados los agujeros sobrantes del fondo, eran prácticamente impermeables y constituían odres excelentes. Cuando Jondalar regresó con ellos llenos, el cuenco de agua sucia estaba junto al cesto de noche situado a un lado de la puerta, y Ayla amamantaba a Jonayla otra vez con la esperanza de que se durmiera.

—Supongo que, ya puestos, mejor será que vacíe el cuenco y el cesto de noche —señaló él, hincando el extremo inferior de la antorcha encendida en la tierra.

—Como quieras, pero date prisa —respondió Ayla, mirándolo con una sonrisa lánguida pero pícara—. Me parece que Jonayla casi se ha dormido.

Él sintió de inmediato una tensión en la entrepierna y le devolvió la sonrisa. Llevó el odre grande y pesado al hogar principal y lo colgó en el sitio de costumbre, una estaquilla clavada en uno de los robustos postes que sostenían la estructura, y después acercó el otro al sitio destinado a dormir.

—¿Tienes sed? —preguntó Jondalar mientras la veía amamantar a la niña.

—No me importaría beber un poco de agua. Estaba pensando en preparar una infusión, pero creo que esperaré a más tarde —respondió ella.

Jondalar echó agua en un vaso y se lo entregó. A continuación, se encaminó de nuevo hacia la puerta. Vacío el contenido del cuenco en el cesto de noche, recogió la antorcha y volvió a salir llevándose el cesto de noche y el cuenco sucio. Dejando la antorcha en el suelo, vació el enorme y apestoso cesto de noche en una de las zanjas que la gente usaba para orinar. Verter esos residuos era un trabajo que no gustaba a nadie. Cogiendo otra vez la antorcha, llevó los dos recipientes arroyo abajo, lejos del lugar que habían designado como fuente de agua más arriba. Los enjuagó durante un rato y luego, mediante una pala hecha con el omóplato de un animal, afilada en su extremo —que siempre dejaban allí con ese fin—, llenó de tierra el cesto de noche más o menos hasta la mitad. Después, utilizando arena limpia del arroyo, se restregó las manos con cuidado. Por último, alumbrándose con la antorcha, cogió el cesto y el cuenco y regresó a la morada.

Dejó el cesto de noche en el sitio de costumbre, el cuenco al lado y la antorcha encendida en un tederio colocado cerca de la entrada.

—Ya está —anunció, sonriendo a Ayla mientras se dirigía hacia ella, que aún sostenía en brazos a la niña. Jondalar se quitó las sandalias de hierba tejida, el calzado

habitual en verano, y se tendió junto a Ayla, apoyándose en un codo.

—La próxima vez le tocará a otro —dijo ella.

—El agua está muy fría —se quejó él.

—Y tú también tienes frías las manos —observó ella, cogiéndoselas—. Te las calentaré —añadió con una insinuación en la voz.

Él la miró con un brillo en los ojos, dilatándose sus pupilas tanto por la luz tenue del interior de la morada como por el deseo.

Capítulo 12

A Jondalar le gustaba contemplar a Jonayla, hiciera lo que hiciera, ya fuera mamar o jugar con sus propios pies o llevarse algo a la boca. Incluso le complacía mirarla cuando dormía. Ahora la observaba mientras se resistía a dormirse. Soltaba el pezón de su madre, luego chupaba unas cuantas veces más y paraba por un momento; después repetía todo el proceso. Finalmente se quedó quieta entre los brazos de su madre. Jondalar observó fascinado cómo se formaba una gota de leche en la punta del pezón y caía.

—Creo que se ha dormido —dijo en voz baja.

—Sí, eso parece —contestó Ayla. Había envuelto a la niña con lana de muflón limpia, que había lavado unos días antes, y la abrigó para la noche con sus prendas de costumbre. Se levantó y la llevó con delicadeza a un pequeño lecho de pieles de dormir. Ayla no siempre sacaba a Jonayla de su cama cuando se acostaba, pero esa noche tenía claro que deseaba disponer de sus propias pieles de dormir sólo para Jondalar y ella.

Cuando regresó, el hombre que la esperaba la contempló mientras ocupaba su sitio junto a él. Ella lo miró a los ojos, cosa que aún le exigía cierto esfuerzo consciente. Jondalar le había enseñado que entre su pueblo, y entre la mayoría de las personas de su especie —y la de ella—, se consideraba poco cortés, o incluso ruin, eludir la mirada de aquel a quien se hablaba.

Mientras Ayla lo miraba, pensó en cómo veía la otra gente al hombre a quien amaba, cuál era su aspecto, su imagen física. ¿Qué tenía para que la gente se sintiese atraída por él, aun antes de pronunciar una sola palabra? Era alto, de pelo amarillo más claro que el de ella, fuerte y bien constituido, proporcionado para su estatura. Aunque en la tenue luz del refugio no veía el color de sus ojos, que siempre captaban la atención de los demás, sabía que eran comparables al extraordinario azul del agua de glacial y el hielo de sus profundidades. Ella había visto tanto lo uno como lo otro. Jondalar era inteligente y apto para confeccionar objetos, como los utensilios de pedernal que elaboraba; pero no era sólo eso. Ayla sabía que poseía un rasgo, un encanto, un carisma que atraía a la mayoría de las personas, pero sobre todo a las mujeres. Según contaban, la propia Zelandoni había dicho que ni siquiera la Madre podría negarle algo si él se lo pedía.

Jondalar no se daba cuenta de ello. El suyo era un atractivo inconsciente, pero sí tendía a dar por sentado que era siempre bien recibido. Aunque no lo usara adrede, no exactamente, conocía el efecto que ejercía en los demás y se beneficiaba de ello. Incluso después de su largo viaje seguía convencido, sin cambiar un ápice su percepción, de que allí a donde iba la gente lo aceptaba, lo veía con buenos ojos, lo apreciaba. Nunca había tenido que dar explicaciones ni buscar la manera de

integrarse, y nunca había tenido que aprender a pedir perdón por hacer algo indebido o inaceptable.

Si se mostraba arrepentido o adoptaba una actitud de disculpa —sentimientos por lo general sinceros—, la gente tendía a perdonarlo. Ni siquiera de joven, cuando golpeó a Ladroman con tal fuerza que le rompió los dientes delanteros permanentes, tuvo que buscar las palabras para disculparse, plantarse ante él y pronunciarlas. Su madre pagó una importante indemnización en su nombre, y lo enviaron a vivir con Dalanar, el hombre de su hogar, durante unos años, pero él personalmente no se vio obligado a hacer nada para reparar el daño causado. No tuvo que pedir perdón, ni disculparse por portarse indebidamente y lastimar al chico.

Aunque la mayoría de la gente lo consideraba un hombre increíblemente masculino y apuesto, Ayla lo veía de otra manera. Los hombres del pueblo que la crio, los hombres del clan, tenían facciones más toscas, con las cuencas de los ojos redondas y grandes, narices generosas y puentes ciliares acusados. Nada más verlo, sin conocimiento, casi muerto, después de ser atacado por el león de ella, aquel hombre le había avivado un recuerdo inconsciente de un pueblo que no veía desde hacía muchos años, un recuerdo de personas como ella. Para Ayla, las facciones de Jondalar no eran tan enérgicas como las de los hombres con quienes se había criado, pero tenían una forma y una disposición tan perfectas que le parecían de una belleza extraordinaria, como un animal hermoso, un potro o un león saludable. Jondalar le había explicado que la palabra «hermoso» no solía aplicarse a los hombres, pero ella, aunque no la pronunciaba a menudo, sí pensaba que lo era.

Él la miró tendida a su lado; por fin se inclinó para besarla. Sintió la suavidad de sus labios y lentamente deslizó la lengua entre ellos. Ayla, complaciente, los separó. Él volvió a sentir una tensión en la entrepierna.

—Ayla, eres tan hermosa, y yo tan afortunado —dijo.

—La afortunada soy yo —respondió ella—. Y tú eres hermoso.

Jondalar sonrió. Ella sabía que no era la palabra adecuada, pese a que empleaba el adjetivo «hermoso» correctamente en todos los demás casos. Esta vez, cuando ella la pronunció en privado, él se limitó a sonreír. Ayla no se había atado los cordones superiores en la abertura de la túnica, pero volvía a tener el pecho cubierto. Él introdujo la mano y se lo sacó, el mismo con el que ella había dado de mamar, y le lamió el pezón; luego chupó, saboreando la leche.

—Tengo una sensación distinta cuando lo haces tú —dijo ella en voz baja—. Me gusta cuando mama Jonayla, pero no es lo mismo. Contigo deseo que me toques otras partes.

—Tú me despiertas el deseo de tocarte esas partes.

Jondalar le desató todos los cordones y le abrió la túnica por completo, dejando a la vista los dos pechos. Cuando él volvió a chuparle el pezón, el otro dejó escapar

unas gotas de leche, y él se las lamió.

—Empieza a gustarme el sabor de tu leche, pero no quiero privar a Jonayla de lo que es suyo.

—Para cuando ella vuelva a tener hambre, habrá más leche.

Él soltó el pezón y deslizó la lengua por su cuello y luego la besó otra vez, en esta ocasión más apasionadamente. Lo invadió una necesidad tan intensa que no supo si podría controlarla. Se interrumpió y escondió la cara en su cuello, intentando recobrar la calma. Ella empezó a tirar de la túnica de Jondalar para quitársela por encima de la cabeza.

—Hacía tiempo —señaló él, irguiéndose sobre las rodillas—. Es increíble lo a punto que estoy.

—¿En serio? —dijo Ayla con una sonrisa burlona.

—Ahora lo verás.

Jondalar acabó de quitarse la túnica tirando con las dos manos; a continuación, poniéndose de pie, se desató el cordel que le ceñía la cintura y se despojó del pantalón corto. Debajo llevaba una bolsa protectora que cubría sus partes viriles, atada alrededor de la cadera mediante finas correas de piel. Normalmente dichas bolsas, de gamuza o conejo o alguna otra piel suave, solían llevarse sólo en verano. Si hacía mucho calor o si un hombre realizaba un trabajo especialmente duro, podía desvestirse hasta quedarse sólo con eso y aun así sentirse protegido. En ese momento la bolsa de Jondalar abultaba considerablemente por el miembro que contenía. Se bajó la bolsa, dejando a la vista su virilidad turgente.

Ayla lo miró, y su respuesta asomó en forma de lenta sonrisa. En otros tiempos el tamaño de su miembro asustaba a las mujeres, antes de que supieran con qué cuidado y delicadeza lo empleaba. En su primera vez con Ayla temió que se pusiera nerviosa, hasta que los dos descubrieron lo bien que se acoplaban el uno al otro. A veces Jondalar no daba crédito a la suerte que tenía. Siempre que la deseaba, ella estaba disponible para él. Nunca se mostraba evasiva ni falta de interés. Daba la impresión de que lo deseaba tanto como él la deseaba a ella. Jondalar reaccionó con una sonrisa de tal felicidad y placer que, en respuesta, la sonrisa de ella se ensanchó transformándose en la gloriosa expresión que, a ojos de Jondalar, y de casi todos los demás hombres, convertía a Ayla en una mujer de una belleza sin par.

El fuego en el pequeño hogar se consumía, y aunque no se había apagado aún del todo, apenas emitía ya luz y calor. No importaba. Él se tendió a su lado y empezó a quitarle la ropa, primero la túnica larga, deteniéndose para chuparle otra vez los pezones, antes de desatar las correas que le sujetaban los calzones en torno a la cintura. Le soltó los nudos y se los bajó, a la vez que le pasaba la lengua por el vientre y la hundía en el ombligo; luego siguió bajándoselos y dejó al descubierto el vello púbico. Cuando asomó el principio de su vulva, él hundió ahí la lengua,

deleitándose en el sabor ya conocido y buscando el pequeño botón. Ella gimió de placer cuando él lo encontró.

Le quitó los calzones y se inclinó para besarla; acto seguido, volvió a paladear la leche y descendió otra vez para saborear de nuevo su esencia. Le separó las piernas, abrió sus adorables pétalos y encontró su nódulo henchido. Sabía exactamente cómo estimularla; lo succionó y lo acarició con la lengua, a la vez que le introducía los dedos y buscaba otras zonas que le avivaban los sentidos.

Ella dejó escapar un chillido, sintiendo sacudidas de fuego por todo su cuerpo. Casi demasiado pronto él sintió un borbotón de fluido, lo saboreó, y su deseo de dejarse ir fue tan intenso que apenas pudo contenerse. Subió, buscó la abertura de ella con su virilidad henchida y embistió, alegrándose una vez más de no tener que controlarse por miedo a hacerle daño, de que ella lo abarcara por entero, de que él encajara tan bien.

Ella lanzó otro chillido, y otro más, cada vez que Jondalar salía y volvía a entrar. Hasta que él llegó al punto culminante. Con un sonoro gruñido que rara vez emitía cuando había otras personas cerca, alcanzó un clímax de gran intensidad y la penetró con toda sus fuerzas. Al oírlo gritar, Ayla se acomodó a sus movimientos, sin oír siquiera sus propios sonidos mientras la recorrían oleadas de sensaciones, comparables a las de él. Arqueó la espalda, apretándose contra él a la vez que él empujaba. Se quedaron inmóviles por un momento, temblando, tan pegados como si intentaran fundirse el uno con el otro y convertirse en uno solo, y luego se distendieron, jadeando para recuperar el aliento. Jondalar permaneció tendido sobre Ayla, tal como a ella le gustaba, hasta que consideró que debía de pesarle demasiado y se apartó.

—Lamento que haya sido tan corto —se disculpó él.

—Yo no. Estaba tan a punto como tú, tal vez más.

Se quedaron los dos tumbados un rato, hasta que ella dijo:

—Me gustaría darme un chapuzón en el arroyo.

—Tú y tus baños de agua fría. ¿Te haces una idea de lo helada que está el agua? ¿Te acuerdas del tiempo que pasamos con los losadunai en nuestro viaje? ¿Del agua caliente que salía de la tierra y de los fantásticos baños que construyeron? —preguntó Jondalar.

—Eran fantásticos, pero en el agua fría te refrescas y sientes un hormigueo. Cuando me baño, no me importa que el agua esté fría —respondió ella.

—Y yo ya me he acostumbrado. De acuerdo. Avivemos el fuego para que esto esté caliente cuando regresemos, y vayamos a tomar un baño de agua fría, un baño rápido.

Cuando los glaciares cubrían la región situada no mucho más al norte, las tardes eran frescas a latitudes a medio camino entre el polo y el ecuador incluso en pleno

verano. Se llevaron las suaves pieles de gamuza para secarse que les habían regalado sus amigos sharamudoi durante el viaje y, envolviéndose en ellas, corrieron hasta el arroyo, en un punto por debajo de su habitual fuente de abastecimiento de agua, pero sin llegar al lugar donde lavaban el cesto de desechos.

—¡Qué fría está el agua! —protestó Jondalar cuando se metieron en el arroyo a todo correr.

—Sí que lo está —coincidió Ayla, agachándose para que el agua le llegase al cuello y le cubriese los hombros. Se mojó la cara y luego se frotó todo el cuerpo con las manos bajo el agua. Salió corriendo, cogió la toalla de gamuza y, tras envolverse con ella, regresó como una flecha al refugio. Jondalar le pisaba los talones. Se acercaron al fuego y se secaron rápidamente; a continuación colgaron las pieles húmedas en una estaquilla. Se metieron entre sus pieles de dormir y se acurrucaron para darse calor.

Cuando volvieron a sentirse a gusto, él le susurró al oído:

—Si vamos despacio, ¿crees que puedes llegar a estar a punto otra vez?

—Creo que sí, si tú puedes.

Jondalar la besó, abriéndole la boca con la lengua, y ella respondió del mismo modo. Esta vez él no tenía prisa. Quería alargarse, explorar su cuerpo, buscar todas esas zonas especiales que le daban placer, y dejarla a ella encontrar las suyas. Le acarició el brazo y sintió la piel fría que empezaba a entrar en calor; después le tocó el pecho, sintiendo que el pezón se contraía y endurecía bajo la palma de su mano. Lo manipuló con el pulgar y el índice y hundió la cabeza bajo las pieles para tomarlo entre sus labios.

Fuera se oyó un ruido. Los dos levantaron la cabeza por encima de las pieles y aguzaron el oído. Se acercaban unas voces. Al cabo de un momento alguien apartó la cortina de la puerta y entraron varias personas. Se quedaron inmóviles, atentos. Si se iban todos directamente a la cama, podrían continuar con sus exploraciones. Ninguno de los dos se sentía del todo cómodo compartiendo los placeres mientras había alrededor personas totalmente despiertas y charlando, a pesar de que a algunos no parecía importarles. No era algo tan anormal, comprendía Jondalar, e intentó recordar qué hacía él cuando era más joven.

Sabía que se habían acostumbrado al aislamiento durante el año que viajaron juntos de regreso a su hogar, pero él siempre había sido un hombre celoso de su intimidad, incluso en los tiempos en que lo instruía Zolena, sobre todo cuando la instrucción se convirtió en algo más que la relación entre una mujer-donii y su joven discípulo, cuando pasaron a ser verdaderos amantes, y él deseó hacerla su compañera. En ese momento reconoció la voz de ella además de la de su madre y Willamar. La Primera los había acompañado al campamento de la Novena Caverna.

—Voy a poner agua a hervir para una infusión —anunció Marthona—. Podemos

coger fuego del hogar de Jondalar.

—Sabe que estamos despiertos —susurró Jondalar a Ayla—. Creo que vamos a tener que levantarnos.

—Me temo que sí —coincidió Ayla.

—Te llevo un poco de fuego, madre —ofreció Jondalar a la vez que apartaba las pieles y alargaba el brazo para coger su bolsa taparrabos.

—Vaya. ¿Os hemos despertado? —preguntó Marthona.

—No, madre —contestó él—. No nos habéis despertado.

Se levantó, buscó un trozo largo y delgado de yesca y lo acercó al fuego hasta que prendió. Luego lo llevó al hogar principal del refugio.

—¿No os apetece tomar una infusión con nosotros? —propuso su madre.

—Bueno, ¿por qué no? —contestó él. Sabía que todos eran conscientes de que habían interrumpido a la joven pareja.

—Además, quería hablar con vosotros —añadió la Zelandoni.

—Permitidme que vaya a abrigarme un poco —dijo él.

Ayla ya se había vestido cuando Jondalar regresó a su pequeño espacio de dormir. Se apresuró a ponerse algo de ropa y los dos salieron al hogar principal, provistos de sus vasos de beber.

—Alguien ha llenado el odre —observó Willamar—. Creo que me has ahorrado la molestia, Jondalar.

—Ayla se ha dado cuenta de que estaba vacío.

—He visto a Lobo y los caballos detrás de la morada, Ayla —señaló Willamar.

—En el campamento no ha habido nadie en todo el día, y un leopardo de las nieves ha intentado atacar a Gris. Whinney y Corredor se han enfrentado a él y lo han matado, pero han roto la cerca y se han escapado —explicó Jondalar.

—Lobo los ha encontrado al final de esta pradera, cerca de las paredes de roca y de un pequeño arroyo. Deben de haberse llevado un buen susto. Al principio incluso nos tenían miedo a nosotros y a Lobo —añadió Ayla.

—Y no estaban dispuestos a volver al cercado por nada del mundo, así que los hemos traído aquí —aclaró Jondalar.

—Ahora los vigila Lobo, pero tendremos que encontrarles otro lugar —explicó Ayla—. Mañana buscaré un sitio donde deshacerme de ese leopardo de las nieves muerto y regalaré la madera del cercado. Puede servir para leña.

—Ese cercado tiene unos cuantos buenos tablones. Servirá para algo más que para leña —observó Willamar.

—Puedes quedártela toda, Willamar. No quiero volver a verla —dijo Ayla, estremeciéndose.

—Sí, decide tú qué hacer con esa madera, Willamar. Hay piezas muy aprovechables —confirmó Jondalar, pensando que el leopardo de las nieves había

asustado a Ayla aún más que a los caballos. También la había enfurecido. Probablemente prendería fuego al cercado ella misma sólo por deshacerse de él.

—¿Cómo sabéis que era un leopardo de las nieves? Por aquí no suele haber —comentó Willamar—, y nunca en verano, que yo recuerde.

—Al llegar al cercado, hemos visto los restos del leopardo, pero no había ni rastro de los caballos —respondió Jondalar—. Ayla ha encontrado una cola larga de aspecto sedoso, con pelo blanco grisáceo y manchas oscuras, y la ha identificado como la cola de un leopardo de las nieves.

—Será eso —dijo Willamar—, pero a los leopardos de las nieves les gustan las tierras altas y las montañas, y por lo general cazan íbices, gamuzas y muflones, no caballos.

—Según Ayla, era uno joven, posiblemente macho —contestó Jondalar.

—Tal vez este año los depredadores de las montañas estén bajando antes —señaló Marthona—. Si es así, quizá signifique que el verano será corto.

—Más vale que avisemos a Joharran. Puede que convenga organizar alguna gran cacería cuanto antes y almacenar mucha carne. Un verano corto puede traer un invierno largo y frío —dictaminó Willamar.

—Y tendríamos que recolectar todo lo que esté maduro antes de que lleguen los fríos —añadió Marthona—. Incluso lo que no esté todavía maduro, si es necesario. Recuerdo un año, hace ya mucho tiempo, que recogimos muy poca fruta, y tuvimos que desenterrar raíces con la tierra casi helada.

—Recuerdo ese año —dijo Willamar—. Creo que fue antes de que Joconan fuera jefe.

—Exacto. Tú y yo aún no nos habíamos emparejado, pero estábamos interesados el uno en el otro —señaló Marthona—. Si la memoria no me engaña, por aquel entonces hubo varios años malos.

La Primera no guardaba recuerdo de aquello. Probablemente era aún muy pequeña por esas fechas.

—¿Qué hizo la gente? —preguntó.

—Al principio nadie se creyó que el verano fuera a acabarse tan pronto —explicó Willamar—. Y luego todo el mundo empezó a almacenar comida a toda prisa para el invierno. Y menos mal. Al final la estación fría fue muy larga.

—Habría que prevenir a la gente —recomendó la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra.

—¿Cómo podéis estar seguros de que esto significa un verano corto? Sólo ha sido un leopardo de las nieves —dijo Jondalar.

Ayla pensaba lo mismo, pero calló.

—No hace falta estar seguro —contestó Marthona—. Si la gente seca carne o bayas de más, o si almacena más raíces o frutos secos antes de tiempo, y luego no

llega el frío, no habrá ningún problema. Simplemente nos durarán más. Pero si no reunimos cantidad suficiente, podríamos pasar hambre, o cosas peores.

—Ya te he dicho que quería hablar contigo, Ayla. He estado preguntándome cuándo deberíamos empezar tu Gira de la Donier. No sabía qué era lo más conveniente, si partir cuanto antes o esperar al final del verano, tal vez incluso hasta pasada la segunda ceremonia matrimonial. Ahora pienso que deberíamos irnos lo antes posible. Ya de paso, por el camino, podemos avisar a la gente de que quizá el verano sea corto —dijo la Primera—. Estoy segura de que la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna se prestará con mucho gusto a officiar la última ceremonia. En todo caso, no creo que haya muchas parejas. Sólo las pocas que se formen este verano y tomen ya la decisión. Sé de dos parejas que aún no saben si quieren unirse, y otra cuyas cavernas están tardando mucho en llegar a un acuerdo. ¿Podrás estar lista para emprender la marcha dentro de unos días?

—Seguro que sí —contestó Ayla—. Y si nos vamos, no tendré que buscar otro sitio para los caballos.

—¡Mira cuánta gente! —comentó Danella al ver a la muchedumbre que se había congregado en grupos y corrillos en torno al gran alojamiento de los zelandonia. Paseaba con su compañero, Stevadal, el jefe de Vista del Sol, y con Joharran y Proleva.

Observaban a la multitud que se había reunido en torno al refugio para ver quién salía, por más que en el exterior hubiese ya otras cosas dignas de verse. La angarilla especial con asiento construida para la Primera estaba enganchada a la yegua de color pardo amarillento de la mujer forastera de Jondalar, y Lanidar, el joven cazador de la Decimonovena Caverna con un brazo deforme, sujetaba un dogal prendido del cabestro, un artilugio hecho de cuerda que se colocaba en torno a la cabeza del animal. También sostenía el dogal del joven corcel zaino, que llevaba enganchada una angarilla similar, cargada de fardos. La potranca gris estaba a su lado, como si esperara que él la protegiera de la multitud. El lobo se hallaba junto a ellos, sentado, también con la mirada fija en la salida del refugio.

—Cuando llegaron, tú todavía te sentías débil y no estabas aquí —explicó Stevadal a su compañera—. ¿Siempre despiertan tanta atención, Joharran?

—Siempre ocurre lo mismo cuando cargan —respondió Joharran.

—Una cosa es que los caballos estén en los alrededores del campamento principal, y el lobo al lado de Ayla; al final, te acostumbras a ver a los animales relacionarse amistosamente con unas cuantas personas. Pero lo que causa verdadera sorpresa es, creo, cuando les enganchan esos artefactos de los que tiran, y los cargan, cuando les piden a los caballos que trabajen y los caballos acceden —explicó Proleva.

Se produjo un revuelo cuando varias personas salieron del alojamiento de verano. Los cuatro se acercaron a toda prisa para despedirse. Cuando aparecieron Jondalar y Ayla, Lobo se puso en pie, pero se quedó donde estaba. Los siguieron Marthona, Willamar y Folara, varios zelandonia, y por último la Primera. Joharran ya había empezado a planear una gran cacería, y si bien Stevadal se había mostrado un poco reacio a aceptar su advertencia de que se avecinaba un verano corto, estaba más que dispuesto a sumarse a la cacería.

—¿Volverás por aquí, Ayla? —preguntó Danella después de rozarse ambas las mejillas—. Apenas he tenido tiempo de conocerte.

—No lo sé. Eso depende de la Primera —contestó Ayla.

Danella también rozó la mejilla de Jonayla con la suya. La niña estaba totalmente despierta, apoyada en la cadera de su madre y sujeta con la manta de acarreo; parecía percibir la agitación en el aire.

—Lamento no haber tenido tiempo de conocer un poco más a esta pequeña. Es un encanto, y preciosa.

Se encaminaron hacia donde aguardaban los caballos y cogieron los dogales.

—Gracias, Lanidar —dijo Ayla—. Te agradezco la ayuda con los caballos, sobre todo en estos últimos días. Confían en ti, y contigo se sienten a gusto.

—Yo lo he pasado bien. Me encantan los caballos, y vosotros dos habéis hecho mucho por mí. Si el año pasado no me hubieseis pedido que los vigilara, si no me hubieseis enseñado a usar el lanzavenablos y regalado uno, nunca habría aprendido a cazar. Aún seguiría tras los pasos de mi madre recogiendo bayas. Ahora tengo amigos, y cierto prestigio que ofrecer a Lanoga cuando ella tenga edad.

—Aún piensas emparejarte con ella, pues —observó Ayla.

—Sí, estamos haciendo planes —contestó Lanidar. Se interrumpió por un momento, como si quisiera decir algo más. Finalmente añadió—: Quiero daros las gracias a Jondalar y a ti por la morada de verano que les construisteis. Para ellos representó todo un cambio. He dormido allí alguna que otra vez... bueno, casi todas las noches, para ayudarla con los pequeños. Su madre volvió dos veces, no, tres. Tremeda siempre me pide algo, pero al día siguiente, porque por las noches, cuando llega, apenas se tiene en pie. Incluso Laramar durmió allí una noche. Dudo que se diera cuenta de que yo estaba. Se marchó por la mañana nada más levantarse.

—¿Y Bologan? ¿Se queda allí por la noche y ayuda con los niños menores? —preguntó Ayla.

—A veces. Está aprendiendo a hacer barma, y se queda con Laramar cuando él lo prepara. También practica con el lanzavenablos. Yo le he enseñado a usarlo. El verano pasado no parecía interesarle la caza, pero este año, después de ver lo que yo he aprendido, quiere demostrar que él también es capaz.

—Bien. Me alegra oírlo. Gracias por hablarme de ellos y de ti —dijo Ayla—. Si

no volvemos aquí después de nuestro viaje, esperaré impaciente a volver a verte el año que viene. —Le rozó la mejilla con la suya y lo abrazó.

Ayla advirtió que la multitud tenía puesta la atención en la angarilla de Whinney. La mujer corpulenta que era la Zelandoni de la Novena Caverna y la Primera Entre Quienes Servían se dirigía hacia allí. Ayla imaginaba lo nerviosa que estaba, pese a que sabía disimularlo. Caminaba con aplomo, como si aquello fuera para ella lo más natural del mundo. Jondalar aguardaba con una sonrisa y le tendió la mano para ayudarla. Ayla permaneció junto a la cabeza de Whinney para que no se moviera al percibir la carga añadida. La mujer pisó el peldaño inferior y sintió que cedía al combarse las varas bajo su peso, pero no más de lo que permitía la elasticidad propia de la madera. Sujeta aún a la mano de Jondalar para no perder el equilibrio, ni la calma, acabó de subir, se dio media vuelta y se sentó. Alguien había confeccionado una almohadilla muy cómoda para el asiento y el respaldo, y en cuanto la mujer se vio instalada, se sintió mejor. Reparó en los brazos de apoyo a los que podría agarrarse en cuanto se pusiesen en marcha, lo cual también mitigó sus preocupaciones.

Una vez acomodada la Zelandoni, Jondalar se acercó a Ayla y entrelazó las manos para que ella las usara a modo de estribo y montara con Jonayla a lomos del caballo. Cuando Ayla llevaba a cuestas a la niña, no podía subir de un salto, como era su costumbre. Jondalar ató el largo dogal sujeto al pequeño cabestro de Gris al armazón de la angarilla; luego se acercó a Corredor, que estaba a su lado, y lo montó ágilmente.

Ayla, al frente del grupo, salió del campamento principal de la Reunión de Verano. Pese a los pesados lastres —cargar con una amazona y arrastrar un gran peso en la angarilla—, Whinney no iba a permitir que su cría caminase por delante de ella. Era la yegua dominante, y en una manada la yegua dominante siempre iba en cabeza. Ayla sonrió a Lobo cuando este se situó a su lado.

Jondalar, montado en Corredor, se colocó detrás de ella. Se alegraba de ir a la zaga. Eso le brindaba la oportunidad de permanecer atento a Ayla y su hija, así como a la Zelandoni, para asegurarse de que no les pasaba nada. Como la Primera iba de espaldas al sentido de la marcha, Jondalar podía sonreírle, y si se acercaba lo suficiente, incluso mantener una conversación con ella, o al menos cruzar unas palabras.

La donier se despidió de la gente del campamento con un gesto sereno y siguió mirándola hasta que estuvieron demasiado lejos para verla con claridad. También ella se alegraba de que Jondalar cerrase la marcha. Todavía le inquietaba un poco viajar detrás de la yegua, y después de unos cuantos kilómetros perdió interés en mirar sólo el lugar de donde procedía y el paisaje en movimiento. El asiento se sacudía, sobre todo cuando el terreno era un poco escabroso, pero en general, decidió, no era una

mala manera de viajar.

Ayla desanduvo el camino por el que habían ido al campamento, hasta llegar a un arroyo que descendía desde el norte, cerca de un hito del que habían hablado la noche anterior, donde se detuvo. Jondalar, con sus largas piernas, apenas tenía que descolgarse del joven corcel y dar un par de pasos al frente para ayudar a Ayla, pero ella ya había pasado la pierna por encima del lomo y saltado a tierra.

Los caballos eran animales compactos; sin ser ponis, los caballos salvajes en su estado natural no eran altos. Sí eran recios, robustos y fuertes en extremo, de cuello grueso coronado por una corta crin erizada. Poseían cascos resistentes capaces de pisar cualquier terreno —afiladas piedras, tierra dura o arena blanda— sin necesidad de protección. Jondalar y Ayla se acercaron a la Zelandoni y le tendieron las manos, que ella cogió para no perder el equilibrio al apearse.

—No es difícil viajar así —comentó la Primera—. A veces se mueve un poco, pero la almohadilla del asiento amortigua las sacudidas y puedo sujetarme a los apoyabrazos. Pero siento alivio al levantarme y estirar las piernas. —Eché un vistazo alrededor y asintió con la cabeza—. Desde aquí viajaremos hacia el norte durante un rato. No vamos muy lejos, pero es una cuesta escarpada.

Lobo se había adelantado, dejándose llevar por el olfato para explorar la zona, pero regresó cuando se detuvieron. Lo avistaron de nuevo justo en el momento en que ayudaban a la Zelandoni a sentarse otra vez en la angarilla. Acto seguido, volvieron a montar. Vadearon el arroyo y siguieron hacia el norte, aguas arriba por la margen izquierda. Ayla vio muescas en la corteza de los árboles y supo que eran marcas dejadas por alguien que había recorrido antes el mismo camino. Cuando examinó más detenidamente una de esas marcas, vio que era la repetición de una muesca anterior, que se había oscurecido y no se veía bien; advirtió aun otra señal parcialmente tapada por el crecimiento de la corteza y, le pareció, incluso una cuarta más antigua.

Ayla mantuvo a los caballos al paso para no cansarlos. La Zelandoni conversaba con Jondalar, que, deseoso de caminar un rato, había desmontado de Corredor y tiraba del caballo zaino por el sendero marcado. Era una cuesta severa, y a medida que ascendían, iba cambiando el paisaje. Los árboles caducifolios dieron paso a un monte bajo salpicado de altas coníferas. Lobo se adentraba de vez en cuando en el bosque y al rato volvía a aparecer por otro lado.

Tras unos diez kilómetros, el sendero los llevó hasta la entrada de una gran cueva en lo alto de la sierra que separaba las cuencas del Río y el Río Oeste. Cuando llegaron, ya era media tarde.

—Ha sido mucho más fácil que subir a pie —afirmó la Zelandoni al apearse del asiento en la angarilla, esta vez sin esperar siquiera la ayuda de Jondalar.

—¿Cuándo quieres entrar? —preguntó Jondalar, acercándose a la boca de la cueva y echando un vistazo al interior.

—No hasta mañana —respondió la Zelandoni—. Hay que adentrarse un largo trecho. Nos llevará todo el día entrar y volver a salir.

—¿Piensas llegar hasta el fondo?

—Sí, por supuesto. Hasta el mismísimo final.

—En ese caso, quizá convenga asentar el campamento aquí, teniendo en cuenta que nos quedaremos por lo menos dos noches —propuso Jondalar.

—Aún es temprano. Después de plantar el campamento, iré a ver qué hierbas crecen por esta zona —anunció Ayla—. Puede que encuentre algo interesante para la comida de la noche.

—Seguro que sí —dijo Jondalar.

—¿Queréis venir conmigo? Podemos ir todos —sugirió Ayla.

—No. He visto afloramientos de pedernal en las paredes de roca, y me consta que también los hay dentro de la cueva —explicó Jondalar—. Voy a coger una antorcha y entrar a echar una ojeada.

—¿Y tú, Zelandoni? —preguntó Ayla.

—Me parece que no. Quiero meditar un poco acerca de esta cueva, y tengo que comprobar las antorchas y los candiles y calcular cuántos necesitaremos. Y qué más deberíamos llevar —respondió La Que Era la Primera.

—Da la impresión de que es una cueva enorme —comentó Ayla. Avanzó unos pasos hacia el interior y escrutó la oscuridad; luego examinó el techo.

Jondalar entró detrás de ella.

—Mira, aquí asoma de la pared otro trozo de pedernal, justo cerca de la entrada. Seguro que dentro hay más —observó, trasluciéndose el entusiasmo en su voz—. Aunque pesa demasiado para sacar grandes cantidades.

—¿El techo es así de alto en toda la cueva? —preguntó Ayla a la mujer.

—Sí, más o menos, salvo al final. Esto no es una simple gruta; es una cueva enorme. De hecho, tiene muchos túneles y amplias salas. Incluso hay niveles más bajos, pero esta vez no tendremos que explorarlos. En invierno la habitan osos cavernarios, como veréis por los revolcaderos y los zarpazos en las paredes —explicó la Primera.

—¿Es tan grande como para que entren los caballos? —preguntó Ayla—. Quizá con la angarilla podríamos sacar parte del pedernal de Jondalar.

—Creo que sí —respondió la Zelandoni.

—A la ida tendremos que marcar la pared con muescas para encontrar después el camino de salida —dijo Jondalar.

—Seguro que Lobo nos ayudará a salir si nos desorientamos —afirmó Ayla.

—¿Vendrá con nosotros? —preguntó la Zelandoni.

—Si se lo pido, sí —contestó Ayla.

Saltaba a la vista que otros habían acampado allí antes. Frente a la entrada, se veía

la tierra allanada en algunos puntos, así como las cenizas y el carbón, delimitados por rocas chamuscadas, de varias fogatas antiguas. Eligieron uno de los círculos para volver a utilizarlo, pero añadieron al contorno las piedras de otro, y construyeron un asador con unas horquillas sostenidas mediante piedras y usaron ramas verdes para ensartar la comida. Jondalar y Ayla desengancharon los caballos, les retiraron los cabestros y los llevaron a un prado cercano. Podían cuidarse solos y acudirían al oír sus silbidos.

Luego plantaron la tienda de viaje, que era más grande de lo habitual. Habían juntado dos y las habían probado antes de marcharse para asegurarse de que se encontrarían todos a gusto. Llevaban comida desecada, además de restos guisados de la mañana, pero también tenían carne fresca de un ciervo rojo cazado por Solaban y Rushemar. Utilizando las varas de la angarilla, Jondalar y Ayla formaron un alto trípode con el vértice amarrado y de él colgaron los paquetes de comida envueltos en cuero para que los carnívoros no pudieran acceder a ella. Meter la comida en la tienda habría sido como invitar a un animal a entrar.

Recogieron material combustible para el fuego, en su mayor parte leña de árboles caídos y broza, pero también ramas secas de coníferas, situadas en el tronco muy por debajo de las últimas vivas, hierba seca y excrementos secos de animales herbívoros. Ayla encendió un fuego y amontonó la leña de manera compacta para que ardiera lentamente y así poder emplear luego las brasas. Comieron las sobras, e incluso Jonayla mordisqueó el extremo de un hueso después de mamar. A continuación, cada uno se dedicó a sus respectivas tareas. La Zelandoni empezó a revolver entre los fardos transportados en la angarilla de Corredor en busca de teas y candiles, bolsas de grasa para la combustión y líquen, setas desecadas y diversos materiales más para las mechas. Jondalar cogió su bolsa de herramientas para la talla de pedernal, encendió una antorcha en la fogata y entró en la gran cueva.

Ayla se colgó el morral, la bolsa mamutoi que llevaba al hombro, un poco más blanda que los morrales con armazón de los zelandonii, aunque también espaciosa. La cargaba a la derecha, junto con el carcaj y el lanzavenablos. Al otro lado, en la espalda, se colgó a la niña mediante la manta de acarreo, pero podía desplazarla fácilmente para apoyársela en la cadera izquierda. Por delante y hacia la izquierda, se colocó un palo de cavar bajo la resistente tira de cuero que le ceñía la cintura, en tanto que la funda con el cuchillo pendía a la derecha. También llevaba al cinto varias bolsas. Colgada al cuello, tenía la honda, pero guardaba las piedras para el arma en otra bolsa prendida de la correa de la cintura. A eso se sumaba otra bolsa más para objetos de uso general, como platos, el yesquero, un pequeño mazo, un costurero que incluía hilo de distintos tamaños, desde finas fibras de tendón hasta cordel grueso, apto para enhebrar en las agujas de marfil más grandes. Incluía también varios rollos de cuerda mayor, y cosas diversas. La última bolsa era la de las medicinas.

Esta, confeccionada con piel de nutria, la llevaba sujeta al cinturón. Rara vez salía sin ella. Era muy poco común; ni siquiera la Zelandoni había visto nunca nada igual, pese a que de inmediato percibió que era un objeto con poder espiritual. Era igual que la primera que Iza, su madre en el clan, le había hecho con la piel de una nutria entera. En lugar de abrirla en canal por el vientre como se hacía para vaciar a un animal recién cazado, le había cortado parcialmente la garganta, de modo que la cabeza, con el cerebro ya extraído, quedaba prendida del lomo mediante una porción de piel. Había retirado cuidadosamente las entrañas y la columna vertebral por la abertura del cuello, y conservado las patas y el rabo. Por el cuello había ensartado dos cordones teñidos de rojo en direcciones opuestas a fin de cerrar la abertura, utilizando la cabeza, seca y un tanto reducida, como tapa.

Ayla comprobó el carcaj, que contenía cuatro lanzas dardo y el lanzavenablos; a continuación, cogió su cesta de recolección, ordenó a Lobo que la acompañara y tomó el sendero por el que habían llegado. De camino a la cueva, se había fijado en la vegetación que crecía junto al sendero y había evaluado sus usos posibles. Ese hábito, adquirido en la infancia, era ahora casi un acto reflejo. Resultaba una práctica vital entre quienes vivían de la naturaleza, ya que su supervivencia dependía de lo que cazaban o recolectaban en sus expediciones diarias. Ayla siempre clasificaba las propiedades tanto medicinales como nutricionales de todo aquello que veía. Iza, una curandera, había decidido transmitir sus conocimientos a su hija adoptiva en igual medida que a su propia hija. Pero Uba nació con recuerdos heredados de su madre, y bastó con despertárselos, diciéndole las cosas una o dos veces, para que asimilara y entendiera las enseñanzas y explicaciones.

Iza descubrió que a Ayla le costaba más, porque carecía de los recuerdos del clan. Tuvo que obligarla a memorizar; sólo mediante la repetición constante la niña de los Otros consiguió retener esos conocimientos. Pero más tarde Ayla sorprendió a Iza, ya que, una vez aleccionada, era capaz de pensar en la medicina que había aprendido de una manera distinta. Por ejemplo, si no se disponía de tal o cual planta medicinal, enseguida se le ocurría un sustituto, o una combinación de medicinas que, juntas, tuvieran propiedades o efectos similares. También se le daba muy bien diagnosticar, determinar lo que le pasaba a alguien cuando acudía con una dolencia imprecisa. Aunque no podía explicarlo, Iza intuía las diferencias entre la manera de pensar del clan y la de los Otros.

Muchos de los miembros del clan de Brun creían que la chica de los Otros que vivía con ellos no era muy lista, porque no recordaba las cosas tan rápidamente ni tan bien como ellos. Iza se había dado cuenta de que no era menos inteligente, sino que pensaba de una manera distinta. Ayla también había acabado entendiéndolo. Cuando alguno de los Otros hacía comentarios sobre la torpeza mental del clan, ella intentaba explicar que no eran menos inteligentes, sino que lo eran de otro modo.

Ayla desanduvo el sendero hasta un lugar que recordaba claramente, donde el camino a través del bosque que habían seguido superaba una ligera elevación y daba a un campo de hierba corta y matorrales. Se había fijado en él al pasar antes, y ahora, al volver a acercarse, percibió la fragancia exquisita de las fresas maduras. Se desató la manta de acarreo, la extendió en el suelo y dejó en ella a Jonayla. Cogió una pequeña fresa, la exprimió un poco para extraer el dulce jugo y se la puso a la niña en la boca. Ayla sonrió al ver la expresión de sorpresa y curiosidad de Jonayla. Se echó unas cuantas a la boca, dio otra a su hija y miró alrededor para ver qué podía llevarse al campamento.

Descubrió unos abedules allí cerca e indicó a Lobo que vigilase a Jonayla mientras ella iba a examinarlos. Cuando llegó a los árboles, se alegró al observar que parte de la fina corteza había empezado a desprenderse. Arrancó varias tiras anchas y se las llevó. De la funda prendida al cinto, sacó un cuchillo nuevo, regalo reciente de Jondalar. La hoja de pedernal, tallada por él mismo, iba inserta en una hermosa empuñadura de marfil viejo amarillento labrada por Solaban y adornada con tallas de caballos obra de Marsheval. Cortó la corteza del abedul en porciones simétricas y trazó líneas en ellas para doblarlas más fácilmente y construir pequeños contenedores con tapa. Las fresas silvestres eran tan diminutas que tardó mucho tiempo en recoger suficientes para tres personas, pero el sabor era tan delicioso que merecía la pena. En la bolsa donde llevaba su vaso de beber personal y su cuenco, siempre guardaba otros objetos, incluidos rollos de cordón. Los cordeles de diversos tamaños siempre eran útiles. Empleó algunos para unir los recipientes de corteza de abedul y luego los metió en la cesta de recolección.

Jonayla se había dormido, y Ayla la tapó con una esquina de la manta de acarreo de gamuza suave, que empezaba a estar un poco raída en ese extremo. Lobo descansaba junto a ella con los ojos entornados. Cuando Ayla lo miró, el animal golpeó el suelo con el rabo, pero permaneció cerca del miembro más reciente de su manada, al que adoraba. Ayla se irguió, cogió la cesta de recolección y atravesó el campo de hierba hacia la linde del bosque.

Lo primero que distinguió en una hilera de arbustos fueron los verticilos estrellados de las hojas alargadas de unas azotalenguas, que crecían en abundancia en medio de otras plantas con la ayuda de los pequeños pelos en forma de gancho que las cubrían. Arrancó de raíz varios de los largos tallos reptantes y, gracias a los pelos adherentes, formó un haz fácilmente. Así podían ya emplearse como colador, y sólo por eso eran útiles, pero poseían además otras muchas cualidades, tanto nutricionales como medicinales. Las hojas tiernas eran una agradable verdura de primavera; con las semillas asadas, se obtenía una interesante bebida oscura. La propia hierba, molida y mezclada con grasa, constituía un ungüento útil para las mujeres a quienes se les hinchaban los pechos al cuajarse la leche.

Se sintió atraída por una zona soleada de hierba seca. Allí le llegó una agradable fragancia aromática y buscó la planta que acostumbraba crecer en entornos como ese. Enseguida encontró el hisopo. Era una de las primeras plantas de las que Iza le había hablado y recordaba bien la ocasión. Era un arbusto pequeño y leñoso que alcanzaba una altura de un par de palmos, con hojas perennes, pequeñas y estrechas, de color verde oscuro, arracimadas a lo largo de los tallos ramificados. Habían empezado a aparecer las primeras flores, muy azules, formadas en el extremo de largas espigas y situadas entre las hojas superiores en torno al tallo, y varias abejas zumbaban alrededor. Se preguntó dónde estaría la colmena, ya que la miel con sabor a hisopo era exquisita.

Cogió varios tallos, con la idea de emplear las flores para una infusión, que, además de ser deliciosa, aliviaba la tos, la ronquera y las afecciones de pecho. Las hojas, aplicadas en cataplasma, servían para curar cortes y quemaduras y para reducir los moratones. La infusión hecha a base de hojas, tanto bebida como empleada a modo de baño, constituía un buen tratamiento para el reumatismo. Al pensar en eso, se acordó de pronto de Creb, lo que le arrancó una sonrisa al mismo tiempo que le producía tristeza. En la Reunión del Clan, otra curandera había explicado que ella también usaba hisopo para la hinchazón de piernas provocada por la retención de líquidos. Ayla alzó la vista y vio a Lobo tendido aún junto a la niña dormida; se volvió y se adentró un poco más en el bosque.

En una pendiente umbría cerca de unas piceas, Ayla divisó una mata de asperilla, una planta pequeña, de unos veinticinco centímetros de altura, cuyas hojas, parecidas a las de la azotalenguas, crecían también en círculo, pero tenían el tallo más débil. Se arrodilló para recoger la planta cuidadosamente con todas sus hojas y sus minúsculas flores blancas de cuatro pétalos. Emanaba su propio aroma exquisito y sabía bien en forma de infusión, y como Ayla recordaba, la fragancia se intensificaba al secarse la planta. Las hojas podían emplearse para curar heridas y, hervidas, tenían efectos beneficiosos en el caso de dolores de estómago y otros trastornos internos. Servía para disimular el olor a veces desagradable de otras medicinas, pero a ella también le gustaba colocarla en distintos sitios de su morada y rellenar almohadones con ella por su perfume natural.

No lejos vio otra planta que le era conocida y tendía a crecer en las pendientes umbrías de los bosques, la alquemila, de algo más de medio metro de altura. Las hojas aserradas, semejantes a plumas anchas y cubiertas con pequeños pelos, estaban dispersas a lo largo de los tallos fibrosos un tanto ramificados. El tamaño y la forma de las hojas, desiguales, dependían de su posición en el tallo. En las ramas inferiores, las hojas tenían largos pedúnculos y espacios irregulares entre los folíolos, siendo la última grande y más redonda. En las ramas intermedias, las hojas eran más pequeñas y un tanto distintas en cuanto a forma y tamaño. Las hojas más altas tenían tres dedos

y eran más estrechas; las inferiores eran más redondeadas. Las flores, que se asemejaban mucho a los ranúnculos, poseían cinco pétalos de vivo color amarillo con sépalos verdes en medio, y parecían demasiado pequeñas para una planta tan alta. El fruto, que crecía junto con la flor, era más visible y formaba un racimo pequeño y espinoso entre abrojos erizados de un color rojo oscuro.

Pero Ayla cavó para extraer también el rizoma del que crecía la planta. Quería las raicillas fibrosas, que tenían el aroma y el sabor del clavo. Sabía que iban bien para muchas cosas: los trastornos estomacales, incluida la diarrea, el dolor de garganta, la fiebre, y la congestión y mucosidad del resfriado, y hasta para el mal aliento. Sin embargo, a ella le gustaba usarla sobre todo para sazonar la comida, como aliño ligeramente picante con sabor a clavo.

A cierta distancia vio unas plantas y al principio creyó que eran violetas, pero al inspeccionarlas de cerca comprobó que eran hiedra terrestre. Tenían flores de formas distintas que crecían en la base de las hojas, agrupadas estas en verticilos de tres o cuatro alrededor del tallo. Las hojas, en forma de riñón, presentaban dientes redondeados, una red de venas y largos pedúnculos, y permanecían verdes todo el año. Brotaban en lados opuestos de los tallos secundarios, que a su vez crecían alternadamente en el tronco principal. Pero el verde variaba de intensidad. Ayla sabía que la hiedra terrestre era muy aromática y la olfateó para asegurarse de que no se equivocaba. En su día, combinándola con raíz de regaliz, había preparado con ella una infusión espesa para la tos, e Iza la empleaba para aliviar la inflamación de ojos. En la Reunión de Verano de los mamutoi, un Mamut recomendó la hiedra terrestre para el zumbido de oídos, y también para las heridas.

La tierra húmeda llegaba hasta una zona pantanosa y un arroyo, y Ayla, complacida, vio una amplia extensión de anea, una planta de un metro ochenta de altura parecida al junco, y una de las más útiles. En primavera, los renuevos de las raíces podían desprenderse fácilmente de la raíz central, dejando a la vista un núcleo tierno; los brotes y el núcleo podían comerse crudos o un poco cocidos. El verano era la estación en que crecían los pedúnculos verdes de las flores en lo alto de los tallos esbeltos, deliciosos cuando se hervían o se roían. Después se convertían en anea marrón y maduraba la larga espiga de polen, generando un polen amarillo rico en proteínas. Luego la anea se abría, produciendo una pelusa blanca que podía emplearse para rellenar cojines, almohadas o pañales, o como yesca para encender el fuego. El verano también era la estación en que los tiernos brotes blancos que representaban el crecimiento de la planta para el año siguiente asomaban del grueso rizoma subterráneo, y con tal concentración que extraer unos cuantos no dañaba la germinación posterior.

La fibrosa raíz central podía consumirse todo el año, incluso en invierno si la tierra no se había helado o estaba cubierta de nieve. Se podía extraer una harina

almidonosa blanca machacándola en un recipiente de corteza ancho y poco profundo mezclada con agua, de modo que la harina, más pesada, se depositaba en el fondo, mientras las fibras permanecían a flote, o podía secarse el rizoma y posteriormente machacarse para retirar las fibras, dejando la harina seca. Las hojas largas y estrechas servían para tejer esterillas destinadas a sentarse, o podían convertirse en bolsas en forma de sobre, o en paneles impermeables que, unidos, permitían construir refugios temporales, o en cestas o bolsas de cocción que, llenas de raíces, tallos, hojas o frutos, se sumergían en agua hirviendo y se retiraban fácilmente, y las hojas, si se cocían tiempo suficiente, también eran comestibles. El tallo seco del año anterior podía emplearse como vara de fricción para encender fuego haciéndola girar entre las palmas de las manos contra una plataforma adecuada.

Ayla dejó la cesta de recolección en la tierra seca, sacó del cinto el palo de cavar, hecho con asta de ciervo rojo, y se adentró en el pantano. Con el palo y las manos cavó un hoyo en el barro de unos diez centímetros de profundidad y arrancó las raíces centrales de varias plantas. El resto de la planta salió entero, incluidos los grandes brotes unidos al rizoma, y los bulbos verdes en forma de cola de felino de quince centímetros de largo y más de dos de grosor; Ayla se proponía guisar tanto lo uno como lo otro para la comida de la noche. Ató con cordel los largos tallos de anea para formar un manojo más fácil de transportar y se dirigió de nuevo hacia el campo abierto.

Pasó junto a un fresno y recordó lo mucho que abundaba este árbol en los alrededores del hogar de los sharamudoi, aunque también había unos cuantos en el Valle del Bosque. Pensó en preparar las sámaras de fresno como los sharamudoi, pero el fruto alado debía recolectarse muy pronto, todavía crujiente sin llegar a fibroso, y aquellos estaban ya pasados. Así y todo, el árbol poseía muchos usos medicinales.

Cuando volvió al prado, se alarmó de inmediato. Lobo, de pie cerca de la niña con la mirada fija en un matorral, emitía un gruñido amenazador. ¿Qué ocurría?

Capítulo 13

Corrió a averiguarlo. Cuando llegó hasta ellos, vio que Jonayla estaba despierta, ajena al peligro que el cánido parecía percibir. Había conseguido darse la vuelta y, boca abajo, apoyada en los brazos, miraba alrededor.

Ayla no veía qué miraba Lobo, pero oyó movimiento y resoplidos. Tras dejar la cesta de recolección y el manojito de anea en el suelo, cogió a la niña y se la cargó a la espalda con la manta de acarreo. A continuación desató los nudos de la bolsa de las piedras y sacó un par a la vez que echaba mano a la honda. Como no veía qué se ocultaba allí, era absurdo emplear una lanza: no tenía un blanco al que apuntarla. Sin embargo una piedra arrojada con fuerza en aquella dirección podía ahuyentar a lo que quiera que estuviese allí escondido.

Lanzó dos piedras en rápida sucesión. La segunda golpeó algo con un ruido sordo, al que siguió un gañido. Oyó agitación entre la hierba. Lobo, tenso, se inclinaba hacia delante y gemía, impaciente por abalanzarse.

—Adelante, Lobo —ordenó Ayla al mismo tiempo que le daba la señal.

Lobo salió como una flecha. Ayla volvió a colgarse la honda al cuello y, después de sacar el lanzavenablos de la funda y coger una lanza, siguió a Lobo.

Cuando Ayla lo alcanzó, se hallaba frente a un animal del tamaño de un oseznó, pero mucho más feroz. El pelaje pardo oscuro, unido a las listas claras que recorrían los costados hasta el extremo superior de la poblada cola, era un rasgo característico del glotón. Ayla ya se había enfrentado antes con otros ejemplares de ese animal, el miembro más grande de la familia de la comadreja, y los había visto ahuyentar de sus presas a cazadores cuadrúpedos de mayor tamaño que ellos. Eran depredadores malévolos, virulentos y temerarios, y a menudo cazaban y mataban a animales de dimensiones mucho mayores. Eran capaces de comer más de lo que parecía posible en una criatura de su envergadura, lo que posiblemente explicaba su nombre, «glotón», aunque a veces, por lo visto, mataban por placer, no por hambre, y dejaban atrás el fruto de su rapiña. Lobo estaba más que dispuesto a defenderlas a ella y a Jonayla, pero en una lucha entre un glotón y un lobo aislado, sin su manada, el glotón podía infligir al lobo, como mínimo, graves heridas. Pero él no era un lobo aislado; Ayla formaba parte de su manada.

Con fría deliberación, encajó un dardo en el lanzavenablos y, sin vacilar, disparó contra el animal, pero en ese momento Jonayla emitió un chillido que alertó al glotón. En el último instante el animal vio el rápido movimiento de la mujer y se dispuso a escabullirse. Tal vez habría escapado por completo de su campo de tiro si la presencia del lobo no lo hubiese distraído. Así las cosas, se desplazó lo justo para que la lanza no lo alcanzase de pleno. Aunque empezó a sangrar, la afilada punta sólo había penetrado en los cuartos traseros, sin causar una herida mortal. La punta de pedernal

iba acoplada a una varilla de madera aguzada que se encajaba en el extremo del asta, y se había desprendido de la lanza, como estaba previsto.

El glotón corrió a refugiarse entre la maleza, con la punta todavía clavada. Ayla no podía dejarlo así. Aunque suponía que estaba ya mortalmente herido, tenía que rematarlo. El animal debía de estar sufriendo, y ella no deseaba provocar sufrimientos innecesarios a ningún ser. Además, los glotones ya eran bastante malignos en circunstancias normales; a saber qué daños podía causar ese enloquecido por el dolor, atacando quizá incluso a su propio campamento, que no se hallaba muy lejos de allí. Por otra parte, quería recuperar la punta de pedernal afilada, por si era reutilizable. Y quería la piel. Cogió otra lanza, no sin antes tomar nota de dónde había caído el asta de la primera para volver luego a por ella.

«¡Búscalo, Lobo!», indicó con una seña, sin pronunciar las palabras, y lo siguió.

Lobo, corriendo al frente, enseguida encontró el rastro. No mucho más adelante, Ayla vio al cánido gruñir amenazadoramente a la masa de pelo pardo, que le devolvía los gruñidos desde detrás de unos arbustos.

Ayla se apresuró a examinar la posición del animal y arrojó la segunda lanza con fuerza. Esta penetró en el glotón profundamente, traspasándole el cuello. Un borbotón de sangre anunció que le había seccionado una arteria. El glotón dejó de gruñir y se desplomó.

Ayla desprendió el asta de la segunda lanza y se planteó llevarse al glotón tirando de la cola, pero en ese caso lo arrastraría contra la dirección del pelo y le sería más difícil deslizarlo por encima de la hierba. De pronto vio allí cerca más alquemila, planta de fuertes tallos fibrosos, y arrancó unas cuantas de raíz. Envolvió la cabeza y los maxilares del glotón con los tallos y lo arrastró hasta el claro, deteniéndose a recoger el asta de la primera lanza en el camino.

Cuando llegaron al lugar donde había dejado la cesta de recolección, Ayla temblaba. Dejó al animal a unos pasos, desató la manta de acarreo y se colocó a Jonayla delante. Con lágrimas en las mejillas, abrazó a su hija, desahogando por fin su miedo y su rabia. Estaba segura de que el glotón iba en pos de su niña.

Incluso con Lobo de guardia —y Ayla sabía que habría luchado hasta la muerte por la pequeña—, aquella comadreja grande y virulenta podría haber herido al joven y saludable cánido y atacado a la niña. Eran pocos los animales dispuestos a enfrentarse a un lobo, y más tratándose de uno tan grande como Lobo. La mayoría de los grandes felinos habrían retrocedido, o simplemente pasado de largo, y esos eran los depredadores que ella tenía más en cuenta. Por eso había dejado allí a Jonayla, prefiriendo no despertarla mientras ella iba a recoger unas plantas. Al fin y al cabo, Lobo la vigilaba. No había perdido de vista a Jonayla más que por un momento, mientras se adentraba en el pantano para arrancar la anea. Pero no había pensado en los glotones. Cabeceó. Siempre merodeaban cerca depredadores de distintas clases.

Amamantó a la pequeña durante un rato, tanto para tranquilizarse ella como para apaciguar a la niña, y elogió a Lobo, acariciándolo con la otra mano y hablándole.

—Ahora tengo que despellejar al glotón. Hubiera preferido matar a un animal comestible, aunque supongo que tú podrías comértelo sin problemas, Lobo. Pero sí quiero esa piel. Es para lo único que sirven los glotones. Son malos y crueles y roban la comida de las trampas y la carne puesta a secar, incluso cuando hay gente cerca. Si entran en un refugio, lo destruyen todo y lo apestan, pero su piel es ideal para el ribete de una capucha de invierno. No se adhiere el hielo cuando echas el aliento. Creo que haré una capucha para Jonayla, y otra nueva para mí, y quizá también una para Jondalar. Tú eso no lo necesitas, Lobo. El hielo tampoco se adhiere mucho a tu pelo. Además quedarías raro con una piel de glotón en la cabeza.

Ayla recordó al glotón que acechaba a las mujeres del clan de Brun mientras descuartizaban un animal recién cazado. Arremetía una y otra vez contra ellas y robaba las tiras de carne que acaban de cortar y poner a secar en cuerdas tendidas a poca altura del suelo. Ni siquiera lanzándole piedras lo disuadían durante mucho tiempo. Al final, varios hombres tuvieron que ir a por él. Ese fue uno de los incidentes en que se basó al racionalizar su decisión de cazar con la honda, arma que había aprendido a manejar en secreto.

Ayla volvió a dejar a la pequeña en la suave manta de gamuza, esta vez boca abajo, porque parecía gustarle levantarse sobre los brazos y mirar alrededor. Después apartó el glotón a rastras y lo tendió sobre el lomo. Primero extrajo las dos puntas de pedernal que seguían clavadas en su cuerpo. La de los cuartos traseros aún se hallaba en buen estado, y bastaría con limpiar la sangre, pero la que había lanzado con tal fuerza que traspasó el cuello del glotón tenía roto el extremo. Podía volver a afilarla y emplearla, si no como punta de lanza, sí tal vez como cuchillo, pero Jondalar lo haría mejor, pensó.

Con el cuchillo nuevo que él acababa de regalarle, se volvió hacia el glotón. Empezando por el ano, le extirpó los órganos genitales y realizó una diestra incisión ascendente hacia el abdomen, pero se detuvo justo a la altura de la glándula odorífera ventral. Una de las maneras en que los glotones marcaban su territorio era colocándose a horcajadas sobre troncos bajos o arbustos y restregando la sustancia de fuerte olor que producía esa glándula. También marcaban el territorio con orina y heces, pero era esa glándula la que podía echar a perder la piel. Resultaba casi imposible eliminar el olor y llevar la piel cerca de la cara si quedaba contaminada por la glándula cuya pestilencia era comparable a la de una mofeta.

Retirando la piel con cuidado para no perforar el revestimiento del estómago ni penetrar en el intestino, circundó la glándula; luego, palpando con sumo cuidado, deslizó el cuchillo por debajo y la desprendió de un tajo. Cuando estaba a punto de lanzarla al bosque, pensó que Lobo percibiría el olor e iría a por ella, y tampoco

quería que él oliera mal. La cogió con cuidado por la piel y volvió al lugar del bosque donde había matado a la criatura. Vio una horquilla en un árbol sobre su cabeza y la dejó encima de una de las ramas. Cuando regresó, acabó de cortar la piel con una incisión desde el abdomen hasta la garganta.

A continuación, empezando de nuevo por el ano, cortó piel y carne. Al llegar al hueso pélvico, buscó la protuberancia entre los lados derecho e izquierdo, y cortó el músculo hasta el hueso. Después, separando las patas y buscando otra vez a tientas el lugar exacto, ejerció mayor presión y partió el hueso, practicando a la vez una pequeña incisión en la membrana del abdomen para reducir la tensión. En cuanto acabase de abrir el vientre, podría retirar las tripas junto con el resto de las entrañas. Una vez efectuada limpiamente esta delicada operación, separó la carne hasta el esternón, cuidándose de no perforar los intestinos.

Traspasar el esternón sería más difícil, y para ello hacía falta algo más que un simple cuchillo de piedra. Necesitaba un mazo. Sabía que tenía una pequeña piedra martillo en la misma bolsa donde llevaba su cuenco y su vaso, pero antes miró alrededor para ver si encontraba otra cosa que pudiera serle útil. Debería haber sacado la piedra redondeada antes de emprender la tarea de vaciar el glotón, pero en su desconcierto inicial se olvidó. Tenía sangre en las manos y no quería tocar la bolsa por temor a mancharla. Vio una piedra asomar del suelo y, valiéndose de su palo de cavar, intentó desprenderla, pero resultó ser más grande de lo que parecía. Finalmente, se limpió la mano en la hierba y extrajo la piedra-martillo de la bolsa.

Pero necesitaba algo más que una piedra. Si golpeaba la empuñadura de su cuchillo nuevo de pedernal con una piedra-martillo, la astillaría. Necesitaba algo para amortiguar el golpe. Recordó entonces que una esquina de la manta de acarreo de la niña empezaba a estar raída. Se levantó y regresó adonde la pequeña pataleaba y alargaba el brazo para tocar a Lobo. Ayla le sonrió y cortó un trozo de cuero suave de la esquina deshilachada. Cuando prosiguió, apoyó la hoja del cuchillo en el esternón, a lo largo, colocó la suave piel plegada sobre el dorso de la hoja, cogió la piedra martillo y golpeó la hoja. El cuchillo se hundió, pero no llegó a partir el hueso. Golpeó otra vez, y luego una más, hasta que notó que el hueso cedía. Con el esternón ya partido, siguió cortando hasta la garganta para dejar a la vista la tráquea.

Abrió la caja torácica, y con el cuchillo desprendió de las paredes el diafragma, que separaba el pecho del vientre. Sujetó con firmeza la resbaladiza tráquea y empezó a extraer las vísceras, empleando el cuchillo para despegarlas de la columna. El paquete entero de órganos internos conectados cayó al suelo. Volvió a dar la vuelta al glotón para drenarlo. Ya lo había vaciado.

El proceso era en esencia el mismo para todos los animales, grandes o pequeños. Si se trataba de un animal destinado a la alimentación, el siguiente paso sería enfriarlo lo más deprisa posible, desollándolo, enjuagándolo con agua fría y, si era

invierno, tendiéndolo sobre la nieve. Muchos de los órganos internos de los herbívoros, como el bisonte o el uro o cualquiera de los diversos ciervos, o incluso el mamut o el rinoceronte, eran comestibles y muy sabrosos —el hígado, el corazón, los riñones—, y algunas otras partes también podían aprovecharse. Los sesos casi siempre se empleaban para curtir pieles. El intestino podía vaciarse y rellenarse con grasa derretida o carne troceada, a veces mezclada con sangre. Con los estómagos y las vejigas bien lavados, se confeccionaban excelentes odres para el agua, así como para otros líquidos. Servían asimismo para fabricar eficaces utensilios de cocina. También era posible guisar sobre una piel reciente si, extendiéndola, se revestía con ella un hoyo cavado en el suelo, se vertía agua y se hervía echando dentro piedras calientes. Cuando los estómagos, las pieles y toda materia orgánica se usaban para guisar, se encogían un poco, porque también se cocían, así que no convenía llenarlos de líquido más de la cuenta.

Aunque Ayla sabía que algunos sí lo hacían, ella nunca comía carne de animales carnívoros. Al clan que la crio no le gustaba comer animales devoradores de carne, y si bien Ayla la había probado alguna que otra vez, siempre le había desagradado. Con mucha hambre, era capaz de ingerirla, pero desde luego tenía que estar famélica. Últimamente ni siquiera le gustaba la carne de caballo, pese a que era la preferida de muchos. Sabía que eso se debía a la estrecha relación que la unía a sus caballos.

Ya era hora de recogerlo todo y regresar al campamento. Guardó las astas de lanza en el carcaj, junto con el lanzavenablos, y dejó en la cavidad ventral del glotón las puntas que había recuperado. Se cargó a Jonayla a la espalda con la manta de acarreo, cogió la cesta de recolección y se colocó bajo un brazo el manojito de anea. Luego, agarrando los tallos de alquemila que seguían atados a la cabeza del glotón, se lo llevó a rastras. Dejó las entrañas allí donde habían caído; una o más de las criaturas de la Madre se acercarán a comérselas.

Cuando llegó al campamento, Jondalar y la Zelandoni la miraron boquiabiertos.

—Parece que has estado muy ocupada —comentó la Zelandoni.

—No sabía que ibas a ir de caza —añadió Jondalar, acercándose a ella para aligerarla de su carga—, y mucho menos a por un glotón.

—No era mi intención —contestó Ayla, y le contó lo ocurrido.

—Antes me he preguntado por qué te llevabas las armas si ibas sólo a recoger unas cuantas plantas —dijo la Zelandoni—. Ahora ya lo sé.

—Normalmente las mujeres salen en grupo. Charlan y ríen y cantan, y hacen mucho ruido —explicó Ayla—. Puede ser divertido, pero eso también ahuyenta a los animales.

—No me lo había planteado así —dijo Jondalar—, pero es verdad. Varias mujeres juntas probablemente mantienen alejados a la mayoría de los animales.

—Cuando las jóvenes salen de su casa para visitar a alguien, o recoger bayas, o

leña, o lo que sea, siempre les recomendamos que vayan acompañadas —observó la Zelandoni—; no hace falta decirles que charlen, se rían y hagan ruido. Eso ocurre en cuanto se juntan, y es una medida de seguridad.

—En el clan, la gente no habla tanto, y no ríe, pero mientras andan emiten sonidos rítmicos entrechocando palos o piedras —explicó Ayla—. Y a veces, además de producir esos sonidos rítmicos, gritan y alborotan. No son cantos, pero se parecen un poco a la música.

Jondalar y la Zelandoni se miraron sin saber qué decir. De vez en cuando Ayla contaba algo que les permitía entrever un atisbo de su infancia con el clan, y lo distinta que había sido de la de ellos, o de cuantos conocían. También les permitía intuir lo mucho que la gente del clan se parecía a ellos, y a la vez lo diferentes que eran.

—Quiero esa piel de glotón, Jondalar. Podría hacerte un nuevo forro para la capucha, y otros dos para Jonayla y para mí, pero tengo que despellejarlo ahora mismo. ¿Puedes vigilar a la niña? —preguntó Ayla.

—Haré algo mejor que eso. Te ayudaré, y podemos vigilarla entre los dos —propuso Jondalar.

—¿Por qué no os dedicáis vosotros al animal y yo me ocupo de la niña? —sugirió la Zelandoni—. No puede decirse que no haya cuidado antes de bebés. Y Lobo me ayudará —añadió, mirando al enorme animal, por lo general peligroso—, ¿verdad, Lobo?

Ayla arrastró al glotón hasta un claro a cierta distancia del campamento; no quería atraer hacia su espacio habitado a algún carroñero que pasara por allí. Acto seguido, sacó de la cavidad ventral las puntas de pedernal rescatadas.

—Sólo hay que reparar una —dijo, entregándoselas a Jondalar—. La primera lanza ha penetrado en los cuartos traseros. El glotón me ha visto en el momento de lanzar y se ha movido de prisa. Después Lobo lo ha perseguido y acorralado en unos matorrales. He arrojado la segunda lanza con fuerza, más de la necesaria. Por eso se ha roto la punta, pero sabía que ese animal iba a por Jonayla y estaba furiosa.

—No me extraña. También yo lo habría estado. Me temo que mi día ha sido mucho menos emocionante que el tuyo —le dijo Jondalar mientras empezaban a desollar al glotón. Realizó una incisión a través de la piel a lo largo de la pata posterior izquierda hasta el corte del vientre practicado antes por Ayla.

—¿Has encontrado pedernal en la cueva? —preguntó Ayla a la vez que hacía una incisión similar en la pata delantera izquierda.

—Hay mucho. No es del mejor, pero servirá, sobre todo para ejercitarse —contestó Jondalar—. ¿Te acuerdas de Matagan, el chico al que corneó un rinoceronte en la pierna el año pasado? ¿Aquel al que curaste?

—Sí. Este año no he tenido ocasión de hablar con él, pero lo he visto. Cojea, pero

se le ve bien —respondió ella mientras efectuaba un corte en la pata delantera derecha y Jondalar trabajaba en el cuarto trasero derecho.

—Hablé con él, y con su madre y el compañero de ella, y otras personas de su caverna. Si Joharran y la caverna están de acuerdo, y no se me ocurre ninguna razón para que alguien se oponga, vendrá a vivir a la Novena Caverna a finales del verano. Le enseñaré a tallar pedernal, y veré si tiene aptitudes para ello o interés —anunció Jondalar, y levantó la vista—. ¿Quieres las pezuñas?

—Tiene unas garras afiladas, pero no sé qué uso darles —respondió Ayla.

—Siempre es posible trocarlas. Seguro que serían un buen adorno, para un collar, o cosidas a una túnica. Y ya puestos, también puedes conservar los dientes. ¿Y qué quieres hacer con esta magnífica cola? —preguntó Jondalar.

—Creo que me quedaré con la cola y la piel —dijo Ayla—. Pero puede que trueque las garras y los dientes... o tal vez emplee una garra como punzón para hacer agujeros.

Le cortaron las pezuñas, partiendo las articulaciones y seccionando los tendones; luego arrancaron la piel por el lado derecho hasta la columna vertebral, valiéndose más de las manos que de los cuchillos. Con el puño, desprendieron la membrana entre el cuerpo y la piel al llegar a las partes más carnosas de las patas. Después dieron la vuelta al cuerpo y repitieron el mismo proceso por el lado izquierdo.

Sin dejar de conversar, siguieron separando la piel del cuerpo, tirando y arrancando, procurando realizar el menor número de cortes posible.

—¿Dónde vivirá Matagan? ¿Tiene familia en la Novena Caverna? —preguntó Ayla.

—No, no tiene a nadie. Todavía no hemos decidido dónde vivirá.

—Echará de menos su hogar, sobre todo al principio. Tenemos espacio de sobra, Jondalar; podría vivir con nosotros —propuso Ayla.

—Eso mismo había pensado yo, e iba a preguntarte si no tenías inconveniente. Habría que reordenar algunas cosas, buscarle su propio espacio para dormir, pero ese podría ser el mejor sitio para él. Yo podría trabajar a su lado, observar lo que hace, ver el interés que pone. No tiene sentido obligarlo a dedicarse a tallar si no le gusta, pero no me importaría tener un aprendiz. Y con su cojera, sería un buen oficio para él.

Fue necesario usar más los cuchillos para desprender la piel de la columna y en torno a los omóplatos, donde estaba muy adherida y la membrana entre la carne y la piel no se diferenciaba tan claramente. Luego tuvieron que quitar la cabeza. Mientras Jondalar mantenía tirante al animal, Ayla buscó el lugar donde se unían la cabeza y el cuello, donde esta giraba con facilidad, y cortó la carne hasta el hueso. Tras una torsión, una rápida fractura y un corte a través de las membranas y los tendones, la cabeza se desprendió y la piel quedó suelta.

Jondalar sostuvo en alto la exuberante piel, y ambos admiraron el pelaje tupido y precioso. Con la ayuda de él, despellejar al glotón les había llevado poco tiempo. Ayla recordó la primera vez que él la ayudó a descuartizar una pieza cobrada, cuando vivían en el valle donde ella encontró a su caballo y él aún se recuperaba de los zarpazos del león. Para ella, fue una sorpresa no sólo que estuviera dispuesto, sino que fuera capaz. Los hombres del clan no hacían esa clase de trabajos, ni guardaban recuerdos de ello, y Ayla aún olvidaba a veces que Jondalar podía ayudarla en labores que en el clan se habrían considerado trabajo femenino. Estaba acostumbrada a hacerlas ella y rara vez pedía ayuda, pero en ese momento se alegró de recibirla tanto como en aquel entonces.

—Le daré esta carne a Lobo —dijo Ayla, mirando lo que quedaba del glotón.

—Me preguntaba qué ibas a hacer con ella.

—Ahora enrollaré la piel, dejando la cabeza dentro, y prepararé la comida de la noche. Puede que empiece a rascar la piel hoy mismo —anunció Ayla.

—¿Tiene que ser hoy? —preguntó Jondalar.

—Necesitaré los sesos para reblandecerla, y se pasarán si no los utilizo pronto. Es una piel muy hermosa y no quiero que se estropee, y menos si se avecina un invierno tan frío como cree Marthona.

Se dispusieron a marcharse, pero Ayla vio unas plantas de casi un metro de altura con hojas dentadas en forma de corazón que crecían en la tierra fértil y húmeda a orillas del arroyo que utilizaban para abastecerse de agua.

—Antes de volver al campamento quiero recoger unas cuantas ortigas de esas —dijo Ayla—. Quedarán muy bien en la comida de esta noche.

—Pican —dijo Jondalar.

—Cocidas no pican, y tienen muy buen sabor —señaló Ayla.

—Lo sé, pero no me explico a quién pudo ocurrírsele guisar ortigas para comerlas. ¿Cómo se le pudo pasar a alguien por la cabeza comerse una planta así? —preguntó Jondalar.

—No sé si lo averiguaremos algún día, pero necesito algo con qué cogerlas, unas hojas grandes para protegerme las manos de las ortigas. —Miró alrededor y vio una planta alta y tiesa con llamativas flores moradas semejantes a cardos y, dispuestas en torno a los tallos, suaves hojas sedosas y acorazonadas que salían directamente del suelo—. Ahí hay bardana. Esas hojas tiene el tacto de la gamuza. Me servirán.

—Estas fresas están deliciosas —comentó la Zelandoni—. Un final perfecto para una comida excelente. Gracias, Ayla.

—No he hecho gran cosa. La carne asada es de los cuartos traseros de un ciervo rojo que cazaron Solaban y Rushemar; me la dieron antes de marcharse. Yo sólo he hecho un horno de piedras y la he asado, y he guisado también la anea y las verduras.

La Zelandoni había observado a Ayla cavar un hoyo en la tierra con un pequeño omóplato moldeado y afilado por un extremo para utilizarlo a modo de paleta. Con pequeñas paladas, iba echando la tierra suelta sobre un viejo trozo de cuero, que luego cogió por las puntas para apartarlo. Revistió el hoyo con piedras dejando dentro un hueco no mucho mayor que el pedazo de carne, encendió un fuego en él y esperó a que las piedras se calentaran. De su bolsa de medicinas, sacó otra más pequeña y espolvoreó parte del contenido en la carne; algunas plantas podían usarse como medicinas y también para sazonar. A continuación, echó algunas de las raicillas que crecían en el rizoma de la alquemila, que sabía a clavo, junto con el hisopo y la asperilla.

Envolvió la carne asada de ciervo rojo con las hojas de bardana. Después cubrió las brasas del fondo del hoyo con una capa de tierra para que no quemasen la carne, y dejó la carne envuelta en hojas en el pequeño horno. Amontonó encima hierba húmeda, junto con más hojas, y lo cubrió todo con tierra para que quedase herméticamente cerrado. Lo tapó con una gran piedra plana que también había calentado en el fuego, y dejó que la carne se asara lentamente en el calor residual y su propio vapor.

—No era un simple asado de carne —insistió la Zelandoni—. Estaba muy tierna y tenía un sabor excelente, de algo que no he identificado. ¿Dónde has aprendido a cocinar así?

—Me enseñó Iza. Era la curandera del clan de Brun, pero no conocía sólo los usos curativos de las plantas, sino también su sabor —respondió Ayla.

—Eso mismo me pareció a mí la primera vez que probé un guiso de Ayla —intervino Jondalar—. Los sabores me eran desconocidos, pero la comida estaba deliciosa. Ahora ya me he acostumbrado.

—También es buena idea hacer bolsitas con hojas de anea para meter en ellas las ortigas y las puntas y los tallos verdes de la anea antes de echarlos al agua hirviendo. Así ha sido muy fácil sacarlo todo del agua, sin necesidad de andar pescando en el fondo del recipiente —señaló la Primera—. Usaré esa idea en mis decocciones y tisanas. —Al ver el semblante de incompreensión de Jondalar, aclaró—: Cuando cueza medicamentos y prepare infusiones.

—Eso lo aprendí en la Reunión de Verano de los mamutoi. Había allí una mujer que cocinaba así, y otras muchas empezaron a imitarla —explicó Ayla.

—También me ha gustado eso de poner grasa en la piedra plana caliente para cocer encima las tortas de harina de anea. He visto que luego les echabas algo. ¿Qué llevas en esa bolsa? —preguntó la Primera.

—Ceniza de hojas de fárfara —respondió Ayla—. Tienen un sabor salado, sobre todo si las secas bien antes de quemarlas. Prefiero la sal marina si puedo conseguirla. Los mamutoi la trocaban. Los losadunai viven cerca de una montaña de sal, y la

extraen de allí. Me dieron un poco cuando nos marchamos, y aún me quedaba algo cuando llegamos aquí, pero ya se me acabó, y por eso empleo las cenizas de las hojas de fáfara, tal como las preparaba Nezzie. Yo ya había usado antes la fáfara, pero no las cenizas.

—Has aprendido mucho en tus viajes, y tienes grandes dotes, Ayla. No me había dado cuenta de que cocinar fuese una de ellas, pero se te da muy bien.

Ayla no sabía qué decir. A su juicio, cocinar no era una dote, sino sencillamente algo que uno hacía. Aún la incomodaban los elogios directos y dudaba que fuera a acostumbrarse a ellos algún día, así que no respondió.

—No es fácil encontrar piedras planas y grandes como esa. Creo que la conservaré. Como Corredor lleva una angarilla, puedo añadirla al equipaje sin tener que cargar con ella —dijo Ayla—. ¿A alguien le apetece una infusión?

—¿Qué vas a preparar? —preguntó Jondalar.

—He pensado aprovechar el agua con que se han cocido las ortigas y las aneas, y añadir un poco de hisopo —contestó Ayla—, y quizá algo de asperilla.

—Eso pinta bien —comentó la Zelandoni.

—El agua aún está tibia. No tardará mucho en volver a calentarse —dijo Ayla mientras colocaba otra vez en el fuego unas piedras de cocinar.

Después empezó a recoger. Guardaba la grasa de uro que había empleado para cocinar en un intestino limpio. Para cerrar el intestino, anudó el extremo y luego lo guardó en el contenedor rígido de cuero donde llevaba las carnes y las grasas. La grasa se había derretido en el agua en ebullición hasta quedar reducida a un sebo blanco y cremoso que se utilizaba tanto para cocinar como para iluminar cuando oscurecía, y en este viaje también les serviría para entrar en la cueva. Envolvió las sobras de la comida de la noche en hojas grandes, atadas con cordel, y las colgó, junto con el contenedor de carne, del trípode formado con las altas varas.

El sebo era el combustible empleado en candiles de piedra poco profundos. Las mechas podían hacerse con diversos materiales absorbentes. Al encenderse en la oscuridad absoluta de una cueva, la luz que arrojaban era mucho más intensa de lo que parecía posible. Las emplearían por la mañana al adentrarse en la cueva.

—Voy al río a lavar nuestros cuencos, ¿quieres que limpie también el tuyo, Zelandoni? —preguntó Ayla. Añadió piedras calientes al líquido, lo observó llegar al punto de ebullición en medio de un siseo de vapor y luego echó hisopo fresco.

—Sí, te lo agradecería.

Cuando Ayla volvió, encontró el vaso lleno de tisana caliente, y a Jonayla en brazos de Jondalar, que la hacía reír con muecas y ruidos raros.

—Me parece que tiene hambre —comentó él.

—Siempre tiene hambre —dijo Ayla. Sonriente, cogió a la niña y se acomodó cerca de la fogata con el vaso de tisana caliente a mano.

Antes de que la pequeña empezara a alborotar, Jondalar y la Zelandoni habían estado charlando, al parecer sobre la madre de él, y reanudaron la conversación en cuanto Jonayla se quedó a gusto y tranquila.

—Yo conocía poco a Marthona cuando accedí al cargo de Zelandoni, aunque circulaban historias sobre ella, historias de su gran amor por Dalanar —dijo la Primera—. Cuando me convertí en la acólita de la anterior Zelandoni, esta, para ayudarme a entender la situación, me habló de las relaciones de esa mujer conocida por su competente gobierno de la Novena Caverna.

»Su primer hombre, Joconan, había sido un jefe poderoso, y ella aprendió mucho de él, pero al principio, según me contó, más que amarlo, lo admiraba y respetaba. Yo tuve la sensación de que casi lo veneraba, pero no es así como lo expresaba la Zelandoni. Decía que Marthona se esforzaba mucho en complacerlo. Él era mayor, y ella era su mujer joven y hermosa; aun así, él tenía intención de tomar a una segunda mujer por aquel entonces, quizá incluso a otra más. Hasta ese momento había preferido no emparejarse, y cuando decidió formar familia, no quería esperar demasiado. Con más de una compañera, se aseguraba la presencia de niños nacidos en su hogar.

»Pero Marthona pronto quedó embarazada de Joharran, y cuando dio a luz a un hijo varón, Joconan ya no tuvo tantas prisas. Además, no mucho después de nacer su hijo, Joconan enfermó. Al principio no se le notó, y él lo mantuvo oculto. Pronto descubrió que tu madre no sólo era hermosa, Jondalar, sino también inteligente. Ella halló su propia fuerza ayudándolo a él. Conforme él se debilitó, ella asumió cada vez más sus responsabilidades de jefe, y lo hizo tan bien que cuando él murió, la gente de su caverna deseó que ella se pusiera al frente.

—¿Qué clase de hombre era Joconan? Has dicho que fue poderoso. En mi opinión, Joharran es un jefe poderoso. En general es capaz de convencer a casi todo el mundo para que se acomode a su voluntad y haga lo que él quiere —dijo Jondalar.

Ayla estaba fascinada. Siempre había deseado saber más sobre Marthona, pero esta no era muy dada a hablar de sí misma.

—Joharran es un buen jefe, pero no es poderoso en el mismo sentido en que lo fue Joconan. Se parece más a Marthona que al compañero de ella. A veces Joconan podía intimidar. Imponía con su presencia. A la gente le era fácil seguirle la corriente, y difícil oponerse a él. Creo que algunos temían discrepar de él, pese a que él nunca amenazó a nadie, que yo sepa. Algunos decían que era un elegido de la Madre. A los demás, sobre todo a los hombres jóvenes, les gustaba estar cerca de él, y las mujeres jóvenes se echaban a sus brazos. Dicen que por entonces casi todas las jóvenes llevaban flecos para seducirlo. No es de extrañar que esperase a tener cierta edad para emparejarse —contó la Zelandoni.

—¿De verdad piensas que los flecos sirven para que una mujer atrape a un

hombre? —preguntó Ayla.

—Creo que eso depende del hombre —contestó la donier—. Algunas personas opinan que cuando una mujer se pone flecos, estos inducen a pensar en su vello púbico, y en que ella está dispuesta a exhibirlo. Si un hombre se excita fácilmente, o se interesa por una mujer en particular, los flecos pueden incitarlo y la seguirá hasta que ella decida capturarlo. Pero un hombre como Joconan sabía lo que quería, y no creo que le interesara una mujer que necesitase ponerse flecos para atraer a un hombre. Era una táctica demasiado evidente. Marthona jamás se puso flecos y siempre captó la atención. Cuando Joconan decidió que la deseaba, estaba dispuesto también a tomar a otra joven de una caverna lejana, porque las dos eran casi como hermanas, y todos accedieron. Fue la Zelandoni quien se opuso al doble emparejamiento. Él había prometido que la visitante sería devuelta a su pueblo después de adquirir los conocimientos necesarios para ser Zelandoni.

Ayla sabía que la donier era una buena narradora, y se sintió totalmente cautivada, en parte por su manera de contar la historia, pero más aún por el contenido.

—Joconan era un jefe fuerte. Fue bajo su gobierno cuando la Novena Caverna creció tanto. El refugio de piedra es grande y tiene cabida suficiente para más personas de las que suele haber en una caverna, pero no muchos jefes están dispuestos a responsabilizarse de tanta gente —explicó la Zelandoni—. Cuando murió, Marthona se sumió en el dolor. Creo que durante un tiempo deseó seguirlo al otro mundo, pero tenía un hijo, y Joconan dejó un gran vacío en la comunidad. Había que llenarlo.

»La gente empezó a acudir a ella cuando necesitaba la clase de ayuda que proporciona un jefe: asuntos como resolver disputas, organizar visitas a otras cavernas o los viajes para la Reunión de Verano, planificar cacerías y decidir cuánto necesitaba compartir cada cazador con la caverna, tanto para el futuro inmediato como para el invierno siguiente. Cuando Joconan enfermó, los demás se acostumbraron a recurrir a Marthona, y ella solucionaba los problemas. Es posible que fuesen las necesidades de la gente y la presencia de su hijo lo que la mantuvo viva. Al cabo de un tiempo, pasó a ser la jefa reconocida, y al final su dolor remitió, pero le dijo a la Zelandoni anterior a mí que seguramente no se emparejaría nunca más. Entonces llegó Dalanar a la Novena Caverna.

—Todos dicen que fue el gran amor de su vida —señaló Jondalar.

—Dalanar fue el gran amor de su vida. Por él, Marthona casi habría abandonado su puesto de jefa, pero no lo hizo. Ella sentía que su gente la necesitaba. Y si bien Dalanar la amaba tanto como ella lo amaba a él, al cabo de un tiempo él necesitó algo propio. No se conformaba con permanecer a la sombra de ella. A diferencia de ti, Jondalar, no le bastaba con su pericia para trabajar la piedra.

—Pero es uno de los hombres más diestros que he conocido. Todo el mundo

conoce su trabajo, y se lo considera el mejor. El único tallador de pedernal que puede comparársele es Wymez, del Campamento del León de los mamutoi. Siempre deseé que los dos llegaran a conocerse —dijo Jondalar.

—Quizá en cierto modo ya se han encontrado: en ti —dijo la mujer corpulenta—. Jondalar, debes saber que pronto serás el tallador de pedernal más famoso de los zelandonii, si no lo eres ya. Dalanar es un hábil fabricante de utensilios, de eso no hay duda, pero ahora es un lanzadonii. En cualquier caso, su mayor talento ha sido siempre el trato con la gente. Ahora es feliz. Fundó su propia caverna, su propio pueblo, y aunque en cierta manera siempre será un zelandonii, algún día sus lanzadonii tendrán una identidad propia.

»Y tú eres el hijo de su corazón, así como el hijo de su hogar, Jondalar. Está orgulloso de ti. También quiere a la hija de Jerika, Joplaya. Está orgulloso de vosotros dos. Aunque puede que en un rincón oculto de su corazón siempre ame a Marthona, adora a Jerika. Le gusta su aspecto exótico, creo, y que sea tan menuda y sin embargo tan fiera. Esa es una de las cosas que lo atraen. Él es tan corpulento que a su lado ella parece la mitad de grande; se la ve muy delicada, pero en realidad no le va a la zaga. Ella no siente el menor deseo de ser jefa; se contenta con que lo sea él, pese a que sin duda estaría perfectamente capacitada. Tiene una fuerza de voluntad y un carácter formidables.

—¡En eso tienes toda la razón, Zelandoni! —dijo él, y se echó a reír. Fue una de esas carcajadas suyas cálidas y exuberantes, y su espontáneo entusiasmo asombraba más aún por lo inesperado. Jondalar era un hombre serio, y aunque tenía la sonrisa fácil, rara vez se reía con estridencia. Cuando lo hacía, su total abandono causaba sorpresa.

—Dalanar encontró a otra cuando Marthona y él cortaron el nudo, pero muchos dudaban que ella encontrara a un hombre que lo sustituyera, que pudiera volver a amar a otro hombre de la misma manera, y no volvió a amar a nadie así, ciertamente, pero encontró a Willamar. Su amor por él no es inferior a su amor por Dalanar, pero sí de naturaleza distinta, de la misma manera que su amor por Dalanar no era igual que su amor por Joconan. Willamar también posee un don para el trato con las personas. Lo mismo puede decirse de todos los hombres de su vida, pero Willamar realiza ese don por medio de sus funciones como maestro de comercio, viajando, estableciendo contactos, viendo lugares nuevos y desconocidos. Él ha visto más mundo, ha aprendido más y ha conocido a más gente que cualquiera, incluido tú, Jondalar. Le gusta viajar, pero más aún le gusta volver a casa y compartir sus aventuras y hallazgos sobre las personas que ha conocido. Ha creado redes de comercio a todo lo largo y ancho del territorio de los zelandonii y más allá, y nos ha traído noticias provechosas, relatos emocionantes y objetos poco comunes. Fue una gran ayuda para Marthona en su papel de jefa, y ahora lo es para Joharran. No hay

hombre a quien yo respete más. Y está el hecho, claro, de que la única hija de Marthona nació en el hogar de Willamar. Marthona siempre quiso una hija, y tu hermana Folara es una joven adorable —declaró la Zelandoni.

Ayla entendió esa sensación. Ella también había deseado una hija profundamente y contempló a su niña dormida con un intenso amor.

—Sí, Folara es preciosa, y también inteligente e intrépida —convino Jondalar—. Cuando Ayla y yo llegamos a la caverna, y todo el mundo reaccionó con nerviosismo al ver los caballos y demás, ella no vaciló. Corrió camino abajo para recibirme. Eso nunca lo olvidaré.

—Sí, Folara es el orgullo de tu madre. Pero hay otra cosa: con una hija, una mujer siempre sabe que los hijos de ella son sus nietos. Estoy segura de que Marthona ama a los hijos nacidos en los hogares de sus hijos varones, pero con una hija no hay dudas. Por otra parte, no olvidemos que Thonolan, tu hermano, nació también en el hogar de Willamar, y aunque ella no tuvo favoritos, era Thonolan quien la hacía sonreír. Aunque la verdad es que con él todo el mundo sonreía; su trato con la gente despertaba aún más simpatías que el de Willamar. Era cálido, franco y cordial, rasgos a los que nadie podía resistirse, y sentía la misma pasión que Willamar por los viajes. Dudo que hubieras emprendido tan largo viaje de no ser por él, Jondalar.

—En eso tienes razón. Yo nunca pensé en hacer un viaje hasta que él decidió marcharse. Para mí, visitar a los lanzadonii era ya distancia suficiente.

—¿Por qué decidiste acompañarlo? —preguntó la Zelandoni.

—No sé si puedo explicarlo —respondió Jondalar—. Siempre era divertido estar en su compañía, así que me constaba que viajar a su lado sería fácil, y planteó la idea de una manera apasionante, pero yo no imaginaba que fuésemos a llegar tan lejos. Creo que lo acompañé en parte porque él a veces podía ser un poco imprudente y sentí la necesidad de cuidar de él. Era mi hermano y lo quería más que a nadie. Sabía que yo algún día volvería a casa, si era posible, y tenía la sensación de que si lo acompañaba, él al final regresaría también conmigo. No sé... algo tiró de mí —explicó Jondalar. Miró a Ayla, que había escuchado aún con más atención que la Zelandoni.

«Él no lo sabía, pero mi tótem y posiblemente la Madre tiraron de él», pensó Ayla. «Tenía que venir a buscarme.»

—¿Y Marona? Obviamente tus sentimientos por ella no bastaron para obligarte a quedarte. ¿Tuvo ella algo que ver con tu decisión de marcharte? —preguntó la Zelandoni. Desde el regreso de Jondalar, esa era la primera ocasión que tenía la donier para hablar a las claras con él sobre el motivo de su largo viaje, y pensaba aprovecharla—. ¿Qué habrías hecho si Thonolan no hubiese decidido emprender el viaje?

—Quizá habría ido a la Reunión de Verano y probablemente me hubiese

emparejado con Marona —contestó Jondalar—. Era lo que esperaba todo el mundo, y en aquel entonces no me interesaba nadie más que ella. —Alzó la vista y sonrió a Ayla—. Pero, para ser sincero, no pensaba en ella cuando tomé la decisión de irme; me preocupaba mi madre. Creo que ella intuía que Thonolan tal vez no regresase, y yo temía que albergara esa misma preocupación respecto a mí. Mi intención era volver, pero nunca se sabe. En un viaje todo es posible, y ocurren muchas cosas, pero sabía que Willamar no se marcharía, y mi madre tenía también a Folara y Joharran.

—¿Qué te llevó a pensar que Marthona preveía que Thonolan no regresaría? —preguntó la Primera.

—Algo que nos dijo cuando partimos para visitar a Dalanar. Fue Thonolan quien se dio cuenta. Madre le dijo «buen viaje», no «hasta la vuelta», como me dijo a mí. ¿Y recuerdas cuando le comunicamos a mi madre y Willamar lo sucedido a Thonolan? Willamar dijo que mi madre no esperaba su regreso, y como yo temía, cuando supo que me había ido con él, le preocupó que tampoco yo volviese. Dijo que temía haber perdido a dos hijos —explicó Jondalar.

«Por eso no pudo quedarse con los sharamudoi cuando Tulie y Markeno se lo pidieron», pensó Ayla. «Nos acogieron tan bien y me encariñé tanto con ellos durante nuestra estancia allí que deseé quedarme, pero Jondalar no podía. Ahora sé por qué, y me alegra que hayamos vuelto. Marthona me trata como a una hija y una amiga, y también la Zelandoni. Folara me cae muy bien, así como Proleva y Joharran, y muchos otros. No todos, pero la mayoría me han tratado bien.»

—Marthona tenía razón —dijo la Zelandoni—. A Thonolan se le concedieron muchos dones, y gozaba del aprecio de todos. Muchos decían que era uno de los preferidos de la Madre. Nunca me gusta cuando la gente dice eso, pero en su caso fue profético. La otra cara de ser uno de los preferidos es que la Madre no soporta estar separada de ellos durante mucho tiempo y tiende a llevárselos demasiado pronto, cuando aún son jóvenes. Tú estuviste fuera mucho tiempo, y yo me preguntaba ya si no eras también uno de sus preferidos.

—No era mi intención ausentarme cinco años —contestó Jondalar.

—Pasados dos años, casi todos dudaban que tú y Thonolan regresaseis. De vez en cuando alguien mencionaba que habíais emprendido un viaje, pero ya empezaban a olvidaros. Me pregunto si sabes lo mucho que se asombró la gente cuando volviste. No fue sólo porque aparecieses con una forastera y los caballos y el lobo —dijo con una sonrisa irónica—. Fue por el hecho mismo de que volvieses.

Capítulo 14

—¿Creéis que vale la pena tratar de entrar a los caballos en la cueva? —preguntó Ayla a la mañana siguiente.

—Casi toda la cueva tiene el techo alto, pero no deja de ser una cueva, y por tanto, en cuanto nos alejemos de la entrada, estará completamente a oscuras, salvo por la luz que llevemos nosotros. Y el suelo es desigual. Hay que ir con cuidado porque desciende bruscamente en varios puntos. Ahora debería estar vacía, pero en invierno la utilizan los osos. Veréis los revolcaderos y los zarpazos —dijo la Zelandoni.

—¿Osos cavernarios? —preguntó Ayla.

—Por el tamaño de los zarpazos, es muy probable que la hayan ocupado osos cavernarios. Se aprecian también marcas más pequeñas, pero no sé si son de osos pardos, de menor tamaño, o de oseznos cavernarios —explicó la donier—. Hay un largo trecho hasta la zona principal, y luego tendremos que desandar el camino. Tardaremos todo el día, al menos yo. Hace años que no la recorro y, si he de ser sincera, sospecho que esta será la última vez.

—¿Y si hago entrar a Whinney para ver cómo responde? —propuso Ayla—. También debería venir Gris. Les pondré a los dos el cabestro.

—Y yo llevaré a Corredor —añadió Jondalar—. Antes de engancharles las angarillas, podemos probar con ellos descargados para ver cómo reaccionan.

La Zelandoni los observó mientras ponían los cabestros a los caballos y acercaban a los animales a la boca de la gran cueva. Lobo los siguió. La donier no tenía la intención de hacerles recorrer toda la cueva. Ni siquiera ella misma conocía las dimensiones exactas de ese emplazamiento sagrado, aunque se formaba una idea.

Era una cueva enorme, de más de quince kilómetros de longitud. Se componía de un laberinto de galerías, unas comunicadas entre sí, otras desparramadas en distintas direcciones, con tres niveles subterráneos, y la distancia desde la entrada hasta la zona que deseaba enseñarles era de unos diez kilómetros. Sería una buena caminata, pero tenía sus dudas sobre si usar o no la angarilla. Aunque ella ahora fuese más lenta, se sentía aún capaz de recorrer el camino a pie, y si bien la angarilla le facilitaría las cosas, en realidad no quería entrar en la cueva sagrada mirando hacia atrás.

Cuando Jondalar y Ayla salieron, cabeceaban y tranquilizaban a los caballos.

—Lo siento —dijo Ayla—. Puede que se deba al olor de los osos, pero tanto Whinney como Corredor se han puesto muy nerviosos dentro de la cueva. Se apartaban de los revolcaderos, y cuanto mayor era la oscuridad, más inquietos y agitados estaban. Seguro que Lobo nos acompañará, pero a los caballos no les gusta estar ahí dentro.

—Seguro que puedo ir a pie, pero tardaremos más —contestó la Zelandoni, aliviada—. Tendremos que llevar comida y agua, y ropa de abrigo. Dentro hará frío. Y muchas antorchas y candiles. También esas gruesas esterillas que hiciste con hojas de anea, por si queremos sentarnos. Encontraremos rocas o afloramientos en el suelo, pero lo más probable es que estén húmedos o embarrados.

Jondalar llenó la robusta bolsa de provisiones, y la Zelandoni también llevaba una, como la de Jondalar pero no tan grande, hecha de cuero rígido prendido a un armazón. Las finas varillas redondeadas del armazón procedían de tallos nuevos de árboles de crecimiento rápido, por ejemplo, la variedad del sauce conocida como álamo, que se desarrollaba por completo en una sola estación. Jondalar y la Zelandoni llevaban también utensilios y bolsas prendidos de las correas ceñidas a la cintura. Ayla cargaba con su morral, así como el resto de su equipo y, naturalmente, con Jonayla.

Antes de irse echaron un último vistazo al campamento, y Ayla y Jondalar se aseguraron asimismo de que los caballos estarían bien durante todo el día mientras se adentraban en las profundidades de la cueva. Encendieron una antorcha en la fogata antes de apagarla. Luego Ayla indicó a Lobo con una señal que los acompañara, y penetraron en la Caverna del Mamut.

Aunque la entrada era bastante amplia, no era nada en comparación con el tamaño real de la cueva, pero la luz natural alumbraba la primera parte del recorrido y les bastó con esa única antorcha. Mientras avanzaban hacia el interior del enorme espacio, lo único que se veía eran las paredes de una gran cueva que a todas luces había sido habitada por osos. Aunque Ayla no lo sabía con certeza, pensaba que, por grande que fuese una cueva, sólo la usaba un oso cada temporada. En el suelo se advertían depresiones ovals de gran superficie, lo que inducía a pensar que los osos venían usando esa cueva desde hacía mucho tiempo, y los zarpazos en las paredes no dejaban la menor duda acerca del origen de esos revolcaderos. Lobo no se alejaba; caminaba junto a ella, rozándole a veces la pierna, cosa que resultaba tranquilizadora.

Cuando llegaron a una profundidad en la que no se percibía ya la luz exterior y la única manera de orientarse eran las fuentes de iluminación que llevaban consigo, Ayla empezó a sentir el frío de la cueva. Había llevado para ella una gruesa túnica de manga larga y una pieza de abrigo con la que protegerse la cabeza, y para la niña una prenda alargada con capucha. Se detuvo y desató la manta de acarreo de Jonayla, pero en cuanto la pequeña se vio alejada del calor de su madre, percibió también el frío y empezó a agitarse. Ayla se apresuró a vestir a la niña y después se abrigó ella, y cuando la pequeña volvió a estar cerca de la madre y a sentir su calor, se apaciguó. Los demás se pusieron también ropa de abrigo.

Cuando reanudaron la marcha, la Primera comenzó a cantar. Ayla y Jondalar la miraron, un tanto sorprendidos. Empezó con un suave tarareo, pero al cabo de un

rato, pese a que no empleaba palabras, su canto subió gradualmente de volumen, con cambios más marcados de escala y tono, como si realizase ejercicios tonales. Poseía una voz sonora y vibrante, que parecía llenar la enorme cueva, y a sus acompañantes les pareció un sonido hermoso.

Cuando se habían adentrado algo menos de un kilómetro en aquel gran espacio, y caminaban los tres hombro con hombro, situada la Zelandoni en medio entre Ayla y Jondalar, de pronto la voz de la mujer pareció alterarse, adquiriendo resonancia. Lobo los sorprendió a todos sumando su misterioso aullido a aquel canto. Jondalar sintió un escalofrío en la columna vertebral, y Ayla notó que Jonayla se revolvía y parecía encaramarse por su espalda. De repente, la donier, sin pronunciar una palabra pero todavía cantando, tendió las manos y detuvo a sus acompañantes. Estos la miraron y, advirtiendo que tenía la mirada fija en la pared izquierda, se volvieron también para ver qué había allí. Descubrieron entonces la primera señal de que la cueva era algo más que una gruta vacía, enorme y un tanto aterradora que parecía no acabar nunca.

Al principio, Ayla no vio nada salvo unos afloramientos de pedernal redondeados de color rojizo, presentes en todas las paredes hasta ese momento. Luego, en lo alto de la pared, reparó en unas marcas negras que no parecían naturales. Súbitamente lo que veían sus ojos cobró sentido. En la pared se adivinaban los contornos negros de unos mamuts. Al fijarse más detenidamente, distinguió tres mamuts mirando a la izquierda, como si salieran de la cueva. Después del último, se advertían el perfil del lomo de un bisonte y, confundiéndose un poco con este, la forma característica de la cabeza y el lomo de otro mamut orientado hacia la derecha. Un poco más allá y a mayor altura se apreciaba una cara con una barba claramente dibujada, un ojo, dos cuernos y la chepa de otro bisonte. En total, habían pintado en la pared seis animales, o rasgos suficientes para identificar esa cantidad. Ayla de pronto sintió un escalofrío y se estremeció.

—Yo he acampado delante de esta caverna muchas veces, y no sabía que esto estaba aquí dentro. ¿Quién ha hecho estas pinturas? —preguntó Jondalar.

—No lo sé —contestó la Zelandoni—. Nadie lo sabe a ciencia cierta... los Antiguos, los Antepasados. Se los menciona en las Leyendas de los Ancianos. Dicen que hace mucho tiempo por aquí abundaban los mamuts, y también los rinocerontes lanudos. Hemos encontrado un gran número de huesos viejos y colmillos ya amarillentos por el paso del tiempo, pero ahora rara vez vemos a esos animales. Su aparición es todo un acontecimiento, como la de los rinocerontes que aquellos chicos intentaron matar el año pasado.

—Parece haber unos cuantos allí donde viven los mamutoi —comentó Ayla.

—Sí, organizamos una gran cacería con ellos —dijo Jondalar. Pensativo, añadió—: Pero allí es distinto. Es una región más fría y menos húmeda. No nieva tanto. Cuando cazábamos mamuts con los mamutoi, el viento se llevaba la nieve de la

hierba seca que aún quedaba en campo abierto. Aquí, cuando ves mamuts dirigiéndose a toda prisa hacia el norte, sabes que se avecina una gran ventisca. Cuanto más al norte vas, más frío hace, y a cierta distancia el aire es menos húmedo. Los mamuts caminan con dificultad cuando la nieve es profunda, y los leones cavernarios lo saben y los siguen. Ya conoces el dicho: «Cuando los mamuts ves al norte ir, su camino nunca has de seguir» —explicó Jondalar—. «Si no te atrapan las nieves, te atraparán los leones.»

Como se habían detenido, la Zelandoni sacó otra antorcha del morral y la encendió con la de Jondalar. Aunque la de él no se había consumido aún del todo, ardía ya con poca intensidad y despedía mucho humo. Cuando ella acabó de encenderla, Jondalar golpeó la suya contra una roca para desprender el carbón quemado del extremo, y así alumbró más. Ayla notó que su hija se removía aún un poco en la manta a su espalda. Hasta hacía un momento Jonayla dormía, arrullada por la oscuridad y el movimiento de su madre al andar, pero tal vez estaba despertándose, pensó Ayla. En cuanto reanudaron la marcha, la niña se calmó.

—Los hombres del clan cazaban mamuts —contó Ayla—. Una vez acompañé a los cazadores, no para cazar, porque las mujeres del clan no cazan, sino para ayudarlos a secar la carne y traerla de vuelta. —Luego, como si acabara de ocurrírsele, añadió—: No creo que la gente del clan entrase jamás en una cueva como esta.

—¿Por qué no? —preguntó la Zelandoni mientras se adentraban en la cueva.

—Porque no podrían hablar, o mejor dicho, no podrían entenderse bien. Está demasiado oscuro, incluso con las antorchas —contestó Ayla—. Además, cuesta hablar con las manos cuando sostienes una antorcha.

Al oír la respuesta, la Zelandoni tomó conciencia una vez más del extraño acento de Ayla cuando pronunciaba ciertos sonidos, más marcado aún cuando hablaba del clan, sobre todo de las diferencias entre ellos y los zelandonii.

—Pero sí oyen y tienen palabras. Me has dicho algunas de ellas —recordó la Primera.

—Sí, tienen unas cuantas palabras —corroboró Ayla, y luego pasó a explicar que para el clan los sonidos del habla eran secundarios. Daban nombre a las cosas, pero los movimientos y los gestos eran su principal forma de comunicación. No se trataba sólo de signos con las manos, sino que el lenguaje corporal era aún más importante. Cuando no podían utilizar las manos para expresarse con signos, su lenguaje recurría a la postura, la actitud y el porte de la persona que se comunicaba, a la edad y el sexo tanto del emisor de los signos como del receptor, y a menudo a señales y ademanes apenas perceptibles, como un ligero movimiento del pie, la mano o una ceja. Uno ni siquiera podía verlo todo si sólo se fijaba en la cara, o si sólo escuchaba las palabras.

Los niños del clan tenían que aprender desde una edad temprana a percibir el

lenguaje, no sólo a oírlo. Como consecuencia de ello, era posible expresar ideas muy complejas y amplias con muy poco movimiento visible y con menos sonido aún, pero no a grandes distancias o en la oscuridad. Esa era una considerable desventaja. Tenían que verlo. Ayla les habló de un anciano, que se había quedado ciego, y al final se rindió y murió porque ya no podía comunicarse; no veía qué decía la gente. Como es lógico, el clan necesitaba a veces hablar en la oscuridad, o levantar la voz para decir algo a distancia. Por eso habían desarrollado algunas palabras, por eso usaban algunos sonidos, pero su utilización del habla era mucho más limitada, tal como es limitado nuestro empleo de los gestos.

—La gente como nosotros, aquellos a quienes ellos llaman los Otros, también usa la postura, la expresión y los gestos al hablar, al comunicarse, pero no tanto.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la Zelandoni.

—No utilizamos el lenguaje de los signos de manera tan consciente, ni tan expresiva, como el clan. Si hago un gesto con la mano para llamar a alguien —dijo, mostrando el movimiento mientras lo explicaba—, la mayoría de la gente sabe que significa «ven». Si lo hago de prisa y con cierta agitación, da a entender apremio, pero normalmente, sea cual sea la distancia, es imposible saber si el apremio se debe a que alguien se ha hecho daño o a si la comida de la noche se enfría. Cuando nos miramos y vemos la forma de las palabras o las expresiones en una cara, es más revelador, pero incluso a oscuras, o con niebla, o desde lejos, podemos comunicarnos casi igual de bien. Incluso a gritos desde lejos podemos explicar ideas completas y difíciles. Esa capacidad para hablar y comprenderse casi en cualquier circunstancia es una verdadera ventaja.

—Nunca me lo había planteado así —dijo Jondalar—. Cuando enseñaste al Campamento del León mamutoi a «hablar» con signos a la manera del clan para que Rydag pudiera comunicarse, todos, y en especial los pequeños, lo convirtieron en un juego, y se divertían transmitiéndose señales. Pero cuando llegamos a la Reunión de Verano, pasó a ser un problema cuando había mucha gente presente y deseábamos comunicar algo en privado a un miembro del Campamento del León. Recuerdo una vez en concreto en que Talut decía al Campamento del León que no debía hablar de algo hasta más tarde, porque había cerca cierta gente que no debía enterarse. Ahora no recuerdo qué era.

—Así que si te he entendido bien, puedes decir algo con palabras, y al mismo tiempo decir otra cosa, o aclarar un significado en privado, con estos signos de las manos —dijo La Que Era la Primera. Se había detenido, y su cara de concentración indicaba que pensaba en algo que consideraba importante.

—Exacto —respondió Ayla.

—¿Sería muy difícil aprender ese lenguaje de signos?

—Lo sería si intentases aprenderlo íntegramente, con todos sus matices de

significación —contestó Ayla—, pero yo enseñé al Campamento del León una versión simplificada, tal como se enseña al principio a los niños.

—Pero bastaba para comunicarse —aclaró Jondalar—. Podías mantener una conversación... Quizá no sobre los aspectos más sutiles de un punto de vista.

—Quizá deberías enseñar a los zelandonia ese lenguaje de signos simplificado —comentó la Primera—. Le veo utilidad para transmitir información o aclarar algo.

—O si alguna vez nos encontramos con alguien del clan y deseamos decirle algo —añadió Jondalar—. A mí me sirvió cuando conocimos a Guban y Yorga poco antes de cruzar el pequeño glaciár.

—Sí, también para eso —convino la Zelandoni—. Quizá el año que viene podamos organizar unas cuantas clases, en la Reunión de Verano. Aunque, claro está, podrías enseñar a la Novena Caverna durante la próxima estación fría. —Se interrumpió de nuevo—. Pero tienes razón, no serviría a oscuras. ¿No entran nunca en cuevas, pues?

—Sí entran, pero no muy adentro. Y cuando lo hacen, iluminan muy bien el camino. Dudo que se adentren en una cueva tanto como ahora nosotros —respondió Ayla—, salvo si van solos, o por razones especiales. A veces los Mog-ures penetraban en cuevas más profundas. —Ayla conservaba un vívido recuerdo de una cueva en la Reunión del Clan, donde siguió unas luces y vio a los Mog-ures.

Reanudaron la marcha, cada uno absorto en sus pensamientos. Al cabo de un rato, la Zelandoni empezó a cantar de nuevo. Después de recorrer otro trecho no tan largo como el que los había llevado hasta las primeras pinturas, la voz de la Zelandoni adquirió mayor resonancia, pareció reverberar en las paredes de la cueva, y Lobo aulló otra vez. La Primera se detuvo, y en esta ocasión se volvió hacia la pared derecha. Ayla y Jondalar vieron nuevamente mamuts, dos, no pintados sino grabados, además de un bisonte, y unas marcas extrañas realizadas con los dedos en la superficie de arcilla reblandecida o de algo semejante.

—Siempre he sabido que era un Zelandoni —dijo la Primera.

—¿Quién? —preguntó Jondalar, aunque creyó saberlo.

—Lobo, claro. ¿Por qué crees que «canta» cuando llegamos a lugares donde está cerca el mundo de los espíritus?

—¿El mundo de los espíritus está cerca de aquí, de este lugar en concreto? —preguntó Jondalar, mirando alrededor con cierto temor.

—Sí, aquí estamos muy cerca del Inframundo Sagrado de la Madre —respondió la Jefa Espiritual de los zelandonii.

—¿Por eso te llaman a veces la Voz de Doni? ¿Porque eres capaz de encontrar estos lugares cuando cantas? —quiso saber Jondalar.

—Esa es una de las razones. También significa que hablo en nombre de la Madre, como cuando actúo en representación de la Antepasada Original, la Madre Original, o

como instrumento de Aquella Que Bendice. Una Zelandoni, sobre todo si es la Primera, tiene muchos nombres. Por eso suele renunciar a su nombre personal cuando sirve a la Madre.

Ayla escuchaba atentamente. En realidad no deseaba renunciar a su nombre. Era lo único que le quedaba de su gente, el nombre que su madre le había dado, aunque sospechaba que «Ayla» no era exactamente su nombre original, sino sólo la palabra más parecida a su nombre que el clan era capaz de pronunciar. Así y todo, era lo único que tenía.

—¿Todos los zelandonia pueden cantar para encontrar estos lugares especiales? —preguntó Jondalar.

—No todos cantan, pero todos poseen una «voz», una manera de encontrarlos.

—¿Por eso me pidieron que produjera un sonido especial cuando examinábamos aquella pequeña cueva? —quiso saber Ayla—. No sabía que se me exigiría eso.

—¿Qué sonido emitiste? —preguntó Jondalar, y sonrió—. Seguro que no cantaste. —Volviéndose hacia la Zelandoni, aclaró—: No sabe cantar.

—Rugí como Bebé. Las paredes devolvieron un eco agradable. Jonokol pensó que parecía haber un león al fondo de aquella gruta.

—¿Cómo crees que sonaría aquí? —dijo Jondalar.

—No lo sé. Muy fuerte, supongo —respondió Ayla—. Tengo la impresión de que no sería el sonido adecuado para este lugar.

—¿Y cuál sería el sonido adecuado, Ayla? —preguntó la Primera—. Algún sonido tendrás que emitir cuando seas Zelandoni.

Ayla se detuvo a pensarlo.

—Puedo imitar las voces de muchas aves distintas, o también podría silbar —respondió Ayla.

—Sí, sabe silbar como un pájaro, como muchos pájaros —confirmó Jondalar—. Es una excelente silbadora. De hecho, los pájaros vienen y comen de su mano.

—¿Por qué no lo pruebas ahora? —propuso la donier.

Ayla se quedó pensativa, y por fin se decidió por una alondra de las praderas, e imitó a la perfección el reclamo del ave en vuelo. Le pareció oír más resonancia que la otra vez, pero necesitaría probarlo en otra parte de la cueva, o fuera, para asegurarse. Poco después el sonido del canto de la Zelandoni volvió a cambiar, pero en esta ocasión de una manera ligeramente distinta. La mujer señaló hacia la derecha y vieron que el nuevo pasadizo se ensanchaba.

—En ese túnel hay un solo mamut, pero está muy lejos, y no creo que ahora debamos dedicarle el tiempo que requeriría la visita —comentó la donier. Sin darle importancia, señalando otra abertura situada a la izquierda, casi enfrente del otro túnel, añadió—: Por allí no hay nada. —Reanudó su canto al dejar atrás otro pasadizo

a la derecha—. Ahí dentro hay un techo que nos acerca a Ella, pero la distancia es larga y opino que es mejor que decidamos si queremos visitarlo en el camino de vuelta. —Un poco más adelante les advertió—: Ahora cuidado, el pasadizo cambia de dirección. Viene un giro brusco a la derecha y en la curva hay un profundo agujero que lleva a una parte subterránea de la cueva, y hay mucha humedad. Tal vez convendría que os pusierais detrás de mí.

—Creo que debería encender otra antorcha —dijo Jondalar. Se detuvo, sacó una de su morral y la encendió con la que sostenía en la mano. El suelo se veía ya húmedo, con pequeños charcos y arcilla. Apagó la antorcha casi consumida y guardó el cabo en un bolsillo del morral. Se le había inculcado desde pequeño que el suelo de un lugar sagrado no debía ensuciarse innecesariamente.

Para despabilar su tea, la Zelandoni la golpeó contra una estalagmita que parecía crecer del suelo. De inmediato ardió con más intensidad. Ayla sonrió al ver a Lobo. Este se frotó contra su pierna y ella le rascó detrás de las orejas, un contacto tranquilizador para ambos. Jonayla volvía a agitarse. Siempre que Ayla se detenía, la niña se daba cuenta. Pronto tendría que amamantarla, pero daba la impresión de que se adentraban en una parte más peligrosa de la cueva, y deseaba esperar hasta que la dejaran atrás. La Zelandoni se echó a andar de nuevo. Ayla la siguió y Jondalar cerró la marcha.

—Cuidado con dónde pisáis —advirtió la Primera, y levantó la tea para que la luz se propagara a mayor distancia. La luz iluminó por un momento la pared de la derecha y de pronto desapareció, pero un resplandor delineó el borde de la pared en el recodo. El suelo, rocoso y cubierto de arcilla resbaladiza, era muy desigual. La humedad traspasaba el calzado de Ayla, pero las suelas de suave cuero se adherían bien. Cuando llegó al borde iluminado de la pared de piedra y miró al otro lado del recodo, vio allí a la mujer corpulenta y el pasadizo que seguía a la derecha.

«Hacia el norte, creo que ahora vamos hacia el norte», dijo para sí. Permanecía atenta en la dirección en que se movían desde que entraron en la cueva. Habían realizado varios giros menores en el pasadizo, pero en esencia habían avanzado hacia el oeste. Ese era el primer cambio de dirección considerable. Ayla miró al frente y no vio nada más allá de la luz de la antorcha sostenida por la Zelandoni, salvo esa negra intensidad que sólo se encuentra en las profundidades subterráneas. Se preguntó qué más habría en ese vacío cavernoso.

La antorcha de Jondalar lo precedió cuando también él dobló el recodo que cambió la dirección de sus pasos. La Zelandoni esperó a que estuvieran todos, incluido Lobo, antes de hablar.

—Un poco más adelante, donde se nivela el suelo, hay unas cuantas piedras idóneas para sentarse. Creo que deberíamos detenernos y comer algo y llenar los odres pequeños —anunció.

—Sí —coincidió Ayla—. Jonayla ha estado removiéndose y despertándose, y tengo que darle de mamar. Debería haberse despertado hace ya un rato, pero la oscuridad y el movimiento mientras camino la han mantenido tranquila.

La Zelandoni empezó a tararear otra vez hasta que llegaron a un sitio donde la cueva resonaba de otra manera. Cantó con mayor claridad tonal conforme se acercaban a un pequeño túnel a la izquierda. Se detuvo a la entrada de dicho túnel.

—Es aquí —dijo.

Ayla se alegró de liberarse del morral y el lanzavenablos. Cada uno buscó una piedra cómoda y Ayla sacó las tres esterillas tejidas con hojas de anea para sentarse. Cuando acercó a Jonayla a su pecho, la pequeña estaba más que dispuesta a mamar. La Zelandoni extrajo tres candiles de piedra de su morral, uno de arenisca con adornos, que Ayla ya le había visto usar en ocasiones anteriores, y dos de piedra caliza. La piedra de los tres candiles se había moldeado y lijado hasta obtener pequeños cuencos con asas rectas a la altura del borde. La Primera también sacó el material para mechas cuidadosamente envuelto y cogió seis tiras de setas secas.

—Ayla, ¿dónde está ese tubo de sebo que tenías? —preguntó la mujer.

—En el recipiente de la carne, en el morral de Jondalar —contestó Ayla.

Jondalar sacó los paquetes de comida y el gran odre que llevaba a la espalda y se los acercó a Ayla. Abrió el recipiente de cuero rígido donde llevaba la carne y ella señaló la porción de intestino rellena de grasa blanca y limpia, obtenida a partir de la grasa más dura de la zona lumbar, porque tenía un poco más de consistencia. Jondalar se la dio a la donier.

Mientras Jondalar rellenaba los pequeños odres individuales con el agua del grande, que acarreaba él, la Zelandoni puso unas gotas de sebo en las cavidades de cada uno de los tres candiles y lo fundió con el calor de su antorcha. Luego colocó dos mechas confeccionadas con setas secas en la grasa derretida de cada uno de los candiles, de manera tal que más de la mitad de cada tira absorbente quedase impregnada de grasa líquida, dejando que las dos pequeñas puntas asomaran por encima del borde. Cuando las encendió, chisporrotearon un poco, pero el calor atrajo la grasa de las mechas y pronto dispusieron de tres fuentes de luz adicionales, con lo que la cueva oscura quedaba bastante bien iluminada.

Jondalar repartió los alimentos que habían guisado esa mañana, mientras comían, para llevarse en su expedición al interior de la cueva. Colocaron trozos de ciervo rojo asado en sus cuencos de comer personales y emplearon los vasos para el caldo frío con verduras hervidas que transportaban en otro odre. Los trozos largos de zanahoria silvestre, las pequeñas raíces redondas almidonosas, los tallos de cardo troceados, los brotes de lúpulo y las cebollas silvestres estaban muy tiernos y apenas era necesario masticarlos; lo sorbieron todo junto con la sopa.

Ayla también había cortado un poco de carne para Lobo. Se la dio y luego se

dispuso a comer ella mientras terminaba de amamantar a su hija. Había advertido que si bien Lobo había explorado un poco mientras avanzaban, no se alejaba demasiado. Los lobos veían muy bien en la oscuridad y a veces ella percibía en los rincones más oscuros de la cueva destellos de luz reflejados en sus ojos. Tenerlo cerca le proporcionaba una sensación de seguridad. Sabía que si ocurría un imprevisto y se quedaban sin fuego, él los guiaría al exterior de cualquier cueva valiéndose sólo de la nariz. Le constaba que poseía un sentido del olfato tan fino que podía volver sobre sus pasos fácilmente.

Mientras comían en silencio, Ayla, sin proponérselo, prestó atención a lo que los rodeaba, poniendo en ello los cinco sentidos. La luz de los candiles alumbraba sólo un espacio limitado. El resto de la cueva era de una oscuridad densa y envolvente que nunca se observaba en el exterior, ni siquiera en la noche más negra, y aunque no veía más allá del resplandor de las dos llamas de cada candil, si lo intentaba, oía los murmullos tenues de la cueva.

Había advertido que en algunas partes el suelo y la piedra estaban relativamente secos. En otras, en cambio, relucían por la humedad, debido al agua de la lluvia y la nieve y el deshielo que se filtraba lentamente, con una paciencia infinita, a través de la tierra y la piedra caliza, acumulando a su paso residuos calcáreos y depositándolos gota a gota para crear estalactitas en el techo y tocones redondeados de piedra en el suelo. Oía un suave goteo, tanto cerca como lejos. Con el transcurso de un tiempo inconmensurable, esas gotas formaban columnas, paredes y cortinas que configuraban el interior de la cueva.

Se oían el correteo y los chirridos de criaturas minúsculas, así como una corriente de aire casi imperceptible, un susurro amortiguado que sólo percibió aguzando el oído. Casi lo ahogaba el ruido de la respiración de los cinco seres vivos que habían entrado en aquel espacio silencioso. Trató de olfatear el aire y abrir la boca para paladearlo. Lo notó húmedo, con ese leve sabor a descomposición de la tierra pura y las antiguas conchas comprimidas en la piedra caliza.

Después de comer, la Zelandoni dijo:

—Hay algo que quiero que veas en este pequeño túnel. Podemos dejar aquí los bultos y recogerlos a la vuelta, pero deberíamos llevar un candil cada uno.

Buscaron los tres un rincón para orinar en privado antes de ponerse en marcha. Ayla sostuvo al frente a la pequeña para que también ella hiciera sus necesidades y la limpió con un poco de musgo suave y recién cogido que llevaba consigo. Luego se colocó a Jonayla en la cadera sujetándola con la manta de acarreo, cogió un candil de piedra caliza y siguió a la Zelandoni por el pasadizo que se desviaba hacia la izquierda. La mujer reanudó su canto. Ayla y Jondalar empezaban a acostumbrarse al timbre reverberante que adquiriría su voz en algunos momentos para anunciarles que estaban cerca de una parte sagrada de la cueva, un sitio más cercano al Otro Mundo.

Cuando la Zelandoni se detuvo, dirigió la vista hacia la pared derecha. Siguieron su mirada y vieron dos mamuts, uno frente al otro. A Ayla le parecieron excepcionales, y se preguntó qué los habría llevado a elegir los distintos lugares donde estaban pintados los mamuts en esa cueva. Los habían creado hacía tanto tiempo que nadie sabía quiénes eran los autores, ni siquiera a qué caverna o a qué pueblo pertenecían los artistas, así que era poco probable que nadie conociera la respuesta, pero no pudo contenerse y lo preguntó de todos modos:

—Zelandoni, ¿sabes por qué los mamuts se encuentran uno frente al otro?

—Hay quienes piensan que están luchando —respondió ella—. ¿Tú qué opinas?

—Lo dudo —dijo Ayla.

—¿Por qué? —insistió la Primera.

—No se ve ferocidad ni ira en ellos. Parecen haberse reunido —contestó Ayla.

—¿Y tú qué dices, Jondalar? —preguntó la Zelandoni.

—No creo que estén luchando ni que tengan intenciones de luchar —respondió él—. Tal vez acaban de encontrarse por casualidad.

—¿Piensas que la persona que los pintó ahí se habría tomado la molestia si simplemente acabaran de encontrarse? —preguntó la Primera.

—No, probablemente no —contestó él.

—Quizá cada mamut representa al jefe de un grupo de personas que se reúnen para tomar una decisión sobre algo importante —sugirió Ayla—. O quizá hayan tomado la decisión y esta pintura conmemora el acontecimiento.

—Ésa es una de las ideas más interesantes que he oído —dictaminó la Zelandoni.

—Pero nunca lo sabremos con certeza, ¿verdad que no? —dijo Jondalar.

—No, seguramente no —contestó La Que Era la Primera—. Pero las conjeturas que expresa la gente a menudo nos revelan algo sobre quien las expresa.

Aguardaron en silencio, y de pronto Ayla sintió el impulso de tocar la pared entre los mamuts. Alargó el brazo derecho, apoyó la palma de la mano en la piedra y permaneció así por un momento, con los ojos cerrados. Percibió la dureza de la roca, el frío, la sensación húmeda de la piedra caliza, y enseguida le pareció notar algo más, una especie de intensidad, una concentración, un calor, quizá su propio calor transmitido a la piedra. Retiró la mano y se la miró; luego cambió de posición a su hija ligeramente.

Regresaron al pasadizo principal y se dirigieron al norte, ahora iluminándose con candiles en lugar de antorchas. La Zelandoni siguió usando la voz, a veces con un tarareo, a veces con mayores rasgos tonales, deteniéndose cuando quería enseñarles algo. A Ayla la fascinó en particular un mamut en el que unos trazos representaban el pelo que le colgaba por debajo, pero también tenía unas marcas, tal vez zarpazos de oso. La intrigaron los rinocerontes. Cuando llegaron a un punto donde el canto resonó más, la Zelandoni volvió a parar.

—Aquí hay que decidir qué camino tomamos —anunció—. Creo que primero deberíamos seguir todo recto, luego dar media vuelta y regresar aquí para coger el desvío de la izquierda y recorrer un trecho por ahí. O podemos ir directamente hacia la izquierda y luego volver.

—Decídelo tú —dijo Ayla.

—Ayla tiene razón. Tienes mejor sentido de la distancia y sabes lo cansada que estás —coincidió Jondalar.

—Estoy un poco cansada, pero es posible que nunca más vuelva aquí —comentó la Zelandoni—, y mañana puedo descansar, ya sea en el campamento o mientras me arrastra el caballo en ese asiento que me hicisteis. Seguiremos recto hasta el próximo sitio que podría acercarnos al Inframundo Sagrado de la Madre.

—Toda esta cueva parece el Inframundo de la Madre —observó Ayla, sintiendo un cosquilleo en la mano con la que había tocado la piedra.

—Tienes razón, y por eso es más difícil encontrar los sitios especiales —dijo la Primera.

—Creo que esta cueva podría llevarnos derechos al Otro Mundo, aunque esté en medio de la tierra —señaló Jondalar.

—Es verdad que esta cueva es mucho más grande y hay más cosas que ver de las que podremos ver en un solo día —corroboró la Zelandoni—. No bajaremos a las cavidades inferiores.

—¿Se ha perdido alguna vez alguien aquí dentro? —quiso saber Jondalar—. Sospecho que podría suceder fácilmente.

—No lo sé. Siempre procuramos venir aquí acompañados por alguien familiarizado con la cueva y que conozca bien el camino —explicó—. Y hablando de eso, me parece que es aquí donde solemos rellenar de material combustible los candiles.

Jondalar volvió a sacar la grasa, y la mujer, después de añadir un poco a los receptáculos de piedra, comprobó las mechas y tiró de ellas para que asomaran un poco más, con lo que ardieron más vivamente. Antes de reemprender la marcha, comentó:

—Emitir sonidos que resuenen, que produzcan alguna especie de eco, ayuda a orientarse. Algunos emplean flautas, así que tus cantos de pájaro, Ayla, deberían servir, pienso. ¿Por qué no lo intentas?

Ayla se sintió un poco cohibida y no supo bien qué pájaro imitar. Al cabo de un momento se decidió por la alondra y pensó en el ave con sus alas oscuras y su cola larga orlada de blanco, sus llamativas vetas en la pechuga y una cresta pequeña. Caminaban en lugar de brincar y vivían en nidos contruidos de hierba a flor de tierra, muy ocultos. Una alondra, al ahuyentarla, emitía una especie de gorjeo líquido, y prolongaba el canto del amanecer mientras alzaba el vuelo hacia el cielo. Ese fue el

sonido que Ayla produjo.

En la oscuridad absoluta de la profunda cueva, su imitación perfecta del canto de la alondra resultó extrañamente fuera de lugar, un sonido chocante y fantasmagórico que provocó un estremecimiento en Jondalar. La Zelandoni intentó disimularlo, pero la recorrió igualmente un escalofrío inesperado. Lobo lo percibió también, y ni siquiera se molestó en disimularlo. Su asombroso aullido de lobo reverberó en aquel descomunal espacio cerrado y despertó a Jonayla. La pequeña empezó a llorar, pero Ayla enseguida entendió que, más que un llanto motivado por el miedo o el malestar, era un sonoro lamento para acompañar la voz de Lobo.

—Ya sabía yo que ese lobo pertenecía a la zelandonia —sentenció la Primera, y decidió sumarse al coro con su vibrante voz operística.

Jondalar, atónito, se quedó inmóvil. Cuando cesaron los sonidos, dejó escapar una risa un tanto vacilante, pero acto seguido la Zelandoni también se echó a reír, lo que arrancó a Jondalar una de aquellas carcajadas sinceras y alegres que a Ayla tanto le gustaban y ella misma se unió al bullicio.

—Creo que no había tanto ruido en esta cueva desde hacía mucho tiempo —comentó La Que Era la Primera—. Seguro que a la Madre le gustará.

Cuando reanudaron la marcha, Ayla hizo gala de su virtuosismo en la imitación de reclamos de aves, y no tardó en detectar un cambio en el eco. Se detuvo a examinar las paredes, primero la derecha, luego la izquierda, y vio un friso con tres rinocerontes. Los animales aparecían sólo perfilados en negro, pero las figuras transmitían una sensación de volumen y su contorno era de tal precisión que producía un efecto notablemente realista. Lo mismo ocurría con los animales que estaban grabados. Algunos de los que había visto, en especial los mamuts, eran sólo un trazo del perfil de la cabeza y la característica forma del lomo, con dos líneas curvas añadidas a modo de colmillos; otros, en cambio, presentaban un considerable acabado, con ojos y la insinuación de un pelaje lanudo. Pero incluso sin colmillos y otros detalles, los perfiles bastaban para crear la sensación del animal completo.

Al ver los dibujos se preguntó si sus trinos y el canto de la Zelandoni se habían alterado realmente en ciertas partes de la cueva, y si algún antepasado había oído o percibido allí esas mismas tonalidades en los sonidos y por eso las había marcado con mamuts y rinocerontes y otros animales. Era fascinante imaginar que la propia cueva indicase a la gente dónde debía dejar su huella. ¿O era la Madre quien revelaba a Sus hijos por mediación de la cueva dónde debían mirar y dónde dejar sus marcas? Se preguntó si los sonidos que emitían los llevaban realmente a los lugares más cercanos al Inframundo de la Madre. Esa impresión daba, pero Ayla, en un rincón de su mente, albergaba ciertas dudas y se limitó a preguntárselo a sí misma.

Cuando emprendieron la marcha otra vez, Ayla siguió con sus cantos de ave. Un poco más adelante, aunque no estaba del todo segura, se sintió obligada a detenerse.

Al principio no vio nada, pero tras unos cuantos pasos miró hacia la izquierda en la amplia cueva. Allí vio un mamut grabado especialmente digno de mención. Debía de tener todo su pelaje greñado de invierno. Se apreciaba el pelo de la frente, en torno a los ojos y por toda la cara, y en la trompa.

—Parece un viejo sabio —comentó Ayla.

—Lo llaman «El Viejo» —explicó la Zelandoni—, o a veces «El Sabio».

—Me hace pensar en un anciano que puede atribuir a su hogar muchos hijos, y los hijos de estos, y quizá también los hijos de estos últimos —dijo Jondalar.

La Zelandoni empezó a cantar otra vez y se dirigió hacia la pared opuesta, donde había más mamuts, muchos, pintados en negro.

—¿Podéis usar las palabras de contar y decirme cuántos mamuts veis? —preguntó tanto a Jondalar como a Ayla.

Los dos se aproximaron a la pared de la cueva, sosteniendo en alto los candiles para ver mejor y, como si fuera un juego, enumeraron las palabras de contar correspondientes a los que veían.

—Algunos miran a la izquierda; otros a la derecha —observó Jondalar—. Y vuelve a haber otros dos en medio, uno frente al otro.

—Parece que aquellos dos jefes que hemos visto antes han vuelto a reunirse acompañados de parte de su manada —dedujo Ayla—. Yo cuento once.

—Yo también —confirmó Jondalar.

—Ésa es la cantidad que suele ver la gente —dijo la Zelandoni—. Por este camino hay más animales, pero están muy lejos, y no creo que sea necesario visitarlos esta vez. Volvamos atrás y tomemos por aquel otro pasadizo. Os sorprenderá.

Regresaron al lugar donde los dos túneles divergían, y la Zelandoni los guio por el otro. Tarareó o cantó con voz suave mientras avanzaban. Dejaron atrás más animales, en su mayoría mamuts, pero también un bisonte, y quizá un león, pensó Ayla, y advirtió más marcas de dedos, algunas con formas características, otras aparentemente al azar. De repente la Primera alzó el volumen y el timbre de la voz, y aminoró el paso. Al cabo de un momento empezó a entonar la ya conocida letra del Canto a la Madre.

*En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.*

*Al otro creó del polvo que al nacer traía consigo,
un hermano, compañero, pálido y resplandeciente amigo.*

*Juntos crecieron, aprendieron qué era amor y consideración,
y cuando Ella estuvo a punto, decidieron confirmar su unión.
Él la rondó expectante. Su pálido y luminoso amante.*

La voz plena y vibrante parecía llenar todo el espacio y la profundidad de la gran cueva. Ayla se conmovió de tal modo que no sólo experimentó escalofríos, sino que se le formó un nudo en la garganta y se le saltaron las lágrimas.

*El oscuro vacío y la tierra yerma y vasta
aguardaron el nacimiento con ánimo entusiasta.
La vida desgarró su piel, bebió la sangre de sus venas,
respiró por sus huesos y redujo sus rocas a blancas arenas.
La Madre alumbraba. Otro alentaba.*

*Al romper aguas, estas llenaron mares y ríos,
anegándolo todo, creando así árboles y plantíos.
De cada preciosa gota, hojas y tallos brotaron,
verdes y exuberantes plantas la Tierra renovaron.
Sus aguas fluían. Nueva vegetación crecía.*

*En violento parto, vomitando fuego a borbotones,
dio a luz una nueva vida entre dolorosas contracciones.
Su sangre seca se tornó en limo ocre, y llegó el radiante hijo.
El supremo esfuerzo valió la pena, ya todo era gran regocijo.
El niño resplandecía. La Madre no cabía en sí de alegría.*

*Se alzaron montañas, de cuyas crestas brotaban llamas,
y Ella a su hijo alimentaba con sus colosales mamas.
Chispas saltaban al chupar el niño, tal era su anhelo,
y la tibia leche de la Madre trazó un camino en el cielo.
Una vida se iniciaba. A su hijo amamantaba.*

*El niño reía y jugaba, y así se desarrollaban su cuerpo y su mente.
Para gozo de la Madre, las tinieblas disipaban con su luz refulgente.
Su mente y su fuerza crecían, recibiendo de Ella cariño,
pero pronto aquel hijo maduró, pronto dejó de ser niño.
Atrás quedaba la edad de la inocencia. Quería independencia.*

La profunda cueva parecía devolver el canto a La Que Era la Primera, y las formas redondeadas y los cortantes ángulos de la piedra provocaban ligeros retrasos y tonos modificados, de manera que el sonido que llegaba de vuelta a sus oídos constituía una fuga de armonía extrañamente hermosa.

Mientras la robusta voz llenaba el espacio de sonido, Ayla se sentía de algún

modo reconfortada por ella. No distinguía todas las palabras, todos los sonidos, y algunos versos la hicieron pensar más profundamente en su significado, pero tenía la sensación de que si se perdía, oiría esa voz casi desde cualquier sitio. Observó a Jonayla, que también parecía escuchar con atención. Jondalar y Lobo estaban igual de arrobados que ella por el sonido.

*Dándolo todo, su magnífico amigo luchó con bravura,
el combate era enconado, la contienda penosa y dura.
Al cerrar su gran ojo, abandonó por un instante la cautela,
y la oscuridad robó la luz de su cielo con una triquiñuela.
Su pálido amigo desfallecía. Su luz se extinguía.*

*En la oscuridad absoluta, la Madre despertó con un grito.
El tenebroso vacío se había propagado por el espacio infinito.
Ella se sumó a la pugna, organizó con rapidez la defensa,
y a su amigo liberó de aquella sombra tétrica y densa.
Pero a su hijo perdió de vista. La noche borró toda pista.*

*Pero las inhóspitas tinieblas ansiaban su vivo y radiante calor.
La Madre firme se mantuvo en su defensa y resistió con vigor.
El torbellino tiró con violencia, negándose a soltar a su presa,
y Ella luchó de tú a tú contra la oscuridad arremolinada y aviesa.
De las tinieblas se protegió. Pero su hijo otra vez se alejó.*

*Cuando la Madre combatía al torbellino y al caos hacía huir,
la luz de su hijo con intensidad veía nuevamente refulgir.
Cuando Ella flaqueaba, el inhóspito vacío volvía a la carga,
y la oscuridad retornaba al final de una jornada ardua y larga.
De su hijo sentía el calor. Mas aún no había vencedor.*

*En el corazón de la Madre anidaba una inmensa pena,
su hijo y Ella por siempre separados, esa era la condena.
Suspiraba por el niño que en otro tiempo fuera su centro,
y una vez más recurrió a la fuerza vital que llevaba dentro.
No podía darse por vencida. Su hijo era su vida.*

En esa parte Ayla siempre lloraba. Sabía lo que era perder un hijo y se identificaba con la Gran Madre. Como Doni, también ella tenía un hijo que aún vivía, pero de quien estaría separada para siempre. Estrechó a Jonayla contra sí. Daba gracias por su nueva hija, pero siempre echaría de menos al primero.

*Partió en dos las rocas con un atronador rugido,
y en sus profundidades, en el lugar más escondido,*

*nuevamente se abrió la honda y gran cicatriz,
y los Hijos de la Tierra surgieron de su matriz.
La Madre sufría, pero más hijos nacían.*

*Todos los hijos eran distintos, unos terrestres y otros voladores,
unos grandes y otros pequeños, unos reptantes y otros nadadores.
Pero cada forma era perfecta, cada espíritu acabado,
cada uno era un modelo digno de ser copiado.
La Madre era afanosa. La Tierra cada vez más populosa.*

*Todos, aves, peces y animales, eran su descendencia,
y esta vez la Madre nunca habría de padecer su ausencia.
Cada especie viviría cerca de su lugar originario,
y compartiría con los demás aquel vasto escenario.
Con la Madre permanecerían; de Ella no se alejarían.*

Tanto Ayla como Jondalar echaron una ojeada alrededor en la gran cueva y cruzaron una mirada. Ese era sin duda un lugar sagrado. Nunca habían estado en una cueva tan grande, y de pronto los dos comprendieron mejor el significado de ese relato de origen sagrado. Quizá hubiera otros, pero ese tenía que ser uno de los sitios por los que Doni había dado a luz. Tuvieron la sensación de hallarse en la matriz de la Tierra.

*Aunque todos eran sus hijos y la colmaban de satisfacción,
consumían la fuerza vital que hacía latir su corazón.
Pero aún le quedaba suficiente para una génesis postrera,
un hijo que supiera y recordara quién la Suma Hacedora era.
Un hijo que la respetaría y a protegerla aprendería.*

*La Primera Mujer nació ya totalmente desarrollada y viva,
y recibió los dones que necesitaba, esa era su prerrogativa.
La Vida era el Primer don, y como la Madre naciente,
al despertar del gran valor de la vida era ya consciente.
La Primera en salir de la horma, las demás tendrían su forma.*

*Vino luego el don de la Percepción, del aprendizaje,
el deseo de saber, el don del Discernimiento, un amplio bagaje.
La Primera Mujer llevaba el conocimiento en su interior,
que la ayudaría a vivir y transmitiría a su sucesor.
Sabría la Primera Mujer cómo aprender, cómo crecer.*

*Con la fuerza vital casi extinta, la Madre se consumía,
transmitir el espíritu de la Vida, sólo eso pretendía.
A sus hijos confirió la facultad de crear una nueva vida,*

*y también la Mujer con esa posibilidad fue bendecida.
Pero la Mujer sola se sentía; a nadie tenía.*

*La Madre recordó la experiencia de su propia soledad,
el amor de su amigo y su caricia llena de inseguridad.
Con la última chispa que le quedaba, el parto empezó,
para compartir la vida con la Mujer, al Primer Hombre creó.
De nuevo alumbraba; otro más alentaba.*

La Zelandoni y Ayla miraron a Jondalar y sonrieron, y sus pensamientos fueron análogos. Ambas pensaron que era un ejemplo perfecto: él podría haber sido el Primer Hombre, y las dos dieron gracias a Doni por crear al hombre para compartir la vida con la mujer. Por sus expresiones, Jondalar casi pudo adivinarles el pensamiento, y se sintió un poco abochornado, sin saber por qué.

*A la Mujer y el Hombre había deseado engendrar,
y el mundo entero les obsequió a modo de hogar,
tanto el mar como la tierra, toda su Creación.
Explotar los recursos con prudencia era su obligación.
De su hogar debían hacer uso, sin caer en el abuso.*

*A los Hijos de la Tierra la Madre concedió
los dones precisos para sobrevivir, y luego decidió
otorgarles la alegría de compartir y el don del placer,
por el cual se honra a la Madre con el goce de yacer.
Los dones aprendidos estarán cuando a la Madre honrarán.*

*La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.
Les enseñó a amarse y respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el don del placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.
Tras a los hijos su bendición dar, la Madre pudo reposar.*

Como cada vez que oía el Canto a la Madre, Ayla se preguntaba por qué acababa en dos versos. Parecía faltar algo, pero tal vez la Zelandoni tenía razón: era sólo para darle un final. Justo antes de que la mujer terminase de cantar, Lobo sintió la necesidad de responder tal como los lobos se comunicaban entre sí. Mientras la Primera continuaba cantando, él entonó su canto de lobo, gañendo unas cuantas veces y lanzando después un gutural aullido, poderoso, sonoro y escalofriante, seguido de otro, y otro más. Debido al eco de la cueva, daba la impresión de que otros lobos le respondían con sus aullidos desde lejos, quizá desde otro mundo. Y entonces Jonayla

inició de nuevo su quejumbroso llanto que, como Ayla había comprendido, era su respuesta al canto del lobo.

«Le guste o no a Ayla», pensó la Zelandoni, «parece que su hija está destinada a formar parte de la zelandonia».

Capítulo 15

La Zelandoni seguía adentrándose en la cueva con el candil en alto. Por primera vez se veía el techo. Cuando se acercaban al final del pasadizo, accedieron a una zona de techo tan bajo que Jondalar casi lo rozaba con la cabeza. La superficie de la roca era prácticamente lisa, pero no del todo, y de un color muy claro, pero además estaba cubierta de pinturas de animales perfilados en negro. Había mamuts, desde luego, algunos dibujados casi por completo, con el pelaje greñudo y los colmillos, y otros en los que se veía sólo un trazo con la característica forma del lomo. Aparecían asimismo varios caballos, uno bastante grande que dominaba el espacio en torno a él, muchos bisontes, cabras salvajes y cabras-antílope, y un par de rinocerontes. No se hallaban ordenados por tamaño ni de ninguna manera en particular. Estaban orientados en todas direcciones, y muchos aparecían pintados encima de otros, como si cayeran del techo al azar.

Ayla y Jondalar deambularon por allí, intentando verlo todo y encontrarle sentido. Ayla alargó el brazo y rozó el techo pintado con las yemas de los dedos. Sintió un hormigueo al entrar en contacto con la rugosidad uniforme de la piedra. Alzó la vista y trató de abarcar el techo entero tal como una mujer del clan aprendía a ver una escena en su totalidad de un solo vistazo. Después cerró los ojos. Conforme desplazaba la mano por el techo rugoso, tuvo la sensación de que la piedra desaparecía: sólo percibió espacio vacío. En su cabeza se formó una imagen de animales reales, en ese mismo espacio, que se acercaban desde la lejanía, desde el mundo de los espíritus situado al otro lado del techo de piedra, que caían a la tierra. Los más grandes o mejor acabados casi habían llegado al mundo en el que ella se hallaba; los menores o apenas esbozados estaban aún de camino.

Al cabo de un rato abrió los ojos, pero al mirar hacia el techo sintió vértigo. Bajó el candil y fijó la vista en el suelo húmedo de la cueva.

—Es impresionante —comentó Jondalar.

—Sí, lo es —convino la Zelandoni.

—No sabía que esto estuviera aquí —dijo él—. Nadie habla de ello.

—Aquí sólo vienen los zelandonia, creo. A muchos les preocupa que los más pequeños entren buscando esto y se extravíen —contestó la Primera—. Ya sabes que a los niños les encanta explorar cuevas. Y como habrás observado, en esta es muy fácil perderse. Pero aquí han venido niños. En los pasadizos que hemos recorrido, a la derecha, cerca de la entrada, hay señales de dedos de niños, y alguien ha levantado al menos a un niño para que deje su marca en el techo con los dedos.

—¿Vamos a adentrarnos más? —preguntó Jondalar.

—No, ahora iniciaremos ya el camino de vuelta —respondió la Zelandoni—. Pero antes podemos descansar aquí un rato, y aprovechemos para rellenar otra vez los

candiles. Aún nos queda mucho por andar.

Ayla amamantó a su hija mientras Jondalar y la Zelandoni añadían material combustible a los candiles. Después, tras una última ojeada, se dieron la vuelta y volvieron sobre sus pasos. Ayla intentó localizar a los animales que habían visto pintados y grabados en las paredes a lo largo del recorrido, pero la Zelandoni no cantaba ya continuamente ni ella emitía sus reclamos de ave, y con toda seguridad pasó por alto algunos. Llegaron a la confluencia donde el amplio pasadizo en el que estaban desembocaba en el principal, y allí siguieron hacia el sur. Caminaron largo rato, o esa impresión les dio, hasta el lugar donde habían parado a comer, y desde ese punto accedieron al sitio donde estaban los dos mamuts uno frente al otro.

—¿Queréis descansar aquí y comer algo, o preferís dejar atrás antes el brusco recodo? —preguntó la Primera.

—Yo prefiero ir hasta el recodo —respondió Jondalar—. Pero si estás cansada, podemos parar aquí. ¿Tú cómo estás, Ayla?

—Puedo parar o seguir adelante, como tú quieras, Zelandoni —contestó.

—Empiezo a estar cansada, pero me gustaría dejar atrás ese hoyo húmedo en el recodo antes de detenernos —dijo—. Después de parar, me costará más moverme, hasta que las piernas se me acostumbren otra vez a la marcha. Me gustaría ver superado ese tramo difícil —dijo la mujer.

Ayla advirtió que Lobo permanecía más cerca de ellos en el camino de vuelta y jadeaba un poco. Incluso él empezaba a cansarse, y Jonayla estaba más inquieta. Probablemente había dormido de sobra, pero seguían a oscuras, y eso la desconcertaba. Ayla la desplazó de la espalda a la cadera, y luego al pecho para que mamara un rato. Finalmente se la dejó apoyada en la cadera. El morral le pesaba ya en el hombro y quería pasárselo al otro, pero eso implicaría cambiarlo todo de lado, y no sería fácil en movimiento.

Al doblar el recodo, extremaron la cautela, sobre todo después de dar Ayla un pequeño resbalón en la arcilla húmeda, y luego también la Zelandoni. Tras superar el difícil ángulo, llegaron sin grandes esfuerzos al desvío que antes estaba a su derecha y ahora quedaba a la izquierda, y la Zelandoni paró.

—No sé si recordáis que os he dicho que hay un lugar sagrado interesante al final de ese túnel —señaló—. Si queréis, podéis entrar a verlo. Yo esperaré aquí y descansaré; Ayla puede usar sus cantos de ave para localizarlo, estoy segura.

—No sé si me apetece —dijo Ayla—. Hemos visto ya tanto que dudo que sea capaz de valorar nada más. Has dicho que quizá nunca vuelvas aquí, pero si has estado ya varias veces antes, probablemente yo también regrese, y más teniendo en cuenta lo cerca que está de la Novena Caverna. Me gustaría verlo con los ojos más descansados, y no ahora, agotada como estoy.

—Me parece una decisión sensata, Ayla —dictaminó la Primera—. Para que lo

sepas, te diré que es otro techo, pero en este los mamuts están pintados en rojo. En efecto, será mejor que lo veas con los ojos descansados. Pero sí creo que deberíamos comer algo, y necesito orinar.

Jondalar lanzó un suspiro de alivio, se descargó el morral y buscó un rincón a oscuras para él. Llevaba todo el día tomando un sorbo tras otro de su odre y también necesitaba hacer aguas menores. «Habría entrado en el otro pasadizo si las mujeres lo hubiesen deseado», pensó mientras oía el ruido del chorro contra la roca, pero a esas alturas estaba ya cansado de las maravillosas pinturas de la cueva, y también de caminar, y tenía ganas de salir de allí. En ese momento incluso habría prescindido de la comida.

Lo esperaba un vaso de sopa fría y un hueso en el que quedaba aún un poco de carne. Lobo también daba cuenta de un pequeño montón de carne cortada.

—Creo que podemos comernos la carne mientras seguimos adelante —propuso Ayla—, pero guardadle los huesos a Lobo. Seguro que disfrutará royéndolos cuando esté descansando junto al fuego.

—Ahora a todos nos apetecería una fogata —comentó la Zelandoni—. Y creo que cuando los candiles se apaguen, deberíamos prescindir de ellos y usar las antorchas el resto del camino. —Tenía ya una antorcha preparada para cada uno.

Jondalar fue el primero en encender la suya cuando pasaban junto a la boca del otro pasadizo situado a su izquierda, frente al primer mamut que habían visto.

—Por ahí se accede al lugar donde hay marcas de dedos de niño, así como otras cosas interesantes en paredes y techos, muy al fondo, tanto en el propio pasadizo como en sus diversos desvíos —explicó la Zelandoni—. Nadie conoce su significado, aunque más de uno ha hecho cábalas. Hay muchas pinturas en rojo, pero está un poco lejos de aquí.

No mucho después, Ayla y la Zelandoni encendieron sus respectivas antorchas. Más adelante, donde el túnel se bifurcaba, tomaron el camino de la derecha, y a Ayla le pareció ver al frente un asomo de luz. Cuando el túnel torcía a la derecha un poco más, vio esa claridad con toda certeza, aunque no era muy intensa, y cuando por fin salieron de la cueva, el sol ya se ponía. Habían pasado todo el día recorriendo la gran gruta.

Jondalar apiló leña en el círculo de la fogata y la encendió con su tea. Ayla dejó el morral en el suelo cerca del fuego y llamó a los caballos con un silbido. Oyó un relincho lejano y se encaminó en esa dirección.

—Déjame a la niña —sugirió la Zelandoni—. Has cargado con ella todo el día. Los dos necesitáis un descanso.

Ayla extendió la manta en la hierba y dejó encima a Jonayla. Esta pareció alegrarse de poder patalear con libertad, mientras su madre silbaba otra vez y corría en dirección a los sonidos de respuesta de los caballos. Siempre se preocupaba

cuando permanecía alejada de ellos mucho tiempo.

Al día siguiente durmieron hasta tarde, y no tenían ninguna prisa por reanudar el viaje, pero a media mañana empezaron a inquietarse, ya impacientes por partir. Jondalar y la Zelandoni estudiaron la mejor manera de llegar a la Quinta Caverna.

—Está al este de aquí, quizá a unos dos días de viaje, o tres si nos lo tomamos con calma. Creo que si seguimos en esa dirección, llegaremos allí —informó Jondalar.

—Cierto, pero me parece que estamos un poco más al norte, y si vamos sólo al este, tendremos que cruzar el Río Norte y el Río —señaló la Zelandoni. Cogiendo un palo, dibujó líneas en un trozo despejado de suelo—. Si partimos hacia el este pero también un poco hacia el sur, llegaremos al Campamento de Verano de la Vigésimo novena Caverna antes de oscurecer y pasaremos la noche con ellos. El Río Norte se une al Río cerca de Cara Sur de la Vigésimo novena Caverna. Podemos cruzar el Río por el vado entre Campamento de Verano y Cara Sur, y así sólo tendremos que atravesar un río. Allí el Río es más ancho, pero poco profundo, y luego podemos ir hacia Roca del Reflejo y la Quinta Caverna, igual que hicimos el año pasado.

Jondalar estudió los dibujos en el suelo. Entre tanto la Zelandoni añadió otro comentario:

—El camino está bien señalado con marcas en los árboles de aquí hasta el Campamento de Verano, y más adelante hay que seguir un sendero.

Jondalar cayó en la cuenta de que hasta entonces se había planteado el recorrido de la misma manera que Ayla y él durante su viaje. A caballo, con el bote redondo en forma de vasija sujeto al extremo de la parihuela para cruzar los ríos con la carga a flote, no tenían que preocuparse demasiado por vadear los ríos, excepto los más grandes. Pero con la Primera sentada en la angarilla de la que tiraba Whinney, era poco probable que esta flotase, como tampoco flotaría la que arrastraba Corredor con todos sus víveres. Además, les sería más fácil encontrar el camino por sendas marcadas.

—Tienes razón, Zelandoni —dijo él—. Puede que tu itinerario no sea tan directo, pero será más fácil, y seguramente nos llevará hasta allí igual de deprisa o aún más.

Las marcas de la senda no eran tan fáciles de seguir como la Primera recordaba. Por lo visto, no la había transitado mucha gente en los últimos tiempos. Renovaron algunas de las marcas mientras la recorrían a fin de que fuese más reconocible para el siguiente viajero que la utilizase. Ya casi se ponía el sol cuando llegaron al hogar de Campamento de Verano, también conocido como Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna, a veces llamada Tres Rocas, dando a entender sus tres ubicaciones separadas.

Tenían una organización social especialmente compleja e interesante. En otro

tiempo habían sido tres cavernas independientes que ocupaban tres refugios distintos ante una amplia pradera. Roca del Reflejo daba al norte, lo que habría sido una gran desventaja a no ser porque lo que ofrecía compensaba con creces su orientación. Era una enorme pared rocosa, de casi un kilómetro de longitud y ochenta metros de altura, con refugios en cinco niveles y muchas posibles atalayas para otear el paisaje circundante y los animales que migraban por él. Y proporcionaba una vista espectacular que la mayoría de la gente contemplaba con asombro.

La caverna llamada Cara Sur era precisamente eso: un refugio en dos niveles orientado al sur, de manera que recibía abundante sol en verano y en invierno, y con altura suficiente para disfrutar de una buena vista del llano despejado. La última caverna era Campamento de Verano, situada en el extremo oeste del llano; ofrecía entre otras cosas avellanas abundantes, y muchos habitantes de las demás cavernas iban allí a recolectarlas a finales del verano. Era también la que se hallaba más cerca de una pequeña cueva sagrada, a la que quienes vivían en las inmediaciones llamaban simplemente Gruta del Bosque.

Como las tres cavernas se aprovisionaban en esencia en las mismas zonas de caza y recolección, empezaron a surgir conflictos que daban pie a disputas. El problema no era que el entorno no pudiese abastecer a los tres grupos —además de ser rico en sí mismo, era una importante ruta migratoria—, sino que con frecuencia dos o más grupos recolectores o partidas de caza de distintas cavernas perseguían lo mismo al mismo tiempo. Dos cacerías no coordinadas en pos de la misma pequeña manada migratoria se estorbaban mutuamente, y en más de una ocasión habían ahuyentado a los animales sin que ninguno de los dos grupos se cobrara una sola pieza. Si los tres grupos iban a por ellos cada uno por su cuenta, la situación se agravaba. Todas las cavernas zelandonii de la región empezaron a verse arrastradas a esa discordia, de un modo u otro, y al final a instancias de todos sus vecinos y tras arduas negociaciones, las tres cavernas independientes decidieron unirse y pasar a ser una sola caverna con tres ubicaciones distintas, y trabajar en colaboración para surtirse de los pródigos frutos de aquella rica llanura. Aunque de vez en cuando todavía surgían diferencias, esa organización insólita parecía dar resultado.

Como la Reunión de Verano aún no había concluido, era poca la gente que quedaba en la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna. En su mayoría eran ancianos o enfermos, incapaces de realizar el viaje, acompañados por quienes permanecían allí para cuidarlos. Muy rara vez se quedaba también alguien dedicado a alguna labor que no pudiera interrumpirse y que sólo era posible realizar en verano. Los presentes en la Heredad Oeste brindaron una entusiasta bienvenida a los viajeros. Casi nunca recibían visitas tan a principios del verano y puesto que procedían de la Reunión de Verano, podían darles noticias. Además, los propios visitantes eran noticia allí a donde iban: Jondalar, el viajero retornado, y su mujer forastera y la hija

de esta, y el lobo y los caballos, y la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra. Pero también, sobre todo entre los enfermos y debilitados, por ser quienes eran: curanderas, y al menos a una se la consideraba entre las mejores.

La Novena Caverna siempre había mantenido una relación especialmente buena con los habitantes de Tres Rocas que vivían en Campamento de Verano. Jondalar recordaba haber ido allí de niño para colaborar en la recolección de la avellana, fruto muy abundante en la zona. Los que ayudaban en la recolección siempre recibían parte de lo recogido, y no invitaban a cualquiera, pero siempre invitaban a las otras dos cavernas de Tres Rocas y a la Novena.

Una joven de pelo rubio claro y tez pálida salió de una morada que estaba bajo la cornisa y los miró sorprendida.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó, y enseguida se corrigió—: Perdón, no quería ser grosera. Es sólo que me sorprende mucho veros. No esperaba a nadie.

Sombras oscuras rodeaban sus ojos, y Ayla pensó que se la veía triste y demacrada.

La Zelandoni sabía que era la acólita de la Zelandoni de la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna.

—No te disculpes —dijo la Primera—. Ya sé que te hemos cogido por sorpresa. Acompaña a Ayla en su primera Gira de la Donier. Permíteme que os presente. —La Primera realizó una versión abreviada de una presentación formal y añadió—: Me gustaría saber por qué se ha quedado una acólita. ¿Hay alguien especialmente enfermo?

—Quizá no más que otros enfermos de aquí que están cerca del Otro Mundo, pero es mi madre —contestó la acólita. La Zelandoni movió la cabeza en un gesto de comprensión.

—Si te parece, podemos examinarla —ofreció La Que Era la Primera.

—Te lo agradecería, pero no me atrevía a pedirlo. Mi Zelandoni la ayudó cuando estaba aquí, y me dejó instrucciones, pero mi madre parece haberse agravado. Su malestar ha ido en aumento, y yo no consigo ayudarla —explicó la joven acólita.

Ayla recordó que había conocido a la Zelandoni de Campamento de Verano el año anterior. Como cada una de las cavernas de Tres Rocas tenía su propio Zelandoni, que vivía con ellos, se decidió que si los tres poseían voz decisoria en las reuniones de la zelandonia, la Vigésimo novena disfrutaría de excesiva influencia. Por tanto, se eligió a una cuarta donier para representar a todo el grupo, pero actuaba más como mediadora, no sólo entre los otros tres zelandonia, sino también entre los tres jefes, lo que requería mucho tiempo y una gran habilidad para tratar a la gente. Los otros tres doniers se llamaban «coadjutores». Ayla recordó que la Zelandoni de Campamento de Verano era una mujer de mediana edad, casi tan gorda como La Que Era la Primera, pero en lugar de alta, era más bien baja, y ofrecía un aspecto afectuoso y maternal. Su

título era Zelandoni Coadjutora de la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna, aunque de hecho era una Zelandoni en sentido pleno y merecía todo el respeto y el prestigio de su posición.

La joven acólita pareció sentir alivio al ver que otros examinarían a su madre, y más tratándose de alguien con tales conocimientos y prominencia, pero al advertir que Jondalar empezaba a descargar la angarilla y que la niña de Ayla, que colgaba de la espalda de su madre, parecía alborotar, dijo:

—Primero acomodaros.

Saludaron a todos los presentes, extendieron sus pieles de dormir, instalaron a los caballos en un buen espacio abierto con hierba fresca, y presentaron a Lobo a la gente o, mejor dicho, procuraron que la gente se familiarizase con él. Después la Zelandoni y Ayla se acercaron a la joven acólita.

—¿Qué mal padece tu madre? —preguntó la Zelandoni.

—No estoy muy segura. Se queja de dolores de estómago, y últimamente no tiene apetito —respondió la joven—. Veo que está perdiendo peso, y ya no quiere salir de la cama. Estoy muy preocupada.

—Es comprensible —dijo la Zelandoni—. ¿Quieres acompañarme a verla, Ayla?

—Sí, pero antes voy a pedirle a Jondalar que se ocupe de Jonayla. Acabo de amamantarla, así que no tiene por qué dar ningún problema.

Llevó la niña a su compañero, que hablaba con un hombre mayor, a quien no se veía débil ni enfermo. Ayla supuso que estaba allí por otra persona, como la joven acólita. Jondalar se prestó encantado a cuidar de Jonayla, y sonrió al cogerla. Jonayla le devolvió la sonrisa; le gustaba estar con él.

Ayla regresó a donde la esperaban las dos mujeres y las siguió al interior de una morada, semejante a las de la Novena Caverna, pero esta era mucho más reducida que la mayoría de las que ella había visto. Parecía concebida para albergar sólo a la mujer que ocupaba el espacio de dormir. No era mucho mayor que la cama, con un pequeño espacio alrededor y una exigua zona de cocina y despensa. La Zelandoni sola parecía llenarla por completo, dejando apenas cabida a las dos mujeres más jóvenes.

—¡Madre! ¡Madre! —dijo la acólita—. Ha venido una gente a verte.

La mujer gimió y abrió los ojos, y luego los abrió aún más al ver la enorme silueta de la Primera.

—¿Shevola? —dijo con voz ronca.

—Estoy aquí, madre —respondió la acólita.

—¿A qué ha venido la Primera? ¿Se lo has pedido tú?

—No, madre. Pasaba por aquí y se ha ofrecido a verte. También está aquí Ayla —explicó Shevola.

—¿Ayla? ¿No es la mujer forastera de Jondalar, la de los animales?

—Sí, madre. Los ha traído con ella. Si después te sientes con ánimo, puedes ir a verlos.

—¿Cómo se llama tu madre, acólita de la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna? —preguntó la Zelandoni.

—Vashona de Campamento de Verano, la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna. Nació en Roca del Reflejo, antes de unirse las cavernas de Tres Rocas —respondió la joven; acto seguido, sintió un ligero bochorno al caer en la cuenta de que no eran necesarias tantas explicaciones. Aquello no era una presentación formal.

—¿Te importaría que te examinara Ayla, Vashona? —preguntó la Primera—. Es una curandera experta. Es posible que no pueda ayudarte, pero nos gustaría intentarlo.

—No, no me importa —susurró la mujer, no muy convencida.

A Ayla le sorprendió un poco que la Primera deseara que examinara ella a la enferma; de pronto se le ocurrió que el espacio de la morada era tan reducido que posiblemente la mujer corpulenta encontraba ciertas dificultades para agacharse al lado de la cama. Se arrodilló y examinó a la mujer.

—¿Ahora te duele algo? —preguntó.

Tanto Vashona como su hija advirtieron de pronto la extraña manera de hablar de Ayla, su acento exótico.

—Sí.

—¿Puedes indicarme dónde?

—No es fácil decirlo. Dentro.

—¿Más arriba o más abajo?

—Por todas partes.

—¿Puedo tocarte?

La mujer miró a su hija, quien a su vez miró a la Zelandoni.

—Tiene que examinarla —dijo la Primera.

Vashona asintió con la cabeza, y Ayla retiró el cobertor y le abrió la ropa, dejando a la vista el vientre. Enseguida reparó en que la mujer estaba hinchada. Le apretó el estómago, empezando por lo alto y siguiendo hacia abajo por el abultamiento redondeado. Vashona hizo una mueca de dolor, pero no gritó. Ayla le palpó la frente y la parte posterior de las orejas, y luego se acercó y le olió el aliento. Finalmente se acuclilló y permaneció pensativa.

—¿Sientes un ardor en el pecho, sobre todo después de comer? —preguntó Ayla.

—Sí —contestó la mujer con expresión interrogativa.

—¿Y te sale aire por la boca con un ruido fuerte en la garganta, como cuando eructa un bebé?

—Sí, pero mucha gente eructa —respondió Vashona.

—Eso es verdad, pero ¿has escupido sangre? —preguntó Ayla.

Vashona arrugó la frente.

—A veces —dijo.

—¿Has visto en tus excrementos sangre o una masa pegajosa y oscura?

—Sí —respondió la mujer casi en un susurro—. Y últimamente más. ¿Cómo lo has sabido?

—Lo ha sabido al examinarte —intervino la Zelandoni.

—¿Qué has hecho para aliviar el dolor? —preguntó Ayla.

—Lo que hace todo el mundo: tomar infusiones de corteza de sauce —respondió Vashona.

—¿Y también bebes muchas infusiones de menta? —quiso saber Ayla.

Tanto Vashona como Shevona, la hija acólita, miraron a la desconocida con sorpresa.

—Es su infusión preferida —explicó Shevona.

—Sería mejor que tomaras infusiones de raíz de regaliz o de anís —indicó Ayla—, y que de momento dejaras la corteza de sauce. Algunos creen que como todo el mundo la toma no hace daño, pero en exceso sí puede ser perjudicial. Es una medicina, pero no sirve para todo, y no debería emplearse con demasiada frecuencia.

—¿Puedes hacer algo por ella? —preguntó la acólita.

—Creo que sí. Sospecho que ya sé qué le pasa. Es grave, pero hay cosas que pueden ayudarla. Aunque debo decir —añadió Ayla— que podría ser algo todavía más grave y mucho más difícil de tratar, pero al menos podemos aliviar en parte el dolor.

Ayla cruzó una mirada con la Zelandoni, que asentía ligeramente con una expresión de aprobación.

—¿Qué tratamiento propones, Ayla? —preguntó.

Ayla se quedó pensativa por un momento y contestó:

—Anís o raíz de regaliz para calmar el estómago. Tengo un poco de cada en mi bolsa de las medicinas. Y creo que llevo ácoro seco, que es muy dulce, casi amargo de tan dulce, que puede aliviar los retortijones, y por aquí hay diente de león de sobra para depurarle la sangre y mejorar el funcionamiento de sus entrañas. Acabo de coger azotalenguas, que purga el cuerpo de residuos, y también he recolectado asperilla, que en decocción le irá bien para el estómago, mejorará su estado general y además tiene buen sabor. Puedo encontrar más raicillas de alquemila, que empleé para sazonar la otra noche. Son especialmente beneficiosas para los trastornos estomacales. Pero lo que de verdad me gustaría tener es celidonia; eso sería de gran ayuda. Es un buen tratamiento para cualquiera de sus posibles problemas, sobre todo el más grave.

La joven miró a Ayla con actitud reverente. La Primera sabía que no era la Primera Acólita de la Zelandoni de Campamento de Verano. Hacía poco que se había incorporado a la zelandonia y tenía mucho que aprender. Y Ayla era muy capaz de

sorprenderla incluso a ella con sus profundos conocimientos.

Se volvió hacia la joven acólita.

—Quizá podrías ayudar a Ayla con la preparación de la medicina para tu madre. Así ya sabrás hacerla cuando nos vayamos —propuso la Zelandoni.

—Sí, la ayudaré encantada —dijo la joven, y se volvió hacia su madre con ternura en la mirada—. Creo que con esa medicina te encontrarás mucho mejor, madre.

Ayla contempló elevarse las chispas del fuego como si pretendiesen llegar hasta sus titilantes hermanas allá en el cielo nocturno. Era una noche oscura: la luna estaba en cuarto creciente y ya se había puesto. Ninguna nube tapaba el deslumbrante despliegue de estrellas, tan juntas que parecían formar madejas de luz.

Jonayla dormía entre sus brazos. Había acabado de mamar hacía un rato, pero Ayla se sentía a gusto relajándose junto al fuego con ella. Jondalar se hallaba sentado a su lado, un poco más atrás, y ella permanecía apoyada contra su pecho y el brazo con que la rodeaba. Había sido un día ajetreado y estaba cansada. Sólo había nueve personas de la caverna que no habían ido a la Reunión de Verano, seis demasiado enfermas o débiles para la larga caminata —la Zelandoni y ella las habían examinado a todas— y tres que se habían quedado para cuidarlas. Algunas de las que no habían podido emprender el viaje estaban no obstante relativamente bien y podían colaborar en ciertas tareas como guisar y recoger comida. El hombre mayor con quien Jondalar hablaba un rato antes, uno de quienes se habían quedado para ayudar a los enfermos, había ido de caza y traído un ciervo, con el que prepararon un banquete para sus invitados.

Por la mañana, la Zelandoni llevó a Ayla aparte y le dijo que la joven acólita se había prestado a enseñarle la cueva sagrada.

—No es muy grande, pero sí de difícil acceso. Hay partes en que es posible que debas arrastrarte por el suelo, así que ponte algo cómodo para trepar y protégete las rodillas. Yo entré una vez de joven, pero no creo que ahora me sea ya posible. Os las arreglaréis perfectamente las dos solas, aunque iréis despacio. Pero como sois jóvenes y fuertes, no tenéis por qué tardar mucho. Aun así, es un recorrido difícil, y deberías pensar en dejar aquí a tu hija. —Tras un breve silencio, añadió—: Yo cuidaré de ella, si quieres.

Ayla creyó advertir cierta reticencia en la voz de la Zelandoni. Ocuparse de bebés podía ser agotador, y acaso la Primera tuviese otros planes.

—¿Y si se lo pido a Jondalar? A él le gusta estar con Jonayla.

Las dos mujeres se pusieron en marcha, con la joven acólita señalando el camino.

—¿Debo dirigirme a ti empleando tu título completo, usar una versión abreviada

o llamarte por tu nombre? —preguntó Ayla al cabo de un trecho corto—. Cada acólita parece tener sus propias preferencias.

—¿Y a ti cómo te llama la gente?

—Yo soy Ayla. Sé que soy la acólita de la Primera, pero aún me cuesta verme a mí misma en ese papel, y todo el mundo me llama Ayla. A mí me gusta más. Mi nombre es lo único que me queda de mi verdadera madre, de mi pueblo original. Ni siquiera sé quiénes eran. Todavía no he decidido qué haré cuando sea Zelandoni en el sentido pleno. Ya sé que en principio debemos abandonar nuestro nombre personal, y espero que cuando llegue el momento, yo esté preparada para hacerlo, pero aún no lo estoy.

—A algunos acólitos no les importa cambiar de nombre, y otros querrían conservarlo, pero por lo visto al final uno hace lo que tiene que hacer. Yo prefiero que me llames Shevola. Suena más cordial que «acólita».

—Pues entonces tú llámame Ayla, por favor.

Recorrieron un sendero que discurría por un estrecho desfiladero, muy poblado de árboles y matorrales, entre dos precipicios imponentes, en uno de los cuales se hallaba el refugio de piedra de aquella gente. Lobo se presentó de improviso y sobresaltó a Shevola, poco acostumbrada a la aparición repentina de lobos. Ayla cogió la cabeza del animal entre las manos, le alborotó el pelo y se echó a reír.

—Así que no has querido quedarte —dijo, alegrándose en realidad de verlo. Se volvió hacia la acólita—. Antes de que naciera Jonayla siempre me seguía a todas partes, a menos que yo le indicara lo contrario. Ahora, cuando yo estoy en un sitio y ella en otro, se siente dividido entre las dos. Quiere protegernos a ambas, y no siempre le es fácil decidirse. Esta vez he pensado que lo dejaría elegir a él. Creo que debe de haber llegado a la conclusión de que Jondalar se basta para proteger a Jonayla y ha venido a buscarme.

—Tu control de los animales es asombroso, la forma en que te siguen allí adonde vas y hacen lo que quieres. Una se acostumbra al cabo de un rato, pero aún resulta increíble —comentó Shevola—. ¿Siempre has tenido a esos animales?

—No, Whinney fue la primera, sin contar el conejo que encontré de niña —respondió Ayla—. Debía de huir de un depredador, pero estaba herido, y no escapó, o no pudo, cuando lo cogí. Iza era la curandera y lo llevé a la caverna para que ella lo curara. Se llevó una buena sorpresa, y me dijo que los curanderos estaban para ayudar a las personas, no a los animales, pero lo ayudó de todos modos. Quizá por comprobar si era capaz. Supongo que la idea de que las personas podían ayudar a los animales debía permanecer en mí cuando vi a esa potranca. Al principio no me di cuenta de que el animal que cayó en mi trampa era una potranca lactante, y no sé por qué maté a las hienas que la perseguían, como no fuera porque detesto a las hienas. Pero después de hacerlo, sentí que el animal había pasado a ser responsabilidad mía,

que debía intentar criarla. Me alegro de haberlo hecho. Se ha convertido en mi amiga.

Shevola quedó fascinada por la historia que Ayla contó con tanta naturalidad, como si fuera algo normal.

—El caso es que controlas a esos animales.

—No sé si lo expresaría así. Con Whinney, fui como una madre. La cuidé y alimenté y llegamos a comprendernos mutuamente. Si encuentras un animal cuando es muy joven y lo crías igual que a un niño, puedes enseñarle a comportarse tal como una madre enseña a su hijo —intentó explicar Ayla—. Corredor y Gris son sus hijos, así que yo estaba presente cuando nacieron.

—¿Y el lobo?

—Puse trampas para armiños, y cuando Deegie... una amiga mía... y yo fuimos a inspeccionarlas, descubrí que algún animal me los robaba de los cepos. Cuando pillé a una loba comiéndose uno, me enfurecí. La maté con mi honda, y entonces vi, por sus ubres, que tenía crías lactantes. No me lo esperaba. No era la temporada en que las lobas tienen lobeznos aún tan jóvenes como para seguir mamando, así que seguí su rastro hasta la guarida. Era una loba solitaria, sin manada para ayudarla, y algo debió de haberle ocurrido también a su compañero. Por eso robaba de mis cepos. Sólo quedaba vivo un cachorro, y me lo llevé. Por entonces vivíamos con los mamutoi, y Lobo se crio con los niños del Campamento del León. Nunca supo cómo es la vida con lobos, y por eso cree que las personas son su manada —explicó Ayla.

—¿Todas las personas? —preguntó Shevola.

—No, todas no, aunque se ha acostumbrado a los grupos numerosos. Jondalar y yo, y ahora Jonayla... los lobos adoran a sus crías... somos naturalmente su manada principal, pero él también incluye en su familia a Marthona y Willamar, y a Folara, así como a Joharran y Proleva y sus hijos. Acepta a las personas que yo le dejo olfatear, que le presento, como amigos, como una especie de miembros temporales de la manada. No hace el menor caso a nadie más a no ser que represente un peligro para quienes considera cercanos, para aquellos a quienes ve como miembros de su manada —explicó Ayla a la joven, que mostraba un vivo interés.

—¿Y si alguien intenta hacer daño a una de las personas que considera cercanas?

—En el viaje que hicimos Jondalar y yo para llegar aquí, conocimos a una mujer malvada que se complacía en hacer daño a los demás. Intentó matarme, pero Lobo la mató a ella.

Shevola sintió un escalofrío, una especie de placentera emoción, como cuando un fabulador convincente contaba un buen relato de miedo. Aunque no dudaba de las palabras de Ayla —no creía que la acólita de la Primera se inventara una cosa así—, nada semejante había sucedido en su propia vida y sencillamente no parecía del todo real. Pero allí estaba el lobo, y ella sabía de qué eran capaces los lobos.

Siguiendo por el camino entre los precipicios, llegaron a un desvío a la derecha

que ascendía hasta una hendidura en la pared rocosa, una entrada al precipicio. Era un ascenso muy pronunciado, y al final vieron que un enorme bloque de piedra obstruía parcialmente la entrada, pero quedaban aberturas a ambos lados. El lado izquierdo era estrecho pero transitable; el derecho era mucho mayor, y resultaba evidente que ya había pasado gente por allí. Ayla vio en el suelo un viejo almohadón del que asomaba la hierba del relleno allí donde el cuero se había rajado. Esparcidos se veían los residuos habituales que quedaban al tallar el pedernal para realizar herramientas y utensilios. Huesos roídos habían sido lanzados contra la pared cercana y caído al suelo. Accedieron a la cueva y se adentraron en ella. Lobo las siguió. Shevola los condujo hasta unas piedras; allí se desprendió del morral y lo dejó apoyado en una de ellas.

—Más adentro está tan oscuro que no se ve nada —explicó Shevola—. Ha llegado el momento de encender las antorchas. Podemos dejar aquí los bultos, pero antes bebe un poco de agua.

Empezó a buscar entre sus cosas el material para encender el fuego, pero Ayla ya había sacado su yesquero, y un pequeño objeto en forma de cesta hecho de pequeños trozos de corteza encajados. Lo llenó con una pequeña cantidad de la yesca de rápida ignición que empleaba para encender fuego. Luego extrajo un trozo de pirita de hierro, su piedra del fuego, que ya tenía abierto un surco de tantas veces como la había usado, y un fragmento de pedernal que Jondalar había labrado para que encajara en el surco. Ayla golpeó el pedernal con la piedra del fuego y saltó una chispa que fue a parar a la yesca inflamable. Se elevó una ligera espiral de humo. Ayla cogió la cesta de corteza y empezó a soplar sobre la diminuta ascua, con lo que brotaron pequeñas lenguas de fuego. Volvió a soplar, y a continuación dejó la pequeña cesta de fuego sobre la piedra. Shevola tenía dos antorchas a punto y las encendió con ese pequeño fuego. Una vez prendidas las antorchas, Ayla apretó los fragmentos de corteza para apagar el fuego y para que la corteza que quedaba pudiera volver a utilizarse.

—Nosotros tenemos un par de piedras del fuego, pero todavía no he aprendido a utilizarlas —dijo la joven acólita—. ¿Podrías enseñarme cómo lo haces tan deprisa?

—Claro. Es sólo cuestión de práctica —contestó Ayla—. Pero ahora creo que deberías mostrarme esta cueva.

Cuando la joven se adentró, Ayla se preguntó cómo sería ese otro lugar sagrado.

Entraba algo de claridad por la abertura que daba al exterior, pero sin la luz de las antorchas no habrían visto por dónde iban, y el suelo de la cueva era muy irregular. Se habían desmoronado trozos de techo y partes de las paredes. Tenían que caminar con sumo cuidado, trepando por las piedras. Shevola se dirigió hacia la pared izquierda y se quedó cerca de ella. Se detuvo justo donde la cueva se estrechaba y

parecía dividirse en dos túneles. El de la derecha era ancho y de fácil acceso; el otro era bastante estrecho y además disminuía de tamaño. Cuando Ayla miró hacia el interior, le pareció que no tenía salida.

—Esta cueva es engañosa —advirtió Shevola—. La abertura más grande está a la derecha, y podría pensarse que hay que ir por ahí, pero no lleva a ninguna parte. Un poco más allá vuelve a bifurcarse y los dos túneles se reducen gradualmente hasta que al final terminan sin más. Aquí, por la izquierda, el camino se estrecha mucho, pero en cuanto se supera ese primer tramo, vuelve a ensancharse. —Shevola sostuvo en alto la antorcha, señalando unos trazos en la pared izquierda—. Eso lo dibujó alguien para ayudar a las personas que no conocen esta cueva, en el supuesto de que sepan interpretar el significado de esas señales.

—Te referirás a los miembros de la zelandonia, supongo —conjeturó Ayla.

—Por lo general, sí —respondió Shevola—, pero a veces a los niños les gusta explorar cuevas, y suelen descubrir el significado de las marcas. —Después de un breve trecho, la joven se detuvo—. Este es un buen lugar para emitir tu voz sagrada —anunció—. ¿Ya tienes una?

—Aún no me he decidido —contestó Ayla—. He trinado como las aves, pero también he rugido como un león. La Zelandoni canta, y su canto siempre es hermoso, pero cuando lo hizo en la cueva del mamut, fue extraordinario. ¿Y cuál es tu voz?

—Yo también canto, pero no como la Primera. Ya lo verás. —Shevola produjo un sonido muy agudo, luego bajó a un tono más grave y lo aumentó de nuevo progresivamente hasta alcanzar otra vez el primer sonido. La cueva devolvió su canto con un eco amortiguado.

—Es increíble —admiró Ayla, y a continuación silbó su mezcla de trinos.

—Eso sí es increíble —exclamó Shevola—. Parece un pájaro de verdad. ¿Cómo lo has aprendido?

—Después de dejar el clan y antes de conocer a Jondalar, viví en un lejano valle al este. Daba de comer a los pájaros para animarlos a volver, y un día empecé a imitar sus reclamos. A veces acudían cuando yo silbaba, así que seguí practicando.

—¿Dices que también sabes rugir como un león?

Ayla sonrió.

—Sí, y relinchar como un caballo y aullar como un lobo, e incluso reír como una hiena. Al principio intentaba reproducir los sonidos de muchos animales porque me divertía y era un reto.

«Y así tenía algo que hacer cuando me sentía sola, y los pájaros y los animales eran mi única compañía», pensó, pero no lo expresó en voz alta. A veces se abstenía de aludir a ciertos hechos sólo porque habrían requerido muchas explicaciones.

—Conozco a cazadores que pueden imitar bastante bien los sonidos de animales, sobre todo para inducirlos a acercarse, como el reclamo del ciervo rojo macho y el

berrido de la cría de uro, pero nunca he oído a nadie rugir como un león —dijo Shevola, mirándola con expresión ilusionada.

Ayla sonrió, respiró hondo, se volvió hacia la boca de la cueva y empezó por los gruñidos preliminares, tal como hacía un león. Finalmente soltó un rugido, como el de Bebé cuando alcanzó la madurez. Puede que no fuera tan sonoro como el rugido de un león real, pero contenía todos los matices y entonaciones y se parecía tanto que casi todos los que lo oían creían que era un rugido auténtico, y por eso mismo se les antojaba más sonoro de lo que de hecho era. Shevola palideció por un momento al oírlo, y cuando la cueva devolvió el eco, se echó a reír.

—Si oyera eso sin saber qué es, creo que no me metería ahí dentro. Da la impresión de que hay un león cavernario.

Justo en ese momento Lobo decidió responder al rugido de Ayla con su propio aullido, y entonó su canto de lobo. La cueva también lo devolvió con una reverberación.

—¿Ese lobo es un Zelandoni? —preguntó la joven acólita sorprendida—. Parecía que también él empleaba una voz sagrada.

—No lo sé. Para mí, sólo es un lobo, pero la Primera también ha dejado caer comentarios parecidos al oírlo hacer cosas así —respondió Ayla.

Entraron en el estrecho espacio, Shevola delante, luego Ayla y por último Lobo. Ayla pronto se alegró de que la Zelandoni le hubiera aconsejado ponerse ropa cómoda para trepar por la cueva. No sólo se estrechaban las paredes, sino que el nivel del suelo se elevaba y la altura del techo se reducía. Tenían que avanzar por un espacio tan exiguo que ni siquiera podían permanecer erguidas y en algunos lugares tenían que arrodillarse para seguir adelante. A Ayla se le cayó la antorcha en el tramo estrecho, pero consiguió recogerla antes de que se le apagara.

El avance empezó a ser más fácil cuando el pasadizo se abrió, sobre todo cuando pudieron caminar erguidas otra vez. Lobo pareció alegrarse de haber superado el tramo poco espacioso, aunque a él no le representó grandes dificultades. Sin embargo aún tenían que pasar por más tramos angostos. En una zona, la pared de la derecha se había desmoronado formando una pedregosa pendiente de tierra suelta y guijarros, dejando un mínimo camino llano en el que apoyar los pies. Mientras se abrían paso con cuidado, rodaron más piedras y cantos por el declive empinado. Las dos se acercaron más a la pared contraria.

Finalmente, después de estrecharse otra vez el pasadizo, Shevola se detuvo, levantó la antorcha y se volvió hacia la derecha. Una arcilla húmeda y brillante cubría una pequeña sección de la pared, pero formaba parte del medio de expresión. Grabado en ella había un signo: cinco líneas verticales y dos horizontales; una de estas dos cruzaba las cinco perpendicularmente, en tanto que la segunda sólo llegaba a la mitad. Al lado del signo se veía un reno grabado.

Para entonces Ayla ya había visto suficientes pinturas, dibujos y grabados para desarrollar su propio sentido de los que consideraba buenos y los que le parecían peores. A su juicio, ese reno no era tan perfecto como otros que había visto, pero jamás se le habría ocurrido decir algo semejante a Shevola ni al resto de la caverna, ni a nadie. Era una opinión personal. Hacía no mucho tiempo la sola idea de dibujar cualquier cosa parecida a un animal en la pared de una cueva se le antojaba increíble. Nunca había visto nada parecido. Incluso un dibujo parcial de una forma que insinuaba un animal era asombroso y poseía una gran fuerza. En este caso supo que era un reno sobre todo por el tamaño de los cuernos.

—¿Sabes quién lo ha hecho? —preguntó Ayla.

—En las Historias y Leyendas de los Ancianos no consta nada, salvo referencias generales que podrían remitir a las marcas de casi cualquier cueva; pero algunas alusiones en los relatos que se cuentan sobre nuestra caverna inducen a pensar que quizá fue un predecesor nuestro de la Heredad Oeste, tal vez uno de los fundadores —explicó Shevola—. A mí me gusta pensar que las hizo un antepasado nuestro.

A medida que avanzaban por la cueva, las dificultades disminuían sólo muy relativamente. El suelo seguía siendo escabroso y las paredes tenían salientes a los que había que permanecer atento, pero al final, después de unos quince metros por aquel túnel largo y angosto, Shevola volvió a detenerse. A la izquierda del pasadizo encontraron una estrecha sala y en la pared derecha de esta, en un saliente cercano al techo, se veían varias figuras grabadas en un panel con una inclinación de unos cuarenta y cinco grados respecto a la horizontal. Esa era la composición principal de la cueva, compuesta por nueve animales grabados sobre una superficie limitada, quizá de setenta y cinco centímetros por noventa. También allí la arcilla de la pared había pasado a formar parte del medio de expresión.

La primera imagen a la izquierda estaba tallada parcialmente en la arcilla; el resto se había grabado en la piedra, quizá con un buril de sílex. Ayla advirtió que una fina película transparente de calcita cubría el friso, señal de que era antiguo. Parte del saliente se había coloreado con un pigmento natural a base de dióxido de manganeso negro. La superficie era de una fragilidad extrema: una pequeña porción del carbonato se había desconchado, y daba la impresión de que otra no tardaría en desprenderse de la roca.

El tema central que dominaba el friso era un magnífico reno con la cabeza en alto y la cornamenta hacia atrás; incluía detalles minuciosamente trazados, como el ojo, la línea de la boca y el hocico. En el flanco se advertían nueve marcas, orificios en forma de vaso paralelos al trazo del lomo. Detrás, mirando en dirección opuesta, había otro animal parcial, probablemente un ciervo, o tal vez un caballo, con otra hilera de orificios grabados a lo largo del cuerpo. En el extremo derecho de la pintura aparecía un león, y entre los dos, una serie de animales, incluidos varios caballos y

una cabra montesa. Bajo el mentón de la figura central, y empleando el mismo trazo que en el cuello del reno, se veía la cabeza de un caballo. En la parte inferior, bajo las figuras principales, había un grabado de otro caballo. En total, calculó Ayla mediante las palabras de contar, los animales dibujados íntegra o parcialmente ascendían a nueve.

—No necesitamos ir más lejos —anunció Shevola—. Si seguimos, el túnel queda cortado. Hay otro pasadizo muy estrecho a la izquierda, pero al superarlo sólo hay otra pequeña sala y nada más. Deberíamos volver.

—¿Alguna vez celebráis aquí ceremonias o rituales? —preguntó Ayla mientras se volvía y acariciaba al lobo que esperaba pacientemente.

—El ritual fue la creación de estas imágenes —respondió la joven acólita—. La persona que vino aquí, una vez o quizá más, hacía un viaje ritual. No lo sé, puede que fuera un Zelandoni, o un acólito camino de serlo, pero imagino que se trataba de alguien que sentía la necesidad de acercarse al mundo de los espíritus, a la Gran Madre Tierra. La finalidad de algunas cuevas sagradas es que la gente las visite y lleve a cabo rituales, pero en mi opinión esta fue fruto de un viaje personal. En mi mente, cuando vengo aquí, intento expresar a mi manera un reconocimiento a esa persona.

—Me parece que serás una excelente Zelandoni —observó Ayla—. Eres ya muy sabia. También yo he sentido la necesidad de expresar mi reconocimiento a este lugar y al autor de esta obra. Creo que seguiré tus consejos y reflexionaré sobre ella y sobre quién la hizo, y ofreceré un pensamiento personal a Doni, pero me gustaría hacer algo más, quizá también acercarme al mundo de los espíritus. ¿Has tocado alguna vez las paredes?

—No, pero tú puedes hacerlo si quieres.

—¿Me aguantas la antorcha? —pidió Ayla.

Shevola cogió la tea y sostuvo las dos en alto para proyectar más luz en la reducida cueva. Ayla alargó los brazos y apoyó las palmas abiertas en la pared, no sobre los grabados o pinturas, sino cerca. Con una mano, palpó la arcilla húmeda; con la otra, la piedra caliza rugosa. Cerró los ojos. Fue la superficie arcillosa la que primero le causó un cosquilleo; después tuvo la impresión de que emanaba una sensación de intensidad de la pared. No sabía si era real o si la imaginaba.

Por un instante, sus pensamientos se retrotrajeron a los tiempos en que vivía con el clan y su viaje a la Reunión del Clan. Se le había exigido a ella que preparase la bebida especial para los Mog-ures. Iza le había explicado el proceso. Tenía que masticar las raíces secas y duras, y escupir la pulpa en un cuenco especial lleno de agua, y después revolverla con el dedo. No debía tragarla, pero no pudo evitarlo, y sintió los efectos. Cuando Creb la probó, debió de pensar que estaba demasiado fuerte, y dio menos de beber a cada Mog-ur.

Después de consumir la bebida especial de las mujeres y de bailar con ellas, Ayla regresó y vio que aún quedaba un poco de líquido lechoso en el fondo del cuenco. Iza le había dicho que no debía desperdiciarse jamás, y Ayla no sabía bien qué hacer, así que al final se lo bebió. Luego, sin saber lo que hacía, siguió las luces de los candiles y las teas hasta una cueva sinuosa donde se reunían los Mog-ures. Los demás no sabían que ella estaba allí, pero el Mog-ur, Creb, sí se dio cuenta. Ayla nunca llegó a entender los pensamientos y visiones que esa noche desfilaban por su cabeza, pero en adelante volvieron a asaltarla de vez en cuando. Eso mismo sentía en ese momento, no con tanta intensidad, pero la sensación era parecida. Con un estremecimiento de aprensión, apartó las manos de la pared de la cueva.

Las dos jóvenes desanduvieron el camino en silencio, deteniéndose un momento a mirar de nuevo el primer reno y el signo que lo acompañaba. Ayla advirtió unos trazos curvos en los que no se había fijado antes. Dejaron atrás la precaria pendiente pedregosa, que causó a Ayla un escalofrío, y luego los pasadizos estrechos hasta el tramo más difícil. Esta vez Lobo las precedió. Cuando llegaron al punto donde era necesario avanzar de rodillas, apoyando una sola mano en el suelo para sostener la luz con la otra, notó que su antorcha ardía poco, y deseó que le durase hasta la salida.

Una vez superado ese trecho, Ayla vio luz procedente de la boca de la cueva. Sentía los pechos hinchados. No se había dado cuenta de que había pasado tanto tiempo, pero sabía que Jonayla necesitaba comer ya, o a no mucho tardar. Se acercaron apresuradamente a las piedras donde habían dejado los morrales, y las dos cogieron sus odres. Tenían sed. Ayla buscó en el fondo del morral un pequeño cuenco que siempre llevaba para Lobo. Echó en él un poco de agua para el animal y después tomó un trago del odre ella misma. Cuando acabaron, y había guardado el cuenco de Lobo, se echaron los morrales a la espalda y salieron de la cueva para volver al lugar llamado Campamento de Verano de Tres Rocas, la Heredad Oeste de la Vigésimo novena Caverna de los zelandonii.

Capítulo 16

—Allí está Roca del Reflejo —señaló Jondalar—. ¿Tienes pensado detenerte en la Heredad Sur de la Vigésimo novena Caverna, Zelandoni?

La pequeña procesión formada por personas, caballos y Lobo se detuvo junto al Río y alzó la vista hacia el impresionante precipicio de piedra caliza dividido en cinco niveles, y en algunos sitios en seis. Como la mayoría de las paredes rocosas de la región, unas vetas verticales de manganeso negras daban un aspecto característico a la pared. Advirtieron el movimiento de personas que los observaban pero al parecer no querían ser vistas. Ayla recordó que varios miembros de esa caverna, incluido el jefe, recelaban mucho de los caballos y Lobo, y tenía la sincera esperanza de no verse obligada a parar allí.

—Estoy segura de que allí hay unas cuantas personas que no han acudido a la Reunión de Verano —respondió la mujer—, pero los visitamos el año pasado y en cambio no tuvimos ocasión de ir a la Quinta Caverna. Me parece que es mejor seguir adelante.

Prosiguieron cauce arriba, tomando el mismo sendero que el año anterior, en dirección al lugar donde el río se ensanchaba y disminuía su profundidad, lo que permitía vadear más fácilmente. Si se hubiesen propuesto seguir el Río, y si lo hubiesen organizado antes de salir, podrían haber viajado en balsa, lo que habría requerido impulsar la voluminosa embarcación aguas arriba mediante pértigas. O habrían podido caminar por el sendero bordeando el Río, lo que los habría obligado a viajar hacia el norte y luego hacia el este, ya que el cauce se curvaba en un amplio meandro; luego descendía otra vez al sur y al este y trazaba otro recodo que al final se orientaba de nuevo hacia el norte. En total, una caminata de más de quince kilómetros. Después de las grandes curvas en «S», el sendero a la orilla del Río ascendía aguas arriba, rumbo noreste, con un zigzagueo más suave.

Había pequeños poblados cerca del extremo norte del primer meandro, pero la Zelandoni se proponía visitar un asentamiento de tamaño considerable en el punto más meridional del segundo meandro, la Quinta Caverna de los zelandonii, conocida a veces como Valle Viejo. Era más fácil llegar a Valle Viejo yendo campo a través en lugar de seguir el sendero del Río y bordear las amplias curvas. Partiendo de Roca del Reflejo, en la orilla izquierda del Río, la Quinta Caverna estaba a poco menos de cinco kilómetros al este y un poco más al norte, aunque el sendero, que atravesaba aquel terreno montañoso por el lugar más transitable, no era tan directo.

Cuando llegaron al vado del Río, volvieron a detenerse. Jondalar desmontó de Corredor y examinó el lugar.

—Tú decides, Zelandoni. ¿Prefieres apearte y vadear a pie, o quedarte en la angarilla?

—No lo sé. Creo que vosotros tendréis una idea más clara —respondió la donier.

—¿Tú qué opinas, Ayla? —preguntó Jondalar.

Ayla encabezaba el grupo a lomos de la yegua, con Jonayla bien sujeta frente a ella mediante la manta de acarreo. Se volvió para mirar a los otros.

—El Río no parece muy hondo, pero es posible que la profundidad aumente más allá y puede que acabes sentada en el agua —respondió Ayla.

—Si me apeo y cruzo a pie, me mojaré con toda seguridad. Quizá prefiera correr el riesgo de comprobar si encima de este asiento permanezco seca —dijo la Primera.

Ayla echó una mirada al cielo.

—Ha sido una suerte que hayamos llegado aquí con el Río tan poco crecido. Podría llover, o... no sé —murmuró—. Tengo la sensación de que se avecina algo.

Jondalar volvió a montar y la Zelandoni se quedó en la angarilla. Al atravesar el cauce, el agua llegaba a los caballos a la altura del vientre y los dos jinetes se mojaron los pies descalzos y las pantorrillas. Lobo, que tuvo que nadar un corto trecho, acabó empapado, pero se sacudió el agua al llegar a la orilla opuesta. Las angarillas de madera flotaron un poco, y el nivel del agua era bajo. Salvo por algún que otro salpicón, la Zelandoni permaneció prácticamente seca.

Cruzado el Río, siguieron por un camino bien marcado que se alejaba del cauce y atravesaba la ladera de una sierra, hasta una cima redondeada donde confluía otro sendero; a partir de ese punto descendía por el lado opuesto, paralelo al atajo habitual. La distancia hasta la Quinta Caverna de los zelandonii era de unos siete kilómetros. Mientras viajaban, la Primera les proporcionó cierta información sobre la Quinta Caverna y su historia. Si bien Jondalar lo sabía ya casi todo, también escuchó atentamente; Ayla conocía ya algunas cosas, pero aprendió otras muchas que le eran nuevas.

—Por la palabra de contar en su nombre, sabréis que la Quinta Caverna es el tercer grupo de zelandonii más antiguo que existe —empezó a explicar la donier, empleando su tono más didáctico, que llegaba muy lejos pese a no levantar demasiado la voz—. Sólo la Segunda y Tercera cavernas son anteriores. Si bien las Historias y Leyendas de los Ancianos hablan de la Primera Caverna, nadie sabe qué fue de la Cuarta. Casi todos dan por supuesto que una enfermedad diezmo a sus habitantes hasta que la caverna dejó de ser viable, o que debido a una discrepancia entre varios miembros del grupo, unos cuantos se marcharon y otros se unieron a otra caverna. Esas cosas no son raras, como atestiguan las palabras de contar en los nombres de las diversas cavernas. En casi todas las cavernas hay historias de miembros que se han integrado o de otros grupos que se han unido, pero ninguna habla de la Cuarta Caverna. Algunos sospechan que una tragedia atroz se abatió sobre esta, causando la muerte de todos.

La Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra siguió aleccionándolos

mientras avanzaban, pensando que Ayla en particular necesitaba ampliar al máximo sus conocimientos sobre su pueblo de adopción, en especial porque algún día debería enseñar a los jóvenes de la Novena Caverna. Ayla no pudo evitar escucharla fascinada, atenta sólo de manera periférica al camino, guiando a Whinney inconscientemente con la presión de una rodilla o un cambio de posición mientras a sus espaldas hablaba la Zelandoni, y que pese a hallarse en dirección opuesta a ella, conseguía que su voz llenara el aire circundante.

El hogar de la Quinta Caverna era un valle pequeño y acogedor entre precipicios de piedra caliza al pie de un elevado promontorio. Por el valle discurría un arroyo de aguas cristalinas, que nacía en un manantial impetuoso y desembocaba en el Río a unos centenares de metros. Los elevados precipicios que se alzaban a ambos lados del arroyo proporcionaban nueve refugios en la roca de distintos tamaños, algunos a considerable altura, pero no todos habitados. El valle estaba poblado desde tiempos inmemoriales, razón por la que se conocía como Valle Viejo. Las Historias y Leyendas de los Ancianos afirmaban que muchas cavernas tenían lazos con la Quinta.

Cada caverna del territorio zelandonii era en esencia independiente y podía cubrir sus necesidades básicas. Los miembros podían cazar y pescar, recolectar comida y reunir materiales para confeccionar todo aquello que necesitaban, no únicamente para sobrevivir, sino para vivir bien. Era la sociedad más avanzada no sólo de su región, sino quizá del mundo entero en esa época. Las cavernas cooperaban entre sí porque les convenía. A veces organizaban expediciones de cacería en equipo, sobre todo para los animales de mayor tamaño, como el mamut, el megaceros y el ciervo gigante, o para los animales peligrosos, como el león cavernario, y compartían los peligros y los resultados. En ocasiones recolectaban alimentos en grandes grupos y conseguían así reunir una cosecha abundante durante el breve período de maduración, antes de que los frutos se estropearan en la propia planta.

Negociaban emparejamientos con el grupo más numeroso porque necesitaban recurrir a una reserva de población mayor que la de su propia caverna, y trocaban bienes no por necesidad, sino porque les gustaba lo que otros confeccionaban. Sus productos se parecían lo suficiente para ser comprensibles, pero ofrecían interés y diversidad, y cuando las cosas iban mal, venía bien tener amigos o parientes a quienes poder acudir en busca de ayuda. La vida en una región periglacial, una zona que bordeaba glaciares, con inviernos en extremo fríos, podía deparar adversidades.

Cada caverna tendía a especializarse de distintas formas, en parte como resultado del lugar donde habitaba, y en parte porque algunas personas desarrollaban métodos para hacer ciertas cosas especialmente bien y transmitían el conocimiento a sus familiares y amigos. Por ejemplo, se consideraba a los miembros de la Tercera Caverna los mejores cazadores, básicamente porque vivían a bastante altura en una pared rocosa junto a la confluencia de dos ríos, con extensas praderas a la vista en las

llanuras de aluvión, y los pastos atraían a muchos animales en sus migraciones, así que, por lo general, eran ellos los primeros en avistarlos. Como pasaban por ser los mejores, perfeccionaban sin cesar sus técnicas de caza y vigilancia. Si la manada era grande, avisaban mediante señales a las cavernas cercanas para organizar una cacería en grupo. Pero si eran sólo unos cuantos animales, sus cazadores solían ir solos, aunque a menudo compartían el botín con las cavernas vecinas, sobre todo durante las reuniones o festejos.

A los miembros de la Decimocuarta Caverna se los tenía por pescadores excepcionales. Todas las cavernas pescaban alguna vez, pero ellos estaban especializados en la captura de peces. Por su pequeño valle discurría un río bastante caudaloso que nacía a muchos kilómetros de allí. Lo poblaban especies muy diversas de peces, y era además el lugar de desove del salmón en temporada. También pescaban en el Río, y empleaban técnicas muy distintas. Habían desarrollado encañizadas para atrapar peces y dominaban la pesca con arpón y red, así como el uso de la ballestilla, una especie de anzuelo recto y puntiagudo en ambos extremos.

El refugio de la Undécima Caverna se hallaba cerca del Río, tenía acceso a un gran número de árboles y había desarrollado el arte de construir balsas, transmitido y mejorado de generación en generación. También se impulsaban río arriba y abajo con pértigas transportando sus mercancías, así como mercancías de otras cavernas, con lo que adquirían beneficios y obligaciones de sus vecinos, que podían trocarse por otras mercancías y servicios.

La Novena Caverna estaba situada junto a Río Abajo, un lugar empleado como punto de reunión por los artesanos locales. Por consiguiente, muchas de esas personas se trasladaban a la Novena Caverna, lo que explicaba en parte el gran número de personas que vivían allí. Si alguien deseaba encargar una herramienta especial o un cuchillo, o paneles de cuero de los que se usaban para la construcción de moradas, o cuerda nueva, ya fuera sogas gruesas o cordel fino, o ropa o tiendas o materiales para hacerlas, o cuencos y vasos de madera o tejidos, o una pintura o una talla de un caballo, un bisonte u otro animal, o los más diversos objetos creativos, acudía a la Novena Caverna.

La Quinta Caverna, por su parte, se consideraba muy autosuficiente en todos los sentidos. Contaban con cazadores, pescadores y artesanos muy diestros de todo tipo. Construían incluso sus propias balsas, y sostenían que las habían inventado ellos, pese a que la Undécima se atribuía también ese mérito. Sus doniers eran muy respetados y siempre lo habían sido. Varios refugios de piedra del pequeño valle estaban decorados con pinturas y tallas de animales, algunos en alto relieve.

Sin embargo, la mayoría de los zelandonii consideraba a la Quinta Caverna especializada en la creación de joyas y de cuentas como adorno personal y ornamentación. Cuando alguien quería un collar nuevo o diversas clases de cuentas

para coser en la ropa, a menudo iba a la Quinta Caverna. Dominaban especialmente la confección de cuentas de marfil, y la elaboración de cada cuenta era un proceso largo y arduo. También horadaban las raíces de los dientes de distintos animales para hacer pendientes y cuentas características, y los preferidos eran los colmillos de ciervo rojo. Se aprovisionaban de conchas de diversa índole procedentes tanto de las Grandes Aguas del Oeste como del extenso Mar del Sur.

Cuando los viajeros de la Novena Caverna llegaron al pequeño valle de la Quinta, enseguida se vieron rodeados de gente. Todo el mundo salió de los refugios de piedra de las paredes rocosas a ambos lados del pequeño río. Varias personas se hallaban ante la gran abertura de un refugio orientado al suroeste. Aparecieron otras procedentes de un refugio al norte de este, y del otro lado del valle llegó más gente. A los viajeros les sorprendió ver a tantas personas, más de las que esperaban. O una gran proporción de la caverna había decidido no ir a la Reunión de Verano, o bien había regresado antes de tiempo.

La gente se acercó con curiosidad, pero todos se mantuvieron a cierta distancia. Se contenían por miedo y asombro. Jondalar era un personaje conocido entre todos los zelandonii, excepto entre quienes habían llegado a la edad adulta durante su ausencia. Y todos habían oído hablar de su regreso de un largo viaje y habían visto a la mujer y los animales que había traído consigo, pero el desfile de Jondalar y la forastera con su hija, el lobo, tres caballos, incluida la potranca, y La Que Era la Primera sentada en un asiento arrastrado por uno de los caballos, causaba sensación. Para muchos, tenía algo de sobrenatural ver a unos animales exhibir un comportamiento tan dócil cuando deberían huir.

Uno de los primeros en verlos había ido corriendo a decírselo al Zelandoni de la Quinta Caverna, que los esperaba. El hombre, uno de quienes se hallaban ante el refugio de la derecha, se aproximó con una cordial sonrisa. Era de mediana edad, pero tirando a joven. Tenía cabello castaño y largo, recogido detrás y envuelto en torno a la cabeza en un complejo peinado, y los tatuajes en su rostro que anunciaban su importante posición eran más recargados de lo necesario, pero no era el único Zelandoni con tatuajes muy ornamentados. Exhibía una suave redondez, y debido a la carnosidad del rostro, sus ojos parecían más pequeños, dándole un aire de perspicaz inteligencia, impresión no del todo falsa.

Al principio, la Primera se había reservado su opinión sobre el Zelandoni, sin saber si podía confiar en él, ni siquiera si le caía bien. Aquel hombre podía defender sus opiniones con contundencia, incluso cuando eran contrarias a las de ella, pero había demostrado su fiabilidad y lealtad, y en las reuniones y consejos, la Primera acabó confiando en la sagacidad de sus recomendaciones. Ayla aún recelaba un poco de él, pero cuando conoció el buen concepto que tenía la Zelandoni, se sintió más predispuesta a darle crédito.

Otro hombre salió del refugio de piedra detrás de él, uno de quien Ayla había desconfiado ya la primera vez que lo vio. Madroman, nacido en la Novena Caverna, se trasladó más tarde a la Quinta. Por lo visto, se había convertido en acólito de ese grupo. El Zelandoni de la Quinta Caverna tenía varios acólitos, y si bien Madroman quizá se contara entre los más antiguos, no era el de mayor rango. Aun así, a Jondalar le sorprendió saber que había sido admitido en la zelandonia.

En su juventud, cuando Jondalar se enamoró de la Primera, por entonces la acólita llamada Zolena, otro joven, de nombre Ladroman, deseó que Zolena fuese su mujer-donii. Celoso de Jondalar, los espío, y oyó a Jondalar cuando intentaba convencer a Zolena para que se emparejase con él. Eran las mujeres-donii quienes en principio debían evitar tales enredos. Los jóvenes a quienes instruían eran considerados demasiado vulnerables ante las mujeres mayores y experimentadas. Pero Jondalar era alto y maduro para su edad, extraordinariamente apuesto y carismático, con unos llamativos ojos azules, y tan atractivo que ella no lo rechazó de inmediato.

Ladroman informó a los zelandonia y a todo el mundo que esa pareja estaba violando los tabúes. Jondalar se peleó con él a causa de eso, y también por espiarlos, lo que se convirtió en un gran escándalo, no sólo por la relación entre ellos, sino porque Jondalar, en el enfrentamiento, rompió dos dientes delanteros a Ladroman. Eran dientes permanentes que ya nunca le volverían a crecer. Debido a eso no sólo empezó a hablar con un ceceo, sino a tener, además, problemas para masticar. La madre de Jondalar, por entonces jefa de la Novena Caverna, se vio obligada a pagar una cuantiosa indemnización por el comportamiento de su hijo.

A resultas de todo aquello, decidió mandar a Jondalar con Dalanar, el hombre con quien estaba emparejada al nacer Jondalar, el hombre de su hogar. Aunque Jondalar al principio se lo tomó mal, acabó agradeciéndolo. El castigo —como él lo interpretó, si bien su madre lo consideró más exactamente un período de apaciguamiento hasta que las aguas volvieran a su cauce y la gente tuviese tiempo para olvidar el suceso— permitió al joven conocer mejor a Dalanar. Jondalar presentaba un gran parecido con el hombre de mayor edad, no sólo físicamente, sino también en cuanto a ciertas aptitudes, sobre todo la talla del pedernal. Dalanar le enseñó el oficio al mismo tiempo que a su prima cercana, Joplaya, la hermosa hija de la nueva compañera de Dalanar, Jerika, que era la persona más exótica a quien Jondalar había conocido. La madre de Jerika, Ahnlay, que la trajo al mundo durante el largo viaje realizado con su compañero, había muerto cerca de la mina de pedernal descubierta por Dalanar. Pero el compañero de su madre, Hochaman, había vivido hasta ver realizado su sueño.

Era un gran viajero que había recorrido todo el camino desde los Infinitos Mares del Este hasta las Grandes Aguas del Oeste, si bien al final Dalanar tuvo que acarrearlo sobre sus hombros. Cuando devolvieron a Jondalar a su hogar de la Novena Caverna unos años después, la caverna de Dalanar hizo un viaje especial un

poco más al oeste para que el diminuto anciano, Hochaman, viera las grandes aguas una vez más, de nuevo a hombros de Dalanar. Dio los últimos pasos por su propio pie y, en la orilla del mar, se hincó de rodillas para que las olas lo mojaran y saboreó la sal. Jondalar acabó sintiendo un gran afecto por todos los lanzadonii y dio gracias por haber sido expulsado de su hogar, ya que así descubrió que tenía un segundo hogar.

Jondalar sabía que la Zelandoni tampoco sentía mucho aprecio por Ladroman después de todos los trastornos que le había causado, pero en cierto modo esos problemas la llevaron a tomarse más en serio la zelandonia y sus obligaciones como acólita. Terminó siendo una gran Zelandoni, elegida Primera justo antes de que Jondalar iniciara el viaje con su hermano. De hecho, esa era una de las razones por las que se fue. Albergaba aún hondos sentimientos hacia ella, y sabía que ella ya nunca se emparejaría con él. Al volver con Ayla y sus animales pasados cinco años, descubrió sorprendido que Ladroman se había cambiado de nombre, y ahora se llamaba Madroman —si bien nunca entendió la razón—, y había sido aceptado por la zelandonia. Eso significaba que al margen de quien lo hubiera propuesto, La Que Era la Primera había tenido que aceptarlo.

—¡Saludos! —exclamó el Zelandoni de la Quinta Caverna, tendiendo ambas manos a la Primera mientras esta se apeaba de la parihuela especial—. Pensaba que no tendría ocasión de verte este verano.

La Primera le cogió las dos manos y se inclinó para rozarle la mejilla con la suya.

—Te busqué en la Reunión de Verano, pero me dijeron que habías ido a otra con algunas de las cavernas vecinas.

—Así es, eso hicimos. Es una larga historia que ya te contaré, si quieres oírla.

La Zelandoni asintió, confirmando que deseaba saber lo sucedido.

—Pero primero buscaré un lugar para vosotros, y para vuestros... esto... compañeros de viaje —dijo, lanzando una mirada elocuente a los caballos y Lobo. Los condujo al otro lado del pequeño río, y cuando llegaron a un trillado camino junto al cauce en medio del pequeño valle, prosiguió con la explicación—: En esencia se trataba de reforzar las amistades con cavernas cercanas. Era una Reunión de Verano más pequeña, y oficiamos las ceremonias necesarias muy pronto. Nuestro jefe y parte de nuestra caverna fue de cacería con ellos; otros participaron en visitas y en la recolección de frutos, y el resto volvimos aquí. Tengo a una acólita completando el año de observación de las puestas de sol y los cambios en la luna, y yo deseaba estar aquí cuando terminase, el momento en que el sol permanece inmóvil. Pero ¿qué os trae por aquí?

—También yo estoy adiestrando a una acólita. Ya conoces a Ayla. —La mujer corpulenta señaló a la joven que la acompañaba—. Puede que haya llegado a tus oídos que Ayla es mi nueva acólita y hemos iniciado su Gira de la Donier. Quería asegurarme de que vea vuestros lugares sagrados. —Los dos miembros de mayor

edad de la zelandonia cruzaron un gesto en reconocimiento de sus mutuas responsabilidades—. Cuando Jonokol se trasladó a la Decimonovena Caverna, yo necesitaba otro acólito. Creo que se enamoró de aquella nueva cueva sagrada que Ayla encontró. Siempre ha sido artista ante todo, pero ahora se ha entregado en cuerpo y alma a la zelandonia. La Zelandoni de la Decimonovena no está muy bien de salud. Espero que viva lo suficiente para acabar de adiestrarlo como es debido.

—Pero si era tu acólito. Seguro que estaba ya bien preparado antes de marcharse —observó el Zelandoni de la Quinta Caverna.

—Sí, estaba instruido, pero en realidad cuando era mi acólito no mostraba mucho interés —dijo la Primera—. Como era tan hábil en la creación de imágenes tuve que introducirlo en la zelandonia, pero su verdadera pasión era la pintura. Era listo y aprendía rápido, pero se conformaba con ser acólito; no deseaba realmente convertirse en Zelandoni hasta que Ayla le enseñó la Gruta Blanca. Entonces cambió. En parte porque quería realizar imágenes allí dentro, estoy segura, pero no fue sólo eso. Quiere asegurarse de que sus imágenes son las adecuadas para ese espacio sagrado, así que ahora ha estrechado sus lazos con la zelandonia. Creo que Ayla debió de percibirlo. Cuando ella descubrió la gruta, quería que yo la viera, pero para ella era más importante que la viera Jonokol.

La Primera se volvió hacia Ayla.

—¿Cómo encontraste la Gruta Blanca? ¿Empleaste tu voz en ella?

—Yo no la encontré. Fue Lobo —contestó Ayla—. Estaba en una ladera enterrada entre matorrales y zarzamoras, pero de pronto Lobo desapareció en el suelo bajo la espesura. Corté parte de la maleza para abrirme paso y fui tras él. Cuando me di cuenta de que estaba en una cueva, salí, preparé una antorcha y volví a entrar. Entonces vi qué era. Después fui en busca de la Zelandoni y Jonokol.

Hacía tiempo que el Zelandoni de la Quinta Caverna no oía hablar a Ayla, y su acento era perceptible, no sólo para él, sino también para los otros miembros de su caverna, incluido Madroman. Le recordaba toda la atención recibida por Jondalar a su regreso con la bella forastera y sus animales, y lo mucho que aborrecía a Jondalar. Siempre era el centro de interés, pensó el acólito, especialmente para las mujeres. «Me pregunto qué pensarían de él si le faltaran los dos dientes delanteros», se dijo. «Sí, su madre pagó una indemnización por él, pero no por eso recuperé los dientes.»

«¿Por qué tuvo que volver de su viaje? ¿Y traer además a esa mujer con él? ¡Y hay que ver el revuelo que se arma en torno a ella y esos animales! Yo soy acólito desde hace años, pero es ella quien capta toda la atención de la Primera. ¿Y si ella llega a Zelandoni antes que yo?» Ella apenas le hizo caso cuando se conocieron, se mostró poco más que cortés, y todavía ahora permanecía indiferente a él. La gente le atribuía el mérito de encontrar la nueva cueva, pero, como ella misma había admitido, no fue ella quien la encontró. Fue aquel estúpido animal.

Mientras daba vueltas a todo esto, sonreía, pero para Ayla, que no lo miraba directamente, pero lo observaba con atención de soslayo, captando todo su lenguaje corporal inconsciente —tal como haría una mujer del clan—, esa sonrisa era engañosa y taimada. Se preguntaba por qué el Quinto lo había aceptado como acólito. Era un Zelandoni tan sagaz y astuto que no podía dejarse engañar por él, ¿o quizá sí? Volvió a lanzar una ojeada a Madroman y lo sorprendió mirándola fijamente con tal malevolencia que se estremeció.

—A veces pienso que ese lobo pertenece a la zelandonia —dijo La Que Era la Primera—. Tendrías que haberlo oído en la Cueva del Mamut. Su aullido parecía una voz sagrada.

—Me alegro de que tengas una acólita nueva, pero siempre me ha sorprendido que tengas sólo una —señaló el Quinto—. Yo siempre tengo varios; ahora mismo estoy pensando en otro. No todos los acólitos llegan a Zelandoni, y si alguno decide renunciar, siempre me quedará otro. Deberías planteártelo... aunque no soy quién para decírtelo.

—Puede que tengas razón. Me lo pensaré. Siempre tengo en perspectiva a varias personas que podrían ser buenos acólitos, pero tiendo a esperar a necesitar uno —contestó la Primera—. El problema de ser la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra es que soy responsable de más de una caverna y no tengo mucho tiempo para dedicar al adiestramiento de acólitos, y por eso prefiero concentrarme en uno solo. Antes de marcharme de la Reunión de Verano, tuve que elegir entre mi responsabilidad para con los zelandonii y mi obligación de preparar a la próxima Zelandoni de la Novena Caverna. La última ceremonia matrimonial aún no se había realizado, pero como eran pocos quienes planeaban emparejarse, y me constaba que la Decimocuarta podía arreglárselas sola, decidí dar prioridad a la Gira de la Donier de Ayla.

—Seguro que la Decimocuarta te sustituyó con mucho gusto —comentó el Quinto con desdén y cierto tono de complicidad, conocedor de las tensiones entre la Primera y la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna, que no sólo deseaba su cargo, sino que consideraba que lo merecía—. Cualquiera Zelandoni lo haría. Vemos el prestigio, pero no siempre vemos los problemas... y me incluyo.

Las cornisas que sobresalían en torno a ellos eran refugios de piedra vaciados por la erosión del viento y la lluvia en las paredes de piedra caliza desde tiempos remotos. Sólo estaban habitados unos cuantos, pero los otros podían utilizarse con otros fines. Algunos de ellos se empleaban para el almacenamiento, o como sitio tranquilo donde ejercer un oficio, o como lugar de encuentro para una pareja que deseaba estar a solas, o para pequeños grupos de jóvenes o viejos que necesitaban planear actividades. Y normalmente se reservaba uno para hospedar a los visitantes.

—Espero que estéis cómodos aquí —dijo el Quinto mientras los conducía al

interior de uno de los refugios de piedra naturales cerca del pie del precipicio. El espacio interior era bastante amplio, con el suelo llano y el techo alto, abierto por delante pero protegido de la lluvia. Cerca de una pared lateral había esparcidos varios cojines raídos, y unos cuantos círculos oscuros de ceniza, un par de ellos con piedras alrededor, mostraban dónde habían encendido sus fogatas los ocupantes anteriores.

—Pediré que os traigan leña y agua. Si necesitáis algo más, decídmelo —dijo el Zelandoni de la Quinta Caverna.

—A mí esto ya me parece bien —contestó la Primera. Volviéndose hacia sus acompañantes, preguntó—: ¿Y vosotros? ¿Necesitáis algo más?

Jondalar negó con un gesto y un gruñido y se fue a desenganchar la angarilla de Corredor para librarlo de su peso y empezar a descargar. Deseaba plantar la tienda dentro del refugio para que se airease y no se mojase si llovía. Ayla había comentado que tal vez se avecinaba lluvia, y él confiaba en su intuición para los cambios meteorológicos.

—Sólo quiero preguntar una cosa —dijo Ayla—. ¿A alguien le molestaría que metiese los caballos en el refugio? He visto que están formándose unas nubes y parece que va a llover, o se avecina... algo. Tampoco a los caballos les gusta mojarse.

Justo cuando Jondalar se llevaba al joven corcel, este defecó, dejando un rastro de bosta marrón con restos de hierba en el suelo, que desprendía un fuerte olor a caballo.

—Si queréis proteger a los caballos de la lluvia, adelante —respondió el Zelandoni de la Quinta Caverna, y sonrió—. Si a vosotros no os importa, dudo que preocupe a alguien más.

Varias personas más sonrieron y esbozaron muecas burlonas. Una cosa era maravillarse ante los animales y quienes poseían la capacidad de controlarlos y otra ver a un animal satisfacer sus necesidades fisiológicas, circunstancia que le restaba poder de fascinación, parte de su magia. Ayla había observado la actitud reservada de la gente cuando llegaron y se alegró de que Corredor hubiese elegido ese momento para demostrar que era sólo un caballo.

La Zelandoni recogió los cojines y los examinó. Algunos eran de cuero, otros de fibras vegetales tejidas, como hierba, juncos y hojas de anea, y en varios asomaba el relleno por los bordes rotos o abiertos, probablemente la razón por la que los habían dejado en ese refugio apenas usado. Golpeó varios de ellos contra la pared de piedra para sacudir el polvo y la tierra y los apiló cerca del círculo de ceniza adonde Jondalar había llevado la tienda plegada. Ayla se pasó a Jonayla a la espalda para poder ayudarlo a instalar la tienda.

—Ya la cojo yo —se ofreció la mujer corpulenta, tendiendo los brazos hacia Jonayla. Vigiló a la pequeña mientras Jondalar y Ayla plantaban la tienda dentro del refugio frente a uno de los círculos de ceniza rodeados de piedras y disponían lo necesario para encender un fuego cuando lo necesitaran. A continuación, extendieron

las pieles de dormir y demás. Lobo siempre se quedaba con ellos en la tienda. Finalmente colocaron las dos angarillas al fondo del refugio y prepararon un lugar para los caballos bajo la repisa frente a ellos, apartando de paso los recientes excrementos de Corredor.

Los observaba un corrillo de niños, sin atreverse a acercarse, hasta que al final una niña sucumbió a la curiosidad. Se aproximó a la Zelandoni y al bebé. La Primera calculó que la niña debía de contar nueve o diez años.

—Me gustaría coger al bebé en brazos —dijo—. ¿Puedo?

—Si ella te deja. Tiene sus propias opiniones —respondió la mujer.

La niña extendió los brazos hacia ella. Jonayla vaciló, pero le sonrió tímidamente cuando ella se acercó y se sentó. Finalmente, Jonayla se desprendió de la Zelandoni y gateó hacia la desconocida, que la cogió y se la puso en el regazo.

—¿Cómo se llama?

—Jonayla —contestó la mujer—. ¿Y tú?

—Hollida —se presentó la niña.

—Parece que te gustan los bebés —comentó la Zelandoni.

—Mi hermana tiene una niña pequeña, pero se ha ido a visitar a la familia de su compañero. Él es de otra caverna. No la he visto en todo el verano —explicó Hollida.

—Y la echas de menos, ¿verdad?

—Sí. No me lo esperaba, pero así es.

Ayla vio a la niña en cuanto se acercó, y observó el intercambio. Sonrió para sí, recordando lo mucho que ella deseaba un hijo cuando era más joven. Se acordó de Durc y se dio cuenta de que ahora contaría el mismo número de años que esa niña, pero en el clan se lo consideraría mucho más cerca de la edad adulta. «Se hace mayor», pensó. Sabía que nunca más vería a su hijo, pero a veces no podía evitar pensar en él.

Jondalar advirtió la expresión melancólica en su rostro mientras contemplaba a la niña jugar con Jonayla y se preguntó qué debía de estar pasándole por la mente. De pronto Ayla cabeceó, sonrió, llamó a Lobo y se acercó a ellas. Si la niña va a estar con Jonayla, pensó Ayla, más vale que le presente a Lobo para que no le tenga miedo.

Una vez descargados los bultos e instalados ellos tres, regresaron al primer refugio de piedra. Hollida los acompañó, caminando al lado de la Primera. Los demás niños, que habían estado observando, se echaron a correr ante ellos. Cuando los visitantes se aproximaron al refugio del Zelandoni de la Quinta Caverna, varias personas esperaban en la parte delantera de la gran abertura en la piedra. Los niños habían anunciado con antelación su llegada. También daba la impresión de que había una celebración prevista: varias personas guisaban en los hogares. Ayla se preguntó si no tenía que haberse cambiado la ropa de viaje para ponerse algo más adecuado, pero ni Jondalar ni la Primera se habían mudado. Unas cuantas personas salieron del

refugio situado al norte y de los que estaban al otro lado del valle cuando ellos pasaron por allí. Ayla sonrió para sí. Era evidente que los niños habían avisado a los demás de su llegada.

De repente el espacio de la Quinta Caverna la indujo a pensar en Roca de los Dos Ríos de la Tercera Caverna y en Roca del Reflejo de la Decimonovena Caverna. Allí los espacios de vivienda se distribuían en terrazas residenciales, formadas una encima de otra en imponentes paredes de roca, bajo salientes que protegían el interior de la lluvia y la nieve. Aquí, en cambio, había varios refugios más cerca del nivel del suelo a ambos lados del pequeño río. Pero era la proximidad de los diversos lugares habitados lo que los convertía en una sola caverna. Se le ocurrió entonces que la Vigésimo novena Caverna intentaba hacer lo mismo, sólo que sus espacios de vivienda estaban más desperdigados. Lo que los unía era la zona común de caza y forrajeo.

—¡Saludos! —dijo el Zelandoni de la Quinta Caverna cuando se acercaron—. Espero que estéis a gusto en el sitio que os hemos asignado. Vamos a celebrar un banquete comunitario en vuestro honor.

—No hace falta que os toméis tantas molestias —dijo La Que Era la Primera.

El Zelandoni la miró.

—Ya sabes cómo son estas cosas: la gente aprovecha cualquier excusa para organizar una celebración. Vuestra visita es una razón especialmente válida. No todos los días recibimos a la Zelandoni de la Novena Caverna que es también La Que Es la Primera. Pasad. Has dicho que querías enseñar a tu acólita nuestros lugares sagrados. —Se volvió para dirigirse a Ayla—. Nosotros vivimos en el nuestro —explicó mientras los guiaba al interior.

Ya dentro del refugio de piedra, Ayla, sorprendida por el colorido, paró en seco. Varias paredes estaban decoradas con pinturas de animales, lo cual no era del todo insólito, pero muchas de ellas estaban pintadas sobre un fondo de vivo color ocre rojo. Y las representaciones de los animales eran más que esbozos, o dibujos; la mayoría estaban coloreadas, sombreadas para destacar los contornos y las formas. Una pared en particular captó la atención de Ayla. Era una pintura de dos bisontes reproducidos exquisitamente, uno de ellos, a todas luces, una hembra preñada.

—Sé que la mayoría de la gente talla o pinta las paredes de sus refugios, y puede considerar sagradas las imágenes, pero para nosotros todo este espacio es sagrado —explicó el Zelandoni de la Quinta Caverna.

Jondalar había visitado la Quinta Caverna varias veces y admirado las pinturas en las paredes de sus refugios de piedra, pero nunca le habían parecido distintas de las pinturas y grabados de la Novena Caverna o de cualquier otra cueva o refugio. Ni acababa de entender por qué este refugio debía ser más sagrado que otros, aunque ciertamente el color y la decoración estaban más presentes que en la mayoría.

Simplemente asumía que ese era el estilo preferido de la Quinta Caverna, como los intrincados tatuajes y el peinado de su Zelandoni.

El Zelandoni de la Quinta Caverna miró a Ayla, junto al lobo alerta, y luego a Jondalar y la niña, cómodamente instalada en la sangría de su brazo, mirando alrededor con interés, y finalmente a la Primera.

—Como el banquete todavía no está listo, permitidme que os enseñe el lugar —propuso.

—Sí, buena idea —contestó la Primera.

Salieron del refugio y entraron en otro situado inmediatamente al norte. En realidad era la continuación del primero. También estaba decorado, pero de una manera distinta, creando la sensación de que se trataba de dos refugios diferentes. Había pinturas, como un mamut pintado de rojo y negro, pero algunas paredes presentaban grabados con profundo relieve y otras incluían grabados y pinturas. Ciertos grabados despertaron curiosidad a Ayla. No sabía qué significaban.

Se acercó a una pared para verlos más de cerca. Había unos orificios en forma de vaso, y otros ovals, con un segundo óvalo alrededor y, en el centro, una marca semejante a un agujero que se extendía formando una línea. Vio cerca de allí, en el suelo, el núcleo de un cuerno, labrado de modo que parecía el miembro viril. Cabeceó y volvió a mirar. Luego casi sonrió. Era exactamente eso. Cuando miró de nuevo las formas ovals, se le ocurrió que tal vez representaban los órganos femeninos.

Se volvió y miró a Jondalar y la Primera, y luego al Zelandoni de la Quinta.

—Esto parecen las partes masculinas y femeninas —dijo—. ¿Es eso?

El Quinto sonrió y asintió.

—Aquí es donde se alojan nuestras mujeres-donii y donde a menudo celebramos la Festividad de la Madre, y a veces los ritos de los Primeros Placeres. También es donde me reúno con mis acólitos cuando los alecciono, y donde ellos duermen. Este es un lugar muy sagrado —informó el Quinto—. Me refería a eso cuando he dicho que vivimos en nuestros Sitios Sagrados.

—¿Tú también duermes aquí? —preguntó Ayla.

—No, yo duermo en el primer refugio, al otro lado de este, cerca del bisonte —contestó—. Creo que no conviene que un Zelandoni pase todo el tiempo con sus acólitos. Necesitan relajarse, lejos de la mirada restrictiva de su mentor, y tengo otras cosas que hacer y personas a quienes ver.

Cuando volvían a la primera zona del refugio, Ayla preguntó:

—¿Sabéis quién hizo vuestras imágenes?

La pregunta cogió un poco desprevenido al Quinto. No era una duda que acostumbrasen plantear los zelandonii. La gente estaba habituada a su arte; siempre había estado allí, o conocían a quienes lo realizaban en la actualidad, y nadie necesitaba preguntarlo.

—Los grabados no —respondió, después de una pausa para reflexionar—. Son obra de los antiguos, pero varias de nuestras pinturas son de una mujer que, de joven, enseñó a Jonokol. La que fue Zelandoni de la Segunda Caverna antes de la de ahora. Se la consideraba la mejor artista de su época, y fue ella quien vio las posibilidades en Jonokol cuando aún era niño. También vio posibilidades en uno de nuestros jóvenes artistas. Ahora camina por el otro mundo, lamento decir.

—¿Y el cuerno tallado? —preguntó Jondalar, señalando el objeto fálico, que él también había visto—. ¿Quién lo hizo?

—Fue un regalo al Zelandoni anterior a mí, o quizá al anterior a él —contestó el Quinto—. A algunos les gusta tenerlo presente durante la Festividad de la Madre. No estoy muy seguro, pero quizá se haya usado para explicar los cambios que experimenta el órgano de un hombre. O puede haber formado parte de los Primeros Ritos, sobre todo para muchachas a quienes no les gustaban los hombres, o les tenían miedo.

Ayla procuró disimular: ella no era quién para decirlo, pero le pareció que podía resultar incómodo, quizá incluso doloroso, usar un objeto duro labrado en lugar del cálido miembro viril de un hombre afectuoso, pero, claro, ella estaba acostumbrada a la ternura de Jondalar. Lo miró.

Él advirtió su mirada, así como la expresión facial que intentaba ocultar, y le sonrió para tranquilizarla. Se preguntó si el Quinto se inventaba esa historia porque en realidad ignoraba el significado de la talla. Jondalar estaba seguro de que en algún momento del pasado aquello había tenido un valor simbólico, referente quizá a algo relacionado con una Festividad de la Madre, ya que se trataba de un órgano masculino erecto, pero su significación exacta seguramente se había olvidado.

—Podemos cruzar el río y visitar nuestros otros lugares sagrados. Algunos de los nuestros viven en ellos. Creo que os pueden resultar interesantes —dijo el Zelandoni de la Quinta Caverna.

Se dirigieron hacia el pequeño río que dividía el valle y luego aguas arriba, en dirección al vado que habían cruzado antes. Dos sólidas piedras plantadas en medio del cauce permitían atravesarlo. Pasaron por encima de ellas y volvieron corriente abajo hacia el sitio en el que se habían instalado. En ese lado del río había varios refugios enclavados en la pendiente del valle y más arriba se alzaba un promontorio que dominaba toda la región y servía como atalaya. Se encaminaron hacia uno situado a unos doscientos metros de la desembocadura del pequeño río nacido de un manantial en el Río.

Cuando se hallaron bajo el saliente de piedra del refugio, captó de inmediato su atención un friso compuesto por cinco animales: dos caballos y tres bisontes, todos mirando a la derecha. La tercera figura era un bisonte de casi un metro de largo, profundamente cincelado en la pared de piedra. Su voluminoso cuerpo aparecía

tallado en un relieve tan marcado que casi era una escultura. Se había empleado una coloración negra para realzar el contorno. Otros varios grabados cubrían las paredes: cúpulas, líneas y animales, en su mayoría grabados en menor relieve.

Les presentaron a varias personas que, muy orgullosas, los observaban de cerca. Sin duda les complacía mostrar su asombroso hogar, y Ayla lo comprendía. Era ciertamente impresionante. Después de examinar con atención los grabados, Ayla se fijó en el resto del refugio. Era obvio que allí vivía bastante gente, aunque en ese momento eran pocos los que estaban. Igual que los demás zelandonii, los habitantes de esa caverna viajaban en verano: iban de visita, cazaban, recolectaban alimentos y reunían diversos materiales que después utilizaban para confeccionar objetos.

Ayla reparó en un espacio que, a juzgar por los residuos esparcidos en el suelo, había abandonado recientemente alguien que trabajaba el marfil. Mirando con mayor detenimiento, vio piezas en diferentes fases de producción. Mediante un proceso de rebajado, repetido una y otra vez, habían separado porciones en forma de varilla, y quedaban allí unas cuantas varillas apiladas. Un par estaban divididas en dos secciones, que después se labrarían para obtener dos segmentos redondos unidos entre sí. La pieza plana situada en medio se perforaba justo por encima de las dos partes redondas, luego se rebajaba y se cortaba para crear dos cuentas, que finalmente debían pulirse para darles su forma definitiva, la de una especie de canastilla redonda.

Un hombre y una mujer, ambos de mediana edad, se aproximaron y se detuvieron junto a Ayla cuando ella se agachó para mirar de cerca, sin pasársele siquiera por la cabeza la idea de tocar aquellos objetos.

—Estas cuentas son extraordinarias. ¿Las habéis hecho vosotros? —preguntó Ayla.

Los dos sonrieron.

—Sí, mi oficio consiste en hacer cuentas —dijeron al unísono, y a continuación se rieron al percatarse de que sus voces se habían superpuesto.

Ayla quiso saber cuánto se tardaba en hacer las cuentas, y le contestaron que, con suerte, una persona podía confeccionar cinco o seis desde el amanecer hasta que el sol alcanzaba su cenit y paraban para la comida del mediodía. Un número de cuentas suficiente para un collar, según la longitud de este, requería desde varios días hasta una luna o dos. Poseían un gran valor.

—Parece un oficio difícil. Sólo ver las distintas fases me permite valorar aún más mi conjunto matrimonial. Lleva cosidas muchas cuentas de marfil —explicó Ayla.

—¡Ya lo vimos! —exclamó la mujer—. Era precioso. Fuimos a verlo después, cuando Marthona lo expuso. Las cuentas de marfil estaban elaboradas con gran destreza, aunque se había empleado un proceso un tanto distinto, creo. Parecía que el orificio traspasaba toda la cuenta, quizá perforando desde ambos lados. Eso es difícilísimo. ¿Dónde lo conseguiste, si no es indiscreción?

—Fui mamutoi... un pueblo que vive al este, lejos de aquí... y me lo regaló la compañera del jefe. Se llamaba Nezzie, y era del Campamento del León. Eso fue, claro, cuando pensaba que yo iba a emparejarme con el hijo de la compañera de su hermano. Cuando cambié de opinión y decidí marcharme con Jondalar, me dijo que me lo quedara para mi emparejamiento con él. También a Jondalar le tenía mucho cariño —explicó Ayla.

—Debía de teneros mucho cariño a los dos, a él y a ti —comentó el hombre, pensando, aunque no lo dijera, que el conjunto, además de hermoso, poseía un gran valor. Entregarle algo tan valioso a una persona que se lo iba a llevar significaba que sentía un gran afecto por ella. Eso le permitió entender mejor el estatus otorgado a la forastera, a pesar de no ser zelandonii de nacimiento, como ponía de manifiesto su habla.

—Desde luego es uno de los conjuntos más asombrosos que he visto jamás.

El Zelandoni de la Quinta Caverna añadió:

—También confeccionan cuentas y collares con conchas, tanto de las Grandes Aguas del Oeste como del Mar del Sur, y tallan colgantes de marfil y perforan dientes. A la gente le gusta llevar sobre todo dientes de zorro y esos colmillos brillantes tan especiales del ciervo. Incluso personas de otras cavernas solicitan sus piezas.

—Yo me crié cerca del mar, muy al este —explicó Ayla—. Me gustaría ver algunas de vuestras conchas.

La pareja —Ayla no sabía si estaban emparejados o si eran hermanos— sacó las bolsas y los recipientes donde guardaban las conchas y los vaciaron para enseñárselas, deseosos de exhibir sus riquezas. Había cientos de conchas, en su mayoría pequeñas, moluscos esféricos como los bígaros o formas alargadas como los dentalia, que podían coserse a la ropa o ensartarse en collares. Poseían también conchas de vieira, pero en su mayor parte las conchas provenían de criaturas no comestibles, de lo que se desprendía que habían sido recogidas únicamente por su valor ornamental, no como alimento, y en un lugar muy lejano. Habían viajado ellos mismos a las orillas de los dos mares o las habían trocado con gente procedente de allí. La cantidad de tiempo invertido en la adquisición de objetos destinados exclusivamente al ornamento implicaba que los zelandonii, como sociedad, no vivían en los límites de la supervivencia; conocían la abundancia. Para las costumbres y prácticas de sus tiempos, eran ricos.

Jondalar y la Primera se acercaron a ver qué le enseñaban a Ayla. Aunque ambos conocían el prestigio de la Quinta Caverna, debido en parte a su maestría como joyeros, ver tantas piezas al mismo tiempo resultaba casi abrumador. No pudieron evitar hacer comparaciones mentalmente con la Novena Caverna, pero cuando se detuvieron a pensarlo, comprendieron que su caverna era igual de rica, si bien de una

manera un poco distinta. En realidad, lo eran casi todas las cavernas de los zelandonii.

El Zelandoni de la Quinta Caverna los llevó a otro refugio cercano, y también ese estaba bien decorado, sobre todo con grabados de caballos, bisontes, ciervos, e incluso algún mamut parcial, realzados a menudo con pintura de ocre rojo y de manganeso negro. La cornamenta de un ciervo, por ejemplo, aparecía perfilada en negro, en tanto que había un bisonte pintado casi íntegramente de rojo. De nuevo los presentaron a las personas que estaban allí. Ayla advirtió que los niños que antes rondaban por su refugio, a ese mismo lado del pequeño río, se habían congregado alrededor otra vez; reconoció a varios.

De pronto Ayla sintió un mareo y náuseas, y la asaltó una apremiante necesidad de salir del refugio. No podía explicar su intenso deseo de marcharse, pero tenía que salir de allí.

—Tengo sed, quiero un poco de agua —anunció, y se dirigió rápidamente hacia el río.

—No es necesario que salgas —dijo la mujer, siguiéndola—. Aquí dentro hay un manantial.

—En cualquier caso tenemos que marcharnos todos. El banquete debe de estar listo, y yo me muero de hambre —señaló el Zelandoni de la Quinta Caverna—. Y seguro que vosotros también.

Volvieron al refugio principal, o a lo que Ayla consideraba ya el refugio principal, y lo encontraron todo preparado para el banquete, en espera de su llegada. Aunque había apilados platos de más para los visitantes, Ayla y Jondalar sacaron de las bolsas sus propios vasos, cuencos y cuchillos. También la Primera llevaba los suyos. Ayla extrajo el cuenco de agua de Lobo, que le servía asimismo como plato para comer cuando era necesario, y pensó que pronto debería confeccionar los de Jonayla. Aunque tenía previsto amamantarla hasta que contara al menos tres años, le daría a probar la comida mucho antes.

Alguien había cazado recientemente un uro; una pierna asada, volteada sobre las brasas mediante un espetón, era el plato principal. Últimamente sólo veían ese bóvido salvaje en verano, pero era uno de los platos preferidos de Ayla. Tenía un sabor parecido al del bisonte, sólo que más intenso, y de hecho eran animales similares, con cuernos curvos, redondos y duros, puntiagudos y permanentes; a diferencia del ciervo, no los mudaban cada año.

También había verduras de verano: tallos de cicerbita, bledo rojo cocido, fáfara y hojas de ortiga sazonadas con acedera; pétalos de primula y rosa silvestre en una ensalada de hojas de diente de león y trébol. Fragantes flores de reina de los prados daban un dulzor melifluo a una salsa de manzanas y ruibarbo servida con la carne.

Una mezcla de bayas de verano, que no requería endulzantes. Tenían asimismo frambuesas, una variedad de moras de maduración temprana, cerezas, grosellas negras, bayas de saúco, y endrinas, aunque en este caso retirar las pequeñas pepitas requería mucho tiempo. Una infusión de hojas de rosa ponía el colofón al delicioso ágape.

Cuando Ayla sacó el cuenco de Lobo y le dio el hueso que había elegido, aún con un poco de carne, una de las mujeres miró al lobo con desaprobación, y Ayla la oyó decir a otra mujer que no le parecía bien dar de comer a un lobo alimentos destinados a las personas. La otra mujer asintió con la cabeza, pero Ayla había observado que un rato antes las dos miraban al cazador cuadrúpedo con inquietud. Hubiera deseado presentarles a Lobo para aplacar sus temores, pero las dos eludieron adrede a Ayla y al devorador de carne.

Después de la comida, se añadió leña al fuego para proporcionar una luz más intensa ante la envolvente oscuridad. Ayla daba de mamar a Jonayla, con Lobo a sus pies, y tomaba una infusión caliente en compañía de Jondalar, la Primera y el Zelandoni de la Quinta. Se acercó un grupo, incluido Madroman, aunque este se quedó en segundo plano. Ayla reconoció a los demás, y dedujo que eran los acólitos del Quinto, quienes probablemente deseaban pasar un rato con La Que Era la Primera.

—He acabado de marcar los soles y las lunas —anunció una joven. Abrió la mano y mostró una pequeña placa de marfil llena de marcas extrañas.

El Quinto la cogió y la examinó detenidamente, dándole la vuelta para ver el dorso e incluso comprobando los bordes; por fin sonrió.

—Esto es alrededor de medio año —dijo, y se lo entregó a la Primera—. Es mi tercera acólita, y empezó a anotar las marcas el año pasado por estas fechas. La placa correspondiente a la primera mitad está guardada.

La mujer corpulenta examinó la pieza con la misma atención que el Zelandoni de la Quinta, pero no tanto tiempo.

—Es un método interesante para anotar las marcas —observó—. Señalas los cambios mediante la posición y los cuartos con marcas curvas, para dos de las lunas anotadas. Las demás están en el borde y en el dorso. Muy bien.

La joven desplegó una radiante sonrisa al oír los elogios de la Primera.

—Tal vez puedas explicar lo que has hecho a mi acólita. Marcar los soles y las lunas es una tarea aún pendiente para ella —dijo la Primera.

—Pensaba que ya lo habría hecho. He oído que es famosa por sus conocimientos medicinales, y que está emparejada. No conozco a muchos acólitos emparejados y con hijos, ni siquiera a muchos zelandonia —comentó la tercera acólita del Zelandoni de la Quinta Caverna.

—La formación de Ayla ha sido poco convencional. Como sabes, no es

zelandonii de nacimiento, así que no ha adquirido sus conocimientos en el mismo orden que nosotros. Es una curandera excepcional, porque empezó a formarse desde muy joven, pero acaba de iniciar su Gira de la Donier y todavía no ha aprendido a marcar los soles y las lunas —explicó la Zelandoni Que Era la Primera.

—Estaré encantada de enseñarle cómo los marqué —dijo la tercera acólita del Quinto, y se sentó al lado de Ayla.

Ayla estaba más que interesada. Era la primera vez que oía hablar de las marcas del sol y la luna, e ignoraba que fuese otra de las tareas que debía completar como parte de su adiestramiento. Se preguntó qué otras cosas tendría que hacer que aún desconocía.

—Verás, trazaba una marca cada noche —explicó la joven, enseñando las marcas que había grabado en el marfil con una herramienta puntiaguda de pedernal—. Ya marqué la primera mitad del año en otra pieza, así que ya me había hecho una idea de cómo llevar un recuento no sólo de días. Empecé con esto justo antes de la luna llena, e intentaba mostrar dónde estaba la luna en el cielo, así que empecé por aquí. —Indicó una marca situada en medio de lo que parecían señales al azar—. Las siguientes noches nevó. Fue una gran nevada y tapó la luna y las estrellas, pero de todos modos no habría podido ver la luna. Eran las noches en que Lumi cerraba su gran ojo. La siguiente vez que la vi, era un fino cuarto creciente, que despertaba de nuevo, así que tracé una señal curva aquí.

Ayla miró el punto señalado por la joven y se sorprendió al ver que lo que al principio parecía un agujero practicado con una punta afilada era en realidad una pequeña línea curva. Miró más detenidamente el grupo de marcas y de pronto ya no le parecieron tan al azar. Daba la impresión de que se regían por una pauta, y se interesó cada vez más en las explicaciones de la joven.

—Como el momento en que Lumi duerme es el inicio de una luna, eso consta aquí a la derecha, donde decidí volver atrás para marcar la siguiente serie de noches —prosiguió la tercera acólita—. Por aquí caía el primer medio ojo cerrado, que algunos llaman la primera media cara. Entonces crece hasta llenarse. Cuesta saber cuándo se llena del todo exactamente, porque parece llena unos cuantos días, y eso se ve aquí, a la izquierda, donde volví otra vez atrás. Tracé cuatro marcas curvas, dos abajo y dos arriba, y seguí marcando hasta aparecer la segunda media cara, cuando Lumi empieza a cerrar el ojo de nuevo, y fíjate en que la señal está justo encima de la de la primera media cara.

»Seguí marcando hasta que volvió a cerrar el ojo; ¿lo ves, aquí a la derecha, donde la curva es hacia abajo? Toda la serie completa, y el primer cambio de dirección a la derecha. Cógela tú y a ver si consigues entenderlo. Siempre hago el cambio de dirección cuando la cara está llena, hacia la derecha, o cuando está dormida, hacia la izquierda. Verás que puedes contar dos lunas, más otra media luna.

Paré en la primera media cara, después de la segunda luna. Esperaba a que Bali estuviera a la misma altura. Era el momento en que el sol alcanza su posición más meridional y se queda allí durante unos días; luego cambia de dirección y vuelve a desplazarse hacia el norte. Ese es el final del primer invierno y el principio del segundo invierno, cuando hace más frío, pero contiene la promesa del regreso de Bali.

—Gracias —dijo Ayla—. ¡Es fascinante! ¿Lo has deducido todo tú sola?

—No exactamente. Otros zelandonia me enseñaron su manera de marcar, pero vi una placa bastante antigua en la Decimocuarta Caverna. No estaba marcada de la misma manera, y de ahí saqué la idea cuando me tocó a mí marcar las lunas.

—Es una idea excelente —dijo la Primera.

Estaba todo muy oscuro cuando se disponían a regresar al lugar asignado para dormir. Ayla llevaba en brazos a Jonayla, que dormía profundamente envuelta en su manta de acarreo, así que Jondalar y la Primera pidieron una antorcha para alumbrar el camino.

Mientras se dirigían al refugio de los visitantes, pasaron frente a algunos de los otros refugios que habían visto antes. Cuando Ayla llegó a aquel donde antes se había sentido tan incómoda, volvió a estremecerse y apretó el paso.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jondalar.

—No lo sé —contestó Ayla—. Me he sentido rara todo el día. Seguro que no es nada.

Cuando llegaron a su refugio, los caballos se paseaban por delante en lugar de quedarse en el amplio espacio que ella les había preparado en el interior.

—¿Por qué están aquí fuera? Los caballos se han estado comportando de una manera extraña todo el día. Quizá sea eso lo que me inquieta —comentó Ayla. Cuando entraron en el refugio camino de la tienda, Lobo vaciló. Por fin se sentó y se negó a entrar—. ¿Y ahora qué le pasa a Lobo?

Capítulo 17

—¿Por qué no llevamos a los caballos a correr esta mañana? —propuso Ayla en un susurro al hombre que yacía junto a ella—. Ayer se los notaba nerviosos y tensos. Yo también lo estoy. Cuando tiran de la angarilla no pueden correr libremente. Es un trabajo arduo, pero no la clase de ejercicio que a ellos les gusta.

Jondalar sonrió.

—Buena idea. Tampoco yo hago la clase de ejercicio que más me gusta. ¿Y qué hacemos con Jonayla?

—Quizá Hollida quiera ocuparse de ella, sobre todo si la Zelandoni las vigila —sugirió Ayla.

Jondalar se incorporó.

—¿Dónde se ha metido la Zelandoni? No está aquí.

—La he oído levantarse temprano. Creo que ha ido a hablar con el Quinto —contestó Ayla—. Si dejamos a Jonayla, quizá debiéramos dejar también a Lobo, aunque no sé qué piensa de él la gente de esta caverna. Anoche, mientras comíamos, me pareció notarlos un poco inquietos en su presencia. Esto no es la Novena Caverna... Mejor llevémonos a Jonayla. Puedo cargar con ella en la manta de acarreo. Le gusta cabalgar.

Jondalar apartó las pieles de dormir y se puso en pie. Ayla se levantó también, y mientras se iba a orinar, dejó allí a la pequeña, que había dormido a su lado, para que se despertara.

—Anoche llovió —anunció Ayla al volver.

—¿No te alegras de haber dormido dentro, en la tienda y a cubierto? —preguntó Jondalar.

Ayla no contestó. No había dormido bien. No acababa de sentirse cómoda, pero era verdad que no se habían mojado y la tienda se había aireado.

Jonayla se había vuelto boca abajo y pataleaba con la cabeza en alto. Además, se había desprendido de los pañales y el relleno absorbente que contenían. Ayla recogió el desagradable material y lo tiró al cesto de noche, enrolló el pañal, un cuero reblandecido y húmedo, y luego cogió a la niña y se encaminó hacia el río para limpiar el pañal, a la pequeña y a sí misma. Se lavó primero ella y después lavó a Jonayla en la corriente de agua, procedimiento al que la niña ya estaba acostumbrada, y ni siquiera alborotaba pese al frío. Ayla colgó el pañal de un matorral cercano a la orilla; luego se vistió y buscó un sitio cómodo para sentarse frente al refugio de piedra y amamantar a la niña.

Mientras tanto, Jondalar había encontrado a los caballos valle arriba, no muy lejos, los había llevado al refugio y estaba colocando mantas de montar en los lomos de Whinney y Corredor. A sugerencia de Ayla, también prendió dos canastos en

equilibrio a la grupa de la yegua, pero tuvo algún que otro problema cuando Gris acercó el hocico a su madre con la intención de mamar. Más o menos en el momento en que se disponían a ir a lo que Ayla consideraba el refugio principal en aquella caverna de múltiples refugios, regresó Lobo. Supuso que había ido a cazar, pero apareció tan repentinamente que sobresaltó a Whinney, cosa que a su vez sorprendió a Ayla. Por lo general, Whinney era una yegua tranquila, y el lobo no solía alarmarla; era Corredor el más excitable, pero los tres caballos parecían nerviosos, incluida la potranca. Y también Lobo, pensó Ayla cuando el animal se apretó contra ella, como si buscara su atención. Ella misma se sentía extraña. Algo parecía fuera de lugar, anormal. Miró el cielo para ver si amenazaba tormenta; una capa de nubes altas y blancas dejaba a la vista vetas azules reveladoras. Probablemente todos necesitaban una buena carrera.

Jondalar puso los cabestros a Corredor y Gris. También había hecho uno para Whinney, pero Ayla lo utilizaba sólo en ocasiones especiales. Incluso antes de tomar conciencia de que estaba adiestrando a Whinney, había enseñado ya a la yegua a seguirla, y en realidad aún no lo veía como un adiestramiento. Cuando mostraba a Whinney lo que debía hacer, y repetía la instrucción muchas veces hasta que ella lo entendía, la yegua obedecía por voluntad propia. Iza había empleado un método parecido para inducir a Ayla a recordar las distintas plantas y hierbas, así como sus usos, mediante la repetición y la memorización.

Cuando ya lo tenían todo preparado, se dirigieron al refugio del Zelandoni de la Quinta Caverna, y una vez más, ante la procesión de hombre, mujer, niña, lobo y caballos, la gente interrumpía lo que tenía entre manos y los contemplaba, impulsada a incurrir en la descortesía de mirar abiertamente. Tanto el Quinto como La Que Era la Primera salieron del refugio.

—Venid a compartir la comida de la mañana con nosotros —invitó el hombre.

—Los caballos están nerviosos y hemos decidido sacarlos a hacer un poco de ejercicio para que se desahoguen y tranquilicen —respondió Jondalar.

—Llegamos ayer —observó la Primera—. ¿No hacen suficiente ejercicio viajando?

—Cuando viajamos y acarreamos carga, no trotan ni galopan —explicó Ayla—. A veces necesitan estirar las patas.

—Bueno, al menos quedaos a tomar una infusión, y prepararemos comida para que os llevéis —propuso el Zelandoni de la Quinta.

Ayla y Jondalar se miraron y comprendieron que si bien habrían preferido marcharse sin más, la Quinta Caverna podía ofenderse, y eso no estaría bien. Expresaron su conformidad con un gesto de asentimiento.

—Gracias, eso haremos —dijo Jondalar, llevándose la mano a la bolsa prendida de la correa de la cintura para sacar su vaso. Ayla también cogió el suyo y se lo

entregó a la mujer que servía la bebida caliente junto a la fogata. Esta llenó los recipientes y se los devolvió. En lugar de ponerse a pastar mientras esperaban, los caballos permanecieron claramente inquietos, demostrando su malestar. Whinney bailoteaba sin moverse del sitio, resoplando sonoramente al tiempo que asomaban arrugas encima de sus ojos. Gris empezaba a imitar los síntomas de nerviosismo de su madre, y Corredor caminaba de lado con el cuello muy erguido. Ayla intentó tranquilizar a la yegua acariciándole el cuello, y Jondalar tenía que tirar de la cuerda del cabestro para retener al corcel.

Ayla lanzó una mirada hacia el otro lado del río que dividía el valle y vio correr y chillar a unos niños por la orilla en una especie de juego que a ella se le antojó más desenfrenado de lo habitual, incluso para chiquillos exaltados. Los vio entrar y salir como flechas de los refugios, y de pronto tuvo la sensación de que eso era peligroso, aunque no sabía en qué residía el peligro. Justo cuando se disponía a hablar a Jondalar y decirle que debían marcharse ya, unas cuantas personas les trajeron paquetes de comida envueltos en cuero. La pareja dio las gracias a todos mientras guardaba los recipientes de cuero tensado en los canastos sujetos a Whinney; luego, con la ayuda de unas piedras cercanas, montaron y abandonaron el valle.

En cuanto llegaron a un campo abierto, dejaron de refrenar a los caballos para que corriesen. Ayla experimentó una sensación de euforia y se le pasó un poco el nerviosismo, sin llegar a desaparecer del todo. Finalmente los caballos se cansaron y aminoraron la marcha. Jondalar reparó en una arboleda a lo lejos y condujo a Corredor hacia allí. Ayla vio hacia dónde se dirigía y lo siguió. La potranca, que ya podía correr tan rápido como su madre, iba detrás. Los caballos jóvenes aprendían a correr pronto; no les quedaba más remedio si querían sobrevivir. El lobo se mantuvo a la par de ellas; también él disfrutaba de una buena carrera.

Cuando se acercaron a los árboles, vieron una pequeña charca, obviamente alimentada por un manantial, ya que el agua se desbordaba por un lado formando un riachuelo que atravesaba el campo. Pero al acercarse a la charca, Whinney paró en seco, casi derribando a Ayla. Esta rodeó con el brazo a su hija, a la que llevaba sentada delante de ella, y se apresuró a desmontar. Advirtió que también Jondalar tenía problemas con Corredor. El corcel, encabritado, relinchó sonoramente, y el jinete resbaló hacia atrás y se apeó de inmediato. No llegó a caerse, pero le costó mantener el equilibrio.

Ayla percibió un estruendoso retumbo, sintiéndolo y oyéndolo a la vez, y tomó conciencia de que sonaba ya desde hacía un rato. Miró al frente y vio elevarse el agua de la charca a modo de surtidor, como si alguien hubiera apretujado el manantial y lanzado un chorro de líquido hacia el aire. Sólo entonces notó que la tierra se movía.

Ayla supo qué era: ya antes había sentido la tierra moverse bajo sus pies. Por efecto del pánico notó en la garganta unas repentinas náuseas. La tierra no debía

moverse. Le costó mantenerse en pie. Horrorizada, sujetó con fuerza a su niña, temiendo dar un solo paso. Vio que la hierba del campo, alta hasta las rodillas, iniciaba una trémula y anómala danza mientras la tierra gemebunda se agitaba de manera antinatural al son de una música inaudible producida muy dentro de ella. Al frente, la pequeña arboleda próxima al manantial amplificó el movimiento de la tierra. El agua se elevó y cayó de nuevo, se arremolinó en la orilla, removi6 el lodo del lecho y escupió bocanadas de barro. Ayla percibió el olor de la tierra pura; de pronto, con un chasquido, un abeto cedió y empezó a inclinarse lentamente, desgajándose del suelo y dejando a la vista la mitad de las raíces.

El temblor pareció alargarse eternamente. Ayla rememoró otras situaciones semejantes y las pérdidas ocasionadas por la tierra quejumbrosa y en movimiento. Cerró los ojos con fuerza, estremeciéndose, y sollozó de dolor y miedo. Jonayla también empezó a llorar. De repente Ayla sintió una mano en el hombro, unos brazos en torno a ella y la niña, que les ofrecían solaz y consuelo. Se apoyó en el cálido pecho del hombre a quien amaba, y la pequeña se tranquilizó. Poco a poco se dio cuenta de que el temblor había acabado y la tierra ya no se sacudía, y notó disminuir la tensión dentro de ella.

—¡Jondalar, ha sido un terremoto! —exclamó—. ¡Odio los terremotos!

Se estremeció entre sus brazos. Aunque se abstuvo de decirlo —porque expresar los pensamientos en voz alta podía dotarlos de poder—, pensó que los terremotos eran el mal: parecía que siempre sucedían cosas horrendas cuando temblaba la tierra.

—A mí tampoco me gustan —dijo él, estrechando a su pequeña y frágil familia.

Ayla miró alrededor y se fijó en el abeto caído cerca del manantial. La asaltó un inesperado recuerdo de una escena del pasado, acompañado de un escalofrío.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jondalar.

—Ese árbol —contestó ella.

Él dirigió la vista hacia donde ella miraba y vio el árbol junto al manantial, derribado y con las raíces al aire.

—Recuerdo haber visto muchos árboles caídos e inclinados así, y algunos en tierra o a través de un río. Debió de ser cuando era muy pequeña —dijo, vacilante—, antes de vivir con el clan. Creo que fue cuando perdí a mi madre, y a mi familia, y todo. Iza dijo que yo ya andaba y hablaba, así que debía de tener cinco años cuando ella me encontró.

Después de contarle su recuerdo, Jondalar la abrazó hasta que volvió a relajarse. Si bien fue un relato breve, él comprendió mejor el terror que ella sintió de niña cuando un terremoto asoló el mundo que la rodeaba, y la vida tal y como ella la conocía llegó abruptamente a su fin.

—¿Crees que se repetirá? ¿El terremoto? A veces cuando la tierra se mueve así, no se reasienta de inmediato, y vuelve a temblar —dijo Ayla cuando por fin se

desprendieron el uno del otro.

—No lo sé —contestó él—. Pero quizá debiéramos regresar a Valle Viejo y asegurarnos de que todos están bien.

—¡Claro! He pasado tanto miedo que no he pensado en los demás. Espero que todo el mundo esté a salvo. ¡Y los caballos! ¿Dónde están los caballos? —exclamó Ayla, mirando alrededor—. ¿Están bien?

—Aparte de llevarse el mismo susto que nosotros, están perfectamente. Corredor se ha encabritado, y yo he resbalado pero he conseguido no caerme. Luego ha empezado a correr en amplios círculos. Por lo que yo he visto, Whinney no se ha movido y Gris se ha quedado a su lado. Creo que debe de haberse marchado al galope cuando el terremoto ha parado.

A lo lejos, en el campo llano, Ayla vio a los animales, y dejó escapar un suspiro de alivio. Con su silbido especial, los llamó sonoramente y vio que Whinney levantaba la cabeza e iniciaba el trote en dirección a ella. Corredor y Gris la siguieron, y también Lobo.

—Ya vienen, y allí está Lobo. Debe de haberse marchado con ellos —dijo Jondalar.

Cuando los caballos y Lobo llegaron, Ayla estaba más serena. Como no había ninguna piedra ni tocón adecuado cerca para encaramarse al lomo de Whinney, le entregó Jonayla a Jondalar por un momento y, sujetándose a la crin erizada de la yegua, dio un salto, pasó la pierna por encima y se sentó. Volvió a coger a la niña de manos de Jondalar y observó a este mientras montaba a lomos de Corredor poco más o menos de la misma manera, aunque era tan alto que casi le bastaba con levantar la pierna para acomodarse sobre el corcel robusto y compacto.

Ayla miró hacia el manantial donde el árbol seguía inclinado en un ángulo precario. Pronto acabaría de caerse, no le cabía duda. Si bien antes quería ir hasta allí, ahora ya no deseaba acercarse. Cuando se pusieron en marcha hacia Valle Viejo, oyeron un chasquido violento y, cuando volvieron la vista atrás, vieron chocar contra el suelo el alto abeto con un ruido menos intenso. De regreso a la Quinta Caverna, Ayla pensó en los caballos y el significado de su comportamiento reciente.

—¿Crees que los caballos sabían que la tierra iba a temblar así, Jondalar? ¿Por eso se comportaban de esa manera tan extraña? —preguntó.

—Desde luego estaban nerviosos —contestó Jondalar—. Pero me alegro de que así fuera. Por eso nos hemos marchado y estábamos en campo abierto cuando ha ocurrido. Creo que es menos peligroso estar aquí, porque no hay riesgo de que te caiga algo encima.

—Pero la tierra puede abrirse bajo tus pies —observó Ayla—. Creo que eso fue lo que le pasó a mi familia. Recuerdo ese olor a tierra profunda, a humedad y descomposición. Aunque me parece que no todos los terremotos son iguales. Unos

son más intensos que otros, y la mayoría pueden percibirse a grandes distancias pero no con la misma fuerza.

—Cuando eras pequeña, debías de estar muy cerca del sitio donde empezó el temblor si todos los árboles cayeron y la tierra se abrió. No creo que estuviéramos tan cerca de este. Sólo se ha caído un árbol.

Ayla sonrió.

—Aquí no hay muchos árboles que puedan caerse, Jondalar.

Él, un poco turbado, le devolvió la sonrisa.

—Es verdad, y razón de más para estar en un sitio como este cuando la tierra tiembla.

—Pero ¿cómo va uno a saber cuándo temblará la tierra?

—¡Estando atentos a los caballos! —contestó él.

—Ojalá pudiera estar segura de que eso siempre dará resultado —deseó ella.

Cuando se acercaron a Valle Viejo, advirtieron más actividad de la acostumbrada. Casi todo el mundo parecía fuera de los refugios, y muchos se apiñaban ante uno de ellos. Desmontaron y llevaron los caballos a pie hacia el refugio que ocupaban, contiguo a aquel donde la gente se había congregado.

—¡Aquí estáis! —exclamó la Primera—. Me he quedado un poco preocupada por vosotros cuando la tierra ha empezado a temblar.

—Estamos bien. ¿Y tú? —preguntó Ayla.

—Bien, bien, pero en la Quinta Caverna hay algunos heridos, uno de ellos grave —informó la mujer—. Quizá podrías echarle un vistazo.

Ayla percibió el tono de inquietud en su voz.

—Jondalar, ¿puedes coger los caballos y ver cómo está todo? Yo me quedaré aquí a ayudar a la Zelandoni —dijo.

Siguió a la corpulenta mujer hasta que llegaron al refugio donde un niño yacía sobre una piel de dormir extendida en el suelo, con el lado del pelaje hacia abajo para proporcionarle una superficie más mullida. Habían colocado bajo él cojines y mantas para levantarle un poco la cabeza y los hombros. Justo debajo de la cabeza tenía pieles suaves y flexibles, manchadas de sangre, y esta seguía manando. Ayla sacó a Jonayla de la manta de acarreo, que extendió en el suelo para colocar en ella a la niña. Lobo se tumbó a su lado. Luego apareció Hollida.

—Yo la vigilaré —se ofreció.

—Te estaré muy agradecida —dijo Ayla.

Vio cerca un grupo de gente que parecía consolar a una mujer y comprendió que debía de tratarse de la madre del niño. Sabía cómo se sentiría ella si aquel fuera su hijo. Cruzó una breve mirada con la Primera y supo que la lesión del niño era más que grave. No auguraba nada bueno.

Ayla se arrodilló para examinarlo. El niño yacía bajo la luz del sol, si bien unas

nubes altas le restaban intensidad. Lo primero que Ayla advirtió fue que estaba inconsciente pero respiraba, aunque de manera lenta e irregular. Había sangrado mucho, pero eso era normal con las heridas en la cabeza. Mucho más alarmante era el líquido rosáceo que brotaba de la nariz y las orejas. Eso significaba que el hueso del cráneo se había fracturado y la sustancia interior estaba dañada, cosa que no era buena señal. Ayla entendió la preocupación de la Primera. Abrió los párpados al niño y le miró los ojos: una pupila se contrajo por efecto de la luz; la otra, más dilatada que la primera, no reaccionó, otro mal indicio. Le volvió ligeramente la cabeza para que la mucosidad sanguinolenta procedente de la boca resbalara hacia el lado y no obstruyera las vías respiratorias.

Tuvo que reprimir un cabeceo para que la madre no adivinase las pocas esperanzas que albergaba. Se irguió y miró fijamente a la Primera, comunicando su fatídico pronóstico. Se apartaron hacia donde el Zelandoni de la Quinta Caverna observaba. Algunas personas de su refugio habían ido en busca del Zelandoni al resultar herido el niño, y él ya lo había examinado. Había pedido a la Primera que le echara un vistazo para confirmar el diagnóstico.

—¿Qué os parece? —preguntó el hombre en un susurro, mirando primero a la mujer de mayor edad y después a la más joven.

—Creo que no hay esperanza —contestó Ayla en voz muy baja.

—Coincido con ella, me temo —corroboró La Que Era la Primera—. Es poco lo que puede hacerse con una herida así. No sólo ha perdido sangre, sino también otros fluidos del interior de la cabeza. Pronto la herida se hinchará, y será el final.

—Eso mismo he pensado yo. Tendré que decírselo a la madre —contestó el Zelandoni de la Quinta.

Los tres zelandonia se acercaron al pequeño grupo de gente que intentaba consolar a la mujer sentada en el suelo no lejos del niño. Cuando vio la expresión en las caras de los tres zelandonia, la mujer rompió a llorar. El Zelandoni de la Quinta Caverna se arrodilló a su lado.

—Lo siento, Janella. La Gran Madre llama a Jonlotan de regreso a ella. Estaba tan lleno de vida, proporcionaba tal alegría, que Doni no ha podido prescindir de él. Lo ama demasiado —dijo el hombre.

—Pero yo también lo amo. Doni no puede amarlo más que yo. Es muy pequeño. ¿Por qué tiene que llevárselo ahora? —protestó Janella entre sollozos.

—Volverás a verlo, cuando regreses al seno de la Madre y camines por el otro mundo —aseguró el Quinto.

—Pero no quiero perderlo ahora. Quiero verlo crecer. ¿Y tú no puedes hacer nada? —suplicó la madre del niño mirando a la Primera—. Tú eres la Zelandoni más poderosa que existe.

—Ten por seguro que si hubiera algo que hacer, estaría haciéndolo. No imaginas

lo mucho que me duele decirlo, pero no hay nada que hacer con una herida tan grave —declaró La Que Era la Primera.

—La Madre tiene ya a muchos, ¿por qué lo quiere también a él? —se lamentó Janella, llorando.

—Ésa es una pregunta cuya respuesta no nos es dado conocer. Lo siento, Janella. Debes acercarte a él mientras aún respira y darle consuelo. Ahora su elán debe encontrar el camino al otro mundo, y seguro que está asustado. Aunque quizá no lo demuestre, agradecerá tu presencia —dijo la mujer corpulenta y poderosa.

—Aún respira. ¿Crees que puede despertar? —preguntó Janella.

—Es posible —contestó la Primera.

Varias personas ayudaron a la mujer a levantarse y la condujeron hacia su hijo moribundo. Ayla cogió a su pequeña, la abrazó y dio las gracias a Hollida; luego se fue al refugio donde se alojaban. Los otros dos zelandonia se reunieron con ella.

—Ojalá pudiera hacer algo. Me siento tan impotente... —dijo el Zelandoni de la Quinta Caverna.

—Todos nos sentimos así en momentos como este —señaló la Primera.

—¿Cuánto crees que le queda de vida? —preguntó él.

—Nunca se sabe. Podría aguantar unos días —respondió la Zelandoni de la Novena Caverna—. Si quieres, podemos quedarnos, pero me gustaría saber cuál ha sido el alcance de este terremoto y si se ha dejado sentir en la Novena Caverna. Tenemos allí a unas cuantas personas que no han ido a la Reunión de Verano...

—Mejor será que vayáis a ver cómo están —dijo el Quinto—. Tienes razón, es imposible saber cuánto vivirá el niño, y tú eres responsable de la Novena Caverna, y debes velar por su bienestar. Yo haré aquí lo que sea necesario, como tantas veces. Enviar el elán de alguien al otro mundo no está entre mis responsabilidades preferidas en la caverna, pero debe hacerse, y es importante que se haga bien.

Esa noche todos durmieron fuera de los refugios de piedra, la mayoría de ellos en tiendas. Temían entrar allí donde aún podían caer rocas, y sólo entraban de prisa y corriendo a coger lo que necesitaban. Se produjeron unas cuantas réplicas, y alguna que otra roca más se desprendió de las paredes y los techos de los refugios, pero nada tan pesado como el trozo que cayó al niño en la cabeza. Pasaría un tiempo hasta que a la gente le apeteciese volver a guarnecerse en un refugio de piedra, aunque cuando el frío y la nieve del invierno periglaciario llegasen, se olvidarían del peligro de desprendimientos y se alegrarían de disponer de protección contra las inclemencias del tiempo.

La procesión compuesta de personas, caballos y un lobo se puso en marcha a la mañana siguiente. Ayla y la Primera se acercaron a ver al niño, pero sobre todo a ver cómo estaba la madre. Las dos experimentaban sentimientos encontrados ante la idea

de irse. Por un lado, deseaban quedarse y ayudar a la madre del herido a hacer frente a su pérdida, pero a las dos les preocupaban aquellos que habían permanecido en el refugio de piedra de la Novena Caverna de los zelandonii.

Viajaron hacia el sur, siguiendo el sinuoso cauce del Río aguas abajo. La distancia no era muy grande, pero tenían que volver a vadear el Río y ascender a las tierras altas y luego bajar, porque la tortuosa corriente de agua, en uno de sus tramos, discurría al pie mismo de las paredes rocosas. Aun así, gracias a los caballos, esta vez la expedición fue más llevadera y más rápida. A media tarde, divisaron la pared vertical de piedra caliza que albergaba el gran refugio de la Novena Caverna, con la columna que parecía a punto de caer en lo alto. Aguzaron la vista por si alcanzaban a ver alguna diferencia que los alertase de los posibles daños en su hogar, o en los habitantes.

Llegaron al Valle del Bosque y cruzaron el pequeño río que desembocaba en el Río. Unas cuantas personas esperaban en el extremo norte de la entrada de piedra orientada al sudoeste cuando ellos empezaron a subir por la cuesta. Alguien los había visto llegar y había avisado a los demás. Cuando pasaron ante el saliente anguloso donde estaba la fogata de señales, Ayla vio que aún humeaba por su uso reciente y se preguntó la razón.

Como la Novena Caverna era tan populosa, los que no habían asistido a la Reunión de Verano, por un motivo o por otro, eran casi tantos como los que componían toda la población de algunas cavernas menores, si bien en proporción era un número comparable al de otros grupos. La Novena Caverna era la más poblada entre las cavernas zelandonii, más aún que la Vigésimo novena y la Quinta, constituidas por varios refugios de piedra. El suyo era enorme y tenía cabida de sobra para albergar cómodamente a sus numerosos habitantes, incluso a más gente. Por otra parte, la Novena Caverna contaba con individuos expertos en áreas muy diversas y tenían mucho que ofrecer. Por consiguiente, disfrutaban de un gran prestigio entre los zelandonii. Muchos deseaban incorporarse a la caverna, pero esta sólo podía admitir a una cantidad determinada, y sus miembros tendían a ser selectivos, eligiendo a aquellos que reforzaban su estatus, si bien una vez alguien nacía entre ellos o era aceptado, rara vez lo expulsaban.

Todos aquellos que no habían acudido a la Reunión de Verano, y estaban capacitados, salieron a contemplar la llegada de los viajeros, muchos de ellos boquiabiertos. Nunca habían visto a su donier en el asiento tirado por el caballo de Ayla. Esta se detuvo para que la Zelandoni se apeara de la angarilla, cosa que ella hizo con serena dignidad. La Primera vio a una mujer de mediana edad, Stelona, a quien consideraba ecuánime y responsable, y que se había quedado en la Novena Caverna para cuidar de su madre enferma.

—Estábamos de visita en la Quinta Caverna y hubo un fuerte terremoto.

¿Vosotros lo notasteis aquí, Stelona? —preguntó la Primera.

—Sí, y la gente se llevó un buen susto, aunque no pasó nada grave. Cayeron unas cuantas piedras, pero casi todas en la zona de reunión, no aquí. Nadie resultó herido —informó Stelona, adelantándose a la siguiente pregunta de la Zelandoni.

—Me alegro. La Quinta Caverna no tuvo tanta suerte. Un niño sufrió una herida mortal al caerle una piedra en la cabeza. Lamentablemente no hay esperanzas de recuperación. Puede que esté ya caminando en el otro mundo —dijo la donier.

—¿Habéis tenido noticias de las otras cavernas cercanas, Stelona? ¿La Tercera? ¿La Undécima? ¿La Decimocuarta? —quiso saber la Primera.

—Sólo por el humo de sus fogatas de señales, informándonos de que seguían allí y no necesitaban ayuda inmediata —respondió Stelona.

—Bien, aun así creo que iré a comprobar los daños que han sufrido, si es que los ha habido —dijo la donier, y se volvió hacia Ayla y Jondalar—. ¿Queréis venir? ¿Y traer quizá a los caballos? Podrían ser útiles si alguien necesita ayuda.

—¿Hoy? —preguntó Jondalar.

—No, pensaba visitar a nuestros vecinos mañana a primera hora.

—Te acompañaré encantada —se ofreció Ayla.

—Claro, yo también —añadió Jondalar.

Ayla y Jondalar descargaron la parihuela de Corredor, dejando en ella sólo sus propias cosas, y colocaron los demás bultos en el saliente frente a la zona de vivienda; luego se llevaron a los caballos tirando de la angarilla casi vacía hasta dejar atrás la parte del refugio ocupada por la mayoría de la gente. Ellos vivían en el otro extremo del espacio habitado, si bien la cornisa de piedra protegía una sección mucho más amplia, que en su mayor parte se utilizaba sólo de vez en cuando, excepto los lugares habilitados para los caballos. Al recorrer la zona delantera del enorme refugio, no pudieron por menos de advertir la presencia de algunos fragmentos de roca recién caídos, pero ninguno demasiado grande, nada como los trozos que a veces se desprendían por sí solos sin razón conocida.

Cuando llegaron a la gran piedra lisa cerca del borde de la entrada delantera en la que Joharran y otros a veces se colocaban cuando deseaban dirigir la palabra a un grupo, Ayla se preguntó cuándo habría caído y cuál habría sido la causa de su desprendimiento. ¿Se habría debido a un terremoto o habría caído por sí sola? De pronto los refugios de piedra que tanta protección parecían ofrecer no daban ya la misma sensación de seguridad.

Cuando empezaron a tirar de los caballos bajo la cornisa hacia su espacio, Ayla se preguntó si los animales se plantarían y se negarían a avanzar como la noche anterior. Pero estaban familiarizados con el lugar y al parecer no percibieron peligro alguno. Entraron directamente, ante lo que ella experimentó un inmenso alivio. En realidad no existía protección cuando a la tierra le daba por temblar, ni dentro ni fuera, pero si

los caballos volvían a prevenirla, preferiría estar en el exterior.

Desengancharon las angarillas y las dejaron en su sitio; luego llevaron a los caballos a los corrales que les habían construido. No los dejaban encerrados. Aquellas estructuras bajo la cornisa eran para comodidad de los animales, que podían entrar y salir a su antojo en cualquier momento. Ayla les llevó agua del arroyo alimentado por un manantial que separaba la Novena Caverna de Río Abajo, y la echó en sus bebederos, pese a que los caballos podían ir a buscarla fácilmente por sí solos al arroyo. Quería asegurarse de que tenían agua a su disposición durante la noche, sobre todo la potranca.

Únicamente durante el celo de primavera imponían limitaciones a los caballos. No sólo privaban de libertad a los animales cerrando la valla y amarrándolos a postes con sus cabestros, sino que además Ayla y Jondalar solían dormir muy cerca para ahuyentar a los sementales que se sentían atraídos por la yegua. Ayla temía que algún semental capturase a Whinney y se la llevara con su manada, y Jondalar no quería que Corredor se marchara y resultara herido en una pelea con otros sementales en un esfuerzo por montar a las tentadoras hembras. Incluso había que mantenerlo apartado de su madre, cuyo olor de apareo percibía tan abrumadoramente cerca. Era un momento difícil para todos.

Algunos cazadores aprovechaban el atractivo aroma de Whinney, que podía ser detectado por los machos a dos kilómetros de distancia, y mataban a algunos caballos salvajes. Pero no lo hacían a la vista de Ayla y desde luego no se lo mencionaban. Ella conocía esa práctica y en realidad no los culpaba. Personalmente no le gustaba la carne de caballo, y prefería no comerla, pero sabía que la mayoría de la gente la encontraba sabrosa. Mientras no fueran a por sus caballos, ella no se oponía a que los demás cazaran a esos animales. Eran una fuente de alimentación valiosa.

Regresaron a su propia morada y descargaron sus pertenencias. Aunque no habían pasado mucho tiempo fuera, ni siquiera tanto como durante una Reunión de Verano, Ayla se alegraba de estar de vuelta. Con la visita a otras cavernas y lugares sagrados en el camino, tenía la sensación de haberse ausentado más tiempo que otras veces, y se sentía cansada por el esfuerzo. El terremoto había sido especialmente agotador. Se estremeció sólo de recordarlo.

Jonayla estaba inquieta desde hacía un rato, así que llevó a la niña al cambiador situado frente a la morada; luego entró y se acomodó para amamantarla, contenta de verse allí. La estructura tenía las paredes de paneles de cuero sin curtir, pero no techo, al menos no un techo construido. Al alzar la vista, veía la cara inferior del saliente de roca natural del refugio. Le llegó el olor de algún guiso, y sabía que compartirían una comida con algún miembro de su comunidad, y después podría meterse bajo las pieles de dormir y acurrucarse entre Jondalar y Jonayla, con Lobo un poco más allá. Se alegraba de estar otra vez en casa.

—Hay una cueva sagrada cerca de aquí que en realidad no has explorado, Ayla —dijo la Zelandoni mientras compartían la comida de la mañana al día siguiente—. La que llamamos «Sitio de las Mujeres», en la otra orilla del Río de la Hierba.

—Pero si ya he estado en el Sitio de las Mujeres —repuso Ayla.

—Sí, has estado, pero ¿hasta dónde has llegado? Hay mucho que aún no has visto. Queda de camino a Roca de la Cabeza de Caballo y Hogar del Patriarca. Creo que deberíamos hacer un alto en el camino de vuelta.

A Ayla le fascinaban las visitas a las cuevas sagradas, pero eran agotadoras, y había visto ya tantas recientemente que estaba saturada. Era demasiado para asimilarlo todo de golpe. Necesitaba un poco de tiempo para pensar en lo que había visto, pero no se atrevía a rechazar la propuesta de la Zelandoni, como tampoco podía negarse a acompañarla cuando fuera a visitar las otras cavernas de la región para comprobar cómo habían sobrellevado el terremoto. Ella también quería saberlo, pero estaba cansada de viajar y no le habría importado reposar un día o dos.

El terremoto se había dejado sentir en la Tercera, la Undécima y la Decimocuarta cavernas, sus vecinas más cercanas, así como en Hogar del Patriarca, la Segunda Caverna, y Roca de la Cabeza de Caballo, la Séptima, causando daños escasos, si es que se habían interpretado bien las señales de humo de las fogatas, pero la Primera quería visitar también las cavernas situadas un poco más lejos sólo para mayor seguridad. Unas cuantas personas de las cavernas cercanas tenían magulladuras a causa de la caída de piedras, y un precioso candelabro tallado en arenisca había quedado hecho añicos. La donier quiso cerciorarse de que las heridas sufridas no eran realmente graves. Tuvo la sensación de que en esta zona el terremoto se había dejado sentir menos que en Valle Viejo y se preguntó si al norte se habría notado más.

De camino a Roca de la Cabeza de Caballo, se detuvieron en un par de hogares de cavernas menores próximas al Pequeño Río de la Hierba, constituidas por jóvenes que empezaban a resentirse de la falta de espacio. Varios refugios y cuevas de la región estaban habitados, al menos parte del año, y la gente había empezado a llamar a esa zona Hogar Nuevo. Se hallaban todos vacíos, incluso el más poblado, que se conocía como Monte del Oso. La Zelandoni explicó que los jóvenes que vivían allí se consideraban aún parte de la caverna de sus familias y viajaban con ellas a la Reunión de Verano. Aquellos que no iban se juntaban con los que también se quedaban de su caverna de origen. Aunque no vieron a nadie, al ir por allí Jondalar y la Zelandoni pudieron enseñarle a Ayla el «camino de vuelta» a Roca de la Cabeza de Caballo y el Hogar del Patriarca, así como el Valle Dulce, las tierras bajas fértiles y húmedas entre ambas cavernas.

Después de pasar por Monte del Oso, cruzaron el Pequeño Río de la Hierba —en esa época del año el río bajaba muy seco y era fácil atravesarlo, sobre todo allí donde

se ensanchaba— y se encaminaron hacia el Valle Dulce y Roca de la Cabeza de Caballo, la Séptima Caverna de los zelandonii. La mayoría de los miembros de la Segunda Caverna que se habían quedado estaban con los de la Séptima; aun así, unos cuantos seguían allí, y acogieron a los visitantes con entusiasmo, en parte porque los enfermos o debilitados se alegraban de la presencia de las doniers, pero sobre todo porque era una interrupción en el tedio de ver siempre al mismo puñado de personas. Los zelandonii eran un pueblo sociable, habituado a convivir con más personas, y en su mayoría, incluso si eran incapaces de ir a la Reunión de Verano, echaban de menos la emoción del encuentro. Como la gente estaba aún en la Reunión de Verano, o realizando alguna que otra actividad veraniega —como cazar, pescar, recolectar, explorar o ir de visita—, resultaba un poco extraño presentarse en las cavernas cuando se hallaban casi vacías.

Todos habían percibido el terremoto, pero nadie había resultado herido, aunque algunos seguían un poco nerviosos y deseaban que la Primera los tranquilizara. Ayla observó cómo los reconfortaba con sus palabras, pese a no decir en realidad nada concreto, y de todos modos no habría podido hacer nada para prevenir el movimiento natural de la tierra. Era su manera de hablar, su aplomo, su postura, pensó la joven. La Zelandoni la hacía sentir mejor incluso a ella. Se quedaron allí a pasar la noche; la gente había empezado a prepararles un lugar para dormir y comida para un pequeño banquete en cuanto llegaron. Habría sido descortés, por no decir grosero, marcharse antes.

Al día siguiente, en el camino de vuelta, la Zelandoni quiso pasar por un lugar que habían circundado a la ida. Volvieron a superar la elevación del terreno, en dirección al Pequeño Río de la Hierba, pero hacia una comunidad situada más arriba, en el borde del promontorio llamado Atalaya. Era un nombre adecuado. Se trataba de una zona poblada en torno a afloramientos de roca, que ofrecían cierta protección de las inclemencias del tiempo, y en ese momento se hallaba desocupada. Pero desde un otero cercano veían a lo lejos en muchas direcciones, especialmente hacia el oeste.

Ayla se sintió intranquila en cuanto se acercaron al lugar. No supo por qué, pero tenía una extraña sensación en medio de la espalda. De haber sido por ella, se habrían marchado de allí en el acto. En cuanto descabalgó, Lobo se le acercó, se frotó contra su pierna y gimió. Tampoco a él le gustaba ese lugar, pero los caballos no parecieron alterarse. Era un día de verano como cualquier otro, con un sol cálido y la hierba verde en la ladera, y desde allí se disfrutaba de una vista magnífica del paisaje. No veía ni detectaba nada que pudiera explicar su malestar, y no sabía si decir algo al respecto.

—¿Quieres parar a descansar y comer aquí, Zelandoni? —preguntó Jondalar.

—No veo ninguna razón para quedarnos aquí —contestó la mujer, encaminándose hacia la angarilla—, y menos si pensamos parar en el Sitio de las

Mujeres. Y si no tardamos mucho, aquello está relativamente cerca de la Novena Caverna y quizá podamos llegar a casa antes del anochecer.

Ayla no lamentó que la Zelandoni decidiese continuar y se alegró de que la Primera hubiese deseado enseñarle las profundidades sagradas del Sitio de las Mujeres. Descendieron por el lado oeste de la elevación hasta el Pequeño Río de la Hierba, que vadearon ya cerca de su confluencia con el Río de la Hierba. Un poco más allá había un pequeño valle en forma de U delimitado por altos precipicios de piedra caliza que descendía hacia el Río de la Hierba y seguía más allá; era el valle verde que daba su nombre a aquel cauce: Río de la Hierba.

La exuberante hierba de la pequeña pradera atraía a muchos pacedores, pero las altas paredes circundantes se atenuaban hasta formar, al cabo de unos cien metros, pendientes por las que era fácil subir, en particular para los animales con cascos, por lo que no era un lugar del todo adecuado para colocar una trampa en una cacería sin una considerable construcción de cercas y corrales. Dicha obra se había iniciado en otro tiempo, sin llegar a completarse jamás. Sólo quedaba de ese esfuerzo parte de la cerca podrida.

La zona se conocía como Sitio de las Mujeres. No se prohibía el acceso a los hombres, pero como básicamente lo empleaban las mujeres, pocos hombres la visitaban excepto los zelandonia. Ayla se había detenido allí antes, pero normalmente para entregar un mensaje, o para acompañar a alguien que iba de camino a otra parte. Nunca había tenido ocasión de quedarse mucho tiempo. Por lo general, procedía de la Novena Caverna y sabía que, al llegar al pequeño prado con el Río de la Hierba a sus espaldas, en la pared de la derecha se veía una pequeña cueva, refugio temporal y en algún momento lugar de almacenaje. Otra gruta pequeña penetraba en la misma pared de piedra caliza poco más allá del recodo por donde se accedía al valle cerrado.

Mucho más importantes eran otras dos cuevas: estrechas y sinuosas fisuras abiertas en un pequeño refugio de piedra situado al fondo del prado, un poco por encima del llano de aluvi3n. Esas cuevas al final del valle habían sido uno de los motivos de la reticencia a convertir aquel espacio en lugar de caza, aunque por sí solas no habrían tenido la menor importancia si el valle fuera realmente id3neo para ese fin. El primer pasadizo, a la derecha, se adentraba en la pared de piedra caliza y retrocedía hacia el lugar de donde ellos venían, hasta terminar en una salida pequeña y estrecha no muy lejos de la primera cueva de la pared derecha. Aunque contenía muchos grabados en las paredes, la cueva y el refugio de piedra donde esta tenía su entrada se empleaban principalmente como alojamiento cuando se visitaba la otra cueva.

No había nadie cuando Ayla, Jondalar y la Zelandoni llegaron. La mayoría de las personas no habían vuelto aún de sus actividades veraniegas, y las pocas que se habían quedado en sus espacios de vivienda no tenían razón alguna para ir de visita.

Jondalar desenganchó la angarilla de los caballos para darles un descanso. Las mujeres que iban allí mantenían el lugar limpio y en orden, pero recibía muchas visitas y se veía muy usado. Además, un sitio para mujeres era inevitablemente también para niños. En su anterior visita, Ayla había percibido claramente indicios de las actividades de la vida cotidiana. Se veían por allí cuencos y cajas de madera, cestos tejidos, juguetes, ropa, armazones y postes para secar o confeccionar cosas. Objetos de madera, hueso, asta o pedernal a veces se perdían o rompían, o se los llevaban los niños y acababan apartados o abandonados en la cueva, sin que nadie los viera en la oscuridad. Se cocinaba, se amontonaba basura y, sobre todo en los días de mal tiempo, se hacían las necesidades dentro de la cueva, pero, según supo Ayla, sólo en la cueva de la derecha.

Algunas cosas seguían allí. Ayla encontró un tronco con una concavidad que obviamente se había empleado para contener líquido, pero decidió usar sus propios utensilios para preparar una infusión y sopa. Reunió leña y, aprovechando una depresión negra ya existente llena de carbón, encendió una fogata y añadió piedras de cocinar para calentar el agua. Ocupantes anteriores habían arrastrado troncos y trozos de piedra caliza hasta cerca del fuego y la Zelandoni llevó los cojines rellenos de la parihuela y los colocó alrededor para que los asientos fuesen más cómodos. Ayla dio de mamar a Jonayla y luego la dejó en el suelo sobre su manta para comer ella y contempló a la niña mientras se quedaba dormida.

—¿Tú quieres venir, Jondalar? —preguntó la Zelandoni cuando terminaron—. Probablemente no la has visto desde que eras niño y dejaste tu marca dentro.

—Sí, me parece que os acompañaré —contestó.

Casi todo el mundo dejaba una marca en las paredes de esa cueva en algún momento, en ciertos casos más de una, aunque los varones de la comunidad normalmente eran niños o adolescentes jóvenes cuando realizaban las suyas. Jondalar recordaba la primera vez que entró solo. Era una cueva sencilla, sin múltiples pasadizos donde perderse, y se permitía a los niños campar a su aire. Por lo general, entraban solos o como mucho de dos en dos para trazar sus propias marcas particulares, silbando o tarareando o cantando hasta que las paredes parecían responder. Las marcas y los grabados no simbolizaban ni representaban nombres; eran la manera en que las personas hablaban a la Gran Madre Tierra de sí mismos, cómo se definían ante ella. A menudo sólo dibujaban líneas con los dedos. Con eso bastaba.

Después de comer, Ayla envolvió a la niña y se la colocó firmemente a la espalda. Cada uno encendió un candil y entraron en la cueva, la Zelandoni en cabeza y Lobo cerrando la marcha. Jondalar se acordó de que la cueva de la izquierda le había parecido extraordinariamente larga —serpenteaba en la piedra hasta una profundidad de más de trescientos metros— y de que el principio de la fisura era bastante

accesible, sin nada digno de mención. Sólo unas cuantas marcas en las paredes cerca de la entrada indicaban que alguien había estado allí antes.

—¿Por qué no usas tus trinos de ave para hablar con la Madre, Ayla? —propuso la Primera.

Ayla había oído el tarareo de la mujer, no muy alto pero sí melódico, y no esperaba esa propuesta.

—Si tú quieres —contestó, e inició una serie de reclamos, aquellos que consideró los sonidos vespertinos más suaves.

A unos ciento cincuenta metros de la entrada, a mitad de camino, la cueva se estrechaba y los sonidos resonaban de una manera distinta. Era allí donde empezaban los dibujos. En adelante, imágenes de todo tipo cubrían las paredes. Las dos paredes del sinuoso pasadizo subterráneo contenían innumerables grabados entremezclados, a menudo indistinguiblemente superpuestos y enmarañados. Algunos se hallaban aislados y muchos de los que podían interpretarse estaban muy bien ejecutados. Quienes más frecuentaban la cueva eran mujeres adultas; por consiguiente, eran ellas las autoras de los grabados mejor acabados y más pulidos.

Predominaban los caballos, representados en posiciones de descanso y en animado movimiento, incluso al galope. También destacaban los bisontes, pero había otros muchos animales: renos, mamuts, íbices, osos, felinos, asnos salvajes, ciervos, rinocerontes lanudos, lobos, zorros y al menos un antílope saiga; en total, centenares de grabados. Algunos eran muy poco comunes: como el mamut que tenía la trompa enroscada hacia arriba; una extraordinaria cabeza de león, en la que se había aprovechado una piedra incrustada en la pared para representar el ojo; un reno agachado para beber que destacaba por su belleza y realismo, al igual que otros dos renos, uno frente al otro. Las paredes eran frágiles y no se prestaban bien a la pintura, pero era fácil trazar marcas y grabar, incluso con los dedos.

También había muchas figuras humanas parciales —incluidos rostros, manos y siluetas diversas—, pero siempre distorsionadas, nunca tan nítida y hermosamente dibujadas como los animales; ese era el caso de la figura sentada, vista de perfil, con unos miembros desproporcionadamente grandes. Muchos grabados estaban incompletos y enterrados bajo una red de líneas, diversos símbolos geométricos, signos tectiformes y marcas y garabatos indefinidos que podían interpretarse de muy diversas maneras, a veces según el ángulo de la luz que los iluminaba. En un principio, las cuevas se formaron por el paso de ríos subterráneos, y al final de la galería había aún una zona kárstica de formación activa.

Lobo se adelantó en una de las partes más inaccesibles de la cueva. Volvió con algo en la boca y lo dejó a los pies de Ayla.

—¿Qué es esto? —preguntó ella al agacharse a recogerlo. Los tres alumbraron el objeto con sus candiles—. ¡Zelandoni, esto parece un trozo de cráneo! —exclamó

Ayla—. Y aquí hay otro, parte de una mandíbula. Es pequeño. Puede que fuera de una mujer. ¿Dónde los habrá encontrado?

La Zelandoni los cogió y los sostuvo a la luz del candil.

—Es posible que aquí haya tenido lugar un enterramiento en tiempos lejanos. Esto es una zona poblada desde hace mucho. —Vio que Jondalar se estremecía involuntariamente. Prefería dejar las cosas del mundo de los espíritus a los zelandonia, y ella lo sabía.

Jondalar había colaborado en los enterramientos cuando se lo había pedido, pero detestaba esa obligación. Normalmente, cuando los hombres regresaban de cavar fosas, o de otras actividades que los acercaban peligrosamente al mundo de los espíritus, iban a restregarse y purificarse a la cueva llamada el Sitio de los Hombres, que se hallaba en una elevación del terreno frente a la Tercera Caverna, en la otra orilla del Río de la Hierba. Tampoco se prohibía a las mujeres el acceso al Sitio de los Hombres, pero allí, al igual que en los alojamientos alejados, se llevaban a cabo sobre todo actividades masculinas, y pocas mujeres, aparte de las zelandonia, iban a esa cueva.

—El espíritu ha abandonado hace mucho tiempo estos restos —declaró ella—. El elán encontró su camino al mundo de los espíritus hace tanto que sólo quedan fragmentos de hueso. Puede que haya más.

—¿Tienes idea de por qué se enterró aquí a alguien, Zelandoni? —preguntó Jondalar.

—No acostumbramos a hacerlo, pero seguro que esta persona fue depositada en este lugar sagrado por alguna razón. No sé por qué la Madre ha decidido permitir que el lobo nos muestre los restos, pero volveré a dejarlos más adelante. Creo que es mejor devolvérselos a la Madre.

La Que Era la Primera se adentró en la tortuosa oscuridad de la cueva. Observaron avanzar la llama frente a ellos hasta desaparecer. No mucho después asomó de nuevo, y pronto vieron regresar a la mujer.

—Creo que ha llegado el momento de volver —anunció.

Ayla se alegró de salir de la gruta. Las cuevas, además de oscuras, siempre eran húmedas y frías en cuanto se dejaba atrás la entrada, y en aquella en particular se percibía una sensación de encierro, pero tal vez fuera porque ella ya estaba cansada de cuevas. Sólo quería volver a su casa.

Cuando llegaron a la Novena Caverna, descubrieron que había llegado más gente de la Reunión de Verano, aunque algunos planeaban volver a marcharse pronto. Los había acompañado un joven que sonreía tímidamente a una mujer sentada junto a él. Tenía el cabello castaño claro y los ojos grises. Ayla reconoció a Matagan, el joven de la Quinta Caverna al que un rinoceronte lanudo había corneado en la pierna el año anterior.

Ayla y Jondalar volvían de su período de aislamiento después de su ceremonia matrimonial cuando vieron a varios jóvenes —en realidad muchachos inexpertos— que acosaban a un rinoceronte adulto enorme. Los jóvenes compartían uno de los alojamientos alejados de solteros, algunos por primera vez, y estaban envanecidos, seguros de que vivirían eternamente. Cuando vieron al rinoceronte lanudo, decidieron cazarlo ellos solos, sin ir a buscar a un cazador mayor y más experto. Sólo pensaban en los elogios y la gloria que recibirían cuando la gente de la Reunión de Verano viera su pieza.

Eran ciertamente muy jóvenes, algunos apenas habían alcanzado el rango de cazador, y sólo uno de ellos había visto a cazadores acosar a un rinoceronte, aunque todos conocían la técnica de oídas. Ignoraban lo engañosamente rápida que podía ser esa criatura, o lo importante que era concentrarse, sin desviar la atención ni un solo instante. Y ese fue el problema. El rinoceronte había dado señales de cansancio, y el muchacho no había observado con la debida atención al animal. Cuando el rinoceronte embistió a Matagan, este no se movió con la celeridad necesaria. Recibió una tremenda cornada en la pierna derecha por debajo de la rodilla. La herida era grave, quedando la parte inferior de la pierna visiblemente torcida hacia atrás y los huesos astillados asomando por la herida en medio de una profusa hemorragia. Muy posiblemente habría muerto si Ayla no hubiese estado allí por casualidad y sabido, gracias a su adiestramiento en el clan, cómo reparar una pierna rota y restañar una hemorragia.

Una vez salvada su vida, el mayor temor era que quizá no pudiese volver a andar con esa pierna. Sin embargo consiguió caminar, pero con una lesión permanente y cierto grado de parálisis. Disfrutaba de movilidad considerable, si bien su capacidad para agacharse o acechar a un animal se vio muy mermada; lo cierto era que nunca llegaría a ser un buen cazador. Poco después se iniciaron las conversaciones sobre la posibilidad de que fuera aprendiz de Jondalar en la talla de pedernal. La madre del muchacho y el compañero de esta, además de Kemordan, el jefe de la Quinta Caverna, Joharran, Jondalar y Ayla, ya que el chico se quedaría a vivir con ellos, finalmente lo acordaron todo en la Reunión de Verano antes de marcharse. Ayla sentía simpatía por Matagan y aprobó el proyecto. El muchacho necesitaba un oficio que le proporcionara respeto y prestigio, y ella recordó lo mucho que Jondalar había disfrutado, durante su viaje, enseñando su oficio a cualquiera dispuesto a aprender, sobre todo a los más jóvenes.

Pero Ayla tenía la esperanza de disfrutar de un día o dos de descanso y paz sola en su casa. Respiró hondo en silencio y se acercó para saludar a Matagan. Él sonrió cuando la vio llegar y se apresuró a ponerse en pie con cierta dificultad.

—Saludos, Matagan —dijo, tendiendo las dos manos hacia las de él—. En nombre de la Gran Madre Tierra, bienvenido seas. —Lo examinó atentamente a su

manera indirecta, advirtiéndole que se le veía bastante alto para su edad pese a ser aún joven y no haber alcanzado toda su estatura. Esperaba que su pierna lisiada continuara creciendo a la par que la pierna ilesa. Era imposible adivinar la altura que alcanzaría, pero la cojera se agravaría si las piernas eran de longitudes distintas.

—En nombre de Doni, yo te saludo, Ayla —contestó él, que era el saludo cortés que le habían enseñado a usar.

Jonayla, sujeta a la espalda de su madre con la manta de acarreo, se revolvió para ver con quién hablaba.

—Creo que Jonayla también quiere saludarte —dijo Ayla, aflojando la manta y deslizándosela al frente. La pequeña miró al muchacho con los ojos muy abiertos y de pronto sonrió y tendió los brazos hacia él. Ayla se sorprendió.

Él le devolvió la sonrisa.

—¿Puedo cogerla? Sé hacerlo. Tengo una hermana un poco mayor que ella —explicó Matagan.

«Y probablemente ya añora su casa y a la pequeña», pensó Ayla, a la vez que le entregaba a Jonayla. Era evidente que Matagan sostenía a la niña con soltura.

—¿Tienes muchos hermanos? —preguntó Ayla.

—Digamos que sí. Ella es la más pequeña. Yo soy el mayor, y hay cuatro en medio, incluidos dos nacidos juntos —contestó.

—Debías de ser una gran ayuda para tu madre. Te echará de menos. ¿Cuántos años cuentas? —quiso saber Ayla.

—Trece —respondió él.

El chico volvió a notar el peculiar acento de Ayla. La primera vez que oyó hablar a la forastera, el año anterior, le había parecido muy extraño, pero a lo largo de toda su convalecencia —y sobre todo poco después del accidente, cuando despertaba y sentía un dolor muy intenso— acabó deseando oír ese acento porque invariablemente llegaba acompañado de cierto alivio. Y aunque otros zelandonios también iban a verlo, ella lo visitaba con regularidad, se quedaba a hablar con él y le arreglaba el lecho para que estuviera más cómodo, además de administrarle sus medicinas.

—Y alcanzaste la virilidad y celebraste los ritos el verano pasado —dijo una voz detrás de Ayla. Era Jondalar, que había oído la conversación mientras se acercaba a ellos. La manera de vestir de Matagan, las figuras cosidas a su ropa y las cuentas y joyas que lucía, indicaban que el joven era considerado un hombre en la Quinta Caverna de los zelandonios.

—Sí, el verano pasado en la reunión —respondió Matagan—. Antes de la cornada.

—Ahora que eres hombre, ya es hora de que aprendas un oficio. ¿Tienes experiencia en la talla de pedernal?

—Un poco. Sé hacer una punta de lanza y un cuchillo, o volver a dar forma a uno

roto. No son los mejores, pero sirven —respondió el muchacho.

—Quizá la pregunta que debería hacerte es si te gusta trabajar el pedernal —precisó Jondalar.

—Me gusta cuando me sale bien. A veces no me sale.

Jondalar sonrió.

—Ni siquiera a mí me sale siempre bien —aseguró—. ¿Has comido?

—Hace un momento —contestó Matagan.

—Pues nosotros todavía no —dijo Jondalar—. Acabamos de regresar de un corto viaje para ver si nuestros vecinos habían sufrido daños materiales o personales debido al terremoto. Ya sabes que Ayla es acólita de la Primera, ¿no?

—Creo que todo el mundo lo sabe —respondió él, moviendo a Jonayla para apoyársela en el hombro.

—¿Notaste el terremoto? —preguntó Ayla—. ¿Se hizo daño alguno de los que viajaban contigo?

—Sí, lo notamos. Unos cuantos se cayeron al suelo, pero en realidad nadie se hizo daño —explicó Matagan—. Aunque creo que todo el mundo se asustó, o al menos yo, eso desde luego.

—No sé de nadie que no tenga miedo durante un terremoto. Vamos a comer algo y luego te enseñaremos dónde puedes alojarte. Todavía no hemos preparado nada especial, pero ya lo arreglaremos después —dijo Jondalar mientras se encaminaban hacia el otro lado del refugio, donde estaba reunida la gente.

Ayla tendió los brazos hacia Jonayla.

—Puedo tenerla mientras vais a comer —se ofreció Matagan—. Si ella me deja.

—A ver qué le parece —dijo Ayla, volviéndose hacia la fogata en torno a la que se había servido la comida. De pronto apareció Lobo. Se había detenido a beber agua cuando llegaron a la Novena Caverna, y luego se encontró con que alguien le había puesto comida en su cuenco. Matagan, sorprendido, abrió mucho los ojos, pero ya había visto antes al lobo y no pareció asustarse demasiado. Ayla había presentado al lobo a Matagan el año anterior mientras cuidaba de él, y el animal olfateó al joven que tenía en brazos a la pequeña de su manada y reconoció su olor. Cuando el muchacho se sentó, el lobo se acomodó a su lado. Jonayla parecía a gusto con la situación.

Cuando acabaron de comer, ya oscurecía. Siempre había unas cuantas teas preparadas cerca de la hoguera principal donde el grupo solía reunirse, y Jondalar cogió una y la encendió. Todos llevaban equipo de viaje, morrales, pieles de dormir enrolladas, tiendas. Jondalar ayudó a Ayla con parte de sus cosas, mientras ella llevaba a la niña, y al parecer Matagan era capaz de acarrear las suyas, incluido el robusto cayado del que a veces se valía para caminar. Aparentemente no lo necesitaba siempre. Ayla sospechaba que lo había usado en la larga caminata desde Vista del

Sol, el lugar de la Reunión de Verano, hasta la Novena Caverna, pero probablemente se las arreglaba bastante bien en distancias más cortas.

Cuando llegaron a su morada, Jondalar entró primero para alumbrar el camino y mantener abierta la cortina de la entrada. Matagan lo siguió y por último pasó Ayla.

—¿Por qué no pones de momento tus pieles de dormir aquí en la habitación principal, cerca del fuego? Mañana ya buscaremos algo mejor —propuso Jondalar, preguntándose de pronto cuánto tiempo viviría Matagan con ellos.

Capítulo 18

—Matagan, ¿has visto a Jonayla y Jondalar? —preguntó Ayla cuando vio salir al joven cojo del anexo construido al lado de la vivienda.

Ahora habitaban allí Matagan y otros dos jóvenes: Jonfilar, que había llegado de algún lugar del oeste, cerca de las Grandes Aguas, y Garthadal, cuya madre, jefa de su caverna, lo había acompañado desde unas lejanas tierras situadas al sudeste después de oír hablar de las habilidades de Jondalar.

Pasados cuatro años, Matagan era el aprendiz más antiguo de Jondalar y había adquirido tal destreza que ayudaba a su maestro a enseñar a los más jóvenes. Habría podido volver a la Quinta Caverna, o a casi cualquier otra caverna, como experto tallador de pedernal con derecho propio, pero para entonces consideraba la Novena Caverna su hogar y prefería quedarse a trabajar con su mentor.

—Los he visto hace un rato camino del cerco de los caballos. Creo que ayer oí a Jondalar prometer a Jonayla que hoy la llevaría a montar si no llovía. Esa niña, a pesar de lo pequeña que es, monta cada día mejor a Gris, aunque todavía no sea capaz de subirse y bajarse sola.

Ayla sonrió para sí al evocar el recuerdo de Jondalar a lomos de Corredor con Jonayla sentada ante él cuando su hija aún ni siquiera andaba, y tanto Ayla como Jondalar habían adiestrado a Gris para llevar encima a la pequeña, abrazada al grueso cuello de la yegua. La niña y la joven yegua crecieron juntas, y Ayla pensaba que el lazo entre ambas era tan estrecho como el que existía entre Whinney y ella misma. Jonayla tenía buena mano con los caballos, incluido el corcel; en cierto modo mejor que su madre, porque había aprendido a guiarlos con el cabestro y el dogal, tal como hacía Jondalar. Ayla aún dirigía a Whinney mediante el lenguaje corporal y al montar no se sentía tan cómoda empleando la técnica de Jondalar.

—Cuando vuelvan, ¿puedes decirle a Jondalar que esta noche llegaré tarde? Es posible que no regrese hasta mañana por la mañana. ¿Te has enterado de que esta mañana se ha caído un hombre de lo alto de la pared rocosa cerca del Vado? —preguntó Ayla.

—Sí. Es un visitante, ¿no? —dijo Matagan.

—Un vecino de Hogar Nuevo. Antes vivía en la Séptima Caverna, y ahora está en Monte del Oso. No entiendo cómo se le puede ocurrir a alguien escalar la Roca Alta estando tan mojada por la lluvia. En las pendientes más empinadas ha habido corrimientos de barro; probablemente arriba también era todo un barrizal —comentó Ayla.

«Ha sido una primavera lluviosa», pensó. «Desde aquel invierno tan frío que auguró Marthona hace unos años, en primavera llueve como nunca antes.»

—¿Cómo está? —preguntó Matagan. Sabía lo que era sufrir las consecuencias de

una decisión poco acertada.

—Muy grave. Con varios huesos rotos y no sé qué más. Me temo que la Zelandoni pasará toda la noche en vela con él. Yo me quedaré a ayudarla —explicó Ayla.

—Contigo y con la Primera allí, seguro que recibe las mejores atenciones posibles —afirmó Matagan, y sonrió—. Lo sé por experiencia.

Ayla le devolvió la sonrisa.

—Eso espero. Ya ha ido un mensajero para avisar a su familia. No tardarán en llegar. Proleva está preparando una comida para ellos y varias personas más en el hogar principal. Seguro que habrá suficiente para ti y los chicos, y también para Jondalar y Jonayla —añadió, dándose ya media vuelta para regresar apresuradamente.

Mientras volvía, no pudo dejar de pensar en Jonayla y los animales. Cuando tenía que ausentarse, Lobo unas veces se quedaba con Jonayla, otras se marchaba con ella. Si se iba con la Zelandoni para ayudar a alguien en otra caverna, Lobo solía acompañarla, pero cuando debía hacer «sacrificios» y sobrellevar «pruebas» como parte de su adiestramiento —pasar las noches en vela, renunciar a los placeres, ayunar—, acostumbraba a ir sola.

A menudo se alojaba en el pequeño refugio conocido como Cavidad de la Roca de la Fuente, que era bastante cómodo. Estaba justo al lado de Profundidad de la Roca de la Fuente, llamada a veces Profundidad de Doni, la larga cueva que fue el primer lugar sagrado que vio nada más instalarse con los zelandonii. La Roca de la Fuente estaba a un par de kilómetros de la Novena Caverna y el último trecho era una cuesta suave pero prolongada hasta lo alto de la pared rocosa. Esa cueva larga y pintada tenía otros nombres, sobre todo entre los zelandonia, tales como Entrada a la Matriz de la Madre o Canal del Parto de la Madre. Era el lugar más sagrado de la región.

A veces Jondalar no se quedaba muy contento cuando ella tenía que irse, pero nunca le importaba cuidar de Jonayla, y Ayla veía con satisfacción que estuviera desarrollándose entre ellos una relación tan estrecha. Incluso había empezado a enseñar a la niña a tallar pedernal junto con sus aprendices.

Las reflexiones de Ayla se vieron interrumpidas cuando advirtió que dos mujeres avanzaban hacia ella, Marona y su prima. Siempre que Wylopa se cruzaba con ella, la saludaba con la cabeza y sonreía, y aunque parecía poco sincera, Ayla le devolvía la sonrisa. Por lo general, Marona se limitaba a dirigirle un brevísimo gesto, y Ayla le respondía en consonancia. Si no había nadie cerca, Marona ni siquiera llegaba a eso, pero en esta ocasión sí le sonrió y Ayla volvió a mirarla. No fue una sonrisa agradable, desde luego, sino más bien una mueca, una mueca de regodeo.

Desde el regreso de Marona, Ayla no podía evitar preguntarse por qué había

vuelto a la Novena Caverna. Tenía entendido que la Quinta Caverna la había aceptado bastante bien, e incluso le habían oído comentar al poco tiempo de su llegada que la Quinta le gustaba más. «También yo prefiero que esté allí», pensó Ayla.

No era sólo porque Marona y Jondalar hubiesen sido pareja en otro tiempo, sino más bien porque nadie la había tratado con más malevolencia y desdén, empezando por la treta de la ropa interior masculina que le había dado para que la gente se riera de ella. Pero Ayla había afrontado dignamente las risas y se había ganado así el respeto de la Novena Caverna. Ahora, sobre todo cuando montaba a Whinney, a menudo se ponía intencionadamente un traje parecido a aquel, y lo mismo hacían otras muchas mujeres, para escarnio de Marona. Los calzones ligeros y una túnica sin mangas de piel suave eran muy cómodos en los días cálidos.

Ayla había oído contar a unos parientes de Matagan, de visita en la Novena Caverna, que Marona había enfurecido a ciertas mujeres de alta posición en la Quinta Caverna, familiares de Kemordan, el jefe, o su compañera: por lo visto, había convencido a un hombre prometido a una de dichas mujeres para que se fugara con ella. Con su pelo rubio, casi blanco, y sus ojos de color gris oscuro, resultaba una mujer atractiva, pese a que, pensaba Ayla, las arrugas que se le formaban tan a menudo en la frente por fruncir el entrecejo empezaban a grabarse más profundamente en su cara. Al igual que casi todas sus relaciones, esa no duró mucho, y él, después de expresar su arrepentimiento y llevar a cabo una compensación satisfactoria, fue aceptado de nuevo, pero ella no recibió un trato tan favorable. Cuando Ayla se acercó a la vivienda de la Zelandoni, sus reflexiones pasaron a segundo plano al cobrar prioridad en su cabeza la situación del herido.

Más tarde, esa noche, cuando salió de la morada de la donier, que era a la vez su hogar y una enfermería, vio a Jondalar sentado junto a Joharran, Proleva y Marthona. Habían acabado de comer y bebían una infusión mientras vigilaban a Jonayla y la hija de Proleva, Sethona. Jonayla era una niña feliz y saludable y, a decir de todos, muy bonita, con el pelo rizado, sedoso y muy claro y unos extraordinarios ojos de color azul intenso, como los de Jondalar. Para Ayla, Jonayla era lo más hermoso que había visto jamás, pero como se había criado en el clan, era reacia a expresar esos pensamientos sobre su propia hija. Podían traer mala suerte, y cuando intentaba ser objetiva, pensaba que era inevitable sentir eso por su propia hija, pero en el fondo le costaba creer que una niña tan maravillosa fuera suya.

Sethona, la prima carnal de Jonayla, nacida sólo unos días antes que ella y permanente compañera de juego suya, tenía el pelo rubio oscuro y los ojos grises. Ayla le veía un parecido con Marthona; la niña mostraba ya aspectos de la dignidad y la elegancia de la antigua jefa, así como su mirada clara y directa. Ayla posó la

atención en la madre de Joharran y Jondalar. A Marthona se le notaba la edad: tenía el pelo más gris, el rostro más arrugado. Pero no era sólo por su aspecto físico. No se encontraba bien, y eso preocupaba a Ayla. La Zelandoni y ella ya habían hablado del estado de Marthona, y de todos los posibles remedios y tratamientos para ayudarla, pero las dos sabían que era inevitable que algún día Marthona caminase por el otro mundo, y si acaso, podían retrasar ese momento.

Aunque Ayla había perdido a su verdadera madre, consideraba una suerte haber tenido a Iza, la curandera del clan, como madre en su infancia, y a Creb, el Mog-ur, como hombre de su hogar. Nezzie, de los mamutoi, era la mujer que deseó adoptarla como hija en el Campamento del León, aunque al final lo hizo el Mamut del Hogar del Mamut. La madre de Jondalar había tratado a Ayla como a una hija desde el principio, y ella veía a Marthona como a una madre, su madre zelandonii. También se sentía muy unida a la Zelandoni, pero esta era más bien mentora y amiga.

Lobo observaba a las niñas con la cabeza apoyada en las patas delanteras. Había advertido la llegada de Ayla, pero, al ver que ella no se unía inmediatamente al grupo, levantó la cabeza y la miró, lo que indujo a los demás a mirarla también. Ayla tomó entonces conciencia de que se había detenido de tan abstraída como estaba en sus pensamientos. Se puso de nuevo en marcha en dirección a ellos.

—¿Cómo está el herido? —preguntó Joharran cuando ella se acercó.

—Aún es difícil saberlo. Le hemos puesto tablillas en los huesos rotos de las piernas y un brazo, pero no sabemos qué puede habersele roto por dentro. Todavía respira, pero no se ha despertado. Su compañera y su madre están con él ahora —respondió Ayla—. La Zelandoni considera que debe quedarse con ellos, pero alguien debería llevarle algo para comer, y quizá así la familia se anime a salir y comer también.

—Yo le llevaré la comida a la Zelandoni e intentaré convencerles para que salgan —se ofreció Proleva, levantándose y acercándose a la pila de platos para visitantes. Cogió uno de marfil, hecho a partir de un fragmento de un gran colmillo de mamut y pulido con arenisca, y seleccionó varios trozos de carne del cabrito montés que habían asado al espetón. Era un festín poco habitual. Varios cazadores de la Novena y las cavernas vecinas habían salido a cazar íbices, y los había acompañado la suerte. Añadió unas hojas de verdura y tallos de cardo recién cogidos, poco hechos, junto con algunas raíces. Luego lo llevó todo a la entrada de la vivienda de la Zelandoni y rascó el trozo de cuero sin curtir contiguo a la cortina de piel tupida que cubría la puerta. Al cabo de un momento, entró. Poco después, salió con la compañera y la madre del herido, los llevó al hogar principal y les entregó unos platos reservados para visitantes.

—Debería volver a entrar —anunció Ayla, mirando a Jondalar—. ¿Te ha dicho Matagan que esta noche probablemente llegaré tarde?

—Sí. Ya acuesto yo a Jonayla —contestó él, a la vez que se ponía en pie y cogía a la niña. Abrazó a su compañera, rozándole las mejillas, mientras Ayla los estrechaba a los dos.

—Hoy he montado a Gris —dijo Jonayla—. Jondé me ha sacado a pasear. Él ha montado a Corredor. Whinney también ha venido, pero no tenía a nadie que la montara. ¿Por qué no has venido, mamá?

—Ojalá hubiera podido, bebé —dijo Ayla, y los abrazó de nuevo a los dos. El apelativo cariñoso que había elegido para su hija era el nombre del cachorro de león herido que en otro tiempo encontró, cuidó hasta devolverle la salud y luego crio. Era una modificación de la palabra empleada por el clan para «niño» o «pequeño»—. Pero hoy un hombre se ha caído y se ha hecho daño. La Zelandoni ha intentado curarlo y yo he estado ayudándola.

—Cuando se ponga mejor, ¿vendrás? —preguntó Jonayla.

—Sí, cuando se ponga mejor, iré a montar contigo —respondió Ayla, pensando, si es que se pone mejor, y después se volvió hacia Jondalar—: ¿Por qué no te llevas también a Lobo?

Había advertido que la compañera del hombre herido miraba al animal con recelo. Todo el mundo había oído hablar del lobo y muchos lo habían visto, al menos de lejos, pero pocos se sentaban a comer cerca de él. La mujer también había observado con extrañeza a Ayla, sobre todo después de oír la palabra que había empleado para llamar a su hija. Incluso modificada, tenía un sonido claramente peculiar y desconocido para ella.

Después de marcharse Jondalar con Jonayla y Lobo, Ayla volvió a la vivienda de la Zelandoni.

—¿Ha mejorado Jacharal? —preguntó.

—No, por lo que yo he podido ver —contestó La Que Era la Primera. Se alegraba de que las dos parientas del herido no estuvieran presentes, porque así podían hablar con franqueza—. A veces la gente se consume en este estado durante un tiempo. Si alguien consigue administrarles agua y alimento, aguantan más, pero si no, mueren en cuestión de días. Es como si el espíritu estuviese confuso, como si el elán no supiese bien si quiere abandonar este mundo mientras el cuerpo aún respira, pese a que el resto ha sufrido daños irreparables. A veces despiertan, pero no son capaces de moverse, o alguna parte de ellos queda paralizada o no sana bien. En algunos casos, con el tiempo, algunos se recuperan de una caída como esta, pero es poco probable.

—¿Ha perdido fluidos por la nariz o las orejas? —preguntó Ayla.

—No desde que está aquí. Tiene una herida en la cabeza, pero no parece muy profunda; es sólo un arañazo superficial. Tiene tantos huesos rotos que el verdadero daño, sospecho, es interno. Esta noche me quedaré a velarlo.

—Yo te acompañaré. Jondalar se ha llevado a Jonayla, y a Lobo. La compañera

de este hombre parecía a disgusto cerca de Lobo —explicó Ayla—. Pensaba que a estas alturas la mayoría de la gente ya se habría acostumbrado a él.

—Supongo que no ha tenido tiempo para acostumbrarse a tu lobo. Se llama Amelana. La madre de Jacharal me ha contado la historia. Él se fue de viaje al sur, se emparejó con ella allí y la trajo. Ni siquiera estoy segura de si nació en territorio zelandonii o cerca. Las fronteras de los territorios no siempre están claras. Parece hablar nuestra lengua bastante bien, aunque con ese dejo del sur, un poco como Beladora, la compañera de Kimeran.

—Mira que recorrer un camino tan largo para ahora quedarse quizá sin hombre... ¡Qué lástima! No sé qué habría hecho yo si le hubiese pasado algo a Jondalar nada más llegar aquí, o incluso ahora —comentó Ayla, y se estremeció sólo de pensarlo.

—Te quedarías aquí y seguirías preparándote para llegar a ser Zelandoni, como hasta ahora. Tú misma lo dijiste: no tienes ningún sitio adónde volver. No harías el largo viaje de regreso hasta los mamutoi tú sola, ¿y acaso ellos no te adoptaron? Aquí estás más que adoptada. Este es tu sitio. Eres una zelandonii.

Ayla se sorprendió un poco por la vehemencia con que habló la Primera, pero sintió sobre todo gratitud. Le permitió constatar que su presencia allí era deseada.

No fue a la mañana siguiente cuando Ayla regresó a casa, sino dos días después, a primera hora. El sol acababa de salir, y Ayla se detuvo un momento para contemplar el colorido luminoso, más intenso en determinado punto, que comenzaba a saturar el cielo más allá del Río. Ya no llovía, pero unas nubes bajas flotaban en el horizonte formando hebras vaporosas de vivos rojos y dorados. Cuando la luz cegadora asomó por encima de las paredes de roca, Ayla intentó protegerse los ojos para observar las formaciones montañosas cercanas y comparar el punto por donde apareció el intenso resplandor con el lugar por el que había salido el día anterior.

Pronto se le exigiría que tomase nota de las salidas y puestas del sol durante todo un año. La parte más dura de esa tarea, según le habían contado otros miembros de la zelandonia, era la falta de sueño, sobre todo al observar la luna, que unas veces aparecía y desaparecía en pleno día, y otras en plena noche. El sol, claro, siempre salía por la mañana y se ponía al atardecer, y se desplazaba por el horizonte de una manera predecible, aunque algunos días eran más largos que otros. Durante medio año, conforme aumentaban las horas de luz, se ponía cada vez un poco más al norte, hasta que permanecía en el mismo sitio durante un tiempo en pleno verano, cuando los días eran más largos, el período del llamado «Día Largo del Verano». Luego se invertía la dirección, y el sol se ponía un poco más al sur cada día y disminuían las horas de luz, hasta llegar a un punto en que el día y la noche eran de la misma duración y el sol se ponía casi directamente al oeste, y entonces volvía a permanecer en el mismo sitio durante unos días en medio del invierno, el período del «Día Corto del Invierno».

Ayla había hablado con la madre de Jacharal y Amelana, y empezaba a conocer mejor a la joven. Tenían al menos una cosa en común: las dos eran forasteras que se habían emparejado con hombres zelandonii. Ella era muy joven, advirtió Ayla, y un tanto imprevisible y caprichosa. Estaba embarazada y todavía tenía náuseas por las mañanas. Ayla deseaba sinceramente poder ayudar más a Jacharal, tanto por él mismo como por Amelana.

Ayla y la Zelandoni lo vigilaban atentamente, por su propio interés y el del herido. Querían observar su evolución para saber más sobre estados como el suyo. De momento habían conseguido darle un poco de agua, pero tragaba sólo en un acto reflejo y a veces se atragantaba. Por más esfuerzos que ellas hicieran, Jacharal no despertaba. Mientras estaban juntas, la Zelandoni también dedicó algunos ratos a instruir a Ayla sobre las maneras de obrar de los zelandonia. Hablaron de medicinas y prácticas curativas y llevaron a cabo varias ceremonias en un intento por obtener la ayuda de la Gran Madre Tierra. Ayla conocía sólo una parte de aquello. Aún no habían hecho participar a toda la comunidad en las ceremonias de curación, que eran mucho más elaboradas y formales.

También hablaron de un inminente viaje que la mujer de mayor edad deseaba realizar con su acólita, un largo viaje que se prolongaría durante todo el verano, y deseaba salir cuanto antes. Había varios emplazamientos sagrados al sur y el este que, según la Primera, debían visitar. No irían solas. Además de Jondalar, las acompañarían Willamar, el maestro de comercio, y sus dos jóvenes ayudantes. Mientras conversaban sobre quién más debía emprender el viaje con ellas, salió a colación Jonokol. La idea de viajar tan lejos para ver nuevos lugares era emocionante, pero Ayla sabía que también sería arduo, y daba gracias por tener los caballos. Así, viajar sería mucho más fácil para ella y para la Primera. Por otro lado, a la Zelandoni le complacía llegar a los sitios en la angarilla tirada por Whinney. Creaba revuelo, y a ella le gustaba todo aquello que captaba la atención sobre la zelandonia y la importancia del puesto de la Primera.

Cuando Ayla llegó a su morada, pensó en preparar una infusión matutina para Jondalar, pero estaba extenuada. Apenas había dormido, porque había velado al herido para que la Zelandoni pudiera reposar. Por la mañana, la donier la había enviado a casa para que descansara. Era tan temprano que nadie había despertado aún, salvo Lobo, que la esperaba fuera para saludarla. Ayla sonrió al verlo. Le parecía increíble que él supiera siempre cuándo iba a llegar, o adónde iba.

Al entrar, Ayla vio que Jonayla dormía junto a Jondalar. La niña tenía sus propias pieles de dormir, más pequeñas, junto a las de ellos, pero le gustaba meterse entre Jondalar y su madre, y cuando Ayla no estaba, cosa que ocurría cada vez con mayor frecuencia, se acomodaba con él. Ayla iba a coger a Jonayla para colocarla en su propio espacio de dormir, pero cambió de idea y decidió no molestarlos. No tardarían

en levantarse. Ayla fue a la cama de Jonayla, que era pequeña, y aunque disponían de más material para un lecho en la zona de almacenamiento, se contentó con reacomodar un poco la cama de la niña. Cuando Jondalar despertó y vio a Ayla dormida en el sitio de Jonayla, primero sonrió, pero enseguida frunció el entrecejo. Pensó que debía de estar muy cansada, pero echaba de menos tenerla a su lado.

Jacharal murió al cabo de unos días, sin llegar a despertar. Ayla utilizó la parihuela para trasladarlo hasta la Séptima Caverna. Su madre deseaba que la ceremonia fúnebre se celebrase allí con la idea de enterrarlo cerca para que su elán se hallase en un lugar conocido mientras buscaba el camino al otro mundo. Participaron en el ritual de enterramiento Ayla, Jondalar, la Zelandoni y varias personas más de la Novena Caverna y de otras cercanas, así como todos los habitantes de Monte del Oso. Después, Amelana se acercó a la Zelandoni y Ayla y les preguntó si podía hablar con ellas.

—Alguien me ha dicho que tenéis previsto viajar al sur pronto. ¿Es así? —quiso saber Amelana.

—Sí —contestó la Zelandoni, preguntándose qué querría la joven. Lo imaginaba y se planteaba ya cómo abordar la cuestión.

—¿Podéis llevarme? Quiero volver a casa —dijo la joven con los ojos anegados en lágrimas.

—Pero tu casa es esta, ¿no? —repuso la Primera.

—No quiero quedarme aquí —exclamó Amelana—. Yo no sabía que Jacharal quería trasladarse a Hogar Nuevo y vivir en Monte del Oso. A mí no me gusta. Allí no hay nada. Está todo por hacerse o construirse, incluso nuestra vivienda, y aún no está acabada. Tampoco hay Zelandoni. Estoy embarazada y tendría que ir a otra caverna a tener a mi hijo. Ahora ni siquiera tengo a Jacharal. Ya le dije que no subiera a la Roca Alta.

—¿Has hablado con la madre de Jacharal? Seguro que podrías quedarte en la Séptima Caverna.

—No quiero quedarme en la Séptima Caverna. Tampoco conozco a la gente de allí, y algunos no me han tratado muy bien porque soy del sur. Al fin y al cabo, yo también soy zelandonii.

—Podrías irte a la Segunda Caverna. Beladora es del sur —aconsejó la Primera.

—Ella es del sur, pero de más al este, y es la compañera de un jefe. En realidad, yo no la conozco. Sólo quiero volver a casa. Quiero tener a mi hijo allí. Echo de menos a mi madre —dijo Amelana, y rompió a llorar.

—¿De cuánto estás? —preguntó la Zelandoni.

—Dejé de sangrar hace más de tres lunas —contestó ella, sorbiéndose la nariz.

—Bueno, si tan segura estás de que quieres irte, te llevaremos —accedió la Zelandoni.

La joven sonrió entre lágrimas.

—¡Gracias! ¡Gracias!

—¿Sabes dónde está tu caverna?

—Está en el centro de las tierras altas, un poco al este, no muy lejos del Mar del Sur.

—Puede que no vayamos allí directamente. Tenemos que detenernos en algunos sitios por el camino.

—Eso no me importa —respondió Amelana, y con un tono un poco vacilante, añadió—: Pero me gustaría llegar a casa antes de que nazca el niño.

—Creo que será posible —dijo La Que Era la Primera.

Al marcharse Amelana, la Zelandoni comentó entre dientes:

—El apuesto desconocido visita tu caverna y te parece muy romántico fugarte con él para fundar un hogar en un sitio nuevo. Seguro que rogó a su madre con el mismo empeño que ahora para que la dejara emparejarse y marcharse a vivir con él. Pero una vez aquí descubre que este lugar no es tan distinto del otro, y que además no conoce a nadie. Para colmo, su nuevo y estimulante compañero decide unirse a un grupo que desea crear otra caverna. Esperan que a ella le haga la misma ilusión que a ellos crear un espacio propio, pero no van muy lejos de la antigua caverna, se quedan al otro lado del monte, y están con gente que conocen.

»Amelana es una forastera, con una manera de hablar un poco distinta, probablemente acostumbrada a los mimos, que se ha ido a vivir a un lugar nuevo donde las costumbres y las expectativas son un poco distintas. No necesita la emoción de crear un hogar nuevo, acaba de trasladarse a un sitio nuevo. Necesita establecerse y conocer a la gente nueva. Pero su compañero, que ya ha demostrado que le gustan los riesgos por el mero hecho de emprender un viaje, está dispuesto a iniciar la aventura de crear una nueva caverna con personas que son amigos y parientes suyos, pero no de ella.

»Probablemente los dos empezaban a arrepentirse de su emparejamiento precipitado, a discutir por sus diferencias, tanto las percibidas como las reales, y de pronto ella descubre que está embarazada sin tener a nadie que se alegre de ello. Su madre y sus tías, y todas sus hermanas y primas y amigas, están en la tierra que ella abandonó. Y un día su compañero, amante del peligro, se expone a un riesgo más y muere. Quizá lo mejor para todos es que vuelva a su hogar, un poco más sensata que antes gracias a la aventura. Realmente aquí no tiene a nadie con quien mantener un vínculo estrecho.

—Yo no tenía a nadie aquí cuando llegué —dijo Ayla.

—Sí lo tenías. Tenías a Jondalar —corrigió la Zelandoni.

—Has dicho que su compañero ya había demostrado que le gustaban los riesgos emprendiendo un viaje. Yo conocí a Jondalar en su viaje. ¿No lo convertía eso en un

hombre a quien le gustaba el riesgo?

—No era él el aficionado al riesgo, sino su hermano. Él se marchó para estar con Thonolan, para protegerlo, conociendo su tendencia a precipitarse hacia situaciones precarias. Y aquí no había nadie que lo retuviera. La verdad es que Marona no tenía nada que ofrecerle, excepto algún que otro interludio de placeres. Quería a su hermano más que a ella, y quizá deseaba romper la promesa implícita que ella daba por sentada, y él no, pero no era capaz de decírselo sin más. Jondalar siempre había buscado a alguien especial. Por un tiempo pensó que lo había encontrado en mí, y reconozco que me sentí tentada, pero yo sabía que no saldría bien. Me alegro de que encontrase lo que buscaba en ti, Ayla —dijo la mujer corpulenta—. Tu situación, aunque a simple vista similar, no se parece en nada a la de Amelana.

Ayla se admiró de lo sabia que era la Zelandoni, pero de pronto se preguntó cuántas personas realizarían al final ese viaje al sur que proponía la Primera. La donier, Jondalar, Jonayla y ella, por supuesto. Fue diciendo las palabras de contar en voz baja y tocándose la pierna con los dedos para calcular el número de personas a quienes nombraba. Ya eran cuatro. Willamar y sus dos ayudantes también iban: siete. Él había dicho que deseaba transmitirles toda su experiencia y añadido que probablemente sería su última misión comercial a gran distancia, que estaba harto de viajar. No le extrañaba, pensó Ayla, pero se preguntó si su decisión no se debía en parte a la mala salud de Marthona, a que quería pasar más tiempo con ella.

Y ahora que Amelana también iba, serían ocho. Y si se sumaba Jonokol, nueve: ocho adultos y una niña. Ayla intuía que serían más. Casi como si le hubieran adivinado el pensamiento, Kimeran y Beladora, con sus gemelos de cinco años, aparecieron en busca de la Zelandoni. También ellos deseaban viajar al sur, para llevar a sus hijos a visitar a la gente de Beladora. Esta tenía la certeza de que a la Primera le gustaría visitar su caverna. Se hallaba cerca de uno de los emplazamientos sagrados más hermosos, y más antiguos, de la región. Pero no querían hacer todo el viaje que tenía planeado la donier. Preferían reunirse con ella en algún punto del camino.

—¿Dónde quedamos? —preguntó la Zelandoni.

—Quizá en la caverna de la hermana de Jondecam —sugirió Beladora—. En realidad no es su hermana, supongo, pero él la considera así.

Ayla sonrió a la hermosa mujer de cabello oscuro y ondulado y formas curvilíneas, que también hablaba con acento, aunque no tan raro como el suyo. Sentía un vínculo especial con ella: otra forastera que se había emparejado con un zelandonii y regresado con él. Ayla conocía las circunstancias especiales de Kimeran y su hermana mucho mayor, que cuidó de él y sus propios hijos después de la muerte de su madre. Su compañero también había muerto joven. Ella se convirtió en Zelandoni cuando sus hijos y su hermano estaban ya crecidos.

—Para ir a la caverna de Beladora desde aquí, hay que atravesar tierras montañosas si se intenta llegar en línea recta —explicó Kimeran—. Es un buen sitio para cazar íbices y gamuzas, pero con ascensos difíciles en algunos puntos, incluso cuando se sigue el cauce de los ríos. He pensado que podríamos viajar primero al sur y luego al este, y así rodearíamos esa zona. Creo que será más fácil para Gioneran y Ginedela, y para nosotros cuando tengamos que cargar con ellos. Aún tienen las piernas cortas —Kimeran sonrió—, no como las mías, o como las tuyas, Jondalar.

Un cálido sentimiento unía a Jondalar y al otro hombre alto y rubio.

—¿Vais a viajar solos? —preguntó la Zelandoni—. Eso no es muy prudente si lleváis a los niños.

—Pensábamos proponerles a Jondecam, y a Levela y su hijo, si querían acompañarnos, pero hemos preferido preguntártelo a ti antes, Zelandoni —contestó Beladora.

—Opino que serían buenos compañeros de viaje —dijo la Primera—. Sí, podemos reunirnos con vosotros en algún punto del camino.

Ayla volvió a tocarse la pierna con los dedos. «Si viene Jonokol, ya son dieciséis en total», pensó. «Pero Amelana sólo estará con nosotros en el camino de ida, no en el de vuelta, y no nos encontraremos con Kimeran y los demás hasta más tarde.»

—¿Iremos a la Reunión de Verano? —preguntó Jondalar.

—Sólo unos días, creo —contestó la Zelandoni—. Pediré a la Decimocuarta y al Quinto que asuman mis responsabilidades. Seguro que entre los dos darán abasto con todo, y me interesa ver cómo trabajan juntos. Enviaré un mensajero a Jonokol antes de ir a la Reunión, para ver si quiere acompañarnos, y si puede. Quizá tenga otros planes; al fin y al cabo, ahora es el Zelandoni de la Decimonovena Caverna. Ya no puedo decirle qué debe hacer... aunque tampoco podía antes, ni siquiera cuando era mi acólito.

El día que la Novena Caverna partió rumbo a la Reunión de Verano amaneció soleado. Los días anteriores había llovido de manera intermitente, pero esa mañana el cielo se había despejado y resplandecía con una luminosidad cristalina que confería a las montañas lejanas una nitidez intensa. Ese año viajaban hacia el sudoeste, y la Reunión de Verano se celebraba en un lugar más alejado que otros años, por lo que tardaron más que de costumbre.

Cuando llegaron, Ayla se fijó en que había allí miembros de las cavernas más occidentales, a quienes no conocía. Fueron los que la miraron boquiabiertos durante un poco más de tiempo al verla con los tres caballos y el lobo, por no hablar de las angarillas que arrastraban los caballos, en una de las cuales viajaba la Primera. Se produjo cierta decepción cuando se supo que la Primera y su acólita, la de los animales, no se quedarían muchos días. Ayla pensó que le habría gustado quedarse y conocer a algunos de los zelandonii con quienes aún no había tenido el gusto de

encontrarse, pero también le hacía ilusión emprender el viaje veraniego planeado por la Primera.

Al final Jonokol decidió unirse a ellos. Nunca había hecho una amplia Gira de la Donier, en parte porque al principio en realidad no tenía la intención de convertirse en Zelandoni en el sentido pleno de la palabra; él sólo quería realizar imágenes y pinturas, y la Primera no lo había presionado. Después de ver las hermosas paredes blancas de la nueva cueva sagrada y tomarse en serio su incorporación a la zelandonia, se trasladó a la Decimonovena Caverna, más cerca del nuevo emplazamiento sagrado. La Zelandoni de allí estaba demasiado vieja y débil para llevar a cabo largos viajes, pese a que conservó la lucidez hasta sus últimos días. Desde entonces Jonokol había oído comentarios asombrosos sobre algunas de las cuevas pintadas del sur y no quería dejar pasar esa oportunidad para verlas con sus propios ojos; quizá nunca se le presentase otra ocasión.

Ayla se alegró. Él la había acogido bien desde el principio, y podía ser una buena compañía. Se quedaron sólo cuatro días en la Reunión de Verano, pero casi todos acudieron a despedirlos. Fue todo un espectáculo ver ponerse en marcha al grupo de viajeros, al final tan numeroso como una caverna, en especial por los animales y su carga, pero también porque se habían sumado más personas de las que en un principio planearon realizar el largo viaje. Varios moradores de las cavernas del oeste, que no conocían a Ayla, se habían unido a ellos, con el objetivo de desviarse más adelante en otra dirección. También había gente de las cavernas vecinas, sobre todo de la Undécima, incluida Kareja, su jefa.

La Primera quería viajar hacia el sur siguiendo el curso del Río hasta su desembocadura en el Gran Río. Una vez allí, tendrían que atravesar el cauce mayor, más profundo y ancho que el Río, con una corriente más rápida, como su propio nombre indicaba. Podían cruzar el río ya conocido por el Vado, una sección ensanchada y menos honda, pasando por encima de las piedras colocadas en el cauce o vadeándolo —a veces, según la estación, con el agua hasta la cintura—, pero atravesar el Gran Río sería más complicado. Para salvar ese escollo, la Primera y Willamar se habían dirigido a Kareja y algunos miembros de la Undécima Caverna, famosa por la construcción de balsas, para pedirles que llevaran a los viajeros, junto con su equipaje, río abajo hasta la desembocadura y luego a la otra orilla del Gran Río.

En la primera etapa desanduvieron el camino, igual que si regresaran a la Novena Caverna. Como iban sólo adultos —a excepción de Jonayla—, acompañados de los caballos, su paso fue mucho más rápido que en el desplazamiento de toda una caverna. La mayoría de los viajeros eran jóvenes y saludables, y la Primera, pese a su corpulencia —que le confería una presencia imperiosa—, poseía gran fortaleza y caminaba la mayor parte del tiempo. Cuando se cansaba y sentía que no podía

mantener el ritmo, montaba en la parihuela, cosa que no le restaba autoridad o dignidad en modo alguno, más que nada porque era la única que viajaba en un asiento instalado en la angarilla de la que tiraba el caballo de Ayla.

Esa noche, cuando acamparon, la Primera y el maestro de comercio iniciaron las conversaciones con Kareja, la jefa de la Undécima Caverna, y algunos de los balseros expertos, capacitados para calcular el número de embarcaciones y tripulantes necesarios para trasladar a los viajeros en el siguiente trecho. Después había que ultimar los detalles del intercambio de bienes y servicios por el uso de las balsas. No era una conversación privada, y los zelandonii que no conocían bien a las cavernas Novena y Undécima mostraron mucho interés. Un par de ellos incluso preguntó si las balsas podían utilizarse para viajar por el Gran Río hasta las Grandes Aguas del Oeste, y desde luego era posible, al menos durante determinadas estaciones; lo difícil era volver.

Como parte del trueque, Kareja, de la Undécima Caverna, pidió un favor futuro a Jondalar a cambio del servicio de transportarlos en balsa. Él había estado presente durante las negociaciones junto con la Primera, pero habría deseado que Joharran participase también. Las promesas no anunciadas respecto a servicios futuros podían ser problemáticas y en su momento plantear exigencias mayores que acaso algunos no estuvieran dispuestos a satisfacer.

—Creo que no tengo derecho a contraer esa clase de compromiso en nombre de la Novena Caverna —dijo Jondalar—. No soy el jefe. Quizá sí puedan Willamar o la Zelandoni.

Kareja había estado esperando el momento oportuno en las negociaciones para pedir a Jondalar un servicio en particular del que se beneficiaría una persona de su caverna.

—Pero sí puedes contraer un compromiso que te atañe a ti personalmente, Jondalar —señaló Kareja—. Conozco a una joven que promete mucho como talladora de pedernal. Si la aceptaras como aprendiz, yo consideraría zanjado el asunto.

La Zelandoni lo observó, preguntándose qué contestaría. Sabía que eran muchos los que le habían pedido que formara a un joven, pero él era muy selectivo. Tenía ya tres aprendices, y lógicamente no podía aceptar a cuantos se lo solicitaran. Pero esa era la Gira de la Donier de su compañera y no estaría de más que él aportara algo para facilitársela.

—¿Una muchacha? Dudo que una mujer pueda llegar a ser una talladora de pedernal plenamente preparada —comentó un hombre de una de las cavernas del oeste. Había viajado con ellos desde el campamento de la Reunión de Verano—. Sé algo del trabajo con pedernal, y se requiere fuerza y precisión para confeccionar buenos utensilios. Todos conocemos la fama y el buen nombre de Jondalar como

tallador, así que ¿por qué habría de malgastar su tiempo en una muchacha?

Ayla había empezado a interesarse en la conversación. No estaba en absoluto de acuerdo con aquel hombre. Por experiencia propia, sabía que una mujer era capaz de tallar pedernal tan bien como un hombre, pero si Jondalar aceptaba a una aprendiz, ¿dónde se alojaría? No podría estar con los jóvenes aprendices varones, y menos aún cuando sangrara cada mes. Aunque los zelandonii no eran tan estrictos en eso como el clan —entre quienes una mujer no podía siquiera mirar a un hombre durante esos días—, una muchacha necesitaba intimidad. Eso significaba que tendría que vivir con ellos en su morada, o buscar alguna otra solución.

Obviamente Jondalar se había planteado lo mismo.

—No sé bien si puedo aceptar a una joven, Kareja —dijo.

—¿Estás diciendo que una mujer no puede aprender a tallar pedernal? —repuso Kareja—. Las mujeres hacen utensilios continuamente. Una mujer no va a ir corriendo al tallador de pedernal cada vez que se le rompe una herramienta cuando está raspando una piel o descuartizando una presa. La arregla o fabrica una nueva ella misma.

En apariencia Kareja conservaba la calma, pero la Primera supo que se esforzaba por controlarse. Deseaba decirle a aquel hombre lo absurda que era su actitud, pero tenía la impresión de que Jondalar estaba de acuerdo con él. La Zelandoni observaba la conversación con interés.

—Sí, ya sé que una mujer puede hacer utensilios para sus propios usos, un raspador o un cuchillo, pero ¿puede una mujer fabricar un arma de caza? Las puntas de lanza y los dardos tienen que volar rectos y bien, o fallas el tiro —adujo el hombre—. Yo no reprocho al tallador de pedernal que no acepte a una mujer como aprendiz.

Kareja se indignó.

—¡Jondalar! ¿Tiene razón este hombre? ¿Crees tú que las mujeres no pueden aprender a tallar pedernal tan bien como cualquier hombre?

—Eso no tiene nada que ver —contestó Jondalar—. Claro que las mujeres pueden tallar pedernal. Cuando vivía con Dalanar y yo era su aprendiz, adiestró también a mi prima carnal, Joplaya, al mismo tiempo que a mí. Los dos competíamos, y cuando era joven me habría negado a reconocerlo ante ella, pero ahora no dudaría en afirmar que en ciertos aspectos es mejor que yo. El único problema es que no sé dónde alojaríamos a una muchacha. No puedo instalarla con los tres aprendices varones que tengo. Son hombres, y una mujer necesita cierta intimidad. Podríamos acogerla en nuestra vivienda, pero un aprendiz necesita un sitio donde guardar las herramientas y las muestras. Además las esquirlas de pedernal son muy afiladas: a Ayla le molesta cuando vuelvo a nuestra morada con algún trozo prendido de la ropa. No quiere que queden por ahí con Jonayla por medio, y lo entiendo. Si aceptase a la joven de vuestra caverna, tendríamos que construir un anexo en la vivienda de los aprendices,

o levantar otra aparte.

Kareja se serenó de inmediato. Aquella le pareció una respuesta sensata: ciertamente, la joven de la Undécima Caverna necesitaría intimidad. Con una compañera como Ayla, que era una cazadora consumada además de acólita de la Zelandoni, debería haber sabido que Jondalar no compartiría la ridícula opinión de aquel hombre del oeste. Al fin y al cabo, la madre de Jondalar había sido jefa. Pero sí tenía razón en su planteamiento, pensó la mujer alta y delgada.

—Creo que lo mejor sería levantar otra vivienda aparte —propuso Kareja—. Y la Undécima Caverna te ayudará a construirla, o si me dices dónde la quieres, podemos construirla nosotros durante este viaje.

—¡Un momento! —exclamó Jondalar, mirando a Kareja con los ojos desorbitados por la sorpresa ante la rapidez de su respuesta. La Zelandoni, sonriendo para sí, miró de reojo a Ayla, que se esforzaba por contener la sonrisa—. No he dicho que vaya a aceptarla. Siempre pongo a prueba a los aspirantes a aprendiz. Ni siquiera la conozco.

—Sí la conoces. Es Norava. Te vi trabajar con ella el verano pasado —señaló Kareja.

Jondalar se relajó y sonrió.

—En efecto, la conozco. Creo que sería una excelente talladora de pedernal. Durante la cacería de uros del año pasado se le rompieron un par de puntas. Estaba reparándolas cuando me acerqué. Me detuve un momento a observarla y me pidió ayuda. Le enseñé alguna que otra cosa y lo captó de inmediato. Aprende deprisa y tiene buenas manos. Sí, si le procuras un alojamiento, Kareja, aceptaré a Norava como aprendiz.

Capítulo 19

Casi todos los habitantes de las cavernas vecinas que no habían ido a la Reunión de Verano estaban en la Novena Caverna cuando llegaron los viajeros. Avisados previamente por un mensajero, los esperaban. Tenían ya preparada una comida. Unos cuantos cazadores habían salido y vuelto con un megaceros, cuya enorme cornamenta palmeada conservaba aún el terciopelo, la piel exterior por donde se suministraba a los cuernos la sangre necesaria para el crecimiento anual hasta que adquirirían su magnífico tamaño.

En los machos adultos, una cornamenta podía superar los cuatro metros de envergadura, y cada rama tenía alrededor de un metro de ancho o más. Las astas se cortaban para ciertos usos, con lo que quedaba una gran sección cóncava central de queratina ósea muy útil. Podía emplearse como bandeja para la comida o, si se afilaba el borde, como pala, sobre todo para desplazar material blando, por ejemplo, cenizas de una fogata, fina arena de la orilla de un río o nieve. Dándole la forma adecuada, podía usarse también como remo o timón para impulsar y guiar las balsas. El enorme ciervo proporcionó asimismo carne a un grupo de viajeros voraces, así como a los miembros de la Novena Caverna y sus vecinos, y aun sobró.

A la mañana siguiente quienes viajaban con la Primera cogieron sus pertenencias y un poco más de carne de megaceros para el viaje y recorrieron la corta distancia hasta el Vado. Cruzaron el Río y llegaron al embarcadero de madera frente al refugio conocido como Sitio del Río, la Undécima Caverna de los zelandonii. Varias balsas construidas con pequeños árboles enteros, desramados y reducidos a troncos que se ataban entre sí, permanecían amarradas al embarcadero, una sencilla estructura de madera que se proyectaba sobre el río. Algunas estaban siendo reparadas, y el resto se hallaban ya listas. Había una en construcción. Varios troncos dispuestos en fila en la orilla mostraban el proceso de trabajo. Los tenían colocados de tal modo que el extremo más grueso de los pequeños árboles quedaba detrás, y la parte superior, más delgada, se unía en una especie de proa, con la punta al frente.

Los caballos habían tirado de las angarillas hasta la Undécima Caverna con casi todos los fardos de los viajeros, pero ahora era necesario trasladarlos a las balsas y sujetarlos. Por suerte, los zelandonii sabían viajar ligeros de equipaje. Sólo llevaban lo que podían acarrear ellos mismos. El único peso de más era el de las varas y los travesaños de las parihuelas. Salvo Ayla y Jondalar, nadie más dependía de caballos y angarillas para transportar sus cosas.

Los miembros de la Undécima Caverna, que guiarían las balsas río abajo, dirigían la operación de carga. Esta tenía que estar bien equilibrada o resultaba más difícil controlar las balsas. Jondalar y Ayla ayudaron a cargar las largas varas en la balsa que descendería en cabeza, la que llevaría a la Primera, Willamar y Jonokol. La angarilla

más pesada, la que llevaba el asiento, tuvo que desmontarse y cargarse en la segunda balsa. Esta llevaría a Amelana y los dos jóvenes aprendices de comercio de Willamar, Tivonan y Palidar.

Ayla y Jondalar, naturalmente con Jonayla, irían a lomos de los caballos por la orilla, si era transitable, o vadearían o nadarían, o en algunos casos rodearían tierra adentro. Había en concreto un tramo de rápidos, lugares con altas paredes rocosas y mucha corriente, en los que Kareja les recomendó encarecidamente que fueran por tierra. También aconsejó que siguieran el camino tierra adentro a quienes temieran los tramos difíciles. Unos años atrás habían perdido allí una balsa, y hubo varios heridos, aunque ningún muerto.

Mientras esperaban, una mujer descendió desde el refugio de piedra, que estaba más arriba, apartado de la orilla, y se acercó a hablar con la Primera. Quería que la curandera viera a su hija, aquejada de grandes dolores de muelas. Ayla pidió a Jondalar que cuidase de Jonayla, y ella y la Primera siguieron a la mujer hasta el refugio. Como casi todos, era más pequeño que el de la Novena Caverna. Las personas que vivían allí habían creado un espacio confortable. La mujer las llevó a una pequeña morada bajo el saliente. Dentro, una joven que debía de tener unos dieciséis años se revolcaba en una piel de dormir, bañada en sudor. Tenía una mejilla enrojecida y muy hinchada. Obviamente padecía un dolor de muelas atroz.

—Tengo cierta experiencia con el dolor de muelas —dijo Ayla a la joven, recordando cuando ayudó a Iza a arrancar una muela a Creb—. ¿Me permites que le eche un vistazo?

La joven se incorporó y negó con la cabeza.

—No —respondió con voz ahogada. Se puso en pie, se acercó a la Primera y se tocó una mejilla—. Quítame el dolor.

—Nuestro Zelandoni nos dio algo para el dolor antes de marcharse, pero ahora está mucho peor, y la medicina no le hace apenas efecto —explicó la madre.

Ayla observó a la Zelandoni. La mujer corpulenta la miró con expresión ceñuda y cabeceó.

—Le daré una medicina potente que la hará dormir —dijo la Primera a la madre—. Y te dejaré un poco más para que se la sigas dando.

—Gracias. Muchas gracias —agradeció la madre.

Mientras Ayla y la Zelandoni regresaban a la orilla del río, Ayla se volvió hacia su mentora con expresión interrogativa.

—¿Sabes qué le pasa en la muela?

—Arrastra esos problemas desde que empezaron a salirle los dientes. Tiene demasiados, en doble fila —explicó la Primera. Al ver la mirada de perplejidad de Ayla, añadió—: Le han salido dos series de dientes en el mismo espacio y han crecido mal, todos amontonados. De pequeña tuvo unos dolores de dentición tremendos, y

volvió a padecerlos en la segunda dentición. Después estuvo bien por un tiempo. No le dolieron los dientes durante varios años, pero al salirle las muelas de atrás le volvieron los dolores.

—¿No se le pueden sacar unos cuantos dientes? —preguntó Ayla.

—El Zelandoni de la Undécima lo ha intentado, pero los tiene tan apretados que le ha sido imposible. La propia joven lo intentó hace unas lunas, y acabó rompiéndose varios. Desde entonces el dolor ha ido en aumento. Ahora es posible que tenga inflamación y le supure, pero no consiente que nadie le mire la boca. No estoy muy segura de que llegue a curarse. Es probable que algún día muera por esos dientes. Quizá lo más bondadoso sería darle medicina para el dolor en exceso y dejarla ir plácidamente al otro mundo —dijo la Primera—. Aunque eso deben decidirlo su madre y ella.

—Pero es muy joven, y se la ve fuerte y sana —comentó Ayla.

—Sí, y es una lástima que tenga que sufrir tanto, pero me temo que sus padecimientos no acabarán hasta que se la lleve la Madre —dictaminó la donier—, y más si no permite que nadie la ayude.

Para cuando volvieron al Río, las balsas estaban casi cargadas. Los seis viajeros que navegarían río abajo se repartirían en dos balsas, junto con el equipaje de las angarillas. Ayla y Jondalar, a caballo, llevarían sus bolsas con sus efectos personales. Naturalmente, Lobo se las arreglaría muy bien solo. Kareja comentó que quizá convenía llevar tres balsas, pero de momento sólo disponían de tripulación suficiente para manejar dos. Habrían tenido que emplazar a unos cuantos más y esperar a que llegasen, y por tanto decidieron que se las arreglarían con dos. Nunca emprendían viajes tan largos, y quizá peligrosos, con menos de dos balsas.

Cuando las embarcaciones flotaban aguas arriba, las impulsaban mediante una o más pértigas largas hincándolas en el lecho del río, y cuando iban hacia abajo, se dejaban arrastrar por la corriente. Como ahora esta era su dirección, en cuanto soltaron la cuerda que sujetaba la balsa al embarcadero, el río facilitó el trabajo. Aguas abajo, la pértiga se utilizaba básicamente para dirigir la balsa y evitar los salientes de roca. También empleaban otro mecanismo de dirección: la base de una cornamenta de megaceros sin astas, provista de una empuñadura y en forma de timón. Iba montada en el centro de la popa de tal modo que podía girarse de izquierda a derecha para cambiar de dirección. Además, usaban largos remos —hechos también con la cornamenta palmeada de alces o megaceros colocada en el extremo de una vara— para maniobrar e impulsar las plataformas flotantes de madera. Pero hacía falta habilidad y experiencia para mantener el rumbo de esas embarcaciones rudimentarias y poco manejables, y normalmente era necesaria la colaboración estrecha de tres personas.

Ayla colocó las mantas de montar en los lomos de Whinney, Corredor y Gris; a

continuación puso un dogal a la joven yegua, pero de momento colocó a Jonayla frente a ella sobre Whinney. Ya habría tiempo de sobra para dejar a Jonayla montar sola cuando no estuviesen entrando y saliendo del río. En cuanto la primera balsa se apartó del embarcadero, Ayla miró alrededor buscando a Lobo y lo llamó con un silbido. El animal apareció brincando y temblando de emoción. Sabía que algo ocurría. Ayla y Jondalar se adentraron con los caballos en el río, y cuando llegaron a la parte más profunda en el centro del cauce, los animales nadaron detrás de las balsas durante un rato antes de salir a la orilla opuesta.

Las balsas descendieron hacia el sur a buena velocidad, y los caballos que las seguían lograron no rezagarse demasiado mientras podían avanzar a nado o por las márgenes de tierra del río. Cuando las paredes de roca se estrecharon, volvieron a meterse en el río y dejaron que los caballos nadaran en las aguas rápidas y profundas. La segunda balsa utilizó los remos para aminorar la marcha a fin de que los caballos los alcanzaran. Cuando estos se acercaron, Shenora, la mujer que llevaba el timón de la primera balsa, anunció:

—Justo después del próximo recodo hay una orilla accesible. Deberíais salir del río allí y rodear la siguiente serie de paredes rocosas. Después de esa curva, nos encontraremos unos rápidos. Es un tramo muy turbulento y creo que es peligroso para vosotros o los caballos seguir en el agua.

—¿Y tú y los demás en la balsa? ¿Estaréis a salvo? —preguntó Jondalar.

—Ya lo hemos hecho antes —contestó la mujer—. Con tres personas, una manejando la pértiga, otra el remo y yo al timón, pasaremos sin problemas.

Jondalar, tirando de Gris por el dogal, dirigió a Corredor hacia la izquierda mediante la cuerda sujeta al cabestro para que fuese más fácil llegar a la orilla en el lugar por donde debían salir. Ayla, con el brazo alrededor de Jonayla, lo siguió. Lobo nadaba detrás de ellos.

Amelana y los dos aprendices de Willamar, Tivonan y Palidar, viajaban en la última balsa, la que ellos tenían más cerca. Amelana parecía preocupada, pero no se la veía dispuesta a desembarcar e ir a pie. Los dos jóvenes revoloteaban alrededor de ella; siempre era agradable estar cerca de una joven atractiva, sobre todo si estaba embarazada. La Zelandoni, Jonokol y Willamar, en la balsa de delante, ya no oírían a Jondalar aunque levantara la voz, y eran ellos quienes más le preocupaban. Pero si la Primera decidía no desembarcar allí, supuso que la mujer corpulenta debía de considerar segura la balsa.

Cuando los caballos salieron del río, tanto los animales como los humanos iban chorreando, y los demás los observaron desde las balsas. Mientras la Zelandoni los veía salir trabajosamente del agua y ascender por la orilla, pareció replantearse la decisión de quedarse en la plataforma de troncos atados con correas de cuero, tendón y cuerdas de fibras. De pronto la asaltó el deseo de sentir la tierra bajo los pies.

Aunque había viajado río arriba antes, y había descendido corriente abajo por aguas más tranquilas, nunca había seguido la ruta de los rápidos hasta el Gran Río, pero Jonokol, y en especial Willamar, parecían tan despreocupados que ella no se atrevió a reconocer sus temores.

Al cabo de un instante, un recodo en el río y una pared de piedra le impedían ya ver el último lugar por donde era posible escapar de aquellas aguas arremolinadas. La Zelandoni volvió la vista al frente y buscó con desesperación las asas formadas con las ataduras de los troncos, que le habían mostrado al subir a la estructura flotante. Iba sentada en un pesado cojín de cuero impermeabilizado hasta cierto punto con una capa de grasa, pero en un viaje en balsa lo normal era acabar empapado.

Más adelante, el río era una masa furiosa de espuma. El agua asomaba entre los troncos y lo salpicaba todo. El rugido del impetuoso río, advirtió la Zelandoni, aumentaba a medida que la poderosa corriente los arrastraba entre las paredes de roca que se elevaban a ambos lados.

De pronto se hallaban en medio de la vorágine. El agua saltaba por encima de las rocas y en torno a peñascos desgajados de las paredes rocosas y los afloramientos de piedra por efecto de la erosión de las fuerzas de la naturaleza: el frío extremo, los vientos huracanados y la corriente rápida. La Primera ahogó una exclamación al sentir un salpicón de agua fría en la cara cuando la proa de la balsa se hundió en el agua arremolinada y veloz.

Normalmente, si no había tormentas o afluentes que aportaran mayor caudal, la cantidad de agua en el Río permanecía igual, pero los cambios en el lecho y el cauce modificaban las características de la corriente. En un vado, allí donde el río se ensanchaba y era menos profundo, el agua burbujeaba y ondeaba plácidamente en torno a las rocas, pero cuando las paredes rocosas se acercaban y la pendiente del lecho era más empinada, la misma cantidad de agua contenida en un espacio más estrecho descendía con mayor fuerza. Esa fuerza arrastraba consigo la balsa de troncos.

La Zelandoni sentía miedo, pero también emoción, y al ver a los balseros de la Undécima Caverna controlar la embarcación impulsada a tal velocidad por los tramos inferiores del Río, aumentó sobremanera la valoración de su destreza. El hombre que empuñaba la pértiga la empleaba ahora para apartarlos de los peñascos que surgían en medio del cauce y mantenerlos alejados de las paredes rocosas que se alzaban a los lados. El remero a veces hacía lo mismo, pero en los canales sin obstáculos ayudaba a dirigir la balsa junto a la mujer que controlaba el timón, guiando la pesada embarcación. Debían trabajar en equipo y a la vez pensar de manera independiente.

Doblaron un recodo y de pronto la velocidad de la balsa se redujo. Si bien el río bajaba con igual rapidez alrededor de ellos, en ese tramo los bajos de la embarcación raspaban la superficie lisa de la roca sólida del lecho apenas sumergida. Esa sería la

parte más difícil de recorrer a su regreso, ya que se verían obligados a impulsarse con la pértiga por el lecho empinado y poco profundo. A veces, salían del río y rodeaban el tramo acarreado las balsas. Al dejar atrás el lecho rocoso, descendieron por una pequeña cascada situada a un lado y fueron a parar a un entrante en la pared de roca a la izquierda, quedando allí inmovilizados en un remolino. Flotaban pero estaban atrapados, incapaces de seguir aguas abajo.

—Esto ocurre a veces, aunque hacía tiempo que no nos pasaba —dijo la mujer que controlaba el timón. Shenora lo mantenía en alto, fuera del agua, desde antes de iniciar el recodo—. Debemos apartarnos de la pared, pero puede ser difícil. Salir de aquí a nado tampoco es fácil. Si os bajarais de la balsa ahora, quizá el agua os hundiría. Tenemos que salir de este remolino. La segunda balsa no tardará en llegar; quizá puedan ayudarnos. Pero podría ser que toparan con nosotros y quedaran también atrapados.

El hombre de la pértiga hincó los pies descalzos en los intersticios entre los troncos de la balsa para mayor tracción, a fin de no resbalar, y empujó la pared con la pértiga, en un esfuerzo por mover la balsa. El remero también intentaba empujar la pared, a pesar de que las empuñaduras de los remos eran más cortas y no tan resistentes. Podían doblarse o partirse en el punto de unión entre la pala de asta y el mango de madera.

—Creo que necesitáis otra pértiga o quizá dos —observó Willamar, acercándose al hombre de la pértiga con una de las varas largas y finas de la angarilla de Ayla. Jonokol, detrás de él, empuñaba otra.

Pese a empujar los tres hombres a la vez, no les fue fácil salir de la trampa del remolino, pero al final alcanzaron de nuevo la corriente. Cuando volvieron a flotar libremente, el de la pértiga los guio hasta un saliente de roca, y allí los balseiros, empleando la pértiga, el remo y el timón, mantuvieron la balsa inmóvil.

—Creo que debemos esperar para ver cómo supera ese tramo la otra balsa —dijo—. Está más traicionero que de costumbre.

—Buena idea —convino Willamar—. Tengo a un par de jóvenes comerciantes en esa balsa, y preferiría no perderlos.

Mientras hablaban, la segunda balsa asomó por el recodo del río, y su velocidad se redujo por la fricción con el lecho rocoso, como le había ocurrido a la primera, pero la corriente los había arrastrado un poco más lejos de la pared y consiguieron eludir el remolino. En cuanto vieron que la segunda balsa seguía adelante sin percances, los de la primera reanudaron la marcha. Al frente, el río corría aún impetuoso y, en un punto, la balsa que los seguía chocó contra un saliente de roca e inició un giro, pero consiguieron enderezarla.

La Zelandoni se aferró a las asas de cuerda cuando sintió que la balsa se levantaba en las aguas agitadas y volvía a hundirse en la corriente impetuosa. Y así continuaron

hasta llegar a otro recodo. Al doblarlo, las aguas del Río se calmaron de repente y en la orilla izquierda apareció una agradable playa arenosa y llana, y algo parecido a un pequeño embarcadero. La balsa enfiló en esa dirección, y cuando se aproximaron, el remero cogió una cuerda con un extremo atado a la embarcación y arrojó el otro extremo, en forma de lazo, a un poste clavado firmemente en la tierra al borde del río. El segundo hombre lanzó otra cuerda, y entre los dos tiraron de ella para acercar la balsa al pequeño embarcadero de la orilla.

—Deberíamos desembarcar aquí y esperar a los otros. Además, necesito un descanso —dijo el hombre de la pértiga.

—Sí, sin duda. Todos lo necesitamos —afirmó la Primera.

La segunda balsa apareció en el momento en que desembarcaban. Estos ayudaron a los otros a amarrar la segunda plataforma de troncos al pequeño embarcadero, y sus pasajeros bajaron a tierra deseosos de tomarse un respiro. Poco después salieron de detrás de la elevación de roca que acababan de rodear Ayla y Jondalar con sus animales. Al quedar una de las balsas atrapada en el remolino, su avance se había retrasado, dando tiempo a los caballos a alcanzarlos.

Se saludaron con entusiasmo, alegrándose de ver que estaban todos sanos y salvos. A continuación, un hombre de la Undécima Caverna encendió una fogata en un hoyo que obviamente se había usado ya antes con ese fin. Habían recogido del lecho del río piedras lisas y redondeadas por efecto de la corriente y las habían apilado cerca del agua para que se secaran. Las piedras secas se calentaban más deprisa al ponerlas en el fuego, y eran menos peligrosas. Las piedras con humedad en el interior podían explotar al exponerlas al calor del fuego. Sacaron agua del Río y llenaron dos cestas de guisar y una caja de madera ranurada. Cuando las piedras calientes se añadieron al agua, se produjo una nube de vapor entre una erupción de burbujas. Al añadir más piedras, el agua alcanzó la temperatura de cocción.

Viajar en balsa era mucho más rápido, pero como no podían recolectar comida mientras flotaban por el Río, consumieron la que llevaban encima. Pusieron diversas hierbas para una infusión en la caja de madera ranurada; en una gran cesta, para preparar una sopa, echaron un poco de carne seca para dar sabor, junto con verduras desecadas y las sobras del megaceros asado la noche anterior. En otra cesta, añadieron al agua caliente fruta desecada para ablandarla. Comieron deprisa para poder volver a las balsas y acabar el viaje fluvial antes del anochecer.

Cerca de la desembocadura del Río, pese a que muchos pequeños afluentes vertían sus aguas aumentando el caudal y la turbulencia, la corriente ya no volvió a ser tan impetuosa como en los rápidos. Navegaron cerca de la orilla izquierda hasta avistar el Gran Río. Donde el delta del Río se ensanchaba, los balseros de la Undécima Caverna condujeron la embarcación hacia el centro del cauce hasta llegar

al Gran Río. En la confluencia de las corrientes de los dos ríos se había formado una barra, una elevación de arena y sedimentos, y cruzarla representó un peligro más en su viaje. Poco después se hallaron en medio de una masa de agua mucho mayor, con una poderosa corriente que los arrastraba hacia las Grandes Aguas. Allí la pértiga era de poca utilidad. El hombre que la usaba cogió un segundo remo que tenía atado cerca del borde. Ahora la misión de los dos hombres provistos de remos de asta de megaceros y de Shenora, la mujer que empuñaba el timón, era llevarlos al otro lado del caudaloso río. Shenora tiró del timón lo máximo posible para dirigirlos hacia la orilla opuesta, en tanto que los remeros se afanaban por guiar la pesada embarcación. La segunda balsa los siguió.

Los caballos y el lobo cruzaron a nado trazando una línea más recta. Continuaron por la orilla, sin perder de vista las balsas conforme realizaban su trayectoria oblicua hacia tierra. Mientras cabalgaban río abajo, Jondalar recordó con cariño las embarcaciones utilizadas por los sharamudoi, que habitaban junto al Río de la Gran Madre. Vivían muy cerca del final del cauce de esa larga e importante vía fluvial, en ese tramo ancho y rápido, pero sus embarcaciones surcaban ágilmente las aguas. Las más pequeñas podía controlarlas una sola persona mediante un remo de doble pala. Jondalar había aprendido a usar uno, aunque en el proceso había sufrido un par de percances. Las de mayor tamaño podían emplearse para transportar mercancías y personas, aunque también necesitaban a más de un tripulante para impulsarlas con los remos; no obstante, el control era mucho mayor.

Recordó cómo se construían esas embarcaciones. Partiendo de un tronco grande, vaciaban el centro mediante brasas y cuchillos de piedra, labraban los dos extremos para dejarlos en punta y ensanchaban el tronco mediante vapor en la parte central. Luego se añadían a los flancos planchas largas, conocidas como hiladas, para agrandar la embarcación, uniéndolas mediante estaquillas de madera y ataduras de cuero. Él había ayudado a construir uno de esos botes cuando Thonolan y él vivían con ellos.

—Ayla, ¿recuerdas los botes de los sharamudoi? —preguntó Jondalar—. Creo que podríamos hacer uno, o al menos me gustaría intentarlo, uno pequeño, para enseñárselo a la Undécima Caverna. He intentado explicarles cómo son, pero no es fácil dejarlo claro. Si construyera uno pequeño, se formarían una idea.

—Si quieres que te ayude, por mí encantada —contestó Ayla—. También podríamos construir uno de aquellos botes redondos en forma de vasija de los mamutoi. Ya hicimos uno en nuestro viaje hacia aquí. Lo cargábamos cuando lo acoplábamos a la angarilla de Whinney, y más aún cuando teníamos que cruzar ríos. —De pronto arrugó la frente—. Pero es posible que en algún momento la Zelandoni me necesite.

—Lo sé —dijo él—. Si puedes ayudarme, te lo agradeceré, pero no te preocupes.

A lo mejor consigo que me ayuden mis aprendices. Los botes en forma de vasija pueden ser útiles, pero creo que antes intentaré construir uno pequeño como los de los sharamudoi. Tardaré más, pero será más manejable y me permitirá elaborar cuchillos eficaces para labrar esa clase de botes. Si a la Undécima Caverna le gusta tanto como creo, seguro que podré trocar el bote por el uso futuro de sus balsas, y si deciden hacer más botes, puede que quieran usar los cuchillos diseñados especialmente para ahuecar los troncos, y yo podría trocar muchos viajes por el río en el futuro.

Ayla pensó en cómo funcionaba la cabeza de Jondalar, en su manera de anticiparse, sobre todo para obtener algún beneficio en el futuro. Sabía que ponía todo su empeño en cuidar de ella y Jonayla, y que el concepto zelandonii de estatus intervenía también de algún modo. Para él, eso era importante, y sabía muy bien lo que convenía hacer en cada situación para conseguirlo. Su madre, Marthona, también era así, y él obviamente lo había aprendido de ella. Ayla entendía el concepto de estatus, quizá en el clan tenía aún mayor trascendencia, pero para ella no era algo vital. Pese a que había adquirido estatus en diversos pueblos, siempre le había llegado sin proponérselo, nunca había tenido que esforzarse para conseguirlo, y no sabía hasta qué punto sería capaz de hacerlo.

La corriente arrastró las balsas a cierta distancia río abajo hasta que lograron llegar a la margen opuesta. Para entonces, el sol ya se ponía por el oeste, y todos sintieron alivio cuando desembarcaron en la otra orilla. Mientras plantaban el campamento, los dos jóvenes aprendices de Willamar, junto con Jondalar y Lobo, fueron a ver si podían cazar algo. Todavía les quedaba carne del megaceros, pero ya no duraría mucho y querían carne fresca.

Poco después de partir, avistaron un bisonte macho solitario, pero él los vio primero y huyó tan deprisa que les fue imposible seguirlo. Lobo levantó un par de perdices blancas anidadas, resplandecientes con su plumaje veraniego. Jondalar abatió una con el lanzavenablos; Tivonan, que también llevaba el suyo, falló, y Palidar no llegó a prepararlo a tiempo. Si bien una perdiz blanca no iba a dar de comer a mucha gente, Jondalar la cogió. Pronto anochecería, y no tenían mucho tiempo para buscar algo más, de modo que volvieron al campamento.

De pronto Jondalar oyó un gañido. Se volvió rápidamente y vio a Lobo intentando mantener a raya a un joven bisonte macho. Era más pequeño que el que habían visto antes, y probablemente no hacía mucho que había abandonado la manada materna para errar con los solteros, que se agrupaban en manadas menos numerosas y más dispersas en esa época del año. Jondalar armó el lanzavenablos al instante, y esta vez Palidar estuvo más raudo. Mientras los hombres se acercaban a la presa, Tivonan consiguió también preparar el lanzavenablos.

El bisonte joven e inexperto se había concentrado en el lobo, a quien temía de manera instintiva, y no prestaba mucha atención a los depredadores bípedos, para los

que no poseía reacción instintiva, porque no los conocía, pero, rodeado por los tres, tenía pocas posibilidades. Jondalar, el más diestro con el lanzavenablos, arrojó su dardo ya montado. Los otros dos hombres necesitaron un poco más de tiempo para apuntar. Palidar fue el primero en lanzar, seguido de inmediato por Tivonan. Las tres lanzas dieron en el blanco y abatieron al animal. Los jóvenes dejaron escapar un grito de júbilo; luego, agarrando por el casco sendas patas delanteras, llevaron el bisonte a rastras hasta el campamento. El animal proporcionaría carne para varias comidas a los catorce adultos y el lobo, que sin duda merecía parte de ella por su intervención en la cacería.

—Ese lobo a veces puede ser de gran ayuda —comentó Palidar, sonriendo al animal, que tenía la oreja ladeada en un ángulo extraño, rasgo que lo hacía reconocible, distinguiéndolo de cualquier otro cánido salvaje que pudiera habitar en la zona. Palidar sabía por qué la tenía así, y el suceso no había sido motivo de sonrisas. Había sido él quien se topó con el lugar donde se había producido la pelea de lobos. Había mucha sangre, una hembra muerta medio destrozada, y el cuerpo de un animal que Lobo había conseguido matar. Palidar lo despellejó, pensando que podría aprovechar la piel para decorar una bolsa de acarreo o un carcaj, pero cuando fue a visitar a Tivonan para enseñarle su hallazgo, Lobo percibió el olor del otro lobo y atacó al joven. Incluso Ayla tuvo dificultades para apartar al cazador cuadrúpedo de Palidar; afortunadamente Lobo seguía débil a causa de las heridas.

La Novena Caverna nunca había visto a Lobo atacar a una persona, y para ellos fue toda una sorpresa, pero Ayla advirtió el trozo de piel de lobo cosido al carcaj de Palidar, y cuando él le explicó de dónde lo había sacado, Ayla ató cabos. Le pidió el trozo de piel y se lo dio a Lobo, que lo mordió y desgarró y sacudió hasta reducirlo a jirones. Resultó casi gracioso verlo, pero no para Palidar, que se alegró de no haberse cruzado con Lobo estando solo. Llevó a Ayla al lugar donde había encontrado la piel, mucho más lejos de lo que ella imaginaba. Le sorprendió la distancia que Lobo había recorrido a rastras para llegar hasta ella, pero se alegró de que lo hubiera hecho.

Le explicó a Palidar lo que, en su opinión, había ocurrido. Sabía que Lobo había encontrado una compañera, una loba solitaria, y supuso que ambos intentaban delimitar un territorio para ellos, pero obviamente la manada local era muy grande y estaba bien consolidada, y Lobo y su hembra eran demasiado jóvenes. Lobo tenía otra desventaja. Nunca había jugado a las peleas con sus compañeros de camada y, aparte de su comportamiento instintivo, no sabía luchar con lobos.

La madre de Lobo había tenido el celo fuera de la temporada habitual y la hembra dominante de la manada la había expulsado del grupo. Casualmente, la loba había encontrado a un macho ya mayor que había abandonado a su manada, incapaz de seguirle el paso. Durante un tiempo este se sintió más vigoroso al tener a una hembra joven para él solo, pero murió antes de acabar el invierno, dejándola sola con su

camada cuando la mayoría de las madres lobas habrían contado con la ayuda de toda una manada.

Cuando Ayla lo rescató, Lobo tenía apenas cuatro semanas y era el único superviviente de la camada, pero esa era la edad a la que una madre loba normalmente habría sacado a sus lobeznos de la guarida de nacimiento para que recibieran la impronta de la manada. Lobo, en cambio, había recibido la impronta de la manada humana de los mamutoi, con Ayla como madre dominante. Él no conoció a sus hermanos cánidos, no creció con otros lobeznos; lo crio Ayla junto con los niños del Campamento del León. Como una manada de lobos y una familia humana comparten muchas características, se adaptó a la vida con las personas.

Después de la pelea, Lobo consiguió acercarse a rastras al campamento de la Novena Caverna lo suficiente para que Ayla lo encontrara. Casi todos en la Reunión de Verano desearon su recuperación. La Primera incluso ayudó a Ayla a curarle las heridas. Tenía la oreja casi arrancada, y aunque Ayla se la cosió, finalmente, al cicatrizar, le quedó un tanto sesgada, rasgo por el cual muchos le veían cierto aire de golfo, cierto aspecto encantador de espíritu libre, que suscitaba sonrisas.

El incidente había permitido a Ayla entender que Lobo no sólo debía recuperarse de las heridas físicas, sino también de la tensión que lo había impulsado a atacar al muchacho que llevaba la piel del lobo muerto y le recordaba la pelea. El joven cánido nunca había participado en una pelea con lobos. Eso desarrolló su cautela ante el olor que a un nivel profundo reconocía como el suyo propio.

El emplazamiento sagrado que la Primera quería visitar era una cueva pintada que se hallaba a varios días de viaje en dirección este y sur. Y la Undécima Caverna debía enfrentarse otra vez a la misma corriente impetuosa del Gran Río para cruzar de nuevo esa importante vía fluvial que acababan de atravesar. Tenían que iniciar la travesía a cierta distancia de allí, aguas arriba, si querían llegar a la orilla opuesta cerca de la desembocadura del Río, que los llevaría de regreso a casa. Ambos grupos se dirigían hacia una caverna que, según explicaron a Ayla, se encontraba cerca del lugar donde un pequeño torrente confluía con el Gran Río. Ese cauce de menor tamaño nacía en unas montañas al sur, cerca del emplazamiento sagrado que la Primera quería enseñar a Ayla a continuación. Se encaminaron hacia el este a la mañana siguiente, remontando el Gran Río por la orilla.

La Undécima no era la única caverna zelandonii que empleaba balsas para viajar por los ríos de su territorio. Muchas generaciones atrás, algunos descendientes de los mismos navegantes fluviales que habían fundado la Undécima Caverna decidieron establecer una caverna nueva al otro lado del Gran Río, cerca del lugar donde normalmente iniciaban el camino de regreso. Acampaban en los alrededores con frecuencia, y buscaban cuevas y refugios de piedra cuando de pronto amenazaba mal

tiempo; además, exploraban esa zona mientras cazaban y recolectaban comida. Acabaron conociendo muy bien la región.

Más tarde, por las razones habituales —la caverna inicial estaba demasiado poblada, o alguien había tenido una discrepancia con la compañera de su hermano o con su tío—, un pequeño grupo se escindió y formó una nueva caverna. Aún había mucha más tierra deshabitada que personas para ocuparla. Para la caverna original, era una clara ventaja disponer de un lugar al que ir donde había amigos, comida y espacio para dormir. Las dos cavernas estrechamente emparentadas desarrollaron maneras de intercambiar servicios y bienes, y la caverna nueva prosperó. Acabó llamándose Primera Caverna de los zelandonii al sur del Gran Río, nombre que con el tiempo se abrevió, quedando en Primera Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur.

La donier quería ponerse de acuerdo con ellos para cruzar el río en el camino de regreso y avisarlos con antelación de que otro grupo con el que los viajeros tenían previsto reunirse más adelante cruzaría el Gran Río. También deseaba hablar con su Zelandoni, una mujer a quien ella conocía desde antes de ser acólita. Después el grupo se separaría. Desde allí, los balseros de la Undécima Caverna atravesarían de nuevo el Gran Río y los viajeros de la Gira de la Donier remontarían el pequeño torrente hasta llegar a la cueva pintada.

En los desplazamientos por el río a veces era necesario acarrear la balsa para sortear obstáculos o aguas en extremo impetuosas, o cascadas, o zonas tan poco profundas que la embarcación rozaba el lecho. Por esa razón, añadían troncos delgados dispuestos transversalmente y fijados mediante soportes: así la gente que controlaba la balsa podía cargar con ella en tierra. Esta vez los viajeros ayudaron, con lo que la tarea fue más fácil. Colocaron los remos, timones y pértigas en las angarillas tiradas por los caballos, junto con las tiendas de viaje y otras pertenencias. Mientras remontaban el río a pie, llevaban sus propias bolsas con los objetos personales, y se turnaban para cargar con las balsas.

Avanzaron hacia el este, agua arriba, por la orilla sur de la caudalosa vía fluvial que descendía hacia el oeste, y al ver el primero de dos grandes meandros del Gran Río supieron que estaban cerca de la desembocadura del Río. Cuando llegaron al extremo superior del primer meandro, el extremo sur, los viajeros se separaron de la margen del río. Seguir toda la curva del meandro habría representado una gran caminata, y podían simplemente atajar campo a través hasta llegar al extremo superior del segundo meandro del Gran Río. Recorrieron un camino que en su día fue una senda de animales y se ensanchó por efecto del tráfico humano. Allí donde se bifurcaba, un sendero seguía hacia el norte, paralelo al río, y el otro se desviaba hacia el este tierra adentro, a todas luces el más transitado.

Llegaron al extremo superior del segundo meandro y allí siguieron el curso del

río, que en ese punto volvía a dirigirse hacia el norte. En la bifurcación de ese meandro, los dos senderos, uno hacia el este y otro hacia el norte, estaban hollados por igual; era frente al extremo norte del segundo meandro donde desembocaba el Río, donde este confluía con el Gran Río, y por tanto ese camino en dirección norte se usaba tanto como el otro. Encaminándose hacia el este campo a través, llegaron otra vez al río y desde allí siguieron su curso en dirección sudeste. El caudal del Gran Río era mucho menor antes del lugar donde el Río vertía sus aguas en el cauce mayor. Fue allí donde decidieron acampar para pasar la noche.

Todos habían acabado de comer y la mayoría estaban sentados alrededor del fuego, relajándose antes de acomodarse en sus tiendas y pieles de dormir. Ayla servía a Jonayla una segunda ración mientras escuchaba a unos jóvenes de la Undécima hablar de fundar una nueva caverna río abajo, cerca del lugar donde las balsas habían atracado después de cruzar el Gran Río. Planeaban proporcionar un lugar para dormir y ofrecer comida a los viajeros que cruzaban el Gran Río, ya fuera para seguir hacia el sur o para viajar al oeste, aguas abajo. Por un intercambio acordado previamente, los balseros cansados y sus pasajeros tendrían un lugar donde reposar sin necesidad de plantar el campamento. Ayla empezó a entender cómo se propagaban y crecían las comunidades humanas, y por qué la gente podía desear fundar una nueva caverna. De pronto le encontró pleno sentido.

El asentamiento de la Primera Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur estaba a un día de allí. Llegaron a última hora de la tarde, y Ayla pensó que sin duda era más cómodo disponer de un lugar donde extender las pieles de dormir sin tener que plantar las tiendas, y encontrarse la comida ya hecha. Los habitantes de esta caverna también viajaban y cazaban en la estación cálida, al igual que todas las demás cavernas, y por tanto en ese momento residían allí menos personas, pero no eran tan pocos en proporción a su número total como en la mayoría de las demás cavernas. Permanecían allí no sólo quienes no podían viajar, sino también aquellos que prestaban sus servicios a otros.

Animaron a los viajeros a pasar unos días más con los zelandonii de las Tierras del Sur, que habían oído hablar de un lobo y unos caballos que se doblegaban a la voluntad de una forastera y un zelandonii que había regresado de un largo viaje. Se sorprendieron al descubrir que tantas de las cosas que habían considerado una exageración eran ciertas. Asimismo se sintieron honrados por tener con ellos a la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra. Todos los zelandonii, incluso aquellos que rara vez la veían, la reconocían como Primera, pero alguien de esa caverna de las Tierras del Sur mencionó a otra mujer que vivía cerca de una cueva mucho más al sur, también muy respetada y honrada. La Primera sonrió: esa mujer era una persona a la que ella conocía y a quien esperaba ver.

A quienes mejor conocían en la caverna de las Tierras del Sur era a los balseros

de la Undécima y al maestro de comercio de la Novena. Willamar había pasado por allí muchas veces en sus viajes. Los miembros de las dos cavernas de zelandonii que construían, impulsaban y controlaban balsas tenían historias que contar, habilidades que compartir y aptitudes que enseñar, no sólo entre sí, sino también a cualquier otro que estuviera interesado. Explicaron algunas de las técnicas que utilizaban para construir sus embarcaciones. Jondalar escuchó con gran atención.

Habló de los botes de los sharamudoi, pero no entró en grandes detalles, porque había decidido construir uno para mostrarles cómo era en lugar de contárselo. Su prestigio como tallador de pedernal era conocido de sobra, y cuando se lo pidieron, gustosamente dio a conocer algunas de sus técnicas. También habló de la invención del lanzavenablos, cuyo uso se había difundido rápidamente, y junto con Ayla hizo una demostración de algunos de los aspectos más sutiles para el control de aquella eficaz arma de caza. Ayla exhibió asimismo su destreza con la honda.

Willamar contó anécdotas y aventuras de sus viajes como maestro de comercio, y era un buen narrador que cautivaba a su público. La Zelandoni aprovechó la ocasión para impartir sus enseñanzas y recitó o cantó con su impresionante voz algunas de las Historias y Leyendas de los Ancianos. Una noche convenció a Ayla para que demostrara su virtuosismo en la imitación de las voces de los animales y el canto de las aves. Después de contar una anécdota sobre el clan, Ayla les enseñó algunas de las maneras de comunicarse mediante el lenguaje de los signos del clan, por si en una de esas casualidades llegaban a encontrarse con un grupo de cazadores o viajeros del clan. Al cabo de un rato, todos sostenían conversaciones sencillas sin emitir el menor sonido. Era como un lenguaje secreto, empleado por diversión.

Jonayla era una criatura adorable con cuya compañía casi todos disfrutaban, y como era la única niña entre los viajeros, recibía mucha atención. Lobo también la recibía, porque se dejaba tocar y mimar, pero más aún por cómo respondía a las peticiones de aquellos a quienes conocía. Sin embargo, para todos saltaba a la vista que atendía más a Ayla, Jondalar y Jonayla. La gente también sentía curiosidad por cómo los tres manejaban a los caballos. La yegua mayor, Whinney, que parecía la más dócil y mejor dispuesta, se sentía sin duda más unida a Ayla. Jondalar era quien controlaba con destreza al corcel, más brioso, al que llamaba Corredor, pero lo más sorprendente era la manera en que la pequeña Jonayla montaba y se ocupaba de la joven yegua, Gris, pese a que aún era incapaz de subirse ella sola al lomo del animal.

Permitieron a unas cuantas personas montar en alguno de los caballos, por lo general las dos yeguas. El corcel a veces podía ser difícil de controlar para los desconocidos, sobre todo si estaban nerviosos. Los de la Undécima Caverna en particular tomaron conciencia de la utilidad de los caballos para el transporte de mercancías, y los balseros comprendían el proceso del transporte de mercancías mejor que muchos, pero también se daban cuenta del trabajo que implicaba cuidar de

los animales, incluso cuando no se utilizaban. A las balsas no había que darles comida ni agua; no requerían cobijo ni cepillado ni más atención que cierto mantenimiento y alguna que otra reparación, y la necesidad de acarrearlas de vez en cuando.

Debido a los días que habían pasado juntos, los viajeros de la Gira de la Donier y los balseros de la Undécima Caverna se entristecieron cuando se fueron cada uno por su lado. Habían compartido ratos difíciles en el agua, y los esfuerzos de viajar por tierra. Cada uno había encontrado su función al plantar el campamento, cazar y recolectar comida, y contribuir a los quehaceres y necesidades de la vida cotidiana. Habían compartido historias y conocimientos, y sabían que habían forjado amistades especiales que esperaban renovar más adelante. Cuando emprendieron el camino hacia el sur, Ayla experimentó una sensación de pérdida. Había empezado a sentir que las personas de la Undécima Caverna formaban parte de su familia.

Capítulo 20

Proseguir el viaje con sólo la mitad de la gente tenía sus ventajas. Ahora les daba la impresión de que se movían más ligeros de peso, con mayor facilidad. Había menos cosas de las que ocuparse, ninguna balsa que acarrear, menos comida que buscar, menos leña y material combustible que recoger para cocinar; tampoco era necesario llenar tantos odres, y se requería menos espacio para acampar, con lo cual tenían más opciones al elegir el lugar de acampada. Pese a que echaban de menos a sus recientes amigos, viajaban más deprisa y pronto establecieron una nueva rutina más eficaz para los siguientes días. El pequeño río les proporcionaba un suministro continuo de agua y lo bordeaba una senda fácil de seguir, pese a que casi todo el camino era en pendiente.

La gente que vivía cerca del siguiente emplazamiento sagrado que la Primera deseaba mostrarle a Ayla era una extensión de la Primera Caverna de las Tierras del Sur. La Primera señaló un refugio al pasar por delante.

—Esa es la entrada de la cueva pintada que quiero que veas —dijo.

—Siendo un lugar sagrado, ¿podemos entrar sin más? —preguntó Ayla.

—Está en el territorio de la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur, y ellos consideran que la cueva es suya y que tienen el derecho a usarla y enseñarla —explicó la Primera—. También son ellos quienes normalmente añaden las pinturas nuevas. Si Jonokol sintiera el impulso de pintar en las paredes, lo más probable es que se lo permitieran, pero lo ideal sería que antes diera a conocer sus intenciones. Uno de los suyos podría sentir la necesidad de pintar algo en el mismo sitio. Es poco probable, pero si fuera así, tal vez significara que el mundo de los espíritus está acudiendo a los zelandonia por alguna razón.

Siguió explicando que siempre era conveniente mostrar reconocimiento por el territorio que una caverna consideraba propio. Desconocían el concepto de propiedad privada, y a nadie se le ocurría que la tierra pudiera tener dueño. La tierra era la encarnación de la Gran Madre, ofrecida a sus hijos para que todos la usaran, pero los habitantes de una región veían su territorio como su hogar. Todos podían viajar libremente a cualquier parte, atravesar cualquier región por lejana que fuese, siempre y cuando obraran con consideración y respetasen las normas de cortesía comúnmente aceptadas.

Cualquiera podía cazar o pescar o recolectar los alimentos necesarios, pero se consideraba de buena educación presentar a la caverna local. Eso era aplicable especialmente a los vecinos, pero también a aquellos que estaban de paso, para que no estorbasen los planes que pudiera tener el grupo local. Si un vigía residente había estado observando a una manada que se acercaba, por ejemplo, y los cazadores planeaban una gran cacería para llenar su despensa de cara a la estación fría, podía

provocar cierta indignación que unos viajeros, por perseguir a un solo animal, espantasen a toda la manada. Si en lugar de eso, notificaban su presencia a la caverna local, muy probablemente los invitarían a participar en la cacería organizada y quedarse con una parte.

La mayoría de las cavernas contaban con vigías que permanecían siempre atentos, sobre todo al paso de las manadas migratorias, pero también a cualquier actividad inusual en la región, y ver a gente viajar con un lobo y tres caballos era sin duda inusual. Y más aún si uno de los caballos llevaba a rastras un artilugio en el que iba sentada una mujer corpulenta. Cuando los visitantes estuvieron a la vista del hogar de la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur, los esperaba un pequeño grupo de personas. Después de apearse la mujer corpulenta, un hombre con tatuajes en la cara que afirmó ser el Zelandoni dio un paso al frente para saludarla a ella y a los demás. Había reconocido los tatuajes faciales de la Primera.

—Un saludo a La Que Es la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra —dijo, acercándose con las dos manos abiertas y tendidas, el gesto habitual para expresar franqueza y cordialidad—. En el nombre de Doni, la Primera Madre, Grande y Bienhechora, que Nos Provee a Todos, bienvenida seas.

—En el nombre de Doni, la Madre Original y Más Generosa, yo te saludo, Zelandoni de la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur —dijo La Que Era la Primera.

—¿Qué os trae tan al sur? —preguntó él.

—Una Gira de la Donier para mi acólita —contestó la Primera.

El hombre vio acercarse a una joven atractiva con una niña especialmente bonita. El Zelandoni sonrió y se dirigió hacia la joven con las manos extendidas; de pronto vio al lobo y, nervioso, miró alrededor.

—Ayla, de la Novena Caverna de los zelandonii... —empezó a decir la Primera, y enumeró todos sus importantes títulos y lazos.

—Bienvenida, Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo él, aunque le extrañaron todos esos títulos y lazos inusuales con nombres de animales.

Ayla dio un paso al frente con las manos abiertas.

—En el nombre de Doni, la Madre de todos, yo te saludo, Zelandoni de la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur —dijo.

El hombre se esforzó en disimular su sorpresa por la manera en que ella habló. Saltaba a la vista que procedía de un lugar lejano. Era poco común que se aceptase a un forastero en la zelandonia, y sin embargo esa mujer de otras tierras era acólita de la Primera.

Con su perspicacia para detectar todos los matices en gestos y expresiones, Ayla percibió claramente su sorpresa, y el intento de ocultarla. La Primera también advirtió la sorpresa de aquel hombre, y reprimió una sonrisa. «Aquel iba a ser un viaje

interesante», analizó. Con los caballos, un lobo y una acólita forastera, todo el mundo hablaría de sus visitantes durante un tiempo. La Primera pensó que debía informar mejor al Zelandoni sobre el estatus de Ayla y presentarle al resto del grupo. Señaló a Jondalar, quien también había captado las reacciones del Zelandoni de esa caverna y la respuesta de la Primera.

—Jondalar, por favor, saluda al Zelandoni de la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur. —Se volvió hacia aquel hombre—. Este es Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii, maestro tallador de pedernal de la Novena Caverna de los zelandonii, hermano de Joharran, jefe de la Novena Caverna, hijo de Marthona, anterior jefa de la Novena Caverna, nacido en el Hogar de Dalanar, jefe y fundador de los lanzadonii —explicó—, y compañero de Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, acólita de la Primera, y madre de Jonayla, bendita de Doni.

Los dos hombres entrelazaron las manos y se saludaron de la manera formal. Las escasas personas que se habían congregado para recibirlos estaban no poco abrumadas por todos aquellos títulos y lazos de tan alto estatus. La propia Novena Caverna disfrutaba de una posición elevada entre las cavernas. Tanta formalidad rara vez se utilizaba en encuentros normales, y la Primera tenía la impresión de que el Zelandoni no dudaría en contar historias sobre ese encuentro. La razón por la que había deseado llevar a Ayla en una Gira de la Donier no era sólo mostrarle los emplazamientos sagrados del territorio zelandonii, sino también presentarla en muchas de las cavernas. Tenía planes para Ayla que nadie más conocía, ni siquiera la propia Ayla. A continuación, señaló a Jonokol.

—Como nos disponíamos a emprender este viaje, pensé que debía incluir a mi anterior acólito. Nunca lo llevé de gira cuando era sólo Jonokol, mi acólito con inclinaciones artísticas. Ahora no sólo es un pintor de gran talento, con un nuevo lugar sagrado excepcional en el que trabajar, sino además un Zelandoni importante e inteligente —explicó la Primera.

Los tatuajes en el lado izquierdo de la cara de Jonokol anunciaban por sí solos que ya no era un acólito. Los tatuajes de los zelandonia se realizaban siempre en el lado izquierdo de la cara, por lo general en la frente o la mejilla, y a veces eran muy elaborados. Los jefes llevaban los tatuajes en el lado derecho, y otras personas destacadas, como el maestro de comercio, exhibían símbolos en medio de la frente, por lo general de menor tamaño.

Jonokol se adelantó y se presentó él mismo.

—Soy el Zelandoni de la Decimonovena Caverna de los zelandonii, y yo te saludo, Zelandoni de la Cuarta Caverna de los zelandonii que viven en las tierras al sur del Gran Río —dijo, y tendió las dos manos.

—Saludos, y bienvenido seas, Zelandoni de la Decimonovena Caverna —fue la respuesta.

A continuación se acercó Willamar.

—Yo soy Willamar de los zelandonii, compañero de Marthona, antigua jefa de la Novena Caverna, que es la madre de Jondalar. Se me conoce como maestro de comercio de la Novena Caverna, y he traído a mis dos aprendices, Tivonan y Palidar.

El Zelandoni dio la bienvenida al maestro de comercio. Cuando reparó en el tatuaje en medio de su frente, supo que el hombre ostentaba una posición importante, pero sólo cuando lo vio más de cerca, constató que, en efecto, Willamar era comerciante. Luego dio la bienvenida a los dos jóvenes, que le devolvieron los saludos formales.

—Ya había pasado por aquí antes y visto vuestro extraordinario lugar sagrado. Pero esta es mi última misión de comercio. Es a estos dos hombres a quienes probablemente verás en adelante. Conocí al Zelandoni anterior a ti. ¿Aún es Zelandoni? —Esa pregunta era la manera elegida por Willamar para averiguar con el mayor tacto posible si aún vivía. El antiguo Zelandoni era de la edad de Willamar, quizá un poco mayor, y este nuevo era joven.

—Sí, está en la Reunión de Verano, pero no le ha sido fácil ir. No se encuentra bien. Al igual que tú, se dispone a abandonar su oficio. Dijo que casi con toda seguridad esta será su última Reunión de Verano. El año que viene tiene previsto quedarse aquí para ayudar a cuidar a quienes no pueden ir. Pero tú pareces gozar de buena salud. ¿Por qué transmites tu oficio a estos jóvenes? —preguntó el nuevo Zelandoni.

—Uno puede seguir en su oficio si se desplaza por la misma región, pero un maestro de comercio viaja mucho y, para ser franco, ya empiezo a cansarme de ir de un sitio a otro. Quiero pasar más tiempo con mi compañera y su familia. —Señaló a Jondalar y prosiguió—. Este joven no nació en mi hogar, pero para mí es como si perteneciera a él. Vivió conmigo desde que empezó a gatear. Durante un tiempo pensé que nunca dejaría de crecer. —Willamar sonrió al hombre alto y rubio—. También a Ayla, su compañera, la veo como parte de mi hogar. Marthona, la madre de Jondalar, es abuela y tiene unos nietos maravillosos, entre ellos esta niña tan bonita —dijo Willamar, señalando a Jonayla—. Marthona tiene también una hija, que es de mi hogar. Está en edad de emparejarse. Marthona será abuela y me hace ilusión ser abuelo de sus hijos. Ya es hora de dejar de viajar.

Ayla escuchó con interés la explicación de Willamar. Había supuesto que él deseaba pasar más tiempo con Marthona, pero no se había dado cuenta de lo profundos que eran sus sentimientos hacia los hijos de su compañera, y los hijos de estos, y hacia Folara, la hija de su propio hogar. Fue entonces cuando comprendió lo mucho que debía de añorar aún a Thonolan, el hijo de su hogar que había muerto en el viaje realizado con Jondalar.

La Primera prosiguió con las últimas presentaciones.

—También está aquí una joven que viaja con nosotros de regreso a su caverna. Su compañero vivía cerca de nuestra caverna. La conoció en un viaje y la trajo consigo. Él ahora camina por el otro mundo. Escalaba por una pared rocosa y se cayó. Se llama Amelana, de los zelandonii del sur —dijo la Primera.

El Zelandoni miró a la joven y sonrió. «Es preciosa», pensó, y supuso que debía de estar embarazada, aunque no se le notaba mucho todavía, pero él consideraba que tenía intuición para esas cosas. Era una lástima que hubiese perdido a su compañero siendo aún tan joven. Tendió los brazos hacia las manos extendidas de ella.

—En nombre de Doni, bienvenida seas, Amelana de los zelandonii del sur.

Aquella afectuosa sonrisa de bienvenida no pasó inadvertida a Amelana. Respondió cortésmente y le dirigió una dulce sonrisa. Él quería buscarle un sitio para que se sentara, pero pensó que antes debía concluir las presentaciones, y dio a conocer, por encima, a las personas de su caverna que no habían ido a la Reunión de Verano, porque le pareció oportuno.

—Nuestra jefa no está aquí. Ha ido con los demás a la Reunión de Verano —explicó el Zelandoni.

—Lo suponía —dijo la Primera—. ¿Dónde se celebra este año vuestra Reunión de Verano?

—A unos tres o cuatro días al sur, en la confluencia de tres ríos —informó uno de los cazadores que permanecían allí para ayudar a quienes no se habían ido—. Puedo llevaros hasta allí, o ir a buscarla. Sé que lamentaría mucho perderse vuestra visita.

—Lo siento, pero no podemos quedarnos mucho tiempo. He planeado una Gira de la Donier muy amplia para mi acólita y el Zelandoni de la Decimonovena Caverna, hasta el final de las montañas centrales y luego un buen trecho hacia el este —explicó la Zelandoni Que Era la Primera—. Queremos visitar vuestra cueva sagrada, que es muy importante, pero tenemos otras que ver y nuestro viaje será largo. Tal vez en el camino de vuelta... Un momento, ¿has dicho en la confluencia de tres ríos? ¿No hay allí cerca un lugar sagrado importante, una cueva grande con muchas pinturas?

—Sí, claro —contestó el cazador.

—Entonces creo que sí veremos a vuestra jefa. Tenía previsto ir allí a continuación —anunció la Primera, pensando en lo oportuno que era que unas cuantas cavernas de las Tierras del Sur hubiesen decidido celebrar allí la Reunión de Verano ese año. Le daría ocasión de presentar a Ayla a muchas más cavernas, y la llegada a la Reunión de tantas personas destacadas del lado norte del Gran Río, acompañadas del lobo y los caballos, causaría sensación.

—Podéis comer con nosotros, y espero que os quedéis a dormir —decía el Zelandoni.

—Sí, sí, y gracias por la invitación. Se agradece después de una larga jornada de

viaje. ¿Dónde preferís que plantemos el campamento? —preguntó la Primera.

—Disponemos de un alojamiento para visitantes, pero antes me gustaría ir a ver cómo está. Somos tan pocos los que estamos aquí, que no hemos tenido que utilizarlo. No sé en qué estado se encuentra.

En invierno, cuando los habitantes de una caverna —el grupo semisedentario de personas que vivían juntas, en general una familia en sentido amplio— residían en el refugio de piedra que consideraban su hogar, normalmente se repartían en viviendas de menor tamaño, dispersándose así un poco. Pero las contadas personas que se quedaban allí durante el verano preferían agruparse más. Abandonaban las demás construcciones empleadas como moradas, así como los espacios de vivienda a medio construir, lo que atraía a pequeñas criaturas como ratones, tritones, renacuajos, salamandras, sapos, serpientes y diversas clases de arañas e insectos.

—¿Por qué no nos lo enseñas? Seguro que podemos limpiarlo y arreglarnos con lo que hay —propuso Willamar—. Hemos estado montando tiendas cada noche. El mero hecho de disponer de un refugio será ya un cambio grato.

—Comprobaré al menos si hay material combustible suficiente para una fogata —dijo el Zelandoni local, y se encaminó hacia el alojamiento.

Los viajeros lo siguieron. Después de acomodarse, fueron a la zona donde vivían las personas que no habían ido a la Reunión de Verano. Recibir visitas era por lo general un acontecimiento bien acogido, una diversión, salvo para aquellos que estaban demasiado enfermos o doloridos y no podían moverse de sus lechos. La Primera, cuando visitaba una caverna, siempre insistía en examinar a quienes tenían problemas de salud. Por lo regular, no podía hacer gran cosa, pero la mayoría de la gente agradecía la atención, y en algunos casos sí podía aportar algo. A menudo eran ancianos que pronto caminarían por el otro mundo, o enfermos y heridos, o mujeres en las últimas etapas de un embarazo difícil. Los dejaban atrás pero no los abandonaban. Los seres queridos, amigos o parientes, se aseguraban de que se quedara allí alguien para cuidar de ellos, y normalmente los jefes de las cavernas asignaban cazadores en turnos rotatorios para suministrarles la comida y actuar también como mensajeros si era necesario comunicar una noticia.

Estaban preparando una comida comunal. Los visitantes hicieron su propia aportación y ayudaron a cocinarla. Se acercaban los días más largos del año, y después de comer la Primera propuso a Ayla y al Zelandoni de la Decimonovena Caverna, a quien Ayla aún llamaba Jonokol las más de las veces, que aprovecharan las horas de claridad restantes para visitar a quienes no estaban presentes en la comida por sus enfermedades o cualquier otra dolencia física. Ayla dejó a Jonayla con Jondalar mientras los acompañaba, pero Lobo fue con ella.

Nadie padecía un problema reciente que no hubiese sido atendido ya. Un joven tenía una pierna rota, en la que, según pensó Ayla, el hueso no se había recolocado

del todo bien, pero ya era tarde para ponerle remedio. Casi había soldado, y él podía caminar, aunque con una cojera considerable. Una mujer había sufrido quemaduras graves en los brazos y las manos, con algún que otro salpicón en la cara. También estaba casi curada, pero le habían quedado cicatrices muy visibles y había preferido evitar la Reunión de Verano. Ni siquiera había salido a recibir a los visitantes. Esa era una situación que exigiría una clase de atenciones distinta, se dijo la donier. Los demás eran en su mayor parte ancianos, algunos con dolor de rodillas, caderas o tobillos, o dificultades respiratorias, o vértigos, o problemas en la vista o el oído, hasta tal punto que no se habían animado a realizar la larga caminata, pese a lo cual se alegraron de ver a los visitantes.

Ayla pasó un rato con un hombre que estaba sordo como una tapia, y con las personas que lo cuidaban, y les enseñó unos cuantos signos del clan para que él pudiera dar a conocer sus necesidades y entender las respuestas de ellos. Aunque tardó lo suyo en comprender lo que ella se proponía, en cuanto captó la idea, aprendió deprisa. Después, el Zelandoni le dijo que era la primera vez que veía sonreír a aquel hombre en mucho tiempo.

Cuando salían de la construcción bajo el saliente de roca, Lobo se apartó de Ayla y empezó a olfatear una estructura en una esquina. Ayla oyó el grito de miedo de una mujer. Se separó de los demás y fue de inmediato a ver qué ocurría. Encontró, encogida en un rincón, a una mujer que se había cubierto la cabeza y los hombros con una suave manta de gamuza. Era la mujer quemada que se había escondido de los visitantes. Lobo, tendido, gemía un poco e intentaba acercarse. Ayla se arrodilló junto a él y aguardó un momento antes de empezar a hablar a la mujer asustada.

—Este es Lobo —dijo Ayla. Había empleado la palabra «lobo» en la lengua de los mamutoi, de modo que la mujer oyó sólo un sonido extraño. Intentó apretujarse más en el rincón y se tapó la cabeza por completo—. No te hará daño. —Ayla rodeó a Lobo con el brazo—. Lo encontré cuando era cachorro, pero se crió con los niños del Campamento del León de los mamutoi.

La mujer percibió claramente el acento de Ayla, sobre todo después de oírla pronunciar «Lobo», así como las extrañas palabras usadas para nombrar a la gente que había mencionado. A su pesar, sintió curiosidad. Ayla advirtió que ya no tenía la respiración agitada.

—Con ellos vivía un niño adoptado por la compañera del jefe —prosiguió Ayla—. Algunas personas dirían que era una abominación, resultado de la mezcla entre el clan, lo que algunos llaman cabezas chatas, y aquellos que son como nosotros, pero Nezzie era una mujer afectuosa. Estaba amamantando a su propio hijo, y cuando murió la mujer del clan que dio a luz a ese niño, Nezzie dio de mamar al pequeño. Era incapaz de dejar que se fuera también al otro mundo, pero Rydag estaba débil y no podía hablar como nosotros.

»En el clan la gente habla sobre todo con movimientos de las manos. Tienen palabras, pero no tantas como nosotros, y no pueden decir muchas de las palabras que nosotros pronunciamos. Yo perdí a mi familia en un terremoto, pero tuve suerte, porque un clan me encontró y una mujer me crió. Aprendí a hablar como ellos. Sus palabras no suenan como las nuestras, pero esas son las que aprendí de niña. Por eso tengo un acento distinto cuando hablo, sobre todo con algunas palabras. Por más que me esfuerzo, soy incapaz de reproducir ciertos sonidos.

Pese a que en el rincón la luz era muy tenue, Ayla advirtió que la manta ya no cubría la cabeza de la mujer y que obviamente escuchaba con atención su relato. Lobo emitía aún un suave gimoteo e intentaba acercarse lentamente a ella.

—Cuando llevé a Lobo al alojamiento del Campamento del León, desarrolló un lazo especial con aquel niño débil. No sé por qué, pero Lobo también quiere a los bebés y los niños pequeños. Deja que le claven los dedos y le tiren del pelo, y nunca se queja. Es como si supiera que no es esa su intención, y sencillamente tiene una actitud muy protectora con ellos. Puede que pienses que es una manera rara de actuar en un lobo, pero es así como se comportan con sus propios cachorros. La manada entera protege a los pequeños, y Lobo sintió una necesidad especial de proteger a aquel niño débil.

Ayla se inclinó más hacia la mujer conforme Lobo se acercaba a rastras hacia ella.

—Creo que siente eso mismo por ti. Sabe que estás herida, y quiere protegerte. Fíjate, intenta aproximarse a ti, pero lo hace con mucho cuidado. ¿Has tocado alguna vez un lobo vivo? Su pelaje es suave en algunos sitios y áspero en otros. Si me dejas la mano, te lo enseñaré.

Sin previo aviso, Ayla alargó el brazo y le cogió la mano a la mujer antes de que pudiera apartarla. Acto seguido la obligó a ponerla en la cabeza de Lobo, que tenía apoyada en la pierna de la mujer.

—Está caliente, ¿verdad? Y le gusta que le froten detrás de las orejas.

Ayla percibió que la mujer empezaba a frotar la cabeza a Lobo; de pronto, esta apartó la mano. Pero Ayla había alcanzado a ver sus cicatrices, y la tirantez allí donde la piel se había tensado al cicatrizar, pero parecía conservar el movimiento.

—¿Cómo te pasó? ¿Cómo te quemaste? —preguntó Ayla.

—Llené de piedras calientes una cesta de guisar, y añadí unas cuantas más hasta que el agua hirvió; entonces intenté moverla. Se rajó, y el agua caliente me salpicó —contestó—. ¡Fue una estupidez! Sabía que esa cesta estaba ya gastada. Debería haber dejado de usarla, pero sólo quería preparar una infusión, y la tenía a mano.

Ayla asintió.

—A veces no nos paramos a pensar. ¿Tienes compañero? ¿O hijos?

—Sí, tengo compañero, e hijos, un niño y una niña. Le dije a mi compañero que los llevara a la Reunión de Verano. No tiene sentido que ellos paguen por mi

estupidez. Si yo ya no puedo ir, soy yo la única culpable.

—¿Y por qué no puedes ir? Puedes caminar, ¿no? No te has quemado las piernas ni los pies.

—No quiero que la gente me mire con compasión por las quemaduras en la cara y las manos —dijo la mujer, colérica, a la vez que las lágrimas asomaban a sus ojos. Apartó la mano de la cabeza de Lobo y se tapó la cara con la manta.

—Sí, algunos te mirarán con lástima, pero todos tenemos accidentes, y hay quien nace ya con problemas peores. No debes permitir que eso te impida vivir. No tienes la cara tan mal, y con el tiempo las cicatrices se suavizarán y no se verán tanto. Las de las manos, y probablemente las de los brazos, son peores, pero puedes usar las manos, ¿no?

—Un poco, no como antes.

—Eso también mejorará.

—¿Cómo sabes tanto? ¿Quién eres? —preguntó la mujer.

—Soy Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii —contestó Ayla, tendiendo las manos en el saludo formal a la vez que empezaba a recitar sus títulos y lazos—. Acólita de La Que Es la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre... —Repitió todos los títulos y lazos habituales porque le proporcionaba algo que decir. Acabó así —: Amiga de los caballos Whinney, Corredor y Gris, y del cazador cuadrúpedo Lobo: su nombre sólo significa «lobo» en la lengua de los mamutoi. Te saludo en nombre de Doni, Madre de Todos.

—¿Eres acólita de la Primera? ¿Su primera acólita? —preguntó la mujer, olvidando por un momento sus modales.

—Su única acólita, aunque su acólito anterior también ha venido con nosotros. Ahora es Zelandoni de la Decimonovena Caverna —explicó Ayla—. Estamos aquí para ver vuestro lugar sagrado.

La mujer de pronto se dio cuenta de que tenía que extender las manos y coger las de aquella joven para presentarse formalmente a la acólita de la Primera, quien obviamente había hecho un largo viaje y parecía acumular grandes méritos. Esa era una de las razones principales por las que no había querido ir a la Reunión de Verano. Habría tenido que enseñar no sólo su cara, sino también las manos quemadas a todo aquel a quien conociese o que se le presentase. Agachó la cabeza y pensó en esconderlas bajo la manta y decir que era incapaz de saludarla debidamente, pero la acólita ya le había tocado la mano y sabía que eso no era verdad. Finalmente, respiró hondo, apartó la manta y le tendió las manos, muy quemadas.

—Soy Dulana, de la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur —dijo, empezando a recitar sus títulos y lazos.

Ayla, cogiéndole las dos manos, se concentró en ellas. Las tenía rígidas, con la piel tirante, abultada e irregular, y probablemente aún le dolían un poco, pensó.

—... en el nombre de Doni, bienvenida seas, Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii.

—¿Te duelen aún las manos, Dulana? —preguntó Ayla—. Si es así, quizá te iría bien una infusión de corteza de sauce. Llevo un poco encima si la necesitas.

—Puedo pedírsela a nuestro Zelandoni, pero no sabía si debía seguir tomándola —dijo Dulana.

—Si aún te duele, tómala. También alivia el calor y la rojez. Y se me ocurre que tal vez tú, o algún conocido tuyo, podríais curtir unas pieles suaves, por ejemplo de conejo, y confeccionar unos mitones para ti, pero con dedos. Así, cuando estuvieras con gente, no notarían la ligera aspereza de tus manos. ¿Y tienes un poco de sebo blanco limpio? Te puedo preparar una crema para suavizar las manos. Tal vez le añada un poco de cera de abeja, y pétalos de rosa para que huelan bien. Llevo tanto de lo uno como de lo otro. Podrías aplicártela durante el día, y llevarla también bajo los mitones con dedos. Puedes ponértela en la cara para suavizar esas quemaduras y rebajarlas —dijo Ayla, pensando mientras hablaba en todo lo que podía hacerse para ayudar a la mujer.

De pronto Dulana se echó a llorar.

—¿Qué te pasa, Dulana? —preguntó Ayla—. ¿Te ha molestado algo que he dicho?

—No. Es que es la primera vez que alguien me da esperanzas —respondió Dulana entre sollozos—. Pensaba que esto me había arruinado la vida, que todo había cambiado tanto que ya nada volvería a ser igual, pero contigo da la impresión de que las quemaduras y las cicatrices no son nada, como si nadie fuera a fijarse jamás, y me hablas de todas esas cosas que pueden ayudarme. Nuestro Zelandoni se esfuerza, pero es muy joven, y no destaca precisamente como curandero. —La joven se interrumpió y miró a los ojos a Ayla—. Creo que ya sé por qué la Primera te ha elegido como acólita, pese a no haber nacido entre los zelandonii. Ella es la Primera, y tú eres la Primera Acólita. ¿Debo llamarte así?

Ayla torció el gesto.

—Sé que algún día tendré que renunciar a mi nombre y seré llamada «Zelandoni de la Novena Caverna», pero espero que ese momento tarde en llegar. Me gusta llamarme Ayla. Es mi nombre, el nombre que me puso mi verdadera madre, o algo parecido. Es lo único que me queda de ella.

—Ayla, pues. ¿Y cómo se pronuncia el nombre de este lobo? —El animal había vuelto a apoyar la cabeza en su pierna, y a ella le resultaba reconfortante su contacto.

—Lobo —respondió Ayla.

Dulana intentó repetir el nombre, y Lobo levantó la cabeza y la miró, reconociendo su esfuerzo.

—¿Por qué no sales a conocer a los demás? —propuso Ayla—. Nos acompaña el

maestro de comercio, y siempre cuenta anécdotas maravillosas sobre sus viajes. Puede que la Primera cante alguna de las Leyendas de los Ancianos, y tiene una voz muy hermosa. No deberías perdértelo.

—Quizá podría ir, supongo —dijo Dulana en voz baja. Se había sentido sola, enclaustrada allí dentro de su morada mientras todos disfrutaban de la compañía de los visitantes. Cuando se levantó y salió, Lobo permaneció cerca de ella. En la caverna todos se sorprendieron al verla, en especial el Zelandoni, y más aún al observar que el cazador cuadrúpedo parecía haber desarrollado una relación de protección con ella. El lobo, en lugar de sentarse con Ayla o incluso con Jonayla, se quedó junto a Dulana. La Primera miró de soslayo a su acólita y le dirigió un gesto de aprobación casi imperceptible.

Por la mañana los visitantes y unos cuantos miembros de la caverna se prepararon para ir a la cueva pintada cercana. Había en la región varios refugios de piedra, muchos de ellos lugar de residencia de cavernas, designados en su mayor parte mediante sus propias palabras de contar, aunque en algunos casos dos o tres refugios vecinos se unían para constituir una única caverna. Estaban vacíos en su mayoría, dado que casi todo el mundo, como era costumbre, se había marchado para sus viajes de verano. Unas cuantas personas de cavernas cercanas que no habían asistido a la Reunión de Verano se habían instalado allí porque residía un Zelandoni.

El grupo que fue a visitar el emplazamiento sagrado lo integraban los ocho adultos participantes en la Gira de la Donier, más cinco personas que se alojaban en la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur, incluidos los dos cazadores que vivían normalmente en el refugio de piedra próximo. Dulana se había ofrecido a cuidar de Jonayla, ya que, según sospechaba Ayla, echaba de menos a sus hijos. Como Jonayla se mostró dispuesta a quedarse con la mujer, y Lobo a quedarse con las dos, Ayla accedió. Aunque la niña caminaba muy bien, sólo tenía cuatro años y Ayla la llevaba a menudo en brazos. Jondalar también cargaba con ella de vez en cuando, pero Ayla estaba tan acostumbrada a acarrear a su hija que tuvo la sensación de haberse olvidado algo cuando se puso en marcha.

Llegaron al pequeño refugio de piedra que la Primera había señalado a Ayla de camino hacia allí. La abertura se hallaba orientada hacia el este y era evidente que el lugar se había empleado como espacio de vivienda alguna que otra vez. El círculo oscuro de carbón de una fogata antigua seguía parcialmente circundado de piedras, aunque faltaban algunas. Un par de fragmentos más grandes de piedra caliza, desprendidos del techo o la pared, habían sido arrastrados hasta allí para usarlos como asientos. Había una manta de cuero rota y desechada, hecha un rebusco, junto a la pared al lado de unos cuantos leños grandes y pesados, que probablemente durarían toda la noche si se encendía un fuego lo bastante vivo para prenderlos.

La entrada de la cueva se hallaba en el extremo norte del refugio bajo un corto saliente, muy erosionado, del que se desprendían trozos de roca apilados frente a la abertura que daba acceso al interior de la pared de piedra.

El Zelandoni había metido leña, yesca, una vara de fricción y una pequeña plataforma, junto con unos cuantos candiles de piedra, en un morral que se quitó cerca de la fogata apagada. A continuación se dispuso a ordenar el material. Al ver lo que hacía, Ayla se llevó la mano a la bolsa de cuero que llevaba colgada al cinto y sacó dos piedras. Una era un grueso trozo de pedernal en forma de hoja de cuchillo resistente; la otra era una piedra del tamaño de una nuez con un brillo plateado amarillento. La reluciente piedra tenía un surco, formado a fuerza de golpearla repetidamente con la hoja de pedernal.

—¿Me permites que encienda yo el fuego? —preguntó Ayla.

—A mí se me da bastante bien. No tardaré —contestó el Zelandoni mientras empezaba a hacer una muesca en la plataforma para introducir el extremo puntiagudo de la vara de fricción, que posteriormente haría girar entre sus manos.

—Ella acabará antes —afirmó Willamar con una sonrisa.

—Se te ve muy seguro —dijo el joven Zelandoni, que empezaba a sentir cierta rivalidad. Estaba muy orgulloso de su habilidad para encender fuego. Pocos podían encender un fuego partiendo de cero tan rápido como él.

—¿Por qué no le permites que te lo enseñe? —propuso Jonokol.

—De acuerdo —contestó el joven, que se irguió y retrocedió—. Adelante.

Ayla se arrodilló junto al círculo frío y oscuro de la antigua fogata y alzó la vista.

—¿Puedo usar tu leña menuda y tu yesca, ya que están aquí? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el Zelandoni.

Tras apilar la yesca seca y ligera, Ayla se inclinó al lado. Golpeó el pedernal contra la pirita de hierro, y al joven Zelandoni le pareció ver un destello de luz. Ayla volvió a golpearlo, esta vez produciendo una chispa mayor, que fue a caer en el material reseco y fácilmente inflamable. Empezó a elevarse un poco de humo, y ella sopló. Al cabo de un momento había llama, que avivó con más yesca, luego con fragmentos un poco más grandes, después con leña menuda y finalmente con ramitas algo mayores. Una vez consolidado el fuego, se echó hacia atrás, quedando sentada sobre los talones. El joven Zelandoni estaba boquiabierto.

—Si no cierras la boca, te entrarán moscas —observó, sonriente, el maestro de comercio.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el joven Zelandoni local.

—Usando una piedra del fuego, no es muy difícil —respondió Ayla—. Ya te enseñaré antes de marcharnos, si quieres.

Pasados unos instantes para que se asimilara aquella sorprendente exhibición con el fuego, la Primera intervino:

—Encendamos los candiles. He visto que has traído unos cuantos. ¿Hay más dentro de la cueva?

—Eso depende de quién haya estado aquí la última vez —contestó el joven mientras sacaba de su morral tres cuencos poco profundos hechos de piedra caliza vaciada—, pero no cuento con ello.

También sacó un pequeño envoltorio de cuero que contenía mechas y luego un cuerno de uro ahuecado, obtenido de un animal joven —mucho más manejable que los cuernos enormes de los ejemplares adultos—, con el extremo abierto y tapado mediante varias capas de intestino casi impermeable atadas con tendón. Dentro había una grasa reblandecida. También llevaba antorchas hechas de hojas, hierba y otra vegetación, bien sujetas en torno a un palo cuando aún estaban verdes y eran maleables; más adelante, una vez bien secas, las impregnaban con brea de pino caliente.

—¿Es una cueva muy grande? —preguntó Amelana. Las cuevas profundas la inquietaban un poco, sobre todo si el acceso era difícil.

—No —contestó el Zelandoni—. Sólo hay una sala principal, a la que se llega por un pasadizo, una sala adyacente más pequeña a la izquierda, y un pasadizo secundario a la derecha. Las zonas más sagradas están en la sala principal.

Vertió un poco de grasa reblandecida en cada uno de los tres candiles de piedra, añadió mechas confeccionadas con setas, y después, en cuanto estas se hubieron impregnado de combustible, prendió fuego a una pequeña rama y las encendió con ella. Encendió también una antorcha y a continuación volvió a guardarlo todo en el morral, que se cargó a los hombros. Encabezando la marcha, entró en la cueva con la antorcha en alto, y uno de los cazadores se situó en retaguardia para asegurarse de que nadie se veía en dificultades o se rezagaba. Era un grupo numeroso, y si no hubiese sido una cueva de acceso relativamente fácil, la Primera no habría permitido la entrada de tanta gente al mismo tiempo.

Ayla iba casi al frente, seguida de la Primera y Jondalar. Bajó la vista y advirtió un trozo de pedernal roto en el suelo, y no mucho más lejos otra hoja de pedernal que parecía entera, pero no los cogió. En cuanto la angosta entrada quedó atrás, el interior de la cueva se ensanchó por ambos lados.

—A la izquierda sólo hay un pequeño túnel muy estrecho —explicó el joven Zelandoni—. Por la derecha se va al pasadizo secundario. Seguiremos todo recto, más o menos.

Mantuvo la antorcha en alto y Ayla volvió la vista atrás. Vio llegar a los demás al espacio más ancho. Intercaladas entre ellos se veían tres luces, los candiles de piedra sostenidos por tres personas. En la negrura total de la cueva, la antorcha y las pequeñas llamas parecían proyectar mucha más luz de la previsible, sobre todo ahora que la vista se le había acostumbrado a la oscuridad. Mientras avanzaban, el pasadizo

dobló un poco a la izquierda y luego otra vez a la derecha, pero era un camino bastante recto. Tras ensancharse ligeramente, el pasadizo volvía a estrecharse y el Zelandoni se detuvo. Dirigió la antorcha hacia la pared izquierda, y Ayla vio unos zarpazos.

—En algún momento han hibernado osos en esta cueva, pero yo nunca los he visto —explicó el joven.

Un poco más allá, habían caído pedruscos de la pared o el techo, obligándolos a ir en fila de a uno. Al otro lado de los pedruscos, el Zelandoni volvió a dirigir la antorcha hacia la izquierda. En la pared se veían los primeros indicios claros de presencia humana: decoraban el lugar trazos curvos y espirales realizados con los dedos. Un poco más adelante, el pasadizo volvía a ensancharse.

—A la izquierda está la sala menor, pero allí no hay gran cosa salvo puntos rojos y negros en ciertos sitios —prosiguió el Zelandoni—. Aunque no lo parezca, son muy significativos, pero para entenderlos hay que pertenecer a la zelandonia. Pasaremos de largo.

Siguió adelante y, tras un pequeño giro a la derecha, se detuvo frente a un panel que contenía trazos hechos con los dedos de color ocre rojo y seis huellas digitales negras. El siguiente panel era más complejo. El joven sostuvo la antorcha en alto mientras los demás se reunían alrededor. Allí parecían distinguirse figuras humanas, pero eran imprecisas, casi fantasmales, y había también ciervos y puntos intercalados. Era todo muy enigmático, espiritual, sobrecogedor, y Ayla sintió un escalofrío. No fue la única. De pronto se impuso un silencio absoluto. Hasta que todo el mundo calló, Ayla no se dio cuenta de que hablaban en voz baja.

En la pared de la izquierda se advertía una pequeña proyección, una prominencia. Detrás había un hueco que alojaba un panel. Lo primero que le llamó la atención fueron dos magníficos megaceros perfilados en negro y superpuestos. El que aparecía en primer plano era un macho provisto de una imponente cornamenta palmeada. Tenía el cuello muy grueso por la musculatura que se requería para sostener una carga tan pesada. La cabeza era pequeña en comparación con el poderoso cuello. La joroba en lo alto de la cruz, más parecida a un bulto negro, era, como Ayla sabía por haber descuartizado alguno que otro de esos ciervos gigantes, un nudo compacto de tendones, también necesarios para sostener el peso de la cornamenta que coronaba su cabeza. El megaceros pintado detrás exhibía asimismo el cuello poderoso y la joroba de la cruz, pero no cuernos. Ayla pensó que tal vez fuese una hembra, pero también podía ser un macho que hubiera mudado la cornamenta después del celo de otoño. Pasada la temporada de apareo, no había necesidad de ese despliegue majestuoso con el que los machos mostraban su enorme fortaleza y atraían a las hembras; además, necesitaban conservar sus reservas de energía para sobrevivir al invierno glacial que se avecinaba.

Ayla contempló a los dos megaceros durante largo rato, hasta que de pronto vio el mamut. Estaba contenido en el cuerpo del primer ciervo gigante, y no era un mamut entero, sino sólo la línea de la espalda y la cabeza, pero esa forma tan característica bastaba para reconocerlo. Se preguntó cuál de los dos habrían pintado antes, el mamut o el megaceros. Al verlo, decidió examinar más detenidamente el resto de la pared. Por encima del lomo del primer megaceros y frente a la cabeza del segundo, había perfilados en negro otros dos animales, también dibujados sólo parcialmente. Uno era una imagen lateral de la cabeza y el cuello de una cabra montesa, con sus dos cuernos en arco hacia atrás, y una vista frontal de los cuernos de otro animal semejante a la cabra montesa pero distinto, acaso un íbice o una gamuza.

Un poco más allá llegaron a otra sección de animales perfilados en negro, que contenía otro megaceros con su colosal cornamenta. Se veía asimismo parte de un ciervo de menor tamaño, una cabra montesa y, apenas insinuado, un caballo con las crines erizadas y el principio del lomo, así como otra figura más sorprendente y aterradora: era una silueta parcial, sólo las piernas y la parte inferior de un cuerpo en apariencia humano, con tres trazos que penetraban o salían del trasero. ¿Representaban esos trazos lanzas? ¿Indicaba alguien que un humano había sido cazado con lanzas? Pero ¿por qué pintar una cosa así en una pared? Intentó recordar si alguna vez había visto un animal representado con lanzas clavadas. ¿O acaso el dibujo expresaba alguna otra cosa, algo que salía del cuerpo? La parte inferior de la espalda no era el sitio más lógico donde apuntar para cazar algo. Una lanza en las nalgas, o incluso en la zona lumbar, difícilmente era fatal. Quizá se pretendía expresar dolor, un dolor en la espalda tan intenso como el de una herida de lanza.

Cabeceó. Podía especular tanto como quisiera, pero eso no la acercaría más a la verdadera razón.

—¿Qué significan esas líneas en esa figura? —preguntó al Zelandoni local, señalando la pintura que sugería claramente una forma humana.

—Todo el mundo pregunta lo mismo —contestó él—. Nadie lo sabe. Lo pintaron los antiguos. —Se volvió hacia la Primera—. ¿Tú sabes algo de esto?

—No se menciona nada en concreto ni en las Historias ni en las Leyendas de los Antiguos —contestó la Primera—. Pero sí puedo decir una cosa: el significado de cualquiera de las imágenes presentes en un lugar sagrado rara vez es evidente. Tú mismo sabes que cuando viajas al mundo de los espíritus, las cosas rara vez son lo que parecen. Lo feroz puede ser dócil, y lo más delicado puede ser lo más fiero. No es necesario saber qué significan las imágenes pintadas aquí dentro. Nos basta con saber que fueron importantes para quien las dibujó, o no estarían.

—Pero la gente siempre pregunta. Desea saber —dijo el joven—. Hace suposiciones y quiere comprobar si son ciertas, si han acertado.

—La gente debería saber que no siempre se consigue lo que se desea —respondió

la Primera.

—Pero a mí me gustaría contestarles algo.

—Yo te estoy contestando algo. Con eso basta —replicó la mujer.

Ayla se alegró de no haber sido ella quien preguntase lo que había preguntado el joven, aunque había sentido la tentación. La Primera siempre decía a todo el mundo que podían preguntarle cualquier cosa, pero Ayla había observado ya antes que la mujer que era su mentora podía inducir a una persona a sentirse tonta por hacer ciertas preguntas. Se le ocurrió que si bien todo el mundo podía plantearle cualquier duda, no por eso ella conocía necesariamente las respuestas. Pero, como Primera, no podía reconocer abiertamente que ignoraba algo. No era eso lo que la gente quería oír de ella, y aun cuando no siempre respondía a la pregunta, nunca mentía. Todo lo que decía era cierto.

Ayla tampoco mentía. Los niños del clan aprendían a muy corta edad que con su forma de comunicarse era casi imposible mentir. Cuando conoció a las personas que eran como ella, descubrió que a la gente le costaba seguir el hilo de sus propias mentiras, y le pareció que mentir traía más problemas que ventajas. Quizá, en lugar de eso, la Primera había encontrado la manera de evitar una pregunta induciendo a la persona que la planteaba a poner en duda su propia inteligencia por el hecho mismo de formularla. Sin poder evitarlo, Ayla volvió la cabeza y sonrió para sí, pensando que había deducido un rasgo importante acerca de la poderosa mujer de mayor edad.

Y así había sido. La Primera la vio volverse, y alcanzó a detectar el asomo de sonrisa que Ayla había intentado ocultar. Creyó adivinar la razón, y se alegró de que Ayla hubiese vuelto la cabeza. Le daba igual que su acólita descubriese ciertos aspectos de ella, pero prefería no concederle mucha importancia. Tal vez llegase el momento en que ella misma se viese obligada a utilizar estrategias similares.

Ayla volvió a fijar la atención en la pared. El joven Zelandoni se había puesto en marcha otra vez y ahora iluminaba con la antorcha la siguiente sección, que contenía un par de cabras y unos cuantos puntos. Más allá había otras dos cabras, unos puntos y algunas líneas curvas. Parte de los animales y líneas y puntos eran de color rojo; otra parte, negros. Estaban entrando en una pequeña antecámara, donde había cinco puntos negros y rojos y al fondo unos cuantos puntos y líneas rojos. Volvieron a salir del hueco y doblaron un recodo. En la pared de enfrente, había otra figura de aspecto humano en la que entraban o salían varias líneas, siete, que apuntaban en todas direcciones. Era una figura muy rudimentaria, apenas reconocible como humana, sólo que no podía ser otra cosa. Apenas insinuadas, se distinguían dos piernas, dos brazos muy cortos y una cabeza deforme con el contorno pintado en negro. Deseó preguntar a la Primera qué significaba; probablemente ella tampoco lo sabía, pero acaso tuviera alguna opinión al respecto. Quizá más tarde podrían hablar de ello. Esa misma sección incluía cuatro mamuts pintados, muy simplificados, a veces un simple

esbozo, lo justo para identificar al animal. Había asimismo cuernos de cabra y más puntos.

—Si nos situamos en el centro de la sala, veremos toda la pared, sobre todo si los que llevan los candiles se quedan cerca —dijo el Zelandoni local.

Todos se reacomodaron hasta ocupar posiciones que les permitieron ver toda la pared de paneles pintados. En un primer momento, se oyó movimiento de pies y carraspeos, murmullos y susurros, pero pronto reinó el silencio y todos fijaron la atención en la pared de piedra que habían examinado de cerca. Al verlo en su conjunto, empezaron a percibir el potencial místico que la roca desnuda había adquirido. Por un momento, en la luz parpadeante de las llamas y tras las volutas de humo de los candiles, las figuras parecieron moverse, y Ayla tuvo la impresión de que las paredes eran transparentes, de que veía a través de la piedra maciza y percibía el vago vislumbre de otro lugar. Sintió un escalofrío, parpadeó varias veces y la pared se volvió sólida de nuevo.

El Zelandoni los condujo otra vez a la salida, mostrando unos cuantos lugares con puntos y señales en las paredes. Al dejar atrás la zona decorada de la cueva y acercarse a la entrada, la luz que penetraba por la abertura confería una apariencia más luminosa al interior. Veían la forma de las paredes y las rocas caídas en el suelo. Cuando salieron, la luz les pareció excepcionalmente intensa después de tanto rato a oscuras. Cerraron o entornaron los ojos en espera de que la vista se les acostumbrase. Ayla tardó un momento en advertir la presencia de Lobo, y un poco más en ver su agitación. El animal soltó un gañido y se encaminó hacia el refugio; de inmediato, se volvió y se acercó nuevamente a ella y lanzó otro gañido antes de trotar una vez más en dirección opuesta.

Ayla miró a Jondalar.

—Ha pasado algo —dijo.

Capítulo 21

Jondalar y Ayla volvieron corriendo a la caverna detrás de Lobo. A cierta distancia, avistaron a varias personas delante del refugio, en el prado donde pastaban los caballos. Ya más cerca, vieron una escena que podría haber resultado graciosa de no haber sido tan aterradora. Jonayla estaba frente a Gris con los brazos extendidos, como para proteger a la joven yegua, enfrentada a seis o siete hombres armados con lanzas. Whinney y Corredor, detrás de ellos, observaban a los hombres.

—Pero ¿qué hacéis? —gritó Ayla, echando mano a la honda porque no llevaba el lanzavenablos.

—¿Que qué hacemos? Cazar caballos —contestó uno de los hombres. Advirtió el acento extraño de Ayla y añadió—. ¿Quién quiere saberlo?

—Soy Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii —contestó Ayla—. Y vosotros no vais a cazar estos caballos. ¿Es que no veis que son caballos especiales?

—¿Qué tienen de especiales? A mí me parecen caballos corrientes.

—Abre los ojos y mira —intervino Jondalar—. ¿Cuántas veces has visto que un caballo se quede quieto ante una niña? ¿Por qué crees que esos caballos no huyen de vosotros?

—Quizá porque son tan tontos que ni se les ocurre.

—Sospecho que aquí el único tonto eres tú, y ni siquiera comprendes lo que ves —repuso Jondalar, enfurecido ante la insolencia del joven que parecía hablar en nombre del grupo. Lanzó un penetrante silbido con distintos tonos. Los cazadores vieron que el corcel se volvía hacia el hombre alto y rubio y trotaba en dirección a él. Jondalar se quedó plantado ante Corredor y armó de manera ostensible el lanzavenablos, aunque no llegó a apuntar con él a los hombres.

Ayla se situó entre su hija y el grupo. Indicó a Lobo que permaneciera a su lado y, con una seña, le dio la orden de proteger a los caballos. El lobo enseñó los dientes y gruñó a los hombres, ante lo cual ellos se apiñaron y retrocedieron unos pasos. Ayla cogió a Jonayla y la montó a lomos de Gris. Luego se agarró a las crines erizadas de Whinney y, de un salto, se sentó en su lomo. A cada movimiento, los cazadores reaccionaban con creciente sorpresa.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó el joven portavoz.

—Ya te he dicho que son caballos especiales, y no deben cazarse —respondió Ayla.

—¿Eres una Zelandoni?

—Es acólita, una Zelandoni en período de instrucción —contestó Jondalar—. Es la Primera Acólita de la Zelandoni que es la Primera Entre Quienes Sirven a la Madre, que no tardará en venir.

—¿La Que Es la Primera está aquí?

—Sí, está aquí —confirmó Jondalar, y miró más detenidamente a aquellos hombres. Todos eran jóvenes, quizá recién iniciados en la virilidad e instalados en un alojamiento alejado de una Reunión de Verano, tal vez la que se celebraba cerca de la siguiente cueva sagrada que se proponían visitar—. ¿No estáis un poco lejos de vuestro alojamiento de la Reunión de Verano?

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó el joven—. No nos conoces.

—Pero no cuesta adivinarlo. Es la época de las Reuniones de Verano, y todos sois más o menos de esa edad en que los jóvenes deciden abandonar el campamento de su madre e instalarse en un alojamiento lejano. Y para demostrar lo independientes que sois, decidís salir a cazar y quizá incluso volvéis con algo de carne. Pero no habéis tenido mucha suerte, ¿verdad? Y ahora tenéis hambre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el joven—. ¿También eres Zelandoni?

—Sólo son suposiciones —contestó Jondalar, y vio entonces que la Primera ya llegaba, seguida de todos los demás.

La Que Era la Primera podía caminar muy deprisa cuando se lo proponía, y sabía que si el lobo había acudido en busca de ella, sin duda había pasado algo.

La Primera interpretó rápidamente lo sucedido: muchachos con lanzas, demasiado jóvenes para tener experiencia; el lobo en actitud defensiva ante los caballos, con la niña y su madre montadas en las yeguas sin ninguno de los arreos que empleaban normalmente para cabalgar, y una honda en la mano de Ayla; Jondalar con el lanzavenablos armado frente al corcel. ¿Había enviado Jonayla al lobo a buscar a su madre mientras ella intentaba proteger a los caballos ante un puñado de aspirantes a cazadores?

—¿Pasa algo? —preguntó la donier.

Los jóvenes la reconocieron a pesar de que ninguno la había visto antes. Todos habían oído descripciones de la Primera, y entendían el significado de los tatuajes en la cara, de los collares y de la ropa que llevaba.

—Ya no, pero estos hombres tenían la intención de cazar a nuestros caballos, hasta que Jonayla se lo ha impedido —explicó Jondalar, conteniendo una sonrisa.

«Es una niña valiente», pensó la donier al ver confirmada su interpretación inicial de la escena.

—¿Sois de la Séptima Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur? —preguntó la Primera a los jóvenes. La Séptima Caverna, la que tenían previsto visitar a continuación, era la más importante de esa zona.

La Zelandoni supuso que eran de esa caverna por la ropa que llevaban. Conocía los dibujos y formas característicos de la ropa y las joyas de las cavernas de las inmediaciones, pero cuanto más se alejaran de allí, más difícil le resultaría identificar a la gente, aunque podía extraer conclusiones aproximadas.

—Sí, Zelandoni Que Eres la Primera —contestó el joven portavoz, ahora con un

tono mucho más respetuoso. En presencia de un Zelandoni, y muy especialmente de La Que Era la Primera, lo sensato era andarse con cautela.

Llegó entonces el joven Zelandoni de la caverna local, junto con la mayoría de los demás visitantes al emplazamiento sagrado. Se detuvieron a ver cómo reaccionaba la poderosa mujer ante los jóvenes que habían amenazado a los caballos especiales.

La Primera se volvió hacia los cazadores de la caverna local.

—Parece que ahora hay siete bocas más que alimentar. Eso reducirá las provisiones considerablemente. Creo que tendremos que quedarnos un poco más, hasta que pueda organizarse una expedición de caza. Afortunadamente contaréis con ayuda. Tenemos a varios cazadores expertos en nuestro grupo, y con la debida orientación, incluso estos jóvenes deberían ser capaces de aportar algo. No me cabe duda de que estarán más que dispuestos a ayudar en la medida de sus posibilidades, dadas las circunstancias —dijo, y lanzó una mirada severa al joven que parecía hablar en nombre del grupo.

—Sí, claro —dijo él—. Precisamente estábamos cazando.

—Pero no muy bien —señaló alguien entre quienes observaban, sin levantar mucho la voz pero sí lo suficiente para que lo oyera todo el mundo. Algunos de los jóvenes se sonrojaron y desviaron la mirada.

—¿Ha visto alguien una manada recientemente? —preguntó Jondalar, dirigiendo la pregunta a los dos cazadores de la caverna—. Me temo que tendremos que cazar más de un animal.

—No, pero en esta estación pasan por aquí los ciervos rojos en sus rutas migratorias, sobre todo las hembras con sus crías. Alguien podría ir a explorar, pero eso suele requerir varios días —informó uno de los cazadores de la caverna.

—¿De qué dirección vendrían? —preguntó Jondalar—. Puedo ir yo esta tarde, con Corredor. Él viaja más deprisa que cualquiera de nosotros a pie. Si encuentro algo, puedo volver allí con Ayla e intentar atraerlos hacia aquí. Lobo también puede ayudar.

—¿Podéis hacer eso? —farfulló el joven.

—Ya te hemos dicho que son caballos especiales —respondió Jondalar.

La carne de ciervo llevaba toda la noche extendida sobre un tendedero de cuerda dispuesto encima de unas brasas humeantes. Mientras Ayla la guardaba en su recipiente de cuero tensado, lamentó no haber tenido más tiempo para secarla, pero ya se habían quedado dos días más de lo que la Primera tenía previsto. Ayla pensó que quizá podía seguir secándola sobre sucesivas fogatas a lo largo del camino, o incluso después de llegar a la Séptima Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur, ya que permanecerían allí varios días.

El grupo que se había unido a la Gira de la Donier volvió a aumentar, ya que los

siete jóvenes los acompañarían. Habían demostrado ser muy útiles en la cacería, aunque quizá demasiado impacientes. Sabían arrojar las lanzas, aunque eran incapaces de cooperar entre sí para agrupar a los animales o para acorralarlos con el fin de cazarlos de manera más eficaz. Los jóvenes quedaron muy impresionados ante los lanzavenablos que empleaban los viajeros llegados del norte del Gran Río, incluida la acólita de la Primera, como había ocurrido también a los dos cazadores locales, que conocían el arma de oídas pero no la habían visto en acción. Con ayuda de Jondalar, la mayoría había confeccionado ya los suyos y practicaba con ellos.

Ayla también había convencido a Dulana para que los acompañara y disfrutase al menos de una parte de la Reunión de Verano. Esta añoraba a su compañero y sus hijos y quería verlos, pese a que aún le preocupaban las cicatrices de las manos y la cara. Compartió el espacio de dormir con Amelana. Habían entablado amistad, sobre todo porque Dulana se prestaba a hablar del embarazo y el parto desde el punto de vista de su propia experiencia. Amelana nunca se sentía del todo cómoda charlando sólo con la Primera y su acólita, a pesar de que Ayla tenía una hija. La joven las había oído conversar sobre medicinas y prácticas curativas, así como sobre otros conocimientos y tradiciones de los zelandonia que en general ella no comprendía, y se sentía intimidada en presencia de mujeres con tantos méritos.

En cambio, le agradaba la atención que recibía de todos los jóvenes, tanto los cazadores como los aprendices de Willamar, aunque los comerciantes se mantenían al margen cuando ella estaba rodeada de todos aquellos jóvenes engreídos. No necesitaban competir por la atención de Amelana. Sabían que los muchachos sólo estarían con ellos durante unos días, y disponían del resto del viaje. Mientras Jondalar, con la ayuda de Jonokol y Willamar, enganchaba la parihuela especial de la Primera a Whinney, Ayla y la donier observaban la acción que se desarrollaba en segundo plano entre Amelana y los jóvenes.

—Me recuerdan a una camada de lobatos —comentó Ayla.

—¿Cuándo has visto tú lobatos? —preguntó la Zelandoni.

—Cuando era pequeña y aún vivía con el clan —contestó Ayla—. Antes de empezar a cazar a devoradores de carne solía observarlos, a veces durante largo rato, toda la mañana, o todo el día, si disponía de ese tiempo. Me interesaba por toda clase de cazadores cuadrúpedos, no sólo los lobos. Así aprendí a seguirles el rastro en silencio. Observar a las crías de cualquier animal era siempre fascinante, pero en especial a los lobatos. Les gusta jugar, igual que a esos chicos. Quizá debería llamarlos hombres, pero aún actúan como chicos. Fíjate en cómo forcejean y se dan puñetazos y empujones para apartarse unos a otros, intentando captar toda la atención de Amelana.

—He visto que Tivonan y Palidar no están entre ellos —comentó la donier—. Sabrán que tienen tiempo de sobra para dedicarle después de llegar al próximo lugar

sagrado, cuando los jóvenes se vayan y reanudemos el viaje.

—¿De verdad crees que esos jóvenes se irán a algún otro sitio cuando lleguemos a la próxima caverna? —dijo Ayla—. Es una mujer muy atractiva.

—También es el único público que tienen ahora mismo. Cuando lleguen a su campamento con nosotros, serán el centro de atención y admiración de sus amigos y parientes, cargados de carne de ciervo para compartir. Todos les harán preguntas y querrán oír sus historias. No tendrán tiempo para Amelana.

—¿Eso no la entristecerá o disgustará? —preguntó Ayla.

—Para entonces le habrán salido nuevos admiradores, y no serán todos niños. A una viuda embarazada joven y atractiva no le faltará atención, como tampoco a esos jóvenes comerciantes. Me alegro de que ninguno de los dos parezca excesivamente encaprichado con Amelana —señaló la mujer de mayor edad—. Por como es, no sería una buena compañera para ellos. Una mujer emparejada con un viajero ha de tener intereses propios poderosos y no depender de su hombre para que la mantenga ocupada.

Ayla se alegró de que Jondalar no fuese comerciante, ni se dedicase a ningún otro oficio que exigiese recorrer largas distancias. No es que ella no tuviera intereses propios ni que lo necesitara a él para mantenerla entretenida, sino más bien que se preocuparía si él estuviera ausente mucho tiempo. De vez en cuando se llevaba a sus aprendices a buscar nuevos yacimientos de pedernal, y a menudo examinaba fuentes posibles de aprovisionamiento cuando se iba con las partidas de caza, pero viajar solo podía ser peligroso, y si resultaba herido, o algo peor, ¿cómo se enteraría ella? Tendría que esperar y esperar, preguntándose si volvería alguna vez. Viajar con un grupo o incluso de dos en dos era mejor. Así al menos uno podía volver para informar a los demás.

Pensó que tal vez Willamar no elegiría sólo a uno de sus aprendices para ocupar el puesto del nuevo maestro de comercio. Quizá eligiese a los dos y les sugiriese que viajasen juntos para hacerse compañía y ayudarse. Naturalmente, también podía acompañar a un comerciante su compañera, pero en cuanto llegaran los hijos, puede que esta ya no quisiera alejarse de las otras mujeres. «Cuando realizábamos nuestro viaje», pensó Ayla, «habría sido mucho más difícil si yo hubiese cargado con un bebé. La mayoría de las mujeres querría la ayuda y la compañía de sus madres y otras amigas y parientes... igual que le sucede a Amelana. Entiendo que quiera volver a su casa».

En cuanto emprendieron la marcha, los viajeros establecieron enseguida una rutina, y como la última cacería había sido muy fructífera, no tuvieron que dedicar tiempo a la caza en el camino y viajaron un poco más deprisa que de costumbre. Aun así, sí pararon alguna vez a recolectar comida. Como el verano estaba ya avanzado,

disponían de una mayor diversidad y abundancia de verdura —raíces, tallos, hojas— y fruta.

A media mañana del día de su partida, cuando empezaba a apretar el calor, Ayla percibió un delicioso aroma. «¡Fresas! Debemos de estar atravesando un fresal», pensó. No fue la única que olió la presencia de esa fruta, una de las preferidas de mucha gente, y todo el mundo se alegró de hacer un alto para preparar infusiones y llenar varias pequeñas cestas de aquellas diminutas bayas de intenso color rojo. Jonayla ni se molestó en coger una cesta: se las llevaba directamente a la boca. Ayla le sonrió, y luego miró a Jondalar, que recogía fresas junto a ella.

—Me recuerda a Latie. Nezzie nunca mandaba a su hija a recoger fresas para una comida. A Latie le gustaban tanto que se comía todas las que cogía y nunca traía ninguna a casa, por mucho que la riñera su madre —contó Ayla.

—¿Ah, sí? —dijo Jondalar—. No lo sabía. Yo debía de estar demasiado ocupado con Wymez o Talut mientras tú hablabas con Latie o Nezzie.

—A veces yo tenía incluso que inventar excusas para Latie —prosiguió Ayla—. Le decía a Nezzie que no había suficientes fresas para todos. Hasta cierto punto era cierto: para cuando Latie acababa, nunca quedaban muchas, y ella era capaz de recogerlas muy deprisa. —Ayla recolectó en silencio durante un rato, pero con la mención de Latie evocó otros recuerdos—. ¿Te acuerdas de lo mucho que quería a los caballos? ¿Habrá encontrado Latie a un potrillo para llevarse a casa? A veces echo de menos a los mamutoi. Me pregunto si alguna vez volveré a verlos.

—Yo también los echo de menos —dijo Jondalar—. Danug empezaba a convertirse en un buen tallador de pedernal, sobre todo bajo la tutela de Wymez.

Cuando acabó de llenar su segunda cesta de fresas, Ayla reparó en otras plantas que crecían por allí y que podían añadirse a la comida de esa noche, y pidió a Amelana y Dulana que la ayudaran a recoger unas cuantas. Ayla, acompañada de Jonayla, para hacer acopio de aneas, se dirigió primero hacia la orilla del río cuyo curso seguían. En esa época del año, los rizomas, con sus raíces nuevas y bulbos, y la parte inferior del tallo eran especialmente succulentos. La espiga también rebosaba de capullos verdes muy apretados, que podían hervirse o cocerse al vapor y luego desgranarse a bocados. Había asimismo varias clases de verduras de hojas. Vio la forma peculiar de la acedera y sonrió al pensar en su intenso sabor picante. Le complació especialmente encontrar ortigas, deliciosas cuando se cocían hasta quedar reducidas a una masa verde.

Todos degustaron con satisfacción la comida de esa noche. Por lo general, en primavera escaseaban los alimentos —encontraban sólo unas cuantas verduras, algún que otro brote nuevo—, y se agradecía, pues, la mayor variedad y abundancia de plantas comestibles que traía el verano. A veces la gente anhelaba comer verdura y fruta porque aportaban los nutrientes esenciales que necesitaban, sobre todo después

de un largo invierno alimentándose principalmente a base de carne seca, grasa y raíces. A la mañana siguiente comieron las sobras acompañadas de una infusión caliente y se pusieron en marcha de inmediato. Ese día se proponían cubrir una gran distancia para llegar temprano al campamento de la Reunión de Verano local al otro día.

El segundo día, poco después de emprender el camino, los viajeros se tropezaron con ciertas dificultades. El río que seguían se había ensanchado y las orillas estaban cada vez más encharcadas y cubiertas de vegetación, por lo que no era fácil caminar cerca del agua. Era ya media mañana y llevaban un rato subiendo por la empinada ladera de un promontorio. Al final llegaron a la cima de una loma, y desde allí contemplaron el valle. Altos montes circundaban una franja larga de tierra llana, dominada por una prominencia de laderas escarpadas con vistas a la confluencia de tres ríos: uno grande que procedía del este y seguía, serpenteante, hacia el oeste; un gran afluente que nacía en el noreste, y el más pequeño, que era el que seguían. Justo frente a ellos, en un llano entre dos de los ríos, se veían innumerables refugios, alojamientos y tiendas de verano. Habían llegado al campamento de la Reunión de Verano de los zelandonii que vivían en las tierras al sur del Gran Río, en el territorio de la Séptima Caverna.

Uno de los vigías entró corriendo en el alojamiento de los zelandonia.

—¡Nunca adivinaríais qué viene hacia aquí! —anunció a bocajarro.

—¿Qué viene? —preguntó el Zelandoni de la Séptima Caverna.

—Personas, pero eso no es todo.

—Ya están aquí todas las cavernas —dijo otro Zelandoni.

—En ese caso deben de ser visitas —señaló el Séptimo.

—¿Esperábamos visitas este año? —preguntó el Zelandoni de mayor edad de la Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur mientras todos se levantaban y se dirigían hacia la salida.

—No, pero con las visitas ya se sabe —respondió el Séptimo.

Cuando los zelandonia salieron, lo primero que vieron acercarse no fue el grupo de personas, sino los tres caballos, que arrastraban una especie de vehículos, en dos de ellos iban montadas personas, un hombre y una niña. Una mujer caminaba delante de un caballo que tiraba de un artefacto distinto, y cuando se aproximaron, algo que se movía junto a la mujer cobró forma de lobo. De pronto el Séptimo recordó las historias contadas por algunas personas que se habían detenido allí en el camino de vuelta de un viaje al norte. Hablaban de una forastera con unos caballos y un lobo. Entonces ató cabos.

—Si no me equivoco —dijo el hombre alto, barbudo y de pelo castaño, levantando la voz lo suficiente para que los demás zelandonia lo oyeran—, nos

visitan la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra y su acólita. — Dirigiéndose a un acólito que tenía al lado, indicó—: Ve a reunir a tantos jefes como te sea posible y tráelos aquí.

El joven echó a correr.

—¿No se suponía que era una mujer corpulenta, muy imponente, según tengo entendido? Para una mujer tan grande, sería un viaje demasiado largo —dijo una Zelandoni un tanto regordeta.

—Ya veremos —respondió el Séptimo. Como el emplazamiento más sagrado de esa región se hallaba cerca de la Séptima Caverna, por lo general, aunque no siempre, se reconocía al Zelandoni de la Séptima como jefe de la zelandonia local.

Se había congregado más gente alrededor, y los jefes de distintas cavernas empezaron a llegar. Apareció la jefa de la Séptima y se detuvo al lado del Zelandoni de la Séptima.

—Alguien ha dicho que venía la Primera de visita. ¿Es verdad? —preguntó.

—Creo que sí —respondió el Zelandoni—. ¿Te acuerdas de aquellos visitantes que vinieron hace unos años? ¿Los de muy al sur?

—Sí, me acuerdo. Ahora que lo dices, creo recordar que, según contaron, en una de las cavernas del norte vivía una forastera con un gran control sobre los animales, en particular los caballos —dijo la mujer. Aunque sus tatuajes eran similares a los del Zelandoni, los llevaba en el lado opuesto de la frente.

—Me dijeron que era acólita de la Primera —explicó el Zelandoni—. Apenas la vieron porque tenían que marcharse. Su compañero era un zelandonii que hizo un largo viaje, de cinco años o más, y se la trajo de vuelta a casa. También él e incluso la hija de la mujer controlaban a los caballos, y además tenían un lobo. Sospecho que son ellos quienes vienen. Y supongo que la Primera los acompaña.

«Tienen buenos vigías», se dijo la Primera cuando se acercaban a un amplio alojamiento, que, imaginó, era para los zelandonia. Parecían haber reunido un comité de recepción numeroso. Ayla ordenó a Whinney que se detuviera, y cuando la Primera se aseguró de que no habría sacudidas de último momento, se puso en pie y, con agilidad y elegancia, se apeó de la parihuela especial. «Por eso puede viajar tan lejos», pensó la Zelandoni regordeta.

Los zelandonia, los jefes y los visitantes intercambiaron los saludos formales y se identificaron. Los jefes de las cavernas de las que procedían los jóvenes cazadores también se alegraron de verlos. Su alojamiento estaba vacío y nadie los veía desde hacía varios días. Sus familias, que habían empezado a preocuparse, querían mandar una partida en su búsqueda. Como llegaban con visitantes, sin duda habría allí una historia que contar.

—¡Dulana! —gritó alguien.

—¡Madre! ¡Has venido! —exclamaron a coro dos voces infantiles y felices.

El anciano Zelandoni de la Cuarta Caverna de las Tierras del Sur alzó la vista, sorprendido de ver a la mujer. Desde las quemaduras, su abatimiento era tan grande que en ningún momento se había animado a salir de su morada, y sin embargo allí estaba, en la Reunión de Verano. Tendría que hacer alguna que otra indagación para averiguar a qué se debía ese cambio de actitud.

De inmediato se planeó una gran celebración, con banquete y Festividad de la Madre para dar la bienvenida a los visitantes y a la Primera, y cuando se supo que querían ir a su emplazamiento sagrado, el Zelandoni de la Séptima comenzó a organizarlo. La mayoría de las ceremonias habituales de la Reunión de Verano se habían realizado ya, salvo la última Matrimonial, y la gente había iniciado los preparativos para marcharse, pero con la llegada de los visitantes casi todos decidieron quedarse un poco más.

—Es posible que tengamos que salir de caza y quizá recolectar —dijo la jefa de la Séptima.

—Los cazadores, incluidos vuestros jóvenes, consiguieron cortar el paso a una manada de ciervos rojos migratorios antes de irnos —explicó la Primera—. Se cobraron varias piezas, y hemos traído casi toda la carne.

—Sólo las vaciamos —dijo Willamar—. Habrá que despellejarlas, descuartizarlas y asarlas o secarlas pronto.

—¿Cuántos ciervos habéis traído? —preguntó la jefa de la Séptima Caverna.

—Uno para cada uno de vuestros jóvenes cazadores, siete en total —contestó Willamar.

—¡Siete! ¿Cómo habéis hecho para traer tantos? ¿Dónde están? —preguntó un hombre.

—¿Quieres enseñárselos, Ayla? —propuso Willamar.

—Con mucho gusto —contestó Ayla.

Los que estaban cerca repararon en su acento y supieron que era la forastera de quien habían oído hablar. Muchos los siguieron a ella y Jondalar hasta donde los caballos aguardaban pacientemente. Corredor y Gris llevaban unas angarillas nuevas que parecían cargadas hasta los topes de hojas de anea. Cuando Ayla empezó a retirarlas, enseguida quedaron a la vista bajo las plantas varios ciervos rojos muertos de distintos tamaños y edades, hembras y crías. La anea que los cubría servía sobre todo para protegerlos de los insectos.

—Vuestros jóvenes fueron cazadores muy entusiastas —explicó Jondalar. Se abstuvo de añadir que no habían sido muy selectivos—. Todas estas piezas son tuyas. Deberían dar para un buen banquete.

—También podemos comer las aneas —dijo una voz desde el grupo de espectadores.

—Están a vuestra disposición —respondió Ayla—. Había más en el lugar donde nos hemos desviado del río, y otras cosas muy ricas.

—Supongo que ya habréis recogido todas las plantas que crecían cerca del campamento —comentó La Que Era la Primera.

Le respondieron con gestos y palabras de asentimiento.

—Si alguno de vosotros está dispuesto a montar en las angarillas, podemos llevarlo hasta el río, donde crecen, y traer lo que recolectéis —propuso Ayla.

Varios de los jóvenes se miraron y se apresuraron a ofrecerse voluntarios. Fueron a buscar palos de cavar y cuchillos. Y bolsas de redcilla ancha y cestas para la carga. En una parihuela normal, podían viajar semireclinadas dos o tres personas, pero en la que habían construido especialmente para la Primera, dos personas de tamaño normal podían ir sentadas, una al lado de la otra, o tres si eran muy delgadas.

Cuando se pusieron en marcha, Jondalar, Ayla y Jonayla montaron a lomos de Corredor, Whinney y Gris, mientras los caballos llevaban a otras seis personas en las angarillas. Lobo los seguía. Cuando llegaron al lugar donde los viajeros se desviaron del río, detuvieron a los caballos y los jóvenes se apearon, muy ufanos después de ese inusual paseo. A continuación, todos se dispersaron para recolectar. Ayla desenganchó las angarillas para dejar que descansaran los caballos, y los animales pastaron mientras los recolectores trabajaban. Lobo olfateó por allí y de pronto se adentró en el bosque tras un rastro.

A media tarde estaban de regreso en el campamento. En su ausencia, la colaboración de muchas manos había aligerado el trabajo de preparar los ciervos rojos, y buena parte de la carne estaba ya asada. Ya habían empezado a curar algunas de las pieles para convertirlas en cuero, que podría emplearse para confeccionar prendas de vestir y otros objetos útiles.

El banquete y la celebración se prolongaron hasta bien entrada la noche, pero Ayla estaba cansada y en cuanto se hubo organizado la visita al emplazamiento sagrado, y pudo retirarse discretamente, fue a su tienda de viaje con Jonayla y Lobo para pasar la noche. Jondalar conoció a otro tallador de pedernal y se enfrascó en una conversación sobre las virtudes del pedernal de distintos lugares; de la zona en la que se encontraban proveía parte del mejor mineral de la región.

Dijo a Ayla que no tardaría en reunirse con ella, pero para cuando llegó a la tienda, Ayla y Jonayla dormían profundamente, junto con algunos de sus compañeros de tienda. Esa noche la Primera se quedó en el alojamiento de los zelandonia. Habían invitado a Ayla, y aunque ella sabía que a su Zelandoni le habría gustado que se relacionara más con las doniers locales, prefirió quedarse con su familia, y la Primera no insistió. Amelana fue la última en volver. Pese a que Ayla le había dicho que probablemente durante el embarazo no era bueno tomar ciertas bebidas que embriagaban, estaba un tanto achispada. Se fue derecha a la cama, esperando que

Ayla no se diese cuenta.

A primera hora de la mañana siguiente, despertaron a Amelana para preguntarle si quería visitar el lugar sagrado, pero rehusó el ofrecimiento, diciendo que se había cansado más de la cuenta el día anterior y sentía que debía reposar. Ayla y la Primera sabían que padecía el malestar de la mañana después. Ayla se sintió tentada de dejarla sufrir, pero por el bien del nonato, le preparó un poco de la medicina especial que antes elaboraba para Talut, el jefe del Campamento del León de los mamutoi, a fin de aliviarle el dolor de cabeza y el estómago revuelto que acompañaban a ciertos abusos. Aun así, la joven prefirió quedarse acostada entre sus pieles de dormir.

Jonayla tampoco quiso ir. Después de su experiencia con los hombres que querían cazar sus caballos, le preocupaba que otros pudieran intentarlo y deseaba vigilarlos. Ayla intentó explicarle que en el campamento todos sabían ya que eran caballos especiales, pero Jonayla dijo que temía que apareciera alguien nuevo que no hubiera oído hablar de ellos. Ayla no podía negar que en aquella ocasión su hija había actuado correctamente, y Dulana se prestó con mucho gusto a cuidar de la niña por Ayla, sobre todo porque su hija tenía poco más o menos la misma edad. Así que Ayla le permitió quedarse.

Los que sí querían ver la cueva pintada partieron. El grupo se componía de La Que Era la Primera; Jonokol, su acólito anterior, que ahora era Zelandoni de la Decimonovena Caverna; Ayla, su acólita actual, y Jondalar. Willamar también iba, pero no con sus dos aprendices; estos habían encontrado otros objetos de interés con los que distraerse. Por otro lado, varios zelandonia presentes en la Reunión de Verano querían volver a ver el emplazamiento, y más si los guiaba el Séptimo, que conocía aquel lugar mejor que ningún otro ser vivo.

Había en la región diez cavernas satélite, cada una con su propia cueva pintada como emplazamiento sagrado complementario de la más importante, la que se hallaba en las inmediaciones de la Séptima Caverna, pero en comparación la mayoría de las pinturas y grabados de esas otras eran rudimentarios. La Cuarta Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur, la que acababan de visitar, era una de las mejores. El grupo empezó a subir por la escarpada cuesta del monte que habían visto al divisar el valle por primera vez.

—Se conoce como Monte del Mirlo —explicó el Séptimo—. A veces lo llaman Monte del Mirlo Pescador. La gente siempre pregunta por qué, pero no lo sé. Alguna que otra vez he visto por aquí un cuervo o un grajo, pero no sé si eso tiene algo que ver. El que fue Séptimo antes que yo tampoco lo sabía.

—A menudo el motivo por el que se pone un nombre se pierde en las profundidades de la memoria —declaró la Primera. La corpulenta mujer jadeaba y resoplaba un poco al repechar la cuesta, pero seguía adelante con tenacidad. El

sendero en zigzag facilitaba un poco el ascenso, aunque también lo alargaba.

Finalmente llegaron a una abertura en la pared de piedra caliza a una altura considerable por encima del valle. La entrada no era nada excepcional, y si el sendero no hubiese conducido hasta ella, difícilmente la habrían visto. La boca de la cueva, relativamente alta, permitía entrar sin agacharse y tenía una anchura equivalente a dos o tres personas, pero debido a un gran arbusto que crecía delante habría sido difícil encontrarla si uno no supiese exactamente dónde buscar. Un acólito apartó una pequeña pila de escombros desprendidos de la pendiente de roca y amontonados frente a la entrada. Ayla demostró su habilidad para prender fuego de prisa y después prometió enseñar al Séptimo cómo se hacía. A continuación se encendieron los candiles y las antorchas.

El Zelandoni de la Séptima Caverna de las Tierras del Sur entró en la cueva en cabeza, seguido de la Primera, Jonokol, Ayla, Jondalar y Willamar. Detrás de ellos accedieron los zelandonia locales que habían querido acompañarlos, incluidos un par de acólitos. En total eran doce. En la entrada misma había un pasadizo que obligaba a doblar a la derecha o a la izquierda. Torcieron a la derecha y poco más allá el pasadizo se ensanchó y se bifurcó en dos túneles. Entraron en una sala que tenía un bloque de piedra en el centro con un estrecho paso a un lado y otro más ancho en el lado opuesto.

—Podríamos ir por cualquiera de los dos y acabaríamos en el mismo sitio, ante una pila de rocas al fondo sin más salida que el sitio por donde hemos entrado, pero hay cosas interesantes que ver —explicó el Séptimo.

Fueron por el pasadizo de la derecha, el más estrecho, y encontraron de inmediato unos pequeños puntos rojos en la pared derecha, que el Séptimo les señaló. Había otros en la pared de la izquierda, y un poco más adelante se detuvieron a contemplar un caballo pintado en la pared de la derecha y más puntos, y cerca un león con una cola fantástica, en alto pero enroscada sobre el lomo. Ayla se preguntó si el autor de la imagen había visto acaso un león con la cola rota que había soldado de una manera extraña. Sabía que los huesos a veces se soldaban de un modo anormal.

Después, unos pasos más allá por el estrecho pasadizo, llegaron a un panel en la pared derecha que el Séptimo describió como un ciervo. Al ver el dibujo, Ayla pensó más bien en un megaceros hembra, y recordó que habían visto al ciervo gigante pintado en la cueva sagrada próxima a la Cuarta Caverna de las Tierras del Sur. A la izquierda, justo enfrente, vio dos grandes puntos rojos. Había más puntos rojos pintados en la pared pasado el ciervo, y también en el techo abovedado se veían varias hileras de puntos grandes.

Ayla sintió curiosidad por los puntos, pero temía hacer preguntas. Sin embargo, al final se atrevió.

—¿Sabes qué representan los puntos?

El hombre alto de espesa barba castaña sonrió a la atractiva acólita, cuyas hermosas facciones tenían cierto aspecto extranjero y le resultaban seductoras.

—No significan necesariamente lo mismo para todos, pero yo, cuando mi estado de ánimo me lleva a ello, tengo la impresión de que guían al otro mundo y, más importante aún, muestran el camino de vuelta.

Ayla asintió al oír la respuesta y sonrió. A él le gustó aún más por ese gesto.

Circundaron el bloque situado en medio de la cueva por el pasadizo estrecho, que finalmente se ensanchó. Siguieron girando hacia la izquierda hasta hallarse en dirección opuesta, y avanzaron hacia el lugar de donde habían partido, por un espacio mucho más amplio que a todas luces había sido habitado por osos, probablemente osos en hibernación. Las paredes de piedra caliza presentaban las marcas de sus zarpazos. Cuando se aproximaron a la boca de la cueva, el Séptimo siguió recto, por donde habrían ido si al entrar hubiesen girado a la izquierda.

Recorrieron cierta distancia por un largo túnel, permaneciendo cerca de la pared derecha. Sólo cuando llegaron a una abertura a ese lado vieron más señales: en el techo bajo y abovedado del pasadizo había cuatro huellas rojas de manos en negativo, un poco emborronadas, tres puntos rojos y unas marcas negras. Enfrente de la abertura, vieron una serie de once puntos negros grandes y dos huellas de manos en negativo, que se hacían apoyando la mano en la pared y rociando pintura roja por encima y alrededor. Al retirarse la mano, quedaba en la pared una impresión en negativo rodeada de ocre rojo. El Séptimo dobló a la derecha y entró por la abertura del pasadizo abovedado.

Una vez quedaron atrás las huellas de manos en negativo, la piedra de la pared adquiría un aspecto blando, como si estuviera cubierta de arcilla. La cueva se hallaba a gran altura por encima del lecho de aquel valle fluvial, y el interior se mantenía considerablemente seco, pero era piedra calcárea, un material poroso por naturaleza, y se filtraba por ella continuamente agua saturada de carbonato de calcio. A veces, a lo largo de los milenios, añadiéndose gota a gota cantidades infinitesimales de materia sólida, se formaban columnas estalagmíticas, que parecían surgir del suelo de la cueva de piedra caliza bajo estalactitas de igual tamaño pero distinta forma suspendidas del techo. A veces el agua se acumulaba en la piedra caliza y reblandecía la superficie de las paredes de la cueva hasta el punto de poder trazar marcas con los dedos. En la pequeña sala a la derecha la piedra se había reblandecido en amplias zonas, lo que parecía invitar a los visitantes a dejar sus marcas. Porciones de las paredes se hallaban cubiertas por infinidad de trazos de dedos, en su mayor parte garabatos sin orden ni concierto, aunque una zona incluía el dibujo parcial de un megaceros, identificado por la enorme cornamenta palmeada y la cabeza pequeña.

Allí donde la superficie era relativamente dura había más signos y puntos pintados en rojo y negro, pero salvo por el megaceros, Ayla tuvo la sensación de que

la sala estaba llena de marcas desorganizadas sin ningún sentido para ella. Empezaba a comprender que nadie sabía qué significaban todos los elementos de las cuevas pintadas. Lo más probable era que en realidad nadie conociera el significado de un dibujo salvo su autor, y quizá ni siquiera él. Si algo pintado en las paredes de una cueva inspiraba algún sentimiento, ese sentimiento era el propio significado. Podía depender del estado de ánimo, que era variable, o de lo receptivo que uno estuviera. Ayla pensó en lo que dijo el Séptimo cuando le preguntó por las hileras de grandes puntos. Él contestó en términos muy personales y le dijo lo que los puntos significaban para él. Las cuevas eran lugares sagrados, pero ella comenzaba a pensar que su carácter sagrado era personal e individual. Tal vez fuera eso lo que debía aprender en este viaje.

Cuando abandonaron la pequeña sala, el Séptimo cruzó el pasadizo por el que habían llegado hasta allí y se acercó a la pared izquierda. En ese punto el túnel empezaba a girar a la izquierda, y avanzaron junto a esa pared un breve trecho. De pronto el Séptimo levantó el candil, iluminando un panel alargado con animales pintados en negro; eran muchos y estaban superpuestos. Ayla vio en primer lugar los mamuts, muchísimos, y luego los caballos, los bisontes y los uros. Uno de los mamuts aparecía cubierto de marcas negras. El Séptimo no hizo el menor comentario acerca del panel, limitándose a permanecer allí inmóvil el tiempo suficiente para que todos vieran lo que quisiesen ver. Cuando advirtió que la mayoría de la gente comenzaba a perder el interés, excepto Jonokol, que tal vez se habría quedado allí estudiando las pinturas mucho más tiempo, el Séptimo siguió adelante. A continuación les mostró una cornisa con bisontes y mamuts.

Avanzaron lentamente por la cueva, y el Séptimo iba señalándoles las otras muchas marcas y algunos animales, pero el siguiente lugar donde se detuvo era ciertamente extraordinario. En un panel enorme había dos caballos en negro, lomo con lomo, con grandes puntos negros pintados junto a la línea del contorno por el lado interior. Además, había más puntos y huellas de manos alrededor de los caballos, pero el elemento más insólito era la cabeza del caballo orientado hacia la derecha. La cabeza pintada era un tanto pequeña, pero estaba realizada sobre una protuberancia natural de la roca que parecía la cabeza de un caballo y encuadraba la cabeza pintada. La propia forma de la roca había indicado al artista que allí debía pintarse un caballo. Todos los visitantes quedaron muy impresionados. La Primera, que ya había visto antes el panel de los caballos, sonrió al Séptimo. Los dos sabían de antemano con qué se iban a encontrar y les complació obtener la reacción prevista.

—¿Sabes quién pintó esto? —preguntó Jonokol.

—Un antepasado nuestro, pero no lejano. Permitidme que os enseñe unas cuantas cosas que tal vez no observéis a primera vista —dijo el Séptimo, acercándose al panel de piedra. Levantó la mano izquierda por encima del lomo del caballo orientado en

esa dirección y dobló el pulgar. Cuando mantuvo su mano junto al contorno rojo de una mano, saltó a la vista que el espacio en negativo no era la huella exacta de una mano, sino la de una mano con el pulgar doblado. Ahora que se lo habían señalado, vieron que había varios contornos iguales, con los pulgares doblados, a lo largo del lomo del caballo situado a la izquierda.

—¿Eso por qué se hizo? —quiso saber un joven acólito.

—Tendrías que preguntárselo al autor, que era Zelandoni —contestó el Séptimo.

—Pero has dicho que fue un antepasado.

—Sí —respondió el Zelandoni.

—Entonces ese antepasado camina ahora por el otro mundo.

—Sí.

—¿Y cómo voy a preguntárselo, pues?

El Séptimo se limitó a sonreír al joven, que frunció el entrecejo y se movió inquieto. Se oyeron algunas risas entre los presentes, y de pronto el acólito se sonrojó.

—No puedo preguntárselo, ¿verdad?

—Tal vez cuando aprendas a caminar por el otro mundo —dijo la Primera—. Algunos zelandonia son capaces de hacerlo, como sabes. Pero es muy peligroso, y algunos prefieren abstenerse.

—No creo que todo lo que hay en ese panel sea obra de la misma persona —dijo Jonokol—. Es probable que lo sean los caballos, y las manos, y la mayor parte de los puntos, pero me parece que algunos se añadieron posteriormente, y también los pulgares doblados, y creo ver un pez rojo encima de ese caballo, pero no está claro.

—Es posible que tengas razón —dijo el Séptimo—. Eres muy perspicaz.

—Es artista —aclaró Willamar.

Ayla había advertido que Willamar solía reservarse sus opiniones, y se preguntó si eso era algo que había aprendido en sus viajes. Cuando uno viajaba mucho y conocía continuamente a personas nuevas, quizá no convenía precipitarse a la hora de dar a conocer las propias opiniones a desconocidos.

El Séptimo les enseñó muchas otras marcas y pinturas, incluida una figura humana con líneas que salían o entraban en el cuerpo, parecidas a las que habían visto en el emplazamiento sagrado de la Cuarta Caverna de las Tierras del Sur, pero después de aquellos insólitos caballos, nada parecía equiparable, excepto por algunas formaciones de roca mucho más antiguas que cualquiera de las pinturas. Grandes discos de calcita formados de manera natural mediante los mismos procesos que habían creado la propia cueva adornaban por sí solos una sala, como si fueran la decoración realizada por la Madre en aquel espacio.

Después de la visita al emplazamiento sagrado, la Primera estaba impaciente por ponerse otra vez en marcha, pero pensó que debía quedarse allí un poco más para cumplir con su función de Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre, sobre

todo de cara a los zelandonia. Tenían pocas ocasiones de estar con ella. Para algunos de los grupos que vivían en el territorio zelandonii, la Primera era casi una figura mítica, una personalidad a la que otorgaban su reconocimiento pero a quien rara vez veían, y en realidad no necesitaban verla. Estaban más que capacitados para realizar sus funciones sin ella, pero en su mayoría se alegraban y emocionaban al estar con ella. No es que la consideraran la propia Madre, ni siquiera la encarnación de la Madre, pero era sin lugar a dudas Su representante, y con su gran humanidad, resultaba imponente. Tener una acólita que controlaba a los animales aumentaba su prestigio. Debía quedarse allí un poco más.

Durante la comida de la noche, el Séptimo fue en busca de los visitantes. Se sentó al lado de la Primera con su plato de comida y sonrió; luego le habló en voz baja. No era exactamente un susurro de complicidad, pero Ayla tuvo la certeza de que no lo habría oído si no hubiese estado sentada al otro lado de la Primera.

—Hemos hablado de celebrar una ceremonia especial en la cueva sagrada esta noche, y nos gustaría que tu acólita y tú nos acompañarais si os apetece —propuso.

La Primera le dirigió una sonrisa de aprobación. «Eso podía dar mayor interés a su decisión de prolongar un poco su estancia allí», pensó.

—Ayla, ¿te gustaría asistir a esa ceremonia especial?

—Si tú lo deseas, iré gustosamente —contestó Ayla.

—¿Y Jonayla? ¿Puede cuidar de ella Jondalar? —preguntó la Primera.

—Seguro que sí —respondió Ayla, menos entusiasmada ante la idea de ir al ver que Jondalar no estaba invitado. Pero él, claro, no formaba parte de la zelandonia.

—Vendré a buscaros más tarde —dijo el Séptimo—. Abrigaos bien. Por la noche refresca.

Cuando todo estaba en calma y la mayoría de la gente se había retirado a dormir o a realizar alguna otra actividad —charlar, beber, bailar, jugar o lo que fuera—, el Zelandoni de la Séptima Caverna de las Tierras del Sur regresó a su campamento. Jondalar esperaba con Ayla y la Zelandoni al lado del fuego. No le complacía especialmente que Ayla se fuese de noche a participar en una ceremonia secreta, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, ella estaba preparándose para ser una Zelandoni, y parte de eso consistía en celebrar ceremonias secretas con otros zelandonia.

El Séptimo llevaba unas antorchas, que encendió en el pequeño fuego que ardía aún en el hogar. Cuando partieron, precedió a la Primera y Ayla, cada una con su respectiva antorcha. Jondalar los vio enfilarse el camino que conducía a la cueva sagrada. Incluso sintió la tentación de seguirlos, pero había prometido vigilar a Jonayla.

Al parecer Lobo sintió la misma inclinación y se fue con ellos, pero no mucho después regresó al campamento. Entró en la tienda y olfateó a la niña; luego salió, miró en la dirección en que se había marchado Ayla, y finalmente se acercó a

Jondalar y se sentó a su lado. Pronto apoyó la cabeza en las patas delanteras, con la mirada todavía fija en el lugar por donde ella había desaparecido. Jondalar apoyó la mano en la cabeza del gran cánido y le acarició los cuartos y el lomo varias veces.

—También te ha echado a ti, ¿eh? —dijo Jondalar. Lobo dejó escapar un suave gemido.

Capítulo 22

El Séptimo llevó a las dos mujeres sendero arriba hacia la cueva sagrada. Habían clavado unas cuantas antorchas en la tierra junto al sendero para orientarse, y de pronto Ayla se acordó de cuando, siguiendo los candiles y las antorchas, se adentró en la cueva sinuosa durante la Reunión del Clan hasta toparse con los Mog-ures. Sabía que no debía estar allí y, deteniéndose justo a tiempo, se escondió detrás de una enorme estalagmita para que no la vieran, pero Creb advirtió su presencia. Ahora, en cambio, ella formaba parte del grupo invitado a participar en el encuentro.

Para subir a la cueva sagrada, había que recorrer un buen trecho, y cuando llegaron, tenían la respiración agitada. La Primera se alegraba de haber decidido realizar el viaje en ese momento; pasados unos años, ya no sería capaz. Ayla, consciente de los esfuerzos de la otra mujer, aminoró el paso para que lo sobrelleva mejor. Supieron que ya estaban cerca cuando vieron una hoguera al frente, y poco después advirtieron la presencia de varias personas de pie o sentadas alrededor del fuego.

Los allí reunidos las recibieron con entusiasmo. A continuación se quedaron conversando mientras esperaban la llegada de unos cuantos más. Pronto apareció un grupo de tres, Jonokol entre ellos. Había ido de visita al campamento de otra caverna cuyo Zelandoni también se dedicaba a dibujar imágenes. Les dieron la bienvenida, y acto seguido el Séptimo se dirigió a todos ellos:

—Tenemos la gran fortuna de contar con la presencia de la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre. No creo que haya participado nunca en una de nuestras Reuniones de Verano, y gracias a su asistencia esta es una ocasión memorable. La acompañan su acólita y el Zelandoni que fue antes su acólito, y también a ellos nos complace darles la bienvenida.

Siguieron palabras y gestos de bienvenida entre los asistentes; luego el Séptimo continuó.

—Acomodémonos todos alrededor del fuego. Hemos traído cojines para sentarnos. He preparado una infusión especial y quien quiera puede probarla. Me dio las hierbas una Zelandoni de más al sur, de una caverna en las estribaciones de las altas montañas que delimitan el territorio de los zelandonii. Ha sido la guardiana de una cueva muy sagrada de allí durante muchos años y de la que cuida muy bien. Todas las cuevas sagradas son úteros de la Gran Madre, pero en algunas su presencia es tan profunda que sabemos que dentro uno debe de estar excepcionalmente cerca de Ella; la de dicha Zelandoni es una de esas. A mi juicio, esa Zelandoni que la mantiene ha complacido tanto a la Madre que Esta desea permanecer cerca de ella.

Ayla advirtió que Jonokol prestaba mucha atención a las palabras del Séptimo y pensó que quizá fuera porque deseaba aprender a complacer a la Madre para que Ella

permaneciera cerca de la cueva blanca. Él nunca lo habría expresado así, pero Ayla sabía que consideraba esa cueva su lugar sagrado especial. También lo era para ella.

Alguien había puesto piedras de cocinar en el fuego y ahora las sacaba con pinzas de madera alabeada para echarlas en un recipiente de trama tupida con agua. Después el Séptimo añadió el contenido de una bolsa de piel al agua humeante. El aroma se propagó por el aire, y Ayla intentó identificar los ingredientes. Le pareció que era una mezcla, y una parte le resultó familiar, pero otra no. Predominaba un intenso olor a menta, que acaso se había añadido para disimular el de algún otro ingrediente o enmascarar un olor o sabor desagradable. Después de dejar reposar la infusión un rato, el Séptimo sirvió un poco en dos vasos, uno más grande que el otro.

—Esta es una bebida poderosa —explicó—. Yo la probé en una ocasión, y me cuidaré mucho de volver a tomarla en exceso otra vez: puede llevarlo a uno muy cerca del mundo de los espíritus. Aun así, creo que todo el mundo puede probarla, si es con moderación. Una de mis acólitas se ha ofrecido a beber una dosis mayor para actuar como camino de acceso, un conducto para todos los demás.

El vaso de mayor tamaño pasó de mano en mano y cada uno tomó un trago pequeño. Cuando llegó a la Primera, olió la infusión, bebió un sorbo y se enjuagó la boca, intentando distinguir los componentes. A continuación, tomó un poco más y entregó el vaso a Ayla. Esta había observado a la Primera con atención, y la imitó. Aquel brebaje era muy potente. El aroma por sí solo era tan fuerte que la mareó un poco. Al beber, sintió un sabor intenso que no era del todo desagradable, pero tampoco era algo que deseara tomar a diario como una infusión cualquiera, y le bastó ese pequeño trago para sentir la cabeza ligera. Deseó saber cuáles eran los ingredientes.

Cuando todos la habían probado, observaron a la acólita del Séptimo beber un vasito. Poco después se puso en pie y, tambaleante, se encaminó hacia la entrada de la cueva sagrada. El Séptimo se apresuró a levantarse para ofrecerle una mano que le permitiera mantener el equilibrio. Los demás zelandonia presentes los siguieron al interior de la cueva sagrada, varios de ellos provistos de antorchas encendidas. Cedieron el paso a la Primera, y luego a Ayla y Jonokol. Aunque dentro el camino era largo, la acólita fue casi directamente a la zona de la cueva donde estaban los caballos cuyo contorno contenía los puntos grandes. Varios de los que portaban teas se acercaron a la pared para alumbrarla.

Ayla aún sentía los efectos del sorbo de aquella bebida y se preguntó qué sensaciones debía de estar experimentando la acólita que había bebido mucho más. La joven se aproximó al panel y apoyó las dos manos en la pared; luego arrimó la mejilla a la áspera piedra como si intentara penetrar en ella. De pronto se echó a llorar. Su Zelandoni le rodeó los hombros con el brazo para tranquilizarla. La Primera dio unos pasos hacia ella y empezó a entonar el Canto a la Madre:

*En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.*

Todos escucharon, y Ayla sintió aliviarse una tensión en sus propios hombros de la que hasta ese momento no había sido consciente. La joven acólita dejó de llorar, y poco después, los demás, una vez interiorizada la melodía, sumaron sus voces, en especial al llegar a la parte en que los hijos de la tierra salían del útero de la Madre:

*Todos los hijos eran distintos, unos terrestres y otros voladores,
unos grandes y otros pequeños, unos reptantes y otros nadadores.
Pero cada forma era perfecta, cada espíritu acabado,
cada uno era un modelo digno de ser copiado.
La Madre era afanosa. La Tierra cada vez más populosa.*

*Todos, aves, peces y animales, eran su descendencia,
y esta vez la Madre nunca habría de padecer su ausencia.
Cada especie viviría cerca de su lugar originario,
y compartiría con los demás aquel vasto escenario.
Con la Madre permanecerían; de Ella no se alejarían.*

Cuando la Primera acabó, la acólita estaba sentada en el suelo frente al panel pintado. Algunos otros también habían tomado asiento, un tanto aturdidos.

La Primera retrocedió hacia donde se hallaba Ayla, y el Séptimo enseguida se reunió con ella. En voz muy baja, dijo:

—Ha sido increíble cómo se han serenado todos con tu canto. —Señalando a los que estaban sentados, añadió—: Me temo que no han tomado sólo un sorbo. Puede que algunos sigan así un buen rato. Creo que debería quedarme hasta que todos estén en condiciones de volver, pero vosotras no tenéis por qué esperar.

—Nos quedaremos un poco más —dijo La Que Era la Primera, viendo que se sentaban más.

—Iré a buscar unos cojines —ofreció el Séptimo.

Cuando volvió, Ayla estaba deseando sentarse.

—Me parece que el efecto de esa infusión es cada vez mayor —comentó.

—Creo que tienes razón —convino la Primera—. ¿Tienes más? —preguntó al Séptimo—. Me gustaría volver a probarla cuando regresemos a casa.

—Puedo darte un poco para que te lleves —contestó él.

Una vez sentada en el cojín, Ayla volvió a mirar la pared pintada. Parecía casi

transparente, como si pudiera ver al otro lado a través de ella. Tenía la impresión de que detrás había más animales listos para salir, preparándose para vivir en este mundo. Mientras observaba, se sintió cada vez más atraída por el mundo del otro lado de la pared, y al final le pareció estar dentro de él, o más bien por encima de él.

Al principio, no le parecía muy distinto de su mundo. Había ríos que cruzaban estepas herbosas y praderas, que avanzaban entre altas paredes rocosas, árboles en zonas resguardadas y bosques en galería a lo largo de las orillas. Muchos animales de todas las especies deambulaban por la tierra. Los mamuts, rinocerontes, megaceros, bisontes, uros, caballos y antílopes saiga preferían los prados abiertos; a los ciervos rojos y otras variedades de ciervo más pequeñas les gustaba refugiarse entre los árboles; el reno y el almizclero se adaptaban bien al frío. Estaban representadas asimismo todas las especies de animales y aves, incluyendo a los depredadores, desde el enorme león cavernario hasta la comadreja más diminuta. Más que verlos, Ayla sabía que estaban allí, pero advertía en ellos ciertas diferencias. Las cosas parecían extrañamente invertidas. Los bisontes, los caballos y los ciervos no eludían a los leones, sino que permanecían ajenos a ellos. El paisaje era luminoso, pero cuando miró al cielo, vio la luna y el sol, y de pronto la luna se colocó ante el sol y lo ennegreció. Luego notó que alguien la sacudía por el hombro.

—Me parece que te has quedado dormida —dijo la Primera.

—Es posible, pero tengo la sensación de haber estado en otro sitio —contestó Ayla—. He visto el sol volverse negro.

—Puede ser, pero es hora de marcharnos. Fuera amanece.

Cuando salieron de la cueva, había varias personas en torno al fuego, calentándose. Un Zelandoni les dio un vaso con un líquido caliente.

—Esto es sólo una bebida matutina —dijo, sonriente—. Para mí ha sido una experiencia nueva —añadió—. Muy poderosa.

—Para mí también —convino Ayla—. ¿Cómo se encuentra la acólita que bebió un vaso entero?

—Sigue bajo los efectos; duran mucho. Pero está bien atendida.

Las dos mujeres regresaron al campamento. Aunque era muy temprano, Jondalar estaba despierto. Ayla se preguntó si se habría acostado. Él sonrió y pareció aliviado al ver llegar a Ayla y la Primera.

—No pensaba que fueras a estar allí toda la noche —comentó Jondalar.

—Yo tampoco —contestó Ayla.

—Me voy al alojamiento de los zelandonia. Puede que hoy quieras descansar —sugirió la Primera.

—Sí, es posible, pero ahora mismo me apetece comer algo. Me muero de hambre.

Los viajeros que participaban en la Gira de la Donier de Ayla tardaron otros tres

días en abandonar la Reunión de Verano de los zelandonii de las Tierras del Sur, y durante ese tiempo Amelana sufrió una pequeña crisis. Un hombre muy encantador, un tanto mayor y aparentemente de posición elevada había estado presionándola para que se quedara allí y se emparejase con él, y Amelana se sintió tentada. Dijo a la Primera que necesitaba hablar con ella, y quizá también con Ayla. Cuando se reunieron, empezó a explicar las razones por las que, según creía, debía quedarse y ser compañera de aquel hombre que tanto la deseaba. Mientras hablaba, hacía gestos zalameros y sonreía como si sintiera la necesidad de pedir permiso e intentara conseguir la aprobación de ellas. La Primera ya se había dado cuenta de lo que sucedía, y había hecho indagaciones.

—Amelana, eres una mujer adulta que en su día se emparejó y por desgracia ha quedado viuda, y pronto serás madre, con la responsabilidad de cuidar de la nueva vida que crece dentro de ti. La elección es tuya. No necesitas mi permiso ni el de nadie —declaró la Primera—. Pero como has acudido a mí para hablar, supongo que deseas mi consejo.

—Bueno, sí, supongo —dijo Amelana. Parecía sorprenderle que hubiese sido tan fácil. Esperaba tener que engatusar y persuadir a la Zelandoni para que aceptara el emparejamiento propuesto.

—En primer lugar, ¿has conocido a la gente de su caverna, o a alguno de sus parientes? —preguntó la mujer.

—Más o menos. He compartido algunas comidas con unos primos, pero en general ha habido tantos banquetes y celebraciones que no ha sido necesario comer con su caverna —contestó Amelana.

—¿Recuerdas tus propias palabras al preguntarnos si podías viajar con nosotros? Dijiste que querías volver a casa para estar con tu madre y tu familia al tener a tu hijo. Es más, no te gustó nada cuando Jacharal se marchó a fundar una caverna nueva con sus amigos y parientes, y eso se debió al menos en parte, seguramente, a que no los conocías bien. Ellos estaban muy ilusionados con empezar desde cero en otro sitio, pero tú ya habías dejado atrás lo conocido y te encontrabas en un lugar nuevo. Querías instalarte y que la gente se ilusionara con tu hijo. ¿No es así? —preguntó la Primera.

—Sí, pero este hombre es mayor. Está asentado. No va a fundar una caverna nueva. Se lo he preguntado —adujo Amelana.

La Primera sonrió.

—Al menos le has preguntado eso. Es un hombre encantador y atractivo, pero es mayor. ¿Tienes idea de por qué quiere ahora una nueva compañera? ¿Le has preguntado si ya tiene compañera? ¿O si ha tenido alguna?

—No exactamente. Me dijo que había estado esperando a la mujer adecuada —contestó Amelana, arrugando la frente.

—¿Sólo la mujer adecuada para ayudar a su primera mujer a cuidar de sus cinco hijos?

—¿A su primera mujer? ¿Cinco hijos? —Amelana frunció la frente más aún—. No me ha dicho nada de cinco hijos.

—¿Se lo has preguntado?

—No, pero ¿por qué no me lo ha dicho él?

—Porque no tenía que hacerlo, Amelana. Tú no se lo has preguntado. Su compañera le dijo que buscara a otra mujer para ayudarla. Pero aquí todo el mundo sabe que ese hombre tiene en su hogar a una mujer y los hijos de esta. Como ella es la primera, gozaría del rango más alto y llevaría la voz cantante. En todo caso, es ella quien aporta el estatus a ese acuerdo. Él no tiene mucho más que una buena presencia y unos modales encantadores. Nos vamos mañana. Si decides emparejarte con él, aquí nadie te llevará de regreso a la caverna de tu madre.

—No pienso quedarme aquí —contestó Amelana, airada—. Pero ¿por qué me ha engañado así? ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Eres una mujer atractiva, Amelana, pero muy joven, y te gusta ser el centro de atención. Sin duda él encontrará a una segunda mujer, pero no será joven y bonita, sin nadie que la defienda cuando nos hayamos ido. Eso es lo que él preferiría, por eso eres tan adecuada para él. Al final probablemente encontrará a una mujer de mayor edad, quizá no muy atractiva y acaso con un par de hijos propios o, si hay suerte, que no pueda tener hijos, y que se alegre de emparejarse con un hombre encantador, con familia, dispuesto a acogerla e incorporarla a su hogar. Estoy segura de que es eso lo que la primera mujer espera, y no a una joven bonita que se marchará con el primer hombre que le ofrezca algo mejor. Tengo la certeza de que eso es lo que harías, aun cuando significara una pérdida de estatus.

Amelana pareció asombrada ante la franqueza de la Primera, y de pronto se echó a llorar.

—¿De verdad soy tal calamidad?

—No quería decir que fueras una calamidad, Amelana. He dicho que eres joven, y como la mayoría de las jóvenes atractivas, sobre todo aquellas con estatus elevado, estás acostumbrada a salirte con la tuya. Pero ahora tienes un hijo en camino. Deberás aprender a anteponer las necesidades de tu hijo a tus antojos.

—No quiero ser una mala madre —gimoteó Amelana—. Pero ¿y si no soy capaz de ser una buena madre?

—Lo serás —dijo Ayla, hablando por primera vez—. Sobre todo cuando estés en casa con tu madre. Ella te ayudará. E incluso si no tuvieses una madre, te enamorarías de tu bebé como casi todas las madres. Es así como la Gran Madre ha hecho a las mujeres, o al menos a la mayoría de las mujeres, y también a muchos hombres. Eres una persona afectuosa, Amelana. Serás una madre excelente.

La Primera sonrió.

—¿Por qué no vas a preparar tus cosas, Amelana? —dijo con mayor gentileza—. Nos iremos mañana temprano.

El grupo de viajeros partió al día siguiente bordeando uno de los tres ríos que confluían cerca de la Séptima Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur. Lo cruzaron por el vado poco profundo a la altura del campamento, y al principio siguieron el sinuoso curso del río. Después, para ahorrarse los recodos y meandros del cauce, decidieron atajar campo a través, avanzando en dirección más al este que al sur.

Todo aquello era territorio desconocido para Ayla, y para Jonayla, por supuesto, pero esta era tan pequeña que de mayor difícilmente se acordaría de haber estado allí. Tampoco lo conocía Jondalar, aunque él sabía que había pasado por allí con Willamar y su madre, y los otros hijos de Marthona. Jonokol no había viajado mucho, así que aquello también era nuevo para él, y Amelana no recordaba nada de la región, pese a que la había atravesado desde su caverna del sur. Sencillamente, no se había fijado en los detalles. Tenía puestos los cinco sentidos en su apasionante nuevo compañero, que parecía incapaz de separarse de ella, y en sus sueños ante el nuevo hogar que la esperaba. La Primera había estado en las inmediaciones varias veces, pero no durante mucho tiempo, y sólo recordaba aquello de una manera general. Era el maestro de comercio quien mejor conocía la zona. Ya había llevado con anterioridad a sus dos ayudantes, pero ellos iban a tener que conocerla igual de bien. Willamar buscaba ciertos hitos para orientarse.

Mientras viajaban, el paisaje cambiaba sutilmente a diario. Ganaban altitud y el terreno era cada vez más escabroso. Encontraban más afloramientos de piedra caliza, a menudo acompañados de matorrales e incluso pequeñas arboledas que crecían alrededor, y menos pastizales abiertos. Pese a que ascendían, también la temperatura aumentaba gradualmente, ya que el verano seguía adelante, y la vegetación variaba conforme avanzaban hacia el sur. Veían menos coníferas, como abetos, piceas y enebros, y más caducifolios, como los alerces, y otras variedades de hoja pequeña, como el sauce y el abedul, además de árboles frutales y, de vez en cuando, arces y robles de hoja ancha. Incluso la hierba cambiaba, abundando menos el centeno y más los cereales de la familia del trigo, tales como la espelta y la escanda, aunque era habitual encontrar campos mixtos de trigo y centeno y muchas plantas herbáceas.

Mientras viajaban, cazaban piezas grandes y pequeñas cuando se topaban con ellas y recogían las verduras que tan abundantes eran en esa época del año, pero no se planteaban almacenar para uso futuro, ya que sus necesidades no eran grandes. Excepto por Jonayla, eran adultos sanos capaces de buscar comida y cuidar de sí mismos. La mujer corpulenta no cazaba ni recolectaba, pero como Primera que era,

contribuía a su manera. Caminaba parte del tiempo, y cuanto más lo hacía, mejor capacitada estaba, pero cuando se cansaba, viajaba en la parihuela y así no los obligaba a aminorar la marcha. Era sobre todo Whinney quien tiraba de ella con la angarilla especial, pero Ayla y Jondalar adiestraban también a los otros caballos para que tirasen de la enorme parihuela. Aunque iban a un paso que permitía a los caballos pastar por el camino, sobre todo de mañana y al atardecer, avanzaban a buen ritmo, y gracias al buen tiempo, la caminata se les antojaba un paseo agradable.

Una mañana, cuando llevaban varios días de viaje en dirección al sudeste, Willamar los guio hacia el este, en algunos momentos incluso un poco hacia el norte, casi como si siguiera un sendero. Ascendieron por una sierra y más allá encontraron un camino, pero sin anchura suficiente para la amplitud de la angarilla de la Primera.

—Tal vez convenga que aquí vayas a pie, Zelandoni —sugirió Willamar—. Ya no estamos muy lejos.

—Sí, eso haré —convino ella—. Si no recuerdo mal, más arriba el camino se estrecha.

—Pasada la próxima curva, hay un trecho más ancho. Quizá quieras dejar la angarilla allí, Ayla —propuso Willamar—. Dudo mucho que quepa por el camino.

—Las angarillas no van bien cuesta arriba. Ya lo hemos comprobado otras veces —dijo ella, mirando a Jondalar.

Cuando llegaron al trecho, ayudaron a la donier a apearse y se dispusieron a desenganchar el vehículo. A continuación siguieron subiendo, con Willamar en cabeza y el resto de los viajeros detrás. Ayla, Jondalar y Jonayla cerraban la marcha con los animales.

Recorrieron unos cuantos tramos en zigzag y una empinada cuesta, y de pronto salieron a una planicie bastante ancha cubierta de hierba. En el extremo opuesto, entre el humo de unas fogatas, se veía una serie de refugios bastante sólidos, de madera y pieles, con tejado de paja. Un grupo de personas se hallaba delante de las viviendas mirando a los visitantes que se acercaban, pero Ayla no pensó que se alegraran especialmente de verlos. Parecían a la defensiva, nadie sonreía, y algunos empuñaban lanzas, aunque sin apuntar a nadie.

Ayla había visto ya antes esa clase de recepción y discretamente hizo una señal al lobo para que se quedara cerca. Oyó el leve gruñido gutural del animal cuando se colocó delante de ella en actitud protectora. Miró a Jondalar, que se había situado frente a Jonayla y la obligaba a permanecer a sus espaldas, pese a que ella hacía lo posible por asomarse. Los caballos piafaban con cierto nerviosismo y aguzaban las orejas. Jondalar sujetó con fuerza los dogales de Corredor y Gris y miró a Ayla, que tenía una mano apoyada en el cuello de Whinney.

—¡Willamar! —gritó una voz—. ¿Eres tú?

—¡Farnadal! Claro que soy yo, y unos cuantos más, la mayoría de la Novena

Caverna —respondió Willamar—. Pensaba que nos esperabais. ¿No han llegado aún Kimeran y Jondecam?

—No —informó Farnadal—. ¿Tendrían que estar aquí?

—¿Van a venir? —preguntó una voz femenina con un asomo de felicidad y entusiasmo.

—Creíamos que ya habrían llegado. No me extraña que os sorprenda tanto vernos —comentó Willamar.

—No eres tú quien nos sorprende —contestó Farnadal con una expresión irónica.

—Creo que se imponen unas presentaciones —dijo Willamar—. Empezaré por la Primera Entre Quienes Sirven a la Madre Tierra.

Farnadal se quedó boquiabierto, y de inmediato recobró la compostura y dio unos pasos al frente. En cuanto miró con mayor detenimiento, reconoció a la Primera tanto por su descripción general como por sus tatuajes. Ya la había visto antes una vez, pero de eso hacía mucho tiempo y los dos habían cambiado.

—En el nombre de Doni, bienvenida seas, Zelandoni Que Eres la Primera —dijo, y tendió las dos manos para proseguir con los saludos formales. Le presentaron al resto de los viajeros, acabando por Jondalar y Ayla.

—Este es Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii, maestro tallador de pedernal... —empezó el maestro de comercio, y continuó con la presentación de Ayla—. Esta es Ayla, de la Novena Caverna de los zelandonii, antes del Campamento del León de los mamutoi... —dijo Willamar. Notó que la expresión de Farnadal cambiaba conforme le recitaba los títulos y lazos de ella, y más aún cuando ella lo saludó y él la oyó hablar.

La presentación le había permitido sacar amplias conclusiones sobre la mujer. Primero, que era forastera —cosa que se puso claramente de manifiesto cuando habló—, y que había sido adoptada como una zelandonii en el sentido pleno, por derecho propio, y no sólo por su emparejamiento con un zelandonii, lo cual era en sí mismo insólito. Por otra parte, supo que pertenecía a la zelandonia, y era acólita de la Primera. Y si bien el hombre sujetaba las cuerdas con que llevaban atados a dos caballos y los controlaba, todos los animales se le atribuían a ella. Era evidente que la mujer poseía poder sobre el otro caballo, y sobre el lobo, incluso sin cuerdas. Pensó que tendría que ser ya Zelandoni, y no sólo acólita, aunque fuese de la Primera.

De pronto recordó el paso por allí de una compañía de fabuladores ambulantes, hacía alrededor de un año, que contaba unas historias en extremo imaginativas sobre unos caballos que acarreaban a personas y un lobo que amaba a una mujer, pero jamás habría concebido que pudiera haber algo de verdad en ellas. Sin embargo, allí estaban. No había visto a los caballos llevar a las personas, pero empezaba a sospechar que esas historias tenían mucho de verdad.

Una mujer alta, en quien Ayla creyó advertir algo familiar, se adelantó y preguntó

a Willamar:

—¿Has dicho que esperabas encontrar aquí a Jondecam y Kimeran?

—Hace mucho que no los ves, ¿verdad, Camora? —dijo Willamar.

—Sí, mucho —respondió ella.

—Te pareces a tus parientes, sobre todo a tu hermano, Jondecam, pero también a Kimeran —observó Willamar.

—Estamos todos emparentados —respondió Camora, y explicó a Farnadal—: Kimeran es mi tío, pero era mucho más joven que su hermana, mi madre. Cuando la madre de mi madre se unió a los espíritus del otro mundo, mi madre lo crio como un hijo, junto con Jondecam y conmigo. Luego, cuando el hombre con quien ella se emparejó pasó al otro mundo, ella se convirtió en Zelandoni. La familia lo lleva en la sangre: su abuelo fue también Zelandoni. Me pregunto si él todavía camina por este mundo.

—Sí, de hecho, sigue en este mundo, y aunque la edad ha aminorado su paso, es todavía Zelandoni de la Séptima Caverna. Tu madre es ahora la jefa espiritual de la Segunda —explicó Willamar.

—La que fue Zelandoni de la Segunda Caverna antes que ella, la que me enseñó a dibujar imágenes, ahora camina por el otro mundo —añadió Jonokol—. Fue un día muy triste para mí, pero tu madre es una buena donier.

—¿Por qué pensabas que Kimeran y Jondecam estarían aquí? —preguntó Farnadal.

—Tenían que marcharse poco después que nosotros y venir directamente, y hemos ido parando por el camino —respondió la Zelandoni Que Era la Primera—. Acompaño a Ayla en su Gira de la Donier, y también a Jonokol, aunque debería llamarlo Zelandoni de la Decimonovena. Nunca llegamos a hacer una auténtica Gira cuando él era acólito mío, y necesita visitar algunos lugares sagrados. Desde aquí nos proponíamos viajar juntos para ver una de las cuevas pintadas más importantes. Está en el sudeste del territorio zelandonii, y después visitaremos a los parientes de la compañera de Kimeran, Beladora. Ella pertenece a los giornadonii, el pueblo que vive en la península alargada que sobresale en el Mar del Sur, al sur del territorio oriental de los zelandonii.

—De joven, Kimeran viajó con su madre-hermana, en su Gira de la Donier, al norte del territorio giornadonii. Conoció a Beladora, se emparejó con ella y se la trajo aquí. Es una historia parecida a la de Amelana —explicó la Primera, señalando a la atractiva joven en su grupo—, pero la historia de esta mujer es menos afortunada. Su compañero camina ahora por el otro mundo, y ella quiere regresar con los suyos. Añora a su madre. Lleva dentro una nueva vida, y le gustaría estar cerca de su madre cuando nazca su hijo.

—Es comprensible —dijo Camora, sonriendo compasivamente a Amelana—. Por

amable que sea la gente, una mujer siempre quiere a su propia madre a su lado cuando da a luz, sobre todo la primera vez.

Ayla y la Primera cruzaron una breve mirada. Probablemente Camora también echaba de menos a los suyos. Aunque una mujer podía encontrar a un visitante de otro lugar tan atractivo que sencillamente tenía que marcharse con él, por lo visto no era fácil vivir con los desconocidos que eran parientes de su compañero. Aunque podían ser personas del mismo territorio, con costumbres y creencias en general parecidas, cada caverna tenía sus peculiaridades, y una persona nueva siempre estaba en desventaja en cuanto a estatus.

Ayla comprendía que su situación no era la misma que la de aquellas dos jóvenes. Aunque se llamaba Ayla de los mamutoi, para estos había sido una extraña en mayor medida que para los zelandonii, y ellos para ella. Cuando abandonó el clan, tenía la esperanza de encontrar a personas como ella, pero no sabía dónde buscar. Había vivido sola en un agradable valle durante varios años hasta que encontró a Jondalar, que había sido herido por un león. A excepción de él, los mamutoi eran los primeros de su especie que ella había conocido desde que perdió a su familia cuando era una niña de cinco años. La había criado el clan, que no sólo eran personas de una caverna o territorio distintos, sino también presentaban un aspecto dispar, en cuanto al cabello, los ojos y la piel, y hablaban una lengua desconocida. La gente del clan era verdaderamente distinta. Su aptitud lingüística era muy característica; su manera de pensar, la manera en que les funcionaba el cerebro, era poco común; incluso la forma de sus cabezas y en cierta medida sus cuerpos no eran del todo iguales.

No cabía duda de que eran personas, y compartían muchos rasgos con aquellos a quienes llamaban los Otros. Cazaban los animales en las proximidades de su territorio y recolectaban la comida que crecía de la tierra. Daban forma a la piedra para crear utensilios y con ellos confeccionaban objetos como ropa, recipientes y refugios. Sentían afecto mutuo y se cuidaban entre sí, e incluso comprendieron que Ayla era una niña cuando la encontraron, y aunque era de los Otros, se hicieron cargo de ella. Pero eran distintos en algunos sentidos que, pese a crecer con ellos, Ayla nunca los comprendió plenamente.

Aunque se compadecía de las jóvenes que vivían lejos de sus familias y las echaban de menos, no se identificaba del todo con ellas. Al menos vivían con personas como ellas. Ayla daba gracias por haber encontrado a los de su especie, y en particular por haber encontrado entre ellos a un hombre que la quería. Ni siquiera podía expresar con palabras su afecto por Jondalar. Era más de lo que habría concebido jamás. Él no sólo decía que la amaba, sino que la trataba con amor. Era bueno, generoso, y adoraba a su hija. De no ser por él, Ayla no habría podido cumplir con su función de acólita, formar parte de la zelandonia. La apoyaba, cuidaba de Jonayla cuando ella se ausentaba, pese a que, como Ayla sabía, hubiese preferido que

se quedara con él, y podía proporcionarle un goce extraordinario cuando compartían placeres. Confiaba en él incondicional y absolutamente, y no podía dar crédito a su suerte.

Camora miró a la Zelandoni Que Era la Primera.

—¿Crees que podría haberles pasado algo a Kimeran y Jondecam? —preguntó con cara de preocupación—. A veces se producen accidentes.

—Sí, es posible, Camora, pero también pudiera ser que se hayan retrasado, que no se hayan puesto en marcha tan pronto como preveían. O que haya ocurrido algo en su caverna que los haya obligado a cambiar de idea y quedarse. No tendrían ninguna manera de avisarnos. Si a Farnadal no le importa, esperaremos aquí unos días —lo miró, y él movió la cabeza en un gesto de asentimiento con una sonrisa—, antes de seguir nuestro viaje, para darles ocasión de alcanzarnos.

—Tal vez podamos hacer algo más —propuso Jondalar—. Los caballos viajan más rápido que las personas. Podemos volver por el camino que debían coger y ver si los encontramos. Si no están muy lejos, seguro que nos cruzaremos con ellos. Al menos podemos intentarlo.

—Es un buen plan, Jondalar —dijo Ayla.

—Así que es verdad que os llevan a lomos, como contaron los fabuladores —señaló Farnadal.

—¿Han pasado por aquí recientemente los fabuladores? —preguntó Ayla.

—Estuvieron hará más o menos un año. Pero pensé que habían inventado sus historias. No sabía que eran verdad —respondió.

—Saldremos por la mañana —anunció Jondalar—. Ahora ya es tarde.

Todos los miembros de la caverna en condiciones se congregaron al pie de la cuesta que llevaba a la repisa de roca donde vivían. Ayla y Jondalar habían colocado mantas de montar y cestos con su equipo de acampada y provisiones en los tres caballos, y cabestros al corcel y la yegua joven. Luego Jondalar cogió en brazos a Jonayla y la sentó a lomos de Gris.

«¿Esa niña también controla a un caballo?», se preguntó Farnadal. «¿Ella sola? Es muy pequeña y un caballo es un animal grande y poderoso. Y los caballos deberían tenerle miedo al lobo. Siempre que veo un lobo acercarse a un caballo, este se asusta y huye, o si piensa que podría atacarlo, intenta darle una coz. ¿Qué clase de magia posee esa mujer?»

Farnadal sintió un hormigueo de miedo por un momento, hasta que sacudió la cabeza para apartar de sí la idea. Parecía una mujer normal: hablaba con las otras mujeres, ayudaba con el trabajo, atendía a los niños. «Es una mujer atractiva, se dijo, sobre todo cuando sonrío, y salvo por ese acento, se diría que no hay en ella nada destacado ni anormal. Y sin embargo, ahí está, subiéndose de un salto al lomo de esa yegua de color pardo amarillento.»

Los vio partir, el hombre al frente, la niña en medio y la mujer detrás. Él era grande para el compacto caballo, el que llamaba Corredor; casi arrastraba los pies por el suelo cuando iba sentado en el corcel marrón oscuro, un color poco común que no había visto antes. Pero cuando los animales iniciaron un trote rápido, el hombre se echó hacia atrás, sentándose sobre la grupa, dobló las rodillas y ciñó las piernas contra el cuerpo del corcel. La niña se inclinó hacia delante y cabalgó casi sobre el cuello de la joven yegua gris parduzca, con las piernecillas hacia fuera. También su color era inusual, aunque Farnadal lo había visto ya antes en un viaje al norte. Algunos llamaban «grullo» a ese color, Ayla simplemente decía «gris», y ese se había convertido en el nombre de la yegua.

No mucho después de ponerse en marcha, el trote rápido se convirtió en galope. Sin un estorbo como las angarillas, los caballos disfrutaban estirando las patas, sobre todo por la mañana. Ayla se inclinó hacia el cuello de Whinney, que era su señal para indicarle que apretara el paso a su antojo. Lobo soltó un gañido y se sumó a la carrera. Jondalar también se inclinó hacia delante, manteniendo las rodillas dobladas y pegadas al animal. Agarrada a las crines de Gris con una mano y sujetándose con el otro brazo al cuerpo como podía, Jonayla mantenía la mejilla contra el cuello de la yegua y los ojos entornados para mirar al frente. Con el viento en la cara, el rápido galope produjo una sensación de euforia a los jinetes, que dejaron correr a los caballos y se deleitaron con ello.

Una vez agotado ese arranque de energía inicial, Ayla se enderezó un poco, Jonayla se sentó más adelante, casi en la base del cuello de Gris, y Jondalar se irguió y dejó colgar las piernas. Estaban todos más relajados y siguieron adelante a un trote lento. Ayla hizo una señal a Lobo y dijo «Busca», orden que, como el animal sabía, significaba «busca a personas».

Por aquel entonces había poca población humana en la tierra. Los superaban ampliamente en número millones de criaturas de otras especies, desde las muy grandes hasta las muy pequeñas, y los humanos tendían a agruparse. Cuando Lobo olfateó todos los olores presentes en el aire, identificó a muchos animales distintos en diversas etapas de la vida, y de la muerte. Rara vez percibía el rastro de un humano en el aire, pero cuando captaba ese olor, lo reconocía en el acto.

Los demás también buscaron, escrutando el paisaje para detectar cualquier indicio de que hubieran pasado por allí personas recientemente. No esperaban hallar a nadie tan cerca. Sin duda el otro grupo de viajeros habría mandado un mensajero por delante si hubiese tenido algún problema tan cerca de su destino.

A eso del mediodía se tomaron un descanso para comer y dejar pastar a los caballos. Cuando reiniciaron la marcha, rastrearon la zona más atentamente. Descubrieron una especie de sendero y siguieron las señales: muescas en los árboles, ramas de arbustos torcidas de una manera determinada, en ocasiones unas cuantas

piedras amontonadas en forma de flecha, y muy rara vez una marca en una roca con pintura de ocre rojo. Buscaron hasta ponerse el sol, y entonces plantaron el campamento, instalando las tiendas de viaje cerca de un impetuoso torrente originado por un manantial en terreno más elevado.

Ayla sacó algunas tortas de viaje con arándanos secos, grasa fundida y carne seca triturada con mortero. Lo echó todo en agua hirviendo y luego añadió un poco más de carne desecada a la sopa. Jondalar y Jonayla dieron un paseo por un prado bastante llano que había allí cerca, y la niña regresó cargada de cebollas que había encontrado, básicamente por el olor. Esa planicie había sido pantanosa a principios de la estación por efecto de las crecidas del torrente, y la tierra, al secarse, era idónea para el crecimiento de ciertas plantas. Ayla pensó en ir a echar un vistazo a la mañana siguiente para recoger más cebollas y cualquier otra cosa que hubiera por allí.

Al día siguiente se pusieron en marcha después de acabar la sopa preparada la noche anterior, a la que Ayla añadió más raíces y verduras, recogidas en su rápida exploración de las inmediaciones. El segundo día fue tan decepcionante como el primero; no hallaron la menor señal de que hubiera pasado alguien por allí recientemente. Ayla sí vio huellas de muchos animales y empezó a mostrárselas a Jonayla, enseñándole los aspectos más sutiles que indicaban los movimientos de las diversas criaturas. El tercer día, cuando se detuvieron para la comida del mediodía, tanto Jondalar como Ayla empezaban a preocuparse. Sabían lo mucho que Kimeran y Jondecam querían ver a Camora, y les constaba que Beladora estaba deseando visitar a su familia.

¿Acaso aquellos a quienes esperaban sencillamente no habían realizado el viaje? ¿Había surgido alguna complicación que los había llevado a aplazar o anular el viaje previsto? ¿O les había ocurrido algo por el camino?

—Una posibilidad sería volver al Gran Río y la Primera Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur para ver si lo han cruzado —propuso Ayla.

—Jonayla y tú no deberíais hacer un viaje tan largo. Podría ir yo solo, y vosotras regresáis a informar a los demás. Si tardamos muchos días en volver, se preocuparán por nosotros —adujo Jondalar.

—Puede que tengas razón —convino Ayla—. Pero sigamos buscando, al menos hasta mañana, y entonces decidiremos.

Plantaron el campamento ya tarde y prefirieron no hablar de la decisión que, como sabían, deberían tomar. Por la mañana se percibió humedad en el ambiente y vieron formarse nubes al norte. A primera hora el viento era racheado, procedente de distintas direcciones. De pronto cambió y empezó a soplar desde el norte, con ráfagas fuertes, que inquietaron tanto a los caballos como a las personas. Ayla siempre añadía al equipaje ropa de abrigo en previsión de los cambios de tiempo, o por si tenían que alargar el día y acostarse tarde por la noche.

Los glaciares, que nacían en el lejano norte y se extendían como una enorme masa sobre la superficie curva de la tierra, presentaban paredes de hielo sólido de más de tres kilómetros de grosor a sólo unos cientos de kilómetros de allí. Incluso en los momentos más cálidos del verano la noche solía ser fresca e incluso de día el tiempo podía alterarse bruscamente. El viento del norte traía frío y recordaba que, incluso en verano, el invierno regía aquel territorio.

Pero en esa ocasión el viento del norte trajo también otra cosa. En medio del ajetreo de levantar el campamento y preparar la comida, nadie advirtió el cambio de actitud en Lobo. No obstante, un sonoro gañido, casi un ladrido, llamó la atención de Ayla. El animal estaba de pie, casi inclinado contra el viento, con el hocico en alto y al frente. Había captado un olor. Cada vez que se marchaban de un campamento, ella le daba la señal de rastrear personas. El lobo, con su olfato desarrollado, había detectado algo, un leve tufo arrastrado por el viento.

—¡Mira, madre! ¡Mira a Lobo! —exclamó Jonayla, que también había reparado en su comportamiento.

—Ha localizado algo —dijo Jondalar—. Acabemos de recoger, de prisa.

Lo metieron todo en los cestos con mucho menos cuidado que de costumbre y sujetaron estos a los caballos junto con las mantas de montar. Acto seguido pusieron los cabestros a Corredor y Gris, apagaron el fuego y montaron.

—Búscalos, Lobo —ordenó Ayla—. Muéstranos el camino. —Al dar la orden, la acompañó con las señales del clan.

El lobo se encaminó hacia el norte, pero siguió una dirección más al este de la que habían llevado hasta entonces. Si lo que había olfateado era el grupo con el que en principio debían reunirse, parecían haberse desviado del sendero, marcado de manera tan dispersa, o quizá habían viajado hacia las montañas del este por alguna otra razón. Lobo avanzó con determinación, adoptando la postura gacha propia de su especie, seguido por Whinney y los demás caballos. Viajaron toda la mañana y más allá de la hora en que se habrían detenido para la comida del mediodía.

A Ayla le pareció percibir un leve olor a quemado, y Jondalar, levantando la voz, le preguntó:

—Ayla, ¿ves humo?

Vio en efecto, a lo lejos, una tenue columna de humo que se elevaba hacia el cielo y estimuló a Whinney para acelerar el paso. Llevaba sujeto el dogal de Gris, y lanzó una mirada hacia atrás a su querida hija, montada a lomos de la joven yegua, para asegurarse de que estaba preparada para acelerar el paso. La niña sonrió a su madre con entusiasmo, indicándole que sí estaba lista. A Jonayla le encantaba montar sola. Incluso cuando su madre o Jondalar querían llevarla delante de ellos en su propia montura por seguridad debido a las dificultades del camino, o para que pudiera descansar y no tuviera que sujetarse tan firmemente, la niña se resistía, aunque por lo

general de poco le servía.

En cuanto vieron un campamento y a varias personas, redujeron la marcha para acercarse. No sabían quiénes eran. Podían ser otros viajeros, e irrumpir en un campamento de desconocidos a lomos de caballos podía causar un gran revuelo.

Capítulo 23

De pronto, Ayla vio a un hombre rubio tan alto como Jondalar. Él también la vio a ella.

—¡Kimeran! ¡Os estábamos buscando! ¡Cuánto me alegro de encontraros! —exclamó Ayla con alivio.

—¡Ayla! —dijo Kimeran—. ¿Eres tú?

—¿Y cómo nos habéis encontrado? —añadió Jondecam—. ¿Cómo habéis sabido dónde buscar?

—Os ha encontrado Lobo. Tiene buen olfato —contestó Ayla.

—Fuimos a la caverna de Camora, esperando encontraros allí, pero les sorprendió vernos —explicó Jondalar—. Todos empezaban a preocuparse, en especial tu hermana, Jondecam. Así que propuse recorrer a caballo el camino por el que debíais venir, porque los caballos van mucho más deprisa que las personas.

—Es que los niños enfermaron, y abandonamos el sendero para buscar un buen lugar donde acampar —explicó Levela.

—¿Dices que los niños están enfermos? —preguntó Ayla.

—Sí, y Beladora también —añadió Kimeran—. Quizá no debierais acercaros demasiado. Primero cayó enferma Ginedela. Estaba caliente, con fiebre. Luego el hijo de Levela, Jonlevan, y después Beladora. Pensé que Gioneran quizá se librara, pero cuando empezaron a salirle manchas rojas a Ginedela por todo el cuerpo, a él le subió la fiebre.

—No sabíamos qué hacer por ellos, salvo dejarlos descansar, asegurarnos de que bebían agua abundante e intentar bajarles la fiebre con compresas húmedas.

—Habéis hecho lo que debíais —dictaminó Ayla—. He visto algo parecido antes, en la Reunión de Verano de los mamutoi. Por entonces yo pasaba mucho tiempo con los mamuti. Llegó un campamento con varias personas enfermas, sobre todo niños. Los mamuti los obligaron a instalarse en un extremo del campamento principal de la reunión, y apostaron alrededor a varios mamuti para impedir que se acercara la gente. Temían que contrajera la enfermedad la mayoría de los asistentes a la Reunión de Verano.

—En ese caso debes asegurarte de que Jonayla no juegue con los niños —recomendó Levela—. Y tú debes mantenerte alejada.

—¿Aún tienen fiebre? —preguntó Ayla.

—Ya no mucha, pero todavía están llenos de manchas rojas.

—Les echaré un vistazo, pero si ya no tienen fiebre, no será nada grave. Los mamutoi piensan que es una enfermedad propia de la infancia y dicen que es mejor pasarla de pequeño. Los niños tienden a recuperarse con mayor facilidad. Los adultos lo pasan peor.

—Así ha sido el caso de Beladora. Creo que ella ha estado más enferma que los niños —observó Kimeran—. Sigue débil.

—Los mamuti me dijeron que si se pasa la enfermedad de mayor, la fiebre es más alta y dura más, y las manchas tardan más en irse —explicó Ayla—. ¿Por qué no me lleváis a ver a Beladora y los niños?

La tienda tenía dos espacios, cada uno con su propio techo. El más alto lo sostenía el poste principal, y por un agujero cerca de este salía una voluta de humo. Un poste más pequeño soportaba el anexo, que proporcionaba mayor espacio. La entrada era baja, y Ayla se agachó para pasar. Beladora estaba acostada en unas pieles de dormir en la zona complementaria, y los tres niños permanecían sentados en sus lechos, pero no se les veía muy pletóricos. En el espacio principal había otros tres lugares habilitados para dormir, dos juntos y uno aparte. Kimeran entró detrás de Ayla. Podía quedarse erguido cerca del poste de esa sección central, pero para moverse por el resto de la tienda tenía que agacharse o inclinarse.

Ayla examinó primero a los niños. El menor, Jonlevan, hijo de Levela, parecía haber superado la fiebre, aunque seguía apático y lleno de manchas rojas, que al parecer le picaban.

Sonrió al ver a Ayla.

—¿Dónde está Jonayla? —preguntó.

Ayla recordó que a su hija le gustaba jugar con él. Aunque el pequeño tenía tres años, uno menos que Jonayla, ya casi estaba tan alto como ella. A la niña le gustaba hacer el papel de madre suya y a veces de compañera, y tenerlo dominado. Su madre, Levela, era hermana de Proleva, la compañera del hermano de Jondalar, Joharran; por tanto, eran primos carnales y no podían emparejarse.

—Está fuera —contestó Ayla mientras tocaba la frente del niño con el dorso de la mano. No le notó una temperatura muy alta, ni vio en sus ojos el aspecto vidrioso propio de la fiebre—. Ya te encuentras mejor, ¿verdad? Ya no estás tan caliente.

—Quiero jugar con Jonayla.

—Todavía no, tal vez más tarde —contestó Ayla.

A continuación reconoció a Ginadela. Parecía bastante recuperada, aunque las manchas rojas desde luego eran muy visibles.

—Yo también quiero jugar con Jonayla —dijo.

Los gemelos Ginadela y Gioneran contaban cinco años. Jonayla y Ginadela se parecían mucho, al igual que Kimeran y Jondalar —los dos eran altos y rubios—, pese a no estar emparentadas. También eran rubias, de tez clara y ojos azules, si bien el azul de Jonayla era tan intenso y llamativo como el de los ojos de Jondalar.

Gioneran tenía el pelo castaño oscuro, y ojos de un color avellana verdoso, como su madre, pero parecía haber heredado la estatura de Kimeran. Cuando Ayla le tocó la frente con el dorso de la mano, notó que aún estaba un poco caliente y en sus ojos

advirtió el brillo de la fiebre. Empezaban a salirle manchas con virulencia, aunque no las tenía tan claramente desarrolladas.

—Dentro de un rato te daré algo para que te sientas mejor —dijo al niño—. ¿Quieres un poco de agua? Después creo que deberías acostarte.

—Bueno —accedió él con una débil sonrisa.

Ayla cogió el odre, sirvió agua en un vaso que había al lado de su piel de dormir y se lo sostuvo mientras bebía. Después el pequeño se tumbó.

Finalmente Ayla se acercó a Beladora.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ayla.

—He estado mejor —respondió ella. Tenía los ojos aún vidriosos y moqueaba—. Me alegro mucho de verte aquí, pero ¿cómo nos habéis encontrado?

—Al descubrir que no estabais en la caverna de Camora, pensamos que debía de haberos retrasado algo. A Jondalar se le ocurrió coger los caballos y venir a buscaros. Ellos van más deprisa que las personas, pero ha sido Lobo quien ha encontrado vuestro rastro y nos ha traído hasta aquí —explicó Ayla.

—No me había dado cuenta de lo útiles que podían ser tus animales —comentó Beladora—. Pero espero que no contraigas esta enfermedad. Es tremenda, y ahora me pica todo el cuerpo. ¿Se me irán estas manchas rojas?

—Pronto empezarán a desaparecer —contestó Ayla—, aunque puede que tarden en irse del todo. Te prepararé algo para aliviar el picor y bajar un poco la fiebre.

Para entonces todos se habían apiñado en el interior de la tienda, Jondalar y Kimeran de pie junto al poste más alto y los demás en torno a ellos.

—Me pregunto por qué habrán enfermado Beladora y los niños y no los demás —dijo Levela—, al menos de momento.

—Si aún no lo habéis cogido, probablemente ya no lo cogeréis —respondió Ayla.

—Me preocupaba que alguien nos hubiera mandado los malos espíritus por envidia al ver que hacíamos un viaje —señaló Beladora.

—No sé qué decir —dijo Ayla—. ¿Habéis enojado a alguien?

—Si lo he hecho, ha sido sin querer. Estaba ilusionada con la idea de ver a mi familia y mi caverna. Cuando me marché con Kimeran, no sabía si volvería. Quizá alguien tuvo la impresión de que me jactaba —respondió Beladora.

—¿Sabes si alguien visitó la Primera Caverna de los zelandonii en las Tierras del Sur poco antes que vosotros? ¿O enfermó alguien mientras estabais allí?

—Ahora que lo dices, una gente cruzó el río antes que nosotros, más de un grupo, y me parece que su Zelandoni cuidaba de alguien que estaba enfermo —dijo Kimeran—. Pero no pregunté.

—Si había malos espíritus presentes, puede que no fueran dirigidos contra vosotros —explicó Ayla—. Puede que fueran vestigios dejados por las personas que estuvieron allí antes que vosotros, Beladora, pero algunas enfermedades se producen

sin que nadie te desee ningún mal: sencillamente se contagian. Esta fiebre con manchas rojas podría ser algo así. Si la coges de pequeña, normalmente no la pasas de mayor. Eso me dijo un Mamut. Me atrevería a decir que todos vosotros la tuvisteis de niños, o estaríais también enfermos.

—Creo recordar que una vez, en una Reunión de Verano, muchos de nosotros estuvimos enfermos —dijo Jondecam—. Nos juntaron a todos en una tienda, y cuando empezamos a encontrarnos mejor, nos sentimos especiales por toda la atención que recibíamos. Era como un juego. Si la memoria no me engaña, también nos salieron manchas. ¿Vosotros os acordáis?

—Yo debía de ser demasiado pequeña para acordarme —respondió Levela.

—Y yo tenía una edad en la que no me fijaba en los niños menores que yo, tanto si enfermaban como si no —dijo Jondalar—. Si no la tuve entonces, debió de ser porque era tan pequeño que ni me acuerdo. ¿Y tú, Kimeran?

—Creo que sí me acuerdo, más o menos, pero sólo porque mi hermana pertenecía a la zelandonia —contestó el otro hombre alto—. En una Reunión de Verano siempre pasan muchas cosas, y los niños de una misma caverna tienden a estar juntos. No se preocupan demasiado por lo que hacen los demás. ¿Y tú, Ayla? ¿Has tenido la fiebre de las manchas rojas?

—Recuerdo que de niña alguna vez estuve enferma y tuve fiebre, pero no sé si también me salieron manchas rojas —respondió Ayla—. Sin embargo, no enfermé cuando fui con un Mamut al campamento de los mamutoi donde se había propagado la enfermedad, para aprender cómo era y cómo tratarla. Y hablando de eso, quiero salir a ver qué encuentro para aliviarte, Beladora. Llevo encima unos cuantos medicamentos, pero las plantas que necesito crecen casi en todas partes, y las prefiero frescas si es posible.

Todos salieron de la tienda excepto Kimeran, que se quedó a cuidar de Beladora y sus hijos, así como del hijo de Levela.

—¿No puedo quedarme aquí, madre? ¿Con ellos? —preguntó Jonayla, señalando a los demás niños.

—Ahora mismo no pueden jugar, Jonayla —contestó su madre—. Tienen que descansar, y quiero que me acompañes a recoger unas plantas para que se sientan mejor.

—¿Qué buscas? —preguntó Levela cuando salieron—. ¿Puedo ayudarte?

—¿Conoces la milenrama? ¿O la fárfara común? También quiero corteza de sauce, pero ya sé dónde hay. He visto sauces justo antes de llegar aquí.

—¿La milenrama tiene hojas finas y unas flores blancas y pequeñas que crecen como en racimos? —preguntó Levela—. ¿Más o menos como las zanahorias, pero con un olor más fuerte? Se distinguen así, por el olor.

—Es una descripción excelente —señaló Ayla—. ¿Y la fárfara?

—Tiene unas hojas verdes, grandes y redondeadas, que por debajo son pegajosas, blancas y suaves.

—Esa también la conoces. Bien. Vamos a buscarlas —dijo Ayla. Jondalar y Jondecam estaban junto a la fogata delante de la tienda, charlando, y Jonayla, a su lado, los escuchaba—. Beladora y Gioneran todavía tienen un poco de fiebre. Vamos a buscar unas plantas para bajarles la temperatura. Y también algo para aliviar el picor a todos. Me llevo a Jonayla y Lobo.

—Estábamos diciendo que habría que ir a por un poco de leña —informó Jondalar—. Y he pensado que debería buscar unos cuantos árboles que podamos emplear como varas para construir un par de angarillas. Aunque Beladora y los niños se recuperen, es posible que no estén en condiciones de hacer una larga caminata, y deberíamos volver a la caverna de Camora antes de que empiecen a preocuparse por nosotros.

—¿Crees que Beladora estará dispuesta a subirse a una angarilla? —preguntó Ayla.

—Todos hemos visto a la Primera montada en una. Parecía ir a gusto. Después de verla a ella, ya no impresiona tanto —señaló Levela—. ¿Por qué no se lo preguntamos a Beladora?

—En cualquier caso, tengo que ir a buscar mi cesto de recolección —dijo Ayla.

—Yo también voy a buscar el mío, y deberíamos avisar a Kimeran y Beladora de que salimos un rato —afirmó Levela—. Y le diré a Jonlevan que vamos a por algo que lo aliviará.

—Él se encuentra mejor y querrá acompañaros, y más cuando se entere de que Jonayla va contigo —señaló Jondecam.

—Ya lo sé —convino Levela—, pero creo que todavía no puede. ¿Tú qué opinas, Ayla?

—Si conociera la zona mejor y supiera adónde vamos, podría ser, pero creo que todavía es pronto.

—Eso le diré —contestó Levela.

—Yo llevaré a Beladora —se ofreció Ayla—. Whinney está más acostumbrada a tirar de una angarilla.

Habían pasado varios días desde que encontraron a las familias desaparecidas, pero Beladora no se había restablecido del todo. Si realizaba demasiados esfuerzos antes de tiempo, temía Ayla, podía acabar con una secuela crónica que entorpeciera el resto del viaje.

No añadió que Corredor no sería un buen caballo para tirar de la parihuela porque era más difícil de controlar. Incluso Jondalar, que lo dominaba bastante, tenía a veces problemas cuando el corcel se rebelaba. Gris era aún joven, y Jonayla todavía más en

lo que se refería a aptitud, y con Whinney arrastrando la parihuela, a Ayla le costaría más tirar del dogal para ayudar a su hija a controlar la yegua. No estaba muy segura de que conviniera hacer una angarilla para Gris.

Sin embargo, la gran tienda utilizada para acampar por el resto de los viajeros mientras los enfermos se recuperaban se había construido con el material de las tiendas de viaje más pequeñas y otras piezas de cuero, y la tercera parihuela podría cargar con los postes de esas tiendas y otras cosas que habían confeccionado durante su estancia. De lo contrario, todo eso tendrían que abandonarlo. Los niños se encontraban mucho mejor, pero se cansarían enseguida. También podían emplear las angarillas para descansar mientras viajaban sin tener que detenerse. Ayla y Jondalar deseaban regresar cuanto antes. Estaban seguros de que quienes los esperaban se preguntaban ya qué había sido de ellos.

La noche antes de emprender la marcha lo organizaron todo en la medida de lo posible para poder salir temprano. Ayla, Jondalar, Jonayla y Lobo durmieron en su propia tienda de viaje. Por la mañana prepararon una comida rápida con las sobras de la noche anterior, lo cargaron todo en las angarillas, incluidos los morrales que solían llevar para acarrear lo esencial: la tienda, ropa y comida. Aunque los adultos estaban acostumbrados a viajar con los morrales auestas, les resultaba mucho más fácil caminar sin tanto peso. Avanzaron a buen ritmo y recorrieron una distancia mayor de la habitual, pero al atardecer casi todos estaban cansados.

Mientras apuraban la infusión de la tarde, Kimeran y Jondecam propusieron hacer un alto para ir de caza y así llevar comida a los parientes de Camora. Ayla estaba preocupada. Hasta ese momento el tiempo les había sido propicio. Sólo había caído un breve chaparrón la noche del día en que Ayla y Jondalar encontraron a los viajeros; después el cielo se aclaró. Pero Ayla dudaba que siguiera así mucho tiempo. Jondalar sabía que ella tenía «olfato» para el tiempo, y solía adivinar cuándo amenazaba lluvia.

No era exactamente un olor lo que anunciaba la lluvia; Ayla percibía más bien cierto sabor especial en el aire y a menudo una sensación de humedad. En tiempos posteriores, algunos identificarían como «aire puro» el ozono presente en la atmósfera antes de la lluvia; otros capaces de detectarlo creían percibir un matiz metálico. Ayla no sabía cómo llamarlo y le costaba explicarlo, pero lo reconocía, y desde hacía unas horas sentía esa insinuación de lluvia. Lo último que deseaba en ese momento era tener que avanzar por el barro bajo un aguacero torrencial.

Ayla despertó cuando aún no había clareado. Se levantó con la idea de usar el cesto de noche, pero al final prefirió salir. El resplandor de las brasas de la fogata situada delante de la tienda aún daba luz suficiente para permitirle ir a orinar detrás de un arbusto cercano. El aire era frío pero tonificante, y cuando volvió a la tienda, advirtió que la profunda negrura de la noche se teñía ya del azul nocturno previo al

amanecer. Se quedó contemplando el horizonte durante un rato mientras un rojo intenso asomaba por el este y ponía de relieve unas nubes dispersas de color violeta oscuro. Poco a poco, una luz resplandeciente bañó el cielo de un rojo aún más vivo y se propagó por las nubes en forma de cintas de vibrantes colores.

—Estoy segura de que no tardará en llover —dijo a Jondalar cuando volvió a la tienda—, y será una gran tormenta. Sé que no quieren presentarse allí con las manos vacías, pero si seguimos sin detenernos, quizá lleguemos antes de que empiece. No convendría que Beladora se mojase y cogiera frío justo cuando empieza a recuperarse, ni me gusta la idea de que se empape y se embarre todo cuando podríamos evitarlo si nos damos prisa.

Los demás despertaron temprano con la intención de ponerse en marcha poco después de salir el sol. Todos vieron aquellas nubes oscuras en el horizonte, y a Ayla no le cupo duda de que pronto caería una lluvia torrencial.

—Ayla dice que se avecina una gran tormenta —anunció Jondalar a los otros dos hombres cuando sacaron el tema de la cacería—. Cree que sería mejor ir a cazar después de llegar.

—Sé que hay nubes en el horizonte —respondió Kimeran—, pero eso no significa que vaya a llover aquí. Parecen bastante lejos.

—Ayla tiene buen ojo para la lluvia —insistió Jondalar—. Lo he comprobado en otras ocasiones. No me apetece mucho tener que poner a secar la ropa mojada y el calzado lleno de barro.

—Pero sólo conocemos a esa gente de la ceremonia matrimonial —replicó Jondecam—. No quiero pedirles hospitalidad sin dar nada a cambio.

—Sólo estuvimos allí medio día antes de marcharnos para venir en vuestra busca, pero vi que no conocen el lanzavenablos. ¿Por qué no les pedimos que salgan a cazar con nosotros y les enseñamos a usarlo? Ese puede ser un regalo mucho mejor que simplemente llevarles carne —propuso Jondalar.

—Supongo que... ¿De verdad crees que lloverá tan pronto? —preguntó Kimeran.

—Confío en el «olfato» de Ayla para prever la lluvia. Rara vez se equivoca —respondió Jondalar—. Lleva varios días oliendo la lluvia y cree que será una gran tormenta, una de esas que, cuando llegan, es mejor estar a cubierto. Ayla no quiere detenerse ni para la comida del mediodía. Según ella, debemos beber agua y comer las tortas de viaje por el camino para llegar cuanto antes. No querrás que Beladora se moje ahora que empieza a estar mejor. —De pronto se le ocurrió una idea—: Llegaríamos antes si fuéramos a caballo.

—¿Cómo vamos a montar todos en tres caballos? —preguntó Kimeran.

—Algunos pueden ir en las angarillas y otros, de dos en dos, a lomos de los caballos. ¿Has pensado alguna vez en montar a caballo? Podrías ir en la grupa con Jonayla.

—Quizá sea mejor que vaya otro en el caballo; yo tengo las piernas muy largas y corro muy rápido —contestó Kimeran.

—No tanto como un caballo —señaló Jondalar—. Los dos hijos de Beladora pueden ir en la angarilla con ella. Será un paseo un poco movido, pero ya lo han hecho otras veces. Podemos pasar la carga de la angarilla de Corredor a la de Gris. Y Levela y Jonlevan pueden montar en Corredor conmigo. Sólo quedáis tú y Jondecam. He pensado que Jondecam podría ir en la angarilla, o conmigo, y entonces Levela y su hijo tendrían que viajar en la angarilla. Y tú puedes montar con Ayla o con Jonayla. Con esas piernas tan largas, tendrías más espacio si fueras con Jonayla, ya que ella se sienta muy cerca del cuello de Gris. ¿Te ves capaz de ir sobre un caballo sujetándote con las piernas? También puedes agarrarte a las cuerdas de la angarilla. La persona que monte conmigo puede cogerse a mí. No iríamos así más que a ratos, o los caballos se cansarían; pero recorreríamos una distancia mucho mayor en menos tiempo si vamos al trote.

—Veo que has estado dándole vueltas —observó Jondecam.

—Sólo desde que Ayla me ha transmitido sus preocupaciones —respondió Jondalar—. ¿A ti qué te parece, Levela?

—No quiero mojarme si puedo evitarlo —contestó ella—. Si Ayla dice que lloverá, la creo. Iré en una angarilla con Jonlevan, como Beladora, si así llegamos antes, aunque sea un viaje un poco movido.

Mientras se calentaba el agua para la infusión, reacomodaron la carga de las angarillas, y Ayla y Jondalar instalaron a todos. Lobo, sentado a un lado, observaba con la cabeza ladeada como si sintiera curiosidad, impresión que la oreja sesgada parecía confirmar. Ayla lo vio y sonrió. Al principio avanzaron despacio; al cabo de un rato, Jondalar cruzó una mirada con Ayla, le dirigió una señal y gritó:

—Preparados, y sujetaos bien.

Ayla se inclinó hacia delante y dio a su yegua la orden de correr. Whinney inició un trote rápido y pronto empezó a galopar. Aunque no iba tan deprisa como sin la parihuela, alcanzó una velocidad considerable. Los caballos que la seguían, imitándola y obedeciendo las órdenes de sus jinetes, avivaron el paso. Lobo corría a su lado. Era una experiencia emocionante para Jondecam y Kimeran, y sobrecogedora, a la vez que un poco terrorífica, para quienes se aferraban a las angarillas, que se sacudían en su avance por aquel terreno abrupto. Ayla permanecía atenta a su yegua, y cuando Whinney comenzó a dar señales de cansancio por el esfuerzo, la obligó a aminorar otra vez el paso.

—¡Vaya! ¡Qué emocionante! —exclamó Beladora.

—¡Ha sido divertidísimo! —dijeron los gemelos al unísono.

—¿Podemos volver a hacerlo? —preguntó Ginadela.

—Sí, ¿podemos? —repitió Gioneran.

—Volveremos a hacerlo, pero ahora tenemos que dejar descansar un poco a Whinney —respondió Ayla. Estaba satisfecha por la distancia cubierta en ese breve arranque de velocidad, pero aún les quedaba un buen trecho por recorrer. Siguieron adelante, pero al paso. En cuanto notó descansada a su montura, vociferó—: Vamos allá otra vez.

Cuando los caballos iniciaron el galope, los jinetes se sujetaron con fuerza, sabiendo ya lo que les esperaba. Quienes antes habían pasado miedo esta vez no se asustaron tanto, pero no por ello era menos emocionante ir a una velocidad superior a la que alcanzarían por su propio pie, incluso quienes tenían las piernas más largas.

Esos tres caballos salvajes, domados pero no domesticados, eran muy fuertes y recios. Sus cascos no necesitaban protección para el suelo pedregoso, podían cargar o arrastrar una carga asombrosamente pesada, y su resistencia era muy superior a la que cabría esperar. Aunque les encantaba galopar, los caballos con una carga mayor de la habitual podían mantener ese paso durante un tiempo limitado, cosa que Ayla tuvo muy en cuenta. Los obligó a reducir la velocidad de nuevo, y cuando les indicó que se echaran a correr por tercera vez, los caballos incluso parecían disfrutar con la carrera, y Lobo también. Para él, aquello era una especie de juego: intentaba prever cuándo empezarían a galopar para salir con ventaja, pero no se alejaba demasiado porque quería ir a la par que ellos y necesitaba saber cuándo volvían a disminuir el paso.

A última hora de la tarde, Ayla y Jondalar empezaron a reconocer el paisaje, aunque todavía no estaban muy seguros, y no querían pasar de largo el camino que se desviaba hacia la caverna de Camora. Antes iban con Willamar, que conocía la región y los guiaba. Como ahora avanzaban más despacio, advirtieron los cambios en el tiempo. Se percibía humedad en el aire y se había levantado el viento. De pronto oyeron el estruendoso retumbo y el fragor del trueno, y poco después, no muy lejos de allí, vieron un relámpago. Todos supieron que estaba a punto de desencadenarse una gran tormenta. Ayla empezó a temblar, pero no era sólo por la fuerza súbita de aquel viento frío y húmedo. El estruendo y el fragor le recordaron demasiado a un terremoto, y nada detestaba más que los terremotos.

Estuvieron a punto de no ver el desvío, pero Willamar y unos cuantos más llevaban varios días vigilando por si llegaban. Jondalar sintió un profundo alivio al distinguir la silueta familiar que les hacía señas. El maestro de comercio había visto acercarse a los caballos desde lejos y enviado a uno de los hombres a la caverna a avisar de su regreso. Desde donde estaba, Willamar no vio a nadie caminar al lado de los caballos y temió que Ayla y Jondalar no hubieran encontrado a los viajeros, pero cuando se aproximaron, divisó más de una cabeza a lomos de los animales y comprendió que los montaban de dos en dos. Luego avistó las angarillas y, poco después, a las personas que viajaban en ellas.

Los habitantes de la caverna corrían ya sendero abajo. Cuando Camora vio a su hermano y su tío, no supo hacia quién correr primero. Ellos resolvieron su dilema: se precipitaron los dos a la vez hacia ella y la abrazaron simultáneamente.

—Corred, que empieza a llover —instó Willamar.

—Podemos dejar las angarillas aquí —propuso Ayla, y subieron todos por el camino.

Los viajeros se quedaron más días de los previstos, en parte para que Camora pudiera pasar más tiempo con sus parientes y su compañero y sus hijos los conocieran. Los habitantes de la caverna vivían bastante aislados, y aunque asistían a las Reuniones de Verano, no tenían vecinos en las inmediaciones. Jondecam y Levela se plantearon la posibilidad de quedarse con la hermana de Jondecam, quizá hasta que los viajeros pasaran a recogerlos en el camino de vuelta. Ella parecía anhelar compañía y noticias de la gente a quien conocía. Kimeran y Beladora tenían la intención de marcharse junto con la Primera. La familia de Beladora vivía al final del viaje propuesto.

La Primera hubiese querido marcharse a los pocos días, pero Jonayla contrajo el sarampión justo cuando se disponían a reemprender el viaje, cosa que demoró su partida. Los tres zelandonia que se hallaban entre los viajeros dieron remedios e instrucciones a los habitantes de la caverna para cuidar de quienes padecieran la contagiosa enfermedad, explicando que probablemente ellos también la contraerían, pero no solía ser grave. El Zelandoni local había tenido ocasión de conocer mejor a la Primera y a Jonokol mientras Ayla y Jondalar iban en busca de los otros y respetaba aún más que antes sus conocimientos.

Los de la Novena Caverna contaron anécdotas de sus experiencias con la enfermedad y la presentaron como algo tan corriente que la gente no temió contraerla. Incluso cuando Jonayla empezó a recuperarse, la Zelandoni decidió que debían aplazar la marcha hasta que la gente de la caverna manifestara los síntomas, y así podrían explicarles cómo atender a los enfermos y qué hierbas y cataplasmas podían ser beneficiosas. Al final, muchos miembros de la caverna enfermaron, pero no todos, lo que llevó a la Primera a pensar que al menos algunas de esas personas ya habían estado expuestas al sarampión.

La Zelandoni y Willamar sabían que había emplazamientos sagrados en la región, y hablaron de ellos con Farnadal y su donier. La Primera había oído hablar de ellos, pero no los había visto; Willamar sí, aunque hacía ya muchos años. Los emplazamientos estaban vinculados a la gran cueva pintada próxima a la Séptima Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur, como lo estaba asimismo la que se hallaba cerca de la Cuarta Caverna de las Tierras del Sur, y eran lugares sagrados, pero, por las descripciones, no había mucho que ver, sólo unas cuantas pinturas toscas

en las paredes.

Ya se habían retrasado tanto que la Primera decidió prescindir de esos emplazamientos en esta Gira de la Donier para tener tiempo de visitar otros. Le interesaba más ver el importantísimo lugar sagrado que se hallaba a corta distancia de la caverna de Amelana. Y aún tenían que ir a visitar a sus vecinos los giornadonii, y la caverna de Beladora.

La espera dio a la Novena Caverna la oportunidad de conocer mejor a los miembros de la caverna de Camora, y de paso Jondalar pudo mostrar el lanzavenablos y enseñar a construirlo a quienes quisieron aprender. Jondecam y Levela, por su parte, tuvieron más tiempo para estar con Camora y sus parientes, y cuando los viajeros se marcharon, estaban ya en disposición de irse con ellos. Durante la prolongada visita, las dos cavernas habían entablado relaciones muy cordiales y hablaron de la posibilidad de una visita recíproca en el futuro.

Pese a tanta camaradería, los visitantes estaban impacientes por reemprender su camino, y los de la caverna sintieron cierto alivio al verlos marcharse. A diferencia de la Novena Caverna, situada en medio de una región muy poblada, no tenían por costumbre recibir visitas. Esa era una de las razones por las que Camora aún echaba de menos a su familia y sus amigos. Pensaba asegurarse de que la caverna devolviera la visita, y llegado el momento intentaría convencer a su compañero para quedarse allí.

Una vez en marcha, los viajeros tardaron unos días en acomodarse de nuevo a la itinerancia. La composición del nuevo grupo era muy distinta de la inicial, básicamente porque eran más, e incluía a un mayor número de niños, lo que aumentaba el tiempo de desplazamiento entre un lugar y otro. Mientras sólo estaba Jonayla, que a menudo montaba a lomos de Gris, avanzaban a un ritmo bastante rápido, pero con dos pequeños más que apenas empezaban a caminar, y uno aún menor que quería caminar por imitar a los otros, su avance inevitablemente se hizo más lento.

Por fin Ayla propuso que Gris tirara de una angarilla con los tres niños mientras Jonayla la montaba. De ese modo, los viajeros se desplazaron más deprisa. Establecieron una rutina muy práctica en la que todos, cada uno a su manera, contribuían al bienestar del grupo.

Conforme avanzaba la estación y seguían viaje hacia el sur, los días eran cada vez más cálidos. En general, el tiempo era agradable, salvo por alguna que otra tormenta o período de bochorno. Cuando viajaban o trabajaban con mucho calor, los hombres a menudo llevaban sólo un taparrabos y tal vez un chaleco, además de sus cuentas, que los adornaban e identificaban. Las mujeres solían usar un vestido sin mangas, de gamuza suave o de fibras tejidas, cómodo y holgado, con rajas a los lados para

caminar con más facilidad, que se ponían por la cabeza y se ceñían a la cintura. Pero al apretar el calor, incluso la ropa ligera podía resultar excesiva y entonces se desnudaban aún más. A veces tanto hombres como mujeres vestían sólo un pañete o una falda corta con flecos y algunas cuentas, y los niños ni siquiera eso, y sus pieles adquirían un tono tostado. Un bronceado natural, adquirido lentamente, era la mejor protección contra el sol, y aunque ellos no lo sabían, era también una manera saludable de absorber ciertas vitaminas esenciales.

La Zelandoni estaba acostumbrándose a caminar, y a Ayla le pareció que había adelgazado. No le costaba mantener el paso, pero poco antes de llegar a los sitios insistía siempre en subirse a la angarilla. La gente reaccionaba con mucho revuelo al verla en la plataforma tirada por un caballo, lo que, pensaba ella, añadía misticismo a la zelandonia y a la posición de la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra.

Su ruta, trazada por la Zelandoni y Willamar, los llevó hacia el sur a través de bosques y praderas abiertas, bordeando la vertiente occidental de un macizo montañoso, vestigio de una antigua cordillera erosionada por el paso del tiempo, con volcanes que formaban nuevos montes encima de los anteriores. Al cabo de unos días, doblaron al este ciñéndose a la falda de la zona central del macizo y luego siguieron viajando hacia el este entre el extremo sur de las montañas y la costa septentrional del Mar del Sur. En el camino, a menudo veían animales de caza, aves y mamíferos de muchas especies, a veces en manadas, pero no se cruzaban con otros humanos salvo cuando se detenían a visitar asentamientos.

Ayla descubrió que disfrutaba realmente de la compañía de Levela y Beladora, y de la de Amelana cuando no visitaban otra caverna o Reunión de Verano. Hacían cosas juntas con sus hijos. A Amelana empezaba a notársele el embarazo, pero ya no tenía náuseas por las mañanas, y le sentaba bien andar. Se sentía a gusto y su vibrante buena salud, junto con su maternidad manifiesta, la hacían más atractiva a los ojos de Palidar y Tivonan, los ayudantes de Willamar. Pero a medida que continuaban la Gira de la Donier, deteniéndose a visitar sucesivas cavernas, Reuniones de Verano y emplazamientos sagrados, eran muchos los jóvenes que la encontraban igual de atractiva. Y ella disfrutaba con la atención.

Como a menudo Ayla estaba con la Zelandoni, las jóvenes aprendían algunos de los conocimientos que la Primera impartía a su acólita. Escuchaban y a veces participaban en las conversaciones sobre diversos temas —prácticas medicinales, identificación de plantas, maneras de contar, el significado de los colores y los números, los relatos y las canciones de las Historias y Leyendas de los Ancianos—, y la donier no parecía tener inconveniente en transmitirles su sabiduría. Sabía que en situaciones críticas no venía mal tener cerca a más personas que supieran qué hacer si debían actuar como ayudantes.

En su avance hacia el este, a menudo se toparon con ríos que descendían desde el macizo y desembocaban en el Mar del Sur. Como ninguno de ellos era demasiado grande, los viajeros se convirtieron en expertos en vadear cauces. Finalmente llegaron a uno que surcaba un gran valle de norte a sur, y los obligó a bordearlo hacia el norte hasta un afluente que vertía sus aguas desde el noreste, y lo siguieron.

Un poco más allá, el grupo de viajeros llegó a un agradable bosque poco denso a la orilla de un lago formado al ensancharse el río en un meandro. Pese a que era primera hora de la tarde, se detuvieron y plantaron el campamento entre los matorrales y la hierba cerca de una arboleda. Los niños descubrieron una zona amplia colmada de arándanos antes de la comida de la noche, y cogieron unos cuantos para compartir con sus mayores, pero comieron más mientras los recogían. Las mujeres vieron enormes matas de anea y carrizos al borde del agua, y los cazadores encontraron huellas recientes de pezuñas hendidas.

—Nos acercamos al hogar de quienes más cerca viven de la cueva sagrada más importante del territorio zelandonii —anunció Willamar después de encender una fogata y relajarse con una infusión—. Somos un grupo demasiado numeroso para presentarnos de visita y pedir hospitalidad sin llevar algo para compartir equivalente a nuestro tamaño.

—Parece que una manada de uros o bisontes se ha detenido aquí recientemente, a juzgar por esas huellas —observó Kimeran.

—Es posible que vengan aquí a abreviar con regularidad. Si nos quedamos un rato, podríamos cazarlos —añadió Jonokol.

—O podría ir a buscarlos a lomos de Corredor —propuso Jondalar.

—Casi todos andamos escasos de lanzas para cazar —dijo Jondecam—. A mí se me rompió otra la última vez que fuimos de caza, tanto el asta como la punta.

—Da la impresión de que esta región es rica en pedernal —comentó Jondalar—. Si encuentro un poco, haré puntas nuevas.

—De camino hacia aquí he visto unos árboles rectos más jóvenes que los del bosquecillo —dijo Palidar—. Servirían para hacer buenas astas. No están lejos.

—Algunos de los más grandes vendrían bien para construir una angarilla nueva con la que llevar carne fresca a la caverna que queremos visitar —observó Jondalar.

—En esta época del año, con un par de machos jóvenes tendríamos carne fresca y también para secar, y grasa para preparar tortas de viaje y usar como combustible en los candiles, además de las pieles —dijo Ayla—. Podemos hacer calzado con el cuero. No me importa caminar descalza la mayor parte del tiempo, pero a veces necesito protección para los pies y se me está desgastando el calzado.

—Y fíjate en esas aneas y esos carrizos —señaló Beladora—. Con eso también puedes tejerte calzado, y confeccionar esterillas nuevas para los lechos y cestos y cojines y muchas otras cosas que necesitamos.

—Incluso regalos para la caverna que vamos a visitar —añadió Levela.

—Espero que no nos lleve mucho tiempo. Ya estamos muy cerca de mi casa, y empiezo a ponerme nerviosa —dijo Amelana—. Me muero de ganas por ver a mi madre.

—Pero no querrás llegar con las manos vacías, ¿verdad que no? —preguntó la Primera—. ¿No te gustaría llevar un regalo o dos a tu madre? ¿Y quizá un poco de carne para tu caverna?

—¡Tienes razón! Eso debo hacer, y así no dará la impresión de que vuelvo a casa para mendigar —contestó Amelana.

—Tú bien sabes que no darías esa impresión aunque te presentaras de vacío, pero ¿no sería agradable obsequiarles algo? —preguntó Levela.

Capítulo 24

Decidieron que era el momento de dedicar unos días a la caza y recolección de comida con la que reabastecer su despensa de viaje y reponer las partes del equipo que empezaban a presentar señales de desgaste severo. Estaban entusiasmados por haber encontrado un lugar así de ubérrimo.

—Yo quiero recoger esos arándanos. Ya parecen maduros —dijo Levela.

—Sí, pero antes quiero hacer un cesto de recolección, algo que colgarme del cuello para tener las dos manos libres cuando recolecte —contestó Ayla—. Quiero recoger arándanos de más para secarlos y añadirlos luego a las tortas de viaje, pero eso significa que también necesitaré tejer un tapete o dos para ponerlos a secar encima.

—¿Podrías hacer otro cesto para mí? —pidió la Zelandoni—. Recolectar es una de las tareas para las que aún estoy capacitada.

—Yo también quiero recolectar —prorrumpió Amelana—. ¿Me harías un cesto a mí?

—Enséñame cómo los haces —dijo Beladora—. Recoger con las dos manos es una buena idea, pero yo siempre he llevado el cesto colgado del brazo.

—Os lo enseñaré a todos, incluidos los niños. También ellos pueden ayudar —respondió Ayla—. Vamos a por esos carrizos y aneas.

—Y cogemos también las raíces para la comida de la noche —añadió Beladora.

Lobo observaba a Ayla y Jonayla, y finalmente lanzó un gáñido para captar la atención de la mujer. También él quería tejer cestos. Echaba una carrera en dirección a campo abierto y luego volvía.

—Tú también quieres explorar y cazar, ¿verdad, Lobo? Pues ve —dijo ella, acompañando sus palabras de la señal con la que le indicaba que podía ir a donde quisiera.

Las mujeres pasaron esa tarde recogiendo plantas y excavando raíces en la orilla embarrada del lago. Los carrizos, con sus extremos en forma de penacho, eran más altos que Jondalar y Kimeran, y las aneas, un poco más bajas, tenían las espigas rebosantes de polen comestible. Las raíces y la parte inferior del tallo de ambas plantas también podían comerse, ya fueran crudas o guisadas, al igual que los bulbos que salían de los rizomas de la anea. Más tarde, las raíces fibrosas, ya secas y machacadas, proporcionaban una harina con la que se elaboraba una especie de pan, especialmente bueno si se mezclaba con el sabroso polen amarillo de las espigas de anea, pero de igual importancia eran las partes no comestibles.

Los flexibles tallos huecos de los altos carrizos podían tejerse para confeccionar cestos grandes, o esterillas suaves y mullidas para el lecho, más cómodas que las pieles cuando apretaba el calor y una buena base donde extender las pieles cuando

arreciaba el frío. Las hojas de anea se empleaban también para la elaboración de esterillas, usadas con distintas finalidades, por ejemplo, como almohadillas donde arrodillarse o sentarse o bases para los lechos. Además de servir para la confección de cestos, tejidas se usaban también en los paneles divisorios, las cubiertas impermeables de las moradas, y las capas y gorros con que se protegían de la lluvia. El robusto tallo de la anea, una vez seco, constituía una vara de fricción excelente. Los extremos marrones de la planta se convertían en una broza que servía como yesca, o de relleno para las bases de los lechos, los cojines y almohadas, o como material absorbente para los excrementos de los bebés o la sangre de las mujeres cuando tenían la luna. Habían encontrado un auténtico despliegue de alimentos y materiales en las plantas que crecían con tal abundancia a orillas del lago.

El resto de la tarde las mujeres tejieron cestos para recoger arándanos. Los hombres dedicaron ese tiempo a hablar de caza y de la tala de árboles jóvenes y rectos para construir las lanzas-dardo usadas en los lanzavenablos a fin de sustituir las perdidas o rotas. Jondalar se marchó con Corredor para seguir el rastro de la manada de bisontes o uros e intentar encontrarla. De paso, aprovechó para buscar yacimientos de pedernal, que en esa región hallaría casi con toda seguridad. Ayla, al verlo marcharse, dio por supuesto que iba en busca de la manada, y por un momento se planteó acompañarlo, pero estaba tejiendo cestos y no quería interrumpir su labor.

Más tarde, pese a que Jondalar aún no había regresado, interrumpieron sus tareas para la comida de la noche y hablaron de sus planes. Todos reían y charlaban cuando Jondalar irrumpió en el campamento con una amplia sonrisa.

—Los he encontrado, una numerosa manada de bisontes —informó—. Y también he descubierto un poco de pedernal que parece de buena calidad, y nos servirá para hacer lanzas nuevas.

Desmontó y sacó varias piedras grises grandes de las cestas de acarreo que llevaba atadas a la grupa de Corredor, una a cada lado para equilibrar la carga. Todos se agruparon en torno a él mientras retiraba las cestas, la manta de montar y el cabestro del corcel. Luego puso al animal de cara al lago y le dio una palmada en la grupa. El caballo zaino se adentró en el lago y bebió un poco de agua; después salió y se revolcó en la orilla arenosa a uno y otro lado. La gente que lo miraba se rio. Era gracioso ver al caballo patear en el aire, rascándose el lomo con tan evidente placer.

Jondalar se reunió con ellos junto al fuego y Ayla le sirvió un cuenco con carne seca reconstituida, la base de los tallos, las raíces y las espigas de la anea, todo cocido en el caldo con sabor a carne.

Él le sonrió.

—Y también he visto una nidada de urogallos. Es el ave de la que te hablé, que se parece a la perdiz, sólo que no se vuelve blanca en invierno. Si los cazamos, podríamos usar las plumas para las lanzas.

Ayla le devolvió la sonrisa.

—Y yo puedo preparar el plato preferido de Creb.

—¿Quieres que vayamos a cazarlos mañana por la mañana? —preguntó Jondalar.

—Sí... —contestó Ayla, y acto seguido arrugó la frente—. Bueno, tenía pensado recoger arándanos.

—Tú ve a cazar esos urogallos —intervino la Zelandoni—. Para recolectar ya hay gente de sobra.

—Y yo cuidaré de Jonayla, si quieres —se ofreció Levela.

—Termina de comer, Jondalar. En el lecho seco de ese arroyo he visto unas piedras redondas idóneas para mi honda. Quiero cogerlas antes de que oscurezca mucho más —dijo Ayla, reflexionando—. Debería llevar también el lanzavenablos. Aún me quedan flechas.

A la mañana siguiente, en lugar del vestido de siempre, se puso unos calzones de gamuza, parecidos a la ropa interior masculina de invierno, y se calzó una especie de mocasines provistos de una pieza superior blanda que envolvía el tobillo. Completó su atuendo con algo semejante a un chaleco, del mismo material que los calzones, y se ató bien los lazos de la parte delantera; así le proporcionaba cierto sostén para los pechos. A continuación se trenzó el pelo rápidamente para que no le molestara y se echó la honda al hombro. Se colgó el lanzavenablos y los dardos a la espalda, se ciñó el cinturón del que llevaba prendido un buen cuchillo en su funda, una bolsa en la que metió las piedras que había recogido, otra que contenía unos cuantos utensilios, incluido su vaso personal, y por último una bolsita de medicinas con unas cuantas provisiones por si surgía alguna urgencia.

Se vistió de prisa, con cierta agitación. No se había dado cuenta de lo mucho que deseaba ir de caza. Cogió su manta de montar, salió de la tienda y llamó a Whinney con un silbido, y también a Lobo con un sonido distinto. A continuación fue a donde pastaban los caballos. Gris llevaba un cabestro y estaba amarrada a una estaca hincada en el suelo mediante un dogal largo para que no se alejara, porque tenía cierta tendencia a escaparse. Ayla sabía que Whinney permanecería cerca de la yegua más joven. Jondalar había dejado a Corredor en el mismo prado. Puso la manta de montar en la yegua de color pardo amarillento y, tras coger los dogales de Gris y Corredor, saltó a lomos de Whinney y se encaminó hacia la fogata. Pasando la pierna por encima del animal, se apeó y se acercó a su hija, que estaba sentada al lado de Levela.

—Jonayla, sujeta a Gris. Es posible que intente seguirnos —dijo Ayla mientras le daba el dogal a la niña—. No tardaremos mucho. —Cuando se volvió y alzó la vista, vio a Lobo correr hacia ella—. Aquí estás.

Mientras Ayla abrazaba a su hija, Jondalar tomó un último bocado de raíz de anea, y a su mirada asomó un destello cuando percibió el entusiasmo de su

compañera, vestida ya para montar y cazar. «Qué guapa está», pensó. Se acercó al odre grande, llenó los pequeños de agua para llevársela y se sirvió un poco en su vaso. Bebió un sorbo y llevó el resto a Ayla. Le dio uno de los odres pequeños y volvió a guardar el vaso en su morral. Se apresuraron a despedirse de la gente dispuesta alrededor del fuego y montaron en sus caballos.

—Espero que encontréis esas perdices —dijo Beladora—, o esos urogallos.

—Sí, que tengáis una buena cacería —les deseó Willamar.

—En todo caso, buen paseo —añadió la Primera.

Mientras la gente veía alejarse a la pareja, cada cual albergó sus propias ideas y sentimientos con respecto a ellos. Willamar consideraba a Jondalar y su compañera hijos de Marthona, y por lo tanto suyos, y sentía el afecto propio del amor familiar. La Primera sentía algo especial por Jondalar, como hombre al que había amado en su día, y en cierto modo lo quería todavía, aunque ahora como amigo y algo más, casi como a un hijo. Valoraba las muchas dotes de Ayla, la apreciaba como amiga y se alegraba de tener una colega a quien consideraba su igual. Le complacía asimismo que Jondalar hubiese encontrado a una mujer digna de su amor. Beladora y Levela también habían acabado teniendo a Ayla por una buena amiga, si bien en ocasiones les imponía respeto. Percibían el magnetismo que ejercía Jondalar, pero ahora que ellas dos tenían compañeros e hijos a quienes amar, eso ya no las abrumaba y lo veían, pues, como un amigo afectuoso siempre dispuesto a ayudar.

Jonokol y los dos jóvenes comerciantes, e incluso Kimeran y Jondecam, valoraban a Jondalar por sus habilidades, sobre todo con el pedernal y el lanzavenablos, y en cierto modo lo envidiaban. Su compañera era una mujer atractiva y diestra en muchas facetas, y sin embargo vivía entregada a Jondalar hasta tal punto que incluso en las festividades de la Madre lo elegía sólo a él, pese a que él siempre hubiera podido elegir a la mujer que quisiese. Muchas pensaban aún que poseía un carisma irresistible, por más que él no fomentara sus proposiciones.

Amelana seguía impresionada por Ayla y le costaba verla sólo como una mujer que podía ser su amiga, pero le inspiraba gran admiración y deseaba ser como ella. También encontraba a Jondalar en extremo atractivo, y en algún momento había intentado seducirlo, pero él no pareció darse cuenta. Todos los hombres a los que Amelana había conocido en ese viaje le habían lanzado al menos una mirada ponderativa, y sin embargo a Jondalar nunca conseguía arrancarle más que una sonrisa cordial pero distante, y no sabía por qué. En realidad, Jondalar era muy consciente del interés de Amelana. En su primera juventud más de una joven con quien había compartido los Primeros Ritos había intentado luego retener su interés, pese a que a él no se le permitiese tener más relaciones con ella durante un año. Había aprendido a disuadirlas.

Los dos se alejaron a caballo, seguidos por Lobo. Jondalar los guio hacia el oeste

hasta una zona que recordaba del día anterior. Se detuvo y mostró a Ayla dónde había encontrado el pedernal; luego miró alrededor y siguió en otra dirección. Llegaron a un páramo, una franja de tierra cubierta de helechos, brezo —la vegetación preferida del urogallo— y hierba áspera con algún que otro matorral y zarza, no lejos del borde occidental del lago. Ayla sonrió. Aquello se parecía a la tundra donde la perdiz tenía su hábitat, y no le extrañaba que una variedad meridional de esas aves viviera en la región. Dejaron a los caballos cerca de unos avellanos dispuestos en torno a un árbol central de mayor tamaño.

Ayla se dio cuenta de que Lobo había advertido la presencia de algo al frente. Estaba alerta y concentrado, y gimoteaba suavemente.

—Adelante, Lobo, busca —ordenó Ayla.

Cuando Lobo salió disparado, Ayla se descolgó la honda, sacó dos piedras de la bolsa, colocó una en la concavidad de cuero y sujetó los dos extremos. No tuvo que esperar mucho. Con un aleteo repentino, cinco urogallos alzaron el vuelo, espantados por Lobo. Esas aves vivían cerca del suelo, pero podían elevarse en un arranque de velocidad y luego planear. Marrones y negros con motas blancas, parecían pollos regordetes con camuflaje. Ayla lanzó una piedra en cuanto vio a la primera ave, y la segunda antes de que la primera cayera al suelo. Oyó un zumbido y vio que la lanza de Jondalar había abatido un tercer urogallo.

Si sólo hubiesen sido ellos dos, como durante el viaje, con eso les habría bastado, pero el grupo ascendía a dieciséis personas en total, incluidos cuatro niños. Ayla preparaba las aves de tal manera que todo el mundo querría probarlas, y aunque eran de un tamaño aceptable —alcanzando un ave adulta un peso de seis o siete kilos—, tres no eran suficientes para dar de comer a dieciséis personas. Lamentó que no fuera la temporada de puesta de huevos; le gustaba rellenar las aves de huevos y asarlos juntos. Normalmente los nidos consistían en un hoyo en la tierra revestido de hierba u hojas, pero en esa época del año no había huevos.

Ayla llamó otra vez a Lobo con un silbido. El animal acudió al trote. Era evidente que le divertía perseguir aves.

—Tal vez encuentre más —observó Ayla, y luego miró al cazador cuadrúpedo—. Lobo, busca. Busca aves.

El lobo se echó a correr otra vez hacia el campo cubierto de hierba y Ayla lo siguió. Jondalar fue tras ella. Pronto otro urogallo se echó a volar, y aunque la distancia era considerable, Jondalar arrojó un dardo con su lanzavenablos y lo abatió. De repente, mientras Jondalar buscaba el ave que había cazado, emprendieron el vuelo cuatro machos, identificados por la cola y el plumaje de las alas, de colores negro y marrón con marcas blancas, y por las tonalidades amarillas y rojas en el pico y la cresta. Ayla lanzó otras dos piedras con la honda; rara vez fallaba. Jondalar no había visto las aves, pero las había oído, y tardó demasiado en armar el

lanzavenablos. Hirió a una, y oyó su graznido.

—Con eso ya es suficiente —dijo Ayla—, incluso si dejamos que Lobo se quede con el último.

Con la ayuda de Lobo, encontraron y recogieron siete aves. La última tenía un ala rota, pero estaba viva. Ayla le retorció el cuello y extrajo el pequeño dardo. Luego indicó a Lobo que podía quedársela. El animal la atrapó entre las fauces y se adentró en el campo hasta perderse de vista. Utilizando la hierba correosa a modo de cuerda, ataron los urogallos de dos en dos por las patas y regresaron al lugar donde pastaban los caballos. Antes de llegar, Ayla volvió a colgarse la honda al cuello.

Cuando volvieron al campamento, los cazadores hablaban de ir a buscar bisontes mientras pulían las astas de las lanzas. Jondalar se reunió con ellos para acabar de hacer las muchas lanzas que necesitaban. Después de tallar las puntas de pedernal, las acoplarían a las astas y las guarnecerían con las plumas rojas de los urogallos que Ayla les daría. Entretanto, Ayla cogió la pala hecha con una cornamenta que todos empleaban para retirar la ceniza del hogar y realizar otras tareas. Pero la pala llana y ancha no servía para cavar. Para eso se usaba una especie de punzón, una robusta hoja de pedernal puntiaguda acoplada al extremo de una empuñadura de madera que podía utilizarse para romper la tierra. Luego la pala se empleaba para retirar la tierra rota. Encontró un lugar cerca de la playa arenosa y cavó un hoyo lo bastante profundo en el suelo blando, encendió un fuego cerca y puso a calentar en él varias piedras de buen tamaño; a continuación, comenzó a desplumar a los urogallos.

Casi todos los demás acudieron a ayudar. Las plumas más fuertes y grandes se entregaron a los que preparaban las lanzas, pero Ayla quería conservar el resto. Beladora tenía una bolsa con algunos utensilios, que vació y le ofreció para guardar las plumas. Todos ayudaron a destripar y limpiar los seis urogallos, apartando las vísceras comestibles, como el corazón, la molleja y el hígado. Ayla las envolvió con heno recién cogido del campo, las empleó para rellenar las aves y luego envolvió las propias aves con más heno.

Para entonces, las piedras ya estaban calientes y, mediante pinzas de madera alabeada, revistieron el fondo y los lados del hoyo con ellas. Luego las taparon con la tierra extraída del hoyo y añadieron hierba y hojas, que los niños ayudaron a reunir. A continuación colocaron las aves encima de las hojas y la hierba. Agregaron verduras —la parte inferior del tallo de carrizos y alforfones, buenas raíces ricas en almidón que habían encontrado las otras mujeres—, envueltas con más hierba y hojas verdes, y las pusieron encima de las aves. Lo cubrieron todo con más hierba y hojas verdes, otra capa de tierra y luego más piedras calientes. Sobre ello echaron una última capa de tierra para cerrarlo. Lo dejarían cociéndose sin tocarlo hasta la hora de la comida de la noche.

Ayla fue a ver cómo les iba a los otros con la fabricación de lanzas. Cuando llegó

allí, algunos tallaban ya una muesca en el extremo inferior del asta, que les permitiría encajarla en el gancho de la base del lanzavenablos; otros pegaban las plumas con brea caliente de los pinos. Las plumas se sujetaban previamente con tiras finas de tendón, que llevaban consigo. Jonokol molía carbón, que luego añadió, junto con agua caliente, a un trozo de brea templado y lo revolvió todo. Seguidamente untó un palo en el líquido negro y espeso y con él pintó dibujos, abelanes, en varias astas. Un abelán representaba tanto a una persona como el nombre de esa persona, y hacía referencia al nombre de un espíritu vital. Era un símbolo personal que los zelandonia otorgaban a los niños poco después de nacer. No se escribía, sino que consistía en un uso simbólico de marcas.

Jondalar había hecho lanzas también para Ayla, y se las dio para que las marcara con su abelán. Ella las contó; había dos veces diez, veinte. Trazó cuatro líneas muy juntas en cada asta. Esa era la marca de su símbolo personal. Como no era zelandonii de nacimiento, había elegido ella misma su abelán: unas marcas que coincidían con las cicatrices que tenía en la pierna debido al zarpazo de un león cavernario en la niñez. Por eso Creb había decidido que el León Cavernario era su tótem.

Las marcas se emplearían después para identificar al cazador que se cobraba una presa en particular para poder atribuírsela y permitir una distribución equitativa de la carne. No era que la persona que mataba al animal se quedara toda la carne, pero sí sería la primera en elegir las partes más selectas y se le concedería el mérito de proporcionar comida a quienes recibían una porción, lo que podía ser incluso más importante. Eso conllevaba elogios, reconocimiento y una obligación contraída. A menudo los mejores cazadores entregaban la mayor parte de su carne sólo por ganarse el mérito, en ocasiones para consternación de sus propios compañeros o compañeras, pero eso era lo que se esperaba de ellos.

Levela se planteó acompañarlos en la cacería, y Beladora y Amelana dijeron que con mucho gusto vigilarían a Jonlevan y Jonayla, pero al final Levela decidió no ir. Había destetado recientemente a Jonlevan, y aún le daba el pecho de vez en cuando. No había cazado desde el nacimiento de su hijo, y tenía la sensación de que estaba desentrenada. Pensó que podría ser más un obstáculo que una ayuda.

Para cuando acabaron las lanzas, Jondalar había empleado en la elaboración de las puntas casi todo el pedernal encontrado, se habían usado las mejores plumas, añadidas a las astas para que el tiro fuera más certero, y ya casi había llegado la hora de degustar la comida preparada por Ayla. Varias personas habían recogido muchos más arándanos y habían puesto a secar la mayor parte en tapetes. Con el resto, usando piedras calentadas al fuego, preparaban una salsa en un sólido cesto nuevo tejido con hojas de anea y tallos de junco, que crecía en una zona pantanosa cerca del lago. El único edulcorante para la salsa procedía de la propia fruta, pero a menudo se agregaban los sabores de flores, hojas y corteza de distintas plantas. En esta ocasión,

Ayla había encontrado reina de los prados, cuyas florecillas producían una espuma cremosa con aroma a miel; también había echado flores de hisopo, azules y muy aromáticas, que constituían asimismo un buen remedio para la tos, así como hojas y flores de bergamota, de color escarlata. Añadió grasa derretida para dar sabor.

La comida fue, a juicio de todos, una delicia, casi un festín. Los urogallos proporcionaron una carne distinta, un nuevo sabor, un cambio respecto a la carne seca que solían comer, y cocinados en el horno de tierra habían quedado muy tiernos, incluso los machos viejos y correosos. La hierba usada como envoltorio había aportado su propio sabor, y la salsa de fruta añadió un regusto intenso y agradable. Frente a lo que solía ocurrir, quedaron pocas sobras para la mañana siguiente, pero bastarían, sobre todo si agregaban la parte inferior del tallo y las raíces tiernas de las aneas.

Se percibía también gran entusiasmo ante la cacería prevista para el día siguiente. Jondalar y Willamar empezaron a hablar del tema con los demás, pero no podían decidir qué estrategia usar hasta que vieran dónde estaban exactamente los bisontes. Tendrían que esperar a encontrar a los bóvidos. Como aún era de día, Jondalar, en un arranque, decidió recorrer otra vez el sendero para ver si localizaba la manada. Ignoraba cuánto podría haberse desplazado. Ayla y Jonayla lo acompañaron a caballo, más que nada para hacer correr a los animales. Encontraron a los bisontes, pero no exactamente en el mismo sitio. Jondalar se alegró de haber decidido rastrearlos de nuevo, así podía guiar a los cazadores directamente hasta ellos.

A primera hora de la mañana, incluso en pleno verano, siempre hacía un poco de frío. Cuando Ayla salió de la tienda, notó el aire fresco y húmedo. Una niebla fría envolvía la tierra y una capa de bruma flotaba sobre el lago. Beladora y Levela ya se habían levantado y encendían una nueva fogata. Sus hijos también habían despertado y Jonayla estaba con ellos. Ayla no la había oído levantarse, pero la niña podía ser muy silenciosa cuando quería. Al ver a su madre, se acercó corriendo.

—Por fin te has levantado, madre —dijo cuando Ayla tendió los brazos hacia ella y la estrechó contra su pecho.

Ayla no creía que su hija llevara mucho tiempo despierta, pero sabía que el sentido del tiempo de un niño era distinto del de los adultos.

Después de orinar, decidió ir a nadar en el lago antes de volver a la tienda. No mucho después apareció vestida con su traje de caza. Con tanto trajín, despertó a Jondalar, que gustosamente se quedó contemplándola desde sus pieles de dormir; la noche anterior había quedado muy satisfecho. El chaleco sin mangas no abrigaba mucho, pero los cazadores preferían no llevar más ropa de la necesaria, conscientes de que la temperatura aumentaría más tarde. En las mañanas frías tendían a quedarse cerca del fuego y tomar infusiones calientes. En cuanto iniciasen sus actividades,

entrarían en calor. La carne de urogallo sabía igual de bien fría, como comida matutina, que la noche anterior. De nuevo dejaron a Gris con Jonayla, pero la niña no quería quedarse.

—Por favor, madre, ¿no puedo acompañaros? Sé montar a Gris —rogó la niña.

—No, Jonayla. Sería peligroso para ti. Pueden ocurrir cosas que tú no prevés, y a veces es necesario apartar el caballo del medio. Y todavía no sabes cazar —respondió Ayla.

—Pero ¿cuándo aprenderé? —preguntó la niña con gran anhelo.

Ayla recordó los tiempos en que ella estaba deseosa de aprender, pese a que en principio las mujeres del clan no debían cazar. Tuvo que aprender por su cuenta, a escondidas.

—Te diré lo que haremos —contestó Ayla—. Le pediré a Jondé que te haga un lanzavenablos, uno pequeño de tu tamaño, para que puedas empezar a ejercitarte.

—¿De verdad, madre? ¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

Jondalar y Ayla tiraron de sus caballos en lugar de montarlos para no dejar rezagados a los demás. Jondalar localizó a los enormes bisontes —de un metro ochenta de altura en la cruz, con unos cuernos gigantescos y un pelaje de un intenso color marrón oscuro no muy lejos de donde los había visto por última vez. Era una manada de tamaño medio, pero ellos no querían tantos animales. Constituían un grupo pequeño y sólo necesitaban unos pocos.

Estudiaron la mejor manera de organizar la cacería de bisontes y llegaron a la conclusión de que lo preferible era rodear la manada a pie, con mucho cuidado para no alterarlos, y ver la disposición del terreno en las inmediaciones. No había cerca ningún desfiladero ciego para conducirlos hacia allí, pero sí un río seco con terraplenes bastante altos en las orillas en determinado trecho.

—Eso podría servir —dictaminó Jondalar—. Habría que encender una hoguera en el extremo inferior, pero no antes de acercarse a la manada. Yo tendré la leña preparada y la prenderé con una antorcha en cuanto los conduzcamos hasta allí.

—¿De verdad crees que dará resultado? ¿Cómo vamos a obligarlos a moverse?

—Con los caballos y Lobo podemos dirigirlos —respondió Jondalar—. En cuanto entren en el tramo estrecho, alguien puede encender el fuego en el extremo opuesto para obligarlos a reducir la marcha. Otros pueden esperar en lo alto de los terraplenes, preferiblemente tendidos en el suelo, y cuando estén ante vosotros, os levantáis de pronto y usáis el lanzavenablos. Tenemos que reunir un poco de leña y apilarla al final. Luego coger yesca y cualquier material que arda con facilidad.

—Por lo visto lo tienes todo muy bien pensado —observó Tivonan.

—Venía dándole vueltas al asunto, y ya había hablado con Kimeran y Jondecam de las distintas posibilidades —explicó Jondalar—. En nuestro viaje, solíamos

separar a uno o dos animales de la manada con la ayuda de los caballos y Lobo. Están acostumbrados a ayudarnos a cazar.

—Así es como aprendí a usar el lanzavenablos montada a caballo —intervino Ayla—. Una vez incluso cazamos un mamut.

—Me parece un buen plan —opinó Willamar.

—Y a mí también, pero no soy un buen cazador —dijo Jonokol—. No he cazado mucho, al menos no hasta que emprendí esta Gira de la Donier.

—Puede que no hayas practicado mucho antes, pero en mi opinión ahora eres un cazador notable —elogió Palidar.

Los demás coincidieron con él.

—Entonces este viaje me ha proporcionado un beneficio más. No sólo estoy viendo emplazamientos sagrados fascinantes, sino que también aprendo a cazar mejor —dijo Jonokol con una sonrisa.

—Bueno, vamos a recoger hierba seca y leña —propuso Willamar.

Ayla y Jondalar se sumaron al grupo cuando este se dispersó para recoger leña y otros materiales combustibles. Luego lo extendieron todo a lo ancho de un extremo del trecho del río seco. A sugerencia de Willamar, añadieron una hilera de yesca y broza delante para ayudar a encender el fuego a lo largo de la extensa pila. A continuación montaron en sus caballos, hicieron una seña a Lobo y empezaron a rodear la manada. Willamar ordenó entonces a sus aprendices, Palidar y Tivonan, que encendieran el fuego desde los dos extremos de la pila tan pronto como él lo indicara.

—En cuanto la leña prenda, podéis ocupar vuestras posiciones para utilizar los lanzavenablos —dijo Willamar. Los dos jóvenes movieron la cabeza con un gesto de asentimiento, y todos se situaron en sus puestos para esperar.

Y esperaron.

Cada cazador ocupaba su propio espacio silencioso y escuchaba a su manera. Los dos jóvenes estaban nerviosos, expectantes ante la cacería, y aguzaban el oído, alertas a los sonidos de Ayla y Jondalar, que ya rodeaban a la manada. Jonokol entró en un estado de meditación, que, como había aprendido hacía mucho tiempo, lo ayudaba a mantenerse atento y percibir lo que ocurría alrededor. Oyó a Ayla y Jondalar gritar a lo lejos, pero también oyó los trinos vibrantes de un martín pescador a un ritmo decreciente y con una cadencia cada vez más apagada. Dirigió la mirada hacia el sonido y alcanzó a ver el vivo color azul y anaranjado del pecho del ave pescadora. Después le llegó el graznido áspero y característico de un cuervo.

Kimeran, dejando vagar la mente, se acordó de la Segunda Caverna de los zelandonii y esperó que todos estuvieran bien en su ausencia... pero quizá no demasiado bien. No quería que estuvieran mejor sin él al frente. Eso implicaría que no era un buen jefe. Jondecam pensaba en su hermana, Camora, y deseaba que viviera más cerca. Levela, su compañera, había dicho lo mismo la noche anterior.

El sonido atronador de los cascos acercándose a ellos captó la atención de todos. Los dos jóvenes situados a ambos extremos de la larga pila de leña se volvieron hacia Willamar. Este tenía la mano en alto pero miraba en la otra dirección, preparándose para dar la señal. Los dos tenían un trozo de pedernal en una mano y pirita de hierro en la otra, listos para golpearlas, con la esperanza de no fallar. Todos conocían bien esa técnica para encender el fuego, pero con la excitación podía retrasarse el procedimiento. Los demás tenían el lanzavenablos armado y a punto.

Cuando la manada enfiló el río, una hembra vieja y astuta intentó desviarse, pero Lobo se le adelantó, corrió hacia ella y, enseñándole los temibles dientes, le gruñó. La enorme bisonte siguió por lo que consideró el camino que oponía la menor resistencia y entró en el cauce seco del río.

Justo en ese momento Willamar dio la señal. Palidar fue el primero en golpear la piedra y la chispa prendió. Se agachó para avivar la llama soplando. Tivonan necesitó un segundo intento, pero enseguida se encendió el fuego, que avanzó hacia el centro del lecho. Al unirse los dos fuegos, la leña seca de mayor tamaño prendió junto con la yesca. En cuanto comprobaron que el fuego ardía bien, corrieron hacia el terraplén, armando al mismo tiempo sus lanzavenablos.

Los demás cazadores estaban listos. El fuego ya había frenado a los bisontes, que bramaban en su estado de confusión. No querían abalanzarse sobre el fuego, pero los que cerraban la estampida los empujaban hacia delante.

Las lanzas empezaron a volar.

El aire se llenó de astas de madera con afiladas puntas de pedernal. Cada cazador había elegido un animal distinto al que apuntar y lo observaba con atención entre el humo y la polvareda. Cuando arrojaron una segunda lanza, la mayoría apuntó al mismo bisonte que en el primer lanzamiento. Llevaban todo el verano cazando y habían adquirido una gran destreza.

Jondalar avistó un macho con una alta joroba cubierta de lana desgredada y provisto de cuernos negros largos y afilados. Lo abatió con la primera lanza y lo remató con la segunda. Rápidamente volvió a armar el lanzavenablos y apuntó a una hembra, pero sólo la hirió.

Ayla, con su primera lanza, alcanzó a un macho joven, no del todo crecido. Lo vio caer, y acto seguido advirtió que la lanza de Jondalar se había clavado en la hembra. Esta vaciló, pero no cayó. Ayla arrojó otra lanza al animal y lo vio tambalearse. Los que iban en cabeza atravesaron la pared de fuego, los demás los siguieron, dejando atrás a sus hermanos caídos.

La cacería había terminado.

Todo había ocurrido tan deprisa que costaba creerlo. Los cazadores fueron a ver las presas cobradas: nueve bisontes sangrantes salpicaban el lecho del río. Cuando examinaron sus lanzas, comprobaron que Willamar, Palidar, Tivonan, Jonokol,

Kimeran y Jondecam habían matado un animal cada uno. Jondalar y Ayla habían matado tres entre los dos.

—No esperaba que nos fuera tan bien —comentó Jonokol, verificando las marcas en la lanza para asegurarse de que el animal era suyo—. Tal vez deberíamos haber coordinado la cacería de antemano. Esto es excesivo.

—Es verdad, no necesitábamos tantas piezas —coincidió Willamar—, pero significa que tendremos más para compartir. No se echará a perder. —Siempre le gustaba llevar algo de obsequio cuando llegaba a una nueva caverna.

—¿Y cómo vamos a transportarlos? Tres caballos no pueden arrastrar a nueve enormes bisontes en las angarillas —dijo Palidar. Con su lanza había abatido un macho enorme y ni siquiera sabía cómo empezar a mover la bestia, y menos aún cómo acarrearlas todas juntas.

—Me temo que alguien tendrá que ir a la próxima caverna y traer a gente para que eche una mano. No creo que les importe. Ni siquiera tendrán que cazarlos —propuso Jondalar. Había estado pensando lo mismo que Palidar, pero tenía más experiencia con esas enormes bestias y sabía que muchas manos simplificaban la labor.

—Tienes razón —dijo Jondecam—, pero creo que tendremos que trasladar aquí el campamento para descuartizarlos. —La verdad era que no le apetecía moverse de donde estaban.

—Puede que eso disguste a Beladora. Está trabajando en sus cestos, con varios proyectos entre manos, y no querrá cambiar de sitio —señaló Kimeran—. Aunque puede venir aquí y ayudar a desollar y descuartizar a los animales, supongo.

—Creo que podemos despellejarlos aquí —opinó Ayla—, y luego cortarlos en piezas grandes y hacer varios viajes para trasladarlos al campamento, y empezar a secar allí parte de la carne. Después podemos llevar parte de la carne fresca a la próxima caverna y pedirles ayuda para transportar el resto.

—Buena idea —dijo Willamar—. Yo aprovecharé los cuernos para hacer un par de vasos.

—No me importaría quedarme con algunos de los cascos para hervirlos y hacer pegamento con el que adherir las puntas a las astas de las lanzas —intervino Jondalar—. La brea está bien, pero con los cascos y los huesos se obtiene un pegamento mejor.

—Y podemos confeccionar odres nuevos con los estómagos, y usar los intestinos para guardar la grasa —añadió Ayla.

—También Levela guarda a veces carne troceada en intestinos limpios —dijo Jondecam—, y estos sirven además para hacer gorros y calzado impermeables.

De pronto Ayla se dio cuenta de lo cerca que estaban de su destino. No tardarían en entregar a Amelana a su caverna, y luego irían a ver el antiquísimo emplazamiento

sagrado que la Primera tenía tanto interés en enseñar a Ayla; no estaba lejos de allí. Después, según Willamar, faltarían sólo dos días para llegar a la caverna de Beladora. Y finalmente volverían sobre sus pasos y regresarían a casa.

El camino de vuelta era tan largo como el de ida, pero cuando Ayla miró alrededor, tuvo la impresión de que la Madre les había provisto de medios más que suficientes para satisfacer todas sus necesidades de cara al viaje de regreso. Tenían el material necesario para reemplazar su equipo gastado, las armas y la ropa. Había carne de sobra para secar, y para preparar las tortas de viaje, que se hacían triturando carne deshidratada junto con grasa y bayas secas y eran esenciales cuando se pretendía recorrer una larga distancia sin grandes paradas. También habían secado las raíces y los tallos de ciertas plantas, y las especies comunes de setas que todos conocían.

—¡Yo he estado aquí! ¡Conozco este lugar! —exclamó Amelana. Se emocionó tanto al ver un lugar que le era familiar, y luego otro, que apareció en su rostro una sonrisa de entusiasmo que ya no se borró. Ahora, de tan impaciente como estaba por llegar a casa, ya no quería parar a descansar, embarazada o no.

El pequeño grupo de viajeros llegó a un sendero bien marcado que seguía un brusco recodo del río. Un antiguo llano de aluvión había dejado un amplio campo de hierba, situado un poco por encima de las aguas en rápido movimiento, y en su extremo se alzaba una pared rocosa escarpada. «Era un buen sitio para que pastaran los caballos», pensó Ayla.

El ancho sendero ascendía poco a poco por el lado de la pared rocosa, en torno a matorrales y pequeños árboles, algunas de cuyas raíces se utilizaban como peldaños. No era un camino fácil para los caballos, y menos tirando de las angarillas, pero Ayla recordaba lo firme que había sido el avance de Whinney cuando subía a su cueva en el valle donde la encontró.

El sendero se niveló, quizá por obra de humanos, se dijo Ayla, cuando los viajeros se encontraban ya al abrigo de un saliente de roca en una zona obviamente habitada. Muchas personas, entregadas a diversas actividades, se interrumpieron y contemplaron la extraña procesión que avanzaba hacia ellos, que incluía a gente y caballos sorprendentemente dóciles. Whinney llevaba el cabestro que Jondalar le había hecho. A Ayla le gustaba usarlo cuando se avecinaban situaciones desconocidas y acaso inquietantes, pero tiraba de Whinney y de Gris, y las yeguas a su vez arrastraban sendas angarillas. Whinney acarreaba a la Primera; la parihuela de Gris llevaba una gran cantidad de carne de bisonte. Las acompañaban también Willamar, sus dos ayudantes y Amelana.

Cuando la joven que llegaba con ellos, obviamente embarazada, se separó de los visitantes, suscitó la atención de todos.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Soy yo! —gritó mientras corría hacia una mujer de proporciones considerables.

—¿Amelana? ¿Amelana? ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó la mujer.

—He vuelto a casa, madre, y me alegro mucho de verte —exclamó Amelana.

Rodeó con los brazos a la mujer, pero su vientre de embarazada no le permitió estrecharla. La mujer le devolvió el abrazo y luego, sujetándola por los hombros, la apartó para ver a la hija que no esperaba volver a ver.

—¡Estás embarazada! ¿Dónde está tu compañero? ¿Por qué has vuelto? ¿Has hecho algo malo? —preguntó su madre.

No imaginaba ninguna razón para que una mujer, en pleno embarazo, recorriese una distancia que, como sabía, era muy larga, aunque en realidad ignoraba hasta qué punto era larga. Le constaba que su hija podía ser muy impetuosa, y esperaba que no hubiese roto ninguna costumbre social o transgredido un tabú tan gravemente como para que la mandaran de vuelta a casa.

—No, claro que no he hecho nada malo. Si hubiera sido así, no me habría traído hasta aquí la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre. Mi compañero camina por el otro mundo, y yo, embarazada, preferí volver a casa y tener a mi hijo cerca de ti —explicó Amelana.

—¿La Primera está aquí? ¿La Primera te ha traído a casa? —preguntó la mujer.

Se volvió a mirar a los visitantes. Una mujer bajaba de una especie de vehículo tirado por un caballo. Era corpulenta, incluso más que ella, y supo por el tatuaje en el lado izquierdo de su frente que era una Zelandoni. La mujer caminó hacia ella con gran dignidad y con una presencia que transmitía autoridad. Viendo de cerca su tatuaje, además de los dibujos en su ropa y la placa del pecho y otros collares, la madre de Amelana comprendió que esa mujer era, en efecto, la Primera.

—¿Por qué no me presentas a tu madre, Amelana? —dijo la Primera.

—Madre, saluda por favor a La Que Es la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra —empezó Amelana—. Zelandoni, esta es Syralana, de la Tercera Caverna de los zelandonii que Guardan el Lugar Sagrado Más Antiguo, emparejada con Demoryn, jefe de la Tercera Caverna de los zelandonii que Guardan el Lugar Sagrado Más Antiguo, madre de Amelana y Alyshana.

Amelana sintió cierta satisfacción al demostrar a su madre y a aquellos que observaban lo bien que conocía a la jefa de la zelandonia.

—Bienvenida seas, Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre —saludó Syralana, tendiendo las dos manos y acercándose a ella—. Es un gran honor para nosotros tenerte aquí.

La Primera le cogió las dos manos y contestó:

—En el nombre de la Gran Madre, yo te saludo, Syralana de la Tercera Caverna que Guarda el Lugar Sagrado Más Antiguo.

—¿Has viajado hasta aquí sólo para traer a mi hija? —No pudo evitar preguntar Syralana.

—Estoy acompañando a mi acólita en su Gira de la Donier. Es la de los caballos. Hemos venido a visitar vuestro Lugar Sagrado Más Antiguo. Incluso nosotros lo conocemos, a pesar de vivir muy al norte.

Capítulo 25

Syralana miró con cierto recelo —que la Primera advirtió— a la mujer alta que sujetaba las cuerdas atadas a los dos caballos.

—Ya os presentaremos más tarde, si no os importa —propuso la Zelandoni—. ¿Has dicho que tu compañero es el jefe de esta caverna?

—Sí, así es —respondió Syralana—. Aquí el jefe es Demoryn.

—Hemos venido además a pedir os ayuda, aunque también será en beneficio vuestro —continuó la Primera.

Un hombre se situó junto a la mujer.

—Este es mi compañero —dijo Syralana—. Demoryn, jefe de la Tercera Caverna de los zelandonii que Guardan el Lugar Sagrado Más Antigo, por favor, da la bienvenida a la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre.

—Zelandoni que Eres la Primera, nuestra caverna se complace en daros la bienvenida a ti y a tus amigos —dijo.

—Permíteme que te presente a nuestro maestro de comercio. Willamar, ten la amabilidad de saludar a Demoryn, jefe de la Tercera Caverna de los zelandonii que Guardan el Lugar Sagrado Más Antigo.

—Yo te saludo, Demoryn —empezó Willamar, tendiéndole las dos manos, y prosiguió con los saludos formales. Luego explicó—: Hemos parado unos días poco antes de llegar aquí para cazar y reabastecernos, y para traeros de regalo un poco de carne. —Vio que el jefe y algunos más asintieron en un gesto de comprensión. Ellos habrían hecho lo mismo—. Al parecer, hemos acumulado una sobrecarga de riquezas. Encontramos una manada de bisontes y nuestros cazadores tuvieron una suerte excepcional. Al final contamos nueve bisontes abatidos, y nuestro grupo asciende sólo a dieciséis, incluidos cuatro niños. Eso es demasiada carne para nosotros, y en todo caso, aun con la ayuda de los caballos, nos es imposible transportar tal cantidad, pero no queremos derrochar los dones de la Madre. Si podéis mandar a unos cuantos miembros de esta caverna para ayudarnos a transportar la carne hasta aquí, con mucho gusto la compartiremos con vosotros. Hemos traído ya un poco, pero hemos dejado allí a varias personas vigilando el resto.

—Sí, claro que os ayudaremos, y compartiremos gustosamente vuestra buena fortuna —contestó Demoryn, y al mirar más atentamente a Willamar, vio el tatuaje en medio de su frente—. Maestro de comercio, tú ya habías estado aquí, creo.

Willamar sonrió.

—No en tu caverna en concreto, pero sí he visitado antes la región. La Primera trae a su acólita, la mujer que controla los caballos, en su Gira de la Donier. Está emparejada con el hijo de mi compañera. Él se ha quedado en el campamento vigilando la carne, junto con mis ayudantes, dos jóvenes comerciantes que seguirán

mis pasos, y algunos más. Creo que Amelana tuvo suerte de que tuviésemos previsto emprender este viaje cuando ella se planteó venir. Sentía grandes deseos de volver a su casa y dar a luz a su hijo aquí, cerca de su madre.

—Nos complace tenerla otra vez con nosotros. Su madre se quedó muy triste cuando se marchó, pero ella estaba tan decidida a irse con aquel joven visitante que no pudimos negarnos. Lamento que ahora su compañero camine por el otro mundo: debió de ser una experiencia difícil para su madre y su familia. No lamento, en cambio, ver de nuevo a Amelana. Cuando se fue, pensaba que nunca más la vería —dijo Demoryn—, y puede que la próxima vez no esté tan dispuesta a marcharse de casa.

—Seguramente tienes razón —convino Willamar con una sonrisa de complicidad.

—Supongo que iréis a la Primera Caverna para asistir a la reunión con la zelandonia —observó el jefe.

—Yo no sabía nada de ninguna reunión —dijo Willamar.

—Pensaba que la Primera había venido aquí por eso —respondió Demoryn.

—No estaba al corriente, pero, claro, no sé todo lo que sabe la Primera. —Los dos se volvieron hacia la mujer corpulenta—. ¿Tú sabías que había una reunión de zelandonia? —preguntó Willamar.

—Tengo mucho interés en asistir a ella —respondió la Zelandoni con una sonrisa enigmática.

Willamar se limitó a cabecear. ¿Quién podía conocer de verdad a una Zelandoni?

—Bien, Demoryn, si puedes enviar a unas cuantas personas para ayudarnos a descargar la carne que hemos traído, y regresar con nosotros a por la que queda en el campamento, el resto de nuestros viajeros podrá venir también a visitaros.

Mientras ayudaba a la Zelandoni a descargar su equipaje personal, Ayla preguntó:

—¿Sabías que iba a celebrarse una reunión de la zelandonia cerca de aquí?

—No estaba segura, pero por lo general las reuniones tienen lugar conforme a determinada secuencia de años, y pensaba que este podía ser el año correspondiente a esta región. No lo he mencionado antes porque no quería crear falsas expectativas si estaba equivocada, o no llegábamos a tiempo.

—Parece que tenías razón —observó Ayla.

—La madre de Amelana parecía nerviosa ante los caballos, y por eso no te he presentado de inmediato —explicó la Primera.

—Si los caballos la ponen nerviosa, ¿qué pensará de Lobo? —preguntó Ayla—. Ya nos ocuparemos de las presentaciones formales más tarde. Desengancharé tu angarilla de Whinney y regresaré con ella y con Gris. Podemos construir otra angarilla para que traiga la carne hasta aquí. Aún queda mucha. Me había olvidado de lo grande que es un bisonte. Quizá podamos llevar parte a la reunión de la zelandonia.

—Buena idea. Yo puedo ir detrás de Whinney en mi angarilla, y Jondalar y

Jonayla pueden llevar la carne en las suyas —propuso la Zelandoni.

Ayla sonrió para sí. La llegada en la parihuela especial, tirada por un caballo, siempre causaba revuelo, y a la Primera le gustaban las apariciones triunfales. Por lo visto, todo el mundo pensaba que era magia. ¿Por qué la gente lo consideraba tan asombroso? ¿Por qué no entendían que se podía entablar amistad con un caballo? Sobre todo después de ver cabalgar no sólo a Jondalar y a ella, sino también a Jonayla. Eso no tenía nada de mágico. Bastaba con determinación, esfuerzo y paciencia; la magia no era necesaria.

Cuando Ayla saltó a lomos de Whinney, hubo aún más expresiones de sorpresa. Al llegar, no iba montada en el caballo, sino que tiraba de ellos. Como el resto de los visitantes viajaban a pie, Ayla había decidido caminar también. Tivonan y Palidar volverían por su cuenta y guiarían a los miembros de la caverna designados para ayudarlos, pero Ayla podía llegar antes y empezar a construir una parihuela nueva.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Jondalar cuando Ayla llegó al campamento.

—Ya vienen. Me he adelantado para construir otra angarilla con la que Whinney trasladará la carne. Vamos a llevar una parte a otra caverna. Sus miembros se hacen llamar zelandonii que Guardan el Lugar Sagrado Más Antiguo. Amelana es de la Tercera Caverna, pero iremos a la Primera. Hay allí una reunión de zelandonia, ¡y la Primera ya lo sabía! O al menos suponía que podía haberla. Cuesta creer lo mucho que sabe. ¿Dónde está Jonayla?

—Beladora y Levela están vigilándolos a ella y a sus hijos. Esa carne ha atraído a todos los carnívoros de la región, tanto a los que tienen patas como a los alados, y hemos pensado que convenía meter a los niños en una tienda, no dejarlos a la vista. Hemos estado todos muy ocupados protegiendo las piezas cobradas en esa cacería «afortunada» —dijo Jondalar.

—¿Has matado algún animal? —preguntó Ayla.

—En general, nos hemos limitado a espantarlos, gritando y tirando piedras.

Justo en ese momento apareció una manada de hienas. Atraídas por el olor de la carne, fueron derechas hacia la pila de bisontes. Sin pensárselo dos veces, Ayla cogió la honda que llevaba colgada del cuello, echó mano de las piedras que tenía en la bolsa y, con un ágil movimiento, lanzó una piedra en dirección al animal en cabeza. La siguió de inmediato una segunda. La jefa de la manada había caído ya cuando la segunda hiena soltó un gañido que acabó en una risotada. El jefe de una manada de hienas es siempre una hembra, pero todas las hembras poseen pseudoórganos masculinos y tienden a ser más grandes que los machos. La manada se detuvo y empezó a correr de aquí para allá, sin orden ni concierto, gruñendo y aullando con su peculiar carcajada después de perder a su jefa. Ayla armó su lanzavenablos y se encaminó indecisa hacia la manada.

Jondalar se plantó ante ella de un salto.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Ahuyento a esa manada de hienas asquerosas —contestó ella, con tono de desprecio y expresión de repugnancia.

—Ya sé que detestas a las hienas, pero no tienes por qué matar a todas las que ves. Es un animal como cualquier otro y tiene su lugar entre los hijos de la Madre. Si nos llevamos a la jefa a rastras, probablemente las demás la seguirán —dijo Jondalar.

Ayla se detuvo y lo miró, sintiendo que su tensión se diluía.

—Tienes razón, Jondalar. Sólo son animales.

Con los lanzavenablos armados, agarraron a la hiena por las patas traseras y la arrastraron. Ayla advirtió que la hiena estaba amamantando, pero sabía que a menudo las hienas amamantaban durante un año hasta que las crías estaban casi del todo crecidas, y la única manera de distinguir una hiena adulta de una joven era por el color del pelaje: las jóvenes eran más oscuras. Entre resoplidos, bufidos y risotadas, la manada los siguió; la otra que había recibido la pedrada cojeaba notablemente. Abandonaron al animal lejos del campamento, y cuando regresaban vieron que los habían seguido otros carnívoros.

—¡Bien! —exclamó Ayla—. Quizá eso mantenga alejados a unos cuantos. Voy a lavarme las manos. Esos animales apestan.

En general, los amigos y parientes zelandonii de Ayla la consideraban una mujer y madre corriente, y ni siquiera se fijaban en su acento, pero cuando hacía algo como enfrentarse a una manada de hienas hambrientas y matar a su jefa de una pedrada sin pensárselo dos veces, de pronto tomaban conciencia de lo distinta que era. No era una zelandonii de nacimiento. Se había criado en un entorno totalmente distinto al de ellos, y su peculiar manera de hablar se hacía entonces más perceptible.

—Tenemos que cortar unos cuantos árboles pequeños para construir una angarilla nueva. Lo ha propuesto la Zelandoni. No creo que quiera que la suya se manche de sangre. Porque la considera suya, ¿sabes? —dijo Ayla.

—Es suya. A nadie más se le ocurriría usarla —contestó Jondalar.

Necesitaron dos viajes para transportar toda la carne obtenida en la feliz cacería. Casi toda la llevaron los habitantes de la zona arrastrando a los animales por los cuernos o empujándolos. Cuando los viajeros acabaron de levantar el campamento, el sol ya había iniciado su descenso para unirse al horizonte, y el cielo se iluminaba con tonos anaranjados y rojos. Cogieron la carne que se habían reservado y partieron en dirección a la caverna. Ayla y Jondalar tardaron un poco más en marcharse: a caballo, podían alcanzarlos fácilmente. Querían echar un último vistazo al campamento abandonado para asegurarse de que nadie se había dejado nada importante.

Saltaba a la vista que aquello había estado habitado. Entre las tiendas habían

quedado senderos que ahora conducían a recuadros de hierba aplastada y amarillenta; las fogatas apagadas eran círculos negros de carbón; algunos árboles presentaban cicatrices recientes, madera de color más claro, allí donde les habían arrancado las ramas; y tocones puntiagudos, como mordisqueados por un castor, revelaban la anterior presencia de árboles. Había desechos aquí y allá: un cesto roto cerca de una de las fogatas apagadas; una piel de dormir, minúscula y muy usada, que se le había quedado pequeña a Jonlevan, abierta y abandonada en medio del recuadro de hierba aplanada donde antes estaba la tienda. Esparcidas por el suelo, quedaban esquirlas de pedernal y puntas rotas, así como unas cuantas pilas de huesos y mondas de verduras, que pronto se degradarían y serían absorbidas por la tierra. En cambio, las amplias franjas de anea y carrizo, aunque cosechadas profusamente, no presentaban grandes cambios; la hierba amarillenta y los círculos negros de las fogatas pronto se verían cubiertos de nuevo verdor, y los árboles talados dejarían espacio a otros nuevos. La gente vivía de la tierra sin abusar de ella.

Ayla y Jondalar comprobaron el contenido de sus odres y bebieron. A continuación, Ayla quiso orinar antes de iniciar el camino de vuelta y rodeó la arboleda. En caso de verse inmovilizada por la nieve en pleno invierno, Ayla no dudaba en orinar en un cesto de noche sin importarle quién la viera, pero si era posible, prefería la intimidad, sobre todo porque tenía que bajarse los calzones y no simplemente apartar los faldones de un vestido holgado.

Se desató el cinto y se agachó, pero cuando se irguió de nuevo para subirse los calzones, advirtió para su sorpresa que cuatro desconocidos la miraban fijamente. Se sintió sobre todo ofendida. Aunque se hubieran topado con ella por casualidad, no debían haberse quedado mirándola así. Era una grosería. Reparó entonces en ciertos detalles: la ropa un tanto sucia, las barbas más bien descuidadas, el pelo largo y greñado y, en especial, la expresión de lascivia. Esto último la indignó, pese a que ellos esperaban que se asustara.

Tal vez debería haberse asustado.

—¿Acaso no sabéis que es de cortesía elemental apartar la mirada cuando una mujer necesita orinar? —preguntó Ayla, mirándolos con desprecio mientras se ceñía el cinto.

Sus palabras desdeñosas sorprendieron a aquellos hombres, en primer lugar porque preveían una reacción de miedo, y también porque percibieron su acento. Extrajeron sus propias conclusiones.

Uno miró a los demás con una sonrisa burlona.

—Es forastera. Probablemente está aquí de visita. No habrá cerca muchos de los suyos.

—Aunque los hubiera, yo no veo a ninguno por aquí —añadió otro hombre, y luego, dirigiéndole una mirada lasciva, se encaminó hacia ella.

Ayla recordó de pronto que, en la visita a los losadunai durante su viaje, había en la zona una banda de matones que acosaban a las mujeres. Se descolgó la honda del cuello y sacó una piedra de la bolsa; a continuación, llamó con un silbido a Lobo y luego a los dos caballos.

Los silbidos sobresaltaron a aquellos hombres, pero las piedras hicieron algo más que sobresaltarlos. El que avanzaba hacia ella dejó escapar un aullido de dolor cuando una pedrada lo alcanzó directamente en el muslo; otra fue a darle en la parte superior del brazo a otro hombre, que reaccionó de manera parecida. Los dos se llevaron la mano al lugar del impacto.

—¡Por la Gran Madre! ¿Cómo lo ha hecho? —preguntó el primer hombre, furioso. Y mirando a los otros dos, añadió—: Que no escape. Me las pagará.

Mientras tanto, Ayla había echado mano del lanzavenablos y, tras armarlo, lo apuntó al primer hombre. De pronto se oyó una voz al otro lado de la arboleda.

—Ya podéis alegraros de que no os haya apuntado a la cabeza, porque ahora mismo estaríais caminando por el otro mundo. Esa mujer acaba de matar una hiena de una pedrada.

Al volverse, los hombres vieron a un hombre alto y rubio que los apuntaba con una lanza colocada en otro de esos artilugios extraños. Había hablado en zelandonii, pero también él tenía un acento extraño, no el mismo que la mujer, pero sí daba la impresión de ser de un lugar lejano.

—Vámonos de aquí —dijo otro hombre, y se echó a correr.

—¡Detenlo, Lobo!

De pronto un gran lobo al que no habían visto se precipitó hacia el hombre. Lo atrapó por el tobillo con los dientes, lo derribó y, gruñendo, se plantó encima de él.

—¿Alguien más quiere huir? —preguntó Jondalar. Examinó a los cuatro hombres y rápidamente se hizo una composición de lugar—. Sospecho que habéis estado causando muchos problemas por aquí. Me temo que tendremos que llevaros a la caverna más cercana para ver qué piensan.

Con Lobo a su lado, los despojó de las pocas lanzas que llevaban encima y de los cuchillos. No estaban acostumbrados a que los obligaran a actuar contra su voluntad, pero cuando se resistieron, Ayla azuzó de nuevo a Lobo. Ninguno de ellos quiso enfrentarse a aquella bestia que gruñía. Cuando se pusieron en marcha, Lobo los obligó a avanzar, amenazando con morderles los tobillos y gruñendo. Con Ayla montada en su yegua de color pardo amarillento a un lado y Jondalar en su corcel marrón oscuro al otro, tenían pocas posibilidades de desviarse del camino por el que los guiaban.

En un momento dado, dos de ellos decidieron intentar huir echándose a correr en direcciones distintas. La lanza de Jondalar pasó rozándole la oreja al hombre que parecía el jefe, y este paró en seco. La de Ayla traspasó un jirón de tela colgante de la

ropa del otro, que, con el impulso, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Me temo que tendremos que atarles las manos a esos dos, y tal vez también a los otros —dijo Jondalar—. No creo que quieran vérselas con la gente que vive cerca de aquí.

En el camino de vuelta tardaron más de lo previsto. Cuando llegaron al refugio de piedra donde vivía la caverna, el sol creaba en el cielo de poniente un espectáculo a base de tonos violáceos difuminados y rojos intensos.

—¡Fueron esos! —gritó una mujer al ver a aquellos hombres—. Fueron esos quienes me forzaron y mataron a mi compañero cuando intentó detenerlos. Después se llevaron nuestra comida y nuestras pieles de dormir, y me dejaron allí abandonada. Volví sola a casa, pero estaba embarazada y perdí a mi hijo.

—¿Cómo los habéis encontrado? —preguntó Demoryn a Jondalar y Ayla.

—Justo cuando estábamos a punto de marcharnos, Ayla se ha ido a orinar detrás de la arboleda que había al lado de nuestro campamento. De pronto la he oído llamar a Lobo y los caballos. He ido a ver qué pasaba y la he encontrado manteniendo a raya a esos cuatro. Cuando he llegado, dos de ellos se lamentaban de las magulladuras producidas por las pedradas de Ayla, y ella ya tenía el lanzavenablos armado y listo —contó Jondalar.

—¡Magulladuras! ¿Sólo eso? Ha matado una hiena con sus piedras —exclamó Tivonan.

—No era mi intención matarlos, sino sólo detenerlos —explicó Ayla.

—En nuestro viaje de vuelta a casa, supimos de unos jóvenes que causaban problemas a la gente al otro lado del glaciar, al oeste. Habían forzado a una joven antes de sus Primeros Ritos. He pensado que tal vez estos hombres estaban molestando a la gente de por aquí —dijo Jondalar.

—Han hecho mucho más que molestar, y no son tan jóvenes. Llevan años así, robando, forzando a mujeres, matando a gente, pero nadie los había encontrado —intervino Syralana.

—La cuestión es: ¿y ahora qué hacemos con ellos? —preguntó Demoryn.

—Llevadlos a la reunión de la zelandonia —propuso la Primera.

—Buena idea —coincidió Willamar.

—Pero antes habría que atarlos mejor. Ya han intentado escapar de camino hacia aquí. Les he quitado las lanzas y los cuchillos que llevaban, pero es posible que no los haya encontrado todos. Y alguien debería vigilarlos por la noche. Lobo puede colaborar —sugirió Ayla.

—Sí, tienes razón. Son hombres peligrosos —convino Demoryn mientras se dirigía al refugio—. Los zelandonia pueden decidir qué hacer, pero hay que impedir que sigan con ese comportamiento, sea como sea.

—¿Te acuerdas de Attaroa, Jondalar? —preguntó Ayla, mientras los dos

caminaban junto al jefe de la caverna.

—Nunca la olvidaré. Por poco te mata. De no haber sido por Lobo, lo habría conseguido. Era cruel, o incluso malévola, diría. La mayoría de la gente es buena. Está dispuesta a ayudar a los demás, sobre todo si tienen problemas, pero al parecer siempre hay unos cuantos que se apoderan de todo lo que quieren y hacen daño a los demás, y no parece importarles —contestó Jondalar.

—Creo que Balderan disfruta haciendo daño a la gente —comentó Demoryn.

—Conque así se llama —dijo Jondalar.

—Siempre ha tenido mal genio —prosiguió Demoryn—. Incluso de niño le gustaba meterse con los más débiles, e inevitablemente siempre había otros dispuestos a seguirlo y obedecerle.

—¿Por qué será que algunos siguen la corriente a esa clase de personas? —preguntó Ayla.

—¿Quién sabe? —contestó Jondalar—. Tal vez les tengan miedo y crean que si les siguen la corriente, nadie se meterá con ellos. O tal vez no tengan un estatus muy elevado y se sientan más importantes asustando a los demás.

—Creo que debemos elegir a unas cuantas personas para que los vigilen bien —propuso Demoryn—. Y establecer turnos.

—Y hay que volver a registrarlos. Puede que alguno lleve escondido un cuchillo y lo emplee para cortar las cuerdas y tal vez herir a alguien —insistió Ayla—. Yo haré un turno, y como ya he dicho, Lobo puede colaborar. Se le da muy bien la vigilancia. Es como si durmiera con un ojo abierto.

Cuando los registraron, descubrieron que cada uno de ellos llevaba escondido al menos un cuchillo; según dijeron, los usaban para comer. Demoryn se había planteado desatarles las manos por la noche para que pudieran dormir más cómodamente, pero al encontrar los cuchillos cambió de parecer. Les llevaron alimento y los vigilaron atentamente mientras comían. Cuando acabaron, Ayla volvió a quitarles los cuchillos. Balderan se resistió a entregar el suyo, pero Lobo, al recibir una señal, se levantó con un gruñido amenazador, y el hombre soltó el utensilio afilado. Cuando se acercó a él, Ayla advirtió su profunda ira. Apenas podía controlarla. Había obrado a su antojo casi toda su vida. Había arrebatado impunemente todo aquello que quería, incluidas las vidas de otras personas. Ahora se veía físicamente inmovilizado y obligado a hacer algo contra su voluntad, y eso no le gustaba.

Los visitantes y casi todos los miembros de la Tercera Caverna de los zelandonii que Guardaban el Lugar Sagrado Más Antigo avanzaron cauce arriba por el sendero contiguo al río sinuoso que había abierto en la piedra caliza un profundo desfiladero por donde ahora corrían sus aguas. Ayla advirtió que los habitantes de la caverna

local se miraban unos a otros y sonreían como si compartieran un secreto o previeran una sorpresa divertida. Al doblar una curva cerrada, tras un ángulo en la alta pared del desfiladero, los visitantes, asombrados, vieron sobre sus cabezas un arco de piedra, un puente natural que atravesaba el río. Quienes lo veían por primera vez se detuvieron para contemplar maravillados la formación creada por la Gran Madre Tierra. Nunca habían visto nada igual, ni ellos ni nadie: era algo único.

—¿Tiene nombre? —preguntó Ayla.

—Tiene muchos nombres —respondió Demoryn—. Algunos le dan el nombre de la Madre, o de los espíritus del otro mundo. Algunos creen que parece un mamut. Nosotros simplemente lo llamamos Arco o Puente.

Unos cuatrocientos mil años antes, las impetuosas aguas de un río subterráneo tallaron la piedra caliza, desgastando la roca de carbonato cálcico y creando cuevas y pasadizos. Con el paso del tiempo, bajó el nivel del agua y se elevó el nivel del suelo, y el conducto que antes traspasaba la pared de piedra se convirtió en un arco natural. El río actual discurría a través de lo que había sido una barrera, convertida ahora en un puente sobre el río, pero tan alto que apenas se usaba como tal. El arco de piedra elevado que cruzaba el río era una formación imponente. No existía nada parecido en ningún otro sitio.

El extremo superior del arco se hallaba aproximadamente a la misma altura que el borde superior de las paredes rocosas, pero la antigua vía de agua también había formado meandros a nivel del río, convertidos ahora en terreno llano. Durante la temporada de lluvias, con las crecidas, los lados de la barrera de piedra caliza a veces restringían el caudal y se producían inundaciones, pero en general el río que en su día había formado cuevas y horadado aquel obstáculo de piedra caliza ahora fluía plácido y sereno.

El prado entre el refugio de piedra de la Primera Caverna de los Guardianes y el río tenía forma circular y quedaba delimitado por las paredes rocosas del profundo desfiladero. Millones de años atrás había sido un lago formado en un ensanchamiento del río y ahora el antiguo lecho albergaba una pradera con distintas clases de hierba, arbustos de aromática artemisa, y cenizo, una planta con hojas verdes comestibles, semejantes a las patas de los gansos y los patos que nadaban por las aguas de ese río en verano, y que daba pequeñas semillas negras que podían molerse usando dos piedras y luego cocerse y comerse.

En una zona al fondo del campo había un talud no muy profundo, entre cuyas piedras de bordes afilados había tierra suficiente para alimentar las raíces de árboles amantes del frío, como los pinos, los abedules y los enebros, muchos de ellos reducidos a simples arbustos. Por encima del campo, el color verde oscuro de las hojas perennes de los árboles y arbustos que crecían en las pendientes y las repisas de la pared rocosa ofrecía un llamativo contraste con la piedra caliza blanca. También se

formaban montículos y terrazas que proporcionaban espacios donde reunirse cuando alguien quería comunicar algo a un grupo.

La Primera Caverna de los zelandonii que Guardan el Lugar Sagrado Más Antiguo vivía bajo un saliente de piedra caliza en una terraza por encima de las tierras de aluvión. Los zelandonia se habían reunido en el prado para celebrar su encuentro.

La llegada de los visitantes y los miembros de la Tercera Caverna de Quienes Guardaban la Cueva Sagrada causó un gran revuelo. Los zelandonia habían instalado una especie de pabellón, una estructura semejante a una tienda, techada pero con sólo unos pocos paneles laterales; el techo daba sombra y los paneles laterales resguardaban del viento que barría el desfiladero. Una acólita vio la procesión y entró a toda prisa, interrumpiendo la reunión. Por un momento, un par de zelandonia importantes reaccionaron con cierta irritación, hasta que se volvieron a mirar y sintieron un escalofrío de miedo, que intentaron disimular.

Ayla encabezaba la marcha a lomos de Whinney. Siguiendo las instrucciones de la Primera, se acercó a la tienda donde tenía lugar la reunión. Pasó la pierna por encima de la yegua, se apeó y fue a ayudar a la Primera a bajarse de la angarilla. La Primera tenía un andar que no era rápido ni lento, pero transmitía gran autoridad. Los dos jefes del sur reconocieron de inmediato los símbolos de sus tatuajes faciales, su vestimenta y sus collares, y apenas podían creerse que la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra hubiera acudido a su reunión. La habían visto tan pocas veces que para ellos casi era una figura mítica. Reconocían su existencia de palabra, pero se consideraban a sí mismos los zelandonia de más alto rango, y habían elegido a su propia Primera. Ver a la auténtica Primera en carne y hueso resultaba un poco abrumador, pero verla llegar de aquel modo lo era más aún. El control de los caballos no tenía precedentes. Debía de poseer un poder extraordinario.

Se acercaron con deferencia, la saludaron tendiendo las manos y le dieron la bienvenida. Ella les devolvió el saludo y procedió a presentar a varios de sus compañeros de viaje: Ayla y Jonokol, Willamar y Jondalar, y luego al resto de los viajeros, dejando a los ayudantes de Willamar y los niños para el final. Demoryn saludó a los dos zelandonia más importantes, el Zelandoni de su propia caverna y la Zelandoni de la Primera Caverna de Quienes Guardaban el Lugar Sagrado. Ayla había pedido a Jonayla que mantuviera a Lobo escondido, pero una vez acabadas las presentaciones formales, la niña y ella lo sacaron, y otra vez asomó al semblante de los zelandonia una expresión de asombro y miedo. Después de convencerlos para que la permitieran presentarles al lobo, se mostraron un poco menos temerosos, pero quedó un resto de aprensión. Para entonces la gente de la Primera Caverna había bajado al prado desde sus viviendas en la pared rocosa, pero Ayla se alegró de que las presentaciones formales se aplazaran para más tarde.

Los cuatro hombres conducidos hasta allí para que los zelandonia decidieran qué hacer con ellos permanecieron atrás junto con los miembros de la Tercera Caverna de los Guardianes hasta que concluyeron las formalidades, pero por fin Demoryn los condujo al frente. Se acercó a su Zelandoni.

—¿Sabes de esos hombres que han estado creando tantos conflictos, robando y forzando a mujeres, matando a gente? —preguntó.

—Sí —contestó el hombre—. Precisamente ahora hablábamos de ellos.

—Pues aquí los tenemos —informó Demoryn, e hizo una señal a los encargados de vigilarlos. Los acercaron. Los acompañaba la mujer que los había acusado de matar a su compañero y de hacerle daño a ella—. Este se llama Balderan. Es su jefe.

Todos los zelandonia miraron a los cuatro hombres maniatados. Advirtieron su desaliño, pero la Zelandoni de la Primera Caverna quiso basarse en algo más que el aspecto para juzgarlos.

—¿Cómo sabéis que son ellos? —preguntó.

—Porque fueron ellos quienes me forzaron, después de matar a mi compañero —contestó la mujer.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Aremina, de la Tercera Caverna de los zelandonii que Guardan el Lugar Sagrado Más Antiguo.

—Es verdad lo que dice —confirmó el Zelandoni de la Tercera Caverna de los Guardianes—. Estaba embarazada y perdió a su hijo. —Se volvió hacia Demoryn—. Hace un momento hablábamos de ellos con la idea de trazar un plan para buscarlos. ¿Cómo los habéis cogido?

—Fue la acólita de la Primera —respondió Demoryn—. Intentaron atacarla, pero no sabían quién era ella.

—¿Quién es, además de la acólita de la Primera? —preguntó la Zelandoni de la Primera Caverna de los Guardianes.

Demoryn se volvió hacia Willamar.

—¿Por qué no se lo explicas tú?

—Bueno —dijo Willamar—, yo no estaba presente, así que sólo puedo contar lo que me contaron a mí, pero me lo creo. Sé que Ayla es una cazadora muy diestra tanto con la honda como con el lanzavenablos, un arma diseñada por su compañero, Jondalar. Además, es ella quien controla al lobo, y a los caballos, aunque su compañero y su hija también los dominan. Por lo visto, cuando estos hombres intentaron atacarla, los hirió a pedradas, aunque de haber querido habría podido matarlos. Entonces apareció Jondalar con su lanzavenablos. Cuando uno de esos hombres quiso huir, ella envió al lobo para detenerlo. Los he visto trabajar juntos en una cacería. Esos hombres tenían todas las de perder.

Tomó la palabra Demoryn:

—Todos los visitantes saben manejar el lanzavenablos... Jondalar nos ha prometido que nos enseñará a usarlo... y cuando fueron a cazar, los acompañó la suerte. Cada uno se cobró un bisonte. Mataron nueve en total. Eso es mucha carne; los bisontes son animales enormes. Así que os hemos traído carne en abundancia, para vuestra Primera Caverna y vuestra reunión de zelandonia.

»En cuanto a estos hombres, después de cogerlos, no sabíamos qué hacer con ellos. Según Aremina, habría que matarlos, porque ellos mataron a su compañero. Quizá tenga razón. Pero ignorábamos quién debía hacerlo, y cómo. Todos somos perfectamente capaces de matar a los animales que la Gran Madre nos ha dado para sobrevivir, pero la Madre no aprueba quitar la vida a personas. Yo no sabía si éramos nosotros quienes debíamos ajusticiarlos. Quizá si lo hacíamos, daría mala suerte a nuestra caverna, o si no lo hacíamos como era debido. Nos pareció que debían decidirlo los zelandonia, y por eso los hemos traído aquí.

—Creo que han hecho bien, ¿verdad? —dijo la Primera Entre Quienes Servían—. Ha sido una suerte que estuvierais reunidos para poder discutirlo y tomar una decisión.

«Está dando a entender que no tiene intención de asumir el mando sólo porque es la Primera», pensó Ayla, «pero le interesa ver qué hacen».

—En todo caso, espero que te quedes y nos aconsejes —dijo la Zelandoni de la Primera Caverna de Quienes Guardaban el Lugar Sagrado.

—Gracias. Con mucho gusto. No es un problema de fácil solución. Estamos aquí porque acompaño a mi acólita en su Gira de la Donier. Espero que alguien nos guíe en vuestro Lugar Sagrado. Sólo lo he visto una vez, pero nunca lo he olvidado. No sólo es el más antiguo, también es de una belleza extraordinaria, tanto la propia cueva como las pinturas de sus paredes. Honran a la Gran Madre —dijo la Primera con tal sentimiento que su convicción era evidente.

—Por supuesto. Tenemos una Guardiana en el Lugar Sagrado que os guiará con mucho gusto —contestó la mujer—. Pero ahora veamos a esos hombres.

Cuando llevaron ante su presencia a los cuatro hombres, estos intentaron oponer resistencia, pero Lobo los vigilaba, y cuando Balderan trató de escapar, lo obligó a volver gruñéndole y haciendo ademán de morderle los tobillos y las piernas. Era obvio que Balderan se reconcomía de rabia. Odiaba especialmente a los forasteros que podían controlar a los caballos y al lobo, y por lo tanto podían controlarlo a él. Por primera vez en su vida tenía miedo, y lo que más lo asustaba era Lobo. Quería matar a ese animal, pero no más de lo que Lobo quería matarlo a él. El cazador cuadrúpedo sabía, tal como lo saben los animales con los sentidos más desarrollados que los seres humanos, que ese hombre no era como los demás. Había nacido con un exceso o una carencia de algo que lo diferenciaba, y Lobo sabía instintivamente que ese hombre no dudaría en hacer daño a sus seres queridos.

Para entonces, todos los miembros de las dos cavernas y los zelandonia de la zona se habían reunido en el prado ante las paredes rocosas, y cuando acercaron a los hombres, se armó un revuelo. Varias personas reconocieron a Balderan y algunos lanzaron acusaciones a gritos.

—¡Es él! —vociferó una mujer—. ¡Él me forzó! Los cuatro.

—A mí me robaron la carne que puse a secar.

—Se llevó a mi hija y la retuvo durante casi una luna. No sé qué le hicieron, pero ya nunca se recuperó y murió el invierno siguiente. Para mí, fue él el causante de su muerte.

Un hombre de mediana edad se acercó.

—Yo puedo hablaros de él. Nació en mi caverna antes de que yo me marchara —afirmó.

—Me gustaría oír a este hombre —intervino la Primera.

—A mí también —dijo el Zelandoni de la Tercera Caverna de los Guardianes.

—Balderan nació de una mujer sin compañero, y al principio todos se alegraron de que tuviera un hijo sano y robusto, un hijo que algún día haría su aportación a la caverna, pero desde muy pequeño resultó incontrolable. Era un niño fuerte, pero empleaba su fuerza para apoderarse de lo que quería cuando quería. Al principio, su madre lo disculpaba. Como no tenía compañero, esperaba que su fuerte hijo, que pronto se convirtió en un buen cazador porque le gustaba matar, se ocupara de ella en la vejez, pero al final acabó reconociendo que él la quería tan poco a ella como a cualquier otra persona —empezó a contar el hombre.

»Cuando Balderan llegó a la juventud, todos los habitantes de la caverna estaban indignados con él y le tenían miedo. La gota que colmó el vaso fue cuando le quitó las lanzas a un hombre que acababa de confeccionarlas. El dueño protestó e intentó recuperarlas, y Balderan le dio tal paliza que por poco lo mató. Creo que nunca se recuperó del todo. En ese momento todos los habitantes de la caverna hicieron causa común y le dijeron que debía marcharse. Los demás hombres y casi todas las mujeres se armaron y lo echaron. Dos de sus amigos se fueron con él, jóvenes que lo admiraban porque se apoderaba de lo que quería y no necesitaba trabajar para conseguir las cosas. Uno de ellos regresó antes de acabar el verano y rogó que lo acogieran de nuevo, pero Balderan siempre se las arregló para tener a unos cuantos seguidores.

»Iba a una Reunión de Verano, se instalaba en un alojamiento alejado y retaba a los otros jóvenes a cometer actos temerarios y peligrosos a fin de demostrar su virilidad. A quienes parecían débiles o asustados los maltrataba, y cuando se iba, siempre tenía unos cuantos seguidores nuevos, encandilados por sus modales alborotadores. Se dedicaban a acosar cavernas sucesivas hasta que finalmente los habitantes organizaban partidas para salir en su busca. Y entonces Balderan y sus

amigos se alejaban y buscaban otra caverna donde robar comida, ropa, herramientas, armas. Y con el tiempo también empezaron a forzar a mujeres.

Balderan observaba con desdén mientras el hombre contaba su historia. No le importaba lo que se decía de él. En cualquier caso, era todo verdad, pero era la primera vez que lo cogían, y eso no le gustaba. Ayla lo miraba atentamente y advirtió en él algo más que rabia: vio también su miedo y su odio, y no le cupo duda de que Lobo también lo olía. Sabía que si Balderan hacía el menor intento de causarle daño a ella, o a Jonayla, o a Jondalar, o a cualquiera de las personas que viajaban con ellos, Lobo lo mataría. Sabía que a Lobo le bastaría con una simple señal de ella para matarlo; lo haría, y probablemente los demás le estarían agradecidos. Pero no quería que fuera Lobo quien resolviera el problema, ni que se lo conociera por haber matado a un hombre. Las historias tendían a exagerarse. Todo el mundo sabía que los lobos eran capaces de matar. El hecho de que él hubiera ayudado a coger a aquel hombre, y lo hubiera vigilado sin matarlo: eso era lo que quería que se contara de Lobo. La propia gente tenía que decidir por sí misma qué hacer con Balderan, y Ayla sentía curiosidad por ver cómo lo resolvían.

Los hombres que lo acompañaban no sentían indignación; sólo tenían miedo. Eran conscientes de lo que habían hecho, y allí había mucha gente que también conocía sus actos. El hombre situado junto a Balderan reflexionaba sobre las circunstancias en que se hallaba. Siempre le había parecido muy fácil seguir a Balderan, apoderándose de todo lo que querían y asustando a la gente. A veces Balderan también le daba miedo a él, por supuesto, pero ver que atemorizaba a la gente le hacía sentirse importante. Y cuando se enteraban de que las personas que salían en su busca estaban muy unidas y decididas, y de que había llegado el momento de cambiar de aires, reaccionaban con agilidad y rapidez y siempre conseguían escapar. Estaban seguros de que nunca los atraparían, pero la forastera, con sus armas y sus animales, había cambiado las cosas.

Era evidente que era una Zelandoni, y nunca deberían haberse metido con Una Que Servía a la Madre. Pero ¿cómo iban a saberlo? Esa mujer ni siquiera llevaba tatuajes. Por lo que decían, era una acólita, pero ¿acólita de la Primera? Ni siquiera sabía que la Primera existiese de verdad. Creía que era sólo una historia más, como las Leyendas de los Ancianos. Pero ahora la Zelandoni más poderosa de la tierra estaba allí, con su acólita, que poseía un control mágico sobre los animales y lo había atrapado. ¿Qué iban a hacer con él?

Como si adivinara sus pensamientos, una Zelandoni preguntó:

—Ahora que los tenemos aquí, ¿qué vamos a hacer con ellos?

—De momento podemos darles de comer, buscar un lugar donde encerrarlos y mantenerlos bajo vigilancia hasta que se tome una decisión —propuso la Primera. A continuación se volvió hacia la Zelandoni de la Primera Caverna de los Guardianes

de la Antigua Cueva Sagrada—. Y tal vez deberíais repartir esta carne de bisonte.

Sonrió a la Primera, reconociendo que delegaba en ella su autoridad, como si ya supiera que esa mujer era la Primera en la región, aunque nadie se lo hubiera dicho. La Zelandoni llamó a varias personas y asignó a los jefes de las dos cavernas la responsabilidad de decidir cómo debía distribuirse la carne, pero encargó a los zelandonia la supervisión del despellejamiento y descuartizamiento de los animales. Algunos ya estaban despellejados, y empezaron a cortar esa carne para la comida de la noche. Otros hombres se llevaron a Balderan y sus secuaces hacia la pared rocosa.

En cuanto quedaron en manos de aquella gente, Ayla llamó a Lobo con un silbido y fue a ayudar a Jondalar a desenganchar las angarillas de los caballos. Había visto una zona con hierba abundante, agradable y alejada de la gente, pero decidió preguntar si había algún inconveniente en llevar los caballos allí. Nunca convenía dar nada por supuesto en lo referente al territorio de otras cavernas. Primero se lo preguntó a Demoryn, el jefe de la caverna de Amelana.

—Este año no hemos tenido la Reunión de Verano aquí, así que no está pisoteada, creo, pero puedes preguntárselo a la Zelandoni Primera si quieres asegurarte — contestó.

—¿La Zelandoni Primera? —preguntó Ayla—. ¿Te refieres a la de la Primera Caverna de los Guardianes?

—Sí, pero no se llama Zelandoni Primera por eso, sino porque es nuestra «Primera» —explicó—. Es simple casualidad que además sea Zelandoni de esa caverna. Y ahora que me acuerdo, también debo decirle que he enviado a un mensajero a avisar a un par de cavernas que tenemos a Balderan. Son cavernas a las que acosó más que a otras. Es posible que venga más gente.

Ayla arrugó la frente y se preguntó cuántas más cavernas acudirían. Tal vez debía buscar un lugar más aislado, o quizá vallar una zona para los caballos, como hacía en las Reuniones de Verano. Decidió hablar de ello con Jondalar después de ver a la Zelandoni Primera.

Ayla y Jondalar consultaron con los demás viajeros y decidieron buscar un buen sitio para plantar el campamento, tal como hacían casi todas las cavernas cuando llegaban a una Reunión de Verano con cierto tiempo de antelación. La Primera coincidió con Ayla en su intuición de que quizá llegaría más gente de la que preveían.

Esa noche, aunque las familias o los grupos que solían comer juntos prepararon cada uno su comida, se sentaron todos más o menos juntos, casi como si se tratara de un festín. Llevaron comida a Balderan y sus secuaces y les desataron las manos para que pudieran comer. Entre bocado y bocado, conversaron en voz baja. Los vigilaban varias personas, pero costaba mantener el interés cuando no había nada que ver salvo a unos hombres comer. El cielo nocturno se oscureció conforme avanzaba el ágape, y

personas que no se conocían, pero sentían mutua simpatía, trataban de intimar.

Ayla y Jondalar dejaron a Lobo con Jonayla para que pudiera descansar de su estresante vigilancia y fueron a dar un paseo en dirección al alojamiento de los zelandonia. La Primera había ido allí para hablar de su deseo de hacer una visita especial a la cueva sagrada con Ayla, Jonokol y unos cuantos más, y otra visita con el resto de sus acompañantes, sin niños, no tan exhaustiva.

Ayla y Jondalar sabían aproximadamente dónde permanecían retenidos los hombres capturados, pero en la oscuridad no se dieron cuenta de que ellos los observaban con atención. Balderan había estado pendiente del hombre alto, el compañero de la acólita, y cuando se acercaron, Balderan dijo a sus hombres:

—Tenemos que escapar de aquí. Si no, no viviremos para ver salir el sol muchos más días.

—Pero ¿cómo? —preguntó uno de ellos.

—Debemos deshacernos de esa mujer que controla al lobo —contestó Balderan.

—Ese lobo no nos dejará acercarnos a ella.

—Eso si está con ella, y no siempre es así. A veces el animal se queda con la niña —replicó Balderan.

—Pero ¿y ese hombre que va con ella? El visitante con el que ha venido. Es muy grande.

—He conocido a otros como él, altos y musculosos, pero demasiado tranquilos y afables. ¿Tú lo has visto enfadado? Creo que es uno de esos gigantes bondadosos que temen tanto hacer daño a los demás que incluso evitan las discusiones. Si actuamos con rapidez, podemos capturarla antes de que él se dé cuenta, y amenazar con matarla si él intenta algo. No creo que se arriesgue a que ella sufra algún daño. Para cuando reaccione, será demasiado tarde. Ya nos habremos marchado, y ella vendrá con nosotros.

—¿Con qué vas a amenazarla? Nos han quitado los cuchillos.

Balderan sonrió y se desató el cordón de cuero que le ceñía la camisa.

—Con esto —dijo, y extrajo el cordón de los ojales—. Le pondré esto alrededor del cuello.

—¿Y si el plan no sale bien? —preguntó otro hombre.

—No estaremos en peor situación que ahora. No tenemos nada que perder.

Al día siguiente llegó otra de las cavernas de la región, y por la noche dos más. La Primera fue a ver a Ayla al otro día por la mañana. Jondalar salió fuera para dejarlas hablar en privado.

—Tendremos que pensar qué hacer con esos hombres.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Ayla—. No vivimos aquí.

—Pero los has cogido tú. Estás involucrada, te guste o no. Es posible que la

Madre quiera que sea así —explicó la Primera.

Ayla la miró con expresión de escepticismo.

—Bueno, tal vez no la Madre, pero la gente de aquí sí quiere que te involucres. Y yo estoy de acuerdo. Además, tenemos que hablar con ellos de tu visita al Lugar Sagrado. Esa cueva te impresionará. Ya la he visto una vez y pienso volver a verla. Hay unos cuantos tramos difíciles, pero ya no tendré otra oportunidad, y no voy a perdérmela —dijo la Primera.

Eso intrigó a Ayla, y despertó su curiosidad. Parecía que con tanto caminar durante ese viaje, la mujer había mejorado de salud, pero aún tenía problemas y necesitaba ayuda cuando el terreno era escabroso. A pesar de las caminatas, seguía siendo una mujer de proporciones más que generosas. Acarreaba su peso con elegancia y aplomo, y en cierto modo su enorme humanidad la volvía más majestuosa, pero dificultaba su movimiento en lugares estrechos donde costaba mantener el equilibrio.

—Tienes razón, Zelandoni, pero no quiero tomar decisiones con respecto a ellos. No creo que me corresponda a mí —dijo Ayla.

—No tienes que tomar ninguna decisión. Todos sabemos qué ha hecho Balderan. Hay que matarlo. Si no, matará a más personas. La cuestión es: ¿quién lo hará y cómo? Para la mayoría de la gente no es fácil matar a alguien deliberadamente. No debe serlo. No está bien que una persona mate a otra persona. Por eso sabemos que hay en él algún grave defecto, porque no es consciente, y por eso me alegro de que se reúnan todas estas cavernas. Ha de ser algo en lo que todas participen. No quiero decir que todos deban matarlo, pero sí tienen que asumir la responsabilidad. Y todos deben saber que eso es lo correcto en este caso en particular. No se debe matar a una persona en un arrebatado de ira, o por venganza. Hay otras maneras de resolver esas cosas. En su caso, no hay ninguna otra solución —declaró la Primera—, pero ¿cuál es la mejor manera de hacerlo?

Las dos permanecieron en silencio hasta que Ayla dijo:

—Hay plantas...

—Yo iba a decir setas —la interrumpió la Primera—. Podría dárseles ciertas setas en la comida.

—Pero ¿y si se dan cuenta y deciden no comerlas? Todo el mundo sabe que existen setas venenosas. Es muy fácil distinguirlas y evitarlas —dijo Ayla.

—Es cierto, y aunque Balderan no esté bien de la cabeza, no es tonto. ¿En qué plantas pensabas?

—He visto por aquí dos plantas que conozco. Una se llama berula. Crece en el agua —explicó Ayla.

—Es comestible —dijo la Zelandoni—, sobre todo las raíces, cuando son jóvenes y tiernas.

—Sí, pero hay otra planta que se parece mucho y es mortalmente venenosa — prosiguió Ayla—. Sé cómo se llama en mamutoi. Ignoro el nombre en zelandonii, pero la conozco.

—Ya sé a cuál te refieres. Es la cicuta —dijo la Primera—. Nosotros la llamamos así. Crece en el agua. Podría prepararse la misma comida para todo el campamento, y nosotros comeremos berula, mientras que a Balderan y sus hombres se les dará cicuta. —Calló por un momento y luego añadió—: He pensado que también se les podría servir setas, setas comestibles. A lo mejor piensan que son venenosas y las evitan, y quizá así no se fijen en las raíces, porque dará la impresión de que todo el mundo está comiéndolas.

—Eso mismo he pensado yo, a menos que a alguien se le ocurra un sistema mejor —dijo Ayla.

La mujer se detuvo a reflexionar otra vez y luego asintió.

—Bien, ya tenemos un plan. Siempre es bueno tener un plan, adelantarse a las circunstancias, si es posible —comentó la Zelandoni Que Era la Primera.

Cuando las dos mujeres salieron de la tienda, no había nadie fuera. El resto del grupo de viajeros había ido a ver qué ocurría en la Reunión de Verano improvisada, y a ayudar en la preparación de las comidas o cualquier otra tarea pendiente. Sólo que aquello no era una feliz reunión de parientes, amigos y vecinos; era un encuentro para juzgar crímenes muy graves.

Llegaba más gente, y el prado al pie de las paredes rocosas empezaba a llenarse. Pero la mayor sorpresa se produjo a última hora de la tarde. Ayla y la Primera se hallaban en el alojamiento de los zelandoni cuando Jonayla irrumpió corriendo en medio de la reunión.

—¡Madre, madre! —exclamó la niña—. Kimeran me ha pedido que viniera a decírtelo.

—¿A decirme qué, Jonayla? —preguntó Ayla con voz severa.

—Ha venido la familia de Beladora. Y los acompaña una persona muy rara.

—¿La familia de Beladora? Ni siquiera son zelandonii; son giornadonii. Viven muy lejos. ¿Cómo pueden haber llegado en sólo uno o dos días? —preguntó Ayla. Se volvió hacia los demás—. Creo que tengo que irme.

—Y yo debería ir contigo —dijo la Primera—. Disculpádnos, por favor.

—No viven tan lejos —señaló la Zelandoni Primera, acompañándolas a la salida—, y vienen a menudo. Al menos una vez cada dos años. Son tan zelandonii como giornadonii, pero no creo que hayan venido por los mensajeros que se enviaron. Probablemente tenían la intención de visitarnos de todos modos. Han debido de sorprenderse tanto de ver a su pariente como ella de verlos a ellos.

Kimeran estaba ante la entrada y había oído a la Zelandoni Primera.

—Eso no es del todo así —corrigió—. Fueron a la Reunión de Verano de los giornadonii, y luego decidieron acudir a vuestra Reunión de Verano, y ya tenían pensado venir aquí después. Estaban en el campamento de la Reunión de Verano cuando llegó el mensajero, y por él se enteraron de que estábamos aquí, además, por supuesto, de lo de Balderan. ¿Sabíais que también estuvo acosando a algunas cavernas de giornadonii? ¿Es que hay alguien a quien ese hombre no haya hecho daño y con quien no se haya enemistado?

—Pronto se celebrará una reunión para tratar eso —dijo la Zelandoni Primera—. Debemos tomar algún tipo de decisión sin tardanza. —Como si acabara de acordarse, añadió—: ¿Has dicho que los acompañaba una persona muy rara?

—Sí, pero ya la verás por ti misma.

Ayla y la Primera fueron presentadas a los parientes de Beladora formalmente. A continuación, la Primera les preguntó si ya habían plantado el campamento.

—No, acabamos de llegar —contestó la mujer que, según les dijeron, era la madre de Beladora, Ginedora. Incluso sin que se la presentaran, habría saltado a la vista: era una versión de mayor edad y un tanto más regordeta de la mujer a quien conocían.

—Es posible que haya espacio al lado de nuestro campamento —señaló la Primera—. ¿Por qué no vais a ocuparlo antes de que lo hagan otros?

Cuando llegaron al campamento, se hicieron más presentaciones formales y al principio hubo cierta vacilación ante los animales, pero de pronto Ginedora vio a un niño que, por su aspecto, bien podía haber sido hijo suyo. Miró a Beladora con expresión inquisitiva. Esta cogió a su hijo de la mano, y luego a su hija rubia de ojos azules.

—¿Has tenido dos nacidos juntos? ¿Los dos son tuyos? ¿Y los dos sanos? —preguntó. Beladora asintió—. ¡Qué maravilla!

—Este es Gioneran —dijo la joven madre, levantando la mano del niño de cinco años con el pelo castaño oscuro y ojos de color castaño verdoso como su madre.

—Será alto, como Kimeran —señaló Ginedora.

—Y esta es Ginedela —dijo Beladora, levantando la mano de su hija rubia.

—Tiene el pelo y la tez de Kimeran, y es preciosa —comentó la mujer—. ¿Son tímidos? ¿Querrán acercarse y abrazarme?

—Id a saludar a vuestra abuela. Hemos recorrido un camino muy largo para verla —dijo Beladora, instándolos a que se acercaran.

Ginedora se arrodilló y alargó los brazos. Tenía los ojos anegados en lágrimas y brillantes. Un poco a regañadientes, los niños la abrazaron brevemente. Ginedora cogió a cada uno con un brazo mientras una lágrima resbalaba por su mejilla.

—No sabía que tenía nietos. Eso es lo malo de que vivas tan lejos —dijo Ginedora—. ¿Cuánto tiempo te quedarás aquí?

—Todavía no lo sabemos —contestó Beladora.

—¿Vendrás a nuestra caverna? —preguntó Ginedora.

—Esa era nuestra intención —respondió.

—Tienes que venir, y no sólo a pasar unos días. Has hecho un largo viaje; vuelve con nosotros y quédate un año —propuso su madre.

—Tendríamos que pensarlo —dijo Beladora—. Kimeran es el jefe de nuestra caverna. Le sería difícil ausentarse todo un año. —Cuando vio las lágrimas asomar a los ojos de su madre, añadió—: Pero nos lo pensaremos.

Ayla miró a los demás mientras empezaban a plantar el campamento. Reparó en un hombre que llevaba a hombros a una persona; en ese momento se inclinó y la ayudó a bajarse. Al principio Ayla pensó que era un niño, pero lo miró con más atención. Era un ser menudo, pero de forma extraña, con las piernas y los brazos demasiado cortos. Tocó con la mano a la Primera y se lo señaló con la barbilla.

La mujer corpulenta se volvió hacia él, y lo observó detenidamente. Entendió por qué Ayla le había señalado a ese individuo. Nunca había visto a alguien tan pequeño, pero había oído hablar de la existencia de esa clase de personas.

—Con razón la madre de Beladora parecía tan aliviada al ver que los hijos de su hija, dos nacidos al mismo tiempo, son normales. Esa persona es un accidente de la naturaleza. Al igual que hay árboles enanos cuyo crecimiento se detiene, creo que eso es un hombre enano —comentó la Zelandoni.

—Me gustaría conocerlo para aprender más, pero no quiero aparentar más interés del debido. Eso sería como si lo mirara fijamente, y creo que esa persona ya es blanco de miradas más que suficientes —dijo Ayla.

Capítulo 26

Ayla se había levantado muy temprano y había cogido las alforjas de Whinney y los cestos de recolección. Dijo a Jondalar que se iba a buscar verduras y raíces, y cualquier otra cosa que encontrara para el banquete de esa noche, pero se la veía alterada e incómoda.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó él.

—No. —Fue una respuesta brusca y cortante, pero enseguida intentó suavizarla—. Contaba con que te quedaras con Jonayla. Esta mañana Beladora quiere llevar a sus hijos a pasar un rato con su madre. También irán Jondecam y Levela, ellos con Jonlevan, porque son todos parientes. No sé qué hará Kimeran, pero es posible que se reúna con ellos más tarde. Jonayla es como si fuera de la familia, pero en realidad sólo es una amiga y tal vez se sienta excluida porque no podrá jugar con sus amigos como otras veces. He pensado que quizá esta mañana podríais coger a Corredor y Gris e ir a montar.

—Buena idea. Hace tiempo que no montamos. A los caballos les sentará bien el ejercicio —convino Jondalar. Ayla le sonrió y se rozaron las mejillas. Sin embargo ella tenía aún el entrecejo fruncido. Se la notaba disgustada.

Apenas había clareado cuando Ayla se puso en marcha a lomos de Whinney y llamó a Lobo con un silbido. Recorrió la orilla del río examinando la vegetación. Sabía que las plantas que buscaba crecían cerca del lugar donde habían acampado antes, pero esperaba no tener que ir tan lejos. Pasó ante el refugio ocupado por la Tercera Caverna; no había nadie. Todo el mundo había ido a la reunión improvisada en la Primera Caverna. Se preguntó cómo estaría Amelana, y si daría a luz antes de que ellos se marcharan; «podía ponerse de parto en cualquier momento», pensó, y deseó con fervor que fuera un bebé normal, sano y feliz.

No encontró lo que buscaba hasta llegar cerca del lugar de acampada anterior. El agua remansada donde el río se ensanchaba hasta formar casi un lago constituía el hábitat idóneo tanto para la cicuta como para la berula. Detuvo el caballo y descabalgó ágilmente. Lobo, feliz de tenerla sólo para él, andaba un poco retozón, pero como Ayla no estaba de humor para juegos, se dedicó a explorar los interesantes olores procedentes de los pequeños agujeros y los montículos.

Ayla llevaba encima su cuchillo, bien afilado, y un palo de cavar, y primero cogió unas matas de berula. Luego, empleando una herramienta nueva que había diseñado exclusivamente con ese fin, desenterró varias raíces y plantas de cicuta. Las envolvió con largos tallos de hierba y las puso en un cesto aparte, que también había confeccionado expresamente para esas plantas. Lo dejó en el suelo mientras metía la berula en las alforjas de Whinney y después ató el cesto encima. A continuación llamó a Lobo con un silbido e inició el camino de regreso río arriba; no tenía ninguna

prisa por volver. Cuando llegó a un lugar donde las aguas discurrían claras y cristalinas, se detuvo a llenar su odre. Reparó entonces en el lecho seco de un afluente estacional que bajaría impetuoso cuando llegaran las lluvias, y sus cantos rodados lisos eran perfectos. Eligió varios meticulosamente a fin de rellenar la bolsa de piedras para su honda.

Cerca había un pinar, y allí vio, al pie de unos árboles, bultos cubiertos de pinaza y ramitas, que procedió a retirar. Debajo descubrió una colonia de setas de color beige rosáceo. Buscó en los alrededores y encontró más, hasta reunir una buena cantidad de hongos de pino. Esas eran unas setas deliciosas, de carne blanquecina y firme, con un olor y un sabor agradables, un poco picantes, pero no todo el mundo las conocía. Llenó otro cesto de recolección. Después montó en Whinney, llamó a Lobo y regresó, cabalgando al galope parte del camino. Cuando llegó, la gente preparaba la comida de la mañana o ya había empezado a comer. Cargada con dos de los cestos, fue directa al pabellón de los zelandonia. Sólo estaban allí las dos «Primeras».

—¿Has encontrado lo que buscabas? —preguntó La Que Era la Primera.

—Sí —contestó Ayla—. Aquí hay unos hongos de pino, de sabor un poco peculiar que a mí me gustan mucho. —Luego, enseñando el cesto de cicuta, añadió —: Esto no lo he probado nunca.

—Y bien que has hecho. Espero que no lo pruebes nunca —dijo la mujer corpulenta.

—Fuera, en la alforja de Whinney, hay mucha berula. He puesto especial cuidado en no mezclarlas —informó Ayla.

—Se la daré a los que están cocinando —dijo la Zelandoni Primera, más alta y delgada—. Si no se cuecen bien, pueden ser incomedibles. —Se detuvo a examinar a Ayla—. Esto te violenta, ¿verdad?

—Sí. Nunca he cogido ninguna planta sabiendo que es dañina, y menos para dársela a una persona, para matarla —respondió Ayla.

—Pero eres consciente de que si se permite vivir a esa persona, causará más daño.

—Sí, lo sé, pero no por eso me siento mejor.

—Ni tienes por qué sentirte mejor —señaló la Primera—. Estás ayudando a tu gente y asumiendo la carga. Es un sacrificio, pero a veces esa es la función de una Zelandoni.

—Me aseguraré de que se dan a quien debe comerlas —dijo la Zelandoni Primera—. Ese es mi sacrificio. Esta es mi gente, y él ya les ha perjudicado bastante.

—¿Y qué hay de los otros hombres? —preguntó la Primera.

—Uno de ellos, Gahaynar, ha preguntado si puede hacer algo para reparar los daños. Dice que está muy arrepentido —contestó la Zelandoni Primera—. No sé si sólo pretende librarse del castigo que sabe que le espera o si es sincero. Creo que dejaré la decisión en manos de la Madre. Si no come la raíz y vive, quedará en

libertad. Por si acaso Balderan no la come y vive, ya he hablado con varias personas a quienes ha causado daño personalmente y están deseosas de hacérselas pagar. Casi todas han perdido a miembros de su familia o han sido agredidos ellas mismas. Si es necesario, se lo entregaré a esa gente, pero preferiría esta otra solución más sutil.

Cuando la Zelandoni Primera hizo ademán de coger el cesto de cicuta, vio deslizarse algo por debajo. Se apresuró a levantar el cesto y apartarlo, dejando a la vista una serpiente, una serpiente extraordinaria.

—¡Mirad! —exclamó la mujer.

Ayla y la Primera se volvieron y, atónitas, contuvieron la respiración. Era una serpiente pequeña, seguramente muy joven, y por las franjas rojas en el cuerpo se sabía que no era venenosa, pero cerca de la parte delantera las franjas se bifurcaban en forma de «Y». ¡La serpiente tenía dos cabezas! Sacaba y metía las dos lenguas en sendas bocas, saboreando el aire, y de pronto empezó a moverse, pero el movimiento era un poco errático, como si no supiera muy bien hacia dónde ir.

—Rápido, coge algo para atraparla antes de que escape —ordenó la Primera.

Ayla encontró un pequeño cuenco de mimbre impermeable.

—¿Se puede usar esto? —preguntó a la Zelandoni Primera.

—Sí, ese servirá —respondió la mujer.

Justo cuando Ayla se acercaba a la serpiente, esta hizo amago de escaparse, pero Ayla, poniendo el cesto boca abajo, la cubrió con él. El propio animal metió la cola bajo el cesto cuando Ayla apretó con fuerza para que no pudiera escabullirse bajo el borde.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó la Zelandoni Primera.

—¿Tienes algo plano que pueda pasar por debajo? —dijo Ayla.

—No lo sé. Tal vez una pala con la hoja alisada. ¿Eso serviría? ¿Como esta? —Cogió una pala empleada para sacar la ceniza del hogar.

—Sí, eso es perfecto —respondió Ayla. Cogió la pala y colocó la parte plana debajo del cesto; luego levantó a la vez lo uno y lo otro y le dio la vuelta—. ¿Este cuenco tiene tapa? ¿Y hay por ahí algún cordel para atarla?

La Zelandoni Primera encontró un pequeño plato poco profundo y se lo entregó a Ayla, que dejó el cuenco con la serpiente en el suelo y, tras retirar la pala, lo tapó con el plato, que luego ató. Las tres mujeres se marcharon juntas a por la comida de la mañana.

Si bien habían previsto celebrar la reunión cuando el sol alcanzara su cenit, la gente había empezado a congregarse en la pendiente antes de hora a fin de encontrar sitio para sentarse o quedarse de pie a una altura que les permitiera ver y oír bien. Aunque todos sabían que un asunto serio los había llevado hasta allí, se respiraba un ambiente de celebración y festejo, porque el hecho de estar juntos los predisponía a la cordialidad, sobre todo porque el encuentro no había sido planeado. Y porque la

gente se alegraba de que hubieran atrapado al brutal malhechor.

Para cuando el sol estaba ya en lo alto, la zona de reunión se hallaba llena a rebosar. La Zelandoni inició la sesión dando la bienvenida a la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra y al resto de los visitantes. Explicó que la Primera acompañaba en su Gira de la Donier a su acólita, y a su antiguo acólito, que ahora era Zelandoni, y pasaba por allí para visitar el Lugar Sagrado Más Antiguo. También mencionó que la acólita de la Primera y su compañero habían capturado a Balderan y tres de sus hombres cuando intentaron atacarla. Ante esta información, un murmullo se elevó de entre el público.

—Ese es el principal motivo por el que hemos convocado esta reunión. Balderan ha causado dolor y sufrimiento a muchos de vosotros durante años. Pero ahora que lo hemos atrapado, debemos decidir qué hacer con él. Sea cual sea el castigo que le impongamos, debe parecernos correcto a todos —dijo la Zelandoni Primera.

—Hay que matarlo —musitó alguien entre el público, pero en voz lo bastante alta para que lo oyeran todos, incluidos los zelandonia.

—Es posible que ese sea el castigo correcto —contestó La Que Era la Primera—. Pero ¿quién lo hará y cómo? Si esto no se maneja bien, podría traer muy mala suerte, traérnosla a todos nosotros. La Madre es tajante en su prohibición de matar a seres humanos, salvo en circunstancias extraordinarias. En el intento de encontrar una solución con respecto a Balderan, no queremos convertirnos en lo mismo que él.

—¿Cómo lo cogió? —quiso saber alguien.

—Eso pregúntaselo a ella —contestó la Primera, volviéndose hacia Ayla.

Esas situaciones siempre la ponían nerviosa, pero respiró hondo y contestó:

—He cazado desde muy joven, y el primer arma que aprendí a usar es la honda —explicó. Su acento sorprendió a quienes no la habían oído hablar antes. No era habitual que una forastera formara parte de la zelandonia y tuvo que esperar a que la gente callara antes de seguir—. Ahora ya lo sabéis, no soy zelandonii de nacimiento —dijo con una sonrisa.

Su comentario provocó breves carcajadas entre el público.

—Me crié en el este, muy lejos de aquí, y conocí a Jondalar durante su viaje —continuó. La gente empezó a acomodarse, preparándose para escuchar lo que prometía ser una buena historia—. Cuando Balderan y sus hombres me vieron, yo había ido a buscar intimidad tras unos árboles. Al erguirme para subirme los calzones, descubrí que me miraban fijamente. Su grosería me enfureció, y así se lo dije. Pero no sirvió de nada. —Eso provocó más risas entre el grupo—. Suelo llevar la honda colgada del cuello; es una manera fácil de tenerla siempre a mano. Cuando Balderan vino hacia mí, no entendí, creo, que lo que yo desenrollaba era un arma.

Se descolgó la honda mientras hablaba, metió la mano en la bolsa y sacó dos de las piedras que había cogido en el lecho seco del río cerca de su anterior

campamento. Juntó los dos extremos de la honda y colocó una piedra en el centro de la tira de cuero, donde se había formado una concavidad por el uso. Previamente había elegido ya un blanco: una liebre con su pelaje marrón estival, sentada junto a una roca cerca de su madriguera. En el último momento también divisó un par de patos reales que levantaban el vuelo desde sus nidos a corta distancia del río. Con movimientos rápidos y ágiles, lanzó la primera piedra, y de inmediato una segunda.

La gente manifestó su sorpresa.

—¿Habéis visto?

—¡Ha abatido al pato en pleno vuelo!

—¡También ha matado una liebre!

Ante semejante demostración, todos se formaron una idea de la destreza de Ayla.

—Yo no quería matar a Balderan —dijo Ayla.

—Pero podría haberlo hecho —intervino Jondalar, lo que provocó más murmullos.

—Como sólo quería detenerlo, apunté al muslo. Imagino que debe de tener aún una buena magulladura que da fe de ello. Al otro hombre lo alcancé en el brazo. — Llamó con un silbido a Lobo, que acudió de inmediato. También eso causó una avalancha de comentarios entre los allí reunidos—. Al principio Balderan y los otros no vieron a Lobo. Este lobo es amigo mío y hace todo lo que yo le pido. Cuando un tercer hombre intentó huir, ordené a Lobo que lo detuviera. No lo atacó ni intentó matarlo; lo mordió en el tobillo, y el hombre tropezó. Entonces apareció Jondalar de detrás de los árboles con su lanzavenablos.

»Mientras traíamos a los hombres hacia aquí, Balderan intentó huir. Jondalar le disparó con el lanzavenablos, y Balderan, al notar que el dardo le pasaba rozando la oreja, se detuvo —explicó Ayla—. Jondalar tiene muy buena puntería con el lanzavenablos.

Se produjeron más risas.

—Ya te dije que tenían todas las de perder —comentó Willamar a Demoryn, que estaba a su lado. Se turnaban para vigilar a Balderan y los otros hombres, que también oían todo lo que se decía.

—Cuando vi cómo se portaban esos hombres conmigo, pensé que debían de ser alborotadores. Por eso los traje, a pesar de que no querían venir. Pero sólo cuando llegamos a la Tercera Caverna de los Guardianes comprendimos la magnitud de los trastornos que habían causado a lo largo de los años —continuó Ayla. Calló por un momento, bajando la mirada. Era evidente que tenía algo más que decir—. Soy sanadora, curandera, y he ayudado a muchas mujeres a dar a luz. Por suerte, la mayoría de los hijos de la Madre nacen perfectamente sanos, pero algunos no. He visto varios casos. Normalmente, si el problema es grave, no sobreviven. La Madre se los lleva de vuelta porque sólo Ella puede repararlos, pero algunos poseen una fuerte

voluntad de vivir. Incluso con problemas serios, sobreviven, y a menudo aportan muchas cosas a los demás.

»A mí me crio un hombre que era un gran Mog-ur, como se llama en el clan a los zelandonia. Sólo podía usar un brazo y cojeaba, por un defecto de nacimiento; además era tuerto, y el brazo débil le quedó aún peor cuando un Oso Cavernario lo eligió y se convirtió en su tótem. Era un hombre muy sabio que servía a los suyos, y todos lo respetaban mucho. No muy lejos de nuestra caverna vive un joven que nació también con un brazo deforme. Su madre temía que nunca pudiera cazar, y quizá no llegara a ser un auténtico hombre, pero aprendió a usar el lanzavenablos con el brazo ileso, llegó a ser un buen cazador y se ganó el respeto de la gente. Ahora tiene a una excelente mujer como compañera.

»Cuando nace un niño muerto, o cuando abandona este mundo para caminar por el otro poco después de nacer, es porque una persona que no nace bien sólo puede ser reparada volviendo con la Madre, y por eso Ella se la lleva. Aunque es mucho más fácil decirlo que hacerlo, no debería lamentarse la pérdida de esos niños: la Madre se los ha llevado para repararlos.

Ayla metió la mano en un morral que llevaba al hombro y extrajo un pequeño cuenco con una tapa. Lo abrió y sacó la serpiente de dos cabezas. Se oyeron exclamaciones de asombro.

—Algunas cosas no están bien cuando nacen, y salta a la vista. —Mientras enseñaba la criatura, esta metía y sacaba las dos lenguas de ambas cabezas—. Esta serpiente sólo podrá ser reparada si es devuelta a la Madre. A veces eso es lo que hay que hacer.

»Pero a veces hay quien nace mal, y su problema no es tan obvio. Esas personas, al verlas, parecen normales, pero no están bien por dentro. Al igual que esta pequeña serpiente, sólo pueden ser reparadas devolviéndolas a la Madre. Ella es la única que puede arreglarlas.

Balderan y sus hombres escuchaban las palabras de Ayla.

—Vamos a tener que buscar nuestra oportunidad pronto, si queremos salir de aquí —musitó Balderan. No sentía el menor deseo de ser devuelto a la Madre. Por primera vez en su vida empezó a experimentar el mismo miedo que tan a menudo había infligido él a los demás.

—Creo que eso ha sido una manera muy acertada de plantear lo que debe hacerse —opinó la Zelandoni Primera mientras regresaba al pabellón de los zelandonia junto con la Primera, Ayla y Jonokol. Lobo seguía a Ayla dócilmente, como le había indicado ella con una seña. Quería que la gente supiese que si bien era un eficaz cazador cuadrúpedo, él, a diferencia de Balderan, no mataba indiscriminadamente—. Así la gente lo aceptará mejor si considera que lo está enviando a Balderan de vuelta a la Madre para enmendarlo. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—No lo sé —contestó Ayla—. Pero cuando vi al joven enano que llegó con la gente de Beladora, supe que ninguna medicina podía ayudarlo a crecer hasta alcanzar un tamaño normal, o al menos ninguna que yo conozca. Después, esa pequeña serpiente me ayudó a comprender que hay ciertas cosas que la Madre puede reparar, si no en este mundo, sí quizá en el otro.

—¿Te han presentado ya a ese joven? —preguntó la Zelandoni Primera.

—No, todavía no.

—A mí tampoco —dijo la Primera.

—Pues vayamos a conocerlo.

Las tres mujeres y el hombre se dirigieron hacia el campamento de los giornadonii. De camino pasaron por el de la Novena Caverna para recoger a Jondalar, Jonayla y Willamar, casualmente los únicos que estaban allí. Beladora y Kimeran se hallaban ya en el campamento de los giornadonii con sus hijos. Ayla se preguntó si la madre de Beladora lograría convencerlos para que volvieran con ellos y se quedaran un año. No la culpaba por intentarlo. La mujer deseaba conocer a sus nietos, pero Kimeran era el jefe de la Segunda Caverna.

Los amigos se saludaron rozándose las mejillas y a continuación procedieron a una serie de presentaciones formales con la madre de Beladora, la jefa de la caverna, y unos cuantos más. Al final el joven se acercó.

—Deseaba conocerte —dijo a Ayla—. Me ha gustado lo que has dicho sobre la serpiente y algunas de las personas que conoces.

—Me alegro —respondió Ayla, y se inclinó y le cogió las dos manos, pequeñas y de una forma peculiar. También tenía las piernas y los brazos muy cortos. Su cabeza parecía casi demasiado grande para él—. Soy Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, emparejada con Jondalar, maestro tallador de pedernal de la Novena Caverna de los zelandonii, y madre de Jonayla, Bendecida por Doni, y soy acólita de la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra. Antes pertenecía al Campamento del León de los mamutoi, que viven al este, muy lejos. Me adoptó el Mamut, como Hija del Hogar del Mamut, Elegida por el espíritu del León Cavernario, Protegida por el Oso Cavernario, Amiga de los caballos, Whinney, Corredor y Gris, y del cazador cuadrúpedo, Lobo.

—Yo soy Romitolo, de la Sexta Caverna de los giornadonii —se presentó en zelandonii con un ligero acento. Hablaba fluidamente las dos lenguas—. Yo te saludo, Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii. Tienes muchos lazos inusuales. Quizá alguna vez puedas explicármelos. Pero antes me gustaría hacerte una pregunta.

—Por supuesto —dijo Ayla, advirtiendo que él no sintió la necesidad de recitar todos sus nombres y lazos. En realidad, era ya de por sí bastante singular, pensó. Parecía joven, y a la vez era difícil precisar su edad.

—¿Qué vas a hacer con esa pequeña serpiente? —preguntó Romitolo—. ¿Piensas

devolvérsela a la Madre?

—Me parece que no. Creo que la Madre se la llevará cuando lo considere oportuno.

—Tú ya tienes caballos y un lobo. ¿Podrías darme a mí la pequeña serpiente? Yo cuidaré de ella.

Ayla se detuvo a pensar por un momento.

—No sabía bien qué hacer con este animal —contestó por fin—, pero me parece una buena idea, si tu jefa no pone ningún inconveniente. Algunas personas tienen miedo a las serpientes, incluso a las que no son venenosas. Deberás averiguar qué come; quizá yo pueda ayudarte. —Metió la mano en el morral y sacó el cuenco tejido con la tapa bien atada. Se lo entregó a Romitolo. Lobo le rozaba la pierna y gimoteaba—. ¿Te gustaría conocer al lobo? No te hará daño. Cuando era cachorro, le cogió mucho cariño a un niño que tenía ciertos problemas. Creo que tú se lo recuerdas.

—¿Y dónde está ahora ese niño? —preguntó Romitolo.

—Rydag era muy débil. Ahora camina por el otro mundo —contestó Ayla.

—Yo estoy cada día más débil y creo que pronto caminaré por el otro mundo —dijo Romitolo—. Ahora lo veré como una manera de volver junto a la Madre.

Ella no le contradijo. Probablemente él conocía su cuerpo mejor que nadie.

—Soy curandera, y pude ayudar a Rydag a sentirse más a gusto. ¿Puedes precisar a qué te refieres cuando dices que te sientes mal? Quizá yo pueda ayudarte —ofreció Ayla.

—Tenemos un buen sanador y él probablemente ya ha hecho todo lo que puede hacerse. Me da medicinas para aliviar el dolor cuando las necesito. Creo que llegado el momento estaré listo para volver con la Gran Madre —dijo Romitolo, y cambió de tema—. ¿Cómo puedo conocer a tu lobo? ¿Qué tengo que hacer?

—Basta con que dejes que te huela, y tal vez que te lama la mano. Puedes tocarlo, si quieres, y acariciarle el pelo. Es muy dócil cuando yo se lo pido. Adora a los niños —explicó Ayla, y añadió—: ¿Has visto la angarilla en la que viaja La Que Es la Primera? Si te apetece montar en ella y dejarte llevar de aquí para allá por un caballo, estaré encantada de acompañarte a donde quieras ir.

—Y si necesitas que alguien cargue contigo —añadió Jondalar—, tengo unos hombros fuertes y ya he llevado así a otras personas.

—Os agradezco a ambos vuestros ofrecimientos, pero debo deciros que me canso si voy mucho de visita. Antes me encantaba. Ahora, incluso si alguien me lleva auestas, me resulta pesado. Estuve a punto de no hacer este viaje, pero si no hubiese venido, no se habría quedado nadie para ayudarme, y no me valgo solo. Aunque sí me gusta cuando la gente me visita a mí.

—¿Sabes cuántos años cuentas? —preguntó La Que Era la Primera.

—Unos catorce —respondió—. Llegué a la virilidad hace dos veranos, pero desde entonces las cosas han ido a peor.

La Primera asintió.

—Cuando un niño llega a la virilidad, su cuerpo quiere crecer —señaló.

—Y el mío no sabe cómo crecer debidamente —contestó Romitolo.

—Pero sí sabes pensar, y eso es algo que no todo el mundo puede decir —afirmó la Primera—. Espero que vivas muchos más años. Creo que tienes grandes cosas que ofrecer.

Las tres mujeres de la zelandonia se reunieron un rato después esa misma tarde en el campamento de los viajeros. Había demasiado bullicio en el amplio espacio de reunión. Lo que había empezado como un encuentro entre los zelandonia de la zona era ahora una Reunión de Verano improvisada, y quienes estaban preparando comidas habían invadido la parte techada del pabellón. A esa hora no había nadie más en el campamento, y la tienda para dormir de Ayla les sirvió como un lugar tranquilo para conversar. Aun así, hablaron en voz baja.

—¿Habría que administrar la cicuta esta noche, o deberíamos esperar a mañana por la noche? —preguntó la Primera.

—No veo necesidad de esperar. Creo que debemos acabar con esto lo antes posible —dijo la Zelandoni Primera—, y hay que cocer la berula fresca, aunque se conserva un tiempo. Tengo una ayudante, no exactamente una acólita, aunque colabora a menudo conmigo. Le pediré que prepare las raíces de cicuta.

—¿Le dirás qué son y para quién? —preguntó la Primera.

—Claro. Sería peligroso para ella no saber qué está guisando exactamente y para qué.

—¿Quieres que yo haga algo? —preguntó Ayla.

—Tú ya has cumplido con tu parte —respondió la Primera—. Para empezar, has cogido las plantas.

—Entonces me iré a buscar a Jondalar. No lo he visto en todo el día —dijo Ayla—. ¿Cuándo visitaremos el Lugar Sagrado?

—Creo que será mejor esperar unos días, hasta que esté resuelto este asunto de Balderan —respondió la Zelandoni Primera.

Balderan y sus hombres habían estado observando a Ayla y Jondalar, y también al lobo, muy atentamente, aunque con disimulo. Empezaba a oscurecer y se acercaba la hora en que se serviría la comida de la noche. Si bien no se consideraba oficialmente un banquete, sería un ágape comunal al que todos aportarían algo, de modo que daba la sensación de ser una celebración importante.

Ayla y Jondalar no sabían muy bien dónde tenían retenidos a los hombres, ya que el sitio cambiaba en función de quiénes los vigilaban. Absortos en su conversación, casi tropezaron con Balderan y sus hombres.

Balderan echó un rápido vistazo y vio que el lobo no los acompañaba. Los hombres que supuestamente los vigilaban también parecían distraídos.

—¡Hagámoslo ahora! —ordenó.

De pronto Balderan se abalanzó sobre Ayla, la agarró y al cabo de un instante le había rodeado el cuello con una correa de cuero.

—¡Apártate, o ella morirá! —exclamó Balderan a la vez que tensaba la correa. Ayla jadeó, intentando respirar.

Los demás hombres se habían armado ya con piedras que amenazaban con lanzar o utilizar para golpearla a ella o a quienquiera que los siguiese. Hacía tiempo que Balderan aguardaba ese instante. Lo tenía planeado todo en su cabeza, y ahora que se había apoderado de Ayla, sentía satisfacción. Iba a matarla, quizá no de inmediato, pero le proporcionaría un gran placer. Imaginaba cómo reaccionaría el gran «gigante bondadoso».

Pero Balderan no sabía que Jondalar había cultivado esa calma y esa actitud contenida como parte de su necesidad para controlarse en todo momento. En otro tiempo se había dejado arrastrar por el mal genio y sabía de qué era capaz.

Lo primero que acudió a la cabeza de Jondalar fue «¡Cómo se atreve alguien a hacer daño a Ayla!». Esta vez no fue un ataque de mal genio, sino una reacción.

En un abrir y cerrar de ojos, antes de que a ninguno de los hombres se le ocurriera siquiera moverse, Jondalar dio dos largas zancadas y se situó detrás de Balderan. Se inclinó hacia él, le agarró las dos muñecas y lo obligó a apartar las manos de Ayla, casi partiéndole los brazos. Acto seguido, soltándole un brazo, le dio media vuelta y le golpeó en pleno rostro con el puño. Estaba a punto de golpearle de nuevo, pero el hombre se desplomó, aturdido, manándole ya la sangre de la nariz rota.

Balderan se había equivocado por completo al juzgar a Jondalar. No sólo era enorme, sino que además era fuerte y tenía buenos reflejos, habituado como estaba a controlar un corcel brioso. Corredor no era un caballo domesticado; era un caballo adiestrado. Jondalar había vivido con él desde el día que nació y lo tenía bien enseñado, pero Corredor poseía aún todos los instintos naturales de un corcel de gran vigor y a veces caprichoso. Se requería una fuerza considerable para dominarlo, y gracias a eso Jondalar se mantenía en buena forma.

Balderan había doblado la correa de cuero que antes empleaba para atarse el jubón, y esta colgaba ahora del cuello de Ayla. Había dejado en su piel marcas de un rojo intenso, visible incluso al tenue resplandor de las fogatas, un poco alejadas de allí. Ya demasiado tarde, la gente corría en dirección a ellos. Había ocurrido todo muy deprisa. Varios zelandonia, incluida la Primera, acudieron a ayudar a Ayla, pero

ella intentaba tranquilizar a Lobo, y Jondalar no se apartaba de su lado.

Las personas con las que la Zelandoni Primera había hablado sobre lo que debía hacerse con Balderan estaban ahora reunidas en torno a él mientras yacía en el suelo. De pronto Aremina, la mujer que había sido violada y cuyo compañero él había asesinado, le asestó una patada. A continuación, la mujer que había perdido a su hija después de ser retenida y maltratada por él le dio también un puntapié. Después un hombre que había sufrido una brutal paliza a manos de aquellos hombres tras ver cómo violaban a su compañera y su hija, le lanzó un puñetazo al rostro, rompiéndole aún más la nariz. Los hombres de Balderan intentaban retroceder, pero estaban ya rodeados, y uno de ellos recibió un puñetazo en la cara.

Ya era imposible detener a la muchedumbre colérica. Todos los que habían padecido las atrocidades de Balderan y sus hombres se resarcieron, y más. La multitud se convirtió en turbamulta. Había ocurrido todo tan deprisa que al principio nadie supo qué hacer, pero finalmente intervinieron los zelandonia para impedirlo. Ayla, entre ellos, gritaba:

—¡Basta! ¡Basta ya! Estáis actuando como Balderan.

Pero la gente no podía detenerse. Afloró a la superficie toda su frustración, su sentimiento de impotencia y humillación.

Cuando la gente se serenó y miró alrededor, los cuatro hombres yacían desmadejados en el suelo, ensangrentados. Ayla se agachó junto a Balderan y vio que estaba muerto, como también otros dos. En total, habían muerto tres, y uno se aferraba a duras penas a la vida; era el que había preguntado cómo podía reparar el daño causado. El lobo, junto a Ayla, observaba la escena atentamente y emitía un gruñido gutural. Ayla se dio cuenta de que el animal no sabía qué hacer. Se sentó en el suelo y le rodeó el cuello con los brazos.

La Primera se acercó a ella.

—No es esto lo que yo esperaba —dijo—. No me había dado cuenta de que la rabia contenida era tan grande, pero debería haberlo imaginado.

—Balderan se lo ha buscado —dijo la Zelandoni Primera—. Si no hubiese atacado a Ayla, Jondalar no lo habría golpeado. Una vez abatido, la gente que había sufrido por su culpa no ha podido controlarse. Han visto que no era invencible. Parece que ya no vamos a necesitar la cicuta. Habrá que pensar en cómo deshacerse de ella debidamente.

Todo el mundo seguía tenso y sobreexcitado. Muchos tardaron un rato en tomar conciencia de lo ocurrido. Quienes habían participado empezaron a experimentar diversas emociones: algunos, vergüenza por lo que habían hecho; otros, alivio, pena, agitación, incluso euforia, al ver que Balderan por fin había recibido lo que merecía.

Levela se había quedado con Jonayla cuando Lobo salió corriendo de la tienda, pese a que quiso seguirlo. Ayla, al volver, tenía manchas de sangre, la sangre de

Balderan, y su hija se asustó. Le aseguró que no era sangre suya, sino de un hombre que se había hecho daño.

A la mañana siguiente, Jondalar fue a ver a las zelandonia que se hacían llamar la Primera para decirles que Ayla deseaba quedarse en su tienda a descansar ese día. Aún le dolía la garganta por el intento de estrangulamiento. Todos los zelandonia locales habían hablado de cómo ayudar a la gente, y de si debían convocar otra reunión, o aguardar a que cada cual acudiera a ellos.

Cuando Jondalar se alejaba, advirtió que la gente lo observaba, pero no le importó. Y no oyó los comentarios. Los hombres admiraban su fuerza y su velocidad, la rapidez de su reacción. Las mujeres lo admiraban a él sin más. Tener un hombre así, tan apuesto, tan presto a actuar en defensa de su mujer, ¿quién no querría un hombre así? Si los hubiese oído hablar, le habría traído sin cuidado. Él sólo deseaba llegar junto a su Ayla y asegurarse de que estaba bien y de que todo permanecía en orden.

Al cabo de un tiempo lo que se contaba una y otra vez era la historia del ataque de Balderan a Ayla y la rauda actuación de Jondalar en su defensa, no el tumulto resultante, que acabó con la muerte a golpes de tres hombres, y posiblemente de un cuarto, pese a que Gahaynar seguía aferrándose a la vida. Los zelandonia tuvieron que decidir cómo deshacerse de los cadáveres. Eso planteaba un dilema. No querían honrarlos de ninguna manera, así que no habría ceremonia, pero sí deseaban asegurarse de que sus espíritus regresaban junto a la Madre. Al final llevaron los cadáveres a las montañas y los dejaron en lo alto de un monte, expuestos a toda clase de carroñeros.

Los miembros de las cavernas cercanas se quedaron unos días más allí acampados y luego empezaron a irse poco a poco para reanudar sus rutinas una vez acabadas las emociones. Tendrían muchas historias que contar sobre los visitantes, La Que Era La Primera y su acólita, que controlaba a un lobo y tres caballos, y que les enseñó una serpiente de dos cabezas, y que los ayudó a librarse de Balderan. Pero las versiones de lo ocurrido a Balderan y su banda probablemente serían distintas según el papel desempeñado por cada cual en los sucesos.

Ayla estaba cada vez más inquieta e impaciente por marcharse. Decidió que ese era buen momento para acabar de secar la carne de bisonte: le proporcionaría algo que hacer. Con estacas y cuerdas, construyó un tendedero y encendió fogatas humeantes debajo y alrededor. La carne cruda atraía a los insectos, por ejemplo los mosquitos, que ponían en ella sus huevas, con lo que podía estropearse. El humo los ahuyentaba, y de paso daba sabor a la carne. A continuación empezó a cortar los trozos de bisonte en tiras uniformes. Levela no tardó en sumarse a la tarea, y poco después la siguieron Jondecam y Jondalar. Como Jonayla también quería ayudar,

Ayla le enseñó a cortar la carne y le asignó una sección del tendedero para poner a secar sus tiras. Willamar y sus dos ayudantes llegaron al campamento al mediodía, muy exaltados.

—Hemos pensado que al marcharnos de aquí estaría bien seguir el Gran Río hacia el sur hasta llegar al Mar del Sur —propuso Willamar—. Después de tan largo viaje, sería una lástima no verlo, y nos han dicho que esta es la mejor época para trocar conchas. Tienen muchas de las pequeñas y redondas, y también de esas otras alargadas tan bonitas que se llaman dentalium, y unas conchas de vieira preciosas, e incluso bígaros, según me han contado. Podríamos quedarnos con unas cuantas y trocar otras con la Quinta Caverna.

—¿Qué tenemos para ofrecerles a cambio de las conchas? —preguntó Jondalar.

—De eso quería hablar contigo. ¿Crees que podrías encontrar un buen pedernal y hacer unas cuantas hojas y puntas para cambiar por las conchas? Y quizá podríamos añadir parte de la carne que se está secando, ¿eh, Ayla?

—¿Cómo sabes que es la época de trueque y cómo conoces todas esas conchas? —preguntó Levela.

—Acaba de llegar un hombre del norte. Tenéis que conocerlo. También es comerciante, y trae unas tallas de marfil magníficas —respondió Willamar.

—Yo conocí a un hombre que tallaba el marfil —dijo Ayla con cierta nostalgia.

Jondalar aguzó el oído. Él conocía a ese tallador de marfil. Era un artista extraordinario, con mucho talento, y el hombre por quien había estado a punto de perder a Ayla. Aún se le formaba un nudo en la garganta al recordarlo.

—Me gustaría conocer a ese hombre y ver sus tallas, y no me importaría ver el Mar del Sur. Sin duda, encontraremos algo que trocar. ¿Qué más podríamos intercambiar? —preguntó Jondalar.

—Casi cualquier cosa que esté bien hecha o que sea útil, sobre todo si es poco corriente —contestó Willamar.

—Como los cestos de Ayla —propuso Levela.

—¿Por qué mis cestos? —preguntó Ayla, un poco sorprendida—. Son cestos muy sencillos, sin adornos siquiera.

—Por eso mismo. Parecen cestos sencillos, hasta que te fijas en ellos —contestó Levela—. Están muy bien hechos, son perfectamente herméticos y uniformes, y tienen una trama muy poco común. Los que son impermeables se conservan mucho tiempo, y los menos tupidos también duran una eternidad. Cualquiera que entienda de cestos se quedará con los tuyos antes que con otros más vistosos, pero no tan bien acabados. Incluso tus cestos desechables son demasiado buenos para desecharlos.

Ayla se sonrojó un poco ante tanto elogio.

—Sólo los hago tal y como me enseñaron —explicó—. No creía que tuvieran nada de especial.

Jondalar sonrió.

—Recuerdo la primera vez que estuvimos con los mamutoi. Se celebró una festividad en la que la gente intercambió regalos. Tulie y Nezzie se ofrecieron a darte cosas que tú a tu vez pudieras obsequiar, pero dijiste que ya tenías muchos posibles regalos que habías ido haciendo para mantenerte ocupada y querías volver a tu valle a buscarlos. Así que fuimos a por ellos. Creo que Tulie se sorprendió especialmente ante unos regalos tan hermosos y bien hechos. Y a Talut le encantó la túnica de bisonte que le obsequiaste. Haces cosas maravillosas, Ayla.

A esas alturas Ayla tenía ya el rostro como la grana y no sabía qué decir.

—Si no lo creéis, basta con que miréis a Jonayla —añadió Jondalar con una sonrisa.

—Eso no ha sido sólo obra mía. En Jonayla también hay mucho de ti —replicó Ayla.

—Eso espero —dijo Jondalar.

—No cabe duda de que la Madre usó tu espíritu para mezclarlo con el de Ayla —intervino Levela—. Eso se ve en los ojos de Jonayla. Son exactamente del mismo color que los tuyos, y ese tono de azul no es muy habitual.

—Todos de acuerdo, pues. Iremos al Mar del Sur en el camino de vuelta a casa —afirmó Willamar—. Y creo que deberías hacer esos cestos, Ayla. También puedes trocarlos por sal, no sólo por conchas.

—¿Cuándo vamos a conocer al hombre de las tallas? —preguntó Jondecam.

—Si este es un buen momento para hacer un alto y comer, podéis conocerlo ahora —respondió Willamar.

—Sólo me quedan unos trozos por cortar —dijo Levela.

—Podemos llevar un poco de carne de bisonte y asarla para nosotros o aportarla a la comida comunal —propuso Jondalar.

Cogió en brazos a Jonayla y se fueron todos con Willamar hacia el refugio de los zelandonia. Demoryn hablaba con un desconocido, y Amelana, obviamente embarazada y consciente de lo atractiva que estaba gracias a eso, le sonreía. Él le devolvía la sonrisa. Era bastante alto y fornido, con el cabello castaño y los ojos azules, un rostro cordial y agraciado, y Ayla percibió algo familiar en él.

—He traído al resto de nuestro grupo de viajeros —dijo Willamar, e inició las presentaciones. Cuando empezó con «Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii», el hombre pareció desconcertado al ver que Jondalar dejaba a Jonayla en el suelo para unir las manos con él—. Y esta es su compañera, Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, antes del Campamento del León de los mamutoi, Hija del Hogar del Mamut...

—Yo a ti te conozco —dijo el hombre—. O he oído hablar de ti. Soy Conardi, de los losadunai, y los dos estuvisteis con los losadunai hace unos años.

—Sí, estuvimos en la caverna de Laduni cuando regresábamos de nuestro viaje —respondió Jondalar con sincero entusiasmo. Aunque todos los que hacían un viaje por lo general se encontraban con mucha gente en el camino, rara vez volvían a verlos, ni a ellos ni a personas que los conocieran.

—Todos tuvimos noticia de vosotros en la siguiente Reunión de Verano. Causasteis sensación con los caballos y el lobo, recuerdo —comentó Conardi.

—Sí, los caballos están en nuestro campamento, y Lobo se ha ido a cazar —dijo Ayla.

—Y esta preciosidad debe de ser una incorporación a la familia. Se parece a ti —dijo Conardi al hombre alto y rubio con los ojos de un azul intenso. Parecía hablar zelandonii con pequeñas diferencias de construcción y un acento algo distinto, pero, como Ayla recordaba, sus lenguas eran muy parecidas. En realidad hablaba en zelandonii intercalando algunos rasgos del losadunai, su propia lengua.

—Dice Willamar que has traído tallas —señaló Jondalar.

—Sí. Aquí tengo unas muestras —contestó Conardi.

Desató una bolsa prendida de su cinturón, la abrió y echó unas cuantas figurillas de marfil de mamut en una bandeja vacía. Ayla cogió una. Era un mamut que llevaba dibujadas varias incisiones más de lo que era costumbre, y su sentido no quedaba claro, así que se lo preguntó.

—No lo sé —contestó él—, son todas así. Estas no las hicieron los antiguos, sino que imitan a las tallas de los antiguos, y son obra de jóvenes aprendices.

A continuación, Ayla cogió una figura esbelta y alargada, y al observarla con atención, vio que era un ave, algo así como un ganso volando en el aire. Pese a su sencillez, rebosaba vida. La siguiente figurilla parecía un león erguido sobre las patas traseras, o al menos la cabeza y la parte superior del cuerpo, así como las patas delanteras, eran felinas, mientras que las extremidades traseras eran humanas. Y en lo que habría sido el bajo vientre de un felino, si no hubiera estado erguido, se veía claramente un triángulo alargado con un vértice hacia abajo, el triángulo púbico, el símbolo inconfundible de la hembra. Aunque no presentaba pechos de aspecto humano, la figurilla era una mujer león.

La última figura era sin duda una mujer, pero no tenía cabeza, sino solo un orificio por el que pasar un cordel. Los pechos eran enormes y estaban situados muy arriba. Al final de los brazos se insinuaban unas manos con dedos. Tenía las caderas anchas y las nalgas grandes, con la línea que las separaba muy marcada hasta la parte delantera, que acababa en una representación tan exagerada de la vulva que el órgano femenino casi parecía vuelto del revés.

—Creo que esto lo ha hecho una mujer que ha pasado por un parto —comentó Ayla—. Hay momentos en que te sientes así, como si te partieras por la mitad.

—Puede que tengas razón, Ayla. Desde luego da la impresión de que los pechos

están colmados de leche —observó la Primera.

—¿Nos ofreces estas figurillas para trocarlas? —preguntó Willamar.

—No, estas son mías. Las llevo para que me den suerte, pero si queréis una o más, podrían tallarse —contestó Conardi.

—Yo que tú, llevaría unas cuantas de más en las misiones de comercio. Seguro que se trocarían bien —aconsejó Willamar—. ¿Eres maestro de comercio, Conardi? —Había advertido que el hombre no llevaba el tatuaje de comerciante.

—Me gusta viajar, y comercio un poco, pero no soy maestro de comercio —respondió Conardi—. Todo el mundo troca, pero esa ocupación no es nuestra especialidad.

—Si te gusta viajar, puedes especializarte en ello —sugirió Willamar—. Para eso preparo a mis aprendices. Puede que esta sea mi última misión comercial larga. Tengo una edad en la que viajar pierde su encanto. Me apetece ya quedarme en casa con mi compañera, sus hijos y sus nietos, como esa niña preciosa. —Señaló a Jonayla—. Algunos comerciantes se llevan a sus compañeras y sus familias consigo, pero la mía era jefa de la Novena Caverna, y no disponía de libertad para viajar. Así que siempre procuro llevarle algo especial. Por eso te preguntaba si trocabas estas tallas. Pero seguro que encontraré algo cuando vaya al Mar del Sur a por conchas. ¿Te gustaría viajar con nosotros?

—¿Cuándo os vais? —preguntó Conardi.

—Pronto, pero no antes de ver el Lugar Sagrado Más Antigo —respondió Willamar.

—Hacéis bien. Es una cueva hermosa, con unas pinturas extraordinarias, pero ya la he visto varias veces. Me adelantaré y les anunciaré vuestra visita —dijo Conardi.

Capítulo 27

La entrada de la cueva era bastante amplia pero no simétrica, y más ancha que alta. El lado derecho tenía mayor altura, y por encima de una parte de la sección izquierda, la más baja, una cornisa proporcionaba una zona resguardada de la lluvia y de la ocasional cascada de guijarros que se desprendían de la pared rocosa. Una pila de gravilla en forma de cono se había acumulado a la izquierda de la boca de la cueva, a causa de los desprendimientos que se habían producido más arriba, en la pared de roca, y que se habían ido amontonando sobre la cornisa y cayendo después sobre el cono, formándose un pedregal que seguía luego pendiente abajo.

Debido a la ancha abertura, la luz penetraba en la cueva hasta muy adentro. Ayla pensó que sería una buena zona de vivienda, pero obviamente no se empleaba como tal. Salvo por una fogata encendida en un rincón debajo de la cornisa ante una pequeña construcción para dormir, apenas se veía ninguno de los elementos a los que recurría la gente para disfrutar de una vida más cómoda. Cuando se acercaron, un Zelandoni salió de la construcción y los saludó.

—En nombre de la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida a Su Lugar Sagrado Más Antiguo, Primera Entre Quienes Le Sirven —dijo, tendiendo las dos manos.

—Yo te saludo, Guardianas de Su Lugar Sagrado Más Antiguo —respondió la Primera.

A continuación le tocó a Jonokol.

—Soy el Zelandoni de la Decimonovena Caverna de los zelandonii y te saludo, Guardianas de Su Lugar Sagrado Más Antiguo. Me han dicho que las imágenes de este Lugar Sagrado son asombrosas. Yo también creo imágenes, y es un honor para mí haber sido invitado a ver este emplazamiento —dijo.

La Guardianas sonrió.

—Así que eres un Zelandoni creador de imágenes —comentó—. Te sorprenderá un poco lo que verás en esta cueva, y es posible que aprecies su valor artístico más que la mayoría de las personas. Los Antiguos que trabajaron aquí eran muy diestros.

—¿Todas las imágenes que hay en esta cueva son obra de los Antiguos? —preguntó el Decimonoveno.

La Guardianas percibió el ruego tácito en la voz de Jonokol. Ya lo había oído antes en otros artistas que habían ido de visita. Deseaban saber si se les permitiría aportar algo a la obra, y ella ya sabía qué debía contestar.

—Casi todas, aunque sé que hay unas cuantas más recientes. Si consideras que estás a la altura de la tarea, y si te sientes impulsado a hacerlo, tienes plena libertad para dejar aquí tu huella. No imponemos restricciones a nadie. La Madre elige. Y tú sabrás si eres un elegido —respondió la Guardianas. Aunque muchos lo preguntaban, muy pocos se consideraban realmente a la altura para contribuir a la extraordinaria

obra del interior.

La siguiente fue Ayla.

—En nombre de la Gran Madre de Todos, yo te saludo, Guardianas del Lugar Sagrado Más Antiguo —dijo, tendiendo las dos manos—. Me llamo Ayla y soy acólita de la Primera Entre Quienes Sirven a la Gran Madre Tierra.

«Todavía no está lista para renunciar a su nombre», fue lo primero que pensó la Zelandoni. Enseguida cayó en la cuenta de que la joven tenía un acento extraño y supo que era la persona de la que le habían hablado. La mayoría de los habitantes de su caverna creía que todos los visitantes hablaban zelandonii con un dejo del norte, pero esa mujer tenía un acento muy distinto. Hablaba bien, obviamente conocía el idioma, pero pronunciaba ciertos sonidos de una manera que nunca había oído antes. No cabía duda de que venía de un lugar muy lejano.

Observó a la joven más detenidamente. «Sí», pensó, «es guapa, pero tiene aspecto extranjero, unos rasgos distintos, un rostro menos alargado, una separación mayor entre los ojos. Hasta el pelo es diferente: no lo tiene fino, como tantas mujeres zelandonii, sino con una textura más tupida, y aunque sea rubia, el suyo es un rubio más oscuro, semejante al color de la miel o el ámbar. A pesar de ser extranjera, es acólita de la Primera. Es de por sí raro que una extranjera pertenezca a la zelandonia, pero lo es más aún que sea acólita de la Primera. Aunque tal vez sea comprensible, dado que es ella quien controla a los caballos y un lobo. Y fue ella quien detuvo a los hombres que tantos trastornos causaron durante muchos años».

—Te doy la bienvenida al Lugar Sagrado Más Antiguo, Ayla, acólita de la Primera —dijo la Zelandoni, estrechando las manos a Ayla—. Sospecho que para ver este lugar has recorrido una distancia mucho mayor que cualquier otra persona.

—He venido con el resto... —empezó a decir Ayla, pero al ver la sonrisa en el rostro de la mujer, entendió sus palabras. Era su acento. La Guardianas se refería a la distancia recorrida en su viaje con Jondalar, y desde su hogar con el clan antes de eso, y tal vez incluso antes—. Tal vez tengas razón —dijo—, pero es posible que Jondalar haya venido incluso desde más lejos. Él viajó desde su casa hasta el final del Río de la Gran Madre, muy lejos al este, y más allá, donde me encontró a mí, y luego hizo todo el camino de vuelta antes de iniciar esta Gira de la Donier.

Jondalar se acercó al oír su nombre y sonrió cuando oyó a Ayla contar sus andanzas. La mujer no era joven e inmadura; tampoco era muy mayor, pero tenía años suficientes para poseer la sabiduría que se adquiría con la experiencia y la madurez, más o menos la edad que a Jondalar le gustaba en las mujeres antes de conocer a Ayla.

—Saludos, respetada Guardianas del Lugar Sagrado Más Antiguo —dijo, tendiendo las manos—. Soy Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii, tallador de pedernal de la Novena Caverna. Compañero de Ayla de la Novena

Caverna de los zelandonii, que es acólita de la Primera. Hijo de Marthona, anterior jefa de la Novena Caverna; hermano de Joharran, jefe de la Novena Caverna. Nacido en el hogar de Dalanar, jefe y fundador de los lanzadonii.

Enumeró sus nombres y lazos más importantes. Entre los zelandonia era normal limitarse a recitar sus principales afiliaciones, pero en el caso de Jondalar quedaría poco serio y no muy cortés abreviar demasiado una presentación formal, sobre todo ante una Zelandoni.

—Bienvenido seas, Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo ella, cogiéndole las manos y mirándolo a los ojos, unos ojos de un vivo color azul que parecieron traspasarla y ver dentro de ella hasta su mismísimo espíritu, provocando un estremecimiento en lo más hondo de su feminidad. Cerró los ojos por un momento para recobrar el equilibrio interior. «No es de extrañar que todavía no esté lista para renunciar a su nombre», pensó la Guardiana. «Está emparejada, y con uno de los hombres más fascinantes que he conocido. Me pregunto si alguien ha planeado una Festividad de la Madre para estos visitantes del norte... Lástima que no haya acabado aún mi turno de Guardiana. Si alguien me necesita aquí, no puedo asistir a las Festividades de la Madre.»

Willamar, que esperaba para presentarse a la Guardiana, agachó la cabeza y sonrió para sí. Menos mal que Jondalar apenas parecía darse cuenta del impacto que seguía causando en las mujeres, se dijo; y daba la impresión de que tampoco Ayla, pese a su perspicacia, se percataba. Aunque los celos estaban mal vistos, Willamar sabía que muchas personas los albergaban en su corazón.

—Yo me llamo Willamar, maestro de comercio de la Novena Caverna de los zelandonii —dijo cuando le llegó el turno—, compañero de Marthona, la anterior jefa de la Novena Caverna, que es la madre de este joven. Aunque él no nació en mi hogar, se crio en él, así que lo considero hijo de mi corazón. Siento casi lo mismo por Ayla y su pequeña, Jonayla.

«No sólo está emparejada; además tiene una hija, una niña pequeña», pensó la Guardiana. «¿Cómo puede siquiera pensar en ser Zelandoni? ¿Y para colmo acólita de la Zelandoni más poderosa de la tierra? La Primera debe de ver un gran potencial en ella, pero por dentro se sentirá muy dividida.»

En esa ocasión sólo entrarían en la cueva aquellos cinco visitantes. El resto iría en otro momento y quizá no vieran tanto como ellos. A las cavernas responsables de guardar el Lugar Sagrado no les gustaba que entrara demasiada gente a la vez. Cerca del hogar había antorchas y candiles: reunirlos y prepararlos para que estuvieran disponibles cuando se necesitaran era parte del cometido de la Guardiana. Cada uno cogió una antorcha. La Guardiana repartió otras de repuesto, metió unas cuantas en un morral, y añadió candiles de piedra y pequeñas vejigas con aceite. Cuando todos estaban provistos de su propio utensilio de iluminación para alumbrar el camino, la

Guardiana se dispuso a entrar.

A la cámara situada cerca de la entrada llegaba suficiente luz del día para formarse una idea del enorme tamaño de la cavidad y de su disposición caótica. Un desordenado paisaje de formaciones rocosas llenaba el espacio. Estalactitas, en otro tiempo prendidas del techo, y sus equivalentes estalagmíticas se habían desplomado como si el suelo se hubiese hundido bajo ellas; algunas estaban volcadas, otras desmoronadas, otras hechas añicos. Por lo desparramadas que habían quedado, creaban una sensación de inmediatez temporal y, sin embargo, todo se hallaba tan detenido en el tiempo que las recubría una gruesa capa de escarcha estalagmítica reluciente de color caramelo.

La Guardiana empezó a tararear mientras los conducía hacia la izquierda, permaneciendo cerca de la pared. Justo detrás de ella iba la Primera, seguida de Ayla, Jonokol y Willamar, en fila de a uno; Jondalar cerraba la marcha. Con su estatura, podía ver por encima de las cabezas de los demás y se consideraba a sí mismo una especie de retaguardia de protección, si bien no sabía de qué había que protegerse.

Después de adentrarse considerablemente en la cueva, la oscuridad aún no era total gracias a la luz que entraba del exterior. Una especie de penumbra crepuscular bañaba el interior, sobre todo en cuanto la vista se acostumbraba al espacio sombrío. Mientras avanzaban con sus candiles o antorchas, la coloración de la piedra iluminada por la luz oscilaba entre el blanco puro de los carámbanos finos y nuevos y el gris antiguo de las estalactitas truncadas y viejas. Colgaban cortinas estalactíticas onduladas, con bandas en los pliegues de tonalidad amarilla, anaranjada, roja y blanca. Los destellos de cristal captaban la atención, reflejando y amplificando la tenue luz, a veces reverberando en el suelo cubierto de una película de calcita blanca. Vieron esculturas fantásticas que avivaban la imaginación y columnas blancas colosales que brillaban con un misterio translúcido. Era una cueva de una belleza absoluta.

En la exigua luz llegaron a un lugar donde el espacio se ensanchaba. Los lados de la cámara se alejaban y, frente a ellos, salvo por un refulgente disco blanco, el vacío parecía extenderse hasta el infinito. Ayla tuvo la sensación de haber entrado en otra zona aún más grande que la cámara de la entrada. Pese a que del techo pendían extrañas y magníficas estalactitas semejantes a una larga melena blanca, el suelo estaba insólitamente nivelado, como el lago quieto y sereno que en otro tiempo fue. Pero ahora el suelo de la enorme cámara, donde se veían las concavidades poco profundas que habían sido los lechos de osos cavernarios en hibernación, estaba salpicado de cráneos y huesos y dientes.

La Guardiana, que no había dejado de tararear, aumentó el volumen de su sonido hasta que la intensidad y la potencia del arrullo alcanzó un nivel que Ayla, que estaba de pie a su lado, no habría creído posible en un ser humano, y sin embargo no había

eco. La inmensidad del espacio vacío en el interior de la pared rocosa absorbía el sonido. La Que Era la Primera empezó a entonar el Canto a la Madre con su profunda y vibrante voz operística de contralto.

*En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.*

*Al otro creó del polvo que al nacer traía consigo,
un hermano, compañero, pálido y resplandeciente amigo.
Juntos crecieron, aprendieron qué era amor y consideración,
y cuando Ella estuvo a punto, decidieron confirmar su unión.
Él la rondó expectante. Su pálido y luminoso amante.*

En un principio su otra mitad la colmó de ventura...

La Primera vaciló por un instante y se interrumpió. No había eco: las paredes no devolvían el sonido. La cueva estaba diciéndole que no era un lugar para seres humanos. Ese espacio pertenecía a los osos cavernarios. Se preguntó si habría alguna imagen en la cámara vacía. La Guardiania debía de saberlo.

—Zelandoni que guardas esta cueva —dijo formalmente—, ¿los Antiguos crearon imágenes en esta sala?

—No —respondió la mujer—. Esta sala no es nuestra, así que no podemos pintar en ella. Podemos entrar en la sala en primavera, del mismo modo que ellos a menudo acceden a nuestro espacio en la cueva, pero la Madre ha cedido esta sala a los osos cavernarios para dormir en invierno.

—Será por eso que la gente decidió no vivir aquí —dedujo Ayla—. Al principio, al ver la cueva, he pensado que sería un buen espacio de vivienda, y me he preguntado por qué no la había elegido alguna caverna. Ahora lo sé.

La Guardiania los condujo hacia la derecha. Pasaron ante una pequeña abertura que llevaba a otra cámara y, un poco más allá, llegaron a una abertura más ancha. Al igual que la cámara de la entrada, esta era un caótico revoltijo de bloques de estalagmitas caídas y concreciones. El camino avanzaba entre esas obstrucciones hasta un espacio inmenso de techo alto y suelo de color rojo oscuro. Dominaba la cámara un promontorio creado por una enorme cascada de piedra y, en una roca suspendida del techo, se veían varios puntos rojos enormes. Llegaron a un amplio panel, dibujado en una pared casi vertical que ascendía hasta el mismo techo, cubierto de grandes puntos rojos y diversas señales.

—¿Cómo creéis que se hicieron estos puntos? —preguntó la Guardiana.

—Supongo que se usó un gran tampón de cuero o musgo, o algo parecido —aventuró Jonokol.

—Creo que el Zelandoni de la Decimonovena debería mirar con un poco más de atención —dijo la Primera.

Ayla recordó que la Zelandoni ya había estado allí antes y sin duda conocía la respuesta. Willamar probablemente también. Ni Ayla ni Jondalar se animaron a hacer conjeturas. La Guardiana levantó la mano y, con los dedos extendidos, la acercó a un punto. Era casi del mismo tamaño que la palma de su mano.

Jonokol observó los grandes puntos. Aunque un poco borrosas, se veían las tenues impresiones del nacimiento de los dedos en torno a algunos de los puntos.

—¡Tienes razón! —exclamó—. Debieron de elaborar una pasta muy espesa de ocre rojo y se impregnaron las palmas de las manos con ella. Creo que nunca había visto puntos realizados así.

La Guardiana sonrió al percibir su asombro, aparentemente muy satisfecha de sí misma. Al ver la sonrisa, Ayla se percató de que esa zona parecía mejor iluminada. Miró alrededor y advirtió que estaban otra vez cerca de la entrada. Podían haber ido por allí desde el principio en lugar de dar la vuelta por el amplio espacio usado por los osos para hibernar, pero sin duda la Guardiana tenía sus motivos para elegir ese camino. Al lado de los grandes puntos había otra pintura que Ayla no pudo descifrar, salvo por una línea recta pintada encima en rojo con un trazo transversal cerca del extremo superior.

El camino, entre los bloques y concreciones esparcidos por el centro de la sala, los llevó hasta la cabeza de un león pintada de negro en la pared opuesta. Fue la única pintura negra que vio allí. A su lado había un signo y varios puntos pequeños, hechos quizá con un dedo. Un poco más allá reparó en varios puntos rojos del tamaño de la palma de la mano. Los contó en su cabeza mediante las palabras de contar: eran trece. Por encima vio otro grupo de diez puntos, estos en el techo; para hacerlos a esa altura, alguien había tenido que encaramarse a una concreción, con la ayuda de amigos o aprendices, supuso, de donde se desprendía que el autor les había concedido gran importancia, por más que ella no imaginara la razón.

Un poco más allá había un hueco. A la entrada de este, asomaba un saliente redondeado totalmente cubierto de grandes puntos rojos. El hueco contenía más puntos rojos en una de sus paredes, mientras que en la pared de enfrente se observaba un grupo de puntos, unas cuantas líneas y otras marcas, además de tres cabezas de caballo, dos de ellas amarillas. Ante el hueco, dentro de la masa central de bloques y estalagmitas, la Guardiana señaló otro panel de tamaño considerable con grandes puntos rojos detrás de unas concreciones bajas.

—¿Hay una cabeza de animal dibujada con puntos rojos en medio de todos esos

puntos? —preguntó Jonokol.

—Algunas personas creen que sí —contestó la Guardiania, sonriendo al Zelandoni creador de imágenes por haberlo visto.

Ayla intentó distinguir un animal, pero sólo vio puntos. Sin embargo, sí percibió una diferencia.

—¿Creéis que estos puntos los ha hecho una persona distinta? Parecen más grandes.

—Tienes razón —dijo la Guardiania—. Pensamos que los otros son de una mujer, y estos de un hombre. Hay más imágenes, pero para verlas debemos volver por donde hemos venido.

Empezó a tararear otra vez mientras los llevaba a una pequeña cámara en el interior de las concreciones centrales. Allí, en la parte delantera, había un gran dibujo de un ciervo, probablemente un megaceros joven. Tenía una pequeña cornamenta palmeada y una ligera joroba en la cruz. Mientras estaban allí, la Guardiania tarareó en voz más alta. La cámara resonó, les devolvió el arrullo. Jonokol se unió a ella, cantando escalas que armonizaban suavemente con los tonos de la Guardiania. Ayla empezó a silbar imitando trinos de aves para complementar la música. La Primera comenzó a entonar los siguientes versos del Canto a la Madre, atenuando su poderosa voz de contralto hasta conseguir un tono intenso, grave y vibrante.

*En un principio su otra mitad la colmó de ventura;
mas con el tiempo se sintió inquieta, su alma insegura.
Amaba a su blanco amigo, su complemento adorado,
pero algo le faltaba, parte de su amor veía desaprovechado.
La Madre era. De algo estaba a la espera.*

*Desafió al caos, a las tinieblas, al gran vacío,
para hallar la chispa dadora de vida en un confín sombrío.
La oscuridad era absoluta; el torbellino, aterrador.
El caos se helaba, y acudió a Ella en busca de calor.
La Madre era valerosa. Su misión, azarosa.*

*Extrajo del frío caos la fuente germinal,
y tras concebir, huyó con la fuerza vital.
Creció junto con la vida que dentro llevaba,
y se entregó con amor y orgullo, sin traba.
Algo al mundo traía. Su vida compartía.*

*El oscuro vacío y la tierra yerma y vasta
aguardaron el nacimiento con ánimo entusiasta.
La vida desgarró su piel, bebió la sangre de sus venas,
respiró por sus huesos y redujo sus rocas a blancas arenas.
La Madre alumbraba. Otro alentaba.*

*Al romper aguas, estas llenaron mares y ríos,
anegándolo todo, creando así árboles y plantíos.
De cada preciosa gota, hojas y tallos brotaron,
verdes y exuberantes plantas la Tierra renovaron.
Sus aguas fluían. Nueva vegetación crecía.*

La Primera se interrumpió cuando dio la impresión de que aquel coro improvisado tocaba a su fin. Ayla también calló al concluir un largo y melodioso trino de alondra, dejando a Jonokol y la Guardiana, que acabaron con un tono armonioso. Jondalar y Willamar se dieron palmadas en los muslos en un gesto de elogio.

—Ha sido maravilloso —comentó Jondalar—. Sencillamente maravilloso.

—Sí. Sonaba muy bien —coincidió Willamar—. Seguro que la Madre lo ha apreciado tanto como nosotros.

La Guardiana los llevó al interior de la pequeña cámara y luego a otro hueco. Desde la entrada se veía la cabeza de un oso pintada de rojo. Cuando se agacharon para pasar por un corredor de escasa altura, distinguieron una porción mayor del oso, y apareció en la oscuridad la cabeza de un segundo oso. En cuanto superaron el pasadizo y se irguieron otra vez, vieron la cabeza de un tercer oso esbozado bajo la cabeza del primero. Se había aprovechado hábilmente la forma de la pared para dar profundidad al primer oso, y si bien el segundo parecía acabado, lo que creaba esa impresión era una concavidad donde deberían haber estado los cuartos traseros. Era casi como si el oso surgiera del mundo de los espíritus a través de la pared.

—Esos son sin duda osos cavernarios —señaló Ayla—. La forma de la frente es muy característica. Ya la tienen así desde que son pequeños.

—¿Tú has visto oseznos cavernarios?

—Sí, alguna vez. La gente con la que me crie mantenía una relación especial con los osos cavernarios —explicó Ayla.

Cuando se detuvieron al fondo del hueco, vieron dos íbices rojos pintados parcialmente en la pared de la derecha. Fisuras naturales en la roca formaban los cuernos y los lomos de los animales.

Retrocedieron por el pasadizo y ascendieron hasta donde estaba el ciervo; desde allí siguieron la pared de la izquierda hasta una amplia zona abierta. Mientras circundaban la cámara, Jonokol miró en el interior de un hueco que contenía una antiquísima concreción con el extremo superior en forma de vasija. Cogió su odre y echó en él un poco de agua. Volvieron a salir por donde habían entrado y finalmente accedieron a la ancha abertura que conducía al espacio donde hibernaban los osos. No lejos de la entrada de la cueva, sobre un gran pilar de roca que separaba las dos cámaras, frente a las otras pinturas de la sala repleta de caóticas formaciones rocosas, había un panel de unos siete metros de ancho por tres de altura lleno de grandes

puntos rojos. Entre otras marcas y signos, se incluía una vez más el trazo vertical recto con una barra transversal cerca del extremo superior.

La Guardiania, sin separarse de la pared izquierda, los guio de nuevo hasta el lugar de hibernación de los osos y se detuvo poco antes de una abertura.

—Aquí dentro hay muchas cosas, pero quería que vieras algunas en particular —dijo la Zelandoni mirando directamente a Ayla. Levantando la antorcha, añadió—: Primero esto.

En la pared se advertían marcas rojas que parecían líneas trazadas al azar. De pronto Ayla, en su mente, llenó los vacíos y distinguió la cabeza de un rinoceronte: vio la frente, el nacimiento de los dos cuernos, un trazo corto para el ojo, el extremo del hocico con una línea a modo de boca, y luego la insinuación del pecho. Le sorprendió la simplicidad del dibujo, y sin embargo, en cuanto consiguió discernir al animal, la imagen era incuestionable.

—¡Es un rinoceronte! —exclamó Ayla.

—Sí, y no verás ningún otro en esta sala —dijo la Guardiania.

El suelo era de piedra dura, calcita, y la pared de la izquierda quedaba tapada por columnas de colores blanco y anaranjado. Al otro lado de las columnas, apenas había concreciones, excepto en el techo, que presentaba extrañas formas con piedras redondeadas y depósitos rojizos. El suelo estaba salpicado de trozos de piedra de diversos tamaños caídos del techo. Una zona más o menos circular había quedado dividida por el desprendimiento de un fragmento de techo, tan pesado que había provocado una inclinación en el suelo. Cerca de la entrada, en una pendiente de roca, vieron un esbozo en rojo, rudimentario y pequeño, de un mamut.

Más allá, a considerable altura en la pared, había un pequeño oso rojo. Era obvio que el artista había escalado por la pared para pintarlo. Debajo, en una roca que sobresalía, se distinguían dos mamuts dibujados aprovechando el relieve de la pared; pasada otra protuberancia encontraron un signo extraño. La pared opuesta contenía un extraordinario panel de pinturas rojas, incluidos los cuartos delanteros de un oso muy bien ejecutados. La forma de la frente y la posición de la cabeza lo identificaban como oso cavernario.

—Jonokol, ¿no se parece mucho este oso al oso rojo que acabamos de ver? —preguntó Ayla.

—Pues sí. Sospecho que son obra de la misma persona —contestó él.

—Pero no entiendo el resto de la pintura. Parecen dos animales distintos unidos, como si fuera uno solo con dos cabezas, una de ellas saliendo del pecho, y luego hay un león en medio, y otra cabeza de león delante del oso. No entiendo esta pintura en absoluto —dijo Ayla.

—Quizá no está concebida para que la entienda nadie más que quien la hizo. El artista empleó mucho la imaginación y quizá intentó contar una historia que ya no se

conoce. Que yo sepa, ninguna Leyenda o Historia de los Ancianos lo explica — comentó la Primera.

—En mi opinión, basta con que valoremos la calidad de la obra —añadió la Guardianiana—; dejemos que los Antiguos guarden sus secretos.

Ayla movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Había visto ya suficientes cuevas para saber que no importaba tanto el aspecto de una pintura una vez acabada como lo que el artista conseguía mientras la realizaba. Más adentro en la galería, pasadas la segunda cabeza de león y una falla en la pared, había un panel pintado en negro: la cabeza de un león, un gran mamut y, por último, una figura realizada a gran altura en una estalactita, un oso rojo enorme, con el contorno del lomo negro. El misterio era cómo lo había pintado el artista. Se veía fácilmente desde el suelo, pero el autor tuvo que encaramarse a altas concreciones para llegar hasta allí.

—¿Os habéis fijado en que todos los animales están orientados hacia la salida excepto el mamut? —observó Jonokol—. Es como si entraran en este mundo desde el mundo de los espíritus.

La Guardianiana se detuvo justo a la salida de la cámara donde acababa de estar y reanudó el tarareo, pero esta vez era una melodía muy parecida a la del Canto a la Madre tal como lo entonaba la Primera. Todas las cavernas de los zelandonii cantaban o recitaban el Canto a la Madre. Este narraba la historia de sus inicios, el origen de los seres humanos, y si bien todas las versiones se parecían y contaban la misma historia, no había ninguna exactamente igual, y menos cuando se cantaba. Las melodías de los cantos eran a menudo muy distintas, dependiendo a veces del cantor. Como la Primera estaba dotada de una voz extraordinaria, ella había compuesto su manera única de interpretarla.

Como si respondiese a una señal, la Primera acometió el siguiente verso del Canto a la Madre desde la estrofa donde se había interrumpido. Tanto Jonokol como Ayla se abstuvieron de cantar y se limitaron a disfrutar escuchándola.

*En violento parto, vomitando fuego a borbotones,
dio a luz una nueva vida entre dolorosas contracciones.
Su sangre seca se tornó en limo ocre, y llegó el radiante hijo.
El supremo esfuerzo valió la pena, ya todo era gran regocijo.
El niño resplandecía. La Madre no cabía en sí de alegría.*

*Se alzaron montañas, de cuyas crestas brotaban llamas,
y Ella a su hijo alimentaba con sus colosales mamas.
Chispas saltaban al chupar el niño, tal era su anhelo,
y la tibia leche de la Madre trazó un camino en el cielo.
Una vida se iniciaba. A su hijo amamantaba.*

El niño reía y jugaba, y así se desarrollaban su cuerpo y su mente.

*Para gozo de la Madre, las tinieblas disipaba con su luz refulgente.
Su mente y su fuerza crecían, recibiendo de Ella cariño,
pero pronto aquel hijo maduró, pronto dejó de ser niño.
Atrás quedaba la edad de la inocencia. Quería independencia.*

*A la fuente Ella recurrió cuando a una vida dio nacimiento.
Ahora el vacío y gélido caos atraía al hijo con embaucamiento.
La Madre daba amor, pero el joven tenía otras ambiciones,
buscaba conocimientos, aventuras, viajes, emociones.
Para Ella el vacío era abominable. A él le parecía deseable.*

*Se marchó de su lado cuando la Gran Madre dormía,
mientras fuera se arremolinaba la oscuridad vacía.
Por todos los medios, las tinieblas procuraron al hijo tentar,
y él, fascinado por el gran torbellino, se dejó cautivar.
A su hijo arrebatada. Al joven que tanto brillaba.*

*El hijo de la Madre, en un primer momento alborozado,
pronto se afligió en aquel vacío glacial y desolado.
Su incauto vástago, corroído por su conciencia quejosa,
no pudo escapar a aquella fuerza misteriosa.
Estaba en un grave aprieto. El caos lo tenía bien sujeto.*

*Pero en el preciso instante en que lo engullía la oscuridad,
la Madre despertó, tendió la mano y lo sostuvo con tenacidad.
Buscando quien la ayudara a recobrar a su hijo radiante,
la Madre acudió al pálido y luminoso amigo, antes su amante.
La Madre lo agarró fuerte. Perderlo habría sido la muerte.*

Se oyó el eco, las paredes les devolvieron la canción, aunque no tan poderosamente como en otras cuevas, pensó la Primera, pero sí con matices interesantes, casi como si se desdoblara. En la estrofa del poema que consideró oportuna, calló. El grupo siguió adelante en silencio.

A la derecha de la cueva llegaron a una gran acumulación de piedra estalagmítica junto a bloques desplomados. Esta vez la Guardiania los llevó al lado izquierdo de la cueva, a la parte más profunda del espacio de hibernación de los osos. Al otro lado de las estalagmitas y los bloques de piedra, colgaba del techo una gran roca afilada. Las piedras delimitaban el comienzo de otra cámara, con el techo alto al principio pero más bajo conforme se alejaba. Muchas concreciones pendían del techo y las paredes, contrariamente a lo que ocurría en el espacio de hibernación de los osos, donde no existían tales concreciones.

Cuando llegaron a la roca colgante, la Guardiania despabiló la antorcha golpeándola contra un borde de piedra y luego la alzó para que los visitantes vieran la superficie del panel. Cerca de la base, mirando a la izquierda, había un leopardo

moteado, pintado de rojo. Ni Ayla ni Jondalar ni Jonokol habían visto nunca un leopardo pintado en la pared de un Lugar Sagrado. Por la cola larga, Ayla pensó que era un leopardo de las nieves. Al final de la cola del leopardo asomaba un grueso saliente de calcita; al otro lado, había un gran punto rojo. Nadie entendía la razón de los enormes puntos rojos en esa zona, ni qué significaba el leopardo, pero no cabía duda de que aquello era un leopardo.

No podía decirse lo mismo del animal situado encima de él, orientado a la derecha. Por los descomunales hombros y la forma de la cabeza, casi podía tomarse por un oso, pero el cuerpo delgado y las piernas largas, así como las manchas en la parte superior del cuerpo, indujeron a Ayla a pensar que era casi con total certeza una hiena cavernaria. Conocía las hienas, y sabía que tenían unos hombros enormes. La forma de la cabeza del animal pintado se parecía en cierto modo a la de un oso cavernario. Con sus poderosos dientes y músculos maxilares, capaces de partir los huesos de un mamut, la hiena había desarrollado también una estructura ósea potente, pero tenía el hocico más alargado que el oso. El pelaje de una hiena era hirsuto y áspero, sobre todo en torno a la cabeza y los hombros.

—¿Veis el otro oso, el que está encima? —preguntó la Guardiana.

De pronto Ayla reparó en otra figura situada sobre la hiena. Distinguió, en débiles trazos rojos, la forma característica de un oso cavernario orientado a la izquierda, en dirección contraria a la hiena, y empezó a hacer comparaciones.

—No creo que el animal con manchas sea un oso. Yo diría que es una hiena cavernaria —observó.

—Eso opinan algunos, pero la cabeza se parece mucho a la de un oso —dijo la Guardiana.

—Las cabezas de los dos animales se asemejan —contestó Ayla—, pero la hiena de la imagen tiene el hocico más largo, y no se ven las orejas. El pelo erizado en lo alto de la cabeza es propio de la hiena.

La Guardiana no discutió. La gente tenía derecho a pensar lo que quisiera, pero la acólita había hecho algunas observaciones interesantes. La mujer les señaló a continuación otro felino oculto en un estrecho panel en el lado inferior de la piedra colgante y le preguntó qué clase de felino era aquel en su opinión. Ayla no estaba segura: el pelaje no presentaba ninguna señal característica y su contorno, para adaptarse al espacio, era alargado, pero ofrecía un aspecto muy felino; aunque quizá, pensándolo mejor, tenía forma de comadreja. Había allí otros animales que, según le dijeron, eran íbices, cosa que a ella no le resultaba tan evidente. Luego la Guardiana volvió a llevarlos al lado izquierdo de la cámara. Al principio encontraron concreciones, pero no dibujos.

Más adelante, en el pasadizo, llegaron a un panel alargado. Una formación calcárea había decorado la pared con cortinas y cordones de piedra roja, anaranjada y

amarilla que casi rozaban los gruesos montículos cónicos situados debajo. Concreciones como riachuelos detenidos en el tiempo parecían descender por las cortinas colgantes, y en los espacios entre ellas había pintados signos extraños.

Uno era una forma rectangular larga con líneas que salían de los lados. A Ayla le recordó a una representación en tamaño muy grande de una de esas criaturas reptantes con múltiples patas, quizá una oruga. Al lado se veía una figura con algo semejante a alas a ambos lados. Hubiera podido ser una mariposa, la siguiente fase en la vida de la oruga, pero no estaba tan bien dibujada como muchas de las demás pinturas, así que tenía sus dudas. Pensó en preguntárselo a la Guardiania, pero seguramente no lo sabía. No podría darle más que conjeturas.

A medida que avanzaban, la decoración de la pared era cada vez más exigua. La Guardiania empezó a tararear otra vez suavemente. Se produjo cierta resonancia, pero no mucha, hasta que llegaron a una zona con rocas colgantes. Allí se habían realizado grupos de puntos rojos. Seguía un friso con cinco rinocerontes y, no muy lejos, más signos y otros animales: siete cabezas y un animal entero de aspecto felino, quizá leones, además de un caballo, un mamut y otro rinoceronte. Varias imágenes en positivo de huellas de manos, además de puntos formando líneas y figuras circulares. Más adelante, encontraron más signos y un rinoceronte esbozado en negro.

Luego llegaron a otro filo de roca, una especie de pared divisoria donde aparecían más signos, el contorno parcial de un mamut en negro con una mano en negativo en el interior del cuerpo, y otras en el costado de un caballo. A la derecha de estos, se observaban dos grupos de grandes puntos. Al otro lado del panel con manos vieron un oso pequeño dibujado en rojo. Había asimismo un ciervo rojo y otras marcas, pero el oso era la figura predominante. Estaba dibujado de una manera muy parecida a la de los demás osos que habían visto, pero era una versión en miniatura. El panel señalaba el principio de una pequeña cámara justo delante. Nada más entrar, advirtieron que el techo era muy bajo.

—No creo que sea necesario entrar ahí —dijo la Guardiania—. Es un espacio muy reducido, sin gran cosa que ver, y una vez dentro tendríamos que encorvarnos o agacharnos.

La Primera coincidió con ella. No sentía el menor deseo de apretujarse en un espacio pequeño, y en efecto, como recordaba, no había mucho que ver. Además, sabía lo que venía a continuación y estaba impaciente por llegar.

En lugar de seguir al frente para visitar la exigua cámara, la Guardiania dobló a la izquierda y se mantuvo junto a la pared derecha. La siguiente sala tenía el techo un metro y medio más bajo que aquella en la que se hallaban, aunque la altura era desigual, mayor en unos sitios y menor en otros, y el suelo presentaba cierta inclinación; tanto en las paredes como en el techo se apreciaban numerosas concreciones. Había indicios de la presencia de osos cavernarios: huellas de zarpas,

arañazos y huesos. A Ayla le pareció ver la insinuación de un dibujo a cierta distancia, pero la Guardiania pasó de largo sin molestarse en señalarlo. Ese espacio parecía un acceso a otro lugar.

A la siguiente cámara se entraba por una abertura baja. En el centro de esa otra sala se advertía una hondonada, una concavidad de unos diez metros de diámetro y unos cuatro de profundidad. La rodearon por la derecha, donde el suelo era de tierra marrón.

—¿Cuándo se hundió el suelo? —preguntó Jondalar. El suelo bajo sus pies parecía bastante sólido, pero se preguntaba si podía ocurrir de nuevo.

—No lo sé —respondió la Guardiania—, pero sí sé que fue después de estar aquí los Antiguos.

—¿Y cómo lo sabes? —inquirió Jondalar.

—Mirad encima del hoyo —respondió ella, señalando una roca afilada de superficie lisa que pendía del techo sobre la concavidad.

Todos dirigieron la vista hacia allí. Como en esa cámara la mayoría de las paredes y las rocas que asomaban del techo aparecían recubiertas de una suave capa de material arcilloso marrón claro, vermiculita —una alteración química de los elementos minerales de la piedra que reblandecía la superficie—, las imágenes eran blancas. Podían realizarse dibujos con un palo, o incluso con el dedo —una especie de grabados, por así decirlo—, desplazando la arcilla marrón de la superficie y dejando debajo una línea de un blanco puro.

Ayla advirtió que había muchos dibujos blancos en esa sala, pero en la roca colgante vio claramente un caballo, así como una lechuza con la cabeza vuelta de modo que la cara se le veía encima del lomo. Era una postura propia de las lechuzas, pero Ayla nunca la había visto dibujada; de hecho, nunca había visto una dibujada en una cueva.

—Tienes razón —dijo Jondalar—. Eso tuvieron que hacerlo los Antiguos antes de hundirse el suelo, porque ahora nadie llegaría hasta allí.

La Guardiania le sonrió, complacida por la incredulidad en su tono de voz. Señaló más dibujos grabados con los dedos en la gran sala. Circundando la concavidad circular, los llevó hasta el otro lado, la pared izquierda. Si bien estaba llena de estalactitas colgantes y columnas estalagmíticas y pirámides circulares erigidas en el suelo, no era difícil desplazarse por allí, y la mayor parte de los motivos ornamentales se encontraban a la altura de los ojos. Incluso de lejos, la luz de las antorchas iluminaba muchos grabados blancos, algunos obtenidos mediante frotación para producir una superficie blanca. En medio de la sala vieron mamuts, rinocerontes, osos, uros, bisontes, caballos, series de líneas curvas y sinuosos trazos de dedos dibujados sobre arañazos de osos.

—¿Cuántos animales hay en esta cámara? —preguntó Ayla.

—Yo he contado casi dos veces veinticinco —respondió la Guardiania. Levantó la mano izquierda con todos los dedos doblados; luego abrió la mano y volvió a doblar los dedos.

Ayla recordó la otra manera de contar con los dedos. Contar con las manos podía ser más complejo que el simple uso de palabras de contar, si uno sabía hacerlo. La mano derecha contaba las palabras, y conforme se pronunciaba cada palabra, se doblaba un dedo; la mano izquierda indicaba el número de veces que se contaba hasta cinco. La mano izquierda, con la palma hacia fuera, con todos los dedos doblados, no equivalía a cinco, tal como ella había pensado cuando aprendió a contar por su cuenta y como le había enseñado Jondalar las palabras de contar, sino a veinticinco. Había aprendido esa manera de contar en su adiestramiento, y el concepto la había asombrado. Usadas así, las palabras de contar resultaban mucho más poderosas.

Se le ocurrió que los puntos grandes podían ser también una manera de utilizar las palabras de contar. La huella de una mano podía considerarse cinco; un punto grande realizado sólo con la palma de la mano podía significar veinticinco, y dos serían dos veces veinticinco, o sea, cincuenta, y muchos en la pared en un mismo lugar equivaldrían a un número muy grande, si uno sabía interpretarlo. Pero, como la mayoría de las cosas relacionadas con la zelandonia, probablemente era más complejo que eso. Todos los signos poseían más de un significado.

Mientras caminaban por la sala, Ayla vio un caballo hermosamente trazado, y detrás dos mamuts, superpuestos, con la línea del vientre dibujada como un arco alto, lo que llevó a Ayla a pensar en el enorme arco exterior. ¿Representaba acaso el arco un mamut? La mayoría de los animales de esa cámara parecían mamuts, pero había también muchos rinocerontes, y uno en concreto captó la atención de Ayla. Sólo la mitad delantera estaba grabada, y parecía surgir de una grieta en la pared, del mundo existente detrás de la pared. Había asimismo unos cuantos caballos, uros y bisontes, pero no felinos ni ciervos. Y en tanto que todas las imágenes en la primera parte de la cueva estaban realizadas en pintura roja —el ocre rojo del suelo y las paredes—, las imágenes de esa zona eran blancas, grabadas con los dedos u otros objetos duros, salvo por algunas trazadas en negro en la pared de la derecha, al fondo, que incluían un magnífico oso negro.

Parecían interesantes y quiso acercarse a verlos, pero la Guardiania los condujo por el lado izquierdo del gran cráter situado en medio de la sala hacia otra sección de la cueva. La pared izquierda quedaba oculta por una masa de grandes bloques de roca que Ayla apenas distinguía a la luz de las antorchas, y se acordó de que convenía golpear la antorcha para eliminar el exceso de ceniza. La llama se avivó y cayó en la cuenta de que pronto necesitaría encender otra antorcha.

La Guardiania empezó a tararear de nuevo cuando se acercaron a otro espacio de una altura mucho menor. Tan bajo era que alguien se había encaramado a los bloques

y dibujado un mamut con un dedo en el techo. A la derecha había una cabeza de bisonte, realizada con trazos rápidos, seguida de tres mamuts y, más allá, otros varios dibujos en rocas que colgaban del techo. Ayla vio dos grandes renos dibujados en negro y sombreados para realzar el contorno, y un tercero con menos detalle. En otra roca colgante había dos mamuts, uno frente al otro, pero el de la izquierda sólo tenía dibujados los cuartos delanteros; el de la derecha había sido rellenado de negro, y tenía colmillos, los únicos colmillos que Ayla había visto en los mamuts de esa cueva. Advirtió otros dibujos en rocas colgantes más al fondo, muy altos por encima del suelo: el perfil izquierdo de otro mamut, un león enorme, y después, sorprendentemente, un buey almizclero, reconocible por sus cuernos curvos dirigidos hacia abajo.

Tan absorta estaba Ayla en contemplar los animales de las rocas colgantes del fondo que no se dio cuenta de que la Guardiania, la Zelandoni Primera y el Zelandoni de la Decimonovena Caverna volvían a cantar a la cueva hasta que oyó a la Primera sumar su voz a todas las demás. Esta vez ella no se unió a ellos. Podía imitar voces de aves y animales, pero no sabía cantar, y sin embargo disfrutaba escuchando.

*Ella agradeció su regreso al que fuera su compañero,
y el triste suceso le contó en tono pesadoso y lastimero.
El querido amigo accedió a intervenir en el lance,
dispuesto a rescatar a su hijo de tan difícil trance.
Le habló de su honda aflicción y del turbulento ladrón.*

*Al borde del agotamiento, Ella necesitaba una pausa,
al luminoso amante dejó luchar por su justa causa.
Mientras la Madre dormía, él combatía a la fuerza glacial,
y momentáneamente la obligó a volver a su estado inicial.
Tenía alma de paladín. Pero incierto era aún el fin.*

*Dándolo todo, su magnífico amigo luchó con bravura,
el combate era enconado, la contienda penosa y dura.
Al cerrar su gran ojo, abandonó por un instante la cautela,
y la oscuridad robó la luz de su cielo con una triquiñuela.
Su pálido amigo desfallecía. Su luz se extinguía.*

*En la oscuridad absoluta, la Madre despertó con un grito.
El tenebroso vacío se había propagado por el espacio infinito.
Ella se sumó a la pugna, organizó con rapidez la defensa,
y a su amigo liberó de aquella sombra tétrica y densa.
Pero a su hijo perdió de vista. La noche borró toda pista.*

*En las garras del torbellino, el hijo radiante y exaltado
dejó de dar calor a la Tierra, el frío caos había triunfado.*

*La vida fértil y verde dio paso a la nieve y el hielo,
y un cortante viento siguió azotándola cual flagelo.
La Tierra era un desierto. Las plantas habían muerto.*

*La Madre estaba angustiada, exánime, exhausta,
pero tendió de nuevo su mano en ocasión tan infausta.
No podía rendirse, de eso tenía clara conciencia;
de Ella dependía la luz de su hijo, su supervivencia.
No cesó de luchar. La luz quería recuperar.*

De pronto algo captó la atención de Ayla, algo ante lo que se estremeció por un escalofrío, no de miedo, sino de reconocimiento. Vio un cráneo de oso cavernario, aislado, en lo alto de la superficie horizontal de una roca. No sabía cómo había llegado la roca al centro de la sala. Había otras menores cerca y supuso que habían caído del techo, si bien, aparte de esa, ninguna tenía la superficie superior aplanada; pero sí supo cómo había llegado hasta allí el cráneo. ¡Lo había colocado una mano humana!

Al acercarse a la roca, Ayla recordó el cráneo del oso cavernario que Creb había encontrado con un hueso introducido a la fuerza a través de la abertura formada por la cuenca del ojo y el pómulo. Ese cráneo poseía una gran significación para el Mog-ur del Clan del Oso Cavernario, y Ayla se preguntó si algún miembro del clan habría estado en esa cueva. Sin duda ellos habrían atribuido una honda trascendencia a esa cueva. Los antiguos que habían realizado las imágenes allí eran con toda seguridad personas como ella; los miembros del clan no creaban imágenes, pero sí podrían haber llevado un cráneo hasta ese lugar. Y el clan habitó en la zona al mismo tiempo que los antiguos pintores. ¿Habrían entrado acaso en esa cueva?

Al examinar el cráneo del oso cavernario colocado en la roca plana, con los dos enormes colmillos asomando por encima del borde de piedra, tuvo la firme convicción de que el antiguo que lo había puesto allí pertenecía al clan. Jondalar la vio temblar y se aproximó al centro de aquel espacio. Cuando llegó a la roca y vio el cráneo del oso cavernario, comprendió su reacción.

—¿Estás bien, Ayla? —preguntó.

—Esta cueva habría tenido un gran significado para el clan —comentó—. No puedo evitar pensar que ellos la conocían. En su memoria, quizá la conozcan aún.

Los demás se habían reunido ya en torno a la roca con el cráneo.

—Veo que habéis encontrado el cráneo. Tenía intención de enseñároslo —dijo la Guardianiana.

—¿Ha estado aquí alguien del clan? —preguntó Ayla.

—¿Alguien del clan? —repitió la Guardianiana, cabeceando.

—Los que vosotros llamáis cabezas chatas —aclaró Ayla—. El otro pueblo.

—Es curioso que lo preguntes —dijo la Guardianiana—. A veces vemos cabezas

chatas por aquí, pero normalmente sólo en ciertas épocas del año. Asustan a los niños, pero hemos llegado a una especie de acuerdo, si es que puede llegarse a un acuerdo con animales. Ellos se mantienen a distancia de nosotros, y nosotros no los molestamos si lo único que quieren es entrar en la cueva.

—En primer lugar debo decirte que no son animales; son personas. El Oso Cavernario es su tótem principal. Ellos se hacen llamar Clan del Oso Cavernario —dijo Ayla.

—¿Cómo pueden llamarse de ninguna manera si no hablan? —preguntó laGuardiana.

—Sí hablan, sólo que no como nosotros. Utilizan unas cuantas palabras, pero básicamente se comunican con las manos —explicó Ayla.

—¿Cómo se comunica uno con las manos?

—Hacen gestos, movimientos con las manos y el cuerpo —continuó Ayla.

—No lo entiendo —admitió laGuardiana.

—Te lo demostraré —dijo Ayla, y entregó su antorcha a Jondalar—. La próxima vez que veas a una persona del clan que quiere entrar en esta cueva, puedes decirle esto. —Pronunció las palabras a medida que ejecutaba los gestos—. Yo te saludo, y bienvenido seas si quieres visitar esta cueva, morada de los osos cavernarios.

—Esos movimientos, esos gestos, ¿significan lo que acabas de decir? —preguntó laGuardiana.

—Estoy enseñando a la Novena Caverna y a nuestros zelandonia, y a cualquiera que quiera aprender, unos cuantos signos básicos, porque así, si en sus viajes conocen a gente del clan, podrán comunicarse, al menos un poco —explicó Ayla—. Estaré encantada de enseñarte también a ti algún que otro signo, pero probablemente convendría esperar a salir de la cueva, y así habrá más luz.

—Me gustaría ver más signos, pero ¿cómo sabes tanto? —preguntó laGuardiana.

—He vivido entre ellos. Ellos me criaron. Mi madre y quien quiera que estuviese con ella, mi pueblo, supongo, murieron en un terremoto. Yo me quedé desamparada. Vagué sola hasta que me encontró el clan y me acogió. Cuidaron de mí, me quisieron, y yo los quise a ellos —contó Ayla.

—¿No sabes quiénes son los tuyos? —preguntó laGuardiana.

—Ahora los míos son los zelandonii. Antes lo fueron los mamutoi, los cazadores de mamuts, y antes de eso mi pueblo fue el clan, pero no recuerdo a aquellos entre quienes nací —explicó Ayla.

—Ya veo —dijo laGuardiana—. Me gustaría saber más, pero ahora aún nos queda por ver el resto de esta cueva.

—Tienes razón —dijo laPrimera. Había observado con interés la reacción de esa Zelandoni en cuanto Ayla empezó a hablar del tema—. Prosigamos.

Mientras Ayla pensaba en el cráneo del oso sobre la roca, laGuardiana había

enseñado a los demás otra parte de la sección donde estaban. Ayla reparó en varias zonas mientras avanzaban, un enorme panel grabado con mamuts, algunos caballos, uros e íbices.

—Debo advertirte, Zelandoni Que Eres la Primera —dijo la Guardiana—, que se accede a la última cámara de este eje que recorre la cueva en toda su longitud por un tramo bastante difícil. Es necesario ascender por unos altos peldaños y encorvarse para atravesar un pasadizo de techo bajo, y no hay mucho que ver aparte de algunos signos, un caballo amarillo y al final unos cuantos mamuts. Quizá quieras pensártelo antes de seguir adelante.

—Sí, me acuerdo —dijo la Primera—. No necesito ver eso esta última vez. Dejaré que sigan los que tienen más energía.

—Yo esperaré aquí contigo —se ofreció Willamar—. También lo he visto.

Cuando el grupo volvió a reunirse, se pusieron en marcha de nuevo, junto a la pared que antes les quedaba a la derecha y ahora a la izquierda. Pasaron ante el panel con los mamuts grabados y por último llegaron a las pinturas negras que habían vislumbrado a lo lejos. Cuando se acercaron a la primera de las imágenes, la Guardiana empezó a tararear una vez más, y los visitantes percibieron la respuesta de la cueva.

Capítulo 28

Las imágenes que atrajeron a Ayla inicialmente fueron los caballos, si bien no eran ni mucho menos las primeras pinturas en la pared. Había visto arte muy hermoso desde que conocía la existencia de las representaciones visuales, pero nunca había visto nada como el panel de los caballos en esa pared.

En aquella cueva húmeda, la superficie de la pared era blanda. Allí, por la acción de agentes químicos y bacterianos que ni Ayla ni los artistas podían siquiera alcanzar a imaginar, la capa superficial de la piedra caliza se había descompuesto en «leche de luna», un material de textura suave, casi sedoso, y de un color blanco puro. Podía retirarse de la pared prácticamente sin rascar, incluso con la mano, y debajo aparecía la piedra caliza dura y blanca, un lienzo perfecto para un dibujo. Los antiguos que pintaron esas paredes lo conocían bien, y sabían utilizarlo.

Había cuatro cabezas de caballo, pintadas en perspectiva, una encima de la otra, pero la pared detrás de ellos estaba restregada por completo, lo que había permitido al artista mostrar los detalles y las diferencias propias de cada animal. La característica crin erizada, la línea de la quijada, la forma del hocico, una boca abierta o cerrada, un ollar hinchado, todos los detalles aparecían representados con tal precisión que aquellos caballos semejaban animales vivos.

Ayla se volvió hacia el hombre alto que era su compañero para compartir ese momento con él.

—¡Jondalar, mira esos caballos! ¿Has visto alguna vez algo parecido? Da la impresión de que están vivos.

Él se situó detrás de ella y la rodeó con los brazos.

—He visto hermosas pinturas de caballos en paredes, pero nada como esto. ¿Tú qué opinas, Jonokol?

Jonokol se volvió hacia la Primera.

—Gracias por traerme. Sólo por esto el viaje entero ha valido la pena. —Se volvió hacia la pared pintada—. Y no sólo por los caballos. Fijaos en esos uros, y en esos rinocerontes luchando.

—No creo que sea una pelea —dijo Ayla.

—No, eso también lo hacen antes de compartir los placeres —explicó Willamar. Miró a la Primera y sintió que estaban viviendo la misma experiencia. Aunque los dos habían estado ya allí, ver las imágenes a través de los ojos de Ayla era como verlas por primera vez.

La Guardiania no pudo contener una sonrisa de satisfacción. No le fue necesario decir «Ya os lo había dicho». Eso era lo mejor de ser Guardiania. No ver la obra ella misma —ya la había visto muchas veces—, sino ver cómo reaccionaba la gente ante las imágenes. Al menos la mayoría de la gente.

—¿Os gustaría ver más?

Ayla se limitó a mirarla y sonreír, pero era la sonrisa más adorable que la Guardiana había visto jamás. «Es una mujer realmente hermosa», pensó la Guardiana. «Comprendo la atracción de Jondalar hacia ella. Si yo fuera hombre, también me atraería.»

Ahora que habían contemplado detenidamente los caballos, Ayla pudo dedicarse al resto, y había mucho más que ver: los tres uros a la izquierda de los caballos, mezclados con pequeños rinocerontes, un ciervo, y debajo de los rinocerontes enfrentados, un bisonte. A la derecha de los caballos había un entrante, con espacio sólo para una persona. Contenía más caballos, un oso o quizá un felino enorme, un uro y un bisonte con muchas patas.

—Fijaos en ese bisonte en plena carrera —señaló Ayla—. Está corriendo y respirando con fuerza, y los leones —añadió, primero sonriendo y luego riéndose a carcajadas.

—¿Qué encuentras tan gracioso? —preguntó Jondalar.

—¿Ves esos dos leones? La hembra sentada está en celo, y el macho está muy interesado, pero ella no. No es él con quien ella quiere compartir placeres, así que se sienta y no le permite acercarse. El artista los pintó tan bien que se percibe el desdén en la expresión de la hembra, y eso a pesar de que el macho intenta mostrarse grande y fuerte... ¿ves cómo enseña los dientes? Porque sabe que la leona no lo considera digno de ella, y le tiene un poco de miedo —explicó Ayla—. ¿Cómo puede conseguir eso un artista? Conseguir esa expresión con tal exactitud...

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó la Guardiana. Nadie había dado antes esa explicación, pero tal como la planteó Ayla, parecía del todo acertada: era verdad que tenían esas expresiones.

—Cuando aprendí a cazar por mi cuenta, solía observar a los leones —respondió Ayla—. Por entonces vivía con el clan, y como en principio las mujeres del clan no deben cazar, decidí que yo, en lugar de cazar animales para comer, ya que no podía llevarlos conmigo y se echarían a perder, cazaría los devoradores de carne que nos robaban la comida. Aun así, cuando se enteraron, tuve problemas.

La Guardiana había empezado a tararear otra vez, y Jonokol acompañó sus tonos con notas armoniosas. La Primera se disponía a unirse a ellos cuando Ayla salió del entrante.

—Los leones son lo que más me ha gustado. Creo que ese león frustrado emitiría un sonido así —dijo, y empezó a emitir un gruñido ascendente que acabó en un descomunal rugido. Reverberó en la roca de la cueva hasta el final del pasadizo que se extendía ante ellos y luego salió hacia la cámara donde se hallaba el cráneo de oso.

La Guardiana, sorprendida y un poco asustada, retrocedió de un salto.

—¿Y eso cómo lo hace? —Miró a la Primera y a Willamar con cara de

incredulidad.

Los dos se limitaron a mover la cabeza en un gesto de asentimiento.

—A nosotros aún nos sorprende —respondió Willamar cuando Ayla y Jondalar siguieron adelante—. Si te fijas con atención, no es tan sonoro como parece, pero es muy sonoro.

Al otro lado del entrante, un panel contenía casi exclusivamente renos, machos todos ellos. Incluso las hembras de reno tenían cornamenta, la excepción entre las distintas especies de ciervo, pero era pequeña. Los seis renos del panel presentaban cornamentas muy desarrolladas: el tronco nacía en la frente y las astas formaban una curva amplia hacia atrás. También había un caballo, un bisonte y un uro. Pero Ayla pensó que no todas las pinturas eran obra de la misma persona. El bisonte ofrecía un aspecto rígido, y el caballo parecía poco acabado, sobre todo después de haber visto los hermosos ejemplares anteriores. El autor no era un buen artista.

La Guardiania se acercó a una abertura a la derecha que llevaba a un pasadizo estrecho por el que había que ir de uno en uno debido a la forma de las paredes y a las rocas que colgaban del techo. A la derecha había un dibujo en negro de un megaceros entero, el ciervo gigante cuya característica más representativa era la joroba en la cruz, junto con una cabeza pequeña y un cuello sinuoso. Ayla se preguntó por qué aquellos artistas los representaban sin cuernos, ya que para ella ese era el rasgo principal, y la causa de la joroba.

En el mismo panel, en posición vertical y mirando hacia arriba, se veían la línea del lomo y los dos cuernos frontales de un rinoceronte, con arcos dobles que representaban las orejas. A la izquierda de la entrada se advertía la forma de la cabeza y el lomo de dos mamuts. Más allá, en la pared izquierda, había otros dos rinocerontes orientados en direcciones opuestas. El que miraba a la derecha estaba entero. Tenía además una ancha banda oscura en torno a la zona central, como muchos rinocerontes en aquella cueva. Encima de él, el que miraba a la izquierda sólo aparecía insinuado por la línea del lomo y los pequeños arcos dobles de las orejas.

A Ayla le interesó más aún la hilera de restos de fogatas a lo largo del pasadizo, utilizadas probablemente para obtener el carbón con el que realizar los dibujos. El fuego había ennegrecido las paredes cercanas. ¿Serían las fogatas de los Antiguos, de los artistas que crearon todas esas pinturas y esos dibujos increíbles en aquella cueva magnífica? Eso les confería una apariencia más real, de personas más que de espíritus de otro mundo. El suelo bajaba en pendiente pronunciada y había tres bruscos escalones de aproximadamente un metro de altura cada uno. En medio del pasadizo había grabados hechos con los dedos en lugar de dibujos en negro. Poco antes del segundo escalón, vieron tres triángulos púbicos con hendidura vulvar en el vértice inferior, dos en la pared de la izquierda y uno en la de la derecha.

La Primera empezaba a estar cansada, pero sabía que nunca más haría ese viaje, y aunque lo hiciera, sería incapaz de recorrer toda esa cueva. Jonokol y Jondalar, situándose uno a cada lado, la habían ayudado a bajar los escalones, y también cuando la pendiente era especialmente escarpada. Pese a que era un recorrido difícil para ella, Ayla advirtió que en ningún momento planteó la posibilidad de no seguir adelante. En cierto punto, la oyó comentar, casi para sí, que nunca más vería esa cueva.

Las largas caminatas a las que se había sometido durante el viaje habían mejorado su estado de salud, pero, como buena sanadora que era, sabía que ya no gozaba de las fuerzas de su juventud. Estaba decidida a ver íntegramente esa cueva tan especial una vez más.

El último panel pintado del pasadizo se hallaba justo antes del tercer escalón. A la derecha había cuatro rinocerontes, en parte pintados, en parte grabados. Uno de ellos no se distinguía muy bien, dos eran bastante pequeños y tenían bandas negras en torno al vientre y aquellas peculiares orejas. El último era mucho mayor pero estaba incompleto. En una roca colgante, un gran íbice macho pintado en negro, inconfundible por los cuernos orientados hacia atrás extendiéndose sobre casi todo el cuerpo, contemplaba al otro grupo de animales desde su posición elevada. En el lado izquierdo, la pared había sido raspada en preparación para varios animales: seis caballos enteros o parciales, dos bisontes y dos megaceros —en ambos casos, uno completo y uno inacabado—, dos rinocerontes pequeños y varias líneas y marcas.

Venía a continuación el último descenso escarpado: un tramo de cuatro metros y medio con gradas desiguales originadas por el paso del agua y concavidades en la tierra de relleno del suelo, además de grandes nidos de oso excavados en él. Jondalar, Jonokol, Willamar y Ayla ayudaron a la Primera a bajar. Sería igual de difícil hacerla subir, pero todos estaban decididos a continuar. Colgaban rocas del techo, reflejándose la luz de las antorchas en sus superficies tersas y claras, pero no estaban decoradas. La pared derecha contenía alguna que otra muestra de arte, pero no muchas.

La Guardiania reanudó su tarareo, y la Primera unió su voz a la de ella; luego Jonokol la imitó. Ayla esperó. En primer lugar se volvieron hacia la pared derecha, pero Ayla no entendió la razón, ya que no resonaba bien. En un panel se veían tres rinocerontes negros —uno acabado, con banda negra en torno a la franja central, otro que se reducía a un contorno, y un tercero que era sólo la cabeza—, tres leones, un oso, la cabeza de un bisonte y una vulva. Ayla tuvo la impresión de que contaban una historia, quizá sobre mujeres, y deseó saber cuál era. Después se dieron la vuelta y contemplaron la pared izquierda. Entonces la cueva sí les devolvió su canto con claridad.

A simple vista se veía que la primera parte de la pared izquierda estaba dividida

en tres grandes secciones. Muy cerca del principio de ese espacio advirtieron tres leones juntos mirando a la derecha, mostrados en perspectiva mediante la línea del lomo. El más grande, también el más alejado, pintado en negro, medía casi tres metros de largo y mostraba el escroto, así que no había duda alguna acerca del sexo. El del centro estaba dibujado en rojo, y quedaba claro igualmente que era macho. El que se hallaba más cerca era de menor tamaño, una hembra. Al contemplar el dibujo, Ayla tuvo sus dudas sobre el del medio. No se veía una tercera cabeza, y acaso estuviera allí sólo para crear perspectiva y se tratase en realidad de una pareja de leones. Pese a su sencillez, las líneas eran muy expresivas. Por encima de los lomos, distinguió apenas tres mamuts grabados con el dedo. En esa parte de la cueva predominaban los leones. A la derecha de los leones había un rinoceronte, y a la derecha de este, otros tres leones más mirando a la izquierda que parecían observar a los otros leones y a los dos rinocerontes, lo cual confería cierto equilibrio al panel.

Todas las pinturas de esa sección estaban situadas a una altura a la que una persona podía acceder desde el suelo, excepto por un mamut grabado en la parte superior de la pared. Por debajo de muchas de las pinturas se advertían zarpazos de oso, pero también había alguno que otro por encima, de donde se desprendía que había habido allí osos después de marcharse los humanos.

En el centro de la sección se formaba un entrante. A su izquierda vieron leones rojos desvaídos y puntos con leones negros superpuestos. Después venía una sección con un rinoceronte dotado de múltiples cuernos, ocho en perspectiva, de modo que parecían ocho rinocerontes, uno al lado del otro, así como muchos otros más. A la derecha del panel de los rinocerontes, estaba el entrante, y dentro encontraron el dibujo de un caballo. Encima habían pintado dos rinocerontes negros y un mamut, y animales insinuados saliendo de las profundidades de las rocas: un caballo salía del entrante, un bisonte enorme asomaba de una grieta, como procedente del otro mundo, luego unos mamuts y un rinoceronte.

La sección a la derecha del entrante mostraba básicamente dos especies de animal: leones y bisontes, leones cazando bisontes. Los bisontes se apiñaban en forma de manada a la izquierda, y los leones acechaban a la derecha, como si aguardasen una señal para abalanzarse sobre ellos. Los leones eran de una ferocidad hermosa, como debía ser, pensó Ayla; al fin y al cabo, el León Cavernario era su tótem. A juicio de Ayla, esa era la cámara más espectacular de la cueva. Eran tantas las imágenes que no podía asimilarlas todas, por más que quisiera. El enorme panel terminaba en un saliente que formaba una especie de segundo hueco, poco profundo, con un rinoceronte negro entero saliendo del mundo de los espíritus. Al otro lado de ese hueco había un bisonte con la cabeza dibujada de cara y el cuerpo de perfil, perpendicular a la cabeza, un recurso pictórico muy eficaz.

El bisonte se hallaba sobre una cavidad circular que contenía dos cabezas de león

y los cuartos anteriores de otro león mirando hacia la derecha. Encima de los leones se veía un rinoceronte negro con bandas rojas que representaban heridas y sangre que le salía por la boca. Más allá, una ancha roca colgante señalaba el lugar donde descendía el techo hasta formar un ángulo recto con la pared derecha. Dicha roca tenía tres leones y otro animal pintados en la superficie interna, pero se veían desde la cámara. Justo antes de empezar a disminuir la altura del techo, sobresalía de él una protuberancia rocosa de punta redondeada que descendía verticalmente. Tenía cuatro caras, todas suntuosamente decoradas.

—Para entenderlo bien, hay que dar toda la vuelta —indicó la Guardiana, mostrando a Ayla la figura compuesta en su totalidad: los cuartos anteriores de un bisonte sobre dos piernas humanas, entre las cuales había una gran vulva, sombreada en negro, con un trazo vertical grabado en el extremo de abajo. Eran las extremidades inferiores de una mujer con cabeza de bisonte. En la parte posterior de la roca colgante vieron un león—. Siempre me ha parecido que esa roca colgante tenía forma de órgano masculino.

—Es verdad —coincidió Ayla.

—Hay un par de salas pequeñas con unas cuantas pinturas interesantes —dijo la Guardiana—. Si quieres, te las enseño.

—Sí. Me gustaría ver todo lo posible antes de marcharme —respondió Ayla.

—Verás que aquí, detrás de la roca colgante con forma de miembro viril, hay tres leones, y después del rinoceronte que sangra, un pequeño pasadizo conduce a un hermoso caballo —explicó la Guardiana, reanudando la marcha para guiarla—. Y aquí, al final del panel, está el gran bisonte. Cerca hay un gran león y unos caballos pequeños. Es muy difícil acceder a la zona situada al otro lado.

Ayla volvió al principio de la cámara, donde la Primera descansaba sentada en una piedra. Los demás visitantes se hallaban cerca de ella.

—¿Y bien, Ayla? ¿Qué te parece? —preguntó la Zelandoni.

—No sabes cuánto me alegro de que me hayas traído aquí. Creo que esta es la cueva más hermosa que he visto. Es más que una cueva, pero no sabría cómo llamarla. Cuando vivía con el clan, no sabía que se podía ver una cosa en la vida real y crear otra cosa parecida por un medio distinto. —Ayla miró alrededor en busca de Jondalar y sonrió al verlo. Él se acercó y la rodeó con el brazo, que era lo que ella deseaba. Necesitaba compartir ese momento con él—. Después, cuando fui a vivir con los mamutoi y vi lo que era capaz de hacer Ranec con el marfil, y otros con cuero y cuentas, y a veces dibujando sólo con un palo en la tierra alisada, me quedé atónita.

Se interrumpió y bajó la mirada hacia el húmedo suelo arcilloso de la cueva. Se hallaban todos agrupados en un mismo sitio bajo el resplandor vacilante de las antorchas. La luz no llegaba muy lejos, y los animales pintados en las paredes eran meras insinuaciones en la oscuridad, semejantes a las imágenes fugaces que veía la

mayoría de la gente en el exterior.

—En este viaje, y en otros anteriores, hemos visto pinturas y dibujos muy hermosos, y algunos no tan hermosos pero igualmente increíbles. No sé cómo la gente lo hace, y no puedo concebir siquiera la razón por la que lo hace. Creo que su intención es complacer a la Madre, y no me cabe duda de que lo consiguen, y tal vez quieren contar Su historia, u otras historias. O quizá la gente pinte por el mero hecho de que es capaz de pintar. Como Jonokol, a alguien se le ocurre dibujar algo y lo dibuja. Es lo mismo que cuando tú cantas, Zelandoni. La mayoría de las personas pueden cantar, más o menos, pero nadie como tú. Cuando te oigo, sólo quiero escucharte. Me siento bien por dentro. Lo mismo me ocurre cuando veo estas cuevas pintadas, o cuando Jondalar me mira con sus ojos llenos de amor. Tengo la sensación de que quienes crearon estas imágenes me miran con ojos llenos de amor. —Bajó la vista porque estaba conteniendo las lágrimas. Normalmente era capaz de controlar el llanto, pero en ese momento le costó—. Creo que la Madre también debe de sentirse así —concluyó, y los ojos le brillaron bajo la titilante luz.

«Ahora sé por qué está emparejada», pensó la Guardiania. «Será una Zelandoni extraordinaria; ya lo es, de hecho, pero no podría serlo sin él. Tal vez esa sea la función que la Madre le ha asignado a él.» Empezó a tararear. Jonokol se unió a ella. Su voz siempre contribuía a que el canto de los demás sonara mejor. Luego se sumó Willamar, aportando sólo sílabas sueltas. Tenía una voz aceptable, pero no hacía más que complementar la música de los demás. Lo siguió Jondalar, que tenía buena voz, pero sólo cantaba cuando lo hacían los demás. Finalmente, acompañada por el coro de voces que resonaban en la cueva de piedra hermosamente decorada, La Que Era la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra reanudó el Canto a la Madre por el punto donde lo había dejado.

*Y su luminoso amigo no iba ya a ceder más terreno
ante el ladrón que mantenía retenido al hijo de su seno.
Juntos pugnaron por el rescate del hijo que Ella adoraba.
Sus esfuerzos no fueron en vano, su luz de nuevo alumbraba.
Recobraba la energía. Su resplandor volvía.*

*Pero las inhóspitas tinieblas ansiaban su vivo y radiante calor.
La Madre firme se mantuvo en su defensa y resistió con vigor.
El torbellino tiró con violencia, negándose a soltar a su presa,
y Ella luchó de tú a tú contra la oscuridad arremolinada y aviesa.
De las tinieblas se protegió. Pero su hijo otra vez se alejó.*

*Cuando la Madre combatía al torbellino y al caos hacía huir,
la luz de su hijo con intensidad veía nuevamente refulgir.
Cuando Ella flaqueaba, el inhóspito vacío volvía a la carga,*

*y la oscuridad retornaba al final de una jornada ardua y larga.
De su hijo sentía el calor. Mas aún no había vencedor.*

*En el corazón de la Madre anidaba una inmensa pena,
Su hijo y Ella por siempre separados, esa era la condena.
Suspiraba por el niño que en otro tiempo fuera su centro,
y una vez más recurrió a la fuerza vital que llevaba dentro.
No podía darse por vencida. Su hijo era su vida.*

*Cuando llegó la hora, manaron de Ella las aguas del parto,
devolviendo la verde vida a un mundo seco como el esparto.
Y las lágrimas por su pérdida, profusamente derramadas,
tornáronse arco iris y gotas de rocío, maravillas inusitadas.
La Tierra recobró su verde encanto, pero no sin llanto.*

*Partió en dos las rocas con un atronador rugido,
y en sus profundidades, en el lugar más escondido,
nuevamente se abrió la honda y gran cicatriz,
y los Hijos de la Tierra surgieron de su matriz.
La Madre sufría, pero más hijos nacían.*

*Todos los hijos eran distintos, unos terrestres y otros voladores,
unos grandes y otros pequeños, unos reptantes y otros nadadores.
Pero cada forma era perfecta, cada espíritu acabado,
cada uno era un modelo digno de ser copiado.
La Madre era afanosa. La Tierra cada vez más populosa.*

*Todos, aves, peces y animales, eran su descendencia,
y esta vez la Madre nunca habría de padecer su ausencia.
Cada especie viviría cerca de su lugar originario,
y compartiría con los demás aquel vasto escenario.
Con la Madre permanecerían; de Ella no se alejarían.*

*Aunque todos eran sus hijos y la colmaban de satisfacción,
consumían la fuerza vital que hacía latir su corazón.
Pero aún le quedaba suficiente para una génesis postrera,
un hijo que supiera y recordara quién la Suma Hacedora era.
Un hijo que la respetaría y a protegerla aprendería.*

*La Primera Mujer nació ya totalmente desarrollada y viva,
y recibió los dones que necesitaba, esa era su prerrogativa.
La Vida era el Primer Don, y como la Madre naciente,
al despertar del gran valor de la vida era ya consciente.
La Primera en salir de la horma, las demás tendrían su forma.*

Vino luego el Don de la Percepción, del aprendizaje,

*el deseo de saber, el Don del Discernimiento, un amplio bagaje.
La Primera Mujer llevaba el conocimiento en su interior,
que la ayudaría a vivir y transmitiría a su sucesor.
Sabría la Primera Mujer cómo aprender, cómo crecer.*

*Con la fuerza vital casi extinta, la Madre se consumía,
transmitir el Espíritu de la Vida, sólo eso pretendía.
A sus hijos confirió la facultad de crear una nueva vida,
y también la Mujer con esa posibilidad fue bendecida.
Pero la Mujer sola se sentía; a nadie tenía.*

*La Madre recordó la experiencia de su propia soledad,
el amor de su amigo y su caricia llena de inseguridad.
Con la última chispa que le quedaba, el parto empezó,
para compartir la vida con la Mujer, al Primer Hombre creó.
De nuevo alumbraba; otro más alentaba.*

*A la Mujer y el Hombre había deseado engendrar,
y el mundo entero les obsequió a modo de hogar,
tanto el mar como la tierra, toda su Creación.
Explotar los recursos con prudencia era su obligación.
De su hogar debían hacer uso, sin caer en el abuso.*

*A los Hijos de la Tierra la Madre concedió
los dones precisos para sobrevivir, y luego decidió
otorgarles la alegría de compartir y el don del placer,
por el cual se honra a la Madre con el goce de yacer.
Los dones aprendidos estarán cuando a la Madre honrarán.*

*La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.
Les enseñó a amarse y respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el don del placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.
Tras a los hijos su bendición dar, la Madre pudo reposar.*

Cuando acabaron, reinó un silencio sepulcral. Todos los allí presentes sintieron, más que nunca, el poder de la Madre y del Canto a la Madre. Volvieron a contemplar las pinturas y tomaron aún mayor conciencia de los animales que parecían salir de las grietas y las sombras de la cueva, como si la Madre estuviera creándolos, dándoles vida, trayéndolos del otro mundo, el mundo de los espíritus, el gran inframundo de la Madre.

A continuación oyeron un sonido estremecedor, el maullido de un cachorro de león. Pasó a convertirse en el sonido de un león de corta edad al llamar a su madre, luego en los primeros intentos de rugir de un joven león macho, y finalmente los

resoplidos y gruñidos previos al rugido propio de un león macho llamando a los suyos.

—¿Y eso cómo lo hace? —preguntó la Guardiana—. Parece un león pasando por las distintas etapas de crecimiento. ¿Cómo sabe una cosa así?

—Crio un león. Lo cuidó mientras crecía y le enseñó a cazar con ella —respondió Jondalar—. Y rugía con él.

—¿Eso te lo ha contado ella? —preguntó la Guardiana, con un asomo de duda insinuándose en su voz.

—Bueno, sí, más o menos. El león la visitó cuando yo me recuperaba de mis heridas en su valle. No le gustó verme allí y me atacó. Ayla se interpuso entre nosotros y él dio un giro y paró en seco. Entonces ella se revolcó por el suelo y lo abrazó; luego se subió a su lomo y lo montó, como hace con Whinney. Pero no creo que fuera a donde ella quería, sino sólo a donde él quiso llevarla. No obstante, la trajo de vuelta. Cuando más tarde la interrogué, me lo contó todo —explicó Jondalar.

Su historia era tan sencilla que resultaba convincente. La Guardiana se limitó a cabecear.

—Me parece que deberíamos encender todas antorchas nuevas —sugirió—. Queda al menos una para cada uno, y además llevo los candiles.

—Yo esperaré a encender las antorchas cuando hayamos salido de este pasadizo —opinó Willamar.

—Sí, tienes razón —coincidió Jonokol—. ¿Puedes sostener la mía? —preguntó a la Guardiana.

Jonokol, Jondalar, Ayla y Willamar subieron en brazos a la Primera por los escalones más altos mientras la Guardiana sostenía las antorchas para alumbrarles el camino. Tiró una que había quedado prácticamente reducida a nada a una de las antiguas fogatas dispuestas junto a las paredes. Cuando llegaron a las pinturas de los caballos, todos cogieron una antorcha nueva. La Guardiana apagó las que estaban medio quemadas y las guardó en su morral. Después emprendieron el camino de vuelta. Nadie decía gran cosa, sólo contemplaban otra vez los animales a su paso. Antes de llegar a la entrada, repararon en la cantidad de luz que penetraba a gran profundidad en la cueva.

En la entrada, Jonokol se detuvo.

—¿Puedes llevarme al espacio amplio de aquella otra sala?

—Por supuesto —respondió la Guardiana sin preguntar el motivo. Ya lo conocía.

—Me gustaría acompañarte, Zelandoni de la Decimonovena Caverna —dijo Ayla.

—Me parece muy bien. Será un placer para mí. Puedes sostener mi antorcha —contestó él con una sonrisa.

Fue Ayla quien encontró la Cueva Blanca, y Jonokol el primero a quien ella se la enseñó. Ayla sabía que él iba a pintar en esas hermosas paredes, aunque tal vez

necesitaría ayudantes. Los tres volvieron a la segunda sala de la Cueva de los Osos mientras los demás salían. La Guardiania los llevó por un atajo, y sabía adónde debía ir, al lugar en el que él se había fijado al entrar en esa parte de la cueva. Jonokol encontró el entrante aislado y la concreción antigua que habían visto antes.

Tras sacar un cuchillo de pedernal, se acercó a la estalagmita con la parte superior en forma de vasija y talló en la base, con movimientos diestros, el testuz, el ollar, la boca, la quijada y el carrillo de un caballo, luego dos trazos más enérgicos para la crin y el lomo. Lo miró por un momento y grabó, por encima del primer caballo, la cabeza de un segundo orientado en sentido contrario. Allí la piedra era un poco más dura, por lo que le resultó un poco más difícil realizar las incisiones, y la línea del testuz no le quedó tan precisa, pero procedió a dibujar los pelos individuales de una crin erizada a intervalos regulares. Por fin dio un paso atrás y contempló su obra.

—Quería aportar algo a esta cueva, pero no sabía si debía hasta que la Primera ha entonado el Canto a la Madre en lo más hondo de la cueva —dijo el Zelandoni de la Decimonovena Caverna.

—Ya te he dicho que era decisión de la Madre, y que llegado el momento tú mismo lo sabrías. Ahora también lo sé yo: ha sido lo acertado —dijo la Guardiania.

—Has hecho bien —corroboró Ayla—. Quizá sea ya hora de que deje de llamarte Jonokol y empiece a usar el nombre de Zelandoni de la Decimonovena.

—Eso tal vez en público, pero entre nosotros espero ser siempre Jonokol, y que tú seas Ayla —respondió él.

—También a mí me gustaría —dijo Ayla, y se volvió hacia la Guardiania—. Para mí tú eres la Guardiania, aquella que guarda algo, pero si no te importa, me gustaría saber el nombre con el que naciste.

—Me llamaba Dominica —contestó la mujer—, y yo siempre pensaré en ti como Ayla, pase lo que pase, aunque te conviertas en la Primera.

Ayla cabeceó.

—Es poco probable. Soy una forastera con un acento extraño.

—Eso no importa —repuso Dominica—. Nosotros reconocemos a la Primera o al Primero, aunque no los conozcamos personalmente. Y me gusta tu acento. Creo que con él te distingues de los demás, como es propio de La Que Es la Primera.

Acto seguido los condujo de vuelta a la salida.

Ayla pasó el resto del día pensando en esa extraordinaria cueva. Era tanto lo que había por ver, por asimilar, que deseó visitarla de nuevo. Esa noche la gente hablaba de lo que debía hacerse con Gahaynar, y a ella se le iba el pensamiento a la cueva una y otra vez. Él parecía recuperarse de la tremenda paliza recibida. Pese a que llevaría las cicatrices el resto de su vida, no parecía albergar rencor hacia las personas que se la habían propinado. Si acaso, se le veía agradecido no sólo por estar vivo, sino

porque los zelandonia cuidaran de él.

Sabía lo que había hecho, aun cuando nadie más lo supiera. Balderan y los otros habían muerto por cosas no mucho peores. Ignoraba por qué él había sobrevivido, como no fuera porque, para sus adentros, mientras Balderan planeaba matar a la forastera, él había rogado a la Madre que lo salvara. Era consciente de que no saldrían impunes y no quería morir.

—Parece sincero en su deseo de reparar los daños causados —comentó la Zelandoni Primera—. Tal vez porque ahora sabe que puede tener que pagar por sus actos, pero por lo visto la Madre ha decidido salvarlo.

—¿Alguien sabe en qué caverna nació? —preguntó la Primera—. ¿Tiene parientes?

—Sí, su madre —contestó una Zelandoni—. No conozco a ningún otro familiar, pero creo que es bastante anciana y está perdiendo la memoria.

—Entonces he ahí la respuesta —dictaminó la Primera—. Debe volver a su caverna para cuidar de su madre.

—Pero ¿cómo reparará así los daños causados a otros? Es su madre —intervino otra Zelandoni.

—No tiene por qué ser una tarea fácil si ella sigue deteriorándose, pero libraré a la caverna de la carga de tener que cuidar de ella, y a él le proporcionará algo útil que hacer. No creo que esas fueran sus intenciones mientras estaba con Balderan, cuando cogía todo lo que quería sin necesidad de trabajar para conseguirlo. Habrá que obligarlo a trabajar, a salir a cazar por su cuenta, o al menos a participar en las cacerías comunales con su caverna, y a ayudar personalmente a su madre en todo lo que necesite.

—Supongo que esas son cosas que a un hombre no tienen por qué gustarle, cuidar de una anciana —dijo la otra Zelandoni—, aun tratándose de su propia madre.

Ayla había estado escuchando a medias, pero captó la esencia de la conversación y le pareció un buen plan; después siguió pensando en el Lugar Sagrado Más Antiguo. Finalmente decidió que en algún momento en los próximos días volvería a la cueva sola o quizá con Lobo.

Al día siguiente, a última hora de la mañana, Ayla pidió a Levela que le cuidara otra vez a Jonayla y vigilara la carne que había dejado a secar. Había colocado más carne de bisonte en el tendedero y pensó que ese era un buen momento para satisfacer el deseo de ver nuevamente el Lugar Sagrado Más Antiguo.

—Voy a volver a entrar en la cueva, esta vez con Lobo. Quiero verla otra vez antes de marcharnos. ¿Quién sabe cuándo regresaré aquí, si es que regreso?

Cogió varias antorchas y un par de candiles de piedra, junto con mechas de liquen y secciones de intestino rellenas de grasa con los extremos atados que guardó en una

bolsa de piel de doble capa. Comprobó su equipo para encender fuego y se aseguró de que llevaba el material indicado: una piedra de fuego y pedernal, ramitas y yesca, y trozos de leña de mayor tamaño. Llenó el odre y añadió un vaso para ella y un cuenco para Lobo. Cogió también la bolsa de medicinas con unos cuantos paquetitos de hierba —aunque dudaba que fuera a preparar una infusión—, su mejor cuchillo y ropa de abrigo para ponerse dentro de la cueva, aunque prescindió del calzado. Estaba acostumbrada a andar descalza. Tenía las plantas de los pies casi tan duras como pezuñas.

Llamó a Lobo con un silbido y enfiló el camino en dirección a la cueva. Cuando llegó a la amplia entrada, echó un vistazo al rincón a resguardo de la cornisa. La fogata no estaba encendida, y cuando se asomó a mirar dentro de la construcción destinada a dormir, vio que no había nadie. Ese día la Guardiana no estaba allí. Normalmente cuando alguien tenía intención de visitar el Lugar Sagrado Más Antiguo se lo comunicaban antes, y Ayla sencillamente decidió presentarse allí sin previo aviso.

Encendió una pequeña fogata en el hogar y a continuación prendió una antorcha; sosteniéndola en alto, entró e indicó a Lobo que la siguiera. De nuevo percibió lo grande que era la cueva, y el desorden de las primeras salas: columnas desprendidas del techo y volcadas, y enormes bloques y rocas caídas y cascotes desparramados por el suelo. La luz penetraba en la cueva a cierta profundidad, y Ayla repitió el recorrido del día anterior: a la izquierda y recto, hasta entrar en la enorme sala con los revolcaderos de osos. Lobo permaneció cerca de ella.

Se mantuvo a la derecha del pasadizo, a sabiendas de que salvo por la gran sala de la derecha, que pensaba visitar a la salida, no había gran cosa que ver hasta medio camino cueva adentro. No se proponía pasar mucho tiempo en la cueva ni volver a verlo todo, sino sólo unas cuantas cosas. Accedió a la cámara donde se hallaban las cavidades creadas por los osos y continuó junto a la pared de la derecha hasta llegar a la siguiente sala, situada al fondo. Allí buscó la roca gruesa y afilada que descendía del techo.

Allí estaban, tal y como recordaba, el leopardo de cola larga y la hiena-oso pintados en rojo. ¿Era una hiena o un oso? Sí, por la forma de la cabeza parecía un oso cavernario, pero el hocico era más largo y el mechón en lo alto de la cabeza y el asomo de melena semejaban el pelo erizado de una hiena. Ninguno de los otros osos de la cueva tenía patas largas ni esa forma estilizada. «¡Y mira el segundo oso que hay encima!», se dijo. «No sé qué quería expresar el artista con esta pintura, pero a mí me parece que es una hiena, pese a ser la única que he visto pintada en una cueva. Pero tampoco había visto nunca un leopardo. Hay un oso, una hiena y un leopardo pintados en este lugar, todos ellos animales fuertes y peligrosos. Me pregunto qué dirían los fabuladores ambulantes de esta escena.»

Mirando pero sin entretenerse, Ayla pasó ante la siguiente serie de imágenes:

primero algo que quizá fueran insectos, y luego una fila de rinocerontes, leones, caballos, mamuts, signos, puntos, huellas de manos. Sonrió ante el dibujo en rojo del oso pequeño, tan parecido a los demás osos de esa cueva, pero de menor tamaño. Se acordó de que en esa sección la Guardiania había doblado a la izquierda y seguido junto a la pared derecha. En el siguiente espacio, tras un desnivel en el suelo de un metro y medio, se advertían indicios de la presencia de osos cavernarios; después venía la zona con la profunda hondonada en el centro.

Esa era la sala donde todos los dibujos, o grabados, estaban en blanco, porque las superficies blancas estaban cubiertas de vermiculita, una arcilla suave de color marrón claro. Entre todos los grabados, le llamó especialmente la atención el rinoceronte que salía de una grieta en la pared y se detuvo a contemplarlo. ¿Por qué los antiguos pintaban esos animales en las paredes de las cuevas?, se preguntó. ¿Por qué Jonokol había deseado grabar la imagen de los dos caballos en la sala próxima a la entrada de la cueva? Al hacerlo, estaba totalmente absorto en su labor, tan concentrado como los zelandonia al beber la infusión en el emplazamiento sagrado de la Séptima Caverna de los zelandonii de las Tierras del Sur. Los artistas probablemente no serían capaces de crear imágenes tan extraordinarias sin abstraerse de esa manera. Tenían que pensar en lo que hacían.

¿Las creaban para sí mismos o para mostrárselas a los demás? ¿Y quiénes eran los demás? ¿Las otras personas de sus cavernas o los otros zelandonia? Algunas de las salas mayores de ciertas cuevas tenían cabida para gran número de gente, y a veces se celebraban en ellas ceremonias, pero muchas de las imágenes se realizaban en grutas pequeñas o en espacios muy reducidos de cuevas mayores. Debían de hacerlas por sus propias razones, por el valor de las imágenes en sí mismas. ¿Buscaban algo en el mundo de los espíritus? Tal vez un espíritu animal propio, como lo era para ella el tótem del león, o un espíritu animal que los acercara a la Madre. Cuando se lo preguntaba a la Zelandoni, nunca obtenía una respuesta satisfactoria. ¿Era algo que debía averiguar por su cuenta?

Lobo había permanecido junto a Ayla, pegado a la pared que ella seguía. Ayla llevaba la única luz en aquella cueva totalmente a oscuras, pero Lobo, pese a que sus otros sentidos le proporcionaban más información sobre el entorno que la antorcha de ella, también prefería ver.

Ayla supo que había llegado a la siguiente sección de la cueva por la perceptible disminución en la altura del techo. En las paredes y rocas colgantes había más mamuts y bisontes y ciervos, algunos grabados en blanco, otros dibujados en negro. Esa era la sala donde se hallaba el cráneo de un oso cavernario sobre la roca plana, y Ayla se acercó a verlo otra vez. Se detuvo allí por un momento, volviendo a acordarse de Creb y el clan, y luego prosiguió. Un terraplén de arcilla gris parecía bordear esa cámara. Trepó por él para llegar a la última sala, la que no había visitado la Primera.

Advirtió en la arcilla huellas de oso que no había visto en su visita anterior. Dos altos escalones le permitieron acceder al siguiente espacio.

Como a los lados el techo era demasiado bajo para caminar erguida, avanzó por el centro de la sala. Decidió que había llegado el momento de encender otra antorcha. Frotó la primera contra el techo bajo para desprender el ascua. En cuanto se aseguró de que estaba apagada, guardó los restos en el morral. Tuvo que encorvarse para seguir adelante por aquel camino natural y, en la base de una roca colgante, advirtió una hilera horizontal de siete puntos rojos, junto a una serie de puntos negros. Finalmente, recorridos unos quince metros, pudo erguirse de nuevo.

Había más marcas negras de antorcha: obviamente otras personas habían utilizado esa zona para apagar sus antorchas. Al fondo, el techo descendía hacia el suelo. Lo cubría una fina capa amarilla de piedra reblandecida que se había disgregado en vermiculaciones: líneas onduladas semejantes a pequeños gusanos. En esa superficie inclinada, usando básicamente dos dedos, habían dibujado el sencillo contorno de un caballo. Por la propia inclinación, debía de haber sido muy difícil para el artista dibujar allí, viéndose obligado a echar la cabeza hacia atrás en todo momento, sin tener una visión de conjunto mientras trabajaba en el dibujo. Las proporciones eran un poco inexactas, pero era el último dibujo de la cueva. Advirtió que también se habían trazado los contornos de un par de mamuts en el techo inclinado.

Ayla detectó un olor y miró alrededor; vio que Lobo había orinado. Sonrió. Era inevitable. Cuando se giró para volver sobre sus pasos, se preguntó si habría otra salida de la cueva cerca de allí, pero sólo se lo planteó por un momento. No iba a buscarla. Junto a la pared, sintió que se le hundían los pies en el suelo de arcilla frío y blando. Lobo la seguía, andando por la misma arcilla blanda. Al salir de esa última sala, la pared que antes tenía a la derecha ahora quedaba a la izquierda. Pasó ante el panel de mamuts grabados y llegó a una de las secciones que más deseaba ver: los caballos pintados en negro.

En esta ocasión examinó la pared con mayor detenimiento. Vio que, para dejar al descubierto la caliza blanca, se había raspado la suave capa marrón de una amplia sección de pared, que incluía la mayor parte de un grabado anterior de un rinoceronte y un mamut. El color negro se había conseguido con carbón, pero por la manera de aplicarlo, unas partes quedaban más oscuras y otras más claras, confiriendo así un aspecto más realista a los caballos y demás animales. Si bien fueron los caballos los que la atrajeron hasta allí, no eran estos, sino unos uros, los primeros animales del panel. Y volvió a sonreír al ver los leones en el interior del entrante. Estaba claro que aquella hembra no sentía el menor interés por el joven macho. Allí sentada, no tenía intención de moverse.

Ayla recorrió lentamente la pared pintada en toda su longitud hasta llegar a la entrada de la larga galería que llevaba a la última sala con pinturas y, a la derecha, vio

el ciervo gigante pintado a cierta altura. También era allí donde había una hilera de antiguas fogatas junto a la pared, el lugar donde se hacía el carbón. El suelo empezó a descender. Después del último gran escalón, Ayla accedió a la sala final y avanzó aún más despacio. Le encantaron los leones, tal vez porque eran su tótem, pero además parecían reales. Llegó al extremo y examinó la última roca colgante, la que parecía un órgano viril. Tenía pintada una vulva entre unas piernas humanas, y era en parte bisonte y en parte león. Tuvo la certeza de que también allí alguien intentaba contar una historia. Finalmente, se dio media vuelta e inició el camino de regreso. En la entrada de la cámara, se detuvo y volvió a mirar.

Deseaba marcharse con un recuerdo, algo como el canto de la Primera a la cueva. Ella no sabía cantar, pero sonrió al pensar en algo que sí podía hacer. Podía rugir como había hecho la primera vez que estuvo allí. Al igual que los leones, empezó por el gruñido previo al rugido. Cuando por fin lo soltó, fue el mejor rugido de que era capaz; incluso Lobo se encogió un poco.

Habían planeado partir temprano, pero Amelana se puso de parto de madrugada, así que, lógicamente, los zelandonia de visita no podían marcharse. Ya a última hora de la tarde dio a luz a un bebé saludable, un niño, y la madre de Amelana ofreció una comida en celebración. No emprendieron el viaje de regreso, pues, hasta la mañana siguiente, y para entonces las despedidas tuvieron algo de anticlímax.

La composición del grupo de viajeros había vuelto a cambiar. Después de irse Kimeran, Beladora y los dos niños, y ya sin Amelana, sólo quedaban once, y tuvieron que organizarse de otra manera. Sin más compañero de juegos que Jonlevan, que era un año menor, Jonayla echó de menos a sus amigos. Jondecam sintió la ausencia de Kimeran, su tío, que era más como un hermano, y no se dio cuenta hasta entonces de lo bien que se entendían cuando trabajaban juntos. Le entristeció pensar que quizá nunca volverían a verse. Las únicas mujeres eran Ayla, Levela y la Primera, y añoraban a Beladora y los caprichos juveniles de Amelana. Tardaron un tiempo en volver a acomodarse a la rutina del viaje.

Siguieron el río cauce abajo, y cuando este desembocó en el Gran Río, lo bordearon en dirección al sur. Avistaron el vasto Mar del Sur un día antes de llegar a él, pero el paisaje ofrecía algo más que esa inmensa extensión de agua. Vieron manadas de renos, y megaceros, un grupo matriarcal de mamuts lanudos junto con sus crías de todas las edades, y varios rinocerontes lanudos. También empezaban a congregarse allí distintos ungulados, como los uros y los bisontes, en preparación para el otoño, cuando miles de ellos se reunirían para las peleas y los emparejamientos. Los caballos se desplazaban hacia sus pastizales de invierno. Una brisa fresca soplaba desde el mar; el Mar del Sur era un mar frío, y Ayla, al contemplar esa superficie de agua gélida, se dio cuenta de que pronto cambiaría la

estación.

Encontraron a los comerciantes de quienes había hablado Conardi y al propio Conardi. Este se ocupó de las presentaciones, y se demostró que los cestos de Ayla eran un artículo deseable. Para las personas que viajaban cargando objetos, como era el caso de los comerciantes, los recipientes bien hechos eran una necesidad. Ayla dedicó su primera tarde en el lugar donde acamparon a confeccionar más cestos. También fueron bien acogidas las puntas y las herramientas de pedernal de Jondalar. La habilidad y la experiencia de Willamar como comerciante se impusieron a las de todos los demás. Los agrupó a todos, incluido Conardi, y se encargó de la organización.

Ofrecía una combinación de artículos, a menudo a más de una persona, como, por ejemplo, una provisión de carne seca y un cesto para llevarla. Adquirió muchas cuentas con fines decorativos, y se alegró de disponer de algunos de los cestos de Ayla para transportarlas. También consiguió sal para Ayla y un collar para Marthona realizado por uno de los recolectores de conchas, y algunos otros objetos de los que no habló a nadie.

Una vez concluida la operación comercial, iniciaron el viaje de regreso. Avanzaron más rápido que a la ida. Para empezar, conocían el camino, y no se detenían a visitar cavernas o ver cuevas pintadas. Y el cambio meteorológico los inducía a apretar el paso. Iban bien aprovisionados, con lo que no era necesario cazar tan a menudo. Sí visitaron de nuevo a Camora. Se llevó un disgusto cuando supo que Kimeran había cambiado de planes y se había quedado con la gente de su compañera. Jondecam y ella hablaron de él como si se hubiera marchado para siempre, hasta que la Primera les recordó que tenía previsto regresar.

Cuando llegaron al Gran Río, tuvieron que esperar, porque a causa de una tormenta era demasiado difícil cruzarlo mientras las aguas no volvieran a su cauce. Fue un momento de desasosiego, porque no querían quedarse aislados en esa orilla durante toda la estación. Finalmente mejoraron las condiciones y, aunque las aguas aún bajaban embravecidas, lo cruzaron. Al verse ya en el Río, se impacientaron por llegar a la caverna. Tuvieron que remontarlo a pie porque no disponían de balsas, y en todo caso habría sido un esfuerzo excesivo viajar a remo contracorriente.

Cuando por fin avistaron el enorme refugio de piedra que era la Novena Caverna, de buena gana habrían echado a correr, pero no fue necesario. Había vigías apostados en previsión de su llegada, y encendieron una hoguera de señales cuando los vieron. Casi toda la comunidad de la caverna salió a recibirlos y darles la bienvenida en su regreso a casa.

Capítulo 29

Ayla subió por el empinado sendero hacia lo alto de la pared rocosa. Acarreaba a la espalda una carga de leña sujeta a la cabeza mediante una correa ceñida en torno a la frente. La dejó junto a la columna de basalto erosionada que sobresalía del borde de la pared de piedra caliza en un ángulo en apariencia poco estable. Se detuvo a contemplar el paisaje. Por mucho que lo hubiera visto a lo largo del último año, durante el cual había estado marcando las salidas y puestas del sol y de la luna, la amplia vista nunca dejaba de conmoverla. Miró el Río, que discurría en sinuosos meandros de norte a sur. Oscuros nubarrones envolvían las crestas de los montes que se alzaban al este, al otro lado del Río, ocultando su escabroso contorno. Seguramente los vería con mayor nitidez al amanecer del día siguiente, momento en que verificaba por dónde salía el sol para comparar su posición con la del día anterior.

Se volvió en la otra dirección. El sol, con un brillo cegador, recorría su trayectoria descendente; pronto se pondría, y las escasas nubes blancas y algodinosas estaban teñidas de rosa por debajo, lo que auguraba un espectáculo magnífico. Siguió desplazando la mirada por el horizonte. Casi lamentó ver que al oeste el cielo estaba despejado. No tendría excusa para no subir esa noche, pensó mientras descendía a la Novena Caverna.

Cuando llegó a su morada bajo el saliente de piedra caliza, la encontró fría y vacía. Jondalar y Jonayla debían de haber ido a la vivienda de Proleva para la comida de la noche, se dijo Ayla, o quizá a la de Marthona. Estuvo tentada de ir a buscarlos, pero ¿de qué serviría si igualmente debía volver a marcharse?

Cogió leña menuda, pedernal y una piedra de fuego que tenía cerca del hogar frío y encendió una fogata. Cuando ya ardía bien, añadió unas piedras de cocinar; luego comprobó el odre y se alegró de que estuviera lleno. Echó un poco de agua en un cuenco de madera para cocinar con la idea de preparar una infusión. Buscó en torno al hogar y encontró un poco de sopa fría en un cesto de trama tupida, revestido de arcilla del río para impermeabilizarlo aún más, cosa que las mujeres habían empezado a hacer en los últimos años con los recipientes de cocinar. Con un cucharón hecho de asta de íbice, sacó el contenido del fondo, y con los dedos cogió unos trozos de carne fría y una raíz de algún tipo bastante reblandecida; luego acercó el recipiente al fuego y, con unas pinzas alabeadas, colocó unas cuantas brasas alrededor.

Añadió un poco más de leña al fuego y, sentada con las piernas cruzadas en un cojín, esperó con los ojos cerrados a que las piedras se calentasen para poder hervir el agua de la infusión. Estaba cansada. El último año le había resultado especialmente difícil por el tiempo que debía pasar despierta de noche. Casi la venció el sueño allí sentada, pero despertó bruscamente al caérsele la cabeza.

Humedeciéndose los dedos, salpicó las piedras de cocinar con unas gotas de agua

y observó desaparecer las gotas con un siseo y una voluta de vapor. Después, usando las pinzas alabeadas con los extremos chamuscados, apartó del fuego una piedra de cocinar y la echó en el recipiente. El agua se agitó y despidió una nube de vapor. Agregó una segunda piedra, y cuando el agua se apaciguó, hundió el dedo meñique para comprobar el calor. Estaba caliente, pero no tanto como ella quería. Echó una tercera piedra retirada del fuego y esperó de nuevo a que el agua se asentara. Entonces, con el cucharón, llenó el vaso de agua humeante y añadió unos pellizcos de hojas secas, extraídos de una hilera de cestos tapados que tenía en una estantería cerca del hogar. Finalmente aguardó a que la infusión reposara en el vaso de trama tupida.

Comprobó el contenido de una bolsa que pendía de una estaquilla clavada en un poste. Contenía dos porciones planas de asta de megaceros y un buril de pedernal, con el que grababa sus marcas en las tablillas hechas con los cuernos del ciervo gigante. Examinó el utensilio para ver si la punta, como la de un cincel, seguía aguzada; con el uso, perdía filo. A modo de mango, se había insertado el extremo romo en un fragmento de cuerno de corzo previamente reblandecido en agua hirviendo; al secarse, el cuerno se endurecía de nuevo. En una de las porciones planas de asta había anotado las puestas del sol y la luna; en la otra, había llevado la cuenta del número de días transcurridos de una luna llena a la siguiente, señalando entre las dos lunas llenas la ausencia de luna y las semilunas en direcciones opuestas. Se prendió la bolsa del cinturón. Después echó sopa caliente en un cuenco de madera y se la bebió, deteniéndose sólo para masticar los trozos de carne.

En su espacio para dormir, se ciñó en torno a los hombros el manto forrado de piel con capucha —por la noche hacía frío incluso en verano—, cogió el vaso con la infusión y abandonó su morada. Una vez más se encaminó hacia el sendero ascendente al fondo del refugio, un poco más allá del borde del saliente, y empezó a subir, preguntándose dónde estaría Lobo. A menudo él era su única compañía en esas largas noches de vigilia, echado en el suelo a sus pies mientras ella, bien abrigada, permanecía sentada en lo alto de la pared de roca.

Cuando llegó a la bifurcación del sendero, tomó rápidamente un sorbo de infusión, dejó el vaso y se dirigió a toda prisa hacia las zanjas. Si bien las cambiaban de sitio aproximadamente cada año, siempre estaban más o menos en la misma zona. Orinó rápidamente y volvió al sendero, recogió el vaso y siguió por el desvío, la vereda estrecha y escarpada que llevaba a lo alto.

No lejos de la extraña roca inclinada incrustada en el borde de la pared, había un círculo negro delimitado por un anillo de piedras que contenía carbón, y unas cuantas piedras lisas de río aptas para cocinar. Cerca de un afloramiento natural de roca, habían abierto una concavidad en la frágil piedra caliza junto a la columna. Un gran panel de hierba seca tejida para que la lluvia resbalase por las hojas superpuestas

descansaba, inclinado, contra la piedra. Debajo había un par de cuencos, incluido un recipiente para cocinar, y una bolsa de piel que contenía objetos diversos: un cuchillo de pedernal, un par de bolsas con hierbas para infusiones, un poco de carne seca. Al lado guardaban una piel enrollada que contenía un paquete de cuero con material para encender el fuego, un tosco candil de piedra y unas cuantas mechas, además de antorchas.

Ayla apartó el paquete: no encendería fuego hasta que la luna saliese. Extendió la piel y, empleando el afloramiento a modo de respaldo, se acomodó en su sitio de costumbre, de espaldas al Río para ver el horizonte de poniente. Sacó de la bolsa las tablillas de asta y el buril de pedernal y examinó el registro de las puestas de sol realizado hasta el momento. Después observó de nuevo la línea superior del paisaje al oeste.

«Anoche se puso justo a la izquierda de aquella pequeña elevación», se dijo, entornando los ojos para protegerse de los rayos del sol oblicuos y luminosos. La luz cálida y resplandeciente se deslizaba por detrás de una bruma polvorienta cerca de la tierra, que ocultaba la incandescencia abrasadora del refulgente disco rojo. Era tan perfectamente redondo como su compañera nocturna cuando estaba llena. Las dos esferas celestes eran exactamente circulares, los únicos círculos perfectos en su entorno. Con la bruma era más fácil ver el sol y precisar el lugar donde se ponía en relación con el contorno montañoso del lejano horizonte. En la luz menguante, grabó una marca en la tablilla de asta.

A continuación se volvió hacia el este, al otro lado del Río. Las primeras estrellas empezaban a salir en el cielo cada vez más oscuro. Pronto la luna enseñaría su rostro, lo sabía, aunque a veces asomaba antes de que se pusiera el sol y mostraba su cara durante el día, más pálida vista contra el claro cielo azul. Llevaba casi un año viendo salir y ponerse el sol y la luna, y si bien no le gustaba separarse de Jondalar y Jonayla, como le exigía la labor de observar los cuerpos celestes, le fascinaban los conocimientos que había adquirido. Así y todo, esa noche sentía cierto malestar. Quería volver a su morada, meterse entre sus pieles junto a Jondalar para que la abrazara, la tocara y la hiciera sentir como sólo él sabía. Se puso en pie y se sentó de nuevo, buscando una postura más cómoda, intentando prepararse para la larga noche en soledad.

Para matar el tiempo y mantenerse despierta, se concentró en repetir en voz baja algunas de las numerosas canciones y largas historias y leyendas, muchas rimadas, que había consignado a la memoria. Aunque poseía una retentiva excelente, era mucha la información que debía aprender. Como no tenía voz para entonar una melodía, no pretendía cantar como muchos zelandonia, pero la Zelandoni le había dicho que no era necesario cantar, siempre y cuando conociera las letras y su significado. A Lobo, mientras dormitaba junto a ella, parecía agradaarle el arrullo de

su voz cuando ronroneaba con monotonía métrica, pero esa noche ni siquiera contaba con la compañía del animal.

Decidió recitar una de las historias, que trataba de los tiempos de antaño; para ella, era un relato especialmente difícil. Era una antiquísima alusión a aquellos a quienes los zelandonii llamaban cabezas chatas, aquellos a quienes ella consideraba su clan. Pero Ayla se distraía continuamente. El relato contenía un sinfín de nombres con los que no estaba familiarizada, sucesos carentes de sentido para ella, y conceptos que no acababa de comprender, o tal vez con los que no coincidía plenamente. No cesaba de revivir sus propios recuerdos, su propia historia, su vida anterior con el clan. Tal vez era mejor dejarlo y empezar con una leyenda. Estas eran más sencillas. A menudo contaban relatos divertidos o tristes, que explicaban o ejemplificaban costumbres y conductas.

Oyó un leve sonido, una respiración anhelante, y al volverse vio a Lobo subir por el camino para reunirse con ella. Contento de verla, le saltó encima. Ayla sintió lo mismo.

—Hola, Lobo —dijo, alborotándole el espeso pelaje en torno al cuello y sonriendo al abrazarle la cabeza y mirarlo a los ojos—. Me alegro mucho de verte. Esta noche necesito compañía.

Él le lamió la cara y envolvió tiernamente la mandíbula de Ayla con los dientes. Cuando la soltó, ella le mordió con suavidad el hocico peludo.

—Creo que tú también te alegras de verme. Jondalar y Jonayla deben de haber vuelto, y probablemente ella se ha dormido. Me tranquiliza saber que cuidas de Jonayla, Lobo, cuando yo no puedo estar allí.

El lobo se acomodó a sus pies, y Ayla se arrebujó bien con el manto, se recostó a esperar a que saliera la luna e intentó concentrarse en una leyenda sobre uno de los antepasados de los zelandonii, pero no lo consiguió y acabó evocando el momento en que estuvo a punto de perder a Lobo en su viaje. Realizaban la peligrosa travesía de un río desbordado, y ella se vio separada de él. Recordó que fue en su busca, mojada, aterida y casi fuera de sí por el miedo a perderlo. Volvió a sentir el temor cuando por fin lo encontró, sin conocimiento o quizá muerto. Jondalar los halló a los dos, y aunque también él estaba mojado y tenía frío, se encargó de todo. Ella estaba tan helada y exhausta que no podía hacer nada. Él levantó el refugio, los llevó a ella y al lobo medio ahogado adentro, puso a resguardo a los caballos y, en definitiva, cuidó de todos.

Se obligó a volver al presente, necesitada de la compañía de Jondalar. Tal vez podía probar con las palabras de contar, pensó. Empezó a enumerarlas —«uno, dos, tres, cuatro»— y recordó su entusiasmo la primera vez que Jondalar se las explicó. Ella comprendió de inmediato el concepto abstracto, y contó las cosas que se veían en su caverna: tenía un espacio para dormir; uno, dos caballos; uno, dos... «Jondalar

tiene los ojos tan azules...».

«Debo poner fin a esto», pensó. Se levantó y se acercó a la roca en forma de columna que parecía en equilibrio precario al borde del precipicio. Sin embargo, el verano anterior, cuando varios hombres intentaron empujarla con la intención de lanzarla al vacío, pensando que podía representar un peligro, fueron incapaces de moverla. Era esa la roca que Ayla había visto desde abajo el día en que Jondalar y ella llegaron, la que se recortaba con toda nitidez contra el cielo. Recordaba vagamente haberla visto antes en un sueño.

Alargó un brazo, apoyó la mano cerca de la base de la gran roca y la retiró bruscamente. Le pareció sentir un hormigueo en las yemas de los dedos allí donde habían entrado en contacto con la roca. Cuando volvió a mirarla, a la escasa luz de la luna, le dio la impresión de que la roca se había movido un poco, inclinándose más hacia el borde. ¿Y no resplandecía acaso? Retrocedió con la mirada fija en aquella roca peculiar. «Deben de ser imaginaciones mías», pensó. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Al abrirlos, la roca tenía el mismo aspecto que cualquier otra. Volvió a tender la mano para tocarla. Tenía la textura propia de una piedra, pero al deslizarla por la superficie rugosa le pareció sentir de nuevo el hormigueo.

—Lobo, me parece que esta es una de esas noches en que el cielo puede prescindir de mí —dijo—. Empiezo a ver cosas que no existen. ¡Y mira! La luna ya ha salido, y me he perdido el momento en que asomaba. Esta noche aquí arriba no sirvo de nada.

Pensó en encender una antorcha, pero decidió que no tenía sentido perder el tiempo en prender una fogata: la luna daba luz suficiente. Precedida por Lobo, descendió con cautela bajo la claridad de la luna y las estrellas. Se volvió para contemplar la roca una vez más. «Aún parece resplandecer», se dijo. «Puede que haya pasado demasiado tiempo mirando el sol. La Zelandoni ya me advirtió que debía llevar cuidado.»

En el refugio, la oscuridad era mucho mayor, pero veía gracias al reflejo en la cornisa de piedra de la gran fogata comunal, que habían encendido antes esa noche y aún ardía. Ayla entró sigilosamente en su morada. Todos parecían dormidos, pero un pequeño candil emitía una luz débil. A menudo dejaban uno encendido para Jonayla. Tardaba más en dormirse cuando la vivienda estaba totalmente a oscuras. La mecha de liquen impregnada de grasa derretida ardía durante un buen rato, y a menudo le había sido útil a Ayla al regresar a casa ya muy entrada la noche. Se asomó por encima del tabique de la habitación donde dormía Jondalar. Jonayla había vuelto a acostarse a hurtadillas junto a él. Ayla sonrió al verlos y se dirigió hacia la cama de Jonayla, ya que no deseaba molestarlos. De pronto se detuvo y, con un cabeceo, se fue a su cama.

—¿Eres tú, Ayla? —preguntó Jondalar con voz soñolienta—. ¿Ya es de día?

—No, Jondalar. Esta noche he vuelto antes —contestó ella mientras cogía a la criatura de cabellos rubios y la llevaba a su cama. La arropó bien y le dio un beso en la mejilla; a continuación volvió al lecho que compartía con Jondalar. Cuando llegó, Jondalar estaba despierto, apoyado en un codo.

—¿Por qué has decidido volver antes?

—No podía concentrarme. —Le dirigió una sonrisa sensual y, después de desvestirse, se tendió a su lado. La cama conservaba aún el calor de su hija dormida —. ¿Recuerdas que una vez me dijiste que siempre que te desease me bastaba con hacer esto? —preguntó, y le dio un largo beso de amor.

Él respondió de inmediato.

—Y sigue siendo verdad —afirmó con la voz empañada por el deseo, avivado de pronto. También a él las noches se le hacían largas y le pesaba la soledad. Jonayla era encantadora y entrañable, y él la quería mucho, pero era una niña, la hija de su compañera, no su compañera. No era la mujer que despertaba su pasión y tan bien lo había satisfecho hasta fecha reciente.

Tendió las manos hacia ella con avidez, le besó con ardor los labios y el cuello, y luego el resto del cuerpo. Ella mostró igual avidez, igual ardor, y se abalanzó sobre él casi con desesperación. Él volvió a besarla, ahora lentamente, recorriendo con la lengua el interior de su boca. Después le lamió el cuello a la vez que le acariciaba los pechos y cogió un pezón entre sus labios. Ella se sacudió con un delicioso estremecimiento de placer. Hacía tiempo que no dedicaban un rato a explorar el don del placer de la Madre.

Jondalar le succionó un pezón, luego el otro, y le acarició los pechos. Ella experimentó sensaciones que se propagaban hasta lo más hondo de su cuerpo, allí donde anhelaba tener a Jondalar. Él apoyó una mano en su vientre y se lo masajeó con delicadeza. Allí la piel era de una suavidad que a él le resultaba grata, y su contorno presentaba una ligera redondez que le confería un aspecto aún más femenino, si es que eso era posible. Él dirigió la mano hacia el suave vello de su monte, introdujo un dedo en lo alto de la vulva y empezó a trazar círculos dentro. Ayla tuvo la sensación de que se derretía en un charco de placer. Cuando Jondalar tocó el punto que le provocaba temblores en todo el cuerpo, gimió y arqueó la espalda.

Él bajó aún más el dedo, encontró la entrada de la cueva húmeda y caliente y lo hundió en ella. Ella separó las piernas para facilitarle el acceso. Él se incorporó, se colocó entre sus muslos, se agachó y la saboreó. Ese era el sabor que conocía, el sabor de Ayla que adoraba. Con las dos manos, separó los pétalos por completo y deslizó por ellos la lengua caliente, exploró las hendiduras y los surcos hasta encontrar el nódulo un poco endurecido. Ella percibió cada movimiento como un delicioso destello de fuego conforme el deseo aumentaba en su interior. Ya no tenía

conciencia de nada excepto de Jondalar y la creciente oleada de exquisito placer que él le proporcionaba.

El miembro de Jondalar se había hinchado en todo su volumen y anhelaba desahogarse. A ella se le aceleró la respiración, exhalando un gemido con cada aliento, hasta que de pronto alcanzó una cima y se sintió desbordada. Él notó su humedad caliente, se apartó por un momento y a continuación penetró por completo en sus acogedoras profundidades. Ella estaba lista para él, y se arqueó para recibirlo. Cuando Jondalar sintió su miembro deslizarse dentro de aquel pozo cálido, gimió de placer. Hacía tanto tiempo, o esa impresión tenía.

Ella lo albergó por entero, y cuando él sintió su calor envolvente, experimentó un repentino agradecimiento a la Madre por haberlo conducido hasta ella, por haber encontrado a esa mujer. Casi se había olvidado de lo bien que encajaban juntos. Se deleitó en ella al embestirla de nuevo, y luego una vez más. Ella se entregó plenamente, recreándose en las sensaciones que le producía. De repente, casi demasiado pronto, sintieron el aumento del placer. Creció y creció, hasta que, con un estallido volcánico, los engulló. Se contuvieron por un momento y se abandonaron a él.

Después descansaron, pero el ansia voraz que sentían el uno por el otro no había quedado del todo satisfecha. Se amaron otra vez, lánguidamente, alargando cada contacto, cada caricia, hasta que no pudieron resistirse más y acabaron con una segunda erupción de energía anhelante. Ayla vio un asomo de luz matutina a través del resquicio de una mampara mal ajustada cuando se acomodó entre las cálidas pieles al lado de Jondalar para dormir. Estaba más que satisfecha: se sentía exultantemente saciada.

Miró a Jondalar. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa relajada y complacida en la cara. Ella cerró los ojos. «¿Por qué había esperado tanto?», pensó. Intentó recordar cuánto tiempo había pasado. De pronto abrió los ojos de par en par. ¡Las hierbas! ¿Cuándo fue la última vez que se tomó las hierbas? Mientras daba de mamar no había tenido que preocuparse por eso; sabía que era poco probable quedarse embarazada en esas circunstancias, pero había destetado a Jonayla hacía ya varios años. Preparar la infusión de hierbas anticonceptivas era un hábito, pero últimamente lo había descuidado. Se le habían olvidado unas cuantas veces, pero estaba convencida de que no se iniciaría ninguna vida nueva sin un hombre, y como pasaba las noches en lo alto de la pared rocosa, no había compartido los placeres con Jondalar tan a menudo, así que no estaba preocupada.

Como acólita en ciernes, su formación le había exigido un gran esfuerzo: períodos de ayuno, privación del sueño y otras restricciones a sus actividades, incluida la abstinencia de los placeres durante un tiempo. A lo largo de casi un año había pasado las noches en vela para observar los movimientos de los cuerpos celestes. Pero su

riguroso adiestramiento casi había terminado. El año de estudio del cielo nocturno pronto concluiría, con la llegada del Día Largo del Verano. Entonces se la consideraría una acólita de pleno derecho. Era ya una curandera experta; de lo contrario, ese período se habría prolongado mucho más. No obstante, nunca dejaría de aprender.

Después de eso, en cualquier momento podía convertirse en zelandoni, aunque no sabía muy bien cómo. Debía sentir la «llamada», un misterioso proceso que nadie podía explicarle pero por el que todos los zelandonia habían pasado. Cuando un acólito declaraba que había oído la «llamada», el aspirante a donier era sometido a un interrogatorio de sondeo por los otros zelandonia, que aceptaban o rechazaban su afirmación. Si la aceptaban, se asignaba un puesto al Nuevo Entre Quienes Servían a La Madre, generalmente como ayudante de un Zelandoni ya en activo. Si lo rechazaban, el acólito seguía siendo acólito, pero se le solía dar una explicación para que la próxima vez que sintiera la «llamada» la interpretara mejor. Algunos acólitos nunca llegaban al puesto de zelandoni, y se conformaban con eso, pero la mayoría deseaba oír la llamada.

Antes de dormirse, reflexionó acerca de los placeres. Sólo ella tenía la convicción de que eran el principio de la nueva vida que se desarrollaba dentro de una mujer. Si llegaba a quedarse embarazada, probablemente estaría demasiado ocupada con el recién nacido para oír cualquier «llamada». «En fin, el tiempo dirá. Lo hecho, hecho está. No tiene sentido que ahora me preocupe por si estoy o no embarazada. ¿Y tan malo sería otro hijo? Estaría bien tener un bebé», pensó Ayla. Cerró los ojos y volvió a relajarse, hasta que la venció un sueño plácido.

Fue un niño quien primero vio el humo de la fogata de señales de la Tercera Caverna y se lo enseñó a su madre. Ella avisó a su vecino y los dos se encaminaron hacia la morada de Joharran. Antes de que llegaran, otros varios lo habían visto también. Proleva y Ayla salían en el momento en que llegaba la multitud. Sorprendidas, levantaron la vista.

—Humo en la Roca de los Dos Ríos —dijo alguien.

—Una señal de la Tercera —anunció otro simultáneamente.

Joharran apareció detrás de su compañera. Se acercó al borde de la repisa de piedra.

—Enviarán a un mensajero —dijo.

El mensajero llegó poco después, casi sin aliento.

—¡Visitantes! —exclamó—. De la Vigésimo cuarta Caverna de los zelandonii del sur, incluida su Zelandoni principal. Van a nuestra Reunión de Verano, pero querían visitar unas cuantas cavernas por el camino.

—Han hecho un largo viaje —comentó Joharran—. Necesitarán un sitio donde

alojarse.

—Voy a avisar a la Primera —dijo Ayla.

«Pero este año no iré con los demás», se dijo mientras se dirigía a la morada de la Zelandoni. «Porque tendré que esperar al Día Largo del Verano.» Lo lamentaba un poco. «Espero que los visitantes tarden un tiempo en marcharse de la reunión, pero si vienen de tan lejos, quizá tengan que irse pronto para regresar a casa antes del invierno. Sería una pena.»

—Voy a ver cómo está la gran zona de reunión en el otro extremo —dijo Proleva—. Ese sería un buen sitio para alojarlos, pero necesitarán al menos agua y leña. ¿Cuántos son?

—Tantos como la gente de una pequeña caverna, quizá —informó el mensajero.

Eso podían ser unas treinta personas, o más, pensó Ayla, usando mentalmente las técnicas especiales que había aprendido en su formación para contar números grandes. Contar con los dedos y las manos era más complicado que la mera utilización de las palabras de contar, si uno comprendía su mecánica, pero como sucedía con casi todo aquello relacionado con la zelandonia, era aún más complejo de lo que parecía. Cada cosa podía significar algo por completo distinto. Todos los signos tenían más de un significado.

Después de avisar a la Primera, Ayla siguió a Proleva al otro extremo de la gran repisa cargada de leña. La recolección y el aprovisionamiento de combustible para el fuego era una tarea que requería una atención y un esfuerzo permanentes. Todo el mundo, niños inclusive, reunían cualquier cosa que ardiera: leña, broza, hierba, el estiércol seco de animales pacedores y la grasa de cualquier animal que cazaran, incluido algún que otro carnívoro. Viviendo en un entorno frío, el fuego era indispensable como fuente de calor y luz, aparte de su uso en la preparación de comidas más fáciles de masticar y digerir. Aunque a veces también se utilizaba grasa para cocinar, por lo general la empleaban para el fuego que daba luz. Mantener el fuego vivo requería una atención constante, pero era esencial para la vida de los omnívoros bípedos tropicales que habían evolucionado en climas más cálidos y se habían propagado por todo el mundo.

—¡Ah, estás aquí, Ayla! —dijo Proleva—. He pensado que podríamos instalar a los visitantes junto al manantial donde nace el arroyo que separa la Novena Caverna de Río Abajo, pero mi duda son los caballos. Están muy cerca de la zona donde acamparían los visitantes. ¿Crees que deberíamos trasladarlos? Quizá para esta gente sea desconcertante tener tan cerca a unos caballos.

—Eso mismo he pensado yo, y no sólo por los visitantes. Los caballos no estarían a gusto con tantos desconocidos cerca. Creo que de momento los llevaré al Valle del Bosque —respondió Ayla.

—Ese sería un buen sitio para ellos —convino Proleva.

Después de la llegada de los visitantes y de las presentaciones correspondientes, los instalaron en su espacio de vivienda provisional y les dieron de comer. A continuación, la gente se dividió en grupos. Varios zelandonia reunidos, entre ellos la Primera y Ayla, la Zelandoni de los visitantes más sus acólitos, los zelandonia de la Tercera, la Decimocuarta y la Undécima, además de otros, se congregaron en la zona de reunión en la otra punta del enorme refugio. Habían encendido y alimentado una hoguera antes de que el grupo de viajeros se fuera a comer, y uno de ellos volvió a avivarla y aprovechó para echar agua en un gran recipiente y añadir piedras de cocinar al fuego. La gente sacó sus vasos personales de beber en previsión de una infusión caliente recién hecha, y unos iniciaron conversaciones mientras otros reanudaban las ya entabladas.

Los visitantes hablaron de sus viajes y todos intercambiaron ideas sobre rituales y medicinas. Cuando la Primera mencionó la bebida anticonceptiva, suscitó gran interés. Ayla les explicó qué hierbas usaba, en algunos casos describiéndolas con sumo cuidado para que no las confundieran con otras parecidas. Habló un poco de su largo viaje desde la tierra de los cazadores de mamuts, y ellos comprendieron que era una forastera llegada de muy lejos. Su acento no resultaba tan extraño a los visitantes porque también hablaban con un ligero dejo, aunque para ellos eran los zelandonii del norte quienes hablaban con acento. Ayla consideraba que la manera de hablar de unos y otros era parecida, pero no igual a la de la gente que habían conocido durante su Gira de la Donier, ni a como pronunciaba ciertas palabras Beladora, la compañera de Kimeran.

Cuando la velada tocaba a su fin, la Zelandoni de los visitantes dijo:

—Ha sido un placer conocerte mejor, Ayla. Hablan de ti incluso en nuestra región, y debemos de ser la caverna más lejana entre quienes nos hacemos llamar Hijos de Doni y reconocemos a la Primera Entre Quienes Sirven a La Madre —añadió, dirigiéndose a la mujer corpulenta.

—Sospecho que se te considera la Primera entre tu grupo de zelandonii del sur. Yo estoy demasiado lejos.

—Es posible que sí, en nuestro territorio; así y todo, reconocemos esta región como nuestra tierra de origen, y a ti como la Primera. Así consta en nuestras historias, en nuestras leyendas, en nuestras enseñanzas. Esa es una de las razones por las que deseábamos venir, para restablecer nuestros lazos.

«Y para decidir si deseáis mantenerlos», pensó la Primera. Había advertido ciertas expresiones faciales entre algunos de los visitantes que eran, si no desdeñosas, al menos escépticas, y había oído a algunos, en particular a un joven, hablar en susurros, en lo que probablemente era un dialecto meridional, poniendo en duda ciertas costumbres de los zelandonia del norte. Seguramente creyeron que allí nadie entendería esa variante del zelandonii —casi ninguna de las personas con que se

habían topado la conocían—, pero la Primera había viajado no poco en su juventud, y más recientemente con Ayla, y había acogido a visitantes de lugares lejanos. Las lenguas se le daban bastante bien, sobre todo las variantes del zelandonii. Lanzó una mirada a Ayla, quien, como ella sabía, poseía un don casi extraordinario para las lenguas y podía asimilar incluso una extranjera más deprisa que nadie.

Ayla percibió la mirada de su mentora, y su señal con los ojos en dirección al joven. Asintió ligeramente con disimulo, dando a entender que también ella lo había comprendido. Ya hablarían de eso más tarde.

—Y yo estoy encantada de conocerte —dijo Ayla—. Tal vez podamos visitaros algún día.

—Seréis bienvenidas, las dos —respondió la Zelandoni, mirando a la Primera.

La mujer corpulenta sonrió, pero se preguntó hasta cuándo podría realizar viajes, en especial largos, y dudó que fuese ella quien devolviese la visita.

—Has traído ideas nuevas interesantes que me complace conocer y te doy las gracias —dijo la mujer corpulenta.

—Ha sido un placer para mí conocer tus medicinas —añadió Ayla.

—Yo también he aprendido mucho. Os estoy agradecida por haberme enseñado a disuadir a la Madre de bendecir a una mujer. Hay mujeres que simplemente no deben tener otro hijo, por su salud y por el bien de su familia —dijo la Zelandoni.

—Fue Ayla quien trajo ese conocimiento —admitió la Primera.

—Entonces tengo algo que me gustaría ofrecerle a cambio, y también a ti, Primera Entre Quienes Sirven a La Madre. Dispongo de una mezcla con cualidades notables. Os la dejaré para que la probéis —dijo la Vigésimo cuarta del sur—. No lo tenía previsto, y sólo llevo encima una bolsa, pero puedo preparar más cuando volvamos.

Abrió su morral de viaje, sacó su característica caja de medicinas y extrajo una bolsita del interior. Se la ofreció.

—Creo que la encontraréis interesante y quizá útil. —La Primera le indicó que podía entregársela a Ayla—. Es muy poderosa. Llevad cuidado cuando experimentéis con ella —recomendó al dársela a la mujer de menor edad.

—¿La preparas en decocción o en infusión? —preguntó Ayla.

—Depende de lo que quieras —respondió la mujer—. Según la forma de preparación, las propiedades cambian. Después te enseñaré lo que contiene, aunque sospecho que para entonces tú ya lo habrás deducido.

Ayla estaba impaciente por averiguar qué era. Examinó la bolsa, confeccionada con una piel suave y atada mediante un cordel que le pareció realizado con el pelo largo de la cola de un caballo. Deshizo unos nudos interesantes en el cordón, enhebrado en unos orificios del borde de la sedosa bolsita, y la abrió.

—Hay un ingrediente que está claro —dijo al olfatear el contenido—. ¡Menta!

El olor también le recordó a una potente infusión que había probado cuando visitaba una de las cavernas de los zelandonii del sur. Ayla volvió a cerrar la bolsa atándola con sus propios nudos.

La mujer sonrió. La menta era el aroma que empleaba para diferenciar esa mezcla en particular, pero la combinación en sí era mucho más potente que una hierba tan inocua como la menta. Esperaba estar todavía allí cuando alguien empezara a experimentar con ella. «Esa sería una buena prueba de la habilidad y los conocimientos de los zelandonia del norte», pensó.

Ayla sonrió a la Zelandoni.

—Es posible que esté esperando otro.

Hablaban de niños, aunque el tema lo había sacado la Primera, observó Ayla.

—Ya lo sospechaba. No es que se te vea más gorda, como es mi caso; dudo que eso llegue a pasarte. Pero se te ve un poco más llena en algunos sitios. ¿Cuántas lunas hace que no te viene?

—Sólo una, me tenía que venir hace unos días. Y aunque no tengo náuseas, me siento un poco mareada por las mañanas —explicó Ayla.

—Si quieres saber mi opinión, juraría que vas a tener otro hijo. ¿Estás contenta? —preguntó la Zelandoni.

—Sí, mucho. Quiero otro, aunque apenas me queda tiempo para ocuparme de la que ya tengo. Me alegro de que Jondalar sea tan bueno con Jonayla.

—¿Se lo has dicho ya?

—No, aún es pronto, creo. Nunca se sabe, a veces ocurren cosas. Sé que le gustaría tener otro niño en su hogar, y no quiero que se haga ilusiones y luego se lleve un chasco. Y ya hay una espera bastante larga incluso después de que empiece a notarse. No hay motivo para hacerlo esperar aún más.

Ayla se acordó de la noche en que bajó antes de la pared rocosa, y de lo bien que se lo habían pasado los dos. A continuación recordó la primera vez que había compartido placeres con Jondalar. Se rio en silencio, para sí.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó la Zelandoni.

—Estaba acordándome de la primera vez que Jondalar me enseñó el don del placer, allá en mi valle. Hasta entonces no sabía que eso supuestamente era un placer, ni siquiera que podía serlo. Apenas podía comunicarme con él. Me había estado enseñando a hablar zelandonii, pero casi todo su lenguaje, y casi todos sus hábitos, me eran por completo ajenos. Como correspondía a una madre, Iza me había explicado cómo utiliza una mujer del clan ciertas señales para incitar a un hombre, aunque creo que en realidad pensaba que yo no las necesitaría.

»Yo le había hecho la señal a Jondalar, pero para él no significó nada. Después volvió a enseñarme los placeres, porque ese era su deseo, no porque yo lo quisiera, y

seguí pensando que nunca entendería mis señales cuando yo lo deseara a él. Finalmente le pedí que me dejara explicarle cómo lo hacían las mujeres del clan. Jondalar no entendía lo que yo quería cuando me sentaba delante de él y agachaba la cabeza, esperando a que me diera permiso para hablar. Finalmente intenté explicárselo. Cuando comprendió lo esencial, pensó que yo quería hacerlo en el acto, y acabábamos de hacerlo. Dijo algo así como que no sabía si podría, pero lo intentaría. Como se vio, no tuvo ningún problema —contó Ayla, sonriendo por su propia inocencia.

La Zelandoni sonrió también.

—Siempre ha sido muy complaciente —comentó.

—Lo amé en cuanto lo vi, antes siquiera de conocerlo, pero fue muy bueno conmigo, Zelandoni, sobre todo cuando me enseñó el don de los placeres de la Madre. Una vez le pregunté cómo era posible que supiera cosas de mí que ni yo misma sabía. Al final admitió que alguien le había enseñado, una mujer mayor, pero me di cuenta de que el tema le afectaba mucho. Te quería de verdad, ya lo sabes —dijo Ayla—. A su manera, aún te quiere.

—Yo también lo quise, y a mi manera, aún lo quiero, pero no creo que me quisiera nunca como te quiere a ti.

—Pero últimamente he pasado fuera tanto tiempo, sobre todo de noche, que me sorprende haberme quedado embarazada.

—Tal vez te equivocas al pensar que su esencia y la tuya se mezclan dentro de ti, Ayla. Quizá sea la Madre quien inicia una nueva vida eligiendo el espíritu de un hombre y mezclándolo con el tuyo —observó la Zelandoni con una sonrisa irónica.

—No, creo que sé cuándo se inició esta. —Ayla sonrió—. Una noche volví temprano a casa. Sencillamente no podía concentrarme, y me olvidé de tomar mi infusión especial. Ahora empiezo a cogerle gusto a la lluvia, sobre todo de noche, cuando tengo que volver porque no se ve nada. Me alegraré cuando se acabe este año de observación. —La joven miró a su mentora por un momento y le formuló la pregunta que deseaba hacerle—: Tú me dijiste que en cierta ocasión pensaste en emparejarte. ¿Por qué no lo hiciste?

—Sí, una vez estuve a punto de emparejarme, pero él murió en un accidente de caza. Después de su muerte, yo me entregué por completo a mi adiestramiento. Nadie más despertó en mí el deseo de emparejarme... excepto Jondalar. Hubo un momento en que me lo planteé seriamente, por lo insistente y persuasivo que era, pero está prohibido, como tú ya sabes. Yo era su mujer-donii y, además, él era muy joven. Probablemente habríamos tenido que marcharnos de la Novena Caverna, y habría sido difícil encontrar otra. Me pareció injusto para él; siempre le ha concedido mucha importancia a la familia. Bastante difícil le resultó ya marcharse a vivir con Dalanar —explicó la donier—. Y yo tampoco quería irme. ¿Sabías que fui elegida para la

zelandonia e inicié mi adiestramiento antes de ser mujer? No sé cuándo me di cuenta de que la zelandonia era más importante para mí que el emparejamiento. Y mejor así. Nunca he sido bendecida por Doni. Mucho me temo que habría sido una compañera sin hijos.

—Sé que la Segunda tuvo hijos, pero creo que nunca he visto a una Zelandoni embarazada —comentó Ayla.

—Algunas se quedan embarazadas —dijo la Zelandoni—. Por lo general, hacen lo necesario para perderlo en las primeras lunas, antes de engordar. Algunas llegan al final del embarazo, y entonces entregan al niño a otra mujer para que se lo críe, a menudo a una mujer estéril que desea un hijo a toda costa. Las zelandonia emparejadas suelen quedarse el niño, pero son pocas. Para los hombres es más fácil. Pueden dejar casi todo el cuidado de los niños a sus compañeras. Ya sabes lo difícil que puede llegar a ser. Las exigencias de una mujer emparejada, sobre todo si es madre, con frecuencia entran en conflicto con las necesidades de la zelandonia.

—Sí, ya lo sé —dijo Ayla.

Todos los habitantes de la Novena Caverna se hallaban en un estado de agitación expectante. Al día siguiente partían camino de la Reunión de Verano y estaban todos ocupados preparando el equipaje en medio de las prisas finales previas a la marcha. Ayla ayudaba a Jondalar y a Jonayla con sus bultos, decidiendo qué dejar y qué llevarse y dónde cargarlo, en parte porque deseaba pasar más tiempo con ellos. Marthona también estaba allí. Era la primera vez que no iba con su caverna a una Reunión de Verano; ya apenas podía caminar. Deseaba estar presente mientras preparaban el equipaje para no sentirse del todo excluida. Ayla lamentaba no poder ir a la reunión, pero le preocupaba Marthona y se alegraba de quedarse allí para cuidarla.

La anciana conservaba la misma mente lúcida de siempre, pero su salud flaqueaba, y la artritis la inmovilizaba de tal modo que a veces apenas podía andar o siquiera trabajar en su telar. «Puedo ir más adelante, después del Día Largo del Verano», pensó Ayla. Quería a esa mujer como amiga y como madre, y le gustaba su sabiduría reflexiva y su ingenio a veces mordaz. Sería una buena ocasión para pasar más tiempo a su lado. Ayla veía eso como una compensación por perderse la Reunión de Verano, aunque fuese sólo parcialmente. Había decidido buscar la manera de pasar más tiempo con su familia cuando regresasen, pero si no concluía el proyecto de marcar la salida y la puesta del sol y la luna ese año, tendría que empezar desde cero al año siguiente, y sólo le faltaba hasta poco después del Día Largo del Verano. El año anterior había regresado antes de tiempo para iniciar el proyecto.

La época más difícil para registrar los datos había sido el invierno. Algunos días las tormentas le impedían ver el sol o la luna, pero el Día Corto del Invierno, el Día

Igual del Otoño y el Día Igual de la Primavera el cielo había estado despejado, lo que era buena señal. La Zelandoni la había ayudado con el Día Igual del Otoño. Las dos se habían quedado en vela más de un día y una noche, empleando mechas especiales en un candil sagrado para establecer que el tiempo entre la salida y la puesta del sol era el mismo que entre la siguiente salida y puesta del sol. Ayla lo había hecho ella sola en el siguiente Día Igual de la Primavera, supervisada por la Zelandoni. Puesto que había tenido la suerte de ver los momentos más importantes durante las estaciones frías, no quería dejarlo ahora.

—A veces lamento disponer de caballos y angarillas —dijo Jondalar—. La verdad es que sería más fácil si todos tuviéramos que preocuparnos sólo por lo que podemos llevar a cuestas. Así nuestros amigos y parientes no estarían pidiéndonos que les llevásemos «unas pocas cosas». Todas esas pocas cosas al final son una carga enorme.

—Este año no tendrás a Whinney, así que deberás decir a la gente que no dispones de tanto espacio —recordó Ayla.

—Ya se lo he dicho, pero ellos sólo piensan en el «poco» espacio que ocuparán sus cosas, y que, desde luego, con dos caballos debería haber sitio suficiente —comentó Jondalar.

—Tú diles que no, Jondé —intervino Jonayla—. Eso mismo le digo yo a todo el mundo que me lo pide.

—Buena idea, Jonayla —convino Marthona—, pero ¿no eras tú quien había pedido cargar algunas cosas para Sethona?

—Pero Sethona es mi prima, abuela, y mi mejor amiga —replicó Jonayla, con tono un poco indignado.

—En la Novena Caverna todo el mundo se ha convertido en mi «mejor amigo» o eso le gustaría pensar —se quejó Jondalar—. No es tan fácil decir que no. Puede que alguna vez necesite pedir un favor a alguien, pero ¿y si entonces esa persona se acuerda de que yo dije que no cuando ella sólo quería que le llevara unas cuantas cosas con uno de los caballos?

—Si es verdad que no son tantas cosas, ¿por qué no las llevan ellos? —preguntó Jonayla.

—He ahí la cuestión —contestó Jondalar—. No siempre son cosas pequeñas. Normalmente quieren que les lleve las cosas que abultan y pesan mucho, las que probablemente ni siquiera llevarían si tuviesen que acarrearlas ellos.

A la mañana siguiente Ayla acompañó a la Novena Caverna parte del camino a lomos de Whinney.

—¿Cuándo crees que podrás reunirte con nosotros? —preguntó Jondalar.

—En algún momento después del Día Largo del Verano, pero no sé exactamente

cuándo —respondió Ayla—. Estoy un poco preocupada por Marthona. Dependerá de cómo se encuentre, y de quién haya regresado para ayudarla. ¿Cuándo crees que volverá Willamar?

—Depende de dónde haya decidido la gente celebrar sus Reuniones de Verano. No ha hecho muchos viajes largos desde tu Gira de la Donier, pero este año tiene previsto uno más largo que de costumbre. Ha dicho que quería visitar al mayor número de gente posible, tanto a zelandonii de la periferia como a otros. Lo acompañan varias personas, y tiene la intención de recoger a unas cuantas más de otras cavernas en el camino. Es posible que este sea su último recorrido comercial largo —explicó Jondalar.

—Eso ya lo dijo cuando vino a mi Gira de la Donier, si no recuerdo mal —observó Ayla.

—Lo dice todos los años desde hace tiempo.

—Creo que por fin va a nombrar a un nuevo maestro de comercio, y no acaba de decidirse por ninguno de sus aprendices. Piensa observarlos durante este viaje —dijo Jondalar.

—En mi opinión debería nombrarlos a los dos.

—Procuraré venir a visitarte, pero voy a estar muy ocupado. Tengo que ir pensando en la ampliación de nuestra morada para que Marthona y Willamar puedan venir a vivir con nosotros en otoño.

Ayla se volvió hacia su hija y ambas se abrazaron.

—Pórtate bien, Jonayla. Cuida de Jondalar y ayuda a Proleva —instó.

—Así lo haré, madre. Ojalá vinieras con nosotros.

—A mí también me gustaría, Jonayla. Voy a echarte mucho de menos —dijo Ayla.

Jondalar y Ayla se besaron, y ella se aferró a él por un momento.

—También a ti te echaré de menos, Jondalar. Incluso echaré de menos a Corredor y Gris, y seguro que a Whinney y Lobo también. —Se despidió de los caballos abrazándoles el cuello y acariciándolos.

Jonayla dio unas palmadas a Whinney y le rascó en su sitio preferido; luego se agachó y estrechó a Lobo. El animal se revolvió complacido y le lamió la cara.

—¿Podemos llevarnos a Lobo, madre? Voy a echarlo muchísimo de menos —preguntó Jonayla, intentándolo por última vez.

—Si te lo llevaras, lo echaría de menos yo, Jonayla. No, creo que es mejor que se quede aquí. Ya lo verás más adelante este verano —contestó Ayla.

Jondalar levantó a Jonayla y la puso a lomos de Gris. Ya contaba seis años, y podía subirse al caballo ella sola si disponía de una roca o un tocón cercano, pero en espacios despejados aún necesitaba ayuda. Jondalar montó a Corredor y cogió el dogal de Gris, y enseguida alcanzaron a los demás. Ayla no pudo contener las

lágrimas mientras, allí inmóvil con Whinney y Lobo, veía alejarse a Jondalar y Jonayla.

Finalmente, Ayla subió de un salto a lomos de la yegua de color pardo amarillento. Recorrió parte del camino y se detuvo para volverse y contemplar una vez más a la Novena Caverna a lo lejos. Dispuestos en formación irregular, avanzaban con paso uniforme. Cerrando la marcha, vio a Jonayla y Jondalar a lomos de sus caballos, que tiraban de las angarillas.

La Reunión de Verano se celebraba ese año en el mismo sitio que cuando Ayla fue por primera vez. Le había gustado el lugar y esperaba que Joharran eligiera el mismo emplazamiento donde había acampado la Novena Caverna en su anterior estancia, si no lo había ocupado nadie. A Joharran antes le gustaba instalarse en un sitio de máximo ajetreo, y ese campamento en particular se hallaba un tanto alejado de las principales actividades, pero lo cierto era que en los últimos años había empezado a elegir lugares más periféricos a fin de que los caballos no estuviesen rodeados de personas. Y había empezado a disfrutar de ese mayor espacio libre alrededor. Si elegía el antiguo campamento, dispondrían de espacio de sobra para que su caverna, mucho más numerosa que las otras, pudiera instalarse a sus anchas, y también de un buen sitio para los caballos. Y Ayla podía cerrar los ojos e imaginarlos allí. Siguió a los suyos con la mirada durante un rato, hasta que al final obligó a Whinney a volverse e hizo una seña a Lobo, y juntos regresaron a la Novena Caverna.

Ayla no se había dado cuenta de lo solitario que podía resultar el enorme refugio con la ausencia de tanta gente, pese a que unas cuantas personas de las cavernas cercanas habían ido a alojarse allí. La mayoría de las viviendas estaban cerradas, y el refugio ofrecía un aspecto desolado. En la amplia zona de trabajo habían recogido todas las herramientas y el material para llevárselos o guardarlos, dejando en su lugar espacios vacíos. El telar de Marthona era uno de los pocos utensilios que quedaban.

Ayla había pedido a Marthona que se trasladara a su morada. Deseaba estar cerca de la madre de Jondalar por si necesitaba ayuda, sobre todo de noche, y la mujer accedió de inmediato. Como Willamar y ella tenían ya previsto instalarse con ellos en otoño, eso le permitió decidir qué cosas quería guardar y de cuáles deseaba desprenderse, ya que no podía llevárselo todo a un alojamiento más reducido. Charlaron largo y tendido, y Marthona encontró un motivo de felicidad al enterarse de que Ayla volvía a estar embarazada.

Casi todos los que se habían quedado eran ancianos o padecían alguna clase de incapacidad. Entre ellos se hallaba un cazador con una pierna rota, otro recuperándose de una cornada de uro que lo había atacado por sorpresa, y una mujer embarazada que ya había abortado tres veces y, por indicación de la Zelandoni, debía

guardar cama si deseaba completar el embarazo. Su madre y su compañero estaban con ella.

—Me alegro de que te quedes aquí este verano, Ayla —dijo Jeviva, la madre de la embarazada—. En el último embarazo Jeralda aguantó durante casi seis lunas, hasta que vino Madroman y le dijo que hiciera ejercicio. Creo que perdió el niño por culpa de él. Tú al menos sabes lo que es un embarazo: has tenido una hija.

Ayla miró a Marthona, preguntándose si sabía algo del tratamiento recomendado por Madroman a Jeralda. Ella acababa de enterarse. Madroman había vuelto a la Novena Caverna el año anterior trayendo consigo muchas de sus cosas, como si planeara quedarse durante un tiempo, y hacía poco más o menos una luna se había marchado de improviso. Un mensajero de otra caverna había acudido a pedir ayuda a Ayla para alguien con un brazo fracturado, ya que había corrido la voz de que era muy hábil para recomponer huesos. Ella se quedó allí varios días y, a su regreso, Madroman había desaparecido.

—¿De cuánto está Jeralda ahora? —preguntó Ayla.

—Sus períodos lunares no eran muy regulares y tenía pérdidas, así que no le prestamos mucha atención y no sabemos bien cuándo se inició esta vida. Yo la noto más gorda que cuando perdió al último, pero quizá sean ilusiones mías —contestó Jeviva.

—Pasaré mañana a examinarla, y a ver qué averiguo, aunque no sé si podré decir gran cosa. ¿Comentó algo la Zelandoni acerca de la posible causa de que no completara los tres primeros embarazos? —preguntó Ayla.

—Sólo dijo que Jeralda tiene un útero resbaladizo y se le caen con mucha facilidad. Con el último no parecía haber ningún problema, salvo que vino al mundo demasiado pronto. Estaba vivo cuando nació, y vivió más o menos un día, hasta que dejó de respirar. —La mujer volvió la cabeza y se enjugó una lágrima.

Jeralda rodeó a su madre con el brazo y después su compañero las estrechó a ella y su madre por un momento. Ayla contempló a la pequeña familia unida en el recuerdo del dolor. Esperaba que este embarazo acabara mejor.

Joharran había designado a los dos hombres que debían quedarse a cazar para quienes permanecían en la Novena Caverna y ayudarlos en general con lo que fuera necesario, y al cabo de poco más o menos una luna, los relevaría. También había un cazador que se había ofrecido voluntario para quedarse, Jonclotan, el compañero de la mujer con embarazos difíciles. Los otros dos habían tenido la mala suerte de perder en las competiciones que el jefe había organizado para decidir quién se quedaba. El mayor se llamaba Lorigan, y el de menor edad, Forason. Al principio habían refunfuñado, pero como al año siguiente no tendrían que participar en las competiciones, aceptaron su suerte.

Ayla a menudo acompañaba a los hombres en sus cacerías y disfrutaba de ello, y

con igual frecuencia salía sola con Whinney y Lobo. Aunque hacía tiempo que no cazaba, no había perdido sus habilidades. Forason, que era bastante joven, inicialmente tenía sus dudas acerca de las aptitudes para la caza de la acólita de la donier y pensó que sería un estorbo, sobre todo porque insistía en llevar al lobo. Lorigan se limitó a sonreír. Al final del primer día el joven estaba maravillado por la destreza de Ayla con el lanzavenablos y la honda, y sorprendido por lo bien que el animal colaboraba con ellos. En el camino de regreso, el hombre de mayor edad explicó al más joven que eran ella y Jondalar quienes habían desarrollado el lanzavenablos durante su viaje. Forason tuvo el buen criterio de abochornarse.

Pero la mayor parte del tiempo Ayla no se alejaba del gran refugio. Quienes permanecían allí por lo general compartían la comida de la noche. Cuando se hallaban todos juntos alrededor del fuego, aquel amplio espacio se les antojaba menos vacío. Los ancianos y los enfermos se alegraban de la presencia de una auténtica curandera que cuidara de ellos. Les proporcionaba una sensación de seguridad poco habitual. Normalmente en verano la Zelandoni dejaba instrucciones a los más capacitados o a los cazadores antes de irse. A lo sumo, se quedaba un acólito por razones parecidas a las de Ayla, pero en general no tan apto como ella.

Ayla entró en una rutina. Se levantaba por la mañana no muy temprano, y por la tarde visitaba a todos, escuchaba sus quejas, les administraba o les preparaba cataplasmas, o hacía lo que fuera necesario para aliviar sus dolencias. Eso la ayudaba a matar el tiempo. Todos establecieron una relación más estrecha, se contaron sus vidas, o intercambiaron relatos que habían oído. Ayla se ejercitó en la narración de las Leyendas e Historias de los Ancianos que estaba aprendiendo, y contaba incidentes de su propia vida anterior, y a la gente le encantaba escuchar tanto lo uno como lo otro. Hablaba aún con su peculiar acento, pero ellos ya estaban acostumbrados, así que en realidad ni lo notaban; de hecho, le confería cierto aire de misterio y exotismo. La habían aceptado plenamente como una de los suyos, pero les encantaba contar historias sobre Ayla a los demás por lo poco común que era, y así ellos, por asociación, se sentían especiales.

El momento en que las historias de Ayla estaban más solicitadas era cuando se sentaban todos juntos al calor del sol a última hora de la tarde. Había tenido una vida muy interesante, y nunca se cansaban de hacerle preguntas sobre el clan ni de pedirle que les enseñara cómo se decían ciertas palabras o se expresaban ciertos conceptos. También les encantaban las canciones y los relatos que venían oyendo desde su infancia. Muchos de los ancianos conocían algunas de las leyendas tan bien como ella, y se apresuraban a señalar cualquier error, pero como varios procedían de otras cavernas, a menudo cada cual tenía su propia versión. Surgían conversaciones y a veces incluso discusiones sobre qué interpretación era la más correcta. Eso a Ayla no le importaba. A ella le interesaban las distintas versiones, y esas conversaciones la

ayudaban a recordarlas aún mejor. Fueron unos días de paz y tranquilidad. Quienes estaban capacitados a menudo salían a recolectar fruta, verdura, frutos secos y semillas en su punto de madurez, para complementar las comidas y almacenar de cara al invierno.

Justo antes de ponerse el sol cada noche, Ayla subía a lo alto de la pared rocosa provista de las secciones planas de cornamenta palmeada en las que registraba sus anotaciones. Ahora tenía la costumbre de dejar a Lobo con Marthona por la noche después de enseñarle a ella cómo mandar al animal a buscarla si necesitaba ayuda. Ayla observaba el desplazamiento diario casi imperceptible del sol, que cada noche se ocultaba un poco más a la derecha en el horizonte de poniente.

En realidad, hasta que la Zelandoni le impuso esa tarea, no había prestado gran atención a esa clase de movimientos celestes. Sólo se había fijado en que el sol salía por algún lugar del este y se ponía por el oeste, y que la luna atravesaba fases desde que estaba llena hasta que se oscurecía y volvía luego a llenarse. Al igual que casi todo el mundo, había observado que la esfera nocturna a veces asomaba en el cielo durante el día, y aunque la gente la veía, por lo común no le prestaba atención por lo tenuemente que se dibujaba. Sin embargo, precisamente por ese matiz tan pálido de la luna en sus apariciones diurnas, existía una palabra para nombrar un color en particular, un tono blanco casi transparente, apenas un trazo de agua con una pizca del caolín blanco extraído de un depósito cercano: el «pálido».

Ahora sabía mucho más. Por eso se dedicaba a observar el lugar del horizonte por donde el sol asomaba y desaparecía, la situación de ciertas constelaciones y estrellas, y los distintos momentos en que salía y se ponía la luna. Esa noche había luna llena, y si bien no era raro tener luna llena durante el Día Corto del Invierno o el Día Largo del Verano, tampoco era algo muy corriente. Uno de esos dos días coincidía con la luna llena quizá una vez cada diez años, pero como la luna llena siempre estaba en posición opuesta al sol, salía en el momento en que se ponía el sol, y como en verano el sol estaba en lo alto del cielo, la luna llena permanecía baja en el cielo toda la noche. Entonces se sentaba mirando al sur y, volviéndose a izquierda y derecha, intentaba seguir el rastro a los dos.

La primera noche que el sol pareció ponerse en el mismo sitio que la noche anterior, no sabía si lo había visto bien. ¿Estaba ya lo bastante a la derecha en el horizonte? ¿Había transcurrido el número correcto de días? ¿Había medido bien el tiempo?, se preguntó. Se fijó en ciertas constelaciones y en la luna, y decidió que esperaría a la noche siguiente. Cuando el sol se puso otra vez por el mismo punto, sintió tal entusiasmo que deseó que la Zelandoni estuviera allí con ella para poder compartirlo.

Capítulo 30

A penas pudo esperar a que despertara Marthona a la mañana siguiente para anunciarle que le parecía que había llegado el momento del Día Largo del Verano. La mujer reaccionó con sentimientos encontrados. Se alegró por Ayla, pero también supo que no tardaría en partir hacia la Reunión de Verano, y ella se quedaría sola. No sola en realidad, como bien sabía; todos los demás seguirían allí. Pero Ayla había sido una compañía extraordinaria, hasta tal punto que apenas había notado la ausencia de tantos seres queridos. Incluso advirtió que las dolencias que le habían impedido asistir a la Reunión de Verano parecían haberse atenuado. Los conocimientos medicinales de la joven, las infusiones especiales, las cataplasmas, los masajes y otras prácticas también ayudaron. Marthona se sentía francamente mejor. La echaría muchísimo de menos.

Daba la impresión de que el desplazamiento del sol se había detenido, de que se ponía casi en el mismo punto durante siete días, pero sólo en tres tuvo la total certeza de que así era. Sí le pareció observar cierto desplazamiento en los dos anteriores y los dos posteriores, aunque menos de lo habitual, y de pronto, para su asombro, vio que el lugar donde el sol se ponía había invertido sin duda la dirección. Fue apasionante advertir ese cambio de sentido, y caer en la cuenta de que seguiría retrocediendo hasta llegar el Día Corto del Invierno.

Había visto el anterior Día Corto del Invierno junto con la Zelandoni y otras personas, pero no le había invadido esa misma euforia, pese a que para la mayoría ese día era siempre más importante. Era el Día Corto el que prometía el fin del intenso frío invernal y el regreso del calor del verano, y se celebraba con gran entusiasmo.

Pero este Día Largo del Verano era vital para Ayla. Lo había visto y verificado ella misma, y experimentaba una sensación de logro y alivio. También significaba que su año de observación había concluido. Seguiría observando el cielo durante unos días, y registrando las marcas correspondientes, sólo para sí, y cómo cambiaba el punto por donde se ponía el sol, pero ya estaba pensando en marcharse a la Reunión de Verano.

La noche siguiente, después de comprobar una vez más que el sol había invertido el sentido de su desplazamiento, Ayla se sentía inquieta en lo alto de la pared rocosa. Llevaba todo el día nerviosa y desasosegada, y pensó que tal vez se debiera al embarazo, o quizá al alivio de saber que no tendría que pasar más noches observando el cielo en soledad. Intentó serenarse, y para ello empezó a repetir las estrofas del Canto a la Madre. Seguía siendo su preferido, pero su tensión aumentó mientras susurraba los versos para sí.

—¿Por qué estoy tan nerviosa? Me pregunto si no se avecinará una tormenta. Eso a veces me pone tensa —se dijo en voz alta.

Se dio cuenta de que hablaba sola. «Tal vez debería meditar», pensó. «Eso me ayudará a relajarme. Quizá me prepare una infusión.»

Volvió al lugar donde solía sentarse, avivó el fuego, echó agua del odre en un pequeño recipiente para cocinar y examinó la colección de hierbas que llevaba en la bolsa de medicinas colgada del cinto. Guardaba las hojas secas en paquetes, atados con cordones y cordeles de distinto grosor y tipo, con distintas cantidades de nudos en los extremos para poder distinguir unas de otras, tal como le había enseñado Iza.

Palpó los distintos paquetes dentro de la sencilla bolsa de piel, pero ni siquiera a la luz del fuego y la luna consiguió diferenciarlos y se vio obligada a identificar las hierbas y medicinas sólo por el tacto y el olor. Recordó su primera bolsa de medicinas, obsequio de Iza. Estaba confeccionada con la piel impermeable completa de una nutria, extraídas las entrañas por la gran abertura del cuello. Ayla había hecho varias réplicas y conservaba aún la última versión. Aunque gastada y raída, no soportaba la idea de tirarla. Se había planteado hacer una nueva. Era una bolsa de medicinas del clan, y poseía un poder único. Incluso la Zelandoni había quedado impresionada al verla por primera vez.

Ayla eligió un par de paquetes. La mayoría de sus hierbas eran medicinales, pero algunas, muy suaves, no suponían ningún peligro si se bebían por placer, como la menta o la manzanilla, que aliviaban los trastornos estomacales y mejoraban la digestión, pero tenían además buen sabor. Se decidió por una mezcla a base de menta que incluía una hierba relajante. Tras localizar el paquete a tientas, lo olfateó. Sin duda era menta. Echándose un poco en la palma de la mano, la añadió al agua humeante, y después de dejarla reposar un rato, se sirvió un vaso. Se lo bebió entero, en parte porque tenía sed, y luego se sirvió un segundo vaso para tomarlo más tranquilamente. Había perdido un poco de sabor, pensó; tendría que conseguir más menta fresca. Pero no estaba mal, y aún tenía sed.

Cuando apuró el vaso, se preparó para la meditación. Empezó a tomar aire profundamente tal como le habían enseñado. «Respira despacio, hondo», se dijo. «Piensa en lo transparente; piensa en el color llamado transparente, en un arroyo transparente que corre entre las rocas; piensa en un cielo sin nubes, transparente, sin más luz que la del sol; piensa en el vacío.»

De pronto descubrió que tenía la mirada fija en la luna, en cuarto creciente la última vez que la observó, pero ahora llena y redonda en el cielo nocturno. Pareció agrandarse, abarcar todo su campo visual, y se sintió atraída hacia ella cada vez más rápido. Se obligó a apartar los ojos de la luna y se levantó.

Se acercó lentamente a la gran roca inclinada.

«¡Esa piedra brilla! No, ya estoy otra vez imaginando cosas. Es sólo la luz de la luna. Es una piedra distinta de las demás, y quizá resplandece más a la luz de la luna llena.»

Cerró los ojos durante lo que se le antojó un largo rato. Al abrirlos, la luna volvió a absorberla: aquella luna llena y grande la arrastraba. A continuación miró alrededor. ¡Estaba volando! Volando sin viento ni sonido. Miró hacia abajo. La pared rocosa y el río habían desaparecido, y no reconocía el paisaje. Por un momento pensó que iba a caerse. Se sintió aturdida. Todo daba vueltas. Vivos colores formaron un vórtice de luz trémula en torno a ella, girando cada vez más deprisa.

Ayla se detuvo de pronto y se vio de nuevo en lo alto de la pared rocosa. Se concentró en la luna, enorme, que creció hasta llenar otra vez su campo visual. La atraía, y sintió que volaba nuevamente, volaba como cuando era ayudante de Mamut. Bajó la vista y vio la roca. Estaba viva, rodeada de luminosas espirales de luz palpitante. Se sintió atraída hacia ella, capturada por aquel movimiento. Fijó la vista en las líneas de energía que surgían de la tierra, se enroscaban en torno a la enorme columna en equilibrio precario y desaparecían en lo alto formando una corona de luz. Ayla, mirando hacia abajo, flotaba justo por encima de esa roca reluciente.

Brillaba más que la luna e iluminaba todo el paisaje. No había viento, ni siquiera una leve brisa, no se movía ni una sola hoja ni una rama, pero alrededor el suelo y el aire bullían de movimiento, llenos de formas y sombras en agitación, siluetas fugaces e insustanciales que se desplazaban velozmente y al azar, despidiendo un tenue resplandor de energía semejante a la luz de la roca. Ante los ojos de Ayla, ese movimiento cobró forma, adquirió una finalidad. ¡Las siluetas volaban hacia ella, iban a por ella! Sintió un hormigueo, se le erizó el vello. De pronto bajaba atropelladamente por el sendero escarpado, tropezando y resbalando a causa del miedo. Cuando llegó al refugio, corrió hacia la entrada, iluminada por el claro de luna.

Lobo, tumbado junto a la cama de Marthona, donde tenía orden de quedarse, levantó la cabeza y gimoteó.

Ayla corrió a través de la entrada en dirección a Río Abajo, y luego siguió el camino contiguo al Río. Se sintió rebotante de energía y continuó corriendo por puro placer, ya no perseguida, sino atraída por una fuerza incomprensible. Chapoteando, cruzó el Vado y siguió adelante, durante lo que se le antojó una eternidad. Se acercaba a una alta pared rocosa que descollaba en medio del paisaje, aislada de todo lo demás, una pared que le resultaba familiar y a la vez le era del todo desconocida.

Llegó a un camino en pendiente e inició el ascenso, escapando el aire de su garganta con un jadeo entrecortado, pero era incapaz de detenerse. En lo alto de la cuesta encontró el orificio oscuro de una cueva. Entró a todo correr en una negrura tan densa que casi podía palparla. De pronto tropezó en el suelo desigual y cayó pesadamente. Se golpeó la cabeza contra la piedra de la pared.

Cuando despertó, se hallaba dentro de un túnel largo y negro, sin luz alguna, y sin embargo veía. Las paredes despedían una tenue iridiscencia. La humedad relucía.

Cuando se incorporó, le dolía la cabeza, y por un momento lo vio todo de color rojo. Tuvo la sensación de que las paredes se deslizaban, pero ella no se movía. La iridiscencia titiló de nuevo, y ya no estaba a oscuras. Las paredes de roca refulgían con colores fantasmagóricos: verdes fosforescentes, rojos brillantes, azules resplandecientes, blancos de una pálida luminosidad.

Se levantó y se quedó inmóvil por un momento. Luego, palpando la humedad fría y viscosa de la piedra, siguió la pared, que adquirió una gélida coloración verde azulada. Ya no estaba en la cueva, sino en una grieta entre paredes verticales en lo más hondo de un glaciar. Las grandes superficies lisas reflejaban formas fugaces, rápidas y efímeras. Por encima de ella, el cielo era de un profundo color morado. La cegaba un sol fulgurante y le dolía la cabeza. El sol se acercó y llenó la grieta de luz, pero ya no era una grieta.

Estaba en un río de aguas arremolinadas, y la corriente la arrastraba. Flotaban objetos alrededor, atrapados en torbellinos y turbulentas contracorrientes que giraban cada vez más deprisa. La capturó un remolino, y giró y giró, vueltas y más vueltas. La succionó hacia abajo. En una vorágine de movimiento rotatorio, el río se cerró sobre ella y todo se ennegreció.

Se hallaba en un vacío profundo, desgarrador, y volaba; volaba con tal rapidez que era incapaz de asimilarlo. De pronto perdió velocidad y se encontró en medio de una niebla espesa que emanaba un resplandor envolvente. La niebla se levantó y apareció ante sus ojos un paisaje extraño. Formas geométricas de verdes fosforescentes, rojos brillantes y azules refulgentes se repetían una y otra vez. Estructuras desconocidas se alzaban en el aire. Por el suelo serpenteaban anchas cintas de un blanco luminoso, y por ellas desfilaba un sinfín de formas a toda velocidad, avanzando hacia ella.

El miedo la paralizó y sintió un hormigueo en la periferia de su mente, algo que la sondeaba y parecía reconocerla. Se encogió y, tan deprisa como pudo, retrocedió palpando la pared para orientarse. Cuando llegó al final, el pánico la vencía. Se tiró al suelo y percibió un agujero más adelante. Era un agujero pequeño: sólo podía entrar a gatas. Se despellejó las rodillas en la tierra áspera, pero ni siquiera se dio cuenta. El agujero se estrechó hasta que ya no pudo seguir adelante. Entonces volvió a precipitarse en el vacío, a tal velocidad que perdió el sentido del movimiento.

Era la negrura lo que se movía, no ella. La envolvió, asfixiándola, ahogándola, y de repente estaba otra vez en el río, arrastrada por la corriente. Se sentía cansada, exhausta. El río caudaloso la llevaba hacia el mar, el cálido mar. Sintió un dolor penetrante en las entrañas, y unas aguas calientes y saladas emanaron de ella. Aspiró su olor, el sabor de esas aguas, y sintió que flotaba plácidamente en el líquido tibio.

Pero no era agua; era barro. Con la respiración entrecortada, intentó salir a rastras del lodazal, y súbitamente la bestia que la perseguía la atrapó. Se dobló por la cintura

y gritó de dolor mientras aquello la aplastaba. Escarbó en el barro, en un esfuerzo por salir del profundo hoyo donde la bestia la había hundido, un esfuerzo por escapar.

De repente se vio liberada y trepó a un árbol. Se balanceó en las ramas e, impulsada por la sequía y la sed, se dirigió hacia la orilla del mar. Se zambulló, abrazó el agua y experimentó una sensación de optimismo. Finalmente, tras erguirse, vio ante sí una amplia pradera y vadeó hacia allí.

Pero el agua tiraba de ella. Pugnó por resistirse a la fuerza de la marea y por fin, extenuada, se rindió. Las olas que rompían en la orilla le envolvían las piernas y la arrastraban. Sintió el tirón, el dolor, el dolor desgarrador, lancinante, tormentoso que amenazaba con arrancarle las entrañas. Entre borbotones de líquido caliente, sucumbió.

A rastras, avanzó un poco más, se recostó en una pared, cerró los ojos y vio una rica estepa, salpicada de flores primaverales de vivos colores. Un león cavernario trotaba hacia ella con movimiento lento y elegante. Se encontraba en una cueva pequeña, encajonada en un ligero declive. Aumentó de tamaño hasta llenar la cueva, y esta se expandió a la vez que ella. Las paredes respiraban, crecían, se contraían, y ella se hallaba en un útero, un útero enorme y negro en las profundidades de la tierra. Pero no estaba sola.

Veía contornos imprecisos, transparentes; al cabo de un momento, esas siluetas se fundieron hasta adquirir formas reconocibles. Eran animales, todos los animales que había visto en su vida, y aves, y peces, e insectos, y había también algunos que no conocía. Avanzaban en procesión, sin orden ni concierto, fundiéndose en apariencia cada uno con el siguiente. Un animal se convertía en un ave o en un pez, o en otra ave o en un animal o en un insecto. Un gusano pasaba a ser un lagarto, y luego un ave, que crecía hasta convertirse en un león cavernario.

El león se detuvo y esperó a que ella lo siguiera. Juntos, recorrieron pasadizos, túneles, desfiladeros. Las paredes se convertían en contornos que cobraban forma y cuerpo al acercarse ellos, y luego se volvían otra vez traslúcidos, desvaneciéndose en la pared cuando ellos los dejaban atrás. Una procesión de mamuts lanudos cruzaba pesadamente una estepa inmensa cubierta de hierba; de pronto una manada de bisontes los adelantó y formó su propia fila.

Observó a dos renos que se acercaban el uno al otro. Se rozaron el hocico; la hembra se arrodilló y el macho estiró el cuello y la lamió. Ayla se conmovió ante la tierna escena. Acto seguido, captaron su atención dos caballos, un corcel y una yegua. La hembra, en celo, se colocó delante del macho y se ofreció a él, que se dispuso a montarla.

Se volvió en otra dirección y siguió al león por otro largo pasillo. Al final del túnel, llegó a un entrante redondeado y amplio semejante a un útero. Oyó acercarse un golpeteo lejano a la vez que aparecía una manada de bisontes y llenaba el entrante.

Se detuvo a descansar y paecer.

Pero el golpeteo continuó: las paredes palpitaban a un ritmo lento y uniforme. El suelo de piedra dura pareció ceder bajo sus pies y el latido se convirtió en una voz grave y subterránea, al principio tan tenue que ella apenas la detectó. Poco a poco aumentó de volumen, y reconoció el sonido. ¡Era el tamborileo parlante de los mamutoi! Sólo había oído un tamborileo así entre los cazadores de mamuts.

El instrumento, de hueso de mamut, ofrecía gran resonancia y diversidad tonal al golpearlo con una baqueta de asta; un rápido repiqueteo en zonas diferenciadas producía un sonido semejante a una voz pronunciando palabras. Dichas palabras, compuestas de una palpitación entrecortada, no eran equiparables a la voz humana, pero eran palabras. Presentaban una vibración un tanto ambigua, que añadía un toque de misterio y profundidad expresiva, pero, interpretadas por alguien con destreza suficiente, eran palabras claramente distinguibles. Se podía conseguir que el tambor hablara literalmente.

El ritmo y la estructura de las palabras creadas por el tambor empezaron a sonarle familiares. De pronto oyó la aguda resonancia de una flauta, que acompañaba a una voz dulce y aguda, una voz parecida a la de Fralie, la mujer mamutoi a la que Ayla había conocido. Fralie estaba embarazada, pero el suyo era un embarazo precario que casi se interrumpió antes de tiempo. Ayla la ayudó, pero el bebé fue prematuro de todos modos. Sin embargo su hija sobrevivió y llegó a ser una niña sana y robusta.

Sentada en el interior del entrante redondeado, Ayla advirtió que tenía el rostro bañado en lágrimas. Lloraba con intensos sollozos y sacudidas, como si hubiese sufrido una pérdida devastadora. El redoble del tambor se intensificó, imponiéndose a su lamento angustiado. Ayla reconoció los sonidos, distinguió las palabras.

*En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.*

¡Era el Canto a la Madre! Entonado como nunca lo había oído hasta entonces. Si ella tuviese voz para el canto, lo habría interpretado así. Era una voz profunda y subterránea como la de un tambor, aguda y resonante como una flauta, y el entrante profundo y redondeado reverberó con un sonido vibrante.

La voz le llenó la cabeza de palabras, que sintió más que oírlos, y la sensación iba mucho más allá de las palabras. Se adelantaba a cada verso antes de oírlo, y cuando por fin lo oía, era más pleno, más expresivo, más hondo. El canto pareció alargarse eternamente, pero ella deseó que no se interrumpiera nunca, y cuando llegó al final,

sintió una profunda tristeza.

*La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.
Les enseñó a amarse y respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el don del placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.*

Pero cuando Ayla no preveía ya ningún verso más, la voz siguió cantando:

*Anunciar que el hombre participa, ese fue Su último don:
para iniciarse la nueva vida, él debe hallar satisfacción.
La Madre se siente honrada cuando a la pareja ve yacer,
porque la mujer concibe cuando ambos comparten el placer.
Con los Hijos ya bendecidos, la Madre goza de un descanso merecido.*

Los versos fueron un don, una gracia que le alivió el dolor. Con ellos, la Madre le confirmaba que estaba en lo cierto, que siempre lo había estado. Ayla lo intuía desde el principio y ahora lo veía corroborado. Sollozó de nuevo, aún dolorida pero al mismo tiempo jubilosa. Lloraba de aflicción y felicidad mientras las palabras se repetían en su mente, una y otra vez.

Oyó el gruñido de un león, y vio su tótem, el Espíritu de un León, que se volvía para irse. Ella intentó levantarse, pero se sintió demasiado débil, y llamó al animal.

—¡Bebé! ¡Bebé, no te vayas! ¿Quién me sacará de aquí?

El animal se alejó trotando por el túnel. De pronto se detuvo y miró hacia ella; pero no era el león quien se acercaba. Súbitamente el animal saltó sobre ella y le lamió la cara. Temblorosa y confusa, Ayla cabeceó.

—¿Lobo? ¿Eres tú, Lobo? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó, abrazando al enorme animal.

Mientras permanecía aferrada al lobo, sus visiones de los bisontes en el entrante se desvanecieron y apagaron. Las escenas en las paredes de los túneles también se difuminaban. Tendió las manos hacia la pared para sostenerse y luego, a tientas, salió del entrante. Se sentó en el suelo y, cerrando los ojos, procuró controlar el mareo. Cuando los abrió, no sabía si los tenía abiertos o no. Estaba todo a oscuras, tanto si mantenía los ojos abiertos como si los cerraba, y un hormigueo de miedo le recorrió la espalda. ¿Cómo iba a encontrar la salida?

Entonces oyó gimotear a Lobo y notó su lengua en la cara. Alargó el brazo para tocarlo y eso aplacó su nerviosismo. Palpó la pared de piedra junto a ella y al principio no sintió nada, pero al estirar el brazo un poco más, topó con el hombro

contra la piedra. Al pie de una pared percibió un hueco, que no había advertido antes porque estaba a muy escasa altura del suelo, pero al explorarlo a tientas rozó algo que no era piedra.

Se apresuró a retirar la mano, pero enseguida cayó en la cuenta de que la textura le resultaba familiar. Tendió de nuevo el brazo. Como la cueva era más oscura que la noche, intentó descubrir por el tacto qué era aquello que había dentro del hueco. Palpó algo suave como el ante, como gamuza bien raspada. Extrajo un bulto de cuero. Al examinarlo entre sus manos, identificó una correa o tira, la desató y halló una abertura. Parecía una bolsa de algún tipo, un morral de piel suave con una correa para llevar al hombro. Contenía un odre vacío —eso la indujo a tomar conciencia de que tenía sed—, una prenda de piel, quizá un manto, y tocó y olió unos restos de comida.

Cerró el morral y se lo colgó al hombro. Se levantó y se quedó quieta junto a la pared, procurando vencer la sensación repentina de mareo y náuseas. Sintió algo tibio correr por la cara interior de su muslo. El lobo se acercó para olerla, pero ella lo había adiestrado hacía tiempo para corregirle ese hábito, y el animal apartó su hocico inquisitivo.

—Tenemos que encontrar la salida, Lobo. Vamos a casa —dijo, pero cuando se puso en movimiento y buscó el camino ayudándose de la pared húmeda, se dio cuenta de lo débil y cansada que estaba.

El suelo, salpicado de fragmentos de piedra mezclados con barro arcilloso y denso, era desigual y resbaladizo. Numerosas estalagmitas, algunas finas como ramitas y otras enormes como árboles viejos, parecían crecer del suelo. Cuando palpaba el extremo superior de alguna de ellas, lo notaba mojado por el inexorable goteo del agua calcárea procedente de las estalactitas, sus equivalentes de piedra colgadas del techo. Después de golpearse la cabeza en una, fue con más cuidado. ¿Cómo había podido adentrarse tanto en la cueva?

El lobo se adelantaba unos pasos y luego volvía a retroceder. En un punto evitó que tomara por un desvío equivocado. Cuando percibió que el suelo ascendía, supo que se acercaba a la entrada. Había estado dentro de aquella cueva no hacía mucho y reconocía el lugar, pero al trepar por una piedra volcada, sintió un mareo y cayó de rodillas. La distancia parecía mucho mayor de lo que recordaba, y tuvo que detenerse varias veces antes de llegar a la estrecha abertura. Si bien toda la cueva era sagrada, existía una barrera de roca natural que la dividía en dos, separando la parte inicial, más corriente, de las profundidades, más sagradas. El agujero era el único acceso, una entrada al inframundo de la Gran Madre.

En cuanto superó el obstáculo, notó que la temperatura aumentaba ligeramente, pero se estremeció al darse cuenta de lo aterida que estaba. Tras una curva, le pareció ver un asomo de luz al frente e intentó apresurarse. Cuando dobló el siguiente recodo, ya no le cupo duda: vio resplandecer la textura húmeda de las paredes y, más

adelante, al lobo que corría hacia la tenue claridad. Cuando dobló una vez más, se alegró al ver la débil luz exterior, pese a que los ojos se le habían acostumbrado a esa negra oscuridad y aquello se le antojó casi demasiado luminoso. Al ver la salida al frente, casi echó a correr.

Ayla salió tambaleándose de la cueva. Con un parpadeo, se desprendió las lágrimas de los ojos, que resbalaron formando churretones por sus mejillas embarradas. Lobo se acercó a ella. Cuando por fin pudo ver, se sorprendió al descubrir que el sol estaba en lo alto del cielo y varias personas la miraban. Los dos cazadores, Lorigan y Forason, y Jeviva, la madre de la mujer embarazada, al principio se quedaron inmóviles, mirándola con cierto temor, y sus saludos fueron un tanto parcos, pero al verla tropezar y caer, corrieron hacia ella. La ayudaron a sentarse, y cuando Ayla advirtió sus expresiones de preocupación, sintió un gran alivio.

—Agua —dijo—. Sed.

—Démosle un poco de agua —propuso Jeviva. Había visto sangre en sus piernas y su ropa, pero no dijo nada.

Lorigan abrió su odre y se lo entregó. Ella bebió con avidez, y en su apremio, el agua se le escapó entre los labios. Nunca le había sabido tan bien. Al acabar, sonrió, pero no devolvió el odre.

—Gracias. Estaba a punto de lamer el agua de las paredes.

—Yo a veces he tenido esa misma sensación —comentó Lorigan con una sonrisa.

—¿Cómo habéis sabido dónde estaba? ¿Y que saldría? —preguntó Ayla.

—He visto al lobo correr hacia aquí —contestó Forason, señalando al animal con la cabeza—, y cuando se lo he dicho a Marthona, ella ha supuesto que estabas en la cueva. Nos ha pedido que viniéramos a esperarte. Ha dicho que podías necesitar ayuda. Desde ese momento siempre ha habido alguien aquí. Jeviva y Lorigan acababan de llegar para relevarme.

—He visto a varios zelandonia regresar de su «llamada». Algunos estaban tan extenuados que ni siquiera podían andar. Otros no regresaron —explicó Jeviva—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy cansada —contestó Ayla—. Y todavía tengo sed. —Tomó otro trago y devolvió el odre a Lorigan. Cuando Ayla bajó el brazo, el morral que había encontrado en la cueva se le resbaló del hombro. Había olvidado que lo llevaba. Ahora, a la luz, vio los característicos dibujos pintados en él. Se lo enseñó a los demás—. He encontrado esto dentro. ¿Sabéis de quién es? Puede que alguien lo haya dejado apartado y luego no se haya acordado de recogerlo.

Lorigan y Jeviva cruzaron una mirada. Por fin Lorigan dijo:

—Yo se lo vi a Madroman.

—¿Has mirado qué hay dentro? —preguntó Jeviva.

Ayla sonrió.

—No he podido mirar porque no veía nada, no tenía ninguna luz, pero sí he intentado palparlo —respondió.

—¿Has estado ahí dentro a oscuras? —preguntó Forason con asombro e incredulidad.

—Déjalo —dijo Jeviva, obligándolo a callar—. No es asunto tuyo.

—Me gustaría ver qué hay dentro —insistió Lorigan, lanzando a Jeviva una mirada elocuente.

Ayla le entregó el morral. Lorigan sacó el manto de piel y lo extendió. Era una piel hecha con recuadros y triángulos de distintas clases y colores procedentes de diversos animales, cosidos para formar el característico dibujo de un acólito de la zelandonia.

—Sí, es de Madroman. Lo llevaba puesto el año pasado cuando se presentó aquí y le dijo a Jeralda qué debía hacer para conservar el bebé —explicó Jeviva con desdén—. Ese lo retuvo en su vientre casi seis lunas. Aduciendo que debía apaciguar a la Madre, la obligó a realizar toda clase de rituales, y cuando la Zelandoni la encontró caminando en círculo, le ordenó que volviera a su morada y se tendiera de inmediato. La Zelandoni dijo que necesitaba descansar o el bebé se desprendería demasiado pronto. Según la donier, lo único que le pasaba era que tenía el útero resbaladizo y se le caían los bebés con mucha facilidad. Al final lo perdió. Habría sido niño. —La mujer miró a Lorigan—. ¿Qué más hay ahí dentro?

Él metió la mano en el morral y sacó el odre vacío sin hacer comentarios, sosteniéndolo en alto para que todos lo vieran. A continuación, miró dentro y echó el resto del contenido sobre el manto. Cayeron trozos de carne seca medio masticados y un pedazo de torta de viaje, junto con una pequeña hoja de pedernal y una piedra de fuego. Entre los restos aparecieron también unas astillas de madera y fragmentos de carbón.

—¿No alardeaba Madroman antes de marcharse a la Reunión de Verano de que había recibido la «llamada» y de que este año sería por fin Zelandoni? —preguntó Lorigan. Sosteniendo el odre en alto, añadió—: Dudo que tuviera mucha sed al salir de la cueva.

—¿Dijiste que pensabas ir a la Reunión de Verano más adelante, Ayla? —preguntó Jeviva.

—Me proponía marcharme dentro de unos días. Aunque puede que ahora espere un tiempo más —contestó Ayla—. Pero sí, tengo intención de ir.

—Creo que deberías llevarte esto y decirle a la Zelandoni dónde lo has encontrado —aconsejó Jeviva, envolviendo cuidadosamente con el manto los restos de comida, las astillas y el material para encender fuego y metiéndolo todo otra vez en el morral.

—¿Puedes caminar? —preguntó el cazador de mayor edad.

Ayla intentó levantarse, y la asaltó una sensación de vértigo. Por un momento todo se oscureció, y se cayó hacia atrás. Lobo gimió y le lamió la cara.

—Quédate aquí —indicó el cazador de mayor edad—. Vamos, Lorigan. Tenemos que hacer una litera para llevarla.

—Si descanso un poco, podré andar —aseguró Ayla.

—No, no creo que te convenga —recomendó Jeviva. Dirigiéndose a los cazadores, añadió—: Esperaré aquí con ella hasta que volváis con la litera.

Ayla, agradecida, se recostó contra la roca. Posiblemente habría podido caminar hasta la Novena Caverna, pero se alegró de no tener que hacerlo.

—Puede que tengas razón, Jeviva. Aún estoy un poco mareada.

—No me extraña —musitó Jeviva. Había visto una mancha de sangre en la piedra cuando Ayla intentó levantarse. «Creo que ha perdido a su bebé en la cueva», pensó la mujer. «Eso sí es un sacrificio extraordinario para llegar a zelandoni; está claro que no es una farsante como ese Madroman.»

—¿Ayla? ¿Ayla? ¿Estás despierta?

Ayla abrió los ojos y vio una imagen borrosa de Marthona, que la miraba con inquietud.

—¿Cómo te encuentras?

Ayla tuvo que pensar por un momento antes de contestar.

—Me duele. Todo el cuerpo —contestó con un susurro ronco.

—Espero no haberte despertado. Te he oído hablar. Quizá estabas soñando. La Zelandoni me advirtió que esto podía ocurrir. Aunque no creía que fuese a pasar tan pronto, no descartó la posibilidad. Me dijo que no te lo impidiese, y que no dejara a Lobo seguirte. Además, me dio una infusión para preparártela cuando volviesses. — Sostenía un vaso humeante, pero lo dejó para ayudar a Ayla a incorporarse.

La infusión estaba caliente, pero no demasiado, y Ayla sintió gratitud al notarla en la garganta. Aún tenía sed, pero volvió a recostarse, porque el cansancio no le permitía seguir sentada. Empezó a despejarse la cabeza. Estaba en su morada, en su propia cama. Miró alrededor y vio a Lobo junto a Marthona. El animal gimió de preocupación y se acercó a ella. Ayla alargó el brazo para tocarlo y Lobo le lamió la mano.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó—. Apenas recuerdo nada desde que salí de la cueva.

—Los cazadores te han traído en una parihuela. Han dicho que, al intentar caminar, te has desmayado. Bajaste corriendo desde tu puesto de observación y, al parecer, fuiste hasta la Profundidad de la Roca de la Fuente. No parecías la de siempre y entraste en la cueva sin fuego ni nada. Cuando vino Forason y me dijo que

habías salido de la cueva, no pude ir hasta allí. Nunca me he sentido tan inútil en mi vida —explicó Marthona.

—Me alegro de que estés aquí, Marthona —dijo Ayla, y volvió a cerrar los ojos.

Cuando abrió los ojos de nuevo, sólo estaba allí Lobo, velando junto a la cama. Le sonrió, alargó el brazo para darle una palmada en la cabeza y le rascó bajo la barbilla. Él apoyó las patas en la cama e intentó acercarse disimuladamente, lo suficiente para lamerle la cara. Ella volvió a sonreír, lo apartó e intentó incorporarse. Dejó escapar un gemido de dolor involuntario, que atrajo a Marthona de inmediato.

—¡Ayla! ¿Qué te pasa? —preguntó.

—No sabía que podían dolerme tantas partes del cuerpo a la vez —respondió Ayla. La expresión de preocupación en el rostro de Marthona, tan elocuente que casi parecía una caricatura, arrancó una sonrisa a la joven—. Pero creo que sobreviviré.

—Estás llena de rasguños y moratones, pero no creo que te hayas roto nada —observó Marthona.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Más de un día. Volviste ayer, a última hora de la tarde. El sol se ha puesto hace poco.

—¿Cuánto tiempo pasé fuera? —quiso saber Ayla.

—No sé cuándo entraste en la cueva, pero desde el momento en que te marchaste de aquí hasta que volviste, pasaron más de tres días, casi cuatro.

Ayla asintió.

—No tengo la menor noción de cuánto tiempo transcurrió. Recuerdo ciertos momentos, algunos muy claramente. Es como si lo hubiera soñado, pero a la vez es distinto.

—¿Tienes hambre? ¿Sed? —preguntó Marthona.

—Tengo sed —contestó Ayla, y sintió una sequedad espantosa, como si el mero hecho de decirlo la llevara a tomar conciencia de lo deshidratada que estaba—. Mucha sed.

Marthona se marchó y volvió con un odre y un vaso.

—¿Quieres incorporarte o prefieres que yo te levante la cabeza?

—Intentaré incorporarme.

Procurando contener los gemidos, se puso de costado y, al apoyarse en un codo, se desprendió la costra de un considerable rasguño. Incorporándose, se sentó en el borde de la plataforma de la cama. Sintió un mareo, pero enseguida se le pasó; más le sorprendía lo mucho que le dolía el cuerpo. Marthona sirvió agua en el vaso y Ayla lo cogió con las dos manos. La apuró toda de un trago y tendió el vaso para pedir más. Recordó haber tomado bastante agua al salir de la cueva. Bebió el segundo vaso sólo un poco más despacio.

—¿Ya tienes hambre? No has comido nada —señaló Marthona.

—Me duele el vientre —se quejó Ayla.

—Me lo imagino —dijo Marthona, y apartó la mirada.

Ayla frunció el entrecejo.

—¿Por qué habría de dolerme el vientre?

—Estás sangrando, Ayla. Es probable que tengas retortijones, y otras cosas.

—¿Estoy sangrando? ¿Cómo es posible? Hace tres lunas que no sangro, estoy embarazada... ¡Oh, no! —exclamó Ayla—. He perdido el bebé, ¿verdad?

—Eso creo, Ayla. No soy experta en esas cosas, pero cualquier mujer sabe que no se puede estar embarazada y sangrar al mismo tiempo, al menos no tanto como tú. Tenías pérdidas cuando saliste, y desde entonces has sangrado mucho. Creo que tardarás un tiempo en recuperar las fuerzas. Lo siento, Ayla. Sé que querías ese hijo —dijo Marthona.

—La Madre lo quiso más que yo —respondió Ayla en un tono seco y monótono causado por la conmoción. Volvió a acostarse y fijó la mirada en la cara inferior de la repisa de piedra caliza. Se adormeció de nuevo sin darse cuenta siquiera.

Cuando despertó, sintió una apremiante necesidad de orinar. Era obviamente de noche, pues estaba todo a oscuras, pero ardían varios candiles. Miró alrededor y vio a Marthona dormida en unos cojines junto a la plataforma de la cama. Lobo, tumbado al lado de la anciana, miraba a Ayla con la cabeza erguida. «Ahora tiene a dos personas a quienes cuidar y vigilar», pensó Ayla. Se puso de costado y, con un esfuerzo, se incorporó. Antes de intentar levantarse, se quedó un rato sentada en la plataforma de la cama. Estaba entumecida, y aún dolorida, pero se sentía más fuerte. Con cuidado, se puso en pie. Lobo la imitó. Ella le indicó que se tumbara otra vez y se dirigió hacia el cesto de noche colocado cerca de la entrada.

Lamentó no haber pensado en coger un recambio de compresas de material absorbente. Había sangrado mucho. Cuando volvía a su dormitorio, Marthona se acercó para darle una.

—No era mi intención despertarte —dijo Ayla.

—No has sido tú. Ha sido Lobo, pero tenías que haberme despertado tú. ¿Quieres agua? También he preparado un guiso, por si te encuentras en condiciones de comer —ofreció Marthona.

—Te agradecería un vaso de agua, y tal vez un poco de ese guiso —respondió Ayla, y se dirigió de nuevo hacia el cesto de noche para ponerse allí la compresa limpia. Con el movimiento se le había aliviado el malestar general.

—¿Dónde quieres comer? ¿En la cama? —preguntó la mujer mientras, renqueando, iba hacia la zona de la cocina. También ella estaba entumecida y dolorida. El lugar donde había dormido y la postura no eran lo ideal para su artritis.

—No, prefiero sentarme a la mesa.

Ayla se encaminó a la zona de la cocina y echó un poco de agua en un pequeño cuenco; luego se lavó las manos y, con un pequeño paño de cuero absorbente humedecido, se limpió la cara. Estaba segura de que Marthona la había aseado un poco, pero deseaba darse un baño refrescante en el río con hierba jabonera. Tal vez por la mañana, pensó.

El guiso estaba frío pero sabroso. Tras los primeros bocados, Ayla se vio capaz de comer varios cuencos, pero se sació antes de lo que creía. Marthona preparó una infusión caliente para las dos y se sentó con Ayla a la mesa. Lobo salió sigilosamente aprovechando que las dos mujeres estaban levantadas, pero no tardó en volver.

—¿Has dicho que la Zelandoni preveía ya la posibilidad de que yo hiciera algo? —preguntó Ayla.

—En realidad no lo preveía. Sólo pensó que podía suceder.

—¿Qué preveía? En realidad no entiendo qué ha pasado —dijo Ayla.

—Creo que la Zelandoni podrá explicártelo mejor. Ojalá estuviera aquí, pero me parece que ya eres Zelandoni, que ya has recibido la «llamada», como suele decirse. ¿Recuerdas algo? —preguntó Marthona.

—Recuerdo alguna que otra cosa, y de pronto me viene a la memoria algo nuevo, pero no consigo ver el sentido a nada —respondió Ayla arrugando la frente.

—De momento yo no me preocuparía por eso. Espera a tener ocasión de hablar con la Zelandoni. Seguro que podrá explicártelo todo y ayudarte. Ahora mismo sólo debes reponer fuerzas —aconsejó Marthona.

—Puede que tengas razón —coincidió Ayla, aliviada por encontrar una excusa para posponer todo aquello. Ni siquiera deseaba pensar demasiado en el tema, aunque no podía evitar acordarse del hijo que había perdido. ¿Por qué la Madre había querido llevarse al bebé?

Durante varios días Ayla hizo poco más que dormir, hasta que una mañana despertó famélica, y luego se pasó un par de días con una sensación de hambre permanente. Cuando por fin salió de su morada y se reunió con el pequeño grupo, todos la miraron con renovado respeto, incluso con asombro y cierta aprensión. Sabían que Ayla había pasado por una dura prueba y que eso, sin lugar a dudas, la había cambiado. Todos sentían cierto orgullo por haber estado presentes durante el acontecimiento y, por asociación, les parecía haber participado en ello de algún modo.

—¿Cómo estás? —preguntó Jeviva.

—Mucho mejor —respondió Ayla—. ¡Pero me muero de hambre!

—Ven a comer con nosotros. Hay comida de sobra y aún está caliente —invitó Jeviva.

—Acepto. —Se sentó al lado de Jeralda mientras Jeviva le servía un plato—. ¿Y

tú cómo estás?

—¡Aburrida! —contestó Jeralda—. Y harta de pasarme el día sentada o en cama. Ojalá llegue pronto el momento en que salga este bebé.

—Creo que ya ha llegado. No estaría de más que dieras cortos paseos de vez en cuando para animarlo a salir. Es sólo cuestión de esperar a que el bebé se sienta preparado. Esa impresión tuve ya la última vez que te examiné —dijo Ayla—, pero preferí no decir nada por el momento, y luego me distrajeron otras cosas. Lo siento.

Esa noche Marthona, con cierta vacilación, comentó:

—Espero no haber hecho nada malo, Ayla.

—No te entiendo.

—La Zelandoni me dijo que si intentabas marcharte, no debía intentar detenerte. Cuando esa mañana no volviste, yo me preocupé mucho, pero Lobo más. Le habías ordenado que se quedara conmigo, pero él gemía y quería irse. Sólo por la manera de mirarme, yo sabía ya que deseaba salir en tu busca. Para que no te molestara, lo até con una cuerda alrededor del cuello, como hacías tú a veces cuando no querías que se marchara e importunara. Pero al cabo de unos días el animal estaba tan apenado, y yo tan preocupada, que lo solté. Salió de aquí como una flecha. ¿Hice mal en soltarlo? —preguntó la mujer.

—No, no lo creo, Marthona —respondió Ayla—. No sé si yo estaba en el mundo de los espíritus, pero si lo estaba y él me encontró allí, creo que yo ya venía de vuelta. Lobo me ayudó a encontrar la salida, o al menos a comprender que iba en la dirección correcta. Allí dentro, pese a la oscuridad, los pasadizos son estrechos, y yo me mantenía pegada a la pared. Supongo que habría encontrado la salida igualmente, pero habría tardado más.

—Ni siquiera sé si tenía que haberlo atado. No sé si me correspondía a mí tomar esa decisión. Es cuando me siento incapaz de tomar decisiones, Ayla, cuando me doy cuenta de que me hago mayor. —La antigua jefa cabeceó, como decepcionada consigo misma—. Los asuntos del mundo de los espíritus nunca se me han dado bien. Cuando llegaste estabas tan débil... tal vez la Madre pensó que necesitabas a alguien que te ayudara. Tal vez quería que yo soltara al animal para que fuera a buscarte.

—No creo que hayas hecho nada malo. Las cosas tienden a suceder como desea la Madre —dijo Ayla—. Ahora mismo lo que quiero es bajar al Río y nadar un buen rato, y luego asearme bien. ¿Sabes si la Zelandoni dejó un poco de esa espuma limpiadora de los losadunai? ¿La que le enseñé a hacer con grasa y ceniza? Le gusta usarla para purificar, sobre todo para que los cavadores de tumbas se laven las manos.

—No sé nada de la espuma de la Zelandoni, pero yo también tengo —respondió Marthona—. A veces lavo con ella los tejidos. Incluso la he usado para mis bandejas, las que empleo para poner la carne y recoger grasa limpia. ¿También sirve para

bañarse?

—A veces los losadunai lo hacían. Puede resultar áspera y enrojecer la piel. Normalmente prefiero la hierba jabonera, u otra planta, pero ahora mismo mi mayor deseo es estar limpia —contestó Ayla.

—Si hubiera un pozo con aguas termales curativas de Doni cerca de aquí —se dijo Ayla en voz alta mientras se dirigía al Río con Lobo a su lado—, sería perfecto, pero de momento tendré que conformarme con el Río.

El lobo alzó la mirada al oírla. Desde su regreso, permanecía siempre cerca de ella, sin perderla de vista en ningún momento.

El calor del sol le resultó agradable mientras recorría el sendero hacia el lugar donde solían bañarse. Se enjabonó todo el cuerpo y se lavó el pelo; luego se sumergió en el agua para quitarse el jabón y nadó un buen rato. Salió del río y se reclinó en una roca lisa para secarse al sol mientras se peinaba. «Qué sol tan agradable», pensó. Extendió su piel de gamuza para secar y se tendió encima. «¿Cuándo fue la primera vez que me tumbé en esta roca? Fue el mismo día de mi llegada a la caverna, cuando Jondalar y yo vinimos a darnos un baño.»

Pensó en Jondalar, y en su imaginación lo vio acostado y desnudo a su lado. Su pelo rubio y su barba algo más oscura... No, era verano, o sea que debía de ir afeitado. La frente amplia y alta, donde empezaban a aparecer las arrugas causadas por su costumbre de fruncirla cuando se concentraba o estaba preocupado. Los ojos de un vivo color azul, mirándola con amor y deseo: Jonayla los tenía iguales. La nariz fina y recta, la barbilla prominente y labios carnosos y sensuales.

Detuvo el pensamiento en esa boca, casi sintiendo su contacto. Los hombros anchos, los brazos musculosos, las manos grandes y sensibles. Manos capaces de palpar un trozo de pedernal y prever por dónde se agrietaría, y capaces también de acariciarle el cuerpo con gran dominio, sabiendo cómo reaccionaría ella. Las piernas largas y fuertes, la cicatriz en la ingle de su encuentro con el león de Ayla, Bebé, y muy cerca su miembro viril.

Sólo de pensar en Jondalar, Ayla sintió crecer su deseo por él. Ansiaba verlo, estar a su lado. Ni siquiera le había dicho que esperaba un hijo; ahora ya no tenía un hijo del que hablarle. Sintió una punzada de dolor. «Yo quería el bebé, pero la Madre lo quiso más», pensó, frunciendo el entrecejo. «Ella sabía que yo deseaba otro hijo, pero no creo que la Madre hubiera querido llevarse a un bebé que yo no deseaba.»

Por primera vez desde la dura prueba, empezó a pensar en el Canto a la Madre y, con un escalofrío de reconocimiento, recordó la estrofa, la estrofa nueva, la que proporcionó el nuevo don, el don del conocimiento, el conocimiento de que los hombres eran necesarios para dar inicio a una nueva vida.

*Anunciar que el hombre participa, ese fue Su último don:
para iniciarse la nueva vida, él debe hallar satisfacción.
La Madre se siente honrada cuando a la pareja ve yacer,
porque la mujer concibe cuando ambos comparten el placer.
Con los Hijos ya bendecidos, la Madre goza de un descanso merecido.*

«Yo lo sabía desde hacía tiempo, y ahora Ella me lo ha confirmado. ¿Por qué me ha hecho este don? ¿Para que lo comparta, para que se lo transmita a los demás? ¿Por eso ha querido quedarse a mi hijo! Me lo ha comunicado a mí en primer lugar, me ha comunicado a mí su último gran don, pero yo tenía que ganármelo. El coste ha sido alto, pero quizá era inevitable que así fuera. Quizá la Madre debía llevarse algo mío muy valioso para que yo supiera apreciar el don. No se conceden dones sin ofrecer a cambio algo de gran valor.

»¿He recibido la llamada? ¿Soy ya una Zelandoni? Como he entregado a mi hijo en sacrificio, la Gran Madre me ha hablado y me ha dado a conocer el resto del Canto a la Madre, para que yo lo comparta, para que entregue este maravilloso don a sus Hijos. Ahora Jondalar sabrá con certeza que Jonayla es de él tanto como mía. Y sabremos cómo crear un bebé nuevo cuando queramos. Ahora los hombres sabrán que ellos forman parte de sus hijos, ellos, su esencia, no sólo su espíritu.

»Pero ¿y si una mujer no quiere otro hijo? ¿O no debe tener otro porque está muy débil, o agotada después de haber dado a luz otros? Ahora sabrá cómo evitarlo. Ahora una mujer sabrá qué debe hacer para evitar un embarazo si no está preparada, o si no quiere un hijo. Ya no necesita pedírselo a la Madre, ya no necesita tomar una medicina especial, basta con que deje de compartir los placeres para no concebir más hijos. Por primera vez una mujer puede controlar su propio cuerpo, su propia vida. Este es un conocimiento muy poderoso... pero hay otra cuestión: ¿qué pasa con el hombre?

»¿Y si él no quiere dejar de compartir los placeres? ¿O si desea un hijo que sabe que viene de él? ¿O si no desea otro hijo?

»Yo quiero otro hijo, y sé que Jondalar también lo querría. Él es muy bueno con Jonayla, y también con los jóvenes que están aprendiendo a tallar pedernal, sus aprendices. Siento mucho haber perdido este hijo. Se le empañaron los ojos al acordarse de él. Pero puedo tener otro. Si Jondalar estuviera aquí, podríamos empezar a crear uno ahora mismo, pero se fue a la Reunión de Verano. Ni siquiera puedo decirle que lo he perdido, porque yo estoy aquí y él en la Reunión de Verano. Se llevaría un disgusto, lo sé. Querría crear otro.

»¿Y por qué no voy yo allí? Ya no tengo que observar el cielo. Ni tengo que permanecer toda la noche en vela, mi período de adiestramiento ha terminado. He recibido la "llamada". ¡Ya soy Zelandoni! Y debo decírselo al resto de los zelandonia.

La Madre no sólo me ha llamado, sino que me ha concedido un gran don. Un don para todos. Debo ir a comunicar a todos los zelandonii el nuevo y maravilloso don de la Madre. Y decírselo a Jondalar, y tal vez crear un hijo nuevo.»

Capítulo 31

Ayla se levantó rápidamente, se puso ropa limpia y recogió la sucia y la piel de secarse. Mientras regresaba a toda prisa por el sendero, llamó a Lobo con un silbido. Cuando se acercó al entrante delantero del refugio de piedra, se acordó de su primer baño con Jondalar, y luego de cuando Marona y sus amigas le ofrecieron ropa nueva.

A pesar de que Ayla había desarrollado distintos grados de tolerancia hacia las demás mujeres que intervinieron en la mala pasada, nunca había superado su aversión a Marona y evitaba todo contacto con ella. El sentimiento era mutuo. Marona jamás había hecho el menor esfuerzo por reconciliarse con la mujer a la que Jondalar llevó a casa después de su viaje. Se había emparejado por segunda vez el mismo verano que Jondalar y Ayla, pero en la siguiente ceremonia matrimonial, y por tercera vez más recientemente. Pero, por lo visto, este último emparejamiento tampoco había salido bien, y hacía alrededor de un año había regresado a la Novena Caverna para vivir con su prima. Pese a tanto emparejamiento, no tenía hijos.

Ayla no soportaba a esa mujer, y no entendía por qué pensaba ahora en ella. Se quitó a Marona de la cabeza y se concentró en Jondalar. «Me alegro mucho de poder marcharme ya a la Reunión de Verano», se dijo. «Puedo ir a lomos de Whinney y tardaré poco en llegar, no más de un día si no paro en el camino.»

Ese año la Reunión de Verano se celebraba a treinta y cinco kilómetros al norte, a orillas del Río, el emplazamiento preferido de Ayla para una reunión. Era el mismo sitio empleado para la primera Reunión de Verano de los zelandonii a la que ella había asistido, donde se había emparejado con Jondalar. Por lo general, en las reuniones se agotaban todos los recursos de las inmediaciones, pero si se dejaba pasar tiempo suficiente, la Madre reparaba la tierra tras los abusos derivados de una gran concentración de personas y la dejaba lo bastante renovada para acogerlos de nuevo.

La joven irrumpió en su morada, llena de vigor y entusiasmo, y empezó a seleccionar su ropa y sus pertenencias. Emitía su monótono tarareo de costumbre cuando entró Marthona.

—Te veo muy animada, así de pronto —comentó la anciana.

—Me voy a la Reunión de Verano. Ya no tengo que seguir observando el cielo. He completado mi adiestramiento. No hay ninguna razón para no ir —contestó Ayla.

—¿Seguro que ya has recuperado las fuerzas? —En la voz de Marthona se advertía un tono de pesar.

—Me has cuidado bien —dijo Ayla—. Me encuentro perfectamente, y tengo muchas ganas de ver a Jondalar y Jonayla.

—Yo también los echo de menos, pero es un largo camino para viajar sola. Pensaba que esperarías a que llegase el próximo cazador para relevar al que ahora nos ayuda. Así podrías volver con Forason —sugirió Marthona.

—Iré a lomos de Whinney. No tardaré mucho. Seguramente llegaré en un día, dos como mucho —explicó Ayla.

—Sí, puede que tengas razón. Me olvidaba de que irías a caballo, y de que te acompañaría Lobo —dijo Marthona.

Ayla percibió la decepción de Marthona, y de pronto comprendió hasta qué punto deseaba ir también ella. Además, Ayla seguía preocupada por la salud de la anciana.

—¿Cómo te encuentras? No quiero marcharme si no estás bien.

—No, no te quedes por mí —respondió Marthona—. Estoy mucho mejor. Si me hubiese sentido así al principio del verano, me habría planteado ir.

—¿Por qué no vienes conmigo? Podrías montar en la grupa de Whinney. Puede que tardemos un poco más, pero sólo un día como mucho —propuso Ayla.

—No. No es que no me guste el caballo, pero no quiero ir sentada en la grupa. Para serte sincera, me da un poco de miedo. Pero tienes razón: debes ir. Debes informar a la Zelandoni de tu «llamada». Imagina la sorpresa que se llevará.

—En cualquier caso ya no queda mucho verano. Pronto regresará todo el mundo —comentó Ayla, intentando suavizar la separación.

—A ese respecto tengo sentimientos encontrados —dijo Marthona—. Por un lado, estoy impaciente por que la Reunión de Verano termine y la Novena Caverna regrese, pero, por otro, no me apetece la llegada del invierno. Supongo que es lo normal cuando uno se hace viejo.

El siguiente paso de Ayla en los preparativos para el viaje era ir en busca de Lorigan y Forason. Sabía dónde encontrar exactamente a Jonclotan: estaría con Jeralda. Casi todos se hallaban sentados en torno al hogar comunitario, acabando de comer.

—Ayla, ven a sentarte con nosotros —propuso Jeralda—. Come algo. Hay comida de sobra y aún está caliente.

—Creo que aceptaré. Desde hace unos días estoy hambrienta —respondió Ayla.

—Lo entiendo —dijo Jeviva—. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho más descansada —contestó Ayla, y sonrió—. He decidido marcharme ya a la Reunión de Verano. He completado mi observación del cielo, así que no hay ningún motivo para quedarme, pero he pensado que podría salir a cazar una vez más antes de irme, tanto para quienes estáis aquí como para llevar algo a la reunión. Es probable que en los alrededores del campamento de la reunión queden ya pocos animales, y los que han sobrevivido seguramente eluden la zona.

—No irás a marcharte antes de llegar mi bebé, ¿verdad? —preguntó Jeralda.

—Si no lo tienes en los próximos días, sí —dijo Ayla—. Aunque me gustaría quedarme y ver nacer a ese bebé sano y precioso. ¿Has estado caminando?

—Sí, pero me hacía mucha ilusión que estuvieras tú aquí para ayudarme.

—Ya está aquí tu madre, y otras mujeres que entienden de partos, además de Jonclotan. No creo que tengas ningún problema, Jeralda —aseguró Ayla, y miró a los tres cazadores—. ¿Queréis venir a cazar conmigo mañana?

—No pensaba ir hasta dentro de unos días, pero no tengo inconveniente —contestó Lorigan—. Puedo ir mañana, sobre todo si vas a marcharte pronto. Debo admitir que me he acostumbrado a nuestra pequeña partida de caza, con el lobo incluido. Creo que formamos un buen equipo.

—¿En qué dirección quieres ir? —preguntó Jonclotan.

—Hace tiempo que no vamos hacia el norte —intervino Forason.

—He evitado esa zona —explicó Ayla— porque no sé qué distancia abarcarán los cazadores de la Reunión de Verano. Estoy segura de que ahora los animales escasean en las proximidades del campamento. Por eso quiero llevarme algo de carne. Tengo la angarilla de la Zelandoni. Puedo emplearla para transportar un animal de buen tamaño.

—¿Eso no será peligroso? —preguntó Jeviva—. ¿No atraerá a algún animal cazador? Quizá no deberías ir sola.

Marthona se había unido a ellos, pero no dijo nada. Dudaba que eso preocupara a Ayla, si tenía la firme determinación de marcharse.

—Lobo me prevendrá, y creo que entre los dos podemos ahuyentar a un cazador cuadrúpedo.

—¿Incluso a un león cavernario? —preguntó Jeralda—. Tal vez debas esperar a que te acompañen los cazadores.

Ayla comprendió que Jeralda buscaba una razón para inducirla a prolongar su estancia con la idea de que la ayudara en el parto.

—¿Recuerdas cuando cazamos parte de una manada de leones cavernarios que intentaban establecerse demasiado cerca de la Novena Caverna? —preguntó Ayla—. Era una situación muy peligrosa y no debía consentirse. Todos los niños y ancianos hubiesen podido ser presas, y tuvimos que obligarlos a marcharse. Cuando matamos al león y a un par de leonas, los demás huyeron.

—Sí, pero entonces erais una partida de caza completa, y ahora tú vas sola —adujo Jeralda.

—No, me acompañará Lobo, y también Whinney. Los leones prefieren dar caza a animales débiles. Me consta que el olor de todos nosotros juntos los confundiría, y llevaré a mano el lanzavenablos. Además, si salgo por la mañana temprano, debería llegar antes del anochecer —explicó Ayla. Dirigiéndose a los cazadores, añadió—: Es mejor que mañana vayamos hacia el suroeste.

Marthona se mantuvo al margen, escuchando la conversación. «Sería una buena jefa», pensó la antigua jefa de la Novena Caverna. «Asume la responsabilidad sin planteárselo siquiera, le sale de manera natural. Creo que será una Zelandoni

poderosa.»

Al día siguiente los cazadores regresaron arrastrando tres grandes ciervos rojos con costillares de buen tamaño. Ayla pensó en ir a buscar a Whinney para transportarlos, pero los demás cazadores lo descartaron. Despellejaron a los animales allí mismo, vaciaron los estómagos, limpiaron los intestinos y tiraron las entrañas, pero conservaron los demás órganos internos. A continuación, agarrándolos por la cornamenta, tiraron de ellos. Estaban habituados a acarrear ellos mismos las piezas cobradas.

Pasados dos días, Ayla estaba lista para marcharse. Lo cargó todo en la amplia angarilla de la Zelandoni, incluido el ciervo envuelto en una esterilla de hierba que Marthona le había ayudado a tejer, y tenía previsto irse a la mañana siguiente, con la idea de llegar a la Reunión de Verano antes de la noche, sin forzar demasiado a Whinney. Pero se produjo un retraso, no precisamente inesperado. Jeralda se puso de parto en plena noche. Ayla en realidad se alegró. Había seguido de cerca el embarazo todo el verano, y de hecho no quería irse ahora que el nacimiento estaba tan cerca. Pero no sabía con exactitud cuándo pariría la mujer: podían faltar unos días o una luna entera.

Esta vez la suerte acompañó a Jeralda. A mediodía ya había dado a luz a una niña. Su compañero y su madre estaban tan contentos y emocionados como ella. Después de una comida, mientras la mujer descansaba plácidamente, Ayla empezó a impacientarse. Estaba todo listo para su marcha; además, si bien con las horas la carne adquiriría más sabor, si transcurría demasiado tiempo, podía tener un sabor demasiado fuerte, al menos para su gusto. Ya no necesitaba mucho tiempo para acabar de cargar y marcharse; podía irse en ese mismo momento. Pero entonces tendría que hacer noche en el camino. Decidió partir de todos modos.

Tras las despedidas y las instrucciones de última hora a Jeviva, Jeralda y Marthona, Ayla se fue. Le gustaba viajar a solas montada en Whinney, con Lobo trotando junto a ellas, y a los dos animales parecía complacerles también. Hacía bastante calor, pero la manta de montar en el lomo de Whinney le proporcionaba cierta comodidad y absorbía parte del sudor de la mujer y la yegua. Vestía una túnica corta y su falda taparrabos, parecida a la que llevaba cuando Jondalar y ella viajaban en el calor del verano, y al acordarse del viaje lo añoró más aún.

Si bien en los últimos años su cuerpo se había ensanchado un poco por la falta de ejercicio, ahora, tras la experiencia en la cueva, estaba más delgada. Los pechos, que se le habían hinchado durante la lactancia de Jonayla y de nuevo a principios del embarazo, volvían a tener ahora su tamaño normal, y conservaba un buen tono muscular. Siempre había sido una mujer de carne firme y buena silueta, y aunque contaba unos veintiséis años, calculaba, mantenía prácticamente el mismo aspecto

que a los diecisiete.

Cabalgó hasta la puesta de sol; entonces se detuvo y acampó junto al Río. Al acostarse sola en la pequeña tienda, pensó de nuevo en Jondalar. Se metió entre las pieles y cerró los ojos, y siguió representándose al hombre alto de espectaculares ojos azules, deseando que estuviera allí para rodearla con sus brazos, deseando sentir el contacto de sus labios en los de ella. Se dio la vuelta, cerró los ojos y una vez más intentó conciliar el sueño. Siguió revolviéndose sin poder dormir. Lobo, a su lado, comenzó a gimotear.

—¿Tampoco te dejo dormir a ti, Lobo? —preguntó Ayla.

El animal se levantó, asomó el hocico por la abertura de la tienda y emitió un gruñido gutural. Encogiéndose, pasó por debajo de la cortina casi suelta de la entrada rectangular de la pequeña tienda, gruñendo de manera más amenazadora.

—¡Lobo! ¿Adónde vas? ¡Lobo!

Se apresuró a desatar la cortina pero, antes de salir, se volvió y cogió el lanzavenablos y un par de dardos. Aunque la luna estaba en cuarto menguante, había luz suficiente para distinguir los contornos. Vio la angarilla y advirtió que Whinney se apartaba de ella. Incluso en el tenue claro de luna, supo que la yegua estaba nerviosa por su manera de moverse. Lobo, agazapado, avanzaba hacia la angarilla, desplazándose ligeramente hacia la parte de atrás. De pronto, por un instante, Ayla alcanzó a ver una silueta, una cabeza redonda con dos orejas erguidas y rematadas en penachos.

«¡Es un lince!», pensó.

Recordaba al gran felino de piel amarillenta moteada, cola corta y penachos en lo alto de las orejas. Y patas largas capaces de correr a gran velocidad. Fue su primer encuentro con un lince lo que la indujo a aprender a lanzar dos piedras en rápida sucesión con la honda, para no quedarse desarmada después del primer lanzamiento. Se aseguró de que tenía más de un dardo al montar el primero en el lanzavenablos y prepararse para disparar.

Vio la silueta del animal deslizarse hacia la angarilla.

—¡Aaaiii! —gritó, y se echó a correr hacia el felino—. ¡Largo de aquí! ¡Eso no es tuyo! ¡Vete! ¡Vete de aquí!

El lince, asustado, dio un salto y se alejó a todo correr. Lobo lo siguió, pero enseguida Ayla lo llamó con un silbido. El animal aminoró el paso hasta detenerse, y cuando ella volvió a silbar, se dio por fin media vuelta y regresó.

Ayla llevaba consigo un poco de yesca. Con ella intentó avivar la fogata que había encendido antes de irse a dormir para preparar una infusión con la que acompañar la torta de viaje. Al ver que las brasas se habían apagado, cogió sus utensilios para prender fuego y encendió otra hoguera. En cuanto la yesca ardió, utilizó una rama a modo de antorcha para buscar más material combustible. Se

hallaba en una llanura abierta surcada por el Río. Unos cuantos árboles crecían en la orilla, pero sólo encontró madera verde. Sí había, no obstante, hierba seca, así como excrementos secos de animales, probablemente de bisonte o uro, pensó. Eso bastaba para mantener una pequeña fogata durante un rato. Extendió las pieles de dormir junto a la hoguera y se metió entre ellas con Lobo a su lado. Whinney se quedó también cerca de Ayla y el fuego.

Dormitó un poco durante la noche, pero cualquier ruido la despertaba. Sin molestarse en avivar el fuego, se puso de nuevo en marcha poco después de la primera luz del alba, y se detuvo sólo el tiempo necesario para que el caballo, el lobo y ella misma bebieran agua del Río. Se comió otra torta de viaje en el camino, y antes del mediodía divisó el humo de las hogueras del campamento. Ayla saludó con la mano a unos cuantos amigos mientras cabalgaba por la orilla del Río, con la angarilla a rastras, rumbo primero al lugar, cauce arriba, donde había acampado la Novena Caverna la vez anterior.

Fue derecha al pequeño valle rodeado de árboles. Al ver el sencillo corral de madera, sonrió. Los caballos se saludaron con un relincho nada más olerse. Lobo se adelantó para acercarse y frotar el hocico con el suyo primero a Corredor, amigo desde sus tiempos de cachorro, y luego a Gris, por quien había velado desde su nacimiento. Tenía un comportamiento casi tan protector con ella como con Jonayla.

Salvo por los caballos, el campamento parecía vacío. Lobo empezó a olfatear en torno a una tienda que conocía bien, y cuando Ayla entró sus pieles de dormir, vio a Lobo al lado de las de Jonayla. La miró y gimió de impaciencia.

—¿Quieres ir a por ella, Lobo? Venga, busca a Jonayla —ordenó, dirigiéndole la señal con que le indicaba que podía marcharse libremente.

El animal salió disparado de la tienda, husmeó el suelo por un momento para detectar ese rastro en particular entre todos los demás y echó a correr, parando sólo para oler la tierra de vez en cuando. La gente había visto llegar a Ayla, y antes de que pudiera descargar la carne, llegaron sus parientes y amigos para saludarla. Joharran fue el primero, y Proleva lo seguía de cerca.

—¡Ayla! Por fin has venido —dijo Joharran, y se precipitó hacia ella para darle un fuerte abrazo—. ¿Cómo está mi madre? No sabes cuánto la echamos de menos. La verdad es que os hemos echado mucho de menos a las dos.

La siguiente en abrazarla fue Proleva.

—Sí, ¿cómo está Marthona? —preguntó, y esperó la respuesta de Ayla.

—Mejor, creo. Antes de irme, dijo que si se hubiese sentido tan bien cuando os marchasteis, habría venido —respondió Ayla.

—¿Cómo está Jeralda? —preguntó Proleva a continuación.

Ayla sonrió.

—Tuvo una niña, ayer. Es una niña muy sana, y no creo que fuera prematura. Las

dos se encuentran bien. Jeviva y Jonclotan están muy contentos.

—Parece que has traído algo —comentó Joharran, señalando la parihuela.

—Lorigan, Forason, Jonclotan y yo salimos a cazar —explicó Ayla—. Nos topamos con una manada de ciervos rojos en el Valle de la Hierba y abatimos dos. Dejé uno allí, que les dará para un tiempo, y me he traído el otro. Pensé que a estas alturas podía veniros bien un poco de carne fresca. Sé que por estas fechas los animales escasean en los alrededores del campamento. Ya probamos un poco de este ciervo antes de marcharme. Es una carne muy buena, porque los animales ya empezaban a acumular grasa para el invierno.

Llegaron otros varios miembros de la Novena Caverna, y más gente. Joharran y un par de ellos comenzaron a descargar la angarilla.

Matagan, el primer aprendiz de Jondalar, se acercó, cojeando pero a la carrera, y la saludó con entusiasmo.

—La gente preguntaba cuándo vendrías. La Zelandoni decía que podía ser en cualquier momento, pero nadie te esperaba en pleno día —dijo Filoban—. Jondalar estaba convencido de que, cuando llegaras, sería a última hora de la tarde o por la noche. Decía que cuando decidieras ponerte en marcha, probablemente vendrías a caballo y tardarías un día en llegar.

—Tenía razón. Al menos ese era mi plan, pero Jeralda se puso de parto en plena noche, y dio a luz por la mañana. Yo estaba impaciente y no pude esperar más, así que salí por la tarde y, al caer la noche, acampé —explicó Ayla; luego, mirando alrededor, preguntó—: ¿Dónde está Jondalar? ¿Y Jonayla?

Joharran y Proleva se miraron y de inmediato desviaron la vista.

—Jonayla está con otras niñas de su edad —respondió Proleva—. Los zelandonia han organizado unas actividades para ellas. Van a participar en una celebración especial planeada por Aquellos Que Sirven.

—No sé dónde está Jondalar —dijo Joharran, arrugando la frente con aquella expresión tan parecida a la de su hermano. Echó un vistazo por encima de Ayla y sonrió—. Pero hay alguien aquí que quiere verte.

Ayla se volvió y miró hacia donde Joharran dirigía la vista. Vio a un hombre gigantesco de pelo rojo y alborotado y barba roja y enmarañada. Abrió los ojos de par en par.

—¿Talut? Talut, ¿eres tú? —exclamó, y corrió hacia el hombre fornido.

—No, Ayla, no soy Talut. Soy Danug, pero Talut me encargó que te diera un gran abrazo de su parte —dijo el joven mientras la levantaba en un amistoso y fuerte abrazo.

Ayla no se sintió aplastada —Danug había aprendido hacía tiempo a controlar su extraordinaria fuerza—, pero sí envuelta, abrumada, casi asfixiada por la pura corpulencia de aquel hombre. Era más alto, con mucho, que Jondalar, que ya medía

un metro noventa y cinco. Tenía los hombros casi tan anchos como los de dos hombres normales juntos, y sus brazos eran tan gruesos como los muslos de la mayoría de los hombres. Ayla no alcanzó a rodear su enorme torso con los brazos, y si bien Danug tenía la cintura estrecha en proporción, sus musculosos muslos y pantorrillas eran enormes.

Ayla sólo había conocido a otra persona comparable en tamaño a Danug: Talut, el hombre con quien estaba emparejada la madre de Danug, el jefe del Campamento del León de los mamutoi. Y el joven era, si acaso, más grande.

—Ya te anuncié que algún día vendría a visitaros —dijo después de dejarla en el suelo—. ¿Cómo estás, Ayla?

—Danug, no sabes cuánto me alegro de verte —respondió ella con los ojos empañados—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Cómo has llegado? ¿Cómo has crecido tanto? ¡Tengo la impresión de que eres más grande que Talut! —Pasó a hablar en mamutoi sin mayor dificultad, pero si bien Danug entendió sus palabras, las preguntas carecían de orden lógico.

—Yo también lo creo, pero no me atrevería a decírselo a Talut.

Ayla se volvió al oír la voz, y vio a otro joven. No lo reconoció, pero, al mirarlo más atentamente, empezó a distinguir el parecido con otros a quienes conoció en su día. Se daba un aire a Barzec, aunque era más corpulento que el hombre bajo y robusto emparejado con Tulie, la gran jefa del Campamento del León. Esta era hermana de Talut, y casi del mismo tamaño que él. El joven se parecía a los dos.

—¿Druwez? —preguntó Ayla—. ¿Eres Druwez?

—Este gran zoquete es inconfundible —respondió el joven, sonriendo a Danug—. Pero no sabía si me reconocerías a mí.

—Has cambiado —dijo Ayla, y lo abrazó—, pero veo en ti a tu madre, y también a Barzec. ¿Cómo están? ¿Y cómo están Nezzie, y Deegie, y todos? —preguntó, abarcándolos a los dos con la mirada—. No os imagináis cuánto os he echado de menos.

—Ellos también te echan de menos a ti —contestó Danug—. Pero hemos venido con otra persona que también tiene muchas ganas de verte.

Un poco más atrás se hallaba un joven alto de sonrisa tímida y pelo castaño rizado, que se acercó a instancias de los dos jóvenes mamutoi. Ayla supo que no lo conocía, y sin embargo advirtió en él un rasgo curiosamente familiar, sólo que no alcanzó a identificarlo.

—Ayla de los mamutoi... ahora de los zelandonii, supongo, te presento a Aldanor de los s'armunai —anunció Danug.

—¡Los s'armunai! —exclamó Ayla. De pronto comprendió qué era lo que le resultaba familiar en él. Su ropa, sobre todo el jubón. En el corte y los adornos saltaba a la vista el estilo único de aquella gente, que ella y Jondalar habían visitado

involuntariamente en su viaje. La asaltaron los recuerdos. Eran ellos quienes habían capturado a Jondalar, o para ser más exactos, las mujeres del campamento de los s'armunai encabezado por Attaroa. Ayla, con la ayuda de Lobo y los caballos, les había seguido el rastro y había encontrado a Jondalar. Pero no fue entonces cuando vio por primera vez esa clase de jubones. Ranec, el mamutoi con quien ella había estado a punto de emparejarse, tenía uno que había trocado por unas tallas.

Ayla de pronto cayó en la cuenta de que estaban mirándose fijamente. Se recompuso, dio un paso hacia el joven con las dos manos abiertas en un gesto de saludo.

—En nombre de Doni, la Gran Madre Tierra, conocida también como Muna, bienvenido seas, Aldanor de los s'armunai —dijo.

—En nombre de Muna, te doy las gracias, Ayla. —El joven sonrió tímidamente—. Seas mamutoi o zelandonii, ¿sabes que entre los s'armunai se te conoce como «S'Ayla, Madre de la Estrella del Lobo, enviada para aniquilar a Attaroa, la Perversa»? Corren tantas historias sobre ti que yo ni siquiera creía que fueras una persona real; pensaba que eras una leyenda. Cuando Danug y Druwez hicieron un alto en nuestro campamento y dijeron que venían a visitarte, les pedí que me permitieran acompañarlos. Ahora acabo de conocerte, y casi no puedo creerlo.

Ayla sonrió y cabeceó.

—Yo no sé nada de historias o leyendas. La gente suele creer lo que quiere creer —dijo, y pensó: «Parece un joven agradable».

—Tengo algo para ti, Ayla —intervino Danug—. Si me acompañas, te lo daré.

Ayla siguió a Danug hacia una pequeña estructura cubierta de pieles, aparentemente su tienda de viaje, y observó mientras Danug revolvía en el interior de un paquete. Al final sacó un objeto pequeño cuidadosamente envuelto y atado con un cordel.

—Ranec me encargó que te diera esto en mano.

Ayla desenvolvió el paquete. Abrió los ojos desmesuradamente y, con el objeto en alto entre sus dedos, ahogó un grito de sorpresa. Era una talla de un caballo hecha con marfil de mamut, tan pequeña que le cabía en la mano, pero tan exquisitamente labrada que casi parecía un caballo vivo. Echaba la cabeza al frente como si avanzase contra el viento. Una serie de líneas representaban la crin erguida y el pelo lanudo, insinuando la áspera textura del pelaje sin ocultar la complejidad robusta propia del pequeño caballo de las estepas. Toda la superficie del animal había sido frotada con ocre amarillo, el color del heno seco, la misma tonalidad de una yegua que ella conocía bien, y un color negruzco oscurecía los cuartos traseros y la franja central del lomo.

—¡Danug, es preciosa! Es Whinney, ¿no? —Ayla sonrió, pero los ojos le brillaban a causa de las lágrimas.

—Sí, claro. Empezó a tallar este caballo justo después de marcharte.

—Creo que la experiencia más dura de mi vida ha sido anunciar a Ranec que me iba con Jondalar. ¿Cómo está, Danug?

—Está bien, Ayla. Se emparejó con Tricie un tiempo después ese mismo verano. Ya sabes, aquella mujer que tuvo un hijo nacido probablemente del espíritu de Ranec. Desde entonces ha dado a luz a otros dos hijos. Tiene mal genio, pero es una buena compañera para él. Cuando ella se pone a despotricar por cualquier cosa, él se limita a sonreír. Dice que ama el espíritu de esa mujer. Para ella, la sonrisa de Ranec es irresistible, y lo quiere de verdad. Pero no creo que él llegue a olvidarte del todo. Eso les causó algún problema al principio.

Ayla frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de problema?

—Verás, él la deja salirse con la suya casi en todo, y creo que al principio ella lo consideraba débil porque cedía muy fácilmente. Empezó a presionarlo, para ver hasta dónde podía llegar. Con el tiempo empezó a exigirle ciertas cosas, que le consiguiera esto o aquello. Ranec pareció tomárselo como un juego. Por disparatado que fuese, él, de un modo u otro, se las arreglaba para darle lo que le pedía, y se lo entregaba con una de esas sonrisas suyas. Ya sabes.

—Sí, ya sé —contestó Ayla, sonriendo llorosa al recordarlo—. Siempre tan satisfecho de sí mismo, como si acabara de ganar una competición y estuviera muy orgulloso de su sagacidad.

—Y un día ella empezó a cambiarlo todo de sitio —prosiguió Danug—. El espacio de trabajo de Ranec, sus herramientas, todos los objetos especiales que él recogía y ordenaba. Él se lo permitió. Creo que simplemente quería ver qué pretendía ella. Pero casualmente yo estaba en la vivienda cuando ella decidió mover este caballo. Nunca lo he visto tan furioso. No levantó la voz ni nada por el estilo. Sencillamente le dijo que lo dejara donde estaba. Ella se sorprendió. Creo que no se lo tomó en serio. Él siempre se había sometido a su voluntad. Ranec le repitió que lo dejara, y como ella le desobedeció, la agarró por la muñeca, con fuerza, y se lo quitó. Le dijo que no volviera a tocar nunca ese caballo. Le aseguró que si alguna vez lo tocaba, rompería el lazo del emparejamiento y pagaría el precio. Añadió que la amaba, pero que había una parte de él que ella nunca tendría. Si no lo aceptaba, ya podía marcharse.

»Tricie salió de la morada llorando, pero Ranec se limitó a colocar el caballo en su sitio, se sentó y empezó a tallar. Cuando por fin ella regresó, era de noche. No pude evitar oírlos, porque su hogar está justo al lado del nuestro, y... en fin, supongo que quería oírlos. Ella le dijo que deseaba quedarse con él, le dijo que lo amaba, que siempre lo había amado, y deseaba quedarse con él aun cuando siguiera amándote a ti. Prometió no volver a tocar el caballo. Y cumplió su palabra. Creo que con eso ella

empezó a respetarlo, y se dio cuenta de lo que sentía realmente por él. Ranec es feliz, Ayla. No creo que te olvide nunca, pero es feliz.

—Yo tampoco lo olvidaré. Aún pienso en él a veces. De no haber existido Jondalar, habría sido feliz a su lado. Yo lo amaba, sólo que amaba más a Jondalar. Háblame de los hijos de Tricie —pidió.

—Esa combinación de espíritus ha producido una mezcla interesante —explicó Danug—. El primero es niño... tú lo viste, ¿no? Tricie lo llevó a aquella Reunión de Verano.

—Sí, lo vi. Era muy pálido. ¿Aún es tan pálido?

—Su piel es la más blanca que he visto en mi vida, excepto allí donde se le acumula un sinfín de pecas. Tricie es pelirroja, de tez clara, pero no tanto como la de él. Tiene los ojos de un color azul muy suave, y el pelo rojo anaranjado y crespo. No soporta el sol; se quema a la más mínima, y si el día es muy luminoso, le duelen los ojos; pero, salvo por su coloración, es idéntico a Ranec. Resulta extraño verlos juntos, la piel morena de Ranec junto a la blanca de Ra, pero los dos con la misma cara. Posee también el sentido del humor de Ranec, sólo que más agudo. Y es capaz de hacer reír a cualquiera, y le encanta viajar. No me extrañaría que acabara siendo fabulador ambulante. Se muere de ganas de marcharse por su cuenta. Quería acompañarnos en este viaje. Si hubiese sido un poco mayor, lo habría traído. Hubiese sido buena compañía.

»La niña de Tricie es una preciosidad. Tiene la piel morena, pero no tanto como la de Ranec, y el pelo negro como la noche, pero sus rizos son más suaves. Y ojos negros, de expresión muy seria. Es una niña frágil y callada, pero te aseguro que no hay hombre que la vea y no se quede fascinado con ella. No le costará encontrar compañero.

»El pequeño es tan moreno como Ranec, y aunque todavía es difícil saberlo, creo que sus facciones se parecerán más a las de Tricie.

—Por lo que se ve, Tricie es una buena aportación al Campamento del León. Ojalá pudiera ver a sus hijos. Yo también tengo una niña —dijo Ayla, y enseguida recordó que habría podido tener otro hijo pronto, de no haber sido por la «llamada» en las profundidades de la cueva. «Me gustaría explicarle que los niños son fruto de algo más que una mezcla de espíritus», pensó.

—Lo sé. He conocido a Jonayla. Se parece mucho a ti, sólo que tiene los ojos de Jondalar. Ojalá pudiera llevármela y presentársela a todos. Nezzie la adoraría. Yo ya me he enamorado de ella, igual que me enamoré de ti cuando era niño —admitió Danug, y soltó una risotada de satisfacción.

Ayla pareció tan sorprendida que Danug se rio aún con más ganas, y ella oyó salir de él las atronadoras carcajadas de Talut.

—¿Enamorado de mí?

—Entiendo que no te dieras cuenta. Entre Ranec y Jondalar, ya tenías bastante en qué pensar, pero yo no podía apartarte de mi cabeza. Soñaba contigo. De hecho, todavía te amo, Ayla. ¿No te gustaría volver al Campamento del León conmigo? —Desplegó una amplia sonrisa y le destellaron los ojos, pero también se advertía en él algo más: el asomo de un anhelo nostálgico, un deseo que, como bien sabía, nunca se vería satisfecho.

Ella apartó la mirada por un momento y cambió de tema.

—Háblame de los demás. ¿Cómo están Nezzie y Talut? ¿Y Latie y Rugie?

—Mi madre está bien. Se hace mayor, eso es todo. Talut está perdiendo el pelo, y no le gusta. Latie se ha emparejado, tiene una hija, y aún habla de caballos. Rugie busca compañero, o mejor dicho, los jóvenes la buscan a ella. Ya ha pasado por sus Primeros Ritos; Tusie también, al mismo tiempo. Ah, y Deegie tiene dos hijos. Me ha dicho que te diera recuerdos de su parte. No llegaste a conocer a su hermano, Tarneg, ¿verdad? Su compañero tiene tres pequeños. Se construyeron un nuevo alojamiento de adobe no muy lejos; ahora Deegie y Tarneg son jefes. Tulie da gracias por poder ver a sus nietos casi a diario y ha tomado otro compañero. Según Barzec es demasiado mujer para un solo hombre.

—¿Lo conozco? —preguntó Ayla.

Danug sonrió.

—De hecho, sí. Es Wymez.

—¡Wymez! ¿Te refieres al hombre del hogar de Ranec, el tallador de pedernal a quien Jondalar tanto admira? —preguntó Ayla.

—Sí, ese Wymez. Nos sorprendió a todos, incluso a Tulie, creo. Y el Mamut está ya en el otro mundo. Tenemos uno nuevo, pero en el Tercer Hogar nos está costando acostumbrarnos a un Mamut nuevo.

—Lo siento mucho. Yo adoraba a ese anciano. He estado adiestrándome para ser Una de Quienes Sirven a la Madre, pero fue él quien me inició. Ya casi he terminado mi adiestramiento —explicó Ayla. No quería contar más de lo imprescindible antes de hablar con la Zelandoni.

—Eso nos ha dicho Jondalar. Yo siempre creí que servirías a la Madre. El Mamut no te habría adoptado si no lo hubiese pensado también. Hubo un tiempo en que en el Campamento del León todos creían que quizá llegaras a ser Mamut cuando el anciano abandonara este mundo. Ayla, puede que aquí seas zelandonii, pero todavía eres mamutoi, todavía cuentas como una más entre los miembros del Campamento del León.

—Me alegra saberlo. Por muchos títulos o lazos que adquiriera, en el fondo de mi corazón siempre seré Ayla de los mamutoi —afirmó.

—Desde luego has adquirido no pocos títulos y has dejado a tu paso un reguero de historias —señaló Danug—, y no sólo entre los s'armunai. Incluso he oído hablar

de ti a personas que no te conocen. Has sido de todo, desde experta curandera y controladora de sorprendentes fuerzas espirituales hasta la encarnación de la mismísima Gran Madre Tierra, una muta viviente... lo que aquí se llama donii, creo... venida para ayudar a Su gente. Y Jondalar fue su hermoso y rubio compañero, «su pálido y luminoso amante». Incluso Lobo era una encarnación, de la Estrella del Lobo. Sobre él se cuentan las más diversas historias, que van desde la bestia vengadora hasta la criatura adorable que cuida de bebés. Y también los caballos. Son animales prodigiosos que el Espíritu del Gran Caballo te permitió controlar. Según cierta historia, del pueblo de Aldanor, esos caballos vuelan, y os llevan a ti y Jondalar a vuestras casas en el otro mundo. Empezaba a preguntarme si todas esas historias podían ser sobre las mismas personas, pero, después de hablar con Jondalar, creo que los dos habéis vivido aventuras muy interesantes.

—A la gente le gusta exagerar las historias para que parezcan más interesantes —comentó Ayla—. ¿Y quién va a desdecirlos cuando los protagonistas de las historias ya no están presentes? Nosotros sólo viajamos de regreso al hogar de Jondalar. Tú mismo habrás vivido no pocas aventuras.

—Nosotros no viajamos con un par de caballos mágicos y un lobo.

—Danug, tú sabes que esos animales no tienen nada de mágico. Has visto a Jondalar adiestrar a Corredor, y estabas allí cuando llevé a Lobo, de cachorro, al hogar. No es más que un lobo que se acostumbró a la gente porque se crio entre humanos.

—Por cierto, ¿dónde está ese lobo? Me pregunto si se acuerda de mí —dijo Danug.

—Nada más llegar, se ha ido corriendo en busca de Jonayla —respondió Ayla—. Por lo visto, está con otras niñas de su edad haciendo algo para la zelandonia. Pero todavía no he visto a Jondalar. ¿Ha dicho algo de ir a cazar?

—A mí no —respondió Danug—, pero ninguno de los tres hemos estado mucho por aquí. Aunque somos forasteros, de un lugar muy lejano, Jondalar nos presentó como parientes tuyos, y como a parientes nos han recibido. Todo el mundo quiere oír nuestras historias y nos pregunta cosas sobre nuestra gente. Nos han pedido a los tres que participemos en los Primeros Ritos. Incluso a mí, con lo grande que soy, aunque antes me interrogaron sobre mi experiencia con mujeres tan jóvenes, y creo que un par de «mujeres-donii» me pusieron a prueba. —El hombre corpulento sonrió de placer—. Al principio Jondalar nos traducía, pero hemos estado aprendiendo zelandonii, y ahora nos las apañamos solos. La gente se porta muy bien con nosotros, pero no para de hacernos regalos, y ya sabes lo complicado que es cargar con demasiadas cosas cuando estás de viaje. A propósito, te traje algo que te dejaste olvidado. Se lo di a Jondalar. ¿Te acuerdas de la pieza de marfil que os dio Talut cuando os fuisteis? ¿La que mostraba los hitos con que orientarte para iniciar bien

vuestro viaje?

—Sí. Tuvimos que dejarla por falta de espacio.

—Laduni me la entregó para que os la devolviera.

—Jondalar se habrá alegrado mucho. Ese era un objeto que deseaba conservar como recuerdo de su estancia con el Campamento del León.

—Lo entiendo. A mí los s'armunai me dieron también algo que sin duda querré guardar siempre. Mira. —Sacó una figurilla de mamut confeccionada con un material muy duro pero desconocido—. No sé qué clase de piedra es. Según Aldanor, la hacen ellos mismos, pero no sé si creerle.

—Es verdad que esa piedra se hace. Empiezan con una arcilla barrosa, luego le dan forma, y la cuecen con fuego muy intenso en un espacio cerrado especial, como un horno construido en la tierra, hasta que se convierte en piedra. Vi hacerlo a la S'Armuna del Campamento de las Tres Hermanas. Fue ella quien descubrió cómo se hacía esa piedra. —Ayla se interrumpió, y permaneció un momento con la mirada perdida, como si contemplara sus recuerdos—. No era mala persona, pero Attaroa la llevó por mal camino durante un tiempo. Los s'armunai son gente interesante.

—Jondalar me contó lo que os pasó allí. Pero Aldanor es de otro campamento. Nos detuvimos a hacer noche en Tres Hermanas. Me pareció extraño que hubiera tantas mujeres, pero eran muy hospitalarias. Después de hablar con Jondalar, me di cuenta de que quizá no habríamos llegado hasta aquí si no hubierais pasado vosotros antes por allí. Tiemblo sólo de pensarlo —dijo Danug.

La cortina de cuero de la entrada se abrió. Danug y Ayla alzaron la mirada y vieron a Dalanar asomar la cabeza.

—De haber sabido que la querías para ti solo, me lo habría pensado antes de traerte a esta Reunión de Verano, joven —dijo Dalanar con severidad, y enseguida sonrió—. Tampoco te culpo; ya sé que hace mucho tiempo que no la ves, pero hay varias personas más que desean hablar con esta mujer.

—¡Dalanar! —exclamó Ayla, y se levantó y salió de la pequeña tienda para abrazarlo. Había envejecido, pero seguía pareciéndose mucho a Jondalar, y Ayla sintió un cálido afecto al verlo—. ¿Danug y los otros dos vinieron contigo? ¿Cómo te encontraron?

—Fue por casualidad, u otros te dirán que fue cosa del destino. Unos cuantos de nosotros salimos de cacería en dirección a un valle ribereño cercano, en una zona de paso de muchas manadas. Ellos tres nos vieron y, con señas, nos dieron a entender que deseaban unirse a la partida de caza. Nosotros aceptamos con mucho gusto la ayuda de tres hombres jóvenes y sanos. Yo ya tenía pensado que este año podríamos venir a la reunión de los zelandonii si conseguíamos unas cuantas buenas cacerías, las suficientes como para almacenar carne de cara al invierno y traer un poco aquí.

»Gracias a su participación, las cosas nos fueron mucho mejor. Cazamos seis

bisontes. Ya al anochecer este joven preguntó por ti y Jondalar, y estaba interesado en saber dónde encontrar a los zelandonii —contó Dalanar, señalando al hombre pelirrojo que acababa de salir de la tienda.

—El idioma fue un pequeño problema. Lo único que Danug sabía decir era «Jondalar de la Novena Caverna de los zelandonii». Intenté explicarle que Jondalar era hijo de mi hogar, pero no tuve mucha suerte —prosiguió el hombre de mayor edad—. Entonces Echozar volvió del filón de pedernal, y Danug empezó a hablarle con señas. Se sorprendió al descubrir que Echozar hablaba, pero no tanto como se sorprendió Echozar al ver que Danug y Druwez se dirigían a él con señas. Cuando Echozar les preguntó dónde habían aprendido ese lenguaje, Danug nos habló de su hermano, un niño adoptado por su madre que al final había muerto. Nos contó que tú, Ayla, enseñaste a todos ellos a expresarse con señas para que el niño pudiera hacerse entender.

»Fue así como conseguimos comunicarnos al principio. Danug y Druwez hablaban con Echozar mediante señas, y él traducía. En ese momento tomé una decisión: dije a Danug que iríamos a la Reunión de Verano de los zelandonii y podían acompañarnos. Dio la casualidad de que al día siguiente llegó Willamar con los suyos. Es increíble lo bien que Willamar se comunica con la gente incluso sin conocer su idioma.

—¿Willamar también está aquí? —preguntó Ayla.

—Sí, estoy aquí.

Ayla se dio media vuelta de inmediato y sonrió complacida al ver al viejo maestro de comercio. Se abrazaron con calidez y afecto.

—¿Tú también has venido con los lanzadonii?

—No, no hemos llegado con ellos —respondió Willamar—. Todavía nos quedaban unos cuantos altos en la ruta. Llegamos hace unos días, y estoy ya a punto de volver a la Novena Caverna.

—De hecho, este año vinimos un poco antes —explicó Dalanar—. Yo sabía dónde plantaría la Novena Caverna el campamento, así que nos instalamos cerca.

—Fui uno de los primeros en ver llegar a la Novena Caverna —intervino Danug—. Cuando distinguí los caballos a lo lejos, supe que tenía que ser tu gente, Ayla. Me llevé una gran decepción cuando me enteré de que no venías con ellos, aunque me alegré de ver a Jondalar. Al menos él sabía hablar mamutoi. Me di cuenta de inmediato que Jonayla era hija tuya, y más viéndola a lomos de ese caballo gris. Si no hubieses venido, habría ido yo a la Novena Caverna a darte una sorpresa, pero al final has sido tú quien nos ha sorprendido a nosotros.

—La sorpresa eres tú, Danug, y una sorpresa agradable. E igualmente puedes venir a visitar la Novena Caverna, ya lo sabes —dijo Ayla, y volviéndose hacia Dalanar, añadió—: Me alegro de que hayas decidido venir con los lanzadonii. ¿Jerika

está contigo? Marthona lamentará no veros.

—Me sabe mal que Marthona no haya venido. A Jerika también le hacía ilusión verla. Es increíble que al final sean tan buenas amigas. ¿Cómo está Marthona?

—No del todo bien —respondió Ayla, cabeceando—. Se queja de dolor en las articulaciones, pero no sólo es eso. Le duele el pecho y le cuesta respirar cuando hace esfuerzos. Yo tenía previsto venir a la reunión en cuanto me fuera posible, pero no me gustaba la idea de dejarla allí. Aunque la verdad es que al irme se la veía mucho mejor.

—¿Realmente crees que está mejor? —preguntó Willamar, ahora muy serio.

—Dijo que si se hubiese sentido igual de bien antes, en el momento de marcharse la Novena Caverna, quizá habría venido, pero dudo que hubiese podido hacer todo el camino a pie.

—Podría haberla traído alguien —comentó Dalanar—. Yo llevé a Hochaman a hombros hasta las Grandes Aguas del Oeste, dos veces, antes de su muerte. —Dalanar se volvió hacia Danug—. Hochaman era el compañero de la madre de Jerika. Viajaron desde los Mares Infinitos del Este. Sus lágrimas se mezclaron con la sal de las Grandes Aguas del Oeste, pero eran lágrimas de alegría. Su mayor deseo era llegar hasta donde acababa la tierra, más lejos que nadie. No sé de nadie que haya viajado tan lejos.

—Precisamente nos acordamos de esa historia, Dalanar, y le propusimos traerla —explicó Ayla—, pero ella no quiso venir a hombros de Jondalar. Supongo que le pareció poco digno. Tampoco quiso viajar a lomos de Whinney. Se lo ofrecí, pero se negó. Le gustan los caballos, pero le da miedo montar. —Ayla miró la parihuela, la sencilla construcción a base de varas y esterillas, ya descargada—. Me pregunto... ¿crees que le importaría viajar en la angarilla, Willamar?

—También podrían acarrearla en una litera varias personas por turno —sugirió Dalanar—. Con cuatro portadores, uno en cada esquina, sería fácil. Ella no pesa mucho.

—Y podría ir sentada, sin necesidad de viajar mirando hacia atrás. Estoy tentada de pedirle a Jondalar que vuelva a por ella, pero aún no lo he visto. ¿Estaba contigo, Dalanar? —preguntó Ayla.

—No, no lo he visto en todo el día. Podría estar en cualquier sitio. Ya sabes cómo son las cosas en estas reuniones —respondió Dalanar—. Tampoco he visto a Bokovan en todo el día.

—¿Bokovan? ¿Joplaya y Echozar están aquí? Creía que Echozar dijo que nunca volvería después del revuelo que se organizó cuando se unió a Joplaya —señaló Ayla.

—No fue fácil convencerlo. Jerika y yo pensamos que debía venir por el bien de Bokovan. También él tendrá que encontrar compañera algún día, y todavía no hay suficientes lanzadonii. Todos los jóvenes se crían como hermanos, y ya sabes qué

pasa cuando los niños crecen juntos. Luego, de mayores, no suelen verse como parejas posibles. Le aseguré a Echozar que sólo se opusieron unas cuantas personas, pero no se lo creyó. Decidió venir cuando aparecieron este mamutoi enorme, su primo y su amigo. Está aquí básicamente gracias a ellos.

—¿Y qué hicieron para conseguirlo?

—Ahí está: no hicieron nada. Ya sabes que la gente se siente incómoda delante de Echozar cuando lo ve por primera vez. A ti no te pasó, pero fuiste la excepción — explicó Dalanar—. Creo que por eso te tiene especial aprecio. A Danug tampoco le pasó; simplemente empezó a hablarle con señas. El joven s'armunai tampoco pareció inquietarse mucho ante Echozar. Por lo visto, ellos, a diferencia de algunos zelandonii, no consideran demasiado antagónicos a quienes nacen de espíritus mixtos.

—Es verdad —coincidió Ayla—. Entre ellos se da más el mestizaje, y se acepta mejor, aunque no plenamente si el aspecto físico del clan es tan manifiesto como en el caso de Echozar. Él quizá tendría algún problema incluso allí.

—No lo tuvo con Aldanor. Esos tres jóvenes lo aceptaron como a cualquier otro. No les pareció nada excepcional, ni hicieron especial esfuerzo por ser amables con él. Simplemente lo trataron como a un joven más. Gracias a eso, Echozar comprendió, creo, que no todo el mundo lo odiaría, ni le pondría reparos. Podía hacer amigos, y también Bokovan. ¿Te acuerdas de aquellos jóvenes que se emparejaron al mismo tiempo que tú, Jondecam y Levela? Pues, de hecho, prácticamente han adoptado a Bokovan. Está siempre allí, jugando con sus chicos, y con los demás niños que andan a todas horas por su campamento. A veces me pregunto cómo aguantan a tantos niños siempre allí —dijo Dalanar.

—Levela tiene una paciencia inagotable —contestó Ayla—. Creo que le encanta que estén allí. —Se volvió hacia Danug—. Vendrás con nosotros a la Novena Caverna, ¿verdad? Apenas has empezado a ponerme al día sobre la vida de la gente del Campamento del León.

—Teníamos la esperanza de pasar el invierno con vosotros. Me gustaría llegar a las Grandes Aguas del Oeste antes de regresar. Además, creo que será imposible sacar a Aldanor de aquí antes de la primavera, y quizá ni siquiera entonces —dijo Danug, y sonrió a su amigo.

Ayla le dirigió una mirada interrogativa.

—¿Por qué?

—Cuando lo veas cerca de la hermana de Jondalar, lo entenderás.

—¿Folara?

—Sí, Folara. Está colado por ella. Total y absolutamente loco por ella, y creo que el sentimiento es mutuo. Al menos a Folara no parece molestarle pasar mucho tiempo a su lado. Muchísimo tiempo.

Aunque Danug había hablado en mamutoi, Aldanor sonreía. Su idioma era parecido, y había aprendido bastante mamutoi durante su viaje; además, el nombre de ella se pronunciaba igual en todas las lenguas. Ayla vio que Aldanor se sonrojaba. Enarcó las cejas y sonrió.

La joven alta y garbosa en que Folara se había convertido captaba fácilmente la atención allí a donde iba. Poseía la elegancia natural de su madre y el encanto desenvuelto de Willamar y, como siempre había vaticinado Jondalar, era hermosa. Su belleza no era exactamente una manifestación consumada de la perfección, como había sido el caso de Jondalar en su juventud (y en gran medida seguía siendo). Ella tenía la boca un poco demasiado carnosa, los ojos un poco demasiado separados, el pelo castaño claro quizá en exceso fino, pero esas pequeñas imperfecciones sólo la volvían más accesible y atractiva.

A Folara no le faltaban pretendientes, pero ninguno había despertado su entusiasmo ni cumplido sus expectativas tácitas. Su escaso interés por elegir pareja traía loca a su madre, que quería que su hija le diera una nieta. Después de pasar tanto tiempo con Marthona, Ayla la entendía mucho mejor, y sabía que el buen concepto que Folara se había formado del joven s'armunai tendría una gran trascendencia para Marthona. La gran duda era si Aldanor decidiría quedarse con los zelandonii o si Folara lo acompañaría de regreso junto a los s'armunai. «Marthona tiene que venir», pensó Ayla.

—Willamar, ¿te has fijado en el interés de Folara por este joven s'armunai? —preguntó Ayla, sonriendo al visitante, ruborizado de vergüenza por verse convertido en centro de atención.

—Ahora que lo dices, es verdad que han pasado mucho tiempo juntos desde que estoy aquí.

—Ya conoces a Marthona, Willamar. Sabes que le gustaría estar aquí si las intenciones de Folara respecto a este joven son serias, y más si puede darse el caso de que él se la lleve a su tierra. Seguro que Marthona vendría si pudiera.

—Tienes toda la razón, Ayla, pero ¿se lo permitirán sus fuerzas?

—Antes has hablado de la posibilidad de traerla en litera, Dalanar. ¿Cuánto crees que tardarían cuatro hombres jóvenes y fuertes en volver a toda prisa a la Novena Caverna y regresar aquí con ella?

—Si son buenos corredores, sólo unos días en ir, tal vez el doble en traerla de vuelta, más el tiempo necesario para que ella se prepare. ¿De verdad crees que se encuentra tan bien como para eso? —preguntó Dalanar.

—¿Se encontraría Jerika en condiciones si se tratara de Joplaya? —adujo Ayla.

Dalanar asintió en un gesto de comprensión.

—Cuando me marché, se veía a Marthona mucho mejor, y si no tiene que hacer grandes esfuerzos, podría estar mejor aquí, donde hay tantas personas para ayudarla,

que en la Novena Caverna. Le gustan los caballos, para observarlos o acariciarlos, y creo que, dadas las circunstancias, incluso estaría dispuesta a viajar hasta aquí en la angarilla, pero viajaría más a gusto sentada en una litera y acompañada de gente con quien hablar. Se lo pediría a Jondalar, pero no lo he visto por aquí. ¿Podrías organizarlo Dalanar y tú, Willamar? ¿Y quizá también Joharran?

—No veo inconveniente, Ayla. Seguramente tienes razón. La madre de Folara debe estar aquí si su hija tiene serias intenciones de emparejarse, y más con un forastero.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Has venido! ¡Por fin has venido! —exclamó una voz infantil.

Para Ayla, fue una interrupción en extremo grata. Se volvió y sonrió, y se le iluminaron los ojos cuando tendió los brazos y la niña corrió hacia ella, con el lobo trotando alegremente a su lado. Su hija casi voló hasta sus brazos.

—Te he echado mucho de menos —dijo Ayla, estrechándola; luego se apartó para mirarla y la levantó en brazos de nuevo. Cuando la dejó en el suelo, añadió—: Es increíble lo mucho que has crecido, Jonayla.

La Zelandoni había seguido a la niña, a un paso más lento, pero sonrió afectuosamente a Ayla cuando se acercó. Después de saludarla con un abrazo, le preguntó:

—¿Has terminado con la observación?

—Sí, y me alegro de que así sea, pero fue apasionante ver el sol detenerse y volver atrás, y lo marqué. Lo único malo fue no tener allí a nadie con quien compartirlo que lo entendiera realmente. Me acordé mucho de ti —explicó Ayla.

La Zelandoni observó con detenimiento a la joven. Se apreciaba en ella algo distinto: Ayla había cambiado. Intentó identificarlo. «Ha perdido peso. ¿Habrá estado enferma? Debería notársele ya el embarazo, pero tiene la cintura más estrecha y los pechos más pequeños», pensó. «Ay, Doni, ya no está embarazada. Seguramente ha abortado.»

Pero se advertía algo más, un nuevo aplomo en su actitud, la aceptación de la tragedia, una seguridad en sí misma. Sabía quién era ahora: era una Zelandoni. Había recibido la «llamada». Debía de haber perdido el bebé en ese momento.

—Tenemos que hablar, ¿no, Ayla? —preguntó la Zelandoni Que Era la Primera, pronunciando su nombre con énfasis. Podía llamarse Ayla, pero ya no era Ayla.

—Sí —contestó la joven. No tuvo que decir nada más. Supo que La Que Era la Primera Entre Aquellos Que Servían a la Madre lo entendía.

—Debería ser cuanto antes.

—Sí.

—Y... Ayla, lo siento. Sé que deseabas ese hijo —dijo en voz baja.

Antes de que Ayla pudiera contestar, más personas se apiñaron alrededor.

Casi todos sus amigos íntimos y familiares acudieron al campamento a saludarla. Todo el mundo parecía presente excepto Jondalar, y por lo visto nadie sabía dónde localizarlo. Por lo general, cuando una persona se marchaba del campamento principal de la reunión, solo o con alguien más, comunicaba adónde iba. Ayla habría podido empezar a preocuparse, pero veía muy tranquilos a todos los demás. Muchos se quedaron allí a comer algo. Contaron anécdotas, hablaron de la gente, de quiénes iban a emparejarse, quiénes habían tenido hijos o los esperaban, quiénes habían decidido cortar el nudo o tomar un segundo compañero: cotilleos inofensivos.

Por la tarde, la gente empezó a marcharse para ocuparse de otras actividades. Ayla colocó en su sitio sus pieles de dormir y el resto de sus pertenencias. Se alegraba de haber llevado ya antes a los caballos a la pradera del bosque, al corral construido para ellos, no tanto para mantener dentro a los animales como para impedir entrar a las personas. En circunstancias normales, unos caballos en una pradera eran presas fáciles para la caza. Aunque todo el mundo sabía que la Novena Caverna llevaba caballos, el espacio se había cercado visiblemente para que no quedara duda alguna respecto a que se trataba de esos caballos en particular. Jondalar y Jonayla los llevaban a menudo a las estepas cubiertas de hierba para cabalgar o simplemente para dejarlos pastar, pero cuando no estaban en el cercado, Ayla sabía que alguien estaba con ellos.

Jonayla se marchó con la Zelandoni y Lobo para regresar al espacio de los zelandonia y ultimar los detalles de la noche especial que tenían planeada. Ayla decidió que, después de la cabalgada entre el calor y el polvo, convenía almohazar a Whinney, y fue a la pradera de los caballos con unos retales de piel y cepillos de cardencha. También cepilló un rato a Corredor y Gris, sólo por rascarlos y prestarles un poco de atención.

Contempló el riachuelo que discurría por la linde del pequeño valle antes de desembocar en el Río, y recordó la última vez que la reunión se celebró allí. Había una charca donde nadar cauce arriba, no muy lejos de allí. Poca gente sabía de su existencia porque estaba un tanto alejada del campamento principal y caía a trasmano. En aquella ocasión no conocía aún tan bien a su pueblo de adopción, y Jondalar y ella iban allí cuando deseaban apartarse de la multitud y pasar un rato solos.

«Me iría bien un baño ahora», pensó, «y aquí el agua del río está turbia por el uso». Se encaminó corriente arriba hacia el recodo del riachuelo donde el cauce era más profundo cerca de la orilla y formaba una pequeña playa de guijarros en el interior del meandro. Sonrió al acordarse de Jondalar y de lo que hacían allí junto al riachuelo. Había pensado mucho en él, en las sensaciones que le producía. Sintió excitación al imaginar el contacto con él, incluso notó cierta humedad entre las piernas. «¿No sería divertido intentar hacer otro bebé?», pensó.

Mientras se acercaba a la charca, oyó chapoteos, y luego voces, y estuvo a punto de dar media vuelta. «Parece que alguien más ha encontrado este sitio», pensó. «No me gustaría molestar a otra pareja que busca un lugar donde estar a solas. Pero quizá no sea una pareja. Quizá sea un grupo de personas que ha venido a nadar.» Cuando se aproximó, oyó una voz femenina, y a continuación la de un hombre. No distinguió las palabras, pero algo en esa voz la inquietó.

Se movió con el mismo sigilo que cuando acechaba a un animal con su honda. Oyó otra vez las voces, y luego una risa grave de puro abandono. Conocía esa risa, aunque desde hacía un tiempo rara vez la oía, y era ya de por sí poco habitual. Justo después le llegó la voz de la mujer, y la reconoció. Experimentó una extraña sensación de abatimiento en la boca del estómago cuando miró entre los arbustos que bordeaban la pequeña playa.

Capítulo 32

Jondalar y Marona salían del agua cuando Ayla miró entre los arbustos. Con una punzada de angustia, vio a Marona volverse hacia Jondalar, rodearlo con los brazos y apretar su cuerpo desnudo contra el de él, para después alargar el cuello y besarlo. Jondalar agachó la cabeza para recibir sus labios. Con fascinado horror, Ayla observó sus manos mientras empezaba a acariciarle el cuerpo. ¿Cuántas veces había sentido ella el contacto de esas manos expertas?

Ayla deseó echarse a correr, pero no podía moverse. Se acercaron un poco más a ella, camino de una suave piel extendida sobre la hierba. Advirtió que él en realidad no estaba excitado. Pero nadie lo había visto desde la llegada de Ayla, llevaba fuera todo el día, y saltaba a la vista que ya habían usado antes la manta de piel, al menos una vez. Marona volvió a apretarse contra él, lo besó intensamente, en apariencia con gran avidez, y luego poco a poco se arrodilló ante él. Con una lánguida risa de complicidad, Marona envolvió con sus labios la virilidad flácida de Jondalar mientras él, de pie, la miraba.

Ayla observó su excitación creciente y el hondo placer en su semblante. Ella nunca le había visto la cara cuando le hacía eso. ¿Era esa la expresión que adoptaba? Mientras Marona movía la cabeza rítmicamente, el órgano tumescente de Jondalar empezaba a dilatarse y la apartaba de él.

Para Ayla, fue un suplicio verlo con ella. Apenas podía respirar, sentía un nudo de dolor en el estómago, le palpitaba la cabeza. Nunca se había sentido así. ¿Era esa angustia producto de los celos? «¿Fue así como se sintió Jondalar cuando me acosté con Ranec?», se preguntó. «¿Por qué no me lo dijo? Yo entonces no lo sabía. Nunca antes había sentido celos. Y él se lo calló. Sólo me dijo que estaba en mi derecho de elegir a quien quisiera. ¡Eso significa que él tiene derecho a estar con Marona!»

Se le llenaron los ojos de lágrimas. No lo soportaba, tenía que irse de allí. Se volvió y empezó a correr a ciegas por la arboleda, pero tropezó en una raíz que asomaba y cayó de bruces.

—¿Quién anda ahí? ¿Qué pasa? —Era la voz de Jondalar. Ayla se apresuró a levantarse y echó a correr de nuevo justo cuando él apartaba los arbustos—. ¿Ayla? ¡Ayla! —exclamó, atónito—. ¿Qué haces aquí?

Ella se dio media vuelta y vio que él la seguía.

—No quería estorbar —dijo Ayla, intentando recobrar la compostura—. Tienes derecho a aparearte con quien quieras, Jondalar. Incluso con Marona.

Marona atravesó la cortina de arbustos y se colocó junto a Jondalar, muy arrimada a él.

—Así es, Ayla —dijo ella, y lanzó una carcajada exultante—. Puede aparearse con quien quiera. ¿Qué esperabas que hiciera un hombre si su compañera está

demasiado ocupada para él? Nos hemos apareado con frecuencia, y no sólo este verano. ¿Por qué crees que volví a la Novena Caverna? Él no quería que te lo dijera, pero ahora que te has enterado, es mejor que sepas toda la historia. —Soltó otra risotada. Luego, con una mueca páfida, añadió—: Puede que tú me lo robaras, Ayla, pero no has sido capaz de retenerlo.

—Yo no te lo robé, Marona. Ni siquiera te conocía hasta que llegué aquí. Jondalar me eligió por su voluntad. Ahora puede elegirte a ti si quiere, pero, dime, ¿lo amas de verdad? ¿O tu única intención es causar problemas? —preguntó Ayla. Acto seguido, se dio la vuelta y, con toda la dignidad de que fue capaz, se alejó apresuradamente.

Jondalar, sacudiéndose, se desprendió de la mujer colgada de él y alcanzó a Ayla con unas pocas zancadas.

—¡Ayla, espera, por favor! ¡Déjame que te lo explique!

—No hay nada que explicar. Marona tiene razón. ¿Cómo podía yo esperar otra cosa? Estabas haciendo algo, Jondalar. Vuelve y acábalo. —Reanudó la marcha—. Seguro que Marona podrá excitarte una vez más. Ya te tenía bien a punto.

—No quiero a Marona, no si puedo tenerte a ti, Ayla —contestó Jondalar, temiendo de pronto perderla.

Marona lo miró sorprendida. Ella no significaba nada para él, comprendió. Nunca había significado nada para él. Ella se había ofrecido en bandeja, y él la había considerado una manera fácil de aliviar sus impulsos. Marona los miró a los dos con ira, pero Jondalar ni se dio cuenta.

Tenía ojos sólo para Ayla. Ahora lamentaba haber cedido a las incitaciones de Marona, haberla utilizado tan a la ligera. Estaba tan absorto en Ayla, en buscar algo que decir para explicar de algún modo cómo se sentía, que ni siquiera se percató de que la mujer en cuya compañía se hallaba hasta hacía sólo unos instantes pasaba airada a su lado con la ropa hecha un rebujo entre los brazos. Pero Ayla sí lo advirtió.

Como hombre, tras regresar de su estancia con Dalanar, Jondalar siempre había tenido mujeres entre las que elegir, pero la verdad era que nunca había amado a ninguna. Nadie había estado a la altura de la poderosa intensidad de su primer amor, y su recuerdo de aquellas abrumadoras emociones había arraigado aún más por el terrible escándalo y la deshonra que después había recaído en Zolena y él. Ella había sido su mujer-donii, su instructora y guía en cómo debe comportarse un hombre con una mujer, pero no debía enamorarse de ella, y ella no debía consentirlo.

Jondalar había llegado a pensar que jamás volvería a amar a una mujer. Finalmente había llegado a la conclusión de que eso era un castigo impuesto por la Madre para penalizar su indiscreción juvenil: ya no sería capaz de enamorarse... hasta que apareció Ayla. Y para hallarla había tenido que viajar durante más de un año, hasta un lugar totalmente distinto y desconocido. Quería a Ayla más que a su vida. Su amor por ella lo desbordaba. Haría cualquier cosa por ella, iría a cualquier

lugar, daría su vida por ella. La única persona por quien sentía un amor tan poderoso, aunque distinto, era Jonayla.

—Deberías alegrarte de que ella esté ahí para satisfacer tus necesidades, Jondalar —dijo Ayla, todavía dolida pero intentando disimularlo—. A partir de ahora estaré más ocupada. He recibido la «llamada». Haré lo que Ella desee. Seré como una hija de la Gran Madre Tierra. Soy una zelandoni.

—¿Has recibido la «llamada»? ¿Cuándo, Ayla? —preguntó él con una inquietud extrema en la voz. Había visto regresar de su primera llamada a algunos zelandonia, y sabía de otros que ni siquiera habían vuelto y cuyos cuerpos se habían encontrado después—. Yo debería haber estado presente, habría podido ayudarte.

—No, Jondalar. No habrías podido ayudarme. Nadie puede. Una debe afrontar eso sola. He sobrevivido, y la Madre me ha dado un gran don, pero a cambio he tenido que sacrificarme. Ella quería a nuestro hijo, Jondalar. Lo perdí en la cueva —anunció Ayla con toda la dignidad posible.

—¿Nuestro hijo? ¿Qué hijo? Jonayla estaba conmigo.

—El hijo que se creó cuando una noche bajé de la pared rocosa antes de tiempo. Supongo que debo considerar una suerte que aquella noche no estuvieras ya con Marona, o no habría tenido ese hijo que ofrecer en sacrificio —dijo Ayla con honda amargura.

—¿Estabas embarazada al recibir la «llamada»? ¡Oh, Gran Madre! —Empezaba a invadirle el pánico, no quería dejarla ir de ese modo. ¿Qué podía decir para retenerla allí, para obligarla a seguir hablando?—. Ayla, ya sé que crees que es así como empieza una nueva vida, pero no puedes estar segura.

—Sí, Jondalar, lo estoy. La Gran Madre me lo ha dicho. Ese fue el don que obtuve a cambio de la vida de mi hijo. —Lo afirmó con una certidumbre tan pesarosa e inquietante que no quedó lugar a dudas—. Pensaba que podíamos intentar dar inicio a otra, pero veo que estás demasiado ocupado para mí.

Ella se alejó, y Jondalar permaneció inmóvil, estupefacto.

—Oh, Doni, Gran Madre, ¿qué he hecho? —exclamó, angustiado—. Por mi culpa, ha dejado de amarme. ¿Por qué ha tenido que vernos?

Corrió tras Ayla a trompicones, olvidándose la ropa. Mientras ella se alejaba rápidamente, de pronto Jondalar se postró de rodillas y se limitó a seguirla con la mirada. «¡Qué delgada está!», pensó. «Debe de haber sido una experiencia muy dura para ella. Algunos acólitos mueren. ¿Y si Ayla hubiera muerto? Y yo ni siquiera estaba allí para ayudarla. ¿Por qué no me quedé con ella? Debería haber sabido que estaba casi preparada, que su adiestramiento prácticamente había terminado, pero preferí venir a la Reunión de Verano. No pensé en lo que podía pasarle a ella, sólo pensé en mí.»

Cuando Ayla se perdió de vista, Jondalar se encogió, cerró los ojos y hundió la

cara entre las manos, como si intentara no ver lo que había hecho.

—¿Por qué me habré apareado con Marona? —gimió en voz alta.

«Ayla nunca se ha apareado con nadie excepto conmigo», pensó, «no desde Ranec, no desde que dejamos a los mamutoi. Ni siquiera en las ceremonias y los festejos en honor de la Madre, cuando casi todo el mundo elige a otra persona, ella no escogió a nadie excepto a mí. La gente lo comenta. Cuántos hombres me han mirado con envidia, pensando en el gran placer que debo de proporcionarle para que nunca haya elegido a nadie más».

—¿Por qué ha tenido que vernos Ayla?

«Ni se me había pasado por la cabeza que pudiera aparecer en pleno día. Pensaba que cabalgaría de la mañana a la noche y llegaría aquí ya tarde. Estaba convencido de que no había ningún riesgo en venir aquí de día. Yo no quería causarle dolor a Ayla. Ya ha sufrido bastante en la vida. Y ahora ha perdido un hijo. Yo ni siquiera sabía que iba a tener otro hijo, y lo ha perdido.

»¿De verdad empezó esa vida aquella noche? Fue una noche extraordinaria. Yo casi no podía creérmelo cuando vino a la cama y me despertó. ¿Volveremos a vivir un momento así? Ha dicho que la Madre quiso quedarse con nuestro hijo. ¿Era nuestro hijo? A cambio, Doni le concedió un don. ¿Ayla recibió un don de la Madre? La Madre le dijo que era nuestro bebé, mi bebé y de ella».

—¿Ayla ha perdido a mi hijo? —preguntó Jondalar en voz alta, arrugando la frente en su habitual expresión ceñuda.

«¿Por qué ha venido aquí? Ha dicho que quería dar inicio a otro bebé. ¿Me estaba buscando? La última vez que se celebró aquí la reunión siempre veníamos a esta charca a bañarnos. Tendría que haberlo pensado. No debería haber traído aquí a Marona. A ella menos que a nadie. Sabía cómo se sentiría Ayla si se enteraba. Por eso obligué a Marona a prometerme que nunca se lo diría.»

—¿Por qué ha tenido que vernos? —preguntó al bosque vacío con voz suplicante—. ¿Tan acostumbrado estoy a que ella no elija a nadie más que me he olvidado de lo que sentí?

Recordó el amargo dolor y la desolación que había experimentado cuando ella eligió a Ranec. «Sé cómo ha debido de sentirse al verme con Marona», pensó, «igual que yo cuando Ranec la invitó a su cama y ella accedió, pero ella entonces no lo sabía. Pensó que debía ir con él. ¿Cómo me sentiría yo ahora si ella eligiera a otro?

»Entonces intenté apartarla de mí por lo dolido que estaba, pero ella aún me amaba. Me hizo una túnica matrimonial pese a haberse prometido con Ranec». Jondalar sintió la misma desdicha y sufrimiento ante la idea de perderla que cuando pensó que ella se quedaría con Ranec. Sólo que esta vez era peor. Esta vez era él quien le había hecho daño a ella.

Ayla corrió a ciegas, con la vista nublada por las lágrimas, pero el llanto no alivió su pena. Cuando aún estaba en la Novena Caverna, pensaba en Jondalar, soñaba con él por las noches, durante el camino ansiaba estar a su lado, y forzó la marcha para llegar allí a fin de estar con él. Se sentía incapaz de regresar al campamento y hacer frente a todos. Necesitaba quedarse a solas. Se detuvo en el cercado de los caballos y dejó salir a Whinney. Le colocó la manta en el lomo y montó. A continuación, salió al galope hacia la pradera abierta.

Whinney aún estaba cansada del viaje, pero respondió al apremio de Ayla y atravesó la llanura a todo correr. Ayla no podía apartar de su mente la imagen de Jondalar y Marona juntos, no podía pensar en otra cosa, y pronto se olvidó de dirigir a la yegua, conformándose con dejarse llevar. El animal aminoró la marcha cuando percibió que la mujer dejaba de guiarla y volvió al paso hacia el campamento, deteniéndose a pastar de vez en cuando. Al llegar, ya oscurecía y refrescaba deprisa, pero Ayla sólo sentía un frío entumecedor y profundo dentro de ella. La yegua no percibió que su amazona volvía a controlarla hasta que llegaron al bosquecillo de los caballos y vieron a varias personas.

—Ayla, la gente se preguntaba dónde te habías metido —dijo Proleva—. Jonayla te buscaba, pero después de comer, al ver que no volvías, se ha ido con Levela a jugar con Bokovan.

—He ido a montar —respondió Ayla.

—Jondalar ha aparecido por fin —dijo Joharran—. Ha llegado tambaleándose al campamento hace un rato. Le he dicho que lo buscabas, pero él no ha hecho más que mascullar incoherencias.

Ayla tenía los ojos vidriosos al entrar en el campamento. Pasó junto a la Zelandoni sin saludarla, sin verla siquiera.

La mujer la observó con atención. Supo que algo andaba mal.

—Ayla, apenas te hemos visto desde que has llegado —comentó la donier, sorprendida de haber tenido que ser la primera en hablar.

—Sí, ya —respondió Ayla.

Para la Zelandoni, era evidente que Ayla tenía la cabeza en otra parte. Las «incoherencias» de Jondalar, si bien no había entendido las palabras, le habían parecido más que claras. Bastaban sus acciones para adivinar lo ocurrido. Además, había visto a Marona salir de la arboleda con el pelo alborotado, pero no por el camino que solían emplear la mayoría de los miembros de la Novena Caverna. Llegó al campamento desde otra dirección, fue derecha a la tienda que compartía con otra gente y empezó a recoger sus pertenencias. Dijo a Proleva que unos amigos de la Quinta Caverna querían que se alojara con ellos.

La Zelandoni se había percatado desde el principio de los escarceos entre Jondalar y Marona. En un primer momento los consideró inofensivos. Sabía lo que él

sentía por Ayla, y pensó que Marona sólo era un capricho pasajero, una mujer en la que Jondalar encontraba desahogo en momentos en que Ayla tenía otras obligaciones y debía ausentarse. Pero no había tenido en cuenta la obsesión de Marona con recuperarlo y vengarse de Ayla, ni su capacidad para insinuarse ante él. Siempre había existido una fuerte atracción física entre ambos. Ya en el pasado ese había sido el eje de su relación. A veces la Zelandoni había llegado a sospechar que era lo único que tenían en común.

La donier dedujo que Ayla no se había recuperado del todo de su difícil experiencia en la cueva. Lo habría detectado en sus ojos aun si no hubiese sido ya evidente por la pérdida de peso y el rostro demacrado. La Zelandoni ya había visto regresar a demasiados acólitos de una llamada —salir de una cueva o volver de una estancia en la estepa— como para no conocer los peligros de esa prueba. Ella misma sobrevivió por muy poco. Teniendo en cuenta que Ayla al mismo tiempo había perdido a su hijo, ahora además debía de estar padeciendo la melancolía que aquejaba a la mayoría de las mujeres después de un aborto, mucho peor que la que se producía tras un parto.

Pero en ese momento La Que Era la Primera vio en los ojos de Ayla algo más que el sufrimiento experimentado en la cueva. Vio dolor, el dolor agudo y escalofriante de los celos, junto con todos los sentimientos que los acompañaban: traición, ira, duda y miedo. «Lo ama demasiado, lo cual no es difícil», recordó la mujer que en su día se llamó Zolena. En los últimos años la Primera se había preguntado a menudo cómo podía una mujer que amaba tanto a un hombre ser además zelandoni, pero Ayla poseía un talento extraordinario, y eso, a pesar de su amor por aquel hombre, no podía pasarse por alto. Y los sentimientos de él hacia ella eran, si cabe, aún más profundos.

Así y todo, Jondalar, por mucho que la amara, era un hombre con impulsos poderosos. Le era difícil permanecer indiferente a ellos, sobre todo porque no estaban sujetos a restricciones sociales, y una persona que lo conocía tan íntimamente como Marona era capaz de emplear todas sus artes para incitarlo. Resultaba muy fácil incurrir en la costumbre de acudir a ella en lugar de molestar a Ayla cuando estaba ocupada.

La Zelandoni sabía que Jondalar no había comentado nada a Ayla acerca de su relación, y las demás personas que los querían habían intentado protegerla instintivamente. Confiaban en que Ayla no se enterara, pero, como la donier sabía, eso era una esperanza vana si él seguía con sus andanzas. El propio Jondalar debería haberlo sabido.

Pese a lo bien que Ayla había aprendido las costumbres de los zelandonii y lo mucho que parecía encajar en la vida de la caverna, no había nacido entre ellos. Sus costumbres no le eran naturales. La Zelandoni casi deseó que hubiera terminado ya la

Reunión de Verano. Habría querido vigilar a la joven, asegurarse de que estaba bien, pero la última etapa de la Reunión de Verano era siempre un período de gran ajetreo para La Que Era la Primera. Observando a la joven, intentó discernir el alcance de su dolor tras descubrir los encuentros entre Jondalar y Marona, y deducir los efectos que eso podría tener.

A instancias de Proleva, Ayla aceptó comida, pero hizo poco más que darle vueltas en el plato. Al final la tiró, limpió el plato y lo devolvió.

—Ojalá vuelva ya pronto Jonayla. ¿Sabes cuánto tardará? —preguntó Ayla—. Siento no haber estado aquí cuando ha venido.

—Puedes ir a buscarla a la tienda de Levela —propuso Proleva—. A Levela le encantaría que fueras a visitarla. No he visto adónde ha ido Jondalar. Quizá también esté allí.

—Estoy muy cansada —dijo Ayla—. No creo que ahora sea muy buena compañía. Voy a acostarme temprano, pero ¿podrías enviarme a Jonayla cuando llegue?

—¿Te encuentras bien, Ayla? —preguntó Proleva, resistiéndose a creer que se fuera a dormir sin más. Llevaba todo el día buscando a Jondalar, y ahora ni siquiera estaba dispuesta a recorrer una corta distancia para reunirse con él.

—Estoy bien, sólo que cansada —respondió Ayla, y se dirigió a una de las grandes moradas circulares que rodeaban la fogata central.

En su exterior, se componía de sólidos paneles verticales hechos de hojas de anea superpuestas, que repelían la lluvia, y sujetos a un círculo de postes clavados al suelo. En el lado interior había una segunda pared, formada por paneles de juncos aplanados y entretejidos, con lo que quedaba una cámara de aire entre las dos paredes para mayor aislamiento térmico, manteniéndose fresco el espacio interior en los días calurosos y, si había fuego encendido dentro, conservándose el calor en las noches frías. El tejado era una gruesa capa de carrizo, que descendía en pendiente desde un poste central y se sostenía en un armazón circular de varas de aliso atadas. El humo salía por un agujero cerca del centro.

La construcción proporcionaba un espacio cerrado amplio que podía dividirse o no en zonas de menor tamaño mediante paneles interiores móviles. Las pieles de dormir se hallaban extendidas sobre esterillas hechas de juncos, carrizos, hojas de anea y hierba, en torno a una hoguera central. Ayla se desvistió parcialmente y se metió en su piel de dormir, pero no estaba ni mucho menos en condiciones de conciliar el sueño. Cuando cerraba los ojos, lo único que veía era la escena de Jondalar y Marona, y le daba vueltas la cabeza al pensar en las posibles consecuencias.

Ayla sabía que los zelandonii no aprobaban los celos, aunque ignoraba que la conducta que los provocaba era aún menos aceptable. La gente reconocía la

existencia de los celos y entendía muy bien sus causas y, sobre todo, sus efectos a menudo dañinos. Pero en una tierra dura, a menudo aquejada de largos y crudos inviernos glaciales, la supervivencia dependía de la cooperación y la ayuda mutuas. Las restricciones tácitas sobre cualquier conducta capaz de socavar la buena voluntad necesaria para preservar la unanimidad y el buen entendimiento se veían muy reforzadas por las costumbres sociales.

En condiciones tan adversas, los niños eran quienes más riesgo corrían. Muchos morían a corta edad, y si bien la comunidad en general era importante para su bienestar, se consideraba esencial una familia unida y afectuosa. Aunque las familias casi siempre se iniciaban a partir de un hombre y una mujer, podían ampliarse de muchas maneras. No estaban sólo los abuelos, los tíos y los primos, sino que además, siempre y cuando todos los implicados estuviesen de acuerdo, una mujer podía seleccionar a más de un hombre, un hombre podía elegir a dos o más mujeres, e incluso se daban las parejas múltiples. La única prohibición era el emparejamiento entre miembros cercanos de una misma familia. Los hermanos no podían unirse, por ejemplo, ni aquellos a quienes se identificaba como primos «cercanos». Se desaprobaban asimismo otras relaciones, si bien no estaban expresamente prohibidas, como la de un joven con su mujer-donii.

Una vez constituida la familia, se desarrollaron costumbres y prácticas para propiciar su continuidad. Los celos no contribuían a consolidar los vínculos a largo plazo, y se acordaron por tanto diversas medidas para paliar sus efectos perjudiciales. Las atracciones pasajeras a menudo podían aplacarse a través de las festividades socialmente aprobadas para honrar a la Madre. Las relaciones fortuitas fuera de la familia en general se pasaban por alto, siempre y cuando se llevaran a cabo con comedimiento y discreción.

Si el interés por el propio compañero decaía, o surgía una atracción más poderosa, era preferible la incorporación a la familia antes que la ruptura. Y cuando la única solución era cortar el nudo, siempre se imponía algún tipo de castigo a una u otra parte, o a varias de las personas implicadas, como medio de disuasión ante las rupturas, en especial cuando había niños de por medio.

Los castigos podían consistir en prestar ayuda y apoyo de manera continuada a la antigua familia durante un período de tiempo, a veces acompañados de restricciones a la formación de nuevos lazos durante un período de tiempo similar. O el castigo podía pagarse todo de golpe, en especial si una o más de las personas querían marcharse. No existían reglas concretas. Cada situación era juzgada independientemente con arreglo a las costumbres por un grupo de personas, en general sin intereses directos, que destacaban por su sabiduría, sentido de la equidad y alta posición en la jerarquía.

Si, por ejemplo, un hombre deseaba cortar el nudo con su compañera y abandonar a una familia por otra mujer, tenía que haber un tiempo de espera, cuya duración

venía determinada por diversos factores, entre ellos, quizá, el hecho de que la otra mujer estuviera embarazada. Durante la espera, se les instaba a unirse a la familia en lugar de romper el lazo. Si existía demasiada animadversión para que la nueva mujer deseara incorporarse a dicha familia o para que fuese aceptada, el hombre podía romper el lazo existente, pero tal vez se le exigiera que prestara apoyo a la familia original durante un tiempo establecido. O podía pagar de una sola vez una cantidad total de alimentos almacenados, herramientas, utensilios o cualquier cosa susceptible de trocarse.

Una mujer también podía marcharse y, sobre todo si tenía hijos y vivía en la caverna de su compañero, regresar a su caverna de nacimiento o trasladarse a la caverna de otro hombre. Si alguno de los hijos o todos se quedaban con el compañero, o si una mujer abandonaba a un compañero enfermo o impedido, posiblemente dicha mujer debía cumplir un castigo. Si vivían en su caverna natal, la mujer podía pedir que la caverna expulsara a un compañero no deseado; en ese caso, la caverna de la madre de él estaba obligada a aceptarlo. Normalmente existía una razón concreta para ello —un compañero era cruel con ella o sus hijos, o era perezoso y no proveía suficientemente—, aunque podía no ser esa la razón real. Tal vez el problema era que él no le prestaba atención suficiente, o que ella prefiriera perseguir a otro, o simplemente ya no le interesaba continuar viviendo con él, ni con ningún otro hombre.

A veces, uno u otro, o los dos, sencillamente coincidían en que no deseaban seguir viviendo juntos. La mayor preocupación de la caverna era, esencialmente, los niños, y si estos quedaban bien provistos, o eran ya mayores, casi cualquier acuerdo alcanzado por la pareja se consideraba aceptable. Si no había niños de por medio, ni otras circunstancias atenuantes, como la enfermedad de un miembro de la familia, el nudo podía cortarse —romperse la relación— con relativa facilidad, ya fuera por parte de la mujer o del hombre, normalmente sin más trámite que cortar un nudo simbólico en una cuerda y marcharse.

En cualquiera de estas situaciones, los celos podían llegar a causar grandes problemas, y no se toleraban en ningún caso. Si era necesario, la caverna podía intervenir. Siempre y cuando no existiera desacuerdo ni se ocasionaran conflictos entre cavernas ni se perturbaran las relaciones entre los demás, la gente podía establecer casi cualquier pacto que deseara.

Por supuesto, nada impedía que alguien eludiera un castigo cogiendo sus bártulos y marchándose, pero los demás solían enterarse tarde o temprano de la mayoría de las separaciones y tampoco dudaban a la hora de ejercer presión social. No se expulsaba al hombre ni a la mujer, pero tampoco se le brindaba una acogida calurosa. La persona en cuestión se veía obligada a vivir sola, o a marcharse más lejos para evitar los castigos, y la mayoría de la gente no quería vivir sola o con desconocidos.

En el caso de Dalanar, él había estado más que dispuesto a cumplir su castigo. No tenía a otra mujer, y de hecho aún amaba a Marthona, sólo que no podía seguir a su lado mientras ella dedicaba tanto tiempo y atención a las necesidades de la Novena Caverna. Trocó sus pertenencias a fin de pagar la cuantía completa de su castigo lo antes posible para poder irse, pero no tenía la intención de marcharse para siempre. Quería abandonar la caverna sólo porque la situación lo angustiaba demasiado para continuar allí, y en cuanto partió, no se detuvo hasta hallarse ya lejos, en las estribaciones montañosas del este, donde se topó con el filón de pedernal, y allí se quedó.

Ayla seguía totalmente despierta cuando Jonayla y Lobo entraron en la tienda. Se levantó para ayudar a su hija a acostarse. Después de recibir un poco de atención de Ayla, Lobo fue al rincón que ella le había preparado con sus mantas. Ayla saludó a otros que acababan de entrar en la gran estructura robusta aunque no muy permanente, diseñada para albergar a varias personas por la noche, o para evitar que se mojaran cuando llovía.

—¿Adónde has ido, madre? —preguntó Jonayla—. No estabas aquí cuando he vuelto con la Zelandoni.

—He ido a montar a Whinney —explicó Ayla. La niña, a quien nada gustaba tanto como cabalgar, se conformó con esa explicación.

—¿Puedo acompañarte mañana? Hace mucho que no monto a Gris.

—¿Cuánto? —preguntó Ayla con una sonrisa.

—Todos estos días. —Jonayla levantó dos dedos de una mano y tres de la otra. No poseía aún el concepto de contar, y menos el de relacionar el número de dedos con el número de días.

Ayla sonrió.

—¿Puedes decir las palabras de contar para esa cantidad? —Tocó cada dedo para ayudarla.

—Uno, dos, cuatro... —empezó Jonayla.

—No, tres, y luego cuatro.

—¡Tres, cuatro, cinco! —acabó Jonayla.

—¡Muy bien! —la felicitó Ayla—. Sí, creo que mañana podemos ir a montar.

A los niños no los separaban de los adultos ni se los enseñaba regularmente de manera organizada. En general, aprendían observando y ensayando las actividades adultas. Los más pequeños pasaban casi todo el tiempo con un adulto afectuoso, hasta que mostraban deseos de explorar por su cuenta, y siempre que manifestaban interés por probar algo, solía proporcionárseles una herramienta y se les instruía en su uso. A veces encontraban ellos mismos una herramienta y trataban de imitar a alguien. Si mostraban realmente aptitudes o deseos, podían hacerse para ellos versiones de la

herramienta adaptadas a su tamaño, pero eran, más que juguetes, herramientas totalmente funcionales de dimensiones menores.

La excepción eran las muñecas: no resultaba fácil confeccionar un bebé de pequeño tamaño totalmente funcional. Tanto los niños como las niñas recibían réplicas de humanos de diversas formas y tamaños, si los querían. Por otra parte, a menudo los bebés auténticos estaban al cuidado de hermanos sólo un poco mayores, por lo común bajo la mirada atenta de un adulto.

Siempre se incluía a los niños en las actividades comunitarias. Se los animaba a participar en los bailes y los cantos que formaban parte de las distintas festividades, y a algunos se les daba bastante bien y se los estimulaba aún más. Los conceptos abstractos como las palabras de contar generalmente se adquirían sin un proceso formal, por medio de la narración de cuentos, los juegos y la conversación, si bien un zelandoni o más de uno se llevaban de vez en cuando a un grupo de niños para explicarles o enseñarles algún concepto o actividad en concreto.

—Normalmente voy a montar con Jondé —dijo Jonayla—. ¿Puede venir él también?

Ayla vaciló por un momento.

—Supongo que sí, si él quiere.

—¿Dónde está Jondé? —preguntó Jonayla, mirando alrededor, al caer en la cuenta repentinamente de que no estaba allí.

—No lo sé —contestó Ayla.

—Antes siempre estaba aquí cuando me iba a dormir. Me alegro de que hayas venido, madre, pero me gusta más cuando estáis los dos —dijo Jonayla.

La idea resonó en la mente de Ayla: «Sí, a mí también, pero él quería estar con Marona».

Cuando Ayla despertó a la mañana siguiente, tardó un momento en recordar dónde estaba. El interior de la estructura le resultaba familiar; había dormido con frecuencia en otras similares. De pronto tomó conciencia. Estaba en la Reunión de Verano. Miró hacia el lugar donde solía dormir su hija. Jonayla ya se había ido. La niña solía despertarse de repente y se levantaba de la cama al cabo de un instante. Ayla sonrió y miró a un lado, hacia el sitio de Jondalar. No estaba allí, y era obvio que había pasado la noche fuera. De pronto todo la asaltó de nuevo. Sólo de pensar dónde podía estar le escocieron los ojos por las lágrimas que amenazaron con derramarse.

Ayla había aprendido la mayoría de las costumbres de su pueblo adoptivo, y había oído historias y leyendas que ayudaban a explicarlas, pero no había nacido dentro de esa cultura y no tenía inculcado el comportamiento correcto. Conocía la actitud general hacia los celos, pero sobre todo en referencia a la falta de control de Jondalar

en su juventud. Sintió que debía demostrar que era capaz de contener sus emociones.

Su experiencia en la cueva había sido una prueba física y emocional tan desgarradora que le costaba pensar con claridad. Temía acudir a alguien en busca de ayuda, temía que eso revelara que, como Jondalar, era incapaz de controlarse. Pero sentía tal desconsuelo que, inconscientemente, deseó devolver el golpe, hacerle sentir a él ese mismo dolor. Ayla sufría, y quería hacerlo sufrir a él, obligarlo a arrepentirse. Incluso se planteó regresar a la cueva y rogar a la Madre que se la llevase, sólo para causar dolor a Jondalar.

Contuvo las lágrimas. «No lloraré», pensó. Había aprendido a reprimir el llanto hacía mucho tiempo, cuando vivía con el clan. «Nadie sabrá cómo me siento», se dijo. «Actuaré como si nada hubiera pasado. Visitaré a mis amigos. Participaré en las actividades. Me reuniré con los demás acólitos. Haré todo lo que debo hacer.»

Ayla permaneció despierta, haciendo acopio de valor para levantarse y afrontar el día. «Tendré que hablar con la Zelandoni y contarle lo que ocurrió en la cueva. No será fácil ocultárselo. Ella siempre acaba sabiéndolo todo. Pero no quiero que lo sepa. No puedo decirle que sé cómo son los celos.»

Todos los que compartían la tienda con ellos se dieron cuenta de que había sucedido algo entre Jondalar y Ayla, y en su mayoría se formaban ya una clara idea de lo que era. Pese a que él creía haber actuado con discreción, todo el mundo conocía lo suyo con Marona; esta disfrutaba alardeando de ello. Se habían alegrado de ver aparecer a Ayla con la esperanza de que las cosas volvieran a la normalidad. Pero no fue difícil sacar conclusiones cuando Ayla se ausentó toda la tarde; Marona, despeinada, volvió a hurtadillas por un camino distinto, recogió sus bártulos y se marchó; y Jondalar regresó visiblemente alterado y esa noche no durmió en su alojamiento.

Cuando por fin Ayla se levantó, fuera varias personas tomaban la comida de la mañana, sentadas en torno a un fuego. Aún era temprano, más de lo que ella creía. Ayla se unió al grupo.

—Proleva, ¿sabes dónde está Jonayla? Le prometí que hoy la llevaría a montar, pero antes tengo que hablar con la Zelandoni —dijo Ayla.

Proleva la observó atentamente. Esa mañana lo llevaba mucho mejor, y alguien que no la conociese tal vez no advirtiera que le pasaba algo, pero Proleva la conocía mejor que muchos.

—Jonayla se ha ido otra vez a ver a Levela. Ha pasado mucho tiempo allí, y a Levela le encanta. A esa hermanita mía le ha gustado tener alrededor un campamento lleno de niños desde que nació, creo —explicó Proleva—. La Zelandoni me ha pedido que te dijera que quiere verte cuanto antes, y que estará disponible toda la mañana.

—Iré después de comer, pero creo que de camino pasaré a saludar a Marsheval y

Levela —dijo Ayla.

—Se alegrarán mucho —señaló Proleva.

Cuando Ayla se acercó al campamento, oyó voces infantiles en plena riña.

—Pues has ganado. Me da igual —gritó Jonayla a un niño un poco más alto que ella—. Puedes ganar todo lo que te dé la gana, puedes quedarte con todo, pero no puedes tener un bebé, Bokovan. Cuando sea mayor, tendré muchos bebés, pero tú no podrás tener ni uno. ¡Así que hala!

Jonayla se quedó inmóvil frente al niño, apabullándolo a pesar de la mayor estatura de él. El lobo permanecía casi pegado al suelo, con las orejas hacia atrás, en apariencia desconcertado. No sabía a quién proteger. Aunque el niño era más alto, tenía menos años. Casi parecía un bebé, pero un bebé enorme, de piernas regordetas, cortas y arqueadas, cuerpo desproporcionadamente largo y un amplio pecho que resaltaba a causa de la tripa abultada de bebé. Lobo corrió hacia Ayla en cuanto la vio, y ella lo rodeó con los brazos para apaciguarlo.

Bokovan ya tenía los hombros mucho más anchos que los de su hija, advirtió Ayla. Se fijó también en su barbilla huidiza y la nariz grande, en una cara con un abultamiento en la zona central que realzaba más aún esa nariz. Aunque la frente era recta, no inclinada, se le veía claramente el arco huesudo encima de los ojos; no era enorme, pero allí estaba.

A Ayla no le cabía duda que tenía la marca del clan, incluidos los ojos oscuros y líquidos, pero su silueta no era exactamente del clan. Como su madre, tenía un leve pliegue epicanto que confería un aspecto rasgado a sus ojos, en ese momento anegados en lágrimas. En opinión de Ayla era un niño de una belleza exótica, aunque no muchos coincidían con ella.

El niño corrió hacia Dalanar.

—Dalanar —exclamó el pequeño—. Jonayla dice que no puedo tener un bebé. Dile que no es verdad.

Dalanar cogió al niño en brazos y lo sentó en su regazo.

—Me temo que es verdad, Bokovan —explicó Dalanar—. Los niños no pueden tener bebés. Sólo las niñas tienen bebés cuando son mayores. Pero algún día podrás emparejarte con una mujer y ayudarla a cuidar de sus bebés.

—Pero yo también quiero un bebé —dijo Bokovan, dejando escapar otro sollozo.

—¡Jonayla! Ha sido muy cruel por tu parte decir eso —la reprendió Ayla—. Ven a pedirle perdón a Bokovan. No está bien hacerle llorar así.

Jonayla parecía arrepentida. Desde luego no quería hacerle llorar.

—Perdona, Bokovan —se disculpó.

Ayla estuvo a punto que decirle que él ayudaría a hacer bebés cuando fuera mayor, pero se lo pensó mejor. Ni siquiera había hablado aún con la Zelandoni, y de

todos modos Bokovan no lo entendería, pero se compadeció del niño. Se arrodilló ante él.

—Hola, Bokovan. Me llamo Ayla, y quería conocerte. Tu madre y Echozar son amigos míos.

—¿Puedes saludar a Ayla, Bokovan?

—Hola, Ayla —dijo el niño, y luego escondió la cabeza en el hombro de Dalanar.

—¿Puedo cogerlo en brazos, Dalanar?

—No sé si se dejará. Es muy tímido y no está acostumbrado a la gente —contestó Dalanar.

Ayla alargó los brazos hacia el pequeño. Él la contempló muy serio. Tenía en los ojos oscuros y oblicuos una profundidad líquida, y algo más, intuyó Ayla. Él tendió las manos hacia ella, que lo cogió de brazos del hombre. Ayla se sorprendió de lo mucho que pesaba.

—Cuando crezcas serás muy grande, Bokovan. ¿Lo sabías? —Ayla lo estrechó.

—Me sorprende mucho que se haya ido contigo —comentó Dalanar—. Nunca se muestra tan confiado con los desconocidos.

—¿Qué edad tiene? —preguntó ella.

—Cuenta poco más de tres años, pero es grande para su edad. Eso puede ser un problema, sobre todo para un niño. La gente piensa que es mayor de lo que es. De pequeño yo siempre fui alto para mi edad. Jondalar también lo era —contestó Dalanar.

¿Por qué le dolía tanto oír el nombre de Jondalar?, se preguntó Ayla. Debía aprender a superarlo. Al fin y al cabo, si iba a ser Zelandoni, necesitaba mostrar compostura. Se había adiestrado para controlar su mente de muchas maneras distintas, ¿por qué no podía controlarse ahora?

Ayla seguía con el niño en brazos cuando saludó a Levela y Marsheval.

—Tengo entendido que Jonayla ha estado viniendo mucho. Por lo visto, prefiere estar aquí antes que en cualquier otro sitio. Gracias por cuidar de ella.

—Es un placer tenerla con nosotros —dijo Levela—. Mis hijas y ella son buenas amigas, pero me alegro de que por fin hayas podido venir. Ya está tan avanzada la estación que no sabíamos si vendrías.

—Tenía previsto partir antes, pero surgieron imprevistos y no pude —explicó Ayla.

—¿Cómo está Marthona? Todo el mundo la ha echado de menos —dijo Levela.

—Se la ve mejor... y por cierto... —Miró a Dalanar.

Dalanar habló antes de que ella lo preguntara.

—Joharran envió a unos cuantos hombres a buscarla ayer por la tarde. Si ella accede, debería estar aquí dentro de unos pocos días. —Vio la mirada interrogativa en el rostro de Levela—. Van a traerla en una angarilla, si ella se deja. Fue idea de Ayla.

Por lo visto, Folará y el joven Aldanor han estado viéndose mucho, y ella pensó que Marthona querría estar aquí si las intenciones de su hija son serias. Sé cómo se sentiría Jerika si se tratase de Joplaya. —La joven pareja sonrió y asintió—. ¿Ya has visto a Jerika y Joplaya, Ayla? —preguntó Dalanar.

—No, pero iba de camino a ver a la Zelandoni, y luego he prometido a Jonayla que iríamos a montar juntas.

—¿Por qué no vienes al campamento de los lanzadonii y te quedas a comer? —invitó Dalanar.

Ayla sonrió.

—Me encantaría —dijo ella.

—Quizá Jondalar pueda venir también. ¿Sabes dónde está?

La sonrisa se borró del rostro de Ayla, advirtió Dalanar con cierta preocupación.

—Lo siento mucho, pero no.

—Bueno, siempre hay mucha actividad en las Reuniones de Verano —señaló Dalanar mientras volvía a coger a Bokovan.

«Sí, y tanto que hay actividad», pensó Ayla mientras seguía su camino para reunirse con los zelandonia.

Capítulo 33

—No me imaginaba que alguien pudiera ser tan tonto como para creer que podía engañar así a los zelandonia, la verdad —dijo la mujer corpulenta. Ayla y ella estaban sentadas en el interior del gran refugio empleado por los donier con distintos fines—. Gracias por traerme esto. —Se interrumpió brevemente—. Ya sabes que fue Madroman el causante de las complicaciones que tuvimos Jondalar y yo, ¿no? Cuando él era joven y yo su mujer-donii.

—Sí, Jondalar me lo contó. ¿No es por eso que a Madroman le faltan los dientes delanteros, porque Jondalar le pegó? —preguntó Ayla.

—No sólo le pegó. Fue espantoso. Se puso muy violento. Hicieron falta varios hombres para detenerlo. Y por entonces era poco más que un niño. Esa fue la razón principal por la que lo enviaron fuera. Ahora ya ha aprendido a controlarse, pero por aquel entonces sus sentimientos, su ira y su furia eran abrumadores. Creo que ni siquiera era consciente de lo que estaba haciéndole a Madroman. Fue como si hubiese sido poseído por algo que expulsó el elán de su interior. Estaba fuera de sí. —Mientras evocaba lo sucedido, la mujer antes llamada Zolena cerró los ojos, respiró hondo y cabeceó.

Ayla no sabía qué decir, pero esa historia la inquietó. Había visto a Jondalar celoso y alterado, pero nunca tan colérico.

—Probablemente fue para bien que alguien llamara la atención de la zelandonia sobre aquello; yo había dejado que las cosas fueran demasiado lejos —dijo la Primera—. Pero Madroman no actuó de aquella manera porque pensara que era lo correcto. Nos había espiado en secreto y se había comportado así porque estaba celoso de Jondalar. Pero sin duda entenderás por qué empezaba a preguntarme si estaba permitiendo que mis sentimientos personales por lo ocurrido entonces afectaran ahora a mi buen juicio sobre Madroman.

—Me extrañaría que tú cayeras en algo así —señaló Ayla.

—Eso espero. Tenía mis dudas sobre Madroman desde hacía un tiempo. Creo que carece de... algo..., cierta cualidad necesaria para Servir a la Madre, pero fue admitido como acólito antes de ser yo la Primera. Al principio, cuando lo interrogué sobre su llamada, me pareció todo demasiado forzado. Otros varios coincidieron conmigo, pero algunos zelandonia prefirieron concederle el beneficio de la duda. Es acólito desde hace mucho tiempo, y siempre ha anhelado ser zelandoni. Por eso me pareció mejor empezar por un interrogatorio informal, y todavía no lo hemos sometido a la prueba definitiva. Esto que has traído puede ayudarnos a sacar a la luz la verdad. Ese es mi único deseo. Pudiera ser que diera una explicación convincente. Si es así, gozará del reconocimiento debido, por supuesto; pero si ha fingido su llamada, tenemos que saberlo.

—¿Qué le haréis si sus palabras no son ciertas?

—No hay gran cosa que hacer, salvo prohibirle emplear los conocimientos que ha adquirido como acólito e informar a su caverna al respecto. Caerá en desgracia, y ese es un castigo difícil de sobrellevar, pero no hay penalizaciones. Lo cierto es que no ha hecho daño a nadie ni ha cometido ningún delito, excepto mentir. Quizá mentir mereciera un castigo, pero me temo que entonces todos tendríamos que ser castigados —dijo la Zelandoni.

—La gente del clan no miente. No puede. Por su manera de comunicarse, siempre se notaría, así que ni siquiera ha aprendido a hacerlo —explicó Ayla.

—Eso ya me lo habías contado. A veces desearía que las cosas fueran así entre nosotros —comentó la donier—. Esa es una de las razones por las que los zelandonia nunca permitimos la presencia de un acólito cuando iniciamos a un nuevo zelandoni. No sucede a menudo, pero de vez en cuando alguien intenta tomar un atajo. Nunca da resultado. Tenemos maneras de descubrirlo.

Varios zelandonia habían entrado en el refugio mientras ellas dos hablaban, incluidos los llegados del sur, que seguían allí. Sentían curiosidad y fascinación por las similitudes y diferencias que la distancia había creado entre ellos. Conversaron con naturalidad hasta que todos estuvieron presentes, y entonces la mujer corpulenta se puso en pie, fue a la entrada y habló con un par de zelandonia recién iniciados que montaban guardia ante el alojamiento de verano para asegurarse de que nadie se acercaba con la intención de escuchar. Ayla echó una mirada alrededor en la amplia morada.

La construcción circular de doble pared compuesta de paneles verticales que circundaba el espacio se asemejaba a los alojamientos destinados a dormir, pero la superficie interna era mayor. Los paneles interiores movedizos habían sido apilados cerca de las paredes exteriores, entre las plataformas de dormir elevadas que rodeaban el gran espacio, formándose así una única y amplia sala. Muchas de las esterillas que cubrían el suelo presentaban hermosos dibujos en la propia trama, y había cojines, almohadones y taburetes esparcidos en torno a varias mesas bajas de distintos tamaños. La mayoría de las mesas estaban adornadas con sencillos candiles de aceite, en su mayoría de piedra caliza o arenisca, que permanecían encendidos día y noche dentro del refugio sin ventanas.

La Zelandoni cerró la cortina de la entrada y la ató. Luego volvió y se sentó en un taburete alto en el centro del grupo.

—Como el verano ya está muy avanzado, y tu llamada ha sido un tanto inesperada, creo que la decisión es tuya, Ayla. ¿Quieres someterte primero a un interrogatorio informal? Puede ser una manera más fácil de empezar, para habituarte al proceso. ¿O prefieres una prueba formal completa? —preguntó La Que Era la Primera en Servir a la Madre.

Ayla cerró los ojos y agachó la cabeza.

—Si sólo hablamos de ello de una manera informal, luego tendré que repetirlo todo, ¿no? —Quiso saber.

—Sí, claro.

Pensó en el hijo que había perdido, y sintió una punzada de dolor. La verdad era que no quería hablar de eso en absoluto.

—Fue... duro —dijo—. No quiero hablar de ello una y otra vez. Creo que he recibido la llamada. Si no, estoy tan interesada en saberlo como cualquier otro. ¿Podemos seguir adelante sin más?

Ardía un fuego en un hogar ligeramente alejado del centro, hacia el fondo de aquel espacio amplio y redondo, pero el humo escapaba por el agujero central. El agua humeaba en un odre colocado sobre un armazón directamente encima de las llamas. El cuero parcialmente curado y no del todo impermeable de un animal grande dejaba filtrar el agua justo lo necesario para no prenderse. La piel de cocinar ya había sido usada antes. El exterior estaba ennegrecido y el fondo un tanto deformado y encogido, porque el agua en ebullición lo cocía por dentro y el fuego por fuera, pero era un recipiente eficaz para mantener un hervor suave sobre las brasas del hogar.

La Que Era la Primera cogió de un cuenco tejido un pellizco considerable de una planta verde seca y pulverizada y lo echó en el agua hirviendo; luego añadió otros tres pellizcos. A Ayla le resultó familiar el olor un tanto desagradable que emanó junto con el vapor del agua. La hierba era estramonio y no sólo la utilizaba Iza, la curandera del clan que había cuidado de Ayla y la había adiestrado, sino también el Mog-ur en las ceremonias especiales con los hombres del clan. Ayla conocía bien sus efectos. Sabía asimismo que no abundaba en las inmediaciones. Eso significaba que debía de proceder de algún lugar lejano, lo que la convertía en algo poco común y valioso.

—¿Cómo se llama eso en zelandonii? —preguntó Ayla, señalando la materia vegetal seca.

—En zelandonii no tiene nombre, y el nombre extranjero es difícil de pronunciar —contestó la Primera. Nosotros simplemente la llamamos Infusión del Sudeste.

—¿De dónde la has sacado?

—Me las han dado las doniers de la caverna del sur que han venido de visita, la Vigésimo cuarta; en concreto, la persona que te dio las hierbas con las que teníamos pensado experimentar juntas. Viven cerca de la frontera del territorio de otro pueblo, y tienen más contacto con sus vecinos que con nosotros. Incluso intercambian parejas. Me extraña que no hayan decidido unirse a ellos, pero son muy independientes y se enorgullecen de su patrimonio zelandonii. Ni siquiera sé cómo es esa planta, o si es más de una —explicó la Primera.

Ayla sonrió.

—Yo sí lo sé. Es una de las primeras plantas que me enseñó Iza. He oído que la llamaban de varias maneras, estramonio, hierba hedionda... Los mamutoi emplean un término que podría traducirse como «manzana espinosa». Es alta, bastante áspera, con hojas grandes de olor intenso. Tiene unas flores enormes de color blanco, a veces moradas, en forma de embudo, y un fruto redondo con espinas. Todas las partes son útiles, incluidas las raíces. Mal empleada, puede inducir a la gente a comportarse de manera extraña, y hasta ser venenosa con efectos fatales.

De pronto todos los zelandonia reunidos sintieron mucho interés, sobre todo los visitantes. Les sorprendía que la joven a la que habían conocido a principios de ese verano supiera tanto al respecto.

—¿La has visto por aquí? —preguntó el Zelandoni de la Undécima.

—No —contestó Ayla—, y he estado buscándola. Tenía un poco cuando llegué, pero se me acabó y me gustaría reponerla. Es muy útil.

—¿Y tú qué uso le das? —quiso saber la donier visitante.

—Es soporífera; preparada de cierta manera, puede utilizarse como anestésico, y de otra forma, ayuda a la gente a relajarse. Pero puede ser muy peligrosa. La usaban los Mog-ures del clan en sus ceremonias sagradas —explicó Ayla. Esta clase de conversaciones era lo que más le gustaba de pertenecer a la zelandonia.

—¿Tienen distintos usos o efectos las diferentes partes de la planta? —preguntó la Zelandoni de la Tercera.

—Creo que debemos dejar esas preguntas para otro momento —intervino la Primera—. Estamos aquí con otro fin.

Todos se echaron atrás en sus asientos, y aquellos que habían planteado preguntas con tanto entusiasmo parecieron un poco abochornados. La Primera llenó un vaso con aquel líquido en ebullición y lo dejó enfriar. El resto se repartió entre los demás, que se sirvieron una cantidad menor. Cuando el vaso se enfrió lo justo para poder beberlo, la donier se lo entregó a Ayla.

—Esta prueba podría realizarse sin la bebida, recurriendo a la meditación, pero tardaríamos más. Al parecer, la infusión nos ayuda a relajarnos y a entrar en el estado de ánimo idóneo —explicó la Zelandoni.

Ayla apuró el vaso de tisana tibia y un tanto desagradable al gusto, y luego, al igual que todos los demás, adoptó la postura más propicia para la meditación y esperó. Al principio sintió mucho interés por observar conscientemente los efectos de la bebida, pensando en cómo le sentaba en el estómago, cómo incidía en la respiración, si notaba relajación en brazos y piernas. Pero los efectos eran sutiles. No se dio cuenta cuando su mente empezó a vagar y, sin querer, pensó en algo que no guardaba relación alguna con aquello. Casi se sorprendió —en el supuesto de que pudiese haber sentido sorpresa— cuando tomó conciencia de que la Primera le hablaba en voz baja y suave.

—¿Tienes sueño, Ayla? Mejor así. Tú relájate, déjate llevar por el sopor. Tienes mucho sueño. Vacía tu mente y descansa. No pienses en nada, aparte de mi voz. Escucha sólo mi voz. Siéntete a gusto, relájate y oye sólo mi voz —dijo la Zelandoni con monotonía—. Y ahora dime, Ayla, ¿dónde estabas cuando decidiste entrar en la cueva?

—En lo alto de la pared de roca —empezó Ayla, y se interrumpió.

—Adelante, Ayla: estabas en lo alto de la pared de roca. ¿Qué hacías? Tómalo con calma. Sólo tienes que contarlo todo a tu manera. No hay prisa.

—Ya había marcado el Día Largo, el sol había dado media vuelta y regresaba, en dirección al invierno, pero pensé que marcaría unos cuantos días más. Era muy tarde y estaba cansada. Decidí avivar el fuego y preparar una infusión. Busqué menta en mi bolsa de las medicinas. Estaba muy oscuro, pero palpé los nudos para localizar la bolsa adecuada. Al final la identifiqué por el fuerte olor a menta. Mientras dejaba reposar la infusión, decidí practicar el «Canto a la Madre». Ayla empezó a recitarlo.

*En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.*

—De todas las leyendas e historias, esta es mi favorita, así que la repetí mientras me tomaba la infusión —prosiguió Ayla, y pronunció los siguientes versos:

*Al otro creó del polvo que al nacer traía consigo,
un hermano, compañero, pálido y resplandeciente amigo.
Juntos crecieron, aprendieron qué era amor y consideración,
y cuando Ella estuvo a punto, decidieron confirmar su unión.
Él la rondó expectante. Su pálido y luminoso amante.*

*En un principio su otra mitad la colmó de ventura;
mas con el tiempo se sintió inquieta, su alma insegura.
Amaba a su blanco amigo, su complemento adorado,
pero algo le faltaba, parte de su amor veía desaprovechado.
La Madre era. De algo estaba a la espera.*

*Desafió al caos, a las tinieblas, al gran vacío,
para hallar la chispa dadora de vida en un confín sombrío.
La oscuridad era absoluta; el torbellino, aterrador.
El caos se helaba, y acudió a Ella en busca de calor.
La Madre era valerosa. Su misión, azarosa.*

*Extrajo del frío caos la fuente germinal,
y tras concebir, huyó con la fuerza vital.
Creció junto con la vida que dentro llevaba,
y se entregó con amor y orgullo, sin traba.
Algo al mundo traía. Su vida compartía.*

Le parecía estar viéndolo todo con suma claridad, casi como si volviese a estar allí.

—Yo también iba a traer algo al mundo, a compartir la vida con la fuerza vital que crecía dentro de mí. Me sentía muy cerca de la Madre. —Sonrió ensoñadoramente.

Varios zelandonia se miraron con cierta sorpresa y se volvieron hacia la Primera. La corpulenta mujer asintió, dando a entender que ya sabía que Ayla estaba embarazada.

—¿Y qué pasó entonces, Ayla? ¿Qué pasó en lo alto de esa pared de roca?

—La luna estaba enorme, y brillaba. Abarcaba todo el cielo. Me sentí atraída por ella, atraída hacia ella —prosiguió Ayla, y contó que empezó a elevarse por encima de la tierra y que la columna de roca resplandeció. Se asustó y bajó corriendo a la Novena Caverna. Luego se dirigió a Río Abajo y siguió en dirección al Río. Contó que avanzó por la orilla de un río, como el Río pero a la vez distinto, durante mucho, mucho tiempo. Se le antojaron días y días, pero el sol no salió. Siempre era de noche, sin más luz que la de aquella luna enorme y brillante.

—Creo que Su luminoso amante, Su amigo me ayudó a encontrar el camino —dijo Ayla—. Al final llegué al Lugar del Manantial Sagrado. Vi el camino que ascendía a la cueva alumbrado por la luz de Lumi, Su pálido amigo. Supe que me indicaba que fuera en esa dirección. Fui por allí, pero el camino era tan largo que al final temí haberme equivocado, hasta que de pronto llegué. Vi la abertura oscura de la cueva, pero me dio miedo entrar. De repente oí: «Desafió al caos, a las tinieblas, al gran vacío», y supe que debía ser valerosa, como la Madre, y afrontar también la oscuridad.

Ayla prosiguió con su relato, y los zelandonia allí reunidos la escucharon fascinados. Cada vez que se interrumpía, o vacilaba más de la cuenta, la Zelandoni la animaba a seguir con su voz baja, apaciguadora y parsimoniosa.

—¡Ayla! ¡Toma, bebe esto! —Era la voz de la Zelandoni, pero sonaba muy lejana—. ¡Ayla! ¡Siéntate y bebe esto! —La voz ahora era imperiosa—. ¡Ayla!

Sintió que la levantaban y abrió los ojos. La mujer corpulenta a la que tan bien conocía le acercó un vaso a los labios. Ayla tomó un sorbo. Se dio cuenta de que tenía sed y bebió un poco más. La bruma empezaba a disiparse. La ayudaron a sentarse, y

oyó que alrededor hablaban en voz baja, pero con cierta agitación.

—¿Cómo te encuentras, Ayla? —preguntó la Primera.

—Me duele un poco la cabeza, y aún tengo sed —contestó.

—Con esta infusión te sentirás mejor —dijo la donier de la Novena Caverna.

Ayla bebió.

—Ahora tengo que orinar —dijo, sonriente.

—Hay un cesto de noche detrás de esa cortina —dijo una zelandoni, señalándole el camino.

Ayla se puso en pie. Se sintió un poco aturdida, pero enseguida se le pasó.

—Creo que debemos dejarla que se recupere un poco —oyó decir Ayla a La Que Era la Primera—. Ha pasado por experiencias muy duras, pero creo que casi no hay duda de que será la próxima Primera.

—Diría que tienes razón —oyó afirmar a otra voz. Luego otros zelandonia hablaron entre sí, pero ella ya no prestaba atención. ¿A qué se referían? No sabía bien hasta qué punto le gustaba oírlos hablar de «la próxima Primera».

Cuando regresó, la Zelandoni de la Novena Caverna preguntó:

—¿Recuerdas todo lo que nos has contado?

Ayla cerró los ojos y arrugó la frente en un gesto de concentración.

—Me parece que sí —contestó por fin.

—Nos gustaría hacerte unas cuantas preguntas. ¿Te sientes con fuerzas para contestar o prefieres descansar un poco más?

—Me parece que estoy bien despierta, y no me siento cansada, aunque me gustaría tomar otra infusión. Aún me noto la boca seca —dijo Ayla, y le llenaron el vaso.

—Nuestras preguntas deberían ayudarte a interpretar tu propia experiencia —aclaró la donier—. En realidad, sólo tú puedes hacerlo.

Ayla asintió.

—¿Sabes cuánto tiempo pasaste en la cueva? —preguntó la Primera.

—Marthona dijo que casi cuatro días —respondió Ayla—, pero apenas recuerdo nada del momento en que salí. Había allí una gente esperándome. Me llevaron a la caverna en unas angarillas, y los siguientes días están muy borrosos en mi memoria.

—¿Crees que podrías explicarnos ciertas cosas?

—Lo intentaré.

—En cuanto a las paredes de hielo de las que has hablado, una vez nos contaste, si no recuerdo mal, que caíste en una grieta mientras cruzabas un glaciar. Por milagro, fuiste a parar a una repisa y Jondalar te rescató, ¿no es así? —preguntó la Primera.

—Sí. Me echó una cuerda y me dijo que me la atara alrededor de la cintura. Sujetó el otro extremo a su caballo. Me sacó Corredor —aclaró Ayla.

—Pocas personas que se caen en una grieta en el hielo tienen la suerte de salir. En

ese momento estuviste al borde de la muerte. No es raro que los acólitos, al recibir la llamada, vuelvan a experimentar las ocasiones en que han estado cerca del mundo de los espíritus. ¿Dirías que esa es una posible interpretación de las paredes de hielo? —preguntó la Primera.

—Sí —respondió Ayla, y miró a la mujer corpulenta—. No lo había pensado antes, pero eso podría explicar también algunas otras cosas. Estuve a punto de morir al cruzar un río desbordado en el viaje hacia aquí, y casi con toda seguridad fue la cara de Attaroa la que vi. Sin duda ella me habría matado de no ser por Lobo.

—Eso explica alguna de las visiones. Aunque yo no he oído la historia completa de tu viaje hasta aquí, es evidente que la mayoría de la gente la conoce —dijo la Zelandoni visitante—. Pero ¿qué era el vacío negro? ¿Era una alusión al Canto a la Madre o tenía algún otro significado? Casi me has aterrorizado. —Su comentario suscitó risas ahogadas y alguna que otra sonrisa, pero también gestos de asentimiento.

—¿Y qué hay de ese mar cálido, y de las criaturas que escarbaban en el barro y en los árboles? Eso ha sido todo muy extraño —dijo otra—, por no hablar ya de todos esos mamuts y renos y bisontes y caballos.

—Por favor, las preguntas de una en una —terció la Primera—. Son muchas las cosas que todos queremos saber, pero no hay prisa. ¿Tienes alguna interpretación para esos detalles, Ayla?

—No necesito interpretarlos: sé lo que son —respondió Ayla—, pero no los entiendo.

—¿Y qué son? —preguntó la Zelandoni de la Tercera Caverna.

—Casi todo el mundo sabe que cuando viví con el clan, la mujer que fue como una madre para mí era curandera, y me enseñó prácticamente todo lo que sé de sanación. Esa mujer tenía también una hija, y todos vivíamos en el hogar de su hermano, que se llamaba Creb. La mayoría de la gente del clan conocía a Creb como el Mog-ur. Un Mog-ur es un hombre en contacto con el mundo de los espíritus, y el Mog-ur era como La Que Es la Primera, el más poderoso de todos los Mog-ures.

—Venía a ser un Zelandoni, pues —dedujo la Zelandoni visitante.

—En cierto modo. No era curandero. Las curanderas son mujeres, y ellas conocen las plantas y las prácticas de sanación, pero es el Mog-ur quien invoca el mundo de los espíritus para contribuir a la sanación —explicó Ayla.

—¿Esas dos partes van por separado? Siempre me habían parecido indivisibles —dijo a Ayla una mujer a quien ella no conocía.

—Quizá te sorprendiera saber también que sólo se permitía a los hombres acceder al mundo de los espíritus, ser Mog-ures, y sólo las mujeres se dedicaban a sanar, a ser curanderas —explicó Ayla.

—Es sorprendente.

—No sé qué pasaba con los otros Mog-ures, pero el Mog-ur poseía una capacidad

especial para invocar el mundo de los espíritus. Podía retroceder hasta los orígenes y enseñar el camino a los demás. Incluso me lo enseñó a mí una vez, aunque en principio no debía, y creo que luego se arrepintió de haberlo hecho. Después, el Mog-ur cambió, perdió algo. Ojalá aquello no hubiese ocurrido.

—¿Qué sucedió? —preguntó la Primera.

—Usaban cierta raíz, sólo para la ceremonia especial con todos los Mog-ures en la Reunión del Clan. Debía prepararse de una manera en concreto, y sólo las curanderas de la línea de Iza sabían hacerlo.

—¿También tienen Reuniones de Verano, pues? —preguntó el Zelandoni de la Undécima.

—No todos los veranos, sólo una vez cada siete años. Cuando llegó el momento de celebrar la Reunión del Clan, Iza estaba enferma. No pudo hacer el viaje, y su hija aún no era mujer: la raíz debía prepararla una mujer, no una niña. Pese a que yo no tenía los recuerdos del clan, Iza había estado adiestrándome para ser curandera. Se decidió que fuera yo quien preparase la raíz para los Mog-ures. Iza me explicó que era necesario masticar la raíz y luego escupirla en un cuenco especial. Me advirtió que no tragara el jugo mientras masticaba. Cuando llegamos a la Reunión del Clan, los Mog-ures no quisieron que la preparase yo, que había nacido entre los Otros, no en el clan. Pero en el último momento Creb vino a buscarme y me pidió que la preparase.

»Celebré el ritual, pero me fue difícil y al final tragué un poco, y preparé una cantidad excesiva. Iza me había dicho que era algo muy preciado y no debía desperdiciarse. Además, para entonces yo ya no pensaba con claridad. Bebí lo que sobraba para no desperdiciarlo y, sin querer, entré en la cueva cercana, en cuyas profundidades encontré a los Mog-ures. Ninguna mujer debía participar en las ceremonias de los hombres, pero allí estaba yo, y también había tomado la bebida.

»No puedo explicar qué pasó después realmente, pero Creb, no sé cómo, notó mi presencia. Cuando me sentía caer en un vacío negro y profundo, pensando que me perdería en él para siempre, Creb vino a por mí y me sacó. Estoy segura de que me salvó la vida. La gente del clan posee en la mente una cualidad especial de la que nosotros carecemos, del mismo modo que nosotros poseemos una cualidad de la que ellos carecen. Ellos conservan recuerdos, pueden rememorar lo que sabían sus antepasados. A diferencia de nosotros, no tienen que aprender lo que necesitan saber. Les basta con recordarlo, con que se les avive el recuerdo. Pueden aprender algo nuevo, pero para ellos es más difícil.

»Sus recuerdos se remontan muy atrás en el tiempo. En ciertas circunstancias pueden volver a sus orígenes, a un tiempo tan lejano que no existía la gente y la tierra era distinta. Quizá hasta el tiempo en que la Gran Madre Tierra dio a luz a su hijo y, con las aguas de su parto, cubrió la tierra de verde. Creb tenía la habilidad de dirigir a

los otros Mog-ures y llevarlos a esos tiempos. Después de salvarme, me guio, junto con los otros Mog-ures, de regreso a los recuerdos. Si nos remontamos en el tiempo lo suficiente, todos tenemos los mismos recuerdos, y él me ayudó a encontrar los míos. Yo compartí la experiencia con ellos.

»En los recuerdos, cuando la tierra era distinta, hace tanto tiempo que es difícil imaginarlo, aquellos que existieron antes de los humanos vivían en las profundidades del mar. Cuando el agua se secó y se quedaron atascados en el barro, cambiaron y aprendieron a vivir en la tierra. Después de eso cambiaron muchas veces más, y guiada por Creb, yo pude ir allí con ellos. Para mí no fue exactamente igual que para ellos, pero el caso es que pude ir. Vi la Novena Caverna cuando los zelandonii aún no vivían en ella. Al llegar por primera vez, reconocí la Piedra que Cae. Y luego fui a un sitio adonde Creb no podía ir. Me escondió para que los demás Mog-ures no me vieran, y luego me ordenó que me marchara, que saliera de la cueva antes de que ellos me descubrieran. Nunca llegó a decirles que estuve allí, porque me habrían matado en el acto si se hubieran enterado. Pero él ya no volvió a ser el de antes.

Se produjo un silencio cuando Ayla acabó. Lo rompió la Zelandoni Que Era la Primera.

—En nuestras historias y leyendas, la Gran Madre Tierra dio a luz a toda forma de vida, y por último nos creó a nosotros los humanos, que tenemos el don de recordarla. ¿Quién sabe cómo nos formó Doni? ¿Qué niño recuerda su vida en el útero? Un bebé, antes de nacer, respira agua, y cuando nace, le cuesta respirar. Todos habéis visto y examinado la vida humana antes de formarse por completo, cuando ha sido expulsada prematuramente. En las primeras etapas se asemeja a un pez; luego, a ciertos animales. Puede que Ayla esté recordando su propia vida en el útero, antes de nacer. Su interpretación de la precoz experiencia con aquellos a quienes llama el clan no contradice las leyendas ni el Canto a la Madre; por el contrario, las confirma, las explica. Pero me sobrecoge pensar que aquellos a quienes hemos llamado animales durante tanto tiempo posean tal saber sobre la Madre y que, a pesar de ese saber, presente en sus «recuerdos», no sean capaces de reconocerla.

Los zelandonia sintieron alivio. La Primera había conseguido conciliar lo que al principio parecía un conflicto básico de creencias, expresado por Ayla con convicción tan creíble que casi habría podido crear un cisma. Esa interpretación reforzó las creencias de los zelandonia en lugar de socavarlas. Quizá podían aceptar que aquellos a quienes llamaban cabezas chatas eran inteligentes a su manera. Pero los zelandonia debían defender la idea de que las creencias de ellos eran de todos modos inferiores a las suyas: los cabezas chatas no habían reconocido a la Gran Madre Tierra.

—Fue, pues, esa raíz lo que provocó la aparición del vacío negro y las criaturas extrañas —dijo el Zelandoni de la Quinta Caverna.

—Es una raíz poderosa. Cuando abandoné el clan, me llevé un poco. No era mi

intención, pero la tenía en la bolsa de las medicinas. Al convertirme en mamutoi, le hablé a Mamut de la raíz y mi experiencia con Creb en la cueva. Una vez, de joven, Mamut resultó herido mientras viajaba y lo sanó una curandera del clan. Se quedó con ellos un tiempo, aprendió algunas de sus costumbres y participó al menos en una ceremonia con los hombres del clan. Quiso que probáramos la raíz juntos. Creo que pensó que si Creb podía controlarla, él también sería capaz, pero existen ciertas diferencias entre el clan y los Otros. Con Mamut, no retrocedimos a los recuerdos del pasado; fuimos a otro sitio, no sé adónde. Fue todo muy extraño y aterrador. Atravesamos ese vacío y estuvimos a punto de no regresar, pero... alguien... deseó tanto que volviésemos, que su necesidad se impuso a todo lo demás. —Ayla se miró las manos—. Su amor era tan intenso... en aquel tiempo —dijo en un susurro. Sólo la Zelandoni advirtió el dolor en los ojos de Ayla cuando alzó la vista—. Mamut dijo que nunca más tomaría esa raíz. Temía perderse en ese vacío y no volver nunca, no encontrar el otro mundo. Y a mí me aconsejó que, si algún día tomaba otra vez esa raíz, procurara estar bien protegida o me arriesgaba a no regresar nunca más.

—¿Todavía te queda un poco de esa raíz? —se apresuró a preguntar la Primera.

—Sí. Encontré más en las montañas cerca de los sharamudoi, pero desde entonces no he vuelto a ver la planta. Dudo que crezca en esta región —contestó Ayla.

—¿Se conserva aún en buen estado, la raíz que te queda? —insistió la mujer corpulenta.

—Según me dijo Iza, si se seca debidamente y no se expone a la luz, la raíz se concentra, adquiere mayor potencia con el tiempo —explicó Ayla.

La Que Era la Primera asintió, más para sí que para los demás.

—Tuve la clara impresión de que sentiste el dolor de un parto —dijo la Zelandoni visitante—. ¿Alguna vez has estado a punto de morir al dar a luz?

Ayla había contado a la Primera su angustiada experiencia al traer al mundo a su primer hijo, el hijo resultante de una mezcla de espíritus, y la mujer corpulenta pensó que eso quizá explicara en parte la difícil prueba del parto en la cueva, pero pensó que no era necesario contárselo a todo el mundo.

—Creo que la pregunta más importante es la que todos hemos estado eludiendo —intervino la Primera—. El Canto a la Madre es quizá la Leyenda de los Ancianos más antigua. Las distintas cavernas, las distintas tradiciones, presentan en general pequeñas diferencias, pero el significado es siempre el mismo. ¿Podrías recitarlo para nosotros, Ayla? No todo el canto, sino sólo la última parte.

Ayla asintió, cerró los ojos y pensó por dónde empezar.

*Partió en dos las rocas con un atronador rugido,
y en sus profundidades, en el lugar más escondido,
nuevamente se abrió la honda y gran cicatriz,
y los Hijos de la Tierra surgieron de su matriz.*

La Madre sufría, pero más hijos nacían.

*Todos los hijos eran distintos, unos terrestres y otros voladores,
unos grandes y otros pequeños, unos reptantes y otros nadadores.
Pero cada forma era perfecta, cada espíritu acabado,
cada uno era un modelo digno de ser copiado.
La Madre era afanosa. La Tierra cada vez más populosa.*

*Todos, aves, peces y animales, eran su descendencia,
y esta vez la Madre nunca habría de padecer su ausencia.
Cada especie viviría cerca de su lugar originario,
y compartiría con los demás aquel vasto escenario.
Con la Madre permanecerían; de Ella no se alejarían.*

Ayla había empezado de un modo un tanto vacilante, pero conforme avanzó, su voz ganó fuerza, y su recitación fue más firme.

*Aunque todos eran sus hijos y la colmaban de satisfacción,
consumían la fuerza vital que hacía latir su corazón.
Pero aún le quedaba suficiente para una génesis postrera,
un hijo que supiera y recordara quién la Suma Hacedora era.
Un hijo que la respetaría y a protegerla aprendería.*

*La Primera Mujer nació ya totalmente desarrollada y viva,
y recibió los dones que necesitaba, esa era su prerrogativa.
La Vida era el primer don, y como la Madre naciente,
al despertar del gran valor de la vida era ya consciente.
La Primera en salir de la horma, las demás tendrían su forma.*

*Vino luego el don de la percepción, del aprendizaje,
el deseo de saber, el don del discernimiento, un amplio bagaje.
La Primera Mujer llevaba el conocimiento en su interior,
que la ayudaría a vivir y transmitiría a su sucesor.
Sabría la Primera Mujer cómo aprender, cómo crecer.*

*Con la fuerza vital casi extinta, la Madre se consumía,
transmitir el Espíritu de la Vida, sólo eso pretendía.
A sus hijos confirió la facultad de crear una nueva vida,
y también la Mujer con esa posibilidad fue bendecida.
Pero la Mujer sola se sentía; a nadie tenía.*

*La Madre recordó la experiencia de su propia soledad,
el amor de su amigo y su caricia llena de inseguridad.
Con la última chispa que le quedaba, el parto empezó,
para compartir la vida con la Mujer, al Primer Hombre creó.*

De nuevo alumbraba; otro más alentaba.

Ayla hablaba el idioma con tal fluidez que la mayoría de la gente apenas notaba ya su acento. Se habían acostumbrado a la manera en que pronunciaba ciertas palabras y sonidos. Les parecía normal, pero mientras repetía los conocidos versos, la peculiaridad de su habla pareció añadir un elemento exótico, un toque de misterio, que de algún modo creaba la sensación de que procedían de otro lugar, quizá de un lugar en el otro mundo.

*A la Mujer y el Hombre había deseado engendrar,
y el mundo entero les obsequió a modo de hogar,
tanto el mar como la tierra, toda su Creación.
Explotar los recursos con prudencia era su obligación.
De su hogar debían hacer uso, sin caer en el abuso.*

*A los Hijos de la Tierra la Madre concedió
los dones precisos para sobrevivir, y luego decidió
otorgarles la alegría de compartir y el don del placer,
por el cual se honra a la Madre con el goce de yacer.
Los dones aprendidos estarán cuando a la Madre honrarán.*

*La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.
Les enseñó a amarse y respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el don del placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.*

Aquí solía acabar el canto, y Ayla vaciló un momento antes de seguir. Por fin, tomando aliento, recitó los versos que resonaron en su cabeza con eco cadencioso y retumbante en lo más hondo de la cueva.

*Anunciar que el hombre participa, ese fue Su último don:
para iniciarse la nueva vida, él debe hallar satisfacción.
La Madre se siente honrada cuando a la pareja ve yacer,
porque la mujer concibe cuando ambos comparten el placer.
Con los Hijos ya bendecidos, la Madre goza de un descanso merecido.*

Cuando acabó, se produjo un silencio de desasosiego. Ni uno solo de los poderosos hombres y mujeres allí reunidos supo qué decir. Al final habló la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna.

—Nunca había oído esa estrofa ni nada parecido.

—Yo tampoco —dijo la Primera—. Pero lo importante es: ¿cuál es su significado?

—¿Y cuál crees tú que es? —preguntó la Decimocuarta.

—A mi juicio, eso significa que la nueva vida no la crea sólo la mujer —respondió la Primera.

—No, claro que no. Siempre hemos sabido que el espíritu de un hombre se mezcla con el espíritu de una mujer para crear una nueva vida —protestó la Undécima.

Ayla intervino.

—La estrofa no menciona a ningún espíritu. Dice que la mujer concibe cuando comparte el placer —explicó—. No sólo interviene el espíritu de un hombre: no se iniciará una nueva vida si la necesidad del hombre no halla satisfacción. Un niño es de un hombre tanto como de una mujer, hijo del cuerpo de él tanto como del cuerpo de ella. Es la unión del hombre con la mujer lo que da comienzo a una nueva vida.

—¿Quieres decir que la unión no es sólo por los placeres? —preguntó el Zelandoni de la Tercera Caverna con tono de incredulidad.

—Nadie pone en duda que la unión es un placer —dijo la Primera con sonrisa irónica—. En mi opinión significa que el don de Doni va más allá del don del placer. Es un don de la vida. Me parece que eso es lo que significa la estrofa. La Gran Madre Tierra no creó a los hombres sólo para compartir placeres con las mujeres y para que las provean a ellas y a sus hijos. Una mujer es bendecida por Doni porque trae una nueva vida, pero también es bendecido el hombre. Sin él, no puede iniciarse una nueva vida. Sin los hombres, y sin los placeres, toda vida se interrumpiría.

Se oyó un revuelo de voces agitadas.

—Seguro que hay otras interpretaciones posibles —dijo la Zelandoni visitante—. Eso me parece un tanto excesivo, me cuesta creerlo.

—Dame tú otra —contraatacó la Primera—. Ya has oído las palabras, ¿cuál es tu explicación?

La Zelandoni, vacilante, guardó silencio por un momento.

—Tendría que pensarlo. Algo así exige un tiempo de reflexión, de estudio.

—Puedes pensarlo durante un día, o durante un año, o durante todos los años que llegues a contar: la interpretación no cambiará. Ayla recibió un don junto con su llamada. Fue elegida para traernos este nuevo don del conocimiento de la vida concedido por la Madre —dijo La Que Era la Primera.

Se desencadenó otro ligero alboroto.

—Pero los dones son siempre fruto de un intercambio. Nadie recibe un don sin la obligación de entregar algo a cambio, algo de igual valor —dijo el Zelandoni de la Segunda Caverna. Era la primera vez que intervenía—. ¿Qué don de igual valor pudo ofrecer Ayla a la Madre?

Se produjo un silencio y todos miraron a Ayla.

—Le di a mi hijo —dijo ella, sabiendo en el fondo de su alma que la vida del hijo que había perdido había sido iniciada por Jondalar, que era el hijo de ella y Jondalar. «¿Volveré a tener otro hijo que sea también de Jondalar?», se preguntó—. La Madre se sintió muy honrada al iniciarse esa criatura. Era un hijo que yo deseaba, que deseaba tanto que no podía expresarlo con palabras. Incluso ahora me duelen los brazos por el vacío de la pérdida. Puede que algún día tenga otro hijo, pero a ese nunca lo tendré. —Ayla contuvo las lágrimas—. No sé cómo valora la Madre los dones que concede a sus hijos, pero yo sé que nada valoro más que a mis hijos. Ignoro por qué quiso la Gran Madre a mi hijo, pero depositó en mi cabeza las palabras de Su don después de apartar de mí a ese hijo. —Las lágrimas resplandecieron en los ojos de Ayla pese a sus esfuerzos por contenerlas. Agachó la cabeza y, en voz queda, dijo—: Ojalá pudiera devolverle Su don y recuperar a mi hijo.

Varios de los reunidos ahogaron exclamaciones. Uno no podía tomarse a la ligera los dones de la Madre, ni manifestar abiertamente el deseo de devolverlos. Ella podía ofenderse mucho, y a saber qué era capaz de hacer entonces.

—¿Seguro que estabas embarazada? —preguntó la Undécima.

—No me vino durante tres lunas, y tenía todos los demás síntomas. Sí, estoy segura —respondió Ayla.

—Y yo también estoy segura —corroboró la Primera—. Yo sabía ya que llevaba un hijo dentro antes de marcharme a la Reunión de Verano.

—Entonces debió de abortar. Eso explicaría los dolores de parto que me pareció percibir en su narración —dijo la Zelandoni visitante.

—Me parece que es evidente que abortó. Y creo que a causa del aborto estuvo peligrosamente cerca de la muerte mientras se hallaba en la cueva —afirmó la Primera—. La Madre debió de querer a la criatura por eso, porque el sacrificio era necesario. La Madre acercó a Ayla lo suficiente al otro mundo para hablarle, para comunicarle los versos sobre el don del conocimiento.

—Lo siento —dijo el Zelandoni de la Segunda Caverna—. Perder a un hijo puede ser una carga terrible. —Pronunció esas palabras con una convicción que no pasó inadvertida a Ayla.

—Si no hay objeciones, creo que ha llegado el momento de la ceremonia —anunció La Que Era la Primera. Todos expresaron su conformidad con gestos de asentimiento—. ¿Estás lista, Ayla?

La joven, consternada, arrugó la frente y miró alrededor. ¿Lista para qué? Le parecía todo muy repentino. La donier percibió su angustia.

—Has dicho que querías realizar la prueba formal completa. Se sobreentiende que si los zelandonia dan su aprobación, pasas al siguiente nivel. Dejas de ser acólita,

sales de aquí convertida en Zelandoni —explicó la Primera.

—¿Ahora mismo, quieres decir? —preguntó Ayla.

—Sí, con la primera marca de aceptación —respondió la Primera a la vez que cogía un afilado cuchillo de pedernal.

Capítulo 34

—Celebraremos otra ceremonia más pública al presentarte a la gente como zelandoni, pero las marcas se realizan en el momento de la aceptación, en privado, sin nadie más que los zelandonia. Conforme asciendes de rango, las nuevas marcas se realizan en presencia de los zelandonia y los acólitos, pero nunca en público — explicó la Zelandoni que Era la Primera. La mujer corpulenta, que se comportaba con la dignidad y la autoridad que le confería su posición, preguntó—: ¿Estás lista?

Ayla tragó saliva y frunció el entrecejo.

—Sí —respondió, confiando en que así fuera.

La Primera miró a los allí reunidos, asegurándose de contar con la atención de todos. Acto seguido, empezó.

—Esta mujer está plenamente preparada para llevar a cabo todos los deberes de la zelandonia, y es la Primera Entre Quienes Sirven quien da fe de sus conocimientos.

Se produjeron gestos y sonidos de conformidad.

—Ha recibido la llamada y ha sido puesta a prueba. ¿Hay alguien entre nosotros que ponga en duda su llamada? —preguntó la Zelandoni.

Nadie asintió. No hubo en ningún momento la menor duda.

—¿Todos aceptan a esta mujer como zelandoni entre los zelandonia?

—¡La aceptamos! —fue la respuesta unánime.

Ayla vio al Zelandoni de la Segunda Caverna aproximarse y tenderle un cuenco que contenía algo oscuro. Supo qué era: no sólo participaba, sino que una parte de su mente observaba. La corteza de serbal, también llamado acafresna, había sido quemada en un fuego ceremonial y luego tamizada al viento hasta obtenerse un fino polvo gris. Las cenizas de la corteza de serbal eran astringentes y antisépticas. A continuación la mujer que era Zelandoni de una caverna lejana, a la que Ayla no conocía, le acercó una sustancia roja humeante, zurbas secas del otoño anterior, hervidas hasta reducirlas a un líquido espeso y después coladas. Ayla sabía que el jugo de zurba era ácido y cicatrizante.

La Zelandoni que Era la Primera cogió un cuenco de sebo blando, blanquecino y parcialmente cuajado, obtenido con grasa de uro hervida en agua, y añadió un poco a la ceniza pulverizada; luego agregó también una pizca del jugo rojo y humeante de zurba. Lo revolvió todo con una pequeña espátula de madera labrada, echando más grasa y líquido hasta quedar satisfecha con la mezcla. Después se colocó ante la joven y cogió el afilado cuchillo de pedernal.

—La marca que recibirás no podrá eliminarse nunca. Anunciará a todos que reconoces y aceptas la función de zelandoni. ¿Estás lista para asumir esa responsabilidad?

Ayla respiró hondo y vio acercarse a la mujer con el cuchillo, consciente de lo que

la esperaba. Sintió un atisbo de miedo, tragó saliva y cerró los ojos. Sabía que le dolería, pero no era ese su temor. Una vez realizada la marca, no habría vuelta atrás. Esa era su última oportunidad para cambiar de idea.

De pronto se recordó a sí misma escondida en una cueva poco profunda, apretada contra la pared de piedra a sus espaldas. Vio las afiladas uñas curvas de la enorme pata del león cavernario acercarse a ella, y gritó de dolor al sentir cuatro cortes paralelos en el muslo izquierdo. Contorsionándose y encogiéndose las piernas para alejarse de las garras, encontró un pequeño hueco a un lado.

El recuerdo de ser elegida y marcada por el tótem del león cavernario nunca se le había presentado de una manera tan vívida e intensa antes. En un acto reflejo, se llevó la mano al muslo izquierdo para palpar la textura distinta de la piel en las cuatro cicatrices paralelas. Fueron reconocidas como marcas del tótem del clan cuando el clan de Brun la aceptó, pese a que tradicionalmente el tótem del león cavernario elegía a hombres, no mujeres.

¿Cuántas marcas se habían acumulado en su cuerpo a lo largo de la vida? Además de las cuatro marcas del espíritu de su tótem protector, Mog-ur le había hecho un pequeño corte en la base del cuello para sacarle sangre cuando se convirtió en la Mujer Que Caza. Luego le fue entregado el talismán de caza del clan, el óvalo de marfil de mamut teñido de rojo, en prueba de que, pese a ser mujer, era aceptada como cazadora del clan, aunque sólo se le permitió usar la honda.

Ya no llevaba encima el talismán, ni el amuleto con el resto de sus señales, pero en ese momento lamentó no tenerlos. Los había escondido detrás de la talla de donii en forma de mujer colocada en la hornacina abierta en la pared de piedra caliza de su morada en la Novena Caverna. Pero sí tenía la cicatriz.

Ayla se tocó la pequeña marca, y luego se buscó la cicatriz del brazo. Esa era obra de Talut, quien, con el cuchillo ensangrentado, había trazado unas muescas en una placa de marfil que llevaba colgada de un extraordinario collar de ámbar y colmillos y uñas de león, anunciando así que era aceptada en el Campamento del León, adoptada por los mamutoi.

Ella nunca lo había pedido, siempre la habían elegido, y por cada aceptación tenía una marca, una cicatriz que la acompañaría por siempre. Era el sacrificio que se le había exigido. Ahora era elegida de nuevo. Aún podía rehusar el ofrecimiento, pero si no se negaba en ese mismo momento, se comprometería de por vida. Se le pasó por la cabeza que las cicatrices siempre le recordarían que ser elegida tenía sus consecuencias, que la aceptación conllevaba ciertas responsabilidades.

Miró a la mujer corpulenta a los ojos.

—Acepto: seré zelandoni —afirmó Ayla, procurando hablar con firmeza y convicción.

Cerró los ojos y sintió que alguien se acercaba por detrás del taburete en el que

estaba sentada. Unas manos, delicadas pero firmes, tiraron de ella hacia atrás para apoyarla en el cuerpo suave de una mujer, que le sujetó la cabeza y se la volvió para que quedara expuesta la sien derecha. Notó correr por la frente un líquido escurrido de algo suave y húmedo. Reconoció el olor de la raíz de lirio, una solución que ella misma había empleado a menudo para limpiar heridas, y sintió aumentar la tensión dentro de sí.

—¡Ay, ay! —gritó sin querer al sentir el corte rápido de una hoja afilada.

En el segundo corte, y después en el tercero, se esforzó por contener las exclamaciones. Volvieron a aplicarle la solución, y los cortes se secaron. Después le frotaron la herida con otra sustancia. Esta vez experimentó un escozor como el de una quemadura, pero no duró mucho; algo en ese ungüento también había aplacado el dolor.

—Ya puedes abrir los ojos, Ayla. Ha terminado —dijo la mujer corpulenta.

Ayla abrió los ojos y vio una imagen que apenas reconoció, un tanto difusa. Tardó un momento en comprender lo que veía. Para que se viera a sí misma, alguien sostenía un candil encendido y un reflector, una madera teñida de negro, lijada y untada de aceite. Ella rara vez usaba reflectores, ni siquiera tenía uno en su morada, y siempre le sorprendía ver su propia cara. De pronto las marcas en la frente captaron su atención.

Justo en la parte delantera de la sien derecha tenía una línea horizontal con dos trazos verticales en los extremos más o menos de la misma longitud, como un cuadrado sin línea superior o una caja abierta. Las tres líneas eran negras, y aún rezumaban un poco de sangre. Eran tan visibles que parecían eclipsar todo lo demás. Ayla no sabía si le gustaba tener la cara así de estropeada. Pero ya no podía hacer nada al respecto. Lo hecho, hecho estaba. Llevaría esas marcas negras en el rostro durante el resto de su vida.

Hizo ademán de tocárselas, pero la Primera se lo impidió.

—Es mejor que no te lo toques todavía —aconsejó—. Casi ha dejado de sangrar, pero las heridas son muy recientes.

Ayla miró al resto de los zelandonia. Todos tenían diversas marcas en la frente, unas más intrincadas que otras, en su mayoría cuadradas, pero también de otras formas, y muchas coloreadas. Las marcas de la Primera eran las más complejas. Ayla sabía que designaban el rango, la posición, la pertenencia a la zelandonia. Advirtió, no obstante, que las líneas negras, al cicatrizar, se atenuaban y quedaban reducidas a tatuajes azules.

Se alegró cuando apartaron el reflector. No le gustaba mirarse. La incomodaba pensar que esa imagen extraña y tenue de la cara le pertenecía. Prefería verse reflejada en las expresiones de los demás: la felicidad de su hija cuando veía a su madre, la satisfacción de verla manifiesta en la actitud y el comportamiento de las

personas a quienes apreciaba, como Marthona, Proleva, Joharran o Dalanar. Y la mirada de amor en los ojos de Jondalar cuando... no, eso ya no. La última vez que Jondalar la vio, se horrorizó. Su expresión denotaba espanto y consternación, no amor.

Ayla cerró los ojos para contener las lágrimas inminentes y trató de controlar el sentimiento de pérdida, decepción y dolor. Cuando los abrió y alzó la vista, todos los zelandonia se hallaban de pie ante ella, incluidos los dos nuevos, una mujer y un hombre, que habían montado guardia en el exterior, y todos ellos exhibían afectuosas sonrisas de expectación y bienvenida. La Que Era la Primera habló:

—Has viajado lejos, has pertenecido a muchos pueblos, pero tus pies siempre te han llevado por el camino de la Gran Madre Tierra que te eligió. Era tu destino perder a los tuyos a temprana edad y luego ser acogida por una curandera y un hombre que viajaba por el mundo de los espíritus, personas de esas que tú llamas el clan. Cuando te adoptó el Mamut de los mamutoi en el Hogar del Mamut que honra a la Madre, guio tus pasos Aquella de la Que Nació Todo. Tu destino siempre ha sido servirla.

»Ayla de la Novena Caverna de los zelandonii, emparejada con Jondalar de la Novena Caverna, hijo de Marthona, antigua jefa de la Novena Caverna de los zelandonii; madre de Jonayla, bendita de Doni, de la Novena Caverna de los zelandonii, que nació en el hogar de Jondalar; Ayla de los mamutoi, miembro del Campamento del León de los cazadores de mamuts que viven al este. Hija del Hogar del Mamut, la zelandonia de los mamutoi; Ayla, elegida por el espíritu del León Cavernario y Protegida por el Oso Cavernario del clan, tus nombres y lazos son muchos. Ahora ya no los necesitas. Tu nuevo nombre los abarca todos, y más que hubiere. Tu nombre es uno con toda la creación de la Madre. ¡Tu nombre es Zelandoni!

—Tu nombre es uno con toda la creación de la Madre. ¡Bienvenida, Zelandoni!
—entonó al unísono el grupo allí reunido.

—Vamos, recita con nosotros el Canto a la Madre, Zelandoni de la Novena Caverna —dijo la que Era la Primera, y los presentes empezaron a entonar el Canto a coro.

*En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,
el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa...*

Cuando llegaron a la estrofa que siempre había sido la última, sólo La Que Era la Primera continuó con su voz hermosa y vibrante:

La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.

*Les enseñó a amarse y respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el don del placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.*

El grupo entero cantó el último verso, y luego todos miraron expectantes a Ayla. Esta tardó un momento en comprender y, por fin, con voz potente y exótico acento, Ayla, sin cantar, recitó:

*Anunciar que el hombre participa, ese fue Su último don:
para iniciarse la nueva vida, él debe hallar satisfacción.
La Madre se siente honrada cuando a la pareja ve yacer,
porque la mujer concibe cuando ambos comparten el placer.
Con los Hijos ya bendecidos, la Madre goza de un descanso merecido.*

El grupo acabó de entonar el último verso y permaneció un rato en silencio. Luego, relajándose, se separaron. Sacaron un gran recipiente con una infusión, y cada uno extrajo su vaso personal de bolsas y bolsillos.

—Ahora la cuestión es cómo anunciar a los demás zelandonii el último don — dijo La Que Era la Primera mientras se sentaba en su taburete con despreocupación aparente.

Sus palabras provocaron un revuelo.

—¿Anunciárselo?

—¡No podemos anunciárselo!

—Sería demasiado para ellos.

—Piensa en el trastorno que provocaría.

La Primera esperó a que amainara la conmoción y de pronto lanzó una mirada feroz a los demás zelandonia.

—¿Creéis que Doni lo ha dado a conocer para que vosotros se lo ocultéis a sus hijos? ¿Creéis que Ayla padeció tales tormentos, o que se le exigió que sacrificase a su hijo, sólo para que los zelandonia tuvieran tema de conversación? Los zelandonia son Aquellos Que Sirven a la Madre. No nos corresponde a nosotros decir qué pueden saber o no Sus Hijos. Nuestra labor es decidir cómo anunciárselo.

Siguió un silencio contrito; de pronto la Zelandoni de la Decimocuarta Caverna dijo:

—Nos llevará un tiempo planear una ceremonia adecuada. Quizá debiéramos esperar hasta el año que viene. La estación casi ha terminado. Pronto todo el mundo volverá a sus cavernas.

—Sí —coincidió de inmediato el Zelandoni de la Tercera—. Quizá lo mejor sería que cada zelandoni se lo explique a su propia caverna, a su manera, después de

disponer de un tiempo de reflexión.

—La ceremonia se celebrará dentro de tres días, y lo anunciará Ayla —dictaminó la Primera de manera inequívoca—. Fue Ayla quien recibió el don. Le corresponde a ella decírselo a los demás; es su deber. Ha sido llamada este verano, y enviada a esta reunión por ese motivo. —La Primera recorrió con una mirada severa a los otros doniers. Al cabo de un momento, su expresión se suavizó y adoptó un tono más lisonjero—: ¿No sería mejor zanjarlo ya? Con la estación tan cerca del final, no habrá tiempo para que surjan muchas complicaciones antes de que nos vayamos, y podéis estar seguros de que esto acarreará complicaciones. Pero así tendremos todo el invierno para conseguir que nuestras cavernas se hagan a la idea. Cuando llegue el verano próximo, no debería haber ya ningún problema.

La Primera deseó creerlo de verdad. A diferencia de los demás zelandonia, ella venía reflexionando sobre la aportación del hombre a la nueva vida desde hacía muchos años, incluso antes de su primera conversación con Ayla. El hecho de que Ayla hubiese llegado también a conclusiones similares era una de las razones por las que deseaba que se convirtiera en Zelandoni. Sus observaciones eran muy perspicaces, y no estaba condicionada por las creencias que se inculcaba a los zelandonii casi con la leche materna.

Por eso la Zelandoni, en cuanto oyó contar a Ayla su experiencia en la cueva, decidió que ese conocimiento debía difundirse de inmediato, mientras estaban aún todos reunidos, y mientras los zelandonia seguían estupefactos a causa de la revelación. Habría convocado la ceremonia para el día siguiente si hubiese creído que era posible organizarla.

Mientras los zelandonia empezaban a hacer planes, la Primera aguardó. Como tenía por costumbre en tales circunstancias, simuló descansar o meditar, en apariencia ajena a lo que la rodeaba, para poder así observar. Al principio los notó vacilantes.

Oyó decir a la Undécima:

—Una buena manera de enfocarlo sería, quizá, intentar reproducir la propia experiencia de Ayla.

—No tenemos por qué divulgar toda su experiencia, sino sólo lo esencial —añadió la Vigésimo tercera.

—Sería útil tener una cueva de tamaño suficiente para reunir dentro a todo el mundo —sugirió el Zelandoni de la Segunda.

—La oscuridad de la noche tendrá que hacer las veces de paredes de una cueva —afirmó el Zelandoni de la Quinta Caverna—. Si sólo hay una hoguera en medio, será más fácil acaparar la atención de todo el mundo.

«Bien», pensó la Primera mientras escuchaba la conversación de los doniers. «Empiezan a planear la ceremonia en lugar de buscar objeciones.»

—Deberíamos tener tambores para acompañar el Canto a la Madre.

—Y cantar.

—La Novena no canta.

—Tiene una voz tan característica que eso no importa.

—Podemos cantar nosotros de fondo. Sin palabras, sólo un tarareo.

—Si los tambores suenan con una cadencia más lenta, el Canto a la Madre resultará más impactante, sobre todo al final, cuando ella pronuncie la última estrofa.

Ayla, conforme se expresaban nuevas sugerencias para su participación en la ceremonia y se veía convertida cada vez más en centro de atención, pareció desconcertada, pero al cabo de un rato incluso ella se involucró en los preparativos.

—Los dos jóvenes visitantes mamutoi, Danug y Druwez, saben tocar el tambor de tal manera que suena como una voz al hablar. Resulta un tanto inquietante, pero muy misterioso. Creo que serían capaces de recitar la última estrofa con los tambores, si es que han traído sus tambores o pueden encontrar algo parecido.

—Antes me gustaría oírlo —dijo la Decimocuarta.

—Claro —convino Ayla.

Ayla conocía extraordinariamente bien el comportamiento de la gente, más de lo que ella misma creía, y tenía una visión mucho más compleja y bien informada de las cosas de lo que suponía. No había pasado por alto la táctica de la Zelandoni Que Era la Primera: inducir a los zelandonia a concebir ellos mismos la ceremonia. A nivel a veces subliminal y a veces plenamente consciente, la Primera, como Ayla había observado, acomodaba la voluntad de los demás a la suya propia. La mujer enseguida aprovechaba su ventaja; sabía cuándo bramar, cuándo amenazar, cuándo halagar, adular, criticar, elogiar, y eso que no era fácil imponerse a los zelandonia. Como grupo eran sagaces, astutos, a menudo cínicos, y en general más inteligentes que la mayoría. Ayla recordó que en una ocasión Jondalar preguntó a la Zelandoni cómo llegaba un zelandoni a ser el Primero. Incluso entonces ella supo qué decir y qué reservarse.

La Zelandoni se relajó. Ya estaban metidos de pleno. La situación cobraría impulso por sí sola. Por lo regular, el problema para ella era evitar que se entusiasmaran más de la cuenta. Esta vez iba a permitirles llegar hasta donde quisieran. Cuanto más espectacular, mejor. «Si les permito planearlo a lo grande, y con gran elaboración, no tendrán tiempo de pensar en nada más hasta después de la ceremonia.»

Cuando el perfil de la ceremonia empezó a tener forma, y la mayoría de los zelandonia mostraban un claro interés por el acontecimiento, la Zelandoni Que Era la Primera les salió con otra sorpresa.

Al levantarse para servirse más tisana, dejó caer un comentario con manifiesta despreocupación:

—Imagino que también tendremos que planear una reunión de todo el

campamento un día o dos después de la ceremonia para contestar a todas las preguntas que forzosamente surgirán. Más vale atajarlas cuanto antes. Entonces podremos anunciar el nombre de la relación entre un hombre y sus hijos, y decirles que los hombres pondrán el nombre a los hijos varones de ahora en adelante.

La consternación entre los zelandonia fue inmediata. Casi ninguno había tenido tiempo de pensar qué cambios acarrearía ese nuevo conocimiento.

—¡Pero siempre ha sido la madre quien ha puesto nombre a sus hijos! —protestó uno de ellos.

La Zelandoni advirtió unas cuantas miradas penetrantes. Eso era lo que temía: algunos iban a empezar a pensar. No convenía infravalorar a los zelandonia como grupo.

—¿Cómo van a darse cuenta los hombres de que son esenciales si no les permitimos participar de alguna manera? —preguntó la Primera—. En realidad no cambia nada. El apareamiento seguirá siendo un placer. Los hombres no empezarán a dar a luz, y seguirán teniendo la obligación de proveer a la mujer que han tomado en su hogar y a sus hijos, sobre todo mientras ella tenga niños pequeños y se vea obligada a permanecer cerca de su hogar. Poner el nombre a un hijo varón es un detalle insignificante; las mujeres seguirán eligiendo el nombre de las hijas —explicó la Primera con tono lisonjero.

—En el clan, los Mog-ures ponían el nombre tanto a los niños como a las niñas —mencionó Ayla. Todo el mundo calló y la miró—. A mí me complació enormemente poner el nombre a mi hija. Lo viví con nerviosismo, pero me emocioné mucho, y me sentí muy importante.

—Creo que los hombres sentirán lo mismo —aseguró la Primera, agradeciendo el apoyo espontáneo de Ayla.

Los presentes reaccionaron con gestos y gruñidos de aprobación. Nadie planteó más objeciones, al menos de momento.

—¿Y qué decías del nombre de la relación? ¿Ya has pensado en uno? —preguntó la Zelandoni de la Vigésimo novena con un amago de recelo.

—He pensado que conviene meditar al respecto, a ver si se me ocurre una palabra apropiada para que los niños se dirijan a los hombres que participaron en el momento de darles la vida y los diferencien así de otros hombres. Quizá todos debiéramos pensar en ello —contestó La Que Era la Primera.

La Primera había pensado que debía ejercer presión en ese instante, mientras los zelandonia seguían perplejos y en desventaja respecto a ella, antes de que empezaran a pensar en las posibles consecuencias y presentaran verdaderas objeciones que ella no pudiera tomar por bravatas. No le cabía duda de que ese nuevo don del conocimiento de la Vida tendría repercusiones aún más profundas de las que siquiera podía imaginar. Lo cambiaría todo, y no sabía hasta qué punto le gustaban algunas de

las posibilidades muy reales que podían surgir.

La Zelandoni Que Era la Primera era una mujer observadora, sagaz e inteligente. No había tenido hijos, pero en su caso eso era una ventaja; así se había ahorrado las distracciones que invariablemente conllevaban los niños. Pero había perdido la cuenta del número de partos a los que había asistido y había ayudado a muchas mujeres que abortaban. Por consiguiente, la Primera conocía mejor las fases de desarrollo del feto nonato que cualquier madre.

Los doniers también desempeñaban un papel importante a la hora de ayudar a las mujeres a interrumpir un embarazo antes de tiempo. La etapa más precaria en la vida de un niño son los primeros dos años. Antes de esa edad muchos morían. Ni siquiera con la ayuda de compañeros, abuelas u otros miembros del clan familiar, las madres podían amamantar y atender a muchos pequeños simultáneamente si querían que sus hijos sobrevivieran.

Aunque el hecho de estar amamantando a un niño, ya de por sí, parecía impedir la llegada de otro, a veces se producían embarazos imprevistos y era necesario interrumpirlos para que los hijos ya nacidos sobrevivieran a esos primeros dos años. Lo mismo ocurría cuando una mujer estaba gravemente enferma, o cuando tenía hijos ya crecidos y ella era demasiado mayor, o había sufrido uno o más partos difíciles en el pasado, quedando casi a las puertas de la muerte, y otro embarazo podía privar de su madre a los hijos vivos. El índice de mortalidad infantil habría sido muy superior si no hubieran puesto en práctica los controles selectivos que tenían a su disposición. También podía haber otras razones para que una mujer no siguiera adelante con un embarazo.

Y si bien no se conocía la verdadera causa del embarazo, las mujeres advertían que estaban encinta bastante pronto. En tiempos remotos, una mujer —o muchas— descubrió cómo saber que un hijo crecía dentro de ella antes de que se le notara. Tal vez se dio cuenta de que no sangraba desde hacía demasiado tiempo y comprendió que esa podía ser una señal o, si había estado embarazada antes, reconoció ciertos síntomas. Ese conocimiento se transmitió de madres a hijas hasta que todas las mujeres lo aprendieron como parte de su iniciación a la edad adulta.

Al principio, cuando una mujer descubría que esperaba un hijo, tal vez intentaba recordar sus actos para identificar la posible causa. ¿Fue algo que comió? ¿Una determinada charca donde se bañó? ¿Un hombre en concreto con el que mantuvo relaciones? ¿Un río que cruzó? ¿Un árbol único a cuya sombra durmió?

Si una mujer deseaba tener un hijo, quizá volvía a llevar a cabo alguna de esas actividades o todas, llegando a convertirlas en un ritual. Pero tarde o temprano comprendería que, por mucho que lo repitiera, no necesariamente se quedaba embarazada. Entonces acaso se preguntara si no sería una combinación de acciones, o el orden con el que las realizaba, o la hora del día, o el momento del ciclo, o de la

estación, o del año. A lo mejor se debía sólo al firme propósito de tener un hijo, o al deseo combinado de muchas personas. O tal vez fueran agentes desconocidos, emanaciones de rocas, espíritus de otro mundo, o la Gran Madre, la Madre primera.

Si la mujer vivía en una sociedad que había desarrollado un conjunto de explicaciones aparentemente racionales, o incluso irracionales, pero que daban respuesta a preguntas que ella no podía resolver mediante sus propias observaciones, le sería fácil aceptarlas, ya que todos los demás las aceptaban.

Pero quizá alguien más observador empezaba a establecer conexiones y plantearse hipótesis próximas a la verdad. Debido a una serie de circunstancias concretas, Ayla había llegado a ciertas conclusiones, aunque para ello había tenido que vencer el fuerte impulso de creer en lo mismo que los demás y dejarse guiar por sus propias observaciones y razonamientos.

Incluso antes de hablar con Ayla, La Que Era la Primera sospechaba ya la verdadera causa de la concepción. La convicción de Ayla, así como sus explicaciones, era el último dato que necesitaba para estar segura, y pensaba desde hacía ya un tiempo que todos, las mujeres en particular, debían saber cómo se iniciaba una nueva vida.

El conocimiento era poder. Si una mujer sabía cuál era la causa de que un bebé empezara a crecer dentro de ella, podía adquirir control sobre su propia vida. Tendría elección, en lugar de simplemente descubrir que estaba embarazada, quisiera o no un hijo, fuera o no el momento oportuno para ella, se encontrara o no físicamente en condiciones, o tuviera o no suficientes hijos. Si la causa de un embarazo era el contacto con un hombre, no algo externo y que escapase al control de la mujer, esta podía decidir no tener un hijo negándose a compartir los placeres con un hombre. Naturalmente, no siempre sería fácil para una mujer decidir algo así, y la Zelandoni no sabía bien cómo reaccionarían los hombres.

Aunque casi con toda seguridad se producirían repercusiones desconocidas, tenía otra razón para desear que su gente supiera que los hijos eran el resultado de la unión entre un hombre y una mujer, siendo esta la razón más importante: era la verdad. Y los hombres también necesitaban saberlo. Durante demasiado tiempo se había considerado que el papel de los hombres en el proceso de procreación era accesorio. Era una cuestión de justicia elemental que los hombres supieran que desempeñaban una función esencial en la creación de la vida.

Y la Zelandoni creía que la gente ya estaba preparada para eso, más que preparada. Ayla ya había explicado a Jondalar su punto de vista al respecto, y él estaba casi convencido. Es más, quería creerlo. Era el momento idóneo. Si la propia Zelandoni lo había adivinado y si Ayla había sido capaz de deducirlo, los demás también podían aceptarlo. La Primera confiaba en que las consecuencias de la revelación no fueran excesivamente devastadoras, pero si los zelandonia no lo

comunicaban de inmediato, tarde o temprano otra persona lo descubriría.

En cuanto oyó a Ayla recitar la nueva estrofa del Canto a la Madre, la Zelandoni supo que había que dar a conocer la verdad cuanto antes. Pero, para que fuera aceptada, no debía divulgarse informalmente o de cualquier manera. Necesitaba causar un gran impacto. La Que Era la Primera era lo bastante inteligente para saber que casi todo lo que sucedía a los acólitos durante su «llamada» para servir a la Madre era producto de su propia mente. Algunos zelandonia de cierta edad veían ya con cinismo el proceso en general, pero el hecho era que siempre sucedía algo inexplicable fruto de fuerzas desconocidas o invisibles.

Esa era la prueba de la autenticidad de una llamada, y cuando Ayla contó su experiencia en la cueva, la Primera supo que nunca había oído relatar una llamada más genuina que esa, en particular por los últimos versos del Canto a la Madre. Pese a que Ayla poseía unas aptitudes lingüísticas y una retentiva asombrosas, y se había convertido en una narradora de relatos y leyendas hábil y cautivadora, nunca había manifestado la capacidad de componer versos, y según sus propias palabras, la estrofa había resonado en su cabeza, la había oído íntegramente. Si lo explicaba a los demás con la misma convicción, sería muy persuasiva.

Cuando la Primera consideró que todo estaba en marcha y ya no podía detenerse, anunció:

—Ya es tarde. Ha sido una reunión muy larga. Creo que debemos irnos y vernos otra vez mañana por la mañana.

—Le he prometido a Jonayla que hoy iría a montar con ella —explicaba Ayla—, pero la reunión se ha alargado mucho.

«No me extraña», pensó Proleva al ver las marcas negras en la frente de Ayla, pero se abstuvo de hacer comentarios al respecto y dijo:

—Jondalar la ha oído cuando ella me decía que tenía que salir a montar contigo y se preguntaba dónde te habías metido y por qué tardabas tanto. Dalanar ha intentado explicarle que estabas en una reunión muy importante, y que nadie sabía cuánto se alargaría, y entonces Jondalar se ha ofrecido a llevarla.

—Me alegro —dijo Ayla—. Me sabe mal decepcionarla. ¿Hace mucho que se han ido?

—Llevan casi toda la tarde fuera. Supongo que pronto volverán —contestó Proleva—. Dalanar me ha pedido que te recuerde que esta noche te esperan los lanzadonii.

—¡Es verdad! Me ha invitado cuando iba de camino a la reunión. Voy a cambiarme de ropa y a descansar un rato. Parece increíble que una pueda cansarse tanto sólo de estar sentada en una reunión. Cuando llegue Jonayla, ¿podrías decirle que vaya a verme?

—Por supuesto —dijo Proleva, y pensó: «Ha sido mucho más que una simple reunión, seguro»—. ¿Te apetece comer algo? ¿O tal vez tomar una infusión?

—Sí, bueno, sí, pero antes me gustaría asearme un poco. Me encantaría ir a darme un baño... pero quizá sea mejor esperar a más tarde. Me parece que primero iré a ver cómo está Whinney.

—Se la han llevado. Jondalar ha dicho que Whinney querría ir con los otros dos caballos, y no le vendría mal un paseo.

—Ha hecho bien. Whinney también debía de echar de menos a sus hijos.

Proleva observó a Ayla caminar hacia su alojamiento de verano. «Sí se la ve cansada», pensó, «y no es raro después de todo lo que le ha pasado: un aborto, y ahora verse convertida en nuestra Zelandoni... por no hablar ya de la llamada, sea cual sea el verdadero significado de eso».

Proleva había visto ya antes los efectos de acercarse demasiado al mundo de los espíritus. Todos lo habían visto. Como Proleva sabía, cada vez que alguien, por ejemplo, sufría una herida grave o, más aterrador aún, cuando padecía una enfermedad de una virulencia inexplicable, esa persona se acercaba al otro mundo. La idea de que alguien pudiera ponerse en contacto con ese mundo intencionadamente para poder servir a la Madre casi escapaba a su comprensión. La recorrió un ligero escalofrío. Se alegraba de no tener que pasar nunca por una experiencia tan angustiada. Si bien sabía que algún día todos tendrían que adentrarse en ese espantoso lugar, no sentía el menor deseo de unirse a los zelandonia.

«Además Jondalar y ella tienen problemas», pensó Proleva. «Él ha estado eludiéndola. Se va en dirección contraria nada más verla. Creo conocer la causa. Se siente avergonzado. Ayla lo pilló con Marona, y ahora no se atreve a enfrentarse a ella. Pero no es buen momento para que Jondalar la eluda. Ahora ella necesita la ayuda de todos, en especial la de él.

»Si él no quería que Ayla se enterara de lo de Marona, no debería haber vuelto con ella, por más que ella lo provocara de todas las maneras posibles. Él sabe lo que Ayla piensa de Marona. Podía haber encontrado a cualquier otra mujer, si es que necesitaba una. ¡Como si no pudiera elegir entre todas las mujeres del campamento! Y Marona se lo habría tenido bien merecido. Sus intenciones eran tan evidentes que incluso él tenía que haberse dado cuenta».

Por mucho cariño que Proleva le tuviera, había momentos en que el hermano menor de su compañero la exasperaba.

—¡Madre! ¡Madre! ¿Por fin has vuelto? Proleva me ha avisado que estabas aquí. Has dicho que hoy iríamos a montar, y yo te he esperado y esperado —dijo Jonayla.

El lobo, que entró dando brincos detrás de ella, igual de exaltado, intentaba también captar la atención de Ayla. Esta estrechó a la niña con fuerza; luego cogió al gran carnívoro por la cabeza e hizo ademán de frotarle la cara con la suya, pero, al

sentir el escozor de los cortes, se limitó a abrazarlo. Él le olisqueó la herida, pero ella lo apartó. Se acercó a su plato de comida, donde encontró un hueso que le había dejado Proleva, y se lo llevó a su lugar de descanso.

—Lo siento, Jonayla —dijo Ayla—. No sabía que la reunión con los zelandonia se alargaría tanto. Te prometo que iremos otro día, pero es posible que no sea mañana.

—Da igual, madre. Ya sé que los zelandonia siempre se alargan mucho en todo. Se pasaron un día entero enseñándonos canciones y danzas y cosas así, cómo teníamos que colocarnos y qué pasos debíamos dar. Además, al final he podido ir a montar. Me ha llevado Jondy.

—Ya me lo ha dicho Proleva. Me alegro. Sé lo mucho que querías ir —dijo Ayla.

—¿Eso te duele, madre? —preguntó Jonayla, señalándole la frente.

A Ayla le sorprendió un poco que su hija se hubiera fijado.

—No, ahora no. Al principio un poco, pero no demasiado. Esa marca tiene un significado especial...

—Ya lo sé —dijo la niña—. Significa que ya eres una zelandoni.

—Exacto, Jonayla.

—Jondy ha dicho que ya no tendrás que pasar tanto tiempo fuera cuando tengas la marca de zelandoni. ¿Eso es verdad, madre?

Ayla no se había dado cuenta de lo mucho que su hija la había echado de menos, y la invadió una profunda sensación de gratitud al pensar que Jondalar había estado allí para cuidar de ella y explicarle las cosas. Alargó los brazos para abrazar a la niña.

—Sí, es verdad. Ahora tendré que irme a veces, pero no tanto.

Tal vez Jondalar también la echaba de menos, pero ¿por qué había tenido que recurrir a Marona? Él aseguró a Ayla que la quería, incluso después de sorprenderlos ella juntos, pero si eso era verdad, ¿por qué ahora se mantenía alejado?

—¿Por qué lloras, madre? —preguntó la niña—. ¿Seguro que esa marca no te hace daño? Parece dolorosa.

—Es que me alegro mucho de verte, Jonayla —soltó a la niña, pero una sonrisa asomó a sus ojos empañados—. Por cierto, casi me olvidaba: esta noche vamos de visita al campamento de los lanzadonii y comeremos con ellos.

—¿Con Dalanar y Bokovan?

—Sí, y con Echozar y Joplaya, y con Jerika, y con todos los demás.

—¿Vendrá Jondy?

—No lo sé, pero no lo creo. Tenía que ir a otro sitio. —De pronto Ayla se volvió y, al ver el cesto de la ropa de Jonayla, empezó a hurgar en él. No quería que su hija la viera llorar otra vez—. Por la noche refrescará. ¿Quieres ponerte algo de abrigo?

—¿Puedo ponerme la túnica nueva que me hizo Folara?

—Me parece muy buena idea, Jonayla.

Capítulo 35

De lejos, a primera vista, Ayla creyó que era Jondalar quien, cargado con algo, se dirigía hacia ella por el camino principal apisonado que comunicaba los campamentos de varias cavernas amigas. Sintió un nudo en el estómago. La estatura, la forma del cuerpo, la manera de andar... todo ello le resultaba sumamente familiar. Pero en cuanto el hombre se acercó, vio que era Dalanar, con Bokovan en brazos.

Nada más verla, Dalanar reparó en las marcas negras claramente visibles en la sien de Ayla. Esta advirtió la cara de sorpresa de Dalanar, y enseguida sus esfuerzos por no fijar la mirada en su frente. Recordó entonces sus marcas. Como no se las veía, tendía a olvidarlas.

«¿Será por eso que Jondalar se comporta de manera tan extraña?», se preguntó Dalanar. Cuando invitó a Jondalar a comer con los lanzadonii, junto con Ayla y Jonayla, Dalanar advirtió con cierto asombro que Jondalar vacilaba y finalmente rehusaba el ofrecimiento. Según dijo, ya había prometido ir a otro sitio, pero se le veía pesaroso y abochornado. Fue como si buscara una excusa para no estar con ellas esa noche. Recordó sus propias razones para dejar a una mujer a la que amaba. «Pero creía que a Jondalar no le molestaba que ella fuera zelandoni», pensó el hombre de mayor edad. «Siempre me ha parecido muy orgulloso de sus habilidades como curandera, y a la vez contento de su propio oficio, trabajando el pedernal y formando aprendices.»

—¿Me dejas llevarte un rato en brazos, Bokovan? ¿Para que Dalanar descanse un poco? —preguntó Ayla, y tendió las manos con una sonrisa.

El pequeño vaciló y luego alargó los brazos hacia ella. Cuando Ayla lo cogió, recordó lo mucho que pesaba. Con Bokovan a cuestas, caminó junto a Dalanar, que llevó a Jonayla cogida de la mano de regreso a su campamento. Lobo los seguía.

El animal paseaba ya a sus anchas por el gran campamento lleno de gente, y nadie parecía especialmente alarmado por su presencia. Sin embargo, como Ayla había advertido, los zelandonii se divertían observando las reacciones de los visitantes o forasteros que no estaban acostumbrados a ver a un lobo mezclarse tan libremente entre las personas.

Cuando llegaron, Joplaya y Jerika se acercaron a saludarla, y Ayla reparó en la expresión de sorpresa de ambas y en su intento fallido de fingir que no veían las marcas en su frente. Aunque la hermosa joven de pelo oscuro a quien Jondalar llamaba prima aún presentaba cierto aire de melancolía, Ayla vio en sus ojos de intenso color verde una cálida sonrisa de afecto cuando cogió a su hijo. Joplaya parecía más relajada, más conforme con su vida, y dio la impresión de que se alegraba sinceramente de ver a Ayla.

Jerika también la saludó con cariño.

—Permíteme llevarme a Bokovan —dijo, y lo cogió de los brazos de su madre—. Le he preparado la comida. Ayla y tú podéis conversar tranquilas.

Ayla habló directamente al niño.

—Me alegro de haberte conocido, Bokovan. ¿Vendrás a visitarme algún día? Soy de la Novena Caverna, ¿sabes dónde está?

Él la miró por un momento y luego, muy serio, contestó:

—Sí.

Ayla no pudo evitar observar las similitudes y las diferencias entre Jerika, Joplaya y Bokovan antes de que se lo llevara su abuela. La mujer de mayor edad era robusta y de baja estatura, con movimientos rápidos y enérgicos. Su pelo, en su día oscuro como el cielo nocturno, ahora presentaba las vetas grises del ocaso. En su rostro redondo y chato, de pómulos prominentes, se advertían ahora más arrugas, pero sus ojos negros y rasgados conservaban el brillo del encanto y el ingenio.

Ayla se acordó de Hochaman, el que había sido compañero de la madre de Jerika. Era muy viajero, y su compañera había decidido ir con él. Jerika había nacido por el camino. Ayla recordó que Dalanar le había contado al visitante s'armunai con mucho orgullo el largo viaje de Hochaman desde los Mares Infinitos del Este hasta las Grandes Aguas del Oeste. Pensó que aunque la historia real era excepcional en sí misma, era uno de esos episodios que se contaban una y otra vez, probablemente agrandándose en cada ocasión hasta convertirse en leyenda o mito, y al final no tenían nada que ver con la historia original.

Dalanar conoció a Jerika poco después de descubrir su mina de pedernal, y al principio esa mujer exótica lo intrigó y cautivó. Cuando Hochaman y Jerika llegaron al campamento, ya se habían agrupado varias personas en torno a Dalanar y su mina de pedernal, iniciando el núcleo de la caverna que más tarde recibiría el nombre de lanzadonii. La madre de Jerika había muerto muchos años antes. Padre e hija tenían un aspecto tan peculiar que era evidente que venían de muy lejos. Dalanar nunca había visto a nadie como Jerika. Era menuda en comparación con la mayoría de las mujeres, pero inteligente y resuelta, y él se quedó fascinado por la singular joven. Había sido necesaria una mujer tan poco común para permitirle finalmente superar su gran amor por Marthona.

Joplaya nació en el hogar de Dalanar. Ayla sabía ahora que lo que creía desde hacía tiempo era verdad: Joplaya era hija de Dalanar tanto como de Jerika. Pero Jondalar no se fue a vivir con los lanzadonii hasta que Joplaya y él estuvieron ya en la adolescencia. No se criaron como hermanos, y Joplaya se enamoró perdidamente de Jondalar, pese a ser «primo cercano», un hombre con el que no podía emparejarse.

«Joplaya es tan hermana de él como Folara», pensó Ayla, intentando elucidar las implicaciones de los nuevos lazos de parentesco. «Jondalar y Folara son ambos hijos de Marthona, y Jondalar y Joplaya son ambos hijos de Dalanar. Se ven sus rasgos en

los dos.»

Jondalar era una réplica de Dalanar en joven, mientras que en Joplaya se adivinaba la influencia de su madre, pero era alta como Dalanar y la aportación de este se observaba también más sutilmente en otros rasgos. Tenía el pelo oscuro, pero con reflejos de un tono más claro, sin el brillo puro que en su día presentaba el cabello de su madre. Por la forma, su rostro se parecía al de la gente de Dalanar, pero tenía los pómulos prominentes de su madre. Sin embargo, su rasgo más llamativo eran los ojos, ni negros como los de su madre, ni muy azules como los de Dalanar (y los de Jondalar). Los ojos de Joplaya eran de un vivo color verde con cierto matiz avellana, oblicuos y con pliegue epicanto como los de su madre, pero no de una manera tan pronunciada. Jerika era obviamente extranjera, pero en muchos sentidos Joplaya resultaba más exótica que su madre por sus similitudes.

Joplaya decidió emparejarse con Echozar porque sabía que nunca podría tener al hombre a quien amaba. Según explicó una vez a Ayla, lo eligió a él convencida de que nunca encontraría a un hombre que la quisiera más, y tenía razón. Echozar era un «espíritu mixto»: su madre había sido del clan, y en opinión de muchos era tan feo como guapa era Joplaya. Pero Ayla no compartía esa opinión. Estaba segura de que Echozar tenía el mismo aspecto físico que tendría su hijo cuando se hiciera mayor.

Bokovan presentaba todos los rasgos de su peculiar herencia. Ya se adivinaba la fuerza física del clan, aportada por Echozar, junto con la estatura de su madre, y de Dalanar. Tenía los ojos un poco rasgados y oscuros, casi tan oscuros como los de Jerika, pero no del todo negros. Un asomo de un tono más claro o cierto destello les confería una viveza que Ayla nunca había visto en unos ojos tan oscuros. No sólo eran poco corrientes; eran cautivadores. Percibió algo especial en Bokovan y deseó que los lanzadonii vivieran más cerca; le habría encantado verlo crecer.

Era sólo un poco menor que su hijo la última vez que lo vio, y le recordaba tanto a Durc que casi le dolía. Ayla se preguntó cómo funcionaría su mente. ¿Tendría en cierta medida los recuerdos del clan junto con la capacidad de crear arte y de expresarse con palabras, como la gente de Dalanar y Jerika? A menudo se había preguntado lo mismo acerca de su hijo.

—Bokovan es un niño muy especial, Joplaya —dijo Ayla—. Cuando sea un poco mayor, me gustaría que te plantees enviarlo a la Novena Caverna para que pase un tiempo conmigo.

—¿Por qué? —preguntó Joplaya.

—En parte porque es posible que tenga unas cualidades únicas que podrían llevarlo a la zelandonia, y a ti tal vez te gustaría saberlo, pero sobre todo porque me encantaría conocerlo mejor —contestó Ayla.

Joplaya sonrió y calló por un momento.

—¿Tú estarías dispuesta a enviar a Jonayla a la caverna de los lanzadonii para

que pase un tiempo conmigo?

—Nunca lo había pensado —respondió Ayla—, pero podría ser una buena idea... dentro de unos años... si ella está dispuesta a ir. ¿Por qué quieres que vaya?

—Nunca tendré una niña. Nunca tendré otro hijo. El parto de Bokovan fue demasiado difícil para mí —explicó Joplaya.

Ayla recordó las dificultades que tuvo ella misma al dar a luz a Durc, su hijo nacido en el clan, y había oído hablar de los problemas de Joplaya.

—¿Estás segura, Joplaya? Un parto difícil no significa que todos vayan a ser iguales.

—Nuestra donier dice que, a su juicio, no debo intentarlo. Teme por mi vida. Con Bokovan estuve muy cerca de la muerte. Estoy tomando la medicina que diste a los zelandonia, y mi madre se asegura de que la tomo. Yo lo hago por complacerla, pero creo que si no la tomara, daría igual. Me temo que ya no puedo quedarme embarazada. Contra la voluntad de mi madre, dejé de tomarla durante un tiempo porque quería otro hijo, pero Doni decidió no bendecirme —explicó Joplaya.

Ayla no quería entrometerse, pero como Zelandoni le pareció que debía preguntarlo, sobre todo en ese momento:

—¿Honras a la Madre con frecuencia? Es importante, si quieres que te bendiga, que La honres debidamente.

Joplaya sonrió.

—Echozar es un hombre dulce y cariñoso. Puede que no sea el que yo quería, Ayla... —Se interrumpió, y por un momento una sombra de desolación oscureció su semblante. Por distintos motivos, el rostro de Ayla también se ensombreció—. Pero tenía razón cuando dije que nadie me querría más que Echozar, y ahora siento verdadero afecto por él. Al principio, apenas se atrevía a tocarme, por miedo a hacerme daño, y porque, pienso, no podía acabar de creerse que tuviera derecho a ello. Ahora eso ya lo hemos superado, aunque a veces sigue mostrándose tan agradecido que tengo que tomármelo a broma para que deje de actuar así. A estas alturas incluso empieza a reírse de sí mismo. Creo que honramos a Doni debidamente.

Ayla se quedó pensando por un momento. Cabía la posibilidad de que el problema no lo tuviera Joplaya, sino Echozar. Él era medio del clan, y podía existir alguna razón por la que un hombre del clan, incluso si era sólo en parte del clan, tuviera dificultades para engendrar un hijo en una mujer de los Otros. Un solo hijo podía haber sido simple cuestión de suerte, aunque quizá algunos lo calificaran de abominación más que de suerte. Ayla no sabía con qué frecuencia alguien del clan se emparejaba con uno de los Otros, ni cuántos hijos sobrevivían, o a cuántos se permitía vivir.

Todo el mundo había oído hablar de las personas de espíritus mixtos, pero Ayla

no había visto a muchas. Pensó en ello más detenidamente: estaban su hijo, Durc y Ura, de la Reunión del Clan. Rydag, del Campamento del León mamutoi. Era muy posible que Attaroa y otros entre los s'armunai tuvieran algo del clan. Echozar era medio del clan, y también estaba Bokovan, por supuesto. Probablemente la madre de Brukeval era medio del clan, lo que explicaba su físico característico.

Se planteó preguntar si entre los lanzadonii se honraba adecuadamente a la Madre en las ceremonias y festividades. Aún constituían un grupo reducido, si bien empezaba a hablarse, como Ayla sabía, del posible emplazamiento de una segunda caverna en un futuro no muy lejano. Pensó que tal vez fuera mejor hablar primero con su Zelandoni. Al fin y al cabo, ella pertenecía a la zelandonia y debía tratar de esos asuntos con otro zelandoni. «Tal vez deba consultar antes con la Primera. Puede que ella se haya formado ya alguna idea al respecto», pensó Ayla.

En ese momento llegó al campamento Echozar y cambiaron de tema. Se alegró de la oportunidad de dejar de ejercer de zelandoni y ser sólo una amiga. Él la saludó con una amplia sonrisa, cosa que aún sorprendía un poco a Ayla en un rostro tan característico del clan. En el clan en el que ella se crio, una expresión en la que se enseñaban los dientes tenía un significado distinto.

—¡Ayla! ¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó Echozar cuando se abrazaron. También él había reparado en la marca reciente en la sien de Ayla, y aunque entendía su significado, a él lo había adoptado la gente de Dalanar, y no le afectaba de la misma manera. Sabía que Ayla era acólita y daba ya por hecho que sería zelandoni algún día. Podía haber dicho algo, pero como había oído comentarios de sobra acerca de su propio físico, era reacio a mencionar nada acerca del aspecto de otra persona.

—Y aquí está el lobo —dijo, sintiendo una levísima aprensión cuando Lobo lo olisqueó. Los lanzadonii no estaban tan familiarizados con el animal, y aunque Echozar se acordaba de él, necesitaba tiempo para acostumbrarse a la idea de ver a un lobo moverse con entera libertad entre la gente—. Me han dicho que estaba aquí, y por eso he sabido que habías llegado. Temía no verte después de haber hecho el viaje. Algunos incluso nos planteábamos ir a visitarte a la Novena Caverna antes de irnos. Tus parientes mamutoi y su amigo s'armunai irán con toda seguridad, y unos cuantos lanzadonii pensábamos acompañarlos —explicó Echozar.

Ayla lo vio mucho más seguro de sí mismo y relajado, y no le cupo duda de que Dalanar tenía razón al afirmar que a Echozar le había sido de gran ayuda sentirse tan bien aceptado por Danug y Druwez y... ¿cómo se llamaba? ¿Aldanor? También estaba segura de que Jondalar lo había recibido bien, así como sus parientes y amigos íntimos. Sin duda Jondalar había sabido brindar una buena acogida a Echozar... por más que a ella no le hubiera dirigido ni una palabra de bienvenida. Desde su llegada, Ayla sólo lo había visto una vez: desnudo con Marona en el bosquecillo. Tuvo que apartar la mirada para vencer el repentino nudo en la garganta y el escozor de las

inminentes lágrimas, sensaciones que ahora parecían asaltarla en los momentos más inesperados. Dijo que se le había metido algo en el ojo.

—Que yo haya venido a la Reunión de Verano no significa que no podáis ir de todos modos a la Novena Caverna —dijo Ayla al cabo de un momento—. No se encuentra lejos de aquí, y estando tan cerca como estáis, bien podéis ir igualmente. Creo que a Dalanar y Joplaya les interesaría ver cómo ha organizado Jondalar el adiestramiento de sus aprendices en la talla de pedernal. Ahora tiene seis —explicó Ayla, hablando casi con absoluta normalidad. A fin de cuentas, era imposible no mencionar a Jondalar en presencia de Dalanar y Joplaya—. Y me encantaría ver un poco más a Bokovan, y también a vosotros, claro está.

—Creo que esa criatura tiene conquistada por completo a Ayla —comentó Dalanar.

Todos sonrieron con benevolencia.

—De mayor será un hombre grande —señaló Echozar—. Y quiero enseñarle a cazar bien.

Ayla le sonrió. Por un momento, vio a Echozar como un hombre del clan, orgulloso del hijo de su hogar.

—Es posible que de mayor acabe siendo algo más que un hombre grande, Echozar. Creo que es un niño muy especial.

—¿Dónde está Jondalar? —preguntó Echozar—. ¿No tenía que venir a compartir la comida con nosotros esta noche?

—Me he cruzado con él cuando se llevaba a Jonayla a pasear con los caballos esta tarde. Ha dicho que no podía venir —respondió Dalanar con tono de decepción.

—Tenía que sacar yo a Jonayla, pero la reunión de la zelandonia ha durado más de lo previsto —explicó Ayla. Todos le miraron la frente.

—¿Ha dicho por qué no podía venir? —preguntó Echozar.

—No sé, al parecer tenía otros planes, ya se había comprometido por otro lado antes de que llegara Ayla.

Ayla sintió que se le encogía el estómago y pensó: «Ya me imagino qué clase de compromiso es ese».

Ya casi era de noche cuando Ayla insistió en que era hora de marcharse. Echozar, con una tea en alto, los acompañó a ella, Jonayla y Lobo.

—Se te ve feliz, Echozar —comentó Ayla.

—Soy feliz, aunque todavía me cuesta creer que Joplaya sea mi compañera. A veces me despierto por la noche y me quedo mirándola a la luz del fuego. Es muy hermosa, y una mujer extraordinaria, buena y comprensiva. Me siento tan afortunado que a veces me pregunto si realmente la merezco.

—Ella también es afortunada, te lo aseguro. Ojalá viviéramos más cerca.

—¿Para que pudieras ver más a Bokovan? —preguntó él.

Ayla vio el brillo de sus dientes cuando sonrió.

—Es verdad que me gustaría ver más a Bokovan —contestó—, pero también a ti y a Joplaya, y a todos los demás.

—¿No te has planteado venir con nosotros y quedarte todo el invierno? —preguntó Echozar—. Dalanar dice que Jondalar y tú siempre seréis bien recibidos.

Ayla, arrugando la frente, fijó la mirada en la oscuridad. «Sí, claro, Jondalar», pensó.

—No creo que Jondalar quiera dejar a sus aprendices. Tiene compromisos, y el invierno es la época ideal para dedicarse al perfeccionamiento de las técnicas —dijo.

Echozar permaneció en silencio por un momento.

—Supongo, claro, que no querrás dejar a Jondalar solo toda una estación y venir tú con Jonayla y tus animales —sugirió—. Pese a lo mucho que quiere a Bokovan, sé que a Joplaya le encantaría tener a esta niña cerca. Bokovan y ella han pasado mucho tiempo juntos en el campamento de Levela, y Joplaya ha llegado a conocerla muy bien.

—No... no sé... Nunca me lo he planteado. He estado tan ocupada con el adiestramiento para la zelandonia... —contestó, y luego se volvió para ver dónde estaba su hija, que venía rezagándose. «Debe de haberse distraído con algo que ha encontrado por el camino», pensó Ayla.

—Nosotros nunca nos opondríamos a tener otra donier —aseguró Echozar.

Ayla le sonrió y se detuvo.

—Jonayla, ¿por qué te quedas tan atrás?

—Estoy cansada, madre —gimoteó Jonayla—. ¿Puedes llevarme en brazos?

Ayla se detuvo para coger a su hija y se la apoyó en la cadera. Le complació sentir los brazos de la niña alrededor del cuello. Había añorado a Jonayla, y estrechó su cuerpo menudo.

Siguieron adelante, ahora en silencio, y de pronto oyeron un vocerío estridente. Al frente, detrás de un espeso matorral, vislumbraron la luz de una fogata. A través de los arbustos, Ayla vio a varios hombres sentados alrededor del fuego. Era obvio que se entretenían con un juego de azar mientras bebían algo de unos odres minúsculos, confeccionados con los estómagos casi impermeables de animales pequeños. Conocía a varios de ellos; unos cuantos pertenecían a la Novena Caverna, pero había también de otras cavernas.

Allí estaba Laramar, quien, como todos sabían, era capaz de preparar una potente bebida alcohólica con cualquier cosa fermentable. Sus bebidas, aunque no tan refinadas como el vino de Marthona, no estaban mal. Laramar no hacía mucho más que eso, y había perfeccionado la actividad que finalmente podía considerarse su «oficio», pero siempre preparaba el brebaje en grandes cantidades, y eran muchos los

que bebían en exceso con regularidad, cosa que causaba problemas. Por lo demás, el único mérito que podía atribuírsele era un hogar lleno de niños mal atendidos y una compañera negligente que consumía su bebida en abundancia. Ayla y el resto de la caverna se ocupaban más de los niños que los propios Laramar y Tremeda.

Ahora la hija mayor se había emparejado con Lanidar y tenía su propio bebé; aun así, la joven pareja había adoptado a todos los hermanos pequeños de ella. Su hermano mayor, Bologan, también vivía con ellos y contribuía a la manutención de los niños. Asimismo había participado en la construcción de su nueva vivienda, junto con Jondalar y otros varios. Su madre, Tremeda, y Laramar vivían con ellos de vez en cuando, en las ocasiones en que decidían ir a un sitio al que llamar hogar, y los dos se comportaban como si fueran los dueños de aquello.

Además de Laramar, advirtió Ayla, había un hombre con las marcas características de un zelandoni en la frente. Cuando este sonrió, Ayla reparó en sus dientes mellados y, frunciendo el entrecejo, supo que era Madroman. ¿Ya lo habían aceptado en la zelandonia y tatuado? Lo dudaba. Miró con mayor atención y vio emborronado un extremo del «tatuaje». Debía de habérselo pintado él mismo, empleando los colores que algunos usaban para adornarse temporalmente el rostro en las ocasiones especiales, pero nunca había visto a nadie dibujarse las marcas de un zelandoni.

Al verlo, se acordó del morral que había encontrado en la cueva y entregado a la Primera. Aunque Madroman siempre sonreía a Ayla e intentaba entablar conversación, ella nunca se había sentido a gusto con él. Le causaba un malestar extraño que la inducía a representarse el aspecto del pelo de un caballo al acariciarlo en dirección contraria a la raíz: era como si él le frotara en la dirección que no debía.

Vio a varios jóvenes, que charlaban y reían ruidosamente, pero había hombres de todas las edades. Por lo que sabía de aquellos a quienes reconoció, ninguno era de mucho provecho. Algunos no tenían muchas luces, o se dejaban manipular. Uno en particular se pasaba casi todo el tiempo bebiendo el brebaje de Laramar, y volvía a casa cada noche tambaleándose, eso cuando no lo encontraban en algún lugar perdido, totalmente inconsciente, apestando a bebida y vómito. A otro se le conocía por su brutalidad gratuita, que ejercía en especial con su compañera y sus hijos, y los zelandonia habían estudiado la manera de intervenir en el momento en que su compañera solicitara ayuda.

De pronto Ayla alcanzó a ver a Brukeval casi oculto entre las sombras, un poco apartado de los demás; sentado de espaldas a un tocón alto y un tanto puntiagudo, echaba un trago de uno de los odres. A Ayla todavía le preocupaba su mal genio, pero era primo de Jondalar y siempre había sido amable con ella. Detestó verlo en compañía de gente tan desagradable.

Cuando estaba a punto de alejarse, oyó un gruñido gutural de Lobo. A sus

espaldas, alguien dijo en voz alta:

—Vaya, vaya, mirad quién está aquí. La amante de los animales, junto con dos animales.

Ayla, sorprendida, se volvió de inmediato. «Dos animales», pensó, «pero si sólo me acompaña Lobo...». Tardó un momento en caer en la cuenta de que ese hombre había llamado animal a Echozar. Sintió que le invadía la ira.

—El único animal que veo por aquí es un lobo... ¿O acaso pensabas en ti mismo? —replicó.

Unos cuantos hombres oyeron el intercambio y se echaron a reír a carcajadas. El hombre arrugó el entrecejo.

—No he dicho que yo fuera un animal —aclaró.

—Más vale. Porque yo a ti no te pondría en la misma categoría que a Lobo: no estás a su altura —dijo Ayla.

Algunos de los otros hombres apartaron los arbustos para averiguar qué ocurría. Vieron a Ayla con su hija apoyada en la cadera y una pierna plantada ante el lobo para retenerlo; junto a ella estaba Echozar, sosteniendo una antorcha.

—Se ha acercado a escondidas para espiarnos —dijo el hombre, poniéndose a la defensiva.

—Venía por el camino principal y sólo me he detenido a ver quién armaba tanto alboroto —explicó Ayla.

—¿Quién es esa mujer? ¿Y por qué habla de esa manera tan extraña? —preguntó un joven a quien Ayla no conocía. Luego, sorprendido, añadió—: ¡Eso es un lobo!

Ayla, al igual que todos aquellos que la conocían, casi se había olvidado de su «acento», pero a veces un forastero se lo volvía a recordar. Por los dibujos en el jubón de aquel hombre y el diseño de su collar, Ayla dedujo que pertenecía a una caverna situada junto a otro río más al norte, un grupo que raras veces asistía a su Reunión de Verano. Debía de haber llegado hacía poco tiempo.

—Es Ayla de la Novena Caverna, la mujer que trajo Jondalar de su viaje —contestó Madroman.

—Y es una zelandoni capaz de controlar a los animales —añadió otro hombre.

Ayla creyó reconocerlo: pertenecía a la Caverna Decimocuarta, vecina de la Novena.

—No es zelandoni —dijo Madroman con cierta condescendencia—. Es acólita, todavía está adiestrándose.

«Obviamente no me ha visto el tatuaje», pensó Ayla.

—Pero cuando llegó, ya controlaba a ese lobo y a un par de caballos —explicó el hombre de la Decimocuarta.

—Ya os he dicho que era amante de los animales —dijo el primer hombre con una mueca burlona, mirando a Echozar de manera elocuente.

Echozar le devolvió la mirada y se acercó a Ayla con actitud protectora. Era un grupo numeroso de hombres, y habían estado bebiendo el brebaje de Laramar. Era sabido que aquella sustancia sacaba lo peor que había en la gente.

—¿Te refieres a los caballos de la caverna acampada río arriba? —preguntó el desconocido—. Eso fue lo primero que me llevaron a ver cuando llegué aquí. ¿Los controla ella? Pensaba que obedecían a aquel hombre y la niña.

—Gris es mi caballo —intervino Jonayla.

—Son todos del mismo hogar —explicó Brukeval, acercándose al resplandor del fuego.

Ayla miró alternativamente a Brukeval y Echozar, y enseguida se fijó una vez más en el parecido entre ambos. Brukeval era a todas luces una versión modificada de Echozar, aunque ninguno de los dos pertenecía al clan al ciento por ciento.

—En mi opinión, deberíais permitir a Ayla proseguir su camino —continuó Brukeval—. Y sería buena idea celebrar en adelante nuestras fiestas en sitios un poco apartados del camino principal.

—Sí, sería una buena idea —coincidió otra voz que surgió de pronto. Joharran, acompañado de otros hombres, se acercó a la luz de la antorcha que sostenía Echozar. Varios de ellos llevaban teas apagadas, que encendieron de inmediato con la de Echozar, mostrando cuántos eran—. Os hemos oído y hemos venido a ver qué pasaba. Hay sitios de sobra para beber y celebrar fiestas, Laramar. No hace falta que molestéis a la gente que recorre los caminos principales entre los campamentos. Tal vez debáis trasladar vuestra fiesta a otro sitio ahora. No queremos que los niños tropiecen con vosotros por la mañana.

—¡Ese hombre no es quién para decirnos adónde tenemos que ir! —exclamó alguien, arrastrando las palabras.

—Es verdad, no tiene ningún derecho —secundó el primero en ver a Ayla.

—Está bien —dijo Laramar, y empezó a recoger los pequeños odres aún sin abrir y los guardó de nuevo en un morral—. Prefiero buscar otro lugar donde no nos molesten.

Brukeval lo ayudó. Alzó la vista hacia Ayla y sus miradas se cruzaron. Ella le sonrió agradecida por ponerse de su lado y sugerir que se fueran a otro sitio. Él le devolvió la sonrisa, alargándola con una expresión que desconcertó a Ayla; luego frunció el entrecejo y miró en otra dirección. Ayla dejó a Jonayla en el suelo y se arrodilló para refrenar a Lobo mientras los hombres se iban.

—Echozar, pensaba acercarme al campamento de los lanzadonii para hablar con Dalanar —dijo Joharran—. ¿Por qué no vuelves conmigo? Ayla puede seguir con Solaban y los demás.

Ayla se preguntó qué sería tan importante como para que Joharran tuviera que hablar con Dalanar a esas horas en lugar de esperar a la mañana siguiente.

Obviamente de noche no iban a ir a ningún sitio. En ese momento vio a unos cuantos de los hombres que habían estado sentados en torno a la fogata salir de detrás de un arbusto y marcharse en la misma dirección que los otros, volviendo la cabeza para ver alejarse a Echozar, Joharran y un par de hombres más. Arrugó la frente con un gesto de preocupación. Allí pasaba algo raro.

—Nunca había visto actuar así a los zelandonia —dijo Joharran—. ¿Has oído algo de esa ceremonia especial que, según cuentan, están planeando? Ayla lleva ya la marca, pero todavía no lo han anunciado. Suelen hacerlo de inmediato. ¿Ella te ha comentado algo?

—Ha estado tan ocupada con la zelandonia que apenas la he visto —respondió Jondalar, cosa que no era del todo cierta. Apenas la había visto, pero no por lo ocupada que estaba. Era él quien se mantenía a distancia, y su hermano lo sabía.

—Pues, según parece, planean algo a lo grande. La Zelandoni estuvo hablando mucho rato con Proleva, que me contó que los zelandonia quieren organizar una celebración por todo lo alto. Incluso han hablado con Laramar para que suministre su brebaje en el banquete. Estamos reuniendo una partida para una cacería que probablemente durará un día o dos. ¿Quieres venir? —preguntó Joharran.

—Sí —contestó Jondalar casi demasiado pronto, y su hermano le dirigió una mirada interrogativa—. Con mucho gusto.

Si Jondalar hubiese tenido la mente clara, quizá hubiera recordado las palabras de Ayla cuando se vieron días atrás, pero desde el incidente no podía pensar en nada salvo en que Ayla lo había sorprendido con Marona. En esas circunstancias, no se sentía capaz de acostarse entre las pieles de dormir a su lado. Ni siquiera sabía si ella se lo permitiría. Estaba seguro de que la había perdido, pero temía confirmarlo.

Pensaba que tenía ya una excusa verosímil para no volver al campamento una noche más, cuando Proleva le preguntó al respecto. De hecho venía durmiendo a corta distancia del cercado de los caballos, empleando a modo de lecho las mantas de montar y el cobertor del suelo que habían usado Marona y él al ir a bañarse, pero dudaba de que pudiera seguir durmiendo fuera sin despertar la curiosidad de todo el campamento. Irse con una partida de caza resolvería el problema durante un día o dos. No quería siquiera pensar en lo que ocurriría después.

Aunque Ayla intentaba comportarse como si no pasara nada, y aunque Jondalar creía que nadie se daba cuenta de que procuraba eludirla, en realidad el campamento entero se había percatado ya de que sucedía algo entre la pareja, y muchos adivinaban de qué se trataba. Los devaneos clandestinos de Jondalar con Marona no eran tan secretos como él pensaba. Para la mayoría de la gente él había actuado con la discreción debida y nadie daba importancia a la aventura. Pero la noticia de que la pareja otrora feliz ni siquiera había compartido la misma cama desde la llegada de

Ayla, pese a que Marona se había trasladado a otro campamento, había corrido como el agua.

Era la clase de chismorreos sobre el cual la gente especulaba con fruición. El hecho de que Ayla llevase ya la marca de zelandoni sin haberse anunciado de inmediato y de que hubiese planes para una ceremonia importante aún añadía más leña al fuego. La gente suponía que el acontecimiento guardaba relación con la Zelandoni más reciente, pero al parecer nadie sabía nada con certeza. Por lo general, uno u otro zelandoni se dejaba sonsacar algún dato si alguien lo interrogaba con mucho interés, pero esta vez nadie soltaba prenda. Algunos decían que ni siquiera los acólitos conocían la verdadera razón de la gran fiesta, aunque fingían saberlo.

Jondalar apenas se daba cuenta de que se planeaba una celebración, y le trajo sin cuidado hasta que Joharran lo invitó a unirse a la partida de caza. Y aun entonces no fue más que una excusa para alejarse durante un tiempo. Se había encontrado con Marona alguna que otra vez. Cuando esta oyó los rumores acerca del distanciamiento entre Ayla y Jondalar, salió en su busca, pero él había perdido todo interés en ella. Cuando Marona le habló, Jondalar respondió con poco más que una cortés frialdad. Pero no fue ella la única que intentó averiguar la magnitud de la ruptura. Brukeval también se presentó en el campamento de la Novena Caverna.

Aunque Brukeval había viajado a la Reunión de Verano con la Novena Caverna, se había trasladado hacía tiempo a los alojamientos de verano reservados a los hombres, los «alojamientos alejados», construidos en torno a la periferia del campamento de la Reunión de Verano. En algunos se instalaban jóvenes recién elevados al rango de adultos; en otros, hombres mayores que no se habían emparejado aún o estaban entre una pareja y otra, o bien hombres que deseaban separarse de sus compañeras. Brukeval nunca se había emparejado. Por temor a que lo rechazaran, no se lo había pedido a nadie. Además, ninguna de las mujeres disponibles le había despertado interés. Como no tenía familia cercana ni hijos, se sentía desplazado en el campamento principal e incluso en las zonas más frecuentadas de la Novena Caverna. Con el paso de los años, al emparejarse la mayoría de los hombres de su edad, eludió cada vez más a sus allegados y las actividades cotidianas, e irremediamente acabó en compañía de los holgazanes que seguían a Laramar para tomar el brebaje que este preparaba, bebiéndolo también él a menudo en busca del olvido que inducía.

Brukeval había probado unos cuantos alojamientos de hombres en la Reunión de Verano, hasta que al final se quedó en el que albergaba a muchos de sus conocidos de la Novena Caverna que deseaban disfrutar de acceso fácil al brebaje de Laramar. El propio Laramar dormía allí casi todas las noches en lugar de volver a la tienda de su compañera y sus hijos. Últimamente los hijos no lo recibían muy bien, en particular desde que Lanoga estaba emparejada con el chico del brazo débil. Se había

convertido en una muchacha bonita, pensaba Laramar, lo suficiente para conseguir a un hombre mejor que ese chico, aunque se decía que era buen cazador. Madroman también elegía a menudo ese alojamiento de hombres, en lugar de la gran vivienda de los condescendientes zelandonia, donde seguía siendo sólo un acólito pese a haber pregonado a los cuatro vientos que había recibido la llamada.

A Brukeval no le inspiraban mucha simpatía los hombres con quienes había elegido acomodarse, un hatajo de holgazanes que no tenían gran cosa que ofrecer y merecían poco respeto. Sabía que era más listo y más apto que la mayoría de ellos. Estaba emparentado con familias de las que solían proceder los jefes y se había criado entre gente responsable, inteligente y a menudo dotada de talento. Los hombres con quienes compartía el alojamiento alejado eran en esencia perezosos, lerdos o con poca fuerza de voluntad, sin generosidad de espíritu o corazón, ni cualidades que compensaran sus defectos.

Por consiguiente, en un intento por reforzar su propia autoestima y dar rienda suelta a sus frustraciones, se alimentaban mutuamente la vanidad y el engreimiento mediante un desprecio jactancioso hacia quienes consideraban inferiores, en particular, aquellos animales sucios y estúpidos llamados cabezas chatas. Decían que si bien no eran humanos, podían llegar a ser muy taimados. Como los cabezas chatas guardaban cierto parecido con las personas de verdad, a veces tenían la astucia suficiente para confundir a los espíritus que dejaban embarazadas a las mujeres, con lo que estas traían al mundo abominaciones, y eso era intolerable. Por sus propias razones, lo único que Brukeval tenía en común con los hombres con quienes compartía el espacio de vivienda era un odio profundo y arraigado a los cabezas chatas.

Algunos de los hombres eran brutales, y al principio intentaron acosarlo y mofarse de él porque su madre era cabeza chata, pero después de que Brukeval hiciera un par de demostraciones de su ira irracional y su fuerza imponente, nadie se atrevió a volver a molestarlo, y la mayoría acabó tratándolo con más respeto que a cualquier otro hombre en el alojamiento alejado. Además, tenía cierta influencia sobre los jefes de las cavernas porque conocía a muchos de ellos, y había intercedido por algún que otro hombre que se había metido en líos más serios que los de costumbre. Muchos habían empezado a considerarlo una especie de jefe. También lo veían así algunas de las cavernas. Pensaban que con su influencia podía imponer cierta contención, y ya demediado el verano, si alguno de los hombres que vivía allí resultaba especialmente conflictivo, era Brukeval la persona a quien acudían.

Cuando apareció en el campamento principal de la Novena Caverna, en apariencia para compartir una comida del mediodía y visitar a los miembros de su caverna, la gente no pudo por menos de hacer especulaciones. Ayla se había marchado temprano. Estaba muy abstraída en las actividades de la zelandonia, y antes

había ido a dejar a Jonayla con Levela para que cuidara de ella. De hecho, no quedaba allí casi ninguna mujer. Con sus habituales dotes organizativas, Proleva había reclutado a cuantas encontró disponibles, asignando tareas a unas y delegando responsabilidades en otras, para iniciar los preparativos del gran banquete al que asistirían todos los presentes en la Reunión de Verano. Las únicas mujeres en el campamento eran las que participarían en la cacería.

Proleva había dejado preparada la comida del mediodía para los cazadores, que habían empezado a reunirse en el campamento de la Novena Caverna. La partida de caza tendría que arreglárselas por su cuenta mientras estuviese fuera. La mayoría de ellos llevaba comida desecada junto con su equipamiento, sus tiendas y sus pieles de dormir, aunque contaban con alimentarse sobre todo de carne fresca y frutos recién recolectados.

Como Brukeval estaba allí, y se sabía que era un cazador más que competente, Joharran lo invitó a la cacería. Brukeval vaciló sólo por un momento. Se preguntó cómo andarían las cosas entre Ayla y Jondalar, y pensó que tal vez en medio de la camaradería de una partida de caza podría enterarse.

Brukeval nunca había olvidado la manera en que Ayla se enfrentó a todos cuando Marona, mediante engaños, la indujo a ponerse una ropa totalmente inadecuada en su fiesta de bienvenida. Ahora, había advertido Brukeval, todas las mujeres se ponían trajes parecidos. Se acordó de la calidez con que ella lo trató cuando se vieron por primera vez, de la sonrisa que le dirigió, casi como si lo conociera, sin los titubeos o reservas que mostraban la mayoría de las mujeres. Y en sus sueños la veía con su traje matrimonial, aquellas prendas tan hermosas y poco comunes, y a menudo se veía a sí mismo quitándoselo. Después de tantos años, imaginaba aún qué sentiría él si fuera Jondalar y estuviera tendido al lado de Ayla entre suaves pieles.

Ayla siempre había sido amable con él, pero tras esa primera noche Brukeval percibió en ella un distanciamiento muy diferente del trato inicial. Con el paso de los años, Brukeval se había retraído cada vez más, pero, aunque Jondalar y Ayla no se hubieran dado cuenta, sabía mucho acerca de su vida juntos, incluso detalles íntimos. Entre otras cosas, sabía que Jondalar desde hacía un tiempo se apareaba con Marona, nada menos que con ella. También sabía que Ayla nunca se unía a nadie más, ni siquiera en las Festividades de la Madre, y que no estaba al corriente de la relación entre Jondalar y Marona.

Brukeval volvió al alojamiento alejado a buscar su equipo de caza, y cuando regresó al campamento de la Novena Caverna, sentía verdaderas ganas de ir de caza. No lo habían incluido en ninguna cacería desde que vivía en el alojamiento alejado con los demás hombres. Por regla general, la mayoría de los jefes de las partidas de caza ni se molestaban en invitar a participar a esos hombres, y estos rara vez organizaban sus propias cacerías, a excepción de Brukeval, que desde hacía años a

menudo salía solo y había aprendido a cazar y recolectar para él siempre que quería.

Los demás hombres solían gorronear la comida a alguna caverna, en general acercándose al campamento de la suya propia. Para Madroman, la comida no representaba el menor problema. Solía comer con los zelandonia, a quienes por costumbre las cavernas tenían bien abastecidos, normalmente a cambio de servicios generales pero también de peticiones concretas. Laramar tenía asimismo sus propios recursos. Trocaba su brebaje, y no le faltaban clientes bien dispuestos.

No era raro que los hombres más jóvenes se quedaran en los refugios de sus propias cavernas para recibir comida de un campamento u otro, aunque normalmente procuraban aportar algo, por ejemplo, cazando o participando en otras tareas comunitarias o en actividades relacionadas con la recolección de alimentos. Y aunque era habitual que los hombres recién llegados a la edad adulta crearan problemas de vez en cuando, por lo común se echaba la culpa a los «espíritus elevados» y se toleraba, aceptándolo sobre todo los hombres mayores al recordar su juventud. Sin embargo, si causaban demasiados problemas, podían presentarse en el alojamiento los jefes de las cavernas, con autoridad suficiente para imponer castigos, incluido, en el peor de los casos, la expulsión del campamento de la Reunión de Verano.

Todo el mundo sabía que los hombres del alojamiento alejado de Brukeval — como la gente había empezado a llamar a ese lugar— no eran jóvenes, y rara vez estaban localizables cuando había un trabajo que hacer. Pero en las Reuniones de Verano nunca faltaba comida, y jamás se echaba a quienes se presentaban a la hora de comer, por poco grata que fuera su presencia. Por lo general, los hombres de ese alojamiento tenían la inteligencia de no visitar el mismo campamento con excesiva frecuencia. Y solían dispersarse para no acabar todos en el mismo sitio a la vez, a menos que se enteraran de que se celebraba un espléndido banquete, como cuando uno o más campamentos organizaban una gran comida comunitaria. Pero con sus fiestas a menudo ruidosas, sus peleas a veces violentas, sus modales groseros y su poca predisposición a contribuir, ese grupo de hombres en particular rozaba los límites de la tolerancia.

Así y todo, ese alojamiento era el único lugar donde Brukeval podía ahogar su culpabilidad y su dolor secretos con el brebaje de Laramar. En el estupor etílico, cuando la mente consciente ya no ejercía su control, disponía de plena libertad para pensar en Ayla a su antojo. Podía recordarla cuando afrontó con orgullo las risas de la Novena Caverna, podía recordarla dedicándole a él su hermosa sonrisa, riendo un poco achispada, coqueteando con él, hablándole como si lo considerara un hombre normal, incluso un hombre encantador, y guapo, no feo y bajo. La gente lo llamaba cabeza chata, pero eso no era verdad. No lo era. «No soy un cabeza chata», pensó. «Sólo porque sea bajo y... feo.»

Oculto en la oscuridad, bajo los efectos de la potente bebida, podía imaginar a

Ayla con su túnica exótica y espectacular, su hermoso pelo dorado en torno a la cara y la joya de ámbar entre los pechos desnudos, firmes y turgentes. Podía imaginar que abarcaba sus pechos con sus manos, que tocaba esos pezones, que los cogía entre sus labios. El mero hecho de pensar en ello le provocaba una erección, y una vez surgida la necesidad, apenas tenía que tocarse para que brotara su esencia.

Luego se metía en su cama vacía y soñaba que quien estaba ante la Zelandoni con Ayla a su lado era él, no su primo, no el hombre alto y rubio con los ojos de un vivo color azul, ese hombre perfecto deseado por todas las mujeres. Pero Brukeval sabía ahora que Jondalar no era tan perfecto. Jondalar había estado apareándose con Marona sin revelárselo a Ayla, intentando ocultárselo a todo el mundo. También él tenía secretos vergonzosos, y ahora Ayla dormía sola. Jondalar pasaba las noches junto al cercado de los caballos, abrigándose con sus mantas de montar. ¿Acaso Ayla no quería ya a Jondalar? ¿Se había enterado de lo de Marona y no amaba ya al hombre que Brukeval siempre había deseado ser? ¿El hombre emparejado con la mujer a la que quería más que a su propia vida? ¿Necesitaba ahora Ayla el amor de alguien?

Aun cuando Ayla ya no quisiera a Jondalar, Brukeval sabía que no era probable que lo eligiera a él, pero había vuelto a sonreírle, y no se había mostrado tan distante. Y al ver a Dalanar y los lanzadonii, se acordó de que a veces las mujeres hermosas sí elegían a hombres feos. Él no era un cabeza chata, y no soportaba la idea de tener algún parecido con ellos, pero le constaba que Echozar, esa horrenda abominación nacida de espíritus mixtos, cuya madre era cabeza chata, se había emparejado con la hija de la segunda mujer de Dalanar, considerada por la mayoría de la gente una belleza exótica. Así que esa posibilidad existía. Procuró no hacerse ilusiones, pero si Ayla alguna vez necesitaba a alguien, a alguien que nunca fuera a aparearse con nadie más, nunca mientras viviera, a alguien que nunca fuera a amar a nadie más mientras viviera, ese hombre podía ser él.

Capítulo 36

—¡Madre! ¡Madre! ¡Thona está aquí! ¡Por fin ha venido la abuela! —gritó Jonayla, entrando a todo correr en su alojamiento para anunciar la noticia y volviendo a salir. Lobo entró y volvió a salir detrás de ella.

Ayla se detuvo a pensar en el número de días transcurridos desde que pidió que alguien fuera a buscar a Marthona. Los sumó tocándose la pierna con un dedo y sólo llegó hasta cuatro. Como Ayla había supuesto, Marthona tenía muchas ganas de ir a la Reunión de Verano, y había accedido de inmediato al encontrar una manera de trasladarla. Salió del alojamiento justo cuando los cuatro jóvenes poco más o menos de la misma estatura dejaron en el suelo las angarillas que portaban en hombros, donde iba sentada Marthona. Dos de ellos eran aprendices de Jondalar, los otros dos eran amigos suyos que casualmente rondaban por ahí cuando se pidieron voluntarios para cargar con las angarillas.

Ayla examinó el artilugio con el que habían llevado a Marthona a la Reunión de Verano. Consistía en dos varas rectas hechas con los troncos de alisos jóvenes, colocadas en paralelo, y una cuerda resistente tejida en diagonal entre ambas, creando un dibujo romboidal. Para mayor estabilidad, llevaba unos palos más cortos entretejidos en las cuerdas a intervalos regulares que se extendían de una vara a la otra. Ayla estaba segura de que Marthona, una experta tejedora, había participado en la construcción. La mujer iba sentada sobre un par de cojines hacia la parte de atrás, y Ayla le tendió una mano para ayudarla a levantarse. Marthona dio las gracias a los cuatro jóvenes, así como a los otros que los acompañaban, quienes por lo visto se habían turnado para acarrear a la antigua jefa.

Habían pasado la noche anterior en el pequeño valle de la Quinta Caverna con las pocas personas de ese grupo que no habían acudido a la reunión, junto con una de las acólitas de su Zelandoni. Mostraron todos mucho interés en el medio de transporte de Marthona, y un par de ellos se preguntaron para sus adentros si encontrarían a unos cuantos jóvenes dispuestos a cargar con ellos hasta una Reunión de Verano. A la mayoría de ellos les habría gustado ir; todos sentían que se perdían algo al verse obligados a quedarse por no poder recorrer la distancia por su propio pie.

Cuando los aprendices de Jondalar metieron las angarillas en el alojamiento, Ayla pensó que tal vez aún se necesitarían sus servicios.

—Hartalan, ¿estaríais dispuestos, Zachadal y tú, y tal vez algunos otros, a llevar a Marthona de un lado a otro del campamento si es necesario? Es posible que la caminata de aquí hasta el alojamiento de los zelandonia y otros campamentos sea excesiva para ella —dijo Ayla.

—Basta con que nos avises cuando nos necesites —respondió Hartalan—. Es preferible que nos lo digas con tiempo, pero lo más probable es que casi siempre uno

de nosotros ande por aquí. Hablaré con los demás para ver si encontramos la manera de que haya aquí permanentemente alguien que pueda ir en busca de más ayuda.

—Es muy amable por vuestra parte —dijo Marthona. Había oído lo que les pedía Ayla al entrar en el alojamiento—, pero no quiero privaros de vuestras actividades.

—Aquí ya no hay gran cosa que hacer —contestó Hartalan—. Algunos planean ir de caza, o visitar a parientes, o volver a casa pronto. La mayoría de las ceremonias y los banquetes se han acabado, salvo por la segunda ceremonia matrimonial y ese gran acontecimiento que está preparando la zelandonia. Además últimamente nadie sabe por dónde anda Jondalar, pero en todo caso él dedica más tiempo a los aprendices en invierno. Es divertido llevarte de un sitio al otro, Marthona —dijo Hartalan con una sonrisa—. Ha sido increíble la cantidad de atención que hemos recibido sólo por entrar en el campamento contigo.

—Por lo visto, me he convertido en un entretenimiento nuevo —comentó Marthona, devolviéndole la sonrisa—. Si de verdad no te importa, es posible que te llame para pedirte ayuda de vez en cuando. La verdad es que puedo caminar mucho mejor en distancias cortas, pero me es imposible ir muy lejos incluso con bastón, y detesto retrasar a los demás.

De pronto Folará irrumpió en el alojamiento.

—¡Madre! ¡Estás aquí! Acaban de decirme que has llegado. Ni siquiera sabía que vendrías. —Se saludaron con un abrazo y se rozaron las mejillas.

—Dale las gracias a Ayla de que así sea. Cuando se enteró de que tal vez habías encontrado a un hombre por el que sentías verdadero afecto, propuso que alguien fuera a buscarme. Una joven necesita a su madre si hay planes serios a la vista —explicó Marthona.

—Hizo bien —coincidió Folará, y desplegó una sonrisa radiante, por lo que Marthona supo que la posibilidad de emparejamiento era real—. Pero ¿cómo has venido hasta aquí?

—Creo que eso también fue idea de Ayla. Dijo a Dalanar y Joharran que no había ninguna razón para que yo no viniera si varios jóvenes fuertes podían traerme en angarillas, así que fueron unos cuantos a buscarme. Ayla quería que viniese con ella, montada a lomos de Whinney, y probablemente debería haberlo hecho, pero, a pesar de lo mucho que me gustan los caballos, montarlos me da miedo. No sé controlar a un caballo. Estos chicos son más fáciles de manejar. Basta con decirles lo que quieres, y cuándo quieres detenerte —explicó Marthona.

Folará abrazó a la compañera de su hermano.

—Gracias, Ayla. Hay ciertas cosas que sólo una mujer puede entender. Es verdad que quería que mi madre viniese, pero dudaba de que su salud se lo permitiera, y sabía que no podía viajar a pie. —Se volvió hacia su madre—. ¿Cómo te sientes?

—Ayla cuidó muy bien de mí cuando estaba en la Novena Caverna, y ahora me

encuentro mucho mejor que en primavera —respondió Marthona—. Desde luego es una curandera extraordinaria, y si te fijas bien en ella, verás que ya es Zelandoni.

Marthona había reparado en la marca en su sien, comprendió Ayla. Ya había cicatrizado y no le dolía, aunque a veces todavía le picaba, y casi ni se acordaba de ella excepto cuando alguien se la mencionaba o la miraba descaradamente.

—Ya lo sé, madre —dijo Folara—. Todo el mundo lo sabe, a pesar de que no lo han anunciado, pero ella, al igual que todos los demás zelandonia, últimamente ha estado muy ocupada, y apenas la he visto. Planean una especie de ceremonia, pero no sé si será antes o después de la segunda matrimonial.

—Será antes —aclaró Ayla—. Tendrás tiempo de hablar con tu madre y hacer planes.

—Así que tienes una relación seria con alguien —dijo Marthona. Se interrumpió y permaneció en silencio por un momento, pensativa. Finalmente dijo—: Bien, pues, ¿dónde está ese joven? Me gustaría conocerlo.

—Está esperando fuera —respondió Folara—. Voy a buscarlo.

—¿Y si salgo yo a saludarlo? —propuso Marthona. El alojamiento de verano estaba a oscuras. Como no había ventanas, la única iluminación procedía de la entrada, con su cortina descorrida y atada, y del agujero para la salida del humo en medio del techo, que de día, cuando hacía buen tiempo, solían dejar totalmente abierto. Marthona no veía tan bien como antes y quería echarle un buen vistazo a ese joven.

Cuando las tres mujeres salieron, Marthona vio a tres muchachos a quienes no conocía, vestidos con prendas que le resultaron extrañas, uno de ellos un verdadero gigante de pelo rojo encendido. Al ver que Folara se acercaba primero a él, Marthona contuvo la respiración. Había albergado la esperanza de que ese no fuera el joven elegido por Folara. No era que tuviese nada de malo, sino más bien porque chocaba con el sentido de la estética de Marthona, lo que en todo caso no era un factor determinante. Siempre había esperado que el hombre escogido por Folara se acomodara bien con ella, que ambos se complementaran, y al lado de un hombre tan grande su alta y elegante hija parecería pequeña. Folara inició las presentaciones.

—Danug y Druwez, de los mamutoi, son parientes de Ayla. Han venido hasta aquí para verla. De camino conocieron a otro hombre y lo invitaron a viajar con él. Madre, por favor, da la bienvenida a Aldanor, de los s'armunai.

Ayla observó al joven s'armunai de aspecto agradable y tez morena dar un paso al frente.

—Aldanor, te presento a mi madre, Marthona, antigua jefa de la Novena Caverna de los zelandonii, emparejada con Willamar, maestro de comercio...

Marthona dejó escapar un suspiro de alivio cuando Folara empezó a presentarle formalmente a Aldanor, no al gigante pelirrojo, y recitó para ella los extraños títulos y

lazos del joven.

—En nombre de la Gran Madre Tierra, te doy la bienvenida, Aldanor de los s'armunai —dijo Marthona.

—En nombre de Muna, la Gran Madre de la Tierra, Su hija Luma, dadora de luz y calor, y Su compañero Bala, el observador en el cielo, yo te saludo —contestó Aldanor a Marthona, levantando los brazos y enseñándole las palmas de las manos; de pronto se acordó y cambió inmediatamente la posición, estirando los brazos y poniendo las palmas boca arriba, tal como saludaban los zelandonii.

Tanto Marthona como Ayla se dieron cuenta de que el joven había practicado el saludo s'armunai para poder decirlo en zelandonii, y ambas quedaron impresionadas. A ojos de Marthona, el hecho de que estuviese dispuesto a hacer el esfuerzo hablaba bien del atractivo joven, y debía reconocer que era guapo. Entendió la atracción que ejercía sobre su hija, y de momento le complacía su elección.

Ayla nunca había oído el saludo formal de los s'armunai; ni Jondalar ni ella habían sido recibidos formalmente en un campamento s'armunai. Jondalar había sido tomado prisionero por las Lobas de Attaroa y recluido en una zona vallada, junto con sus hombres y niños. Ayla y los caballos, con la ayuda de Lobo, siguieron su rastro hasta el campamento.

Tras los saludos formales, Marthona y Aldanor empezaron a conversar, pero Ayla vio que si bien la antigua jefa se mostraba encantadora, también hacía preguntas orientadas a averiguar lo máximo posible acerca del desconocido con el que su hija planeaba emparejarse. Aldanor explicó que había conocido a Danug y Druwez cuando estos se detuvieron a pasar un tiempo con su gente. Él no pertenecía al campamento de Attaroa, sino a uno situado más al norte, cosa de la que se alegró cuando supo lo que había sucedido allí.

Ayla y Jondalar se habían convertido en personajes legendarios entre los s'armunai. Se contaba el relato de la hermosa S'Ayla, la Encarnación de la Madre, una munai viviente tan hermosa como un día de verano, y su compañero, S'Elandon, el hombre alto y rubio que había venido a la tierra para salvar a los hombres de ese campamento del sur. Se decía que tenía unos ojos del color del agua de un glaciar, más azules que el cielo, y con su pelo rubio, era tan guapo como sólo lo sería la brillante luna si bajara a la tierra y adoptara forma humana. Después de que el feroz Lobo de la Madre, la encarnación del Lobo Estrella, matara a la malvada Attaroa, S'Ayla y S'Elandon volvieron al cielo a lomos de sus caballos mágicos.

A Aldanor le fascinaron los relatos cuando los oyó por primera vez, sobre todo la idea de que unos visitantes del cielo pudieran controlar a caballos y lobos. Pensó que la leyenda procedía de un fabulador ambulante, que debía de haber tenido una inspiración verdaderamente genial para inventar un relato tan innovador. Cuando los dos primos dijeron que esas figuras legendarias eran parientes de ellos, y que iban de

camino a visitarlos, Aldanor no se pudo creer que fueran reales. Los tres jóvenes hicieron buenas migas, y cuando los dos primos lo invitaron, decidió acompañarlos en su viaje para visitar a sus parientes zelandonii y verlos con sus propios ojos. Mientras los tres viajaban hacia el oeste, oyeron más relatos. La pareja no sólo montaba a caballo, sino que su lobo era tan «feroz» que permitía que los bebés se encaramaran a él.

Cuando llegaron a la Reunión de Verano de los zelandonii y Aldanor se enteró de la verdadera historia de Attaroa y su campamento por mediación de Jondalar, le sorprendió que los episodios de las leyendas fueran tan fieles a la realidad. Había planeado regresar con Danug y Druwez sólo para explicar a todo el mundo lo ciertas que eran. Era verdad que existía una mujer llamada Ayla y que vivía con los zelandonii, y su compañero Jondalar era alto y rubio, con sorprendentes ojos azules, y aunque ya un poco mayor, seguía siendo un hombre muy atractivo. Y todos decían que Ayla era hermosa.

Pero decidió no volver. Nadie le habría creído, como tampoco habría creído él que esas historias eran ciertas. Eran fábulas sobrenaturales, que poseían una verdad mística que ayudaba a explicar lo desconocido, mitos. Además, la hermana de Jondalar era también de una belleza incomparable, y le había conquistado el corazón.

La gente había empezado a congregarse alrededor mientras el forastero y Marthona hablaban, escuchando lo que contaba Aldanor.

—¿Por qué se llaman S'Ayla y S'Elandon la pareja del relato, y no Ayla y Jondalar? —preguntó Folara.

—Creo que puedo responder a eso —dijo Ayla—. El sonido «S» es honorífico; se supone que expresa honor, que muestra respeto. El nombre s'armunai significa «pueblo honrado» o «pueblo especial». Cuando ese sonido se usa delante del nombre de una persona, significa que tienen a esa persona en alta estima.

—¿Por qué nosotros no nos llamamos «pueblo especial»? —preguntó Jonayla.

—Creo que sí nos llamamos así. Creo que esa forma honorífica suya es otra manera de decir «Hijos de la Madre», que es como nos llamamos nosotros —respondió Marthona—. Puede que estemos emparentados, o que lo hayamos estado en otro tiempo. Me parece muy interesante que hayan podido coger «zelandonii» y cambiarlo para que signifique «aquel que es honrado» o «pueblo especial».

—Cuando estuvieron recluidos en la zona vallada —prosiguió Ayla—, Jondalar enseñó a los hombres y los niños a hacer cosas, como por ejemplo herramientas. Fue él quien encontró la manera de liberarlos a todos. En nuestros viajes, cuando nos encontrábamos con otra gente, a menudo se presentaba como «Jondalar de los zelandonii». Un chico en concreto cogió la parte zelandonii del nombre de Jondalar y empezó a decir «S'Elandon», añadiendo la «S» honorífica, porque lo honraba y respetaba mucho. Sospecho que él creía que ese era el significado de su nombre,

«Jondalar, el honrado». En la leyenda, por lo visto, también me concedieron a mí ese honor.

Marthona quedó satisfecha, de momento. Se volvió hacia Ayla.

—Estoy siendo maleducada. Perdona. Preséntame a tus parientes, por favor.

—Este es Danug de los mamutoi, hijo de Nezzie, que está emparejada con Talut, el jefe del Campamento del León, y este es su primo Druwez, hijo de la hermana de Talut, Tulie, cojefa del Campamento del León de los mamutoi —empezó a decir Ayla—. La madre de Danug, Nezzie, fue la que me regaló el traje de boda. Recordarás que te conté que iba a adoptarme, pero de pronto Mamut sorprendió a todos y me adoptó él.

Ayla sabía que Marthona se había quedado muy impresionada con su traje de boda, y también sabía que, como madre de la muchacha que pronto se emparejaría, querría conocer la posición de esos dos jóvenes, dado que lo más probable era que participaran en la ceremonia matrimonial.

—Sé que otros ya os han dado la bienvenida —dijo Marthona—, pero deseo añadir mis saludos a los suyos. Entiendo que vuestra gente eche de menos a Ayla... es una aportación muy valiosa a cualquier comunidad... pero, por si les sirve de consuelo, podéis decirles que la apreciamos mucho. Ha sido una gran satisfacción para nosotros acogerla en nuestra caverna. Aunque una parte de su corazón siempre pertenecerá a los mamutoi, es una zelandonii muy preciada.

—Gracias —respondió Danug. Como hijo de la compañera del jefe, sabía que aquello formaba parte del intercambio de información que confería prestigio y reconocimiento del rango—. Todos la echamos de menos. Mi madre se quedó muy triste cuando Ayla se marchó, era como una hija para ella, pero entendió que su corazón estaba con Jondalar. Nezzie se alegrará mucho cuando sepa que Ayla ha recibido una acogida tan cálida entre los zelandonii, que sus cualidades excepcionales han sido tan bien recibidas. —Aunque no hablaba el zelandonii a la perfección, el joven obviamente se expresaba bien y sabía transmitir la posición de su familia entre su gente.

Nadie entendía mejor que Marthona el valor y la trascendencia del prestigio y la posición. Ayla comprendía el concepto de estatus, vital incluso para el clan, y estaba aprendiendo la manera en que los zelandonii asignaban rango, concedían importancia y clasificaban a la gente, pero nunca poseería el conocimiento intuitivo de una persona como Marthona, nacida en la posición más alta entre su gente.

En una sociedad sin moneda, el estatus era algo más que prestigio, era una forma de riqueza. La gente estaba dispuesta a hacer favores a una persona de posición alta porque las obligaciones siempre se liquidaban de manera equivalente. Se incurría en una deuda cuando se solicitaba a alguien que confeccionara un objeto, o hiciera algo, o fuera a algún sitio, a causa de la promesa implícita de que la deuda se saldaría con

un servicio de un valor parecido. En realidad nadie quería estar en deuda, pero todo el mundo lo estaba, y uno adquiría mayor estatus al tener a una persona de alta posición en deuda con él.

Al valorar el estatus, había que tener en cuenta muchas cosas, y por eso la gente recitaba sus «títulos y lazos». Una de esas cosas era el valor material, pero también se tomaba en consideración el esfuerzo. Aun cuando el producto final no fuera de la misma calidad, si la persona le dedicaba un gran esfuerzo, se podía dar por saldada la deuda, aunque no aumentara el rango. La edad era otro factor: los niños por debajo de cierta edad no incurrían en deudas. Al ocuparse alguien de un niño, incluso de un hijo, pagaba una deuda a la comunidad, porque los niños eran una promesa de continuidad.

Alcanzar cierta edad, ser anciano, también implicaba una situación distinta. Podían pedirse ciertos favores sin contraer una deuda ni perder estatus, pero cuando una persona ya no podía contribuir, más que perder rango, cambiaba de posición. Un anciano capaz de ofrecer conocimientos y experiencia podía conservar su estatus, pero si empezaba a perder aptitudes cognitivas, mantenía su posición pero sólo nominalmente. Seguían respetándolo por sus aportaciones pasadas, pero ya no acudían a pedirle consejo.

Se trataba de un sistema complicado, pero todos aprendían sus matices igual que aprendían una lengua, y para cuando llegaban a la edad de asumir responsabilidades, la mayoría entendía las distinciones sutiles. Una persona sabía siempre exactamente qué debía y qué le debían a él, la naturaleza de las deudas y cuál era su rango dentro de la comunidad.

Marthona también habló con Druwez, cuya posición era equivalente a la de su primo, porque era hijo de Tulie, la hermana de Talut y cojefa del Campamento del León, pero él tendía a ser más reservado. Sólo por su tamaño, Danug llamaba más la atención, y si bien antes era tímido, había tenido que aprender a mostrarse más comunicativo. Por lo general, su sonrisa cálida y su predisposición a conversar aplacaban todo temor que pudiera suscitar su corpulencia.

Finalmente, Marthona se volvió hacia Ayla.

—¿Dónde está ese hijo mío, que la gente de Aldanor tanto honra?

Ayla volvió la cabeza.

—No lo sé —contestó, intentando contener la emoción repentina que la invadió—. He estado muy ocupada con la zelandonia.

Marthona enseguida se dio cuenta de que pasaba algo. Al irse, Ayla se sentía muy ilusionada con la idea de ver a Jondalar, ¿y ahora ni siquiera sabía dónde estaba?

—Esta mañana he visto a Jondy pasear por la orilla del Río —dijo Jonayla—, pero no sé dónde va a dormir. No sé por qué ya no duerme con nosotras. Me gusta más tenerlo con nosotras.

Aunque ruborizada, Ayla guardó silencio, y Marthona supo con certeza que sucedía algo muy grave. Tendría que averiguar qué era.

—Folara, ¿puedes cuidar de Jonayla con Marthona, o acompañarla a la tienda de Levela si vais al campamento principal? ¿Y quizá llevarte también a Lobo? —pidió Ayla—. Necesito hablar con Danug y Druwez, y tal vez tengan que venir conmigo al alojamiento de los zelandonia.

—Sí, por supuesto —contestó Folara.

Ayla abrazó a su hija.

—Te veré esta noche —dijo, y luego se acercó a los dos jóvenes y empezó a hablar con ellos en mamutoi.

—Acordándome de los «tambores parlantes», se los he mencionado a la Primera. ¿Alguno de vosotros dos, o quizá los dos, sabe hacer hablar a los tambores? —preguntó Ayla.

—Sí —respondió Danug—. Los dos sabemos tocarlos, pero no hemos traído ninguno. Los tambores no forman parte del equipo necesario cuando uno se va de viaje.

—¿Cuánto tardaríais en confeccionar un par? Seguro que alguien os ayudaría si es necesario. ¿Y estaríais dispuestos a tocar un par de estrofas? ¿Como parte de una ceremonia que estamos planeando? —inquirió Ayla.

Los dos jóvenes cruzaron una mirada y se encogieron de hombros.

—Si encontramos el material, no tardaremos mucho en hacerlos, un día o algo así. Sólo es cuero sin curtir tensado sobre un armazón redondo, pero tiene que estar muy tirante para que suenen los distintos tonos del tambor. El armazón tiene que ser resistente, o se rompe al encogerse el cuero, sobre todo si lo sometemos a la acción del calor para que se encoja más deprisa —explicó Druwez—. Son tambores pequeños, y se tocan con los dedos, muy rápido.

—He visto que algunos los tocaban con un palo bien sujeto, pero nosotros aprendimos a hacerlo con los dedos —añadió Danug.

—¿Estaríais dispuestos a tocarlos en la ceremonia? —preguntó Ayla.

—Claro —contestaron al unísono.

—En ese caso, venid conmigo —dijo, y se dirigió hacia el campamento principal.

De camino al alojamiento de los zelandonia, Ayla se fijó en que la gente se detenía a mirarlos. A diferencia de lo que ocurría en otras ocasiones, esta vez el blanco de las miradas no era ella, sino Danug. Era una grosería, pero en cierto modo no los culpaba: sin duda, Danug era un hombre llamativo. En general, los hombres zelandonii tendían a ser altos y fornidos —el propio Jondalar medía un metro noventa y cinco—, pero Danug sacaba más de una cabeza a todos los demás, y estaba bien proporcionado para su estatura. Visto de lejos, parecía un hombre musculoso pero normal; era rodeado de gente cuando descollaba por su tamaño. Eso le recordó la

primera vez que vio a Talut, el hombre del hogar de Danug, la única persona que Ayla conocía de dimensiones comparables. Casi con toda seguridad se quedó mirándolo fijamente, pese a que Talut era una de las primeras personas semejantes a ella que veía desde la primera infancia, excepción hecha de Jondalar; o tal vez precisamente por eso se quedó mirándolo.

Cuando llegaron al gran alojamiento en el centro del campamento, dos jóvenes acólitas se acercaron a ellos.

—Quería asegurarme de que tenemos todos los ingredientes para esa bebida ceremonial especial de la que nos hablaste —dijo una de ellas—. Has dicho savia de abedul, zumos de distintas frutas, aromatizado todo con asperilla, y unas cuantas hierbas, ¿no?

—Sí, sobre todo artemisa —respondió Ayla—, a veces llamada ajorizo, o también ajenjo.

—Me parece que no conozco esa bebida —comentó Druwez.

—¿Os detuvisteis a visitar a los losadunai de camino hacia aquí? —preguntó Ayla—. Bueno, en realidad lo que me interesa saber es si compartisteis una Festividad de la Madre con ellos.

—Nos detuvimos, sí, pero no nos quedamos mucho tiempo —dijo Druwez—, y por desgracia no celebraron ninguna festividad mientras estuvimos allí.

—Solandia, la compañera del Losaduna, me enseñó a prepararla. En apariencia es una bebida suave de sabor agradable, pero en realidad es una mezcla potente preparada especialmente para estimular la espontaneidad y la calidez en el trato propios de una festividad para honrar a la Madre —explicó Ayla. Dirigiéndose a las acólitas, añadió—: La probaré cuando la hayáis preparado y os diré si falta algo.

Al darse media vuelta para marcharse, las dos jóvenes intercambiaron unas señas y volvieron la cabeza para lanzar una mirada a Danug. En los últimos años, sobre todo en las Reuniones de Verano, Ayla había enseñado a todos los zelandonia los signos básicos del clan. Pensó que ayudaría a los doniers a comunicarse, al menos a un nivel elemental, si alguna vez se encontraban con alguien del clan en sus viajes. Algunos los aprendieron mejor que otros, pero por lo visto a casi todos les divertía tener un método silencioso para comunicarse en secreto que la mayoría de la gente desconocía. Lo que las dos jóvenes acólitas ignoraban era que Ayla había enseñado los signos del clan a Danug y Druwez mucho antes, cuando vivía con los mamutoi.

De pronto Danug miró a una de las jóvenes y sonrió.

—Tal vez te gustaría averiguarlo en la Festividad de la Madre —dijo. Luego se volvió hacia Druwez y los dos se rieron.

Las dos jóvenes se sonrojaron, y a continuación la primera en dirigirse a su compañera con señas sonrió a Danug con una mirada insinuante.

—Tal vez —contestó—. No sabía que entendías los signos gestuales.

—¿Crees que alguien puede vivir cerca de Ayla durante un tiempo sin aprenderlos? —preguntó Danug—. Y más teniendo en cuenta que mi hermano, el chico que mi madre adoptó, era medio del clan, y no pudo hablar hasta que llegó Ayla y nos enseñó a todos ese lenguaje. Recuerdo la primera vez que Rydag dijo «madre» con un signo. Mi madre lloró.

La gente empezó a arremolinarse en torno a la zona ceremonial muy temprano. La agitación en el aire era palpable. La ceremonia venía preparándose por fases desde hacía días y reinaba un ambiente de gran expectación. Iba a ser un acontecimiento especial, único. Todos lo sabían, sólo que ignoraban la causa. El suspense fue en aumento conforme el sol empezó a ponerse. Los zelandonii presentes en la Reunión de Verano nunca habían deseado tanto que se ocultara el sol. Querían que desapareciera del cielo.

Finalmente, cuando el sol se escondió en el horizonte y oscureció lo suficiente para ser necesario el resplandor del fuego, la gente comenzó a acomodarse en espera de que se encendieran las hogueras ceremoniales. En el centro de la zona ceremonial había un anfiteatro natural lo bastante amplio para dar cabida a las dos mil personas del campamento. Detrás, hacia la derecha del campamento de la Reunión de Verano, los montes de piedra caliza formaban una gran concavidad poco profunda excavada en la tierra, curva por los lados y abierta por delante. Al pie de estos montes, las laderas convergían en una explanada bastante llana y no muy extensa que había sido nivelada con piedras y tierra apisonada a lo largo de los muchos años en que se venían celebrando reuniones en ese emplazamiento.

En un bosquecillo cercano a la cima escarpada de uno de los montes había un manantial que creaba una pequeña charca y luego descendía por la pendiente de la concavidad, hasta atravesar la zona ceremonial y verter sus aguas finalmente en el río del campamento. El arroyo alimentado por el manantial era tan pequeño, sobre todo a finales del verano, que la gente lo cruzaba fácilmente, pero la charca de aguas cristalinas y frías, más arriba, era un lugar muy a mano donde abastecerse de agua para beber. La ladera herbosa dentro de esa concavidad ascendía formando una pendiente gradual e irregular. Con el paso del tiempo la gente había ido cavando un poco aquí y rellenando un poco allá, hasta que quedaron en la ladera varias secciones pequeñas aplanadas que proporcionaban a grupos familiares o incluso cavernas enteras lugares cómodos donde sentarse y gozar de una buena vista del espacio abierto más abajo.

La gente se acomodó en la hierba o tendió encima esterillas tejidas, colchonetas, almohadones o pieles. Encendieron el fuego: muchas antorchas clavadas en el suelo pero también fogatas pequeñas en torno a la concurrencia y el espacio semejante a un escenario, así como una hoguera más grande cerca de la parte delantera, hacia el

centro. Luego prendieron varias fogatas donde se sentaba la gente. Poco después se oyó, a muy bajo volumen, entre el murmullo de las conversaciones, el sonido característico de unas voces jóvenes cantando. Unos mandaron callar a otros para oír mejor el canto. Entonces una procesión formada por casi todos los niños del campamento se dirigió hacia la zona central entonando una canción rítmica cuya letra consistía en las palabras de contar. Para cuando llegaron a la zona central, el público guardaba silencio, aunque algunos cruzaban sonrisas y se guiñaban el ojo.

Existían dos razones para empezar con los niños cantores. La primera era que así estos mostraban a sus mayores lo que aprendían con los zelandonia. La segunda era porque con ello se daba a entender tácitamente que, junto con el banquete y el jolgorio general, se celebraría una Festividad de la Madre. Una vez concluida su intervención, llevarían a los niños a uno de los campamentos situados en los lindes del lugar de reunión, donde participarían en juegos organizados y disfrutarían de su propio banquete, al margen del de los adultos, bajo la custodia de varios zelandonia y otras personas, a menudo hombres y mujeres mayores, o madres recientes que todavía no estaban en condiciones de participar, o mujeres que acababan de empezar su período lunar, o cualquiera a quien en ese momento sencillamente no le apeteciera tomar parte en las actividades para honrar a la Madre.

Si bien las Festividades de la Madre complacían a la mayoría de la gente, la participación era voluntaria, y siempre resultaba más fácil ir si sabían que esa noche no tenían que preocuparse por sus hijos. A los niños se les permitía estar presentes si así lo deseaban, y algunos de los mayores acudían sólo para satisfacer su curiosidad, pero ver a los adultos conversar, reír, comer, beber, bailar y aparearse no tenía gran interés para ellos si no estaban realmente listos para esas cosas y si no era algo prohibido. Debido al reducido espacio en que vivían, los niños presenciaban las actividades adultas en todo momento, desde el nacimiento hasta la muerte. Nadie se preocupaba por mantenerlos apartados; todo formaba parte de la vida.

Cuando los niños acabaron de cantar, los llevaron a casi todos a donde estaba el público. A continuación, dos hombres vestidos de bisonte con pesados cuernos en la cabeza aparecieron por lados opuestos y corrieron el uno hacia el otro, rozándose al cruzarse, lo que captó la atención de la gente. Luego, unas cuantas personas, incluidos varios niños, ataviadas con pieles y cuernos de uro, empezaron a dar vueltas como una manada. Algunas de las pieles de animales eran camuflajes para cazar; otras se habían confeccionado para la ocasión. Apareció un león, gruñendo y resoplando, con su piel y su rabo, y atacó a los bóvidos con un rugido tan auténtico que varias personas se estremecieron.

—Esa ha sido Ayla —susurró Folar a Aldanor—. Nadie puede imitar a un león tan bien como ella.

La manada se dispersó, saltando por encima de todo aquello que encontraba a su

paso y casi chocando con la gente. El león la siguió. Luego salieron cinco personas con pieles de ciervo y cuernos en la cabeza y simulaban que saltaban a un río y lo cruzaban como si huyeran de algo. A continuación aparecieron caballos, uno de ellos relinchando de una manera tan realista que recibió un relincho lejano por respuesta.

—Esa también ha sido Ayla —informó Folará al hombre sentado a su lado.

—Lo hace muy bien —comentó él.

—Dice que aprendió a imitar a los animales antes de aprender a hablar el zelandonii.

Siguieron unas cuantas demostraciones más que representaban y describían a animales, girando todas en torno a algún tipo de acontecimiento o historia. La compañía de fabuladores itinerantes también intervino en la presentación; se habían solicitado sus servicios para interpretar a distintos animales, y sus aptitudes aportaron un vívido realismo. Finalmente los animales empezaron a reunirse. Cuando ya estaban todos juntos, apareció un animal extraño. Caminaba a cuatro patas y tenía pezuñas, pero lo cubría un extraño cuero moteado, que le colgaba a los lados casi hasta el suelo y le tapaba parcialmente la cabeza, en la que llevaba sujetos dos palos rectos a modo de cuernos o astas.

—¿Y eso qué es? —preguntó Aldanor.

—Es un animal mágico, por supuesto —respondió Folará—. Pero en realidad es Whinney, la yegua de Ayla, que representa a una zelandoni. Según dice la Primera, todos sus caballos y Lobo son zelandonia. Por eso han decidido permanecer a su lado.

El extraño animal zelandoni ahuyentó a todos los demás animales, y enseguida varios zelandonia y fabuladores volvieron a toda prisa, ya sin disfraz, y empezaron a tocar tambores y flautas. Unos cuantos cantaron algunas de las leyendas más antiguas; otros narraron los relatos y las tradiciones conocidos y apreciados por todos.

Los zelandonia se habían preparado bien. Emplearon todos los recursos que conocían para captar y retener la atención de la enorme multitud. Cuando Ayla, que llevaba el rostro pintado con los dibujos de una zelandoni —por entero, salvo la zona en torno a su nuevo tatuaje, que quedaba al descubierto para mostrar la marca permanente de aceptación—, se colocó delante del grupo, las dos mil personas contuvieron el aliento, dispuestas a no perderse ni una sola de sus palabras, ni uno solo de sus gestos.

Sonaron tambores, y el agudo silbido de las flautas se entremezcló con su sonido grave, lento, constante e inexorable, en parte de un tono por debajo del nivel auditivo, pero percibido a un nivel muy profundo: tam, tam, tam. La cadencia cambió de ritmo, hasta coincidir con el compás de una estrofa familiar, y sumó sus voces para cantar o recitar el comienzo del Canto a la Madre.

En el caos del tiempo, en la oscuridad tenebrosa,

*el torbellino dio a luz a la Madre gloriosa.
Despertó ya consciente del gran valor de la vida,
el oscuro vacío era para la Gran Madre una herida.
La Madre sola se sentía. A nadie tenía.*

La Primera, con su voz espectacular, poderosa y vibrante, también empezó a cantar. Los tambores y las flautas acompañaban a los que seguían cantando y recitando el Canto a la Madre. Hacia la mitad, la gente empezó a fijarse en lo profunda y singular que era la voz de la Primera y calló para escucharla. Cuando la Primera llegó a la última estrofa, se interrumpió y sólo quedó el sonido de los tambores tañidos por los parientes de Ayla.

Pero a la gente le pareció casi oír la letra. Y al cabo de un momento ya no le cupo duda de que así era, sólo que pronunciada con un acento extraño e inquietante. Al principio, el público no sabía muy bien qué oía. Los dos jóvenes mamutoi se hallaban ante la multitud con sus pequeños tambores y tocaban la última estrofa del Canto a la Madre con un peculiar ritmo entrecortado. El tamborileo sonaba como palabras recitadas con voz palpitante, como si alguien cantase variando rápidamente la intensidad de la respiración, sólo que no era la respiración de una persona, ¡eran tambores! ¡Los tambores pronunciaban palabras!

Laaa Maaadre queeeedó saatisfeecha...

Reinaba un silencio profundo entre el público, que aguzaba el oído para oír hablar a los tambores. Ayla, recordando cómo había aprendido a proyectar la voz para que la oyeran bien incluso los que se hallaban al fondo y empleando un tono incluso más grave del habitual, se dirigió con una voz sonora y potente hacia la oscuridad, ahora iluminada tan sólo por una fogata. El único sonido que oyó la multitud allí reunida, que parecía proceder del aire mismo, transportado por el repique de los tambores, era la voz de Ayla recitando la última estrofa del Canto a la Madre y repitiendo las palabras pronunciadas por los tambores.

*La Madre quedó satisfecha de la pareja que había creado.
Les enseñó a amarse y respetarse en el hogar formado,
y a desear y buscar siempre su mutua compañía,
sin olvidar que el don del placer de la Madre provenía.
Antes de su último estertor, sus hijos conocían ya el amor.*

Se atenuó imperceptiblemente el ritmo del tamborileo. Todos sabían que era el

final, que sólo faltaba un verso, pero quedó en suspenso, sin que nadie supiera por qué. Se pusieron nerviosos, y aumentó la tensión. Cuando los tambores llegaron al final de la estrofa, en lugar de detenerse, prosiguieron con palabras desconocidas.

Anunciaaar que el hooombre...

La gente escuchó con atención, pero seguía sin saber muy bien qué había oído. En ese momento Ayla, sola allí en medio, repitió la estrofa lentamente, dando énfasis a cada palabra.

*Anunciar que el hombre participa, ese fue Su último don:
para iniciarse la nueva vida, él debe hallar satisfacción.
La Madre se siente honrada cuando a la pareja ve yacer,
porque la mujer concibe cuando ambos comparten el placer.
Con los Hijos ya bendecidos, la Madre goza de un descanso merecido.*

Eso no formaba parte del canto. ¡Eso era nuevo! Nunca habían oído esos versos. ¿Qué significaban? La gente sintió cierto desasosiego. Desde que lo conocían o lo recordaban, o de hecho desde tiempos inmemoriales, el Canto a la Madre siempre había sido igual, salvo por variaciones insignificantes. ¿Por qué ahora era distinto? Aún no habían asimilado el significado de esas nuevas palabras. Ya bastante inquietante era que añadiesen otra estrofa, que el Canto a la Madre hubiese cambiado.

De pronto se apagó la última fogata. Estaba todo tan a oscuras que nadie se atrevió a moverse.

—¿Eso qué significa? —preguntó alguien en voz alta.

—Sí, ¿qué significa? —repitió otro.

Pero Jondalar no preguntó nada. Él ya lo sabía. «Así que es verdad», pensó. «Todo lo que decía Ayla es verdad.» Aunque había tenido tiempo de sobra para pensar en ello, incluso él pugnaba por entender las implicaciones. Ayla siempre le había asegurado que Jonayla era hija de él, su verdadera hija, de su carne y no sólo de su espíritu. Había sido concebida de resultas de sus acciones. No por la intervención de un espíritu amorfo invisible que de algún modo la Madre había mezclado con el espíritu de Ayla dentro de ella. La hizo él. La hicieron los dos, Ayla y él. Él había entregado a Ayla su esencia por medio de su virilidad, de su miembro, y eso se combinó con algo dentro de ella para iniciarse una vida.

No siempre sucedía. Él había depositado su esencia dentro de ella en muchas ocasiones. Quizá se requería una gran cantidad de esencia. Ayla siempre había dicho que no sabía muy bien cómo sucedía, sólo sabía que el inicio de una vida se debía a la

unión entre un hombre y una mujer. La Madre había concedido a Sus hijos el don de los placeres para crear vida. ¿Acaso no era lógico que fuera un placer dar comienzo a una nueva vida? ¿Sería por eso que el deseo de Jondalar de verter su esencia en una mujer era tan fuerte? ¿Porque la Madre quería que Sus hijos crearan a sus propios hijos?

Le pareció que su cuerpo tenía un nuevo sentido, que en cierta manera había cobrado vida. Los hombres eran necesarios. ¡Él era necesario! Sin él, Jonayla no habría existido. Si hubiese sido otro hombre, Jonayla no sería Jonayla. Ella era quien era debido a los dos, a Ayla y él. Sin el hombre, no podía crearse una nueva vida.

Se encendieron antorchas en torno a la periferia. La gente empezó a levantarse y a moverse de aquí para allá. Sacaron la comida y la sirvieron en varios espacios distintos. Cada caverna, o cada grupo de cavernas relacionadas entre sí, disponía de su propio lugar donde celebrar el banquete a fin de que nadie tuviera que esperar demasiado tiempo para comer. Salvo los niños, casi nadie había comido gran cosa a lo largo del día. Algunos habían estado demasiado ocupados, otros habían preferido reservarse para el banquete, y si bien no era obligatorio, se consideraba conveniente comer de manera frugal antes del ágape principal un festejo.

Mientras se dirigían hacia el banquete, todavía inquietos, conversaban y se hacían preguntas unos a otros.

—Vamos, Jondalar —dijo Joharran.

Jondalar no lo oyó. Estaba tan absorto en sus pensamientos que para él la multitud ni siquiera existía.

—¡Jondalar! —repitió Joharran, y le sacudió el hombro.

—¿Qué? —dijo Jondalar.

—Vamos, ya están sirviendo la comida.

—Ah —contestó el hermano menor, pero las ideas siguieron arremolinándose en su mente mientras se ponía en pie.

—¿Qué crees que significa todo eso? —preguntó Joharran cuando se echaron a andar.

—¿Has visto adónde ha ido Ayla? —preguntó Jondalar, todavía ajeno a todo salvo a sus propios pensamientos.

—No la he visto, pero supongo que no tardará en reunirse con nosotros. ¡Menuda ceremonia! Habrá requerido mucho trabajo y planificación. Incluso los zelandonia necesitan relajarse y comer de vez en cuando —comentó Joharran. Avanzaron unos pasos—. ¿Qué crees que significaba eso, Jondalar, esa última estrofa del Canto a la Madre?

Jondalar se volvió por fin para mirar a su hermano.

—Significa lo que ha dicho, que «el hombre participa». No sólo las mujeres son

bendecidas. No puede iniciarse una nueva vida sin el hombre.

Joharran frunció el entrecejo, y en su frente se formaron arrugas idénticas a las de su hermano.

—¿De verdad crees eso?

Jondalar sonrió.

—Lo sé.

Cuando se acercaron al lugar donde la Novena Caverna se había congregado para el banquete, repartían ya una potente bebida. Alguien puso unos vasos tejidos impermeables en las manos de Jondalar y Joharran. Probaron el contenido, pero no era lo que esperaban.

—¿Qué es esto? —preguntó Joharran—. Pensaba que sería el brebaje de Laramar. Sabe bien, aunque quizá sea un poco suave.

A Jondalar el sabor le resultó familiar, y volvió a probarlo. ¿Dónde lo había tomado antes?

—¡Ah! ¡Con los losadunai!

—¿Cómo dices? —preguntó Joharran.

—Esta es la bebida que sirven los losadunai en las Festividades de la Madre. Tiene un sabor suave, pero no la subestimes —advirtió Jondalar—. Es muy fuerte. Te coge desprevenido. Ha debido de prepararla Ayla. ¿Has visto adónde ha ido después de la ceremonia?

—Me ha parecido verla salir del pabellón ceremonial. Llevaba ya la ropa de diario —contestó Joharran.

—¿Has visto hacia dónde iba?

—Mira, allí está, donde sirven la bebida nueva.

Jondalar se encaminó hacia un grupo nutrido de gente arremolinada en torno a una gran caja de madera ranurada, cuyo contenido distribuían en un vaso tras otro. Cuando vio a Ayla, ella se hallaba al lado de Laramar, entregándole un vaso que acababa de llenar. Él dijo algo, y ella soltó una carcajada, luego le sonrió.

Laramar, sorprendido, le lanzó una mirada lasciva. «Tal vez esta mujer no está tan mal después de todo», pensó. «Antes siempre se mostraba altiva y apenas me dirigía la palabra. Pero ahora es una zelandoni, y se supone que los zelandonia deben honrar a la Madre en las festividades. Es posible que esta festividad acabe siendo muy interesante.» De pronto apareció Jondalar. Laramar, defraudado, frunció el entrecejo.

—Ayla —dijo Jondalar—. Necesito hablar contigo. Vámonos de aquí. —La cogió del brazo e hizo ademán de dirigirse hacia un sitio donde no había tanta gente.

—¿Hay alguna razón para que no puedas hablar aquí? Seguro que te oiré; no me he quedado sorda de repente —repuso Ayla, apartando el brazo.

—Es que necesito hablar contigo a solas.

—Has tenido oportunidades de sobra para hablar conmigo a solas antes, pero no

te has dignado. ¿Por qué de pronto es tan importante? Esto es la Festividad de la Madre. Pienso quedarme aquí y pasármelo bien —dijo, y se volvió para sonreír a Laramar de un modo un tanto insinuante.

Jondalar lo había olvidado. En su agitación por la reciente revelación, Jondalar lo había olvidado. De pronto lo recordó todo. ¡Ayla lo había visto con Marona! Y era verdad: desde ese momento no había vuelto a hablar con ella. Y ahora ella no quería hablar con él. Palideció y, tambaleándose como si hubiera recibido un golpe, se alejó a trompicones. Se le veía tan abatido y confuso que Ayla estuvo a punto de llamarlo y pedirle que volviera, pero se contuvo.

Jondalar, aturdido y ensimismado, fue de un lado a otro. Alguien le puso un vaso en la mano. Él se lo bebió sin pensar. Otra persona volvió a llenárselo. Ayla tenía razón, se dijo. Había tenido tiempo de sobra para hablar con ella, para intentar explicarle las cosas. ¿Por qué no lo había hecho? Ella había ido en busca de él y lo había encontrado con Marona. ¿Por qué no había ido él en busca de ella? Porque estaba avergonzado y temía haberla perdido. ¿En qué estaría pensando? Había intentado esconder a Ayla su relación con Marona. Tenía que habérselo contado sin más. En realidad, ni siquiera debería haber tenido trato ninguno con Marona. ¿Por qué le había parecido tan atractiva? ¿Por qué la había deseado tanto? ¿Sólo porque estaba disponible? Ahora ni siquiera le interesaba.

Ayla dijo que había perdido un hijo. ¡Un hijo de él!

—Ese hijo era mío —clamó—. ¡Era mío!

Unas cuantas personas que pasaron por su lado lo miraron y, viéndolo tambalearse y hablar solo, cabecearon.

El niño que Ayla había perdido era de él. Había recibido la llamada. Jondalar había oído algo acerca de su terrible experiencia, y en ese momento había querido ir a buscarla, ofrecerle consuelo. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué se había empeñado en mantenerse alejado de ella? Ahora Ayla no quería hablar con él. ¿Podía echárselo en cara? Si ella no quería volver a hablar con él, no podía reprocharle nada.

¿Y si no quería volver a hablar con él? ¿Y si de verdad no quería verlo nunca más? ¿Y si no quería volver a compartir los placeres con él? De pronto cayó en la cuenta: si ella se negaba a compartir los placeres con él, él nunca podría crear otro niño con ella. Nunca tendría otro hijo con Ayla.

De repente prefirió pensar que no era él, sino un espíritu, quien engendraba un hijo, que era algo que sucedía, así sin más, al margen de lo que uno hiciera. Pero si era él, la esencia de su virilidad, y ella no lo quería a su lado, él ya no tendría más hijos. No se planteó siquiera que pudiera concebir hijos con otra mujer. Era a Ayla a quien amaba. Ella era su compañera. Era a los hijos de ella a quienes él había prometido proveer. Esos serían los hijos de su hogar. No quería otra mujer.

Mientras Jondalar se paseaba tambaleante con un vaso en la mano, no llamaba la

atención más que cualquiera de los muchos asistentes a la fiesta que, con paso vacilante, deambulaban de aquí para allá cerca de los lugares donde se servía comida y bebida. Unas personas risueñas chocaron con él. Acababan de llenar un odre con una bebida potente.

—Uy, lo siento. Deja que te llene el vaso. No se puede tener el vaso vacío en una Festividad de la Madre —dijo una de ellas.

Nunca se había celebrado tanto una festividad como en esa ocasión. Había más comida de la que podía consumirse, más brebaje y vino y otras bebidas de los que podían ingerirse. Incluso había hojas para fumar, ciertas setas y otros bocados especiales. Nada estaba prohibido. Unas cuantas personas, que habían salido elegidas por azar o se habían ofrecido voluntarias para abstenerse de las actividades de la festividad, velaban por la seguridad del campamento, asistían a los que inevitablemente se lastimaban y atendían a quienes perdían el control. Y no había por allí niños pequeños con los que los juerguistas pudieran tropezar o de los que tuvieran que preocuparse. Los habían agrupado a todos en el campamento situado en el límite del de la Reunión de Verano, y se hallaban bajo la vigilancia de doniers y otras personas.

Jondalar bebió un sorbo del vaso que acababan de llenarle, sin percatarse de que, mientras se paseaba con el vaso, se le derramaba casi todo el contenido con el movimiento. No había comido nada, y las bebidas que circulaban en abundancia empezaban a hacerle mella. La cabeza le daba vueltas y tenía la visión borrosa, pero su mente, atrapada aún en sus pensamientos íntimos, permanecía ajena a todo. Oyó música de baile y los pies lo llevaron hacia el sonido. Vio vagamente a los bailarines moverse en círculo a la parpadeante luz del fuego.

De pronto una mujer pasó bailando a su lado y, al fijar la mirada en ella, se le despejó la vista. Era Ayla. La observó bailar con varios hombres. Se reía como si estuviera borracha. Con paso vacilante, se apartó del círculo. La siguieron tres hombres, toqueteándola, quitándole la ropa. Ella perdió el equilibrio y cayó junto con los hombres, formando todos una pila. Uno de ellos se colocó encima, le separó las piernas bruscamente y la embistió con su miembro henchido. Jondalar lo reconoció. ¡Era Laramar!

Paralizado ante lo que veía, incapaz de moverse, Jondalar lo vio sacudirse arriba y abajo, hacia dentro y hacia fuera. ¡Laramar! ¡Aquel haragán borracho y sucio! Ayla ni siquiera se dignaba dirigirle la palabra, y sin embargo ahora estaba con él. Cuando no permitía a Jondalar amarla, compartir los placeres. No le permitía crear un hijo con ella.

¿Y si Laramar creaba un hijo con ella?

La sangre se le subió a la cabeza. Lo único que veía en medio de una bruma roja era a Laramar, encima de Ayla, encima de su compañera, agitándose arriba y abajo.

De pronto, poseído de una ira abrasadora, bramó:

—¡Está creando a mi hijo!

Jondalar, con su elevada estatura, recorrió la distancia en tres zancadas. Apartó a Laramar de Ayla, lo obligó a volverse y, mientras el otro hombre alzaba la vista atónito, le asestó un puñetazo en plena cara. Laramar cayó desplomado, casi inconsciente. No sabía quién le había golpeado, ni qué había sucedido.

Jondalar se abalanzó sobre él. En un arrebató feroz y brutal de celos e indignación, empezó a pegar a Laramar, a descargar los puños sobre él, a vapulearlo, incapaz de detenerse. Con voz tensa por la frustración, que aumentó de volumen hasta convertirse en un chillido agudo, repitió una y otra vez:

—¡Está creando a mi hijo! ¡Está creando a mi hijo!

Unos cuantos hombres intentaron apartarlo, pero él se zafó. Presa de aquella cólera enloquecida, poseía una fuerza casi sobrehumana. Varios más se acercaron para separarlo, pero estaba tan fuera de sí que era imposible contenerlo.

Súbitamente, en el instante en que Jondalar echaba hacia atrás el puño para hundirlo una vez más en la masa de pulpa sanguinolenta ya irreconocible como rostro, una mano enorme lo agarró por la muñeca. Jondalar siguió forcejeando mientras lo apartaban del hombre inconsciente tirado en el suelo, al borde de la muerte. Intentó desprenderse de aquellos brazos enormes y fuertes que lo inmovilizaban, pero le fue imposible.

Mientras Danug lo sujetaba, la Zelandoni exclamaba:

—¡Jondalar! ¡Jondalar! ¡Basta ya! ¡Vas a matarlo!

Reconoció vagamente la voz familiar de la mujer que en su día se llamó Zolena, y recordó haber pegado a un hombre por ella, y en ese momento se le quedó la mente en blanco. Mientras varios zelandonia corrían a atender a Laramar, el musculoso gigante pelirrojo cogió a Jondalar en brazos como a un bebé y se lo llevó de allí.

Capítulo 37

La Zelandoni dio a Ayla uno de los vasos de trama tupida de junco confeccionados especialmente para la festividad, casi lleno de una infusión caliente de hierbas relajantes. Dejó otro vaso en una mesa baja y se sentó en un amplio taburete junto al de Ayla. Estaban las dos en el gran alojamiento de los zelandonia, solas salvo por el hombre inconsciente acostado en una cama cercana con el rostro envuelto en pieles suaves que sujetaban cataplasmas. Varios candiles proyectaban el cálido resplandor de una luz tenue en torno al herido, y otros dos candiles ardían en la mesa baja junto a los vasos.

—Nunca lo había visto así —dijo Ayla—. ¿Por qué lo ha hecho, Zelandoni?

—Porque estabas con Laramar.

—Pero era una Festividad de la Madre. Ahora soy zelandoni. En principio debo compartir el don de la Madre en las festividades en honor de la Madre, ¿no? —dijo Ayla.

—Todo el mundo debe honrar a la Madre en sus festividades, y tú siempre lo has hecho, pero hasta ahora nunca con nadie excepto con Jondalar —respondió la mujer corpulenta.

—Que no lo haya hecho nunca con nadie más no debería tener la menor importancia. Al fin y al cabo, él ha estado apareándose con Marona —observó Ayla.

La Zelandoni advirtió un tono defensivo en su voz.

—Sí, pero tú entonces no estabas a su disposición. Ya sabes que a menudo los hombres comparten el don de los placeres de la Madre con otras mujeres cuando sus compañeras no están a mano, ¿o no? —preguntó La Que Era la Primera.

—Sí, claro —dijo Ayla, y se apresuró a bajar la mirada y tomar un sorbo de su infusión.

—¿Te molesta saber que Jondalar eligió a otra mujer, Ayla?

—Bueno, él nunca había elegido a nadie más, no desde que yo lo conozco —respondió Ayla, y miró a la mujer con sincera preocupación—. ¿Cómo es posible que lo conozca tan poco? Me cuesta creer lo que ha hecho. No lo habría creído si no lo hubiese visto. Primero anda por ahí a escondidas con Marona... y me entero de que eso ocurre ya desde hace tiempo. Luego va y... ¿por qué Marona?

—¿Cómo te sentirías si hubiese sido con otra mujer?

Ayla volvió a bajar la vista.

—No lo sé. —Alzó la mirada hacia la Zelandoni—. ¿Por qué no me buscó si quería satisfacer sus necesidades? Nunca lo he rechazado. Nunca.

—Tal vez sea por eso. Tal vez sabía que estabas cansada, o inmersa en tu aprendizaje, y no quería imponer su voluntad sabiendo que no lo rechazarías —explicó la Zelandoni—. Y ha habido períodos en que tenías que renunciar a ciertas

cosas, como los placeres, la comida e incluso el agua.

—Pero ¿por qué con Marona? Creo que de haber sido otra mujer, cualquier otra, lo habría entendido. Puede que no me hubiera gustado, pero lo habría entendido. ¿Por qué con esa mujer?

—Quizá porque ella se ofreció —respondió la Primera. Ayla se mostró tan confusa que la Zelandoni se apresuró a explicarse—: Todo el mundo sabía que ni Jondalar ni tú elegíais a nadie más, Ayla, ni siquiera en las Festividades de la Madre. Antes de emprender su viaje, Jondalar siempre estaba disponible, sobre todo en las festividades. Tenía un impulso sexual tan fuerte que rara vez se conformaba con una sola mujer. Era como si nunca quedara del todo satisfecho, hasta que regresó contigo. Y cuando volvió, al cabo de un tiempo las mujeres dejaron de intentarlo. Si no estás disponible, nadie se ofrece. En general a las mujeres no les gusta que las rechacen. A Marona le era tan fácil conseguir a cualquier hombre que para ella un rechazo se convertía en un desafío. Jondalar pasó a ser un desafío especial, me parece.

—No me puedo creer lo poco que lo conozco. —Ayla cabeceó y bebió otro sorbo de infusión—. Zelandoni, ha estado a punto de matar a Laramar. Su cara nunca volverá a ser la de antes. Si Danug no hubiese estado allí, no sé si Laramar habría sobrevivido. Nadie más habría podido detenerlo.

—Ésta es una de las cosas que temía que pudieran suceder si explicábamos a la gente cuál era el papel del hombre al iniciarse una nueva vida, aunque no esperaba que ocurriera así, ni tan pronto. Sabía que surgirían problemas en cuanto se lo comunicáramos a los hombres, pero creía que dispondríamos de más tiempo para hacerles frente.

—No lo entiendo —comentó Ayla, arrugando el entrecejo otra vez—. Había pensado que a los hombres les gustaría saber que eran necesarios para iniciarse una nueva vida, tan necesarios como las mujeres, que esa era la razón por la que los creó la Madre.

—Es posible que les guste, pero en cuanto entiendan las implicaciones, puede que los hombres quieran asegurarse de que los niños de sus hogares son algo más que los hijos de sus compañeras. Puede que quieran tener la certeza de que los niños a quienes proveen han salido de ellos.

—¿Eso por qué habría de importarles? Antes no era así. Los hombres siempre han provisto a los hijos de sus compañeras. La mayoría de los hombres se alegran cuando sus compañeras traen hijos a sus hogares. ¿Por qué de pronto sólo van a querer proveer a los suyos? —preguntó Ayla.

—Puede que sea por una cuestión de orgullo. Es posible que se vuelvan posesivos con sus compañeras y sus hijos —dijo la Primera.

Ayla bebió otro sorbo de infusión y se quedó pensativa, con expresión ceñuda.

—¿Cómo van a saberlo con certeza? Es la mujer la que da a luz. Lo único que

puede saber un hombre con toda seguridad es que un niño es hijo de su compañera.

—Un hombre sólo puede estar seguro si la mujer comparte los placeres sólo con él —explicó la Zelandoni—. Como tú, Ayla.

Las arrugas en la frente de Ayla se hicieron más profundas.

—Pero ¿y las Festividades de la Madre? La mayoría de las mujeres las esperan con expectación. Quieren honrar a la Madre, compartir su don de los placeres con más de un hombre.

—Sí, eso le pasa a la mayoría de las mujeres, y también a los hombres. Añade emoción e interés a sus vidas. Casi todas las mujeres quieren también tener un compañero que las ayude a proveer a sus hijos —dijo la Zelandoni.

—Algunas mujeres no se emparejan. Las ayudan las madres, las tías y los hermanos, sobre todo cuando tienen un hijo recién nacido. Incluso la caverna ayuda a las mujeres a cuidar de sus hijos. Los niños siempre han estado bien provistos —señaló Ayla.

—Es verdad, pero las cosas pueden cambiar. En el pasado hemos tenido años difíciles, con escasez de animales y plantas que comer. En tiempos de penuria, la gente no siempre está dispuesta a compartir. Si sólo tienes comida para un niño, ¿a qué niño se la darás?

—Renunciaría a mi propia comida por cualquier niño —contestó Ayla.

—Sí, por un tiempo. Eso mismo haría la mayoría de la gente. Pero ¿por cuánto tiempo? Si no comes, te debilitas y enfermas. Y entonces ¿quién se ocupará de tu hijo?

—Jonda... —empezó a decir Ayla, pero de pronto calló y se llevó una mano a la boca.

—Exacto.

—Pero Marthona también ayudaría, y Willamar, incluso Folara. Toda la Novena Caverna ayudaría —se precipitó a decir Ayla.

—Es verdad, Marthona y Willamar sí te echarían una mano, mientras pudieran, pero ya sabes que Marthona no está bien de salud, y Willamar tampoco es un mozalbete. Folara va a emparejarse con Aldanor en la última ceremonia matrimonial de esta estación. Cuando tenga su propio hijo, ¿a quién amamantará primero?

—Las cosas nunca se ponen tan mal, Zelandoni. A veces hay cierta escasez en primavera, pero siempre se puede encontrar algo para comer —objetó Ayla.

—Y espero que siempre sea así, pero una mujer suele sentirse más segura si tiene a un compañero para ayudarla.

—A veces dos mujeres comparten un hogar y se ayudan con sus hijos —señaló Ayla. Pensaba en la gente de Aldanor, los s'armunai, y en Attaroa, que intentó deshacerse de todos los hombres.

—Y pueden convertirse en una pareja. Siempre conviene tener a alguien que te

eche una mano, alguien que se preocupe, pero la mayoría de las mujeres elige a hombres. Así es como la Madre nos ha creado a casi todos nosotros, y tú nos has explicado la razón, Ayla.

Ayla dirigió una mirada al hombre que yacía en la cama.

—Pero si sabías que todo iba a cambiar, Zelandoni, ¿por qué lo has permitido? Eres la Primera. Podías haberlo impedido —preguntó Ayla.

—Es posible, durante un tiempo. Pero la Madre no te lo habría dicho si no hubiera querido que Sus hijos lo supieran. Y una vez decidido por Ella, era inevitable. No podía mantenerse en secreto. Cuando una verdad está lista para darse a conocer, puede retrasarse, pero no ocultarse —afirmó la Zelandoni.

Ayla cerró los ojos, pensativa. Por fin los abrió y dijo:

—Jondalar estaba tan... furioso, tan violento... —Se le anegaron los ojos en lágrimas.

—La violencia siempre ha estado presente en él, Ayla. Lo está en la mayoría de los hombres. Ya sabes lo que hizo Jondalar a Madroman, y entonces era poco más que un niño. Sólo que aprendió a contenerla, casi siempre.

—Pero no podía dejar de pegarle. Ha estado a punto de matar a Laramar. ¿Por qué?

—Porque tú has elegido a Laramar, Ayla. Todo el mundo ha oído gritar a Jondalar: «Está creando a mi hijo». Puedes estar segura de que ningún hombre ha olvidado esas palabras. ¿Por qué has elegido a Laramar?

Ayla agachó la cabeza y las lágrimas resbalaron por su rostro cuando empezó a sollozar quedamente.

—Porque Jondalar eligió a Marona. —Las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo de pronto empezaron a derramarse y fue incapaz de retenerlas—. Zelandoni, no sabía lo que eran los celos hasta que los vi juntos. Acababa de perder a mi hijo, y había estado pensando en Jondalar y tenía muchas ganas de verlo, y tal vez de crear otro hijo con él. Fue tan doloroso verlo con Marona, y sentí tal rabia, que quise devolverle el daño.

La Zelandoni cogió un trozo de venda y se lo dio para que se enjugara los ojos y la nariz.

—Y después él se negó a hablar conmigo. No me dijo que lamentaba que yo hubiera perdido a mi hijo. Ni me abrazó ni me consoló. Ni siquiera me tocó, ni una sola vez. No me dijo ni una palabra. Me dolió aún más que se negara a hablar conmigo. Ni siquiera me dio la oportunidad de enfadarme, de decirle cómo me sentía. Ni siquiera sabía si aún me quería. —Se sorbió la nariz, volvió a enjugarse las lágrimas y prosiguió.

—Cuando Jondalar me vio en la fiesta, y finalmente se acercó para decirme que quería hablar conmigo, dio la casualidad de que Laramar estaba allí. Sé que Jondalar

no siente el menor respeto por él. No hay hombre que le desagrade más. Opina que Laramar no sólo trata mal a su compañera y sus hijos, sino que incita a otros a imitarlo. Yo sabía que Jondalar se enfadaría si elegía a Laramar y no a él, sabía que le dolería. Pero no sabía que se comportaría de un modo tan brutal. No sabía que intentaría matarlo. De verdad que no lo sabía.

La Zelandoni tendió los brazos hacia Ayla y la estrechó mientras lloraba.

—Me imaginaba que sería algo así —dijo, dándole palmadas en la espalda y dejándola desahogarse con el llanto, si bien al mismo tiempo analizaba los detalles.

«Tenía que haber estado más atenta», se reprochó la Zelandoni. «Yo sabía que había abortado, y que eso siempre acarrea cierta melancolía, y sabía que Jondalar no llevaba bien la situación. Siempre le pasa lo mismo en estos casos, pero Ayla parecía tenerlo todo bajo control. Me constaba que estaba disgustada con Jondalar, pero no me di cuenta de hasta qué punto. Tenía que haberlo supuesto, con ella es difícil saberlo. Me sorprendió que hubiera recibido la llamada. Me parecía que no estaba del todo lista, pero nada más verla supe que había sucedido.

»Pensé que había sido difícil para ella, sobre todo por el aborto, pero es una mujer muy fuerte. No me hice cargo hasta que hablé con Marthona y me contó lo terrible que fue. Después, cuando Ayla relató su llamada delante de toda la zelandonia, y entonces también me cogió desprevenida, supe que había que hacer algo al respecto de inmediato. Tendría que haber hablado con ella antes, así habría sabido qué cabía esperar. Habría tenido tiempo para pensar en las posibles consecuencias. Pero en las Reuniones de Verano siempre hay muchas cosas que atender. Aunque eso no es excusa. Debería haber estado allí para ayudarla, para ayudarlos a los dos, y no estuve. Debo aceptar la responsabilidad de gran parte de este desagradable incidente».

Mientras Ayla permanecía apoyada en el blando hombro de la mujer corpulenta, sollozando y dejando escapar por fin las lágrimas que había contenido durante tanto tiempo, seguía pensando en la pregunta de la Zelandoni. «¿Por qué he elegido a Laramar? ¿Por qué al peor hombre de toda la caverna, el peor probablemente de todos los presentes en la Reunión de Verano?

»Esta Reunión de Verano ha sido espantosa. En lugar de venir aquí corriendo, debería haberme quedado en la caverna. Así no los habría visto juntos. Si no hubiese visto a Marona y Jondalar, si simplemente alguien me lo hubiese contado, habría sido más llevadero. Tampoco me habría gustado, pero al menos no seguiría viéndolos cada vez que cierro los ojos.

»Tal vez por eso he elegido a Laramar, por eso he querido hacer tanto daño a Jondalar. Deseaba que se sintiera como me sentía yo. ¿Y eso en qué me convierte? Ese deseo de devolver el golpe, de hacer daño. ¿Es eso digno de una zelandoni? Si tanto lo quería, ¿por qué deseaba hacerle daño? Porque estaba celosa. Ahora entiendo por qué los zelandonii intentan prevenir los celos.

»Los celos son horribles. No tenía por qué sentirme tan dolida. Jondalar no hizo nada malo. Tenía derecho a elegir a Marona si lo deseaba. No estaba incumpliendo su compromiso: seguía contribuyendo al hogar, seguía ayudando a proveernos a Jonayla y a mí. Siempre ha hecho más de lo que debía. Es posible que haya cuidado a Jonayla más que yo. Sé lo mal que se sentía por haber pegado a Madroman cuando era más joven. Se odiaba por eso, y en estos momentos debe de sentirse fatal. ¿Y qué será de él ahora? ¿Qué le hará la Novena Caverna, o los zelandonia, o todos los zelandonii, por haber estado a punto de matar a Laramar?»

Ayla por fin se apartó de la mujer corpulenta, se enjugó los ojos y la nariz y cogió el vaso con la infusión. La Zelandoni esperaba que le hubiera sentado bien desahogarse, pero los pensamientos seguían arremolinándose en la cabeza de Ayla. «Ha sido todo culpa mía», pensó. Las lágrimas volvieron a resbalar por sus mejillas mientras, casi sin darse cuenta, se tomaba la infusión fría. «Laramar está muy mal herido, nunca volverá a ser el mismo, y la culpa es mía. No estaría herido si yo no le hubiese incitado, si no le hubiese provocado, si no le hubiese dado a entender que lo deseaba.»

Y había tenido que obligarse a sí misma a hacerlo. Le horrorizaba sólo pensar que él la había tocado con sus manos sucias y sudorosas. Le daba grima, una sensación de picor en la piel, de suciedad, que no podía quitarse por mucho que se lavara. Se había bañado, se había restregado casi hasta tener la piel en carne viva, se había enjuagado a fondo. Aun consciente de que era peligroso, había bebido una infusión de hojas de muérdago y otras hierbas, que le provocó vómitos y un intenso dolor de vientre, para expulsar cualquier cosa que hubiera podido iniciarse dentro de ella. Y a pesar de todo eso, no consiguió deshacerse de la sensación que le había dejado Laramar.

¿Por qué lo había hecho? ¿Para hacer daño a Jondalar? Era ella quien no tenía tiempo para él. Era ella quien se pasaba la noche en vela y casi todo el día memorizando canciones y relatos y símbolos y palabras de contar. Si tanto lo quería, ¿por qué nunca encontraba tiempo para él?

¿Era porque le gustaba su adiestramiento? Sí lo disfrutaba, disfrutaba aprendiendo todo aquello que debía saber para ser zelandoni: los conocimientos que podían revelarse, y lo que permanecía oculto; los símbolos que tenían un significado oculto, los símbolos que podía trazar en una piedra, o pintar en una tela, o tejer en una esterilla. Ahora conocía sus significados. Todos los zelandonia los conocían. Podía enviar una piedra con símbolos grabados a otro zelandoni, y la persona que se la llevara ni siquiera sabría que esa piedra significaba algo, pero el otro zelandoni sí sabría interpretarlos.

Y le encantaba el lado ceremonial. Ayla recordó lo mucho que la conmovió e impresionó su primera ceremonia con los zelandonia en las profundidades de la cueva. Ahora sabía qué debía hacerse para causar esa clase de impresión. Había

aprendido todos los trucos, aunque no eran sólo trucos. Algunas cosas eran reales, tan reales que daban miedo. Sabía que algunos zelandonia, sobre todo los de mayor edad, en realidad ya no se lo creían. Lo habían repetido todo demasiadas veces, se habían acostumbrado a su propia magia. Cualquiera podía hacerlo, decían. Tal vez fuera verdad, pero no sin un adiestramiento. No sin ayuda, ni sin medicinas mágicas. ¿Qué valor tenía volar sin viento, dejando el cuerpo entre los zelandonia o en la caverna, para alguien que había olvidado que no todo el mundo podía hacerlo, o para alguien que sólo lo hacía por costumbre o por sentido del deber?

Ayla de pronto recordó que, en su iniciación, La Que Era la Primera había afirmado que algún día ella, Ayla, sería la Primera. En ese momento no le había concedido la menor importancia; no se veía como Primera, y además tenía compañero y una hija. ¿Cómo podía alguien ser la Primera si al mismo tiempo tenía un compañero y familia? Algunos zelandonia tenían familia, pero no muchos.

Lo único que había deseado siempre, desde niña, era tener un compañero e hijos, su propia familia. Iza le había vaticinado que nunca tendría hijos, porque su tótem de la Caverna del León era demasiado fuerte; pero ella los sorprendió a todos: tuvo un hijo. Broud se habría llevado un disgusto si se hubiese enterado de que, al forzarla, le había dado precisamente lo que más deseaba. Pero en esa ocasión no había intervenido el don de los placeres. Broud no la eligió movido por el afecto. La aborrecía. La forzó sólo porque quería demostrarle que podía tratarla como le viniera en gana, y porque sabía que eso a ella la atormentaba.

Ahora Ayla se había hecho eso a sí misma. Se había forzado a elegir a un hombre al que detestaba para hacer daño al hombre al que amaba. ¡Y cómo había reaccionado Jondalar a causa de los celos! Ella tenía la culpa de que él hubiera estado a punto de matar a un hombre. Ayla no se merecía una familia. Si había sido incapaz de cuidar de su familia siendo sólo acólita, ¿cómo iba a conseguirlo siendo una zelandoni de pleno derecho? Jondalar estaría mejor sin ella. Tal vez debía devolverle la libertad, permitirle buscar a otra compañera.

Pero ¿cómo podía no estar emparejada con Jondalar? ¿Cómo podía vivir sin Jondalar? La idea desató un nuevo río de lágrimas, y eso dio que pensar a la Zelandoni. Hubiera dicho que Ayla había agotado ya antes las lágrimas. ¿Cómo podía vivir sin Jondalar?, siguió pensando Ayla. Y sin embargo, ¿cómo podía Jondalar vivir con ella ahora? Ayla no se lo merecía. Casi lo había inducido a matar, sin más razón que el hecho de que él hubiese sentido el deseo de satisfacer sus necesidades con otra. Necesidades que obviamente ella no satisfacía. Incluso las mujeres del clan lo hacían, siempre que sus compañeros lo deseaban. Jondalar se merecía a una mujer mejor.

«Pero ¿y Jonayla? También es hija de él, y la quiere mucho. Ha cuidado de ella más que yo. Jonayla se merece a una madre mejor que yo. Si rompo el vínculo, él podrá emparejarse otra vez. Sigue siendo el hombre más hermoso... no, el hombre

más apuesto de todas las cavernas. Todo el mundo lo piensa. Le sería fácil encontrar a otra mujer, incluso a una más joven. Yo ya soy mayor. Una mujer más joven podría darle más hijos. Si quisiera, hasta podría elegir a... Marona.» Le dolió sólo pensarlo, pero sintió la necesidad de castigarse, y no se le ocurrió un dolor mayor.

«Eso haré. Romperé el vínculo y dejaré a Jonayla con Jondalar, y permitiré que él encuentre a otra mujer con la que formar una familia. Cuando vuelva a la Novena Caverna, no me instalaré en mi casa, me iré a vivir con la Zelandoni, o me construiré otra vivienda, o me marcharé y seré la zelandoni de otra caverna... si es que alguna caverna me quiere. Tal vez deba marcharme sin más, encontrar otro valle y vivir sola.»

La Zelandoni observó la sucesión de emociones reflejadas en el rostro de Ayla, pero no pudo descifrarlas plenamente. «Esta mujer siempre ha tenido algo de insondable», pensó la Zelandoni. «Pero no cabe duda: algún día será la Primera.» La Zelandoni nunca había olvidado el día que, en la morada de Marthona, Ayla, joven y sin adiestrar, se había impuesto a la poderosa mente de la Primera. Aquello la había afectado más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Si te sientes mejor, Ayla... Zelandoni de la Novena Caverna... deberíamos irnos. No conviene que lleguemos tarde a la reunión. La gente tendrá muchas preguntas que hacer, sobre todo después de lo sucedido entre Jondalar y Laramar —dijo La Que Era la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra.

—Vamos, Jondalar. Tenemos que ir a la reunión. Quiero hacer unas cuantas preguntas —instó Joharran.

—Ve tú, yo ya iré después —dijo Jondalar, sentado en unas pieles de dormir enrolladas, levantando apenas la vista.

—Lo siento mucho, Jondalar, pero no. Me han insistido especialmente en que me asegure de que vienes conmigo —replicó Joharran.

—¿Quiénes?

—La Zelandoni y Marthona, ¿quién si no?

—¿Y si no quiero ir a esa reunión? —preguntó Jondalar, poniendo a prueba sus prerrogativas. Se sentía tan desdichado que no quería moverse.

—En ese caso tendría que pedir a tu amigo, este mamutoi fortachón, que te lleve, igual que te trajo hasta aquí —dijo el hermano de Jondalar al tiempo que dirigía una sonrisa sombría a Danug. Estaban en el refugio que compartían Danug, Druwez, Aldanor y varios más. Como sólo lo usaban hombres, lo llamaban alojamiento alejado, aunque a diferencia de los demás alojamientos alejados no se hallaba en la periferia del campamento, ni a gran distancia de las viviendas familiares corrientes de la Novena Caverna—. Desde entonces apenas te has movido. Lo quieras o no, Jondalar, tendrás que enfrentarte a la gente. Es una reunión abierta. Nadie hablará de tu situación. Eso ya vendrá después, cuando veamos cómo se recupera Laramar.

—Debería lavarse un poco —señaló Solaban—. Todavía tiene manchas de sangre en la ropa.

—Tienes razón —coincidió Joharran, y miró a Jondalar—. ¿Vas a hacerlo tú, o tendrá que sumergirte alguien en el agua?

—Me da igual. Si quieres sumergirme en el agua, adelante —respondió Jondalar.

—Jondalar, coge una túnica limpia y ven al río conmigo —ordenó Danug en mamutoi. Era su manera de dar a entender a Jondalar que podía hablar en privado con él si no quería que los demás supieran qué decía; además, le gustaba sentir la soltura de hablar su propio idioma en lugar de andar luchando con el zelandonii.

—De acuerdo —dijo Jondalar, y dejando escapar un profundo suspiro, se obligó a levantarse—. De todos modos, da igual.

Realmente le traía sin cuidado lo que pudiera sucederle. Jondalar estaba convencido de que había perdido todo lo que era importante para él —su familia, incluida Jonayla, el respeto de sus amigos y su gente, pero, sobre todo, el amor de Ayla—, y de que se merecía perderlo.

Danug observó a Jondalar caminar lentamente a su lado en dirección al río, ajeno a todo. El joven mamutoi ya había visto antes esa misma clase de problemas entre las dos personas por las que había viajado desde tan lejos, personas que apreciaba mucho y que, como bien sabía, se querían más que cualquier otra pareja de cuantas conocía. Deseó encontrar una manera de hacerles entender lo que todos alrededor sabían, pero limitarse a decírselo no serviría de nada. Debían verlo por sí mismos, y ahora había otras personas implicadas. Jondalar había herido gravemente a un hombre, y si bien Danug no conocía en detalle las costumbres zelandonii, le constaba que aquello tendría consecuencias.

La Zelandoni corrió la cortina y apartó el bastidor del acceso trasero al gran alojamiento de los zelandonia, justo enfrente de la entrada principal. Asomando la cabeza, escudriñó la zona de reunión en las laderas que descendían hasta el campamento por la parte de atrás. La gente llevaba toda la mañana congregándose allí y estaba casi llena.

Como ella había supuesto, la gente tenía muchas preguntas que hacer. Empezaban a comprender el significado de la última ceremonia y la estrofa nueva del Canto a la Madre, pero albergaban dudas. A la Zelandoni le inquietaba pensar en los cambios que podían producirse, sobre todo después de ver la conducta de Jondalar. Echó un vistazo más para asegurarse de que habían llegado ciertas personas en particular y esperó un poco más a fin de dar tiempo a los rezagados para acomodarse. Finalmente dirigió una seña a un joven zelandoni, quien a su vez comunicó a los demás con otra seña que la Primera estaba lista, y una vez todo a punto la Zelandoni salió.

La Zelandoni Que Era la Primera era una mujer con mucha presencia, y su

imponente tamaño, tanto a causa de su estatura como de su masa corporal, contribuía a su magnífico porte. También dominaba un amplio repertorio de técnicas y tácticas para que una reunión se centrara en los puntos que ella deseaba resaltar, y emplearía todas sus aptitudes, tanto las intuitivas como las aprendidas, para transmitir aplomo y seguridad al gran número de personas que la miraban con tanta intensidad.

Conociendo la propensión de la gente a intervenir de manera espontánea, anunció que, debido al numeroso público, sería conveniente, por razones de orden, que las preguntas fueran planteadas por los jefes de las cavernas, o por un solo miembro de cada familia. Aun así, si alguien sentía la apremiante necesidad de tomar la palabra, no debía callarse.

Fue Joharran quien formuló la primera pregunta, pero era algo cuya aclaración deseaban todos.

—En cuanto a esa estrofa nueva, a ver si he entendido bien: ¿significa que Jaradal y Sethona son hijos míos, no sólo de Proleva?

—Sí, así es —respondió la Zelandoni Que Era la Primera—. Jaradal es tu hijo, y Sethona tu hija, Joharran, tanto como lo son de Proleva.

—¿Y es el don del placer de la Gran Madre Tierra la causa por la que se inicia la vida dentro de una mujer? —preguntó Brameval, el jefe de la Decimocuarta Caverna.

—El don que nos ha sido concedido por Doni no sólo es el don del placer, sino también el de la vida.

—Pero los placeres se comparten a menudo, y las mujeres no se quedan embarazadas todas las veces —intervino otra voz, incapaz de esperar.

—La Gran Madre Tierra es en todo caso quien tiene la última palabra. Doni no ha cedido todo Su conocimiento, todas Sus prerrogativas. Aún es ella quien decide cuándo será bendecida una mujer con una nueva vida —explicó la Primera.

—En ese caso, ¿qué diferencia hay entre usar el espíritu de un hombre o la esencia de su miembro para iniciar una vida? —preguntó Brameval.

—Está muy claro. Si una mujer no comparte nunca los placeres con un hombre, nunca tendrá un hijo. Si eso es lo que quiere, no puede limitarse a esperar a que algún día la Madre elija el espíritu de un hombre para dárselo. Una mujer debe honrar a la Madre compartiendo Su don de los placeres. El hombre debe liberar su esencia dentro de ella para que pueda mezclarse con la esencia de la mujer que la espera en su interior —dijo la mujer corpulenta.

—Algunas mujeres nunca se quedan embarazadas —señaló Tormaden, el jefe de la Decimonovena Caverna.

—Sí, eso es verdad. Yo no he tenido ningún hijo. Pese a haber honrado a la Madre a menudo, nunca me he quedado embarazada. No sé por qué —respondió la Primera—. Quizá porque la Madre me eligió para otro cometido. Sé que me habría sido muy difícil servir a la Madre tal como lo he hecho si hubiese tenido compañero e

hijos. Eso no significa que los zelandonia no deban tener hijos. Algunos los tienen y la sirven bien, aunque puede que sea más fácil para un zelandoni varón estar emparejado y tener hijos en su hogar que para una mujer. Un hombre no tiene que pasar por el embarazo, el parto y la lactancia. Algunas mujeres pueden hacer las dos cosas, sobre todo si su llamada es muy fuerte, pero necesitan compañeros y familiares muy afectuosos y dispuestos a ayudar.

La Zelandoni vio que varias personas miraban a Jondalar, que se hallaba junto a los visitantes mamutoi, un poco por encima de la Novena Caverna, y no con la mujer que era su compañera. Ayla, que tenía a Jonayla en el regazo, se había sentado al lado de Marthona, con el lobo entre las dos, no muy lejos de la primera fila de público. Estaba cerca de la Novena Caverna, pero también cerca de los zelandonia. Muchos creían que, con su control de los animales y sus aptitudes sanadoras, su llamada debía de ser muy fuerte, incluso antes de ser acólita, y todos eran conscientes de lo afectuoso que había sido Jondalar hasta ese verano, momento en que habían empezado a surgir problemas en la pareja. No pocos culpaban de sus conflictos a Marona —sentada con su prima, Wylopa, y unos cuantos amigos de la Quinta Caverna—, pero ahora el asunto había llegado mucho más allá. Aunque decían que Laramar había recobrado el conocimiento, seguía recuperándose en el alojamiento de los zelandonia, y sólo ellos sabían lo graves que eran sus heridas.

—En las Festividades de la Madre y demás ceremonias mi compañera —señaló un hombre entre el público— comparte el don de los placeres con otros hombres, no sólo conmigo.

Las preguntas eran cada vez más delicadas, pensó la Zelandoni.

—Las festividades y las ceremonias se celebran por razones sagradas. Compartir los placeres es un acto sagrado. Así se honra a la Gran Madre Tierra. Si en ese momento se concibe una criatura, es por deseo de la Madre. Debería considerarse un niño favorecido. Recordad que sigue siendo Doni quien decide cuándo debe quedarse embarazada una mujer.

Aquí y allá se oyeron comentarios en susurros entre el público.

Kareja, la jefa de la Undécima Caverna, se puso en pie.

—Willadan me ha pedido que haga una pregunta en su nombre, pero creo que debería plantearla él mismo.

—Si esa es tu opinión, que la haga él —convino la Zelandoni.

—Mi compañera fue mujer-donii durante el verano posterior a nuestro emparejamiento —empezó a explicar el hombre—. Como no tuvo la suerte de poder iniciar un hijo, quiso hacer una ofrenda para honrar a la Madre y animarla a dar comienzo a una vida. Pareció dar resultado. Tuvo un hijo, y otros tres desde entonces. Pero ahora me pregunto si alguno de esos hijos ha salido de mí.

«Esto debe tratarse con suma delicadeza», pensó la Zelandoni.

—Todos los niños nacidos de tu compañera son tus hijos —contestó.

—Pero ¿cómo sé si los inicié yo u otro hombre?

—Dime una cosa, Willadan, ¿qué edad tiene tu primer hijo?

—Cuenta doce años. Es casi un hombre —respondió con orgullo.

—¿Te alegraste cuando tu compañera se quedó embarazada de él y cuando nació?

—Sí, deseábamos tener niños en nuestro hogar.

—Lo quieres, pues.

—Claro que lo quiero.

—¿Lo querrías más si supieras con certeza que se inició con tu esencia?

El hombre miró al chico.

—No, claro que no —contestó, frunciendo el entrecejo.

—Si supieras que tus demás hijos fueron iniciados con tu esencia, ¿los querrías más?

El hombre permaneció en silencio por un momento, reflexionando sobre lo que intentaba demostrar la Primera.

—No, no podría quererlos más.

—Siendo así, ¿cambia mucho las cosas si la esencia que los inició vino de ti o de otra persona? —Zelandoni vio que las arrugas en la frente del hombre se hacían más profundas y decidió proseguir—. Yo nunca me he quedado embarazada. Nunca he concebido un hijo, aunque hubo un tiempo en que quería uno, más de lo que podrías imaginaros. Ahora me siento satisfecha; sé que la Madre eligió lo que era mejor para mí. Pero es posible, Willadan, que tú hayas nacido como yo. Quizá tu esencia, por una razón que sólo Doni conoce, no podía dar inicio a un niño dentro de tu compañera en ese momento. Aun así, la Gran Madre Tierra, en Su sabiduría, os concedió a ti y a tu compañera los niños que deseabais. De no haber sido tú quien los inició, ¿estarías dispuesto a devolverlos si supieras quién fue el hombre que los inició?

—No. Los he proveído toda su vida —respondió Willadan.

—Ahí tienes, pues. Te has preocupado por ellos, los quieres, son los niños de tu hogar, y eso significa que son tus hijos, Willadan.

—Sí, son los niños de mi hogar, pero has dicho «de no haber sido» yo el hombre que los inició. ¿Crees que pudo haberlos iniciado mi esencia? —preguntó Willadan con cierta expectación.

—Es posible que cuando tu compañera honró a la Madre, Esta lo considerara una ofrenda adecuada y permitiera que tu esencia los iniciara a todos. No lo sabemos, Willadan, pero si no podrías quererlos más, ¿eso cambiaría mucho las cosas?

—No, supongo que no.

—Es posible que los haya iniciado tu esencia, y es posible que no —dijo la Zelandoni—, pero siempre serán algo más que los niños de tu hogar. Son tus hijos.

—¿Lo sabremos alguna vez con certeza?

—Ignoro si alguna vez lo sabremos. Con una mujer, es evidente. Está o no embarazada. Con un hombre, sus hijos son los hijos de su compañera. Así ha sido siempre. Ahora no ha cambiado nada. Ningún hombre puede estar seguro de quién inició a los niños de su hogar.

—Jondalar sí puede —afirmó una voz entre el público. Todos callaron y miraron al que había hablado. Era Jalodan, un joven de la Tercera Caverna. Estaba sentado con la amiga de Folara, Galeya, con quien se había emparejado dos años antes. De pronto se ruborizó al verse convertido en centro de tanta atención, y bajo la mirada severa de la Zelandoni—. Es verdad que puede, ¿no? —añadió a la defensiva—. Todo el mundo sabe que Ayla nunca había elegido a nadie más que a él. Hasta anoche. Si los hijos se inician a partir de la esencia del miembro de un hombre, y Ayla nunca había compartido los placeres con nadie más que con Jondalar, cualquier criatura de su hogar tiene que ser hija de él, tiene que proceder de su esencia. Por eso se peleó anoche, ¿no? Mientras pegaba a Laramar, no paraba de gritar: «¡Está creando a mi hijo!».

De pronto toda la atención se desplazó a Jondalar, y este se encogió bajo la intensidad de las miradas del público. Algunos lanzaron ojeadas a Ayla, pero ella permaneció inmóvil y rígida, con la vista baja.

De pronto Joharran se puso en pie.

—Jondalar perdió el control. Sin darse cuenta, bebió demasiado, y eso le ahogó el cerebro —dijo con tono sarcástico y exasperación.

Algunos sonrieron y otros dejaron escapar risitas burlonas.

—Me juego lo que sea a que cuando salió el sol, tenía el dolor de cabeza de la «mañana siguiente» —gritó otro joven. Se advertía cierto tono de admiración en su voz, como si la conducta violenta de Jondalar le pareciera loable.

—Como Jondalar y Laramar pertenecen a la Novena Caverna, ese es un asunto que corresponderá resolver a la Novena Caverna. No es aquí donde debe hablarse de los actos de Jondalar —dijo Joharran en un intento de zanjar el tema. Había percibido aprobación en el tono de voz de algunos de los jóvenes, y el último de sus deseos era que alguien imitara esa clase de comportamiento.

—Salvo para añadir, Jemoral —terció la Zelandoni—, que Jondalar, mucho me temo, padecerá algo más que un dolor de cabeza de la «mañana siguiente». Habrá graves consecuencias para él, de eso no te quepa duda.

En una reunión tan multitudinaria, no era fácil identificar a todos los asistentes a la reunión, pero la Zelandoni lo intentaba. La ropa siempre era un indicio, así como las cuentas y los cinturones y otros complementos. Ese era un joven de la Quinta Caverna, pariente de su Zelandoni. Todos los miembros de esa caverna tendían a ser un tanto más extravagantes que los demás, y lucían más cuentas, ya que eran famosos

por confeccionarlas y comerciar con ellas. Y el joven estaba sentado en la parte delantera, lo que permitió a la Zelandoni verlo bien y reconocerlo.

—Pero entiendo cómo se sintió —insistió Jemoral—. ¿Y qué pasa si quiero que el hijo de mi compañera venga de mí?

—Eso, ¿qué ocurre en ese caso? —intervino otro hombre.

—¿Y si quiero que los niños de mi hogar sean míos? —secundó otra voz.

La Zelandoni aguardó a que amainara el revuelo y, al fijarse bien, observó que la mayoría de los comentarios procedían de la Quinta Caverna. Miró a todo el grupo con severidad.

—Quieres que los niños de tu hogar sean tuyos, Jemoral —dijo, mirando directamente al joven que había planteado la pregunta—. ¿Como tu ropa, o tus herramientas, o tus cuentas? ¿Eso quieres decir? ¿Quieres ser su dueño?

—Ah, no. No... no quería decir eso —farfulló el joven.

—Me alegra oírlo, porque los niños no son propiedad de nadie. No pueden ser tuyos, ni de tu compañera. Nadie puede poseerlos. Los niños son nuestros para quererlos y cuidarlos, para proveerlos, para enseñarles, igual que hace la Madre con nosotros, y eso está a tu alcance tanto si vienen de tu esencia como de la de otro hombre. Somos todos hijos de la Gran Madre Tierra, aprendemos de Ella. Recuerda el Canto a la Madre:

*A la Mujer y el Hombre había deseado engendrar,
y el mundo entero les obsequió a modo de hogar,
tanto el mar como la tierra, toda su Creación.
Explotar los recursos con prudencia era su obligación.
De su hogar debían hacer uso, sin caer en el abuso.*

Varios zelandonia unieron sus voces a la respuesta de la Primera y luego prosiguieron:

*A los Hijos de la Tierra la Madre concedió
los dones precisos para sobrevivir, y luego decidió
otorgarles la alegría de compartir y el don del placer,
por el cual se honra a la Madre con el goce de yacer.
Los dones aprendidos estarán cuando a la Madre honrarán.*

—Ella nos provee, nos cuida, nos enseña y, a cambio de sus dones, nosotros la honramos —prosiguió La Que Era la Primera—. Doni no nos ha concedido el don del conocimiento de la vida para que seáis los dueños de los niños nacidos en vuestro hogar, para poder decir que son vuestros. —Miró a varios de los jóvenes que habían

intervenido—. Nos lo ha concedido para que sepamos que las mujeres no son las únicas bendecidas por Doni. Los hombres tienen un cometido equiparable al de las mujeres. No están aquí sólo para proveer a los demás y ayudar; los hombres son imprescindibles. Sin hombres, no habría niños. ¿No basta con saber eso? ¿Es necesario que vuestros niños os pertenezcan? ¿Es necesario ser sus dueños?

Los jóvenes cruzaron miradas avergonzadas, pero la Zelandoni no sabía si la habían entendido de verdad. De pronto una joven alzó la voz.

—¿Y qué pasa respecto a lo ocurrido antes? Sabemos quiénes son nuestras madres y abuelas. Soy la hija de mi madre, pero ¿qué pasa respecto a los hombres?

La Zelandoni no reconoció de inmediato a la muchacha, pero, con su astucia natural, intentó deducirlo. Estaba sentada con la Vigésimo tercera Caverna, y los dibujos y motivos de su túnica y su collar indicaban que pertenecía a esa caverna, no que acaso fuera de otra y se hubiera sentado allí con sus amigos. Si bien el traje que vestía revelaba que era una mujer, no una niña, saltaba a la vista que era muy joven. Probablemente acababa de celebrar los Primeros Ritos, pensó la donier. Si se atrevía a hablar ante un público tan numeroso siendo tan joven, debía de ser muy desenvuelta e impetuosa o estar acostumbrada a tratar con gente que decía lo que pensaba, y eso era indicio de liderazgo. La jefa de la Vigésimo tercera Caverna era una mujer, Dinara. La Zelandoni recordó entonces que la hija mayor de Dinara se encontraba entre las que habían celebrado los Primeros Ritos ese año, y advirtió que Dinara sonreía a la joven. En ese momento se acordó de su nombre.

—No ha cambiado nada, Diresa —contestó la Primera—. Los niños siempre han sido el resultado de la unión entre un hombre y una mujer. Que antes no lo supiéramos no significa que no haya sido siempre así. Sencillamente Doni ha decidido decírnoslo ahora. Debe de haber considerado que ya estamos preparados para saberlo. ¿Sabes quién era el compañero de tu madre cuando naciste?

—Sí, todo el mundo sabe quién es su compañero. Es Joncoran —respondió Diresa.

—En ese caso Joncoran es tu padre —afirmó la Zelandoni. Había estado esperando la oportunidad para dar a conocer el término elegido—. «Padre» es la palabra que se ha dado al hombre que tiene hijos. El hombre es necesario para que se inicie una vida, pero no lleva el bebé dentro de él, ni lo da a luz ni lo amamanta, pero puede quererlo tanto como una madre, y participa en todo como la madre, participa, es un padre. También se ha elegido esa palabra para indicar que así como las mujeres son las Bendecidas de Doni, ahora los hombres pueden considerarse los Favorecidos de Doni. La palabra se parece a «madre», pero se ha elegido el sonido «pa» a fin de diferenciarlos.

La multitud prorrumpió de inmediato en ruidosas conversaciones. Ayla oyó al público repetir una y otra vez el nuevo término, como si lo saborearan, como si se

acostumbraran a él. La Zelandoni esperó a que callaran.

—Tú, Diresa, eres la hija de tu madre, Dinara, y eres la hija de tu padre, Joncoran. Tu madre tiene hijos e hijas, y tu padre también tiene hijos e hijas. Esos hijos pueden llamarlo «padre», igual que llaman «madre» a la mujer que los trajo al mundo.

—¿Y si el hombre que se apareó con mi madre e inició mi vida no era el hombre con el que ella estaba emparejada? —preguntó Jemoral, el joven de la Segunda Caverna.

—El hombre que está emparejado con tu madre, el que es el hombre de tu hogar, es tu padre —contestó la Zelandoni sin titubeos.

—Pero si no inició él mi vida, ¿cómo puede ser mi padre? —insistió Jemoral.

«Este joven va a causar problemas», pensó La Que Era la Primera.

—Puede que no sepas quién inició tu vida, pero sabes quién es el hombre que vive contigo y con tu madre. Lo más probable es que fuera él quien te engendró. Si no sabes de nadie más con certeza, es como si no existiera, y no tiene sentido dar nombre a una relación que no existe. Quien prometió proveerte es el compañero de tu madre. Él es quien cuidó de ti, quien te quiso, quien ayudó a criarte. No es el apareamiento, son las atenciones lo que convierte a un hombre en padre. Si el hombre con el que tu madre estaba emparejada hubiese muerto, y si ella se hubiese emparejado con otro hombre que te quiso y cuidó de ti, ¿lo querrías menos?

—Pero ¿cuál es el «padre» verdadero?

—Siempre podrás llamar «padre» al hombre que te provee. Cuando recitas tus lazos, como en una presentación formal, tu padre es el hombre que estaba emparejado con tu madre cuando naciste, aquel al que llamas «hombre de tu hogar». Si el que te provee no es el que estaba allí cuando naciste, lo llamarás «segundo padre», para distinguir entre los dos siempre que sea necesario —explicó la Zelandoni. Se alegró en ese momento de no haber podido conciliar el sueño en toda la noche, pensando en las posibles ramificaciones familiares que originaría este nuevo conocimiento.

La Que Era la Primera quería anunciar algo más.

—Puede que esta sea una buena ocasión para mencionar otro asunto. Los zelandonia han pensado que los hombres deben ser incluidos en algunos de los rituales y costumbres relacionados con el recibimiento de un bebé, para que sientan y entiendan de una manera más profunda su participación en la creación de una nueva vida. Por lo tanto, a partir de ahora, los hombres pondrán el nombre de los niños varones nacidos en sus hogares; las mujeres, por supuesto, seguirán poniendo el nombre a las hijas.

El anuncio fue acogido con sentimientos encontrados. Los hombres se sorprendieron, pero algunos sonreían. Sin embargo, por las expresiones de algunas mujeres, la Zelandoni vio que no querían renunciar a su prerrogativa de poner nombre a los hijos. La gente prefirió no darle excesiva importancia en ese momento,

y nadie preguntó nada, pero la Zelandoni supo que el asunto no quedaba resuelto. Surgirían complicaciones, no le cupo la menor duda.

—¿Y qué pasa con los hijos nacidos de mujeres que no están emparejadas? —preguntó una mujer en apariencia muy joven que, no obstante, acunaba a un bebé entre sus brazos.

«Segunda Caverna», pensó la Zelandoni, mientras examinaba su ropa y sus joyas. «¿Será ese niño fruto de los Primeros Ritos del verano pasado?»

—Las mujeres que dan a luz antes de emparejarse reciben una bendición, igual que las mujeres dentro de las que se inicia una nueva vida cuando se emparejan. Una mujer bendecida con un hijo ha demostrado que es capaz de concebir y traer al mundo a un niño sano, y a menudo es elegida para ser bendecida de nuevo. Hasta que se empareja, su familia y su caverna proveen a sus hijos, y su «padre» es Lumi, el compañero de Doni, la Gran Madre Tierra. —Sonrió a la joven. De pronto se acordó de su nombre—. En realidad, Shaleda, no ha cambiado nada. La caverna siempre provee a las mujeres con hijos sin compañero, tanto si es porque su compañero camina por el otro mundo como si es porque no lo ha elegido todavía. Pero la mayoría de los hombres considera muy deseables a las mujeres con bebés. Normalmente estas se emparejan enseguida, ya que pueden aportar un niño al hogar del hombre de inmediato, un niño que es un favorito de Doni. El hombre con el que se empareja se convierte en el padre del niño, claro está —explicó la mujer corpulenta, y observó a la muchacha, poco más que una niña, mientras esta miraba tímidamente a un joven de la Tercera Caverna que la contemplaba embelesado.

—Pero ¿y qué pasa con el hombre que es el verdadero padre? —preguntó la voz ya familiar del joven de la Segunda Caverna que había hecho tantas preguntas—. ¿No es el padre el hombre cuya esencia realmente inició al niño?

La Zelandoni lo vio dirigir miradas hacia la misma joven que sostenía el bebé en brazos. Esta miraba al otro hombre. «Ah, ahora caigo», pensó la donier. «Es posible que ese niño no sea fruto de los Primeros Ritos, sino de un primer encaprichamiento.» Le sorprendió un poco ver la facilidad con que ella misma se había adaptado a la idea de que los niños nacían como consecuencia del apareamiento entre un hombre y una mujer. Ahora todo parecía encajar de una manera muy lógica.

Ayla también se había fijado en el joven de la Segunda Caverna y había advertido el trasfondo entre la joven y los dos hombres. «¿Pensará que él inició el bebé? ¿Estará celoso?», se preguntó. Ayla se dio cuenta de que ahora era consciente no sólo del concepto de los celos, sino también de los intensos sentimientos que generaban. «No imaginaba que este don del conocimiento de la Gran Madre Tierra traería tantas complicaciones. Empiezo a preguntarme si de verdad es un don tan maravilloso.»

—Si una mujer con un hijo nunca se ha emparejado —dijo la Zelandoni, intentando mostrar una alternativa aceptable—, el hombre con el que se empareje, el

que prometa proveer al niño y cuidar de él, se convierte en el padre. Naturalmente, si una mujer decide emparejarse con más de un hombre, los dos compartirán por igual el título de «padre».

—Pero una mujer no tiene que emparejarse con alguien si no quiere, ¿no? —preguntó la joven.

La Primera advirtió que el Zelandoni de la Segunda Caverna subía por la ladera hacia el espacio que ocupaba su caverna.

—Sí, eso siempre ha sido así y no tiene por qué cambiar.

Vio que el donier se sentaba al lado del joven que planteaba tantas preguntas y se volvió para atender las dudas de otra parte del público.

—¿Cómo se llama el padre de mi padre? —preguntó un hombre de la Undécima Caverna.

La Zelandoni dejó escapar un profundo suspiro de alivio: una pregunta fácil.

—A la madre de una madre la llamamos ya «abuela». Al padre de una madre lo llamaremos, pues, «abuelo», en masculino. La madre de un padre también será abuela, pero para distinguirla, la llamaremos «abuela paterna», que viene de «padre»; el padre de un padre será por tanto el «abuelo paterno». Cuando recitéis vuestros lazos, la madre de vuestra madre será vuestra «abuela materna», que viene de «madre», y el padre de vuestra madre será vuestro «abuelo materno», porque siempre sabemos con certeza quién es nuestra madre.

—¿Y si no sabes de quién es la esencia que inició a tu madre? —preguntó el jefe de la Quinta Caverna—. O si ese hombre camina por el otro mundo, ¿cómo nombras entonces el lazo?

—Si sabes quién es el hombre que se emparejó con la madre de tu madre, ese sería tu abuelo. Lo mismo puede decirse de tu padre. Aunque esté en el otro mundo, lo inició el hombre que se emparejó con la madre de tu padre, igual que el hombre que puso la esencia de su miembro dentro de la madre de tu madre inició a tu madre —explicó la Zelandoni con cuidado.

—¡No! ¡Nooo! —se alzó una voz de entre el público—. ¡No es verdad! Ha vuelto a hacerlo. Me ha traicionado justo cuando empezaba a confiar en ella.

Todos se volvieron. En el extremo opuesto del gran grupo formado por la Novena Caverna se había puesto en pie un hombre.

—¡Es mentira! ¡Todo es mentira! Esa mujer intenta engañaros. La Madre jamás le habría dicho eso —vociferó, señalando a Ayla—. Es una mujer malvada y embustera.

Llevándose la mano a la frente para protegerse los ojos del sol, Ayla miró hacia allí y vio a Brukeval. «¿Brukeval? ¿Por qué me grita así? No lo entiendo», pensó. «¿Qué le he hecho?»

—Procedo del espíritu de un hombre elegido por la Gran Madre para unirse al espíritu de mi madre —prosiguió Brukeval a voz en cuello—. Mi madre procede del

espíritu de un hombre elegido por Doni para unirlo al espíritu de su madre. ¡No procede del miembro de un animal! ¡Ni de la esencia de ningún miembro! ¡Yo soy un hombre! ¡No soy un cabeza chata! ¡No soy un cabeza chata! —Incapaz de seguir expresando su angustia a gritos, se le quebró la voz en las últimas palabras y acabó con un sollozo quejumbroso.

Capítulo 38

De pronto Brukeval echó a correr cuesta abajo, atravesó la explanada y se alejó del campamento sin mirar atrás. Varios hombres, la mayoría de la Novena Caverna, fueron tras él, entre ellos Joharran y Jondalar, con la esperanza de poder hablar con él para tranquilizarlo y llevarlo de vuelta en cuanto se quedara sin aliento. Pero Brukeval corría como si lo persiguieran los espíritus de los muertos. Por mucho que se resistiera a aceptarlo, había heredado de su abuelo la fuerza y la resistencia propias de un hombre del clan. Aunque al principio los hombres que perseguían a Brukeval, más veloces, estuvieron a punto de alcanzarlo, carecían de su aguante y no pudieron mantener el ritmo que él impuso.

Al final se detuvieron, sin resuello. Unos se agacharon, otros se tiraron al suelo, intentando recobrar el aliento en un martirio colectivo de dolor en los costados y gargantas al rojo vivo.

—Tenía que haber cogido a Corredor —dijo Jondalar con voz entrecortada, casi incapaz de hablar—. Ese hombre no habría podido ir más deprisa que un caballo.

Cuando por fin, agotados, regresaron, reinaba el desorden en la reunión. Todo el mundo se había puesto en pie, iba de un lado a otro, conversaba. La Zelandoni no quería que aquello acabara así, y había anunciado un descanso hasta que los hombres volvieran, a poder ser con Brukeval. Al ver que aparecían sin él, decidió dar por concluida la reunión de inmediato.

—Es una lástima que Brukeval de la Novena Caverna se sienta así. A todos nos consta lo susceptible que es en cuanto a sus antecedentes, pero ignoramos qué le sucedió realmente a su abuela. Sólo sabemos que se perdió durante un tiempo y al final encontró el camino de regreso, tras lo cual dio a luz a la madre de Brukeval. Todo aquel que se pierde durante tanto tiempo inevitablemente sufre los efectos adversos de una experiencia tan atroz, y en este caso la abuela de Brukeval, cuando volvió, no estaba en su sano juicio. La asaltaban temores continuos y nadie se creía ni entendía gran parte de lo que decía.

»La hija que trajo al mundo no era físicamente fuerte, quizá debido a la experiencia de su madre, y cuando ella misma quedó embarazada, el parto se complicó tanto que murió. Es probable que la estatura y el aspecto de Brukeval sean consecuencia del difícil embarazo de su madre, aunque por suerte creció fuerte y sano. Creo que Brukeval tenía toda la razón cuando ha dicho que es un hombre. Es un zelandonii de la Novena Caverna, un buen hombre con mucho que ofrecer. Estoy segura de que decidirá volver a nuestro lado en cuanto haya tenido tiempo para reflexionar, y sin duda entonces la Novena Caverna lo recibirá con los brazos abiertos —afirmó La Que Era la Primera. Luego añadió—: Ha llegado el momento de dar por concluida la reunión. Todos tenemos muchas cosas en que pensar, y podéis proseguir

la discusión iniciada aquí con vuestros propios zelandonia.

Mientras la gente empezaba a levantarse otra vez para marcharse, la Primera dirigió una seña al jefe de la Quinta Caverna.

—¿Podría la Quinta Caverna quedarse un momento y reunirse conmigo aquí, cerca del alojamiento? —preguntó—. Debo hablar con vosotros de algo importante que os concierne.

«Ya que estamos», pensó, «mejor será que me quite de encima este asunto desagradable cuanto antes». La reunión no se había desarrollado como ella preveía ni mucho menos. Debido a la pelea de Jondalar la noche anterior, habían empezado con mal pie, y la brusca marcha de Brukeval había sembrado el malestar general al final.

—Lamento tener que hacer esto —dijo la Primera al grupo de personas de todas las edades que constituía la Quinta Caverna. Se encontraba entre ellos Madroman, así como su Zelandoni. La Primera cogió un morral que había sobre una mesa junto a la pared trasera del alojamiento y se volvió hacia el acólito—. ¿Esto te resulta familiar, Madroman? —preguntó.

Él fijó la mirada en el morral y palideció. A continuación miró alrededor con preocupación y cautela.

—Es tuyo, ¿verdad? Tiene tus marcas.

Varios asintieron. Todos sabían que le pertenecía. Era inconfundible, lo habían visto con él.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó él.

—Ayla lo encontró escondido en la Profundidad de la Roca de la Fuente, después de recibir tú la «llamada» para entrar allí —contestó la Primera con manifiesto sarcasmo.

—Tenía que haber adivinado que fue ella —musitó Madroman.

—No buscaba nada. Estaba sentada en el suelo cerca del gran entrante que hay al fondo, y casualmente lo encontró oculto mientras palpaba en un hueco al pie de una pared. Pensó que alguien se lo había olvidado allí y quiso devolverlo —explicó la Zelandoni.

—¿Por qué pensó que alguien se lo había olvidado si estaba escondido? —preguntó Madroman. No tenía sentido seguir fingiendo.

—Porque no pensaba con claridad. Acababa de perder a su hijo y casi la vida en esa cueva —contestó la Primera.

—¿A qué viene esto? —preguntó el jefe.

—Madroman es acólito desde hace mucho tiempo. Quería unirse a la zelandonia y estaba cansado de esperar la llamada. —La Primera vació el morral en la mesa. Cayeron restos de comida, el odre, el candil, material para encender fuego y el manto—. Escondió esto dentro de la cueva y luego simuló que sentía la llamada. Se quedó dentro un par de días o poco más, con abundante comida, agua, luz e incluso algo con

qué abrigarse. Después escondió esto y salió fingiéndose mareado y desorientado, y afirmó que estaba listo.

—¿Quieres decir que mintió acerca de la llamada? —preguntó el jefe.

—En una palabra, sí.

—De no haber sido por ella, nunca os habríais enterado —espetó Madroman.

—Te equivocas, Madroman. Ya lo sabíamos. Esto sólo lo ha confirmado. ¿Qué te ha llevado a pensar que podías engañar a la zelandonia? Todos hemos pasado por esa prueba. ¿No crees que habríamos notado la diferencia? —repuso la Zelandoni.

—¿Por qué no habéis dicho nada antes?

—Algunos de nosotros buscábamos la manera de darte todas las oportunidades. Algunos pensaban que no lo habías hecho a posta, o al menos eso esperaban. Querían asegurarse de que no te habías engañado a ti mismo por tu ferviente deseo de ser Uno Que Sirve... hasta que Ayla nos trajo esto. De todos modos, nunca habrías llegado a ser zelandoni, pero tal vez hubieras seguido siendo un acólito, Madroman. Ahora ya no es posible. La Gran Madre Tierra no quiere que La sirvan embusteros y tramposos —dijo la poderosa mujer con un tono que no dejaba lugar a dudas acerca de su opinión—. Kemordan, jefe de la Quinta Caverna de los zelandonii —prosiguió la Primera—, ¿podéis tu caverna y tú actuar como testigos?

—Sí —contestaron Kemordan y toda su caverna al unísono.

—Madroman de la Quinta Caverna de los zelandonii, antiguo acólito —recitó la Primera—, nunca más podrás presentarte como miembro de la zelandonia, ni como acólito ni de ninguna otra manera. Nunca más podrás intentar curar las enfermedades de una persona, ni dar consejos sobre el modo de proceder de la Madre, ni asumir ninguno de los deberes de los zelandonia. ¿Queda claro?

—¿Y ahora qué se supone que debo hacer? Es lo único que he aprendido. Sólo sé ser acólito —protestó Madroman.

—Si devuelves todo lo que has recibido de los zelandonia, podrás regresar a tu caverna y plantearte aprender otro oficio, Madroman. Y da gracias de que no te imponga otro castigo y lo pregone ante todo el campamento.

—Se enterarán igualmente —dijo Madroman y, alzando la voz, añadió—: Nunca me habrías permitido llegar a zelandoni. Siempre me has odiado. Jondalar y tú, y tu pequeña favorita, Ayla, la defensora de los cabezas chatas. Me la juraste desde el principio... Zolena.

La Quinta Caverna entera ahogó una exclamación. Ninguno se hubiera atrevido a faltar el respeto de ese modo a La Que Era la Primera, llamándola por su antiguo nombre. En su mayoría habrían temido hacer una cosa así. Incluso Madroman se interrumpió en plena diatriba al ver el semblante de la Primera. Al fin y al cabo, era una mujer de gran poder.

Madroman dio media vuelta y se marchó con paso firme. Mientras se dirigía al

alojamiento alejado que había compartido ocasionalmente con Laramar, Brukeval y los demás, se preguntó qué haría en adelante con su vida. Cuando llegó, no había nadie. La mayoría de los campamentos servían a esas horas la comida después de la larga reunión, y los otros hombres habían ido a buscar alimento. De pronto cayó en la cuenta de que ni Laramar ni Brukeval volverían ya allí. Laramar tardaría mucho en recuperarse, y a saber qué haría Brukeval. Madroman se acercó a la bolsa de Laramar y sacó un pequeño odre de barma. Se sentó en las pieles de dormir enrolladas y lo apuró de un par de tragos; luego cogió otro. «Laramar no se enterará», pensó.

La culpa de todo la tiene ese grandullón, ese idiota que me rompió los dientes. Madroman se deslizó la lengua por la mella en la parte delantera de la boca. Había aprendido a compensar el defecto por otros medios, y ya apenas se acordaba de que le faltaban unos dientes, pese a que de joven le dolía que las mujeres no le prestaran atención a causa de eso. Más adelante descubrió que ciertas mujeres se interesaban en él al enterarse de que pertenecía a la zelandonia, aunque sólo fuera como acólito a medio adiestrar. Ahora ninguna de esas mujeres querría saber nada de él. Se abochornó al pensar en la deshonra y abrió el segundo odre de barma.

«¿Por qué tuvo que volver Jondalar?», se preguntó. «Si Jondalar no hubiese vuelto de su viaje, si no hubiese traído a esa forastera, ahora ella no habría encontrado el morral. Y los zelandonia nunca se habrían enterado de nada, diga lo que diga esa vieja gorda. No quiero volver a la Quinta Caverna, ni quiero aprender otro oficio. ¿Por qué habría de hacerlo? Soy un zelandoni tan bueno como cualquiera de ellos, y seguro que tampoco ellos recibieron la llamada. Me juego lo que sea a que muchos la fingieron. En cualquier caso, ¿qué es la llamada? Lo más probable es que todos la hayan fingido. Incluso la defensora de los cabezas chatas. ¿Y qué si perdió un hijo? Las mujeres pierden hijos continuamente. ¿Qué tiene eso de especial?»

Bebió otro trago y posó la mirada en el sitio de Brukeval. Se puso en pie y se acercó. Seguía todo allí, perfectamente ordenado, como siempre. «Ni siquiera ha venido a buscar sus cosas», pensó Madroman. «Esta noche pasará frío sin su piel de dormir. Me pregunto si podría encontrarlo. Tal vez se sienta agradecido conmigo si le llevo sus cosas.» Madroman se dirigió a su propio sitio y contempló toda la parafernalia adquirida como acólito. La vieja gorda quería que la devolviera.

«¡No pienso hacerlo! Voy a recoger mis cosas y marcharme.» Se detuvo y miró de nuevo el lugar donde había dormido Brukeval. «Si lo encontrara, tal vez podamos hacer un viaje juntos, o algo así, buscar a otra gente. Podría decir que soy Zelandoni; nadie dudaría de mí.

»Eso haré, recogeré las cosas de Brukeval e iré a buscarlo. Sé de un par de sitios a donde podría haber ido. Así tendría compañía, y en la caza él es más diestro que yo. Hace mucho que no salgo a cazar. Tal vez también me lleve unas cuantas cosas de Laramar. No las echará en falta. Ni siquiera sabrá quién se las llevó. Podría haber

sido cualquiera de este alojamiento. Todos saben que no volverá.

»Y la culpa es de Jondalar. Primero estuvo a punto de matarme a mí; ahora por poco mata a Laramar. Y también esta vez saldrá indemne, igual que antes. Odio a Jondalar, siempre lo he odiado. Alguien debería tumbarlo y darle una buena paliza, destrozarle esa cara bonita. A ver qué le parecía eso. Tampoco me disgustaría sacudirle un poco a Ayla. Y sé de más de uno a quien no le importaría tumbarla. Y de paso le daría otra cosa, por ejemplo una descarga de mi "esencia"», pensó con una sonrisa malévol. «Así no iría pavoneándose tanto por ahí. Nunca quería compartir los placeres con nadie más, ni siquiera en las Festividades de la Madre. Se cree la mujer perfecta, porque ha encontrado mi morral y se lo ha entregado a los zelandonia. De no haber sido por ella, no me habrían expulsado. Ahora sería zelandoni. ¡Odio a esa mujer!»

Madroman apuró el segundo odre de barma, cogió unos cuantos más y miró alrededor para ver si podía llevarse alguna otra cosa. Encontró ropa de repuesto, usada pero en buen estado. Se la probó, era casi de la misma talla que la suya. Decidió quedársela. Su ropa de la zelandonia era decorativa y reconocible, pero no muy práctica para caminatas largas. Las pieles de dormir no eran muy buenas — estaban viejas y para el arrastre; Laramar tenía las buenas en la tienda de su compañera—, pero vio otros objetos de su interés, incluida una manta de piel excelente. Encontró entonces un auténtico tesoro, un traje de invierno nuevo completo que Laramar había obtenido recientemente mediante un trueque. Su barma tenía una gran demanda, y siempre había podido intercambiarla por cualquier cosa.

A continuación Madroman se acercó al sitio de Brukeval y se llevó al suyo todo lo que vio. Se puso el traje más cómodo que había encontrado entre las pertenencias de Laramar. Le daba igual que tuviera los adornos de la Novena Caverna en lugar de los de la Quinta; no iba a vivir en ninguno de esos dos lugares. Cogió comida de Brukeval y Laramar, y luego hurgó entre los objetos de los demás hombres, adueñándose de comida y alguna que otra cosa más. Encontró un cuchillo magnífico, con un buen mango, una pequeña hacha de piedra, un par de mitones nuevos que alguien acababa de adquirir. Él no tenía, y se acercaba el invierno. «A saber dónde estaré entonces», pensó. Tuvo que llenar y vaciar el morral varias veces y descartar unas cuantas cosas, pero tan pronto como estuvo listo, deseó marcharse enseguida.

Asomó la cabeza por la puerta y miró alrededor. El campamento estaba atestado, como siempre, pero no había nadie cerca. Se cargó al hombro la pesada bolsa y partió con paso brioso. Tenía pensado dirigirse hacia el norte, en la misma dirección que había visto tomar a Brukeval. Cuando ya casi había rebasado los límites del campamento de la Reunión de Verano y se acercaba al de la Novena Caverna, vio salir a Ayla de un alojamiento. Parecía distraída, preocupada, pero alzó la vista y también ella lo vio. Madroman le lanzó una mirada de odio profundo y siguió

adelante.

El campamento de la Novena Caverna parecía desierto. Todos se habían ido al campamento de los lanzadonii para compartir la comida del mediodía con ellos, banquete que llevaban planeando desde hacía tiempo. Pero Ayla había dicho que no tenía hambre y prometido que iría más tarde. Sentada en sus pieles de dormir enrolladas, dentro del alojamiento, pensaba cabizbaja en Brukeval y en su estallido durante la reunión, y se preguntaba si ella habría podido hacer algo. No creía que la Zelandoni hubiera previsto semejante reacción, y a ella ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza, aunque ahora sabía que debería haberlo imaginado. Sabía lo susceptible que era Brukeval a cualquier insinuación acerca de su parentesco con los cabezas chatas.

«Los llamó animales», pensó, «¡pero no lo son! ¿Por qué algunos dicen esas cosas?». Se preguntó si Brukeval seguiría opinando lo mismo si los conociera mejor. Probablemente no cambiaría nada. Muchos zelandonii pensaban igual.

La Primera recordó a todos que la abuela de Brukeval no estaba en su sano juicio cuando regresó a la caverna, y que esperaba un hijo. «Todo el mundo da por hecho que estuvo con el clan», se dijo Ayla, «y están en lo cierto. Es evidente que Brukeval es fruto de una mezcla con el clan, así que la abuela debió de quedarse embarazada cuando estaba con ellos. Eso significa que un hombre del clan depositó su esencia dentro de ella».

De pronto se le ocurrió algo que nunca había pensado. «¿Debió de forzarla un hombre del clan una y otra vez, igual que Broud me forzó a mí? Tampoco yo estaba en mi sano juicio cuando Broud me sometió a eso, y sin embargo no pensé que fueran animales. Ellos me criaron, yo los quería. No a Broud. A él lo odiaba, incluso antes de que me forzara, pero a casi todos los demás los quería.»

Ayla no lo había interpretado así exactamente al oír esa historia por primera vez, pero era una posibilidad. «Quizá el hombre la forzó por maldad, como Broud», pensó Ayla, «o acaso creyera que le hacía un favor, acogiéndola como segunda mujer, tal vez, aceptándola en el clan. Pero eso a ella poco debió de servirle; ella no podía verlo de ese modo. No podía hablar con ellos, ni entenderlos. Para ella, eran animales. La abuela de Brukeval debió de detestarlo más de lo que yo detesté a Broud por hacerme eso.

»Y pese a lo mucho que yo quería tener un hijo, cuando Iza me dijo que estaba embarazada, lo pasé muy mal. Mientras esperaba a Durc, me sentía siempre enferma y por poco muero en el parto. A las mujeres del clan eso no les pasaba, pero Durc tenía la cabeza mucho más grande y dura que la de Jonayla». Ayla había asistido a suficientes partos en los últimos años para comprender que su embarazo y su alumbramiento de Jonayla fueron mucho más normales para una mujer de los Otros

de lo que había sido el parto de Durc. «No sé siquiera cómo pude expulsarlo», pensó, cabeceando. «Los Otros tienen la cabeza más pequeña, y el hueso más fino y flexible. Nosotros tenemos las piernas y los brazos más largos, pero los huesos son también más delgados», se dijo Ayla mientras se observaba las extremidades. «Los Otros tienen todos los huesos más delgados.»

»¿Acaso enfermó la madre de Brukeval durante su embarazo? ¿Tuvo un parto difícil, como yo? ¿Fue eso lo que le sucedió? ¿Por eso murió? ¿Porque se complicó demasiado? Incluso Joplaya estuvo a punto de morir cuando dio a luz a Bokovan, y Echozar sólo es medio del clan. ¿Acaso un niño de "espíritus mixtos", un niño que es mezcla del clan y los Otros, siempre trae complicaciones a las mujeres de los Otros?» De pronto una nueva idea asaltó a Ayla. «¿Será esa la razón por la que esos bebés se llamaban originariamente "abominaciones"? ¿Porque a veces provocaban la muerte de la madre?»

Existen diferencias entre el clan y los Otros. Tal vez no tantas como para impedir que se inicie una nueva vida, pero sí suficientes para dificultarle las cosas a la madre si es de los Otros y siempre ha dado a luz a bebés con la cabeza más pequeña. «Tal vez para las mujeres del clan no sea tan difícil. Están acostumbradas a los bebés de cabeza grande, alargada y dura, y cejas protuberantes. Probablemente a ellas les sea más fácil dar a luz a un bebé mixto.

»Pero no creo que sea siempre bueno para los bebés, tanto si la madre es del clan como si es de los Otros. Durc era un niño fuerte y saludable, a pesar de lo mal que yo lo pasé. También Echozar lo es, y su madre pertenecía al clan. Bokovan está sano, pero su caso no es exactamente igual. Echozar, su padre, fue el primer hijo mixto, de modo que Bokovan es como Brukeval, y aun así Joplaya estuvo a punto de morir». Ayla se dio cuenta de que empleaba la palabra «padre» con toda naturalidad. Era lógica, y hacía tiempo que ella había deducido la existencia de esa relación.

Rydag, en cambio, era un niño débil, y su madre era del clan. Murió después de dar a luz, pero Nezzie nunca habló de que tuviera un parto difícil. «No creo que muriera por eso. Sospecho que fue expulsada de su clan y ya no deseaba vivir, sobre todo porque debió de pensar que su bebé era deforme. La madre de Brukeval era la primera hija mixta, y la madre de ella pertenecía a los Otros. Era una mujer débil, tan débil que murió en el parto. Aunque él no quiera reconocerlo, sabe lo que le pasó a su abuela; por eso entendió tan pronto las implicaciones del don de la vida en la reunión. Me pregunto si alguna vez habrá pensado que la debilidad de su madre se debió de algún modo a la mezcla.

»Supongo que no debería culpar a Brukeval por odiar al clan. No tuvo una madre que lo quisiera, ni que lo consolara cuando la gente lo insultaba porque tenía un aspecto un poco distinto. También Durc lo pasó mal. Sus diferencias con el clan eran lo bastante obvias para que lo considerasen deforme, y algunos no querían dejarlo

vivir, pero al menos sí tenía a personas que lo querían. Yo debería haber tenido más en cuenta los sentimientos de Brukeval. Siempre estoy tan segura de que tengo razón... Siempre reprocho a la gente que llame cabezas chatas y animales a los miembros del clan. Sé que no son animales, pero casi nadie los conoce tan bien como yo. Yo tengo la culpa de que Brukeval haya huido. No le faltan razones para odiarme».

Ayla se levantó; no quería seguir sentada allí dentro. El alojamiento sin ventanas estaba oscuro y sombrío, y la llama del candil empezaba a parpadear, con lo que la penumbra era aún mayor. Quería estar al aire libre, hacer algo que no fuera pensar en sus propias deficiencias. Cuando salió del alojamiento y miró alrededor, se sorprendió al ver a Madroman acercarse con paso enérgico. Al advertir su presencia, le lanzó una mirada tan malévola que Ayla sintió un hormigueo gélido en la espalda, se le erizó el vello de la nuca y la recorrió un estremecimiento frío de aprensión ante un mal augurio.

Ayla observó a Madroman mientras pasaba de largo a toda prisa. «Lo noto distinto», se dijo. De pronto reparó en que no vestía su ropa de acólito, y sin embargo las prendas que llevaba le resultaron extrañamente familiares. Arrugó la frente en un gesto de concentración y entonces cayó en la cuenta. «¡Son los dibujos de la Novena Caverna! Pero él es de la Quinta. ¿Por qué lleva ropa de la Novena Caverna? ¿Y adónde va tan deprisa?

»¡Y cómo me ha mirado!», Ayla volvió a estremecerse al recordarlo. «Con qué odio. ¿Por qué me odiará tanto? ¿Y por qué no llevaba su ropa de acóli... Ah...» De repente cayó en la cuenta. «La Zelandoni ha debido de decirle que no puede continuar siendo acólito. ¿Me echará la culpa a mí? Pero fue él quien mintió. ¿Por qué ha de culparme a mí? No creo que sea por Jondalar. Él le pegó hace tiempo, le rompió los dientes, pero eso fue por la Zelandoni, no por mí. ¿Me odiará porque encontré su morral de cuero en la cueva? Tal vez me odie porque nunca será zelandoni, y a mí acaban de aceptarme.

»Ya son dos los que me odian, Madroman y Brukeval», pensó Ayla. «Tres, si cuento a Laramar, porque seguro que él también me odia. Cuando por fin despertó, dijo que no quería volver a la Novena Caverna cuando se sintiera en condiciones de salir del alojamiento de los zelandonia, y ellos dieron el visto bueno. Me alegro de que la Quinta Caverna esté dispuesta a acogerlo. No se lo echaría en cara si no quisiera volver a verme nunca más. Me merezco su odio. Jondalar le dio la paliza por mi culpa. Y ahora Jondalar también debe de odiarme.» Ayla sintió tal desaliento que empezó a pensar que todo el mundo la odiaba.

Aceleró el paso, sin pensar hacia dónde se dirigía. Alzó la vista cuando oyó un suave relincho y descubrió que se encontraba en el cercado de los caballos. Había estado tan ocupada en los últimos días que apenas había visto a los caballos, y cuando

oyó el relincho de bienvenida de su yegua de color pardo amarillento, las lágrimas le produjeron un escozor familiar en los ojos. Se encaramó a la valla y abrazó el cuello robusto de su amiga.

—¡Whinney! ¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó, hablando en la extraña lengua que empleaba siempre con la yegua, la que se había inventado tiempo atrás en el valle, antes de llegar Jondalar y enseñarle su idioma—. Al menos tú todavía me quieres —prosiguió, deshecha en llanto—, aunque también deberías odiarme por haberte desatendido tanto. Pero me alegro mucho de que no sea así. Tú siempre has sido mi amiga, Whinney. —Pronunció el nombre tal y como lo había aprendido de la yegua, una imitación increíble del relincho de un caballo—. Cuando no tenía a nadie más, allí estabas tú. Tal vez deba marcharme contigo. Podríamos encontrar un valle y vivir juntas, como antes.

Mientras sollozaba contra el espeso pelaje del caballo amarillento, la joven yegua gris y el corcel zaino se acercaron a ellas. Gris intentó meter el hocico debajo de la mano de Ayla mientras Corredor le daba testarazos en la espalda para que supiera que estaba allí. A continuación se apoyó en Ayla, tal y como había hecho antes tantas veces, y ella quedó entre él y su madre. Ayla abrazó, acarició y rascó a los tres, y luego encontró una cardencha seca para usar como almohaza y empezó a cepillar a Whinney.

Limpiar y ocuparse de los caballos siempre había sido una actividad relajante para ella, y para cuando acabó con Whinney y comenzó con el impaciente Corredor, que había estado empujándola para reclamar su parte de atención, ya se le habían secado las lágrimas y se sentía mejor. Mientras cepillaba a Gris, aparecieron buscándola Joharran y Echozar.

—Todos se preguntaban dónde estabas, Ayla —dijo Echozar, sonriendo al encontrarla allí de pie entre los tres caballos. Todavía se sorprendía al verla con los animales.

—Últimamente he pasado poco tiempo con los caballos, y necesitaban una buena limpieza. Ya empieza a espesárseles el pelaje para el invierno —explicó Ayla.

—Proleva ha intentado mantenerte la comida caliente, pero dice que está secándose —dijo Joharran—. Debes venir a comer algo.

—Ya casi he acabado. He cepillado a Whinney y Corredor; sólo me falta acabar con Gris. Luego tendré que lavarme las manos —respondió Ayla, y las levantó para enseñar las palmas ennegrecidas por el sudor untuoso y la mugre de los caballos.

—Te esperaremos —dijo Joharran, que había recibido instrucciones estrictas de no volver sin ella.

Para cuando llegó Ayla, la gente acababa de comer y empezaba a abandonar el campamento lanzadonii para las diversas actividades de la tarde. Ayla se sintió

decepcionada al ver que Jondalar no había acudido al gran festín, pero nadie conseguía sacarlo del alojamiento alejado a menos que lo cogieran y lo llevaran en brazos. Una vez allí, Ayla se alegró de haber ido. Después de coger el plato lleno a rebosar que le habían guardado, le complació disponer de un poco de tiempo para conversar con Danug y Druwez y tener ocasión de conocer un poco más a Aldanor, aunque por lo visto tendría tiempo de sobra para eso.

Folara y Aldanor iban a emparejarse en la última ceremonia matrimonial, justo antes de acabar la Reunión de Verano, y él sería zelandonii y miembro de la Novena Caverna, para gran alegría de Marthona. Danug y Druwez prometieron visitar el campamento de Aldanor de camino a casa para comunicarlo a su gente, pero eso no sería hasta el siguiente verano. Pensaban pasar el invierno con los zelandonii, y Willamar había prometido llevarlos a ellos y a unos cuantos más a ver las Grandes Aguas del Oeste poco después de volver a la Novena Caverna.

—Ayla, ¿quieres acompañarme al alojamiento de los zelandonia? —preguntó la Primera—. Hay un par de cosas que me gustaría comentarte.

—Sí, claro, Zelandoni —respondió Ayla—. Pero antes permíteme hablar con Jonayla.

Encontró a su hija con Marthona, e inevitablemente con Lobo.

—¿Sabes que Thona es mi abuela? ¿Mi abuela paterna? —dijo Jonayla cuando Ayla se acercó.

—Sí, lo sé —contestó Ayla—. ¿Te ha gustado saberlo?

Tendió la mano para acariciar al animal, que se había alegrado mucho de verla. Lobo apenas se había separado de Jonayla desde su llegada al campamento, como si intentara compensar la larga separación previa, pero no cabía en sí de alegría cada vez que veía a Ayla, y buscaba su afecto y aprobación ávidamente. Se lo veía más relajado cuando estaba con las dos, lo que por lo general sólo ocurría por la noche.

—Aunque siempre me he sentido como si lo fuera, es una satisfacción verme ahora reconocida como abuela de los hijos de mis hijos varones —dijo Marthona—. Y aunque hace mucho que eres como una hija para mí, Ayla, me alegra saber que por fin Folara ha encontrado a un hombre aceptable con quien emparejarse y todavía puede darme un nieto antes de que yo camine por el otro mundo.

Cogió a Ayla de la mano y la miró.

—Quiero darte las gracias una vez más por pedir a esos hombres que fueran a buscarme. —Sonrió a Hartalan y a algunos de los jóvenes que la habían llevado en la litera a la Reunión de Verano y la habían transportado de un lado a otro del campamento desde su llegada—. Estoy segura de que los demás se preocupaban por mi salud y tenían las mejores intenciones, pero sólo una mujer puede entender que una madre necesita estar al lado de su hija cuando esta piensa en su ceremonia matrimonial.

—Todo el mundo se alegró de que tu estado de salud te permitiera venir. Aquí se te echaba mucho de menos, Marthona —dijo Ayla.

Marthona se abstuvo de mencionar la llamativa ausencia de Jondalar, así como la razón probable, y le angustiaba enormemente pensar que su hijo había perdido el control una vez más y causado graves daños físicos a otra persona. También estaba muy preocupada por Ayla. Había llegado a conocer bien a la joven y sabía lo compungida que estaba, pese a que mantenía muy dignamente la compostura a pesar de sus tribulaciones.

—La Zelandoni me ha pedido que la acompañe al alojamiento de los zelandonia —explicó Ayla—. Me ha dicho que quería hablar conmigo de un par de cosas. ¿Puedes llevar a Jonayla de vuelta a casa, Marthona?

—Será un placer. He echado mucho de menos a esta pequeña, aunque probablemente Lobo es mejor guardián que yo.

—¿Vendrás a dormir conmigo esta noche, madre? —preguntó Jonayla con cara de preocupación.

—Claro. Sólo voy a hablar con la Zelandoni un rato —respondió Ayla.

—¿Y Jondy dormirá con nosotras esta noche?

—No lo sé, Jonayla. Es posible que esté ocupado.

—¿Por qué está siempre tan ocupado con esos hombres del alojamiento alejado y no puede dormir con nosotras? —preguntó la niña.

—A veces los hombres están muy ocupados, sin más —intervino Marthona, advirtiendo el esfuerzo de Ayla por no perder el control—. Vete tranquila con la Zelandoni, Ayla, ya nos veremos más tarde. Vamos, Jonayla. Tenemos que ir a dar las gracias a todos por el magnífico banquete, y luego, si quieres, podrás subir conmigo a la litera cuando me lleven de vuelta.

—¿Ah, sí? —exclamó Jonayla. La tenía muy impresionada que siempre hubiera un par de jóvenes cerca para transportar a Marthona a dondequiera que deseara ir, sobre todo si el sitio estaba un poco lejos.

Mientras Ayla y la Zelandoni se dirigían juntas hacia el alojamiento de los zelandonia, conversando acerca de la reunión y lo que convenía hacer para crear un ambiente más positivo ante los cambios ocasionados por el don del conocimiento, la Zelandoni notó que Ayla estaba muy abatida, aunque, como siempre, lo disimulaba bien.

Cuando llegaron al alojamiento, la Zelandoni puso agua a hervir para una infusión. Vieron que Laramar ya no estaba allí: debían de haberlo trasladado al campamento de la Quinta Caverna. Una vez preparada la infusión, la Zelandoni condujo a Ayla a un rincón tranquilo donde había unos cuantos taburetes y una mesa baja. Tenía pensado tratar de sonsacar a Ayla sobre lo que la inquietaba, pero cambió de idea. La Primera creía conocer sobradamente la causa de la angustia de Ayla, pese

a no haber oído a Jonayla interrogar a su madre acerca de la ausencia de Jondalar y no sabía en qué medida incidía eso en su pena. La donier decidió que sería mejor hablar de otras cosas para distraer a Ayla de sus preocupaciones.

—No sé si oí bien el otro día, Ayla... aunque debería llamarte Zelandoni de la Novena Caverna..., pero si no recuerdo mal, comentaste que te quedaba algo de esas raíces que usaba el Zelandoni de tu clan, el... ¿cómo era? ¿Mogor?... en sus ceremonias especiales. ¿Es así? —Esas raíces habían despertado su curiosidad desde que Ayla las mencionó por primera vez—. ¿Todavía tendrán efecto después de tantos años?

—En esta región el clan lo llama Mogor, pero nosotros siempre decíamos Mog-ur. Y sí, todavía me queda algo de esas raíces, y seguro que tienen efecto. Con el tiempo, si se han guardado bien, se vuelven más potentes. Sé que Iza guardaba las suyas durante los siete años transcurridos entre las Reuniones del Clan, y a veces incluso más tiempo —respondió Ayla.

—Me pareció interesante lo que contaste de ellas. Aunque entiendo que pueden ser peligrosas, quizá sea una experiencia provechosa hacer un pequeño experimento.

—No lo sé —dijo Ayla—. Es arriesgado tomarlas, y no sé hasta qué punto sería capaz de experimentar con ellas. Sólo conozco una manera de prepararlas. —La idea la inquietaba.

—Si crees que no hay que experimentar con esas raíces, no te preocupes. —La Zelandoni no quería angustiarse aún más. Tomó un sorbo de infusión para concederse un momento de reflexión—. ¿Conservas la bolsa con aquella mezcla de hierbas que íbamos a probar juntas, las que te dio la Zelandoni de una caverna muy lejana que vino de visita?

—Sí, voy a buscarlas —contestó Ayla, y se levantó para ir a por la bolsa de hierbas medicinales que guardaba en un lugar especial en el alojamiento de los zelandonia. Ella la consideraba su bolsa de las medicinas de la zelandonia, aunque no se parecía a su otra bolsa de medicinas, la del clan.

Unos años atrás había confeccionado una bolsa nueva al estilo del clan con una piel de nutria entera, pero esa la tenía en su morada del campamento de la Novena Caverna. Se distinguía inconfundiblemente de todas las demás por su originalidad. La que tenía Ayla en el alojamiento de los zelandonia se asemejaba a las que empleaban todos los doniers: era un simple receptáculo de cuero sin curtir, una versión más pequeña de la que usaba para transportar carne. Sin embargo los adornos distaban mucho de ser sencillos. Cada bolsa de medicinas era única, diseñada y confeccionada por el propio curandero, y contenía tanto los ingredientes básicos como los elegidos por el usuario.

Ayla llevó la suya al rincón donde esperaba la Zelandoni bebiendo la infusión. La joven abrió la bolsa de cuero y buscó a tientas en el interior. Frunció el entrecejo. Al

final la vació en la mesa baja entre las dos y encontró la bolsita que buscaba, pero sólo quedaba la mitad.

—Parece que ya las has probado —señaló la Zelandoni.

—No lo entiendo —respondió Ayla—. No recuerdo haber abierto esta bolsita. ¿Cómo es posible que se haya consumido? —La abrió, se echó una pequeña cantidad en la palma de la mano y la olisqueó—. Huele a menta.

—Si no recuerdo mal, la Zelandoni que te la dio dijo que añadían menta para identificar la mezcla. Ella nunca llevaba menta en esta clase de bolsitas, sino en receptáculos tejidos más grandes, y así, si una bolsita olía a menta, sabía que contenía esta mezcla —explicó la Zelandoni.

Ayla se echó atrás y alzó la mirada al techo con profundas arrugas en la frente, esforzándose por recordar. De pronto se irguió.

—Me parece que bebí esto la noche que observaba la salida de la luna y la puesta del sol, la noche que recibí la llamada. Creía que era una infusión de menta. —De repente se llevó una mano a la boca—. ¡Oh, Gran Madre! Zelandoni, es posible que no haya recibido la llamada. ¡Es posible que todo se haya debido a esta mezcla! —exclamó Ayla, horrorizada.

La Zelandoni se inclinó hacia delante, dio unas palmadas a Ayla en la mano y sonrió.

—Tranquila, Ayla. No debes preocuparte por eso. Recibiste la llamada; eres la Zelandoni de la Novena Caverna. Muchos zelandonia han usado hierbas y mezclas parecidas para ayudarse a encontrar el mundo de los espíritus. Una persona puede hallarse en un lugar distinto después de tomarlas, pero sólo recibe la llamada si está preparada para ello. No cabe duda de que tu experiencia fue una auténtica llamada, aunque no esperaba que sucediera tan pronto, lo reconozco. Es posible que esta mezcla te llevara a recibirla antes de lo que yo preveía, pero no por eso la llamada es menos válida.

—¿Sabes de qué se componía la mezcla? —preguntó Ayla.

—Aquella Zelandoni me dijo los ingredientes, pero no las proporciones. Si bien estamos dispuestos a compartir nuestros conocimientos, a la mayoría de los zelandonia también nos gusta mantener algún que otro secreto. —La Que Era la Primera sonrió—. ¿Por qué lo preguntas?

—Seguro que era muy fuerte —comentó Ayla, y bajó la mirada hacia el vaso de infusión que tenía entre las manos—. Me pregunto si el aborto fue provocado por algo que contenía.

—Ayla, no te culpes —dijo la Zelandoni, inclinándose y cogiéndole la mano—. Sé que perder un hijo es doloroso, pero eso escapaba a tu control. Fue el sacrificio que te exigió la Madre, tal vez porque tuvo que acercarte al otro mundo para darte Su mensaje. Es posible que hubiera algo en esta mezcla que provocara el aborto, pero

quizá esa fuera la única vía posible. Posiblemente Ella misma te la hizo tomar en ese momento para que todo sucediera conforme a Sus deseos.

—Nunca he cometido un error así con los medicamentos de mi bolsa. Fui descuidada, tanto que perdí a mi hijo —repuso Ayla, como si no hubiese oído siquiera a la Primera.

—Como tú no cometes esa clase de errores, razón de más para pensar que fue la voluntad de la Madre. Cuando Ella llama a alguien para servirla, siempre es inesperado, y la primera vez que alguien va solo al mundo de los espíritus es especialmente peligrosa. Muchos no encuentran el camino de regreso. Algunos se dejan algo, como te pasó a ti. Siempre es peligroso, Ayla. Aunque hayas ido varias veces, nunca sabes si la próxima volverás.

Ayla sollozaba quedamente, y las lágrimas brillaban en sus mejillas.

—Es bueno que te desahogues. Te lo has guardado todo dentro demasiado tiempo, y debes llorar la pérdida de tu hijo —afirmó la donier. Se levantó, cogió los dos vasos y se fue al fondo, donde almacenaban las vendas hechas de piel. Cuando volvió, sirvió más infusión—. Toma —dijo, entregándole una suave piel de animal y dejando la infusión en la mesa.

Ayla se secó los ojos y la nariz, respiró hondo para serenarse, y bebió un sorbo de infusión caliente, procurando recuperar el control. Las lágrimas no sólo se debían a la pérdida de su hijo, pero ese había sido el desencadenante. Daba la impresión de que no hacía nada bien. Jondalar ya no la quería; la gente la odiaba, y había perdido a su hijo por un descuido. Había oído las palabras de la Zelandoni, pero no las había entendido del todo, ni habían cambiado sus sentimientos.

—Tal vez ahora comprendas por qué me interesan tanto esas raíces de las que hablas —dijo la Primera cuando le pareció que Ayla se sentía mejor—. Si se puede vigilar y controlar bien la experiencia, quizá dispongamos de otra manera útil de llegar al otro mundo cuando sea necesario, como mediante esta mezcla de la bolsita, y otras hierbas que a veces usamos.

Al principio Ayla no la oyó. Cuando por fin le llegaron las palabras de la Zelandoni, recordó que no quería experimentar con esas raíces nunca más. Aunque el Mog-ur podía controlar los efectos de la poderosa sustancia, estaba segura de que ella nunca sería capaz. En su opinión, sólo una mente del clan, con sus características únicas y los recuerdos del clan, podía controlarla. No creía que una persona nacida de los Otros fuera capaz de dominar ese vacío negro, por muy bien que la vigilaran.

Sabía que la Primera estaba fascinada. Mamut también había sentido curiosidad por las plantas especiales usadas sólo por los mogures del clan, pero él, después de su peligrosa experiencia juntos, había dicho que nunca más volvería a tomarlas. Le explicó que temía perder su espíritu en ese vacío negro paralizante y le había aconsejado que tampoco ella las tomara nunca más. El recuerdo se volvió más nítido

y perturbador al revivir el terrorífico viaje hacia ese lugar desconocido y amenazador cuando estaba en lo más hondo de la cueva y, después, al recordarlo vívidamente durante su iniciación. Y sabía que incluso esa inquietante evocación era sólo un atisbo de la experiencia real.

Sin embargo, en la negra desesperación de su estado de ánimo actual, no pensaba con claridad. Había tenido tiempo para recobrar el equilibrio, pero luego habían sucedido demasiadas cosas, y demasiado deprisa. Su experiencia en la cueva al recibir la llamada, incluido el aborto, la había debilitado tanto física como emocionalmente. El dolor y los celos, y la decepción, de encontrar a Jondalar con otra mujer fueron más intensos debido al episodio de la cueva, y a su pérdida. Había anhelado el contacto de las manos expertas de Jondalar y la proximidad de su cuerpo, la idea de reemplazar al hijo perdido, el consuelo curativo de su amor.

En cambio, lo encontró con otra mujer, y no con cualquier mujer, sino con una que había intentado hacerle daño a ella a sabiendas y con saña. En circunstancias normales, habría podido tomarse con calma la indiscreción de Jondalar, y más si hubiese sido con otra persona. Tal vez no le hubiera hecho ninguna gracia. Los dos estaban muy unidos. Pero entendía las costumbres de los zelandonii. No se diferenciaban mucho de las de los hombres del clan, con derecho a elegir a cuantas mujeres desearan.

Era consciente de los intensos celos de Jondalar hacia ella y Ranec cuando vivían con los mamutoi, a pesar de que en su momento ignoraba la causa de la violencia apenas contenida de la reacción de Jondalar. Ranec había pedido a Ayla que se fuera con él, y como ella había sido criada por el clan, por entonces todavía ignoraba que entre los Otros una mujer tenía derecho a decir que no.

Cuando por fin resolvieron el problema y se marchó con Jondalar de regreso a su caverna, decidió no volver a darle motivos para sentir celos. Nunca más eligió a otro hombre, pese a constarle que habría sido aceptable, y tampoco él, que ella supiera, había elegido a otra mujer. O al menos no lo había hecho abiertamente, como otros hombres. Cuando Ayla se enfrentó al hecho de que él no sólo había elegido a otra, sino que había estado eligiendo a esa mujer en particular a escondidas, desde hacía tiempo, se sintió profundamente traicionada.

Pero Jondalar no había actuado así con la intención de traicionarla. No quería que ella se enterara para no hacerle daño. Él sabía que ella nunca elegía a nadie más, y en cierto modo también conocía el motivo: era consciente de lo celoso que habría estado si Ayla hubiese elegido a otro hombre, por más que, llegado el caso, se hubiera esforzado por controlarse. No quería que ella sintiera un dolor tan intenso como el que habría sentido él. Cuando Ayla los sorprendió juntos, Jondalar se puso fuera de sí. Simplemente no sabía qué hacer, nunca lo había aprendido.

Por nacimiento, Jondalar era un hombre de un metro noventa y cinco de estatura,

bien constituido, increíblemente atractivo, con un carisma inconsciente realzado por unos ojos azules de una intensidad extrema. Su inteligencia natural, su destreza manual innata y su habilidad mecánica se manifestaron a una edad muy temprana, y lo animaron a aplicarlas en diversos ámbitos hasta que descubrió su pasión por la talla del pedernal y la confección de herramientas. Pero sus poderosos sentimientos también eran más fuertes que los de la mayoría, demasiado intensos, y su madre y quienes lo apreciaban hicieron cuanto pudieron por enseñarle a controlarlos. Incluso de niño deseaba en exceso, se preocupaba en exceso, sentía en exceso: podía sentirse abrumado por la compasión, consumirse de deseo, reconcomerse de odio o arder de amor. Se le concedió demasiado, recibió excesivos dones, y pocos entendían la carga que eso representaba.

De joven, habían enseñado a Jondalar a complacer a una mujer, pero eso era una práctica normal en su cultura. Era algo que se enseñaba a todos los jóvenes. El hecho de que lo hubiera aprendido tan bien se debía en parte a que se lo habían enseñado bien, y en parte a su propia aptitud natural. Descubrió a edad temprana que le gustaba complacer a las mujeres, pero nunca había tenido que aprender a despertar su interés.

A diferencia de la mayoría de los hombres, jamás tuvo que buscar maneras de llamar la atención de las mujeres; le era inevitable hacerlo, y a veces incluso tenía que buscar maneras de zafarse. Nunca se vio en la necesidad de plantearse cómo conocer a una mujer; las mujeres se desviaban de su camino para conocerlo a él, algunas incluso se echaban a sus brazos. Nunca tuvo que engatusar a ninguna para que pasara un rato con él; las mujeres jamás se cansaban de él. Y nunca se vio obligado a aprender a sobrellevar una pérdida, ni la ira de una mujer, ni el peso de sus propios errores garrafales. Nadie imaginaba que un hombre con sus evidentes dones fuera incapaz de todo eso.

La reacción de Jondalar cuando algo no iba bien era retraerse, intentar controlar sus sentimientos y confiar en que todo se arreglara por sí solo. Esperaba que los demás lo perdonaran, o que pasaran por alto sus errores, y normalmente era eso lo que sucedía. De allí que no supiera qué hacer cuando Ayla lo sorprendió con Marona, y tampoco a Ayla se le daba bien manejar esas situaciones.

Desde que el clan la encontró cuando tenía cinco años, Ayla se esforzaba por encajar, por parecer aceptable para que no la expulsaran. El clan no derramaba lágrimas a causa de las emociones y las suyas los perturbaban, así que aprendió a contenerlas. El clan no manifestaba ira ni dolor ni sentimientos intensos, porque no estaba bien visto, así que aprendió a no mostrar los suyos. Para ser una buena mujer del clan, aprendió lo que se esperaba de ella, e intentó comportarse como se esperaba. Entre los zelandonii había intentado eso mismo.

Pero ahora se sentía desconcertada. A su manera de ver, era evidente que no había aprendido a ser una buena mujer zelandonii. La gente estaba disgustada con ella,

algunos la odiaban, y Jondalar no la quería. Había estado días sin hacerle el menor caso, y ante eso ella intentó provocarlo para que respondiera, pero su brutal ataque a Laramar fue totalmente inesperado. Ahora Ayla sentía, sin asomo de duda, que la culpa había sido únicamente de ella. Tenía sobradas muestras de la compasión de Jondalar, y de su amor, y lo había visto controlar sus intensos sentimientos cuando vivían con los mamutoi. Creía conocerlo. Ahora tenía la certeza de que no lo conocía en absoluto. Había procurado aparentar normalidad por simple fuerza de voluntad, pero estaba cansada de pasar noches en vela, demasiado preocupada, dolida y furiosa para conciliar el sueño, y ahora lo que necesitaba desesperadamente era descanso y tranquilidad.

Quizá la Zelandoni, dejándose arrastrar en exceso por su interés en la raíz del clan, había sido poco perspicaz, pero lo cierto era que Ayla siempre había sido un caso aparte. No tenían suficientes puntos de referencia comunes. Procedían de entornos demasiado distintos. Justo cuando creía que entendía realmente a la joven, descubría que lo que consideraba aplicable a Ayla no lo era.

—No quiero insistir si de verdad crees que no debemos, Ayla, pero si puedes explicarme cómo se prepara esa raíz, quizá podamos llevar a cabo un pequeño experimento. Sólo para ver si puede ser útil. Y únicamente para los zelandonia, claro está. ¿Qué te parece? —preguntó la Zelandoni.

En el turbulento estado de Ayla, incluso el terrorífico vacío negro le pareció un buen lugar de reposo, un lugar al que huir de la confusión que la envolvía. Y si no volvía, ¿qué más daba? Jondalar ya no la quería. Echaría de menos a su hija —Ayla sintió que se le contraía el estómago—, pero enseguida pensó que seguramente Jonayla estaría mejor sin ella. La niña echaba de menos a Jondalar. Si ella desaparecía, él regresaría y se ocuparía nuevamente de ella. Y era tanta la gente que la quería que estaría bien atendida.

—No es complicado, Zelandoni —respondió Ayla—. Básicamente se reduce a masticar bien las raíces hasta dejarlas como una pulpa y entonces se escupen en un cuenco con agua. Pero cuesta masticarlas y se tarda mucho, y la persona que las prepara no debe tragar el jugo. Es posible que el jugo que se acumula en la boca sea un ingrediente necesario.

—¿Nada más? Yo diría que si se toma una cantidad pequeña, como se hace cuando uno prueba cualquier cosa nueva, no debería ser muy peligroso —comentó la Zelandoni.

—Además, el clan sigue unos rituales. La curandera que prepara la raíz para los Mog-ures antes debe purificarse, bañarse en un río con raíz jabonosa, y no debe estar vestida. Iza me explicó que lo hacían así para que la mujer estuviera inmaculada y al descubierto, sin esconder nada; así no contaminaba a los hombres santos, los mogures. El Mog-ur, Creb, con pintura roja y negra me hizo dibujos en el cuerpo, en

particular círculos en torno a las partes íntimas femeninas, para aislarlas, creo —contó Ayla—. Para el clan, es una ceremonia muy sagrada.

—Podríamos usar la cueva nueva que encontraste. Es un lugar muy sagrado, e íntimo. Sería una buena manera de emplearla —propuso la Primera—. ¿Algo más?

—No, sólo que cuando probé la raíz con Mamut, se aseguró de que la gente del Campamento del León no dejara de canturrear para que tuviéramos algo a qué aferrarnos, algo que nos mantuviera en contacto con este mundo y nos ayudara a encontrar el camino de vuelta. —Vaciló, bajó la mirada hacia el vaso vacío y añadió en un susurro—: Según Mamut, es posible que Jondalar nos ayudara a volver, no sé cómo.

—Nos aseguraremos de que todos los zelandonia estén allí. Se les da muy bien el canturreo continuo. ¿Hay que cantar algo en concreto? —quiso saber la Primera.

—No lo creo. Basta con que sea algo conocido —respondió Ayla.

—¿Cuándo debería hacerse? —preguntó la Zelandoni, con mayor entusiasmo del que se esperaba.

—No creo que eso importe.

—¿Mañana por la mañana? ¿En cuanto lo tengamos todo listo?

Ayla se encogió de hombros, como si le diera igual, y en ese momento así era.

—Es un día tan bueno como cualquier otro, supongo —contestó.

Capítulo 39

Jondalar estaba tan angustiado y lleno de desesperación como Ayla. Había eludido a todo el mundo en la medida de lo posible desde la gran ceremonia celebrada para comunicar a los zelandonii la función de los hombres y la razón por la que habían sido creados. Guardaba sólo un vago recuerdo de algunos momentos de esa noche. Sí se acordaba de que le había destrozado la cara a Laramar a puñetazos, y no podía borrar de su memoria la imagen de aquel hombre agitándose encima de Ayla. Cuando despertó al día siguiente, sentía la cabeza a punto de estallar, seguía un poco mareado y tenía náuseas. No recordaba haberse encontrado nunca tan mal, y se preguntó qué contenían las bebidas que había consumido.

Danug se hallaba a su lado, y Jondalar tenía la sensación de que estaba en deuda con él, pero no sabía por qué. Le hizo alguna que otra pregunta, intentando llenar las lagunas. Cuando Jondalar se enteró de lo que había hecho, empezó a recordar todo lo sucedido y se horrorizó, reconcomiéndose de remordimientos y vergüenza. Laramar nunca había sido de su agrado, pero nada de lo que ese hombre había hecho podía ser tan espantoso como lo que Jondalar le había hecho a él. Se detestaba tanto a sí mismo que era incapaz de pensar en otra cosa. Estaba seguro de que los demás sentían lo mismo hacia él, y no le cabía duda de que Ayla ya no podía seguir queriéndolo. ¿Cómo podía quererse a una persona tan despreciable?

Una parte de él deseaba dejarlo todo atrás y marcharse, lo más lejos posible, pero algo lo retenía. Se dijo que debía arrostrar su castigo, o al menos saber en qué consistiría y reparar el daño causado de algún modo, pero era más aún la sensación de tener una tarea pendiente y no poder irse dejando las cosas así, sin resolver. Y en lo más hondo de su ser no sabía hasta qué punto sería capaz de abandonar a Ayla y Jonayla. No soportaba la idea de no verlas nunca más, y en el peor de los casos, se conformaría con verlas sólo de lejos.

El dolor, la culpabilidad y la desesperación se arremolinaban en su cabeza. No se le ocurría ningún camino para volver a encauzar su vida, y cada vez que veía a alguien, estaba seguro de que lo miraba con el mismo asco y el mismo desprecio que sentía él por sí mismo. Parte de esos reproches se debía a que, pese a lo deplorable que había sido su comportamiento y a lo mucho que se avergonzaba, cada vez que cerraba los ojos e intentaba dormir por la noche, veía a Laramar encima de Ayla y lo embargaban la misma ira y frustración que se habían adueñado de él entonces. En el fondo sabía que, en las mismas circunstancias, volvería a actuar igual.

Jondalar no hacía más que dar vueltas a sus problemas. Apenas podía pensar en otra cosa. Era una comezón permanente, como cuando uno se rasca la costra de un pequeño corte, sin dejarlo cicatrizar, empeorándolo cada vez más hasta que se convierte en una infección supurante. En su empeño por eludir a la gente, empezó a

dar largos paseos, normalmente por la orilla del Río, corriente arriba. Cada vez se alejaba un poco más, tardaba un poco más, pero siempre llegaba un momento en que ya no podía seguir y tenía que dar media vuelta y regresar. A veces iba a buscar a Corredor y en lugar de bordear el río, atravesaba la pradera abierta a caballo. Se resistía a hacerlo con demasiada frecuencia porque era entonces cuando se sentía más tentado de seguir adelante, pero ese día le apetecía montar y poner cierta distancia entre él y el campamento.

En cuanto despertó del todo, Ayla se levantó y fue al Río. No había dormido bien; al principio estaba demasiado tensa e inquieta para conciliar el sueño, y luego interrumpieron su reposo pesadillas que apenas recordaba, pero que le dejaron una sensación de desasosiego. Pensó en lo que debía hacer para reproducir la ceremonia del clan de la manera más precisa posible. Mientras buscaba raíz jabonosa para purificarse, también permanecía atenta por si veía un nódulo de pedernal o incluso un trozo sobrante de buen tamaño. Quería confeccionar una herramienta de corte como las del clan a fin de recortar un trozo de cuero y elaborar un amuleto del clan.

Cuando llegó a la desembocadura del riachuelo en el Río, dobló para seguir su curso en lugar de bordearlo. Tuvo que caminar un buen trecho aguas arriba hasta encontrar unas cuantas plantas de raíz jabonosa en el bosque detrás del campamento de la Novena Caverna. Era el final de la estación y ya las habían arrancado casi todas. Además, la variedad que encontró no era la misma que usaba el clan, y quería celebrar el ritual como era debido. Aunque en todo caso, siendo ella mujer, nunca equivaldría a una ceremonia del clan. Sólo los hombres del clan consumían las raíces. La función de la mujer consistía únicamente en prepararlas. Al agacharse para arrancar las plantas, le pareció vislumbrar a Jondalar en el bosque, bordeando el riachuelo, pero cuando se irguió, ya no lo vio y se preguntó si habrían sido imaginaciones suyas.

El corcel se alegró de ver a Jondalar. Los demás caballos también, pero él prefirió no llevarlos. Le apetecía una larga cabalgada a solas. Cuando llegaron a las llanuras abiertas, Jondalar azuzó el caballo para que emprendiera una veloz carrera por los campos. Corredor parecía deseoso de estar a la altura de su nombre. A Jondalar le traía sin cuidado qué dirección seguían, o dónde estaban. De pronto se vio literalmente arrancado de sus sombrías reflexiones por un potente y agresivo relincho, sumado a un sonido de cascos, y notó que su montura se encabritaba. Se hallaban en una pradera, en medio de una manada de caballos. Sólo gracias a sus años de experiencia como jinete y la rapidez de sus reflejos evitó caerse al suelo. Se echó hacia delante y, agarrándose con una mano a las crines erizadas del caballo de las

estepas, se sujetó con firmeza en un intento de tranquilizar al corcel y recuperar el control. Aunque Corredor era un animal sano, en la flor de la vida, nunca había tenido la experiencia de convivir con la manada auxiliar de machos que permanecía en torno a la manada principal, formada por las hembras y sus crías, hecho que obligaba al semental de la manada a estar siempre en guardia y listo para defender a los suyos. Tampoco había participado en las peleas a modo de juego con otros machos jóvenes en sus primeros años, pero por instinto estaba listo para enfrentarse a los machos de una manada.

Lo primero que pensó Jondalar fue que debía alejar a su caballo lo máximo posible de la manada, y cuanto antes, pero tuvo considerables dificultades para obligarlo a girar y dirigirlo hacia el campamento. Cuando Corredor se tranquilizó y por fin cabalgaban de regreso con paso uniforme, Jondalar empezó a preguntarse si era justo mantener al viril corcel alejado de los demás caballos, y por primera vez se planteó seriamente la posibilidad de dejarlo en libertad. Todavía no estaba listo para renunciar a él, pero empezó a reconsiderar los largos paseos que daba a solas con el corcel zaino.

En el camino de vuelta, volvió a sentirse taciturno e introspectivo. Recordó el día de la gran reunión, y cuando vio a Ayla sentada rígidamente mientras Brukeval la injuriaba. Anheló consolarla, obligar a Brukeval a callar, decirle que se equivocaba. Había entendido a la perfección las explicaciones de la Zelandoni, que de hecho ya había oído casi íntegramente a través de Ayla y estaba más predispuesto que la mayoría a aceptarlas. Lo que era nuevo para él era el nombre asignado a la relación —«padre», abreviación de partícipe y madre—, y pensó en las últimas palabras de la Zelandoni: que los hombres debían poner el nombre a los niños, que los padres darían nombre a sus hijos varones. Repitió la palabra para sus adentros. Padre. Él era un padre. Era el padre de Jonayla.

¡No era digno de ser el padre de Jonayla! Sería una deshonra para ella decir que él era su padre. Había estado a punto de matar a un hombre con los puños. A no ser por Danug, habría acabado con él. Ayla había perdido un hijo hallándose sola en los túneles profundos de la cueva de la Roca de la Fuente, y él no estaba allí para ayudarla. ¿Y si el niño que había perdido era varón? Si no lo hubiese perdido y hubiese sido varón, ¿le habría puesto él el nombre? ¿Qué se sentía cuando se decidía el nombre de un niño?

¿Qué más daba? Nunca podría poner el nombre a un niño. Nunca tendría más hijos. Había perdido a su compañera, se vería obligado a marcharse de su hogar. Cuando la Zelandoni dio por concluida la reunión, él eludió las conversaciones de los demás y regresó a toda prisa al alojamiento alejado para no tener que ver a Ayla, ni a Jonayla.

Se sentía igual al día siguiente cuando los demás ocupantes del alojamiento

alejado se marcharon al campamento lanzadonii para el gran banquete, pero una vez a solas no podía dejar de pensar en sus muchos errores. Al final, ya no soportaba quedarse dentro del alojamiento, dando vueltas y más vueltas a lo mismo, culpándose, reprochándose, castigándose. Salió y se dirigió hacia el Río para dar otro largo paseo. Desde que había estado a punto de toparse con un semental al cruzarse con la manada de yeguas, Corredor parecía más excitable y Jondalar decidió no montarlo. Cuando se echó a caminar río arriba, se sorprendió al ver a Lobo. Jondalar se alegró y se detuvo para saludarlo, rodeándole el cuello, ahora con el pelaje más espeso y exuberante.

—¡Lobo! ¿Qué te trae por aquí? ¿Tú también te has cansado de tanto barullo y conmoción? Pues si me acompañas, por mí encantado —dijo con entusiasmo. El animal respondió con un suave gruñido de placer.

Lobo llevaba todos esos días pendiente de Jonayla, después de haber permanecido alejado de ella tanto tiempo, y pendiente también de Ayla, que había sido su foco de atención principal desde el día en que ella sacó de su guarida fría y solitaria al cachorro asustado de cuatro semanas, y por consiguiente no había pasado mucho tiempo en compañía del tercer humano a quien consideraba miembro esencial de su manada. Después de comer las sobras del banquete, Lobo, ya de camino hacia el campamento de la Novena Caverna, vio a Jondalar que se dirigía al Río y echó a correr hacia él, por delante de Jonayla. Se volvió para mirarla y gimió.

—Ve, Lobo —dijo la niña, indicándole con una seña que siguiera—. Vete con Jondalar.

Jonayla había reparado en la profunda tristeza de Jondalar, y era más que consciente de que su madre estaba igual de apenada, pese a que intentaba disimularlo. No sabía exactamente qué era, pero se daba cuenta de que pasaba algo terrible y sentía un espantoso nudo en el estómago. Su mayor deseo era que su familia volviera a estar junta, y eso incluía a Thona y Wimar, y también a Lobo y los caballos. «Tal vez Jondy necesita verte, Lobo, y estar contigo, como he estado yo», se dijo Jonayla.

Ayla había estado pensando en Jondalar, o más exactamente en ir a la charca en el riachuelo para su baño ceremonial, y eso la llevó a pensar en Jondalar. Deseaba la quietud y la intimidad de ese lugar aislado para la limpieza purificadora, pero había sido incapaz de volver allí desde que sorprendió a Jondalar con Marona. Le constaba que en esa zona había pedernal —Jondalar había encontrado—, pero no vio, y dudaba que le diera tiempo de buscar más lejos. Sabía que Jondalar siempre guardaba unos cuantos trozos, pero ni siquiera se planteó pedirle uno. Él no quería hablar con ella. Tendría que apañárselas con un cuchillo zelandonii y un punzón para cortar el cuero y abrir los agujeros en el borde para enhebrar el cordón, aunque también eso implicara desviarse de las costumbres del clan.

Encontró una roca plana, la acercó a la charca del riachuelo y luego, con otra piedra más redondeada, machacó los ingredientes jabonosos y espumosos de la planta, mezclados con un poco de agua. A continuación se adentró en las serenas aguas remansadas en el lado curvo de la charca y se vertió la espuma resbaladiza en la piel. La parte inferior del cuerpo enseguida se le aclaró cuando se apartó de la orilla para enjuagarse. Hundió la cabeza bajo el agua, nadó un poco y luego volvió a la orilla para lavarse el pelo. Mientras se bañaba, pensó en el clan.

Recordaba su infancia en el clan de Brun como un período de paz y seguridad, con Iza y Creb allí para quererla y cuidarla. Todos sabían desde su nacimiento qué se esperaba de ellos, y no se hacía la menor concesión a las desviaciones. Los roles se definían claramente. Todos sabían dónde encajaban, cuál era su rango, su cometido y su lugar. La vida era estable y segura. No tenían que preocuparse de ideas nuevas que cambiaran las cosas.

¿Por qué tuvo que ser ella quien introdujo cambios que afectaban a todos? ¿Cambios que llevaron a algunos a odiarla? En retrospectiva, su vida con el clan le parecía tranquilizadora; se preguntó por qué había luchado tanto contra las restricciones. Ahora el orden en la vida del clan la atraía. Una vida estrictamente regulada proporcionaba cierta seguridad reconfortante.

Así y todo, se alegraba de haber aprendido a cazar, pese a contravenir las tradiciones del clan. Era mujer, y las mujeres del clan no cazaban, pero si no hubiera sabido hacerlo, ahora no estaría viva; y sin embargo, cuando se enteraron, estuvo a punto de morir precisamente por eso. La primera vez la maldijeron, y Brun la expulsó del clan, limitando el tiempo a una luna. Era a principios del invierno y todos creyeron que moriría, pero lo mismo que provocó la maldición, la caza, le salvó la vida. «Tal vez debería haber muerto entonces», pensó.

Volvió a desafiar las costumbres del clan cuando huyó con Durc, pero no podía exponer a su hijo recién nacido a los elementos y los carnívoros sólo porque ellos creyeran que era deforme. Brun, pese a la oposición de Broud, los perdonó. Broud nunca le había puesto las cosas fáciles. Cuando se convirtió en jefe y la maldijo, fue para siempre y sin ninguna razón, y entonces se vio obligada a abandonar definitivamente el clan. También en esa ocasión la salvó la caza. Jamás habría sobrevivido en el valle si no hubiese sido cazadora y si no hubiese sabido que podía vivir sola si era necesario.

Al volver al campamento, Ayla seguía pensando en el clan, y en cómo preparar debidamente los rituales relacionados con las raíces. Vio a Jonayla sentada con Proleva y Marthona. Estas la saludaron con la mano y le indicaron que se acercara.

—Ven a comer algo —dijo Proleva.

Lobo, cansado de pasear con el hombre melancólico, que no hacía más que ir a rastras de un lado a otro, había regresado en busca de Jonayla. Tumbado al otro lado

de la hoguera royendo un hueso, alzó la vista. Ayla se encaminó hacia ellos. Abrazó a su hija, la apartó de sí por un momento, la contempló con extraña tristeza y volvió a estrecharla, casi demasiado fuerte.

—Tienes el pelo mojado, madre —dijo Jonayla, revolviéndose para zafarse de ella.

—Acabo de lavármelo —respondió Ayla, acariciando al lobo, que se había acercado para saludarla. Cogió la hermosa cabeza del animal entre sus manos, lo miró a los ojos y lo abrazó con fervor. Cuando se levantó, el lobo alzó la vista y la miró como si esperara algo de ella. Ayla se dio unas palmadas en el pecho, casi a la altura de los hombros. Lobo se irguió sobre las patas traseras, apoyó las delanteras en los hombros de Ayla, le lamió el cuello y la cara y le rodeó delicadamente la barbilla con los dientes, reteniéndola así por un instante. Cuando la soltó, Ayla le devolvió la señal lobuna de pertenencia a la manada, cogiéndole el hocico con los dientes por un momento. Llevaba tiempo sin hacerlo y le pareció que Lobo quedó complacido.

Cuando Lobo volvió a poner las patas delanteras en el suelo, Proleva, que contenía la respiración, dejó escapar un suspiro. Por mucho que la hubiera visto, esa clase de conducta por parte de Ayla le resultaba inquietante. Ver a la mujer exponer el cuello a los dientes del enorme lobo siempre la ponía nerviosa, y tomaba conciencia de que ese animal amigable y bien educado era un poderoso carnívoro que podía matar sin mayor dificultad a cualquiera de los humanos con quienes se mezclaba tan libremente.

Tras volver a respirar tranquila y disiparse sus temores, Proleva comentó:

—Sírrete, Ayla. Hay comida en abundancia. La de esta mañana ha sido muy fácil de preparar. Quedaban muchas sobras de ayer. Me alegro de que decidiéramos organizar un banquete con los lanzadonii. Fue un placer trabajar con Jerika y Joplaya, y otras mujeres. Ahora tengo la impresión de que las conozco mejor.

Ayla sintió una punzada de pesar. Lamentó haber estado tan ocupada con la zelandonia; le habría gustado participar en los preparativos del banquete. Una buena manera de conocer a la gente era trabajar con ella. Otro obstáculo había sido el hecho de estar tan abstraída en sus problemas; al fin y al cabo, habría podido ir antes, pensó mientras cogía uno de los vasos de más, a disposición de quienes se olvidaban los suyos, y lo hundía en la gran caja de madera ranurada para servirse una infusión de manzanilla. Lo primero que se preparaba por la mañana era siempre una infusión.

—El uro está especialmente bueno y jugoso, Ayla. Los animales ya han empezado a acumular la grasa del invierno, y Proleva acaba de recalentarlo. Debes probarlo —instó Marthona al advertir que Ayla no cogía comida—. Los platos están ahí. —Señaló una pila de objetos de distintos tamaños pero casi todos planos, de madera, hueso y marfil, empleados como platos.

Los árboles talados y partidos para leña a menudo dejaban grandes astillas que

podían recortarse y desbastarse con facilidad para confeccionar platos y fuentes; los huesos de diversos ciervos, bisontes y uros, en concreto los omóplatos y las pelvis, se reducían toscamente a un tamaño razonable con el mismo fin. Los colmillos de mamut podían fragmentarse, como el pedernal, pero extrayendo escamas de mucho mayor tamaño, empleadas también como platos.

Al marfil de mamut incluso podía dársele forma previamente grabando un surco circular con un cincel. A continuación, valiéndose del extremo macizo de un asta o un cuerno, aplicaban la punta de este en el ángulo oportuno sobre el surco circular; con práctica y un poco de suerte, golpeaban el lado romo del cuerno con un mazo de piedra hasta desprender un redondel de marfil a partir del surco previamente grabado. Dichos redondeles de marfil, con una superficie exterior lisa y un poco cóncava, podían emplearse para más cosas además de como platos, y a veces se grababan en ellos imágenes decorativas.

—Gracias, Marthona, pero tengo que ir a buscar un par de cosas e ir a ver a la Zelandoni —dijo Ayla. De pronto se detuvo y se agachó delante de la mujer de mayor edad, que estaba sentada en un pequeño taburete de junco, hojas de anea y ramas flexibles tejidas—. Quiero darte las gracias con toda sinceridad por tratarme tan amablemente desde el día que llegué. No recuerdo a mi propia madre, sino sólo a Iza, la mujer del clan que me crio, pero me gusta pensar que mi verdadera madre se habría parecido a ti.

—Tú eres como una hija para mí, Ayla —contestó Marthona, más conmovida de lo que habría esperado—. Mi hijo ha tenido suerte de encontrarte. —Cabeceó ligeramente—. A veces me gustaría que se pareciese más a ti.

Ayla la abrazó y se volvió hacia Proleva.

—También a ti te doy las gracias, Proleva. Has sido una buena amiga, y te agradezco, más de lo que puedo expresar, lo mucho que cuidaste de Jonayla cuando tuve que quedarme en la Novena Caverna, y cuando he estado ocupada estos últimos días. —También abrazó a Proleva—. Ojalá Folará estuviera aquí, pero sé el trasiego que suponen los preparativos de una ceremonia matrimonial. Creo que Aldanor es buen hombre, y me alegro mucho por ella. Ahora tengo que irme —dijo de pronto. Se volvió para abrazar a su hija de nuevo y se marchó a toda prisa a su alojamiento con los ojos empañados por las lágrimas.

—¿Y eso por qué lo ha dicho? —preguntó Proleva.

—Si no fuera por lo absurdo que parece, casi diría que estaba despidiéndose —respondió Marthona.

—¿Madre se va a algún sitio, Thona? —quiso saber Jonayla.

—No lo creo. O al menos a mí nadie me ha dicho nada.

Ayla se quedó un rato en el alojamiento de verano preparándolo todo. Primero

recortó una forma aproximadamente circular en una piel procedente del vientre del ciervo rojo que ella había llevado a la Reunión de Verano. Había encontrado la suave gamuza el día anterior doblada entre sus pieles de dormir. Cuando le preguntó a Jonayla quién había curtido el cuero, esta le contestó: «Todo el mundo».

El cordaje —las cuerdas de fibras, los cordeles, las hebras, los resistentes tendones y las tiras de cuero, todos de diversos tamaños siempre era útil, y fácil de hacer sin pensar mucho en ello cuando ya se conocía la técnica. La mayoría de la gente confeccionaba esas cosas mientras charlaba o escuchaba historias, utilizando materiales que iba reuniendo a medida que los encontraba. Así pues, siempre había cordaje a mano y a disposición de todos. Ayla cogió una tira de cuero y una cuerda larga, fina y flexible, que colgaban de unas estaquillas clavadas en los postes cercanos a la entrada. Después de recortar la forma circular en la zona del vientre, dobló el resto del cuero y luego enrolló la cuerda y la puso encima. Se colocó la tira de cuero alrededor del cuello para medir la longitud necesaria, añadió un poco más, y luego la pasó por los orificios que había hecho en el borde del círculo de piel.

Ya casi nunca se ponía su amuleto, ni siquiera el más nuevo. La mayoría de los zelandonii lucían collares, y resultaba incómodo colgarse al cuello simultáneamente una bolsa de cuero abultada y un collar. Así pues, solía llevar el amuleto en su bolsa de medicamentos, que tenía por costumbre prenderse del cinturón. No era una bolsa de medicamentos del clan. Había pensado varias veces en hacerse otra, pero nunca encontraba el momento. Tras aflojar el cordón que ceñía la bolsa de los medicamentos, buscó en su interior y sacó la pequeña bolsa adornada, su amuleto, que contenía objetos de formas extrañas. Desató los nudos y vació en su mano la peculiar colección de objetos. Eran los signos de su tótem, que representaban momentos trascendentales de su vida. La mayoría se los había entregado el espíritu del gran León Cavernario después de tomar ella una determinación vital para revelarles que era la decisión acertada, pero no todos.

El fragmento de ocre rojo, el primer objeto guardado en la bolsa, se había alisado por el desgaste. Se lo dio Iza cuando el clan la aceptó. Ayla lo metió en el amuleto nuevo. El pedazo de dióxido de manganeso negro que recibió al convertirse en curandera también se había desgastado después de tanto tiempo en la pequeña bolsa. El material rojo y negro empleado para colorear había dejado residuos en los demás objetos de la bolsa. Los minerales podían limpiarse con un simple cepillado, como el fósil de concha, el signo de su tótem que indicaba que la decisión de aprender a cazar pese a ser mujer había sido correcta.

«Debió de saber ya por entonces que necesitaría cazar para sobrevivir», pensó. «Mi León Cavernario incluso le dijo a Brun que debía dejarme cazar, aunque fuera sólo con la honda.» El disco de marfil de mamut, el talismán de caza que le entregaron al declararla la Mujer Que Caza, se había impregnado de colores y no

podía limpiarse cepillándolo, en particular el rojo del ocre.

Cogió el trozo de pirita de hierro y se lo frotó contra la túnica. Era su signo preferido: señalaba que había hecho bien al huir con Durc. De lo contrario, el pequeño habría estado expuesto a toda clase de peligros y a nadie le habría importado porque lo consideraban deforme. Cuando se llevó al niño y lo escondió, a sabiendas de que también ella podía morir, obligó a Brun y a Creb a reflexionar.

El polvo coloreado se había adherido al cristal de cuarzo transparente pero sin teñirlo; ese era el signo cuyo hallazgo le reveló que había acertado al decidir no buscar más a su gente y quedarse un tiempo en el Valle de los Caballos. Siempre la inquietaba ver la piedra de manganeso negro. Volvió a cogerla y la sostuvo en el puño cerrado. Contenía el espíritu de todos los miembros del clan. Ayla había dado una parte de su espíritu a cambio de esa piedra; de ese modo, cuando salvaba la vida a alguien, esa persona no contraía una deuda con ella porque ella ya tenía una parte del espíritu de todos.

Cuando murió Iza, Creb, el Mog-ur, había cogido su piedra de curandera antes de enterrarla para que Iza no se llevara consigo a todo el clan al mundo de los espíritus, pero nadie le quitó la piedra a ella cuando Broud la maldijo condenándola a muerte. Goov llevaba poco tiempo en el cargo de Mog-ur, y fue tal el asombro de todos ante esa maldición que nadie se acordó de reclamársela, y ella se olvidó de devolverla. ¿Qué le sucedería al clan si ella aún conservaba la piedra cuando pasara al otro mundo?

Metió todos sus signos del tótem en la bolsa nueva, y supo que a partir de ese momento siempre los guardaría allí. Le pareció adecuado que sus signos del tótem del clan permanecieran en una bolsa amuleto del clan. Mientras ceñía la tira, se preguntó, como tantas veces, por qué nunca había recibido un signo de su tótem al decidir dejar a los mamutoi y marcharse con Jondalar. ¿Acaso ya se había convertido en hija de la Madre? ¿Le había dicho la Madre a su tótem que no necesitaba un signo? ¿Le habían dado un signo más sutil que no reconoció? La asaltó una idea nueva y más aterradora: ¿acaso se había equivocado en su decisión? La recorrió un escalofrío. Por primera vez en mucho tiempo, Ayla cerró la mano en torno al amuleto y en silencio suplicó protección al espíritu del Gran León Cavernario.

Cuando salió del alojamiento provisional, Ayla llevaba una piel de gamuza doblada, un morral de cuero en el que sobresalían numerosos bultos y su bolsa de medicamentos del clan. Ahora había varias personas más en torno a la fogata del campamento, y Ayla, al marcharse, las saludó con la mano, pero no usó el gesto habitual de despedida, el gesto de «volveré», con la palma hacia dentro, hacia sí, empleado para indicar una separación temporal y dar a entender que pronto se verían de nuevo. Había levantado la mano, con la palma hacia fuera, y la había movido ligeramente de un lado a otro. Marthona frunció el entrecejo al percibir la señal.

Cuando Ayla se encaminó aguas arriba por la orilla del riachuelo, tomando un atajo para ir a la cueva que había descubierto hacía unos años, se preguntó si debía seguir adelante con esa ceremonia. Sí, defraudaría a la Zelandoni, y también a los demás zelandonia que se preparaban para asistir, pero aquello era más peligroso de lo que pensaban. Cuando accedió a celebrar la ceremonia el día anterior, estaba tan deprimida que le daba igual si se perdía en el vacío negro, pero esa mañana se sentía mejor, sobre todo después del baño, y de ver a Jonayla, y a Lobo, además de Marthona y Proleva. Ahora ya no se sentía tan dispuesta a enfrentarse al vacío negro aterrador. Tal vez debía decir a la Zelandoni que había cambiado de parecer.

No había pensado en el peligro que la esperaba mientras se ocupaba de los preparativos preliminares, pero sí le había causado cierto malestar la imposibilidad de llevar a cabo todos los rituales como era debido. Ese era un aspecto muy importante en las ceremonias del clan, a diferencia de las que celebraban los zelandonii, más tolerantes con las desviaciones. Incluso la letra del Canto a la Madre presentaba ligeras variaciones en las distintas cavernas, lo que era uno de los temas de conversación preferidos entre los zelandonia, y eso tratándose de la Leyenda de los Ancianos más importante de todas.

Si esa leyenda hubiese constituido una parte sagrada de las ceremonias del clan, la habrían memorizado y recitado exactamente de la misma manera cada vez, o al menos así habría sido entre los clanes que mantenían contacto directo con cierta regularidad. Incluso los clanes de regiones alejadas habrían tenido una versión muy parecida. Por eso ella podía comunicarse en el lenguaje sagrado de los signos del clan con los clanes de esa región a pesar de que se hallaba a un año de viaje del clan en el que se crio. Había pequeñas diferencias, pero era increíblemente similar.

Como lo que se disponía a celebrar era una ceremonia del clan, usando potentes raíces preparadas según el procedimiento del clan, pensó que todo debía realizarse de la manera más parecida posible a la tradición del clan. Creía que sólo así podía aspirar a mantener algún control, y empezaba a pensar que ni siquiera eso le serviría.

Cuando atravesaba la zona boscosa totalmente absorta en sus pensamientos, de pronto estuvo a punto de tropezar con alguien que salía de detrás de un árbol. Se quedó atónita al verse prácticamente entre los brazos de Jondalar. Él se sorprendió aún más y no supo qué hacer. Su primer impulso fue acabar lo que el azar había iniciado y abrazarla. Ese era su deseo desde hacía mucho tiempo, pero nada más ver la cara de asombro de Ayla, se echó atrás de un salto, interpretando su sorpresa como repulsión, como rechazo a que la tocara. La reacción de Ayla cuando Jondalar se apartó fue pensar que no la quería a su lado, que él no soportaba estar cerca de ella.

Cruzaron una larga mirada. No habían estado tan cerca el uno del otro desde que ella lo encontró con Marona, y en el fondo de su corazón los dos desearon prolongar ese momento, salvar la distancia emocional que los separaba. Pero los distrajo un

niño que pasó corriendo por el sendero donde estaban. Apartaron la vista por un instante y ya no pudieron volver a mirarse.

—Esto... lo siento —dijo Jondalar, deseando estrecharla pero temiendo que ella lo rechazara. En su profundo desconcierto, miraba alrededor con desesperación, como un animal atrapado en una trampa.

—No ha sido nada —respondió Ayla, bajando la vista para ocultar las lágrimas que de un tiempo a esa parte asomaban a la mínima. No quería que Jondalar viera su malestar al descubrir que él no soportaba su proximidad, que deseaba alejarse de ella. Sin alzar la mirada, se apresuró a reanudar la marcha antes de que la delataran los ojos empañados. Jondalar tuvo que contener sus propias lágrimas al verla casi correr por el sendero en su prisa por alejarse de él.

Ayla siguió por lo que ya empezaba a ser un asomo de sendero hacia la cueva nueva. Aunque probablemente todos los miembros de la familia zelandonii habían entrado en la cueva nueva al menos una vez, no se usaba a menudo. Como era tan hermosa y tan poco corriente, con sus paredes de piedra casi blanca, se consideraba un lugar muy espiritual, muy sagrado, y todavía un tanto inviolable. Los zelandonia y los jefes de las cavernas todavía buscaban las maneras y ocasiones adecuadas para usarla. Era tan nueva que aún no se habían desarrollado las tradiciones.

Cuando se acercó al pie de la pequeña colina que albergaba la cueva, advirtió que la entrada ya no estaba obstruida por el arbusto y el árbol caído, cuyas raíces, al ser arrancadas, habían dejado a la vista en su día la abertura de acceso a las cámaras subterráneas. También se habían retirado piedras y tierra en torno a la entrada, por lo que ahora esta era más amplia.

Aunque no le entusiasmaba la idea de celebrar la ceremonia que había estado preparando, sí le hacía ilusión ver de nuevo la cueva, aunque desde luego ya no sentía el estado de ánimo más optimista que casi la había llevado a renunciar a esa peligrosa ceremonia. Su desdicha era equiparable al vacío negro que la esperaba. ¿Qué más daba si se perdía allí? No podía ser peor que el malestar que la invadía en ese momento. Se esforzó por recuperar el control de sí misma, cosa que ese día tanto le costaba. Tenía la sensación de haber estado al borde de las lágrimas desde que se despertó.

Sacó de su morral de cuero un cuenco de piedra poco profundo y un fardo envuelto en piel. Este contenía una bolsa impermeable llena de grasa con un tapón en el extremo, y la piel, atada, servía para que la grasa filtrada no manchara nada. Encontró el paquete con las mechas de líquen, echó un poco de grasa en el cuenco, hundió una mecha durante unos segundos para empaparla, la sacó y la colocó en el borde del candil en forma de cuenco. Cuando se disponía a encender una pequeña fogata con su piedra de fuego, vio acercarse por el sendero a otras dos zelandonia.

Al verlas, Ayla recobró aún más la compostura. Su incorporación a la zelandonia

aún era reciente, y deseaba conservar el respeto de los demás. Se saludaron y charlaron de trivialidades; luego una de ellas sostuvo el candil mientras observaba a Ayla encender la pequeña fogata en el suelo con su piedra de fuego. En cuanto prendió el candil, apagó el fuego con tierra, y las tres entraron en la cueva.

Después de dejar atrás el calor de la zona de la entrada, y ya en la oscuridad total del interior, la temperatura bajó hasta alcanzar la de casi todas las cuevas, unos doce grados. No conversaron mucho mientras se abrían paso entre las rocas que afloraban y la arcilla resbaladiza, sin más iluminación que el candil. Para cuando llegaron a una cámara más amplia, tenían la vista tan acostumbrada a la oscuridad que la luz de tantos candiles casi las deslumbró. Casi todos los zelandonia habían llegado ya y esperaban a Ayla.

—Ah, ya estás aquí, Zelandoni de la Novena Caverna —dijo la Primera—. ¿Has hecho todos los preparativos que consideras necesarios?

—No exactamente —respondió Ayla—. Todavía tengo que cambiarme. En una ceremonia del clan tendría que preparar la bebida desnuda, sin nada más que mi amuleto y los dibujos pintados en mi cuerpo por el Mog-ur. Pero dentro de la cueva hace demasiado frío para quedarme desnuda mucho rato; además, los Mog-ures que beben el líquido van vestidos, así que eso mismo haré yo. Creo que es importante ceñirse lo máximo posible a la ceremonia del clan, y por tanto he decidido envolverme con una piel al estilo de las mujeres del clan. He hecho un amuleto del clan para mis símbolos del tótem, y a fin de demostrar que soy una curandera llevaré mi bolsa de medicamentos del clan, aunque lo importante son los objetos que contiene mi amuleto. Gracias a estos los espíritus del clan me reconocerán no sólo como mujer del clan, sino también como curandera.

Observada por todos los zelandonia con gran curiosidad, Ayla se quitó la ropa y se envolvió con la gamuza suave y flexible, ciñendosela mediante un cordel largo de tal modo que la piel formase bolsas y pliegues donde guardar cosas. Pensó en todos los detalles ajenos a las costumbres del clan, empezando por la propia preparación de la bebida, para ella en lugar de para los Mog-ures. Ella no era Mog-ur, ni podía serlo ninguna mujer del clan, y desconocía los rituales previos a la ceremonia, pero era una zelandoni y esperaba que eso tuviera algún valor cuando llegara al mundo de los espíritus.

Sacó un saquito de su bolsa de medicamentos. La luz de los numerosos candiles bastaba para que pudiera apreciarse su vivo color de ocre rojo, el más sagrado para el clan. Luego extrajo un cuenco de madera de la bolsa de cuero. Había confeccionado el cuenco hacía tiempo al estilo del clan para enseñárselo a Marthona, quien, con su sentido de la estética, supo valorar su sencillez y su buena factura. Ayla había pensado regalárselo, pero ahora se alegraba de haberlo conservado. Aunque no fuera el cuenco especial empleado sólo para esa raíz por generaciones y generaciones de

antepasados de Iza, al menos era un cuenco de madera labrado con la misma meticulosidad con que los hacía el clan.

—Necesitaré agua —dijo Ayla mientras deshacía los nudos de la bolsita roja. Se vació la bolsa de raíces en la mano.

—¿Puedo verlas? —preguntó la Zelandoni.

Ayla se las tendió, pero no tenían nada de especial. Sólo eran raíces secas.

—No sé muy bien cuánto hay que poner —comentó, y cogió dos trozos pequeños, confiando en que esa fuera la cantidad adecuada—. Sólo he hecho esto dos veces, y no tengo los recuerdos de Iza.

Unos cuantos de los zelandonia allí presentes la habían oído ya hablar de los recuerdos del clan, pero en su mayoría ignoraban a qué se refería. Ayla había intentado explicárselo a la Zelandoni Que Era la Primera, pero como ella misma tampoco sabía exactamente qué era, le resultaba difícil aclarárselo a alguien.

Echó agua en su cuenco de madera, y Ayla bebió un poco para humedecerse la boca. Se acordaba de lo secas que eran las raíces y lo difíciles de masticar.

—Estoy lista —anunció, y antes de echarse atrás, se llevó las raíces a la boca y empezó a masticar.

Tardó mucho en ablandarlas lo suficiente para poder morderlas, y si bien procuró no tragar saliva, no le fue fácil, y pensó que, dado que iba a beberlo ella, tal vez eso no importaba mucho. Masticó y masticó y masticó. Daba la impresión de que no acabaría nunca, pero finalmente tuvo en la boca una pasta húmeda que escupió en el cuenco. La revolvió con el dedo y observó cómo el líquido se volvía de un color blanco lechoso.

La Zelandoni miraba por encima del hombro de Ayla.

—¿Eso ha de quedar así? —Parecía querer identificar el olor.

—Sí —respondió Ayla. Notaba el sabor primigenio en la boca—. ¿Quieres olerlo?

—Huele a antiguo —contestó la mujer—, como un denso bosque fresco y húmedo, lleno de moho y hongos. ¿Puedo probarlo?

Ayla estuvo a punto de negarse. Aquello era tan sagrado para el clan que Iza ni siquiera pudo preparar un poco para enseñarle a ella cómo se hacía, y por un momento Ayla se horrorizó ante la solicitud de la Zelandoni. Pero enseguida comprendió que todo el experimento difería tanto de cualquier cosa que pudiera hacer el clan que con toda seguridad era intrascendente que la Zelandoni bebiera un poco. Ayla le acercó el cuenco a los labios y, viendo que tomaba algo más que un sorbo, se lo retiró para que no se excediera.

Después se lo llevó ella misma a la boca y lo apuró rápidamente, cerciorándose así que no quedaba nada y por tanto nadie más podía probarlo. No quería cometer el mismo descuido por el que se había visto envuelta en tan complicada situación

aquella primera vez. Iza había insistido en que no debía sobrar nada, pero ella había preparado una cantidad excesiva, y el Mog-ur, tras probarlo una primera vez, dictaminó que estaba demasiado fuerte. Controló, pues, la cantidad que bebía cada hombre, y dejó un poco en el fondo del cuenco. Ayla lo encontró más tarde, después de haber ingerido ya una cantidad desmedida mientras masticaba la raíz, y haberse excedido, para colmo, con la bebida de las mujeres. Se hallaba en tal estado de confusión que se bebió el resto para que no quedara nada. Esta vez se aseguraría de que nadie más sintiera la tentación de probarlo sin darse cuenta de lo que hacía.

—¿Cuándo debemos iniciar el canturreo? —preguntó la Primera.

Ayla casi se había olvidado de ese detalle.

—Probablemente ya tendríais que haber empezado —contestó, con la voz ya un poco pastosa.

La Primera comenzaba a notar los efectos de su cata un tanto generosa y se esforzaba por mantener el control mientras indicaba a los zelandonia con un gesto que iniciaran el canturreo. «Sin duda es una raíz potente», pensó, «y eso que sólo he tomado un trago. ¿Cómo se sentirá Ayla después de todo lo que ha bebido?».

Ayla recordaba bien ese sabor a antiguo, y evocó en ella sentimientos que nunca olvidaría, recuerdos y asociaciones de las otras veces que había probado la bebida, y de tiempos pasados. Percibió la frescura y humedad de un denso bosque, como si estuviera en él, rodeada de árboles tan enormes que costaba circundarlos y pasar entre ellos mientras subía por la empinada ladera de una montaña seguida por un caballo. El líquen, de un color verde grisáceo y una blandura húmeda, colgaba de los árboles, y el moho cubría el suelo y las rocas y los troncos de árboles muertos formando una alfombra continua de tonos que oscilaban entre el verde brillante puro, un intenso verde pino, un cálido verde marrón tierra y todos los matices intermedios.

Ayla percibió el olor de los hongos, setas de todos los tamaños y colores: frágiles alas blancas que brotaban de árboles caídos, gruesas plataformas leñosas adheridas a tocones viejos, provistos de grandes sombreros marrones, densos y esponjosos, y pequeños tallos, finos y delicados. Había setas de color miel agrupadas, otras eran esferas compactas, otras tenían sombreros de un brillante color rojo con motas blancas, o sombreros altos y lisos que rezumaban una sustancia negra, o perfectos sombreros mortales, de un blanco fantasmagórico, y otras muchas. Las conocía todas, las había probado todas, las percibía todas.

Se hallaba en el gran delta de un río enorme, arrastrada por una corriente de aguas marrones y lodosas, entre espesas y altas matas de carrizo y anea, e islas flotantes con árboles y lobos que trepaban a ellas, girando y girando en un pequeño bote en forma de vasija revestido de cuero, elevándose y flotando en un colchón de aire.

No fue consciente de que le fallaban las fuerzas, le flaqueaban las rodillas y se cayó al suelo. La levantaron varios zelandonia y la llevaron a un lugar de descanso

que la Zelandoni había previsto instalar en la cueva para Ayla. La Primera casi deseó tener uno también para ella cuando alargó el brazo hacia su sólido taburete de mimbre cubierto con un cojín. Intentaba mantenerse lúcida, observar a Ayla, y un atisbo de preocupación empezó a cobrar forma en el fondo de su mente.

Ayla se sentía serena, tranquila, mientras se hundía en una suave bruma que la atraía hacia su interior y finalmente la rodeaba por completo. La bruma se espesó hasta convertirse en una niebla que le impidió ver y luego adquirió la forma de una nube húmeda y densa. Sintió que la absorbía. Se ahogaba, le costaba respirar, jadeaba, hasta que de pronto notó que empezaba a moverse.

Se movía cada vez más rápido, atrapada en la nube asfixiante, avanzaba a tal velocidad que se le cortó la respiración y se quedó sin aire. La nube la envolvió, la exprimió, presionando por todos los lados, contrayéndose, expandiéndose y contrayéndose otra vez, como un ser vivo. La obligó a moverse aún más deprisa, hasta que se precipitó en un vacío negro y profundo, un espacio tan oscuro como el interior de una cueva, sin sentido alguno, aterrador.

La experiencia habría sido menos aterradora si simplemente se hubiese dormido, si hubiese perdido el conocimiento como creían quienes la observaban, pero no era así. No podía moverse, en realidad no deseaba moverse, pero cuando concentraba su voluntad en mover algo, aunque sólo fuera un dedo, era incapaz. Ni siquiera sentía el dedo, ni parte alguna de su cuerpo. No podía abrir los ojos, ni volver la cabeza; carecía de volición, de voluntad, pero sí oía. A cierto nivel, era consciente. Oía el canturreo de los zelandonia, como un sonido lejano y a la vez muy nítido; oía un ligero murmullo de voces procedentes de un rincón, aunque no distinguía las palabras; oía incluso los latidos de su propio corazón.

Cada donier eligió un sonido, buscando un tono y un timbre que pudieran mantener cómodamente de manera prolongada. Cuando querían sostener un canturreo continuo, varios doniers empezaban a emitir su tono. La combinación podía ser o no armoniosa, eso daba igual. Antes de que el primer zelandoni se quedara sin aliento, se incorporaba otro, y luego otro, y otro, a intervalos irregulares. El resultado era una fuga monótona de tonos entrelazados que podía alargarse indefinidamente si había personas suficientes para permitir descansar a quienes necesitaban detenerse de vez en cuando.

Para Ayla era un sonido reconfortante, que estaba allí pero tendía a difuminarse en un segundo plano mientras su mente observaba escenas que sólo ella podía ver tras los párpados cerrados, visiones dotadas de la incoherencia lúcida de los sueños vívidos. Era como si soñara totalmente despierta. Al principio, cayó en el espacio negro cada vez a mayor velocidad; lo sabía a pesar de que el vacío permanecía inalterable. Se sentía aterrorizada y sola. Tremendamente sola. No existían los sentidos, ni el gusto, ni el oído, ni el olfato, ni la vista ni el tacto, y era como si nunca

hubieran existido y no fueran a existir: sólo estaba allí su mente consciente, gritando.

Pasó una eternidad. De pronto, muy lejos, apenas perceptible, vio un resplandor tenue. Tendió la mano hacia él, intentó alcanzarlo. Cualquiera cosa, lo que fuera, era mejor que nada. Con el esfuerzo, su velocidad aumentó, y la luz se expandió hasta convertirse en una mancha amorfa apenas visible, y por un instante se preguntó si su mente podría ejercer algún otro efecto en el estado en que se encontraba. La vaga luz se volvió más densa, hasta formar una nube, y se tiñó de colores, colores que le eran ajenos, con nombres desconocidos.

Se hundió en la nube, precipitándose en ella, cada vez más deprisa, y de pronto salió por la parte de abajo. Un paisaje extrañamente familiar, constituido de formas geométricas repetitivas, apareció bajo ella: cuadrados y ángulos agudos, brillantes, resplandecientes, llenos de luz, que se reiteraban, que se elevaban. En su mundo natural conocido no existía nada de formas tan rectas y definidas. Allí, en ese peculiar y extenso lugar, por donde corrían animales extraños a lo lejos, unas cintas blancas ondeaban en el suelo.

Al acercarse, vio gente, una muchedumbre que bullía y se agitaba; todos la señalaban con el dedo. «Túúú, túúú, túúú», decían, casi con un canturreo. Vio una figura de pie, a solas. Era un hombre, un hombre de espíritus mixtos. Ya más cerca, le pareció que le sonaba de algo, pero no acababa de reconocerlo. Al principio pensó que era Echozar, pero después le recordó a Brukeval, y la gente decía:

—Túúú, túúú eres la causante, túúú has traído el Conocimiento, has sido tú.

—¡No! —gritó su mente—. Ha sido la Madre. Ella me ha dado el Conocimiento. ¿Dónde está la Madre?

—La Madre se ha ido. Sólo queda el Hijo —contestó la gente—. Tú eres la causante.

Ayla miró al hombre y de pronto supo quién era, aunque el rostro quedaba entre las sombras y no lo veía bien.

—No he podido evitarlo. Me maldijeron. Tuve que abandonar a mi hijo. Broud me obligó a marcharme —dijo a gritos su voz insonora.

—La Madre se ha ido. Sólo queda el Hijo.

En el interior de su mente, Ayla frunció el entrecejo. ¿Qué significaba eso? De pronto el mundo bajo ella adquirió otra dimensión, pero seguía siendo amenazador y ultraterreno. La muchedumbre había desaparecido, y también las extrañas formas geométricas. Ahora era una pradera vacía, desierta, azotada por el viento. Aparecieron dos hombres, dos hermanos que nadie habría dicho que eran hermanos. Uno era alto y rubio como Jondalar; el otro, el mayor, supo Ayla, era Durc, aunque su rostro seguía entre las sombras. Los dos hermanos se dirigieron el uno hacia el otro, caminando desde direcciones opuestas, y a ella la asaltó una gran angustia, como si estuviera a punto de suceder algo espantoso, algo que debía evitar. Con repentino

terror, supo que uno de sus hijos iba a matar al otro. Levantando el brazo en ademán de asestar un golpe, continuaron acercándose. Con un enorme esfuerzo, Ayla tendió las manos hacia ellos.

De pronto apareció Mamut y la retuvo.

—No es lo que piensas —dijo—. Es un símbolo, un mensaje. Observa y espera.

Un tercer hombre apareció en la estepa azotada por el viento. Era Broud, que la miraba con inquina. Los primeros dos hombres se juntaron y se volvieron hacia Broud.

—Maldito sea, maldito sea, maldito sea, que la muerte recaiga en él —instó Durc con su lenguaje de signos.

«Pero es tu padre, Durc», pensó Ayla con muda aprensión. «No deberías ser tú quien lo maldiga.»

—Ya ha sido maldecido —señaló el otro hijo—. Lo maldijiste tú, tú te quedaste con la piedra negra. Todos han sido maldecidos.

—¡No! ¡No! —vociferó Ayla—. La devolveré. Todavía puedo devolverla.

—No puedes hacer nada, Ayla. Es tu destino —intervino Mamut.

Cuando Ayla se volvió hacia Mamut, Creb estaba a su lado.

—Tú nos diste a Durc —dijo el viejo Mog-ur con signos—. Ese también fue tu destino. Durc pertenece a los Otros, pero también es del clan. El clan está condenado, dejará de existir; sólo sobrevivirán los que son como tú, y los que son como Durc, los hijos de los espíritus mixtos. No muchos, quizá, pero suficientes. No será lo mismo, él acabará siendo como los Otros, pero algo es algo. Durc es hijo del clan, Ayla. Es el único hijo del clan.

Ayla oyó llorar a una mujer, y cuando miró hacia allí, la escena había vuelto a cambiar. Estaba todo a oscuras, y se hallaban en la profundidad de una cueva. A continuación se encendieron unos candiles y vio a una mujer que sostenía a un hombre en brazos. El hombre era su hijo, el alto y rubio, y cuando la mujer alzó la vista, Ayla, para su sorpresa, se vio a sí misma, pero no con claridad. Parecía su imagen reflejada. Un hombre se acercó y los miró. Ella levantó la vista y vio a Jondalar.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó él—. ¿Dónde está mi hijo?

—Se lo di a la Madre —respondió el reflejo de Ayla—. La Gran Madre Tierra lo quiso. Es poderosa. Ella me lo quitó.

De pronto Ayla oyó a la multitud y vio de nuevo aquellas extrañas formas geométricas.

—La Madre Tierra se debilita —canturreaban las voces—. Sus hijos no le hacen caso. Cuando dejen de honrarla, será aniquilada.

—No —gimió el reflejo de Ayla—. Si no la honramos, ¿quién nos alimentará? ¿Quién cuidará de nosotros? ¿Quién nos proveerá?

—La Madre se ha ido. Sólo queda el Hijo. Los hijos de la Madre ya no son niños. Han dejado atrás a la Madre. Tienen el Conocimiento, han alcanzado la mayoría de edad, como Ella sabía que ocurriría. —La mujer siguió llorando, pero ya no era Ayla. Era la Madre, que lloraba porque sus hijos se habían ido.

Ayla sintió que se la llevaban de la cueva; también ella sollozaba. Las voces se apagaron, como si canturrearan desde muy lejos. Empezó a moverse otra vez, muy por encima de una amplia pradera, salpicada de grandes manadas. Unos uros salían en estampida, y unos caballos galopaban para mantenerse a la par. Corrían bisontes y ciervos, así como íbices. Ayla se acercó y empezó a distinguir a los animales por separado, los que había visto al recibir la llamada a la zelandonia, y los disfraces que llevaban en la ceremonia al entregar el nuevo don de la Madre a sus Hijos, cuando recitó la última estrofa del Canto a la Madre.

Dos bisontes macho que se cruzaban a todo correr, dos grandes uros macho que avanzaban el uno hacia el otro, una enorme hembra que casi volaba por el aire, y otra que daba a luz, un caballo al final de un pasadizo que se caía por un precipicio, muchos caballos, la mayoría de colores marrones, rojos y negros, y Whinney con la piel manchada en el lomo y la cara, y dos cuernos semejantes a trazos.

Capítulo 40

La Zelandoni no acompañaba a Ayla en su viaje arcano interior, pero lo percibía y se sentía arrastrada hacia él. Tal vez si hubiese bebido más, habría podido ser transportada junto con Ayla y extraviarse en el enigmático paisaje inducido por la raíz. Aun así, perdió el control de sus facultades durante un rato, y tuvo sus propias dificultades.

Los zelandonia no sabían muy bien qué ocurría. Ayla les parecía inconsciente, y daba la impresión de que la Primera se hallaba en un estado muy distinto. No dormitaba exactamente, pero de pronto se quedaba como desmadejada y se le vidriaban los ojos igual que si contemplara algo invisible a lo lejos. Al cabo de un momento se erguía y decía cosas sin sentido. No parecía ejercer el menor control sobre el experimento, lo que por sí mismo era anormal, y desde luego no tenía control sobre sí misma, lo cual los ponía a todos muy nerviosos. Los que mejor la conocían se asustaron, pero prefirieron no transmitir su preocupación a los demás.

La Primera despertó con una sacudida, como por un acto de la voluntad.

—Frío... frío... —dijo, y de nuevo quedó desmadejada y se le vidriaron los ojos. Cuando volvió a despertar repentinamente, vociferó—: Tapad... piel... tapad a Ayla... frío... mucho frío. Dadle calor... —Y volvió a irse.

Habían llevado unos cuantos buenos cobertores, sólo porque siempre hacía frío en la cueva. Ya habían tapado a Ayla con uno, pero la Undécima decidió añadir otro. Cuando tocó a la joven sin querer, se sorprendió.

—Está fría, casi tanto como la muerte —dijo.

—¿Respira? —preguntó la Tercera.

La Undécima se inclinó y la examinó detenidamente, percibiendo un leve movimiento en el pecho y un ligerísimo aliento en la boca apenas abierta.

—Sí, respira. Pero es una respiración muy superficial.

—¿No crees que deberíamos preparar una infusión caliente? —preguntó el Quinto.

—Sí, creo que sí, para las dos —contestó la Tercera.

—¿Una infusión para estimular o para sedar? —preguntó el Quinto.

—No lo sé. Cualquiera de las dos puede provocar una reacción inesperada con la raíz —respondió la Tercera.

—Intentemos preguntárselo a la Primera. Ella es quien debe decidir —propuso la Undécima.

Sus compañeros asintieron. Los tres rodearon a la mujer corpulenta sentada en el taburete, encorvada hacia delante. La Tercera apoyó la mano en su hombro y la sacudió con delicadeza, y luego un poco más bruscamente. La Zelandoni despertó de golpe.

—¿Quieres una infusión caliente? —preguntó la Tercera.

—¡Sí! ¡Sí! —respondió la Primera, otra vez en voz alta, como si gritar la ayudara a mantenerse despierta.

—¿Le damos también a Ayla?

—Sí. ¡Caliente!

—¿Una infusión para estimular o para sedar? —preguntó la Undécima, también en voz alta. La Zelandoni de la Decimocuarta Caverna se acercó con arrugas de preocupación en la frente.

—Estimu... ¡No! —La Primera se interrumpió, haciendo un esfuerzo para concentrarse—. ¡Agua! ¡Sólo agua caliente! —dijo. Volvió a sacudirse, intentando mantenerse despierta—. ¡Ayudadme a levantarme!

—¿Seguro que podrás tenerte en pie? —preguntó la Tercera—. No vayas a caerte.

—¡Ayudadme a levantarme! Tengo que estar despierta. Ayla necesita... ayuda. —Empezó a desmadejarse otra vez, y se sacudió violentamente—. Ayudadme a ponerme de pie. Calentad... agua. Nada de infusiones.

La Tercera, la Undécima y la Decimocuarta se agolparon en torno a la mujer corpulenta Que Era la Primera Entre Quienes Servían a La Madre, y con cierto esfuerzo la pusieron de pie. Ella se tambaleó, apoyó todo su peso en dos de las zelandonia y sacudió la cabeza. Cerró los ojos y su rostro adquirió una expresión de concentración intensa. Cuando los abrió, tenía los dientes apretados en un gesto de determinación, pero ya no se tambaleaba.

—Ayla está metida en un apuro —dijo—. La culpa es mía. Debería haberlo sabido. —Todavía le costaba concentrarse, pensar con claridad, pero estar de pie y moverse la ayudaba, como también el agua caliente, aunque sólo fuera porque le daba calor. Sentía frío, un frío intenso, estaba aterida de frío, y supo que no se debía sólo a la cueva—. Demasiado frío. Moverla. Necesita fuego. Calor.

—¿Quieres que saquemos a Ayla de la cueva? —preguntó la Decimocuarta.

—Sí. Demasiado frío.

—¿Debemos despertarla? —preguntó la Undécima.

—No creo que podáis —respondió la Primera—, pero intentadlo.

Primero probaron a sacudirla con delicadeza, después con mayor brusquedad. Ayla no se movió. Intentaron hablarle, luego gritarle, pero no consiguieron despertarla.

La Zelandoni de la Tercera preguntó a la Primera:

—¿Seguimos canturreando?

—¡Sí! ¡Canturread! ¡No paréis! ¡Es lo único que tiene! —respondió a voz en cuello la Zelandoni Que Era la Primera.

Los zelandonia de más alto rango dieron instrucciones. De pronto se desencadenó una actividad febril. Varias personas salieron de la cueva a toda prisa y corrieron

hacia el alojamiento de la zelandonia, algunos para avivar el fuego a fin de calentar agua, otros para coger una litera y sacar a la joven de la cueva. Los demás reanudaron el canturreo con fervor.

Varias personas se hallaban cerca del alojamiento de la zelandonia. Un poco más tarde ese mismo día estaba prevista una reunión de las parejas que pensaban atar el nudo en la segunda ceremonia matrimonial, y unas cuantas ya habían empezado a congregarse allí. Folara y Aldanor se encontraban entre ellos. Cuando varios zelandonia llegaron corriendo al alojamiento, Folara y Aldanor cruzaron una mirada de preocupación.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen tantas prisas? —quiso saber Folara.

—Es la zelandoni nueva —contestó un joven, uno de los acólitos más recientes.

—¿Te refieres a Ayla? ¿A la Zelandoni de la Novena? —preguntó Folara.

—Sí. Ha preparado una bebida especial con raíz, y la Primera ha dicho que debíamos sacarla de la cueva porque hace demasiado frío. No se despierta —respondió el acólito.

Oyeron un revuelo y se volvieron para mirar. Un par de doniers jóvenes y fuertes ayudaban a la Primera a regresar desde la cueva. Le costaba mantener el equilibrio y caminar sin trompicones. Folara nunca había visto a la Zelandoni andar con paso tan inestable. La invadió una súbita aprensión. La Que Era la Primera siempre se mostraba muy segura de sí misma, imperturbable. Pese a su corpulencia, normalmente se movía con aplomo y soltura. Para la joven ya había sido bastante duro ver debilitarse a su madre. Ahora la aterraba ver a alguien a quien siempre había considerado una fuerza inquebrantable, un baluarte de seguridad y fortaleza, mostrar de pronto semejante debilidad.

Cuando la Primera llegó al alojamiento, empezó a bajar otro grupo de zelandonia por el sendero de la cueva transportando unas angarillas cubiertas con un montón de pieles. Al acercarse la procesión, Folara y Aldanor oyeron el sonido peculiar del canturreo entrelazado de los zelandonia. Cuando el artilugio pasó a su lado, Folara miró a la joven a quien conocía y quería, la compañera de su hermano. Ayla tenía el rostro de un color blanquecino y la respiración débil, y no se movía.

Folara se horrorizó, y Aldanor advirtió su sobresalto.

—Tenemos que ir a buscar a mi madre, y a Proleva, y a Joharran —dijo—. Y a Jondalar.

Aunque fue difícil, e incluso un poco bochornoso, el paseo desde la cueva hasta el alojamiento había ayudado a la Zelandoni a despejarse. Agradecida, se dejó caer en su taburete amplio y cómodo, y tomó el vaso de agua caliente, que la reconfortó. No se había atrevido a proponer una hierba o un medicamento para contrarrestar la acción de la raíz en un momento en que no pensaba con claridad, por temor a que la

reacción en combinación con la raíz pudiera agravar la situación. Ahora que tenía la cabeza más despejada, pese a que su cuerpo seguía bajo los efectos de la poderosa raíz, decidió experimentar consigo misma. Añadió unas hierbas estimulantes a un segundo vaso de agua caliente y bebió el líquido con lentos sorbos, evaluando si sentía algo o no. No pudo determinar su eficacia, pero al menos no parecieron empeorar las cosas.

Se puso en pie y, con un poco de ayuda, volvió a la cama que Laramar acababa de desocupar, donde habían tendido a Ayla.

—¿Habéis intentado darle agua caliente? —preguntó.

—No hemos podido abrirle la boca —respondió un joven acólito que estaba de pie a su lado.

La Primera intentó abrir la boca a Ayla por la fuerza, pero esta tenía las mandíbulas firmemente apretadas, como si luchara contra algo con toda su alma. La donier apartó los cobertores y advirtió que Ayla tenía todo el cuerpo rígido. Estaba fría como el hielo a pesar de las numerosas pieles que la cubrían y pegajosa al tacto.

—Echa agua caliente en ese recipiente grande —ordenó al joven. Varios zelandonia que estaban cerca se apresuraron a ayudarlo.

La Primera no había conseguido abrirle la boca a Ayla. Si no podía introducir calor dentro de ella, tendría que aplicarlo por fuera. Cogió varios retazos de vendaje, tanto pieles suaves como telas, que habían quedado junto a la cama, y los echó en el recipiente de agua humeante. Con cuidado, los escurrió y le colocó a Ayla un apósito en el brazo. Cuando le puso un segundo apósito en el otro brazo, el primero ya se había enfriado.

—Seguid calentando agua —pidió.

Desató el nudo del cordel que ceñía la gamuza. Con la ayuda de varios zelandonia, incorporó a Ayla y desenrolló el cordel, advirtiendo con qué ingenio la joven se había sujetado la gamuza. No estaba del todo desnuda, observó la Primera. Llevaba unas correas que sostenían entre las piernas una compresa absorbente de cuero rellena de pelusilla de anea.

«O tiene el período lunar o sigue sangrando después del aborto», pensó la Zelandoni. «Al menos así sabemos que Laramar no inició una nueva vida dentro de ella.» Con toda naturalidad, la donier comprobó si necesitaba un recambio, pero al parecer Ayla se acercaba ya al final del período. Apenas tenía manchada la compresa, y no la tocó.

Luego, con la ayuda de otros doniers, empezó a aplicar pieles y telas húmedas y calientes en el cuerpo de Ayla con la intención de expulsar el frío intenso que la atenazaba. Ella misma sólo había experimentado la mínima expresión de ese frío interno, pero le había bastado para saber que era espantoso. Al final, tras aplicarle calor muchas veces, el cuerpo rígido de Ayla pareció relajarse, o al menos se le

distendió la mandíbula. La Zelandoni confió en que eso fuera buena señal, pero le era imposible saberlo con seguridad. Arrojó ella misma a Ayla con pieles gruesas. De momento no podía hacer nada más.

Le acercaron su gran y sólido taburete, y La Que Era la Primera se sentó junto a la Zelandoni más reciente y, preocupada, empezó a velarla. Por primera vez tomó conciencia del canturreo, ininterrumpido desde el principio, incorporándose unos y retirándose otros.

«Es posible que tengamos que traer a más gente para mantenerlo si esta espera se prolonga demasiado.» La Zelandoni no quería ni pensar en nada más allá de la espera. Cuando lo hacía, se aferraba a la idea de que Ayla acabaría despertando y recuperándose. Cualquier otra posibilidad era demasiado dolorosa para contemplarla. «¿Habría sido más perspicaz si no me hubiese dejado arrastrar por la curiosidad ante esas intrigantes raíces nuevas?», se preguntó la Primera. Ayla, al llegar a la cueva, parecía bastante alterada y nerviosa, pero ya estaban allí todos los zelandonia, deseosos de celebrar esa ceremonia única en la cueva nueva. La Primera había observado a Ayla masticar las raíces durante mucho rato y escupirlas finalmente en el cuenco de agua, y luego había decidido probarlas también ella.

Esa fue la primera advertencia. Los efectos que sintió por ese único sorbo fueron mucho mayores de lo que había previsto. Pese a haber atravesado momentos difíciles, ahora se alegraba de haberlo tomado. Así podía formarse una idea del estado de Ayla. ¿Quién habría dicho que unas raíces de aspecto tan inocuo podían ser tan potentes? ¿Qué eran? ¿Crecía la planta en algún sitio cerca de allí? Obviamente poseía propiedades únicas, algunas de ellas tal vez beneficiosas para usos concretos, pero si llevaban a cabo más experimentos, tendría que ser en circunstancias mucho más controladas y con mucho más cuidado. Era una raíz muy peligrosa.

Cuando apenas había entrado en el estado de meditación que solía adoptar en las vigiliass largas, un miembro de la zelandonia se acercó a ella. Marthona y Proleva, junto con Folará, habían llegado y pedían permiso para entrar.

—Claro que pueden entrar —contestó—. Su presencia quizá sea una ayuda, y es posible que las necesitemos antes de que esto acabe.

Al entrar, las tres mujeres vieron al fondo a varios zelandonia canturrear junto a la cama y a la Zelandoni sentada a su lado.

—¿Qué le ha pasado a Ayla? —preguntó Marthona cuando la vio pálida e inmóvil en la cama.

—Ojalá lo supiera con certeza —respondió la Zelandoni—. Y me temo que gran parte de la culpa es mía. A lo largo de los años Ayla mencionó varias veces una raíz empleada por los... los Mog-ures, creo que los llama, los hombres de su clan que conocen el mundo de los espíritus. La usaban para acceder a ese mundo, aunque sólo en ceremonias especiales, o eso entendí. Por la manera en que Ayla hablaba de la raíz,

yo estaba segura de que ella también la había tomado, pero siempre se mostró muy enigmática al respecto. Sí dijo que los efectos eran muy poderosos. A mí me tenía muy intrigada, claro. Cualquier cosa que pueda ayudar a los zelandonia a comunicarse con el otro mundo es siempre interesante.

Llevaron taburetes para las tres mujeres y les sirvieron vasos de infusión de manzanilla. Una vez acomodadas, la Primera prosiguió:

—Hasta hace poco no me enteré de que Ayla conservaba esas raíces y, según creía ella, no habían perdido sus propiedades. Francamente, yo lo dudé. La mayoría de las hierbas y medicamentos pierden eficacia con el tiempo. En opinión de Ayla, si se guardaban bien, se convertían en concentrados y adquirirían cada vez mayor potencia. Pensé que tal vez un pequeño experimento la distraería un poco de sus preocupaciones. Sabía que estaba angustiada por Jondalar, y por aquel lamentable incidente la noche de la festividad, sobre todo porque poco antes, al recibir la llamada, había abortado...

—No te puedes imaginar lo mal que lo pasó —comentó Marthona—. Sé que nunca es fácil recibir la llamada; no lo es para nadie, supongo, pero con el aborto hubo momentos en que llegué a pensar que no lo superaría. Perdió tanta sangre que temí que muriera desangrada. Estuve a punto de avisarte. Si aquello hubiera seguido así mucho más tiempo, lo habría hecho, pero posiblemente habrías llegado demasiado tarde.

La Zelandoni asintió.

—Tal vez no deberías haberle permitido venir tan pronto —señaló.

—Era imposible detenerla. Ya sabes cómo se pone cuando decide algo —repuso Marthona. La Zelandoni asintió, reconociendo que tenía razón—. Se moría de ganas de ver a Jondalar, y a Jonayla. Después de perder a su hijo, deseaba ver a su niña, y creo que quería iniciar otro. Y ella estaba convencida de que sabía cómo. Creo que esa es una de las razones por las que tenía tantas ganas de ver a Jondalar.

—Y desde luego lo vio —intervino Proleva—, con Marona.

—A veces no entiendo a Jondé —dijo Folara—. Habiendo tantas mujeres, ¿por qué tuvo que ir a buscar a esa?

—Probablemente porque ella lo fue a buscar a él —respondió Proleva—. Jondalar siempre ha tenido unas necesidades muy apremiantes. Ella se lo puso muy fácil.

—¿Y qué hace él cuando, en la festividad, Ayla decide que le ha llegado el turno a ella? —dijo Folara—. Como si no estuviera en su derecho.

—Estuviera o no en su derecho, no lo hizo porque quisiera honrar a la Madre en la festividad —dijo la Zelandoni—. Lo hizo por despecho e ira, por eso eligió a ese hombre. No deseaba a Laramar; deseaba vengarse de Jondalar. Así no se honra a la Madre, y ella lo sabe. Ninguno de los dos está libre de culpa, pero creo que los dos se sienten responsables de lo ocurrido, y eso no los ayuda.

—Al margen de quién sea el culpable, se impondrá a Jondalar un severo castigo —señaló Marthona.

—Entiendo que Laramar prefiera no volver a la Novena Caverna, y me alegro de que la Quinta esté dispuesta a aceptarlo, pero su compañera no quiere irse —comentó Proleva—. Dice que la Novena Caverna es su hogar. Es verdad que su alojamiento allí está bien situado, pero sin un compañero ¿quién proveerá a su prole?

—¿Y quién le suministrará el barma que bebe a diario? —añadió Folara.

—Quizá eso la anime a irse a la Quinta Caverna —observó la Zelandoni.

—A no ser que su hijo mayor asuma las funciones de Laramar —dijo Proleva—. Ya lleva varios años aprendiendo a preparar barma. Algunos dicen que el suyo es mejor que el de Laramar, y en nuestra parte del Río hay personas más que suficientes que querrían tener un proveedor cerca.

—Bueno, tú no se lo propongas —dijo Marthona.

—Da lo mismo. Si se nos ocurre a nosotras, seguro que también se le ocurrirá a otro —replicó Proleva.

Zelandoni vio que otras dos personas se unían a las que canturreaban y una se marchaba. Movi6 la cabeza en un gesto de aprobaci6n y luego mir6 a Ayla. ¿Tenía la piel más gris? No se había movido, pero por alguna razón parecía más hundida en la cama. A la donier no le gustó su aspecto. Prosiguió con sus explicaciones.

—Como decía, quería ayudar a Ayla a dejar de pensar en sus problemas, hacerla hablar de otras cosas que suelen interesarle. Por eso le pregunté por esa raíz del clan, pero yo tampoco estoy libre de culpa. Me dejé arrastrar por un interés excesivo. Debería haber prestado más atención a Ayla y haberme dado cuenta de lo mal que se sentía en realidad. Y debería haberla creído cuando aseguró que la raíz del clan era muy potente. Yo sólo tomé un trago, y me las vi y me las deseé para no perder el control. Es mucho más fuerte de lo que jamás habría imaginado —declaró la Zelandoni—. Me temo que Ayla se ha extraviado en el mundo de los espíritus. Sí recuerdo no obstante que, según dijo ella, el canturreo sería el lazo que la mantendría unida a este mundo, y yo misma sentí la atracci6n de las voces mientras estaba un poco perdida a causa de ese único sorbo. Seré sincera con vosotras: ya no sé qué más hacer por ella, salvo darle calor y canturrear y esperar que los efectos pasen pronto.

—La raíz del clan... a mí también me habló de eso —recordó Marthona—. Aquel hombre a quien ella llama Mamut le dijo que él nunca más volvería a tomarla, que le daba miedo perderse para siempre. Según él, era demasiado potente, y advirtió a Ayla que no volviera a tomarla nunca más.

La Primera frunció el entrecejo.

—¿Por qué no me dijo que Mamut le aconsejó que no volviera a tomarla? Él era Uno Que Sirve, así que debía de hablar con conocimiento de causa. Al principio Ayla se mostró un poco reacia a tomarla, pero no me explicó el motivo. Y luego pareció

muy dispuesta, e incluso celebró los correspondientes rituales del clan. No me habló de la advertencia de Mamut —señaló la Zelandoni, consternada.

La Primera se levantó y volvió a reconocer a Ayla. Seguía fría y sudorosa, y su respiración apenas era perceptible. Si la donier sólo la hubiese examinado con la vista y el tacto, habría pensado que Ayla estaba muerta. Le levantó un párpado. La respuesta fue mínima. La Zelandoni había pensado y confiado en que lo único que necesitaba Ayla era tiempo para que se le pasaran los efectos. Ahora empezaba a preguntarse si había algo que pudiera sacarla de ese estado.

Miró alrededor e hizo señas a una acólita.

—Hazle un masaje, con delicadeza. Procura que la piel recupere el color, y vamos a intentar introducirle una infusión caliente, algo estimulante. —Y luego en voz más alta, para que todos la oyeran—: ¿Alguien sabe dónde está Jondalar?

—En estos últimos días ha estado dando largos paseos, casi siempre a orillas del Río.

—Hace un rato yo lo he visto dirigirse hacia allí, casi corriendo —contestó una acólita.

La Zelandoni se puso en pie y batió palmas para captar la atención de todos.

—El espíritu de Ayla está perdido en el vacío y no encuentra el camino de vuelta. Es posible que ni siquiera pueda llegar hasta la Madre. Hay que buscar a Jondalar. Si no conseguimos traerlo, puede que ella no encuentre nunca el camino de vuelta, o que ni siquiera tenga la voluntad de intentarlo. Buscad por todo el campamento, en todas las tiendas, pedid a todo el mundo que intente dar con él. Buscad en el bosque, en el Río, corriente arriba y corriente abajo, dentro mismo del Río si es necesario. Pero traedlo. Pronto. —Muy pocos habían visto a la Zelandoni tan agitada y nerviosa.

Todos salvo los zelandonia necesarios para el canturreo salieron a toda prisa del alojamiento y se dispersaron en todas direcciones. Cuando se marcharon, La Que Era la Primera en Servir a la Madre volvió a examinar a Ayla. Seguía fría, y la piel adquiría una coloración cada vez más gris. «Está rindiéndose», pensó la donier. «Creo que no quiere vivir. Es posible que Jondalar llegue demasiado tarde.»

Uno de los acólitos irrumpió en el alojamiento alejado donde se habían instalado Jondalar y los dos visitantes mamutoi. Willamar y Dalanar también estaban allí, buscando a Jondalar. El joven acólito sólo había visto al hombre alto y pelirrojo de lejos y no se había dado cuenta de lo grande que era en realidad. Se sintió un poco sobrecogido.

—¿Sabéis dónde está Jondalar? —preguntó el joven.

—No. Yo no lo he visto desde esta mañana —respondió Danug—. ¿Por qué?

—Es por la Zelandoni nueva. Ha bebido un líquido preparado con una raíz y ahora su espíritu está en un vacío oscuro. La Primera ha dicho que debemos encontrar

a Jondalar y traerlo de inmediato, o ella morirá y su espíritu se perderá para siempre —dijo de un tirón, sin pararse a respirar. Finalmente tomó aliento—. Tenemos que buscarlo por todas partes, y pedir a todo el mundo que nos ayude —explicó el acólito.

—¿Será esa la raíz que tomó con Mamut? —preguntó Danug, mirando a Druwez con visible preocupación.

—¿Qué raíz? —preguntó Dalanar, reparando de inmediato en la alarma de los mamutoi.

—Ayla tenía una raíz que se trajo de cuando vivía con el clan —explicó Danug—. Por lo visto la usaban los que se comunican con el mundo de los espíritus. Mamut quiso probarla, así que Ayla la preparó como le habían enseñado. No sé qué pasó exactamente, pero nadie pudo despertarlos. Todo el mundo estaba muy preocupado y nos vimos obligados a canturrear. Al final apareció Jondalar y rogó a Ayla que regresara, diciéndole lo mucho que la quería. Los dos habían tenido algún problema, un poco como ahora. No entiendo cómo dos personas que se quieren tanto pueden estar tan ciegas a los sentimientos del otro.

—Él siempre ha tenido esa clase de conflictos con las mujeres. No sé si es por orgullo o por falta de perspicacia —comentó Willamar, cabeceando—. Cuando trajo a Ayla a casa, pensé que ya lo había superado. Si una mujer no le importa mucho, sabe comportarse, pero si la quiere, parece perder el norte y no sabe qué hacer. Pero eso ahora es lo de menos. ¿Y luego qué pasó?

—Jondalar le repitió una y otra vez que la quería y le rogó que volviera. Al final, Ayla despertó, y también Mamut. Después Mamut nos dijo que se habrían quedado perdidos para siempre en una especie de vacío negro si el amor de Jondalar no hubiese sido tan fuerte, porque entonces no habría llegado hasta ella; Jondalar la trajo de regreso, y también a Mamut. Según este, las raíces eran tan poderosas que él no podía controlarlas, y nunca más las tomaría. Temía que su espíritu fuera a perderse para siempre en ese lugar horrendo, y también previno a Ayla. —Danug se sintió palidecer—. Ha vuelto a hacerlo —se lamentó mientras salía corriendo del alojamiento. De pronto no supo hacia dónde ir. Finalmente se le ocurrió una idea y se dirigió a toda prisa al campamento de la Novena Caverna.

Había varias personas arremolinadas en torno a la gran hoguera de cocinar, y Danug sintió un profundo alivio al ver a Jonayla. Saltaba a la vista que había llorado, y Lobo gemía e intentaba lamerle las lágrimas de la cara. Marthona y Folara también trataban de consolarla. Respondieron al saludo del corpulento mamutoi a la vez que este se agachaba ante la pequeña. Acarició la cabeza a Lobo cuando el animal acercó el hocico al hombre que ya conocía.

—¿Cómo estás, Jonayla? —preguntó.

—Quiero a mi madre, Danug —dijo, y rompió a llorar—. Está enferma. No se

despierta.

—Ya lo sé. Creo que sé cómo ayudarla —respondió Danug.

—¿Cómo? —preguntó ella, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Ya enfermó una vez así, cuando vivía con nosotros en el Campamento del León. Quizá Jondalar sea capaz de despertarla. Fue él quien la despertó aquella vez. ¿Sabes dónde está Jondalar, Jonayla?

Ella negó con la cabeza.

—Desde hace un tiempo veo muy poco a Jondy. Se va por ahí, a veces todo el día.

—¿Sabes adónde va?

—A menudo se marcha río arriba.

—¿Algún día se lleva a Lobo?

—Sí, pero no hoy.

—¿Crees que Lobo podría encontrarlo si tú se lo ordenas?

Jonayla miró a Lobo y luego otra vez a Danug.

—Es posible —respondió. Enseguida, con una sonrisa trémula, añadió—: Sí, creo que sí.

—Si ordenas a Lobo que busque a Jondalar, yo lo seguiré, y le pediré a Jondalar que vuelva y despierte a tu madre —propuso Danug.

—Mi madre y Jondy no se hablan mucho últimamente. A lo mejor no quiere volver —contestó Jonayla con arrugas de preocupación en la frente. Danug pensó que era idéntica a Jondalar cuando fruncía así el entrecejo.

—No te preocupes por eso, Jonayla. Jondalar quiere mucho a tu madre, y ella lo quiere a él. Si supiera que ella está en apuros, vendría en el acto. Lo sé —dijo Danug.

—Si tanto la quiere, ¿por qué no le habla, Danug?

—Porque a veces, cuando quieres a una persona, no siempre la entiendes. A veces uno ni siquiera se entiende a sí mismo. ¿Le dirás a Lobo que busque a Jondalar?

—Lobo, ven aquí —ordenó la pequeña. Se puso en pie y cogió la enorme cabeza del animal con sus manitas, igual que habría hecho su madre. Parecía una Ayla en pequeño, tanto que Danug tuvo que disimular una sonrisa. No fue el único—. Mi madre está enferma y Jondalar tiene que venir a ayudarla, Lobo. Debes encontrarlo. —Apartó las manos y señaló el Río—. Busca a Jondalar, Lobo. Ve a por Jondalar.

No era la primera vez que Lobo oía esa orden. Lobo y Ayla habían tenido que seguir el rastro de Jondalar en otra ocasión, en el viaje de vuelta, cuando lo capturaron las cazadoras de Attaroa. El atribulado animal lamió la cara a Jonayla y luego partió hacia el Río.

Se dio la vuelta e hizo amago de regresar junto a Jonayla, pero ella le ordenó otra vez:

—¡Ve, Lobo! ¡Busca a Jondalar!

El animal miró hacia atrás y, cuando Danug se puso en marcha tras él, siguió adelante con un trote rápido, olisqueando el suelo.

Después de su encuentro con Ayla, Jondalar deseaba desesperadamente alejarse del campamento. En cuanto llegó al Río y empezó a caminar aguas arriba, no podía quitárselo de la cabeza: había estado a punto de hacerlo, a punto de estrecharla entre sus brazos. Su deseo era abrazarla. ¿Por qué no lo había hecho? ¿Cómo habría reaccionado ella? ¿Se habría enfadado? ¿Lo habría apartado? ¿O no? Estaba tan sorprendida, tan conmovida, pero ¿acaso no se había sorprendido él tanto como ella?

¿Por qué no lo había hecho? ¿Qué era lo peor que podía pasar? Si ella se hubiese enfadado y lo hubiese apartado, ¿acaso las cosas habrían podido empeorar aún más? Al menos así habría sabido que ella no lo quería a su lado. «No quieres saberlo, ¿a que no? Pero esta situación no puede seguir así. ¿Lloraba cuando se ha ido corriendo? ¿O son imaginaciones mías? ¿Por qué habría de llorar? Porque está disgustada, claro. Pero ¿qué puede haberla disgustado tanto? ¿El mero hecho de verme? ¿Por qué podría haberla disgustado eso? Ya me dijo lo que sentía la noche de la Festividad. Me lo demostró, ¿o no? Ya no le importo, pero entonces ¿por qué lloraba?»

Normalmente, cuando Jondalar se marchaba a pasear por la orilla del río, se planteaba dar media vuelta para emprender el camino de regreso más o menos al mediodía, en el momento en que el sol alcanzaba su cenit. Pero aquel día estaba tan absorto en sus cavilaciones, repasando una y otra vez cada pequeño matiz en su memoria, cada detalle que creía recordar, que ni siquiera advirtió el paso del tiempo ni la altura del sol.

Danug, dando largas zancadas para no perder de vista a Lobo, empezó a preguntarse si el animal seguía bien el rastro. ¿Era posible que Jondalar se hubiese alejado tanto? Muy pasado el mediodía, Danug se detuvo para beber agua rápidamente antes de continuar. Cuando se irguió en la orilla del Río, en un tramo bastante recto del sinuoso cauce, le pareció ver a alguien a lo lejos. Se llevó la mano a la frente para protegerse los ojos del sol, pero no pudo ver más allá del siguiente recodo. Tampoco veía al lobo, que se había echado a correr mientras él se detenía. Danug se puso de nuevo en marcha, acelerando el paso con la esperanza de alcanzarlo.

Jondalar por fin salió de sus profundas cavilaciones al percibir movimiento entre la maleza cerca del agua. Volvió a ver que algo se movía. «¡Es un lobo! Me pregunto

si ha estado acechándome», y se llevó la mano al lanzavenablos, pero cayó en la cuenta de que no llevaba encima ni el arma ni los dardos. Buscó en el suelo algo con que defenderse, una rama pesada, una gran cornamenta desprendida en la muda, o una buena piedra, cualquier cosa. Pero cuando el enorme animal salió por fin al descubierto, Jondalar no pudo más que taparse la cara con el brazo mientras caía derribado de una embestida.

Sin embargo, el animal no lo mordió; sólo le dio lametazos. De pronto Jondalar vio su oreja ladeada en un ángulo achulado. No era un lobo salvaje, comprendió en el acto.

—¡Lobo! ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? —Se incorporó y tuvo que contener los entusiastas saludos del animal exaltado. Se quedó un rato allí sentado, acariciando al lobo y rascándole detrás de las orejas en un intento de tranquilizarlo—. ¿Por qué no estás con Jonayla, o con Ayla? ¿Por qué me has seguido hasta aquí? —preguntó Jondalar, empezando a sospechar que algo ocurría.

Cuando se levantó y reemprendió otra vez la marcha, Lobo brincó nerviosamente delante de él y luego se encaminó en la dirección de la que había llegado.

—¿Quieres volver, Lobo? Pues vuelve, puedes volver. —Pero cuando Jondalar siguió adelante, el lobo le cortó nuevamente el paso de un salto—. ¿Qué pasa, Lobo? —Jondalar levantó la vista hacia el cielo y de pronto se dio cuenta de que el sol había superado el punto más alto de su trayectoria hacía ya rato—. ¿Quieres que vuelva contigo?

—Sí, eso es lo que quiere, Jondalar —dijo Danug.

—¡Danug! ¿Qué haces aquí? —preguntó Jondalar.

—Te buscaba.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Es Ayla, Jondalar. Debes volver de inmediato.

—¿Ayla? ¿Qué le ha pasado, Danug?

—¿Te acuerdas de aquella raíz, la que convirtió en jugo para ella y Mamut? Ha vuelto a hacerla, para enseñársela a la Zelandoni, pero esta vez la ha bebido ella. Nadie puede despertarla, ni siquiera Jonayla. La donier ha dicho que debes ir enseguida o Ayla morirá y su espíritu se perderá para siempre —explicó Danug.

Jondalar palideció.

—¡No! ¡Esa raíz no! ¡Gran Madre, no permitas que muera! Por favor, no permitas que muera —rogó, y volvió sobre sus pasos a todo correr.

Si en la ida estaba preocupado, eso no había sido nada en comparación con la reconcentrada intensidad que se apoderó de él mientras regresaba a toda prisa. Bordeó el Río como una flecha, abriéndose paso entre la maleza que le arañaba la cara y las piernas y los brazos desnudos. No lo notaba. Corrió hasta quedarse sin aliento y secársele la garganta de tal modo que parecía tenerla en carne viva, hasta

sentir en el costado una punzada semejante a la herida de un cuchillo caliente, hasta agarrotársele las piernas y empezar a dolerle. Apenas sentía nada, por lo grande que era el dolor de su mente. Incluso dejó atrás a Danug; sólo el lobo se mantuvo a la par.

No se podía creer lo lejos que había llegado, ni, más grave aún, lo mucho que tardaba en volver. Aminoró el paso una o dos veces para recobrar aliento, pero no se detuvo ni una sola vez, y aceleró cuando, ya cerca del campamento, la maleza era menos densa.

—¿Dónde está? —preguntó a la primera persona que vio.

—En el alojamiento de la zelandonia —le contestó.

Todos los asistentes a la Reunión de Verano lo buscaban, lo esperaban, y cuando corrió hacia el alojamiento, varias personas incluso vitorearon. Jondalar no las oyó, ni se detuvo hasta que irrumpió en el alojamiento a través de la cortina de la entrada y vio a Ayla en la cama rodeada de candiles. Y entonces no pudo más que pronunciar su nombre con un grito ahogado:

—¡Ayla!

Capítulo 41

A Jondalar le faltaba el aire, y cada vez que respiraba, sentía la garganta en carne viva. Sudaba copiosamente. Doblado por la cintura a causa del dolor en el costado, con las piernas temblorosas, sin poder apenas tenerse en pie, se acercó a la cama situada en el fondo del alojamiento. Lobo había entrado al mismo tiempo, y también jadeaba agitadamente, con la lengua fuera.

—Ven, Jondalar, siéntate —indicó la Zelandoni, y se puso en pie para cederle su propio taburete. Advirtió el gran esfuerzo realizado por Jondalar, y dedujo que había llegado corriendo desde muy lejos—. Tráele agua —pidió a la acólita más cercana—. Y también al lobo.

Cuando Jondalar se acercó, vio la palidez gris de la muerte en la piel de Ayla.

—Ayla, Ayla, ¿por qué has vuelto a hacerlo? —preguntó con voz ronca, casi incapaz de hablar—. ¿Es que no recuerdas que la última vez estuviste a punto de morir? —En un acto reflejo bebió del vaso que le llevaron, consciente apenas de que se lo habían dado. A continuación se metió en la cama. Apartó las pieles, incorporó a Ayla y la sostuvo entre sus brazos, horrorizándose al percibir lo fría que estaba—. Está helada —dijo con un sollozo. No se daba cuenta de que las lágrimas le resbalaban por el rostro, y si lo hubiera sabido, tampoco le habría importado.

El lobo miró a las dos personas que yacían en la cama, alzó el hocico hacia el techo y aulló, un largo e inquietante canto lobuno que provocó un estremecimiento a los zelandonia presentes allí dentro y a quienes estaban fuera. Dejó tan atónitos a los que canturreaban que perdieron el compás y tuvieron que detener su continua fuga por un instante. Sólo entonces Jondalar tomó conciencia del canturreo de los zelandonia. Lobo apoyó las patas delanteras en la cama y gimió para reclamar atención.

—Ayla, Ayla, te ruego que vuelvas a mí —suplicó Jondalar—. No te puedes morir. ¿Quién me dará un hijo? No, ¿qué digo? Me da igual si me das un hijo, Ayla. Es a ti a quien quiero. Te amo. Ni siquiera me importa si no vuelves a hablarme nunca más; me basta con verte de vez en cuando. Vuelve a mí, por favor. Gran Madre, devuélvemela. Devuélvemela, por favor. Haré lo que quieras, pero no me la quites.

La Zelandoni observó al hombre alto y atractivo, con arañazos y heridas sanguinolentas en la cara, el pecho, los brazos y las piernas, sentado en la cama, sosteniendo en brazos a la mujer casi inerte como a un bebé, meciéndose, con el rostro bañado en llanto, implorando a lágrima viva que volviera. No lo había visto llorar desde que era muy niño. Jondalar no lloraba. Luchaba por controlar sus emociones, por guardárselas. Muy pocas personas habían mantenido una relación estrecha con él, salvo su familia y ella misma, y en cuanto llegó a la edad adulta,

incluso con ellos mantuvo siempre cierta distancia, cierta reserva.

A su regreso después de pasar un tiempo con Dalanar, la Zelandoni se había preguntado muchas veces si Jondalar realmente volvería a amar a una mujer, culpándose a sí misma. Sabía que él aún la quería, y ella, en más de una ocasión, había sentido la tentación de renunciar a la zelandonia y emparejarse con él, pero con el paso del tiempo, y viendo que no se quedaba embarazada, supo que había hecho bien. Estaba segura de que él acabaría encontrando una compañera. Si bien a menudo la Zelandoni había dudado que Jondalar fuera capaz de entregarse por completo a una mujer, necesitaba niños en su hogar. A los niños uno podía quererlos libremente, por completo, sin reservas, y él necesitaba querer así.

Se había alegrado sinceramente por él cuando volvió de su viaje con una mujer a la que a todas luces amaba, una mujer digna de su amor. Pero hasta ahora nunca se había dado cuenta de lo mucho que él la quería realmente. La Primera sintió una leve punzada de culpabilidad. Tal vez no debería haber presionado tanto a Ayla para atraerla a la zelandonia. Tal vez debería haberlos dejado en paz. Pero, en definitiva, había sido un designio de la Madre.

—Está muy fría. ¿Por qué está así? —preguntó Jondalar.

La dejó de nuevo tendida en la cama, se tumbó a su lado y luego cubrió su cuerpo desnudo con el suyo y tiró de las pieles para taparse ambos. El lobo se subió a la cama y se apretó contra Ayla desde el otro costado. El calor de Jondalar se propagó enseguida y lobo, con el suyo, contribuyó a conservarlo. Jondalar la estrechó durante largo rato al tiempo que la miraba, le besaba el rostro inmóvil y pálido, le hablaba, le rogaba, intercedía ante la Madre por ella, hasta que finalmente su voz, sus lágrimas y su calor, unido al del lobo, empezaron a penetrar en las profundidades más frías de Ayla.

Ayla lloraba en silencio.

—¡Tú eres la causante! ¡Tú eres la causante! —canturreaba la gente, acusándola.

De pronto sólo estaba allí Jondalar. Oyó el aullido de un lobo cerca.

—Lo siento, Jondalar —dijo con voz llorosa—. Siento haberte hecho daño.

Él tendió los brazos hacia ella.

—Ayla —dijo con un grito ahogado—. Dame un hijo. Te quiero.

Se encaminó hacia Jondalar, que estaba de pie al lado de Lobo, y pasó entre los dos; en ese momento sintió que algo tiraba de ella. De repente empezó a moverse, más rápido, mucho más rápido que antes, aunque a la vez se sentía clavada en el mismo sitio. Volvieron las misteriosas y extrañas nubes de antes y desaparecieron al cabo de un momento, pese a que a ella le pareció que había pasado una eternidad. A continuación la envolvió el vacío profundo y oscuro, una negrura sobrenatural infinita. Se precipitó en la bruma, y por un instante se vio a sí misma, con Jondalar,

en una cama rodeada de candiles. Luego descubrió que estaba dentro de una concha pegajosa y gélida. Forcejeó intentando moverse, pero estaba rígida, helada. Finalmente parpadeó. Abrió los ojos y vio el rostro cubierto de lágrimas del hombre a quien amaba, y poco después sintió los lametones de la lengua cálida del lobo.

—¡Ayla! ¡Ayla! ¡Has vuelto! ¡Zelandoni! ¡Se ha despertado! ¡Doni, Gran Madre, gracias! ¡Gracias por devolvérmela! —exclamó Jondalar en medio de un llanto convulso. La sostenía entre sus brazos, llorando de alivio y amor, temeroso de abrazarla con fuerza excesiva y lastimarla, pero sin querer desprenderse de ella nunca más. Como tampoco ella quería desprenderse de él.

Por fin Jondalar dejó de estrecharla contra sí para que la donier pudiera verla.

—Sal de la cama, Lobo —ordenó Jondalar y empujó al animal hacia el borde—. Ya la has ayudado; ahora deja que la vea la Zelandoni.

El lobo abandonó la cama de un salto, pero se quedó sentado en el suelo mirándolos.

La Primera Entre Quienes Servían se inclinó sobre Ayla y la vio abrir los ojos de color gris azulado y esbozar una débil sonrisa. Asombrada, cabeceó.

—No creía que esto fuera posible. Estaba segura de que Ayla nos había dejado, se había perdido para siempre en un lugar oscuro e inaccesible, al que ni siquiera yo podría ir a buscarla para conducirla hasta la Madre. Temía que el canturreo fuera inútil, que no se pudiera hacer nada para salvarla. Empezaba a pensar que nada la traería de vuelta, ni mi esperanza más ferviente, ni el deseo ilimitado de todos los zelandonii, ni siquiera tu amor, Jondalar. Toda la zelandonia junta no habría sido capaz de conseguir lo que tú has conseguido. Casi estoy dispuesta a creer que habrías podido sacarla del mundo ultraterreno de Doni más profundo. Siempre he dicho que la Gran Madre Tierra nunca te negaría nada que le pidieras. Creo que esto es prueba de ello.

La noticia corrió por todo el campamento. Jondalar la había traído de vuelta. Jondalar había conseguido lo que para la zelandonia había sido imposible. En todo el campamento no había una sola mujer que en el fondo de su corazón no deseara ser amada así, ni había un solo hombre que no deseara conocer a una mujer a quien poder amar tanto. Ya empezaban a circular relatos, relatos que se contarían en torno a las fogatas de los hogares durante años, sobre el amor de Jondalar, tan grande que rescató a Ayla de entre los muertos.

Jondalar pensó en lo que había dicho la Zelandoni. Ya lo había oído antes, aunque no sabía bien qué significaba, pero le produjo cierto malestar oír que había sido tan favorecido por la Madre que ninguna mujer podía rechazarlo, ni siquiera la propia Doni; tan favorecido que si alguna vez pedía algo a la Madre, Ella se lo concedería. También le habían advertido que tuviera cuidado con lo que pedía, porque a lo mejor

se lo daban, aunque tampoco eso lo había entendido muy bien.

Los primeros días después de aquello Ayla se sintió totalmente agotada; apenas podía moverse y estaba muy débil. Había momentos en que la donier se preguntaba si se recuperaría. Dormía mucho, y a veces permanecía tan inmóvil que costaba ver si aún respiraba, pero su sueño no siempre era apacible. En ocasiones tenía accesos de delirio, y empezaba a agitarse y dar vueltas y hablar en sueños, pero cada vez que abría los ojos Jondalar estaba allí. No se había separado de ella desde que despertó, salvo para ocuparse de sus necesidades básicas. Dormía en las pieles de dormir extendidas en el suelo junto a la cama.

Cuando Ayla parecía flaquear, la Zelandoni se preguntaba si él no era lo único que la mantenía en el mundo de los vivos. En realidad, así era, además de su propia voluntad innata de vivir, y los años de caza y ejercicio físico que le habían proporcionado un cuerpo fuerte y sano, capaz de recuperarse de experiencias devastadoras, incluso de aquellas que la acercaban a la muerte.

Lobo también permaneció a su lado casi todo el tiempo, pareciendo intuir cuándo estaba Ayla a punto de despertar. Jondalar ya no lo dejaba saltar y poner las patas sucias en la cama, pero Lobo descubrió que el lecho tenía la altura exacta para poder apoyar la cabeza en él estando de pie y observar a Ayla justo antes de que abriera los ojos. Jondalar y la Zelandoni llegaron a saber cuándo iba a despertar por las acciones del animal.

Jonayla se sentía tan feliz de que su madre hubiera despertado, y de que Jondy y su madre volvieran a estar juntos, que iba con frecuencia al alojamiento de la zelandonia para pasar un rato con ellos. Aunque no dormía allí, a veces se quedaba si estaban los dos despiertos, sentada en el regazo de Jondalar, o tumbada junto a su madre, e incluso dormía la siesta con ella. En otras ocasiones simplemente llegaba corriendo y sólo se quedaba un momento, como para convencerse de que todo seguía bien. Cuando Ayla se recuperó lo suficiente, ordenaba a Lobo que se fuera con Jonayla, aunque al principio el animal se sentía dividido y no sabía si quedarse con la mujer o irse con la niña.

También la donier andaba siempre cerca. Se sentía culpable por no haber prestado más atención al estado de Ayla desde su llegada. Pero las Reuniones de Verano le exigían mucho tiempo y dedicación, y el comportamiento de Ayla siempre había sido difícil de interpretar. Rara vez hablaba de sí misma o de sus problemas, y ocultaba demasiado bien sus sentimientos. Era fácil pasar por alto sus síntomas de angustia.

Ayla alzó la vista desde la cama y sonrió al gigante barbudo de espeso pelo rojo que la miraba. Si bien no se había recuperado del todo, acababa de trasladarse al

campamento de la Novena Caverna. Un rato antes, cuando estaba despierta, Jondalar ya le había anunciado que Danug quería visitarla, pero se había adormilado por un momento antes de oír que pronunciaban su nombre en voz baja. Jondalar, sentado junto a ella, la tenía cogida de la mano. Jonayla estaba sentada en su regazo. Lobo, al lado de la cama, golpeteaba el suelo con el rabo, saludando al joven mamutoi.

—Me han pedido que te dijera, Jonayla, que Bokovan y varios niños más van a ir a jugar y a comer algo al alojamiento de Levela. También tienen guardados unos huesos para Lobo —dijo Danug.

—¿Por qué no vas, Jonayla, y te llevas a Lobo? —propuso Ayla, incorporándose—. Les gustaría verte, y esta Reunión de Verano esta a punto de acabarse. Cuando volvamos a casa, probablemente ya no los verás hasta el verano que viene.

—De acuerdo, madre. Además, empiezo a tener hambre, y puede que Lobo también. —La niña abrazó a sus padres y se encaminó hacia la entrada, seguida de Lobo. Este miró a Ayla y gimió antes de salir del alojamiento tras los pasos de Jonayla.

—Siéntate, Danug —ofreció Ayla, señalando un taburete. A continuación miró alrededor—. ¿Dónde está Druwez?

Danug tomó asiento al lado de Ayla.

—Aldanor necesitaba un amigo varón que no fuera pariente para algún asunto relacionado con su ceremonia matrimonial. Druwez accedió, porque yo tengo que participar como pariente adoptivo —respondió Danug.

Jondalar asintió en un gesto de comprensión.

—Es difícil aprender todo un conjunto de costumbres nuevas. Me acuerdo de cuando Thonolan decidió emparejarse con Jetamio. Como yo era su hermano, también establecía un lazo de parentesco con los sharamudoi, y por ser el único miembro de su familia presente, tuve que participar en las ceremonias.

Aunque ahora a Jondalar le costaba menos hablar del hermano que había perdido, Ayla advirtió su expresión de pesar. Sabía que siempre le ocasionaba una gran pena.

Jondalar se acercó a Ayla y le rodeó los hombros con el brazo. Danug sonrió a los dos.

—Antes de nada quiero deciros una cosa —comenzó con fingida severidad—. ¿Cuándo vais a saber de una vez a quién amáis? Debéis dejar de causaros problemas el uno al otro. Escuchadme bien: Ayla quiere a Jondalar y a ningún otro hombre; Jondalar quiere a Ayla y a ninguna otra mujer. ¿Os parece que seréis capaces de recordarlo? Nunca ha habido y nunca habrá nadie más para ninguno de los dos. Voy a imponeros una regla que tendréis que acatar el resto de vuestras vidas. Me da igual que los demás se apareen con quien les venga en gana; vosotros sólo podéis aparearos el uno con el otro. Si alguna vez me entero de lo contrario, volveré y os ataré a los dos juntos. ¿Entendido?

—Sí, Danug —respondieron Jondalar y Ayla al unísono. Ella se volvió para sonreír a Jondalar, que le sonreía a ella, y luego los dos miraron a Danug con expresión risueña.

—Y yo voy a contarte un secreto —dijo Ayla—. En cuanto podamos, iniciaremos un bebé juntos.

—Pero todavía no —intervino Jondalar—. No hasta que la Zelandoni diga que estás del todo recuperada. ¡Pero ya verás cuando lo estés, mujer!

—No sé cuál de los dones es el mejor —señaló Danug con una sonrisa—. El don del placer o el don del conocimiento. La Madre debe de querernos mucho para que haya dispuesto las cosas de tal manera que iniciar una vida nueva sea tan placentero.

—Es verdad —coincidió Jondalar.

—He intentado traducir el Canto a la Madre zelandonii al mamutoi para dárselo a conocer a todos, y cuando vuelva, buscaré una compañera para iniciar un hijo varón —dijo Danug.

—¿Y qué tiene de malo una hija? —preguntó Ayla.

—No tiene nada de malo, sólo que yo no podría ponerle el nombre. Quiero un hijo varón para eso. Nunca le he puesto el nombre a un niño —contestó Danug.

—Nunca has tenido un hijo al que poner un nombre —observó Ayla, y se rio.

—Bueno, es verdad —admitió Danug con cierto pesar—. Al menos no que yo sepa, pero tú ya me entiendes. Nunca he tenido la oportunidad.

—Yo me hago cargo de cómo se siente. A mí me da igual si tenemos un niño o una niña, pero me pregunto qué siente uno al poner nombre a un hijo —comentó Jondalar—. Pero, dime, Danug, ¿y si los mamutoi no aceptan la idea de que los hombres deben poner el nombre a los niños?

—Basta con que me asegure de que mi futura compañera esté de acuerdo —contestó Danug.

—Así es —dijo Ayla—. Pero ¿por qué tienes que volver para buscar una compañera, Danug? ¿Por qué no te quedas aquí, como Aldanor? Seguro que podrías encontrar una mujer zelandonii que estuviera encantada de emparejarse contigo.

—Y las mujeres zelandonii son muy guapas, eso desde luego, pero en muchos sentidos me parezco a Jondalar. Viajar puede ser emocionante, pero necesito volver con mi gente para establecerme. Además, aquí sólo hay una mujer por la que me quedaría, Ayla —declaró Danug, guiñando un ojo a Jondalar—, y ella ya tiene a otro.

Jondalar se echó a reír, pero algo en la mirada de Danug, en su tono de voz, llevó a Ayla a preguntarse si su comentario jocoso había sido del todo en broma.

—Yo no puedo por menos que alegrarme de que ella estuviera dispuesta a acompañarme a casa en mi regreso —dijo Jondalar. La miró con sus ojos de un vivo color azul, y ella sintió un cosquilleo en lo más hondo de su ser—. Danug tiene razón. Doni debe de querernos mucho para disponer las cosas de tal manera que crear niños

sea tan placentero.

—Para una mujer no es todo placer, Jondalar. Dar a luz puede ser muy doloroso —señaló Ayla.

—Pero tú misma dijiste que el parto de Jonayla fue fácil, Ayla —dijo Jondalar, arrugando la frente en su gesto habitual.

—Incluso un parto fácil es doloroso, Jondalar. Lo que pasa es que este no fue tan malo como esperaba —explicó Ayla.

—No quiero causarte dolor —dijo Jondalar, volviéndose hacia ella—. ¿Seguro que deberíamos tener otro? —De pronto se acordó de que la compañera de Thonolan murió en el parto.

—No seas tonto, Jondalar. Claro que vamos a tener otro hijo. Yo también quiero uno, ¿sabes? No eres el único. Y no es para tanto. Pero si no quieres iniciar uno, a lo mejor encuentro a otro hombre dispuesto —dijo con una sonrisa burlona.

—Ni hablar —repuso Jondalar, dándole un apretón en el hombro—. Danug acaba de decirte que no puedes aparearte con nadie más que conmigo, ¿recuerdas?

—Nunca he querido aparearme con otro hombre que no fueras tú, Jondalar. Tú eres quien me enseñó el don del placer de la Madre. Nadie sería capaz de darme más, tal vez por lo mucho que te quiero —afirmó Ayla.

Jondalar giró el rostro para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos, pero Danug miraba en otra dirección, fingiendo no darse cuenta. Cuando Jondalar volvió otra vez la cabeza, miró a Ayla muy serio:

—Nunca te he dicho cuánto siento lo sucedido con Marona. Lo cierto es que no la deseaba mucho, pero ella me lo puso muy fácil. No quise decírtelo porque temía hacerte daño. A partir del momento en que nos descubriste juntos, no paraba de pensar en lo mucho que debías de odiarme. Quiero que sepas que sólo te amo a ti.

—Ya sé que me amas, Jondalar —contestó Ayla—. Todo el mundo en esta Reunión de Verano lo sabe. Yo no estaría aquí si no me amaras. A pesar de lo que ha dicho Danug, si alguna vez tienes la necesidad, o incluso si simplemente te apetece, puedes aparearte con quien quieras, Jondalar. Ya ni siquiera odio a Marona. No la culpo por desearte. ¿Quién no te desearía? El amor no se crea sólo por compartir el don del placer. Así se crean bebés, pero no amor. Con amor los placeres son mayores, pero si amas a alguien, ¿qué más da si esa persona se aparee con otra de vez en cuando? El apareamiento dura poco, pero ¿cómo puede ser eso más importante que toda una vida de amor? Incluso en el clan, la única función del apareamiento era aliviar las necesidades de un hombre. No esperarás que rompa nuestro vínculo sólo porque te apareaste con otra, ¿no?

Danug se rio.

—Si esa fuera una razón, todo el mundo tendría que romper su vínculo. La gente espera con ilusión las festividades para honrar a la Madre a fin de compartir los

placeres con otra persona de vez en cuando. He oído decir que Talut todavía puede aparearse hasta con seis mujeres seguidas en las festividades. Mi madre siempre ha dicho que eso le permitía ver si algún otro hombre era capaz de igualarlo. Y no lo ha conseguido nadie.

—Talut me supera —señaló Jondalar—. Antes, quizá, pero ahora ya no tengo el mismo aguante. Y para serte sincero, tampoco lo deseo.

—Puede que eso sólo sean cuentos —dijo Danug—. La verdad es yo no lo he visto con ninguna mujer salvo con mi madre. Pasa mucho tiempo con otros jefes, y en las reuniones ella está casi siempre visitando a parientes y amigos. En mi opinión, la gente es muy aficionada a andarse con cuentos.

Se produjo una pausa en la conversación y los tres se miraron. De pronto Danug prosiguió:

—No rompería el vínculo del emparejamiento por una cosa así, pero, a decir verdad, preferiría que la mujer con la que me empareje no comparta los placeres con nadie más que conmigo.

—¿Y qué hay de las festividades para honrar a la Gran Madre Tierra? —preguntó Jondalar.

—Sé que todos deberíamos honrar a la Madre en las festividades y demás, pero ¿cómo sabría que los niños que mi compañera trae al hogar son míos si comparte los placeres con otro? —preguntó Danug.

Ayla los miró a los dos y recordó las palabras de la Primera.

—Si hasta ahora un hombre siempre ha querido a los niños que una mujer llevaba a su hogar, ¿por qué el hecho de saber quién los inició habría de cambiar las cosas?

—Tal vez no debiera cambiarlas, pero igualmente preferiría que fuesen míos —respondió Danug.

—Si das inicio a un niño, ¿lo convierte eso en hijo tuyo? ¿Serías su dueño, como si se tratase de un bien personal? —preguntó Ayla—. ¿No querrías a un niño que no fuera de tu propiedad, Danug?

—Cuando digo mío, no me refiero a que sea de mi propiedad, sino mío en el sentido de que el niño hubiese venido de mí —intentó explicar Danug—. Probablemente acabaría sintiendo afecto por cualquier niño de mi hogar, ya fuera un niño que no viniera de mí o incluso que no viniera de mi compañera. Quise a Rydag como a un hermano, más que a un hermano, y él no era de Talut ni de Nezzie, pero si algún día tengo a un niño en mi hogar, me gustaría saber si lo he iniciado yo. Una mujer no tiene que preocuparse por esas cosas. Siempre lo sabe.

—Entiendo a Danug, Ayla. A mí me hace feliz saber que Jonayla vino de mí. Y todo el mundo lo sabe porque tú nunca has elegido a otro hombre, cosa que la gente también sabe. Nosotros siempre honramos a la Madre en las festividades, pero nos elegimos el uno al otro.

—Me pregunto si estarías tan dispuesto a tener tus propios hijos si tuvieras que soportar el dolor junto con tu compañera —dijo Ayla—. Algunas mujeres se librarían gustosamente de tener hijos si pudieran. No muchas, pero sí algunas.

Los dos hombres se miraron, pero ninguno se volvió hacia Ayla, sintiéndose un poco abochornados al expresar ideas personales que parecían contradecir las costumbres y creencias de su gente.

—Por cierto, ¿os habéis enterado de que Marona va a emparejarse otra vez? —preguntó Danug, cambiando de tema.

—¿Ah, sí? —dijo Jondalar—. No, no lo sabía. ¿Cuándo?

—Dentro de unos días, en la segunda ceremonia matrimonial, cuando se emparejen Folara y Aldanor —respondió Proleva, que entraba justo en ese momento. La seguía Joharran.

—Eso me dijo Aldanor —añadió Danug.

Intercambiaron saludos, las mujeres se abrazaron y el jefe de la Novena Caverna se agachó y rozó la mejilla de Ayla con la suya. Acercaron taburetes a la cama.

—¿Con quién se empareja? —preguntó Ayla cuando ya todos se habían acomodado, tomando otra vez el hilo de la reciente revelación.

—Con un amigo de Laramar que vivía con él y con todo aquel grupo en el alojamiento alejado, el que ya no usan —respondió Proleva—. Es zelandonii, pero no de por aquí, según tengo entendido.

—Es de un grupo de cavernas a orillas del Gran Río, al oeste de aquí. He oído que vino a nuestra Reunión de Verano a traer un mensaje para alguien y decidió quedarse. No sé si ya conocía de antes a Laramar y los otros, pero hizo buenas migas con ellos —comentó Joharran.

—Creo que ya sé quién es —dijo Jondalar.

—Vive en el campamento de la Quinta Caverna desde que el grupo abandonó el alojamiento alejado, y Marona también se ha instalado allí. Se conocieron en el campamento —explicó Proleva.

—Creía que Marona no quería volver a emparejarse, y él parece bastante joven. Me pregunto por qué lo habrá elegido —dijo Jondalar.

—A lo mejor no le quedó más remedio —conjeturó Proleva.

—Pero todo el mundo dice que es tan guapa que podría tener a quien quisiera —dijo Ayla.

—Para una noche, sí, pero no como compañera —respondió Danug—. Yo escucho lo que se dice por ahí: sus antiguos compañeros no hablan muy bien de ella.

—Y nunca ha tenido hijos —añadió Proleva—. Hay quien dice que no puede. Quizá algunos hombres la deseen menos por eso, pero por lo visto a su pretendiente no le importa. Marona piensa irse con él a su caverna.

—Creo que lo conocí una noche cuando volvía del campamento lanzadonii con

Echozar —dijo Ayla—. No puedo decir que me entusiasmara. ¿Por qué se marchó del alojamiento alejado?

—Todos se fueron cuando alguien se apropió de los objetos personales de algunos de ellos —contestó Joharran.

—He oído algo de eso, pero en su momento no le presté mucha atención —comentó Jondalar.

—¿Alguien se apropió de algo? —preguntó Ayla con interés.

—Alguien se llevó objetos personales de casi todos los que se alojaban allí —respondió Joharran.

—¿Y cómo se le ocurriría a alguien hacer una cosa así? —preguntó Ayla.

—No lo sé, pero Laramar se llevó un disgusto cuando descubrió que había desaparecido un traje nuevo de invierno que acababa de trocar, además de su bolsa y casi todo el barba. A otro le quitaron unos mitones nuevos, y a un tercero un buen cuchillo, y se llevaron casi toda la comida —explicó Joharran.

—¿Alguien sabe quién lo ha hecho? —quiso saber Jondalar.

—Han desaparecido dos personas: Brukeval y Madroman —respondió Joharran—. Brukeval se marchó sin nada, al menos que sepamos. Según los demás hombres que vivían en el alojamiento alejado, sus pertenencias seguían allí después de irse, pero más tarde desaparecieron casi todas, y también las de Madroman.

—Oí a la Zelandoni decir a alguien que Madroman no ha devuelto los objetos sagrados que recibió como acólito —comentó Proleva.

—¡Yo vi a Madroman cuando se marchaba! —exclamó Ayla, acordándose de pronto.

—¿Cuándo? —preguntó Joharran.

—Fue el día que la Novena Caverna compartió un banquete con los lanzadonii. Yo era la única en el campamento, y acababa de salir de la morada. Él me miró con tanto odio que incluso me asusté, pero me pareció que tenía mucha prisa. Recuerdo que noté algo raro en él. Hasta que me di cuenta de que apenas lo había visto antes sin su túnica de acólito, y ese día iba vestido con un traje normal, pero me extrañó que la ropa estuviera adornada con los símbolos de la Novena Caverna, no de la Quinta.

—Ahora ya sabemos qué ha sido del traje nuevo de Laramar —dijo Joharran—. Ya me preguntaba yo si no habría sido él.

—¿Crees que se lo llevó Madroman? —preguntó Ayla.

—Sí, y todo lo demás que desapareció.

—Creo que tienes razón, Joharran —coincidió Jondalar.

—Supongo que no se atrevía a enfrentarse a la gente después de la vergüenza de ser rechazado por la zelandonia, al menos a la gente que lo conocía —señaló Danug.

—¿Adónde habrá ido? —se preguntó Proleva.

—Probablemente intentará buscar a otros con quienes vivir —respondió Joharran—. Por eso se llevó las cosas, porque sabe que ya llega el invierno y no tiene un lugar donde vivir.

—¿Cómo conseguirá que lo acepte un grupo desconocido? No tiene oficio, y nunca ha sido un gran cazador. He oído que ya no cazaba desde que se unió a la zelandonia, ni siquiera acompañaba a las partidas —dijo Jondalar.

—Eso lo puede hacer cualquiera, y lo hace casi cualquiera. A los niños les encanta salir y sacudir la maleza, y hacer mucho ruido para levantar los conejos y otros animales y luego perseguirlos en dirección a los cazadores o hacia una red —comentó Proleva.

—Madroman sí tiene un oficio. Por eso no devolvió los objetos sagrados que recibió de la zelandonia —señaló Joharran—. Eso hará. Será un zelandoni.

—¡Pero no es un zelandoni! —exclamó Ayla—. Mintió acerca de su llamada.

—Pero eso no lo sabrá ningún grupo de gente desconocida —adujo Danug.

—Ha estado tantos años con los zelandonia que ha aprendido a comportarse como si lo fuera. Volverá a mentir —vaticinó Proleva.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Ayla, horrorizada sólo de pensarlo.

—Deberías decir a la Zelandoni que lo viste marcharse, Ayla —recomendó Proleva.

—Y los demás jefes también deben saberlo —añadió Joharran—. Tal vez podamos mencionarlo antes de tu reunión de mañana, Jondalar. Al menos así la gente tendrá otro tema del que hablar, aparte de tu situación.

Ayla abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Tan pronto? —preguntó—. Proleva, yo pienso ir.

Se hallaban fuera, en la explanada al pie de las laderas que formaban el gran anfiteatro natural. Laramar estaba allí sentado, y si bien aún se le veía la cara un poco hinchada, parecía bastante recuperado de la paliza propinada por el hombre que tenía de pie ante él, salvo por las cicatrices y la nariz maltrecha, lesiones de las que nunca se repondría. Jondalar procuró no estremecerse cuando, a la brillante luz del sol vespertina, vio la cara dañada de aquel hombre. No lo habrían reconocido ni personas allegadas a él si no hubiesen sabido quién era. Al principio temieron que perdiera un ojo, y Jondalar se alegraba de que al final no hubiera sido así.

En teoría era una reunión de la Novena y la Quinta Caverna, con los zelandonia como mediadores, pero, dado que cualquier parte interesada podía asistir, casi todos los presentes en la Reunión de Verano sintieron curiosidad y se declararon «interesados». Si bien la Novena Caverna hubiera preferido aplazar el careo hasta después de ese encuentro estival de los zelandonii, la Quinta Caverna había insistido en celebrarlo ya. Como se había pedido a la Quinta que aceptara a Laramar, sus

miembros querían saber qué clase de compensación podían esperar tanto ellos como Laramar por parte de Jondalar y la Novena Caverna.

Jondalar y Laramar se habían visto por primera vez después del incidente un rato antes de la reunión pública, en el alojamiento de la zelandonia, en presencia de Joharran, Kemordan —el jefe de la Quinta Caverna—, los zelandonia de ambas cavernas y varios otros jefes y zelandonia. Sabían que Marthona no se encontraba bien, y le dijeron que no necesitaba asistir a la reunión, sobre todo porque la madre de Laramar ya no vivía, pero ella no quiso ni oír hablar. Jondalar era su hijo y ella no pensaba faltar. No participaron en la primera reunión las compañeras de los dos porque ambas planteaban complicaciones: Ayla porque había desempeñado un papel crucial en el incidente; y la compañera de Laramar, porque no deseaba trasladarse a la Quinta Caverna con él, siendo este otro asunto pendiente de resolver.

Jondalar se apresuró a decir lo mucho que lo lamentaba y se arrepentía de sus actos, pero Laramar se limitó a mostrar desprecio por el hermano alto y apuesto del jefe de la Novena Caverna. Por una vez en la vida, Laramar tenía la autoridad moral de su lado; él llevaba la razón, no había hecho nada malo, y no iba a renunciar a su ventaja en absoluto.

Cuando los participantes salieron del alojamiento, se oía entre el público un murmullo de conversaciones tras circular la noticia de que Ayla había visto a Madroman abandonar el campamento con ropa robada sin duda a Laramar. A eso siguieron los más diversos comentarios acerca de las diversas circunstancias del caso: los conflictos pasados de Jondalar y la Primera con Madroman, la expulsión de este de la zelandonia y el papel desempeñado por Ayla, y por qué ella fue la única que lo vio marcharse. La gente, en actitud expectante, se acomodó dispuesta a presenciar los acontecimientos. No se les presentaba a menudo la oportunidad de ser testigos de hechos tan dramáticos. Todo ese verano había sido muy emocionante, y daría pábulo a lo largo de muchos largos y lentos días de invierno a conversaciones y relatos.

—Hoy tenemos que resolver asuntos muy graves —empezó la Primera—. No son asuntos del mundo de los espíritus, sino problemas entre los hijos de Doni y Le pedimos que observe nuestras deliberaciones y nos ayude a decir la verdad, a pensar con claridad y a tomar decisiones justas.

Sacó una pequeña talla y la levantó. Era una figura de mujer, con las piernas estrechándose hasta terminar en unos pies apenas insinuados. Aunque no veían bien el objeto que sostenía en la mano, todos sabían que era una donii, un receptáculo para el espíritu de la Gran Madre Tierra, que todo lo abarcaba, o al menos para que residiera una parte esencial de Su naturaleza. En el centro de la explanada habían erigido un hito de piedras, casi un pilar, provisto de una amplia base, formada por rocas relativamente grandes, que se estrechaba hasta truncarse a cierta altura en una superficie llana de gravilla arenosa.

Con gesto decidido, la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra plantó los pies de la donii en la gravilla y la sostuvo para que todos la vieran. La principal función de la donii en ese contexto era impedir las mentiras intencionadas, y a ese respecto la Madre era un gran disuasorio. Cuando se invocaba expresamente al espíritu de la Madre para que observara algo, todos sabían que Ella detectaría cualquier mentira y la sacaría a la luz; si bien alguien podía mentir y salirse con la suya momentáneamente, al final se sabría la verdad, y en general con repercusiones mucho peores. Aunque ese día el peligro de que alguien mintiera era mínimo, la donii podía ejercer su influencia limitando toda propensión a exagerar.

—Si os parece bien, empezaremos ya —anunció la Primera—. Hubo muchos testigos, así que no creo necesario entrar en detalles acerca de las circunstancias. En la última festividad para honrar a la Madre, Jondalar encontró a su compañera Ayla compartiendo el don de los placeres de la Madre con Laramar. Tanto Ayla como Laramar se unieron por su propio deseo. No hubo uso de la fuerza, ni coacción. ¿Es eso cierto, Ayla?

Ayla no esperaba ser interrogada tan pronto, convertirse de repente en el foco de atención del público. Sin embargo, ni aun cogiéndola desprevenida habría sabido mentir, por más que hubiera querido.

—Sí, Zelandoni. Es cierto.

—¿Es eso cierto, Laramar?

—Sí, ella estaba más que dispuesta. Me persiguió —contestó él.

La Primera contuvo el ligero impulso de advertirle que no exagerara, y continuó.

—¿Y qué pasó luego? —Dudaba entre preguntárselo a Ayla o a Jondalar, pero se adelantó Laramar.

—Lo que pasó está a la vista. Sin comerlo ni beberlo, tenía a Jondalar encima dándome puñetazos en la cara.

—¿Jondalar?

El hombre alto agachó la cabeza y tragó saliva.

—Sí, eso fue lo que pasó. Cuando lo vi con Ayla, lo saqué a rastras de encima de ella y empecé a pegarle. Sé que obré mal. No tengo excusa —respondió Jondalar, sabiendo en el fondo de su corazón, incluso mientras lo decía, que llegado el caso volvería a actuar del mismo modo.

—¿Sabes por qué le pegaste, Jondalar? —preguntó la Primera.

—Estaba celoso —farfulló él.

—Estabas celoso. ¿Es eso lo que has dicho?

—Sí, Zelandoni.

—Si necesitabas expresar tus celos, Jondalar, ¿no hubieras podido simplemente separarlos? ¿Tenías que pegarle?

—No pude evitarlo. Y en cuanto empecé... —Jondalar cabeceó.

—En cuanto empezó, nadie pudo detenerlo. ¡Incluso me pegó a mí! —intervino el jefe de la Quinta Caverna—. Estaba fuera de sí, como presa de un arrebató. No sé qué habríamos hecho si ese mamutoi enorme no lo hubiese sujetado.

—Por eso está tan dispuesto a acoger a Laramar —susurró Folará a Proleva, pero en voz lo bastante alta para que la oyeran quienes estaban cerca—. Se enfadó porque no pudo detener a Jondé y recibió un golpe al intentarlo.

—Además le gusta el barma de Laramar, pero tal vez descubra que Laramar no reluce como el ámbar —dijo Proleva—. No es precisamente la primera persona a quien yo invitaría a formar parte de mi caverna. —Volvió a dirigir la atención hacia el centro de la explanada.

—Por eso intentamos enseñar lo absurdos que son los celos —explicaba la Zelandoni—. Pueden escapársenos de las manos. ¿Lo entiendes, Jondalar?

—Sí, lo entiendo. Fue una estupidez por mi parte, y lo siento mucho. Haré lo que me digáis para compensarlo. Quiero reparar los daños.

—No puede compensarlo —dijo Laramar—. No puede arreglarme la cara, como tampoco pudo devolver los dientes a Madroman.

La Primera miró a Laramar con irritación. Eso no venía a cuento, pensó. No hacía ninguna falta sacarlo a relucir. Ese hombre no tenía la menor idea de hasta qué punto Jondalar había sido provocado en esa otra situación, pero la Primera calló.

—Ya se pagó la debida compensación —declaró Marthona en voz alta.

—¡Y espero que ahora se pague otra! —replicó Laramar.

—¿Qué es lo que esperas? —preguntó la Primera—. ¿Qué reparación exiges? ¿Qué quieres, Laramar?

—Lo que quiero es dar un puñetazo en esa cara bonita —contestó Laramar.

El público ahogó una exclamación.

—No lo dudo, pero ese no es un remedio autorizado por la Madre. ¿Se te ocurre alguna otra posibilidad para que él repare el daño causado? —preguntó la donier.

La compañera de Laramar se puso en pie.

—Jondalar se construye moradas cada vez más grandes. ¿Por qué no le pides que construya una gran morada para tu familia? —propuso en voz alta.

—Esa es una opción, Tremeda —convino la Primera—, pero ¿dónde la querrías, Laramar? ¿En la Novena Caverna o en la Quinta?

—Eso no es compensación para mí —repuso Laramar—. Me da igual cómo sea la morada donde vive ella. En cualquier caso la convertirá en un cuchitril inmundo.

—¿Te trae sin cuidado dónde vivan tus hijos, Laramar? —preguntó la Primera.

—¿Mis hijos? No son míos, si lo que decís es verdad. Si los niños se inician con el apareamiento, yo no inicié a ninguno de ellos... salvo quizá el primero. Hace años que no tengo apenas trato con ella, por no hablar ya de compartir los «placeres». Créeme, con esa mujer no hay «placer» posible. No sé de dónde han salido esos

niños, tal vez de las Festividades de la Madre. Si le das a un hombre bebida suficiente, incluso ella puede resultar atractiva. Pero sea quien sea el que inició a sus hijos, no fui yo. Esa mujer lo único que sabe hacer es beber mi barma —dijo Laramar con tono desdeñoso.

—Aun así, Laramar, son hijos de tu hogar. Es tu responsabilidad proveerlos —dijo La Que Era la Primera—. No puedes decidir de pronto que no quieres saber nada de ellos.

—¿Por qué no? No quiero saber nada de ellos. Nunca han significado nada para mí. Ni siquiera a ella le importan, ¿por qué habrían de importarme a mí?

El jefe de la Quinta Caverna estaba tan horrorizado como todos los demás por la actitud cruel de Laramar hacia los niños de su hogar. Entre el público Proleva susurró:

—Ya te he dicho que no reluce como el ámbar.

—Siendo así, ¿quién esperas que cuide de los niños de tu hogar, Laramar? —preguntó la Zelandoni.

El hombre calló y arrugó la frente.

—Por mí, que los cuide Jondalar. No puede darme nada que yo quiera. No puede devolverme la cara, y yo no puedo obtener la satisfacción de darle lo que él me dio a mí. Si tan deseoso está de hacerse cargo de las cosas, de reparar los daños, que se haga cargo de esa arpía, esa bocazas holgazana y manipuladora, y de su prole —contestó Laramar.

—Puede que Jondalar esté muy en deuda contigo, Laramar, pero eso es mucho pedir a un hombre que tiene su propia familia: asumir la responsabilidad de una familia del tamaño de la tuya —intervino Joharran.

—Da igual, Joharran, lo haré —atajó Jondalar—. Si eso es lo que quiere, lo haré. Si él no va a asumir la responsabilidad de su propio hogar, alguien tiene que hacerlo. Esos niños necesitan a alguien que se ocupe de ellos.

—¿No crees que deberías consultarlo primero con Ayla? —preguntó Proleva, sentada entre el público—. Semejante responsabilidad le quitará tiempo para dedicar a su propia familia. —«Aunque ellos dos ya se ocupan de esa familia más que Laramar o Tremeda», pensó, pero no lo dijo en voz alta.

—No, Proleva, Jondalar tiene razón —terció Ayla—. Yo también soy responsable de lo que Jondalar le hizo a Laramar. No pensé en las consecuencias, pero soy igual de culpable. Si satisface a Laramar que asumamos la responsabilidad de cuidar de su familia, debemos hacerlo.

—Bien, Laramar, ¿es eso lo que quieres? —preguntó la Primera.

—Sí, si así me dejáis en paz, ¿por qué no? —respondió Laramar, y se echó a reír—. Y a Tremeda te la cedo gustosamente, Jondalar.

—¿Y tú qué opinas, Tremeda? ¿Lo consideras una solución satisfactoria? —

preguntó la Zelandoni.

—¿Me construirá una morada nueva, como la que le está haciendo a ella? —quiso saber la mujer, señalando a Ayla.

—Sí, me aseguraré de que tengas una morada nueva —contestó Jondalar—. ¿La quieres en la Novena Caverna o en la Quinta?

—Bueno, si voy a ser tu segunda mujer, Jondalar —respondió ella con ademán coqueto—, lo mejor será que me quede en la Novena. Además, es mi hogar.

—Escúchame bien, Tremeda —dijo Jondalar, mirándola fijamente—. No te tomo como segunda mujer. He dicho que asumiré la responsabilidad de proveeros a ti y a tus hijos. He dicho que te construiré una morada. Hasta ahí llegan mis obligaciones para contigo. Lo hago para reparar los daños que infligí a tu compañero. De ninguna manera serás nada parecido a una segunda mujer para mí, Tremeda. ¿Queda claro?

Laramar se rio.

—No digas que no te he avisado, Jondalar. Ya te he dicho que era una arpía manipuladora. Te utilizará de todas las maneras a su alcance. —Volvió a reír—. ¿Sabes una cosa? Tal vez el arreglo no sea tan malo. Puede que me dé cierta satisfacción ver cómo la aguantas.

—¿Seguro que quieres ir a nadar allí, Ayla? —preguntó Jondalar.

—Era nuestro sitio antes de que llevaras a Marona, y sigue siendo el mejor para nadar, sobre todo ahora que río abajo las aguas están tan agitadas y llenas de barro. No he podido nadar como es debido desde que llegué, y pronto nos marcharemos —respondió Ayla.

—Pero ¿seguro que ya estás en condiciones de nadar?

—Sí, seguro. Pero no te preocupes: pienso pasarme casi todo el rato tumbada al sol en la orilla. Lo único que quiero es salir de este alojamiento y estar un tiempo a solas contigo, lejos de la gente, ahora que por fin he conseguido convencer a la Zelandoni de que ya estoy bien —respondió Ayla—. En todo caso, no habría tardado en montar a Whinney e ir a algún sitio. Sé que la Zelandoni sigue preocupada, pero me encuentro bien. Sólo necesito salir y moverme un poco.

La Zelandoni se sentía culpable por no haber prestado la debida atención a Ayla y había adoptado una actitud sobreprotectora muy poco propia de ella. Cargaba asimismo con la responsabilidad de haber estado a punto de perder a la joven, y no iba a permitir que eso volviera a suceder. Jondalar coincidía plenamente, y durante un tiempo Ayla recibió una estrecha atención por parte de ellos que no era habitual. Pero conforme recobraba fuerzas, empezó a molestarle tanto mimo. Ayla había intentado persuadir a la donier de que ya había descansado lo suficiente y las fuerzas le permitían volver a montar y nadar, pero la Primera no dio el visto bueno hasta que se vio en la necesidad de quitarse a Lobo de encima durante un tiempo.

Jonayla y los otros niños de su edad volvían a realizar actividades bajo la supervisión de la zelandonia de cara a una pequeña participación en las ceremonias de clausura de la Reunión de Verano. Lobo no sólo era una distracción para los niños cuando estaban todos juntos, un impedimento para concentrarse, sino que a Jonayla le costaba controlarlo y al mismo tiempo aprender lo que debía hacer. Cuando la Zelandoni insinuó a Ayla que si bien el lobo era bienvenido, quizá convenía que se quedara con ella, Ayla encontró la excusa perfecta para convencer a la donier de que había que sacar a Lobo, y a los caballos, del campamento para hacer ejercicio.

A la mañana siguiente, Ayla quería partir muy temprano por temor a que la Zelandoni cambiara de parecer. Jondalar había dado de beber y cepillado a los caballos antes de la comida de la mañana, y cuando colocó las mantas de montar a Whinney y Corredor, y los cabestros a Corredor y Gris, los caballos supieron que iban a salir y, excitados, empezaron a brincar. Aunque no pensaban montar a Gris, Ayla prefirió no dejarla. Estaba segura de que la joven yegua se sentiría sola si no se la llevaban: a los caballos les gustaba la compañía, sobre todo la de otros animales de su misma especie, y Gris también necesitaba hacer ejercicio.

El lobo alzó la mirada con cara de expectación cuando Jondalar cogió un par de cestas de acarreo concebidas para colgar en la grupa de un caballo. Las cestas estaban llenas de diversos utensilios y misteriosos paquetes envueltos en tela de color marrón claro tejida con fibras de lino, uno de los dechados confeccionados por Ayla para practicar y matar el rato durante su convalecencia. Marthona había encargado la construcción de un pequeño telar y estaba enseñándole a tejer. Cubría una de las cestas una piel destinada a extenderse en el suelo, y la otra las suaves pieles amarillentas, obsequio de los sharamudoi, empleadas a modo de toallas.

Lobo se adelantó a ellos trotando alegremente cuando Jondalar, al salir del alojamiento, le indicó con una seña que podía acompañarlos. A unos pasos del cercado de los caballos, Ayla se detuvo a coger unas bayas maduras que pendían de arbustos de tallo rojo. Se frotó en la túnica el fruto azul, redondo y polvoriento, contempló la piel, ahora de un azul más intenso, se lo introdujo en la boca y, con una sonrisa de satisfacción, paladeó la pulpa dulce y jugosa. Cuando se encaramó a un tocón para montar a Whinney, se sintió a gusto sólo por el hecho de estar al aire libre y saber que no tenía que volver al alojamiento de inmediato. A esas alturas se conocía ya de memoria todas y cada una de las grietas en los dibujos pintados o tallados en los sólidos postes de madera que sostenían la techumbre, todas las manchas de hollín que ennegrecían el contorno de la salida de humos. Quería ver el cielo y los árboles, y un paisaje despejado, libre de alojamientos.

En cuanto se pusieron en marcha, Corredor empezó a comportarse de un modo anormalmente bullicioso y un tanto rebelde, y contagió algo de esa indisciplina a las dos yeguas, dificultando su manejo. Después de atravesar la zona boscosa, Ayla quitó

el cabestro a Gris para que pudiera ir a su paso, y Ayla y Jondalar, como por acuerdo tácito, estimularon a sus monturas para que galoparan a sus anchas. Cuando los animales aflojaron la marcha por propia voluntad, habían quemado el exceso de energía y se los veía más relajados, pero no así Ayla. Ella estaba exaltada. Siempre había disfrutado cabalgando a pleno galope, y tras su período de reclusión en el campamento, aquello le provocó un estado de euforia especial.

Siguieron avanzando a un paso más tranquilo por un paisaje de marcado relieve entre altos montes y paredes de piedra caliza y a través de desfiladeros abiertos por ríos. Aunque el sol del mediodía seguía calentando, se acercaba el cambio de estación. Las mañanas solían ser frescas y despejadas, y los atardeceres nublados y lluviosos. El exuberante verdor estival de las hojas empezaba a dar paso a los amarillos y algún que otro rojo propios del otoño. La hierba de los prados abiertos pasaba del intenso dorado y brillante marrón al amarillo pálido y el pardo grisáceo del heno natural, que permanecería en los campos gran parte del invierno; las hojas de otras herbáceas, en cambio, habían adquirido tonos rojizos. Plantas aisladas o pequeños grupos de matas aparecían de pronto ante ellos en forma de manchas de color resplandecientes para deleite de Ayla, pero cuando de verdad se le cortó la respiración fue ante el deslumbrante espectáculo de las laderas boscosas orientadas al sur. De lejos, los vistosos matorrales y árboles parecían grandes ramos de flores luminosas.

Gris, siguiéndolos sin jinete gustosamente, se detenía de vez en cuando a pastar, y Lobo iba olfateando los montículos, los matorrales y las pequeñas agrupaciones de hierba alta, rastreando su propio camino compuesto de aromas invisibles y sonidos secretos. Trazaron un amplio círculo que al final los habría llevado otra vez hasta el Río y desde allí, siguiendo la orilla aguas abajo, hasta el campamento de la reunión. Pero no regresaron al campamento. Doblaron para bordear el sinuoso riachuelo que atravesaba el bosque al norte del campamento de la Novena Caverna, y cuando el sol se acercaba al cenit, llegaron a la profunda poza formada en un cerrado recodo de ese río menor. Los árboles proyectaban una sombra moteada sobre la aislada playa de gravilla arenosa.

El calor del sol era agradable cuando Ayla pasó la pierna por encima del lomo de Whinney y se apeó. Descolgó los cestos de acarreo y retiró la manta de montar, y mientras Jondalar extendía la gran piel, ella cogió una bolsa de cuero cerrada con un cordón y dio de comer a la yegua de color pardo amarillento una mezcla de grano, sobre todo con avena, y luego la acarició y rascó afectuosamente. Tras darle unos cuantos puñados más, repitió el proceso con Gris, que durante todo ese rato había reclamado su atención empujándola suavemente con el hocico.

Jondalar dio de comer a Corredor y lo acarició. El corcel estaba más incontrolable que de costumbre, y si bien se tranquilizó con la comida y el contacto, Jondalar no

quería verse obligado a correr tras él si decidía alejarse por su cuenta. Con una cuerda larga sujeta al cabestro, lo ató a un árbol pequeño. Jondalar se acordó entonces de que se había planteado dejar al corcel en libertad para que buscara un lugar donde vivir con otros caballos en las llanuras abiertas, y se preguntó si debía hacerlo, pero todavía no estaba preparado para renunciar a la compañía del magnífico animal.

Lobo, que había estado yendo de aquí para allá a su antojo, salió de pronto de detrás de una cortina de arbustos. Ayla le había llevado un hueso con carne, pero antes de sacarlo del cesto de acarreo, decidió dedicarle un poco de atención también a él. Se dio unas palmadas en el pecho casi a la altura del hombro y se preparó para recibir el peso del enorme lobo, que se irguió sobre las patas traseras y apoyó las delanteras en los hombros de ella. Le lamió el cuello y le rodeó la barbilla delicadamente con los dientes. Ella le devolvió el gesto, le indicó con una seña que bajara y, cogiéndole la cabeza entre las manos, se agachó ante él. Le frotó y rascó detrás de las orejas y le alborotó el pelo, ya más espeso, en torno al cuello; a continuación se sentó en el suelo y lo abrazó. Sabía que también el lobo había permanecido a su lado, en igual medida que Jondalar, mientras se recuperaba de su peligroso viaje al mundo de los espíritus.

Pese a haberlo visto ya muchas veces, Jondalar se maravillaba aún de la relación de Ayla con el lobo, y por cómodo que se sintiera en presencia del animal, a veces seguía recordándose que Lobo era un animal cazador. Un animal capaz de matar. Otros de su especie acosaban, cazaban y comían animales de mayor tamaño que ellos. Lobo podía desgarrarle la garganta a Ayla con la misma facilidad con que la acariciaba con los dientes, y sin embargo Jondalar dejaba a su compañera y su hija en manos de ese animal con toda tranquilidad. Había visto el amor que Lobo sentía por las dos, y aunque en el fondo le parecía inconcebible, a un nivel básico lo comprendía. Estaba convencido de que Lobo sentía por él algo muy parecido a lo que él sentía por el animal. El lobo dejaba a la mujer y a la niña que amaba en sus manos con toda tranquilidad, pero a Jondalar no le cabía duda de que si alguna vez Lobo pensaba que el hombre podía hacer daño a cualquiera de las dos, no dudaría en detenerlo como fuera, aun cuando implicara matarlo. Él haría lo mismo.

Jondalar disfrutaba observando a Ayla con el lobo. Pero también le encantaba observarla mientras hacía cualquier cosa, sobre todo ahora que volvía a ser la de siempre y los dos estaban otra vez juntos. A él no le había gustado la idea de dejarla sola al marcharse con la Novena Caverna a la Reunión de Verano, y la había echado mucho de menos, pese a sus escarceos con Marona. Después de pensar que la había perdido, primero por culpa de sus propios actos y luego, más desesperadamente, por culpa del jugo de raíces que ella había tomado, apenas podía creerse que volvieran a estar juntos. Había sido tal su certeza de que ella se había ido para siempre que ahora no podía dejar de mirarla, de sonreírle, de ver su sonrisa cuando ella se la devolvía,

ya que necesitaba convencerse de que seguía siendo su compañera, su mujer; de que montaban a caballo, iban a nadar, estaban juntos como si nada hubiera sucedido.

Eso lo llevó a recordar su viaje juntos, sus aventuras y la gente que habían encontrado por el camino: los mamutoi, los cazadores de mamuts que habían adoptado a Ayla; los sharamudoi, entre quienes su hermano Thonolan había encontrado una compañera, aunque luego la muerte de ella mató su espíritu. Tulie y Markeno, así como todos los demás, querían que Ayla y él se quedaran, sobre todo después de emplear ella sus conocimientos curativos para enderezar el brazo roto a Roshario, que había empezado a soldar mal. Incluso habían conocido a Jeran, un cazador de los hadumai, la gente que Thonolan y él habían visitado. Y estaban por supuesto los s'armunai, cuyas cazadoras, las Lobas, lo habían capturado, y Attaroa, su jefa, que había intentado matar a Ayla, pero Lobo la detuvo de la única manera posible: matándola. Y los losadunai...

De pronto se acordó de cuando se detuvieron a visitar a los losadunai en su largo viaje desde la tierra de los Cazadores de Mamuts. Vivían al este, al otro lado de las tierras altas con sus glaciares, donde nacía el Río de la Gran Madre, y su idioma compartía con el zelandonii rasgos suficientes para entender casi todo; Ayla, con su don para las lenguas, lo aprendió aún más rápidamente. Los losadunai eran los vecinos de los zelandonii que estos mejor conocían, y los viajeros de ambos pueblos se visitaban con frecuencia, pese al obstáculo que suponía el paso por los glaciares.

Durante su visita allí se celebró una Festividad de la Madre, y justo antes de iniciarse Jondalar y el Losaduna celebraron una ceremonia privada. Jondalar pidió un niño a la Gran Madre, nacido de Ayla y en el hogar de él, de su espíritu, o de su esencia, como decía siempre Ayla. También formuló una petición especial. Pidió que si Ayla alguna vez se quedaba embarazada de un niño del espíritu de él, quería saber con certeza que era suyo. A Jondalar le habían dicho muchas veces que la Madre lo favorecía, hasta tal punto que ninguna mujer podía rechazarlo, ni siquiera la propia Doni.

Estaba plenamente convencido de que cuando Ayla se perdió en el vacío después de volver a tomar las peligrosas raíces, la Gran Madre había respondido a sus fervientes súplicas, le había concedido lo que él quería, lo que anhelaba, lo que pedía, y en sus adentros volvió a darle las gracias con ardor. Pero entonces comprendió que la Madre también le había otorgado la petición expresada en la ceremonia especial con el Losaduna. Sabía que Jonayla era su hija, la niña de su esencia, y se alegraba de ello.

Sabía que todos los niños nacidos de Ayla serían de su espíritu, de su esencia, por ser ella quien era, porque lo amaba sólo a él y a él le complacía saberlo. Y tenía la certeza de que él sólo la amaría a ella, pasara lo que pasara. Pero era consciente de que este nuevo don del conocimiento cambiaría las cosas y no podía por menos que

preguntarse en qué medida.

Y no era el único. Todos pensaban en ello, pero en particular una persona: la mujer Que Era la Primera Entre Quienes Servían a la Gran Madre Tierra, quien, sentada apaciblemente en el alojamiento de la zelandonia, pensaba en el nuevo don del conocimiento y sabía que cambiaría el mundo.

Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud por su colaboración a muchas personas que me han ayudado a escribir la serie *Los Hijos de la Tierra*®. Quiero dar las gracias de nuevo a los dos arqueólogos franceses cuya aportación tan útil me ha sido a lo largo de los años, el doctor Jean-Philippe Rigaud y el doctor Jean Clottes. Ambos me han permitido comprender mejor el contexto y visualizar la ambientación prehistórica de estos libros.

La ayuda del doctor Rigaud ha sido inestimable desde mi primera visita con fines de investigación a Francia, y ha seguido ayudándome a lo largo de los años. Disfruté en especial de la visita organizada por él a un refugio de piedra en Gorge d'Enfer, que se conserva prácticamente igual que en la Era Glacial, un profundo espacio protegido, abierto por delante, con el suelo llano, un techo de piedra y un manantial al fondo. Es fácil ver cómo pudo convertirse en un lugar confortable donde vivir. Y ya le agradecí en su momento que accediera a explicar a los periodistas y demás personas de los medios de comunicación de numerosos países datos interesantes y vitales acerca de los yacimientos prehistóricos existentes en Les Eyzies-de-Tayac-Sireuil y los alrededores, con motivo del lanzamiento internacional en ese lugar de Francia del volumen quinto de la serie, *Los refugios de piedra*.

Vaya también mi gratitud al doctor Jean Clottes, que organizó la visita de Ray y mía a muchas cuevas pintadas extraordinarias en el sur de Francia. Especialmente memorable fue la visita a las cuevas situadas en las tierras del conde Robert Bégouën en el valle de Volp-l'Enlene, Trois-Frères y Tuc-d'Audoubert—, cuyo arte aparece a menudo reproducido en manuales y libros de arte. Ver con nuestros propios ojos ese excepcional arte en su propio entorno, acompañados por el doctor Clottes y el conde Bégouën, fue una experiencia de gran valor, y por eso debo dar también las gracias en gran medida a Robert Bégouën. Fueron su abuelo y dos hermanos quienes exploraron por primera vez las cuevas e iniciaron la práctica de conservarlas, que perdura hasta hoy. Para visitar las cuevas es necesario el permiso del conde Bégouën, y normalmente la visita se realiza en su compañía.

Fuimos a ver muchas más cuevas con el doctor Clottes, incluida Gargas, que es una de mis preferidas. Viendo las numerosas huellas de manos, entre ellas las de un niño, y el pequeño entrante con el espacio justo para un adulto, cuyas paredes interiores están totalmente cubiertas de pintura roja elaborada con los ocre de la región, estoy convencida de que Gargas es una cueva de mujeres. Allí una tiene la sensación de hallarse en el útero de la tierra. Agradezco a Jean Clottes, sobre todo, la visita a la singular Grotte Chauvet. Pese a tener la gripe y estar demasiado enfermo para acompañarnos, el doctor Clottes lo organizó todo para que nos enseñaran ese importante emplazamiento Jean-Marie Chauvet, el hombre que descubrió la gruta y al

que esta debe su nombre, y Dominique Baffier, conservador de la Grotte Chauvet. También vino con nosotros un joven que trabajaba allí, y que me ayudó a recorrer algunas de las partes más difíciles.

Fue una experiencia conmovedora que nunca olvidaré, y agradezco al señor Chauvet y al doctor Baffier sus explicaciones claras e inteligentes. Entramos por el techo, muy agrandado desde que el señor Chauvet y sus colegas encontraron la vía de acceso, y bajamos por una escalerilla acoplada a la pared de roca: la entrada original quedó cerrada por un desprendimiento hace muchos miles de años. Nos explicaron algunos de los cambios operados durante los últimos 35.000 años desde que los primeros artistas realizaron allí sus magníficas pinturas.

Por otro lado, quiero dar las gracias a Nicholas J. Conard, un estadounidense que reside en Alemania y está al frente del Departamento de Arqueología de la Universidad de Tubinga, por brindarnos la ocasión de visitar varias de las cuevas a orillas del Danubio en esa región alemana. Nos mostró asimismo varias tallas de marfil de más de 30.000 años de antigüedad, entre ellas mamuts, una elegante ave en pleno vuelo que encontró en dos trozos hace unos años, y una asombrosa figurilla mitad león, mitad hombre. Su último hallazgo es una figura femenina creada con el mismo estilo que otras procedentes de Francia, España, Austria, Alemania y la República Checa, datada en la misma época pero única por su factura.

También deseo expresar mi agradecimiento al doctor Lawrence Guy Strauss, siempre dispuesto y servicial a la hora de organizarnos visitas a yacimientos y cuevas, y que a menudo nos ha acompañado en varios viajes por España y otros puntos de Europa. Durante esos viajes ha habido muchos puntos destacados, principalmente en el Norte de España, pero uno de los más interesantes fue la visita al Abrigo do Lagar Velho, en Portugal, el emplazamiento del «niño del valle de Lapedo», cuyo esqueleto aportó pruebas de que el contacto entre neandertales y humanos anatómicamente modernos dio como resultado el cruce entre especies. Las conversaciones con el doctor Strauss acerca de esos humanos de la Era Glacial no fueron sólo instructivas, sino también fascinantes.

Me he dirigido y he planteado dudas a muchos otros arqueólogos, paleoantropólogos y especialistas acerca de ese período concreto de nuestra prehistoria, cuando esas dos clases de humanos ocuparon Europa simultáneamente durante muchos miles de años. Agradezco su buena voluntad al responderme y comentar las diversas posibilidades de convivencia entre unos y otros.

Deseo transmitir mi agradecimiento de manera especial al Ministerio de Cultura francés por la publicación de un libro, que me pareció de un valor inestimable: *L'Art des Cavernes. Atlas des grottes ornées paléolithiques françaises*, París, 1984, Ministère de la Culture. Contiene algunas descripciones muy completas, incluidos planos, fotografías y dibujos, así como un texto explicativo de la mayoría de las

cuevas francesas con pinturas y grabados conocidos, hasta 1984. No incluye Cosquer, cuya entrada está bajo la superficie del Mediterráneo, ni Chauvet, que no se descubrieron hasta después de 1990.

He visitado muchas cuevas, varias en repetidas ocasiones, y recuerdo el ambiente, la atmósfera, la sensación de ver arte excepcional pintado en las paredes, pero me era imposible precisar cuál fue la primera figura, ni en qué pared se hallaba, ni a qué profundidad en el interior de la cueva, ni hacia dónde estaba orientada. Ese libro me dio las respuestas. El único problema fue que estaba publicado en francés, lógicamente, y si bien he aprendido algo de francés con el paso de los años, mi dominio de la lengua no es ni mucho menos suficiente.

Estoy, pues, en deuda con mi amiga, Claudine Fisher, cónsul francesa honoraria de Oregón, profesora de francés y directora de Estudios Canadienses en la Portland State University. Nació en Francia y el francés es su lengua materna. Tradujo la información que yo necesitaba acerca de cada cueva. Fue mucho trabajo, y sin su ayuda yo no hubiera podido escribir este libro. No tengo palabras, pues, para expresarle mi gratitud. Me ha ayudado asimismo de otras muchas maneras, y también siendo una buena amiga.

Hay otros varios amigos a quienes desearía dar las gracias por prestarse a leer un manuscrito largo y no muy pulido y ofrecerme sus comentarios como lectores: Karen Auel-Feuer, Kendall Auel, Cathy Humble, Deanna Sterett, Gin DeCamp, Claudine Fisher y Ray Auel.

Quiero expresar mi agradecimiento *in memoriam* al doctor Jan Jelinek, un arqueólogo de Checoslovaquia, en concreto de la zona ahora llamada República Checa, que me ayudó de muchas maneras. Desde el principio, cuando empezamos a mantener correspondencia, y luego en las visitas que hicimos Ray y yo a los yacimientos paleolíticos cerca de Brno, y luego en el viaje de él y su mujer, Kveta, a Oregón. Su ayuda fue inestimable. Se mostró siempre amable y generoso con su tiempo y conocimientos, y lo echo de menos.

Tengo la suerte de contar con Betty Prashker como editora. Sus comentarios son siempre perspicaces, y toma el fruto de mis mayores esfuerzos y los mejora. Gracias.

Mi eterna gratitud a aquella que ha estado a mi lado desde el principio, mi maravillosa agente literaria, Jean Naggar. Con cada libro la aprecio más. También quiero dar las gracias a Jennifer Weltz, la socia de Jean en la agencia literaria Jean V. Naggar. Siguen obrando milagros con esta serie, que se ha traducido a muchas lenguas extranjeras y ha salido a la luz en todo el mundo.

Durante los últimos diecinueve años, Delores Rooney Pander ha sido mi secretaria y ayudante personal. Por desgracia se ha retirado a causa de una enfermedad, pero deseo agradecerle sus muchos años de servicio. Uno no sabe hasta qué punto depende tanto de alguien hasta que esa persona ya no está. La añoro más a

ella que el trabajo que hacía para mí, añoro nuestras conversaciones y deliberaciones. Con los años se convirtió en una buena amiga.

Y sobre todo doy las gracias a Ray, mi marido, que siempre está a mi lado. Mi amor y mi gratitud ilimitados.

NOTA ACERCA DEL AUTOR

Jean M. Auel

Jean M. Auel, nacida Jean Marie Untinen (n. 18 de febrero de 1936 en Chicago, Illinois, EE.UU.), es una escritora estadounidense conocida por su saga *Los hijos de la tierra*, una serie de novelas que transcurren en la Europa prehistórica en las que explora la posible interacción entre los hombres de Cromañón y los de Neanderthal. Sus libros han vendido más de 45 millones de ejemplares en todo el mundo y han sido traducidos a varios idiomas.

Casada y madre de cinco hijos, reside en Portland, Oregón.

Biografía

Nacida Jean Marie Untiel el 18 de febrero de 1936 en Chicago, Illinois, Estados Unidos. De ascendencia finlandesa, es la segunda de los cinco hijos de Neil Solomon Untinen, un pintor de casas, y Martha Wirtanen.

El 19 de marzo de 1954, a los 18 años, Jean M. se casó con Ray Bernard Auel. Para cuando cumplió los 25 años ya había tenido cinco hijos: RaeAnn, Karen, Lenore, Kendall y Marshall. La familia reside en Portland, Oregón.

En 1964, se unió a la organización Mensa. Trabajando para pagarse los estudios, asistió a la Portland State University y a la University of Portland. También recibió títulos honorarios de la University of Maine y del Mt. Vernon College. Obtuvo su MBA en 1976 a la edad de 40 años.

Tras finalizar su etapa universitaria, en 1977, comenzó sus investigaciones para escribir un libro ambientado en la Edad de Hielo. Además de pasar muchas horas en la biblioteca estudiando, tomó parte de cursos de supervivencia para aprender cómo construir un refugio de hielo y vivir la experiencia de habitar en uno de aquellos. Aprendió también los métodos primitivos de hacer fuego, curtir el cuero y tallar piedra para hacer herramientas.

Finalmente decidió que en vez de un libro escribiría una saga. El primero de los libros, *El clan del oso cavernario*, publicado en 1980, fue un auténtico éxito. El libro tenía como protagonista a Ayla, una niña Cromañón que queda huérfana tras un terremoto y es recogida por un grupo de hombres de Neanderthal. Cada uno sus

siguientes libros fue creado como una secuela del precedente; sin embargo, aunque la acción continúa inmediatamente de un libro en el siguiente, el tiempo de publicación entre los distintos volúmenes ha demorado hasta 12 años.

La saga se compone de seis libros: *El clan del oso cavernario*, *El valle de los caballos*, *Los cazadores de mamuts*, *Las llanuras del tránsito*, *Los refugios de piedra* y *La tierra de las cuevas pintadas*. Para este último, la autora ha estado documentándose en las cuevas cántabras de Altamira, en el yacimiento de Abric Romaní (Barcelona), en Ekain (Deva (Guipúzcoa)) y en Atapuerca. Para documentarse sobre los últimos neandertales que habitaron la península Ibérica hasta su extinción, hace 25.000 años, ha visitado yacimientos prehistóricos y diversas cuevas en Málaga, Gibraltar, Ceuta, Portugal y Asturias. El sexto y último volumen de la serie se publicó en marzo de 2011.

Después del éxito de ventas de su primer libro, Auel tuvo la oportunidad de realizar distintos viajes a los sitios prehistóricos sobre los cuales había escrito y encontrarse con aquellos expertos cuyos libros le sirvieron de documentación. Sus investigaciones la han llevado por gran parte de Europa, desde Francia hasta Ucrania.

La crítica ha llegado a calificar como “un pequeño milagro” su trabajo para describir detalladamente una sociedad de la Edad de Hielo, incluyendo temas tales como la interacción con el medio ambiente, las relaciones humanas, los ritos religiosos y el comercio. Un mensaje común a todos sus libros es no dar las cosas por sentado, como por ejemplo los abundantes pero limitados recursos de la Tierra. Sobre todo, refuerza el hecho de que la gente que vivió hace 20.000 años era tan inteligente y creativa, y tan humana como cualquier persona actual.

Muchos descubrimientos arqueológicos recientes han transformado en inexactos algunos detalles de los libros y otros son, por supuesto, pura ficción (p.e.: la domesticación de los caballos ocurrió mucho más tarde en la historia de la humanidad).

Recientes estudios genéticos darían verosimilitud a la novela de la escritora, al indicar que el hombre moderno y los neandertales compartirían un 4% del genoma; a pesar de que las evidencias fósiles son escasas, supone la existencia de al menos algunos episodios de entrecruzamiento entre homínidos del Pleistoceno.

Los hijos de la tierra

- *The Clan of the Cave Bear*, 1980 (*El clan del oso cavernario*).
- *The Valley of Horses*, 1982 (*El valle de los caballos*).
- *The Mammoth Hunters*, 1985 (*Los cazadores de mamuts*).

- *The Plains of Passage*, 1990 (*Las llanuras del tránsito*).
- *The Shelters of Stone*, 2002 (*Los refugios de piedra*).
- *The Land of Painted Caves*, 2011 (*La tierra de las cuevas pintadas*).